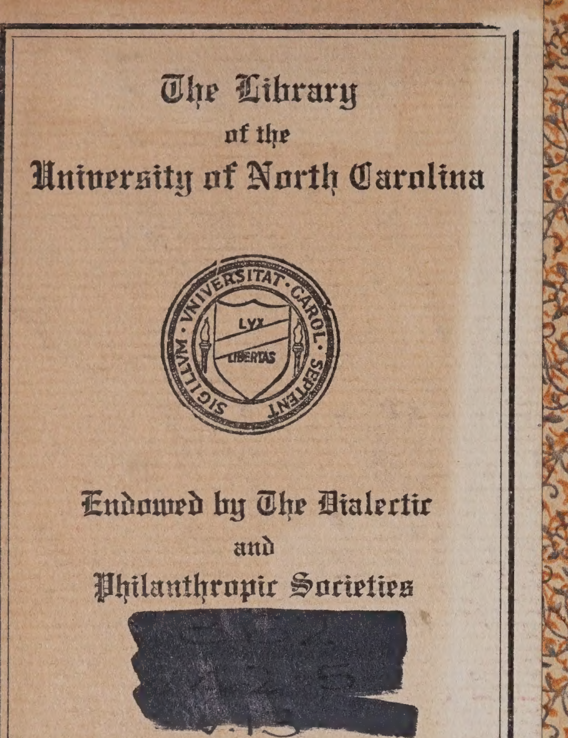
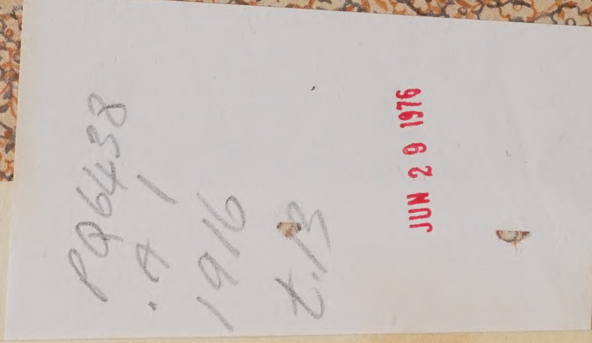




The Library
of the
University of North Carolina
VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT · SIGILLVM
LVX
LIBERTAS
Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies
[redacted]



PQ6438
.A1
1916
t.13
JUN 29 1976



PQ6438
.A 1
1916
t.13

MADRID
IMPRENTA DE GALO SAEZ
MESON DE PAÑOS, 8
1930

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

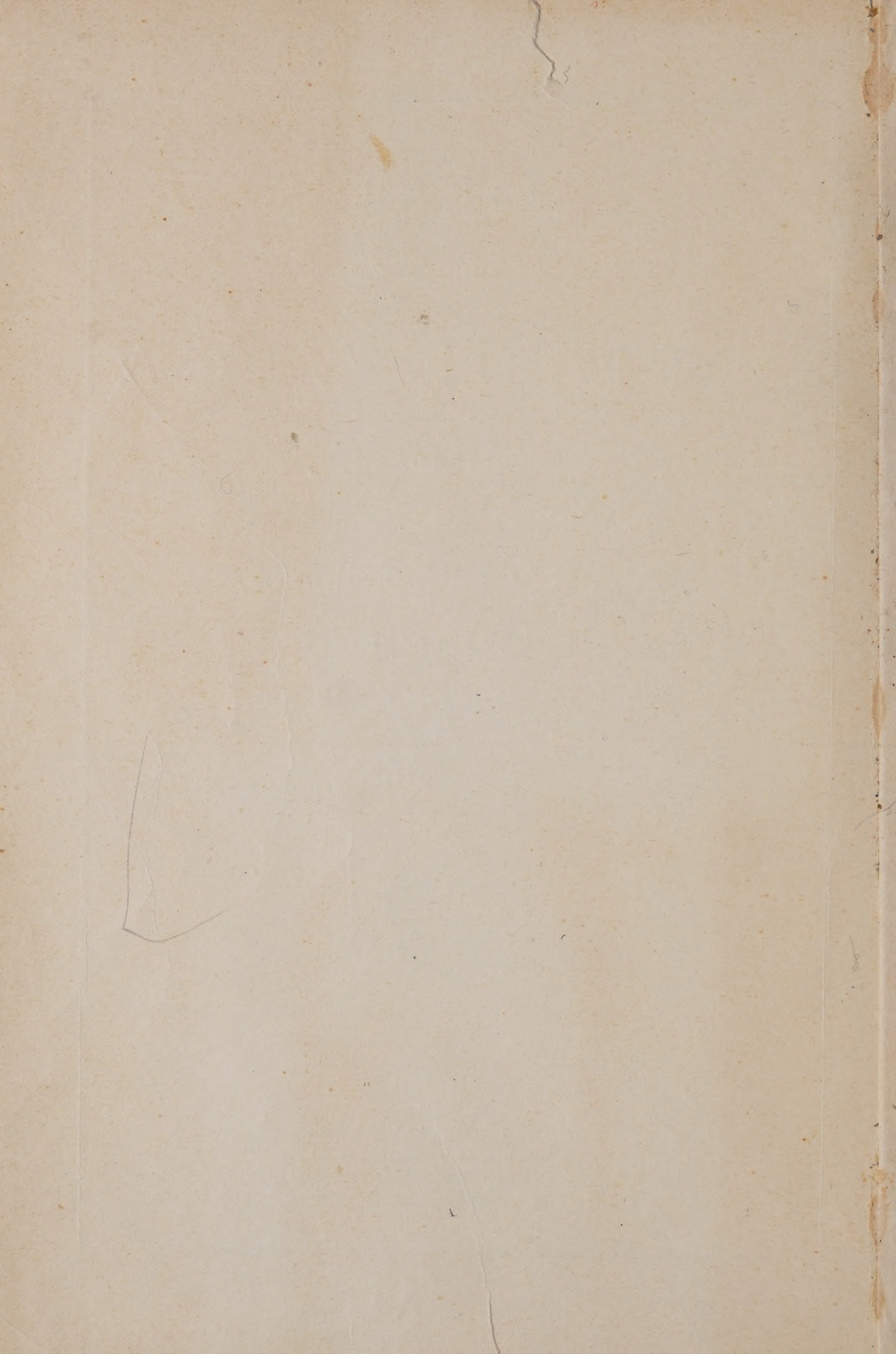
(NUEVA EDICION)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO XIII



MADRID
IMPRENTA DE GALO SAEZ
MESON DE PAÑOS, 8
1930



OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICION)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO XIII



MADRID
IMPRENTA DE GALO SAEZ
MESON DE PAÑOS, 8
1930

PRÓLOGO

Como las comedias de este tomo son de las más conocidas y estudiadas del autor, nos limitaremos a señalar las ediciones en que se conservan, ya que Hartzenbusch omitió en su edición toda noticia bibliográfica, que siempre es útil y aun necesario conocer para comprobar hechos o resolver dudas.

I. Los milagros del desprecio.

Es una de las más famosas y más lindas comedias de Lope de Vega. La impresión más antigua de ella que ha llegado hasta nosotros parece ser la de la *Parte XXVII,* que suena impresa en Barcelona en 1633, pero que no es más que un tomo colecticio en que un librero aprovechó un extenso fragmento de otra *Parte,* hoy no conocida, pero que pudiera ser de 1633, poco más o menos, añadiéndole varias comedias sueltas de la misma época y aun de la misma imprenta (1). El título que ostenta en dicha colección es éste: *De los*

(1) Tiene la siguiente portada: "*Las / comedias del / Fenix de España / Lope de Vega Carpio. / Parte veinte y siete. / Dirigidas al Doctor Ivan Perez / de Montalvan, natvral de / la Villa de Madrid. / Año* (escudo grande del halcón en el puño; el león al pie, echado, y la leyenda: POST TENEBRAS EPERO LVCEM) *1633. / Con* [*licenc*]*ia.* [*En*] *Barcelona... de...*". La vuelta, en blanco. En la segunda hoja hay una breve dedicatoria con la firma "*Amigo de v. m.*" y los títulos de las comedias, y a la vuelta, una *Aprovacion, y Licencia,* fechada en Zaragoza, a 4 de enero de 1633, que será la de la verdadera o primera edición de esta *Parte,* a la cual, aprovechando un gran fragmento de ella, se puso nueva portada, quizá en Zaragoza mismo; pero mucho después de 1633.

El tomo empieza con dos comedias sueltas y sigue el fragmento de otras seis, con foliación continuada del 21 al 146; luego, la comedia *El médico de su honra,* foliada 1 a 20 (que era la primera del verdadero tomo 27), y después, otras tres sueltas. En la Biblioteca Nacional apareció hace poco un fragmento de esta parte, comprensivo de las siete comedias que tienen foliación del 1 al 146. Este fragmento, aunque tenía el sello de la antigua Biblioteca Real, no había sido identificado hasta que, últimamente, el Sr. Ruiz Morcuende (véase el tomo X de esta colección de Lope, *Prólogo),* al tropezar con él en sus inteligentes indagaciones, nos dió amplia noticia de su contenido.

milagros del desprecio. / Comedia / famosa / de Lope de Vega Carpio. / Representola Avendaño. Esta última circunstancia nos prueba que esta obra no es de la primera juventud de Lope, cosa ya de presumir viendo que no la menciona en ninguna de las dos ediciones de 1604 y 1618 de su *Peregrino,* en que dió listas de buen número de obras que hasta entonces llevaba escritas (2).

Después de esta edición, y sin duda por ella, pues tiene los mismos defectos, se reimprimó en 1658 en *Parte X* de la gran colección llamada de *Comedias escogidas,* donde lleva el título de *Los milagros del desprecio. / Comedia famosa. / De Lope de Vega Carpio.* No dice quién la representó, que era cosa vieja ya entonces.

En la Biblioteca Nacional de Munich, en un tomo colecticio, hay una comedia suelta titulada *Diablos son las mujeres,* falsamente atribuída al Doctor Pérez de Montalbán y que no es más que la comedia de Lope con algunas, aunque pocas, alteraciones en el texto.

Después de estas ediciones conocemos sueltas antiguas, una de principios del siglo XVIII que tiene este encabezado: *Num. 46. / Los milagros del desprecio. / Comedia / famosa, / de Vn ingenio desta corte.* Al final dice: "Con licencia: En Sevilla, por Francisco de Leefdael, / en la casa del Correo Viejo." Sin año; en 4.º y con 32 págs. numeradas. Como esta edición es de Sevilla, las palabras "Un ingenio desta corte" nos indican que hay una edición madrileña, sin autor, anterior a ella.

Otra edición del primer tercio del siglo XVIII es la titulada *Num. 73. Comedia famosa, / Los milagros / de el desprecio. / De Vn ingenio de la Corte.* Al final dice: *Impressa en Valladolid: En la Imprenta de Alonso del Riego, donde se hallará ésta, y otras de diferentes títulos.*

Más modernas todavía hay otras impresiones que no ofrecen interés, excepto la de autores españoles que D. Juan Eugenio Hartzenbusch hizo con mucho cuidado, corrigiendo los evidentes errores del texto, que fué el de la *Parte X* de *Escogidas,* según presumimos.

La fecha de la composición de esta hermosa comedia de carácter, y de un original carácter de mujer, puede concretarse bastante recordando que en el texto de ella se citan en dos lugares (págs. 4 y 22) como vivos a la infanta Isabel Clara Eugenia y su marido el archiduque Alberto, que falleció en Bru-

(2) Avendaño, que murió en 1634, no empezó a trabajar como director de compañías hasta después de 1618. Quizá por este tiempo se estrenaría *Los milagros del desprecio,* en cuya obra todavía a fines de 1634 hacía el delicioso papel de Doña Juana la célebre actriz Jerónima de Burgos.

selas el 13 de julio de 1621. Si la obra es posterior a 1618 y anterior a 1621 puede darse por seguro que pertenece a la madurez del entendimiento de Lope, como también lo demuestra el excelente contenido de ella.

Esta comedia fué traducida al alemán por Dohrn.

II. Mirad a quién alabáis.

Publicó esta comedia el mismo Lope de Vega, en la *Parte XVI* de su propia colección, en 1621, dedicándola a la dama portuguesa doña María de Noroña, mujer de D. Diego Jiménez de Vargas, a quien dedica, en este mismo tomo, *La inocente Laura* (3). Fué reimpresa treinta y dos años después en

---

(3) *Decima sexta / Parte de / las Comedias de / Lope de Vega Carpio, Prcv- / rador Fiscal de la Camara Apostolica / Qvibvsdam enim canibvs / sic innatum est, vt non pro feritate, sed pro consuetu- / dine latrent. Seneca de Rem. Fort. / Año* (escudo del sagitario, con la leyenda) *1621. / Con privilegio. / En Madrid. Por la viuda de Alonso / Martín / a costa de Alonso Perez Mercader de libros.*

4.°; seis hojas prels. y 284 foliadas; signaturas A-Nn, todas de a ocho hojas, menos la última, que tiene cuatro.

Portada; v., en blanco; hoja 2.ª, títulos de las comedias:

El premio de la hermosura. Al Conde de Olivares (fol. 1).

Adonis y Venus (tragedia). Al Duque de Pastrana, D. Rodrigo de Silva (fol. 21, v.).

Los Prados de León. Al Duque de Huéscar, D. Fernando Jacinto de Toledo (fol. 40 v.).

Mirad a quien alabais. A doña María de Noroña (fol. 65).

Las mugeres sin hombres. A la señora Marcia Leonarda (fol. 87).

La fabula de Perseo (tragicomedia). A Antonio Domingo de Bobadilla, Veintiquatro de Sevilla (fol. 108 v.).

El laberinto de Creta (tragicomedia). A la señora Tisbe Fenis (fol. 133 v.).

La serrana de Tormes. Al Conde de Cabra, D. Antonio de Cordova Cardona y Aragón (fol. 155 v.).

Las grandezas de Alejandro (tragicomedia). Al Duque de Alba (fol. 185).

La Filisarda. A. D. Juan Antonio de Vera y Zuñiga (fol. 211).

La inocente Laura. A D. Diego Ximénez de Vargas (fol. 233 v.).

Lo fingido verdadero (tragicomedia). Al R. P. Fr. Gabriel Tellez (fol. 259 v.).

Vuelta: Suma del privilegio al autor por diez años; San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.—Suma de la Tassa: 4 mrs. pliego; tiene 72 y medio: Madrid, 27 de septiembre de 1621.—Erratas (ninguna); Madrid, 13 de diciembre de 1621.

Aprobación del maestro Espinel. Dice que estas comedias de Lope "son las que he visto suyas escritas con más cuidado". Madrid, 24 de septiembre de 1620.

"Prólogo dialogístico. El Teatro y Un Forastero: *Forast.* ... que libro es este que estas mirando?—*Teatro.* La parte diez y seis de las Comedias de Lope que no se acabó de imprimir por su ausencia y assi viene despues de la Decima septima.—*For.* ¿Son buenas estas comedias?—*Te. Mirad a quien alabais, El Perseo, El laberinto,* y *Los Prados,* el *Adonis* y *Felisarda* están de suerte escritas que parece que se detuvo en ellas...—*Fo.* Lástima te tengo; porque como se acabaron los Cisneros, Navarros, Loyolas, Rios, Solanos, Ramírez, Tapias, Leones, Rochas, Salvadores y Christhovales, ¿qué han de hacer los autores sino convertidos en Bolatines, remitir a las Tramoyas las comedias y los Poetas los concetos a los aros de cedazo?—*Te.* Yo llevara en paciencia mis fracturas, aunque cada día me pusieran

una *Sexta parte* de comedias *Escogidas,* extravagante o de fuera de Madrid, hoy muy rara (4), con el encabezado que dice: *Mirad a quien alabays. / Comedia famosa. / De Lope de Vega.* Se ha suprimido la dedicatoria.

Míster Chorley cita una impresión suelta de esta comedia; pero no es más que un ejemplar desglosado del tomo facticio de Zaragoza, 1653. Hartzenbusch la incluyó en el tomo IV de su colección de Autores españoles.

---

nuevos emplastos si solo me silbaran mecánicos. Pero ha llegado la barbada ignorancia de muchos que visten seda, a que con descompuesto deslustre de sus personas piden parte de los silbos a la chusma.—*Fo.* A eso no tengo que responder; yo voy a comprar el libro *Dios te dé paciencia...*"

En la dedicatoria de *El premio de la hermosura,* al Conde de Olivares, dice: "La Reina nuestra señora, que Dios tiene, me mandó escribir esta tragicomedia. La traza fué de las señoras Damas, ajustada a su hábito, decencia y propósito. El Cupido y la Aurora a las dos mejores personas del mundo en sus tiernos años; las demás figuras la Hermosura de España en los más floridos, y el aparato digno de la grandeza de sus dueños..."

En la dedicatoria de *Adonis y Venus,* al Duque de Pastrana, dice: "Encareciome tanto V. Excelencia el día de aquel insigne torneo la gallardía, destreza y gala con que se representó *El premio de la hermosura,* por lo mejor del mundo que habiendo de salir a luz esta tragedia *que tuvo en otra ocasión las mismas calidades,* he querido ofrecerla a su entendimiento y honrarla de su nombre, seguro de que los dueños de la traza, y que con tanta gracia y gentileza la representaron, darán por bien empleado mi pensamiento y mi elección por justa. Reciba V. Excel. este reconocimiento, *en tanto que con mayores Musas canto las hazañas de su Excelmo. padre en Flandes,* que tanto dejó que imitar con su heroyca vida, y que sentir con su temprana muerte."

En la dedicatoria de *La Felisarda,* a don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, dice: "En la comedia de *Los esclavos libres* que dirigí a v. m. me di el parabién de la esperanza de *El embajador* y ahora se lo doy a v. m. de la posesión y del gusto con que ha sido recibido de los doctos... *La Felisarda* sale a luz en nombre de v. m.: la traza es de la ilustrísima señora Madama Capela, cuando asistió en palacio a la Reina, nuestra señora, *que Dios tiene...*"

En la dedicatoria de *Lo fingido verdadero* a Fr. Gabriel Téllez, dice: "Algunas historias divinas he visto de V. P. en este género de poesía, por las cuales vine en conocimiento de su fertilísimo ingenio... *Lo fingido verdadero,* Tragicomedia de la vida y martirio de San Ginés, representante, doy a la estampa con el nombre de V. P. y con muchas razones para que sea suya, apesar de los que envidian sus obras, que tantos bien intencionados califican, haciendo elección de historia divina, así por su profesión como por haberlas escrito tan felizmente.

En la dedicatoria de *Los Prados de León,* al Duque de Huéscar, dice: "¿Qué cosa pude hacer más acertada para que las tengan (flores) que dirigirlos (los Prados) a V. S. *en cuyo nacimiento,* como del Sol, en Alba (sirviendo a su excelentísimo padre) escribí versos?"

En el encabezado de *La serrana de Tormes* dice que es "comedia antigua" suya y añade en la dedicatoria al Conde de Cabra, hijo mayor del Duque de Sessa, "hallando *La serrana de Tormes,* comedia en que probé la pluma en el principio de mis estudios, la di a luz en su nombre".

(4) No se conoce más que un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Viena, cuya portada es: *Sexta / Parte / de / comedias / escogidas, / de los mejores / ingenios / de / España.* / (Dos floroncitos.) *Con licencia. / En Zaragoça, Por los herederos de Pedro / Lanaja y Lamarca, Impressores del / Reyno de Aragon. y de la Vniver- / sidad, año 1653.* 4.°; 2 hojas prels. y 192 hojas sin foliar, ni signaturas seguidas, sino cada comedia las suyas; lo cual prueba que este tomo no es tal tomo, sino un agregado de doce comedias sueltas, a las que se puso una portada y un índice. Por eso no

Es comedia de poco valor por su grande inverosimilitud, así en conjunto como en los episodios. Tiene alguna semejanza con *La obediencia laureada,* pero hay gran distancia entre ambas en cuanto al mérito.

Moreto imitó esta comedia en la suya *Lo que puede la aprensión.*

III. El molino.

Esta interesante comedia, que corresponde a la juventud del autor, fué publicada en la *Parte I* de sus comedias, impresa por primera vez en Zaragoza y no en Valencia, como con error se viene asegurando, pues aparte de que dicha edición de 1604, en Valencia, es posterior a la de Zaragoza, como lo prueban las aprobaciones y licencias, es el mismo Lope quien lo afirma en su *Epístola* al contador Barrionuevo (5).

---

tiene aprobaciones ni licencias. Las comedias serán poco más o menos de la fecha que se supone; pero la portada parece bastante posterior, por la forma y distribución de las líneas, como se ve por las separaciones señaladas, etc. Las comedias son: "Titulo de las co- / medias qve se contienen / en este libro. / Mirad a quien alabais. De Lope de Vega Carpio. El Angel de la Guarda. De Don Pedro Calderon. El Capitán Belisario. De Lope de Vega. El diablo predicador. De Luis de Velmõte. Los principes de la Iglesia. De D. Christoual de Monroy. Dineros son calidad. De Lope de Vega. El jurameto ante Dios. De Jacinto Cordero. Las mocedades de Bernardo del Carpio. De Lope de Vega. Los encantos de Medea. De Rojas. El satisfazer callãdo, y Princesa de los mõtes. De Lope de Vega. Don Domingo de Don Blas. De Iuan Ruiz de Alarcon. Vengarse con fuego, y agua. De Don Pedro Calderon."

(5) *Las / comedias del / famoso poeta / Lope de Vega, / Carpio / Recopiladas por Bernardo Grassa. / Dirigidas al Illustrissimo señor Don Grabiel Blasco de Alagon Conde de / Sastago, señor de las Baronias de Espes y Escuer, Camarlengo / del Rey nuestro señor / § Las que en este libro se contienen, van a la buelta desta hoja. / Año* (escudo curioso de la casa de Sastago) *M.DCIIII* (1604) / *Con licencia de los Superiores. / En Çaragoça. Por Angelo Tauanno.*

4.°; 12 hojas prels. y texto con dos foliaciones: 176 hojas para las seis primeras comedias y 191 para las siguientes. En hoja perdida: *Impressas, con licencia. / En Çaragoça. / Por Angelo Tauanno. Año, / M.DCIII* (1603).

Portada. A la vuelta: *Las comedias contenidas / en este libro son las siguientes:*

Primera parte.

Los Donayres de Matico, fol. 1.
Carlos el perseguido, fol. 29.
El cerco de Sancta fee, fol. 70.
Vida y muerte del rey Bamba, fol. 91.
La traycion bien acertada, fol. 120.
El hijo de Reduan, fol. 158 (es 148).

Segunda parte.

Nacimiento de Vrson y Valentin, fol. 1.
El casamiento en la muerte y hechos de Bernardo del Carpio, fol. 34.
La Scolastica Zelosa, fol. 75.
La amistad pagada, fol. 102.
La comedia del Molino, fol. 136.
El testimonio vengado, fol. 177.

Hoja 2.ª: "Aprovacion" del Doctor Ioan Briz Martinez: Zaragoza 4 de noviembre de 1603. Licencia del Vicario Pedro de Moya: Zaragoza, 12 de noviembre de 1603.—*Vuelta:* Licencia del Virrey de Aragon a Angelo Tavano: Zaragoza, 15 de octubre de 1603.

Hoja 3.ª: Dedicatoria de Angelo Tavano, al Conde de Sastago, en que le dice que él (Ta-

De esta primera parte de las comedias de Lope se hicieron antes de 1627 otras quince ediciones. Pocos autores habrán visto en vida un éxito "de librería" semejante.

La comedia del *Molino,* por consiguiente, no se imprimió suelta en el siglo XVII ni aun en el siglo XVIII. La única que hemos visto es de 1804 (6).

El asunto de esta comedia es muy común en Lope. Una dama principal muy perseguida del príncipe, así como el sospechado amante de ella, que, disfrazado de aldeano, vive en una aldea hasta que las cosas toman cariz más favorable y el príncipe cede en su tema. El desenlace es semejante al de *Nadie se conoce.* El argumento parece de invención del poeta y obra de su juventud.

Se tradujo dos veces al francés: una por M. Damas Hinard y otra por un anónimo, y se incluyó en el *Ttéâtre européen.*

IV. La noche toledana.

Esta célebre y graciosa comedia fué citada por el autor en su segundo *Peregrino,* de 1618. Antes, en 1612, había sido ya impresa en la *Parte III* de Lope "y otros autores", y después otras veces (7). En la Biblioteca Nacional

vano) ha recogido estas doce comedias y que "queriéndolas sacar a luz" no halló mejor Mecenas, etc. Sin fecha.—*Vuelta:* Prólogo.

Desde la hoja 4.ª siguen las once loas y luego el texto.

De esta primera parte de las comedias de Lope se hicieron ediciones en Valencia, Valladolid y Madrid en el mismo año 1604; en Valencia, Valladolid y Lisboa en 1605; en Amberes en 1607; en Valencia y Valladolid en 1609; en Bruselas en 1611; en Valencia en 1615; en Milán en 1619; en Madrid en 1621; en Zaragoza en 1624; en Zaragoza en 1626, y así y todo es libro sumamente raro.

(6) *N. 4. El Molino. Comedia de Lope de Vega Carpio.* Madrid, 4.°; 36 págs. Al final dice: "Año 1804. Se hallará en la librería de Castillo, frente las Gradas de S. Felipe el Real, y en el Puesto de Sanchez, calle del Príncipe."

(7) En el tomo VII de esta colección hemos descrito la edición de Barcelona, 1612; lo haremos ahora de las dos siguientes de Madrid, 1613, y Barcelona, 1614. *Tercera parte / de las Comedias / de Lope de Vega Carpio, y otros Av / tores, con sus loas, y entremeses, las quales Co / medias van en la segunda oja. / Dedicadas a don Luys Ferrer y Cardona, del Abito de Santiago, / Coadjutor en el Oficio de Portant vezes de General, Gouernador / desta ciudad y Reyno, y señor de la Baronia de Sot.* (Medallón con el busto de un viejo, barbudo y a la romana, coronado de laurel y clámide abotonada sobre el hombro.) *Con licencia / En Madrid, En casa de Miguel Serrano / de Vargas. Año 1613. / A costa de Miguel Martinez. / Vendese en la calle Mayor, en las gradas de / san Felipe.*

4.°; 4 hojas prels. y 368 sin foliar. Signaturas A-Tt, de a 8 hojas menos algunas letras que tienen más y menos. Todas las comedias empiezan en plana impar.

Portada; v. en bl.; *hoja 2.ª:* "Comedias. / Los hijos de la Barbuda. / La aduersa Fortuna del cauallero del Spiritu santo. / El espejo del mundo. / La Noche Toledana. / La Tragedia de doña Ynes de Castro. / Las mudanças de Fortuna, y sucessos de don Bel / tran de Aragon. / La priuança y cayda de don Aluaro de Luna. / La prospera fortuna del cauallero del Spiritu santo. / El esclauo del demonio. /

hay un manuscrito antiguo tomado de la impresión anterior (8) y otro de una refundición hecha en el siglo XIX.

Esta comedia fué compuesta, o a lo menos representada, en Toledo, en 1605, cuando las fiestas celebradas para solemnizar el nacimiento, en 8 de abril, del príncipe, después Felipe IV, en las cuales Lope hizo un lucido papel en la parte literaria de ellas. Se representó además otra comedia suya, titulada *El catalán valeroso,* en el salón del Ayuntamiento; y el mismo Lope mantuvo un certamen poético y escribió una *Relación* de estos festejos.

Claramente señala Lope la fecha de la comedia en el pasaje del acto primero (pág. 103) de ella, donde el diálogo dice:

La prospera fortuna de Ruy Lopez de Aualos. / La adversa fortuna de Ruy Lopez de Aualos. / Vida y muerte del santo Negro llamado san Bene- / dito de Palermo." Advertencia al encuadernador para que tenga presente el error en las signaturas Bb y Cc, que se pusieron barajando las planas.

Vuelta: "Tassa." Cada pliego 4 mrs. A petición de Alonso Pérez que presentó el libro (se lo cedería Serrano). Madrid, 12 de junio de 1613. Añade que tiene 88 pliegos que montan 10 rs. y 12 mrs.

Hoja 3.ª: "Licencia." Que Alonso Pérez quería imprimir de nuevo "Doze comedias impresas de diferentes personas, autores y representadas en esta corte muchas veces, de las cuales haziades presentación." Se le da la licencia por una vez. Madrid, 24 de diciembre de 1612. El Marqués del Valle. El Lic. D. Diego Fernando de Alarcon. El Lic. Pedro de Tapia. El Lic. D. Diego Alderete. El Lic. Don Geronimo de Medinilla.—*Vuelta:* "Erratas", muchas. "Estas comedias impressas por Miguel Martinez, Mercader de libro...". Madrid, 10 de junio de 1613. El Lic. Murcia de la Llana. "A Don Lvis Fer- / rer y Cardona..." En tercetos suscrita por Aurelio Mey, que sigue toda la hoja 4.ª: 16 tercetos. Después de las comedias y una plana en blanco, siguen: "Entremes famoso del Sacristan Soguijo; Entremes famoso de los Romanos (sic: por Romances); Entremes famoso de los Huebos); Loa Famosa en alabança de la Espada; Loa famosa de las calidades de las mugeres; Loa famosa de la Batalla naval; Loa famosa de las letras del a. b. c.; Loa famosa del suntuoso Escurial." Con texto de cada pieza. En la hoja última dice: "*En Madrid. / Por Miguel Serrano de Vargas, / Año M.DC.XIII.*" Vuelta en blanco.

Parte / tercera de / las comedias de Lo- / pe de Vega y otros avtores, / con sus Loas y entremeses, las quales Comedias / van en la segunda oja. / Dedicadas a don Lvys Ferrer y Car- / dona, del Abito de Sanctiago, Coadjutor en el oficio de Portant / vezes de General Gouernador de la Ciudad, y Reyno, de / Valencia y señor de la Baronia de Sor. / 82. / Año (escudete de un ancla con una sierpe enroscada en ella y dos manos cogiendo el palo del ancla) *1614. / Con licencia del Ordinario. / Impresso en Barcelona por Sebastian de Cormellas al Call. / A costa de Iuan de Bonilla Mercader de Libros.*

4.°; 2 hojas prels. y 330 foliadas. Signaturas A-Tt, de a 8 hojas, menos la última, que tiene 4. En el vuelto de la última y al pie de la plana, dice: "*En Barcelona, por Sebastián de Cormellas, al Call, / Año de M.DC.XIII.*"

Portada; v. en bl; *hoja 2ª:* "Aprobación" por el Obispo D. Luis Sans, Barcelona, 5 de diciembre de 1613: Fray Alberto Soldevilla. *Vuelta:* "Las comedias qve / van en esta tercera par- / te son las siguientes." Las mismas y por el mismo orden que la anterior: folios 1, 26, 49, 71, 97, 122, 149, 180, 202, 228, 261 y ? (no lo dice).

A continuación (fol. 315) van los entremeses y las loas, como en la anterior.

(8) Ms. 16.928, de 36 hojas en 4.° y letra de fines del siglo XVII, procedía de la biblioteca ducal de Osuna. El otro, Ms. 14.456, de 72 hojas, en 4.°, letra de mediados del siglo XIX. En los dos primeros actos hay po-

CAPITÁN. ¿Qué hay de fiestas?
HUÉSPED. ¡Bravas fiestas!
CAPITÁN. En ocasiones como éstas
no hay hombre, a fe de quien soy,
que no procure mostrar
la fe que debe a su rey.
HUÉSPED. Sois noble, y es justa ley.
¿Qué cosa puede alegrar
más a un español que ver
nacer un príncipe a España?

La noche toledana tiene un plan muy ingenioso y bien desarrollado, salvo el desenlace, que, siendo muy semejante al del *Rufián Castrucho,* es aún menos moral que aquél. En la representación, quizá no pasaría actualmente; pero su lectura es agradable. El dicho popular de ser "una noche toledana" debía de existir ya de antiguo, y Lope no hizo más que fraguar un argumento para justificarlo, lo cual consigue harto bien, en lo que toca al protagonista Florencio y su lacayo Beltrán.

V. La obediencia laureada y primer Carlos de Hungría.

Recordó Lope esta excelente comedia en su segundo *Peregrino,* de 1618, y antes había sido ya impresa, en 1615, y luego otras veces en la *Parte VI* de su colección especial, hecha con anuencia suya (9).

Un manuscrito de la Biblioteca Nacional, copia hecha para el teatro, no ofrece nada de particular para nuestro estudio de esta comedia (10).

Se reimprimió suelta a principios del siglo XVIII, con este encabezado: *Comedia famosa / La obediencia laureada, / y primer Carlos / de Hungría. / Del Fenix de los ingenios Lope de Vega.* Al final dice: *En Madrid, con las Licencias necesarias. A costa de Doña Theresa de Guzman. Hallarase en su Lonja de Comedias de la Puerta del Sol, con muchos Entremeses, y más de 600 Titulos de Comedias.* 4.°; 36 págs.

En cuanto a la época de su composición, nos parece que no andará muy

---

cas alteraciones; pero el tercero está todo él rehecho.

(9) En el tomo anterior a éste *(Prólogo,* pág. XVIII) se ha descrito extensamente la primera edición de esta parte.

(10) Ms. 16.871, de 61 hojas en 4.°; letra de la primera mitad del siglo XVII, pero muy mala. Carece de portada, empezando con las palabras: "1.ª Jornada de la Obediencia laureada y primer Carlos de Vngría." No tiene nota ni señal ninguna.

lejos del año en que fué impresa la primera vez, ya que su seriedad y sentido moral la alejan de los juveniles atrevimientos que advertimos en las que corresponden a dicho período. Es comedia de carácter, y aun de varios caracteres, pues casi no le va en zaga al noble y heroico de Carlos, dechado de amor y respeto filiales, que justifica el título de la comedia, el bellísimo y nada exagerado de Filiberto, rey de Bohemia.

Y aquí verán los que por rutina niegan a Lope la facultad de crear caracteres cuán errados andan en tal opinión. Hay en Lope más caracteres, y más variados, y más reales y humanos, que en todo el teatro francés anterior al siglo XIX.

Para digno complemento de esta preciosa obra está divinamente versificada y con un lenguaje exacto, claro y elegante como sólo Lope los empleaba cuando quería sobrepujarse a sí mismo.

Reinar por obedecer, de Matos, Diamante y Villaviciosa, es una simple refundición de la comedia de Lope.

VI. Los peligros de la ausencia.

Este drama, que debe de ser de la última época de la vida de su autor, ha llegado a nosotros en una *Parte XXIV,* de 1641, que no es, ciertamente, modelo de fidelidad en cuanto a los textos que ofrece, pero que por fortuna, en esta obra, quizá por lo tardío de su composición, no había tenido tiempo de sufrir los insultos de los habituales refundidores de Lope (11).

La comedia es buena; está muy bien escrita y su argumento interesa cada vez más. En el acto tercero se plantea el conflicto de la honra y castigo de la mujer con la hosquedad ordinaria en esta clase de dramas. Por dicha, el desenlace no es sangriento. La inocencia de Blanca resplandece en el momento oportuno y se calman las celosas furias de su marido. Nótase igualmente cuánto ha progresado en bondad el carácter del padre de la dama. A diferencia de los feroces padres de *La locura por la honra* y de *El labrador del Tormes,* Don Sancho, padre de Doña Blanca, no quiere que su hija muera: contra todas las apariencias y pareceres sostiene la inocencia de su hija: quizá no estaba muy convencido de ella; pero se alza airado contra la sentencia de muerte. El Lope de 1630 ya no era el de 1604. Lo que había visto y sus pro-

(11) En el tomo anterior *(Prólogo,* página XVI) queda hecha la descripción bibliográfica de esta *Parte,* que no repetiremos aquí, por no dilatar estas notas.

pios sucesos le habían inspirado mayor respeto a la vida humana, cuando menos.

VII. El perro del hortelano.

Esta célebre e ingeniosa comedia, que tantas imitaciones produjo, fué mencionada por Lope en la segunda edición de *El Peregrino en su patria,* 1618, aunque la fecha de su composición debe de ser anterior, y la imprimió él mismo, y en el mismo año, en la *Parte XI* de su colección propia de comedias (12).

Fué reimpresa en 1666, en la *Parte XXV* de la colección de *Comedias escogidas,* pero cambiándole el título por el de *La Condesa de Belflor,* que era, en efecto, el señorío que poseía Diana de la comedia, y atribuyéndola a D. Agustín Moreto, por la semejanza de nombres, más que esencial, con la de este autor titulada *El desdén con el desdén* (13).

---

(12) *Onzena / parte de / las Comedias de / Lope de Vega Carpio, fa- / miliar del Santo Oficio. / Dirigidas a Don Bernabe / de Viuanco y Velasco, / Cauallero del Abito de San- / tiago, de la Camara de su Magestad. / Sacadas de sus originales. / Año* (escudete del Sagitario con la leyenda *A Deo missa salvbris sagita) 1618. / Con privilegio. / En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin de Balboa. / A costa de Alonso Perez mercader de libros. / Vendense en la calle de Santiago.*

4.°; 6 hojas prels. y 295 foliadas; signaturas A-Oo, todas de a 8 hojas. Al final, en hoja perdida, dice: "En Madrid, / En casa de la viuda de Alonso / Martín de Balboa. / Año M.DC.XVIII."

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª:* "Aprovación del se- / ñor Doctor Gutierre de Cetina": Madrid, 4 de febrero de 1618.—"Suma del priuilegio" al autor, por diez años: El Pardo, 24 de febrero de 1618.—"Títulos de las Comedias."

El perro del hortelano, fol. 1.—El azero de Madrid, fol. 28.—Las dos estrellas trocadas y ramilletes de Madrid, fol. 51 v.—Obras son amores, fol. 74 v.—Servir a señor discreto, fol. 98.—El Príncipe perfecto, fol 122 v.—El amigo hasta la muerte, fol. 148.—La locura por la honra, fol. 175 v.—El Mayordomo de la Duquesa de Amalfi, fol. 200.—El Arenal de Sevilla, fol. 225.—La fortuna merecida, fol. 245. La Tragedia del Rey Don Sebastian y Bautismo del Príncipe de Marruecos, fol. 271.

Vuelta: "Tassa": 4 mrs. pliego: tiene 75 y medio: Madrid, 10 de mayo de 1618.—Erratas (muchas): Madrid, 6 de mayo de 1618. El Lic. Murcia de la Llana.

Hoja 3.ª: Dedicatoria, de Lope, sin fecha. (Lisonjera: dice que no pide nada.)

Vuelta: "Prologo del Teatro a los lectores." Se queja Lope de los que le usurpan sus comedias en la representación, aprendiendo unos cuantos versos y poniendo otros muchos propios del usurpador. Que se vendían en las tiendas estos manuscritos a nombre de los autores usurpados. Dice que las de este tomo son legítimas. Ofrece otras doce y añade que tiene escritas *ochocientas.* Este prólogo ocupa además todo el recto de la *hoja 4.ª*

Vuelta: "A la memoria eter- / na de nuestro insigne amigo, Lope Felix de Vega Carpio por sus escritos." Es una larga silva firmada por "Don Tomas Tamayo de Vargas. D. C." en que va citando las obras de todo género, menos las comedias, que designa en globo, que tenía compuestas Lope.—Texto.—Colofón.—Vuelta en blanco.—El libro se empezó a vender en mayo.

(13) *Parte veinte y cinco de / Comedias nvevas, y escogidas de los mejores / Ingenios*

Suelta, sin lugar, año ni imprenta, con su verdadero título y a nombre de su autor verdadero, se reimprimió en el siglo XVIII (14), y no sabemos que después de la edición de Hartzenbusch se haya vuelto a estampar en España (15).

Es otra comedia de carácter esta pieza, como ya lo deja traslucir el título. La Condesa Diana se enamora de su secretario Teodoro, sólo de ver que le ama una de sus criadas. Pero como le cree de clase inferior a la suya, no se atreve a dar expansión a su afecto, ni consiente que se lo prodigue a su menina Marcela. Y las vacilaciones y luchas de la dama, hasta que el criado de Teodoro facilita la solución, constituyen el enredo de la comedia y razonan el título que ostenta.

El perro del hortelano fué traducido al francés por La Beaumelle, por M. Damas Hinard y por Eugène Baret; al alemán, por Braunfels, y al italiano, por La Cecilia.

VIII. Por la puente, Juana.

De esta linda comedia tenemos, ante todo, el texto que el mismo autor nos dió en la *Parte XXI* de su colección de comedias, impresa en 1635, los mismos días en que Lope dejaba esta vida (16). También existe en una llamada *Par-*

---

de España. / Dedicadas / a D. Pedro de Ponte Franca de Llerena, Capitan y Sar- / gento mayor de vn Tercio de Infantería Española / del Exercito de Extremadura. / Pl. (escudo del Mecenas) *62. / Con privilegio. En Madrid, Por Domingo Garcia Morras, Im- / pressor del Estado Eclesiastico, año de 1666. / A costa de Domingo Palacio y Villegas, / Mercader de Libros, Vendese en su casa, / frontero del Colegio de Santo Tomás.* (Al fin, en hoja suelta, dice:) *Con privilegio, / En Madrid, / Por / Domingo García Morras / Impressor del Estado Eclesiastico, / Año de M.DC.LXVI.*

4.°; 4 hojas prels. y 243 foliadas. Signaturas A-Hh2. Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª:* Dedicatoria de Palacio, sin fecha.—*Hoja 3.ª:* Aprobación del P. José de Vitoria, agustino: Madrid, 30 de abril de 1666.—*Vuelta:* Aprobación del P. Martín del Río: Madrid, 8 de abril de 1666.—Licencia del Ordinario: Madrid, 8 de abril de 1666.—*Hoja 4.ª:* Fee de erratas: Madrid, 22 de setiembre de 1666: Lic. Don Carlos Murcia de la Llana.—Suma de la Tasa (5 mrs. pliego): Madrid, 24 de setiembre de 1666.—Suma del Privilegio a Palacio por diez años, sin fecha.

A la vuelta van los títulos de las comedias. La quinta, al folio 81, dice: *Famosa / comedia. / De la Condesa de Belflor. / de Don Agustin Moreto.*

(14) *El perro del hortelano. / Comedia / De Lope de Vega Carpio.* 4.°; 32 págs. numeradas.

(15) El mismo Hartzenbusch hizo una refundición de esta comedia para la apertura en Madrid del Teatro de Lope de Vega, el 1.° de octubre de 1862, de la cual existen dos manuscritos, números 1.080 y 1.374, en la Biblioteca Nacional. También se cita en la *Bibliografía de Hartzenbusch*, pág. 111.

(16) *Veinte y vna / parte / verdadera de las / comedias del Fenix de / España Frei Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San / Iuan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, / Procurador Fiscal de la Camara Apostolica, / sacadas de sus originales. / Dedicadas*

te XXVII de Lope, y que figura impresa en Barcelona en 1633, de la cual ya hemos hablado al comienzo de este prólogo. Ambos textos son exactamente iguales, y como en ambos se observan ciertas omisiones de versos, es de creer o bien que la edición de Zaragoza de 1633, hoy no conocida, pero de la cual parece ser reproducción esta de Barcelona del mismo 1633, ha servido de modelo para la de 1635, o que ésta lo fué de aquéllas, en cuyo caso la fecha de 1633 será falsa y, en realidad, posterior a este año.

Después de estas ediciones antiguas, la comedia *Por la puente, Juana,* se ha publicado en 1803 en Madrid, donde se había representado antes (17).

---

a Doña Elena / Damiana de Iuren Samano y Sotomayor, muger de Iulio Cesar / Scazuola, Comendador de Molinos y Laguna Rota, de la Orden / de Calatrava, Embaxador de Lorena, Tesorero General de / la Santa Cruzada, y Media Annata, y señor / de la villa de Tielmes. / Nulla fuit Lopio Musarum sacra Poesis, / Illa perire potest, iste perire nequit. / 66 y 1/2. / Año † 1635. / Con privilegio. / En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin. / A costa de Diego Logroño, mercader de libros, / Vendese en sus casas, en la calle Real de las Descalças.

4.°; 4 hojas prels. y 260 foliadas; signaturas A-Kk de a 8 hojas, menos la última, que sólo tiene 4.

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª:* Dedicatoria "A la señora doña Elena...", etc., firmada por "Doña Feliciana Felix del Carpio", sin año. Dice que su padre murió antes de acabarse la impresión de este tomo.

Vuelta: "Las comedias qve lleva esta / parte veinte y vna de Frei Lope Felix de Vega / Carpio, son las siguientes:

La Bella Aurora, Tragedia famosa, fol. 1.—Ay Verdades que en amor, fol. 25 v.—La Boba para los otros y discreta para sí, fol. 45.—La Noche de San Iuan, fol. 67 v.—El Castigo sin venganza, fol. 91.—Los Vandos de Sena, fol. 114.— El Mejor alcalde el Rey, fol. 139.—El Premio del bien hablar, fol. 158.—La Victoria de la honra, fol. 178 v.—El Piadoso Aragonés, fol. 202 v.—Los Tellos de Meneses, fol. 225.—Por la puente Iuana, fol. 243."

Hoja 3.ª: "Aprovación del Maestro Ioseph de Valdiuielso." Dice que Lope aborrecía las alabanzas, y que "ningunas pueden ser mayores que su nombre porque en diciendo Lope de Vega, no hallo mas que decir, ni hay más que decir". Madrid, 9 de abril de 1635.—"Aprovación de Don Francisco de Queuedo Villegas." Madrid, 19 de mayo de 1635.—*Vuelta:* "Suma del priuilegio" a Lope, por diez años: Madrid, 25 de mayo de 1635.—"Suma de la tassa." 4 mrs. pliego; tiene 76 y medio = 299 mrs.: Madrid, 5 de septiembre de 1635.—"Fé de erratas" (ninguna): Madrid, 4 de septiembre de 1635.

Hoja 4.ª: "El licenciado Ioseph Ortiz de Villena, a los aficionados de Frei Lope Felix de Vega Carpio." Dice que había juntado en su poder la mayor parte de las obras de Lope, "que me costó no pequeño trabajo". Añade que "a persuasión suya (de Lope) le di estas doce comedias, sacadas de sus borradores y originales para darlas a la estampa. El quiso que este libro fuese la veinte y una parte verdadera de sus Comedias que las demás que se han impreso en Sevilla, Zaragoza, Valencia y otras partes, todas son de diversos poetas; y aunque están con su nombre, no son suyas, que solo han servido de quitar la honra a sus escritos, y dar de comer a los libreros que las han impreso sin licencia. Después destas saldrá también la parte veinte y dos verdadera y luego ofrezco la *Vega del Parnaso,* con otras comedias y varias *Rimas,* donde se hallará lo mejor que él escribió en toda su vida..." (Acaba en el vuelto de esta hoja 4.ª)—Texto.

(17) *Comedia en tres actos Por la puente, Juana, De Lope de Vega Carpio, Representada por la Compañía de la Cruz en este presente año de 1803. Con licencia en Madrid. Año de 1803. Se hallará en el Puesto de Josef Sanchez, calle del Príncipe.* 4,°; 32 págs. Hay otra edición de *Madrid, Antonio Martínez,* 1825; 4.°; 32 págs.

Es comedia toledana y de la buena época de Lope; quizá no sea muy posterior a 1605, en que sabemos residió en Toledo y compuso allí otras obras por este estilo. El refrán completo que motiva la comedia es: *Por la puente, Juana; no por el agua.*

Quizá sea refrán sólo toledano o moderno, porque no lo traen el Comendador Hernán Núñez, ni Vallés; ni, lo que es más extraño, el racionero Garay; pero sí Gonzalo Correas, añadiendo, como moraleja, que "es peligroso el vado", que es el alcance que también le dió Lope, aunque en sentido muy figurado.

El argumento es sencillo y bien urdido, y se desenlaza de un modo feliz y no esperado, aunque bueno. Sobresale el tipo de Juana, una de aquellas damas disfrazadas de labradoras que Lope sabía rodear de tantas gracias y de tan ingeniosa travesura.

Don Félix Enciso Castrillón refundió en cinco actos esta comedia, que también fué traducida al alemán por Rapp.

IX. Porfiando vence amor.

De esta gran comedia sólo tenemos un texto, pero bueno, que es el publicado en 1637 por doña Feliciana de Vega, hija de Lope, en el tomo titulado *La Vega del Parnaso* (18), reimpreso luego en la colección de Sancha (19) y últimamente por Hartzenbusch, como todas las demás comedias de este tomo.

Hay noticia de que ya antes de 1637 se había impreso en Sevilla, en un tomo que vió el erudito D. Juan Isidro Fajardo, a principios del siglo XVIII, pero que ha perecido en la general persecución que el teatro padeció por aquellos días y antes y después.

---

(18) *La Vega del Parnaso. Por el Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San Iuan, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Dirigida al Excellentissimo Señor Don Lvis Fernandez de Cordoua, Cardona y Aragon, Duque de Sessa, etc.* (Escudo del Duque.) *En Madrid, en la Imprenta del Reyno. Año 1637.*

4.°; 4 hojas prels. y 292 foliadas.—Suma del privilegio, por diez años, a Luis de Usátegui, yerno de Lope: Madrid, 3 de noviembre de 1635.—Fe de erratas: Madrid, 23 de junio de 1637.—Tasa: Madrid, 2 de julio de 1637.—Aprobación del M. José de Valdivielso: Madrid, 26 de agosto de 1635.—Prólogo del Lic. José Ortiz de Villena.—Dedicatoria de Usátegui, sin fecha.

Contiene, además de varios versos, las nueve comedias siguientes: El guante de Doña Blanca; La mayor virtud de un rey; Las bizarrías de Belisa; Porfiando vence amor; El desprecio agradecido; El amor enamorado; La mayor vitoria de Alemania de Don Gonzalo de Cordova; Si no vieran las mujeres; Diálogo militar, pieza representable en un acto.

(19) Tomos IX y X.

Esta comedia está soberanamente escrita y versificada: es toda ella una pura perfección, en cuanto a esto. El asunto es conocido, pero interesa el distinto carácter de las dos mujeres que aman a Carlos, y que sólo en parte justifican el título de la obra, que es de invención del poeta.

La época de la composición no se deduce del contexto, pero debe de ser de la madurez de Lope: su perfección lo acredita.

X. La porfía hasta el temor.

Imprimióse esta comedia varias veces en el siglo XVII; pero de todas estas ediciones sólo una ha llegado a nosotros. Es la contenida en el tomo titulado *Parte XXVIII* de *Varios autores,* impresa en 1634, en Huesca, lo cual supone una edición anterior de Zaragoza o de Madrid, pues en el siglo XVII nadie llevaba a Huesca comedias manuscritas para darlas por primera vez al público (20). No debe de ser anterior una *Parte XXIV* de Lope que cita y

---

(20) *Parte / veynte y ocho, / de Comedias de / Varios avtores. / 63.* (Escudo del Impresor.) *Con licencia. / En Huesca, Por Pedro Bluson Impressor de la Vniuersidad, Año 1634. / A costa de Pedro Escuer Mercader de Libros.*

4.°; 4 hojas prels. y 250 foliadas; signaturas A-Kk2 de a 8 hojas, menos la última, que tiene 4. Al pie del vuelto de la hoja 250 dice: *Con licencia. / En Huesca, por Pedro Bluson, impressor / de la Vniuersidad. Año 1634. / A costa de Pedro Esquer, Mercader de Libros.*

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª:* Licencia del Vicario de Huesca, Doctor Melchor de Alayeto: 6 de abril año de 1633.—Aprobación de D. Diego Amigo, por el Virrey D. Fernando de Borja: "En Çaragoça, a 27 de octubre de 1633."—*Vuelta:* "Titulos de las comedias de la Parte veynte y ocho." Sin autor pero los pondremos como están en el texto. 1. La Despreciada querida. De Lope de Vega. Representola Prado (Es de Villegas), fol. 1.—2. La Industria contra el poder. De Lope de Vega. Representola Vallejo (es *Amor, honor y poder,* de Calderón), fol 23.—3. El Labrador Venturoso. De Lope de Vega Carpio. Representola Roque de Figueroa, fol. 43.—4. El Palacio Confuso. De Lope de Vega Carpio. Representola Vallejo, fol. 65.—5. La Porfía hasta el Temor. De Lope de Vega Carpio. Representola Roque de Figueroa, fol. 89.—6. El Iuez de su Causa. De Lope de Vega Carpio. Representola Avendaño, fol. 109.—7. El Zeloso Estremeño. De Don Pedro Cuello (no dice quién la representó), fol. 134.—8. De vn castigo tres Vengãzas. De Calderon (no dice el actor), fol. 153.—9. El Príncipe Don Carlos. De Don Diego Ximenez de Anciso. Representola Olmedo, fol. 175.—10. El Principe de los Montes. De Montalbán (no dice el actor), fol. 186 (es 196 vuelto).—11. El Principe Escanderbey. De Luys Velez de Guevara. Representola Antonio de Prado, fol. 217.—12. La Cruz en la Sepultura. De Lope de Vega Carpio (es *La Devoción de la Cruz,* de Calderón). Representola Avendaño, fol. 234 (vuelto).

Hoja 3.ª (con una cabecera de adornos tipográficos y cifra 53): Dedicatoria a Don Antonio Manrique de Luna y Lara, de Pedro Escuer, sin fecha ni lugar. Dice que le dedica estas *diez* comedias de diferentes autores (el tomo tiene 12). Esta dedicatoria ocupa parte del vuelto de esta hoja 3.ª y al pie tiene el reclamo "Comedia". Pero la *Hoja 4.ª* no comienza por esta palabra, sino por otra dedicatoria de Escuer a D. Francisco de Villanueva y Tejada, sin fecha ni lugar, en que dice le dedica "estas dos comedias"; no dice cuáles;

vió D. Nicolás Antonio, en el artículo Lope de Vega de su *Biblioteca Nova,* que contenía doce comedias todas diferentes de las que encierran las otras *Partes XXIV* conocidas, y entre ellas está *La porfía hasta el temor.* Esta parte es hoy desconocida.

La incluía también una *Parte XXVIII* de Zaragoza, 1639, cuyo contenido cita Barrera, aunque de un modo incompleto y muy sospechoso (21).

Impresiones anteriores a la de Hartzenbusch en Autores no sabemos de más que una suelta antigua que cita Restori como existente en la Biblioteca Ducal de Parma (22). Un manuscrito de mano de D. Agustín Durán hay en la Biblioteca Nacional, simple copia del impreso de *Varios,* que es el que ha servido para esta nueva edición.

El encabezado dice, en esta única impresión, debajo de unos adornitos tipográficos: *La porfía hasta el temor. / Comedia / famosa. / De Lope de Vega Carpio. / Representóla Roque de Figueroa. Hablan en ellas las personas siguientes.* Al fin de la primera jornada tiene un doble y grande final de capítulo, floreado; al fin de la segunda, una bonita cabecera, aquí fuera de su lugar, y al acabar la obra sólo dice: FIN, sin adorno ninguno. La comedia empieza en el folio 89 y termina en el 107 vuelto.

---

pero serán las dos últimas; porque en la vuelta, donde acaba la dedicatoria, tiene al pie el reclamo "Escanderbey", que es la undécima comedia del tomo, aunque no empieza con la palabra del reclamo, sino con "La despreciada querida", que es el título de la primera comedia del tomo. Esta anomalía tipográfica, que se aumenta al ver que la hoja de esta segunda dedicatoria tiene en el resto la página 216 y en la que sigue la 217, y al pie la signatura Ff3, no se explica con suponer que la hoja estará mal puesta en el tomo; porque en éste están muy bien ocupados los números 216 y 217, con las planas que les corresponde, y tienen la signatura Ff3 en su debido lugar y con su plana que les corresponde. Pudiera ser que Escuer imprimiese primero el tomo seguido con doce comedias, como está, y luego se le ocurriese hacer dos dedicatorias, o bien que el tomo original de Zaragoza las tuviese ya.

(21) Esta parte existe o ha existido, porque la cita D. Juan Yáñez Fajardo en su *Catálogo* de comedias, que compiló a principios del siglo XVIII. Pero Barrera (pág. 683 de su *Catálogo)* le da un contenido incompleto, pues sólo cita diez comedias, que son casi las mismas que la *Parte* anterior, lo cual nos indica la relación que existe entre ambas. Pudiera ser ésta de 1639 segunda edición de una de 1633, también de Zaragoza, que haya servido de modelo a la de Huesca, o bien pudiera estar equivocado o mal leído el 3 último de la fecha, que pareciese un 9.

La lista y orden que da Barrera es, según la impresión de Huesca: 12, 8, 4, 1, 6, 3, 5, 11, *El trato muda costumbre,* de Lope (será la de D. Antonio di Mendoza) y 7. De suerte que este tomo tiene nueve comedias del anterior y una que no figura en él, faltando, en cambio, *La industria contra el poder* (núm. 2). *El Príncipe D. Carlos* (núm. 9). *El Príncipe de los Montes* (núm. 10). Además, este tomo de Barrera estaba incompleto, pues *Partes* de 10 comedias no era costumbre entonces el imprimirlas.

Con el estudio detenido y crítico de estas *Partes,* ciertamente *extravagantes,* como se las viene llamando; pero que muchas son supercherías de libreros, se irá poco a poco simplificando la enmarañada bibliografía dramática española.

(22) *Una collezione di comedie di Lope de Vega Carpio,* Liborno, 1891. 4.°; pág. 14.

De su contexto no se deduce cuándo pudo haber sido escrita. El hecho de haberla estrenado Roque de Figueroa sólo nos demuestra que se compuso después de 1623 ó 1624, en que Figueroa aparece como *autor* o director de compañías, y antes de 1635, en que se ausentó a Italia.

En esta comedia sobresale únicamente el carácter bravío y feroz del Infante. Se desenlaza con la intervención de un muerto que domeña la fiereza de Don Fernando, obligándole, por temor, a cejar en el propósito de casar a la fuerza a Doña Leonor; aparición que empleó Lope varias veces, como en *Dineros son calidad, En Infanzón de Illescas, El marqués de las Navas,* y acaso en alguna otra.

XI. La portuguesa y dicha del forastero.

Mencionó Lope esta comedia en su segundo *Peregrino,* de 1618, y se imprimió en la *Parte III* de la gran colección de *Comedias escogidas,* impresa en Madrid en 1653, sin que después se haya vuelto a imprimir, no obstante ser pieza tan graciosa y movida, hasta la edición de autores españoles, quizá por la gran rareza del tomo que la contenía (23).

Pero la comedia fué escrita a fines de 1615 o primeros días del siguiente año, pues en ella se cuenta extensamente, y como muy reciente, el casamiento en El Pardo del Príncipe, después Felipe IV, con Doña Isabel de Borbón, hija de Enrique IV de Francia, el día 18 de diciembre de dicho año. La ya Princesa de Asturias durmió aquella noche en el Convento de San Jerónimo, y al día siguiente hizo su entrada solemne en Madrid.

El mismo tema del matrimonio de Felipe IV tocó Lope en otra comedia escrita poco antes de ésta, con el título de *Los Ramilletes de Madrid,* de que hablamos más adelante.

XII. El premio del bien hablar.

Esta primorosa comedia la publicó Lope en la *Parte XXI* de las suyas, impresa en 1635, aunque no pudo ver terminado el tomo por haber fallecido en el mismo año (24).

---

(23) En el tomo anterior *(Prólogo,* página XXII) hemos descrito ampliamente esta rarísima *Parte* de comedias. *La Portuguesa* es la sexta comedia del volumen y va del folio 107 al 130.

(24) En la nota de la comedia *Por la puen-*

Se reimprimió suelta a principios del siglo XVIII, con el siguiente encabezado: *Núm. 147. / El premio del bien hablar, y bolver por las mvgeres. / Comedia / famosa, / De vn ingenio de esta corte.* Al final dice: *Con licencia: En Sevilla, por Francisco de Leefdael, / en la Casa del Correo Viejo* (25).

Al decir el impresor "De un ingenio de *esta* corte", parece indicar que se sirve para esta reimpresión, no de la *Parte XXI* original, en la que expresamente consta el nombre del autor, sino de otra reimpresión madrileña de fines del siglo XVII, en la que voluntaria o involuntariamente se omitió el nombre de Lope de Vega.

La composición de esta excelente comedia debe retraerse a los últimos años de la vida de su autor. No sólo por el tinte de seriedad que reina en toda ella, donde hasta se apunta algo de carácter para justificar el título de la pieza, sino por la perfección misma de la obra y por algunas alusiones que encierra. En la página 379 se elogia a Cervantes como un escritor ya fallecido, y a quien se coloca entre Cicerón y Juan de Mena, diciendo, por boca de Martín:

¿Cómo discreta? Cicerón, *Cervantes*
ni Juan de Mena, ni otro después ni antes
no fueron tan discretos y entendidos.

También creemos que la comedia sea no sólo posterior a 1616, en que murió Cervantes, sino que, en efecto, corresponda a fines del año 1625, en que parece la estrenó en el Escorial el autor de compañías Tomás Fernández de Cabredo, a quien se pagaron por palacio, en 18 de noviembre de dicho año, 1.300 reales por cinco particulares hechos a los Reyes en dicho Real Sitio y en Madrid (26). Lope había hecho ya las paces con Góngora, quien, cansado de la corte, se preparaba a retirarse a su ciudad natal, donde, en efecto, falleció dos años después. Así, el elogio que Lope le dedica en esta comedia es doble, como puede verse en las páginas 373 y 379; en la primera, recordando una letrilla del poeta:

Dineros son calidad,
dijo el cordobés Lucano.

---

te, Juana, de este tomo, hemos descrito extensamente esta *Parte* auténtica del teatro de Lope.

(25) En 4.°; sin año; 32 págs. numeradas. Con posterioridad se reimprimió, también suelta, en Madrid, en la librería de Castillo, 1804; y en la Biblioteca Nacional hay una refundición anónima, hecha en 1806, con el título de *El defensor de las mujeres o el premio del bien hablar. Comedia de Lope de Vega refundida y arreglada en 1806;* 21 hojas en 4.° Lo de "arreglada" debe entenderse no mejorada, sino puesta conforme a las reglas.

(26) *El Averiguador,* 1871; pág. 10.

y en la segunda, al enumerar muchas cosas buenas,

Consonancia en cristal de vino añejo;
son de doblón en mesa o plata doble;
cortés respuesta de persona noble;
rüido de arroyuelo, ardiente Febo,

agrega:

soneto de Don Luís, Séneca nuevo.

Como durante la mayor parte de la vida de Góngora las relaciones entre ambos fueron muy poco cordiales, se infiere que estos elogios pueden considerarse como póstumos.

Otra alusión que nos confirma en lo dicho hallamos en la página 398, en que se duele Martín:

¡Ay, ay, ay!
RUFINA. El "¡Ay-ay-ay!"
ha mucho que ya pasó.

Como en 1612 aún se cantaba y hacía el baile del *¡Ay-ay-ay!*, necesario será suponer que hubiesen transcurrido ya una docena de años para que este cantar y baile fuesen desusados.

Fué esta comedia refundida por D. Ventura de la Vega, en 1859, para una función de aniversario del nacimiento de Lope, y, además, compuso para el mismo fin una *Fantasía dramática.*

XIII. Quien ama no haga fieros.

Publicó Lope mismo esta comedia en la *Parte XVIII* de las suyas, impresa en 1623, en Madrid (27), sin que hasta la edición de Hartzenbusch haya vuelto a reproducirse por medio de la imprenta.

---

(27) *Decimaoctava / Parte de / las Comedias de / Lope de Vega Carpio, Pro- / curador Fiscal de la Camara Apostolica, y / Familiar del Santo Oficio de / la Inquisicion. / Dirigidas a diver- / sas personas. /* Año (escudo del Sagitario, como la parte anterior) *1623. / Con privilegio. / En Madrid. Por Iuan Gonçalez. / A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus / casas en la calle de Santiago.*

4.°; 4 hojas prels. y 309 foliadas; signaturas A-Qq, todas de a 8 hojas, menos la última, que es de 7. A la vuelta de la última hoja, dice: "En Madrid, / Por Iuan Gonçalez. / Año M.DC.XXIII."

Portada; v. en bl.

Hoja 2.ª: "Tabla de las Comedias de la decima- / octaua parte"; 1. Segunda parte del Príncipe Perfeto. Dedicada a don Alvaro Enriquez de Almança, Marques de Alcañices;

Manuscritos existen, uno en la Biblioteca Nacional de Madrid, copia del impreso (28), y otro, según el difunto hispanista D. Antonio Restori, en la Biblioteca ducal de Parma (29), también copia.

---

fol. 1.—2. La pobreza estimada. A don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache; fol. 24.—3. El divino Africano. A don Rodrigo de Acuña, Obispo de Oporto; fol. 51 v.—4. La Pastoral de Iacinto. A doña Catalina Maldonado, Comendadora de Torres y Cañamares; fol. 78. 5. El honrado hermano. A Iuan Nunez de Escobar. Contador mayor de Cuentas de Su Magestad; fol. 105 v.—6. El Capellan de la Virgen. A doña Catalina de Auiles; fol. 131 v.—7. La piedad executada. Al señor don Gonçalo Perez de Valenzuela, del Consejo supremo de Castilla; fol. 158.—8. Las famosas Asturianas. A don Iuan de Castro y Castilla, Corregidor de Madrid; fol. 183 v.—9. La Campana de Aragon. A don Fernando Vallejo, Colegial del Mayor de San Bartolomé; fol. 208.—10. Quien ama no haga fieros. A don Iorge de Tobar Valderrama, Alcaide de la fortaleza de Compea; fol. 236 v.—11. El rustico del cielo. A Francisco de Quadros y Salazar; fol. 257.—12. El valor de las mugeres. Al Doctor Matías de Porras; fol. 284.—*Vuelta:* "Tassa": 4 mrs. pliego; tiene 79 = 316 mrs.; Madrid, 6 de diciembre de 1622.—"Svma del privilegio", a Lope, por diez años, para la 18 y 19 partes: Madrid, 25 junio 1622.—"Fe de erratas" (ninguna): Madrid, 4 de diciembre de 1622: El Lic. Murcia de la Llana."

Hoja 3.ª: "Aprouacion" de Vicente Espinel de las dos partes: Madrid, 22 junio, 1622. "Aprovacion del señor doctor don Diego de Vela, Vicario general desta villa": Madrid, 16 junio 1622.—*Vuelta:* "Benedicti Milani, ad Lopium de Vega Carpio. / Epigramma."

Hoja 4.ª: "Sebastian Francisco de Medrano, / al Lector." Dice que estas comedias son de las mejores de Lope; que de algunas no tenía los originales; que le han atribuído "tantos librillos de romances y otros versos así divinos como humanos, que no le ha pasado por el pensamiento escribirlos, fuera de lo que algunos ciegos, gitanos y mulatos van pregonando por las calles".

La dedicatoria al Príncipe de Esquilache, entonces virrey del Perú, es curiosa, porque habla y combate largamente a los cultos.

La pastoral de Jacinto dice que es obra de su juventud.

Que también lo era *La piedad ejecutada,* y que fué muy celebrada.

Las famosas asturianas está escrita en lenguaje antiguo.

Es curiosa la dedicatoria de *El rustico del cielo,* o sea el Hermano Francisco. "Sucedió una cosa rara, que un famoso representante, a quien cupo su figura en esta comedia de Lope que se representó en tiempo de Felipe III y su mujer (ésta murió en 1611), se transformó en él de suerte que siendo de los más galanes y gentilhombres que habemos conocido le imitó de manera que a todos parecía el verdadero y no el fingido, no solo en la habla y en los donayres, pero en el mismo rostro; y yo soy testigo que saliendo de representar un día, ya en su traje y vestido de seda y oro, le dijo un pobre a la puerta: *Hermano Francisco, deme una camisa,* y mostrole desnudo el pecho. Admirado Salvador (que así se llamaba) (Jaime Salvador), le llevó sin réplica a una tienda y le compró dos camisas."

El Dr. Matías de Porras (hijo de Gaspar) era "Capitan de la Real Sala de Armas, Familiar del Sto. Oficio y Corregidor y Justicia mayor de la Provincia de Canta, en los reinos del Perú". Dice Lope que era médico.

Dice que en las pasadas fiestas de la beatificación de S. Isidro hubo 3.640 papeles de versos.

"Marcela es ya monja descalza. Lope está en Sicilia con el Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz, mi señor y mi protector. Feliciana se halla con poca salud. Al jardinillo quité los pájaros, porque venían los de fuera a hurtarles el sustento, como ahora sucede a muchos poetas." (Todo esto y lo anterior se lo dice a Porras.)

(28) Ms. 15.609, en 4.°; 18 hojas, letra del siglo XVII, pero muy mala. Falta la portada y empiezan las "Figuras de la comedia".

(29) *Una collezione di commedie di Lope de Vega.* Livorno, 1891, 4.°; pág. 31.

En esta bulliciosa comedia reina bastante desorden, y quizá por eso cayó D. Dionisio Solís en la tentación de refundirla, como lo hizo, con el título de *Amantes y celosos todos son locos,* conservando la división en tres actos y poniendo, con mucho acierto, lo menos que pudo de su parte. La obra, que se estrenó en el teatro de la Cruz el 25 de mayo de 1826, fué muy celebrada por los críticos de aquellos días; pero no ha sido impresa que sepamos. Manuscritos de ella existen dos en en la Biblioteca Nacional (30) y otro en la Biblioteca Municipal (31).

Como Lope conservó hasta su última época su lozana imaginación, es algo atrevido el señalar fecha a su comedias juzgando sólo por el carácter de las mismas. Esta pudiera ser muy bien de su juventud, por la viveza de su acción y soltura de sus personajes; pero el hecho de no aparecer citada en ninguno de los dos *Peregrinos,* también nos lleva a suponerla posterior a 1618.

XIV. Querer la propia desdicha.

Esta original comedia la imprimió Lope en la *Parte XV* de su colección dramática, impresa en 1621, en Madrid, dos veces, aunque por distinto impresor (32).

---

(30) Uno de ellos tiene una censura fechada en Aranjuez a 21 de abril de 1849, sin duda por haberse representado allí, en el teatro de Palacio.

(31) Es una copia hecha en Valladolid, en 1831.

(32) *Decima qvinta / parte de / las Comedias de / Lope de Vega Carpio, procv- / rador Fiscal de la Camara Apostolica, y / Familiar del Santo Oficio de / la Inquisicion. / Dirigidas a diver- / sas Personas. / Año* (escudo del Sagitario) *1621. / Con privilegio. / En Madrid. Por Fernando Correa / de Montenegro. / A costa de Alonso Perez mercader de libros.*

4.°; 4 hojas prels. y 304 foliadas; signaturas A-Pp4.

Portada; v. en bl.—*Hoja 2ª:* "Titulos de las comedias de esta decimaquinta parte / y a quien van dirigidas: / (1) La mal casada, a don Francisco de la Cueva y Silva, fol. 1. (Representóla Riquelme.)—(2) Querer la propia desdicha, a Claudio Conde, fol. 27. (Representóla Riquelme.)—(3) La vengadora de las mujeres, a Fenisa Camila, fol. 49. (Representóla León e hizo la Vengadora Maria Alcaraz famosamente.)—(4) El Cauallero del Sacramento, a don Luis Brauo de Acuña, Embaxador de Venecia, fol. 71. (Representóla Balbin.)—(5) La Santa Liga, a Aparicio de Oribe, Secretario del Duque de Osuna, fol. 97. (Tragicomedia. Representóla Pinedo y a Selim famosamente.) (6) El fauor agradecido, a Pedro de Tapia, del Consejo de su Magestad, fol. 122. (Representóla Vergara.)—(7) La hermosa Ester, a doña Andrea del Castrillo, señora de Benaçura, fol. 150. (Representóla el famoso Sanchez con notable autoridad y aplauso.)—(8) El leal criado, a don Francisco de Solís, fol. 174 v. (Representóla Vergara.)—(9) La buena guarda, a don Iuan de Arguijo, fol. 203. (Representóla Riquelme).—(10) Historia de Tobías, a D.ª María Puente Hurtado de Mendoza y Zuñiga, fol. 229 v. (Tragicomedia. Representóla Riquelme.)—(11) El ingrato arrepentido, a don Rodrigo de Tapia, fol. 254 v. (Representóla

Suelta se imprimió otras dos veces, lo menos. Tengo a la vista una rarísima impresión de la primera mitad del siglo XVII, cuyo encabezado dice: *Qverer la propia desdicha. / Comedia famosa. / De Lope de Vega Carpio. /* En 4.°; 16 folios, numerados, sin más señas ni adorno tipográfico alguno. En el *Catálogo* de Salvá (I, 548) se cita una impresión suelta de esta comedia, en 44 páginas, que al final contenía este pie de imprenta: *Brusselas. Huberto Antonio Velpio. 1649.* Esta comedia, con otras semejantes, había de formar parte de un tomo colecticio, del cual no hay más noticia.

En la Biblioteca Nacional existe una refundición, en cinco actos, anónima o con iniciales que no hemos podido interpretar, escrita en 1829, con bastante atrevimiento por parte del refundidor en poner las manos en una de las obras más regulares por un lado, y por otro mejor escritas del Fénix de los ingenios (33).

Esta comedia es de carácter femenino; pero de un carácter inverosímil y poco simpático por los extremos a que Doña Angela de Aragón conduce a su

---

Ríos.)—(12) Caballero del milagro, a Pedro de Herrera, fol. 279 v. (Representóla Vergara.)

Vuelta: Tassa (a 4 mrs.; 77 pliegos con principio y fin = 9 reales y 2 mrs). Madrid, 17 de diciembre de 1620.—Fee de erratas (ninguna): El Lic. Murcia de la Llana: Madrid, 15 de Diciembre de 1620.

Hoja 3.ª: Aprobacion de Maestro Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Suma del privilegio a Lope, por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.

Vuelta: "El Teatro a los lectores", que ocupa además toda la hoja 4.ª—Dice que Lope imprimía las comedias que le volvían a las manos porque otros no lo hiciesen peor, aunque él no tenía tiempo de corregirlas. Añade que llevaba a la sazón compuestas "nouecientas y veynte y siete" (927) incluyendo los autos.

Es cosa bien extraña que el mismo Alonso Pérez costease otra impresión de este mismo tomo y en el mismo año, aunque en otra imprenta. Son ediciones distintas, empezando por la portada, que dice:

Decimaqvinta / parte de / las comedias de / Lope de Vega Carpio, Procv- / rador Fiscal de la Camara Apostolica, y / Familiar del Santo Oficio de / la Inquisicion. / Dirigidas a diversas / personas. / Año (escudo del Sagitario) *1621. / Con privilegio. / En Madrid. Por la Viuda de Alon- / so Martin. / A costa de Alonso Perez Mercader de libros.*

4.°; 4 hojas prels. y 296 foliadas; signaturas A-Pp, todas de a 8 hojas.

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª:* "Titulos de las comedias desta decima quinta parte, y / a quien van dirigidas." (Las mismas que en la anterior; pero la foliación es: 1, 24 v., 47, 68 v., 94, 118, 145 v., 169, 196 v., 222 v., 247, 271 v.

Vuelta: Tassa (4 mrs.; 75 pliegos con principio y fin = ocho reales y 28 mrs.): Madrid, 17 diciembre 1721.—Fee de erratas (ninguna): Madrid, y Deziembre 15 de 1620: El Licenciado Murcia de la Llana.

Hoja 3.ª: Aprob. de Espinel.—Suma del priuilegio (como el anterior).

Vuelta y *hoja 4.ª* (como el anterior).

Si la fecha de la *Tassa* no está equivocada, se deduce que este tomo fué impreso, no en 1620 para salir el 21, sino en 1621, y se puso a la venta en 1622.

(33) Ms. 18.076. *Querer su propia desdicha o La mujer singular. Comedia en cinco actos de Fr. Lope de Vega Carpio, refundida por M. S. 1829.* No tiene ninguna otra señal. En la Biblioteca Municipal hay otra copia de esta refundición, también sin más señas de autor que las iniciales. Esta comedia se estrenó en el teatro de la Cruz, el 6 de mayo de 1829.

amante Don Juan, a quien rechaza desde que el Rey le honra con títulos y riquezas. La justificación que la dama quiere hacer de su conducta no puede ser más absurda (pág. 456).

Cuando era pobre don Juan,
a don Juan, señor, quería;
partes humildes tenía
para marido y galán.
Pero rico y gran señor,
pensará que me honra a mí,
que, desde que soy quien fuí,
tuve ese mismo valor.
Yo pensaba honrarle a él,
y que honrado me estimara;
mas ya no, porque pensara
que yo me honraba con él;
pues no he de tener marido
que piensa que me honra a mí.

Por otra parte, como el castigo que el Rey quiere infligir a la imaginaria traición de Don Juan es conocido de la misma Doña Angela, en cuyo provecho redunda todo, faltan el interés y la ejemplaridad que debería seguir, no a lo hecho por Don Juan, sino a la corrección que debería imponerse a la orgullosa dama, que es la verdadera y única culpable.

Pero hay un personaje excelente, que es el criado o gracioso Tello. Sus dichos no son chistes grotescos y ligeros, sino agudezas, sátiras y verdades maliciosas, pero profundas: todo muy razonado y muy bien dicho. Además, toda la comedia está muy bien escrita y versificada.

De todo ello se deduce que esta obra no sólo será posterior a 1609, como dice Hartzenbusch en nota al pie de la primera página de su edición, sino a 1618, ya que no aparece citada en el segundo *Peregrino*.

XV. Los ramilletes de Madrid.

Comedia citada en la segunda edición de *El Peregrino en su patria*, e impresa en el mismo año por el autor, en la *Parte XI* de su colección dramática (34). Desde entonces hasta la de Hartzenbusch no se ha repetido la

Dos días después se cerraron los teatros por muerte de la reina, y no se reabrieron hasta el 18 de agosto, con otras obras.

(34) Quedan descritas las dos ediciones de esta *Parte* en la nota 1.ª de *El perro del hortelano*, en este mismo prólogo.

impresión de esta obra, ni conocemos manuscrito antiguo de ella más que una copia del impreso que cita Restori (35).

Esta comedia, aparte de algunos muy estimables rasgos de costumbres madrileñas, casi no tiene argumento que merezca tal nombre. Sólo ha servido al autor para hacer una extensa descripción de la jornada regia a Irún, para el cambio de infantas: la española Ana Mauricia y la francesa Isabel de Borbón, hecho en el otoño de 1615, y casamientos de dichas infantas con el rey Luis XIII de Francia y el príncipe después Felipe IV de España.

A esta jornada, entre los criados del duque de Sesa, asistió Lope, que hubo de romperse un brazo en el camino.

FABIO. También he visto a *Belardo,*
que decían que por medio
se había quebrado un brazo;
y debió de ser del peso
de lo que tiene entre manos,
pues es más que todo el cielo.

Con lo cual querrá referirse al encargo de escribir la relación en verso de la jornada, que si la hizo ha quedado inédita, aunque se alude a este encargo en otra del mismo tiempo (36).

El mismo Lope, con el nombre de Marcelo, se introduce en la comedia, aunque cambiando el nombre, por el papel amoroso que hace en ella, y con cierta discreción, pues, refiriendo los principales personajes que concurrieron a la expedición, desde el jefe de ella, el duque de Uceda (por enfermedad de su padre, el de Lerma, que se quedó en Burgos), de quien dice que

gorguerán pardo vistió,
cuajado de oro; no sepas
más de que tuvo el vestido
cuarenta libras de perlas.

Con lo cual, más que caballero, parecería un ganapán el buen duque, añade Marcelo:

---

(35) *Una collezione,* etc.; pág. 32.

(36) Véase Barrera: *Nueva biografía de Lope de Vega. Madrid, 1890.* Folio; pág. 230: "En la jornada ha andado el famoso poeta Lope de Vega, Pedro Mantuano y otros dos, tomando por memoria todo lo que pasaba para hacer historia dello: dellos se sabrá todo lo sucedido."

El Duque de Sesa...
LISEO. ¿Paras?
MARCELO. En Sesa mi lengua cesa;
porque, siendo dueño mío,
dirán que es de amor licencia.
Mas, tiempo me queda a mí
en que celebrarle pueda
sin que parezca lisonja...
LISEO. De mala gana lo dejas.
MARCELO. Es puerto de mis fortunas
y de mi remedio puerta
donde puso mi esperanza
con pluma de oro: "Aquí cesan".

Lope puso en esta comedia hasta versos en vascuence que acaso oyó cantar en los festejos populares que se hicieron al ir a la infanta y a su padre y al volver a la princesa. Al cruzar el mar en Pasajes no deja de advertir que los marineros eran marineras, hecho que más de dos siglos después excitó también el interés de Bretón de los Herreros, que lo dejó consignado en su preciosa comedia *La Batelera de Pasajes*. Lope escribió:

MARCELO. Ellas son las remeras
de aquestas barcas del Pasaje.
LUCINDO. ¿Hay cosa
como ver cuán ligeras
conducen a la orilla venturosa
sus popas enramadas,
de laureles y flores coronadas? (37)

La fecha de composición y representación de esta interesante comedia dejó Lope consignadas con bastante proximidad en dos cartas al duque de Sesa, que no regresó hasta más tarde a Madrid. En la primera le decía: "Yo he escrito una comedia de amores, en que hago una relación sucinta de la jornada; ya la estudian; no sé lo que será; todo lo temo. En Madrid ay grandes prevenciones de fiestas." La princesa no entró en Madrid hasta el 18 de diciembre de 1615, y Lope sólo hacía unas tres semanas que había regresado a Madrid; es evidente que hilvanó esta comedia en los primeros días de dicho

(37) En el texto se dice "remeros" y "ligeros"; pero creemos que sea errata de imprenta, porque "ligeros" no concuerda con "ellas", que es el sujeto de la oración, ni con "barcas", a las que también pudiera referirse.

mes de diciembre. En otra carta, fechada el 12 de diciembre, ya le dice: "La comedia se ha hecho, y ha salido lucidísima. V. exc.ª la verá que hasta tener su voto no quiero estar contento."

Lope había hecho este esfuerzo cuando el cuerpo estaba rendido a la enfermedad. "Mi salud es muy poca; pues desde que vine no me han faltado calenturas y corrimientos con dolores excesivos" (38). Pocos días después, sin embargo, hacía representar otra lindísima comedia, *La Portuguesa y dicha del forastero,* como hemos visto.

XVI. El saber puede dañar.

Esta buena comedia se imprimió en 1638, en la *Parte XXIII* y última de las verdaderamente auténticas del gran poeta que hoy conocemos. Hay, además, una edición suelta rarísima y del siglo XVII, cuyo encabezado dice: *El saber pvede dañar. / Comedia / famosa. / De Frey Lope Felix de Vega Carpio.* Sin lugar, ni año ni adorno tipográfico; consta de 18 hojas foliadas, en 4.º Y no sabemos que se haya impreso más veces esta linda comedia (39).

---

(38) Barrera: *Nueva biogr.;* págs. 231 y 232.

(39) *Parte / veinte y tres / de las comedias de Lope / Felix de Vega Carpio, / del Abito de San Pedro / y de S. Ivan. / Dedicadas / a Don Gutierre Domingo de Teran, y Castañeda, señor de la / Casa de Teran del Valle de Iguña Montañas / de Burgos. / Por Manuel de Faría y Sousa Cavallero del Abito de / christo, y de la Casa Real / 75. / Año* (escudo del Mecenas) *1638. / Con Priuilegio. En Madrid. Por María de Quiñones. / A costa de Pedro Coello Mercader de Libros.*

4.º; 8 hojas prels. y 304 foliadas; la vuelta de la última en blanco.—Signaturas A-Oo, de a 8 hojas, menos la postrera, que tiene 4.

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª:* "Títulos de las Comedias / deste Tomo":

1. Contra valor no hay desdicha, fol. 1.—2. Las Batuecas del Duque de Alba, fol. 22 (v.). 3. Las Cuentas del Gran Capitan, fol. 40 (es 48).—4. El piadoso veneciano, fol 73 (v.).—5. Porfiar hasta morir, fol 96 (v.).—6. El Robo de Dina, fol. 118 (v.).—7. El Saber puede dañar, fol, 156.—8. La Embidia de la Nobleza, fol. 179 (v.).—9. Los Pleitos de Ingalaterra, fol. 206 (v.).—10. Los Palacios de Galiana, fol. 230 (v.).—11. Dios hace Reyes, fol. 258.—12. El saber por no saber y vida de S. Iulian, fol 281.

Vuelta: "Suma del Priuilegio": a Luis de Vsastigui por diez años: El Pardo, 16 de enero de 1638.—"Suma de la Tassa": 5 mrs. pliego: tiene 75 = once reales en papel: Madrid, 23 de agosto de 1638.—"Fe de erratas" (ninguna): Madrid, 15 de agosto de 1638. El Licenciado Murcia de la Llana.

Hoja 3.ª: "Licencia del Ordinario": Madrid, 16 de julio de 1636: El Lic. Pérez de Vargas y Pulgar.

Vuelta: "Aprouacion del Maestro Ioseph de Valdivielso." "Estas comedias... que escribio Lope de Vega Carpio he leido con respeto y ternura, porque le admiré vivo y le venero muerto: portento de los ingenios, y ingenio con dudas de imposible en todas edades..." que merese Luis de Isastigui "su yerno (de Lope) la licencia que suplica": Madrid, 8 de julio de 1636.

Hoja 4.ª: "A Don Gutierre Domingo de

Hartzenbusch, a cuyo buen gusto no podía ocultársele el mérito de esta obra, la sacó del olvido, incluyéndola entre las que reunió para su colección de Autores españoles.

Tiene alguna semejanza en el episodio de la muerte fingida de Carlos con la comedia titulada *Los muertos vivos,* impresa en el tomo VII de esta colección. Lo que, sobre todo, nos parece mejor en esta comedia es la conducción del asunto a un desenlace de los más dramáticos y, sin embargo, más humanos de Lope. Parece cosa de la época romántica o, acaso mejor, de nuestros días. La resolución que toma Celia de rendirse al Delfín, solo medio que halla de salvar la vida de Carlos, es muy notable considerando el arte de aquellos días, tan poco realista; pero no podía faltar en el universo dramático creado por Lope, porque en Lope está todo, hasta la prueba de

que *El saber puede dañar,*
aunque parezca imposible.

XVII. Santiago el Verde.

Dos buenos textos han llegado a nosotros de esta famosa comedia. El autógrafo de 1613, de los actos primero y tercero, y la edición que en 1620 hizo el propio Lope en la *Parte XIII* de sus *Comedias,* la cual se repitió en el mismo año en Barcelona (40). El autógrafo existe actualmente en el Museo Bri-

---

Teran... Manuel de Faría y Sousa." "Hallandose Pedro Coello mercader de libros en esta, al fin de la impresion desta *Parte XXIII* de las Comedias del siempre admirable Lope dexó a mi eleccion la dedicatoria dellas". Largo y curioso elogio de la familia: Madrid, 14 de agosto de 1638. Ocupa hasta acabar la vuelta de la hoja 7.ª

Hoja 8.ª: "Prólogo", sin fecha ni firma. Dice que es Pedro Coello quien saca a luz esta *parte.* Es un buen elogio de Lope; pero no añade nada nuevo. "Solo para ser leído lo que escribió este casi más que hombre, que no vivió más que algunos, es menester la vida del que más vive. Por cierto que cuando todo fueran disparates era negocio de admiración."

(40) En el tomo anterior, pág. XXI del *Prólogo,* hemos descrito la edición de Madrid de la *Parte XIII* de las comedias de Lope: describiremos aquí la de Barcelona del mismo año:

Trezena / parte de las / comedias de Lope / de Vega Carpio, Procvrador / Fiscal de la Camara Apostolica en el Arço- / bispado de Toledo, / Dirigidas, cada vna de / por sí, a diferentes personas. / (Escudo del impresor: un ancla con una sierpe enroscada en el fuste y dos manos cogiéndolo por más abajo.) / *Con licencia. / En Barcelona en casa de Sebastian de Cormellas, y a su / costa, Año, 1620.*

4.º; 3 hojas prels. y en todo 290 foliadas, pues las prels. siguen la foliación general.—Signaturas A-Nn, todas de a 8 hojas.

Portada; v. en bl.—*Hoja* I.ª: "Titvlos de las comedias que van en esta Decimatercia parte": 1. La Arcadia. Al Doctor Gregorio Lopez Madera, del Consejo de su Mag.d (fol. 1.)—

tánico; y como se ve en las notas, nos ha suministrado muchas variantes en un texto ya bueno, como es el de la *Parte XIII,* lo cual nos prueba que Lope corregía sin dificultad sus obras cuando bien le parecía. Sin embargo, creemos que en no pocos lugares es preferible la lección antigua o primitiva del manuscrito autógrafo. Verdad es que ciertos pasajes del impreso pueden considerarse más bien como erratas de imprenta.

A este autógrafo no sólo le falta elacto segundo, sino una o dos hojas al final, como decimos en la nota 119 de la página 579, en las cuales añadiría alguna circunstancia bibliográfica apreciable. Al principio sólo dice: *Santiago / el Verde. / Comedia deste año / 1613.* Siguen una rúbrica y dos líneas ilegibles.

En la dedicatoria al malogrado poeta Baltasar Elisio de Medinilla, que Lope puso en su edición impresa, le dice que como su comedias andaban estragadas en poder de los actores, tuvo que "vestirlas de nuevo", y añade: "De las que lleva esta decima tercia parte cabe a v. m. la que se llama *Santiago el Verde,* imitando la estación que hace Madrid el primero día de mayo al Soto, donde el padre Manzanares, adornado de tantos coches, no envidia las altas ruedas del Tajo, las naves del Guadalquivir ni los naranjos de Guadalaviar."

No se olvida de los cantares populares, que solía intercalar en estas obras que tocaban costumbres comunes.

En Santiago el Verde / me dieron celos.
Noche tiene el día; / vengarme pienso.
Alamos del Soto, / ¿dónde está mi amor?
Si se fué con otro / moriréme yo.

---

2. El Halcon de Federico. A Sebastian Iayme, Ciudadano de Valencia (fol. 31).—3. El remedio en la desdicha. A doña Marcela del Carpio (fol. 53).—4. Los esclavos libres. A don Iuan Antonio de Vera, Caballero del Abito de Santiago, Comendador de Sierrabraua (fol. 77).—5. El desconfiado. Al Maestro Alonso Sanchez. Catedrático de Prima de Hebreo en la vniversidad de Alcala (fol. 103).—6. El Cardenal de Belen. Al P. M. F. Hortensio Felis Parauecino Predicador de su Magestad, y Prouincial dignissimo de la Religion de la Sanctissima Trinidad (fol. 123).—7. El Alcalde Mayor. Al Doctor Christoual Nuñez, en la noble y admirable ciudad de Mexico (fol. 149).—8. Los locos de Valencia. Al Maestro Simon Xabelo, noble Frãces (fol. 173).—9. Santiago el Verde. A Baltasar Elisio de Medinilla, Toledano (fol 199).—10. La Francesilla. Al Licenciado Iuan Perez, en la Vniversidad de Alcalá (fol. 223).—11. El desposorio encubierto. Al Licenciado Iacinto de Piña (fol. 245).—12. Los Españoles en Flandes. A Christoual Ferreyra de Sampayo, cauallero Portugues (fol. 267).

Vuelta: "Aprouacion de Madrid", del Dr. don Iuan de Gomara y Mexía: Madrid, 28 de septiembre de 1619.—"Aprouacion de Barcelona": Barcelona, 30 de mayo de 1620: Fr. Thomas Roca.—*Imprimatur attenta relatione:* Matias Amell. Offic. & Vic. Gen.—*Imprimatur.*—Vt de Çalva. & de Vallseca.

Hoja 3.ª: Prólogo. El de la edición de Madrid. Sigue el texto.

Manzanares claro / río pequeño;
por faltarle el agua / corre con fuego.

Esta comedia desenvuelve un enredo chistoso y escenas graciosas; pero los dos personajes principales, Celia y Don García, son caracteres poco recomendables en cuanto a moral. Celia, con engaños y mentiras le quita a Teodora su amado; y Don García, con embustes indignos de un caballero, hace que el noble Don Rodrigo falte a su palabra y deje de casarse con su prometida.

Santiago el Verde fué refundida en tres actos por el actor Juan Carretero con el título de *El Soto de Manzanares y sastre fingido,* en 1827. Existe el manuscrito en la Biblioteca Municipal. La obra se estrenó en el teatro de la Cruz el 20 de enero de 1828, e hicieron los principales papeles Antera y Teresa Baus y Josefa Virg, con José García de Luna, Cubas, Montaño y José Tamayo.

XVIII. Servir a buenos.

Esta comedia se imprimió primero en 1641 en una *Parte XXIV* de Zaragoza, de las llamadas extravagantes en la colección de Lope de Vega (41).

Se reimprimió a principios del siglo XIX en un tomo de obras de Lope, con título general de *Colección de las mejores comedias de Lope de Vega. Tomo I. Madrid, 1804;* en 4.°; sin nombre de impresor. Hizo esta edición el librero Castillo, como se deduce del final de cada comedia. Son las diez siguientes:

N. 1. Las bizarrías de Belisa (págs. 1 a 34). Al final: "Se hallará en la Librería de Castillo, frente las Gradas de San Felipe el Real, y en el Puesto de Sánchez, calle del Príncipe."—*N. 2. Servir a buenos* (págs. 35 a 69), sin indicación final alguna.—*N. 3. Las doncellas de Simancas* (págs. 71 a 96). *N. 4. El Molino* (págs. 97 a 132). También hay tirada con paginación propia (1 a 36), que dice al final: "Año 1804. Se hallará en la Librería de Castillo", etc.—*N. 5. Lo que ha de ser* (págs. 133 a 164).—*N. 6. El perro del hortelano* (págs. 165 a 196), sin nada al final.—*N. 7. La Arcadia* (páginas 197 a 242). Al final dice: "Año 1804. Se hallará en las Librerías de Castillo, frente a las Gradas de San Felipe el Real; en la de Sancha, calle del Lobo, y en el Puesto de Sánchez, calle del Príncipe."—*N. 8. Los locos de Va-*

(41) En el tomo anterior, página XVI del *Prólogo,* se ha descrito esta Parte.

lencia (págs. 243 a 283); la misma indicación final que la anterior.—*N. 9. El premio del bien hablar* (págs. 285 a 316).—*N. 10. La mayor victoria* (páginas 317 a 342); al final dice: "Fin del tomo primero. Madrid, año de 1804. Se hallará...", etc. (como el número 7). Otro ejemplar de este número 10 no dice nada al final.

Otro ejemplar de *Servir a buenos* tiene paginación propia (1 a 35), y al final dice: "Se hallará en la Librería de Castillo...", etc. De modo que parece edición distinta del número 2 del tomo; pero es sólo una tirada especial, como se hizo con las demás comedias del tomo para venderlas sueltas.

Esta comedia es sencilla y bien llevada, pero no ofrece nada de particular. Algunas lindas escenas villanescas son la marca de fábrica.

XIX. La vengadora de las mujeres.

Se estampó esta comedia en 1621, en la *Parte XV* de la colección especial del autor y por él mismo; de modo que el texto es auténtico (42). Salvá, en su *Catálogo* (I, 548), cita una impresión suelta, es decir, con paginación propia, pero que también estaba destinada a formar parte de un tomo colecticio, impreso en Bruselas, en 1649, por Huberto Antonio Velpio. Tenía este encabezado: *La vengadora de las mvgeres,* y constaba de 43 páginas en 4.°

Es comedia lindísima, por el estilo y gusto de *El perro del hortelano,* aunque en ella se sostiene una paradoja sólo por lucir el autor su inagotable ingenio. Pero, como en *El perro del hortelano,* se está viendo nacer y desarrollarse el amor por su secretario en la dama desamorada. No es comedia de carácter, porque el aborrecimiento de Laura a los hombres es un supuesto teórico para discretear y decir agudezas casi todos los personajes.

Debió de tener mucho éxito, porque Lope, al reimprimirla en 1621, cuando "andaba perdida por la corte", señal de que era ya algo antigua, se acordó de su estreno y dejó consignada su fortuna, escribiendo: "Representóla León e hizo *la Vengadora* María de Alcaraz famosamente".

(42) En la nota 1.ª de la comedia *Querer la propia desdicha,* de este mismo prólogo, se describen las dos ediciones de esta *Parte XV.*

XX. La moza de cántaro.

Figura esta comedia, escrita a fines de 1625, en un tomo colecticio que se dice impreso en Valencia en 1646, titulándose *Parte 57* de la colección de *Diferentes autores* (43). Ocupa el número 6 del tomo, y su encabezado dice: *La moza de cantaro / Comedia famosa / de Lope Felix de Vega Carpio. Hablan en ella las personas siguientes:* En 4.°; 16 hojas sin numerar; signaturas A-D de a 4 hojas.

Coetánea de esta edición es otra suelta, madrileña, cuyo encabezado reza: *La moza de cantaro. / Comedia famosa, / de Lope Felix de Vega Carpio. / Hablan en ellas* (sic) *las personas siguientes.* 4.°; 16 hojas sin numerar; signaturas A-D de a 4 hojas. Existen otras muchas diferencias entre ambos textos (44). Pero como no teníamos motivo para preferir uno u otro, hemos seguido ambos, dando la lección que nos pareció mejor, ya en el texto, ya en las *Erratas* al final del tomo.

Es seguro que otros ejemplares que aparecen citados por los bibliógrafos serán alguna de estas ediciones u otra de las ya refundidas.

En 1913 publicó en Nueva York una edición anotada y comentada de *La*

---

(43) *Doce / Comedias / nvevas de dife- / rentes avtores. / Las mejores qve hasta / aora han salido. / Cuyos titulos van a la buelta. / Parte XXXXXVII (sic). / Año* (escudo del impresor) *1646. / Con licencia, / En Valencia a costa de Iuan Sonsoni mercader / de libros.* (Portada con orla.)

4.°; 2 hojas prels. y texto sin foliación ni signaturas generales.

Portada; v. en blanco.—*Hoja 2.ª:* "Títulos de las comedias que contiene este libro": 1. A un tiempo rey y vasallo. De tres ingenios (16 hojas sin numerar). Al final de la comedia va la "Pintura a una Dama", de Cáncer.—2. San Antonio de Padua. Del Dr. Juan Perez de Montalban (16 hojas sin numerar).—3. No ay culpa donde ay amor. Del Bachiller Juan de Vega Beltrán (16 hojas numeradas).—4. No ay amor donde no ay zelos. De D. Christoual de Monroy (16 hojas sin numerar).—5. Los Trabajos de Tobías. La nueva. De Don Francisco de Roxas (16 hojas numeradas).—6. La moza de cántaro. De Lope de Vega (16 hojas sin numerar).—7. Errar principios de amor. De Don Pedro Rosete Niño (16 hojas sin numerar).—8. Los defensores de Christo. De tres ingenios (16 hojas sin numerar).—9. Los dos Fernandos de Austria. De Don Antonio Coello (18 hojas sin numerar).—10. Entre los sueltos cavallos. De Alvaro Cubillo de Aragon (16 hojas numeradas).—11. Entre bobos anda el juego. De Don Francisco de Roxas (16 hojas no numeradas).—12. Firmeza en la hermosura. Del Maestro Tirso de Molina (16 hojas numeradas).

La disparatada numeración del tomo *(Parte XXXXXVII)* dió margen a varias equivocaciones; pues unos lo creyeron *Parte XXVII,* otros XXXVII, etc. No es más que un tomo colectivo de sueltas de fines del siglo XVII, al cual se le puso una portada y un índice apócrifos quizá ya entrado el siglo XVIII, en Valencia misma o en otra capital.

(44) Antonio Restori, *Saggi di Bibliogra-*

moza de cántaro el Sr. M. Stathers, siguiendo el texto de Hartzenbusch de Autores españoles.

En la Biblioteca Nacional hay, de esta obra, un manuscrito de principios del siglo XIX que, por tanto, no tiene valor alguno. Es copia incompleta de la refundición de Trigueros (45).

Esta notable comedia excitó, a fines del siglo XVIII, en D. Cándido María Trigueros el deseo de refundirla, como había hecho con otros grandes dramas de Lope *(La Estrella de Sevilla, Los melindres de Belisa, La esclava de su galán, El anzuelo de Fenisa)*, estropeando (no hay para qué decirlo) estas magníficas obras para acomodarlas al gusto francés o neoclásico.

Se imprimió varias veces con el título de *La moza de cántaro. Comedia en cinco actos. De Lope de Vega Carpio* (46), *y refundida por Don Cándido María Trigueros. Madrid Mateo Repullés, 1803;* 8.°; 108 págs. (47).

La moza de cántaro así refundida se estrenó en el teatro de la Cruz el 18 de abril de 1803, ya muerto Trigueros, y fué muy aplaudida y repetida, en particular por la excelente representación de Rita Luna, que hizo el papel principal.

Con respecto a la fecha en que Lope compuso esta preciosa comedia ha habido dudas que, a mi ver, no debían haberse suscitado. Para Hartzenbusch y para casi todos los que han tocado este punto, la comedia se escribió a fines de 1625, pues en el acto segundo hay un soneto relativo al desembarco atrevido de una escuadra inglesa en Cádiz, en octubre de dicho año, con tan mal éxito, que las tropas tuvieron que reembarcarse precipitadamente, abandonando todo lo que habían sacado a tierra. Como Lope no necesitaba muchos días para componer una de sus piezas, y el soneto aludido, superfluo en la obra, sólo puede explicarse por la novedad del suceso, de ahí que con buen juicio pueda afirmarse que la comedia se compuso y representó en los últimos meses del año 1625. Y mucho más cuando habiendo, en 1627, repetido este soneto en su *Corona trágica,* no lo hizo sin dos enmiendas notables que lo mejoran mucho, lo cual prueba que la de la comedia fué su primitiva forma.

Pero la comedia tiene la conclusión que dice textualmente:

---

fia teatrale spagnuola. Genève, 1929. 4.°; páginas 63 y sigs.

(45) Ms. 16.398, en 4.°; de 33 hojas, incompleto al principio y al fin.

(46) Esto es falso: la comedia de Lope está en tres actos o jornadas. Lo que está en cinco es la refundición de Trigueros.

(47) Otra edición: *Se hallará en Valencia, en la Imprenta del Diario, con otros títulos diferentes.* Sin año; 4.°, 26 págs.—Hay otra edición de Valencia, Joseph de Orga, 1803, 28 págs., y otra de Barcelona, A. Roca, sin año.

Aquí
puso fin a la comedia
quien, si perdiere este pleito,
apela a *Mil y quinientas.*
Mil y quinientas ha escrito;
bien es que perdón merezca.

A Hartzenbusch le parecieron muchas comedias en 1625, y supuso, sin fundamento alguno, que *La moza de cántaro* se había estrenado en 1625, pero con otra conclusión en que no entrase lo de las *mil y quinientas.* Y que hacia 1632, en que se volvería a poner en escena dicha comedia, le añadiría la conclusión definitiva.

Pero como sabemos por declaración expresa del doctor Pérez de Montalbán *(Fama póstuma),* discípulo y amigo predilecto de Lope, que conocía bien sus obras, que "las comedias representadas llegan a *mil y ochocientas*", aunque demos por supuesto que, en efecto, sucedió lo que dice Hartzenbusch, sería necesario que Lope, en los tres años escasos que vivió después de 1632, escribiese 300 comedias. Esto sería completamente imposible, porque Lope, en los últimos años escribió muy poco de teatro. El mismo se quejaba, hacia 1627, de que el público le desairaba a veces, y esto le tenía muy retraído. Montalbán añade que mucho antes de su muerte le dijo al duque de Sesa "que no quería escribir más comedias", y que el duque, para compensarle, le daba 400 ducados anuales.

Además, Lope tenía otros motivos de queja en lo relativo al teatro. En este año mismo de 1625 se le prohibió imprimir más tomos de comedias, cuando iba en el tomo o *parte XX;* publicación que era para él una buena fuente de ingresos pecuniarios, pues sus obras eran las que más se vendían y las ediciones de una misma parte se repetían sin cesar, en Madrid y en Barcelona. Hasta 1635 no pudo continuar la impresión de nuevos tomos, precisamente cuando le faltó la vida.

Era, pues, necesario que Lope tuviese, en 1625, escritas *mil y quinientas* comedias, y quizá algunas más, para que al fallecer, en 1635, dejase un caudal, siempre inverosímil, pero cierto, de 1.800 comedias en tres actos cada una, y cerca de 400 autos sacramentales.

El incendio del archivo dramático del teatro del Príncipe, en 1802, nos privó de centenares de comedias manuscritas de Lope, que allí perecieron abrasadas.

Algo podrá, con el tiempo, restituirse a Lope entre los obras de Luis

Vélez de Guevara y otros poetas de época posterior, que se las apropiaron al refundirlas o modificarlas. Casi todo lo que suena como de Lanini o de Cañizares es de Lope. De éste, en particular, puede decirse que toda su gran fama de dramático es usurpada.

EMILIO COTARELO Y MORI.

INDICE DEL TOMO XIII

LOS MILAGROS DEL DESPRECIO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

DON PEDRO GIRÓN.
DOS CRIADOS.
HERNANDO.
DOÑA JUANA.
LEONOR, *criada.*
DOS PAJES.
DON ALONSO.
DON JUAN.
BEATRIZ.
TÍO DE DOÑA JUANA.

JORNADA PRIMERA

(Salen a empezar DON PEDRO GIRÓN *y* CRIADOS.)

PEDRO. Dejadme. ¿Qué me queréis?
Bien sé que podéis decir
que es el dejarme morir
desesperación. Diréis
muy bien; que si esto os negara
en la piedad de los dos,
parte de la ley de Dios
os confieso que os negara.
¡Válgame Dios! ¿Dónde tiene
la condición inhumana
de tu inclinación villana
la contrayerba? (1).
CRIADO 1.° Conviene,
aunque se enoje, Beltrán,
divertirle en su cuidado,
que es una tema en que ha dado,
y enloquecerle podrán
sus continuos pensamientos.
CRIADO 2.° ¡Señor! Aun mirar siquiera
con qué condición de fiera
hallará divertimientos
tan rebelde corazón
y tan extraña inclemencia.
CRIADO 1.° Duélete de tu prudencia. (1)

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Hernando, el que te sirvió
y fué a Flandes, ha venido,
y, leal y agradecido
al pan que en casa comió,
dice que te quiere ver.
PEDRO. Aunque son muy desiguales
tus recados y mis males,
dile que entre. ¿Qué he de hacer,
si es ingratitud negarme
a su buen conocimiento?
¡Que no pueda el pensamiento
desta locura apartarme!
Esta mujer, ¿no es mortal,
y se pudiera morir?
Claro está; pues el sentir,
¿por qué ha de ser desigual?
Y siendo fuerza tener
fin su rigor y mi pena,
¿por qué de mí me enajena
lo que ha de dejar de ser?

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. Dame tu mano a besar.
PEDRO. Muy hombre estás ya.
HERNANDO. Señor,

(1) Falta quizás una redondilla en que se nombrase la persona a quien se vitupera. Hartzenbusch lo enmendó así:

¡Válgame Dios! ¿Dónde tiene
tu corazón, doña Juana,
de su condición tirana
la contrayerba?

(1) Falta un verso a esta redondilla. Hartzenbusch lo suplió con éste:

señor, en esta ocasión.

cada día soy mayor.
PEDRO. Dices muy bien; claro está.
Pero vienes muy crecido.
HERNANDO. En nuestro mortal estambre,
lo que adelgaza es la hambre,
y da de sí lo tejido.
En tres años de soldado,
mal pagado y sin comer,
pudiera un hombre crecer
por encima del tejado.
No hay *tristis anima mea*
como el estar un cristiano
entre uno y otro pantano
rociado de gragea
de vil bronce, porque allí
muestra un hombre su buen pecho.
Bien mirado, ¿qué me han hecho
los luteranos a mí?
Jesucristo los crió,
y puede por varios modos,
si él quiere, acabar con todos
mucho más fácil que yo.
Pónenle sitio a un lugar,
y tras de andar a balazos
quitando piernas y brazos
sin comer ni descansar,
cuando ya el campo se inclina
con el más sangriento estrago
al último Santiago,
pónenle fuego a una mina
que viene a dar a los pies
del que embiste confiado,
y vuela a un pobre soldado
hecho Icaro al revés.
PEDRO. Pues ¿qué te obligó a dejar
mi casa, Hernando?
HERNANDO. El tener
inclinación de saber,
sólo por no preguntar.
Tanta experiencia ganada
traigo, con lo que he pasado,
que en el Consejo de Estado
pudiera no decir nada
Sócrates y Cicerón,
según vengo ya de agudo,
sin Vinorre y Pollo-crudo
conmigo.
PEDRO. Ya en mi pasión
no hay gracia que celebrar,
Hernando.
HERNANDO. ¿Qué hay, mi señor?
¿Corta todavía amor
tareas de suspirar?
Yo me acuerdo que algún día
me dijiste suspirando:
"¡Ay, cómo me muero, Hernando!";
y pudiera la porfía
de una condición ingrata
escarmentarte.
PEDRO. ¿Qué haré,
si es la misma que adoré
entonces la que me mata?
HERNANDO. ¿Luego tres años y más
te debe (1) sólo un desvelo?
PEDRO. Sí, amigo.
HERNANDO. ¡Válgame el cielo!
De *nulla redemptio* estás
en el infierno de amor.
¿Tres años, siempre a pie quedo?
¡No dura más en Toledo
el mejor corregidor!
Tres años: treinta y seis meses,
mil y cuatrocientos días...;
todo un Escorial podrías
haber hecho si tuvieses
dinero, piedras, pinturas.
¡Jesús! ¿Y que no te ha dado
siquiera un favor prestado?
PEDRO. ¿Pudieran mis desventuras
parecerlo si eso fuera?
Con solamente tener
esperanzas de no ser
aborrecido, viviera.
Amantes he consultado
sin dicha, y favorecidos,
y a consejos prevenidos;
con fines desesperados
me veo morir, y así
ha hecho pena el sentimiento,
en la pena y el tormento
me estoy vengando de mí.
HERNANDO. Si yo, señor, te curara
de tu amor, ¿qué me dijeras?
PEDRO. Ya son ésas muchas veras,
Hernando; y es cosa clara
que excede de tu saber
el remedio de mi mal.
HERNANDO. La experiencia universal
del hombre tiene poder
sobre toda comezón;
y Dios no me quita a mí
que pueda curarte a ti,
aunque en poca estimación.
¿No has visto al blanco tirar

(1) Hartz. enmendó, sin necesidad, "lleva".

muchos cazadores diestros
que pudieron ser maestros
de otros, y no acertar,
y llegar un cojo y manco,
y poner sin gallardía
a tiento la puntería,
y dar en medio del blanco?
Pues ansí pienso yo ser;
que, aunque otros hayan tirado,
quizá daré, afortunado,
en el blanco, sin saber.

PEDRO. Ahora, Hernando, yo no quiero
despreciar tu ingenio aquí,
sino que haces (1) por mí
de tu experiencia el primero.
Doña Juana de la Cerda
se sirve de una criada
poco menos recatada
que ella, si no tan cuerda,
y como sepas hacer
que te trate sin rigor,
en todo, después, mi amor
seguirá tu parecer.
¿Quieres darle este diamante?

HERNANDO. Pues dando, ¿qué le debieras
a mi ingenio, cuando fueras
con ellas dichoso amante?
Con la experiencia verás
que está, aunque estimas y adoras,
más el daño en lo que ignoras
que el remedio en lo que das.
Un punto no has de exceder
los récipes que te diere;
que el enfermo que no quiere
al médico obedecer,
no le queda qué argüir.

PEDRO. Los venenos se probaban
un tiempo en los que ya estaban
condenados a morir;
y, así, yo que a manos muero
de un repentino rigor,
ya resuelto y sin temor
ponerme en tus manos quiero.

HERNANDO. El pulso voy a tomar
a doña Juana, por ver,
ya que no sabe querer,
si está cerca de enfermar.

(Vanse. Sale DOÑA JUANA *y* LEONOR, *criada.)*

JUANA. ¡Mueran los hombres, Leonor!

LEONOR. ¡Mueran mil veces, señora,
esta canalla traidora,
tiranos de nuestro honor!

JUANA. Eso sí, buena mujer;
¡vive el cielo, que si fuera
mío el mundo, que te diera
la mitad sólo por ver
medida tu inclinación
a mi gusto! Estos tiranos,
tiernos, süaves y humanos
antes de la posesión,
y después de ella crueles,
desabridos y ofensores,
a manos de mis rigores
han de morir, como infieles.
La venganza universal
a sus palabras quebradas
y esperanzas malogradas
seré, con rigor mortal.
Mujer Atila he de ser
contra estos fieros tiranos
contra quien son nuestras manos
el llorar y padecer.
Y ojalá que a mi opinión
cualquiera mujer se viera
reducida, por que fuera
cada mujer un Nerón
abrasador.

LEONOR. ¡Qué dulzura
que tiene para engañar
el que llega a enamorar!
¡Con qué amor, con qué frescura
que pone en el alameda
de la esperanza los pies
y el alma!; pero después,
¡qué abochornado que queda!

JUANA. De las que he visto llorar
estoy tan escarmentada,
que quisiera verme atada
a un duro escollo del mar
antes, Leonor, que rendida
a una pasión amorosa.

LEONOR. Añade estando celosa,
agraviada y ofendida,
y perderás en pensallo
el entendimiento.

JUANA. ¡Guerra,
Santiago, arma cierra, cierra
contra los hombres!

(Sale HERNANDO.*)*

HERNANDO. ¡Andallo!
Ellas embisten conmigo

---

(1) Así en el original. Hartz. enmendó, con acierto, "uses".

en viendo que soy soldado.
¡Vive Cristo, que he llegado
al campo del enemigo!
¡Guerra, Santïago, y yo
en el asalto! ¡Ay de mí!
Sin barbas salgo de aquí.
El demonio me engañó.

JUANA. ¿Qué hombre es aquéste?

LEONOR. ¡Ay señora!
Hernandillo, el que servía
a don Pedro, y se fué un día
a la guerra.

HERNANDO. Y vuelvo ahora.

LEONOR. Sin barbas se fué, y las tiene.

HERNANDO. También hay entre las gentes
barbas para los ausentes.

LEONOR. ¡Jesús, y qué grande vienes!
¡No acabo de santiguarme!

HERNANDO. Yo sé por lo que he crecido.

LEONOR. ¿Por qué?

HERNANDO. Porque no he tenido
otra cosa en que ocuparme.

LEONOR. ¡Lo que traerás que contar
de Flandes!...

HERNANDO. Por estas manos
he muerto más luteranos
que arenas... ¡Grande es el mar,
y es mentir con desatino!
Que hay estrellas... ¡También son
muchas! No hay comparación,
y me quedo en el camino
del hipérbole atascado.

JUANA. Que eres el primero entiendo
que se acobarda mintiendo
después de haber empezado.
¿Viste a la infanta?

HERNANDO. ¿Pues no?
Cada día.

JUANA. Y ¿cómo está?

HERNANDO. Todavía se está allá
con la cara que llevó.

LEONOR. ¿Quién habrá que no lo crea?

JUANA. ¡Basta, que tienes donaire!

HERNANDO. Quitando el don, es el aire
el que más me bambolea.

JUANA. ¿Hate vuelto a recibir
don Pedro?

HERNANDO. Señora, no.

JUANA. ¿Por qué?

HERNANDO. Porque me enseñó
la guerra a no le sufrir.
Solía muy satisfecho
descansar conmigo antes,
con ciertos pasavolantes,
y ya, como vengo hecho
a embestir y pelear,
en levantando la mano
pensaré que es luterano
y tocaré a degollar.

JUANA. ¿Cómo está?

HERNANDO. Con los ardores
pasados, y apenas yo
le vi cuando desdobló
la hoja de sus amores.

JUANA. ¡Fuego en él y en sus quimeras!
¡Hernando, no me lo nombres!

LEONOR. Y luego en todos los hombres.

HERNANDO. Las dos encienden hogueras.
Pues, pajaritas, a fe
que habéis de dar en la liga.

JUANA. ¿Qué dices?

HERNANDO. Que nadie diga
de este agua no beberé.

JUANA. ¿Qué es beber? ¡Viven los cielos
que si ardiente me abrasara,
que de mi sangre formara
palpitantes arroyuelos
para no dar a mis labios
agua de tantos enojos,
para hacer fuentes mis ojos
y llorar después agravios!
En mi casa te podrás
alojar, como no intentes
buscar medios convenientes
a tu amor.

HERNANDO. Tú lo verás.

JUANA. ¿Cuántos pretendientes tengo?

LEONOR. Perdida tengo la cuenta.

JUANA. ¿Serán veinte?

LEONOR. Más de treinta.

JUANA. Pues mira que te prevengo
que de ninguno recibas
papel, presente o recado,
so pena de haber faltado
a lo propuesto.

LEONOR. Ansí vivas,
que pienso que una ballesta
despide con más blandura,
porque soy a su dulzura (1)
una furia contrapuesta.

JUANA. Así, Leonor, lo has de hacer,
que para no recibir,

---

(1) En el original decía "desdén". Hartz. enmendó "dulzura".

enojarte y despedir
te doy bastante poder.

(Vase.)

LEONOR. ¿Tienes tú amor?
HERNANDO. ¿Qué es amor?
No daré por cien mujeres
un ochavo de alfileres.
¡Mujeres!... ¡Jesús, qué hedor!
LEONOR. Parece que no has sabido
que naciste de una, Hernando.
HERNANDO. Por eso nací llorando,
y sentí el haber nacido.
LEONOR. Según eso, ¿cosa es llana
que me aborrecéis a mí?
HERNANDO. Como si estuviera en ti
el demonio en carne humana.
En mi vida hablé a mujer,
como no me dé o me preste.
El primer emplasto es éste
de la cura que he de hacer.
LEONOR. Bueno es esto para quien
está mirando estos días
amantes idolatrías.
¿Que nunca has querido bien?
HERNANDO. Una vez que en mis intentos
sentí ciertos intervalos,
les di más de treinta palos
a mis propios pensamientos.
A un diestro muy confiado *(Ap.)*,
en dándole de antuvión
sobre su propia lición,
de afligido y de turbado
no sabe volver en sí.
LEONOR. Dame tú, que yo quisiera
quererte, que yo te hiciera
que te murieras por mí.
HERNANDO. Por dos caminos sería:
de risa de ver tu engaño,
o temeroso del daño
de tan gran majadería.
No quisiera en mis cuidados
más bien que la comisión
de acotar sin remisión
mujeres y enamorados.
LEONOR. ¿Hay tal hombre?
HERNANDO. Industria mía,
por aquí se ha de guiar
la cura; que en despreciar
está la primer sangría.
LEONOR. Presto me he ver vengada
de ti; que criados vienen
de pretendientes que tienen
hasta el alma enamorada.
Escóndete, no te vean,
y verás cómo me harto.
HERNANDO. ¡Qué importa, si yo descarto
cuando hay otros que desean!

(Escóndese HERNANDO *y salen dos* CRIADOS *con presentes.)*

CRIADO 1.º Este pequeño presente
es de don Juan, mi señor,
cuyo cuidado y amor
lo serán eternamente.
CRIADO 2.º Don Alonso de Ribera,
mi amo, a la enferma envía
esta pequeña sangría
con fe firme y verdadera.
LEONOR. Huélgome que hayáis venido
los dos, porque sin cuidado
responda con un recado
a los dos que habéis traído.
Decid a esos caballeros
que mi ama no es mujer
que se deja convencer
de búcaros lisonjeros
ni de salvillas doradas;
que, cuando quisiera el mar
sobornos acreditar
con las perlas encerradas
en sus conchas, y la tierra,
con sus preciosos diamantes,
no hicieron inconstantes
los propósitos que encierra.
Que el crédito y los sentidos
en este amor perderán,
porque en esta casa están
los hombres aborrecidos.
Y así, a tanto porfiar
sólo manda el responder
que se cansen de ofender
o se ofendan de cansar.

(Vase.)

HERNANDO. Oigan, y cuál se han quedado
el uno y otro aturdido;
pajes de tapiz han sido
con el intento pintado.
CRIADO 1.º Muy bien pudiera excusar
vuestro amo el competir
con el mío.
CRIADO 2.º Eso es decir.
que no le puede igualar.

Mi amo tiene guardado,
para cuando el rey le haga
título, un dosel y paga
de señor adelantado,
pues viene al amanecer
a dormir, que llueva o truene.

CRIADO 1.° ¿Qué importa, si el mío tiene
despensero y boticario,
y comemos a porfía,
que se lo dé el rey o no?

HERNANDO. A ése me atengo yo,
que es el conde de Buendía,
y el otro marqués de Espera,
título camaleón
fundado en su pretensión.

CRIADO 1.° ¡Que riñésemos los dos!

CRIADO 2.° ¡Por Dios, riñamos por mí!

HERNANDO. En empezando a rifar,
les tengo de percollar
los dos presentes aquí.

CRIADO 1.° Esto le importa a mi fama.

CRIADO 2.° Crédito a mi nombre doy.

HERNANDO. Criado del turco soy
que te cojo la garrama,
y habrás de tener paciencia,
que si en los dos reina Marte,
hoy se mudan a otra parte
los trastos de la pendencia.

(Coge HERNANDO *las dos salvillas y vase.)*

CRIADO 2.° Aquí nos han de meter
en paz; al campo salgamos
a reñir.

CRIADO 1.° Al campo vamos,
que será justo temer
el "Téngase" de la villa,
si es campesino el valor.

CRIADO 2.° Aun esto será peor.
Aquí dejé mi salvilla.

CRIADO 1.° Y aquí la mía quedó.

CRIADO 2.° Vuestra desdicha o la mía
trujo algún ladrón sangría.

CRIADO 1.° La sangre nos igualó.

CRIADO 2.° ¿Quién hará ahora creer
a nuestros amos que ha sido
verdad lo que ha sucedido?

CRIADO 1.° No sé cómo puede ser.

CRIADO 2.° Yo pienso por excusar
su repentino furor,
decir que tomó Leonor
el presente, y alargar
la mentira, que después
será más fácil remedio.

CRIADO 1.° Si puede haber algún medio,
ése pienso que lo es,
y lo mismo he de decir.

(Vase.)

CRIADO 2.° Aquí viene el dueño mío.
Redúzcase el desafío
a lo diestro del mentir.

(Sale DON ALONSO.)

ALONSO. ¿Qué es esto?

CRIADO 2.° Darle a mi mano
el repentino valor
que está pidiendo tu amor.
De don Juan Altamirano
trujeron aquí un presente
al tiempo que recibió
el tuyo, y el suyo no;
y, celoso e imprudente,
conmigo quiso reñir.
Pienso que admitido estás.

ALONSO. ¡Basta! No me digas más.
Desde hoy empiezo a vivir
con ese nuevo favor.
¿Cómo albricias no has pedido
si soy el favorecido?
Todo lo que no es mi honor
te daré: mi ser, mi hacienda,
mi vida y mi voluntad;
que, en tanta felicidad,
no es razón que el mundo entienda
que no hago estimación
de una mujer que ha dos años
que en resueltos desengaños
le da a don Pedro Girón
indicios de su disgusto.
Diréle que esta conquista
está por mí, y que desista
de su intento, que no es justo
impedir con su nobleza
las dichas que voy gozando.
El pretender estorbando
toca en actos de bajeza.
Hasta aquí que no he sabido
mi dicha, dudosamente,
detenido pretendiente,
he callado y padecido;
pero ahora, que ya sé
que tengo el lugar primero
en su favor verdadero,

en su casa estorbaré
que entre sin licencia mía,
la luz, cuya inmensidad
en rasgos de claridad
es precursora del día.
Sígueme.

CRIADO 2.° Contigo voy.
Fácilmente lo ha creído;
y de haberle persuadido
gozoso y contento voy.

(Vanse, y sale el PRIMER CRIADO *y* DON JUAN.)

CRIADO 1.° Esto, señor, fué mostrar
que en servir y en agradarte
me cabe a mí tanta parte
como a ti en saber amar.
Otro presente ha enviado
don Alonso de Ribera,
tu competidor, que espera
lograr también su cuidado,
y el tuyo se recibió
cuando el suyo han despedido,
y así habemos reñido
el desconsolado y yo.

JUAN. La vida, amigo, me has dado,
y, desde hoy, que no eres digo
mi criado: eres mi amigo,
y en quien fundo mi cuidado.
¿Es posible que yo he sido,
entre tantos pretendientes
ricos, nobles y valientes,
el solamente admitido?
El jüicio he de perder,
y no por el rendimiento
con que se obliga mi intento
a servir y a pretender,
sino por la soberana
calidad y estimación
con que don Pedro Girón
pretendía a doña Juana.
Tres años ha justamente
que el pobre la galantea,
sin ver el fin que desea
en un favor solamente;
y está tan rendido ya
de su amoroso cuidado,
que dicen que, retirado,
perdiendo el jüicio está.
Visitarle será bien
sólo para examinar
las causas de su pesar,
y para darles también
esta gloria a mis sentidos;
que no hay gustos estimados
como el oír los amados
llorar los aborrecidos.

(Vase.)

CRIADO 1.° Amantes: ninguno crea
que es en el arte de amar
difícil el engañar
a quien pretende y desea.

(Vase, y sale DON PEDRO *y* HERNANDO.)

HERNANDO. Es todo lo que he contado
tan verdad, como lo es
que los dos no somos tres
y que el uno no es soldado.

PEDRO. La soldadesca, en efeto,
en todo entra.

HERNANDO. Es, señor,
constitución del valor,
aunque no traigo coleto;
que no hay, a mi parecer,
quien hable más en su estado
que un coletillo picado
acabado de comer.
Todo lo rinde y lo mata
contra los pobres infieles,
si acaso dió a sus papeles
sepulcros de hoja de lata;
pues que si el que está a su lado
replica y le da cordel,
en la torre de Babel
no se habló tan revesado
y tanto sobre comida.
Dios se lo perdone a Flandes:
¡qué de mentiras tan grandes
tiene a cargo en esta vida!

PEDRO. ¿Que los presentes allí
los cogistes? ¡Gran valor!

HERNANDO. Entre sus armas, señor,
águila rapante fuí:
mientras los dos, muy valientes,
defendían la nobleza
de sus amos, con presteza
agarré los dos presentes;
y así, que andaban recelo,
ya después de haber reñido,
como aquel que divertido
busca hongos por el suelo.

PEDRO. ¿Y qué, tanto me aborrece
esa mujer?

HERNANDO. Sí, señor;

en el no tener amor
todavía está en sus trece;
pero la has de ver seguir
tus pasos, de puro amante,
o yo he de ser ignorante
y en la demanda morir.

PEDRO. Y yo, ahora, ¿qué he de hacer?

HERNANDO. Dejarte jaropear (1)
con principios de esperar,
de callar y obedecer.
Que en este primer intento
es el remedio mejor,
en calenturas de amor,
jarabes de sufrimiento.

(Sale un CRIADO *de* DON PEDRO.)

CRIADO. Don Alonso de Ribera
dice que te quiere hablar.

PEDRO. Entre.

HERNANDO. Aquí he de recetar
una cosa muy ligera:
si en doña Juana te incita
este tu competidor,
sólo te ordeno, señor,
que bebas en la visita.

PEDRO. Pues ¿he de beber sin gana?

HERNANDO. Pide de beber, que yo
sé el énfasis, y tú no.
Si del mal que en doña Juana
te aflige quieres curarte,
no hay sino creerme a mí;
porque has de beber aquí,
o no he de poder sanarte.

PEDRO. ¿No he de saber para qué
efeto?

HERNANDO. Puesto en mi mano
eres enfermo cristiano,
que se cura con la fe;
y en empezando a poner
argumento, no te curo.

PEDRO. Ahora bien, poco aventuro,
si está el remedio en beber.

(Sale DON ALONSO.)

ALONSO. Sabe Dios que no he sabido
hasta ahora vuestro mal;
que, como amigo leal,
cuidadoso hubiera sido
el primero en visitaros.

PEDRO. De vuestra buena intención
no me deis satisfacción,
ni tenéis que disculparos
con el darme esa disculpa;
que, en tan noble proceder,
que ignorancia puede haber
es cierto, pero no culpa.

ALONSO. ¿Y cómo os va de salud?

PEDRO. Ya, gracias a Dios, mejor.

ALONSO. Ansí lo dice el color.
(¡Ay de ti y de tu quietud,
en sabiendo, en tu cuidado,
que soy el favorecido!)

HERNANDO. (Este por lana ha venido,
y ha de volver trasquilado.
¡Pague su intención traidora!)

ALONSO. Lo que importa es no comer
demasiado, ni hacer
desórdenes, por ahora.

PEDRO. Antes un médico mío
que he de beber me porfía
todas las horas del día.

ALONSO. Graduado en algún río
debe de estar.

HERNANDO. (Lo que fragua
el médico sabréis luego,
cuando vos paguéis en fuego
el conjetivo del agua.)

ALONSO. Pediros a solas quiero
una merced.

PEDRO. Salte fuera.

(Vase HERNANDO.)

ALONSO. De la pasión verdadera
de vuestro amor cierto espero
que disculparéis el mío.
Ya sabéis que doña Juana
ha sido hasta aquí, tirana,
tan dueña de mi albedrío
como del vuestro: pues ya
un presente ha recibido
de mi mano, en que ha querido
decirme claro que está
mi voluntad admitida;
y, pues vos no habéis llegado
a veros en tal estado,
mi amor me manda que os pida,
por merced y por favor,
que de esta empresa salgáis,
si acaso el premio esperáis
debido a tanto valor.

PEDRO. A tan resuelto poder

(1) En el original, "estropear", por errata: la enmienda es de Hartzenbusch.

de su amor, la resistencia
es sólo tener paciencia.
¡Hola!, dadme de beber.

(Sale HERNANDO *con la salvilla del presente y un bernegal.)*

ALONSO. ¡Válgame Dios, qué curioso
bernegal! ¿Quién os le ha dado?
PEDRO. Una dama le ha enviado,
con un recado amoroso.
HERNANDO. Y más que envió a decir,
la dama que le envió,
que a ella un galán se le dió,
y así es dar y recibir.
Los favores de las damas
son los emplastos de amor,
y curan mucho mejor
que con récipes y dracmas.

(Aparte.)

PEDRO. ¡Vive Dios, que ha conocido
su presente y se ha turbado!
¿Qué has hecho?
HERNANDO. Haberte vengado
de la intención que ha tenido.
Ya mira con atención,
ya atribulado es su enojo;
echa por un lado el ojo,
y está mirando el arpón.
ALONSO. Regalado habréis estado
de sangrías.
PEDRO. Esta sola
fué la receta española
que dió fin a mi cuidado.
ALONSO. ¿Ella pudo imaginar...?
Pero yo sí, ¿cómo, cuándo...?
HERNANDO. El hombre se va turbando;
la purga ha empezado a obrar.
PEDRO. No parece que tenéis
tampoco entera salud.
ALONSO. Con esta nueva inquietud,
desdichas, ¿qué me queréis?
PEDRO. Mortal estáis.
ALONSO. Tuve ahora
un disgusto, y no estoy bueno.
PEDRO. Amor le ha dado veneno
por los ojos.
ALONSO. ¡Ah, traidora!
Quien recibe para dar,
¿amor tiene? ¡Vive Dios,
que se quieren bien los dos!
Mas yo me sabré vengar.
PEDRO. El color habéis perdido;
volved en vos; ya sabéis
cuán seguro me tenéis,
si en algo estáis ofendido.
ALONSO. El tiempo sólo os dirá
mi intención y mi cuidado.
HERNANDO. Ya éste lleva su recado;
¡confuso y sin huesos va!
PEDRO. ¿De qué sirve haber querido
darle este disgusto aquí?
HERNANDO. Si en el que te daba a ti
mala intención ha tenido,
¿qué ley ni razón ordena,
en lo justo, ni en lo injusto,
que te venga a dar disgusto
y le excusemos la pena?

(Sale DON JUAN.*)*

JUAN. Entrándoos a visitar,
bajaba por la escalera
don Alonso de Ribera...
HERNANDO. Para todos hay pesar.

(Vase.)

JUAN. De suerte que me asegura
algún enojo con vos.
¡Desdichados de los dos,
en sabiendo mi ventura!

(Sale HERNANDO *con otra salvilla.)*

HERNANDO. Apenas vió este presente,
que a mi señor le ha enviado
una dama, con cuidado
de verle enfermo y doliente,
cuando sin pulsos quedó
y tan mortal, que me admiro.
JUAN. ¡Cielos!, ¿qué es esto que miro?
¡De aquellos pulsos soy yo
el muerto! A tales venenos
¿quién habrá que se resista?
HERNANDO. Si no me engaña la vista,
otro aturdido tenemos.
PEDRO. De don Alonso quisiera
que supierais el disgusto,
o la intención; que no es justo
el irse de esa manera,
sin declarar sus extremos.
JUAN. ¡Que siendo yo el ofendido
los inquiete el que se ha ido!
Corazón, disimulemos;
porque en llegando a saber

que doña Juana le dió
lo mismo que le di yo,
con intención de ofender
mi rendida voluntad,
en las vidas de los dos
he de vengar, ¡vive Dios!,
esta insufrible maldad.
A saber su enojo voy.
¡Ah celos! Mejor dijera
a vengarme de una fiera.
¡Sin alma y sin vida estoy!

(Vase Don Juan.)

Hernando. También sale con cosquillas
en el alma del cuidado;
de sus culpas han tomado
cerveza en las dos salvillas.
Pedro. ¿Y ahora?
Hernando. Me has de pagar
la venganza y medicina.
Pedro. La invención es peregrina;
pero esto ¿en qué ha de parar?
Hernando. En salir de todo bien
si te confías de mí.
Quien te ha vengado aquí
te sabrá curar también.

JORNADA SEGUNDA

(Sale Leonor *y* Doña Juana.)

Juana. O te conozco muy mal,
o no estás como solías;
que en las intenciones mías
nunca te he visto neutral.
Yo imagino que te han dado
alguna hierba los hombres.
Leonor. Señora, no me los nombres.
Juana. No, Leonor; presto has mudado
de acción y de condición.
Alguna dádiva ha hecho
pasadizo de tu pecho
y ha entrado en tu corazón;
que en empezando a tener
mudable la condición
y que estés a devoción
de los hombres, te he de hacer
pedazos la voluntad
a desabrimientos míos,
a pesares y desvíos (1);
pero es infamia, y ansí
el alma se te mudó.

(Aparte, Leonor.)

Leonor. Desde que me despreció
Hernando no estoy en mí.
¿En qué me hallas culpada?
Juana. En que ya no dices mal
de ningún hombre, y neutral,
arrepentida y mudada,
quieres que lea curiosa
esos curiosos (2) billetes,
en que ya indicios prometes
de inclinación amorosa.
Leonor. Pues ¿en qué pueden dañar
esos billetes leídos?
Juana. Peligros no prevenidos
a culpas suelen llegar.
Mira, Leonor: la mujer
que debe a su inclinación
recato y estimación,
supuesto que es el caer
tan fácil, no ha de esperar
la sombra de algún disgusto;
antes deben los del gusto
huir, por no tropezar.
Ruido abajo he sentido;
mira si es algún recado
de algún amante cansado
en vísperas de marido;
y si viene a darme enojos,
a enfadarme y a cansar,
dale a entender mi pesar
y con la puerta en los ojos.

(Sale el Tío *y* Beatriz.)

Leonor. Tu tío y tu prima son.
Tío. Ya no pueden ser disculpa
tus lágrimas en la culpa
de tu aparente traición.
¿Aprendiste a ser liviana
de tu madre? ¿No te dió
el tiempo que te asistió,
cuerda, prudente y cristiana,
buenos consejos? ¿No has sido
de mis regalos querida,

(1) Falta el último verso a esta redondilla.
(2) Así en el original. Hartz. enmendó "cansados", que está bien; pero no sabemos si Lope lo diría de este modo.

estimada y preferida
a tus hermanas? ¿Olvido
cupo en tu imaginación
de que soy tu padre, di?
JUANA. ¿Qué es esto, prima?
BEATRIZ. ¡Ay de mí!
TÍO. ¡Buena andará mi opinión
y la tuya en el lugar!
Ya destos locos mozuelos
cuyos amantes desvelos
se fundan en engañar,
se ha dejado persuadir.
Sea este papel testigo
si no hace fe lo que digo
en lo que debo sentir.
Que le dé en su casa entrada
le pide, y agradecido
de verse favorecido
el que le escribió... ¡Qué honrada
persuasión! ¡Qué rendimiento
tan hijo de tu flaqueza!
Pues ¡también de mi nobleza
lo será mi sentimiento!
Y ¡vive Dios!, que si fuera
cada golpe de esta espada
de tu amante fulminada
exhalación de otra esfera,
que habías de ver, traidora,
en las venas que me dan
honroso aliento, un volcán,
cuya furia abrasadora
dejara con más rigor (1)
un cadáver cada vida.
Y la seña desmentida
en la mancha de mi honor,
para que contigo esté
la traigo viva contigo;
la que no pudo conmigo
asegurarme en mi fe.
Que de ti me satisfago,
y confío que a los hombres...
JUANA. ¡Detente, no me los nombres!
TÍO. ¿Los aborreces?
JUANA. Sí hago;
y tanto, que si estuviera
fundada en celos mi vida,
gustosamente homicida
de mi propia vida fuera.

(1) Este pasaje lo enmendó Hartzenbusch así:

te dejara con rigor
en cadáver convertida
y la señal desmentida.

Quita, Leonor, ese manto.
TÍO. Sólo en ti pudiera hallar
consuelo para un pesar
que pudo afligirme tanto.
Déte Dios en tu virtud
lo que mereces por ella.
JUANA. Yo confío en Dios, que en ella
ha de fundar tu quietud
Beatriz.
TÍO. De tu compañía
y tus consejos lo espero.

(Vase.)

JUANA. Sólo de una cosa quiero
advertirte, prima mía:
la casa donde has quedado,
no es casa, que es fortaleza
donde vive la pureza
del honor muy bien cuidado.
A la falsa idolatría
de amantes engañadores
hay por esos corredores
asestada artillería.
Rabias, enojos, desdenes,
desprecios y desafueros
son petardos y pedreros
del castillo adonde vienes.
Pero para estar aquí,
pleito homenaje has de hacer
primero de no creer
a ningún hombre.
BEATRIZ. ¿Perdí
la reputación de hoy más
porque llegué a recibir
un papel?
JUANA. ¿Eso has de decir? (1)
¡Y aun el honor perderás!
Que como la voluntad
de ti dispone y dispensa,
los principios de la ofensa
sólo es la dificultad.
BEATRIZ. Pues en esto, si es delito,
¿qué hicieras tú?
JUANA. ¿Yo?, no más
de lo que ahora verás
en los que a mí me han escrito.
Trae una luz.
LEONOR. Voy por ella.
JUANA. También yo soy pretendida,
pero tan mal persuadida,

(1) Este verso es largo. Hartz. suprimió el "un".

que antes se verá una estrella,
de mortal mano tocada,
faltar, y retroceder
el sol ardiente, y crecer
esferas de nieve helada.

LEONOR. Aquí está lo que has pedido.

JUANA. Para que sepas mejor
vencer sirenas de amor,
que engañan por el oído,
un acto de inquisición
te lo ha de enseñar ahora.

LEONOR. Di que reciba, señora,
el de don Pedro Girón.

BEATRIZ. ¿Don Pedro Girón te ha escrito?

JUANA. ¡Este es suyo!

BEATRIZ. ¿Y tu crueldad
inmensa, su voluntad
castiga como delito?
Muévate la inclinación
que hace (1) de tal empleo.

JUANA. Hasme visto en el deseo,
pero no en la posesión.
¿No has visto el mar proceloso
prometer serenidades,
y luego, con tempestades,
desmentirse cauteloso?
Pues ansí los hombres son.
Dame tú que ellos se vean
al fin de lo que desean;
que luego, la condición
despolvorea huracanes,
y, entre ofensas y temores,
todos niegan poseedores
lo que ofrecieron galanes;
y ansí los voy castigando
en fe que, según entiendo,
sólo obligan pretendiendo,
Beatriz, pero no alcanzando.
El de don Pedro Girón
se ha de quemar el primero.

(*Sale* DON PEDRO *y* HERNANDO.)

PEDRO. Déjame, que sólo quiero...

HERNANDO. Aquí no hay satisfacción
que tomar ni que pedir,
sino dejarme curar,
tener paciencia y callar
si no te quieres morir.

BEATRIZ. Esos, por su desventura,
inquisidora de amor,
aclaman en tu rigor
la piedad de tu hermosura.
Y claramente se ve
tu ignorante demasía,
pues tratas como herejía
los méritos de su fe.

JUANA. La pasión más verdadera
es digna de este castigo,
y ansí no hay piedad conmigo.

PEDRO. Ya lo creo; pero espera:
pues quemas mis pensamientos
en estatua de papel,
vayan al fuego con él
mis blasfemos pensamientos,
y habremos puesto en tu mengua
con distintas intenciones
tú en el fuego mis renglones,
y yo en tu crueldad mi lengua.
Tan hecha está mi paciencia
a los rayos de tus ojos,
que ese fuego, en sus enojos,
me informa de tu clemencia;
pues con rigor tan estrecho,
siempre observante en tu fama,
cada desdén fué una llama
del infierno de tu pecho
abrasa, si te ofendieron,
mis intentos malogrados;
que esos conceptos quemados
de mayor fuego salieron;
y aunque no se permitió
en los nobles la venganza
cuando el daño o la esperanza
en mujeres se fundó,
mi voluntad, ya rendida,
parte a enojarte indignada;
que la que hace [eso] obligada
sólo estimará ofendida.

(*Vase.*)

JUANA. ¡Espera!

LEONOR. ¡Detente, Hernando!

HERNANDO. No podré, que ya en su amor
no ha de haber saludador,
y pienso que va rabiando.

(*Vase.*)

LEONOR. ¡Como yo de enamorada
después que me has despreciado!

BEATRIZ. Y qué, ¿no te da cuidado
ver un alma así abrasada,
tan justamente quejosa?

(1) Aquí enmendó Hartz. "que hace" por "el valor".

JUANA. ¿Esto te puede ofender?
Viendo a un hombre padecer
me considero gloriosa.
Con tanto imperio me veo
en mi libre condición,
que ni siento inclinación
ni se me altera el deseo.

LEONOR. ¡Ay, señora, don Juan viene!

JUANA. ¿Hay tan extraña porfía
de amante? ¡Otra herejía
en lo pertinaz.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Conviene,
corazón, que os declaréis
en la intención y el cuidado;
que una vez desengañado
ya no hay gloria que esperéis.
No vengo, como solía,
a pedir y a suplicarte
que hagas del adorarte
méritos en mi porfía.
Hasta hoy mis ojos, rendidos
en tu suprema beldad,
juzgaron una deidad
llena de almas y sentidos.
Como libre te admiraba
mi siempre espíritu inquieto,
con el temor y el respeto
tus desdenes adoraba;
Pero ahora, que he sabido
que nace (1) en tu voluntad,
con dueño tu honestidad,
y que saber has querido,
sabré también castigar
mi imaginación rendida
con más fuerzas en mi vida,
con más daño en mi pesar.
A tus ojos volveré,
por volver por mi opinión,
lo que a don Pedro Girón
le diste y yo te envié.
Y, pues he perdido en ti
la parte de venturoso,
quiero en la de valeroso
satisfacerte por mí.

JUANA. ¡Espera!

JUAN. ¿Qué hay que esperar
de una mujer engañosa
que, inconstante y cautelosa,
sabe fingir y engañar?

(Vase.)

JUANA. ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¡Que a mí
se me atreva un hombre ya!
¿No hay quien le mate?

(Sale DON ALONSO.)

ALONSO. ¿Quién da
causa de tratarte ansí?
¿De qué te espantas, tirana
de la quietud de los hombres,
que ansí es justo que te nombres
por fácil y por liviana?
Lo mismo que te envié
por vasallaje y sangría
de tu enfermedad o mía,
que mía pienso que fué,
diste a don Pedro Girón:
de que veo claramente
que de amoroso accidente
enfermó tu corazón.

JUANA. Mira bien...

ALONSO. Si por mis ojos
he visto en plata y cristal
lisonjeado su mal
y ofendidos mis despojos,
sólo puedes argüir
tu gusto y tu voluntad;
pero no en esta verdad
dudar y contradecir.

JUANA. ¡Hombre!

ALONSO. Dices bien, tirana;
hombre soy, y lo he de ser
contra quien supo vencer
condición tan inhumana.
Contra don Pedro Girón,
por darte disgusto a ti,
he de oponer desde aquí
mi valiente corazón.

JUANA. Si tengo de responder
en injurias declaradas,
no...

ALONSO. En culpas comprobadas
no queda más que el hacer.

(Vase.)

JUANA. ¿Qué es esto, Leonor?

LEONOR. Señora,
¡plega a Dios, si recibí
sus dos presentes, que aquí

(1) Hartz. enmendó "vive", en lugar de "nace" que dice el original.

un rayo me parta ahora!
Que antes había pensado
que tú debes de haber sido
la que los has recibido
y que los has enviado
a don Pedro.

JUANA. ¡Vive Dios,
villana infame!

BEATRIZ. ¡Detente!

JUANA. Aguarda, que juntamente
os castigaré a las dos.

BEATRIZ. Prima, si lo haces (1)
por disimular conmigo,
sólo en mi abono te digo,
aunque no te satisfaces
de mi amor, que nunca vi
ningún amante cuidado
que no le haya disculpado
por lo que me toca a mí.
¿No somos también mujeres,
y en las mujeres también
natural el querer bien?
Si disimulas y quieres,
¿quién te guardará mejor
tus secretos que quien tiene
tu sangre?

JUANA. ¡Cielos! Si viene
envuelto en este rigor
castigo que vos me dais,
mirad que en él maltratáis
la honestidad de mi honor.
Sólo el tener sangre mía,
Beatriz, te puede excusar
la venganza del pesar
que me has dado. ¿En mí podía
caber tan vil pensamiento?
¿Beatriz, yo facilidad
de amor y de voluntad,
rendido el entendimiento?
De mi sangre me hartara
si en esa culpa incurriera;
mi propio ser deshiciera,
y con mi vida acabara.
Y aun ahora que lo digo,
que me estoy glorificando
parece, hiriendo y cebando
en la pena y el castigo.

LEONOR. Más puede, si se enfurece
el del arco.

BEATRIZ. No, Leonor.
¿Cómo ha de tener amor
la que tanto le encarece? (1)

LEONOR. Otra sé yo que decía
lo mismo, y por despreciada,
el no estar enamorada
le parece ya herejía.

BEATRIZ. Dios le dé lo que desea.

LEONOR. ¡Amén, plega a Jesucristo!
Después que a Hernando no he visto
el alma se me marea.

JUANA. Aunque más, Leonor, me digas,
tú en las quejas de esta gente
tienes culpa.

LEONOR. De repente
mala procesión de hormigas
vea sobre mí, señora,
sin que de tullida pueda
apartallas, si me queda
en el corazón ahora
mas de lo que digo aquí:
dos presentes te trujeron
dos criados que vinieron,
y entrambos los depedí.
¡Gracias a Dios que ha llegado
Hernando, que podrá ser
testigo, pues llegó a ver
todo cuanto había pasado!

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. Déme Amor su cataplasma,
porque si el amor no gasto,
con este segundo emplasto
tengo de dejar con asma
el pecho de esta mujer,
y sin el favor de Tíbar
le he de volver, siendo acíbar,
en aguachirle de miel.

LEONOR. Hernando, ¿recibí yo
dos presentes que traían
dos criados que venían
de dos pretendientes?

HERNANDO. No;
testigo soy de *oculorum,*
y, quedando en competencia,
los ví por una pendencia
muy cerca del *mortuorum.*

JUANA. No estaré en mí hasta sacar
del pecho de algún villano
el corazón con la mano.

(1) Verso incompleto. Hartzenbusch le añadió la palabra "Señora" que dice Leonor al principio de él.

(1) Así en el original. Hartzenbusch enmendó "aborrece".

HERNANDO. Serviréte en amolar
el cuchillo, y lo tendré
guardándote las espaldas
en tanto que tú te enfaldas,
que ya tus intentos sé.
Y aunque a don Pedro he servi-
de tu parte me he de hacer; [do,
que, en efeto, eres mujer,
y yo, airoso y bien nacido.
El un ojo apostaría
que algún enredo ha inventado,
porque como le ha faltado
el amor que te tenía,
mil faltas anda diciendo
de ti tan públicamente,
que se anda toda la gente
unos con otros riendo.

JUANA. ¿Qué dice?

HERNANDO. Dice que tienes
un ojo mayor que el otro;
éste he visto, venga el otro.

JUANA. Loco imagino que vienes.

LEONOR. O tengo el ingenio yo
desencuadernado ya,
o éste es bellaco, y le da
con lo mismo que me dió.

JUANA. Prima, ¿tengo yo los ojos
desiguales?

BEATRIZ. ¿Desiguales?
Dos luceros celestiales
parecen en sus despojos.

HERNANDO. Si otras cosas te dijera
que dice, no te quedara
en dos días tanta cara.
Pues lo de la cabellera
postiza y dientes atados,
de manera lo he sentido,
que te miro de corrido
con los dos ojos cerrados.
Pues ver con el alegría
que se lo dice a la dama
con que se huelga y te infama...

BEATRIZ. ¿Hay tan gran bellaquería?

LEONOR. ¿Hay tal maldad? No creyera
de un hombre que te adoró
tan grandes infamias yo,
si el mundo me lo dijera.

JUANA. ¿Y es hermosa esa mujer?

HERNANDO. Es airosa y bien prendida.
Carne viva hay en la herida,
que le ha empezado a escocer.

(Aparte.)

JUANA. ¿Y quiérela más que a mí
me quiso?

HERNANDO. Absorto la mira,
y dice que fué mentira
cuanto ha querido hasta aquí.
Porque le cogió un billete,
con un suspiro que dió
seis bujías apagó
que estaban en un bufete.

JUANA. ¿Qué dices?

HERNANDO. Dios me destruya
si no es tanta su afición
que trae sobre el corazón
una zapatilla suya.
Y si el origen (1) le toca,
y a ser en la calle acierta,
se mete tras una puerta
y se la zampa en la boca.

JUANA. ¡Jesús!

HERNANDO. Tan grande es su ardor,
que me llegué por un lado,
diciendo, disimulado:
"¿Y doña Juana, señor?"
Y, sin responderme nada,
enojado me miró
y al sesgo me sacudió
la más cruel bofetada
que se ha visto dibujar
sobre carrillos cristianos.

JUANA. ¿Qué dices?, prima.

BEATRIZ. Tiranos
son los hombres; no hay dudar.

JUANA. ¿Qué te parece que haga?

BEATRIZ. Que le escribas un papel,
y que le digas en él
tus enojos, y que te haga
merced de no te ofender
en público ni en secreto,
siquiera por el respeto
que se le debe a tu ser.

JUANA. Bien dices; espera aquí.
¡Válgame Dios! ¿Dónde voy?
El camino erré. O estoy
sin alma o fuera de mí.

(Vase.)

LEONOR. Señora, ya que las dos
nacimos con voluntad,

(1) Hartzenbusch enmendó, con acierto, "frenesí", en lugar de "origen".

hagamos por calidad
diferente. (1)

HERNANDO. ¡Vive Dios!,
que va a escribir y que en suma,
cruel, tibia o desabrida,
que está la carne manida
cuando se gasta la pluma.

BEATRIZ. Leonor mía, tuya soy;
dime a quién quieres; seré
tu tercera.

LEONOR. Sí diré,
que tan cerca dél estoy,
que no estoy dos pasos dél.
Porque claramente un día
dijo que me aborrecía
me estoy muriendo por él.

BEATRIZ. ¿Es Hernando?

LEONOR. Sí, señora.

BEATRIZ. Pues él, ¿no será dichoso
en llegar a ser tu esposo?
Yo he de decírselo ahora.
¡Ah, galán!

HERNANDO. Esto es a mí. *(Ap.)*

LEONOR. ¡Ce!, ¿a quién digo? ¡Ah, caba- [llero!

HERNANDO. Que me dé la vena espero.

BEATRIZ. ¡Ah, soldado!

HERNANDO. Ahora sí.

LEONOR. Mucho estima el ser soldado.

HERNANDO. Soy, perdonen mis sentidos,
sordo en otros apellidos.

BEATRIZ. ¡Qué gran bellaco!

LEONOR. ¡Taimado!

BEATRIZ. Sabe que Leonor te estima.

HERNANDO. Pues ¿qué importará en rigor
si yo no estimo a Leonor?
Poco aprovecha la prima
templada en el instrumento
de la conyugal unión
si no le afina el bordón.

BEATRIZ. Dios obra en el casamiento.

HERNANDO. Ese ya es el bordoncillo
con que todas las mujeres
aseguran sus placeres,
y hele cobrado al cuquillo
un temor desatinado,
y atolondrarme no es justo,
pudiendo tener el gusto
y que otro tenga el cuidado.

LEONOR. Mal conoces mi valor.
Con el rey no te ofendiera.

HERNANDO. Como el de los naipes fuera,
yo lo creo, mi Leonor.

LEONOR. Yo soy mujer tan honrada
como cuantas Dios crió.

HERNANDO. ¿Qué importa, si tengo yo
una falta endemoniada?
Preciábame de alentado,
y sobre apuesta, hice en Flandes
dos o tres fuerzas muy grandes,
y volví a España quebrado.

LEONOR. Quebrado te quiero yo.

HERNANDO. Por ahora podrá ser,
pero echaráslo de ver
después, y dirás que no.
Y fuera poco saber
de quien su quietud desea
cortar para ti tarea
cuando no puede coser.
Y mujer que tuvo amores
no es buena para casada,
que de la vida pasada
le quedan los borradores.

(Sale DOÑA JUANA.*)*

JUANA. Este es el papel, Hernando.
Di que quisiera enviar
en sus letras rejalgar,
por que muriera rabiando.
Que es un tirano, un traidor,
un ingrato fementido,
cruel, descortés, fingido,
sin Dios, sin fe, sin honor;
y que se guarde de mí,
que soy mujer agraviada,
resuelta y determinada,
un rayo.

HERNANDO. Diréla ansí.

JUANA. Y que si acaso se fía
en su sangre, en su grandeza,
que advierta que a su nobleza
nada le debe la mía.
Y que si él, desvanecido
porque en otra parte quiere,
defetos en mí pusiere,
engañoso y presumido
en su loca estimación,
que podrá ser que se pierda,
que fácil podrá una Cerda
atravesar un Girón.

(1) Este verso y el anterior están errados. Hartzenbusch los puso así:

hagamos por caridad
alianza,

que tampoco nos satiface del todo.

HERNANDO. En sabiendo que te he visto,
y que el billete le llevo,
me ha de poner como nuevo;
que para mí, ¡vive Cristo!,
que es una tigre cruel
después que tiene otro amor.

JUANA. Toma tu manto, Leonor,
y llévale tú con él.

(Vase.)

LEONOR. Ahora encajaba aquí
lindamente una coleta,
que voy con él.

BEATRIZ. ¡Qué discreta
es la voluntad! Por mí,
¿no habrá un poquito de fe
con Leonor?

(Vase.)

HERNANDO. A pensar vengo
que si por mí no la tengo,
que por nadie la tendré;
y basta decir aquí
que ya de ninguna suerte
me puedo mandar.

LEONOR. Advierte
que te quiero más que a mí,
aunque todo el año entero
nos andemos a mandar
tú en casa y yo a remendar
tu vestido y tu braguero.

HERNANDO. No, Leonor, que en esta vida
menos me tendrá afligido
un braguero descosido
que una mujer muy rompida.

(Vanse, y sale DON PEDRO GIRÓN.*)*

PEDRO. En buen laberinto estoy
metido. Los pretendientes
de doña Juana, impacientes,
piensan que el dichoso soy,
y escriben que si no doy
los presentes que me han dado,
me dé por desafiado.
¿Cuándo un hombre habrá reñido
porque piensan que es querido
cuando muere despreciado?
Nunca de Flandes viniera
Hernando para matarme;
nunca para aconsejarme
el cielo aliento le diera;
nunca a mi casa viniera:
aunque yo, solo culpante
en las locuras de amante,
¿de quién me puedo quejar
si me dejé aconsejar
de un hombre tan ignorante?

(Sale HERNANDO.*)*

HERNANDO. ¿Qué hay? ¿Hay revolución?
¿No están los cielos serenos?
¿Hay relámpagos y truenos?

PEDRO. No hay sino mi perdición;
una esperanza burlada,
una intención no entendida,
una mujer ofendida
y un alma en penas criada.
¡Que me creyese de ti!

HERNANDO. ¿Soy ignorantico yo?
Mal hizo quien me crió
si me ha de tratar ansí.
Para el puto que tuviera
el negocio en mal estado:
el morir descuartizado
pienso que lo menos fuera
en tu deseo.

PEDRO. ¡Ay, Hernando!
¿Cómo has de poder hacer
que me quiera una mujer
que maltraté desechando
los despojos de su honor?

HERNANDO. El énfasis está ahí:
sólo en el tratarla así
está el remedio, señor.
Concierto fué de los dos
que si yo a Leonor rindiese
tu voluntad mereciese.

PEDRO. Es verdad.

HERNANDO. Pues, ¡vive Dios,
que has de verla ahora aquí,
para ti cosa bien nueva,
más madura que una breva,
y enamorada de mí!
Saca la daga, fingiendo
que estás conmigo enojado.

PEDRO. ¿Para qué?

HERNANDO. Ya estás cansado.
Sácala, que yo me entiendo;
y después, señor, sabrás
la tela que tengo urdida.
¡Ay, que me quitan la vida!
Saca presto.

PEDRO. ¡Loco estás!

HERNANDO. Saca, digo. ¡Ay, que me mata!
¿No hay quien me ampare?

(Sale LEONOR *con un papel.)*

LEONOR. Detén,
señor, que le quiero bien.
HERNANDO. Logróse la patarata.
PEDRO. ¿Bien le quieres?
LEONOR. Sí, señor,
y con saber que por él
me estoy muriendo es cruel,
y me trata con rigor.
HERNANDO. ¿Cómo te puedo tratar,
si porque aquí nombré yo
a tu ama se enojó
y me ha querido matar?
LEONOR. ¿Posible es que de ese modo
la has aborrecido, di?
HERNANDO. En no diciendo que sí,
das en la calle con todo.
Finge que estás enojado.
PEDRO. Muriéndome estoy, Leonor;
ha sido grande el rigor,
y mucho lo que he pasado.
LEONOR. Este billete te envía;
enojada lo escribió,
pero discúlpola yo,
y su hermosura podía
ser disculpa en sus cuidados;
que bien sabes que es quimera
eso de la cabellera
y de los dientes atados.
HERNANDO. Concede con lo que han dicho,
que hay dientes y cabellera
en la montaña.
PEDRO. Quisiera
saber cómo.
HERNANDO. En el capricho
entran esos adherentes.
LEONOR. Ella, señor, es sentida,
y ha de acabar con su vida
lo del cabello y los dientes.
HERNANDO. Recibe el papel, y di
que porque ella lo ha traído
lo recibes ofendido.
PEDRO. ¡Dios me saque en paz de aquí!
Si otra el papel me trujera,
quizá no hallara en mis manos
propósitos tan humanos,
y sabe Dios lo que hiciera.
LEONOR. Pues si algún día, señor,
te cansares de tu dama
y se volviere a mi ama,
arrepentido, tu amor,
me ofrezco a ser tu tercera;
y, por si acaso volvieres,
haz, en tanto que otra quieres,
que Hernando, señor, me quiera.
PEDRO. Yo sé que Hernando por ti
mudará de condición.
LEONOR. ¡Mire cuál está el Nerón;
rayos echa contra mí!

(Vase.)

PEDRO. ¿Qué es lo que has hecho?
HERNANDO. Hacer
lo que el Galeno de amor,
en el récipe mejor,
me pudo dar a entender.
PEDRO. Ya por la experiencia veo
parte de tu medicina,
tan rara y tan peregrina,
que parece que te creo.
HERNANDO. Despacio te contaré
el camino que he tomado;
que ahora voy con cuidado
a lo que después diré.
PEDRO. El papel quiero leer.
HERNANDO. Cerrado se ha de quedar;
todo es en él descansar
con deshonrar y ofender,
y le he menester cerrado,
que hay gran máquina apretada,
y aun guerra, y este billete
servirá de pistolete
en la postrer rociada.
PEDRO. ¿Podré yo satisfacella
en algo?
HERNANDO. ¡Jesús mil veces!
Forzosamente pereces:
para siempre has de perdella.
PEDRO. Ya, como el negocio está,
ignorantísimo fuera
si de tu orden saliera.
HERNANDO. No menos, señor, te va
que ver logrado tu amor;
que la has de ver, fía de mí,
con más zarapas tras de ti
que gualdrapa de dotor.

TERCERA JORNADA

(Sale DOÑA JUANA.*)*

JUANA. ¿Qué es esto, imaginación?
¿Por qué causa te desvelas

y en mi propio ser anhelas
ahora jurisdicción?
Dueño soy de mi intención,
y soy la misma que fuí,
y quiero poner aquí
límites a mi deseo.
Contra mí misma peleo;
¡defiéndeme, Dios, de mí!
¡Que quiera yo no pensar,
y que me falte el poder!
¿Qué quietud puedo tener,
sin dejar de imaginar
que me pudiera olvidar
tan presto un hombre? ¡Ah, trai-
Engañoso fué tu amor. [dor!
¿Qué es esto? Estoy reprobando
el pensar, y estoy pensando;
¡incurable es mi dolor!
No quiero admirarme yo
de que a su dama dijera
que tengo yo cabellera
y dientes atados, no;
pero, que tan presto halló
mujer tan a su medida,
que tan del todo se olvida
quien tanto supo querer,
aquí es donde he de perder
la paciencia con la vida.

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. Señora, tu prima está.
JUANA. ¿No soy la misma que fuí?
LEONOR. ¡Señora!...
JUANA. ¿Qué ha visto en mí,
que tan presto pudo ya
trasladar tanta firmeza
en sujeto diferente?
LEONOR. ¡Ay, señores, que lo siente!
JUANA. ¿Aquella naturaleza
se mudó con tal rigor?
LEONOR. En éxtasis está ya.
Carruaje hay por acá;
también embarga el amor.
JUANA. Leonor pienso que me ha visto
divertida, e importará
desvelarla, claro está;
¡qué mal mi dolor resisto!
¿Yo con recato y deseo?
¿Qué hace mi prima?
LEONOR. Ahora
me pidió un libro, señora,
de comedias.
JUANA. Yo lo creo.
En libros más virtuosos
fuera más justo leer
la que ha llegado a saber
tantos lances amorosos.
¿Pensáis que no os escuché
hablar anoche, a la una,
por la ventana? Ninguna
imagine que no sé
sus pasos y sus secretos;
pero yo soy de opinión
que sobre seguro son
los castigos más discretos.
Llama a mi prima. ¡Ay de mí,
que no parece que ya
tan entera el alma está
como se mostró hasta aquí!
Mas ¿qué es esto? ¿Ha de faltar
en mi pecho mi valor?
¡Mueran los gustos de amor
a manos de mi pesar!

(Sale BEATRIZ *y* LEONOR.*)*

BEATRIZ. ¿Qué me quieres?
JUANA. Que no quieras;
que ya he visto claramente,
prima, que el nuevo accidente
dura en tus vanas quimeras.
A mi tío escribí ya
que alguna noche que ocioso
esté, ronde cuidadoso
la calle, que lo que está
a mi cargo es sólo el
mirar por mi casa yo.
BEATRIZ. ¡Qué poco que te debió
mi sangre, si tan cruel,
tan mi enemiga eres ya,
que a mi padre le escribías
claramente culpas mías!
JUANA. ¿Y quién, dime, me dirá
que, porque te quiero buena,
te trato como enemiga?
BEATRIZ. La que en secreto castiga,
deseando está la pena.
JUANA. Muy bien sabes argüir.
BEATRIZ. De tu escuela habré sacado,
por lo que a mí me has culpado,
lo que yo debo sentir.
Amor, venganza te pido.
No puede esta escrupulosa
bizarrear tan airosa,
habiéndote a ti ofendido.

(Vase BEATRIZ *y sale* HERNANDO.*)*

HERNANDO. ¡Por Dios! Hoy, señora mía,
aunque llegue a perecer
a sus manos, que has de ver
lo que a su dama le envía.
Esta joya de diamantes
le llevo, y otra le dió
que para afrenta nació
de las estrellas brillantes;
enviándola a apreciar,
declararon los plateros
que no tiene el rey dineros
para podella comprar.

JUANA. Pues ¿cuánto, dime, valdría?

HERNANDO. Los plateros que la vieron,
cinco ciudades dijeron
de las que hay en Berbería.

JUANA. ¿Cómo está mi nombre aquí?

HERNANDO. ¡Suelta el papel, por tu vida!

JUANA. Muestra, o perderás la vida.

HERNANDO. ¿Hay tal desdicha? ¡Ay de mí!

JUANA. Seis nombres hay a una parte
y seis a otra. ¿Qué es esto?
Dime lo que es, y sea presto.

HERNANDO. Temo, señora, enojarte.
A mi dama le escribió
su dama que le escribiera
doce damas, y esto fuera
según ella lo ordenó:
seis de las que deben ser
muy justamente queridas,
y otras seis, aborrecidas.

JUANA. ¿Y de cuáles vengo a ser?

HERNANDO. Las aborrecidas son
esas donde estás escrita.

JUANA. ¡Es un traidor!

HERNANDO. Sodomita,
y sodomita sayón.
No tienes sangre en el ojo,
si no rompes el papel
y te lo comes, que en él
se podrá vengar tu enojo
en las tripas más de espacio,
y la joya envolveré
en otro papel que esté
más bruñido y menos lacio.

JUANA. ¡Válgame Dios! Muestra, a ver.
El papel que le escribí,
¿no es ése?

HERNANDO. Señora, sí;
que no le quiso leer,
y ansí me lo dió cerrado.
¡Que fuese tal mi torpeza!
Desdichado del que empieza
a estar una vez turbado.
¡Válgate el cielo, el papel;
que tengo en la faltriquera
pienso que una resma entera,
y que hube de dar con él!
Cuando ello de Dios está...
¡Oigan, y cuál se ha quedado
de difunto embalsamado!

JUANA. ¡Cielos, que reviento ya!
¡Salgan pedazos de vida
al corazón a buscar
nuevos modos de vengar
un alma tan ofendida!
¿No soy la misma que fuí,
cuando aquel hombre adoraba
las piedras que yo pisaba?
¿Qué defetos halla en mí,
que me aborrece y desprecia?

HERNANDO. Ya da voces y se abrasa;
la calentura está en casa,
y debe de ser muy recia.

JUANA. ¡Muriéndome estoy, Hernando!

HERNANDO. Muy poquito menos creo;
porque, según lo que veo,
parece que estás pensando...

JUANA. ¿Podréme fiar de ti?

HERNANDO. ¡Así plega a Dios hallara,
señora, quien me fiara
en una mohatra a mí!

JUANA. Toma, pues, y excusarás
el sacarla y el pedir
que te fíen.

HERNANDO. ¡El vivir
de un cuervo, y cien años más,
plega a Jesucristo, amén,
que vivas, por que te aclamen,
te apelliden y te llamen
la dama Matusalén!
Ya es cosecha, desde aquí,
lo que hasta aquí fué sembrar;
que mujer que empieza a dar,
también va dando de sí.

JUANA. Yo he de ver esa mujer.

HERNANDO. Si no es cuando va mi amo
a verla, que es el reclamo
a que suele responder,
es imposible.

JUANA. Yo iré,
si es que alguna noche va,
tras él.

HERNANDO. Difícil será;
mas yo te acompañaré.

JUANA. Yo, Hernando, sólo te encargo

el secreto por mi honor,
que esto es rabia, no es amor.

HERNANDO. Ansí, un poquito a lo largo,
cuando en tercianas procura
ser el calor verdadero,
esperezos hay primero
que venga la calentura.

JUANA. En un pozo me echaré.

HERNANDO. Yo lo creo de barriga.

JUANA. ¿Qué dices?

HERNANDO. Que nadie diga:
de este agua no beberé.

JUANA. Hernando, mira que soy
mujer, y estoy afligida,
no por no verme querida,
sino despreciada.

HERNANDO. Estoy
por, si no fuera barbado,
llorar en esta cautela
como un muchacho de escuela
que está ya desatacado.

JUANA. ¿Qué noche te he de esperar?

HERNANDO. Yo avisaré la que fuere
a propósito (y lloviere,
por que se pueda enlodar).

JUANA. Tu esperanza vive en mí;
no nos vean a los dos
juntos tanto tiempo. Adiós.

(Vase.)

HERNANDO. A Dios gracias, que vencí.

(Sale LEONOR *y* BEATRIZ.*)*

LEONOR. Lindamente lo has parlado.

BEATRIZ. Para estar aborrecido,
por ser hombre mucho ha sido.

HERNANDO. Soy altar privilegiado.

LEONOR. Para mí tenéis vos manos,
os pudiera yo decir,
pues supisteis reducir
mis pensamientos tiranos.
¿Por qué no pruebas tus fuer-
para hacer que tenga amor [zas
la del eterno rigor?
No hayas miedo que la tuerzas.

BEATRIZ. ¿Torcer? Si resucitara
su padre, no le tuviera
amor; antes le pidiera
que al sepulcro se tornara.

HERNANDO. ¡Válgame Dios! ¿Es posible?

BEATRIZ. Pues tú solamente eres
peregrino en las mujeres.
No ha nacido tan terrible
monstruo de crueldad.

HERNANDO. Ya sé
que no se enamorará.

BEATRIZ. ¿Por qué?

HERNANDO. Porque ya lo está.

LEONOR. ¿Qué dices, hombre?

HERNANDO. No fué
la que en Teruel se arrojó
tan pegajosa y süave
con solamente un jarabe
que en la vanidad tomó.

LEONOR. Que me des los pies te pido.
Si verdad fuera, te diera,
aunque en camisa me viera,
cuanto tengo aquí: un vestido.

HERNANDO. Bien te puedes desnudar,
que yo sé que algún mirón
deseará la ocasión.
Tras mi amo se ha de andar
la noche que quiera yo.

BEATRIZ. Sea ésta.

HERNANDO. Ha de llover;
que a su casa ha de volver
como jamás no se vió
carro de Riche en febrero.

LEONOR. Señora, estoy por saltar
de contento y reventar
de risa. ¡Que tal espero!

BEATRIZ. Todo hoy está lloviznando.

HERNANDO. Pues que ha de ser ésta entiendo.

BEATRIZ. Lo del lodo te encomiendo.

LEONOR. ¡Por amor de Dios, Hernando!

HERNANDO. Idos, que ha de sospechar,
si os ve aquí, que lo sabéis;
esta noche os vengaréis.

BEATRIZ. Bien dices.

(Vanse. Sale DON PEDRO.*)*

PEDRO. ¿Hete de hallar?
Todo el día ando tras ti.

HERNANDO. No me espanto de eso, no;
que ando en los negocios yo
de la herencia (1) del Sofí.
Ya la fuerza se ha rendido:
esta noche ha de seguirte.

PEDRO. Déjame sólo decirte
que es mucho para creído.
Hernando, si yo la veo

(1) En el original, "esencia", por errata.

sólo por mi causa dar
un paso, me han de acabar
mis gustos y mi deseo.
Algún ángel te sacó
de Flandes, pues, si has vencido
lo que en pecho endurecido
jamás pude vencer yo,
en la obligación postrera
de mi esperanza perdida,
te debo toda la vida,
y he de ofrecértela entera.
Mi vida, mi honor, mi ser
y cuanto tengo en el mundo,
ya como dueño segundo
te deben obedecer.

HERNANDO. Esta es tu joya, aquí está.

PEDRO. Tómala tú, que no quiero,
si fué el remedio postrero,
que vuelva a mis manos ya.
¿Podré yo, Hernando, siquiera,
no más de un momento hablarla,
aunque sea despreciarla?

HERNANDO. Señor, estarme quisiera. (1)

PEDRO. ¡No puedo más!

HERNANDO. Eso es bueno
para un hombre condenado
a quien los suyos le han dado
secretamente veneno,
y para el que está metido
por la Sala en la capilla,
de la vulgar campanilla
clamoreado y pedido;
pero no para un cristiano
libre y con entendimiento;
¿quieres que por un momento
se haya trabajado en vano?
¡Por Dios!, que vienen aquí
sus pretendientes, señor.

PEDRO. Hallarán en mi valor
lo que halló mi dicha en ti.
Aquí no tienes que hacer;
bien te puedes retirar;
consigue tú el alcanzar,
yo conseguiré defender.

HERNANDO. ¿Qué es retirar? ¡Vive Cristo!,
que es, señor, cada estocada
de mi contrario tirada,
para mi cólera, un pisto.
En Flandes no lo hice yo,
aunque el archiduque Alberto
daba voces en desierto,
tanto que se enronqueció.

(Sale DON JUAN *y* DON ALONSO.)

ALONSO. Señor don Pedro Girón,
los que son tan caballeros...

PEDRO. En las leyes y en los fueros
que debo a mi obligación.
¿Por qué tenemos que hablar?
Si es porque no he respondido
a dos papeles, no ha sido
culpa, sino castigar
el haber imaginado
que si favores tuviera
de doña Juana los diera
ni aun al Cid resucitado.
A los hombres que han nacido
con mi corazón, no es bien
pedirle nadie que den
las prendas que han recibido.
Yo sé dar, mas no volver,
y ¡ojalá que a Dios pluguiera
que en recibir estuviera
el saberlo defender!
Pero si ya en el valor
parece que andan sobradas
las razones, las espadas...

(Sale el TÍO.)

TÍO. ¿Qué es esto?

PEDRO. Nada, señor.

ALONSO. Yo os buscaré.

JUAN. Yo también.

PEDRO. Entonces acabaremos
lo que comenzado habemos
los tres.

(Vanse los dos.)

TÍO. ¡Por cierto, muy bien!
¿Pendencia aquí? ¡Yo, avisado
que ronde la calle! ¡Cielos!
¿En una hija desvelos
para mi edad habéis dado?
¡Que no te pueda templar
la conocida virtud
de tu prima en su quietud!

---

(2) Este pasaje está alterado. Hartzenbusch lo enmendó así:

¿Podré yo, Hernando, siquiera,
no más de un momento hablarla
aquí, ya sin despreciarla?

HERNANDO. No, señor. Eso quisiera.

Ya es de noche; voyme armar (1),
porque ansí podré saber
si quien me puede ofender
me puede también matar.

(Vase. Salen BEATRIZ *y* LEONOR.*)*

LEONOR. Quedito, señora; saca
de matachín pie y pierna.
BEATRIZ. ¿Cómo?
LEONOR. Hernando con linterna
y con zapato de vaca,
en secreto están hablando
más ha de un hora cabal,
y ella, si no miré mal,
pienso que se está enfaldando.
BEATRIZ. ¿Cómo podremos saber
si trata de salir fuera?
LEONOR. Yo lo sabré; aquí me espera,
pero no te has de mover.
Si me hicieran reina ahora
sólo porque no acechara,
pienso que no lo tomara.

(Vase.)

BEATRIZ. Valiente Amor, nadie ignora
que se fundan tus razones,
según tu poder contemplo,
en entapizar tu templo
de rendidos corazones.
Contra quien más tu poder
resiste, más te previenes;
porque de Dios, al fin, tienes
lo absoluto del poder.

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. Chinelita baja.
BEATRIZ. Espera,
a ver si sale.
LEONOR. Eso hago,
porque no me satisfago
hasta verla en la escalera.

(Vase.)

BEATRIZ. Ruego a Dios que despreciada
vuelva del que va a buscar,
por que no llegue a probar
los gustos de enamorada.

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. Flux hizo para conmigo
doña Juana, mi señora;
como un rayo sale ahora
por la puerta del postigo.
Ya no tiene que reñir:
privilegio nos ha dado
con haberse enamorado
para podernos reír.
¿Qué se ha hecho tu galán,
señora, que no le veo?
BEATRIZ. Fuése al Brasil; el deseo
y el alma, penando están.
LEONOR. Ya en su castillo no hay fueros.
BEATRIZ. Sí, que amorosas pasiones
han clavado los fogones,
a petardos y a pedreros.
LEONOR. ¿Qué habemos de hacer?
BEATRIZ. Bajar
al postigo, y aguardarla
para sólo avergonzarla
con mirarla y con callar.
LEONOR. ¡Vitoria por el amor!
BEATRIZ. Como es ciego, dióle palo.
LEONOR. Desde hoy puede ser Gonzalo
enamorado mayor.

(Vanse. Sale el TÍO, *armado.)*

TÍO. ¡Que aun ansí tratan flaquezas
mis años, tan sin respeto!
Todavía estoy sujeto
a femeniles ternezas.
Pensará, viéndome así
la muerte, que ya la he visto
y que armado la resiste.

(Sale DOÑA JUANA *disfrazada y* HERNANDO *rebozado con linterna.)*

HERNANDO. Quedo, que un hombre está aquí.
JUANA. Si algo pregunta, que soy
doña Beatriz de la Cerda
le dirás, para que pierda
los indicios que le doy;
y si es justicia, dirás
que va en casa de su padre.
HERNANDO. No hay disculpa que no cuadre,
bien dicha; salir podrás.
TÍO. ¿Quién va?
HERNANDO. Cuanto puede ser.
TÍO. ¿Quién es?
HERNANDO. ¡Qué pregunta en vano!

(1) Falta un verso antes o después de éste para que haya dos redondillas con un consonante común a ambas.

Partido el género humano:
un hombre y una mujer.

TÍO. ¿Quién es la mujer?

HERNANDO. Señor,
doña Beatriz (¿de la qué?

JUANA. De la Cerda.

HERNANDO. Ya lo sé.)
De la Cerda.

TÍO. ¡Ay de mi honor!

HERNANDO. ¿Podrémonos escurrir?

TÍO. ¿Dónde la llevas?

HERNANDO. A ver
a su padre.

TÍO. Hasta saber
la verdad, la he de seguir;
y si sin pedir licencia
a su prima, va a buscar
su amante, la he de matar.
Sufrid y tened paciencia,
corazón.

HERNANDO. ¿Tenemos ya
pasaporte?

TÍO. Sí.

HERNANDO. Pues vamos.
que despachados estamos.

TÍO. Tu muerte en tus pasos va.

(Vanse, y sale DON JUAN *y* DON ALONSO, *de noche.)*

ALONSO. Por aquí suele venir,
y podremos acabar
lo ya empezado a tratar
desta suerte.

JUAN. En recibir
presentes es venturoso (1);
séalo en reñir también,
por que dos veces le den
título de venturoso.

ALONSO. A mí me habéis de dejar
si viene solo.

JUAN. Eso no;
con él he de reñir yo.

ALONSO. Y vos me habéis de mirar.
Al que de nosotros tiene
más antigua competencia
le toca aquesta pendencia.

JUAN. Quedo, que pienso que viene.

(Sale DON PEDRO *y* HERNANDO.)

PEDRO. Mira que vendrá cansada.

HERNANDO. Venga, y déjala cansar,
por lo que te hizo andar
con el alma aperreada.

PEDRO. Basta, Hernando, no riamos;
mira que es oscuro y llueve.

HERNANDO. ¡Mujer que ha sido de nieve,
ansí la derretirás!

PEDRO. ¿Quieres apostar, Hernando,
que se ha de volver a ir?

HERNANDO. Mujer que empieza a seguir
derrengada y cojeando,
se irá tras un hombre a Flandes.

PEDRO. Mucha será tu impiedad,
que es mucha la escuridad.

HERNANDO. Y tus ignorancias, grandes.
En llegando a conocer
por las centellas el fuego,
te ha de descubrir el juego
y has de venirla a perder.

PEDRO. Pues alúmbrala siquiera,
que estamos lejos los dos.

HERNANDO. Zarpa ha de haber, ¡vive Dios!

(Mata la linterna.)

PEDRO. No tienes amor.

HERNANDO. Quisiera
ponerle ceniza en lodo,
por que conozca que es barro
el presumir más bizarro
de las mujeres en todo.
¡Ahóguese, aunque es mancilla
ver una mujer ansí!
¡Ah, quién me trujera aquí
la arriada (1) de Sevilla!

ALONSO. Señor don Pedro.

PEDRO. ¿Quién va?

ALONSO. Los que hoy quisieron saber
de vos si el no responder
fué desprecio.

PEDRO. Claro está.

ALONSO. Pues siendo así, no tenemos
que detenernos en nada.
Sirva de lengua la espada,
que con ellas hablaremos.

(Meten mano y riñen.)

TÍO. *(Dentro.)* Así castigar podré
tu mal pensada traición.

(1) Hartzenbusch enmendó "valeroso", aunque también tiene su intención el repetir la voz "venturoso".

(1) El original dice "hacienda", por errtata. La enmienda, acertada, es de Hartzenbusch.

(*Sale* DOÑA JUANA.)

JUANA. ¡Señor don Pedro Girón,
amparadme!
PEDRO. Sí haré.
Caballeros, acudir
a las mujeres es justo;
que para nuestro disgusto
tiempo queda en qué reñir.
ALONSO. Sois, en efeto, Girón,
cuya calidad sabemos,
y no es bien que os estorbemos
tan precisa obligación.

(*Sale el* TÍO.)

PEDRO. ¿Quién es? ¿Quién va allá?
TÍO. Yo soy.
PEDRO. ¿Quién?
TÍO. El padre desdichado
desta hija, que le ha dado
el ser, que perdiendo estoy.
PEDRO. Señor don Luis.
TÍO. Yo tomara
que, por que nadie me viera
en mi deshonra, se abriera
la tierra y que me tragara.
HERNANDO. No te des por entendido
que no es su hija.
PEDRO. Sí haré.
¿Qué ha hecho?
TÍO. Yo os lo diré.
De su inquietud ofendido,
con doña Juana, señor,
de la Cerda, mi sobrina,
la puse, cuya divina
virtud y heroico valor
pensé que la convirtiese,
y al traerla (1), divertida
en las calles y perdida
la hallo de esta manera.
Dádole hubiera la muerte;
pero ¿quién, señor, pensara
que de una santa tomara
los consejos de esta suerte?
No le falta sino hacer
milagros.
HERNANDO. De piedra y lodo,
para dar en él con todo
después que empezó a querer.

(1) En el original, "tragarla", por errata. Hartzenbusch enmendó "y a estas horas".

PEDRO. Con justa causa, os confieso
que ahora os podéis quejar;
pero no es éste el lugar
para hablar, señor, en eso.
Mi señora doña Juana
la reñirá, y vos allí
también con ella.
JUANA. ¡Ay de mí!
TÍO. ¡Que no pudieron, tirana,
los consejos de tu prima
moverte a no me afrentar!
PEDRO. Yo la tengo de llevar.
TÍO. El que como yo os estima,
que os obedezca es razón.
HERNANDO. ¡Linda va la cazolada!
En la santa acreditada
se metió la tentación.
PEDRO. Disimulad, y llevemos
a su casa esta mujer
que se ha querido valer
de mí, y luego podremos
reñir.
ALONSO. A tanto valor
no replico.
JUAN. Sea ansí.

(*Vanse todos.*)

HERNANDO. La buena es la mala aquí,
y la mala es la mejor.
Amantes, nadie sea necio
en pretender, y avisón
en lo visto, que estos son
los milagros del desprecio.

(*Vase, y sale* BEATRIZ *y* LEONOR.)

BEATRIZ. ¡Lindamente se cerrara
la plana de venturosa
si fuera yo tan dichosa
que mi padre la encontrara!
LEONOR. Con atrancarle el postigo,
ahora a perder volviera
la paciencia; pero fuera
todo el enojo conmigo.
BEATRIZ. Si va haciendo con querer
nuestro negocio, no es justo
que le pongamos al gusto
estorbos que lo han de ser.
LEONOR. En la puerta principal
llaman.

(*Vase.*)

BEATRIZ. Baja, y quién es mira.
¡Dios me libre de su ira
si le ha sucedido mal!
Casi de su parte yo
estoy por sentirlo ya.
¡Válgame Dios! ¿Si vendrá
con la cara que llevó?

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. ¡Jesús! ¡Todo va perdido!
BEATRIZ. ¿Quién era?
LEONOR. Un muy gran tropel,
y tu padre y ella en él.
BEATRIZ. Pues ¿cómo no me has pedido
albricias?
LEONOR. Y de enlodada
viene tal, que es menester
para limpiarla meter
todo el vestido en colada.
¿Qué habemos de hacer?
BEATRIZ. Callar;
que a nosotras no nos toca,
Leonor, sino punto en boca
y vengarnos con mirar.

(Salen todos.)

TÍO. Lo que pretendo es saber
si mi sobrina le dió
licencia, porque, si no,
no ha de quedar a deber
con agravio tan dispuesto
nada mi honor a sentir;
¡vive Dios que ha de morir!
BEATRIZ. ¿Quién ha de morir?
TÍO. ¿Qué es esto?
¿Quién eres, mujer?
PEDRO. Aquí
solamente os ha tocado
el quedar desengañado;
pero lo demás, a mí.
JUANA. Tampoco quiero que vos,
si es que queréis defenderme,
lo hagáis después de ofenderme.
ALONSO. ¿Qué es esto?
JUAN. ¡Válgame Dios!
JUANA. Yo soy. ¿De qué os admiráis?
Si pensáis que me ha sacado
de mi casa algún cuidado
amoroso, os engañáis.
Las mujeres que nacimos,
señor don Pedro Girón,
con sangre y estimación,
más que las otras sentimos.
¡Vive Dios que he de saber
quien es esta vuestra dama
por quien mi opinión y fama
se ha echado tanto a perder!;
que eso sólo me ha sacado
de mi casa.
BEATRIZ. Y con razón.
LEONOR. *Item* más, el espigón
con su poco de cuidado.
BEATRIZ. Mírala y calla.
LEONOR. Sí haré.
PEDRO. Pues si eso no más ha sido,
señora, a lo que habéis ido,
mi dama os enseñaré;
pero habeisos de obligar
de hacer con ella, por mí,
una cosa. ¿Haréisla?
JUANA. Sí
PEDRO. Primero me habéis de dar
la mano de que en lo justo
por mí habéis de interceder;
que yo sé que ella ha de hacer
lo que fuere vuestro gusto.
JUANA. Esta es mi mano. ¿Hay rigor
tan grande que esto me pida?
PEDRO. Pues ésta que tengo asida
sola es mi dama.
JUANA. ¡Ah, traidor!
¿Nuevos engaños?
PEDRO. Señora,
concierto de Hernando fué;
que yo siempre os adoré
con la misma fe que ahora.
JUANA. ¿Luego nunca habéis tenido
otra dama?
PEDRO. Si criara
Dios nuevo mundo, no hallara
en mi corazón rendido
lugar otro pensamiento.
La muerte pudiera hallar
propósitos que mudar,
pero no arrepentimiento.
JUANA. ¿Adónde está Hernando?
HERNANDO. Aquí.
LEONOR. Mira si nos engañó:
con una misma nos dió.
JUANA. ¿Tú no me dijiste a mí
que tu amo me afrentaba
y que otra dama tenía?
HERNANDO. Mentí en lo que no sabía,
por ver lo que deseaba.
Y como le vi tan necio

y tan firme en su pasión,
lo dije, porque ésos son
los milagros del desprecio.

PEDRO. Los favores que pedías
tengo yo; mas, engañados,
los llamáis favores dados,
y que los diese querías.
Porque no creías en nada
que mujer tan virtuosa
recibía codiciosa
para dar enamorada.
Aquí os desengaño yo:
unos criados riñeron,
en el suelo las pusieron,
y Hernando se las cogió.
¿Darélos?

ALONSO. De Hernando son
de mi parte.

JUAN. Y de la mía.

HERNANDO. Vuestra ha sido la hidalguía,
si fué mía la invención.

ALONSO. Justamente merecéis
que se os muestre más humana
mi señora doña Juana.

JUANA. Es verdad; razón tenéis.
Y ya tan humana estoy,
que, por lo mucho que gano,
si ahora estima mi mano,
con el alma se la doy.

PEDRO. Yo con el alma también
la recibo, como es justo.

JUAN. Y los dos, con mucho gusto,
os damos el parabién.

BEATRIZ. Prima.

JUANA. No me digas nada,
que harto has hecho con no hablar,
con mirarme y con callar.
Si te reñí enamorada,
desde hoy te disculparé,
que ya conozco mejor
las fuerzas que tiene Amor
después que me enamoré.

LEONOR. ¿Preténdeste resistir?

HERNANDO. No, Leonor; pero tomara
que ninguno se casara,
por sólo oílle decir
al obispo de Antioquia
que una comedia se ha hecho
en que no tuvo provecho
el cura de la parroquia.

LEONOR. Tuya soy, Hernando mío.

HERNANDO. Advierte que no hay braguero.

LEONOR. Quebrado o sano te quiero;
que ya con el amor mío
no tienen las Indias precio
de amor y de estimación.

HERNANDO. Yo lo creo, y éstos son
Los milagros del desprecio.

MIRAD A QUIEN ALABÁIS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A LA SEÑORA DOÑA MARIA DE NOROÑA

Parece que el argumento desta comedia advierte y enseña *que miren cuidadosamente los que alaban a quién alaban*; porque de muchas maneras puede ser la alabanza sospechosa. Cuatro cosas suelen obligar a ella, que son las mismas que ciegan a la justicia: *lisonja, amor, obligación y miedo.* Alabar por lisonja, es de ánimos bajos; por amor, de poco cuerdos; por obligación, de agradecidos, y por temor, de cautelosos; destas me toca a mí la que es más justa, pues por tantas causas debo alabar un sujeto tan digno, que para la menor de sus virtudes y gracias era pequeño un libro: si el claro nacimiento, ¿quién ignora en España la ilustrísima casa de los Noroñas, honra de Portugal y veneración de Castilla?; si por las virtudes (que son la principal nobleza), ¿en quién resplandecen tantas?; si por los demás dotes de naturaleza y fortuna en cosas tan conocidas, lisonjean a los oídos, los ojos y ellos no hallan qué pedir a la imaginación; de suerte que no podrán comprenderme las demás sospechas que tienen las alabanzas, pues que mis deseos y obligaciones las fundan en tan justas causas y en el amor que debo al señor don Diego Jiménez de Vargas, caballero tan digno de merecer a v. m., que aun la misma envidia, alabándolos a los dos, no podrá decir: *Mirad a quién alabáis.*

Dios guarde a v. m. como deseo,

Lope de Vega Carpio.

PERSONAS DE LA COMEDIA:

ROBERTO.
OTÓN.
EL REY.
FABIO.
CELIA, *hermana de* DON CÉSAR.
LA DUQUESA DE MILÁN.
DOÑA BLANCA.
CAMILO.
LUPERCIO.
DON CÉSAR DE AVALOS.
OTAVIO.

ACTO PRIMERO

(Salgan ROBERTO *y* OTÓN, *caballeros.)*

ROBERTO.	Que os diera tan alta empresa
era justísima ley.
OTÓN.	¿Y quién dijistes al Rey
que fuese por la Duquesa?
ROBERTO.	Díjele que el almirante
don César de Avalos.
OTÓN.	Yo
escogiera el mismo.
ROBERTO.	Dió
muestra de quién es bastante.
OTÓN.	¿Partió gallardo?
ROBERTO.	En extremo.
y llevando lo mejor
de Nápoles.
OTÓN.	¡Gran señor!
ROBERTO.	Deciros la causa temo
por que le propuse al Rey
en vuestra ausencia.
OTÓN.	No ha sido
ley de amigo haber temido.
ROBERTO.	Pues cumpliré con la ley
debida a tanta amistad:
a su hermana Celia adoro.
OTÓN.	Bien; pero el intento ignoro.
ROBERTO.	Si falta de la ciudad,
¿no podré asistir mejor
a su casa?
OTÓN.	Habrá lugar,
si Celia os le quiere dar.
ROBERTO.	Sólo lugar pide amor.
Y con él ayuda luego
la fortuna al que se atreve.

OTÓN. Alto pensamiento os mueve.
ROBERTO. Tan alto voy como ciego.
OTÓN. A dar una vuelta voy,
como, al fin, recién venido.
ROBERTO. Esto en vuestra ausencia ha sido
lo más de que parte os doy.

(Vase OTÓN, *y sale el* REY, *solo.)*

REY. Roberto.
ROBERTO. Señor.
REY. Ya tarda
la Duquesa.
ROBERTO. Ansí lo creo,
porque le aumenta el deseo
la dilación al que aguarda;
y puédese amar sin ver,
cuando enamora la fama:
digno efecto que tal dama
puede imaginada hacer.
REY. Aunque la imaginación
suele pintar al deseo
lo que no ha visto, y yo creo
que sus efectos lo son,
no tiene fuerza conmigo,
pues nunca la imaginé,
ni por fama vista fué
la causa que adoro y sigo.
No pide mi pensamiento
retratos a la pintora
imaginación, ni adora
la ley del merecimiento;
no quiero, formando ideas,
lo no visto por lo visto,
que lo que he visto conquisto,
y hoy quiero que tú lo veas.
Enviar al almirante
don César por la Duquesa
de Milán, fué por la empresa
que hoy sabrás, aunque te espante
que allá me quiera casar
y acá quiera pretender,
pues una cosa es querer
y otra cosa es desear.
Con la Duquesa me han dado
a Milán, y aquí mi amor
le diera por un favor,
siendo de amor conquistado.
ROBERTO. ¿Tiene el Almirante dama
que tú puedas desear
en su ausencia?
REY. Si lugar
pide para hablar quien ama,
quien le estorba ya le ofrece,
si está ausente.
ROBERTO. Así es verdad.
REY. Engaño mi voluntad,
pues ausente, el desdén crece.
ROBERTO. ¿Dama de don César?
REY. Mira
qué prenda tiene en su casa.
ROBERTO. ¿Su hermana?
REY. Su amor me abrasa.
ROBERTO. Tu pensamiento me admira.
(¡Cuán engañado le di
el consejo que pensaba
que en mi favor se le daba,
pues se le di contra mí!)
REY. ¿Qué sientes de esto?
ROBERTO. No sé,
pues dices que no has tenido
la dicha que has merecido
por tanta firmeza y fe.
REY. Después que falta de aquí
don César, tan mal me va,
que más desdeñosa está.
ROBERTO. Pues ¿a ti te trata ansí?
REY. A mí, Roberto.
ROBERTO. ¡Notable
mujer!
REY. Esto de el valor
no permite que el amor
sin casamiento las hable.
¡Dama en Nápoles! Yo creo
que el venir ya la Duquesa
es causa.
ROBERTO. ¿De eso te pesa?
REY. Así lo dice el deseo.
ROBERTO. (¡Buenas mis desdichas van!
¿Qué hará por mí, si desprecia
un rey? Pero fuera necia,
siendo el Rey sólo galán
y aspirando a ser marido.)

(Sale OTÓN.)

OTÓN. Con buenas nuevas, te beso
los pies.
REY. Otón, yo confieso
que el verte las ha traído.
Pero ¿son nuevas de España?
OTÓN. De Milán me las ha dado
don César, que ya ha llegado.
REY. El amor, Otón, te engaña.

(Salga DON CÉSAR, *de camino.)*

CÉSAR. Deme los pies Vuestra Alteza.

REY. Almirante.
CÉSAR. Quien merece
vuestros brazos, ya no crece:
llegó a la mayor grandeza.
En dos tan altos atlantes,
cielo vengo a ser en vos;
los reyes tienen de Dios
el poder hacer gigantes.
REY. ¿Cómo venís de ese modo,
que me habéis puesto temor?
CÉSAR. Agora, invicto señor,
os daré cuenta de todo.

Partí de la ciudad adonde yace
la sirena dulcísima latina,
que en las memorias de los hombres nace
más viva, mientras más el sol camina;
y si al Toro del cielo satisface
la memoria de Europa peregrina,
sea de la sirena despeñada
cuando en Fenicia la lloró robada.
Llegué a Milán, adonde ya tenía
la Reina mi señora prevenido
tan gran recibimiento, que sería
cansado y imposible referido;
entré en palacio, donde el sol ardía
debajo de un dosel de oro vestido,
dando con dos bellísimas estrellas
rayos al cielo, y al Amor, centellas.
Si le viera Faetón, estoy muy cierto
que no pidiera al Sol su carro de oro,
que allí quedara de sus rayos muerto,
sin quemar el león ni arder el toro.
Entré, desde la puerta descubierto,
besando el suelo en su real decoro,
y, de su luz enamorado y ciego,
parecí mariposa de su fuego.
¿No ha visto Vuestra Alteza algún villano
mirarle cuando pasa por su aldea,
que sin mover el pie ni alzar la mano,
toda la vista en su persona emplea?
Ansí miré su rostro soberano,
mayor que toda imaginable idea;
ansí quedé del no pensado caso,
pidiendo el alma a su belleza paso.
Dióme licencia con mover el suyo
de la grada en que el sol llama al aurora;
llegué, besé su mano en nombre tuyo,
dile la carta, que aún me admiro agora
de no turbarme, mi ignorancia arguyo,
en la presencia de tan gran señora,
sino de no saber, por su blancura,
cuál fué el papel, pues fué la carta oscura;
la carta guarneció de dos corales,
quiero decir que la besó, y teñido
en púrpura el marfil, fueron iguales,
en la color, el rostro y el vestido;
y con ser en un punto efectos tales,
pensé que ya me había respondido,
porque me dió, por sosegar mis miedos,
cinco billetes en los cinco dedos.
Referirte, señor, tantos favores
como me hizo hasta partir, sería
contar luces al cielo, al campo, flores,
y reducir la edad del tiempo a un día;
las fiestas no las vió Milán mejores,
la noche imaginó que Roma ardía,
y con doseles de humo y de centellas
se encubrió la ciudad a las estrellas.
En las fiestas, señor, y los torneos
mostró Milán en infinitas sumas
colores, bordaduras y trofeos,
armas francesas y africanas plumas;
quien ver quisiera serafines feos,
porque la dicha de tu bien presumas,
viera las damas desta fiesta un día
que la Duquesa celestial salía:
tal vez, de plata entre uno y otro velo,
daba luz a las luces de las salas,
que para parecer ángel del cielo
era el cabello sol; los velos, alas;
tal vez, con dulce admiración del cielo,
a Venus retrató; tal vez, a Palas;
porque si Paris su belleza viera,
ni Elena fuera vil, ni Troya ardiera.
Partimos, finalmente, acompañados
de todo el vulgo, de tu bien gozoso;
los altos montes convirtiendo en prados
el sol divino de su rostro hermoso.
Mirábanla los pueblos admirados,
echando bendiciones al dichoso
a cuyo lado amanecer tenía
la misma luz con que se afeita el día.
A diez leguas de aquí la dejo agora,
para que des el orden que conviene
en recibir la Reina, mi señora,
que a honrar tus brazos y estos reinos viene,
como previene el sol la blanca aurora:
no menos de colores se previene
Nápoles bella, y como esposa tuya,
a doña Juana Esforcia, reina suya.
La cual, señor, como alcanzara Apeles,
el célebre Timantes o Lisipo,
hicieran más famosos sus pinceles
y más glorioso al hijo de Filipo;
a rosas, a azucenas, a claveles,

al marfil, a las perlas la anticipo;
¡dichoso tú, que gozarás la joya
que honrara a Grecia y abrasara a Troya!

REY. Descansa, César, y advierte
que luego vuelvas a hablarme.
CÉSAR. ¿No dices más?
REY. De obligarme
cuanto debo agradecerte,
no son las palabras firmas.

(Vase el REY.*)*

CÉSAR. Por lo menos es señal
que a quien sirve tan leal
en su lealtad le confirmas.
¿Qué es esto, Fabio?
FABIO. Señor,
cosas del mundo.
CÉSAR. No creo
que he despertado el deseo
del Rey a tenerla amor,
por más que hablé en su alabanza.
Vamos a casa.
FABIO. No estés
triste, pues ya sabes que es
gran señora la mudanza.
CÉSAR. Habiéndole yo servido
al Rey con tanto cuidado,
¿desta suerte me ha pagado?,
¿tan grave me ha respondido?
FABIO. En los reyes no hay semblante,
ni se puede conocer
su pesar ni su placer;
son retratos en diamante.
¿Quién duda que te previene
grandes mercedes agora,
pues la Reina, mi señora,
de ti tan contenta viene?
Ella, en llegando, será
dueño de todo su pecho;
los servicios que le has hecho,
en los brazos le dará,
no dudes, el galardón.
CÉSAR. Antes le quiero dudar,
que un buen servir suele hallar
contraria satisfacción.
Mi hermana es ésta; otro amor
diferente la ha traído
del que al Rey he conocido.
FABIO. Aquí hay sangre, allí hay valor.

(Salga CELIA, *hermana de* DON CÉSAR.*)*

CELIA. ¡César mío!
CÉSAR. ¡Celia amada!
CELIA. ¿Qué es esto?
CÉSAR. Querer saber
lo que el Rey me manda hacer
para esta famosa entrada.
CELIA. ¿Dónde dejas a Su Alteza?
CÉSAR. Cerca de aquí; mas sospecho
que tan lejos de su pecho
como muestra la aspereza
con que dél fuí recibido.
CELIA. ¿Aspereza?
CÉSAR. No me oyó
como imaginaba yo.
CELIA. ¿Si está el Rey arrepentido?
CÉSAR. El ducado de Milán
ha sido tan codiciado,
que los reyes que ha dejado
perdidos de envidia están.
No sé qué le pueda dar
tan fuerte arrepentimiento.
CELIA. ¿No basta ser casamiento?
CÉSAR. Basta después de llegar,
mas no viniendo camino
y siendo un ángel su esposa.
CELIA. ¿Es hermosa?
CÉSAR. Tan hermosa,
que es toda un ángel divino.
CELIA. Sospecho que puede ser
tener el alma ocupada,
pues la fama no le agrada
de tan gallarda mujer;
que en estando el pensamiento
divertido en otro amor,
gracia, hermosura y valor,
no tienen merecimiento.

(Entre ROBERTO *con un papel.)*

ROBERTO. No he dado a vuestra excelencia
la bienvenida, por ver
al Rey con poco placer,
y así, le pido licencia.
Hízome esperar un poco,
y aqueste papel me dió,
que es orden, entiendo yo,
para esta entrada.
CÉSAR. ¡Estoy loco!

(Lee el papel:)

"Don César de Avalos: Sin saber la causa porque no gusto casarme, volved donde habéis dejado a la Duquesa, y ella con vos a Milán. Cuando los reyes no piden consejo, no tienen más respuesta que la obediencia.—*El Rey.*"

¿Esta, Roberto, es la orden?
Desorden debió de ser,
que agravio de tal mujer,
por fuerza ha de ser desorden.
Yo fuí a Nápoles con orden
a su noble casamiento,
volví con el mismo intento
con la más bella señora
que el sol mira en cuanto dora
ni mereció pensamiento.
Llego, y dice que la vuelva.
¿Cómo la podré volver,
ni decille a tal mujer
que a este gravio se resuelva?
¡Antes en un monte o selva
iré a vivir con ultraje,
que le haga tal hospedaje,
ni que señora tan bella,
del cielo en que fuera estrella,
a tales desprecios baje!
El sabe lo que ha perdido,
él sabe lo que ha dejado,
sabe el mal trato que ha usado,
sabe que inocente he sido,
sabe que ser no he podido
el dueño de aqueste agravio;
sabe que soy quien me agravio,
y que el que rey ha de ser
está obligado a nacer
prudente, piadoso y sabio.
¡Vive Dios!...

CELIA. César, detente,
que si en aquesta ocasión
no le dices la razón
de aqueste agravio insolente,
ella, su Estado y su gente
sólo a ti te culparán:
que al Rey dijiste, dirán,
desprecios de su Duquesa,
por donde con tanta priesa
manda que vuelva a Milán.

FABIO. Dice bien Celia, señor;
advierte que te destruyes,
si en aquesta ocasión huyes.

CÉSAR. ¿Podré ofender su valor?

FABIO. Por lo menos es mejor
desengañalla y culpar
a quien te pudo obligar.

CÉSAR. Vuestro consejo me esfuerza,
y donde el peligro es fuerza,
obedecer y callar.

(Vanse DON CÉSAR *y* FABIO.*)*

ROBERTO. ¿Hase acordado de mí
ese desdén?

CELIA. No he tenido
desdén, Roberto, ni olvido
en mi vida contra ti,
porque olvidarme de ti
no puedo, sino me acuerdo.

ROBERTO. ¿Cómo el sentido no pierdo?

CELIA. ¿Cómo se me da tan poco?

ROBERTO. ¡Milagro de amor que un loco
viva por la pena cuerdo!

(Vanse, y salgan el REY *y* OTÓN.*)*

OTÓN. No creyera que tenía
esa causa Vuestra Alteza,
a no oírlo de su boca.

REY. Pues, Otón, sóla es aquesta;
que amar en Nápoles yo
otra encubierta belleza
no era para no casarme.
Casarme y amar pudiera;
y pues alaba la fama
de celestial la Duquesa,
olvidara en pocos días
cualquiera trato con ella.

OTÓN. ¡Ah, señor, que no conoces
quién es el trato!

REY. No creas
que no sé yo sus costumbres,
de quien los hombres se quejan.

OTÓN. Los reyes también lo son.
¡Cuántos monstruos en la tierra
produjo el trato! Yo he visto
cosas que naturaleza
no imaginara jamás,
puesto que en la Libia engendra,
más que arena abrasa el sol,
diversidades de fieras.

REY. Ya te digo que conozco
el trato; que la grandeza
tal vez se humilla a los brazos
y pasa el tiempo con ella;
no es trato ni amor el mío:
celos son y justas quejas
de don César.

OTÓN. Pues ¿por qué?

REY. Porque la alaba don César
de suerte que es imposible
que no la adore y la quiera,
porque tan grande alabanza
no puede ser sin quererla;
"ángel, cielo, serafín,

rosas, jazmín, azucenas,
claveles, púrpura, sol,
oro, diamantes y perlas"
era lo menos, Otón.
¿No has visto la lisonjera
pluma guiada de amor
de un dulcísimo poeta,
que de los cielos más altos
desencaja las estrellas?
Va por rubíes a Ceilán,
por jazmines a Valencia,
por diamantes a la China,
por alabastros a Grecia;
no deja cándido cisne
que no diga que le afrenta
su cuello, y que es con sus manos
la nieve, en los Alpes, negra.
¿No has visto, Otón, un pintor
cómo en la tablilla ordena
el blanco, el azul, el rojo,
la sombra, el nácar que templa,
mezcla el carmín para el labio,
y para las joyas mezcla
el pajizo y genolí,
que de ser oro se precia,
y cómo tiento y pincel
tiene en la mano siniestra
y con la derecha excede
tal vez a Naturaleza,
cómo a pocas pinceladas
se levanta por ser cerca
y desde lejos advierte
lo que acierta o lo que yerra?
Pues haz cuenta, Otón amigo,
que estás mirando a don César,
con diestro pincel, con pluma,
ser pintor y ser poeta.
Con notable artificio
me pintaba a la Duquesa,
que le vi los pensamientos
por el cristal de la lengua.
Dime tú: ¿por qué un arroyo
corre a veces con tal fuerza?

OTÓN. Abundancia de su fuente
lo causa.

REY. De esa manera,
bien dijo el sabio que hablaba
la lengua siempre ligera,
de abundancia que tenía
el alma que la gobierna.
El Almirante ha venido
de Milán con la Duquesa;
es hombre: bien pudo, Otón,
poner los ojos en ella;
no digo yo que tendría
atrevimiento, que fuera
ofender ya su lealtad
mi sangre.

OTÓN. Pues ¿qué sospechas?

REY. Que es gentilhombre y discreto,
y vino hablando con ella,
y que en la fábrica humana,
Dios, su autor, tanta excelencia
puso en los ojos, que son
del alma lenguas discretas,
que pueden hacer, mirando,
que por los ojos se entienda
lo que la lengua no dice
y que fuesen vidrieras
por donde, sin verse el alma,
a cuantos pasan acecha;
cuando en tan pequeño espacio
cifrada miró su esencia,
si fuera bárbaro, Otón,
dioses los ojos hiciera.
Aristóteles no quiso
que el alma asiento tuviera
en todo el cuerpo, y le dió
por silla de más grandeza
el corazón; mas yo digo
que, a no ser cosa tan cierta
ser principio de la vida,
diera aquesta preeminencia
a los ojos, pues en ellos
se ve cuanto pasa en ella.
¿Para qué dicen que el alma
es invisible?

OTÓN. Pues ¿yerran
en decir que es invisible,
si Platón nos dijo della
que es sustancia intellectiva?

REY. También a mí se me acuerda
que su discípulo dijo
que era, en alguna manera,
el alma todas las cosas.

OTÓN. Pues cuando el alma lo sea,
como Aristóteles dice,
o aquel lugar de las ciertas
especies inteligibles,
¿qué importa para que puedas
decir, con celos tan locos,
que ves el alma de César?
Porque, por lisonja suya,
una mujer te encarezca
que piensa que tú codicias,
¿no ves que sin causa piensas

que la mira sin lealtad?

REY. Otón, el venir con ella
favorecido y galán
le ha dado tanta licencia.
Hay mil modos de alabanza:
unos que sólo profesan
decir lo que hay con verdad;
otros que, envidiosos, mezclan
con las faltas la alabanza
y las virtudes cercenan;
otros, con lisonjas vanas,
fingen gracias y excelencia
al dueño de lo que alaban;
mas la alabanza más necia
es la que nace de amor,
porque éste no considera
que da celos al que escucha,
o pesadumbre o sospecha.
Resuélvome que al letrado,
entre los hombres de letras,
se ha de alabar con templanza,
pues los demás le respetan;
a la dama, entre las damas
que se precian de ser bellas;
al valiente, entre los hombres
que de ser hombres se precian;
al músico, sin exceso
con los que el arte profesan;
al pintor, entre pintores;
al poeta, entre poetas;
al casado, a su mujer,
con palabras tan honestas,
que no piense que el que alaba
está enamorado de ella.

(Vase el REY, *y salga* DON CÉSAR *y* FABIO.)

OTÓN. ¡Extraña imaginación!

CÉSAR. ¡Otón amigo!

OTÓN. Tú llegas
a buena ocasión.

CÉSAR. Si niegas
tus brazos, no es ocasión.

OTÓN. El Rey se parte de aquí.

CÉSAR. Yo vengo a besar sus pies
para partirme.

OTÓN. Pues es
cumplimiento necio en ti,
después de lo que escribió.

CÉSAR. ¿Por qué razón?

OTÓN. Porque es hombre.

CÉSAR. Menos se entiende ese nombre
con hombre que rey nació,
que con los demás, si es sabio.

OTÓN. Ya sabes que soy tu amigo.

CÉSAR. ¿Pues qué dices?

OTÓN. Esto digo...

CÉSAR. Habla delante de Fabio.

FABIO. Bien puedes, aunque el secreto
muchas vidas importara.

OTÓN. ¿Del Rey no viste en la cara
sus celos, siendo discreto?
¿No te lo dijo el papel?

CÉSAR. ¿Pues yo...?

OTÓN. Tu mucha alabanza
le ha puesto en desconfianza.

CÉSAR. Señales he visto en él.

OTÓN. Alabaste con exceso
la Duquesa, y dijo aquí
que está celoso de ti.

CÉSAR. Que fuí necio te confieso;
mas ¿qué lisonjero hay sabio?
Pues ¡plega al cielo...!

OTÓN. Es error
calificar tu valor
y hacer a mi amor agravio.
Este ha sido pensamiento
del Rey, de cuya verdad
te avisa nuestra amistad,
y con harto sentimiento;
no le des satisfacción,
sino, pues eres discreto,
di a la Duquesa el efeto
de su mudable intención.
Por otro grave accidente,
allá le sabrás fingir,
aunque sé que ha de sentir
este agravio justamente.
Llévala a Milán, y luego
vuelve a darle larga cuenta
de todo.

CÉSAR. Mi muerte intenta.

OTÓN. Esto te suplico y ruego.

FABIO. Señor, Otón dice bien;
toma postas, y partamos.

CÉSAR. Si con la Duquesa vamos,
corre peligro también
de que allá se vengue en mí.

FABIO. Pues ¿por qué se ha de vengar?

CÉSAR. Porque yo la fuí a engañar,
pues que yo por ella fuí.
Sin esto, el pueblo, corrido
de que burlé a su señora,
que, como sabes, la adora,
ha de vengarse, ofendido,
como toro, en mí, que soy
la capa por quien se fué,

el hombre que le arrojé,
pues en los ojos le doy.

FABIO. Desde agora me despido
de alabar cosa que sea
digna de alabanza.

CÉSAR. Crea
el Rey que al fin le he servido
aventurando la vida;
mátenme, Fabio, en Milán;
que así sus celos verán
que ha sido mal recibida.
¡Vive Dios, que he de partir
como quien parte a la muerte!

FABIO. Alabástela de suerte
que esto y más pudo inferir.
Ejemplo quiero tomar
en tu desdicha; a Dios sólo
pienso, de uno al otro polo,
eternamente alabar.
No diré que vi mujer
hermosa, discreta y bella
porque no haya quien por ella
sospecha pueda tener.
No diré que vi galán
destos de ámbar y alfeñique,
porque no haya quien replique
si acaso celos le dan.
No diré Fulano es
valiente entre blasonantes,
sino que broqueles y antes
siempre llegaron después.
No diré, si se me ofrece,
que hay letrado en Facultad,
sino que es necesidad
que de toda ley carece.
Del médico no diré
que estudia el mal del que cura,
no me digan por ventura
que miento y que no lo sé.
No diré bien de alguacil,
no me digan los demás:
"Hombre, no miras que das
pesar y envidia a otros mil?"
Ni de escribano tampoco,
que no quiero que las plumas,
de que hay infinitas sumas,
me tengan por necio y loco.
A los señores que saben,
haré templados favores,
que también a los señores
les pesa que a otros alaben.
De poetas, pues, mal año,
que yo diga bien jamás.

CÉSAR. Necio por extremo estás.

FABIO. Nunca lo fué el desengaño;
y la gente desta seta
sufrirá una melecina
primero que al que se inclina
alaben a otro poeta;
pues alabar latinantes,
eso no; sepan primero
romance. ¿Yo lisonjero?
No es fiesta para estudiantes.
Yo te juro que he de ser
cuerdo con tu ejemplo.

CÉSAR. Vamos
donde el premio consigamos
de las lisonjas de ayer.

FABIO. Por lo menos, este aviso
es cometa que señala
sobre mujeres.

CÉSAR. Fué gala
que hacer la lisonja quiso.

FABIO. Hablaré con tal templanza
de mujer, que a la doncella
diré que lo diga ella,
que ella sabe su alabanza.
A la casada más grave
que la alabe su marido;
a la que vïuda ha sido,
que su difunto lo sabe;
que las que libres se ven,
ellas estarán, sí a osadas,
alabadas y lavadas
por siempre jamás, amén.

(Vanse, y salgan la DUQUESA *y* CAMILO *y* LUPERCIO.)

DUQUESA. Mucho tarda el Almirante.

CAMILO. Las fiestas deben de ser
la causa.

LUPERCIO. Querrán hacer
que la ostentación espante.

DUQUESA. Grandes virtudes me cuentan
del Rey.

CAMILO. No engaña la fama,
pues el décimo le llama
de los nueve que se asientan
sobre su templo triunfante,
nombre a su virtud fïel.

LUPERCIO. Quizá por venir con él
se detiene el Almirante.

DUQUESA. De verle voy deseosa,
y aunque enamorada diga,
antes pienso que me obliga
el ser como soy su esposa.

CAMILO. Don Alonso de Aragón,
sin ser Rey, fuera estimado
por hombre el más celebrado
que ha tenido su nación.
DUQUESA. Admito de buena gana
la lisonja, porque ya
es mi dueño.
CAMILO. Cerca está
la posesión, cierta y llana.
DUQUESA. Crece con la dilación
el deseo.
LUPERCIO. Amor le tiene.
CAMILO. A la esperanza previene,
que llega la posesión.

DUQUESA.

Glorias y imaginadas confianzas,
justas de un grande amor, dignos empleos,
que podéis levantar ricos trofeos
en pirámides altos de esperanzas.
Tomad de mi temor tantas venganzas
cuantas fueron las dudas y deseos,
pues tan dichosos lazos y himeneos
no permiten desgracias ni mudanzas.
Dichosa yo, si fué en el mundo alguna
digna de tanto bien en reino extraño,
pues ya no tengo envidia de ninguna.
Segura estoy de no llamarme a engaño;
cierta de que no puede la fortuna
ni darme mayor bien ni hacerme daño.

CAMILO. El Almirante ha llegado.
DUQUESA. ¿En qué lo has visto que llega?
CAMILO. En que se alegra tu gente.
DUQUESA. Con justa causa se alegra.

(Salga DON CÉSAR DE AVALOS.)

CÉSAR. Deme Tu Alteza los pies.
DUQUESA. Bien venga el Duque don César.
CÉSAR. No me des nada, señora,
mientras que no lo merezca.
DUQUESA. ¿Por qué no lo merecéis,
si yo quiero que en mis tierras
lo seáis?
CÉSAR. ¿No os ha mostrado
mi semblante mi tristeza?
Debe de ser que mirando
vuestra hermosura se tiempla,
como airado que el espejo
más feo le representa.
DUQUESA. Don César de Avalos, yo
no imaginé que pudiera
darme en aquesta ocasión
pena la venida vuestra.
¿Qué hay de nuevo? ¿Qué os turbáis?
¿Está indispuesto Su Alteza?
¿Hay nuevas de España? Hablad.
CÉSAR. De más cerca son las nuevas.
¿Cómo os diré, gran señora,
lo que os traigo, sin que pierda
el seso, o cómo podré
mover turbado la lengua,
la condición de los hombres,
la inconstancia, las sospechas,
los recelos, los temores,
los engaños, las quimeras,
las contrarias dilaciones,
las delgadas sutilezas?
DUQUESA. Paso, don César, que ya
habéis dicho con que entienda
que está el Rey arrepentido.
CÉSAR. El Rey me manda que os vuelva
sin dar más causa a Milán.
¡Vive Dios! que si tuviera,
no digo fuerzas, que, en fin,
yo tengo en Italia fuerzas,
sino menos de leal,
que hiciera...
DUQUESA. ¿Hay cosa como ésta?
¿Hay tal desprecio? ¿Hay tal burla?
¿El Rey, César, me desprecia?
¿El Rey me burla?
CÉSAR. No sé.
DUQUESA. Sí sabes. Háblame, César.
Salíos todos allá;
no quede aquí nadie.
CÉSAR. Espera,
Fabio.
DUQUESA. ¿Quién es Fabio?
FABIO. Yo,
para servir a su Alteza.
DUQUESA. Quédate, Fabio, que en ti
he visto que bien te quedas,
pues que César te lo manda.
CÉSAR. Señora, yo bien quisiera
fabricar algún enredo,
alguna industria o quimera
que disculpara a mi Rey;
pero sí, decirte es fuerza
la verdad, en confianza
de que eres mujer discreta;
como Sibila de Italia,
y décima musa en Grecia,
como señora, que, en fin,
basta que señora seas,

aunque muchas veces suele
volver en ira la ofensa,
y por conseguir venganza
dar con el secreto en tierra.
Sabrás que alegre y contento
llegué a Nápoles la bella,
y besé la mano al Rey,
que me recibió con muestras
de no menor alegría;
y dándole larga cuenta
de todo lo sucedido,
de los favores y fiestas,
de las honras que me hiciste,
pensando que agradeciera
la lisonja que le hacía,
tus gracias, tu gentileza,
tu hermosura, tu donaire
le encarecí de manera
que, lleno de necios celos,
dió lugar a la sospecha
de que te había mirado
con enamorada ofensa,
porque tales alabanzas
ningún hombre las dijera
a no estar loco de amor.
Con esto, en mortal tristeza
bañado el rostro, se parte
y en tal confusión me deja,
y a poco rato me envía
un papel, en que me fuerza
a que te vuelva a Milán.
¡Vive el cielo!, que quisiera
que ya que por mi desdicha
quiso culpar mi inocencia
por traidor imaginado,
me cortara la cabeza,
la cual ofrezco a tus pies.
Llama una espada que pueda
quitármela de los hombros.

(De rodillas.)

DUQUESA. Alza del suelo y no creas
que yo sea tan cruel
como él fué necio, y que sepa
conocer lo que tú vales
mejor que él, y por que veas
que pues él te tuvo en más,
es bien que tú me merezcas.
De Milán has de ser Duque,
si a toda Italia le pesa,
que si el Rey se tiene en menos
siendo tanta su grandeza,
claro está que eres mejor,
pues él mismo lo confiesa.
Hoy has de ser mi marido.
¿Qué te encoges? ¿Qué te alejas?
Que es propio de las mujeres
hacer ciertas las sospechas.
Celos tiene, pues, quien duda,
que por mejor se recela;
que nadie tuviera celos
que tuviera en más sus prendas.
El te estima, yo también;
pues yo haré lo que él piensa;
si a su valor te prefiere,
bien es que yo te prefiera.
César, mejor eres que él,
luego bien será que seas
mi marido, y que a Milán
desde aquí conmigo vuelvas.
Esta es ya resolución:
en una mujer resuelta,
no hay que ponerse delante,
que es detener una flecha,
un toro al salir del coso,
nave que en popa navega,
loco la espada en la mano,
villano en su misma aldea,
agraviado con ventajas,
juez que la pasión le ciega
y un necio favorecido
que le hace espaldas la fuerza
de un grande; que es nave, es toro,
juez, loco, villano y flecha.

(Vase.)

CÉSAR. ¿Qué es esto?
FABIO. Pues ¿sólo yo?
CÉSAR. ¿Qué haré?
FABIO. Falta resistencia
de aquí a Milán.
CÉSAR. Y casarme,
¿no será traición, con ella?
FABIO. Dile allá que has de volver
a Nápoles, y a la vuelta
asegura al Rey, y pide
para tu casa licencia.
Desde allá podrás tratar
lo que dice la Duquesa
sin que des celos al Rey.
CÉSAR. Altamente me aconsejas.
FABIO. Soy un alto consejero.
CÉSAR. En fin, ¿me dices que vuelva
a pedir licencia al Rey?

FABIO. Quitarásle las sospechas.
CÉSAR. ¿Habrá dicha como ser
Duque de Milán?
FABIO. Que adviertas
querría por qué camino
la fortuna lisonjera
da sus bienes a los hombres
en viendo que no la ruegan;
sube, señor, no desprecies
lo que te da por fineza,
que es mujer, y despreciada
vuelve el amor en ofensa.
CÉSAR. ¿Quién pensara que tal bien,
Fabio, resultar pudiera
del haberla yo alabado?
FABIO. Proposición hice necia
de no alabar en mi vida
a ninguno, aunque tuviera
mil causas para alaballe,
pensando que de las quejas
del Rey nos resultaría
prisión, muerte, injusta afrenta;
pero agora que sucede
en tal dicha, que se trueca
el mal en bien, desde aquí
haré alabanzas inmensas:
alabo a toda mujer,
a la hermosa y a la fea,
que a no haber feas, señor,
a peso de oro valieran.
CÉSAR. ¿De qué suerte?
FABIO. ¿No has oído
en que la nación hebrea
no come tocino?
CÉSAR. ¡Ay, loco!
FABIO. ¿Y que el moro lo desprecia?
Pues por eso en abundancia
para los cristianos queda.
Y esto es lo mismo que pasa
con las hermosas y feas;
las hermosas, si se guardan,
las feas nos vengan dellas;
que hay tocino para todos.
¡Bien hayan sus diligencias!
CÉSAR. ¡Ea!, bueno está, camina.
FABIO. Alabo el mozo que cuelga
cien espejos cada día,
en que se enriza y se peina;
alabo al letrado, y digo
que es Bártulo de su tierra,
Farinacio de Castilla
y Jasón de su Medea;
al médico doy mis gracias,
pues por no caer enferma
la muerte no es muerta ya
a las manos de su ciencia;
a los latinistas digo
que cuando no lo supiera
dijera que ellos lo saben,
por no entender su elocuencia;
a los bravos, con razón,
pues no se van a la guerra
a matar a los moricos,
y en la corte se pasean;
a escribanos y alguaciles
doy mil gracias, pues pudieran
ser veinte o treinta no más,
y son más de ciento y treinta.
A todos, señor, alabo;
mi boca la tierra besa
adonde ponen los pies.
¡Oh, qué vestido me espera!
Musas de Milán, load
a los señores poetas
aunque son muchos y pasan
necesidad tan extrema.
Lo demás...
CÉSAR. No digas más,
que la cabeza me quiebras,
sino dime si por dicha
me ha engañado la Duquesa.
FABIO. No sé; pero sólo sé
que vas a Milán con ella,
donde cuando fueses nada
vendrás a ser nada y César.

ACTO SEGUNDO

(Salen la DUQUESA, DON CÉSAR *y* FABIO, *criado de* DON CÉSAR.*)*

CÉSAR. Ya mejor rostro me hacen,
de mi inocencia jüeces.
DUQUESA. De los yerros muchas veces
los acertamientos nacen;
porque, a tenerse por llano
que eras mi esposo en Milán,
los que alterados están
besarán, César, tu mano.
CÉSAR. Tengo por consejo sabio
ir a Nápoles agora
y referirle, señora,
al Rey mi señor tu agravio.
Tú, en tanto, pues tienes gente,
nombra un general, y harás

guerra al Rey, con que darás
satisfación suficiente.
Tratarán medios de paz
el Papa y los potentados
de Italia, desengañados
de que eres mujer capaz
de hacer, como otra Camila,
Valasca y Pantasilea,
guerra al mundo; y cuando vea
que tu valor le aniquila
y pone miedo tu espada,
yo iré a verte con licencia
suya, en cuya justa ausencia
quedarás mal empleada,
y yo tu esclavo seré;
toda Italia satisfecha
de que no es cosa mal hecha
ni al Rey mi señor quité
la dicha que él se quitó.

DUQUESA. César, si no conociera
tu valor, y dél tuviera
la muestra que tengo yo,
hoy le viera en tus razones;
mas, dejando tu valor,
con tanto rey mi señor
en gran confusión me pones.
Creo que estimas en más
su amor que el mío, pues veo
que te lleva su deseo
y de mis ojos te vas.
¿Qué traición viniera a ser
casarte agora conmigo?

CÉSAR. Cuando dije mi enemigo
te quise satisfacer.
Cuando dije mi señor
quise pedirte licencia
para hacer tan justa ausencia
y satisfacer mi honor.
Nombra aqueste general;
asiguremos al Rey;
cumpliré yo con la ley
de mi obediencia real
y tú con tu agravio y gusto;
haz esto por ti y por mí,
y cumpliremos ansí
con lo que es más honra y justo,
porque pensar que yo puedo
no estimarte, es desvarío.

DUQUESA. En fin, ¿te vas, César mío?
No sé; sospechosa quedo.
Hacéis los hombres valor
atropellar por la honra
cualquier interés que os honra,
cualquiera hazaña de amor.
Yo estaba ya consolada
con tu valor de mi agravio;
allá te vas; eres sabio;
yo quedo y quedo burlada.
Mas porque veas que sigo
como quien amor te tiene,
lo que dices que conviene,
saldré contra mi enemigo.
Yo conduciré mi gente,
yo seré su general;
que lo amoroso y marcial
se junta gallardamente.
Obedeciendo tu ley,
saldré mañana de aquí
más por acercarme a ti
que por hacer guerra al Rey.
No voy con ánimo alguno
de vengarme, ya lo estoy;
siguiéndote, César, voy;
que no a hacer guerra a ninguno.
Mañana diez mil soldados
saldrán juntos de Milán,
y un general seguirán
que va siguiendo cuidados.
Pero si los accidentes
del tiempo y de la fortuna
pudieron dar vez alguna
los sucesos diferentes,
mira que suelen hacer,
ya que pierdes la ocasión,
mudanzas con poco; son
tiempo, fortuna y mujer.
Mi valor y a Milán juntos
dejas; no te lo aconsejo,
que el tiempo, como es tan viejo,
muda consejos por puntos.
La fortuna, como es varia,
de quien hoy da su favor
mañana, con su rigor,
suele amanecer contraria.
Pues de mujer basta el ser,
y más si el proverbio vale,
que con cada sol que sale
mudamos de parecer.
Y aunque con fuerza importuna
mañana a los tres buscases,
podría ser que no hallases
tiempo, mujer y fortuna.

(Vase.)

CÉSAR. ¡Qué amenaza!

FABIO. La mayor.

CÉSAR. ¿Por qué?
FABIO. Porque es de mujer.
CÉSAR. Con amor no hay que temer,
nunca temí con amor.
FABIO. ¿Por qué piensas que no es loco
el amor entre casados?
CÉSAR. Porque los bienes gozados
suelen estimarse en poco.
FABIO. No es eso.
CÉSAR. ¿No? Pues ¿por qué?
FABIO. Porque les falta el temor
de perder el bien.
CÉSAR. ¡Qué error!
Si le faltase la fe
a una mujer, ¿no podía
hacer una deslealtad?
FABIO. Ahora bien; la necedad
es madre de la porfía.
Tú sabes si en esto aciertas.
Yo fuera duque en Milán,
cuando a mi ventura están
todas las puertas abiertas.
Yo no guardara lealtades.
CÉSAR. Yo sí; que trato lealtad,
porque venza mi verdad
celos y dificultades.
FABIO. Tú te debes de entender;
pero a mí saber me agrada
que son celos, viento y nada
tiempo, fortuna y mujer.

(Vanse, y salen CELIA *y* BLANCA.*)*

BLANCA. ¿Tanta ausencia?
CELIA. En esta ausencia,
el no venir a besar
tus pies, no ha sido faltar
por olvido o diligencia
a la justa obligación
ni a la merced recibida.
BLANCA. Celia, parece fingida
tu injusta satisfacción.
¡Tanto tiempo sin entrar
en palacio sola una hora!
CELIA. Dame licencia, señora,
de disculparme y hablar.
BLANCA. ¿Qué me puedes tú decir?
CELIA. Tengo, señora, temor.
BLANCA. ¿A quién?
CELIA. Al Rey mi señor.
BLANCA. ¿Qué puede el Rey impedir
nuestra amistad?
CELIA. Es tu hermano,
y de su parte estarás.
BLANCA. Lo que ha de obligarte más
juzgas a temor.
CELIA. ¿No es llano?
BLANCA. No, Celia; así, tan cortés,
te quiere bien.
CELIA. Con temor
vine a verte.
BLANCA. Hazle favor;
justo será que le des
premio de tan buen deseo.
Hoy se ha quejado de ti.
CELIA. ¿No te habrá dicho de mí
que en otro gusto me empleo?
Por la parte de Aragón
somos deudos, ¿qué pretende?
BLANCA. No presumas que te ofende
en su honesta pretensión.
CELIA. Si yo sé que con secreto
en Francia casarse trata,
¿para qué me llama ingrata?
BLANCA. Que no lo sé te prometo.
Sólo sé que me ha contado
tus desdenes y su amor,
y que en no hacerle favor
no es sólo el Rey agraviado.
Quejosa vivo de ti,
pues pudieras, con querer
a mi hermano, Celia, hacer
que el tuyo...
CELIA. Ya lo entendí.
Conozco tu inclinación
al Almirante.
BLANCA. El la niega.
Debe de ser que le ciega
otra más justa afición.

(Salgan el REY *y* ROBERTO.*)*

ROBERTO. Ya vino Celia.
REY. Ya veo (1)
el espejo del deseo
y el alma en su rayo arder.
¿No has visto el sol reducido
al círculo de un cristal,
con rayo piramidal
dejar el paño encendido?
Pues así, Roberto, pasa
por el cristal del deseo
el sol que en sus ojos veo,
y el alma que toca abrasa.
ROBERTO. ¿Qué intentan mis esperanzas,
tras de tantos desengaños,

(1) Falta un verso a esta redondilla.

pues sólo a mayores daños
pueden esperar mudanzas?

REY. Blanca.

BLANCA. Señor.

REY. Quien tenía
tal visita, bien pudiera
darnos parte della.

BLANCA. Y fuera
de mayor gusto la mía
dividiéndola con vos.

CELIA. Tanto favor suspended,
pues para hacerme merced
queréis juntaros los dos.

REY. En tantas obligaciones
de deudo y de amor, no es justo
que llaméis favor al gusto
que os muestran las ocasiones;
y pues las satisfacciones
que ya de los dos tenéis
tan claramente sabéis,
estimad la voluntad
obligada a la verdad
de lo que vos merecéis.
Creed que alegráis aquí,
señora, cuanto miráis,
y que alegráis y matáis
no sé si os diga que a mí.
Pero sé que os ofendí
sólo con quereros bien;
que hay condiciones también
de tan extraño rigor,
que pagan un grande amor
como si fuera desdén.
Blanca, Celia escucha mal;
vete al jardín; por ventura
me escuchará más segura
entre la flor y el cristal;
que no es amor tan igual
cuando siente compañía,
aunque no sé quién se fía
de soledad con amor,
y más donde es el valor
la mayor desdicha mía.

BLANCA. Ya previne a tus enojos
el remedio que tendrás.

REY. ¿Qué te ha dicho?

BLANCA. Que serás
dueño y señor de sus ojos.

REY. Yo, Blanca, soy sus despojos.

BLANCA. Vamos, Celia.

CELIA. Respondiera
si Roberto no estuviera
presente.

ROBERTO. Quien esto mira,
¿a qué pensamiento aspira
o qué favores espera?

(Vase BLANCA *y* CELIA; *salen* CÉSAR *y* FABIO.)

CÉSAR. Si algún día merecí
tus pies por servicios míos,
nunca, señor, como agora.

REY. César, Almirante amigo.

CÉSAR. Esclavo, vasallo, hechura
de esas manos.

REY. Seas venido
mil veces en hora buena.
¿Qué hay de la Duquesa?

CÉSAR. He visto
tigres hircanos, airados
cuando los llevan sus hijos;
sierpes levantando el cuello
contra los desnudos indios,
basiliscos en Arabia,
cocodrilos en el Nilo,
los leones albaneses,
los fieros áspides indios,
tiranos apasionados,
agraviados enemigos
todos en una mujer.

REY. ¿Con vida vuelves?

CÉSAR. No he sido
en eso poco dichoso.

REY. Agora, César, te digo
que no entendí que volvieras,
y admírame que hayas visto
áspides, sierpes, tiranos,
cocodrilos, basilicos
y leones albaneses
en un serafín divino
de quien fingiste claveles,
jazmines, rosas, jacintos,
corales, púrpura, sol,
perlas en nácares vivos.
¿Tan airada está?

CÉSAR. ¿No sabes,
señor, que el rostro más lindo,
airado parece feo?

REY. No te pregunto qué dijo,
sino qué hizo.

CÉSAR. Señor,
yo te diré lo que hizo.
Guardóme del vulgo a mí,
que estaba tan ofendido,
que para cada agraviado
no hubiera un cabello mío,

porque dijo que, cobardes,
se vengaban atrevidos
en los retratos pintados
de agravios de dueños vivos;
porque los embajadores
retratos colgados hizo
en las salas de los reyes.

REY. Ecos son de sus designios;
culpar al eco no es justo
si desde lejos le incito;
porque es un aire animado
que la voz vuelve al oído.
Así es el embajador.

CÉSAR. Apenas en blanco nicho
mostró la cándida aurora
su cuerpo de mármol liso
y los orientales rayos
le daban oro bruñido
que se dejaba mirar
por mantillas del sol niño,
cuando, armada en un caballo,
la nueva amazona miro,
como Semíramis, fuerte,
por las murallas de Nino.
Diez mil hombres en campaña
puso con tal aire y brío,
que vieras a Cipïón
cuando mozo a España vino.
Armada del pie al cabello,
mil veces pensar me hizo
que era un diamante no más,
y pongo al sol por testigo.
¿No has visto al ángel que pintan
con el peso? Pues no has visto
retrato de la Duquesa
más vivo y más parecido.

REY. Bueno está, César; no más;
ya parecen desatinos
tantos encarecimientos.

CÉSAR. Por metáforas la pinto,
sólo por darte a entender
más fácilmente sus bríos.

REY. Metáforas, Almirante,
más parecen que artificio
de pintar una mujer
diabólico desatino.
No te faltaba ya más
que subirla al cielo impíreo
y abajar a San Miguel
de su asiento cristalino.
Mas si doña Juana Esforcia
ha de ser el ángel mismo
con el peso de las almas,
los dos corremos peligro.
Mira tú cuál ha de ser
la que condene al abismo;
que yo al amor a una parte
como demonio imagino,
y como no se le tengo,
de ser la mala me libro.

CÉSAR. Pues ¿téngole yo?

REY. No sé,
pues la alabas tan perdido
que aun los ángeles no dejas.

CÉSAR. Presume, príncipe invicto,
que hablo con inocencia.

REY. César, tu persona estimo;
contra la misma Duquesa
general te nombro, y digo
que el defendella te toca,
pues sólo de ti confío,
y pues la sabes pintar
sabrás vencerla.

CÉSAR. Desisto
de la merced que me haces.

REY. Es engaño conocido.

CÉSAR. Contra una mujer me envías.

REY. No es mujer, pues tú me has dicho
que es diamante armado en blanco,
y traes al sol por testigo.
Tú vas contra Cipïón
cuando mozo a España vino,
sin lo demás de aquel ángel
que pesa nuestros delitos.
Ocho mil hombres de guerra
que tenía prevenidos
puedes llevar. Parte luego,
que cuanto dices confirmo.
Vence un diamante, un Cipïón,
un ángel, y vuelve altivo,
pues eres César diciendo:
"Vine, vi, vencí" en distintos
tiempos; el "vine", al diamante;
el "vi", al Cipïón que has dicho,
y el "vencí", César, al ángel,
si acaso no te ha vencido.

(Vase el REY, *queda* CÉSAR *como confuso.)*

FABIO. Que no quieres acabar
de ser, sin tener amor,
tan necio encarecedor,
la vida te ha de costar.
Un judío mohatrero,
de éstos de que hay copia tanta,
tenía un peral, cuya planta

alababa al mundo entero.
Tanta la alabanza fué,
que un señor inquisidor
envió un paje y por favor
pidió que un plato le dé
de las peras que llevaba.
Alborotóse el judío,
que, aunque fuese en tiempo frío,
cualquier temor le quemaba.
Un hacha al tronco aplicó,
y como le vió caer,
por no tener qué temer
todo el peral le envió.
El cuento es viejo, en efeto;
mas lo que se ha de lograr
nunca lo debe alabar
a nadie el hombre discreto.
Cuando pide una mujer
alguna cosa, aunque calla,
la pide con alaballa
el que quiere encarecer.
Una espada, una pintura,
peligro corre al deseo,
o quiere darla.

CÉSAR. No creo
que nadie alabe hermosura
para darla a quien la alaba,
y el Rey, conforme a razón,
mostrar debiera afición
a lo que alabando estaba.
Pero aborrecerme a mí
y a lo alabado, es la cosa
más nueva y más rigurosa
que en mi vida vi ni oí.

FABIO. Señor, la suerte te llama
a grandes cosas; camina
por donde el hado te inclina,
a la muerte o a la fama.
Acércate a la Duquesa
con el campo que te dan
y haz que se vuelva a Milán.

CÉSAR. De mi ventura me pesa.

FABIO. ¿No eres César, a lo menos
en el ánimo?

CÉSAR. Sí soy.
Por mi honor dudoso estoy.

FABIO. Jamás dudaron los buenos
en los hechos de opinión.

CÉSAR. Pues ¿no hay aquí deslealtad?

FABIO. Ninguna, pues es verdad
que ella te tiene afición
y a ser Duque te convida
del Estado de Milán.

CÉSAR. Mis amigos, ¿qué dirán,
si hay deslealtad que lo impida?

FABIO. Las cosas de la fortuna
van muy lejos de consejo.

CÉSAR. Siempre el consejo es espejo;
su cristal llamaron luna.
Por las mudanzas que hace,
consejo se ha de mudar.

FABIO. Este temer y no obrar
ya entiendo yo de qué nace.
Si la flor de las mujeres
no te deshace de amor,
falta tienes de calor,
tibio por extremo eres.
Date la fortuna ayer
una mujer y un ducado,
que algunos hombres han dado
muchos por una mujer,
¿y estás temblando de miedo?
Sospechoso estoy de ti.
Nunca amar, César, te vi.

CÉSAR. Habla más cuerdo y más quedo.

FABIO. ¿Cómo cuerdo? Si no eres
para estas cosas de amor,
dime la verdad, señor;
que me han dicho mil mujeres
a quien tu tibieza mueve
y el verte tan descuidado,
que las miras con enfado
y que las hablas con nieve.
El hombre, si no es que el nom- [bre
pueda a respeto obligar,
de cuando en cuando ha de dar
algunas señales de hombre.

CÉSAR. Deja esos necios errores.
Yo haré lo que me conviene.

FABIO. Ya tu intención a ser viene
como pleito de acreedores.
Hay unos hombres perdidos,
ricos de la hacienda ajena,
que, fingiendo mucha pena,
lloran a todos oídos.
Querrían, sin pagar nada,
quedarse con lo escondido.

CÉSAR. Mi pleito, Fabio, no ha sido
de hacienda ajena usurpada.
Si me alzare con Milán,
no es ajeno, pues su dueño
me le ofrece, y por empeño
de unas bodas me le dan.
Voy a detener el paso
a esa invencible mujer;
que no me ha de suceder

deslealtad por ningún caso.
FABIO. Y ¿quiéresla?
CÉSAR. Sí querré.

(Vase DON CÉSAR.)

FABIO. Sí querré. ¿Qué novia aquí
dijera tan tibio sí?
Malicia pienso que fué.
El se debe de entender,
que tiene pecho invencible,
aunque parece imposible
alabar y no querer.
Aunque desto no se infiere,
pues que vemos alabada
de grande una cuchillada
y que ninguno la quiere.

(Vase FABIO; *salen la* DUQUESA, CAMILO *y* LUPERCIO.)

DUQUESA.

No pienso alzar desta primera villa
el campo sin rendilla.

CAMILO.

Ya tu gente
desnuda de la vaina la cuchilla
en que se mira el sol resplandeciente.

DUQUESA.

A mí ningún valor me maravilla
que fama ensalce ni que gloria cuente
de griega ni romana celebrada,
si por agravio desnudó la espada.
Descoged la señal en que he traído
pintado un peso; en la primer balanza,
dos manos; en el lazo que ha rompido
traidora fe, segura confianza;
en la segunda, aquel valor temido
de quien tan presto tomaré venganza,
sola una pluma, por mostrar en suma
que hay palabra que pesa como pluma.
Marchad al muro, que el primero día
que pruebo vuestros nobles corazones,
veréis el alma a la venganza mía.
Vos, Camilo, ordenad los escuadrones.

CAMILO.

¿A quién no animará tu valentía?

DUQUESA.

Aquí aparte me escucha dos razones:
difiere agora acometer el muro,
que de mis armas ha de estar seguro.

CAMILO.

Ya entiendo la intención de aquesta guerra,
y que quieres fingirla.

DUQUESA.

No te espante,
que sólo doy lugar, no sé si yerra,
a que tenga disculpa el Almirante.
Con licencia del Rey se irá a su tierra;
yo, desde aquí no pasaré adelante,
pues el concierto deste nuevo engaño
sólo pretende deshacer el daño.

LUPERCIO.

Por la esmaltada falda dese monte
vieron las centinelas, gran señora,
a la primera luz que el horizonte
miró en los labios de la blanca aurora
hasta salir el padre de Faetonte,
que enjuga perlas y edificios dora,
bajar un grueso ejército formado,
de banderas y plumas coronado.
Un mancebo le rige, que pudiera
de Alejandro regir los escuadrones
que penetraron de la Libia fiera
las ocultas y bárbaras regiones;
en un caballo, cuyo paso altera,
bizarro, de moradas guarniciones,
arrogancias y plumas presta al viento,
rayos al sol, a Marte atrevimiento.

DUQUESA.

¿Será, por dicha, el Rey? Poned a punto
la gente en el lugar determinado.

(Entran DON CÉSAR *y* FABIO; DON CÉSAR, *muy bizarro, con plumas y con un bastón.)*

CÉSAR.

Si será buen consejo te pregunto.

FABIO.

¡Bueno es pedir consejo en lo pasado!

LUPERCIO.

Del campo, gran señora, al nuestro junto
marcha un soldado.

DUQUESA.

Y al galán soldado
conozco yo. No quede aquí ninguno.

CAMILO.

Bien es que quede en tu defensa alguno.

(Vanse LUPERCIO *y* CAMILO.)

CÉSAR. Tus manos, tras tantos días,
bien las podré merecer.
DUQUESA. Y mis brazos.
CÉSAR. ¿Podrá ser
tener el cielo en las mías?
DUQUESA. ¿Viene el Rey?
CÉSAR. ¿Ya desconfías
de mi justo amor, señora?
Yo soy general agora
deste campo contra ti.
DUQUESA. ¿Contra mí?
CÉSAR. Señora, sí.
DUQUESA. Ríndome.
CÉSAR. César te adora.
DUQUESA. Llévame presa.
CÉSAR. Es traición.
En el alma podrá ser.
DUQUESA. ¡Qué diera yo por tener
esa dichosa prisión!
CÉSAR. Solos esos ojos son
la prisión de mis sentidos,
tan dulcemente perdidos.
DUQUESA. No acabo de imaginar
cómo se ha de pelear
si estamos los dos rendidos.
¿Es Fabio aquél?
FABIO. Fabio soy.
DUQUESA. Pues ¿no llegas, Fabio ingrato?
FABIO. Con la boca a tu zapato
los puntos contando estoy.
DUQUESA. Fabio, ¿quién dijera que hoy
conducieran dos amigos
dos campos tan enemigos?
FABIO. Desdichado amor tenéis,
pues un instante que os veis
tenéis veinte mil testigos.
DUQUESA. Tiendas hay donde podemos
hablar seguros.
CÉSAR. No es bien
que nos entiendan, si ven
el intento que tenemos.
FABIO. ¿Hay más graciosos extremos?
¿Tienes seso?
CÉSAR. Fabio, sí,
que no quiero que de aquí
vayan las nuevas al Rey
de que no guardé la ley
con que obligado nací.
DUQUESA. César, de tu gran lealtad
yo tengo satisfacción,
y estimo en más tu opinión
que mi propia voluntad.
Quedemos en amistad;
vuelve a Nápoles la gente,
adonde el Rey tu pariente
te pague tantas lealtades,
que mirar dificultades
nunca fué de amor valiente.
¿Qué más tibia voluntad,
si fuera Milán aldea (1)
y yo la misma fealdad?
Quien sirve una majestad
con términos tan leales,
no trate de casos tales,
que con tantos miramientos
no se ponen pensamientos
en mujeres principales.
Quien a mí me ha de querer,
César, tan loco ha de estar,
que ni al sol ha de mirar
ni al rey del mundo temer.
A ser del tuyo mujer
fuí cuando el pie me besaste;
tu señora me llamaste;
bien haces: no seas villano
en querer tomar la mano,
pues por el pie comenzaste.
Con justa causa diré
mirando tu desatino
que de mi mano es indino
quien no ha pasado del pie.
A Milán me volveré,
pues tan desdichada fuí
diciendo, César, que vi
un hombre de buena ley
muy leal para su rey,
muy cobarde para mí.
En Alemania o en Francia,
por mí, cuando no le obligue
Milán, habrá quien castigue
de Nápoles la arrogancia,
y pues tan poca distancia
los ejércitos están,
prueba a quitarme a Milán,
peleemos si tú quieres,
que allá sois todos mujeres
y acá sólo el capitán.

(1) Falta un verso antes o después de éste para completar la décima.

CÉSAR. Señora.
DUQUESA. ¿A mí me ha tenido,
César, un hombre en tan poco,
que, viéndome, no esté loco,
y amándole yo, atrevido?
CÉSAR. Ya que tu gracia he perdido,
mira que querer mirar
el recato y el lugar
fué porque en esta ocasión
no presumiera traición
quien nos pudiera culpar.
Yo te adoro, que ese pie
que te besé por señora
beso mil veces agora,
y al Rey y al mundo diré
que te quise, te adoré,
te di mil almas, mil vidas.
DUQUESA. César, César, si te olvidas
de tu dicha, necio estás,
porque no vuelven jamás
las ocasiones perdidas.
Ya me parece que es tarde;
que mis méritos corridos
están de tales maridos,
uno necio, otro cobarde.
CÉSAR. Aguarda.
DUQUESA. No hay qué aguarde. (1)
FABIO. Señora, aguarda, por Fabio.
DUQUESA. Fabio, pues eres más sabio,
aconseja a tu señor
que cuando tuviere amor
no mire en ajeno agravio.

(Vase.)

FABIO. ¿Estás contento?
CÉSAR. No he visto
más desdichado suceso.
FABIO. Las culpas no son desdichas.
CÉSAR. Pues ¿qué son?
FABIO. Discursos necios.
CÉSAR. ¿De qué suerte?
FABIO. Esta mujer,
¿fuélo del Rey algún tiempo?
CÉSAR. Sí, lo fué.
FABIO. ¿Y agora?
CÉSAR. No.
FABIO. Pues ¿qué loco pensamiento
te quita que no sea tuya?
CÉSAR. Mira, Fabio, el ser mi dueño
me obliga, por mil razones,
a prudencia y a respeto.
Sin licencia de su rey
no se casa en ningún reino
hombre de sangre y valor.
Si yo sin ella lo emprendo,
¿no ha de decir que es verdad,
que por mi loco deseo
perdió a Milán?
FABIO. Dices bien;
pero erraste por lo menos
convidándote a su tienda
en excusarte diciendo
que tu gente lo diría
al Rey, cosa que en extremo
sintió doña Juana Esforcia,
que fué terrible desprecio.
¿Es bueno que ella te diga
"tiendas hay donde podemos
hablar secreto", y respondas
que te verán?
CÉSAR. Honra es esto.
FABIO. Sacó una doncella un mozo
destos que tienen el cuello
engastado en la carita
y hasta los pliegues abierto,
y caminando los dos
por el campo largo trecho,
ella dijo: "¿Dónde vamos?
¿No estamos, señor, bien lejos?"
El dijo: "Temo que deis
voces". Ella dijo luego:
"Si por eso lo dejáis,
estoy tan ronca, que creo
que no me oirán de aquí allí".
Pareces a este mancebo.
¿Qué aguardas, si ella te ofrece
tiendas en que hablar secreto?
¡No me ofrecieran a mí
un Milán, y aun sólo un pueblo
de su Estado! ¡Pesia al diablo,
con tanto miedo!
CÉSAR. No es miedo,
majadero porfiado,
sino que el honor que tengo
estimo más que la vida.
FABIO. ¿Pues qué Tarquino soberbio
vienes a ser? ¿A quién fuerzas?
CÉSAR. Ahora bien, Fabio: yo vuelvo
a pedir licencia al Rey
para hacer mi casamiento;
que yo sé que la Duquesa
no me olvidará tan presto.
Marche el campo.

(1) Hartzenbusch enmendó "Ya no hay que aguarde".

FABIO. Puede ser.
Mas, una vez, en un fresno
vi un nido de ruiseñores;
pude llegar a cogerlos,
y dije: "Críense agora,
después volveré por ellos;
volví, y, al meter la mano,
agarróme de los dedos
un lagarto, que me hizo
ver las estrellas del cielo.

CÉSAR. Las mujeres principales
no son mudables tan presto.
Marche a Nápoles el campo.

FABIO. ¡Ah, señor!, que ha sido yerro.
Cogieras el nido agora,
como prudente, discreto,
que hay mujeres ruiseñores
que hoy muestran los picos tiernos
y mañana son lagartos
que agarran alma y dinero.

(Vanse. Salgan el REY *y* CELIA, *y* ROBERTO *detrás.)*

REY. Cansan desprecios.

CELIA. Sí harán;
pero éstos no son desprecios,
que con vos fueran muy necios.

REY. Soberbios, señora, están
vuestros pensamientos hoy.

CELIA. Siempre fué la honestidad
desdén.

REY. De mi libertad,
albricias al alma doy.

CELIA. Pues según eso, estaréis
a mi desdén obligado,
porque él sin duda os ha dado
la libertad que tenéis.

REY. Estaba una vez la rosa
soberbia de su hermosura,
ya teñida en sangre pura,
ya en nácar, ya en mezcla hermosa.
Ya de la verde camisa
salían blancas y rojas,
apretándose, las hojas
a ver del alba la risa,
y apercibiendo el botón
con las dilatadas puntas,
las guardaba todas juntas
en avarienta prisión.
Miró al clavel y azucena,
y dijo: "¡Qué hermosa estoy!
Obra de Júpiter soy,
vosotros, de mano ajena.
Oyendo el dios su locura,
tantas espinas la dió
por castigo, que templó
su loca y vana hermosura.

CELIA. Engáñase vuestra Alteza.

REY. ¿En qué, Celia, lo imaginas?

CELIA. En que le dió las espinas
para guardar su belleza.
Y no hay imagen más clara
de la castidad hermosa,
pues de las manos la rosa
con las espinas se ampara.

(Vase CELIA.*)*

REY. Roberto, ¿tú estás aquí?

ROBERTO. Sí, señor.

REY. Sombra pareces
de Celia; siempre te ofreces.

ROBERTO. Tú sólo sol para mí
haces que tu sombra sea,
que no de Celia, señor;
que bien sabes que mi amor
sólo servirte desea.

REY. No me querer Celia bien
y siempre verte tras ella
me obliga a pensar que en ella
causas tan fiero desdén.
El desdén es frialdad,
tú eres sombra; luego es cierto
que de ti nace, Roberto,
que no de su voluntad.
Soy rey, soy mozo y pudiera
ser querido; no lo soy:
culpa, Roberto, te doy.

ROBERTO. ¡Ojalá culpa tuviera!
Crea Vuestra Majestad
que somos muy parecidos.

REY. ¿En qué?

ROBERTO. En ser aborrecidos.

REY. ¿Cierto?

ROBERTO. Es la pura verdad.

REY. En lugar de tener celos,
consuelo quiero tener;
no puedo Alejandro ser,
que no quisieron los cielos.
Diérate a Celia; no es mía.

ROBERTO. Ni yo puedo ser Apeles;
mas mi boca hará pinceles
para pintar cada día
tus alabanzas, señor.

(Salga OTÓN, *solo.)*

OTÓN. Don César de Avalos llega.

REY. ¿Tan presto?
OTÓN. En popa navega
de la fortuna el favor.
REY. ¿Vendrá vencido?
OTÓN. No viene.
REY. ¿Y victorioso?
OTÓN. Tampoco.
REY. Pues ¿qué es esto?
ROBERTO. ¡Ay, amor loco!
¿Quién mi esperanza entretiene?

(Salgan DON CÉSAR *y* FABIO.)

CÉSAR. Tantas veces, gran señor,
vengo a verte; tantas llego
a tus pies, que ya no hallo
justos encarecimientos;
pero, de cualquier manera,
como vasallo, los beso;
como esclavo, los adoro;
como deudo, los respeto.
REY. Primo, yo soy vuestro amigo,
siempre os recibo y os quiero
como a defensor y hermano,
como a consejero y deudo.
Duque de Calabria os hago.
CÉSAR. Señor, la respuesta dejo
destos favores al alma.
REY. Vos sois, César, mi gobierno;
que no gobernaban bien
los hombres de grande ingenio
dijo Tucídides, César;
mintió en vos el sabio griego:
ingenio y gobierno, en vos
tienen en su filo el peso.
No quiero ni he de tener
más armas ni más gobierno.
CÉSAR. Antes de saber, señor,
si he vencido, o si lo vengo,
¡tantas mercedes!
REY. Yo sé,
Almirante, el valor vuestro.
CÉSAR. Volvió su gente a Milán
la Duquesa, y el concierto
desta paz fué en vuestro honor
y después en mi provecho.
Concertámonos casar,
pero que este casamiento
fuese con licencia vuestra,
y así os la pido y deseo.
REY. ¿Qué escucho?
ROBERTO. (Pienso que el Rey
se ha enojado.)
REY. Agora creo
cuanto he pensado de ti:
no me engañaron mis celos.
No en vano la encarecías,
que los encarecimientos
son hijos del loco amor
habidos en los deseos.
¿Tú casar con la Duquesa?
¡Vive Dios, que ha sido enredo
de los dos desde el principio
que fuiste a nuestro concierto!
¿Pues a mí, César, a mí?
¡Hola!, en una torre preso
le poned.
OTÓN. ¿A quién lo mandas?
REY. A ti, Otón, o a Roberto.
CÉSAR. ¿Porque me quiero casar,
me prendes?
REY. Pues ¿es bien hecho
que me quites con engaños
una mujer y dos reinos
y la pierda yo por ti,
y que, pasado algún tiempo,
con mi licencia me engañes?
Ayer me dijo Fineo,
un truhán que tú conoces,
muy aficionado al juego,
que para qué castigaba
los que juegan, pues yo tengo
la culpa, y mostróme un naipe;
miro la margen, y leo
que "con licencia, decía,
del Rey. Este casamiento... (1)
Llevadle a una torre.
CÉSAR. Escucha.
REY. Para escucharte es muy presto;
para creerte, muy tarde.
No gozarás, si yo puedo,
el Estado de Milán.
¡Qué buen vasallo, qué deudo,
qué fianzas, qué lealtades!

(Vase el REY, *y quedan los demás.)*

ROBERTO. Vamos de aquí.
CÉSAR. ¿Qué es aquesto?
FABIO. Necedades a la pinta.
¡Pardiez, César!, que sin miedo
puedo decirte que has sido
un "siete y llevar" de necios.
ROBERTO. Todos, señor Almirante,
somos más amigos vuestros
que alcaides.

(1) Falta algo después de esta palabra.

CÉSAR. ¿Dónde tenía,
cuando fuí leal, el seso?
FABIO. ¿No fuiste tibio? Pues basta,
que mil nobles casamientos,
por no tomar posesión,
han perdido su derecho.
OTÓN. César, todo se hará bien.
CÉSAR. En mi ejemplo, caballeros,
mirad a quién alabáis;
que todo el daño que tengo
nació de alabar un ángel.
FABIO. No nació; llevalde preso;
sino de no haber tomado
posesión de ángel con cuerpo,
pues los digestos de amor,
ley, *tibio; párrafo,* miedo:
dicen que quien *tempus habet*
y aguarda que *veniat tempus,*
pues que no mereció silla,
quasi jumento albardetur.

ACTO TERCERO

(Salgan el REY *y* OTAVIO.)

OTAVIO.

Esto dicen que ha hecho
la agraviada Duquesa, tu enemiga
con atrevido pecho.
¡Así el desprecio en la mujer obliga!

REY.

Las venganzas, Otavio,
son hijas de la honra y del agravio.
Ya sé que en las mujeres
pueden más las venganzas que en los hombres.

OTAVIO.

Con razón las prefieres;
y así, no es justo que de ver te asombres
que con tantos soldados
destruya por mil partes tus estados.
Para mayor venganza,
con el rey albanés casarse intenta,
y si Rodulfo alcanza
la gran ciudad, de quien la fama cuenta
tan heroicos trofeos,
llegarán a la nuestra sus deseos.

REY.

Sabré yo, defendiendo
la furia desta bárbara amazona,
que en nombrarla me ofendo,
conducir mis soldados en persona,
que la del rey no hay hombre
que no lleve tras sí: tal puede el nombre.
Tú verás que la planta
pongo en su cuello vil, aborrecido
de mí con furia tanta,
que entre estas manos le veré rompido,
y no estaré vengado.

OTAVIO.

Causa de eterna enemistad te han dado.

REY.

No aborrece más fiero
magnánimo león, gallo arrogante,
ni más grave y severo
doméstico ratón, sabio elefante,
a quien tanto parezco,
que a la Duquesa bárbara aborrezco.
No aborrece el prudente
al lisonjero más, el cuerdo al loco,
el cobarde al valiente,
ni el pobre honrado al que le tiene en poco,
y poco lo encarezco,
que a la Duquesa bárbara aborrezco.
No es a un príncipe sabio
la infame adulación más enojosa,
al honor el agravio,
ni la vejez a la mujer hermosa,
si crédito merezco,
que a la Duquesa bárbara aborrezco.
No el que es discreto al necio,
el verdadero a las palabras vanas;
el valor al desprecio,
ni el poco seso a las honradas canas,
cuya estima engrandezco,
que a la Duquesa bárbara aborrezco.

OTAVIO.

Señor, si las verdades
estimas como dices, y aborreces
lisonjas, no te agrades
de los agravios que a vengar te ofreces.
Mira que es importante
la libertad de César, tu Almirante.
No quieras más soldados
para templar la furia a la Duquesa.
Los príncipes sagrados,
en cuyos hombros el imperio pesa,
destierran la codicia
y abrazan la prudencia y la justicia.

REY.

Otavio, las sospechas
de la lealtad de César me obligaron.

OTAVIO.

Si de celos son hechas,
a nadie la verdad aconsejaron.

REY.

Por ti librarle quiero.

OTAVIO.

Beso tus pies.

REY.

Aquí con él te espero.

(Vase OTAVIO, *y salga* ROBERTO.)

ROBERTO. Pasando ya sin temor
las puertas de Celia bella,
pues ya los desprecios della
ponen templanza en mi amor,
apear de un coche vi
una mujer que alabarte
quisiera, a no ser el arte
de tanta sospecha en ti;
pues para ser peregrina,
en peregrino valor
era la madre de Amor
en forma de peregrina.
El cabello, que hurtó al mar
olas que al viento ligero
mueve, cubría un sombrero
que se dejaba mirar;
que nadie mirar pudiera
el oro de su guirnalda,
si del sombrero la falda
de nube al sol no sirviera.
El rostro, naturaleza
formó con tal armonía,
que excedió lo que sabía
en su divina belleza.
La esclavina era locura
querértela yo pintar,
que se debió de formar
de esclavos de su hermosura.
Lo que a la margen del pie
la túnica descubría,
oro, señor, parecía,
y imaginaciones fué.
¿No has visto los arreboles
con que sale el sol del mar,
que no se dejan mirar
y parecen muchos soles?
Pues desta suerte brillaba,
a cualquiera movimiento,
la basa del fundamento,
y aquella imagen formaba.
Entróse, al fin, recibida
de Celia, y quedé, señor,
entre confusión y amor,
toda el alma divertida.

REY. Prometiste no pintar
esa dama, temeroso
de que yo soy sospechoso
de lo que escucho alabar;
y así tu pincel la aprecia,
que Ceuxis no le igualó
cuando a Elena retrató,
de cinco damas de Grecia.
César y tú, los colores
tanto habéis encarecido,
que ningún rey ha tenido
tan excelentes pintores.
No sé si la vaya a ver,
por no ofender tu pintura,
pues no podrá su hermosura
como tu pintura ser;
mas, por dar a Celia celos,
iré a verla y alabarla,
que podrá ser obligarla
más que con tantos desvelos.
Pero ¿no sabes quién era?

ROBERTO. No sé más de que venía
de Roma, y que pasaría
a llevar la primavera
a los campos de Loreto,
sacando los prados flores
de las hermosas colores
de tan divino sujeto.

REY. Tienen todas las naciones,
Roberto, un cierto semblante,
o apacible o arrogante,
diferente en las facciones.
Conócese el alemán
en lo rojo y corpulento;
en la hermosura, el inglés;
en lo galán, el bohemio;
en lo cortés, el de Italia;
en lo sutil, el flamenco;
en lo bárbaro, el indiano;
el de la China, en lo feo;
en lo temerario, el turco;
el moro, en lo verdinegro;
el andegabo, en lo fácil;
el japón, en el cabello;

el irlandés, en lo agudo;
en lo científico, el griego;
el portugués, en lo grave;
el genovés, en el cuerpo,
y el castellano, en el brío.

ROBERTO. Si tus retratos contemplo,
no es de la tierra esta dama.

REY. Pues ¿de adónde?

ROBERTO. De los cielos.

REY. ¿Qué dices?

ROBERTO. Esto que escuchas.

REY. Vamos a verla, Roberto;
que, si es como tú la pintas,
quiero dar a Celia celos.

(Vanse, y salga la DUQUESA, *de peregrina, y* CELIA *con ella.)*

DUQUESA. Vine a Roma, y desde allí
quise ver esta ciudad.

CELIA. Merezca mi voluntad
saber quién sois.

DUQUESA. Prometí,
hasta acabar la jornada,
encubrir mi patria y nombre.

CELIA. Cuando de la tierra os nombre,
quedáis, señora, agraviada.
Del cielo sois, no del suelo;
de allá venís peregrina,
porque cosa tan divina
sólo viniera del cielo.

DUQUESA. Fué mi voto por librar
un hermano de prisión,
y con la misma afición
juré también de ayudar
a cualquiera que estuviese
preso; con dinero y ruego
llegué a Nápoles, y luego
que a la vulgar fama oyese
la prisión del Almirante,
vine a serviros en ella.

CELIA. Será, peregrina bella,
obligación semejante,
para César más prisión,
si el pagalla es justa ley,
que la en que le ha puesto el rey
don Alonso de Aragón,
el cual está sólo airado
de que se case en Milán:
envidias de que le dan
tal mujer y tal estado.
Alaban a la Duquesa
de bellísima señora;
César pienso que la adora;
mas, tanta lealtad profesa,
que sin licencia no quiso
casarse; al Rey la pidió,
y, enojado, le prendió,
y agora ha tenido aviso
que la Duquesa, en venganza,
viene el reino destruyendo.

DUQUESA. De su ejército lo entiendo,
porque le mueve esperanza
de librar a su señor.

CELIA. ¿Quién? ¿César?

DUQUESA. Dicen que sí;
esto, a lo menos, oí
en Roma a su embajador.

(Salgan el REY *y* ROBERTO.*)*

REY. No piden licencia reyes;
basta, Roberto, la mía,
que aun hasta en la cortesía
no nos alcanzan las leyes.

ROBERTO. Esta es la dama.

REY. Detente;
si ésta es, Roberto, la dama,
¡no la alabará la fama
cuando hablara eternamente!

CELIA. Este es el Rey.

DUQUESA. Dad los pies
en limosna, gran señor,
a una peregrina.

REY. Amor,
peregrino dicen que es,
porque siendo hijo del cielo,
permite en sus ocasiones
peregrinas impresiones
en el cristal de su velo;
y debéis de serlo vos;
pero gran causa le ha dado,
la tierra al cielo ha enojado,
cuando peregrina un dios.
Salir un cometa ardiente
en la postrera región
del aire, en la imitación
de pluma resplandeciente;
eclipsarse el sol, la luna,
correr luces celestiales,
son efectos naturales,
por buena o mala fortuna;
mas no sin causa divina
humilde la tierra sella
la hermosura de una estrella
en forma de peregrina.

DUQUESA. Los príncipes, obligados

están a favorecer
las mujeres.

REY. No hay que ver,
sino que aumentar cuidados,
en mirando su luz pura.
¿Celia?

CELIA. Señor.

REY. ¿De qué Grecia
trujiste a Elena, si precia
comparación su hermosura?

CELIA. ¿Agrádate?

REY. ¿No lo ves?
Belleza que no prendió,
luego que un hombre la vió,
trato se llamó después.
Dime, ¿quién es?

CELIA. ¿Yo, señor?

REY. ¿Celos?

CELIA. Así Dios te guarde,
que lo niega.

REY. Estoy cobarde:
primero efeto de amor.
Sabe quién es.

CELIA. Querrá agora
descansar.

REY. Será razón;
pero dile, en ocasión,
que merece ser señora
de mí, de un reino del mundo.

CELIA. Yo lo haré. (No tuve amor,
aunque al celoso furor
llamaron amor segundo;
y de ver la libertad
del Rey, le miro más bien:
debe de ser que el desdén
despierta la voluntad.)
Vamos, peregrina hermosa.

DUQUESA. Mucho me he holgado de ver
al Rey.

CELIA. Pues no habéis de ser,
forastera, tan curiosa.

DUQUESA. Es gentilhombre y galán,
y habla con grande dulzura.

CELIA. ¿Ya le amaréis?

DUQUESA. Por ventura
fuera duque de Milán,
si el Rey viera a la Duquesa.

CELIA. Tened más cuerdos los ojos.

DUQUESA. Pues ¿hay a quién dar enojos?

CELIA. No es para vos esta empresa.

DUQUESA. Celia, los que peregrinan,
todo lo quieren saber;
que para saber y ver,
por tantas tierras caminan.

CELIA. No hay para vos nada en él;
dama su igual le desea.

DUQUESA. Bien puede ser que yo sea...

CELIA. ¿Quién?

DUQUESA. Tan buena como él.
Mas no es justo que os altere
ni tanto cuidado os dé.

CELIA. Pues ¿quién sois?

DUQUESA. Yo lo diré.

CELIA. ¿Cuándo?

DUQUESA. Cuando yo quisiere.

(Vanse las dos.)

REY.

Permíteme, hermosura, que te nombre
del cielo bien, aunque por mal del suelo;
no sé si es tu materia fuego o hielo,
o si de entrambos te daré renombre.
No hay cosa que tan presto al hombre asombre,
ni a su contemplación levante el vuelo,
que entre las muchas que produce el suelo,
belleza de mujer admira al hombre.
Parece que la estampa considera
naturaleza, y que la mano inclina
a la beldad que reducir quisiera;
y a poderse decir de la divina,
que le sobraron ángeles dijera,
que allí fué su hermosura peregrina.

(Salgan OTAVIO, CÉSAR *y* FABIO.*)*

OTAVIO. Aquí está Su Majestad.

CÉSAR. Llego a besarle las manos.

REY. Amigo César, no quiero
sino que me des los brazos.

CÉSAR. Más castigáis, gran señor,
favoreciendo y premiando,
que prendiendo y ofendiendo,
propia condición de sabios.
No pensé que os deservía
en casarme, imaginando
que desechábades vos
lo que yo estimaba en tanto.
De lo que le sobra al dueño,
suele vestirse el criado;
a Milán quise vestirme,
desecho de vuestras manos.

REY. César, Milán es vestido
que yo no me había probado;
¿cómo desecharle pude,
ni darle por desechado?

Un criado no se pone
vestidos que no llegaron
a las manos de sus dueños,
que es lo mismo que usurparlos.
Mujer y vestidos, César,
si no lo sabéis, pensaldo,
¿no se han de probar primero?

CÉSAR. No merezco ser culpado,
señor, si os pedí licencia.

REY. No hay licencia, si mil años
pasan después que la deje,
que siempre es el mismo agravio.
Para un amigo discreto
y que se precia de honrado,
ya es muerta aquella mujer
que el otro tuvo en sus brazos.

CÉSAR. Nunca fué vuestra, señor.

REY. Basta haberlo imaginado;
que aun a la imaginación,
leyes de amistad jurando,
no ha de agraviar el amigo;
mas ya estas cosas pasaron;
yo aborrezco a la Duquesa,
como a causa de los daños
que por su enojo padecen
mis inocentes estados;
amo a una mujer que he visto,
mejor la llamara rayo,
pues que de una vista sola
en su hermosura me abraso.
Está en vuestra casa, César.

CÉSAR. ¿En mi casa?

REY. Hoy ha llegado,
vestida de peregrina,
y peregrino retrato
de los ángeles del cielo;
que es gran señora está claro,
porque su talle lo dice,
su vestido y sus criados.
Como de fúlgidas nubes
se forma del cielo el manto,
de diamantes su vestido,
o sus ojos me engañaron,
que como el sol encendido
hace parecer dorados
los campos, los edificios,
ansí del vestido el manto
bordaba el sol de sus ojos:
ojos que no hicieran casto
en Cartago a Cipïón,
en Grecia al fuerte Alejandro.
Sus dos niñas, dos amores,
jugaban con flechas y arcos;
de sus pestañas y cejas
iban mil almas colgando;
el campo de sus mejillas,
¿qué flores tienen los campos,
qué nieve tienen los montes
con que poder compararlos?
La nieve es negra; las flores,
feas, en viendo mezclados
con azucenas, claveles;
con rosas, jazmines blancos.
¿No has visto, César, la risa
de algún arroyuelo manso,
que en dos márgenes de flores
va las arenas contando,
y como músico diestro,
con diversidad de pasos
trina en los altos la voz
y va sonoro en los bajos?
Pues imagina en la suya
aquel mismo curso blando,
y otra cosa más sutil,
aunque parezca milagro,
que es la voz para el oído;
y la suya puede tanto,
que es para los ojos, viendo
que la obliga a abrir los labios.

CÉSAR. No sé si me acuerde bien
que por haberte alabado
la duquesa de Milán
estoy en tantos trabajos.
Tú, señor, que tan discreto,
dices que no es de hombres sabios
alabar a las mujeres,
porque es poner en cuidado
sus dueños, has hecho aquí
tan excelente retrato
de una hermosa peregrina.

REY. César, su rostro te alabo,
ya que estás cerca de verla,
por ganarte por la mano;
con esto quedas agora
de alabármela excusado:
tal miedo tienen mis celos
al pincel de tus agravios;
no quiero después que digas
que, pues que yo no me caso,
te dé licencia.

CÉSAR. Señor,
ya que el alma te ha robado
esa señora, permite
que prosiga en lo que trato
con la Duquesa.

REY. No, César;

que Milán es fuerte caso
que os haga tan poderoso
y que nos iguale a entrambos.
Hablad aquesta señora,
decilda entre mis cuidados
que sea huéspeda nuestra
y venga luego a palacio,
donde con mi hermana esté;
y advertid que os hago cargo
en hablarla en mi deseo.
Que sea con mejor mano
que tuvistes en Milán;
que aunque deudo, sois vasallo,
y es bien pensar que os envío
a casarme y no a casaros.

(Vase.)

CÉSAR. ¡Qué de fortunas me cercan!
FABIO. Tú las mereces.
CÉSAR. ¡Ay, Fabio,
perdí la hermosa Duquesa,
perdí a Milán!
FABIO. Ya es en vano
tu necio arrepentimiento;
tiene amor muchos contrarios:
desdenes, olvidos, celos,
ausencias, pechos ingratos;
pero el mayor, la tibieza.
CÉSAR. ¿Qué había de hacer, estando
de por medio el Rey?
FABIO. Casarte;
que nunca quien miró tanto
llegó a ser nada en el mundo.
CÉSAR. Aquí me honró con sus brazos,
y su amigo me llamó.
FABIO. Pintó un príncipe Parrasio
con la cabeza de perro;
los griegos le murmuraron,
él dijo: "El perro, atenienses,
es del príncipe retrato;
con los venenosos dientes
da muerte, da rabia, airado;
con la lengua da salud."
CÉSAR. Ahora bien: a verla vamos,
y a decir lo que el Rey dice.
FABIO. Ella sale.
CÉSAR. ¡Ay, cielo santo!

(Sale la DUQUESA.*)*

DUQUESA.

Amor, desnudo al campo salió un día,
que de la honestidad desafiado,
quiso luchar con ella, y quiso, airado,
ver el valor y fuerzas que tenía.
El arco que del hombro le pendía
a las retamas dió a guardar, de un prado;
la honestidad, vestida, al niño alado,
ceñido el cuello, derribar porfía.
Asiéronse los dos (¡ah, cuánto yerra
quien llega a la ocasión! El laurel dudo),
y estando en esta lucha, junta y guerra,
cayó la honestidad, aunque desnudo
estaba Amor, y dió consigo en tierra;
que la imaginación vencerla pudo.

CÉSAR. ¿Podrá hablaros quien es dueño
desta casa en que vivís?
DUQUESA. Podréis, pues vos lo decís.
CÉSAR. Fabio.
FABIO. Señor.
CÉSAR. ¡Esto es sueño!
¿No es la Duquesa?
FABIO. Ella es.
CÉSAR. Señora, bien seáis venida
a dar a este cuerpo vida.
Dadme mil veces los pies.
DUQUESA. ¡Quedo, quedo!
CÉSAR. No os espante,
mi bien, este atrevimiento.
DUQUESA. "Mi bien", ¿con qué pensamiento?
¿Quién sois?
CÉSAR. ¡Bueno! El Almirante,
don César de Avalos soy.
DUQUESA. Es muy justa cortesía
de quien sois; mas en la mía
no tanto lugar os doy,
que vos no me conocéis.
CÉSAR. ¿Cómo no, si el nombre os dan
de la Venus de Milán,
aunque ser Palas queréis?
¿Cómo la guerra dejaste?
¿Cómo habéis venido aquí?
DUQUESA. No sé de guerra, ni os vi,
ni en vuestra vida me hablaste.
CÉSAR. Señora, ¿qué ofensa mía
obliga a tanto desdén?
DUQUESA. Miradme, César, más bien,
que soy la reina de Hungría.
Vine a Roma por mi hermano,
preso del turco, y la fama
de vuestra hermana, que llama
Fénix el vulgo romano,
me trajo a verla.
CÉSAR. No sé
lo que diga. Fabio, llega,

que la misma verdad niega
lo que se toca y se ve.

FABIO. Señora, si vuestra Alteza
niega, por justos enojos,
lo que están viendo los ojos
y publica su belleza,
Fabio, que no la ofendió,
merezca...

DUQUESA. ¡Quitaos allá!

(Vase.)

FABIO. "Quitáos allá." O ella está
sin juicio, o lo estoy yo.

CÉSAR. ¿Hate conocido?

FABIO. ¡Bien!
¿No has visto por las mañanas
unas hacas galicianas
que apenas la silla ven,
cuando están corcoveando,
como quien tiene cosquillas?
Pues tú y yo somos las sillas;
ya entiendes.

CÉSAR. Estoy pensando
que se puede parecer
a la Duquesa.

FABIO. Podría.

CÉSAR. Dice que es reina de Hungría.

FABIO. Presto se puede saber.
¡Que me maten, si no es chan-[za!

CÉSAR. No viniera la Duquesa
de esta suerte.

FABIO. Eso confiesa
tu necia desconfianza.
Demás que se han parecido
muchos hombres a otros hombres,
de que no han puesto los nombres
las memorias en olvido;
Artemio se parecía
al rey Antíoco; a Nino,
Semíramis; al divino
Pompeyo, Publio; y tenía
del César otaviano
un hombre de otra nación
tanto, que era admiración
y risa al pueblo romano;
y aun a muchos animales
hombres vemos parecer.

CÉSAR. ¿Por qué causa?

FABIO. Puede ser
por influjos celestiales.
Hombres tienen de león
el ser robustos y fieros;
hombres parecen carneros,
y por ventura lo son;
mujer vi yo que tenía
la cara como una oveja,
y almagrada la pelleja:
balaba cuando pedía.
¿A quién se parecerá
un hombre falso testigo,
que jura contra un amigo
por lo que el otro le da?

CÉSAR. Mas ¿a quién, Fabio, parece
el buen amigo de Otavio,
que calla viendo su agravio?

FABIO. Sufre, César, y padece.
De los amigos de agora
haz lo que se suele hacer
del cardo, si has de comer
lo que el imprudente ignora.
¿No veis cómo va quitando
pencas y arrojando?

CÉSAR. Sí.

FABIO. Pues come lo bueno así,
lo que es malo perdonando;
o busca un ángel en quien
halles pura condición,
porque sin imperfección
hay pocos hombres de bien.

(Vanse, y salen el REY *y* BLANCA *y* OTAVIO.*)*

BLANCA. ¿Tantos encarecimientos?

REY. Yo sé cuán corto he quedado.
Que venga la he suplicado,
Blanca, con mil cumplimientos;
tú la verás, y tendrás
por huéspeda a Elena.

BLANCA. ¿A quién?

REY. A Elena, y no dije bien:
la misma Venus verás.

BLANCA. Eres, cuando te apasionas,
notable encarecedor.

REY. ¿Yo no he de tener amor,
como las otras personas?
Prevén, así Dios te guarde,
muchas honras que le hacer.

BLANCA. Si me das tanto poder,
no me tendrás por cobarde.

REY. Otavio, ¿qué respondió
Celia?

OTAVIO. Que luego vendría;
mas que es la reina de Hungría
su huéspeda me contó.

REY. ¿Cómo la reina?

OTAVIO. Esto pasa.

REY. ¿Cosa que hayamos traído
dueño a Nápoles?
OTAVIO. ¡No ha sido
poco alboroto en su casa!
Allá andaba el Almirante
lleno de cuidado.
REY. Aquí
quiero que corra por mí.

[*(Salen* DON CÉSAR *y* FABIO.)]

CÉSAR. ¿No quieres tú que me espante
de cosa tan parecida?
FABIO. El Rey te puede escuchar.
CÉSAR. Señor, yo acabo de hablar
la hermosura encarecida
de ti con tanta razón,
y dice que vendrá a verte.
REY. César, pues la viste, advierte
si me dió justa ocasión.
¿Sabes que es reina de Hungría?
CÉSAR. Ella lo dice.
REY. Yo creo
que he cumplido el gran deseo
que de casarme tenía.
Por dar contento a mi estado,
en acabando la empresa
de Milán, cuya Duquesa
me ha puesto en tanto cuidado,
hasta que la haya vencido
y traiga cautiva aquí,
no he de casarme; y a ti,
César, porque me has servido,
te doy a Blanca, mi hermana;
con ella quiero casarte.
CÉSAR. ¿Qué gracias podré yo darte?
REY. Hablemos, César, mañana.
En la jornada que intento,
muera la Duquesa.
CÉSAR. Es justo.
REY. Dime della mal, que gusto
de infamar mi atrevimiento.

(Vase.)

CÉSAR. Fabio, más mal me ha venido
que el que imaginé que fuera;
ya, Fabio, cobrar no espera
mi lealtad el bien perdido.
Perdí a Milán, la Duquesa
perdí; pero también gano
a Blanca, que el Rey, su hermano,
me ofrece al fin desta empresa.
¡Paciencia! No estoy muy mal;
duque de Calabria soy.
FABIO. El parabién que te doy
es a tu fortuna igual.

(Salgan la DUQUESA *y* CELIA.)

CELIA. Entraré primero yo;
ganar las albricias quiero.
Aquí, señora, te espero.
FABIO. Ya la Duquesa llegó,
enjerta en reina de Hungría.
CÉSAR. Déjame, Fabio, con ella,
que quiero vengarme della.
FABIO. ¡Eso sí, por vida mía!
CÉSAR. Aquí bracero tenéis,
y algo, reina, más honrado,
que con Blanca me ha casado
Su Alteza; mas no sabréis
que es Blanca su hermana.
DUQUESA. Tanto
merecéis por vos, que honráis
al Rey, aunque dél lo estáis.
FABIO. (Ya se altera.
CÉSAR. No me espanto.
FABIO. Roja se pone.
CÉSAR. Sí hará,
que una celosa congoja
volviera a la nieve roja.
FABIO. Pensando está qué dirá.)
DUQUESA. Príncipe cobarde,
enemigo César,
Avalos injusto,
noble sin soberbia,
tibio con las damas,
que se llama entre ellas,
cuando quieren bien,
la mayor bajeza.
Mas ¿por qué te digo
mayores afrentas
que decir que huíste
de hablarme en mi tienda?
Soldado que huye,
no es justo que tenga
nombre de soldado,
ni honor en la guerra.
¡Tú, de una mujer,
¿qué mayor afrenta?,
huíste los brazos,
armas de amor hechas!
Dábate mi pecho,
amorosa y tierna;
dísteme la espalda,

vi tu pecho en ella.
Con lealtad disfrazas
lo que fué tibieza;
quien yerra al principio,
nunca el fin acierta.
Yo también erré,
pues más justo fuera,
huyendo, seguirte
con armas de guerra.
No sé cómo agora
conocerte pueda,
pues siempre te he visto
las espaldas vueltas.
Los Césares fueron
del mundo cabeza,
hojas victoriosas
de laurel los cercan;
Césares les llaman,
imperial grandeza;
tú, a su nombre ilustre
quitas una letra:
cesa en ti su fama,
cesa su grandeza,
y pues cesa el nombre,
llamaraste Cesa.
A Milán te daba,
a Milán desprecias;
no es para milanos
tan hermosa presa.
Si por conservarlo
temiste sus fuerzas,
diérasme tu nombre,
mi valor te diera.
César, doña Juana
llamarte pudieran,
y a mí me llamaran
la duquesa César.
Cuando el rey Alfonso
casados nos viera
y venganzas suyas
nos hicieran guerra,
dentro de Milán
poco le temiera
la que bríos tuvo
de entrar por su tierra.
Quitarte las tuyas,
¿qué pérdida fuera,
teniendo las mías
y mi alma entre ellas?
¿Tan pobre quedabas?
Mas bien es que adviertas
que las ocasiones
no es bien que se pierdan.
Aquí me traías
para ser tu reina;
tu reina seré
cuando el Rey lo quiera.
Sabré enamorarle,
sabré hacer que vengas
a besarme el pie
pues la mano dejas,
y cuando tu boca
en mis plantas vea,
se reirá la mía
de ver tu imprudencia.
Seré tu enemiga
hasta dar en necia,
que con los agravios
no hay mujer discreta.
¡Mal haya el cobarde
que cuando le enseñan
el camino al gusto
por otro rodea!
No ha de perdonarse,
porque es darle fuerza,
contrario en el suelo
ni hermosura fea. (1)

CÉSAR.
Detente, señora mía,
y no hagas tanto agravio
con tu entendimiento sabio
a quien de ti se confía.
¿Por qué llamas cobardía
la lealtad que puso en calma
tu amor, que le dió la palma,
pues las leyes del valor
añadieron el honor
por cuarta potencia al alma?
A la fuerza de lealtad
que viste en mi pensamiento,
rindióse mi entendimiento,
forzóse mi voluntad;
la más excelsa ciudad
del mundo fué tu belleza,
que Milán no era riqueza.
Si fuí en gozalla cobarde,
no es tarde, si ya no es tarde
mudándose tu firmeza.
De Otaviano aprendí,
que a Cleopatra habló sin vella,
que no eres tú menos que ella
cuando de tu tienda huí.
La ofensa de mi Rey vi,
y, para no darle enojos,

(1) Así en el original; quizá deba leerse "ni hermosura tierna".

retiré de tus despojos
mis pensamientos villanos;
que no hay deseo con manos
cuando hay lealtades con ojos.
Y si yo me retiré
cobarde de la ocasión,
así lo fué Cipïón,
así Alejandro lo fué.
A lo que vienes no sé;
si es por el Rey, ya es igual
mi pensamiento a mi mal,
y aunque tu belleza precio,
más quiero ser leal necio
que discreto desleal.
Que mi reina ser intentes
te agradezco, pues agora
quien te aborreció te adora;
ya lo he visto y tú lo sientes.
Yo, entre tantos accidentes,
otra vez te besaré
el pie, que ya te besé,
por mi reina, pues es llano
que haber dejado tu mano
nació de besarte el pie.

(Vase.)

FABIO. ¿Por qué le has dejado ir
con tal rigor?
DUQUESA. Porque gusto
de vengarme del disgusto
que me ha dejado sufrir.
FABIO. ¿Luego ya del Rey serás?
DUQUESA. No lo creas.
FABIO. Pues ¿de quién?
DUQUESA. Del Duque.
FABIO. No entiendo bien.
DUQUESA. Sordo del ingenio estás.
¿Cuándo has visto tú mujer
sin amor buscar un hombre
con peligro de su nombre
y aun del vivir puede ser?
FABIO. Al corcho de tu chapín
se inclina mi humilde boca;
ya no chapín, sino roca,
pues de la firmeza es fin.
Voyle a buscar, que sospecho
que se va a echar en el mar.

(Vase.)

DUQUESA. Más cerca pudiera hallar
el de mis ojos, sospecho.

(Salgan el REY *y* BLANCA *y* CELIA.*)*

REY. Aquí tienes el valor
del mundo, aquí la belleza.
BLANCA. Dadme la mano y los brazos.
DUQUESA. Los vuestros honrar pudieran
la más excelsa corona
que las dos águilas cercan.
BLANCA. No me ha engañado mi hermano.
DUQUESA. Favoréceme Su Alteza.
REY. ¡Ay, Celia, yo soy perdido!
CELIA. ¿A mí tus penas me cuentas?
REY. ¿A quién quieres que las diga
sino al que sabe de penas?

(Salga ROBERTO, *con bastón.)*

ROBERTO. Yo vengo como mandaste.
REY. Roberto, un instante espera.
Por vos, hermosa señora,
el Rey de Nápoles deja
la jornada que intentaba.
DUQUESA. ¿Tenéis guerra?
REY. Justa guerra.
DUQUESA. ¿Contra quién?
REY. Contra una furia
de las que la tierra alteran,
y en el infierno las almas
con más dolor atormentan;
contra un áspid venenoso,
contra Medusa y Medea,
una, hechicera en cristal,
y otra, en encantadas yerbas;
contra Circe, contra Scila,
contra las arpías fieras
que del príncipe Fineo
manchaban la ilustre mesa;
contra doña Juana Esforcia,
contra la fiera Duquesa
de Milán, que es Circe y Cila,
furia, Medusa y Medea.
DUQUESA. ¡Notable aborrecimiento!
REY. No hallo cosa que igual sea
sino el amor que te tengo.
DUQUESA. Grande habrá sido la ofensa.
¿Y enviáis este soldado
nuevamente contra ella?
ROBERTO. ¿Parécete que soy poco?
DUQUESA. Bien puede ser que no vuelvas.
ROBERTO. Volveré, y de los cabellos
la traeré a Nápoles presa,
si no es que como Cleopatra,
por quitar el triunfo a César,

con los áspides se mate.

DUQUESA. ¿Arrogancias? No lo creas.
De esa doña Juana Esforcia
cuenta la fama grandezas
notables.

ROBERTO. Eres mujer;
permito que la defiendas.

(Salen CÉSAR *y* OTAVIO.)

OTAVIO. ¿Dónde vas?

CÉSAR. Déjame, Otavio.
De ti formo justas quejas,
ilustrísimo señor,
pues, prosiguiendo la guerra,
nombras otro general;
y así, me has de dar licencia
para que me vuelva a España,
a Francia o Ingalaterra.
Llama a Roberto almirante,
duque de Calabria sea,
cásale con doña Blanca,
que no es bien que lo merezca
un deudo tuyo a quien haces
tantos géneros de afrentas.
Dejárasme en la prisión...,
pero en más prisión me dejas,
pues me dejas de tu mano
y de tu amor me destierras.
¡Qué bien mis servicios pagas!

REY. Almirante, nadie entienda
que para venganzas mías
trato las honras ajenas.
A Roberto di el bastón
después que quise que fueras
marido de doña Blanca,
no de Marte, de amor guerra.
¿Es esto verdad, Otavio?

OTAVIO. ¿Diciéndolo vuestra Alteza
eran menester testigos?

ROBERTO. Si César, señor, desea
la guerra, aquí está el bastón.

CÉSAR. Roberto, muy bien se emplea
en ti. Sólo del amor
del Rey formo justas quejas.

REY. Almirante, yo os le tengo,
y porque mejor se entienda
que trato verdad con vos,
hoy me caso con la reina.
Dad vos la mano a mi hermana.

CÉSAR. ¿Qué respondes?

DUQUESA. Que no crea
el Rey que soy reina yo.

REY. ¿Cómo?

DUQUESA. No hay en mi cabeza
corona de tantos rayos.

REY. Basta que del sol lo seas.
Ya eres mía, pues naciste
emperatriz de belleza,
reina de la discreción,
laurel que en las almas reina.
Hoy has de ser mi mujer,
como una mujer no seas,
que sólo ser ella puede
oscurecer tu belleza;
no lo siendo, serás mía,
la mano te doy en prendas.
Mas si por dicha lo eres,
como el alma ya lo piensa,
confesaré que he tenido
mala voluntad a César,
y para vengarme dél
confieso que te le diera
por marido, porque ansí
vengarme en los dos pudiera,
dando, al fin, a cada uno,
aunque por tal no lo tenga,
lo que yo más aborrezco.

DUQUESA. Airado, verdad confiesas.
Pero ¿quién es la mujer
con quien castigarle intentas?

REY. La duquesa de Milán.

DUQUESA. Pues yo soy.

REY. ¿Quién?

DUQUESA. La Duquesa.
Cumple la palabra, Rey,
y dame a César.

REY. Quisiera
quebrarla; mas no es razón,
que en reyes es cosa fea.
Daos las manos, que yo quiero
volver a dársela a César.
Lo que es del rey, dése al rey.
Dadme vos la mano, Celia.

CÉSAR. Mi dicha alabo.

REY. Alabalda;
y, acabando la comedia,
Mirad a quién alabáis.

CÉSAR. Con licencia del poeta,
alabando tal senado
será la alabanza cierta.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA "MIRAD A QUIÉN ALABÁIS".

COMEDIA

DEL

M O L I N O

TIENE FIGURAS:

El Príncipe Arístipo.
El Rey, *su padre.*
El Conde Próspero.
Valerio *y* Rufino, *caballeros.*
Alberto Leridano, *viejo.*
Melampo.
Un Desposado.
Celia, *duquesa.*
Teodora, *su dama.*
Madama Princesa.
Laura, *hija de Leridano.*
Tres Soldados.
Un Paje. (1)

JORNADA PRIMERA

(Salen Valerio *y el* Príncipe.*)*

Valerio. Mejor viva Vuestra Alteza,
que en eso acertado ha.
Príncipe. Valerio, déjame ya,
no me quiebres la cabeza.
¡Vive el cielo, que es el Conde
preferido a mi valor.
Valerio. Yo sé de Celia, señor,
que a tu valor corresponde.
Engañado te han los celos
que de Próspero fabricas.
Príncipe. ¡Tarde medicina aplicas
a quien han muerto los cielos!
No hay remedio que me cuadre.
Valerio. Perdido estás, desa suerte.
Oye.
Príncipe. ¡Daréle la muerte,
por vida del Rey, mi padre!
Valerio. Si el conde Próspero fuera
el que la Duquesa amara,
¿a qué efeto te engañara,
ni tanto favor te hiciera?
Que ella está en su libertad
para amar y aborrecer.
Príncipe. ¿En condición de mujer
afirmas la voluntad?
Muéstrame, porque la quiero,
buen rostro y agradecido;
mas es el Conde querido
con este amor verdadero.
Es discreta, y agradece
de un príncipe el mucho amor,
estimando mi valor,
si alguna vez se le ofrece;
pero dale el alma grata
al traidor Conde en secreto,
que es el halcón, en efeto,
que nuestra garza nos mata.
Días ha que lo pensé;
mas no lo creí del todo,
por no agraviar de algún modo
mi calidad y su fe.
Mas ya que la vi rendida
darle ella propia un papel,
que a su fe la llamó fiel
y a mi calidad fingida,
yo creo lo que temí,
y creo lo que ha de ser.
Valerio. ¿Y qué pretendes hacer?
Príncipe. Hablalle, Valerio, aquí.
Valerio. ¿Hasle enviado a llamar?
Príncipe. No tardará de venir.
Valerio. ¿Y qué le piensas decir?
Príncipe. Lo que pudiere escuchar
y lo que mi celo pida.
Valerio. ¿Y será, en resolución...?
Príncipe. Que deje la pretensión,
o le quitaré la vida.
Valerio. ¡Riguroso mal!
Príncipe. ¡Terrible!
Celia me tiene intratable.

---

(1) Entran además Arselo, Galo, *un* Embozado.

VALERIO. Enfermo estás.
PRÍNCIPE. Incurable.
VALERIO. ¡Fiero dolor!
PRÍNCIPE. Insufrible.
VALERIO. Mucho pierdes de tu punto
en pedir al Conde celos.
PRÍNCIPE. Yo los tuve; pedirélos
al Conde y al mundo junto.
VALERIO. Yo le hablaré.
PRÍNCIPE. No quiero.
VALERIO. ¿Por qué?
PRÍNCIPE. Porque me es forzoso;
que mal se cura un celoso
con remedios de tercero.
Quiero que esta enfermedad
ella se busque el remedio.
VALERIO. Por más que me ponga en medio,
crece tu enojo.
PRÍNCIPE. Es verdad.

(Sale el CONDE PRÓSPERO *con dos criados.)*

CONDE. Mirad que estéis avisados
y no os apartéis de mí.
CRIADO 1.° ¿Cuándo en el servirte a ti
hemos sido descuidados?
CONDE. Si acaso estoy en aprieto,
haced como hidalgos.
CRIADO 2.° Llega,
que si en tu ofensa se ciega,
no ha de haber ley ni respeto.
CONDE. De un paje he sido avisado
que aquí te viniese a hablar.
PRÍNCIPE. Y en este mismo lugar,
Conde, te espero enojado.
CONDE. ¿Con quién, Príncipe?
PRÍNCIPE. Contigo;
porque ha días que te hallo
muy traidor para vasallo,
y fingido para amigo.
CONDE. Mal informado te tiene
quien te ha dicho mal de mí;
y eso no nace de ti,
mas del que a tu lado viene.
Y, ¡vive el cielo!...
VALERIO. Ya, Conde,
mal me pagas, desa suerte,
disculparte y defenderte.
CONDE. ¿Defenderme? ¿Cuándo, adónde?
PRÍNCIPE. ¡Basta, no más!
CONDE. Si el lugar
donde ahora me has traído
es donde yo te he ofendido,
él me puede disculpar.
Digan estas altas rejas,
estas piedras y paredes,
si por sus quiebras o redes
entraron jamás mis quejas.
Diga Celia si en mi vida
puse en ella el pensamiento,
y el mismo viento, si el viento
vió mi esperanza perdida;
diga un hombre si jamás
hablar me ha visto con ella.
PRÍNCIPE. Pues no lo negara ella,
si fuera el tormento más;
que quien ya se ha confesado
por escrito y por papel,
más se precia de fiel
que quien su fe le ha negado.
Próspero, yo estoy celoso,
con razón o sin razón;
tú tienes obligación
de procurar mi reposo.
Pierda yo aquesta sospecha,
o tú perderás la vida.
CONDE. Esa será bien perdida,
si a tu servicio aprovecha.
¿Mándasme que desde aquí
no la hable ni la vea?
PRÍNCIPE. Más firme quiero [que] sea
asegurarme de ti.
CONDE. Pues dime tu voluntad.
PRÍNCIPE. Conviene a mi desengaño,
Conde, que por todo un año
te ausentes de la ciudad.
Vete a tu tierra en buen hora,
que estás pobre, y será bien
que dejes la corte a quien
comienza a gastar ahora.
Ya has mostrado bien quién eres;
a mi padre has obligado
con hombres acreditado,
adorado de mujeres.
Descansa un año siquiera;
cuelga la espada dorada,
haz un arrimo o cayada
de alguna caña ligera;
y con esto, si aprovecha
el ponerlo yo a mi cuenta,
crecerá tu estado y renta
y menguará mi sospecha.
CONDE. Si atento sólo a mi bien
ese consejo me dieras,
ya pudiera ser que fueras
obedecido también;

mas, como el tiempo procuras
para quererme hacer daño,
he conocido el engaño
con que matas y aseguras.
Príncipe, con justa ley
tienes poder para honrarme;
mas no para desterrarme,
que aun ahora no eres rey.
Conténtate que no vea
ni hable a Celia jamás.

PRÍNCIPE. Loco y atrevido estás,
y es fuerza que yo lo sea.
¿No bastaba ser mi gusto,
sin que haya ley que lo impida,
y el no quitarte la vida
por el pasado disgusto,
infame, vil, mal nacido,
traidor, cobarde sin ley?

CONDE. A no ser hijo de un rey,
yo te hubiera respondido.
Mas tu afrenta no es afrenta,
porque es la misma justicia,
aunque tu mucha malicia
tirano te representa;
que, si tú fueras mi igual,
cuerpo a cuerpo, yo te hiciera...

PRÍNCIPE. ¿Qué hicieras?

CONDE. Lo que pudiera.

PRÍNCIPE. ¿Qué pudieras?

CONDE. Mucho mal.

PRÍNCIPE. Y si yo fuera tu igual,
como yo no fuera hombre...

CONDE. Muchos tienen ese nombre,
y son mujeres.

PRÍNCIPE. ¿Hay tal?
Ya estoy por bajarme a ser
quien eres, y ser tu igual,
no más que por ver el mal
que tú me puedes hacer.

CONDE. Prueba.

PRÍNCIPE. Digo que ya soy
tu igual y que no soy rey,
y que sujeto a la ley
como los demás estoy.
Mira ahora lo que quieres;
respóndeme, mal y bien.

CONDE. ¿Ya no eres rey?

PRÍNCIPE. No.

CONDE. Pues ¿quién?

PRÍNCIPE. Un hombre como tú eres.

CONDE. ¿Y dices que soy villano,
infame, vil y traidor?

PRÍNCIPE. Y que lo diré mejor
con esta espada en la mano.

CONDE. Pues en cuanto dices, mientes;
y recibe aqueste guante.

PRÍNCIPE. ¿Habrá maldad semejante?

CRIADO 2.º ¡Muera, aparta!

CRIADO 1.º ¡No lo intentes!

PRÍNCIPE. ¿Con las espadas desnudas
estáis delante de mí?

CRIADO 2.º Verás, si pasas de aquí,
que tienen puntas agudas.

PRÍNCIPE. ¿Cómo, al Príncipe?

CRIADO 1.º Eso, no;
que tú mismo has confesado
que eres nuestro igual.

VALERIO. Tú has dado
la ocasión.

PRÍNCIPE. Páguelo yo.

(Vase el CONDE *y sus criados.)*

Envaina, Valerio amigo,
que algún día aquesta espada,
y aun luego, verás manchada
de sangre de mi enemigo.
¡Ah, traidor Conde, villano!
¡Ah, mal Conde!...

VALERIO. Aquesta afrenta
está, señor, a tu cuenta.
¡Muera el Conde!

PRÍNCIPE. ¡Ah, falsa mano!
¡Vive Dios, que en este muro
estoy por quebrar la espada!

(Salen CELIA, *duquesa y* TEODORA, *su dama.)*

DUQUESA. Bajo, Teodora, turbada,
que el sol me parece oscuro.

VALERIO. La Duquesa te ha sentido,
pues que sale de la huerta.

PRÍNCIPE. Como el que sueña y despierta
tengo, Valerio, el sentido.

DUQUESA. Príncipe, ¿qué espada es ésta,
qué rigor, qué cuchilladas?
No están a verlas mostradas
paredes de dama honesta.
No es aqueste buen indicio,
si esperaban mis paredes,
con vuestras muchas mercedes,
ser un eterno edificio.
¿Las piedras acuchilláis?

PRÍNCIPE. No es muro que sufre yedras,
y ansí, acuchillo las piedras
por ver si en ellas estáis;

que a mi grave pesadumbre
sois de pedernal tan fiero,
que aun es menester acero
para haceros saltar lumbre.
A Valerio le decía,
cuando en estas piedras daba,
que más difícil entraba
amor donde amor no había;
y como el amor me fuerza,
ensayo mi libertad
a que, en vez de voluntad,
me aproveche de la fuerza.

DUQUESA. Según eso, no es amor
el que decís que tenéis.

PRÍNCIPE. Pues ¿cómo le llamaréis?

DUQUESA. Tema, locura, furor.

PRÍNCIPE. Bien al fuego que me quema
se pueden dar tales nombres.

DUQUESA. Bien digo yo de los hombres
que los más quieren por tema.
Resístese una mujer
de un hombre al primero ruego,
y cuanto procura luego
no es amar, sino vencer.

PRÍNCIPE. Nunca por sola porfía
de sujetaros, Duquesa,
he seguido aquella empresa,
ni para llamaros mía;
sino porque el vivo fuego
que agora me desatina,
para serviros me inclina,
y me abrasa, loco y ciego.
Este amor no fué elegido
como cosa accidental,
aunque ha sido tanto el mal,
que fuera mejor fingido.
Yo os amo, ¡y pluguiera a Dios
que este fuego que me quema
no fuera amor, sino tema,
y que venciérades vos!
Que yo os dejara de amar,
como en mi mano estuviera,
y más cuando alguno hubiera,
como ahora, en mi lugar.

DUQUESA. ¿Alguno, Príncipe?

PRÍNCIPE. Alguno,
y más que yo, cuando menos,
que aunque soy bueno entre bue-
soy para con vos ninguno. [nos,

DUQUESA. Más que vos, ¿quién es?

PRÍNCIPE. ¿Quién es?
Quien próspero de favor
puso en el cielo su amor
y tiene un rey a los pies.

DUQUESA. ¿El conde Próspero?

PRÍNCIPE. El Conde.
¿Para qué os hacéis de nuevas?

DUQUESA. No es negocio para pruebas,
pero mi valor responde.
Y alegara de mi parte
que ha de ser rayo del cielo
quien, fuera de ti, en el suelo,
me abrase y puede agraviarte.
¡Qué león tan bravo y fiero,
qué Narciso tan hermoso,
qué príncipe poderoso,
o qué galán caballero?
Anda, que es impertinencia
pedirme celos de un loco.

PRÍNCIPE. Que lo esté, Celia, tan poco
desatina la paciencia.
Dame tú que fuera él,
que si yo loco estuviera,
fuera, si de mí tuviera
los celos qué tengo dél.

DUQUESA. ¿No estaba contigo aquí
el Conde?

PRÍNCIPE. Di cuándo.

DUQUESA. Agora.

PRÍNCIPE. No, por Dios.

DUQUESA. Señor...

PRÍNCIPE. Señora,
creedme que no le vi.
Que pudo ser que rondase,
como suele, vuestra huerta;
mas no que junto a la puerta,
donde yo he estado, llegase.
Mi mal habéis conocido,
y mis celos alterado;
pero una nueva me han dado,
de que vuestro Conde es ido;
y ansí, me dará lugar,
mientras dura aquella ausencia,
que descanse la paciencia,
tan enseñada a callar.

DUQUESA. ¿El Conde es ido?

PRÍNCIPE. Sin duda.

DUQUESA. ¿Y adónde?

PRÍNCIPE. Un camino largo.

DUQUESA. ¡Ay!

PRÍNCIPE. El secreto os encargo.

DUQUESA. Haced cuenta que soy muda.
Mas no lo estarán los ojos;
que hablarán pidiendo al cielo,
con lágrimas, el consuelo
de su luz y mis enojos.

¿Y entendéis que volverá?
PRÍNCIPE. Imposible me parece.
DUQUESA. Buena ocasión se os ofrece
para aseguraros ya.
Segura tenéis la gloria,
que amor os dará en ausencia.
PRÍNCIPE. ¿Qué importa, si la presencia
está fresca en la memoria?
Pero será flaca herida
la que me puede ofender;
que, aunque prenda, sois mujer,
que en ausencia presto olvida.
DUQUESA. ¿Cómo?: ¿os vais?
PRÍNCIPE. Vame la honra
en apartarme de vos.
DUQUESA. ¿La honra?
PRÍNCIPE. ¡Sí, vive Dios!
DUQUESA. ¿Luego mi casa os deshonra?
PRÍNCIPE. Lo que aquí me he detenido,
me puede hacer mucho daño.
DUQUESA. (Por detenerle, le engaño.
¡Mal Conde, Conde atrevido!)
Señor...
PRÍNCIPE. Déjame.
DUQUESA. Otras veces,
que os fuésedes os rogaba.
PRÍNCIPE. Valerio, el caballo: ¡acaba!

(Vanse VALERIO *y el* PRÍNCIPE.)

DUQUESA. Señor...
TEODORA. ¿Qué te desvaneces?
Déjale ir.
DUQUESA. ¡Calla, necia!,
que no sabes lo [que] pasa.
Hoy se abrasará mi casa,
y he de ser otra Lucrecia.
TEODORA. Pues ¿qué temes?
DUQUESA. Mala suerte,
si el cielo no me socorre.
TEODORA. ¿Cómo ansí?
DUQUESA. Desde esta torre
he visto agora mi muerte.
TEODORA. ¿Tu muerte?
DUQUESA. Mi muerte, pues;
porque vi al Conde, sin duda,
toda la espada desnuda
contra el Príncipe.
TEODORA. ¿Y después?
DUQUESA. Y después, a sus criados.
TEODORA. ¿En qué han parado?
DUQUESA. Huyeron,
que menos mal prometieron
los celos averiguados.

(Sale el CONDE PRÓSPERO.)

CONDE. ¡Celia, Celia!
DUQUESA. ¡Ay, Dios! ¿Quién llama?
CONDE. Un muerto que vive en verte;
que, si descansa en la muerte,
la misma vida desama.
DUQUESA. ¡Próspero!
CONDE. ¡Celia!
DUQUESA. ¡Mi bien!
¿Hay atrevimiento igual?
¿Puede ser mayor el mal
cuando la muerte me den?
CONDE. Por lo que dices, entiendo
que todo el suceso sabes,
¿y es justo que tú te alabes
de lo que yo estoy muriendo?
DUQUESA. ¿Qué has hecho?
CONDE. No pude más;
que fué cólera y honor.
DUQUESA. No fué, sino poco amor,
con que la muerte me das.
¿Estabas loco?
CONDE. Sí, estaba;
que por ti, sufrir debiera
cualquiera cosa que hiciera,
pues un rey no me agraviaba;
pero nada fué bastante,
que para honrados enojos,
la misma luz de los ojos
se ciega, si está delante.
DUQUESA. Y, ya que a mí me has perdido,
¿cómo te quieres perder,
¡traidor!, en venirme a ver,
habiendo un rey ofendido?
¡Apenas se va de aquí,
cuando te vienes tras él!
CONDE. Estoy más seguro dél
aquí adonde le ofendí;
que en huirme solicito
pensará en su mal deseo,
que nunca se vuelve el reo
donde cometió el delito.
DUQUESA. ¿A qué vienes?
CONDE. A morir.
DUQUESA. Piensa en lo que has de hacer.
CONDE. ¿Qué tengo ya qué perder,
pues que me mandas partir?
Antes el tener perdida
la vida será mejor.
DUQUESA. Pierde mi vida, ¡traidor!,
que la llevas con tu vida.
¡Huye, escápate! ¿Qué aguardas?

CONDE. Sola tu vida pudiera
hacer que Próspero huyera;
tú eres quien me acobardas.
Y este verme enflaquecer,
y que este temor me asombre,
no es temer la muerte un hombre,
mas amar una mujer.
¿Dónde me mandas que huya,
mientras esta furia pasa?
DUQUESA. ¿No hay de un amigo una casa?
CONDE. ¿Y qué mejor que la tuya?
DUQUESA. Serás luego descubierto,
que tiene ya los criados
el Príncipe sobornados,
y a manos de alguno, muerto.
Y como es aquesta huerta
más aldea que ciudad,
y está en esta soledad
tan guardada y encubierta,
cuando entrases allá dentro,
el salir es imposible,
y a mi honor es convenible
quitar ese mal encuentro.
Mejor será que te vayas
fuera del reino unos días;
no a tierras tuyas ni mías,
sino a las ajenas playas;
que mi palabra te doy
de no ser de otro mujer,
y aunque no te vuelva a ver,
haz cuenta que tuya soy.
Tú lo has querido, tú mismo;
tú, Conde...
CONDE. ¡Gentil consuelo
agora me cubre el cielo,
cuando estoy en el abismo!
¿Esas lágrimas, por dicha,
han de aplacar este fuego?
DUQUESA. No; que lo encenderá luego
el aire de mi desdicha.
Mas soy, Próspero, mujer,
a quien es dado llorar.
CONDE. Yo te quisiera imitar,
mas nunca lo supe hacer.
¿Al fin mandas que me vaya,
y del reino me destierras?
¡Quien paz tiene y busca guerras,
que bien pierda y que mal haya!
DUQUESA. Este es el postrer remedio,
y que en llegando me escribas.
¿Será posible que vivas,
tanto mar y tierra en medio?
CONDE. Sí, que al fin me mandas ir;
y quien tal puede mandar,
podrá sin vida quedar
y sin el alma vivir.
DUQUESA. Mira que ha un hora, y más,
que de la huerta salí.
CONDE. Pues, di: ¿pártome de ti,
y tanta prisa me das?
¿Qué es esto, Celia, qué es esto?
¿Hay alguna novedad?
Mi bien, ¡ya es mucha crueldad!
DUQUESA. ¡Huye, por Dios; huye presto!
Temo que te hallen aquí,
y te maten a mis ojos,
para que en ver tus despojos
me maten sin hierro a mí.
Que como claro se infiere
que el hijo que no ha nacido
muere en el vientre, escondido,
si acaso la madre muere,
ansí, matando tu vida,
quedará el cuerpo deshecho
de la que tengo en mi pecho,
y morirán de una herida.
Vete con Dios, que yo espero
librarte con este brazo.
CONDE. Pues dame el postrer abrazo.
DUQUESA. Toma el abrazo postrero.
Digo postrero esta vez,
que después de la partida
seré tu esposa.
CONDE. Eso pida
el alma, que es el juez.
Mira que sólo te encargo
que, si a dicha me olvidares
y otro nuevo amor tomares
en este destierro largo,
como el Príncipe no sea,
sea cualquier caballero.
DUQUESA. ¿Eso pides?
CONDE. Eso quiero.
¡Ansí yo vuelva y te vea!
DUQUESA. Esa palabra te doy,
y esta cadena.
CONDE. Este anillo
te doy, pues.
DUQUESA. Con recebillo
soy tu esposa y vida soy.
CONDE. ¡Adiós!
DUQUESA. Vete por detrás
deste cercado.
TEODORA. ¡Adiós, Conde!
CONDE. Teodora, adiós. ¡Voyme!
TEODORA. ¿Adónde?

CONDE. ¡Donde no parezca más! *(Vase.)*

TEODORA. ¡Enternecida me dejas!

DUQUESA. ¡Ah, tiempo mudable y vario,
es en balde y necesario
formar de tu agravio quejas!
¡Qué triste suceso ha sido
el que mi bien me ha quitado!
Siempre el más determinado
llora más arrepentido.

(Vanse, y salen el PRÍNCIPE *y* VALERIO *y* ARSELO *y* GALO, *soldados.)*

PRÍNCIPE.

En todo voy siguiendo tu consejo;
que este Conde, Valerio, es atrevido,
y ansí será muy cierto que a deshora,
disimulado, bien venga a hablarla,
donde podrá venir a nuestras manos
y al pago que merece su locura.

VALERIO.

Dado un pregón que mandas en la corte
que quien te diere preso al conde Próspero
le darás otro tanto como él tiene,
título, hacienda, villas y lugares,
por loco se tendrá el que no lo diere;
pero, para saber si acaso escribe
a Celia y la Duquesa le responde,
es bien que pongas a los muros guardas,
y en todas las que tienes escogidas,
de Arselo y Galo, que presentes tienes,
puedes hacer tan justa confianza
como merecen dos soldados tales,
hidalgos, belicosos y valientes.

GALO.

Por tu valor, Valerio valeroso,
que siempre a tus hechuras favoreces,
pónganos do quisiere nuestro Príncipe,
que ni el pesado sueño de la noche,
ni aun otras mil prolijas circunstancias,
divertirán un poco nuestros ánimos.

ARSELO.

Yo creo, gran señor, del buen deseo
con que en aqueste caso te servimos,
que ha de llegar a colmo tu esperanza.

PRÍNCIPE.

Más que eso fío yo del valor vuestro,
y la paga de todo es a mi cargo.

(Vanse, quedan el PRÍNCIPE *y* VALERIO.)

¿Qué te parece, Valerio?

VALERIO. Que si esto adelante pasa,
será de Celia la casa
recogido monasterio.

PRÍNCIPE. Pues ¿por qué ha de pasar?

VALERIO. Porque llevo un prosupuesto:
que al Conde hallarás muy presto,
en quien te puedes vengar.

PRÍNCIPE. ¿Qué dices de la Duquesa?

VALERIO. Que disimula tan bien
el querer al Conde bien,
que creo que no le pesa.

PRÍNCIPE. Mi padre viene.

VALERIO. Sospecho
que ya tu negocio sabe.

PRÍNCIPE. Que me riña, o que me alabe,
yo pongo al peligro el pecho.

(Salen el REY *y* RUFINO.)

REY. ¿Qué es esto que han pregonado,
con que alborotas mi corte?

PRÍNCIPE. Cuando a tu valor importe,
¿habré, por ventura, errado?

REY. A mi valor puede ser.
¿Matar a Próspero?

PRÍNCIPE. Escucha,
que es mucha la culpa.

REY. ¿Mucha,
mucha amar a una mujer?

PRÍNCIPE. ¿Quién pudo haberte informado,
que tal maldad te contó?

REY. ¡Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. Eso, no,
mientras estás enojado.

REY. ¡Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. Paciencia.
Iréme, por no enojarte.

RUFINO. Bien haces en apartarte
agora de su presencia.

PRÍNCIPE. Iréme, desesperado,
por dar gusto a tu rigor,
del mundo.

RUFINO. Calla, señor;
que es padre, al fin, aunque airado.

(Vanse el PRÍNCIPE *y* VALERIO.)

REY. ¡Oh, mozo mal advertido,
loco, vano, mal mirado,
a todos los vicios dado,
a ningún bien recogido!
¿Con qué acuerdo, o qué consejo

hace a un hombre tantos daños,
cuyo padre muchos años
me ha servido, mozo y viejo?

PAJE. Señor, aquí está una dama
que quiere hablarte.

REY. ¿Quién es?

PAJE. Podráslo saber después:
mujer del Conde se llama.

REY. ¿Del Conde?

PAJE. Sí, mi señor;
así lo dice; y, cubierta,
pide para entrar la puerta.

REY. ¿Sola?

PAJE. Sola.

REY. ¡Grande amor!
Di que entre.

RUFINO. Pues ¿no sabrás
si lo merece? No sea
alguna grosera y fea.

REY. ¡En gracioso extremo das!
¿Parécete que mujer
del conde Próspero, acaso
ha de ser de cada paso?

RUFINO. Yo sigo tu parecer.

(Entra la DUQUESA.)

DUQUESA.

Aunque haya sido grande atrevimiento
venir, excelso Rey, a tu presencia;
mas como de mujer el sentimiento
sea parte de justicia y de clemencia
que en tu pecho real el cielo puso,
me dieron para aquesto esta licencia;
estarás espantado, y aun confuso,
de ver que una mujer, y no casada,
a semejante hazaña se dispuso;
pero, si no lo estoy, estoy prendada
a peligro de fama, vida y honra.
Tu hijo lo estorba, de quien soy forzada,
pues pretende ver cierta mi deshonra;
estórbale, señor, remedio mío,
pues la ocasión legítima me honra.
Yo soy hija del duque Leonadío,
viejo y enfermo de servirte en guerras
al fuego indiano y al flamenco frío;
saben aquesto conquistadas tierras
que tienes hoy por él, y tú lo sabes,
aunque de tu memoria lo destierras.
Amor, que nunca vino en gruesas naves,
con salva ni alboroto, mas secreto,
hasta tomar del corazón las llaves,
como somos iguales, en efeto,
a mí y al conde Próspero nos puso
de matrimonio el yugo más perfeto.
Nunca a pedirme al Duque se dispuso,
de miedo que tu hijo, como agora,
hiciese la maldad de que le acuso.

REY.

Refrenad esas lágrimas, señora,
que para tan honrados ojos bastan,
pues siempre mueve la mujer que llora;
en balde perlas tan hermosas gastan,
si ya no piensan que es de piedra el pecho,
y como tal le rinden y contrastan.
Cuanto a lo de la justicia, satisfecho
estoy del Conde, cierto; y de mi hijo
creo lo que encubrís y yo sospecho.
Id norabuena, que el dolor prolijo
que agora os atormenta y apasiona
será muy presto gloria y regocijo:
yo guardaré del Conde la persona
de la manera que la propia mía.

DUQUESA.

Guarde el cielo esa real corona,
que en esa fe, como es razón, confía
aquesta hechura de un leal vasallo
que sirvió, señor, cuando podía.

(Vase la DUQUESA.)

RUFINO.

¡Gentil talle!

REY.

¡Gentil! Y de mirallo
me pretendí guardar.

RUFINO.

¡Dichoso el Conde,
pues solamente tiene de gozallo!

REY.

No hay palmo, desde aquesta tierra adonde
el contrapuesto mar del occidente
la cabeza del sol baña y esconde,
que no haya andado y visto variamente;
pero jamás, Rufino amigo, he visto
tan bellos ojos, boca, ceja y frente.

RUFINO.

¿Hate agradado?

REY.

Tanto, que resisto
a toda fuerza el daño.

RUFINO.

Pues ¿qué aguardas?

REY.

Mi reino te daré, si la conquisto.

RUFINO.

¿Tan presto tanto amor?

REY.

Ya me acobardas,
tirano amor, en ver que no han podido
romper el fuego y corazón las guardas;
como a arruinada torre me has batido;
al fin, la barbacana me has ganado;
viejo en cabello fuí, mozo en sentido.
No en balde estaba el Príncipe prendado;
disculpa tiene de su mal, Rufino,
pues está tan celoso y agraviado.

RUFINO.

¿En qué rayo del cielo envuelto vino
ese fuego de amor que ya te abrasa?

REY.

O fué su hechizo, o fué mi desatino,
si es amor un espíritu que pasa
por los ojos al alma, y la sujeta,
como por el cristal el sol traspasa.
Todo lo altera amor y lo inquieta.

RUFINO.

Busca remedio, déjate de enimas,
si es hechizo el amor, rayo o saeta.
Si a tal empresa el corazón animas,
¿cuál ocasión, di, siendo Rey, te altera?

REY.

Poco el valor de la Duquesa estimas.
Si el Príncipe, mi hijo, que pudiera,
con gentileza y años juveniles,
obligarla que al Conde aborreciera,
es desechado entre personas viles,
un pobre viejo como yo, ¿qué presta?

RUFINO.

Ulises era astuto, y fuerte Aquiles;
no impidas, Rey, tu voluntad dispuesta,
y haz buscar al Conde y dale muerte,
pues está tu ventura en esto puesta;
y habiéndole hallado, desta suerte,
teniendo preso al Conde, por liballe,
se rendirá la fortaleza fuerte.

REY.

Bien dices. Yo pretendo hacer buscalle;
que por su libertad será la mía,
y al Príncipe podemos engañalle.

RUFINO.

De tu valor y de tu ingenio fía.

REY.

En eso sólo mi remedio dejo.
Vamos, que luego que se acabe el día,
en achaque de ver al Duque viejo,
cual su largo servicio merecía,
veré de aquestos ojos el espejo.

(Vanse, y sale el CONDE PRÓSPERO *como labrador.)*

CONDE. Fortuna, jamás cansada
de mudar la humana vida,
que dando no diste nada,
porque es tu gloria fingida,
y tu firmeza prestada,
¿dónde por estos desiertos
guías mis pasos inciertos,
tan cerca ya de perdidos,
que llevo por los oídos
ya los pensamientos muertos?
Muerto voy, porque el traidor
que me va siguiendo es fuerte,
y vivo por el temor
de la vida y de la muerte,
que no sé cuál es mayor.
La muerte no la deseo,
porque no goce quien creo;
que es la vida que he perdido,
ni la vida, porque ha sido
el peligro en que me veo.
Mas la muerte ha de vencer;
que, según seré buscado
de tanta fuerza y poder,
no hay desierto ni poblado
donde me pueda esconder.
Huyendo de mi linaje,
sin caballo ni sin paje,
vengo, y quiero que se queden,
por ver si esconderme pueden
este bosque y este traje.
Que lejos de la ciudad
sé yo que me van buscando,
y con más seguridad
aquí viviré llorando
mi ausencia y mi soledad.
Desde esta orilla del río,

si del bosque me desvío,
mis ojos contemplarán
donde los tuyos están,
Celia hermosa, cielo mío.
Desde aquí, siquiera el viento
me traerá nuevas de ti,
y podrá mi pensamiento
ir al lugar que perdí
con más fácil movimiento.
Aquí, sobre esta cayada,
el alma triste y cansada,
quiero descansar. ¿Si el peso
del pesar en ella impreso
sufrirá sin ser quebrada?
Sed, cayada, fuerte palma;
pero probemos los dos
a tener en una calma
cuerpo y alma. El cuerpo, vos,
y yo, mientras vivo, el alma.

(Salen, como del molino, LAURA, *hija del molinero, tras* MELAMPO, *mozo del molino, tirándole salvado.)*

LAURA. Aguárdame, burlador.
MELAMPO. Si me alcanzas. *(Vase.)*
LAURA. ¿Alcanzarte?
Fuera lícito a mi honor,
que, según leyes de amor,
ventaja pudiera darte,
porque venciera a Atalanta
y a la Amazona que espanta,
pues por los trigos corría,
y en las espigas ponía
de una en otra la planta.
¿Qué hace aquél labrador
sobre la cayada echado?
¡Hola! ¿Qué digo? ¡Señor!
¡Qué lleno está de cuidado
y qué falto de color!
Sin duda, al molino vino
de algún pueblo convecino,
y yo no le he visto entrar.
Mas quiérole despertar.
De esta vez me determino.

(Echale un puñado de harina o salvado.)

CONDE. ¡Que me ahogo, santo cielo!
¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Favor!
LAURA. No tengáis desto recelo.
Despertad, buen labrador.
Bajad los ojos al suelo.
CONDE. ¿Y sois vos quien me ha burlado?
LAURA. Sacudíos el salvado
y veréis quién os burló.
CONDE. Si esa mano me tiró,
salvo estoy de mi cuidado.
LAURA. ¿En salvado os ahogáis?
¡Cochino debéis de ser!
CONDE. Mejor diréis en placer;
que el mucho que en veros dais
a todos puede exceder,
que, a tanto bien, es estrecho
el aposento del pecho.
LAURA. Sacudíos el salvado.
CONDE. Conviéneme estar manchado
de la mano que lo ha hecho.
LAURA. Sacudíos.
CONDE. Bien estoy,
que yo sé que de esta suerte
más desconocido voy.
LAURA. ¿De quién?
CONDE. De la misma muerte,
pues ya de la vida soy;
que esta señal conocida
es vuestra, que es de la vida
que me habéis dado con veros.
LAURA. Más señal de molineros.
CONDE. ¿Soislo vos?
LAURA. Y aquí nacida.
CONDE. ¿Sois hija del dueño?
LAURA. No;
el dueño es más ancho y largo;
empero soy hija yo
del que lo tiene a su cargo
y por un año arrendó.
El dueño es dueño de brío.
Son del Duque Leonadío
y de Celia, la Duquesa,
desde bosque hasta la presa.
CONDE. Son del mismo dueño mío.
¡Qué buen dueño y qué divino!
¡No en balde el alma me inclina
a seguir este camino!
LAURA. A ver me vuelvo la harina.
¿Qué mandas para el molino?
CONDE. Esperad.
LAURA. ¿Qué me queréis?
CONDE. Que una razón me escuchéis,
pues me tirastes salvado.
LAURA. Sí haré, si habéis despertado
del cuidado que tenéis.
CONDE. Grande yerro hubiera sido,
aunque una noche de enojos
ha de dormir el sentido,
habiendo ya el sol salido;

que salió con vuestros ojos.
Despierto estoy, y contento
de que una noche que os cuento
soñaba que me ahogaba
en un mar que navegaba,
donde toda el agua es viento,
y que cuando desperté
al favor de vuestra mano,
puerto próspero tomé.

LAURA. Mucho habláis de cortesano.

CONDE. Nunca en ella puse el pie.
¿Vuestro padre tiene aquí
alguien que le sirva?

LAURA. Sí.

CONDE. ¿Cuántos?

LAURA. Dos mozos tenía;
pero fuése el otro día
el uno a casarse.

CONDE. ¡Ah! ¿Sí?

LAURA. Y por mi mal.

CONDE. ¿De qué suerte?

LAURA. Porque por dalle mi vida,
gustó de darme la muerte.
¡El más firme amor se olvida!
¡No hay cosa en el mundo fuerte!

CONDE. ¿Pensaste casar con él?

LAURA. Penselo.

CONDE. ¡Ay suerte cruel!
Moza ha habido en mi lugar.
con quien me pensé casar.

LAURA. ¡No hay esperanza fiel!
Pues ¿quedó por ella?

CONDE. No,
sino que otro mayoral
más rico me la quitó.

LAURA. ¿Y ése llamáis mucho mal,
si a pura fuerza os dejó?
¡Ay de quien sufre sin ella!

CONDE. ¡Por Dios, molinera bella,
que yo no le lloraría!

LAURA. Ya no estoy como solía.
¡Cómo esto el tiempo atropella!
Ya me alegro, taño y canto,
ya no lloro ni estoy triste,
ni de memorias me espanto;
que mal el daño resiste
la pura fuerza del llanto.
¿No me viste cuál retozo
con el uno y otro mozo
tirándoles el salvado?
Aunque lo busco prestado
doy muestras de risa y gozo.

CONDE. Mucho sabe una mujer
por más liviana que sea
en materia de querer.

LAURA. ¿Qué dices?

CONDE. Que no eres fea
y que has de hacerme un placer.

LAURA. ¿En qué?

CONDE. En decirme tu nombre.

LAURA. Todo el nombre y sobrenombre
se encierra en Laura no más.

CONDE. ¡Firme nombre!

LAURA. Y que jamás
halló verdadero un hombre.

CONDE. Yo sé que si me quisieras
el más verdadero hallaras;
y porque hablemos de veras
y sepas que en almas claras
hay palabras verdaderas,
en lugar del que se fué
a tu padre serviré
y te daré el alma a ti.

LAURA. De los dos te doy un sí
por galardón de tu fe.
Si a mi padre servir quieres,
yo haré que te dé el partido
que tú mismo le pidieres.

CONDE. Eso, perdón; otro pido.

LAURA. ¿Burlas?

CONDE. ¡Bueno!

LAURA. ¿De adónde eres?

CONDE. De aquí soy, de Belmirar,
aunque ya sólo soy tuyo.

LAURA. Conozco bien el lugar.

CONDE. Conocerán lo que es suyo
los que me quieren matar.

LAURA. Pues ¿quién te busca?

CONDE. Esos ojos
me buscan el corazón,
y conozco que es razón,
que los que me dan enojos,
señora, tus ojos son.

LAURA. Digo que me mueve a risa.

CONDE. Huyo de dalle ocasión
a quien anda en mi pesquisa,
porque ya el alma me avisa
que me miran a traición.

LAURA. ¿Hablas conmigo?

CONDE. ¿Pues no?

LAURA. Ahora bien: quiero llevarte.
¿Cómo te llamas?

CONDE. ¿Quién? ¿Yo?
Del martes tengo harta parte,
que sus desdichas me dió.

LAURA. Pues ¿qué? ¿Llámaste Martín?

CONDE. El mismo nombre.
LAURA. Y, en fin,
¿quieres servir?
CONDE. Y tan fiel
como Jacob por Raquel,
si no se me muda al fin.
LAURA. No estoy de creerte un dedo;
pero ven; que ya de amor
es mensajero este miedo.
CONDE. De mi bien dirás mejor
si en este molino quedo.

(Vase LAURA.*)*

¿Hay locura más notable?
Permite, cielo, que hable
en tal punto al molinero
que me acoja donde espero
vida y puerto saludable;
que aquí la harina y vestido
sé yo que me han de tener
de tal manera escondido,
que pueda hablar y ver
a los que me han perseguido.
Y a Celia veré también,
cuando las cosas estén
en punto menos mortal;
que sin ella todo es mal,
y con ella todo es bien.

JORNADA SEGUNDA

(Salen MELAMPO, *mozo del molino, y otro molinero desposado.)* (1)

DESPOSADO. ¿Que es posible que ha llegado
a tanto extremo con él?
MELAMPO. Digo que pierde por él
el sentido enamorado.
DESPOSADO. ¿Tan presto puso en olvido
lo que me quiso?
MELAMPO. Es mujer;
sabe amar y aborrecer.
DESPOSADO. Bastante causa ha tenido,
que, en efecto, a su pesar
con Dalisa me casé,
y aquésta, ocasión le fué
para poderme olvidar.
Ella amó desesperada;
no debo ponelle culpa.
MELAMPO. Bien le basta la disculpa
de ser por otra olvidada.
Mas conmigo no la tiene,
pues con tu ausencia, debía
agradecer la fe mía
y no a quien se la mantiene;
que dos años la he querido,
aborrecido por ti,
y era bien quererme a mí
y no a un hombre de hoy venido.
Pero al fin su ingratitud,
teniéndola más ahora,
ha venido a que le adora
a costa de mi salud.
DESPOSADO. ¿Cuánto ha que está en el molino?
MELAMPO. Poco más habrá de un mes
que puso en casa los pies
y a darme la muerte vino.
DESPOSADO. ¿Cómo se llama?
MELAMPO. Martín.
DESPOSADO. ¿De dónde es?
MELAMPO. De Belmirar.
DESPOSADO. ¡Buen talle!
MELAMPO. El que basta a dar
a mi vida amargo fin.
El, que pudiera dar celos
no digo entre labradores,
pero entre aquellos señores
que compiten con los cielos.
Debajo de aquel sayal
es un hombre tan bien hecho,
que muchas veces sospecho
que es persona principal.
Buen rostro, gran cortesía,
gran músico de vihuela,
pues danza como en escuela,
todo para envidia mía.
Tira la barra una legua,
que no hay señal que no borre,
y si alguna yegua corre,
parece viento la yegua.
Tiene fuerza como un toro,
ligereza como cabra
y gracia que no hay palabra
que no parezca de oro.
Cuando aquesto considero,
yo propio a Laura disculpo.
DESPOSADO. Si él es tal, yo no le culpo,
que hombre soy, y bien le quiero.
Y si por sola la fama
se deja de hombres querer,
yo disculpo a la mujer

(1) A este mozo dió Hartzenbusch el nombre de Tamiro, que es el que lleva en el cuerpo de la obra.

que por sus obras le ama.
Ten, Melampo, sufrimiento,
pues te deja por quien vale
más que tú.

MELAMPO. No hay mal que iguale
a mi envidioso tormento.
Consuelo pudiera ser
que por otro me dejara
donde más partes hallara
y más dignas de querer,
si envidia no me hiciera
tanta guerra en el sentido.

(Sale LERIDANO, *molinero viejo.)*

VIEJO. Que ya Tamiro es venido.
DESPOSADO. Leridano es éste; espera,
no te vayas.
VIEJO. ¡Oh, galán!
Vengáis muy en hora buena.
DESPOSADO. ¡Oh, nuesamo!
VIEJO. Con gran pena
todos los de casa están,
que ha un mes que de ti no sa-
al fin, como hombre casado, [ben;
tus amos has olvidado.
De agradecido te alaben.
¿Cómo te va con tu esposa?
DESPOSADO. Bien, nuesamo, a su servicio.
VIEJO. Es el holgar buen oficio.
DESPOSADO. Un mes es cosa forzosa,
y no me olvido de vos,
que un costal os he traído
de aceituna.
VIEJO. ¿Hasla cogido?
DESPOSADO. Es del dote.
VIEJO. Bien, par Dios.
DESPOSADO. Y otro de buena bellota.
VIEJO. Buena tu ventura sea.
Haz por que Laura te vea
con sombrero y marquesota.

(Sale LAURA.)

MELAMPO. Ya sale; no hay que aguardar.
DESPOSADO. ¡Laura mía!
LAURA. ¡Tente; espera!
VIEJO. De verte galán se altera.
DESPOSADO. ¿No me quieres abrazar?
LAURA. ¿Yo abrazar hombres casados?
VIEJO. ¡Ea, muchacha!
DESPOSADO. ¿Qué, no estoy
más seguro, pues lo soy?
Olvida enojos pasados,
que con llaneza te quiero,
y dos cantarillas llenas
de arrope y de berenjenas
te traigo, y un queso entero.

(Abrázanse.)

LAURA. ¡Al fin, que te he de abrazar!
¡Ay, mala rabia te dé!
DESPOSADO. Abrázame, que yo sé
cuándo te pude apretar.

(Sale el CONDE, *y velos abrazados.)*

CONDE. Eso sí; bendígaos Dios.
Dadlo la recién venida.
MELAMPO. Quien bien ama, tarde olvida.
CONDE. Bien se dirá por los dos.
DESPOSADO. ¿Es éste acaso Martín,
el mozo nuevo?
CONDE. Yo soy.
DESPOSADO. Aficionado os estoy.
CONDE. Soy velloso como espín.
DESPOSADO. ¡Buen tallazo!
CONDE. Razonable.
Bien levanto un buen costal.
¿Queréis tirarme un real
o alguno que por vos hable?
Dos pies os doy de ventaja
con barra o piedra.
DESPOSADO. No ha un mes
que a vos os diera yo tres.
Ya no levanto una paja.
CONDE. ¿Tanto os heis debilitado
en un mes de casamiento?
DESPOSADO. Menos valiente me siento;
que muda el tomar estado.
VIEJO. Ahora bien: Martín, dejemos
las pláticas excusadas.
Las sacas ¿están cargadas?
CONDE. Seis en tres machos tenemos.
¿Para quién decís que son?
VIEJO. Para Celia, la Duquesa.
CONDE. De ir a la corte me pesa
en esta buena ocasión.
Y ¿tengo más que hacer
que ponellas en su casa?
VIEJO. No más. Hijos, ya se pasa
hora y tiempo de comer.
Melampo, corre a decir
que tengan la mesa puesta.
MELAMPO. Haced a Tamiro fiesta.

(Vase.)

VIEJO. ¡Nunca dejéis de gruñir!
Vamos, Tamiro, que quiero

hablarte de espacio.

DESPOSADO. Vamos.

(Vanse quedan el CONDE *y* LAURA.*)*

LAURA. ¿Qué tenemos? ¿Cómo estamos?
CONDE. Voyme.
LAURA. Espera.
CONDE. Desespero.
LAURA. Vuelve, Martín, esos ojos,
que son la luz de los míos.
CONDE. Mejor dijeras dos ríos
que han de llorar mis enojos.
LAURA. Sin causa te has enojado.
CONDE. Dios sabe la que he tenido,
pues a un hombre que has querido
entre tus brazos he hallado.
Ya vengo a experimentar,
aunque es con tan caro aviso,
que lo que un tiempo se quiso
tarde se viene a olvidar.
LAURA. Deja, mi bien, de quejarte
dese fingido favor;
que sólo ha sido su amor
ensayo para adorarte.
¿Piensas tú que le abracé
de mi propia voluntad?
CONDE. ¿Quién forzó tu libertad?
LAURA. Mi padre.
CONDE. ¿Tu padre fué?
LAURA. ¿No ves que me lo mandó?
CONDE. Tú pudieras excusallo.
Al fin, quisiste abrazallo.
No importa; paguélo yo.
Siempre queréis las mujeres
a quien os deja y desprecia.
LAURA. No fuí tan blanda, aunque necia.
CONDE. Yo sé bien, Laura, quién eres.
Que sin duda que te asió
con montera y sayo nuevo.
LAURA. ¿Por esas cosas me muevo?
Debo de ser niña yo.
Más me agrada tu capote
lleno de harina y salvado
que su sayo ajironado
de damasco y chamolete.
Pégame toda esa harina
en aqueste pecho y brazos,
mi alma, con dos abrazos.
CONDE. ¡Gracia tienes peregrina!

(Abrázanse.)

¡Ah, Celia, si aquesto vieras
a qué risa te incitara.
LAURA. ¿Aun no me vuelves la cara?,
luego ¿enojaste de veras?
CONDE. Estoy muy sucio y trocado;
otro día me verás
más limpio, y me abrazarás
si acaso vengo enfadado.
LAURA. Según yo tengo ventura
en amar quien me aborrezca,
¿quién duda que me acontezca
otra mayor desventura?
¿Quién duda que me suceda
lo que temo y adivino,
pues ya tiene en mi molino
fortuna puesta su rueda?
Cásate, ingrato, en buen hora,
que aunque es malo para mí,
ya de una vez aprendí
lo que he de llorar agora.
Ya viuda de dos maridos
soy primero que casada.
CONDE. (¡Oh, molinera pesada,
para moler los sentidos!
¡Si ya me dejases ir
a ver a Celia, mi bien!
Pero cese mi desdén,
por que me deje partir.)
¡Ea, mi Laura, no haya más!
No llores, cesen enojos;
no falte el sol en tus ojos,
con cuya luz me la das.
Mira que estoy de partida.
No te quedes enojada.
LAURA. ¡Mi bien!, en lo que te agrada
está mi muerte o mi vida.
No me digas más de un hombre
de quien la muerte deseo,
que huyo desde que le veo
y blasfemo de su nombre.
Como no muele el molino
con el agua que pasó,
así el amor que olvidó
no vuelve al mismo camino.
Tuya soy, ya soy más diestra,
pues amé a quien olvidase,
para que cuando te amase
fuese en amarte maestra.
CONDE. Mi Laura, todo lo creo;
vete, porque estoy de prisa;
pues ya de mi fe te avisa
la fuerza de mi deseo.
Dime qué te he de traer
de la corte.
LAURA. ¿Qué, te vas?

CONDE. Bien ves que no puedo más,
y que luego he de volver.
Voy a llevar esa harina
a casa de la Duquesa.

LAURA. Nunca de mandarte cesa
mi padre.

CONDE. Bien adivina,
si de mi servicio piensa
que has de ser el galardón.

LAURA. Hame dado el corazón
que te vas para mi ofensa.

CONDE. ¿Cómo?

LAURA. Que alguna mujer
te lleva con tanta prisa.

CONDE. Bien el corazón te avisa,
que la voy, mi vida, a ver;
que la Duquesa me lleva,
a quien esa harina llevo.

LAURA. ¿Y qué milagro tan nuevo,
Martín, que el alma te mueva?
Dícenme que es muy hermosa.
Haz tú, si bien me deseas,
de suerte que no la veas.

CONDE. No me faltaba otra cosa.
Voyme, que están ya cargados
los tres machos y el rocín.

LAURA. Pues no la mires, Martín;
lleva los ojos vendados.

CONDE. Bien ciegos de harina van,
aunque todo es menester,
que no me han de conocer
ciertos hombres que allá están.
¿Qué te traeré?

LAURA. En duda estoy.
Tráeme un pulido botín.

CONDE. Adiós, Laura.

LAURA. Adiós, Martín.

CONDE. ¡Mi Celia, que a verte voy!

(Vanse, y salen el PRÍNCIPE *y* VALERIO.*)*

PRÍNCIPE.

El Conde, en fin, Valerio, no parece,
y éste es de todos el mejor engaño,
pues la ocasión y el tiempo me le ofrece,
para alivio y remedio de mi daño.

VALERIO.

Puesto que amor las almas enloquece
y tiene con la muerte desengaño,
es entre gente sabia y preferida
a sus mayores gustos honra y vida.
Es Próspero discreto, como sabes,
y créeme que ha puesto en salvo el pecho
por tierra en postas, y por agua en naves,
y es buscalle intentallo sin provecho,
y ansí es mejor que con industria acabes
lo que no pueden fuerzas ni derecho,
y en ver que has admitido mi consejo
te juzgo en pocos años cuerdo y viejo.
Venga el conde fingido, y por la puerta
de Celia pase, con sus guardas preso,
que si aquesta prisión tiene por cierta
no hay duda que de pena pierda el seso.
Y como a veces el rigor concierta
lo más dificultoso de un suceso,
finge matarle, que si bien le quiere,
por velle libre hará cuanto pudiere.
Y por ventura, que es mujer, podría
(viéndole muerto, pues creerá su muerte)
trocar por esperanza tan baldía
la posesión de amarte y de quererte.

PRÍNCIPE.

¡Bien haya aquel que sus secretos fía
del hombre sabio, pues acerba suerte
y estrella rigurosa, mudar sabe
con la experiencia y ciencia que en él cabe!
¿Es tiempo ya que aquel balcón de enfrente
reciba luz con sus divinos ojos,
como las rojas luces del oriente
del claro sol con sus cabellos rojos?

VALERIO.

Paréceme que sí.

PRÍNCIPE.

Llama esa gente
con el conde fingido y sus despojos,
que sus pasos y estrépitos feroces
a la puerta de Celia darán voces.

VALERIO.

Ya vienen, como mandas, porque al punto
los tuve, gran señor, apercibidos.

PRÍNCIPE.

Pues pase cada cual al conde junto,
los cabos de las mechas encendidos.

VALERIO.

Verás del Conde Próspero un trasunto,
y los soldados todos prevenidos,
no menos que de hoy entre dos luces,
de picas y alabardas y arcabuces.

(Pasan, como soldados, los que pudieren con un hombre embozado.)

SOLDADO 1.°

Pase delante el escuadrón formado,
y téngase gran cuenta con el preso.

PRÍNCIPE.

Hase hecho muy bien, Valerio amado.
Quédate a ver el fin deste suceso.
¿Dónde está mi caballo?

VALERIO.

Queda atado
en una encina dese bosque espeso.

SOLDADO 1.°

A la puerta de Celia nos paremos,
que es orden que del Príncipe traemos.

(Páranse con el preso, y aparecen en la ventana la DUQUESA *y su criada.)*

TEODORA.

Llega, señora, llega, por tu vida;
verás un escuadrón de gente armada.

DUQUESA.

Ya vengo del temor descolorida,
y sobre el corazón la sangre helada;
que gente es ésta de crueldad vestida.

TEODORA.

Un preso llevan.

DUQUESA.

¡Ay, Teodora amada!
¿Si es el Conde?

TEODORA.

¿Qué dices?

DUQUESA.

Que sospecho
bien cierto que es el Conde.

SOLDADO 2.°

¡Bien se ha hecho!

(Vanse todos, queda VALERIO.)

DUQUESA.

¡Ah, señor caballero!

VALERIO.

¿Soy en algo
a vuestra señoría de provecho?

DUQUESA.

Que me esperéis os ruego, si algo valgo,
por ser quien soy, en vuestro honrado pecho.

VALERIO.

¡Que me place, señora!

DUQUESA.

Pues ya salgo.

(Quítanse de la ventana.)

VALERIO.

Basta, que tiene el corazón estrecho.
A hablarme baja, y de su pena infiero
que piensa que es el Conde verdadero.

(Salen la DUQUESA *y* TEODORA.)

DUQUESA. ¿Valerio dices que fué?
TEODORA. Valerio me pareció.
VALERIO. Ese fuí, señora, yo,
y el que en la reja os hablé.
Y pues creo que estimáis
al Príncipe, mi señor,
tanto por que os tiene amor
como porque vos le amáis,
y que os habéis de holgar
de lo que gusto recibe,
muestras os doy que ya vive
con placer y sin pesar.
DUQUESA. ¿De qué suerte?
VALERIO. Este que veis
llevar al justo castigo
es el Conde, su enemigo,
cuyo delito sabéis.
Este es aquel Conde falso
que os parece verdadero,
a quien presto ver espero
en un alto cadalso.
Este es aquel embaidor
que en la corte se alababa
de que os hablaba y trataba
con más palabras que amor.
Este es aquel que muriendo
dará vida a vuestra honra,
por cuya lengua y deshonra
murió, señora, viviendo.
De quien ves que le atropella
fué preso en la propia raya,
atado el caballo a un haya
y él durmiendo al tronco della.
Y un pedernal y una espada

le quitaron que traía,
con que despierto podía
defenderse poco o nada.
Que es en extremo cobarde,
y ansí viene como veis,
donde vivir le veréis
hasta mañana en la tarde.
Ved si otra cosa mandáis,
que en este bosque he dejado
al Príncipe descuidado
de lo que escuchando estáis,
y voy a pedirle albricias
del buen suceso.

DUQUESA. Es razón,
y que sea el galardón
mayor que tú lo codicias.
Ve, Valerio, en hora buena.
El cielo aumente tu bien.

VALERIO. Los celos, Celia, te den
más gloria que al Conde pena.

(Vase.)

DUQUESA. Si no me fuera forzoso
disimular mi tormento,
hiciera mi pensamiento
algún efecto furioso,
y fuera que con mis manos
a aqueste vil mensajero
diera la muerte primero,
y después a los tiranos;
que con una espada sola,
y la furia de mi pecho,
hiciera, Teodora, un hecho
de verdadera española.
Que corazón tengo yo
con que el preso les quitara,
aunque el mundo lo estorbara,
y estoy por...

TEODORA. Aqueso no.
No te lleve la locura
de este amor desesperado
a que tanto bien guardado
se pierda por desventura.
¿No te acuerdas que en Palacio,
y aun aquí, viniendo a verte,
dijo el Rey que poseerte
el Conde con mucho espacio
tenía?

DUQUESA. Dices muy bien.
Excusado es el temor.
El Rey me ha cobrado amor,
y aun me desea también.
Yo sé que reino en su pecho,
y que el Conde está seguro.

(Entra el CONDE, *deteniéndole* ARSELO *y* GALO.)

CONDE. Dejadme entrar, que yo juro
que en casa soy de provecho.

DUQUESA. ¿Qué es aquesto?

ARSELO. Este villano,
que se burla con nosotros.

DUQUESA. ¿Y sois las guardas vosotros
dese Príncipe tirano?

ARSELO. Los dos somos sus criados.

DUQUESA. Pues ¿qué tenéis que mirar?

GALO. Los que aquí quieren entrar
públicos y arrebozados.

DUQUESA. Esto yo no lo sabía
hasta que hoy me lo dijeron
los que probaron y vieron
vuestra grande alevosía;
que, a saberlo, yo hiciera
que los dos fuérades guardas
con las picas y alabardas
de alguna infame ramera.
Volved a quien os envía,
que os haré cortar las piernas.

CONDE. Tú, señora, ¿no gobiernas
esta casa?

DUQUESA. Sí, que es mía.

CONDE. ¿Cómo a cualquiera que viene,
con tanta curiosidad,
como a puerta de ciudad,
le examinan lo que tiene,
que las manos me han metido
en las alforjas y el pecho?
El Príncipe, ¿qué te ha hecho
mientras que no es tu marido?

DUQUESA. No dice mal el villano.

ARSELO. De le haber examinado,
él miente, que no ha llegado
a su ropa nuestra mano.
Y, pues sabes la intención
con que esta puerta guardamos,
no te espantes que tengamos
con todo cuenta y razón,
que el Príncipe no pretende
enojarte, mas honrarte,
buscando en aquesta parte
quien te deshonra y te ofende,
que es el Conde, que podría
con este mismo villano
escribirte de su mano.

CONDE. Mejor diréis de la mía.

En eso debe de estar.

DUQUESA. Si eso andáis por inquirir,
desde luego os podéis ir,
que no tenéis que buscar.

GALO. ¿Cómo ansí?

DUQUESA. Porque no ha un hora
que ha pasado por aquí
preso.

CONDE. ¿Preso?

DUQUESA. Yo le vi.

CONDE. ¿El Conde preso, señora?

ARSELO. Vamos de aquí, ¿qué aguarda-
a pedir albricias desto. [mos?,

GALO. Dichoso el que se le ha puesto
en las manos vivo.

ARSELO. Vamos.

(Vanse ARSELO *y* GALO.)

CONDE. ¿Dijístelo por burlarte
eso de ser preso el Conde?
¿Conocístelo?

DUQUESA. Sí.

CONDE. ¿Dónde?

DUQUESA. Desta casa y de otra parte.

CONDE. Porque le tengo afición,
me di si fué verdadera
su prisión.

DUQUESA. Si no lo fuera,
¿fuera burla mi pasión?
Ahora le llevan preso
un escuadrón de soldados.

CONDE. O van todos engañados
o tengo perdido el seso.

DUQUESA. Yo le vi con estos ojos,
y le he llorado con ellos.

CONDE. No les deis, pues son tan bellos,
por tan poca causa enojos,
que el Conde es buen caballero,
y sabrá volver por sí
estando preso.

DUQUESA. ¡Ay de mí!,
de su salud desespero.
Y si cual tigre no he sido,
en saliendo de su cueva
cuando el cazador le lleva
el hijo recién nacido,
es que el Rey y mi afición
me han dado palabra y fe
que a Próspero gozaré
aunque viniese en prisión.

CONDE. El os debe de pagar
ese amor y justo oficio,
y del vuestro es gran indicio
poneros conmigo a hablar,
que al fin por tratar del Conde,
me habéis tratado en expreso
de que le han llevado preso
y que una cárcel lo esconde,
y no despreciar mi traje,
lleno de harina y pobreza.

DUQUESA. Tratar del Conde es riqueza
para mí de gran linaje.

CONDE. ¿Es acaso vuestro esposo,
que habláis como su mujer?

DUQUESA. Eslo el Conde y ha de ser,
a pesar de un envidioso.

CONDE. ¿Quién es?

DUQUESA. El Príncipe, y tiene
envidia del Conde, y grande,
de ver que el Conde me mande
y que él a servirme viene.

CONDE. ¿Queréis que le mate yo,
que tengo en casa guardada
de vuesro Conde una espada?

DUQUESA. ¿Quién, o cómo te la dió?

CONDE. Estando yo en mi molino,
pasó huyendo a pie y cansado,
que el caballo había dejado
medio muerto en el camino;
y por un vestido ansí
espada y capa me dió,
y aquella noche durmió
conmigo.

DUQUESA. ¿Contigo?

CONDE. Sí.

DUQUESA. ¡Grande es el dolor del miedo!

CONDE. No tengáis tanto, ¡por Dios!,
pues está hablando con vos
el Conde.

DUQUESA. ¿El Conde?

CONDE. Sí.

DUQUESA. ¡Quedo!
Próspero, no te alborotes.
¿Eres tú?

CONDE. Yo soy, mi bien.
¡Paso! Mira que no estén
los neblís sin capirotes.

DUQUESA. Si yo no te abrazo y toco
no he de creer que tú eres.

CONDE. Abrázame; no te alteres.
¿Qué temes?

DUQUESA. Espera un poco.

CONDE. ¿Qué tienes?

DUQUESA. Fuíte a abrazar,
y dióme imaginación

que no eres tú.
CONDE. ¿Qué razón,
mi bien, te obliga a dudar?
DUQUESA. ¿Es tu rostro éste que veo?
CONDE. Aunque con máscara vengo
de la harina que tengo,
Próspero soy.
DUQUESA. Yo lo creo.
Mi alma se determina
a darte dos mil abrazos.
CONDE. No aprietes tanto los brazos,
que te pegarás la harina.
DUQUESA. ¿Qué traes, que no te aprieto
por mucho que lo procuro?
CONDE. Traigo ya el pecho más duro,
que está cubierto de un peto.
DUQUESA. Bien has hecho; pero dime,
¿quién es el que va en prisión?
CONDE. Engaños, señora, son
de ese Rey que nadie estime,
que por darte pesadumbre
ha trazado aqueste enredo.
DUQUESA. ¿Adónde estás?
CONDE. Donde puedo
ver desde lejos tu lumbre.
Cual otro Leandro estoy
desde el suelo contemplando
la torre que está alumbrando
el sol cuya cera soy.
Por estar en lo que es tuyo,
que al fin estoy en sagrado,
tu molino me ha guardado,
que soy molinero tuyo.
El que le arrienda me tiene
por su mozo en este traje.
DUQUESA. ¡Que a tanto el amor te abaje!
CONDE. ¿No es buena industria?
DUQUESA. Solene.
¿Cómo, mi bien, has sufrido
trabajo tan ordinario?
CONDE. Poderoso fué el contrario,
pero el amor le ha vencido.
Y es molinero el amor,
que también dentro del pecho
un molino tiene hecho
para moler mi dolor.
La piedra del pensamiento,
con el agua de mis ojos,
moliendo trigo de enojos
hace harina de tormento.
De aquésta se cuece el pan
del dolor que me sustenta,
que cuando más me alimenta
es cuando menos me dan.
Y ofreciéndose ocasión,
vine a verte, y me atreví
porque estaba ya sin ti
sin fuerzas el corazón.
Un mes ha que no te veo,
y los días que ha durado
treinta mil años ha estado
en un enfermo el deseo;
pero al fin, con la esperanza
de verte, señora, aquí,
y el estar cerca de ti,
puso a mi dolor templanza.
¿Has sentido mis trabajos?
DUQUESA. Cuando es tan justo el tormento,
morir presto el sentimiento
es de pensamientos bajos.
Helos llorado y sentido,
pero ya ligeros son,
pues que tu ausencia y prisión
ha sido todo fingido.
Mas di qué tengo de hacer.
¿Iréme contigo agora?
CONDE. ¡No, por tu vida, señora,
que será echarme a perder!
DUQUESA. Pues ¿qué haré?
CONDE. Disimular
y creer que soy el preso;
pues consiste sólo en eso
el venirte a ver y hablar.
Y aun sería buen engaño
que al Rey fueses muy sentida
para pedille mi vida
libre de peligro y daño,
que ansí se descuidarán,
y yo mil veces vendré
donde esos cielos veré
que tanta gloria me dan.
DUQUESA. Es de un ingenio discreto,
mi Próspero, la invención;
yo lloraré tu prisión,
y la reiré de secreto;
iré al Rey, como me adviertes,
a pedir tu libertad,
y diré por la ciudad...
¿Qué escuchas que te diviertes?

(El CONDE *se ha de suspender como que oye ruido.)*

CONDE. ¿Qué ruido es éste, Teodora?
TEODORA. ¡Ay de mí, señor, que viene
el Príncipe!
CONDE. Ya no tiene
otro remedio, señora;

mas no me conocerá,
pues vos no me conocisteis.

(Entran el PRÍNCIPE *y* VALERIO.*)*

PRÍNCIPE. Alegre mis ojos tristes
el sol que me alumbra ya.
No os alteréis, Celia hermosa,
puesto que me aborrezcáis.

TEODORA. ¡Ah, molinero! ¿No os vais?
¿Fáltaos algo?

CONDE. Cierta cosa.

TEODORA. Pues despachalda y partíos.

(Vase el CONDE *y vuelve a escuchar desde la puerta.)*

PRÍNCIPE. Guerra piden vuestros ojos,
pues me miran con enojos,
habrán de llorar los míos.
¿Por ventura es la ocasión
la prisión del Conde?

DUQUESA. Y tanto,
que si no me acaba el llanto,
piedra he vuelto el corazón.

PRÍNCIPE. Pues, preso, ¿qué honor os quita?

DUQUESA. Ver lo que el mundo dirá.

PRÍNCIPE. Que así engañándome está,
a más cólera me incita.

VALERIO. Di que le quieres matar.

PRÍNCIPE. Ya, Celia, acierte o no acierte,
al Conde daré la muerte.

DUQUESA. Y yo la sabré vengar.

PRÍNCIPE. Mejor podrás estorballa
con sólo hacer mi gusto.

VALERIO. Llega y quítale el disgusto;
sola está: intenta abrazalla.

PRÍNCIPE. Bien sé, mi vida, que estáis
muy enojada conmigo,
porque yo soy enemigo
de un hombre a quien adoráis;
pero dadme aquestos brazos;
que si me hacéis este bien,
yo haré que libre os le den,
donde le deis mil abrazos.

DUQUESA. Príncipe, ¿qué atrevimiento
es éste? ¡Suelta!

VALERIO. No quieras,
que las mujeres más fieras
tienen tierno el sentimiento.

PRÍNCIPE. Temo, Valerio.

VALERIO. Porfía.

PRÍNCIPE. ¡Ea!, dadme aquesos brazos.

(Entra el CONDE *y pónese en medio.)*

CONDE. Nunca faltan embarazos.
¿Qué digo? ¡Ah, señora mía!

PRÍNCIPE. ¿Quién es éste?

DUQUESA. Un molinero
de casa. ¿Qué quieres, di?

PRÍNCIPE. ¿Qué puede quererte a ti?

CONDE. Más que a vos pretendo y quiero.

VALERIO. ¡Qué rústico es el villano!

CONDE. Cuando en el macho subía,
me vino a la fantasía
mi amo.

DUQUESA. ¿Quién?

CONDE. Leridano,
que me mandó que os dijese
lo que denantes no pude:
por que el molino no mude,
si acaso el río creciese.
Y es que mandéis reformar
la presa que el agua bate,
que el río, al primer combate,
se la ha querido llevar.
Esté más firme, y no sea
causa que pierda el molino;
por que al segundo camino
más firme que antes la vea.
Y dice que le escribáis
las hanegas y la cuenta
del trigo que acá se asienta,
por que respuesta tengáis;
que él escribirá también
lo que le deben allá.

DUQUESA. ¿El mayordomo no está
donde esas cuentas le den?
¿Cómo me vienen, Teodora,
con estas cuentas a mí?

TEODORA. Este villano es ansí;
no le conoces, señora.

DUQUESA. Hermano, pues que ansí es
que ya en mi casa no hay gente
que os entienda y os contente,
y es la cabeza los pies,
yo, que al fin os he entendido,
la respuesta a cargo tomo,
haciendo de mayordomo,
el oficio no entendido.
Y ansí, digo que digáis
a vuestro amo y mi casero
que lo que él quisiere quiero,
como vos me lo mandáis;
y que no tenga temor
que el río la presa lleve,
por más que a romper la pruebe
su creciente y su rigor;
que tiene buenos cimientos

en la fe de quien la hizo,
y que no sea espantadizo
de solos sus pensamientos.
Duerma en su cama seguro,
que la presa lo estará;
que no es vid que se caerá
marchita de roble duro,
que yo por fiadora salgo.
Andad con Dios, labrador,
y mirad que ese temor
es más villano que hidalgo.
En lo que toca a la cuenta,
cada día escribirá
si hay buena memoria allá
y lo que recibe asienta.
Y con esto andad con Dios.

CONDE. ¡Vivas mil años, señora,
y quien habla y mira agora!

(Vase.)

PRÍNCIPE. El lo dice por los dos.
Discreto el villano anduvo,
harto bien lo ha despachado.

DUQUESA. El mayor gusto me ha dado
que en mi vida el alma tuvo.
La gente del Duque siento.
Vuestra Alteza me perdone.

PRÍNCIPE. Ya, Valerio, el sol se pone.
¿Qué haré?

VALERIO. Ten sufrimiento.

DUQUESA. ¿Mandáis, señor, otra cosa?

PRÍNCIPE. ¿Que os vais?

VALERIO. ¿De qué estás cobarde?
Asela el brazo.

PRÍNCIPE. Ya es tarde.

VALERIO. ¿No es mujer?

PRÍNCIPE. Es muy hermosa.
Y una divina hermosura
obliga a tener respeto.

VALERIO. Jamás el cobarde efeto
gozó de la coyuntura.

PRÍNCIPE. Aquí, mal la puede haber.

VALERIO. Poco vales para amor.

PRÍNCIPE. Temo a Celia.

VALERIO. Anda, señor,
que basta que sea mujer.

(Vanse, y sale el REY *y* RUFINO.*)*

REY.

Yo quisiera, Rufino, no haber ido,
por no venir tan presto de su casa
y tener por pasar la dulce gloria,
que es infierno ya en mí, habiendo pasado;
que es gloria ver a Celia, y el infierno
apartarme tan presto de su vista.
¡Cuán poco fué, Rufino amigo, el tiempo
que estuve contemplando su belleza!

RUFINO.

El tiempo que estuviste no fué poco:
harto lugar tuviste de miralla
y aun de poder decir tu pensamiento.

REY.

Si no estuviera allí el Duque, su padre;
aunque en presencia de su padre, el Duque,
no pude tanto detener los ojos
que no la hablase y diese larga cuenta
de lo que dentro el pecho aposentaba;
que los ojos, Rufino amigo, suelen
ser lenguas del amor, cuando la lengua
está atada por miedo o por el tiempo.

(Entra un PAJE.*)*

PAJE.

Una dama, señor, en una silla,
cubierta toda de bayeta negra,
aunque el traje y edad no es de viuda,
licencia aguarda para entrar a hablarte.
Si mandas, entrará.

REY.

¡Ay, Rufino amigo!,
el corazón me dice que ésta es Celia,
que me viene a pedir al Conde preso,
por cuya pena viste negro luto.
Dile a esa dama que entre, que bien puede
enriquecer mi alma con su vista.
Rufino amigo, mucho quiere al Conde.

RUFINO.

Extraño sentimiento es el que hace.

REY.

¡Ah, Conde venturoso, que mereces
tanta lealtad en tan hermoso pecho:
un rey te envidia, y por tu humilde estado
trocara él suyo, y venturoso fuera,
pues la suma riqueza de este suelo
es la beldad que a Celia ha dado el cielo!

(Entra la DUQUESA, *de luto.)*

DUQUESA.

Espejo y clara luz resplandeciente

del antiguo valor de tus agüelos,
de quien eres divino descendiente;
Rey a quien dieron los eternos cielos
el alma más real y generosa
que cubrieron jamás humanos velos:
ésta que ves cual sombra lastimosa
a tus pies arrojada, es por su daño
del Conde preso la viuda esposa.

REY.

Tu funesto espectáculo es extraño,
señora Celia, ¿necesario ha sido
tan blancas tocas y tan negro paño
para vencer un hombre ya rendido
a la hermosura vuestra, a quien me allego,
aunque sin luto, del dolor vestido?
Y cuando no estuviera yo tan ciego,
¿mi real palabra no bastara sola
para daros al Conde libre luego?
Si en las necesidades se acrisola
el oro de la fe y aqueste ejemplo
os hace más romana que española,
pedid a mi valor que os labre un templo;
seréis imagen de su altar divino,
por que os adoren como yo os contemplo.

DUQUESA.

No en balde vuestro nombre es peregrino
de polo a polo, y vuestra cortesía
digna de un pecho de adoraros digno.
¿A quién mejor el templo convenía
que a un rey que de mil lauros adornado
busca la paz y guerra aborrecía?
Pero como ladrón y maltratado,
el Conde mi marido, en el castillo,
con guardas, tiene el Príncipe encerrado,
y es lo peor que su cruel cuchillo
ya dicen que amenaza su garganta:
a vos le pido, Rey; a vos me humillo...

REY.

Las piedras, cuanto más hombres, quebranta,
Duquesa, vuestro llanto y mueve a pena,
y más con más razón quien tiene tanta.
Pero, decidme: una amistad tan buena
como sería daros libre al Conde,
y negando mi sangre por la ajena,
¿merece galardón?

DUQUESA.

Por vos responde
el mismo bien que pretendéis hacerme,
y el beneficio al premio corresponde.

REY.

A quien tan liberal quiere entenderme
no es necesario declararme tanto:
yo creo que esperáis favorecerme.
Ve, Rufino, al castillo, y entretanto
que el Príncipe no sabe lo que intento,
aunque a las guardas todas cause espanto,
al Conde saca libre, y al momento
a mí y a Celia nos le trae.

RUFINO.

Yo parto.
(Ahora se descubre el fingimiento.)
De dar contento al Príncipe me aparto,
sólo porque le tengas tú (1). *(Vase.)*

DUQUESA.

Es tan grande,
que ya por los sentidos lo reparto.
De hoy más, señor, tu Majestad me mande
como a esclava que compra en este punto,
pues es razón que con tus hierros ande.

REY.

¡Ay, Celia, que me tienes ya difunto!
No te llames esclava, sino reina
de un rey esclavo y de su reino junto.
Para corona tus cabellos peina,
que en ellos reina bien, pues es tan justo
que reine en reinos quien en almas reina

DUQUESA.

Dispuesta estoy, señor, para tu gusto,
si al Conde me das libre.

REY.

¿En eso dudas?

DUQUESA.

Mira que das al Príncipe disgusto.

REY.

Ansí, Duquesa, a mi remedio acudas
como te trae Rufino libre al Conde.

DUQUESA.

Háblenme de placer las piedras mudas.
¡Ah, torre fuerte que mi bien esconde,

(1) Hartzenbusch suprimió el "tú". Este verso y el anterior parece que deba decirlos el Rey y no Rufino.

combatida del agua que te baña!
¿Adónde le hallaré decidme, adónde?

(Entra RUFINO.)

RUFINO.

¡Hase visto jamás crueldad tamaña,
hase visto rigor como el presente
en los cristianos límites de España?
¡Oh, poderoso Rey!, ¿quién le consiente
al Príncipe, tu hijo, estas crueldades,
dignas de Scitas e inhumana gente?

REY.

Rufino, ¿qué es aquesto?

RUFINO.

Las maldades
del fiero Domiciano y de Ezzelino
más parecen, señor, antigüedades.
Al Conde ha muerto el Príncipe.

REY.

¡Ah, Rufino!,
¿qué dices?

RUFINO.

Que queda el Conde muerto.

REY.

¿Quién ha hecho tan grande desatino?

RUFINO.

El Príncipe, tu hijo.

REY.

¿Es cierto?

RUFINO.

Cierto.

DUQUESA.

¡Ay, mísera de mí! ¿Qué es lo que escucho?
¡Salga mi alma, al corazón abierto!

REY.

Tenla, que se desmaya.

RUFINO.

Puede mucho
la fuerza de un dolor.

REY.

¿Con qué contrarios,
desesperado amor, batallo y lucho?
¡Ah, hijos, a los reyes necesarios,
y escándalo mil veces a los reyes;
bienes costosos, males ordinarios.
¡Dichosos los que guardan pobres bueyes!
¡Tristes de aquellos que vasallan guardan,
pues tienen más rigor en otras leyes!
Pues el dolor y mi desdicha tardan
en acabar mi vida, no sospechen
que mis brazos se encogen y acobardan.
Yo buscaré remedios que aprovechen
para morir, con esta propia mano,
por más que mis flaquezas lo desechen.
¿Adónde tiene el Príncipe tirano
al Conde muerto, triste mensajero?

RUFINO.

En la plaza del fuerte más cercano,
en una parte yace el cuerpo entero,
y en otra la cabeza destroncada
sobre un tapete negro.

DUQUESA.

¡Ay, triste, muero!

RUFINO.

Sospechas la acompañan, y la espada
que más horrendo el caso pronostica.

DUQUESA.

¡Oh Príncipe cruel! ¡Oh mano airada!
¡Ay, alma hermosa!: ¡desde el cielo aplica
tus divinos oídos a mi llanto!

RUFINO.

¡Qué gran lealtad tu llanto significa!

DUQUESA.

Aunque me cause el verte muerto espanto,
a verte voy, por que en tu sangre envuelta
mejor pida justicia al cielo santo.

REY.

Tenla.

RUFINO.

Espera, señora.

REY.

Tenla.

DUQUESA.

¡Suelta!
¡Justicia, cielos, deste rey tirano!

(Vase.)

RUFINO.

En no aguardar razón está resuelta.

REY.

¡Que no la detuvieras!

RUFINO.

Fuera en vano,
que va furiosa.

REY.

¡Ah, hijo inobediente,
abrase un rayo tu enemiga mano!
Yo no sé qué me haga, o cómo intente
remedio ya para mi mal, Rufino,
y para el alboroto de mi gente.

RUFINO.

Para todo, señor, habrá camino.
Mas oye un poco, que tu hijo viene.

REY.

¡Haría, si le viese, un desatino!

(Entra el PRÍNCIPE.*)*

PRÍNCIPE.

¿Es verdad, mi señor, que tú mandabas
que soltasen al Conde libremente?

REY.

¿A mis ojos pareces, fiero bárbaro?
¡Quítate de mis ojos, mal nacido,
incapaz de llamarte hijo mío!
Pues mira que te aviso y te prometo
que si estás en la corte, y a mis ojos,
que la muerte que al Conde dar hiciste
has de pagar con otra, y no con menos,
y agradece que luego no lo hago.
Vamos, Rufino; deja ese cobarde.

(Vase el REY *solo.)*

PRÍNCIPE.

Yo cumpliré, señor, tu mandamiento.

RUFINO.

Calla, señor, que es cólera de padre.
Mañana estará blando y amoroso.
No te ausentes, sosiégate.

(Vase.)

PRÍNCIPE.

No puedo;
determinado estoy, pues cielo y suelo,
amor, mi padre, Celia y mi fortuna,
son contra mí y procuran mi tormento,
de no hacer resistencia ni pedirles
el daño que me causan todos juntos;
iréme de la corte, y aun del mundo,
donde jamás las nuevas de mi muerte
puedan venirte, padre; pues la vida,
dejando a Celia, dejo ya perdida.

(Vase.)

JONADA TERCERA

(Sale el PRÍNCIPE *solo.)*

PRÍNCIPE.

El cielo está cansado de sufrirme,
y yo de ir contra él no estoy cansado;
mi padre, reino y Celia me han dejado,
y yo no puedo dellos eximirme.
Mi pensamiento veo perseguirme,
y siempre estoy en él más engolfado;
de la causa del daño me han echado,
y yo no veo camino por dónde irme.
Estáme el bien llamando, y yo huyendo,
y huye de mi alma quien yo sigo,
pues me aborrece Celia, a quien yo amo.
Quiero acabar con mi dolor muriendo,
y por darme la muerte cruel castigo
no me quiere matar, porque la llamo.

Con el ausencia pensaba
que el dolor se aplacaría:
por eso me desterraba;
mas la memoria porfía
y el pensamiento no acaba.
Vuelvo, patria y padre, a verte,
pues el pesar y mi suerte
quiere que a esa mi homicida
le venga a dejar la vida,
en pago de darme muerte.
¡Ah, si Valerio viniese
para que de aquella ingrata
algunas nuevas me diese,
y de qué la corte trata!
¡Ah, Valerio, si te viese!
Que con ti descansaría
alguna parte del día,
si en mí puede haber descanso,
pues con el gusto me canso.

y me cansa el alegría.
Porque aqueste fiel criado
en mi peregrinación
me ha seguido y amparado,
y ha sido el fuerte bordón
que siempre me ha sustentado.
Mas ya siento entre estos robles
su voz, que con ecos dobles
todos los cóncavos suena.
¡Oh, consuelo de mi pena
y ejemplo de siervos nobles!

(Sale VALERIO.)

VALERIO. ¿He sido en venir pesado?
PRÍNCIPE. ¡Oh, Valerio! Bien venido
seas. ¿Cómo te has tardado?
VALERIO. Y, lo que peor ha sido,
de malas nuevas cargado.
PRÍNCIPE ¿Malas nuevas?
VALERIO. Y harto malas.
PRÍNCIPE. ¿Cómo ansí?
VALERIO. Patios y salas
de palacio hallé cubiertas
de postas, que me hizo ciertas
la fama con prestas alas.
PRÍNCIPE. ¿De dónde vienen?
VALERIO. De Francia.
PRÍNCIPE. Serán de poca importancia,
ya sé las nuevas que son;
pero están del corazón
a una infinita distancia.
¿Es eso del casamiento
que de Francia se decía?
VALERIO. Y con tanto fundamento,
que mañana, antes del día,
sale el sol de tu contento.
PRÍNCIPE. ¿Qué sol?
VALERIO. El de tu mujer,
que tu padre hizo traer
y el de Francia ha enviado.
PRÍNCIPE. Pues será sol eclipsado,
porque no le pienso ver.
VALERIO. Pues ¿qué sirve que te apartes,
si han despachado correos
que te busquen por mil partes?
PRÍNCIPE. Haz cuenta que esos deseos
nacieron, Valerio, en martes.
Que pues él me desterró
cuando matarme intentó,
no ha de hallarme cuando quiere;
y el que culpa no tuviere,
que se sufra, como yo.
VALERIO. Pues, ¿qué ha pecado madama,
que viene para tu esposa
y como a esposo te ama?
PRÍNCIPE. A Celia tengo por diosa,
a Celia mi alma llama.
Apártate del camino,
que sale deste molino
gente que baja a la presa.
Estos son de la Duquesa.
¿Cómo a sus pies no me inclino?

(Salen MELAMPO *y* CONDE.)

MELAMPO. Entra en el bosque, Martín,
que aquí me conviene hablarte.
CONDE. ¿No me dirás a qué fin?
Pues no vienes a esta parte
sin pensamiento ruin.
MELAMPO. Mal mi pasión adivinas,
si tal locura imaginas;
otro es el mal que me ahoga,
y dígalo aquí esta soga
y estas robustas encinas.
CONDE. Dime qué quieres hacer.
MELAMPO. Lo que quiero es que le digas
a aquella ingrata mujer,
que al fin de tantas fatigas
aún no me quiere querer,
que pues veo que te ha dado
el alma que me ha quitado,
dile que en este cordel
queda Melampo fiel,
bien perdido y mal pagado.
CONDE. Deja, loco; suelta, necio.
¿Por eso quieres hacer
al cielo tanto desprecio
y, tras la vida, perder
la joya de mayor precio?
MELAMPO. Déjala.
CONDE. Suáltala digo.
MELAMPO. No haces oficio de amigo.
CONDE. Haréle de tal manera
que me aborrezca y te quiera,
y a darte a Laura me obligo.
MELAMPO. ¿A Laura?
CONDE. A Laura.
MELAMPO. Esos pies
son dignos de aquesta boca.
CONDE. La mano bastará, pues.
MELAMPO. La mano y el alma.
CONDE. Toca,
que ésa basta que me des.
MELAMPO. En fin, ¿que aborrecerás
a Laura?
CONDE. Pienso hacer más:

que si me la traes aquí
haré que te quiera a ti.

MELAMPO. Lo que es imposible harás.
Mas, por verte aborrecella
en mi presencia, yo voy
a traella.

CONDE. Ves por ella.

MELAMPO. Contento y pagado estoy
sólo en que te burles della.

(Vase MELAMPO.)

PRÍNCIPE. ¿No es éste, Valerio amigo,
el molinero entonado
que, estando Celia conmigo,
entró a dalle aquel recado?

VALERIO. Dese cuento soy testigo.

PRÍNCIPE. Pues lleguémosle a hablar:
quizá nos sabrá informar
del estado de mis cosas.

CONDE. Destas carrascas hojosas
siento las ramas turbar.
Mas, ¡ay, extraño accidente!
¿Tengo al Príncipe presente
y no me hiela el temor?

PRÍNCIPE. Dios os guarde, labrador.

CONDE. Bien venga la buena gente.
¿Habéis errado el camino,
o acaso tenéis que hacer
algo en aqueste molino?

PRÍNCIPE. No venimos a moler.

CONDE. Bien molido os imagino.

PRÍNCIPE. No lo adivináis muy mal;
que quien anda y nunca para,
parece al molino igual.

CONDE. Bien se os parece en la cara
que sois hombre principal.

PRÍNCIPE. Yo os he visto en otra parte.

CONDE. Estaría de otro arte.

PRÍNCIPE. No, sino de aquesta suerte.

CONDE. Ansí se espanta la muerte,
y la vida se reparte.

PRÍNCIPE. Era en cas de la Duquesa.

VALERIO. De Celia, ¿no la conoces?

CONDE. Nuesa ama, por Dios, es ésa.

PRÍNCIPE. Y de quien lo dice a voces.

VALERIO. Más que le piden confiesa.

CONDE. ¿Sois vos también su criado?

PRÍNCIPE. Soy un hombre que la adora,
y soy un cautivo errado.

CONDE. ¡Oxte, puto! ¿A mi señora?
Vos saldréis descalabrado.

PRÍNCIPE. Si tú supieras quién soy,
dirías que la merezco.

CONDE. Yo lo sé, que al diablo os doy,
y perdonad, que os ofrezco
por el enojo en que estoy.

PRÍNCIPE. ¿Quién soy?

CONDE. Sois un engañado,
que os andáis embelesado
por quien jurara yo aquí
que me quiere más a mí,
lleno de harina y salvado.

VALERIO. Todos saben su rigor.

PRÍNCIPE. ¿Cuánto habrá que allá no fuistes?

CONDE. De entonces acá, señor,
sola una vez.

PRÍNCIPE. ¿Y ésa vistes
su divino resplandor?

CONDE. Antes no resplandecía;
que un luto negro traía
por un conde que murió.

PRÍNCIPE. Más vivo está que no yo.

CONDE. ¡Miren qué bellaquería!

PRÍNCIPE. ¿Viste acaso a quién hablaba?

CONDE. Con una carilamida.
De un príncipe se quejaba
que quitó a un conde la vida,
y socarrón le llamaba.
Echábanle maldiciones
entre las dos a montones,
y para ayudallas bien,
a todas dije yo: amén,
que digo las oraciones.
Hoy, que tengo de ir a vella
y llevalle cierta harina,
pienso hablar a su doncella
y pedille esta doctrina
para salvarme con ella.
Que aunque yo ya estoy salvado,
no estoy bien asegurado;
que a fe que temblando estoy.

PRÍNCIPE. Valerio, de vida soy,
después de estar enterrado.

VALERIO. ¿Cómo ansí?

PRÍNCIPE. Yo fabriqué
el remedio más seguro
que para hablalla tendré:
en traje tosco y oscuro,
con este villano iré.

VALERIO. ¿Quiéreste hacer molinero?

PRÍNCIPE. Eso mismo hacerme quiero,
y a su lado deste entrar,
adonde la pienso hablar
y decille cómo muero.

VALERIO. Agrádame la invención.

PRÍNCIPE. Buen hombre, ¿no haréis por mí
cierta cosa?

CONDE. Si es razón,
yo os lo ofrezco desde aquí.

PRÍNCIPE. Y yo ésta en galardón.

(Dale una cadena de oro.)

CONDE. ¿Es de oro?

PRÍNCIPE. De oro fino.

CONDE. ¡Por Dios, si yerro el camino,
que de hierro me la dais!
Mas cuando me conozcáis,
me daréis lo que adevino.

PRÍNCIPE. Hoy, a ver aquesa dama,
en traje de molinero,
iré contigo.

CONDE. ¿A nuesa ama?
¡Guarda, huera, al matadero!
Eso, alcagüete se llama.

PRÍNCIPE. ¿Tú no ves que es rectitud
hacer a un hombre amistad?

CONDE. Tal os venga la salud;
que no es buena caridad
daros mi propia virtud.
Pero, porque estoy seguro
que callaréis como un muro,
id dese traje a mudaros,
que yo me ofrezco a llevaros.

PRÍNCIPE. ¿Cierto?

CONDE. Pues que yo lo juro.

PRÍNCIPE. ¿Que al fin harás que la vea?

CONDE. ¿Ya no te digo que sí?

PRÍNCIPE. Pues, alto; vamos de aquí,
que en esa primera aldea
habrá vestido.

VALERIO. Sea ansí.

CONDE. Vamos, que yo te aseguro
que con el traje a lo oscuro
no te conozcan.

PRÍNCIPE. Y, en fin,
¿quieres?

CONDE. A fe de Martín.

PRÍNCIPE. ¿Cierto?

CONDE. Pues ¿qué?, ¿se lo juro?

(Vanse, quédase el CONDE.*)*

¿Hase visto jamás igual suceso?
¿Hase visto desdicha semejante?
Mas no piense fortuna que por eso
a sus desdichas mudaré semblante;
que en Celia no ha de haber tan poco seso
que, conociendo al Príncipe, se espante:
antes entiendo de su raro estilo
que le ha de herir, y por el mismo filo.
Sólo de aquesto me resulta un daño,
y es estorbarme el bien que yo tuviera
hablando a Celia, y en el mismo engaño
que sus brazos toqué la vez primera.
¡Ah, tiempo: a ti que toca el desengaño
de cuanto encubre la mentira fiera,
el fuego de la fénix presto imita,
y aquesta vida muerta resucita!
Salga, que es justo, de villano traje
quien no nació de sangre de villanos;
reciba nuevo lustre mi linaje
tocando a Celia sus divinas manos;
no quieras que la espada tanto baje
destos pérfidos, bárbaros villanos:
conténtate de ver, sin merecello,
su punto amenazando mi cabello.

(Salen MELAMPO *y* LAURA.*)*

LAURA. ¿Aquí dices que quedó?

MELAMPO. Aquí, entre estas carrascas,
estuvo oyendo mis bascas
y sus desengaños yo.

LAURA. Martín, ¿qué melancolía
es aquesta que te ha dado?

CONDE. El no haberte declarado
el engaño que fingía.

LAURA. ¿Qué engaño?

CONDE. Decir que amaba
a quien siempre aborrecí.

LAURA. ¿Tú me aborreces a mí?

CONDE. Y contigo me burlaba.
Dos años ha que Melampo
te ha querido, sin favor,
enterneciendo su amor
monte, molinos y campo.
Este sí que te merece,
y a quien es justo que pagues,
y no acaricies ni halagues
quien te engaña y aborrece.
Movióme a desengañarte
ver que matarse intentó
y que esta soga colgó
de una encina, por vengarte.
Y ansí ha podido conmigo
tanto su pena y tormento,
que le hice juramento
de no verme más contigo.
Ya, Laura, yo te aborrezco;
créeme, y quiere a Melampo,

en cuyas prendas estampo
lo que yo de ti merezco;
porque no he de hablarte más.

LAURA. No menos me prometía
la grande desdicha mía
que el galardón que me das.
No quiero de ti quejarme,
ni dar a entender que siento
perder un hombre de viento
que ha confesado dejarme.
Quéjome sólo de mí,
que con engaño te amé.

CONDE. ¿Qué te parece?

MELAMPO. No sé
con qué pagarte.

LAURA. ¡Ay de mí!
Martín, que mejor dijera
martirio del pecho mío,
martillo de hierro frío
que rompe un alma de cera,
¿posible es que eres tan duro
que divides a los dos,
que me dejas?

CONDE. Sí, por Dios.

LAURA. ¿Cierto?

CONDE. Pues ¿qué?, ¿te lo juro?

LAURA. ¿Y que estás determinado?;
¿y que ya no me verás?

CONDE. Yo no pienso hablarte más;
pon en Melampo el cuidado.

LAURA. ¿Eso intentas, mármol duro?

CONDE. No he de escuchar tus enojos
por vida de ciertos ojos.

LAURA. ¿Cierto?

CONDE. Pues ¿qué?, ¿te lo juro?

(Vase.)

LAURA. ¡Al fin el cruel se fué!

MELAMPO. Aquí está quien te desea.
Laura, ¿quién habrá que crea
tu desengaño y mi fe?
No miras el desconcierto
que haces con él y conmigo,
pues dejas un cierto amigo
por un enemigo cierto.
¿Por qué, ingrata, no me quieres,
pues que conoces mi amor?

LAURA. Para un hombre que es traidor
poco valen las mujeres.
Mas pues éste me dejó,
no se ha de burlar de mí,
no se vengue en que perdí
por él lo que no estimó.
Fingirme quiero contenta,
y a quien me aconseja, amar;
que con un diestro olvidar
el mejor come pimienta.
El que más presto olvidó,
si ve que se le da poco,
suele volver como loco
a querer lo que dejó.
Melampo, ya yo deseo
dar remedio a tu pasión,
porque tu mucha afición
lo merece, cual lo veo.
Habrá dos días o tres
que mi padre me hablaba
de que casarme trataba,
¡como ya tan viejo es!
Y de Martín y de ti
me dijo que yo escogiese
el que más gusto me diese,
pero no le he dado el sí.
Ve a mi padre y di que quiero
que tú seas mi marido,
pues lo tiene merecido
tu fe y amor verdadero.
Cree que tu bien procuro
y el remedio de los dos.

MELAMPO. ¿Es de veras?

LAURA. Sí, por Dios.

MELAMPO. ¿Cierto?

LAURA. Pues ¿qué?, ¿se lo juro?

MELAMPO. Dame, mi bien, esa mano
por prendas de aqueste bien.

LAURA. La mano y brazos también.

MELAMPO. Amor, reviento de ufano.

LAURA. Mi palabra te aseguro
que he de gozarte algún día.

MELAMPO. ¿Júraslo?

LAURA. Por vida mía.

MELAMPO. ¿Cierto?

LAURA. Pues ¿qué, ¿te lo juro?

(Vanse, y sale el REY *y la* DUQUESA *y* TEODORA, *su dama.)*

REY.

Si, como aquí te ofrezco, el alma mía,
mi reino y mi corona, todo el mundo
darte pudiera, es cierto que lo haría.
Sólo en servirte y agradarte fundo
lo que merezco, lo que soy y valgo,
y en que quieras hacerme tu segundo.
Jamás verás que de tu gusto salgo;

sin ti no tengo en nada mi persona;
por ti pretendo yo merecer algo.
Sola es esta humildad la que me abona
y la que puede enriquecer mi gusto
si este amor, Celia, se me galardona.
Un muerto Conde no te dé disgusto,
pues se te ofrece un Rey en lugar suyo.
Recíbele por él, pues es tan justo.
Mi reino, Celia hermosa será tuyo;
todo ha de estar debajo de tus plantas.
Aguardándote un sí, callo y concluyo.

DUQUESA.

Yo conozco, señor, que me levantas
del polvo de la tierra a tu grandeza
y me dispones a grandezas tantas.
Mas desto se te sigue la bajeza
de hacer a tu vasallo igual contigo,
lo que es para mi alma gran tristeza.
Con todo eso no replico, y digo
cosa en contrario, mas decirte quiero
lo trates con mi padre, y no conmigo;
porque en aquestos términos espero
alegrarme, vestirme y componerme.

REY.

Vivo en tus ojos, en tu ausencia muero.
Aunque no quieras, Celia, socorrerme,
y pues que la venida de mi nuera
será muy presto, por venir a verme,
yo parto a recebilla, y bien quisiera
que se hiciese la boda con contento.
Dios sabe si por ti mejor la hiciera.
En ti, Celia, estará mi pensamiento,
en ti vivo y por ti. Dame licencia,
pues que ya sabes lo que el partir siento.

TEODORA.

Y lo que ella aborrece tu presencia
lo sabe también Dios, y no lo sabes,
que al fin amor añade y quita ciencia.
Ya tiene de su pecho otro las llaves;
no hallarás entrada.

REY.

¡Celia mía!

TEODORA.

Esfuerzo te dé amor para que acabes.
Mientras más se calienta, más se enfría,
y apartarse de verla apenas osa,
y ella verle presente no querría.

REY.

¡Ay, Celia de mi alma! ¡Ay, Celia hermosa!

(Vase el REY.*)*

DUQUESA.

¿Hay, Teodora, desdicha como aquésta?

TEODORA.

Estoy, señora helada y temerosa.
Veo la voluntad del Rey dispuesta,
y veo al Conde que por ti padece,
y que dejalle es cosa manifiesta.

DUQUESA.

Antes el sol que agora resplandece
se cierre con la noche, y en lo bajo
del suelo aquella estrella que amanece,
y en formas nuevas, con igual trabajo,
fortuna avara mudará las cosas
mezclando el Ebro, el Duero, el Nilo, el Tajo,
que el Conde y sus pasiones amorosas
se borren de mi alma eternamente,
a pesar de sus manos rigurosas,
porque el perfecto amor no me consiente
que a nadie quiera, pues al Conde quiero,
y cuando hacerme fuerza el Rey intente,
todo es morir, y moriré primero.

(Sale el PRÍNCIPE, *de villano, con un costal al hombro, y el* CONDE *con él.)*

CONDE. No tengáis miedo, Pascual,
que se enoje la Duquesa,
que no me quiere tan mal.
PRÍNCIPE. ¡Oh, hi de puta, cómo pesa!
¡Ofrezco al diablo el costal!
DUQUESA. ¿Qué es esto?
TEODORA. Los molineros.
DUQUESA. Era ya tiempo de veros.
CONDE. Deténgase su mercé,
¿no ve que la ensuciaré
con los nuevos compañeros?
DUQUESA. Pues ¿Martín acompañado?
CONDE. No lo he podido estorbar
por más que lo he procurado.
DUQUESA. Ya no te quiero abrazar.
CONDE. Por vos, Pascual, se ha enojado.
PRÍNCIPE. ¡Hola, Martín!
CONDE. ¿Qué me quieres?
PRÍNCIPE. Que pues que su amigo eres,
te allegues cerca y le digas
quién soy.
CONDE. A mucho me obligas;

empero no desesperes,
que yo llegaré en secreto
y diré que eres un hombre
que la adora, y en efeto
servirá saber tu nombre.
PRÍNCIPE. Que lo sabe te prometo.
Pero háblala después:
dile que el Príncipe es,
y que le quiere hablar.
CONDE. Pues mira, deste lugar
no pienses mudar los pies.
Que yo llegaré por ti
y tu nombre le diré.
PRÍNCIPE. No me moveré de aquí;
hecho una piedra estaré.
CONDE. Aguárdate y fía de mí;
que nadie mejor desea
que bueno el suceso sea
destas cosas en que andamos.
Pues, nuesama, ¿cómo estamos?
DUQUESA. Mi Conde, ¿quién esto crea?
Dime, ¿no es este traidor
el Príncipe?
CONDE. Sí, señora,
ya sabéis que os tiene amor.
DUQUESA. ¿Qué es esto, Próspero, agora?
CONDE. Habla bajo y sin temor.
Que este traidor me ha buscado
para venir disfrazado,
viéndome aquí el otro día.
Sábelo Dios, Celia mía,
si yo lo tengo llorado.
Pero, al fin, no pude más,
y le traigo a que te hable.
DUQUESA. ¡Quién lo creyera jamás!
CONDE. Es mi fortuna mudable.
DUQUESA. Dime, mi bien, ¿cómo estás?
CONDE. En viéndote, bueno y sano.
PRÍNCIPE. ¡Oh, lo que tarda el villano!
DUQUESA. Yo estoy, sin verte, perdida.
CONDE. Ponte delante, mi vida,
y tomaréte la mano.
DUQUESA. Veisla aquí.
CONDE. Besalla quiero.
PRÍNCIPE. ¡Lo que tarda el molinero!
DUQUESA. Con el contento de verte
se me olvida el de mi muerte.
PRÍNCIPE. ¡Ya de esperar desespero!
CONDE. ¿Cómo es eso?
DUQUESA. Que estoy loca
de ver que el Rey quiere hacer,
tanto el amor le provoca,
suya propia tu mujer.
CONDE. ¿Eso tomas en la boca?
DUQUESA. En esta locura ha dado;
pero no te dé cuidado
que el Rey haga, aunque más val- [ga,
que el Conde que adoro salga
del pecho que le ha guardado.
CONDE. Eso creo yo muy bien
de tu amor.
DUQUESA. Y del desdén
que le muestro a causa tuya.
CONDE. Esto, mi bien, se concluya,
por este traidor también.
DUQUESA. En fin, ¿le he de hablar aquí?
CONDE. Conviene, señora, ansí.
Llegad, Pascual, que, por Dios,
que he negociado por vos
lo que no hiciera por mí.
PRÍNCIPE. ¿Conócesme, Celia hermosa?
DUQUESA. ¿Parécete justa cosa,
loco Príncipe, y debida
a una dama recogida
esta invención vergonzosa?
Si aquí fueras conocido,
¿pudieras darme la fama
que en este tiempo he perdido
mientras que no soy tu dama
ni tú mi propio marido?
Deja ya las mocedades,
que si va a decir verdades,
eres más loco que cuerdo.
PRÍNCIPE. Cuando ves que el seso pierdo,
con razones me persuades.
Yo conozco que estoy loco,
y que nace esta ocasión
de sólo tenerme en poco,
que priva de la razón
la pena a que me provoco.
¿Qué esperas del Conde muerto?
¿Tú no ves que es desconcierto
amarle con tal pasión?
¿Es de piedra el corazón?
¿Tienes diamante encubierto?
Ya la tierra le aprisiona.
¿De qué sirve voces dalle,
ni maltratar tu persona?
¿Piensas de resucitalle,
como hace la leona?
Piensa, Celia, que jamás
le verás vivo.
DUQUESA. No estás
en eso engañado poco.
Yo le veo vivo y toco,
y pienso gozalle más;

que dentro de mi sentido,
para gozalle en el cielo,
tengo a Próspero esculpido.

PRÍNCIPE. ¡Oh, pecho de fuego y hielo
y de un fiero áspid ceñido!
¿Muerto el Conde me aborreces?

DUQUESA. Y tanto te desvaneces,
que aun vivo se representa
y me está tomando cuenta
de hablarte tantas veces.
Presente le tengo, digo.

CONDE. Príncipe, ¿ya no te cansas?

PRÍNCIPE. Por arduo camino sigo,
muerte, que no me descansas
deste dolor enemigo.

CONDE. Ea, señora, nuesama,
sed menos brava, por Dios,
y amad un hombre que os ama.

DUQUESA. ¿Y sabéis, villano, vos,
si le conviene a mi fama?
¿Podéis vos darme licencia
si, casada, me procura
otro marido en presencia?

CONDE. ¿Soy yo Papa, por ventura?
¿No es aquésa impertinencia?

DUQUESA. ¿Paréceos que tal ha sido
querer al primer marido?

PRÍNCIPE. Si es muerto, aguardad que venga.

DUQUESA. No se os dé nada que tenga
mi amor trocado el vestido.

CONDE. ¡Par Dios, Pascual! Yo no veo
remedio si ella os desama.

PRÍNCIPE. Ni lo tendrá mi deseo.

(Entra LERIDANO, *viejo molinero.)*

VIEJO. ¡Bien dirá agora nuesama
que vengo por jubileo!

CONDE. ¡Ah, nuesamo! ¿Que acá estáis?

VIEJO. Dadme, señora, esos pies.

DUQUESA. Casero, con bien vengáis;
aunque ya se pasa un mes
que en esta casa no entráis.
¿Cómo está el molino?

VIEJO. Bueno,
que siempre besa tus manos;
casa, huerta y jardín lleno
de mil alhelíes tempranos,
con todo su campo ameno.
Mil almendros florecidos,
con los pimpollos cubiertos,
de blanco y nácar vestidos,
tienen los ramos abiertos
que penetran los sentidos.
Váyase su señoría
por allá si gusta un día,
que la habemos menester.

DUQUESA. ¿Hay en qué haceros placer?

VIEJO. Desposo una hija mía.

DUQUESA. ¿A Laura?

VIEJO. A Laura, señora.

DUQUESA. Y ¿con quién?

VIEJO. Con un garzón
que ha dos años que la adora.

DUQUESA. Digo que es justa razón:
madrina soy desde agora.
Mañana voy al molino.
Tened bien puesta la huerta.

VIEJO. Ella con su olor divino
hasta las flores despierta
y las tiende en el camino.

DUQUESA. ¿Irás conmigo, Teodora?

TEODORA. Será muy cierto, señora;
es mi propio beneficio.

VIEJO. Hágame aqueste servicio.

CONDE. Contento estaréis agora.

VIEJO. ¿Quién es aqueste zagal?

CONDE. Un amigo de mi tierra.

VIEJO. En aquesta ocasión tal,
Martín, el odio destierra;
si a Laura no quieres mal,
romper tienes los zapatos.

CONDE. Todos bailamos a ratos,
y más con esta madrina.

VIEJO. ¿Diste cuenta de la harina?

CONDE. Servid a viejos ingratos.

VIEJO. ¿Has llevado las carretas?

CONDE. Bien nos podemos volver;
bien lo hacen las muletas.

VIEJO. ¡Gran boda!

CONDE. Pienso romper
seis pares de castañetas.

(Vanse, y salen MADAMA PRINCESA *y* ALBERTO.*)*

ALBERTO.

¿Qué os parece, Madama, desta tierra?
¿No os da contento su agradable vista,
las plantas della, fértiles y bellas,
tanta diversidad de frutas y árboles?
¿No os admiráis de ver tanta grandeza?

MADAMA.

Todas las cosas de la noble España
me agradan por extremo; que no es poco

para quien deja a Francia, su regalo,
sus padres, sus abuelos y parientes.

ALBERTO.

Huelgo que bien os haya parecido,
pues es forzoso que viváis en ella.

MADAMA.

En extremo, señor, estoy confusa
de ver que hasta la corte hemos llegado
sin que nadie nos haya recibido,
ni el Príncipe. No sé cuál sea la causa.

ALBERTO.

No os cause aquesto, Flordelis, disgusto,
que ha sido la venida de secreto,
y puede ser que no lo haya sabido,
si ya no fuese caso que ocupado
esté en cosa que importe, y que no pueda.
La causa se sabrá bien presto. ¡Hola,
marcha a la corte! Mas ¿qué gente es ésta?

(Salen el REY *y algunos.)*

REY.

Haced que lleguen luego esa carroza
para que a la ciudad volvamos juntos.

MADAMA.

Déme tu Majestad tus pies.

REY.

Mis brazos
os daré, mi Madama, con gran gusto,
y mi hija también.

MADAMA.

Esclava vuestra,
que vengo como en prendas, desde Francia,
de la amistad que el Rey mi padre os debe.

REY.

La discreción a la hermosura iguala;
en todo os hizo peregrina el cielo.
¿Cómo ha venido la Princesa, Alberto?

ALBERTO.

El mar le hizo, señor, algunos días
el mal alojamiento que ella suele;
mas, gloria al cielo, no fué nada todo.

REY.

Espantada estaréis, Madama hermosa,
que el Príncipe no salga a recibiros;
mas pensando que fuera la venida
por tierra, por la posta fué a buscaros;
mas dentro de dos días tendrá aviso
y dará vuelta con deseo y gana
de recibir aquesos dulces brazos.

MADAMA.

Pésame a mí que mi señor el Príncipe
sin causa haya tomado ese trabajo;
mas bien se vengará de nuestra burla
con el deseo y gana de esperalle.

(Habrá ruido dentro, diciendo: para, para.)

REY.

¿Qué gente es ésta que camina al bosque,
Rufino amigo?

RUFINO.

Aquestos son criados
de la Duquesa Celia, que esta tarde
se ha venido a aquestas caserías
a ser madrina de una boda rústica
de una hija de aqueste molinero.

REY.

Y di, ¿será capaz aquesa casa
esta noche de tan honrados huéspedes?

RUFINO.

Ya entiendo al blanco, gran señor, que tiras,
y digo que la casa basta y sobra
a aposentar doblada gente en ella.

REY.

Pues alto huésped tiene la Duquesa,
y esa boda mejora de padrino.
Haz que nos traigan de la corte presto
lo necesario para aquesta noche;
porque con otra fiesta más solemne
Madama Flordelis entre en mi corte.

RUFINO.

Apercibida tienes la carroza.
Venga tu Majestad.

REY.

Venid, Princesa,
donde descansaréis aquesta noche,
y mañana dará lugar el día
para poder serviros con contento.

(Vanse, queda RUFINO *solo.)*

RUFINO. Extraño es el pensamiento
del Rey en quedarse aquí,
pero está lejos de sí
y cerca de su tormento.
Por gozar a la Duquesa,
sin quien no puede vivir,
quiere en el campo dormir
con la Madama francesa.

(Entra el PRÍNCIPE *y* CONDE, *de labradores.)*

PRÍNCIPE. Grande alboroto he sentido,
Martín, hacia nuestra casa.
Dicen que la Infanta pasa,
que desde Francia ha venido.
RUFINO. ¡Ah, molineros!
CONDE. ¿Quién llama?
RUFINO. ¿Cuándo viene la Duquesa?
CONDE. Por esa senda atraviesa.
RUFINO. Madrina tenéis de fama.
PRÍNCIPE. Este es Rufino, criado
del Rey. Quiérome esconder.
RUFINO. ¿Cuándo la boda ha de ser?
CONDE. Agora está concertado.
RUFINO. A hablar la Duquesa voy.
Quedad con Dios.

(Vase.)

CONDE. El os guarde.
¿De qué estuviste cobarde?
PRÍNCIPE. De que éste sabe quién soy.
Oye.
CONDE. ¿Qué quieres?
PRÍNCIPE. Martín,
¿adónde viene esa gente
del Rey?
CONDE. Si pasa la puente,
irá de Celia al jardín.
PRÍNCIPE. Dices la verdad, por Dios;
que el Rey y su nuera van
a la huerta.
CONDE. Y dormirán
esta noche allí los dos,
que aquí se ha de ver su intento.
PRÍNCIPE. Huélgome que disfrazado
veré la mujer que han dado
al Príncipe en casamiento.
CONDE. Es buena imaginación
esa que el Príncipe tiene.
PRÍNCIPE. Martín, la Duquesa viene.
CONDE. Ella y Leridano son.

(Entran la DUQUESA *y el* MOLINERO, *viejo.)*

DUQUESA. ¿Que en esta huerta se entró
sin licencia el Rey?
VIEJO. Y quiere
dormir en ella.
DUQUESA. Si fuere
su gusto, lo quiero yo.
VIEJO. El huésped, señora, es tal,
que obliga a darle la huerta.
DUQUESA. ¿Quién es el que está a la puerta?
VIEJO. Martín, señora, y Pascual.
DUQUESA. Pues, Martín, ¿y todavía
sois de Pascual compañero?
CONDE. Después que soy molinero,
me muele de noche y día.
DUQUESA. "Parecéis, molinero, amor,
y sois moledor."
PRÍNCIPE. Yo creo
que te muele mi deseo
y endurece mi dolor.
DUQUESA. ¿No puede hacerse la boda
sin Pascual, señor Martín?
CONDE. Es un grande bailarín:
viene a revolvella toda.
DUQUESA. Si él la piensa revolver,
dentro habrá quien le castigue.
PRÍNCIPE. Ya no hay cosa que me obligue
a dejarte de querer;
mas pues ya soy molinero
y no te ablando jamás,
moler tengo hasta no más
aquese pecho de acero,
que por más que piedra seas,
es molino de diamante
la firmeza de un amante
a quien la muerte deseas.
DUQUESA. Si tú la diste a mi bien,
¿qué mucho quererte mal?
PRÍNCIPE. Moler tengo pedernal
con agua de tu desdén.
VIEJO. El Rey viene.
PRÍNCIPE. Aquí me aparto,
que quiero ver la Princesa.

(Apártase, y salen el REY *y* PRINCESA.*)*

REY. Quiero tanto a la Duquesa,
que a recebilla me parto.
DUQUESA. Beso vuestros pies supremos,
y a vos, señora Madama.
¡Por mi vida, que sois dama
de peregrinos extremos!
MADAMA. Soy yo muy vuestra criada.
REY. A lo menos, no diréis
que en esto no me debéis

quedar, Duquesa, obligada;
pues que vengo a ser padrino
sabiendo que sois madrina.

DUQUESA. De merced tan peregrina
hallo mi valor indino.

PRÍNCIPE. No es fea la francesilla;
obliga a tenella amor.

DUQUESA. Es esa merced, señor,
para el mejor de Castilla,
y el ser padrino conmigo
donde la Princesa está
injusta cosa será;
sólo a serviros me obligo.
Ella será la madrina
con vos, y yo os serviré.

REY. En nada contradiré
lo que Celia determina.

MADAMA. A fe que dichosos fueron
los señores desposados;
que padrinos tan honrados
pocos reyes los tuvieron.

DUQUESA. Mi señor el Rey ha sido,
de quien yo recibo honor.

PRÍNCIPE. Cobrándole voy amor;
harto bien me ha parecido.

REY. Duquesa, haced que veamos
los novios, y trataremos
de que aquí los desposemos,
y buen agüero tengamos;
que ésta su boda lo es
de alguna que hacer espero.

DUQUESA. Acá se siente el agüero
para tu gusto al revés.
Pues alto. Casero amigo,
y vos, Martín, allá entremos,
y los novios sacaremos
para que vengan conmigo;
y mirad que habéis de hacer
cierto negocio por mí.

VIEJO. Haré, señora, por ti
cualquier cosa.

DUQUESA. Ansí ha de ser.

(Vanse CELIA *y el* CONDE *y* MOLINERO, *viejo.)*

PRÍNCIPE. Considero tan sin pena
a aquesta hermosa dama,
que con gran razón se llama
flor de lirio y azucena.
Aquí sí que mis cuidados
y amorosos desatinos
por tan honrados caminos
serán más bien empleados.
¡Mal haya el tiempo que amé
la ingrata que me aborrece!
Mujer sin fe no merece
que nadie le tenga fe.
Princesa del alma sola,
éste es el Príncipe; éste es;
serás ahora y después
mi princesa y española.
Aquí estoy arrepentido
del tiempo que me engañó;
no llores mi ausencia, no,
que aquí tienes tu marido.

(Sale la DUQUESA *embozada y vestida a lo villano, y el* MOLINERO *viejo, y los desposados, y el* CONDE *con alguna gente, y salen cantando los del molino. Cantan:)*

"Esta novia se lleva la flor,
que las otras no.
Bendiga Dios el molino
que tales novias sustenta.
Muelan su harina sin cuenta,
a costa de tal padrino.
Del trigo que muele amor
estas muelen de lo fino,
que las otras no."

REY. ¡Muy bueno es esto, por Dios!
¡Gentil agüero y fortuna!
¿Esta novia, no era una?
¿Cómo agora vienen dos?

VIEJO. Eran almendras paridas
las que estas huertas criaban:
que en una cáscara estaban
dos desposadas metidas.
Melampo y Martín se casan
con las dos que son mis hijas,
pues honras y regocijas
la boda.

REY. ¡Qué cosas pasan!
Este villano es discreto,
y viendo que soy padrino,
no halla mozo en el molino
que no le casa en efeto.

VIEJO. En fin, señor, ¿que gustáis
que se hagan estas bodas
con grande alegría todas?

REY. Y otras muchas que traigáis.

MELAMPO. ¿Vuestra palabra real
obligáis, justo o injusto,
de no recibir disgusto?

REY. ¡En mi vida he visto tal!
Digo que sí.

VIEJO. Esto es hecho.
Venga un clérigo que os case.

REY. Mirad si hay alguien que pase,
que le casaréis, sospecho.
Pero llamadme primero
la Duquesa, que sin ella
no es bien hacello.

VIEJO. Por ella
voy como viento ligero.

(Pase la DUQUESA.)

REY. ¿Qué es lo que mis ojos ven?

DUQUESA. A Celia con su marido.
Rey, la palabra te pido.

REY. ¿Este es el Conde?

DUQUESA. También.

CONDE. El Conde Próspero soy,
que humilde estoy a tus pies;
que vida o muerte me des,
humilde a tus pies estoy.
En este traje he vivido,
huyendo el fiero rigor
del Príncipe, mi señor,
a quien también perdón pido.

REY. ¿Quién es aqueste villano?

PRÍNCIPE. Tu hijo soy, que a tus plantas
pido de mis culpas tantas,
señor, tu perdón y mano.
Aunque estoy en este traje,
en que mi enojo me puso,
con la Duquesa me excuso
de mi fingido viaje.
Todo, señor, fué fingido,
el Conde muerto y mi ausencia;
que cerca de tu presencia
en este traje he vivido.
Perdonad, esposa mía,
y dadme esa mano y brazos.

MADAMA. De vuestra esclava son lazos
que los doy desde este día.

REY. Estoy de manera mudo,
que no sé qué responder,
y entre el pesar y el placer
lo que estoy mirando dudo.
¡Ah, Celia, mucho has sabido!

DUQUESA. Hazañas fueron, señor,
de mujer que tiene amor.

REY. Paciencia. Engañado he sido.
Todos os habéis casado.
Gozad vuestra mocedad,
que bien veo que mi edad
se excusa de este cuidado.

LAURA. ¡Ah, señor Conde!

CONDE. ¡Ah, señora!

LAURA. ¿Erades vos el galán
que tanta pena y afán
suele dar a quien adora?
¿Erades aquel perjuro
contra la fe de los dos?

VIEJO. No lo he visto.

CONDE. Sí, por Dios.

LAURA. ¿Cierto?

CONDE. Pues ¿qué?, ¿te lo juro?

LAURA. Basta, que burla de mí.

REY. Desde hoy los Molineros
se tengan por caballeros.

MELAMPO. En mi macho me lo fuí.
De comer, señor, procuro,
que es la perfeta hidalguía.

REY. Renta os doy desde este día.

MELAMPO. ¿Cierto?

REY. Pues que yo lo juro.

CONDE. Piedra de mi fuerte muro,
sabed que ya vuestro soy.

DUQUESA. Yo, señor, mi mano os doy.

CONDE. ¿Cierto?

DUQUESA. Pues que yo lo juro.

REY. Yo lo mismo os aseguro,
y ansí, entrarnos bien podemos
donde el casamiento haremos.

LAURA. ¿Cierto?

REY. Pues que yo lo juro.

CONDE. Yo fuí dichoso y con tino,
pues que mi mal se remedia.
Y aquí acaba la comedia,
gran senado, del Molino.

COMEDIA FAMOSA

DE

LA NOCHE TOLEDANA

COMPUESTA POR

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FLORENCIO.	LUCINDO.	AURELIO.
BELTRÁN.	RISELO.	FINEO, *caballero.*
JULIO.	GERARDA.	DOS ALGUACILES.
HUÉSPED.	LUCRECIA.	UN ESCRIBANO.
EL CAPITÁN ACEVEDO.	CELIO, *su criado.*	BELARDO.
EL ALFÉREZ CARRILLO.	LISENA.	TORIBIO.

ACTO PRIMERO

(*Salen* FLORENCIO, BELTRÁN *y* JULIO.)

FLORENCIO. Veré la iglesia mayor.
BELTRÁN. Pues quítate las espuelas.
FLORENCIO. Si es que importa, quitarélas;
si no, paréceme error,
pues habemos de pasar
a dormir aquesta noche
a Illescas.
BELTRÁN. Hoy se va un coche
que el sol le puede envidiar
para salir en su oriente
después que el otro que vió (1)
Faetón cuando no llegó
con su carrera a occidente.
FLORENCIO. De damas debe de ser.
BELTRÁN. Y hermosas, a fe de hidalgo,
si yo tengo voto en algo
desto que llaman mujer.
FLORENCIO. Tu voto en esta materia
no es para feas ni hermosas;
siempre hablas de sus cosas
conforme te va en la feria.
¿Estaban ya de camino?
BELTRÁN. Del coche las vi apear.
FLORENCIO. ¿Sabes tú de qué lugar
el coche a Toledo vino?
BELTRÁN. Un mesón más adelante
deste presumo que están.
FLORENCIO. Pues vaya Julio, Beltrán,
si te parece importante,
y sepa dónde camina;
porque si a Madrid se va,
conversación llevará,
si a conversación se inclina.
BELTRÁN. Ve, Julio, y con discreción.
JULIO. Voy con la que a ti te sobra.
FLORENCIO. Mi soledad fuerzas cobra
habiendo conversación;
que en dejándome, Beltrán,
entra Granada y su historia
a hacer mártir la memoria
donde mis celos están.
BELTRÁN. ¿Tenemos ya tabarreras?
¿Agora quieres volver
a memorias de mujer,
causa de tantas quimeras?
Dala al diablo treinta veces,
que así nos puso a los dos,
que aun aquí temo, ¡por Dios!,
el rigor de los jueces.
FLORENCIO. El mío me da más pena
que la herida de aquel hombre.
BELTRÁN. ¿A quién habrá que no asombre
tu fe, de fealdades llena?

(1) Hartzenbusch enmendó "quebró".

Con mujer que te obligó
a celos y a cuchilladas
¿tienes fe? Bien empleadas
fueran en ti, que en él no.
Atiende con más concierto,
Florencio, en este lugar,
que, por dicha, puede estar
aquel caballero muerto.
Y que cuando no lo esté,
no es negocio un desafío
que se ha de quedar tan frío
aunque tan honrado fué,
porque la chancillería
no sufre burlas allá.

FLORENCIO. Si muerto o si vivo está
ya fué, Beltrán, suerte mía.
¿Cómo haré que el corazón
rompa la estampa que impresa
tiene amor?

BELTRÁN. Con darte priesa
a no perder ocasión.
¿Es posible que en seis años
de amistad, no has aprendido
una lición para olvido
ni una treta para engaños?
¿Es posible que no ves
de la manera que llego
a jugar de amor el juego
con más alas en los pies
que le pintan a Mercurio,
y con más llave en la mano
que estaba el templo de Jano?

FLORENCIO. A mi condición injurio
cuando no guardo lealtad,
Beltrán, a cualquier mujer.

BELTRÁN. Dellas querrás aprender
que tratan siempre verdad.
¡Oh, cuitado moscatel!

FLORENCIO. ¿Es falta de entendimiento
ser firme de pensamiento
o tener nobleza en él?

BELTRÁN. Yo soy de amor un fullero;
que al juego de los amores,
aunque más le den favores,
siempre gana el lisonjero.
En baraja desatada
que otro primero jugó,
¿por qué he de perderme yo,
ni en la que está cercenada?
Si la que conmigo juega
los encuentros me señala,
parécete a ti que es gala
ser yo su gallina ciega?
Con fulleras tan taimadas
que nos corren como a toros,
pues siempre se toman oros
y siempre nos dan espadas;
yo, como sé sus derrotas,
de tal manera he jugado,
que tengo en lo tripulado
más de setecientas sotas.

(Vuelve a salir JULIO.)

JULIO. A una criada llegué
de aquellas damas, señor,
que a ver la iglesia mayor
iban, si no me engañé,
y díjome que a Toledo
venían desde Madrid.

BELTRÁN. Si son de Madrid, el Cid,
¡vive Dios!, les tendrá miedo;
que vienen de soledad
después que el alma faltó (1),
que la discreción les dió
el despejo y libertad,
y querrán hablar de modo
que matarán al primero
que topen.

FLORENCIO. Seguirlas quiero
por darte contento en todo,
y para ver de camino
esta famosa ciudad.

JULIO. Las espuelas os quitad.

BELTRÁN. Bien dices, porque imagino
que ellas a la iglesia van,
y porque es bien que las veas,
aunque me pesa que seas
sin las espuelas galán,
porque siempre el que es discreto
se las debiera poner. (2)

FLORENCIO. Espuelas, pues ¿a qué efeto?

BELTRÁN. Y aun dos pares.

FLORENCIO. ¡Buen decir!

BELTRÁN. Don Florencio ha de llevar
las unas para alcanzar
y las otras para huir.

FLORENCIO. ¿Qué mujer hará favor
a un hombre tan de camino?

BELTRÁN. Es un sainete divino

---

(1) Alude a la ausencia de la Corte y del Rey, que de 1601 a 1605 estuvieron en Valladolid. Alude también a los culteranos.

(2) Falta un verso a esta redondilla, que Hartzenbusch dice pudiera ser:

al seguir una mujer.

que llama a tener amor.
La mujer siempre apetece
aquello que se le va,
porque lo que en casa está,
como a seguro aborrece.
¿No has visto un ave enjaulada,
que no da tanto contento
como la que va en el viento,
libre, hermosa y despenada?
Pues así vienen a ser
los hombres ya de camino,
porque se van imagino
que los pretenden coger.

FLORENCIO. Ahora bien: ¡Huésped!

(Llama y sale el HUÉSPED.)

HUÉSPED. Señor.
FLORENCIO. ¿Habrá de comer?
HUÉSPED. Sí habrá.
FLORENCIO. ¿Qué hay agora?
HUÉSPED. No hay acá
puesto que fuera mejor
la costumbre de la tierra
donde venís, ni podemos
tener de todo.
FLORENCIO. ¿Qué haremos?,
que quien pregunta no yerra.
BELTRÁN. Estamos hoy sin comer.
Da un doblón a ese lacayo
y partirá como un rayo.
FLORENCIO. ¿Adónde?
BELTRÁN. A Zocodover
o al rollo de Ecija, y luego
comprará un par de capones,
pues ya no habrá perdigones;
y poniéndolos al fuego
se asarán, y estando asados,
comerás en esta tierra
si quien pregunta no yerra.
FLORENCIO. Donaires tienes cansados.
¿No tengo de preguntar?
BELTRÁN. Pues ¿estamos en la China?
FLORENCIO. Ahora bien: Julio, camina.
HUÉSPED. Yo iré con él a comprar.
FLORENCIO. Merced me haréis.
BELTRÁN. De aquí a un rato
volveremos a comer.
FLORENCIO. ¡Que otra mujer voy a ver!
¡Ay, Lisena!
BELTRÁN. ¡Ay, mentecato!

(Vanse, y salen GERARDA *y* LUCRECIA, *damas, de camino, con capotillos y sombreros, y* CELIO, *su criado.)*

CELIO. La fiesta se dilató,
aunque a todos ha pesado.
GERARDA. ¿La fiesta se ha dilatado?
LUCRECIA. ¿Qué, no es el miércoles?
CELIO. No.
GERARDA. ¿Qué pesadumbre se iguala?
Pues ¿cómo se ha descompuesto?
CELIO. Dícese que está indispuesto
don Pedro López de Ayala;
un gran caballero, hijo
del conde de Fuensalida.
LUCRECIA. No te pese, ¡por tu vida!,
que se alargue el regocijo;
que me parece Toledo
muy bien, y cuanto se tarda
la fiesta, tanto, Gerarda,
me alegro más.
GERARDA. Tengo miedo
que sepa nuestra venida
aquel loco de Fineo;
no le traiga su deseo
donde nuestro gusto impida;
que también me agrada a mí
esta ciudad generosa.
LUCRECIA. Allí va una dama hermosa.
GERARDA. Y un hombre gallardo allí.
LUCRECIA. ¡Qué buen manto!
GERARDA. ¡Qué buen aire!
CELIO. La gallardía advertid.
GERARDA. ¡Dios te perdone, Madrid,
que tuviste de donaire!
CELIO. Yo sé que aquí parecéis
muy bien por lo ballenato,
y que en la iglesia gran rato
os miraron más de seis
que me dijeron a mí
algunas cosas.
LUCRECIA. ¿De veras?
GERARDA. Ser forasteras (1)
lo merece siempre así,
que van tras la novedad
los hombres con desatino.
LUCRECIA. Mucha gente de camino
he visto por la ciudad.
GERARDA. Todos vienen a la fiesta.
CELIO. Estos, forasteros son.

(Salen FLORENCIO *y* BELTRÁN.)

FLORENCIO. Estas armas y blasón

---

(1) Verso incompleto. Hartzenbusch añadió después del "¿De veras?" esto:

CELIO. ¡Y cómo!

el milagro manifiesta.

BELTRÁN. La misma reina del cielo,
dando a Alfonso premio honroso
de su ingenio milagroso
y su católico celo,
tomó por armas la iglesia.

FLORENCIO. Con razón prima la llama,
más digna de eterna fama
que la maravilla Efesia.
¡Qué sagrario! ¡Qué tesoro!
¡Qué reliquias y grandezas!
¡Qué de fuentes! ¡Qué de piezas!
¡Qué de ricas joyas de oro!

BELTRÁN. ¡Quedo!, que son estas dos
las forasteras gallardas.
Llega, y háblalas. ¿Qué aguardas?

FLORENCIO. Donaire tienes, ¡por Dios!
No hay más de llegar y entrar,
como en casa que se alquila.

BELTRÁN. ¡Ea! Pues, la lengua afila;
corta la pluma de hablar;
pon los ojos para ver
en cierta forma compuestos;
hazme tres o cuatro gestos
para que pueda escoger;
serena el rostro, endereza
el cuerpo, limpia el zapato,
finge vergüenza y recato
volviendo atrás la cabeza.
Frisa el pelo de la frente,
pasa a la barba la mano,
y muy tierno y cortesano
llega con la voz doliente,
y jugando del vocablo
diles alguna razón
a quien por sólo un doblón
suelen hablar con el diablo.

FLORENCIO. Extraño estás hoy, Beltrán.

BELTRÁN. ¡Bien haya mi gusto, amén!
En pareciéndome bien,
no miro si soy galán,
sino compro, si es mediana,
un corte de primavera
o catalufa ligera,
y esto, de muy mala gana.
Envíolo con un paje,
y cuando es de lo parejo,
envío perdiz, conejo
o cosas deste linaje.
Y lo que sueles gastar
en pulirte y componerte
(oye, y la lición advierte)
gasto en dalle de cenar.

FLORENCIO. ¿Todas han de ser ansí?

BELTRÁN. ¿A quién pesa que le den,
dime tú, en el mundo, a quién?

FLORENCIO. ¿No hay nadie?

BELTRÁN. Escúchame.

FLORENCIO. Dí.

BELTRÁN. El médico está mirando
cuando el de a ocho le encajas;
el letrado, cuando bajas
la mano al párrafo dando;
el jüez, cuando le toca
la parte del denunciado;
el procurador no ha dado
paso hasta que el plus le toca;
el que escribe, sólo atiende
cuando sacas el doblón;
cualquiera negociación
de sólo el dinero pende.
El que viene a ser tu amigo,
si nunca le has dado nada,
culpa tu amistad honrada
y deja de andar contigo;
el que se pone a mirar,
no está mirando aquel rato
si es flux, sino el barato
aguarda que le has de dar.
¿Quién ha hecho algún placer,
que no espere el galardón?
Pues la misma condición
tiene cualquiera mujer.
Llega dando, y llegarás
siempre en ocasión tan buena,
que excusando mucha pena
lo que quisieres harás.

FLORENCIO. Si yo te creyese a ti,
lindas locuras haría.

GERARDA. ¡Buen talle, por vida mía!
¿Si son andaluces?

LUCRECIA. Sí,
que el brío y vestido son
al uso de aquella tierra.

GERARDA. Bien puede el mozo hacer guerra.

LUCRECIA. Pues no es malo el bellacón.

FLORENCIO. ¡Oh, qué bello serafín!

BELTRÁN. De los de pezuña y zanca.

FLORENCIO. ¡Gentil moza!

BELTRÁN. Y la potranca
no es mala, a fe de rocín.

GERARDA. No he visto en esta ciudad
hombre de tan buen despejo.

LUCRECIA. ¿Ni el que dejas?

GERARDA. Ni el que dejo.

LUCRECIA. No hay ley en la voluntad.

Pues la sombra con quien viene
no me desagrada a mí.

FLORENCIO. En cuantas he visto aquí,
ninguna su talle tiene.

BELTRÁN. ¿Ni Lisena?

FLORENCIO. Ni Lisena.

BELTRÁN. ¡Eso sí, cuerpo de tal!

FLORENCIO. Tenlo por buena señal.

BELTRÁN. Ya lo tengo por muy buena.
Pues la hermana compañera...

FLORENCIO. ¿Parécete bien?

BELTRÁN. No, a fe;
mas ¿cuánto va que es o fué
desta guitarra tercera?
¡Qué ojos!

FLORENCIO. Bellos.

BELTRÁN. Y escasos
de hacer a ninguno bien.

FLORENCIO ¿Qué sientes dellos?

BELTRÁN. Que ven
una bolsa a treinta pasos.

FLORENCIO. Poco te deben, Beltrán,
las mujeres.

BELTRÁN. Antes tanto
que a pagármelo...

FLORENCIO. Me espanto
del crédito que te dan.

BELTRÁN. Todo lo que les he dado
me lo deben muy debido,
porque mal tomado ha sido,
y es deuda lo mal tomado.

FLORENCIO. Ocasión quiero buscar
para hablarlas.

BELTRÁN. Llega.

FLORENCIO. Voy.
Medio enamorado estoy.

BELTRÁN. Amor, comer y rascar,
todo en el principio estriba.

FLORENCIO. Si es que puede un forastero...

BELTRÁN. ¿Hay tan grande majadero?

GERARDA. ¡Gallardo mozo! ¡Así viva!

FLORENCIO. Hablar a una forastera...

GERARDA. Aunque noble y principal,
siendo el forastero tal...

BELTRÁN. Todo es moneda forera.

FLORENCIO. Suplícoos, señora mía...

BELTRÁN. Señora, no le escuchéis,
que ya cansada estaréis
de tanta forastería.
Tenía talle, ¡por Dios!,
de no parar en un año.

LUCRECIA. ¡Oh, cómo es negro el picaño!

BELTRÁN. Mucho me parezco a vos.

FLORENCIO. ¡Que aun en las cosas de veras
tus burlas se han de mezclar!

BELTRÁN. ¿Tan de veras es llegar
a hablar a dos forasteras?
Diga, señor forastero.

FLORENCIO. ¡Déjame, por Dios, Beltrán! (1)

BELTRÁN. Beltrán me llamo, ¿es delito?

LUCRECIA. Que por muchos años sea;
en la puente de Alcolea
tomastes el sobreescrito.
Llevastes la delantera
a los ciento y veinte ciegos.

BELTRÁN. ¿No dije que éramos legos
para gente bachillera
de la que en Madrid nacía?
Vámonos de aquí, Florencio.

FLORENCIO. Ten un momento silencio,
por tu vida o por la mía,
que me agrada esta mujer.

BELTRÁN. A mí esotra no me agrada.

FLORENCIO. ¿Por qué?

BELTRÁN. Saco poco o nada,
y sabe muy bien volver.

FLORENCIO. Si no tenéis, por ventura,
quien en aquesta ocasión
os sirva, y la condición
de vuestro estado es segura,
suplícoos que me mandéis,
si es que la fiesta esperáis,
que busque en qué la veáis
con el gusto que veréis,
que no soy tan pobre aquí
que no pueda en un balcón
prometeros colación.

LUCRECIA. ¿Y él, qué me promete a mí?

BELTRÁN. Si acaso desde el mesón
en que estoy se puede ver,
señora, Zocodover,
allí tenéis un balcón;
mas pensar que quien aquí
casas ni raíces tiene
y con los muebles se viene
ha de hacer lances en mí,
es cosa de disparates.

LUCRECIA. Cierto que sois descortés.

BELTRÁN. No soy hombre de interés;
sólo de gusto me trates.

GERARDA. Acepto el ofrecimiento
por ver que esa cortesía

---

(1) Para el sentido y la rima sobran este verso y el anterior, o bien faltan otros dos para formar redondilla.

no es lisonja ni osadía,
sino honrado nacimiento.
Vuestro talle da a entender
que me puedo confiar,
porque es lo mismo que obrar
un hidalgo prometer.
Y ya no es por ver la fiesta,
sino por veros a vos.

FLORENCIO. ¡Esto es hecho!

BELTRÁN. ¡Bien, por Dios!

FLORENCIO. ¡Vitoria!

BELTRÁN. ¿Cuánto te cuesta?

FLORENCIO. Unas ventanas no más
y un poco de colación.

BELTRÁN. ¿Y quién te ha dicho que son?

FLORENCIO. En la calidad estás.

BELTRÁN. Pensarás que del anzuelo
ya cuelga alguna lamprea,
y será algún tollo.

FLORENCIO. Sea.

BELTRÁN. Que te han de engañar recelo.

FLORENCIO. ¿Cuál mujer, Beltrán, cuál dama,
pudo ser que hombre engañase
que manchada no quedase
en las obras o en la fama?
Déjamela ver, desvía,
que aquella rara belleza
es efeto de nobleza,
como de la luz el día.
Señora, ese talle y brío
de tal manera me allana,
que no digo la ventana,
mas por vuestro gusto y mío,
si llega mañana aquí
mi gente y un alazán,
saldré a la plaza galán...

GERARDA. ¿Y qué es lo que haréis por mí?

FLORENCIO. Aunque tienen por leones
a los toros de Jarama,
y sé que es cierta la fama,
gastaré cuatro rejones
en sus cuellos arrugados.

LUCRECIA. Y vos, ¿no saldréis por mí?

BELTRÁN. Si llegan mañana aquí
con un frisón mis criados,
palabra os doy de no entrar
en la plaza en todo el día.

LUCRECIA. ¡Gallardo, por vida mía!

BELTRÁN. Nunca me pongo a jugar
con quien no tiene dinero;
nunca con el poderoso
truje pleito, aunque forzoso,
ni desenvainé el acero;
nunca del mar me creí,
nunca por vado pasé,
ni con loco me burlé,
ni con amigo esgremí;
nunca he rogado a villano,
ni he hecho por mal nacido,
ni desquité lo perdido,
ni dejé pájaro en mano,
ni dije a nadie malicia,
ni con secreto escuché,
ni gusto a nadie quité,
ni acuchillé la justicia,
ni dije a nadie su falta
adonde alguno lo oyese,
ni vi toro que no fuese
en la ventana más alta.

LUCRECIA. Vos tenéis gracioso humor.

BELTRÁN. Así me parió mi madre.

FLORENCIO. Señora, un honrado padre
me ha dado aqueste valor.
De Granada soy, y della
a Madrid iba, seguro
de perderme, porque os juro
que me parecéis tan bella,
y me dais tan dulce guerra,
que tardaré más que Ulises
o que la sangre de Anquises
en dar la vuelta a mi tierra.
Decidme vuestra posada,
que, pues sola habéis venido,
y mi buena dicha ha sido
que de nadie estéis guardada,
o yo me pasaré allá,
o vos adonde yo estoy.

GERARDA. Con algún recelo voy.

FLORENCIO. ¿Qué pensamiento os le da?
Los dos somos forasteros;
aquí nadie nos conoce;
dejad que siquiera goce
mientras aquí estáis, de veros.

GERARDA. Dije en Madrid que venía
a Illescas, a mis parientes.

FLORENCIO. Injustos inconvenientes
estorban la dicha mía.
Hacedme pariente a mí:
decid que soy vuestro hermano.

GERARDA. En el parentesco gano;
pero tracémoslo ansí.
Que, pues que vos queréis ser
mi hermano, habéis de guardar
como mi hermano, el lugar
que él supiere defender.

FLORENCIO. Digo que el partido aceto,

y que guardaré de mí
la belleza que en vos vi
teniéndoos justo respeto.
Desde aquí soy vuestro hermano:
si algo hiciere contra vos
de mi mano entre los dos,
os defenderá mi mano.

GERARDA. Pues con esa condición
entraré en vuestra posada.—
Basta que el hombre me agrada.
Si es amor, principios son.
¿Qué puedo en esto perder?
¿No me sabré yo guardar?
Pero ¿qué puede fiar
de sí misma una mujer?

FLORENCIO. Beltrán, aquestas señoras
han de ir a nuestra posada.

BELTRÁN. ¿Está hecho el precio?

FLORENCIO. ¡Que en nada
tendrás silencio dos horas!

BELTRÁN. En casa del mercader,
del joyero o del platero,
deja un hombre al compañero
mientras precio quiere hacer,
a la puerta de la tienda,
y cuando sale y se juntan,
eso mismo se preguntan.

FLORENCIO. ¿Qué hay aquí que compre o venda?

BELTRÁN. A este par de catalufas;
buena vista y poco tomo.
¡Ea!, yo soy mayordomo:
habrá baños, habrá estufas;
habrá temerario plato.
Gastemos esos doblones,
aunque el amor en mesones
suele comprarse barato;
que cuando desta ocasión
salga tu hacienda medrada,
volveremos a Granada,
tú el pródigo, y yo el lechón.

FLORENCIO. Señoras, Beltrán es hombre
deste humor; dél os servid,
que a fe que aprendió en Madrid
el buen humor como el nombre;
que, dejando estos donaires,
es hombre para las veras.

BELTRÁN. ¡Qué se intentan de quimeras
cuando anda el seso en los aires!
¿Con qué invención ha de entrar
en la posada?

FLORENCIO. Eso es llano:
yo diré que soy su hermano,
y que la vine a buscar
para llevarla a Granada,
y que ella partió también
para buscarme.

BELTRÁN. ¡Oh, qué bien!
Digo que es traza extremada,
que a todas las aventajo,
pues viene a ser esta vez
el mesón Aranjüez,
que junta Jarama y Tajo.
En fin, ¿eres ya su hermano?

FLORENCIO. ¿No lo ves?

BELTRÁN. Y yo ¿qué soy
de vuesa merced?

LUCRECIA. Estoy
por asentalle la mano.
¡El mi pariente!

BELTRÁN. ¿Pues qué?
¿No puedo ser su pariente,
siendo hidalgo y decendiente
de un rey mago?

LUCRECIA. ¡Bien a fe!

BELTRÁN. Pero ya sé la ocasión
de que no lo quieras ser.

LUCRECIA. ¿Y es?

BELTRÁN. Por no te detener
en buscar dispensación.

GERARDA. ¿Cómo os llamáis?

FLORENCIO. Yo, Florencio.
¿Y vos?

GERARDA. Gerarda.

BELTRÁN. Decid,
¿cómo os llamáis?

LUCRECIA. Advertid...

BELTRÁN. Un hora os daré silencio.

LUCRECIA. Yo tengo el nombre de aquellas
ejemplo de castidad.

BELTRÁN. Sí, mas no será verdad
que la guardéis como ellas.

GERARDA. Celio.

CELIO. Señora.

GERARDA. Mi ropa
muda luego a la posada
destos hidalgos.

FLORENCIO. Robada
hoy llevo la bella Europa.
Dadme la mano.

GERARDA. Esta es.

BELTRÁN. ¿Y la vuestra?

LUCRECIA. Esta es la mía.

BELTRÁN. ¡Fría está!

LUCRECIA. ¿De qué está fría?

BELTRÁN. De que no toca interés.

(Vanse, y salen LISENA, *en hábito de labradora, y* AURELIO *con ella.)*

AURELIO. ¿Que aquí te quieres quedar,
Lisena, en este mesón?
LISENA. Es, Aurelio, la ocasión
como la suelen pintar.
No quiero pasar de aquí,
pues como ves, disfrazada,
sirviendo en esta posada,
ninguno repara en mí.
El huésped me convidó
a servirle, viendo el traje
humilde y tosco lenguaje
que estaba fingiendo yo.
Así, a la ocasión la frente,
y con él me concerté,
Aurelio, mientras no sé
de aquel mi adorado ausente;
porque como esta ciudad
es paso a tantas ciudades,
y siempre las novedades,
de alta o baja calidad,
llegan, porque ya son leyes
de fama y tiempo ligero,
a las posadas primero
que a las cortes de los reyes,
sabré lo que hay en Granada,
y en Madrid lo que hay sabré,
donde mi Florencio fué.
AURELIO. La industria me agrada (1),
porque de tu entendimiento
podré en aquesta ocasión
fiar la rara invención
de encubrir tu pensamiento.
El huésped sale; repara
en que te ha de conocer.
LISENA. Mal sabes lo que es mujer.
AURELIO. Semíramis lo declara;
que ser (2) su hijo fingiendo,
tanto imperio gobernó.
LISENA. Gobernar agora yo
sólo un corazón pretendo.

(Sale el HUÉSPED.)

HUÉSPED. Siquiera para que veas
la casa que has de servir,
arriba puedes subir,
Inés, si verla deseas;
que también habrá que hacer.
LISENA. Tío Aurelio, adiós.
HUÉSPED. Como si fuérades vos,
seguro podéis tener
su tratamiento y regalo.
AURELIO. Así de vos lo confío.
HUÉSPED. Seré padre, si sois tío.
AURELIO. Ya por su padre os señalo;
cumplid vuestra obligación.
HUÉSPED. ¿Adónde vais?
AURELIO. A Madrid.
Que es bien nacida advertid,
aunque por cierta ocasión
ha venido a tal pobreza.
HUÉSPED. En ella se echa de ver;
mas la virtud ha de ser
la verdadera riqueza.

(Vase AURELIO *y entra* JULIO.)

JULIO.

Entre. ¿Seor huésped?

HUÉSPED.

¿Qué hay?

JULIO.

Aquellas damas
que en esotro mesón más adelante
se apearon de un coche, son las mismas
que a buscar a Madrid iba mi amo,
que la una es hermana, y la otra, prima.
Hanse pasado acá, y es neecsario
que aderecen las camas de esa sala
y otra para un criado, porque quieren
quedarse a ver las fiestas.

HUÉSPED.

Sea en buen hora.
¡Hola, Toribio, Inés!

TORIBIO.

Tan noramala
hubo fiestas de toros en Toledo,
que a fe que los paguemos bien nosotros.

HUÉSPED.

¿Qué aposentos están desocupados?

TORIBIO.

La sala del balcón y tres de arriba.

(1) Hartzenbusch enmendó este verso y el siguiente en esta forma:

La industria poco me agrada;
pero de tu entendimiento

(2) En el original "querer", por errata, que Hartzenbusch no corrigió.

HUÉSPED.

¿Y del segundo corredor?

TORIBIO.

Bien dices;
la sala adonde estuvo aquel indiano,
y el aposento del rincón.

HUÉSPED.

Pues, ¡alto!
En esa del balcón estén las damas.

TORIBIO.

Venid conmigo.

JULIO.

Vamos.

HUÉSPED.

Estos días
aun pienso que el Alcázar fuera estrecho,
que todo el mundo acude a ver las fiestas.—
¿Inés?, ¿qué digo?, ¿Inés? ¡Ella es hermosa!
No habrá en Toledo cosa más famosa.

(Vase, y salen el CAPITÁN ACEVEDO *y el* ALFÉREZ CARRILLO, *de camino.)*

ALFÉREZ. ¡Buena posada!
CAPITÁN. Y quieta.
ALFÉREZ. Mañana lo estará más.
CAPITÁN. De aquí un rato quitarás
la funda desa jineta,
y saldremos por Toledo.

(Dice dentro el HUÉSPED.)

HUÉSPED. ¡Nunca nos falta un soldado!
CAPITÁN. Pues, huésped, ¿habrá recado?
HUÉSPED. Sí; gracias a Dios, bien puedo
en mi casa aposentar
toda vuestra compañía.
ALFÉREZ. La de agora bien podía.
HUÉSPED. ¿Váisla a hacer?
CAPITÁN. Voila a buscar.
HUÉSPED. ¿Adónde?
CAPITÁN. A Ocaña iré, pues voy. (1)
¿Qué hay de fiestas?
HUÉSPED. ¡Bravas fiestas!
CAPITÁN. En ocasiones como éstas,
no hay hombre, a fe de quien soy,
que no procure mostrar
la fe que debe a su rey.

(1) Verso largo: Hartzenbusch lo enmendó suprimiendo el "iré".

HUÉSPED. Sois noble, y es justa ley.
¿Qué cosa puede alegrar
más a un español, que ver
nacer un príncipe a España? (1)
ALFÉREZ. Pienso que en la tierra extraña
fiestas se deben hacer.
CAPITÁN. En las Indias orientales
y antárticas las habrá;
pero no es mucho, si allá
son vasallos naturales.
En los reinos extranjeros
habrá justo regocijo.
ALFÉREZ. Dios guarde ese sol que es hijo
de tan hermosos luceros.
Id, huésped, a procurar
que pongan las mesas luego.
HUÉSPED. Voy.
CAPITÁN. ¿Habrá un poco de juego?
ALFÉREZ. Si hubiere con quién jugar.

(Sale LISENA.)

LISENA. En esta sala de en medio
puede entrar el Capitán.
CAPITÁN. Si la que decís me dan,
en casa hallé mi remedio.
¡Gentil moza! ¿Sois, por dicha,
hija del huésped, señora?
LISENA. No, señor; soy labradora,
natural de mi desdicha;
que es un lugar bien desierto,
donde nacen a morir
los que vienen a servir.
CAPITÁN. No lo merecéis, por cierto;
que debiérades mandar,
si Aquel que lo pudo hacer
no os obligara a nacer
en ese estéril lugar.
ALFÉREZ. ¿Hay tal moza de mesón?
CAPITÁN. ¿Hay labradora tan bella?
ALFÉREZ. ¡Que aquestos se sirvan della,
locos y bárbaros son!
CAPITÁN. ¡Venid acá, por mi vida!
Volveros quiero a mirar.
LISENA. Digo que podéis entrar,
porque es la sala escogida.
CAPITÁN. Y vos más que no la sala,
aunque del Alcázar fuera.
Alférez, ¿qué pareciera
con alguna honesta gala
labradora tan hermosa?

(1) Alude al nacimiento de Felipe IV, el 8 de abril de 1605.

ALFÉREZ. ¡Una dama, un serafín!
CAPITÁN. ¡Que en una mina tan ruin
haya piedra tan preciosa!
¿Cómo os llamáis?
LISENA. Yo, señor,
con perdón, me llamo Inés.
ALFÉREZ. Donaire o malicia es.
CAPITÁN. Y el mío parece amor.
¿Cómo, qué fortuna airada
trujo, Inés, tu condición
a servir en un mesón?
LISENA. Porque nunca acierta en nada.
Oí cantar en mi aldea
que la Fortuna tenía
un árbol, donde ponía
el bien que el mundo desea,
y que en las ramas, colgadas,
estaban joyas, banderas,
libros, honras, armas fieras,
dineros, sogas, espadas;
en fin, todo el trato humano.
Debajo estaba la gente,
y la Fortuna, insolente,
con una vara en la mano:
con ella en el árbol daba,
cayendo en varias cabezas
alegrías o tristezas,
como la suerte alcanzaba;
sin duda, a mala ocasión
llegué, por irme despacio,
pues pidiéndole un palacio,
me ha dado aqueste mesón.
CAPITÁN. ¡Alférez!
ALFÉREZ. ¿Qué hay?
CAPITÁN. En mi vida
tal placer me habéis de hacer
como hablar a esta mujer.
ALFÉREZ. Un ciego os verá la herida.
CAPITÁN. Decilde que si conmigo
a Italia quiere pasar,
que la sabré regalar;
y desto vos sois testigo.
Que la vestiré de tela
y la bordaré de modo
que sea de perlas todo.
ALFÉREZ. ¿Y Marcela?
CAPITÁN. ¡No hay Marcela!
Decilde que le daré
un manteo tan galán,
que gaste el oro a Milán
desde la cintura el pie;
decilde que de una extraña
tela le haré una gorguera
que valga más que si fuera
la capitana de España;
y también quiero advertiros
que, para que valga tanto,
le haré de soplillo el manto
de soplos de mis sospiros;
y en señal de mis prisiones,
una cadena tan bella,
que tenga la de Marsella
menos gruesos eslabones.
Para telas y cojines
mil piezas juntas desata;
di que en las minas de plata
haré bañar sus chapines;
y, por la fe de español,
si no es amor lo que digo,
que ha de caminar conmigo
en los caballos del Sol;
y que en no viendo serenos
sus ojos, porque te asombres,
que me mate con mil hombres,
y esto será lo de menos.
ALFÉREZ. Yo voy.
CAPITÁN. Dios te guíe.
ALFÉREZ. Inés,
oye aparte.
LISENA. ¿Qué mandáis?
ALFÉREZ. El que ves...
LISENA. Que prosigáis
aguardo.
ALFÉREZ. En fin, el que ves
es el mayor fanfarrón
que hay desde Flandes aquí;
él te ha visto y yo te vi...
LISENA. Tendréisme mucha afición.
ALFÉREZ. Jamás este hombre trató
mujer, que no la azotase
y las joyas le quitase.
LISENA. Por esos me muero yo.
ALFÉREZ. Yo soy un hombre muy tierno,
gran regalador, llorón;
tan fácil de condición,
que sin freno me gobierno.
No pido celos, no guardo,
no me enojo, no hago fieros,
juego, y sóbranme dineros...
LISENA. Sois soldado, y sois gallardo.
En fin, ¿tengo de escoger?
ALFÉREZ. Eso te vengo a rogar.
LISENA. Pues yo lo voy a pensar;
mañana podéis volver.

(Vase LISENA.)

CAPITÁN. ¿Fuése?
ALFÉREZ. ¿No lo ves?
CAPITÁN. Pues bien,
¿qué dijo?
ALFÉREZ. Que yo le había
parecido bien.
CAPITÁN. Sí haría.
ALFÉREZ. Y que conmigo también
iría a Italia y a Flandes.
CAPITÁN. ¿Tú quiéresla?
ALFÉREZ. ¿Para qué?
CAPITÁN. ¿Con qué pensamiento fué?
ALFÉREZ. De que hará cuanto le mandes.
Háblala, que me decía
que era muerta por soldados;
que durarán tus cuidados
menos que durare el día.
Pero dice que la lleves
como paje.
CAPITÁN. ¡Vive Dios,
que habemos de andar los dos
como el miércoles y el jueves!
¡Pesia tal, que es como un oro!

(Vase, y salen LUCINDO *y* RISELO, *caballeros de Toledo.)*

LUCINDO. En este mesón entraron.
RISELO. ¿Tan de veras te agradaron?
LUCINDO. Prometí matar un toro
a cuchilladas, ¡por Dios!,
en servicio de la una.
RISELO. ¿Hay guarda?
LUCINDO. Poca o ninguna;
aunque sé llegaron dos,
al parecer forasteros,
y las han acompañado.
RISELO. Aquí hay un galán soldado.
LUCINDO. ¡Y no de malos aceros!
¡Jesús, señor Capitán!
¿En Toledo? (1)
CAPITÁN. ¿Pues [en] dónde?
Esta grandeza os responde.
LUCINDO. ¿Qué hay del Marqués?
CAPITÁN. Fuése a Orán.
LUCINDO. Ya me acuerdo.
CAPITÁN. Con él fué
don Lorenzo, nuestro amigo.
LUCINDO. ¡Qué bueno venís! Yo os digo
que se os luce y que se os ve
el regalo de la corte.
¡Grandes fiestas!
CAPITÁN. La ocasión
es grande. En este mesón
¿qué puede haber que os importe?
LUCINDO. Siguiendo a dos forasteras,
desde la iglesia he venido.
CAPITÁN. Sólo he sentido el ruido.
LUCINDO. Agradóme tan de veras
una dellas, que he de hablalla,
si vos espaldas me hacéis.
CAPITÁN. Bien seguras las tenéis,
si Amor os deja gozalla.
Y, para hablalla mejor,
comeréis aquí conmigo,
que bien se sufre a un amigo.
LUCINDO. Yo soy vuestro servidor.
Pero al revés ha de ser:
a mi casa habéis de ir.
CAPITÁN. No puedo de aquí salir.
LUCINDO. ¿Por qué?
CAPITÁN. Por cierta mujer.
LUCINDO. Pues, ¡alto!, con vos me quedo.

(Salen FLORENCIO *y* BELTRÁN.)

FLORENCIO. ¿Hubo qué comer, Beltrán?
BELTRÁN. Lo que hubiere les darán,
sin quedar cosa en Toledo.
FLORENCIO. ¡Regálense, por mi vida,
que estoy...!
BELTRÁN. No me digas más.
FLORENCIO. Pongan la mesa.
BELTRÁN. Hoy verás
una espléndida comida.
Para principio les doy
de Juanelo el artificio.
FLORENCIO. ¡Que siempre has de estar de vicio!
BELTRÁN. ¿Qué quieres? Deste humor soy.
Galanes hay.
FLORENCIO. Dices bien;
y que parecen soldados.
CAPITÁN. Basta, a amigos tan honrados,
que la voluntad les den.
LUCINDO. Yo siempre me llego a ella
mejor que a la mesa.
CAPITÁN. Vamos,
porque esas mozas veamos.

(Vanse los dos.)

BELTRÁN. La una es en extremo bella.

---

(1) Hartzenbusch añadió:

¿Vos en Toledo?

porque el verso era corto.

FLORENCIO. Estos se van a comer.
Nosotros, ¿no comeremos?
BELTRÁN. Como tanto amor tenemos,
sustentámonos de ver.
Voy a hacer que aquel bergante
traiga lo que hubiere luego.

(Vase.)

FLORENCIO. Tuve vista, y estoy ciego;
era amado, y soy amante.
¡Extraños efetos hace
el ciego amor, cuando quiere!;
donde un fuego apenas muere,
otro mayor fuego nace.
¡Huésped, hola! ¡Huésped, hola!
Haced traer aguamanos.

(HUÉSPED, dentro.)

HUÉSPED. ¿Dónde están estos villanos?
Ve, Inés, pues tú sirves sola.
FLORENCIO. Con razón agua he pedido;
pero si está el fuego dentro,
irase metiendo al centro
del corazón encendido,
en lavándome las manos.

(Sale LISENA, con plato, jarro y toalla.)

LISENA. ¡Qué voces dais! Véisme aquí.
FLORENCIO. ¿Sabéis qué fuego hay en mí,
y qué pensamientos vanos?
Echad, por ver si templáis
por la mano el corazón.
¿De qué es tanta suspensión?
¿Qué tenéis?, ¿qué me miráis?

(Aparte.)

LISENA. ¡Cielos! ¿No es éste Florencio?
FLORENCIO. ¡Cielos! ¿No es ésta Lisena?
LISENA. ¿En tanto gozo, tal pena?
FLORENCIO. ¿En tanto bien, tal silencio?
LISENA. ¡Ah, traidor! ¿Damas aquí?
¿Tan presto tanta mudanza?
FLORENCIO. ¡Hoy pierdo, amor, la esperanza
de gozar el bien que vi!
LISENA. Quiero negar que yo soy,
aunque no puedo negar.
FLORENCIO. ¿Lisena en este lugar?
¡O está loca, o yo lo estoy!
O la fortuna está loca,
o el tiempo perdió el juicio.
Hasta saber con qué indicio
de amor en mis celos toca,
tengo de negar quién soy,
aunque más me llore y diga.
¿Ha mucho que estáis, amiga,
aquí en casa?
LISENA. Habrá que estoy
cosa de un año y un mes.
FLORENCIO. Echad agua.
LISENA. ¡Que me place!
FLORENCIO. ¿Un año...?
LISENA. Agora lo hace.
FLORENCIO. ¿Y cómo os llamáis?
LISENA. Inés.
FLORENCIO. ¡Hermosa sois!
LISENA. Yo solía
parecerlo a algún mudable.
FLORENCIO. Si se mudó, razonable
causa ese galán tendría.
LISENA. Los hombres, luego que olvidan,
dicen que causas les dan.
FLORENCIO. Sin ellas, firmes están,
aunque mil almas les pidan.
LISENA. El que yo digo, tomó
por excusas ciertos celos.
FLORENCIO. Los inciertos culparélos,
pero sin son ciertos, no.
LISENA. Yo pienso que eran inciertos.
FLORENCIO. Pensáis en vuestro favor.
LISENA. Yo sé que es cierto mi amor,
como son mis daños ciertos;
que a fe que el amante mío
que no me ha guardado fe.
FLORENCIO. Echa agua.
LISENA. ¿Para qué,
estando el fuego tan frío?
Otra mujer quiere ya.
FLORENCIO. El remedio suele ser,
que para mal de mujer,
purga de mujer se da;
aunque ésta será triaca.
LISENA. ¿Mujer con mujer? ¡Qué bueno!
FLORENCIO. Sí; que como son veneno,
una con otra se saca.
LISENA. Laváos, que aún no podéis,
aunque os diese yo mi llanto,
lavaros, mi señor, tanto
que limpio y salvo quedéis.
FLORENCIO. Dadme el paño.
LISENA. Véisle aquí.
FLORENCIO. ¿Quién os trujo a este mesón?
LISENA. El decirme el corazón
que estaba su dueño aquí.

FLORENCIO. ¿Y si es ya de otra?
LISENA. Los dos
sabremos mudar de prendas.
FLORENCIO. Id a hacer vuestras haciendas.
LISENA. Quedad con Dios.
FLORENCIO. Id con Dios.

ACTO SEGUNDO

(Salen el CAPITÁN ACEVEDO, *el* ALFÉREZ CARRILLO, LUCINDO *y* RISELO.)

CAPITÁN. Perdonad que en un mesón
no puede haber más regalo.
LUCINDO. Al de Atalante le igualo
CAPITÁN. Si es la mesa el corazón,
¡qué atrevida es la amistad!
ALFÉREZ. Amor es atrevimiento.
RISELO. Donde sirve el cumplimiento,
no asiste la voluntad.
LUCINDO. ¿Qué os pareció de la dama
de Madrid?
CAPITÁN. Que os ha servido
de comida, y me ha valido
para no perder la fama;
que dando con su hermosura
dulces cosas de comer,
no reparastes en ver
la mesa.
LUCINDO. Y fuera locura;
porque donde el alma come,
el cuerpo es razón que ayune.
CAPITÁN. ¿Vos queréis que la importune
y que esto a mi cargo tome?
ALFÉREZ. De aquí a las fiestas, no creo
que habéis de tener lugar;
que muy poco os ha de dar
la guarda con que la veo.
RISELO. Debajo de que es hermano,
no ha de ser tan cudicioso;
que no es amante celoso,
ni marido cortesano.
Esta tarde se irá a ver
la ciudad.
LUCINDO. ¡Quiéralo el cielo!
CAPITÁN. Más corto levanto el vuelo,
con el temor de caer.
Nunca pongo el pensamiento
donde tengan fuerza alguna
el tiempo ni la fortuna,
ni pueda llevarle el viento.
¿Vos estáis enamorado
desta dama de Madrid?
LUCINDO. Perdido estoy.
CAPITÁN. Advertid
en la bajeza que he dado.
Ni yo camino en el mar,
ni en el viento, ni al sol miro,
ni por el fénix suspiro,
ni estrellas quiero alcanzar;
ni me mata seda o tela,
ni artificio, ni cabellos
rizos, ni anda el alma en ellos
como anda el viento en la vela;
solamente me parezco
a vos en que hoy me ha nacido
en casa este amor, que ha sido
legítimo.
LUCINDO. No os ofrezco
ser padrino de ese amor,
hasta saber el sujeto;
y si no importa el secreto,
tendrélo a mucho favor.
CAPITÁN. Los soldados no podemos
amar con secreto, y ser
constantes en el querer;
que estas dos faltas tenemos.
Apenas entra el soldado
con las medias de color,
calzón de extraña labor,
sombrero rico emplumado,
ligas con oro, zapato
blanco, jubón de Milán,
cuando ya todos están
murmurando su recato.
Llevan colores y brío
los ojos, y en galas solas
más jarcias y banderolas
que por la barra el navío.
Pues ¿constancia en el querer?
¿Cómo puede ser constancia?
Ya está en Flandes, ya está en [Francia,
él ausente; ella, mujer.
¡Bien haya mi condición!
RISELO. Sólo de oíros hablar,
he venido a sospechar
que hay duende en este mesón;
y si es ansí, no penséis
que sois el doliente vos
de ese dolor, que, ¡por Dios,
que hay más de cuatro, y de seis!
CAPITÁN. ¡Por vida del Capitán,
que sospecho, y sin sospecho,
que ha de entrarme en mal prove- [cho
el ser hoy de Inés galán!

Porque ninguno la ve,
que no piense que ya es suya.

ALFÉREZ. Inés es como alleluya:
no hay verso donde no esté;
pero ya es del Capitán
esta empresa.

RISELO. Y es razón.

CAPITÁN. Eso no; que en un mesón
no ha de haber sólo un galán.
Sirvan todos, y ella escoja.

LUCINDO. A río vuelto, señores,
ganancia de pescadores.

CAPITÁN. ¿También a vos se os antoja?

LUCINDO. No; pero el que hablare a Inés,
tercie por mí con Gerarda.

CAPITÁN. Inés viene; aquí me aguarda.

LUCINDO. Adiós.

CAPITÁN. Hablemos después.

(Vanse los tres, y queda el CAPITÁN *y* LISENA.)

LISENA.

Andan mis males por volverme loca,
como si yo negase que lo he sido;
andan mis bienes por cubrir de olvido
lo que confiesa el alma por la boca.
Andan mis penas por decir que es poca
la que por tal sujeto he padecido,
y mis agravios, como lo han sentido,
dicen que la venganza al honor toca.
Andan mis celos porque amor intente
alguna sinrazón, viendo que puedo;
anda mi amor porque de ti me ausente;
anda [él] con artificios en Toledo;
mas es andar y andar, que finalmente
he de anegarme entre el amor y el miedo.

CAPITÁN. ¡Ah, señora Inés!

LISENA. ¿Quién es?

CAPITÁN. Un hombre, un huésped de casa.

LISENA. Pase en buen hora, si pasa.

CAPITÁN. Un poco te quiero, Inés.

LISENA. Si es muy poco, diga presto;
que ando, como ve, ocupada.

CAPITÁN. Ya tengo el alma turbada.
Respeto, ¡por Dios!, me ha puesto.
Pues ¿cómo yo, que atrevido,
andando con el marqués
de Santa Cruz, y después
con el Archiduque, he sido,
del turco y del rebelado
flamenco, rayo en la guerra,
y en propia y ajena tierra
soy, por quien soy, respetado,
temo una flaca mujer,
moza que sirve un mesón?
Mas de amor efetos son,
que es niño y dios en poder.
¿Quién, si no amor, ha pintado
libros y armas? ¿Quién ha sido
el que fuertes ha vencido
y sabios ha derribado?
¡Amor, poderoso es!

LISENA. ¿No acabáis?

CAPITÁN. Quiérote un poco.

LISENA. Decildo.

CAPITÁN. ¡Vuélvome loco!
Yo te lo diré después.
¿Hay tal temor? ¿Hay tal fuerza
de amor? ¿Qué temor, qué aguar-
[do?
¿Soy yo el que, fuerte y gallardo,
anima, acomete, esfuerza;
el que salté el escuadrón,
a la galera, al navío?
Amor, ¿dónde está mi brío?
¿Qué has hecho a mi corazón?
Vuélvemelo. ¿Tú no ves
que soy soldado de Amor?

LISENA. ¿Qué es lo que queréis, señor?

CAPITÁN. Un poco te quiero, Inés.

LISENA. ¿Qué puede ser que os obligue
a suspenderos ansí?

CAPITÁN. Verte, Inés.

LISENA. ¿Qué veis en mí?

CAPITÁN. Yo callo, y amor prosigue;
y espántome que no des
en que quien te ve, te adora.

LISENA. ¿Hay más?

CAPITÁN. Sí.

LISENA. Decildo agora.

CAPITÁN. Yo te lo diré después.

LISENA. ¿Cuándo o cómo?

CAPITÁN. Si tú vienes
esta noche a visitarme,
sabré mejor declararme.

LISENA. Bien, ¡por Dios!

CAPITÁN. ¿Qué prisa tienes?

LISENA. ¿Cómo puedo estar despacio
adonde hay tanto qué hacer?
Suelte, que voy a barrer.

CAPITÁN. ¿A barrer?

LISENA. Aquel palacio.

CAPITÁN. ¡Manos hermosas! ¡Por Dios,
que otro instrumento os conviene!

LISENA. ¡Cielos!, mi enemiga viene.

Mi remedio espero en vos.
¡Valedme, industria; ayudadme,
cielos!, que no quiero amor;
id en buen hora, señor.

CAPITÁN. ¡Oye, Inés!

LISENA. Señor, dejadme;
que viene Gerarda aquí.

CAPITÁN. Pues ¿vendrasme a ver?

LISENA. Sí haré.

CAPITÁN. ¡Victoria! ¡Vine, llegué,
vencí a Inés, a Inés vencí!

(Vase el CAPITÁN, *y sale* GERARDA.)

GERARDA. ¿Con quién das voces, Inés?

LISENA. ¡Oh, mi señora Gerarda!
Con ese necio, que aguarda
lo que de otro dueño es.
Persuadirme pretendía
que esta noche visitase
su aposento.

GERARDA. Que intentase
tu amor con descortesía,
fué culpa; mas no lo es
quererte siendo su gusto:
antes parece muy justo
quererte todos, Inés.

LISENA. Si eso hubiérades tratado,
rendida de algún dichoso,
ya fuese galán, ya esposo,
que os hubiese conquistado,
¿sería entonces razón
que otro que os persuadiese,
la misma noche quisiese
la misma conversación?

GERARDA. Eso, Inés, no puede ser,
que es de comunes mujeres;
y si guardar honra quieres,
uno solo has de querer.

LISENA. Tengo mi palabra dada
de ser de cierto galán,
y también el Capitán
quiere ocupar la posada,
cosa que no puede ser.

GERARDA. Notable placer me has hecho
en descubrirme tu pecho.

LISENA. Sois mujer y soy mujer;
¿qué queréis?; flaquezas son.

GERARDA. Dime la verdad, Inés:
¿ha sido amor, o interés?

LISENA. Dos deditos de afición.

GERARDA. ¿Aficionado te has?

LISENA. ¿Soy piedra?

GERARDA. Pensé que amor
se trataba a lo señor,
y andaba entre ellos no más.
No creí que en los mesones
hallaba el amor posada.

LISENA. Al amor tal vez le agrada
dejar calzas por calzones.
Suele enfadar el faisán,
suele la vaca dar gusto,
que no hay vestido más justo
que aquel que nuevo le dan.
Si del ver nace el amor,
y de privación, deseo,
en los que caminan creo
que será más el rigor.

GERARDA. Tú, a lo menos, disculparas
cualquiera deseo, Inés;
que es muy justo que le des,
si en tus méritos reparas.
Mas, pues me has declarado
lo más, que es decir que quieres,
y que el galán que prefieres
tendrá esta noche tu lado,
dime cuál destos dos es,
ansí logres tu deseo.

LISENA. Muy cuidadosa te veo;
yo te lo diré después.

GERARDA. Vuelve, detente y advierte
que sólo es este cuidado
gusto de ver si has echado
el dado con buena suerte.
¿Quién?, por mi vida; y no mien-[tas.

LISENA. (¡Bien se traza mi invención!)
¿En amores de mesón
saber secretos intentas?
No te lo niego por mí,
que confesar que ha de ser
es lo más que puedo hacer
en esta ocasión por ti.
Por honra del caballero,
Gerarda, te encubro el nombre.

GERARDA. Pues ¿qué pierde ningún hombre?

LISENA. Su libertad considero;
y sé bien que en el sayal
suele estar envuelto el oro,
sin que pierda su decoro.

GERARDA. No sientas de mí tan mal;
que si el mismo Amor posara,
Inés, en este mesón,
pudiera con afición
rendirse a tu hermosa cara.
Y como se suele dar
a la huéspeda el dinero
que lo guarde, considero

que Amor te diera a guardar
las flechas de sus despojos,
aunque de rayos son hechas,
que para guardar sus flechas
eran muy propios tus ojos.

LISENA. Lisonjas os ha enseñado
el deseo de saber
el galán que ha de tener
aquesta noche mi lado;
pues ni el mío o su decoro
me han detenido, ¡por Dios!,
sino el ver que os toca a vos
lo que yo, Gerarda, adoro.

GERARDA. ¿A mí, en aqueste mesón?

LISENA. A vos.

GERARDA. ¿Quién es?

LISENA. Vuestro hermano.

GERARDA. ¿Mi hermano? Es buen cortesano,
te dirá alguna invención.

LISENA. Si soy la que las saetas
de Amor pudiera guardar,
¿no pudo alguna tocar
su pecho? ¿Qué te inquietas?
¿Qué tienes?

GERARDA. ¿Qué he de tener?
Mi hermano es hombre...

LISENA. Es ansí.

GERARDA. ¿Que te quiere tanto?

LISENA. Sí,
si bien me supo querer.

GERARDA. ¿Que esta noche ha concertado
verte?

LISENA. Y con tanta afición,
que, en prendas que de amor son,
esta sortija me ha dado;
y aunque tan pobre me ves,
cree de mis pensamientos
que a tales atrevimientos
no me moviera interés.
Amor me mueve, que estoy
perdida.

GERARDA. Gran bien me has hecho.
(Y hoy saldrá de mi pecho
su amor, a fe de quien soy;
y no será grande hazaña
que hoy salga quien hoy entró.)

LISENA. ¡Bravamente lo sintió!

(Salen BELTRÁN *y* FLORENCIO.)

BELTRÁN. Cosa, ¡vive Dios!, extraña,
y que si yo no la viera,
no la creyera a ninguno.

FLORENCIO. Aquí están las dos.

BELTRÁN. Si alguno
me contara esta quimera,
lo tuviera a bernardina.
¿Que ésta es Lisena, Florencio?

FLORENCIO. Quedo, Beltrán, con silencio.

BELTRÁN. Quien ama y se determina,
no habrá cosa que no intente.

LISENA. Señora, a hacer voy las camas.

GERARDA. Mejor dirás si las llamas
llamas de infierno.

LISENA. *(Ap.)* Bien siente.
Quiérome quitar de aquí
y dar lugar a sus celos.

FLORENCIO. Guarden tu vida los cielos.

GERARDA. Como la guarden de ti.

BELTRÁN. Oye, Inés.

LISENA. ¿Qué quiere?

BELTRÁN. Escuche.
Bien la quiero; ya me entiende.

LISENA. No puede ser.

BELTRÁN. ¿Cómo?

LISENA. Hay duende.

BELTRÁN. Y la daré...

LISENA. ¿Qué?

BELTRÁN. Un estuche.

LISENA. Barbero debe de ser.

BELTRÁN. Muy su servidor sí soy.

(Vase.)

FLORENCIO. ¿Cómo en tu desgracia estoy?

GERARDA. Di tú como soy mujer.

BELTRÁN. ¿Qué tenemos? ¿Hay capote?
¿Hay ceño? ¿Hay capa aguadera?

FLORENCIO. No ha un hora que tu bien era.

BELTRÁN. No hay paz que no se alborote
si entran de por medio celos.
¿Cuánto va que estás, Gerarda,
de la fregona gallarda
con principios de recelos?
Yo holgaría de saber
si deste enojo soy parte,
porque puedo asegurarte
con que vive en mi poder.
Este concierto hemos hecho
siempre que vamos los dos
algún camino, y ¡por Dios!,
que te hablo abierto el pecho.
El ha de hablar cuantas damas
le ofrecieron sus personas,
y con todas las fregonas
que nos hicieren las camas.

Así que Inés me ha tocado,
y es de mi jurisdicción,
y alrededor del mesón
cinco leguas...

GERARDA. Si has pensado,
Beltrán, que en Madrid hay bo-
y que el tiempo y la foruna [bas,
no dejaron cosa alguna,
mucho en sus leyes inovas.
Imagina que es Madrid
en la tempestad que fué
como el Arca de Noé.

BELTRÁN. Más como el arca del Cid,
que en vez de oro tiene arena.

GERARDA. De cada género tiene
dos animales.

BELTRÁN. Más viene
a estar de animales llena;
que los conejos del Parque
se suben hasta San Juan.

GERARDA. Cosas que en el arca están
es justo que el tiempo embarque.
Hay dos discretos, dos necios,
dos ricos, dos mendigantes,
dos sabios, dos ignorantes,
dos altos, dos bajos precios,
dos túes, dos señorías,
dos grandes y dos pequeños,
dos gordos y dos cenceños,
dos palomas, dos arpías,
dos legos, dos estudiosos,
dos jardines, dos desiertos,
dos con ojos y dos tuertos,
dos sucios y dos curiosos,
dos damas y dos fregonas,
para que, en pasando el agua,
haya sin ir a la fragua
aquellas mismas personas.
Tú, Beltrán, no has de pensar
que soy de las bobas yo:
Florencio no me engañó,
pero quísome engañar.
Y si es que las ocasiones
te dan las damas, sin duda
que, pues de damas se muda,
trocastes juridiciones.
Ya Florencio en tu afición
tiene tanta señoría,
que, como chancillería,
se entra en tu juridición.
Dile que siendo galán
de las damas, que no es justo
que fregonice su gusto,
pues es tu oficio, Beltrán,
que Inés no es lugar que cae
cinco leguas del mesón;
pues de tu juridición
hoy a la suya la trae.
Esta noche ha concertado
tener su lado de Inés,
y por prenda, si lo es,
una sortija le ha dado.
Pues quien me ha de amar a mí
no ha de tener pensamientos
de tan bajos fundamentos
ni ha de humillarlos así.
Quien tanta gala pregona
y me llama su mujer,
una estrella no ha ver,
cuanto y más una fregona.
¡Jesús, qué asco! ¡Qué infame
gusto! ¡Qué sucio deseo!
¡Qué vil amor! ¡Qué trofeo
tan bajo!

BELTRÁN. ¡Quedo! No llame
vuesa merced tales nombres
al buen gusto de Beltrán,
porque es creencia en que están
muchos muy discretos hombres.

FLORENCIO. Calla, Beltrán, que si vuelves
por ellas, ha de pensar
que es mi gusto.

BELTRÁN. ¿He de callar,
cuando a callar te resuelves,
tocándome en las dos niñas
de los ojos? ¡Vive Dios!,
que hay fregonas más de dos
sin las bordadas basquiñas,
sin el manto soplonesco,
sin el garbo ni el chapín,
con el tranzado garbín
y el delantal blanco y fresco,
que van vendiendo cuajada,
más que nieve y que tomillo,
porque aquel amor sencillo
es lo que al buen gusto agrada!
¿Qué faldellín de persona
grave iguala en nieve y flores,
al ver en paños menores
una cándida fregona?
¿Para qué puede ser bueno
al marido ni al galán
brindalle con solimán,
que es, en efeto, veneno?

GERARDA. Beltrán, yo digo que Inés
y otras fregonas de aquí

serán pavos para ti,
pero mírales los pies;
que yo conozco un discreto
que esa rueda deshacía
luego que los pies les vía,
que es espantoso defeto.
Cuando pinta algún pintor
al demonio, ya después
que ha hecho el rostro, en los pies
pone el quién es, como autor.
Pues ¿qué piensas tú que son
fregonas? Diablos pintados.

BELTRÁN. Esas llevan mis cuidados,
y no damazas de don.

GERARDA. Al tinte güele, Beltrán,
quien tiñe; al olio el pintor;
a la pesca el pescador,
el que curte, al cordobán;
las fregonas, al fregado.

BELTRÁN. ¿Y no es pastilla mejor
que el artificial olor,
el melindre y el cuidado?
Ahora bien: cuando de todas
digas mal, déjame a Inés.

GERARDA. ¿Qué, en fin, Beltrán, tuya es?

BELTRÁN. Y esta noche son las bodas.

GERARDA. ¿Cómo? ¡Si ella me ha contado
que mi hermano la requiebra!

BELTRÁN. Florencio, el cuento celebra:
que soy su hermano ha pensado.

FLORENCIO. Si tu hermano dijo, advierte
que piensa que lo es Beltrán.

GERARDA. Mal en hombre tan galán
pensamientos desa suerte
pudieran caber. Yo digo
que engañada me enojé,
y si en tu disgusto hablé,
humilde espero el castigo,
aunque mejor lo tomaba
de esos brazos, en el cuello.

FLORENCIO. Son de amor la firma y sello
en que obligarse declara.

(Al abrazarse, sale LISENA.*)*

LISENA. ¡Ay de mí!

BELTRÁN. Lisena es.

(Pase BELTRÁN *delante fingiendo que no la conoce.)*

Delante ponerme quiero.
Inés, ¿qué, en fin, soy barbero?
¿Qué, en fin, soy barbero, Inés?

LISENA. Déjame pasar, desvía.

BELTRÁN. Un abrazo me has de dar.

LISENA. Déjame, Beltrán, mirar
celos por tu celosía.
Déjame, pues me conoces.

BELTRÁN. ¿Celosía yo? ¿Y qué tal
de ébano de Portugal?

LISENA. ¡Beltrán!

BELTRÁN. Inés.

LISENA. Daré voces.

BELTRÁN. ¿Qué importa que tú las des?

LISENA. ¿Ya no importa? ¡Triste caso!

BELTRÁN. Gerarda, guárdame el paso,
que quiero abrazar a Inés.

GERARDA. Abrázala, que aquí estoy;
mas págame en otro tanto.

LISENA. De lo que sufro me espanto.

FLORENCIO. ¿Eres mía?

GERARDA. Tuya soy.

LISENA. Tuya soy.

BELTRÁN. ¿Que tú eres mía?

LISENA. No digo a ti.

BELTRÁN. ¿Cómo no?
Tuya soy, dijiste.

LISENA. ¿Yo?
Lo que escuché repetía.
Déjame pasar, Beltrán.

GERARDA. Florencio, tú eres mis ojos.

LISENA. Tú eres mis ojos.

BELTRÁN. ¡Qué enojos
tus ojos no quitarán?
¡Tú eres mis ojos me dices!

LISENA. No soy Inés.

BELTRÁN. Loca estás.
¿Cómo que no eres Inés? (1)

FLORENCIO. Sola te quiero.

GERARDA. Y lo creo,
porque lo merezco yo.

LISENA. ¿Sola te quiero? Eso no;
cuando yo, traidor, te veo.
¡Sola te quiero!

BELTRÁN. Mi Inés,
¿qué, en fin, sólo me has querido?

LISENA. ¡Beltrán, que pierdo el sentido!
Lisena soy, ¿no lo ves?

FLORENCIO. Sin ti no vivo.

LISENA. ¿Esto sufre
el cielo? ¡Oh rigor eterno!
¡Oh celos, color de infierno,

---

(1) Este y los dos versos anteriores están muy alterados, pues no riman entre sí para formar redondilla.

llama azul de piedra azufre!
¡Sin ti no vivo!

BELTRÁN. ¿Es posible
que sin mí no vives ya?

LISENA. De los requiebros de allá
soy, Beltrán, eco insufrible.
Respondo al postrer acento
a la voz de aquel Narciso
que entre aquesta fuente quiso
volver mi espíritu en viento.

BELTRÁN. ¿Qué fuentes? ¿Cómo no ves
que no hay fuentes en Toledo?

GERARDA. Vamos, mi bien.

(Vase GERARDA *y* FLORENCIO *y quedan* BELTRÁN *y* LISENA.)

LISENA. ¡Buena quedo!

BELTRÁN. Sosiégate un poco, Inés.

LISENA. Al fin, infame alcagüete,
capa y manto de los dos,
se me escaparon por vos.

BELTRÁN. ¿Y es mal oficio ir a Huete?
No hay cosa de más primor
que ser alcagüete o capa,
mayormente cuando tapa
gustos y celos de amor.
Los árboles, ¿no son buenos?

LISENA. Buenos son.

BELTRÁN. Pues ¿quién encubre
más que un bosque, hasta que octu-
seca sus troncos amenos? [bre
El cielo, ¿es bueno?

LISENA. Pues ¿no?

BELTRÁN. Pues cuando el sol se le va,
¿quién encubre cuanto está
debajo dél? Luego yo
soy aquí su semejante.
La noche, que es capa y manto,
llama a su silencio santo;
las manos encubre el guante;
al cuerpo encubre el vestido,
el zapato cubre el pie,
el dosel, al rey que fué
majestad de su apellido.
La bolsa cubre el dinero,
el retrato, la cortina;
a los diamantes, la mina;
la cubierta, al marinero;
el solimán, los defetos
de la cara de las damas;
si esto es ansí, ¿por qué infamas
a quien encubre secretos?

LISENA. ¿Cómo, Beltrán, cuatro días
de ausencia a Florencio han puesto
de tal suerte, y descompuesto
las obligaciones mías?
¿Cómo, Beltrán? ¿No era ayer
la que en Granada le vi
llorar más tierno por mí
que la más tierna mujer?
¿Cómo, Beltrán, un hidalgo
miente y llora; vende, infama
una mujer que lo llama
su bien?

BELTRÁN. De juicio salgo,
con ver lo que beltraneas,
Lisena; si he de dejar
de llamarte Inés, y hablar
en las cosas que deseas,
oye, mira que le has dado
para mudanza ocasión;
que mudanzas siempre son
como el son que se ha tocado.
¡Cuerpo de tal! La mujer
que quiere, no dé lugar
a que otro la pueda hablar.
¿Cómo pueda hablar? Y aun ver.
Sírvete Estacio, y tú gustas
del servicio y del favor;
y tras ser competidor
(cosas en buen trato injustas),
préciase de bravo y viene
a echarnos ya de su calle,
y quieres que el otro calle
las ocasiones que tiene.
Viene huyendo de Granada
por ti, y a sus padres deja,
y tú, con graciosa queja,
dices que has sido olvidada.
¿Qué respondes?

LISENA. Que aunque hubiera
dado a Florencio ocasión,
porque, en fin, sus celos son
autores de esa quimera,
el venir como he venido,
infamando mi linaje,
y el servir en este traje,
la culpa hubiera vencido.
¡Ah, Beltrán! Di tú que viste
a la amiga de Gerarda,
moza de Madrid, gallarda,
y a Florencio persuadiste,
porque hallaste gusto aquí,
y no digas que yo he sido
causa de su injusto olvido.

BELTRÁN. No me conoces tú a mí.

¡Vive Dios, que si el pincel
de naturaleza agora
pintara alguna señora
cuanto el cielo puso en él;
si le dieran los colores,
el sol, piedras tan preciosas,
los cristales y las rosas
y el divino olor las flores;
si el entendimiento aquellos
espíritus celestiales;
si los labios los corales
y verter perlas por ellos,
no me pudiera obligar
a un escrúpulo una dama
de amor! ¿Yo, Lisena, dama?
¿Yo querer tierno y amar?
¿Yo escribir borracherías?
¿Yo andar con cintas y enredos?
¿Yo con celos, yo con miedos?
¡Ah, santas fregonas mías,
volved por vuestro derecho!
¡Vive Dios! Si me afrentaras
con cuantos nombres hallaras,
si me pasaras el pecho,
si me hicieras una afrenta
pública, si me escribieras
libelos, no me ofendieras
más, ni quien mi agravio intenta,
que con decirme que quiero
mujer de manto. Es verdad
que me muestra voluntad
y respondo lisonjero;
¿pero yo interés ni amor?...
Quédate con Dios, Lisena,
que me has dado mucha pena.

(Vase BELTRÁN.*)*

LISENA. Oye, espera. ¿Hay tal rigor?
¡Desdichada suerte mía!
Todo me deja. ¿Qué haré?,
pues ya no es cosa que esté
en el lugar que solía.
¡Ah, traidor! ¿Qué disimulas?
Yo conozco bien tus tretas.

(Sale CARRILLO, ALFÉREZ, *y de camino,* FINEO, *caballero.)*

FINEO. Haz que guarden las maletas
y den recado a esas mulas.

ALFÉREZ. Como os vi pasar, Fineo,
apenas os conocía.

FINEO. Habéisme hecho cortesía
y pagado mi deseo
en llamarme.

ALFÉREZ. Bueno estáis;
no pasa día por vos.

FINEO. Pues no es gusto, que, ¡por Dios!,
que hay más mal del que pensáis.

ALFÉREZ. ¿Hay gusto como encontrarse
dos amigos caminando?

FINEO. ¿Y dónde vais?

ALFÉREZ. Voy gastando
tiempo que no ha de cobrarse.
Voy a hacer gente.

FINEO. ¿Con quién?

ALFÉREZ. El Capitán Acevedo
me lleva consigo.

FINEO. Puedo
daros deso el parabién,
que es gran amigo, y un hombre
de valor.

ALFÉREZ. Vos ¿dónde vais?

FINEO. Hay mil cosas que sepáis.

ALFÉREZ. Ya no hay cosa que me asombre.

FINEO. ¿No nos darán aposento?

ALFÉREZ. Aquí está dellos la llave.

FINEO. ¡Brava fregatriz!

ALFÉREZ. Suave.

FINEO. Déjale asir.

ALFÉREZ. Es un viento.
Al Capitán ha vencido.
No quiere salir de aquí.
Hase fiado de mí,
y estoy por ella perdido.
Veremos aquí los toros,
que ha de ser fiesta famosa.

FINEO. ¡Bella labradora!

ALFÉREZ. Hermosa
y limpia como mil oros.

FINEO. Si la quiere el Capitán
y el Alférez, yo querría
servir en su compañía.

ALFÉREZ. No sé, ¡por Dios!, si os querrán,
que es hosca como un novillo.

FINEO. ¡Ah, mi reina! ¿De qué está
triste?

LISENA. En eso ¿qué le va?

FINEO. Quiere el Alférez Carrillo,
tan tierno a vuesa merced,
que, como amigo, querría
merecer su cortesía
y que me hiciese merced.

LISENA. Este aposento es famoso.
¿Sois solo?

FINEO. Solo he de estar.

LISENA. Yo le voy a aderezar.
FINEO. ¡Qué gallardo talle!
ALFÉREZ. ¡Airoso!
Y antes, ninfa, que os entréis
me decid de qué estáis triste.
LISENA. De que hay hombres.
FINEO. Si consiste
en alguno que queréis
que no os paga como es justo,
escoged, que otros habrá.
LISENA. Ninguno gusto me da.

(Vase.)

FINEO. Tenéis estragado el gusto.
ALFÉREZ. ¿Es buena?
FINEO. Como mil perlas.
ALFÉREZ. Ya estamos solos. Decid
lo que os saca de Madrid.
¿Son fiestas?
FINEO. No vengo a verlas.
ALFÉREZ. ¿Pues a qué?
FINEO. Sigo una dama.
ALFÉREZ. ¿Haos engañado?
FINEO. Tal vez.
Que venía a Aranjuez,
echó entre sus deudos fama.
Salí, seguíla y busqué
sus huertas.
ALFÉREZ. ¿Y estaba en ellas?
FINEO. No.
ALFÉREZ. Mil cosas cuentan dellas.
FINEO. Las que yo he visto os diré.
Grandes maravillas tiene
el católico Filipo,
aumentadas en España
de su agüelo y padre invicto,
y si maravillas fueran
personas como edificios,
diera primero lugar
a sus soberanos hijos;
el templo del Escurial
maravilla octava ha sido,
desde nuestro polo al Austro
y del ocaso a Calisto.
Tienen Toledo y Segovia
dos alcázares altivos;
Madrid, su rico palacio,
de pintura y cuadras rico;
pero, dejando estas cosas,
dadme por un rato oído,
y veréis a Aranjuez,
puesto que es mapa su sitio.
A Vaciamadrid llegué;
Dios me libre de haber ido
a Vaciamadrid de noche;
que no le tengo por limpio.
Allí vi el rico palacio,
con linda vista de ríos;
perdone la casa antigua,
rüina del tiempo antiguo;
que mejor saben las damas
su mala traza y abrigo.
Partí a Arganda, y vi la quinta
del embajador; prosigo,
y en San Martín de la Vega
duermo.
ALFÉREZ. Aténgome al del vino.
FINEO. A la barca de Bayona
madrugo, y atento miro
los diques en medio el agua,
contra su curso excesivo.
Llego, por fin, a Aranjuez,
paso el palenque y admiro
en la huerta Totipela
tantos árboles distintos.
Cermeños, melocotones,
albérchigos y membrillos,
avellanos y nogales,
peros, duraznos y guindos.
Veo la puente del Tajo,
Tajo que el nombre latino,
a pesar del fiero moro,
conservó por tantos siglos,
por cuya causa en su iglesia,
Toledo en aljibes fríos
le deja entrar como a hidalgo
de cuatro costados limpio.
Por la calle de Toledo,
que así se llama, partimos
aquel estanque o mar Tonta.
ALFÉREZ. ¿Mar Tonta?
FINEO. Es su nombre mismo.
Muchos tenidos por sabios
vi en sus ondas sumergidos,
y convertidos en cisnes
los confiados por lindos;
los que prestan, los que fían,
los graves y los remisos,
los que casan pobremente,
los avarientos y ricos,
los mordaces, los que enfadan,
los cortos y los prolijos.
ALFÉREZ. Cisnes son de la mar Tonta
mil pretendientes altivos.
FINEO. Notable es aquel palacio,

edificio peregrino.
Galerías, salas, cuadras,
mármoles y jaspes lisos,
la capilla y corredores
y aquel retablo divino
del Ticiano, y el reloj,
de tan notable artificio;
las huertas de los franceses,
donde de murta vestidos
mil músicos vi tañendo,
imagen de los de oficio,
que no tienen los que cantan
alma, gusto, ni sentido.
Vi mil galeras de hierba,
toros, perros, cocodrilos,
pájaros y cazadores,
culebras y basiliscos;
la huerta de las moreras,
donde, con soberbios picos,
vi coronados pavones
llenos de plumajes ricos.
A la no acabada puente,
fuí del Tajo cristalino,
y al embocada del agua,
caracol y laberinto.
A la casa de las vacas
fuí con igual regocijo,
y por doce verdes calles
a la plaza vuelta dimos,
a cuya sazón pasaron
siete camellos asirios
que en España, aunque son de Asia,
están sirviendo a Filipo,
que es rey de Jerusalén
y muestra que cuarto o quinto,
librará la ciudad santa
y el gran sepulcro de Cristo.
Vide, al fin, tras destas cosas,
las bodas de los dos ríos,
porque allí son para en uno
sin firma del arzobispo.
No os encarezco las fuentes,
ya en mármoles, ya en castillos;
los tiros de agua, las burlas,
ninfas, sátiros y niños;
y aquellas calles de flores
donde iba a hacer ejercicio
la serenísima Infanta (1),
primavera deste sitio;
que a donde puso los pies,
puesto que fuese el estío,
nacieron rosas de nacar,
como de Venus se dijo.
Allí está el blanco jazmín
y el oloroso junquillo
con la pálida retama,
el adonis y el narciso.
Allí el pinte azul y rojo,
la salvia, el cárdeno lirio,
el alhelí como jaspe,
los claveles y el citiso,
y el agua, que asierra piedras,
y ciertos pájaros indios
con dos borlas coloradas
sobre unas gorras de rizos;
se llaman zaidas, sin ser
descendientes de moriscos.
Pero ¿qué me meto en aves,
o sus diferencias pinto,
ni en proseguir el retrato
del segundo paraíso?
Baste dar fin a esta cifra
con decir que fué edificio
de aquel soberano padre
del nieto de Carlos quinto.

ALFÉREZ. Puesto me habéis más deseo.
Seis días no pasarán
sin verle.

FINEO. Id presto, que están
en él los bronces que veo,
y los mármoles que os digo.
No estaba mi dama en él.
Dejé, Alférez, el vergel,
y el camino a Illescas sigo,
donde tampoco las hallo.
Supe esta fiesta de acá,
y vengo a ver si aquí está,
con lo que yo siento y callo;
que os prometo que estoy loco.

ALFÉREZ. Ahora bien: dejad la pena,
que hay ocasión harto buena
para divertirla un poco.
En ese aposento entrad,
quitaos espuelas y botas,
que desembarcan mil flotas
de damas en la ciudad,
a ver la famosa fiesta,
que hay rejones y lanzadas;
y las penas ocupadas
siempre son menos molestas.
Naturaleza, por varia,
más hermosa suele ser.
También dicen que ha de haber

(1) Doña Ana de Austria, después reina de Francia.

una justa literaria,
y pues picáis de poeta,
al premio escribir podéis.

FINEO. ¿Qué sujetos?

ALFÉREZ. Más de seis.

FINEO. ¿Hay glosa?

ALFÉREZ. Y un pie que aprieta:
"De Dios es insigne hazaña (1)
que al mar de Austria se remita,
pues el nácar Margarita
pare una perla en España".

FINEO. El tercero y el primero
tienen más dificultad.
Entro a descalzarme.

ALFÉREZ. Entrad;
que hablando a Inés os espero.

(Vase FINEO, *y sale* LISENA.)

¡Ah, mi Inés! ¿No quiere ser
vuesa merced cosa mía?

LISENA. Para mi melancolía
venís. Dejadme barrer.

ALFÉREZ. Inés, que, como el aurora,
pudieras barrer estrellas,
pues en esas manos bellas
tal luz del cielo atesora,
vente conmigo a la guerra,
toma las armas, Inés,
y verás...

LISENA. ¡Quedo!, después,
cuando la noche se cierra,
me podéis venir a hablar,
que ya sabéis mi aposento;
que de día no consiento
ni doy a nadie lugar,
porque el huésped no querría
que supiese esta flaqueza.

ALFÉREZ. Hoy a tu mucha belleza
igualas tu cortesía.
Fiado de tu palabra,
voy a rogar a los cielos
cierren al día los velos
y que nunca el sol los abra.

(Vase.)

LISENA. Nunca Dios te dé salud,
ni a ese necio Capitán.
¡Buenos mis negocios van!
Arded, celosa inquietud;
matadme el pecho, romped,
salga el llanto por los ojos,
destílense mis enojos,
arded, corazón, arded.
Arded, triste corazón,
para que, siendo alquitara,
vierta el agua por la cara
venenos de su pasión.
Arded, sin cesar de arder,
y aunque es mi muerte abrasarme,
valedme vos con matarme,
pues yo no os puedo valer.

(Salen GERARDA *y* LUCRECIA.)

GERARDA. ¡Oh, Inés, gran mal!

LISENA. ¡Ay de mí!
¿Qué os puede haber sucedido?

GERARDA. Un forastero ha venido,
para mi desdicha aquí.
Si me ve, soy muerta, Inés.

LISENA. ¿Por qué, siendo vuestro hermano
Florencio?

GERARDA. Ya encubro en vano
mi desdicha: no lo es.

LISENA. ¿Y eslo por dicha el que viene,
que estáis muy emparentada?

GERARDA. Soy, Inés, muy desdichada;
diferente deudo tiene.
Esta noche has de esconderme;
que éste sin duda se irá
por la mañana.

LISENA. (¿Si ya
quiere el amor socorrerme?)
Yo tengo en el corredor
desocupada una cuadra
que para secreto os cuadra;
en ella estaréis mejor;
por de fuera os cerraré,
y en dando el tiempo lugar
os llevaré de cenar.

GERARDA. ¿Diráslo, Inés?

LISENA. No podré,
que me va en callar la vida.

LUCRECIA. La nuestra queda en tu mano.

LISENA. Entrad quedo. ¡Oh, soberano
cielo! ¡Esperanza cumplida!

(Entranse las dos, y salen LUCINDO *y* RISELO.)

RISELO. Yo le hablé de vuestra parte,
y dijo que la hablaría.
Aquí está Inés.

LUCINDO. ¡Inés mía!

(1) En el original dice, por errata: "y luego acaba". La corrección es de Hartzenbusch.

LISENA. ¡Por Dios, que ando a buscarte!
LUCINDO. ¿Cómo has hablado a Gerarda?
LISENA. A las dos, Lucindo, hablé
por los dos.
RISELO. Discreción fué.
LUCINDO. ¿Y qué responden?
LISENA. Aguarda
que aquesta noche os quedéis
a dormir en el mesón
y os harán conversación
desde las doce a las seis.
LUCINDO. ¿A dormir? Pues ¿de qué modo?
LISENA. Dándoos aposento yo;
que Gerarda lo trató
de aquesta manera todo.
RISELO. Pues no habemos de dormir
sin en su aposento entrar;
dondequiera habrá lugar.
LISENA. Pues los dos os podéis ir,
y al Capitán rogaréis
que os convide a cenar.
RISELO. Vamos.
LUCINDO. ¡Gallarda noche esperamos!
LISENA. Mañana me lo diréis.

(Vanse, y sale FINEO.)

FINEO. Cosas extrañas suceden;
algunas parecen sueños,
tales, que los mismos dueños
menos entenderlos pueden.
Vine siguiendo a Gerarda
con muy celosa pasión,
y vide en este mesón
una villana gallarda
que me ha puesto más antojos
que a un caballo desbocado,
con que no poco he templado
la furia de aquellos ojos.
Esta noche, por lo menos,
quiero ver... Pero aquí está.
LISENA. Este es quien buscando va
aquellos ojos serenos.
¿No agrada a vuesa merced
el aposento?
FINEO. ¡Por Dios,
que harto más me agradáis vos!
LISENA. Hacéisme en eso merced.
FINEO. Sola esta noche he de estar
en Toledo.
LISENA. Ansí lo creo.
FINEO. Quiéroos contar un deseo.
LISENA. Voy a guisar de cenar.
FINEO. Esta noche ¿no tendréis
lugar para que os lo cuente?
LISENA. ¡Jesús! Y aunque fuesen veinte.
FINEO. Pues, Inés, ¿dónde estaréis?
LISENA. En pasando la cocina,
a mano izquierda es mi estancia.
FINEO. Sí, es la señal de importancia.
LISENA. A lo seguro camina,
mas yo fío más de vos.
Ved lo que en el mundo pasa;
pero no entiendan en casa,
señor, que hablamos los dos.
Id, que a las doce sin duda
entrará en vuestro aposento
este humano pensamiento,
que de pensamientos muda.
FINEO. ¿Posible es que un mesón
haya tan bella mujer?
Mas nuestro común placer
aunmenta la estimación.
Las cosas bajas hermosas
tienen vil precio y estima.
Hasta declarar la enima
sólo se estiman las cosas.
LISENA. Mil cosas he prometido,
y para esta noche todas.
¿Quién será de aquestas bodas
el celebrado marido?
El Capitán ya me aguarda,
y el Alférez ya me espera,
y aquí dice que le quiera
este galán de Gerarda.
A Lucindo y a Riselo
he prometido a los dos;
noche, remedialdo vos;
tended, noche, el negro velo.
Que, puesto que hasta mañana
sólo tengo de lugar,
a fe que se han de acordar
de *la noche toledana.*

ACTO TERCERO

(Salen BELTRÁN, FLORENCIO *y* JULIO.)

FLORENCIO.

¿Qué dices, Julio?

JULIO.

Que os conviene, digo,
salir de la ciudad, porque en la plaza

vi un receptor de la chancillería
preguntar por Florencio de Granada.

BELTRÁN.

Sin duda que aquel hombre está en peligro,
o que ya no le tiene, o será muerto.
¿Requisitoria viene tras nosotros?

FLORENCIO.

Mayor será para los dos si agora
de la ciudad salimos.

BELTRÁN.

¿Por qué causa,
siendo, cual veis, las nueve de la noche,
y haciéndola tan lóbrega y oscura?

FLORENCIO.

Porque podrá toparnos la justicia,
que ya estará avisada, y el ser tarde
es lo más peligroso.

BELTRÁN.

Llama al huésped.

FLORENCIO.

Al fin del día, al comenzar la noche,
que es el tiempo de todos más seguro,
que como entonces se recogen todos,
es más la confusión, el trato y gente.

(Sale el HUÉSPED.)

JULIO.

El huésped está aquí.

FLORENCIO.

Salte allá fuera.

(Vase JULIO.)

Huésped, con hombres que del mundo saben,
que han sido tan de bien y tan de hecho,
bien puede un hombre honrado declararse.

HUÉSPED.

¿En qué os puedo servir?

FLORENCIO.

Estadme atento.
Yo di en Granada a un hombre cierta herida,
de que a peligro estuvo de ser muerto;
requisitoria dicen que ha venido;
para salir de la ciudad es tarde.
¿Hay en casa aposento donde pueda
esconderme esta noche?

HUÉSPED.

Este de enfrente
tiene a la Concepción unas ventanas,
o al Carmen, si queréis; que sin peligro
daréis en un tejado de otra casa,
y della en un corral, y deste al campo,
por donde entrar podréis al monasterio.

FLORENCIO.

Pues, ¡alto!, en vuestro amparo me confío.

BELTRÁN.

Huésped, ¿es este salto de peligro?

HUÉSPED.

Es muy fácil, ¡por Dios!

BELTRÁN.

Por eso digo,
que no soy muy ligero; y pues el cielo
no me dió cara de ángel, no querría
hurtalles el oficio.

FLORENCIO.

Abrilde, huésped.

HUÉSPED.

¿Inés? ¿Oyes, Inés?

(Sale LISENA.)

LISENA.

En comenzando
a dar en mí, no sabes otro nombre.
¡Válame Dios!, ¿no llamarás a otra?
¿Parécete que estoy poco cansada,
de guisar a mil huéspedes la cena?

HUÉSPED.

Abre aquel aposento.

LISENA.

¿Cuál?

HUÉSPED.

¡Qué espacio!
Muestra esas llaves.

LISENA.

No está aquí la suya.

HUÉSPED.

¿Cómo que no?

LISENA.

Perdióse.

HUÉSPED.

Pues ¡presto!... (1)

LISENA.

¿Para qué quieres éste? ¿Allí no hay otros?

HUÉSPED.

¡Este ha de ser, rapaza, no repliques!
Entrad, que camas hay; y si sintiéredes
que llama la justicia a la ventana,
dad con vuestros cuerpos en el Carmen.

FLORENCIO.

Fiad, huésped, de mí, que lo agradezco.

BELTRÁN.

Esto del salto llevo entre los ojos.

HUÉSPED.

Yo iré, entre tanto, a ver si alguno atisba.

BELTRÁN.

¿Qué, tengo de saltar?

FLORENCIO.

¡Entra, si quieres!

BELTRÁN.

¡Por Dios, Florencio, que si está muy alto,
que te he de ver primero dar el salto!

(Vanse todos, y quédase LISENA.*)*

LISENA. ¿A quién habrá sucedido
desventura semejante?
Pues cuando estaba segura
de que me ofendiese nadie,
y esta noche en que mis celos
temí que fuesen verdades,
encerrada a mi enemiga,
sin ser posible enojarme,
dentro del mismo aposento
los mete el huésped infame;
aunque no, que está inocente,
y que están dentro no sabe.
Yo misma fuí la ocasión
para que allí dentro entrasen,
por estar yo más segura,
trayendo siempre las llaves.
Sin duda que fué temor
de la justicia, y por darles
aposento que, en fin, tiene
por donde a sagrado escapen,
los ha juntado a los cuatro,
de mi desdicha ignorante.
Juntos están, ya están juntos:
lugar tendrán de gozarse.
¡Celos, amor, matadme,
pues di las llaves y ocasión tan grande
que Florencio y Gerarda se gozasen!
¡Válame Dios! ¿Cómo vivo
imaginando mis males,
cuanto y más viendo presentes
desventuras tan notables?
¡Florencio y otra mujer!
¡Y que esto a mis ojos pase,
que estén en un aposento;
que se gocen, que se abracen!
¡Que lo sepa, que lo vea,
que lo consienta, que calle!
¡Que no dé voces al cielo,
que no diga disparates!
¡Que no llegue, como loca,
y aunque fueran de diamante,
no rompa estas puertas viles,
que no entre y no los mate!
¡Celos, amor, matadme,
pues di las llaves y ocasión tan grande
que Florencio y Gerarda se gozasen!
Traidor Florencio, yo soy
Lisena; si por dejarme
te disculpas con mis celos,
¿por qué de engaños te vales?
Siempre te quise, cruel;
no me enseñes a olvidarte.
Tú fuiste mi amor primero;
no he querido después ni antes.
¡Ay, cielo! Temblando estoy.
¿Si habrán venido a llegarse?
¿Si se habrán ya conocido?
¿Si ella querrá que la abrace?
¿Si callarán, escondidos,
porque Gerarda no sabe
quién entra, y de que es Gerarda
está Florencio ignorante?
¡Ah, terrible confusión!

(1) Verso incompleto. Hartzenbusch lo completó así:

Aquí está. Presto.

Mas ¿quién duda que se hablen?
Que alguno ha de hacer ruido,
y el otro ha de preguntalle.
Ya, por la respiración,
dirá con recelos tales
Florencio: ¿Quién está ahí?",
con alterado semblante.
Gerarda, oyendo su voz,
¿cómo es posible que aguarde?
Que anticipan a la lengua
los brazos de los amantes.
Pues ¿cómo, desdichas mías,
queréis que os sufra y que pase
porque se gocen los dos?
Mas yo haré que no se alaben.
¡Agora os haré pedazos,
puertas, que mal fuego abrase,
porque sea con mi muerte
Sansón deste templo infame!
¡Caed, caed, matadme,
pues di las llaves y ocasión tan grande
que Florencio y Gerarda se gozasen!

(Sale el CAPITÁN ACEVEDO.)

CAPITÁN. ¡Ah, señora Inés!
LISENA. ¡Esto sólo
a mi desdicha faltaba!
CAPITÁN. Apenas la noche entraba
por donde se ausentá Apolo,
cuando esperé que vinieras;
has tardado, y son las diez...
LISENA. ¿No se acaban de una vez
desdichas que son tan fieras?
¿Qué le diré? Pero, ¡ay, cielos!,
¿si será bien? ¿Si será...?
Este, antídoto dará
al veneno de mis celos.
Capitán, este aposento
quisiera desocupar,
que no hay en otro lugar,
y sólo un remedio siento.
CAPITÁN. ¡Vive Dios, si fuera el muro
de Amberes o de Mastrique!...
LISENA. ¡Quedo! La industria se aplique,
que es ir a lo más seguro.
Venid conmigo, y diréis
que la justicia está aquí.
CAPITÁN. ¿Disfrazaréme, o ansí?
LISENA. Mejor es que os disfracéis.
CAPITÁN. Pues vamos, que si gustaras,
que a coces por tu contento
derribase el aposento...
LISENA. Créolo; mas ¿no reparas
que te dolerán los pies?
CAPITÁN. ¡Por Dios, que tienes razón!
LISENA. ¡Qué soldado fanfarrón!
CAPITÁN. ¡Qué fresca y qué limpia Inés!

(Entránse, y salen FLORENCIO *y* GERARDA.)

FLORENCIO. Apenas puedo creer
que eres tú, bella señora;
aunque el alma que te adora
me ha dado luz para ver.
GERARDA. ¡Ay, Florencio! ¿De qué suerte
en este aposento entraste?
Sin duda, a Inés sobornaste.
¡Oh, cuánto me alegra el verte!
¿Eres tú? Apenas lo creo.

(Entra BELTRÁN, *tentando.)*

BELTRÁN. ¡Ce, Florencio! ¿Dónde estás?
FLORENCIO. ¡Quedo! ¡Qué voces que das!
GERARDA. ¡Beltrán!
BELTRÁN. Ni te hallo, ni te veo.
GERARDA. Por aquí, ven por aquí.
BELTRÁN. ¿No sabes lo que ha pasado?
En un rincón he topado
otra sombra.
GERARDA. ¿Cómo así?
BELTRÁN. Ella hacia mí se venía,
tentando por la pared;
yo, Gerarda, con la red
de la cama me encubría;
Púsome en la limpiadera,
digo en la barba, la mano;
no sé si parezco alano,
mas díjome si lo era.
Descuidóse hacia la boca
un dedo; apreté, y está
llorando.
GERARDA. ¿Estaba loca? (1)

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. ¡Maldito seas, Beltrán!
¡Qué pesadas burlas tienes!
BELTRÁN. ¡Quedo!, y mira cómo vienes.
LUCRECIA. ¿Adónde están?
BELTRÁN. Aquí están.
LUCRECIA. ¡Qué escuridad de aposento!
GERARDA. Mi bien, ¿cómo entraste en él?

---

(1) Faltan dos medios versos para formar redondilla.

FLORENCIO. Seguí una suerte cruel,
con no esperado contento.
En el revés del azar
está el encuentro pintado;
sale el sol tras el nublado;
la tormenta, allá en el mar.
Huyendo de un receptor
de Granada, le pedí
al huésped...
BELTRÁN. ¿No es eso aquí,
Florencio, notable error?
Necios son galán y dama,
cuando a solas se preguntan.
¿No ves tú cómo se juntan,
callando, Tajo y Jarama?
FLORENCIO. Ni preguntes cómo entramos,
ni cómo estabas acá,
sino, pues que el tiempo ya
nos junta, no le perdamos.
¡Venturosa suerte mía,
y mi venida a Toledo!
¡Oh, noche! Llamarte puedo,
pues gozo el sol, claro día.
Noche bella toledana,
las noches áticas digo,
muchas veces os bendigo (1),
pues sois la hermosa Diana,
que aquesta noche me alumbra.
BELTRÁN. Deja las exclamaciones;
nunca a lo escuro razones
el que es discreto acostumbra.
LUCRECIA. Tú, por no decirme a mí,
Beltrán, cosas que no sientes,
juzgas por impertinentes
amantes que hablan ansí.
BELTRÁN. Lucrecia, si yo supiera
que lo que dicen amantes
eran cosas importantes,
muchas también te dijera;
pero son todas mentiras:
si sol te llamo, la ves
que miento, pues el sol es
macho, y tú mujer te miras.
Pues luna es hace agravio,
que es gran falta el ser mudable
y húmeda; pues cuando hable
del fénix, muy a lo sabio,
es darte tanta nariz;
pues decir que eres diamante
es hacerme pujavante
desos tus pies de perdiz.
Pues decir que eres coral,
es hacerte algún rosario;
pues nieve, es grande contrario
del gusto y crueldad mortal;
pues plata, no la hay agora;
pues oro, a peligro estás
de cercenarte, no hay más
de que te adoro, señora.

(Sale el CAPITÁN ACEVEDO.)

CAPITÁN. ¡Abran aquí!
FLORENCIO. Golpes dan.
BELTRÁN. La hora llegó menguada.
¿Es vara, o pomo de espada?
FLORENCIO. Llega a la puerta, Beltrán.
CAPITÁN. ¡Abran aquí a la justicia!
BELTRÁN. ¿A la justicia? ¡Por Dios!
LUCRECIA. ¡Perdidas somos las dos!
GERARDA. ¿Si fué del huésped malicia?
FLORENCIO. Saltemos.
BELTRÁN. Yo, ¿cómo puedo?
"¡Ah, noche, que eres mi día!
¡Venturosa suerte mía
y mi venida a Toledo!"
FLORENCIO. ¿Agora burlas, Beltrán? (1)
¡Pesar de quien me parió!...
¡Saltemos!
BELTRÁN. Pues ¿puedo yo?
FLORENCIO. Los tejados cerca están.
BELTRÁN. ¿Soy yo gato, que he de andar
por los tejados, Florencio?
FLORENCIO. ¡Salta, Beltrán, con silencio!
BELTRÁN. ¿Con silencio he de saltar?
¡Vive Dios, que se ha de hundir
conmigo medio tejado!
FLORENCIO. ¡Acaba, no seas pesado!
¡Salta, que quieren abrir!
BELTRÁN. Pues si yo fuera ligero,
¿ya no hubiera yo volado
por maromas, y ganado
gran cantidad de dinero?
FLORENCIO. ¡Salta!
BELTRÁN. ¿Soy perro que salto
por el rey de Francia?
FLORENCIO. ¡Sí!
BELTRÁN. Pues voy delante de ti.

---

(1) Estos versos sustituyó Hartzenbusch por estos otros:

pierdan su fama contigo,
pues tan hermosa Diana
aquesta noche me alumbra.

(1) Porque repite en burla las exclamaciones anteriores de Florencio.

¡Vive Dios, que está muy alto!
Haz cuenta que el perro salta
por la mala tabernera.
FLORENCIO. ¡Gran gente suena allá fuera!
BELTRÁN. La cárcel no está tan alta.
Creo que es menor el daño
de irme a la cárcel a pie.
FLORENCIO. ¡Salta, acaba!
BELTRÁN. Saltaré.
¡Vive Dios, que estás extraño!
"¡Noche bella toledana,
pierdan su fama contigo
las noches áticas!"
FLORENCIO. ¿Digo
que nos prendan?
BELTRÁN. Cosa es llana;
que soy pesado, ¡por Dios!,
para danzar saltarélo.
FLORENCIO. Pues yo ya salto.
BELTRÁN. Yo apelo;
pero saltemos los dos;
que la vida es del amigo.
¿Hay quien la quiera tomar,
de dos la una?
FLORENCIO. ¡Qué azar!
¡Salto!
BELTRÁN. Dios vaya contigo.
GERARDA. Abre, y hallaránnos solas.
BELTRÁN. Saltaré.
LUCRECIA. ¡Buen gobierno! (1)
BELTRÁN. ¡Que quiera un hombre al infierno
irse haciendo cabriolas!

(Vanse, como que saltan, FLORENCIO *y* BELTRÁN, *y sale* LISENA.)

LISENA. Sosegáos, que ya se han ido.
GERARDA. ¿Quién era?
LISENA. Alguaciles son,
que buscaban un ladrón.
GERARDA. ¡Qué pesadumbre he tenido!
LISENA. ¿Saltó Florencio?
LUCRECIA. Saltó.
GERARDA. Por esos tejados van.
LISENA. ¿Sintiólo mucho Beltrán?
LUCRECIA. En extremo lo sintió.
Pero ¿quién los trujo aquí?
LISENA. Yo, por haceros placer;
y de suerte supe hacer,
que eché al alguacil de aquí.
GERARDA. ¡Buena suerte hemos tenido!
LUCRECIA. Envíalos a llamar
para que vuelvan a entrar.
LISENA. Luego, en cesando el ruido,
se volverán al mesón;
tú en mi aposento estarás,
y a solas con él tendrás,
Gerarda, conversación;
y Lucrecia, en el de enfrente
quiero que a solas esté.
GERARDA. ¿Dónde mi Florencio fué?
LISENA. ¿Sientes mucho verle ausente?
GERARDA. ¡Ay, Inés: haz de manera
que le goce!
LISENA. Ven conmigo.
GERARDA. Como a mi estrella te sigo.
¡Tráeme el sol que el alma espera!
LISENA. Digo que hasta la mañana
podréis al seguro hablar.
(¡A fe que se han de acordar
de *la noche toledana!*)

(Vanse, y salen BELTRÁN *y* FLORENCIO.)

FLORENCIO.

¿Haste hecho mal?

BELTRÁN.

No tengo güeso sano.

FLORENCIO.

¿Adónde estamos?

BELTRÁN.

¿Puedo yo sabello?
¿Hay mapa de tejados en el mundo?
¿Hay carta que señale rumbo o línea
de chimeneas, ni de caballetes?
¿Hay Tolomeo, ni otro algún cosmógrafo
que trate de azoteas?

FLORENCIO.

Esta casa
me parece mesón.

BELTRÁN.

Y éslo, sin duda,
porque lo son las de esta acera todas,
desde la Concepción al Carmen.

FLORENCIO.

Creo
que es palomar aqueste, o gallinero.

(1) Verso incompleto. Hartzenbusch añadió:

Saltaré antes.

BELTRÁN.

Yo pienso que en algún tejado destos
hay alguna colmena.

FLORENCIO.

Y no de abejas,
sino de algunos zánganos o avispas,
que la cara, las piernas y las manos
me tienen hechas criba.

BELTRÁN.

En las narices
me ha dado un avispón un picotazo,
que me ha hecho elefante, ¡vive el cielo!

FLORENCIO.

¿Si estaremos mejor con las gallinas?

BELTRÁN.

¡Dalas al diablo!; porque entraba apenas,
cuando cerró conmigo el señor gallo,
creyendo que robarle quise alguna,
y me ha sacado un ojo con el pico.

FLORENCIO.

¿Estoy muy sucio?

BELTRÁN.

Estás como un estiércol.

FLORENCIO.

¿Qué es aquello primero donde entramos?

BELTRÁN.

Una pocilga, de donde he sacado
tal cantidad de pulgas, que estoy muerto.

FLORENCIO.

¡Escapar de aquel perro fué milagro!

BELTRÁN.

Yo, a lo menos, no fuí tan venturoso.

FLORENCIO.

¿Mordióte?

BELTRÁN.

Traigo menos libra y media
de carne, desta izquierda pantorrilla.

FLORENCIO.

Morderte perro es seda sobre seda.

BELTRÁN.

No quiso respetar el parentesco,
que aunque parezco perro, soy hidalgo.

FLORENCIO.

¡Cruel noche, por Dios!

BELTRÁN.

Si yo creyera
al buen humor que tengo, escarmentara
de enamorarme.

FLORENCIO.

Amor, ¿qué culpa tiene?

BELTRÁN.

Amores en Toledo son muy buenos
si son de día; pero no de noche,
que hay cuestas espantosas y ladrillos,
hombres del diablo, avispas, perros, pulgas,
tejados, gallineros y alguaciles.

(Dentro.)

¡Ladrones son, ladrones!

BELTRÁN.

¡Esto es bueno!

FLORENCIO.

¡Oh, pesia tal! ¡La casa se alborota!

(Dentro.)

¡Dame aquese arcabuz, suelta ese perro!

BELTRÁN.

Por mí lo dice; ya me sabe el nombre;
conocido nos han.

FLORENCIO.

Por aquí bajo;
en la caballeriza nos entremos,
y en saliendo algún huésped, nos iremos.

(Entranse, y quedan dentro diciendo: "ataja, por aquí van, por aquí van", y entra FINEO, *embozado.)*

FINEO.

Noche: pues te llamaron los poetas
escura y negra máscara del día,
cúbreme a mí con la tiniebla fría,

como (1) al planeta de oro que respetas.
A tus aras ofrezco las bayetas
más blancas que el flamenco suelo envía,
si de la bella Inés, tu luz y mía,
dejas que goce en horas tan secretas.
El mesón de Atalante y sus encantos
están en éste, donde me han traído
para que en él sucedan otros tantos.
Haz, noche, como a Siquis y Cupido,
sábanas y frazadas de tus mantos,
y dormirán mis celos en tu olvido.

(Sale el ALFÉREZ.)

ALFÉREZ.

Noche, que das descanso a cuanto vive,
y al son de arroyos y de fuentes duermes;
tú, que madres solícitas aduermes,
cuando tus ojos Argos apercibe;
tú, cuyo manto azul el cielo escribe
de figuras, imágenes inermes,
así jamás de su humedad enfermes,
ni el tiempo de sus céfiros te prive.
Porque goce, primero que te huyas,
de Inés, corona de tus luces bellas,
haz que me miren con piedad las tuyas;
que así la suya gozaré por ellas,
si no es que por invidia de las suyas
contrarias se me vuelvan tus estrellas.

FINEO. Otro huésped embozado
ronda de Inés el terrero;
irme con descuido quiero,
para no le dar cuidado,
que él se quitará de aquí.

(Vase.)

ALFÉREZ. Otro huésped embozado,
que por ventura ha esperado
lo que Inés me ofrece a mí.
Pero en viéndome, se fué;
no hay de qué tener recelos,
que en mesón no ha de haber celos,
aunque el amor me los dé.

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN.

Negra, desaseada, descompuesta,
desafeitada noche; deslucida
de manto, y de cabellos esparcida;
envidiosa del sol, con sombra opuesta;
remisa en bienes, y en traiciones presta;
adúltera, ladrona y homicida,
disfrazada, cobarde y atrevida;
del ganado, terror; del lobo, fiesta.
Por tus mismas traiciones te conjuro,
miedos, engaños, laberintos, celos,
que me dejes gozar lo que procuro.
Así te canten buhos y mochuelos,
e igualen con el sol hermoso y puro
tu negro curso los piadosos cielos.

ALFÉREZ. Un huésped se ha levantado,
y de Inés el aposento
mira, curioso y atento.
CAPITÁN. Por la mano me ha ganado.
¿Quién este huésped será?
¿Si por dicha aguarda a Inés?
ALFÉREZ. ¿Si es el Capitán? El es.
CAPITÁN. Aquí el Alférez está.
FINEO. Por ver si aquel hombre es ido,
otra vez al puesto vengo.
¡Muy buena ventura tengo!
Basta, que dos han venido.
¿Cosa que vengan aquí
con el mismo pensamiento?
El uno me mira atento,
y el otro se viene a mí.
Quiero, por disimular,
volverme a entrar otra vez.

(Vase.)

CAPITÁN. Muchas piezas de ajedrez
comienza Inés a entablar.
Pienso que sus pensamientos
son sacar de la talega
los huéspedes con que juega,
de todos los aposentos.
¿Si está el Alférez picado?
Que, si no es mi fantasía,
a toda la compañía
Inés ha desafiado.
Sin duda que todos salen:
otros dos viniendo van;
que, rendido el capitán,
poco los soldados valen.

(Entran LUCINDO *y* RISELO.)

LUCINDO.

Noche serena, dulce, hermosa y clara.

(1) En el original, "así". La enmienda, que parece acertada, es de Hartzenbusch.

RISELO.

Noche escura, cruel, fiera, enojosa.

LUCINDO.

Encúbreme en tus alas amorosa.

RISELO.

Cúbreme, noche, a sombra de tu cara.

LUCINDO.

Mi pensamiento, con tu mano ampara.

RISELO.

Hazme Tarquino de Lucrecia hermosa.

LUCINDO.

Dame a Gerarda, noche venturosa.

RISELO.

Tu curso, noche, en mis venturas para.

LUCINDO.

Noche, tú sola amores satisfaces.

RISELO.

Noche, tú eres de amor cifra sucinta.

LUCINDO.

Tú la vergüenza y el desdén deshaces.

RISELO.

Danos el bien que tu silencio pinta.

LUCINDO.

Y en tus aras pondremos, si lo haces...

RISELO.

Carbón.

LUCINDO.

Ébano.

RISELO.

Mirra.

LUCINDO.

La pez.

RISELO.

Tinta.

LUCINDO. Gente, Riselo, hay aquí.
Florencio y Beltrán serán.

(Entra FINEO.)

FINEO. ¡Bueno, por Dios! Cuatro están,
y por dos solos me fuí.
Pues no me quiero volver;
a esperalla me resuelvo,
que hallaré tantos, si vuelvo,
que no podamos caber.
Cinco somos, ¡cosa extraña!
¡Notable es de Inés el brío!
Que, sin duda, es desafío
conforme al fuero de España.
Tres donde los pies estampo,
y aun cuatro, quiso que fuesen,
y que si cinco saliesen,
no piensa huirles el campo;
y para mayor hazaña,
a todos campo aplazó
y las armas les midió,
conforme al fuero de España.
De todos estos llamados,
¿quién ha de ser escogido?

(Sale LISENA.)

LISENA. ¡Válame Dios! ¡Qué han salido
de amantes desatinados!
Húmido patio, ¿qué es esto?
¿Estos robles producís?
CAPITÁN. ¡Ce, Inés!
ALFÉREZ. ¡Hola, Inés! ¿Oís?
LISENA. ¡Qué ciertos vienen al puesto!
No hay ave simple engañada
como el hombre, a nuestro cebo.
A hablar ninguno me atrevo.
FINEO. ¡Inés bella!
LUCINDO. ¡Inés amada!
¿Qué digo? ¡Inés!
LISENA. Ahora bien;
mala noche han de llevar,
que todos se han de trocar,
el amor sabe con quién.
Pero para recogellos,
industria será forzosa.

(Da voces.)

¿Hay tal descuido? ¿Hay tal cosa?
¡Fuego, fuego, fuego en ellos!

(Sale el HUÉSPED *y huyen todos.)*

HUÉSPED. ¿Por qué das voces, Inés?
LISENA. ¡A la cocina, señor!

CAPITÁN. ¡Ofrezco al diablo el amor!
Voime, y volveré después.
LUCINDO. Ven, y volveremos luego.
FINEO. Esta mujer desatina.
HUÉSPED. Oscura está la cocina.
LISENA. Calle, señor. ¡Fuego, fuego!

(Vanse, y salen BELTRÁN *y* FLORENCIO.)

BELTRÁN. ¡Huye!
FLORENCIO. ¿De qué sirve ya?
BELTRÁN. ¡Ventura habemos tenido!
FLORENCIO. ¡Famosa la noche ha sido!
BELTRÁN. Sí, ha sido. ¿Qué hora será?
FLORENCIO. ¡Por Dios, que tienes razón!,
que aún no es la noche pasada.
BELTRÁN. La una pienso que es dada.
FLORENCIO. La una, y aun las tres son.
BELTRÁN. No, que ya salido hubieran
las siete hermanas Cabrillas,
y del cielo en las orillas
trepando, al norte subieran.
¡Tres horas dos pobres hombres
en una caballeriza,
haciendo mil pulgas riza
en sus cuerpos!
FLORENCIO. ¡No las nombres!
¿Pulgas? ¡Demonios las llama!
BELTRÁN. Pulga vi yo que tenía
tenazas con que mordía.
FLORENCIO. ¡Linda noche!
BELTRÁN. ¡Linda cama!
FLORENCIO. ¡Enamoraos en Toledo
de las mozas del mesón!
BELTRÁN. ¡Noches toledanas son!
FLORENCIO. Sosiégate.
BELTRÁN. ¿Cómo puedo?
FLORENCIO. ¿Por qué?
BELTRÁN. Con pulgas selladas,
cada una vale por dos.
FLORENCIO. ¡Terrible noche, por Dios!
Trocara las cuchilladas
con el que en Granada está,
si estos ministros envía.
BELTRÁN. Si aquel huésped no salía,
hoy nos quedamos allá.
Pues más mal me vino a mí.
FLORENCIO. ¿Cómo?
BELTRÁN. Al salir de la puerta,
en la aldaba, larga, tuerta,
todo este muslo me así,
y allá me dejo el un lado
del calzón, y traigo acá,
de la fuente que está allá
el hierro que está estampado.
FLORENCIO. No vengo muy bueno yo;
porque una mula, al salir,
sin que le fuese a pedir,
de tal manera me dió,
que traigo rota una pierna;
y de aquella puerta baja,
en el madero que ataja
del umbral en la linterna
tal golpe, Beltrán, me di,
que, a no ser en el celebro,
nariz y frente me quiebro,
y vengo fuera de mí.
¡Válgate el diablo el amor!
¡Nunca más noche en Toledo!
BELTRÁN. Gente es ésta.
FLORENCIO. Tengo miedo,
que aún nos falta lo mejor.

(Salen dos ALGUACILES *y un* ESCRIBANO *y gente de ronda.)*

BELTRÁN. ¿Qué haremos?
FLORENCIO. Ya es imposible
huir.
ALGUAC. 1.º ¿Quién va?
FLORENCIO. ¿No lo ven?
ALGUAC. 1.º ¿Quién son?
FLORENCIO. Dos hombres de bien.
ALGUAC. 1.º A estas horas, no es posible.
BELTRÁN. Luego ellos no lo serán.
ALGUAC. 1.º ¡A la justicia se tengan!
FLORENCIO. ¿Cosa que a prendernos vengan?
BELTRÁN. Pues no dudes que vendrán.
FLORENCIO. Múdate el nombre.
BELTRÁN. Sí haré,
y tú no digas el tuyo.
ESCRIBANO. Huir queréis.
BELTRÁN. Yo no huyo;
cánsome de estar en pie.
ESCRIBANO. Tráiganle una silla aquí.
¿Qué gente?
FLORENCIO. Dos forasteros.
ESCRIBANO. ¿Qué ejercicio?
FLORENCIO. Caballeros.
ESCRIBANO. ¿Caballeros? ¿Cómo ansí?
Pues ¿dónde a tal hora van?
BELTRÁN. A la posada.
ALGUAC. 1.º ¿De dónde
vienen?
ALGUAC. 2.º Turbado responde:
éstos, ladrones serán.
Apártalos.
ESCRIBANO. Decís bien;

éste asid, y apartad éste.

BELTRÁN. ¡Plegue a Dios que no nos cueste
más de lo pasado, amén!
Mala noche por tejados,
desvanes y palomares,
caballerizas, telares,
pulgas, coces y candados,
por huir de la justicia,
y al cabo venir a dar
con ella; ¡gentil azar!

(Preguntan aparte a FLORENCIO.*)*

FLORENCIO. Señores, menos codicia.
No hay qué mirar.

ALGUAC. 1.° Diga el nombre.

FLORENCIO. Don Fernando es mi apellido.

ALGUAC. 1.° Y el que con él ha venido,
¿quién es?

FLORENCIO. Cierto gentilhombre.

ALGUAC. 1.° ¿El nombre?

FLORENCIO. Marzal se llama.

ALGUAC. 1.° ¿De dónde son?

FLORENCIO. De Jaén.

ESCRIBANO. Eso está dicho muy bien;
pero agora, al otro llama. (1)

BELTRÁN. ¿Qué es lo que quieren de mí?

ESCRIBANO. ¿Cómo os llamáis?

BELTRÁN. Yo, Tomé.
Tomico, mi nombre fué;
Tomé, después que crecí.

ESCRIBANO. ¿Qué sois de este caballero?

BELTRÁN. Su lacayo solía ser,
y ya soy su botiller,
enjerto en su despensero.

ESCRIBANO. ¿Cómo se llama?

BELTRÁN. Don Blas.

ESCRIBANO. ¿De dónde es?

BELTRÁN. De Talavera.

ALGUAC. 1.° ¡Asildos!

BELTRÁN. Pues ¿qué os altera?

ALGUAC. 1.° Esta relación no más.
¡Picaños, ladrones viles!

ESCRIBANO. Estos son de la cuadrilla
de aquel hurto de Sevilla.

ALGUAC. 1.° Sí; pero poco sutiles.
Tomé dice el bellacón,
y el otro dice Marzal.
¡Vayan a la cárcel real!

FLORENCIO. Señores...

ALGUAC. 1.° ¡Vaya el ladrón!

(1) Falta este verso en Hartzenbusch.

ALGUAC. 2.° Que ha de ir mañana a galeras.
¡Brava prisión hemos hecho!

BELTRÁN. Que nos azotan sospecho.

FLORENCIO. ¿Hay más extrañas quimeras?
Ya deseo la mañana,
por ver en qué ha de parar.

BELTRÁN. ¡Por Dios, que me he de acordar
de *la noche toledana!*

(Salen LISENA *con* GERARDA *y* LUCRECIA, *en hábito de labradores.)*

GERARDA.

Pues ¿para qué nos vistes desta suerte?

LISENA.

Entra en este aposento con silencio,
que en él está Florencio; eso me advierte.

GERARDA.

¿Luego del Carmen vino ya Florencio?

LISENA.

Florencio es muy ligero; Beltrán, fuerte,
y apenas de Sansón le diferencio;
volvieron a subir por el tejado,
y en sus dos aposentos se han entrado.

GERARDA.

¿Y aquí está mi Florencio?

LISENA.

Habla más quedo,
que andan desvanecidos mil galanes;
finge que eres Inés; entra sin miedo,
y no cruja el chapín los tafetanes,
que te espera el mancebo más gallardo
que en Granada nació.

GERARDA.

¿Qué me acobardo? (1)
La palabra me dió de ser mi esposo.

(Vase.)

LISENA.

El te la cumplirá.

LUCRECIA.

Dime, Inés bella:
¿adónde está Beltrán, que aquel gracioso
donaire me ha rendido, o fué mi estrella?

(1) Faltan dos versos a esta octava.

LISENA.

En aquel aposento, deseoso
de merecer tu voluntad, que en ella
consiste de un amante el bien más alto.

LUCRECIA.

¿Por dicha hízose mal?

LISENA.

¿De qué?

LUCRECIA.

Del salto.

LISENA.

Entra, que bueno está, pues te desea;
mas, por si te escuchare algún curioso,
finge que eres Inés, porque no sea
deslustrado tu nombre generoso.

LUCRECIA.

Como toda esta noche se pasea
este patio, por ti será forzoso.

LISENA.

De que os llamen Inés tengo avisados,
Lucrecia, a vuestros dos enamorados.

LUCRECIA.

¿Que no dirán jamás el nombre nuestro?

LISENA.

Ni vosotras.

LUCRECIA.

Ya sé lo que me importa.
Quédate adiós.

(Vase.)

LISENA.

¡Oh, sol! Si el rayo vuestro
de mis enredos el discurso acorta,
la vana industria del ingenio diestro
será la tela que la muerte corta;
mas yo espero que el alba matizada
me verá de sus flores coronada.
Yo triunfaré del enemigo mío,
pues que su dama he dado al propio dueño,
que en la verdad de mi firmeza fío
que le despierte del injusto sueño.
¡Oh, fuerza de mujer! ¡Oh industria, oh brío,
que de una noche el término pequeño
de suerte a sus desdichas acomoda,
que excede al curso de la vida toda!
Yo, sin perder aquel honor que debo
a los mayores de quien vengo honrada,
con nueva industria, con engaño nuevo,
tengo toda esta gente sosegada.
Mas primero dará su lumbre Febo
que esté su pretensión desengañada,
porque todos me esperan de mil modos,
y están cerrados y engañados todos.
Golpes siento en la puerta. ¿Qué es aquesto?
¿Hay nuevo mal, hay nueva desventura?

(Dentro, FLORENCIO y BELTRÁN.)

BELTRÁN.

¡Abran aquí!

LISENA.

¿Quién llama?

FLORENCIO.

¡Abre, Inés, presto!

LISENA.

La voz es de Florencio. ¡Oh, gran ventura!
Yo voy a abrir. Señor, ¿tan descompuesto?

(Entran agora los dos.)

FLORENCIO.

¡Oh, noche; la más áspera y escura
que he tenido en mi vida!

LISENA.

¿De qué suerte?

FLORENCIO.

Con mil peligros de prisión y muerte.
Referirte las cosas que he pasado
era esperar en este patio el día;
vengo muerto, perdido y quebrantado,
y Beltrán casi en brazos me traía.
Dilo, Beltrán.

BELTRÁN.

Después de aquel tejado,
y de otras circunstancias que tenía,
venimos a parar en esta calle,
llenos de polvo, y lo demás se calle.
Tópanos la justicia, yo no puedo
decirte más; Florencio lo prosiga;
respondimos turbados con el miedo;
que miedo al hombre más honrado obliga,
y entre dos alguaciles de Toledo

y otra gente que agarra, sin ser liga,
nos llevan a la cárcel por ladrones.

LISENA.

¡Extraño mal, extrañas ocasiones!

FLORENCIO.

Pero apenas las cuatro calles veo,
cuando arrebato a un corchapín la hoja,
y lo mismo Beltrán; dilo, que creo
que cuanto me ha pasado se me antoja.

BELTRÁN.

¿Qué es menester en esto más rodeo?
A cintarazos cada cual se arroja
hacia el alcázar; mas con gran ventaja,
puesto que aquél nos sigue, aquél ataja.
Damos los dos en una zanja (1) abierta,
y pasa la justicia por encima,
tan ciegos, por un lado, que fué cierta
la libertad, que el hombre tanto estima.
Salimos y llegamos a la puerta
deste mesón, a deshacer la enima.
¿Qué hay de las damas?

LISENA.

Entra, que te aguarda
a ti Lucrecia aquí, y a ti Gerarda.

FLORENCIO.

Adiós, que, pues tú la causa diste,
Gerarda es ya mi dueño.

LISENA.

Entra más quedo;
iré por ella, que mi amor resiste
a tu crueldad con el valor que puedo.

BELTRÁN.

En fin, ¿por ella vas?

LISENA.

Sí voy, ¡ay, triste!

BELTRÁN.

¿Si para aquí la noche de Toledo?

LISENA.

No para aquí, que con mayor engaño
comienza el vuestro y cesará mi daño.

---

(1) En el original, "madre". La enmienda es de Hartzenbusch.

(Entranse, y salen los ALGUACILES, ESCRIBANO *y criados.)*

ALGUAC. 1.° Digo que entraron aquí
y que esta puerta se abrió.
ALGUAC. 2.° El ruido sentí yo.
ESCRIBANO. Y yo los golpes sentí.
Llama, derriba.
ALGUAC. 2.° ¡Ah de casa!
ESCRIBANO. No responden; ¡linda cosa!

(Llaman, responde el HUÉSPED.)

HUÉSPED. Inés.
ALGUAC. 1.° El huésped reposa
ALGUAC. 2.° El no sabrá lo que pasa.
ALGUAC. 1.° Decís verdad, que es honrado,
y como venga al mesón
la gente honrada, el ladrón
será en su traje estimado.
Sólo conocen aquí
por el vestido al que viene.
ALGUAC. 2.° El huésped disculpa tiene.
¡Que se os escapase ansí!
HUÉSPED. Inés, Toribio, ¿no hay orden?
ESCRIBANO. Vístase, acabe.
HUÉSPED. Ya voy.
¡Qué dichoso en mozos soy!
Todo es comer y desorden.
¿Quién es?
ALGUAC. 1.° La justicia es.
HUÉSPED. Pues ¿qué quiere antes del día?
ALGUAC. 2.° ¿Qué huéspedes tiene?
HUÉSPED. Había
anoche de Madrid tres,
dos de Granada, un soldado
y pienso que un Capitán.
ESCRIBANO. Llame luego. ¿Dónde están?

(Dice, aparte:)

HUÉSPED. ¿Si se habrán ido a sagrado
por donde los avisé?
Vístanse todos, señores.
¿Hay algo?
ALGUAC. 2.° Los dos mayores
ladrones.
HUÉSPED. ¡Buen lance eché!
ALGUAC. 2.° Que han venido a esta ciudad.
ESCRIBANO. ¿No se acaban de vestir?
HUÉSPED. Ya todos quieren salir.
ALGUAC. 1.° Abrid las puertas. Entrad.

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN. ¿Es muy gran delito acaso

esperar una mujer
que agora acabo de ver
pasar del umbral el paso?

(Sale el ALFÉREZ.)

ALGUAC. 2.° Salga esa mujer acá.
ALFÉREZ. Yo soy el que estoy aquí.
CAPITÁN. Alférez, ¿vos érades?
ALFÉREZ. Sí.
CAPITÁN. ¡Gracioso el engaño está!
ALFÉREZ. Aquí me dijo que entrase
Inés, que aquí la hallaría.
CAPITÁN. Y a mí también, que vendría,
y que callando esperase;
y puesto que entrar sentí,
callé hasta ver quién entraba.
ALGUAC. 2.° ¿Es esta Inés vuestra esclava?
HUÉSPED. No, que ayer la recebí.
ALGUAC. 2.° ¿Quién son estos caballeros?
HUÉSPED. Alférez y Capitán.
ESCRIBANO. Y los demás, ¿no abrirán?
CAPITÁN. De risa me caigo en veros.
Alférez, ¿vos me buscáis?
ALFÉREZ. ¿Y vos me esperáis a mí?

(Sale LUCINDO.)

LUCINDO. ¿Qué es lo que quieren aquí?
ALGUAC. 1.° Ver quién sois y dónde vais.
LUCINDO. Esta dama es mi mujer,
y ansí, yo con ella estoy.
HUÉSPED. ¿Qué mujer?
LUCINDO. Su esposo soy,
convertido desde ayer.
Salid, señora Gerarda.

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. Lucrecia soy yo, Beltrán.
LUCINDO. Yo Lucindo.
HUÉSPED. ¡Buenos van!
La burla ha sido gallarda.
LUCRECIA. Beltrán me dijo que aquí
me esperaba. ¿Hay tal maldad?
LUCINDO. Y a mí Gerarda.
ESCRIBANO. En verdad
que está bueno todo ansí.
ALGUAC. 1.° Abranse esos aposentos.
¿Qué es esto, güésped?
HUÉSPED. No sé,
¡vive Dios!, que me acosté
libre destos pensamientos,
y que Inés debe de ser
algún demonio.
ALGUAC. 2.° Abran presto.

(Sale FINEO.)

FINEO. ¿Con tanta furia, qué es esto?
Hombre soy y ella mujer.
ESCRIBANO. ¿Otra mujer?
HUÉSPED. ¡Ay de mí!
ESCRIBANO. Hágase santo después.
HUÉSPED. ¿Qué mujer decís?
FINEO. Inés,
que entró a verme y está aquí.
¿Es delito una fregona
con un hombre que camina?
Ayer la hablé en la cocina.

(Sale GERARDA.)

ALGUAC. 1.° ¿Fregona con tal persona?
GERARDA. De Florencio soy mujer;
yo con mi marido estoy.
FINEO. ¡Gerarda!
GERARDA. ¿Quién es?
FINEO. Yo soy.
¿Cómo aquí te vengo a ver?
GERARDA. ¿Eres Fineo?
FINEO. Pues ¿quién?
GERARDA. De vergüenza no te miro.
FINEO. De tu deslealtad me admiro.
GERARDA. Yo de la tuya también.
FINEO. Inés me ha engañado ansí.
GERARDA. También a mí me engañó.
ALGUAC. 2.° ¿Todo Inés lo concertó?
ESCRIBANO. Venga Inés.
ALGUAC. 1.° ¿Quién está aquí?

(Salen BELARDO *y* RISELO.)

BELARDO (1). ¡Par Dios, donaire tenéis!
¿Desa suerte me abrazáis?
RISELO. Si vos a abrazarme entráis,
¿qué es lo que de mí queréis?
BELARDO. Yo por Lucrecia os tenía.
RISELO. Y yo a Lucrecia esperaba.
¿Quién os dijo que aquí estaba?
BELARDO. ¿Quién os dijo que venía?

---

(1) Este personaje, que no aparece hasta ahora, sustituyó Hartzenbusch por Beltrán, que parece debe de ser así. Sin embargo, el nombre de Belardo figura también en la lista de personajes. Esta comedia fué muy maltratada antes de ir a la imprenta.

RISELO. Inés fué.
BELARDO. Y a mí también.
HUÉSPED. ¿Inés también? ¡Bueno es esto!
CAPITÁN. ¡Buenos Inés nos ha puesto!
BELARDO. Capitán, ¿a vos también?
ALGUAC. 1.° Salga aquesta Inés aquí,
que me muero ya por ver
tan espantosa mujer.
HUÉSPED. Pues ayer la recebí;
que si hubiera cuatro días,
a la gente que juntara
Zocodover no bastara.

(*Sale* FLORENCIO.)

FLORENCIO. ¿Tantas voces y porfías
para cosa tan segura?
Si es Gerarda mi mujer.
GERARDA. Eso ¿cómo puede ser?
FLORENCIO. Como mi amor lo procura.
GERARDA. ¿No veis que Gerarda soy?
FLORENCIO. ¿Luego otra mujer ha sido
la que por vos he tenido?
GERARDA. En el mismo engaño estoy,
que yo soy ya de Fineo.
FLORENCIO. A mí me ha engañado Inés.
GERARDA. Y a mí también.
HUÉSPED. Salga, pues,
que pienso, si no la veo
que debe de ser la mía,
según es su grande enredo.

(*Sale* LISENA.)

LISENA. Yo soy, que vine a Toledo
siguiendo mi fantasía,
y no Inés, como pensáis,
sino Lisena, mujer
del valor que podéis ver
si a los dos lo preguntáis.
Siguiendo vine a Florencio,
celosa de su mudanza,
en traje de labradora.
Le hallé en aquesta posada.
Serví, como veis, en ella,
donde vi que desta dama,
pagándome ingratamente,
tenía cautiva el alma.
Valíme, como mujer,
del ingenio.
ALGUAC. 1.° ¡Cosa extraña!
Huésped, ¿hay más gente?
HUÉSPED. No;
sola esta gente hay en casa.
ALGUAC. 1.° ¿Es alguno destos hombres?
ALGUAC. 2.° Este parece en el habla.
Mas dicen todos que son
caballeros de Granada,
y, pues que son caballeros,
escúchenme dos palabras:
¿Son estas damas iguales
a su valor?
ALGUAC. 1.° Todos callan.
ALGUAC. 2.° Si son iguales les digo.
FINEO. A mí Gerarda me iguala.
LUCINDO. A mí Lucrecia.
FLORENCIO. Y a mí
Lisena.
ALGUAC. 2.° Pues eso basta.
Dense las manos aquí,
con fe y palabra jurada,
o a la cárcel juntos vengan.
FINEO. Yo doy la mano a Gerarda.
LUCINDO. Yo a Lucrecia.
FLORENCIO. Yo a Lisena,
y cumpliré la palabra.
CAPITÁN. Yo al Alférez.
BELARDO. Yo a Riselo.
ALFÉREZ. Eso no. ¡Guarda la cara!
FLORENCIO. Vuesas mercedes se vengan
hoy a cenar a esta casa.
Llevarán cincuenta escudos
para principio de paga.
ALGUAC. 1.° Mil años todos se gocen.
BELTRÁN. ¡Bueno, la vida nos tasan!
FLORENCIO. Aquí da, senado noble,
fin *La noche toledana*.

AQUÍ DA FIN LA GRAN COMEDIA DE "LA NOCHE TOLEDANA".

COMEDIA FAMOSA

DE

LA OBEDIENCIA LAUREADA
Y PRIMER CARLOS DE HUNGRÍA

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FILIPO.
ALEJANDRO.
TEBANO.
DORISTEO.
AURELIO, *viejo.*
FLAMINIO.
MARCELA, *dama.*
ROSELA, *dama.*
CARLOS, *caballero.*
GUARÍN, *su lacayo.*
LUCRECIA, *criada.*
SOLDADOS.
UN CAPITÁN.
FILIBERTO, *rey de Bohemia.*
MARÍA, *reina de Hungría.*
UN SECRETARIO.

ACTO PRIMERO

(Suena dentro ruido de pendencia, como casa de juego.)

FILIPO. ¡Basta que lo diga yo!
ALEJ. ¡Miente, si lo dice!
FILIPO. ¡Muera!
ALEJ. ¡Fuera, villanos!
DORISTEO. ¡Paz! ¡Fuera!
TEBANO. ¡Dentro de mi casa, no!

(Salen acuchillándose FILIPO *y* ALEJANDRO, *y* DORISTEO *y* TEBANO *metiéndolos en paz.)*

DORISTEO. ¿No basta que de por medio
estén dos hombres de bien?
ALEJ. Ver que de por medio estén,
fué de su vida remedio.
FILIPO. No me faltará lugar
en que me vengue de ti.
ALEJ. Camina al campo.
FILIPO. ¿Irás?
ALEJ. Sí.
FILIPO. Allá te voy a esperar.
DORISTEO. Sed amigos.
FILIPO. ¿Yo su amigo?
¡Cuando aquel alma le saque!

(Vase.)

DORISTEO. No hay remedio que le aplaque.
ALEJ. El se aplacará conmigo.

(Salen AURELIO, *viejo, padre de* ALEJANDRO, *con báculo, y* FLAMINIO, *su amigo.)*

AURELIO. ¿Qué es esto?
ALEJ. ¡Mi padre viene!
AURELIO. ¿Reñía Alejandro?
DORISTEO. No.
AURELIO. Pues ¿quién, por mi vida?
DORISTEO. Yo.
AURELIO. Desnuda la espada tiene.
TEBANO. Era porque paz metía.
AURELIO. ¿Sobre qué fué la cuestión?
DORISTEO. Disgustos del juego son;
él miraba, y yo perdía.
Llegó una suerte dudosa,
juzgó, si verdad os digo,
Alejandro como amigo,
y pareció injusta cosa
a Filipo, que compite
conmigo en cosas mayores.
AURELIO. ¿Qué cosas?
DORISTEO. Ciertos amores.
TEBANO. ¡Ojalá que allá se esquite!
AURELIO. ¿Es esto verdad, Tebano?
TEBANO. La verdad es que reñía
tu hijo.
AURELIO. No lo temía

el alma, Flaminio, en vano.

FLAMINIO. Honradamente procede
Tebano.

TEBANO. Así quise hablar,
pues no es bien dejar pasar
lo que remediar se puede.

AURELIO. ¿Dónde está Filipo?

TEBANO. Es ido
al campo.

AURELIO. ¿Y era razón
encubrirme la cuestión?

DORISTEO. Mejor decírtela ha sido.
Mas, sin darte pesadumbre,
se pudiera remediar.

AURELIO. ¿El sol quieren eclipsar
que es de aquestos ojos lumbre?
¡Ay, Alejandro, por Dios,
que de mis canas te duelas!

ALEJ. Vanos peligros recelas
de lo que dicen los dos;
que no soy el agraviado,
ni tengo por qué salir.

AURELIO. Sí; mas debes acudir,
como caballero honrado,
al plazo del desafío.
¿Qué palabras hubo?

DORISTEO. Creo
que fué un mentís.

AURELIO. Caso feo.

ALEJ. No fué gran delito el mío;
porque, la espada en la mano,
no agravian palabras.

AURELIO. Bien.
Flaminio, conmigo ven,
que Doristeo y Tebano
tendrán a Alejandro aquí,
por hacerme a mí placer.

TEBANO. Seguro puedes tener
que no se aparte de mí.

AURELIO. ¡Ay, Alejandro!, mal pago
das a mi amor, y en mi edad
hacen, con poca piedad,
tus travesuras estrago.
Yo te doy cuanto tú quieres,
y aunque tengo otros dos hijos,
sólo son mis regocijos
el pensar que tú lo eres.
Aunque es Carlos el mayor,
le hago estudiar, para darte
de mi hacienda la más parte,
sólo por tenerte amor.
Casarte quiero y hacer
un gran mayorazgo en ti,
porque eres el alma en mí,
por quien tengo vida y ser.
A tu hermana daré presto
marido y hacienda aparte,
sólo por poder dejarte
más rico, honrado y bien puesto.
No te digo aquesto aquí
porque te enojes; repara
que es amor; alza la cara,
mira que me miro en ti.
Ahora bien, esta blandura
te ofende; voime a buscar
a Filipo, y remediar
el daño que te procura.
Ven, Flaminio.

FLAMINIO. No sabéis
reportar el loco amor
de Alejandro.

AURELIO. Es un rigor
que me tiene cual me ves.

FLAMINIO. A los hijos no es cordura
mostrarles amor.

AURELIO. No puedo
reportarme.

(Vanse los dos.)

ALEJ. ¡Bueno quedo!

DORISTEO. Este suceso asegura
vuestro honor, en no salir.

ALEJ. ¿Querrá por satisfacción
Filipo esta obligación?

DORISTEO. Yo se lo sabré decir.

ALEJ. Quiero, con un argumento,
probaros que no es bastante.

DORISTEO. ¿Cómo?

ALEJ. ¿No es más importante
del cielo aquel mandamiento
que me manda no matar,
ni al prójimo aborrecer?

DORISTEO. También manda obedecer
al padre, en primer lugar.

ALEJ. No hay disputa con la honra,
que es en el mundo Alcorán.

TEBANO. Pues mirad que al campo van.

ALEJ. Van a tratar mi deshonra;
mas yo llegaré primero.

DORISTEO. Yo pienso quedarme aquí;
no digan que con vos fuí.

ALEJ. Ni yo he menester tercero.

TEBANO. ¿Yo iré con vos?

ALEJ. Vos tampoco,
porque dirán que es traición.

(Vase.)

TEBANO. ¡Arrogante presunción!
DORISTEO. ¿Ahora sabéis que es loco?
TEBANO. Extraño amor tiene el viejo
al que menos le ha obligado.
DORISTEO. ¡Por Dios, que en eso ha mostrado
poca prudencia y consejo!
Al hijo que es virtuoso,
noble y honrado, aborrece,
y al malo su hacienda ofrece,
de su vida cuidadoso.
Siempre le da pesadumbre
con mil maneras de enojos,
y aquí le dice en sus ojos
que ve por sus ojos lumbre.
Pues no piense tratar mal
a Marcela; que Marcela
tiene una guarda que vela
su remedio, a un lince igual.
Y porque habemos llegado
a su casa, poco a poco,
sabed que me tiene loco
de su hermosura el cuidado.
Trato de ser su marido,
y por eso os hablo así.
TEBANO. Bien podéis fiar de mí;
como confesor me olvido
de lo que decirme suele
cualquier amigo en secreto.
DORISTEO. Tengo de vos buen conceto;
no es razón que me recele
de hablarla en vuestra presencia
y que a mí propio os iguale.
Pero ya, como el sol, sale
dando a la noche licencia.

(Asómase MARCELA *en lo alto con la almohadilla y en ella un ancho de cambray, como que hace vainillas.)*

MARCELA. Por la calle os vi pasar,
que por la reja miraba,
con mi labor, si pasaba
quien me obliga a descartar,
cuando pasa, el almohadilla,
porque no hay tomarla más.
DORISTEO. ¿Qué es lo que labrando estás?
MARCELA. Una flamenca vainilla
en un ancho de cambray;
mas con tal divertimiento
de ver si pasáis y os siento,
que hay lindas cosas.
DORISTEO. ¿Qué hay?
MARCELA. Anda como niño Amor,
entre el alma y la almohadilla,
el aguja y la vainilla,
jugando con la labor.
Sangre, por Dios, me costáis;
que dos veces me he picado,
sólo porque me ha engañado
diciendo que vos pasáis.
DORISTEO. ¡Mal haya el rapaz, amén!
Pero no hagáis vos labor
con aguja, que es dolor
que me alcanza a mí también.
MARCELA. Pues ¿qué labor hay sin ella,
en gente moza?
DORISTEO. El hilar
no se suele mucho usar;
mas podréis, Marcela bella,
con randas entreteneros.
MARCELA. Si uno así suele ofender,
¿qué labor yo puedo hacer,
entre tantos majaderos?
DORISTEO. Tenéis razón; que aun de palo
deben de ser enfadosos.

(Salen CARLOS, *estudiante, de camino, y* GUARÍN, *su criado, con una maleta y escopeta.)*

GUARÍN. ¿Adonde somos odiosos
vienes a buscar regalo?
CARLOS. Aunque mi padre, Guarín,
me aborrece de tal suerte,
por ser de condición fuerte,
es ésta mi casa, en fin;
es donde vi la primera
luz del cielo, y vuelvo aquí
porque es centro en que nací,
y vuelvo a mi propia esfera.
Amo a Marcela, mi hermana;
amo a Alejandro también,
aunque no me quieren bien,
que es una cosa inhumana.
Si de mi madre pudiera
presumir algún error,
que fué a mi padre traidor
su pensamiento dijera.
Creyera, pues me aborrece,
que no me engendró, Guarín;
mas fué un ejemplo su fin
que como el sol resplandece.
GUARÍN. No debe de aborrecerte;
mas a tu hermano menor
tiene tan notable amor,
que del tuyo le divierte.
Quiérele por su virtud,
modestia y recogimiento,
discreción y entendimiento...

¡Tal le venga la salud!
¡Vive Dios, que no hay mayor
bellaco desde aquí a Roma!
¡Qué bien unos naipes toma!
¡Qué bien sabe cualquier flor!
Con una aguja, una tarde,
para una flor que sabía,
en cierta baraja hacía
de las figuras alarde.
Palillos les encajaba
de viznaga por los pies,
con que parando después
los encuentros atentaba.
Si llegaba rey, decía;
si azar, pasaba adelante.
¡Este sí que es estudiante
de buena filosofía!
¿Qué cuartos no me ha ganado?
¿Qué ración no me cogió?
¡Qué de veces me faltó
la vela, estando picado!
Y aplicando el derretido
sebo al pie del candelero,
alumbraba hasta el lucero
el pábilo consumido.
Pues de sus manos, ¿no tengo
más de seis mil mojicones?

CARLOS. No digas esas razones.

GUARÍN. Poco en decirlas me vengo.
Pues en llegando a mujeres,
¿qué fregona me ha dejado,
con andar fuera cansado
de otros mayores placeres?
Decíale yo: "Señor,
las sedas, los tafetanes
se hicieron para galanes,
y el artificial olor;
pero el devantal fruncido
y el zapato de ramplón,
para pobretos, que son
muladares de Cupido.
Allá tienes cada día
dos mil damas quintañonas;
deja las bellas fregonas".
Y el bellaco respondía:
"Caballo en largo camino
es bizarría española;
mas para una legua sola,
no hay cosa como un pollino."

CARLOS. Espera. ¡Triste de mí!
Mi hermana está a la ventana,
y hablando está con mi hermana
un caballero.

GUARÍN. Es ansí.

DORISTEO. Hacedme tanto favor
que aqueste lienzo me deis,
en que la sangre tenéis
que os sacó jugando Amor.

MARCELA. ¿No creéis que me he picado,
y lo que de vos lo estoy?

DORISTEO. Creo que necio no soy
mientras no soy confiado.

MARCELA. Así como me piqué,
el lienzo me revolví
a la mano; véislo aquí.

CARLOS. ¿Qué fué aquéllo?

GUARÍN. ¿Yo qué sé?

CARLOS. ¿No era un lienzo?

GUARÍN. Sí sería.

DORISTEO. Unos versos quiero hacer
a esta sangre.

CARLOS. Y yo, tener
por deshonrada la mía.
¿Esto mi padre consiente?
¿Esto Alejandro, mi hermano?

TEBANO. Retírate.

DORISTEO. ¿Qué hay, Tebano?

TEBANO. Viene por la calle gente.

DORISTEO. ¡Su hermano Carlos, por Dios!
Adiós, Marcela.

MARCELA. El os guarde.

(Vanse DORISTEO *y* TEBANO.)

CARLOS. No llegábamos muy tarde,
si no se fueran los dos.

GUARÍN. Dispárale esa escopeta.

CARLOS. Bien pudiera, si a mi honor
sale aqueste salteador,
a ser la senda secreta.
Sígueme; veré quién es.

GUARÍN. ¿Con maleta y todo?

CARLOS. Sí.

GUARÍN. Descansa ahora...

CARLOS. ¡Ay de mí!

GUARÍN. Y buscarásle después.

CARLOS. El honor no aguarda plazo;
sepamos quién son los dos.

GUARÍN. Pues vamos, que, ¡vive Dios!,
que han de llevar maletazo.

(Vanse y sale FILIPO.)

FILIPO. Tarda Alejandro, cobarde,
como ve que no hay testigos,
que aún el sol apenas arde;

si no es que de sus amigos
está haciendo el miedo alarde.
Mal se aplican los trasuntos
de Alejandro con su ser,
y aunque el honor todo es puntos,
esto del decir y hacer
pocas veces comer juntos.
¿Qué es esto que viene aquí?

(Sale AURELIO *con su báculo.)*

AURELIO. ¿Conócesme?
FILIPO. No, señor.
AURELIO. ¿Cómo no, si yo fuí
la causa de aquel furor
que os trujo, Filipo, ansí?
FILIPO. ¿Vos?
AURELIO. Sí, porque el padre soy
del hombre que os ha ofendido;
aquí en su lugar estoy,
que con la espada he venido
con que por Nápoles voy.
Mi edad ésta me consiente;
que la de mi edad briosa
tiene de un clavo pendiente
la cuchilla, ya mohosa,
y un tiempo resplandeciente.
Este báculo es la espada
que se ciñe la vejez;
no la tengáis envainada,
que no ha de verse esta vez
en Alejandro manchada.
Heridme, matadme a mí;
que le quiero de tal suerte,
que vengo por él aquí
para que me déis la muerte,
pues soy el que os ofendí;
que si yo no le engendrara,
vuestro agravio se excusara;
pero, pues yo le engendré,
yo he sido el que os agravié.
FILIPO. Padre, detente y repara...
AURELIO. ¿Qué quieres?
FILIPO. Que no es razón
descomedirme a esas canas,
que tan venerables son.

(Salen ALEJANDRO *y* FLAMINIO.)

ALEJ. Todas son quimeras vanas
contra mi honor y opinión.
FLAMINIO. ¡Tente! ¡Qué poco respeto!
AURELIO. Alejandro, ¿dónde vas?
ALEJ. No has tenido buen conceto
de mi honor, pues aquí estás.
AURELIO. Soy padre; temo, en efeto...
ALEJ. Bien pudieras excusar
el venir, Aurelio, aquí.
AURELIO. Tu padre me has de llamar.
ALEJ. ¿Qué importa llamarte ansí?
AURELIO. Que se te puede olvidar.
ALEJ. ¿No imaginas que dirá
Filipo que te avisé,
y que Nápoles sabrá
que tu báculo envié
adonde mi espada está?
AURELIO. Hijo, no dirán, que aquí
estamos solos los tres;
que Flaminio es yo.
ALEJ. Pues di,
¿no querrá tomar después
la satisfacción de mí?
AURELIO. Cuando se llame agraviado,
le casaré con Marcela.
ALEJ. Mayor deshonra has pensado,
porque dirán que es cautela
ser de Filipo cuñado.
AURELIO. ¿Qué es cautela?
ALEJ. De temor;
y así es más justo, señor,
que a las armas se remita.
AURELIO. Hijo, ¿qué furia te incita?
ALEJ. Sólo velar por tu honor.
¿Qué aguardas, Filipo?
FILIPO. Aquí,
solo te quisiera ver.
AURELIO. ¡Hijo, duélete de mí!

(Rempuja a su padre y cae [AURELIO] *al suelo.)*

ALEJ. ¡Quitáos allá!
AURELIO. ¿Puede ser
que tú me trates ansí?
FILIPO. A tu padre has arrojado
al suelo, Alejandro; ¡tente!
ALEJ. ¿Qué te detiene?
FILIPO. He pensado
que el ser quien soy no consiente
reñir tan aventajado.
ALEJ. Pues ¿qué ventaja me tienes?
FILIPO. Arrojar tu padre ansí,
pues que con eso previenes
todo el cielo contra ti.
¡Mira si a la muerte vienes!
Pero, pues tú le arrojaste,
yo le alzaré de este suelo,

y a mi desagravio baste
haber obligado al cielo
por lo que tú le enojaste.

ALEJ. ¡Que dé mi padre lugar
a estas afrentas! ¡No quiero
verle en mi vida, ni hablar!

AURELIO. ¡Hijo, hijo!

ALEJ. No te espero,
pues ya no te puedo honrar.

(Vase.)

AURELIO. Si de cosas semejantes
la vergüenza te destierra,
vuelve, vuelve; no te espantes,
que yo me echaré en la tierra
para que tú me levantes.

FILIPO. El se fué.

AURELIO. La causa es mucha;
pero vámosle a buscar.

FILIPO. Con justa vergüenza lucha.

AURELIO. Ven tú, Filipo, en lugar
del hijo que no me escucha.

(Vanse, y sale CARLOS *y* GUARÍN.)

CARLOS.

¿En efeto, se llama Doristeo
y es caballero noble?

GUARÍN.

Más quisiera
llegar a casa y descansar un rato,
que de Bolonia aquí no habemos hecho
jornada menos que de doce leguas.

CARLOS.

¡Ay, Guarín!, que el honor nunca descansa,
si no es en la virtud, su propio centro;
como la nave por el mar, mi ánimo
se vuelve aquí y allí cada momento,
que es lo que dijo de las dudas Séneca.

GUARÍN.

¡Válame Dios! ¿Por fuerza ha de ser malo
hablar un caballero con Marcela?
Todos los casamientos que se hacen,
¿han de ser por concierto?

CARLOS.

Y fuera justo.

GUARÍN.

¿No se han de hacer algunos por amores?

CARLOS.

Dejarse una mujer amar, es justo
y muy conforme a la naturaleza;
pero favorecer al que la sirve,
contra su honestidad, es cosa injusta.

GUARÍN.

Pues ¿qué favor le dió?

CARLOS.

¿No viste el lienzo?

GUARÍN.

¿Era, por dicha, el lienzo alguna sábana?
¿Cubriéronse los dos con ella, acaso?

CARLOS.

Guarín, ¿qué no dará quien da su sangre?

GUARÍN.

¿Sangre le dió?

CARLOS.

Yo vi la color viva.

GUARÍN.

Cuando dos en Italia se conforman,
¿no dicen, por adagio: "Dióle sangre"?
Pues ¿qué delito es dársela en el lienzo?

CARLOS.

¿Mi sangre le ha de dar Marcela a un hombre?
¿Mi honor ha de ir mezclado con mi sangre?

GUARÍN.

Carlos, la antigüedad ha errado en mucho,
pues hizo un solo amor, y ése no quiso
que fuese hembra también, pues justo fuera
que hubiera dos amores, macho y hembra;
y así, la edad de agora, más discreta,
ha hecho un amor hembra.

CARLOS.

¿Estás en seso?

GUARÍN.

No sé qué puede ser dar amor sangre,
sino que amor le baja, porque es hembra.

CARLOS.

¡Extraños disparates apercibes!
Hizo naturaleza con su ingenio
una pintura loca, a lo grotesco,

donde se ven mil cosas concertadas,
que ninguna la tiene por sí sola.

GUARÍN.

Señor, mientras tu hermana tiene padre,
no corre por tu cuenta el honor suyo.

CARLOS.

¿Sabes, Guarín, cómo es la honra?

GUARÍN.

¿Cómo?

CARLOS.

Como un cuerpo gentil proporcionado:
la cabeza es el dueño de la casa;
los sentidos, los hijos; pies y piernas
son los criados; si los ojos faltan,
¿qué culpa puede darse a los oídos?
Mas luego queda todo el cuerpo feo,
de manera que a todos les conviene
mirar de aquesta unión por cualquier parte.

GUARÍN.

¿No dicen los filósofos que tiene
el medio la virtud, si son viciosos
los dos extremos?

CARLOS.

Es común proverbio.

GUARÍN.

Luego, siendo Marcela virtuosa,
no ha de ser ojos de este cuerpo vuestro.
Pues ¿qué ha de ser?

GUARÍN.

El medio; y siendo el medio,
¿qué mucho que a otro medio el medio aplique?
Medio y medio son uno, y dos mitades
fabrican un entero, y lo que tiene
entero ser, entonces es perfecto;
luego Marcela es sabia y virtuosa,
pues que juntando el medio que le falta
viene a quedar perfectamente buena.

CARLOS.

¡Majadero sofístico!, ¿qué dices?

GUARÍN.

Que aquí tu padre viene.

CARLOS.

¡Oh, padre mío!

(*Sale* AURELIO.)

Dadme esos pies, pondrélos en mi boca;
dadme esas manos, de quien soy hechura.
¿Estáis bueno, señor? No me responde.
¿Cómo están mis hermanos? Dios os guarde.

GUARÍN.

¡Más que habemos venido mal y tarde!

AURELIO. ¿Cómo te viniste ansí
y tus estudios dejaste?
CARLOS. Aunque no me lo mandaste,
acabé el curso, y partí;
que allá no tengo qué hacer,
y me mataba el deseo
de verte, aunque no te veo
como te quisiera ver.
AURELIO. ¿Allá pasar no podías?
CARLOS. ¿Qué había de hacer allá,
gastando dineros?
AURELIO. Ya
conozco tus fantasías.
Mejor por acá te hallas;
Nápoles es muy vicioso.
¡Qué estudiante virtuoso!
GUARÍN. ¿Esto escuchas? ¿Por qué callas?
CARLOS. Es padre: debo callar.
AURELIO. Pues ¡el criado es un santo!
GUARÍN. Si tú nos aprietas tanto,
por fuerza habemos de hablar.
Si estamos sorbiendo caldo
todo el año, entre mil textos,
donde somos más *digestos*
que los de Bártulo y Baldo;
si antes de salir el sol,
ya con la lección de prima,
nos cae más niebla encima
que al Pirineo español;
si después de haber comido
menos carne que un halcón,
volvemos a otra lección,
¿qué tiempo habemos perdido?;
si antes de la noche fría
ya estamos, como los bueyes,
volviendo a rumiar las leyes
que pacimos todo el día;
si viene el ama después
con la cena, tan escasa,
que es juego de pasa-pasa,
porque es cena y no lo es;
si antes de entrar en la cama
hay rosario como el puño,

y aunque más tiene el dimuño
no hay más remedio que el ama,
y ésta pasa de sesenta,
con más papos que una mona,
¿parécete que hay persona
que viva con mayor cuenta?
Alejandro será el bueno,
que estudia y vive muy bien;
nunca en los juegos le ven,
ni ronda, ni anda al sereno;
no está en la cárcel por puntos,
no desuella mil rameras,
no trae calzas, ni cueras,
pide cien escudos juntos,
y otras cosas de esta suerte.

AURELIO. ¡Calla! ¡Mal venido seas!

GUARÍN. Pues ¿por qué, señor, deseas
al pobre Carlos la muerte?

AURELIO. ¿De Alejandro dices mal?
Liciones de Carlos son.
¡Qué envidia!

CARLOS. Tienes razón.

GUARÍN. ¡Qué modestia! ¿Hay cosa igual?

CARLOS. Envidio el amor que tienes
a Alejandro.

AURELIO. ¡Entrate allá!

GUARÍN. ¡Bien recibido entrará!
¡A qué buen descanso vienes!

CARLOS. Calla, Guarín, ten paciencia;
yo soy el malo.

GUARÍN. Ansí sea
mi vida. ¿Quién hay que crea
tanta virtud y obediencia?

(*Vanse* CARLOS *y* GUARÍN.)

AURELIO.

Que siendo la virtud digna de amarse,
hasta en los enemigos, por sí propia,
en Carlos la desame, cosa impropia
y que más en mi edad debe culparse;
pero si suele el cielo desvelarse,
por ser el hombre su retrato y copia,
y buscalle en la Scitia y la Etiopia,
si allá de la virtud quiere alejarse,
¿qué mucho que yo imite al mismo cielo
en reducir al malo y dar castigo
al bueno, que ya tengo por consuelo?
Por reducir al malo, me fatigo,
y como en no perderme me desvelo,
huyo de Carlos y a Alejandro sigo.

(*Sale* MARCELA.)

MARCELA. ¡No vendrá jamás aquí
este estudiante pesado
menos que a darnos enfado!

AURELIO. ¿Es Carlillos?

MARCELA. Señor, sí.

AURELIO. ¿En qué te dió pesadumbre?

MARCELA. Ya nos quiere reducir
a buen modo de vivir,
como tiene por costumbre.

AURELIO. ¿Tan buenas las suyas son?

MARCELA. No creo que son muy buenas,
porque basta que estén llenas
de su mala condición.

AURELIO. Sufre sus impertinencias,
Marcela, pues Dios te ha dado
discreción, si has imitado
el arte de mi paciencia.
¿Vino Alejandro?

MARCELA. Sospecho
que allá en su aposento está.

AURELIO. Voyle a ver.

(*Vase* AURELIO.)

MARCELA. ¿Qué no podrá
amor, que me abrasa el pecho?
De mi virtuoso hermano
digo mal al padre mío,
porque de mi desvarío
quiere reducirme en vano.
Dar paz a los elementos,
mezclar el agua y el fuego,
es querer poner sosiego
a mis locos pensamientos.
No me faltaba a mí más
que a Carlos compuesto y cuerdo
cuando me deshago y pierdo.
Pues, Lucrecia, ¿dónde vas?

(*Sale* LUCRECIA.)

LUCRECIA. A buscarte, mi señora,
con este papel.

MARCELA. Ya creo
que me estima Doristeo.

LUCRECIA. Di que te estima y te adora.

MARCELA. Muestra.

LUCRECIA. Lee, y dame albricias.

MARCELA. Estoy triste.

LUCRECIA. ¿Es porque vino
Carlos?

MARCELA. También imagino
que su venida codicias,
con el amor de Guarín.

LUCRECIA. Mucho ha templado el ausencia.
MARCELA. Ten, mientras leo, paciencia.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Respondióme airada, en fin,
que tras el casto valor
va la venganza. Un papel
está leyendo, y en él
los libelos de mi honor.
Quitársele quiero. ¡Suelta!
MARCELA. ¡Ay, Dios!
CARLOS. ¡Suelta, ingrata hermana!
MARCELA. ¿Cómo que suelte?
CARLOS. ¡Villana!,
a nuestra infamia resuelta,
suelta el injusto proceso
de nuestra afrenta.
MARCELA. No seas
necio, Carlos, si deseas
de tus cosas buen suceso;
que cuando este papel fuera
sospechoso, eres mi hermano
y no mi marido.
CARLOS. En vano
le defiendes. Suelta.
MARCELA. Espera.
CARLOS. Suéltale, Marcela.
MARCELA. Carlos,
deja el papel.
CARLOS. Suelta digo.
MARCELA. ¿Esta fuerza usas conmigo?
¡Padre, hermano! Ve a llamarlos.
CARLOS. No porfíes.
MARCELA. Con alguno
debió de ser vil mi madre.
CARLOS. ¿Así infamas a mi padre,
a quien no iguala ninguno,
y a una madre santa y tal
que sólo malo ha tenido
haberte, infame, parido
para una deshonra igual?

(Dale un bofetón.)

¡Toma!
MARCELA. ¿Bofetón a mí?
¡Padre, Alejandro!
LUCRECIA. ¿Qué has hecho?
CARLOS. Voyme, que estoy satisfecho
que me matarán aquí.

(Vase CARLOS.)

LUCRECIA. No des voces, no lo digas.
MARCELA. ¿Cómo no? ¡Padre, señor!

(Sale AURELIO.)

AURELIO. ¿Qué voces das?
MARCELA. ¡Que a un traidor
con tus regalos obligas
a que me dé un bofetón!
AURELIO. ¿Es Alejandro?
MARCELA. Si fuera
Alejandro, lo tuviera
por más señal de afición.
AURELIO. Pues ¿quién te pudo ofender?
MARCELA. Carlos.
AURELIO. ¿Carlos? ¡Cosa extraña!
¿Cómo tan infame hazaña
pudo en su virtud caber?
MARCELA. ¡Qué virtud, que es un infame!
AURELIO. ¿Por qué te dió?
MARCELA. Porque digo
bien...
AURELIO. ¿De quién?
MARCELA. De su enemigo,
que así quiere que le llame.
AURELIO. ¿Es de Alejandro?
MARCELA. Señor,
véngame, si eres mi padre.
AURELIO. Por el amor que a tu madre
tuve, y por tu mismo amor;
por el que a Alejandro tengo,
que es más que todo, que hoy veas
la venganza que deseas.
Tú verás como te vengo.
¿A mi hija bofetón
porque a Alejandro defiende?
¡Vive el cielo, que me ofende
las telas del corazón!

(Vase AURELIO.)

LUCRECIA. Mal has hecho.
MARCELA. No he podido,
Lucrecia, disimular.
Aquí te puedes quedar
mientras de lo sucedido
aviso con un papel
a Doristeo.
LUCRECIA. No seas
causa que más mal te veas.
MARCELA. No tengo vida sin él.

(Vase MARCELA.)

LUCRECIA.

Amor, todos se quejan que eres loco;
pues años tienes ya para ser cuerdo.
Todos se pierden donde yo me pierdo.
Si eres tan viejo, ¿cómo sabes poco?
Viéndote niño, a furia me provoco,
pues, con haberlo oído, no me acuerdo
cuánto ha que llevas en el hombro izquierdo
colgado el arco, cuyas flechas toco.
Tras tanta cantidad de desengaños
estás, como primero, antojadizo,
tan niño en el llorar y en los engaños.
Mas eres como el cielo movedizo,
que, habiendo dado vuelta seis mil años,
está tan mozo como Dios lo hizo.

(Sale GUARÍN.)

GUARÍN.

¡Malhaya amor, amén! ¿Quién no conforma
tu pintura, a tu retrato semejante,
con sarna, cuando das a un estudiante
con proceso, si hieres al que informa;
cuando le das a un pícaro una corma,
y cuando a un herrador un pujavante,
cascabeles, si quieres a un danzante
y a un zapatero el boj, trinchete y horma?
¿Por qué te pintan niño, hermoso, afable,
si eres aquel que tantas cosas mudas?
Mejor fuera robusto y espantable.
Aunque, pues ya del interés te ayudas,
mejor fuera, villano interesable,
pintarte con la bolsa como Judas.

LUCRECIA. ¿Es mi Guarín?
GUARÍN. Soy, señora,
el que solía vivir
del favor de vuestros ojos;
mas ya no soy el que fuí
Era yo Guarín un tiempo,
mas ya soy fray Juan Guarín,
pues en vuestras soledades
tan largo tiempo viví.
LUCRECIA. ¿Por qué me niegas tus brazos?
GUARÍN. Por indigno de medir
lo que hay de la cincha al suelo,
como el caballo del Cid.
Dejéos yo, mi señora,
cuando de vos me partí,
con una basquiña rota
y un remendado mandil;
un sayuelo con más chías
que de un árbol la raíz,
la media de cordellate,
de hiladillo el cenojil;
hálloos ahora más hueca
que el turbante del Sofí,
herrada, en vez de tres suelas,
con el dorado chapín;
el donaire a lo bellaco,
y de la cara el perfil
con más varias sabandijas
que curioso camarín.
Cuando era yo vuestro pobre,
érais vos mi San Martín;
mas ahora que soy puerco,
sois San Lucas para mí.
LUCRECIA. ¿Son celos?
GUARÍN. Celuchos son.
LUCRECIA. ¿De qué los podéis pedir?
GUARÍN. De ver que vuestra ama quiere
otro dichoso Amadís;
y pues ella quiere bien,
¿quién duda, mirando el fin,
que ella quiere a Lanzarote
y vos queréis su rocín?
LUCRECIA. Injustamente me agravias,
porque si el alma te di
y eres alma de este cuerpo,
mal puedo en otro vivir.
GUARÍN. Demonios sois las mujeres,
y si tú eres alma en mí,
bien me pueden conjurar;
mas no entenderás latín.
LUCRECIA. ¿Espíritu me has llamado?
GUARÍN. Pues ¿no lo sois?
LUCRECIA. ¿Cómo ansí?
GUARÍN. Porque andáis de cuerpo en cuerpo,
y con apremios salís.
Espíritu no te quiero,
Lucrecia; mas carne, sí;
que si eres alma, estoy cierto
de irme al infierno por ti.
LUCRECIA. Muy necio a Nápoles vienes.
GUARÍN. ¡Ea! Por Dios, dime aquí
las partes de tu galán.
¿Es caballo, o es arfil?
¿Es roque o peón? ¿Es paje
o escudero Gandalín?
¿Es calcilla con su liga?
¿Es lacayazo gentil?
¿Rasca, a dicha, cofres vivos?
Caballos quise decir;
mas, por no espantar la yegua,
su dulce nombre encubrí.
¡Ea! ¿Quién es, por mi vida?

LUCRECIA. ¡Por esos ojos, Guarín,
que sabes a moscatel
con algo de toronjil!

GUARÍN. Gil, norabuena; mas toro,
eso no, ¡por San Crispín!;
que no soy de los que tienen
su honor en cosa tan vil.
Ya yo sé que tus iguales
sois lo mismo que un candil,
que en faltándole..., ya entiendes,
de ningún modo vivís.

LUCRECIA. De tu amo has deprendido.

GUARÍN. ¿Hasle visto?

LUCRECIA. Aquí le vi,
tan necio y tan descompuesto
como te contemplo a ti.
Dió un bofetón a Marcela.

GUARÍN. ¿Hubo coz?

LUCRECIA. ¿No bastó ansí,
para una mujer tan noble,
sin las cosas que decís?

GUARÍN. No lo digo yo por eso,
sino porque siempre vi
juntos bofetón y coces,
como el agua y el anís.
¿Dónde le hallaré?

LUCRECIA. No sé.

GUARÍN. Voyle a buscar, ¡y de ti
me libre el cielo, Lucrecia!

LUCRECIA. ¡Ay, majadero en latín!

GUARÍN. ¡Ay, picarona en romance!

LUCRECIA. ¡Ay, alcahuete sutil!

GUARÍN. ¡Ay, zapato de aguador!

LUCRECIA. ¡Ay, desechado escarpín!

GUARÍN. ¡Ay, gualdrapa por enero!

LUCRECIA. ¡Ay, almohaza en abril!

GUARÍN. ¡Ay, almirez boticario!

LUCRECIA. ¡Ay, corchete de alguacil!

(Vanse. Sale FILIPO, DORISTEO *y* TEBANO.)

DORISTEO.

En fin, ¿cómo quedastes concertados?

FILIPO.

Viendo el respeto que le tuve a Aurelio,
cuando fué tan villano el hijo suyo,
me prometió a Marcela en casamiento.

DORISTEO.

¿A Marcela? ¿Qué dices?

FILIPO.

Lo que oyes.

DORISTEO.

¿Y qué le respondiste?

FILIPO.

Que la aceto,
con treinta mil ducados.

TEBANO.

Di, Filipo,
¿no sabes que la sirve Doristeo?

FILIPO.

¿Doristeo la sirve?

DORISTEO.

Si la quieres,
Filipo, desposada ya conmigo,
por palabras, papeles y otras cosas
que afirman el concierto que hemos hecho,
y que entre amantes sirven de escrituras,
buen provecho te haga.

FILIPO.

Si supiera
sólo tu pensamiento, no acetara
los tesoros del mundo con Marcela;
pero desde hoy le suelto la palabra.

TEBANO.

Quedo, que es éste su mayor hermano,
recién venido agora de Bolonia.

DORISTEO.

¿Es éste, acaso, el estudiante bravo
a quien Marcela teme?

TEBANO.

El mismo es éste.

DORISTEO.

Si no mirara yo que era su hermano,
ya por su mal a Nápoles viniera.

TEBANO.

Guárdala más que si su esposa fuera.

(Sale CARLOS.)

CARLOS.

Honra, por nuestro daño introducida
en las leyes del mundo, siempre erradas,
¿cómo, si son tus manos delicadas,
aprietas tanto el cuello a nuestra vida?

Obscura enigma, apenas entendida,
¿adónde están tus cifras declaradas?
Pues de culpas ajenas no excusadas,
la propia calidad queda ofendida.
Si el hombre que en virtudes se señala
es honrado también, ¿cuál pensamiento
tu santa ley con los del mundo iguala?
Pero una cosa de las tuyas siento:
que no puede ser honra cosa mala,
quien tiene en la virtud su fundamento.

(Sale AURELIO.)

AURELIO. En tu busca vengo, Carlos.
CARLOS. ¡Oh, mi padre y mi señor!
DORISTEO. ¿Es Aurelio?
TEBANO. Llega a hablarlos.
CARLOS. ¡Siempre con tanto rigor!
DORISTEO. A solas quiero buscarlos.
AURELIO. Pues ¿qué rigor no mereces,
si con tan poca ocasión
das, cuando a verla te ofreces,
a Marcela un bofetón,
que es esta cara dos veces?
Pues si fuera el que debía
tu ingenio y tu cortesía,
y tu obligación también,
en la suya vieras bien
la de su madre y la mía.
No la diste sino a mí;
el ofendido soy yo,
y el que el golpe recibí,
pues si el dolor está allí,
aquí la afrenta quedó;
y pues de aquel bofetón
queda el agravio a mi cuenta,
cosa es muy puesta en razón
que quien recibió la afrenta
busque la satisfacción.
¡Toma, traidor! ¡Toma, infame!

(Dale con el báculo y cáese en el suelo.)

CARLOS. ¿Aquí en público, señor
padre?
AURELIO. ¡Ninguno me llame
padre!
CARLOS. ¡Que así tu honor
tu propia mano disfame!...
Quiero el báculo alcanzar,
besarle y dártele quiero;
quiérole del suelo alzar,

(Levántale, besa el báculo y dásele.)

pues más en él que en mí espero
que te quieres arrimar.
Ponte la capa más bien;
no recibas tanto enojo,
que en los hombres que me ven
la de mi obediencia arrojo,
que los cubrirá también.
No verán, aunque aquí están,
estos palos que me dan,
porque en la inocencia mía
son palos de celosía,
por donde no me verán.
Arrímate a tu bordón;
sosiega, padre querido;
que aunque a mí me dan pasión,
yo sé que a ti te han dolido
en medio del corazón.
Pero es razón que te asombre,
si no debes de tener
el duelo con otro nombre,
que bofetón a mujer
se desquite en palos de hombre.
Dísele, porque si vieses
en ti alguna ofensa clara,
menos pena recibieses,
que fué tapalle la cara
porque no la conocieses.
Fuera más justa razón
que te escondiera la cara,
que si le di el bofetón
fué para que se acordara
de aquella confirmación.
Como a roble me has tratado,
que temiendo que el tributo
no pague a quien me ha plantado,
a palos pides el fruto
del haberme cultivado.
¿Quieres arrimarte a mí,
que vas cansado, señor?
AURELIO. ¡Vete, villano, de aquí!
¡Vete, traidor!
CARLOS. ¿Yo traidor?
¡Duélase el cielo de mí!
AURELIO. ¡No me entres más en mi casa!
¡Vete de Nápoles luego!

(Vase.)

CARLOS. Yo lo haré.
TEBANO. ¡Ved lo que pasa!
DORISTEO. ¿Este es el bravo? ¡Reniego
del padre que no le abrasa!
FILIPO. ¡Oh, qué gentil valentón!
DORISTEO. ¡Lindos palos!
TEBANO. ¡Gran paciencia!

CARLOS. Estos, con poca razón,
murmuran de mi obediencia;
volveré por mi opinión. [cho
¿Qué les digo? ¿Es muy mal he-
sufrir a un padre estos palos,
a cuyo caduco pecho
debo el ser y los regalos
de que estoy tan satisfecho?
¿Paréceles cobardía
no matar la senectud
que estos palos le ponía
al árbol de mi virtud,
porque tanto fruto había?
¿No ven cuán de otra manera
los palos se han de sentir,
pues son palos de escalera
por donde pueda subir
a la fama que me espera?
¿No ven que mi justo amor,
mi obediencia y mi temor
los recibió por regalos,
y que en estos cuatro palos
funda su palio mi honor?
¿No ven que en el mar profun-
nave destos palos fundo, [do
y que voy seguro más,
siendo este palo el compás,
por la maroma del mundo? [toria,
¿No ven que en mi honrosa his-
de aquel bordón, por memoria
hizo dos palos la fama
para la caja en que llama
los hombres a eterna gloria?
Pero, pues que no lo ven,
este acero les dirá,
castigándoles muy bien,
que aquél, por padre, se va
sin que respuesta le den.
¡Aquel hombre que me hizo,
bien me puede deshacer!

(Echa mano y acuchíllanse.)

DORISTEO. ¡Tente!
CARLOS. ¡Infame advenedizo,
no es Marcela tu mujer,
si mujer te satisfizo!
TEBANO. ¡Extraña furia!
FILIPO. ¡Ay de mí!

(Huyen y entra GUARÍN.)

CARLOS. ¡Huid, villanos, así!
GUARÍN. ¿Qué es esto, señor?
CARLOS. No sé.
Aquí con mi padre hablé,
y tan desdichado fuí,
que me dió con el bordón;
fuése, y la murmuración
de esta gente me ha obligado
a haberles mil palos dado,
si espaldarazos lo son.
GUARÍN. Vente a casa, que la gente
se junta.
CARLOS. ¿Qué es ir a casa?
Yo soy, Guarín, obediente.
GUARÍN. Pues ¿hay más? Di lo que pasa.
CARLOS. Que me manda que me ausente.
Aquí hay tres cosas, que son:
de Alejandro la afición,
de mi padre la obediencia,
de Marcela la insolencia;
todas me dan ocasión.
Bohemia hace guerra a Hungría,
yo me he de ir a ser soldado;
si quieres mi compañía,
sin lo que me has obligado,
nueva obligación sería.
GUARÍN. ¿Eso dices? ¡Vive Dios,
que iré contigo hasta el fin
del mundo!
CARLOS. Pues, ¡ea!, adiós.
Pero escucha, mi Guarín,
que nos importa a los dos...
GUARÍN. ¿Cómo?
CARLOS. Ve a casa, y el palo
con que mi padre me dió
le hurtarás, por mi regalo,
cuando coma.
GUARÍN. ¿Y podré yo?
CARLOS. Con Alejandro te igualo
en hurtar lo que hay en casa.
Mientras come, bien podrás.
GUARÍN. Voy.

(Vase.)

CARLOS. El alma me traspasa,
¡oh padre!, el no veros más.
¡Cielos, ya veis lo que pasa!
Voy, pues lo queréis ansí,
a la guerra desde aquí:
premiad mi justa obediencia,
pues me debéis la paciencia
con que estos palos sufrí.

ACTO SEGUNDO

(Salen en orden soldados, marchando al son de un tambor, y entre ellos, CARLOS *y* GUARÍN *y un* CAPITÁN, *y detrás de todos el* REY *de Bohemia,* FILIBERTO, *con gola y bastón.)*

REY. ¿Qué le habrán dicho de mí,
caballeros de Bohemia,
a esta mujer que ofendí,
que con desdenes me premia,
cuando laurel merecí?
¿Qué sabe de mis mayores,
que en lugar de mis amores,
mis regalos y suspiros,
sufren mis marciales tiros,
mis pífanos y atambores?
¿Qué piensa tan sin razón
de mis condiciones graves;
que teme mi condición,
como al águila las aves
o las fieras al león?
De mi persona envidioso,
¿qué le ha dicho algún celoso?,
pues cuando al cristal me veo,
ni soy Tersites, de feo,
ni como Narciso hermoso.
Pues, mire bien lo que siente;
que cuando el desdén (1) cruel
hacerme su Apolo intente,
¡por Dios, que ha de ser laurel
para coronar mi frente!
¿Guerra contra mí pregona
cuando la busco en persona?
Pues, ¡por Dios, que lo deseo;
porque ha de hallarme Teseo,
si ella se vuelve amazona!

CAPITÁN. La profundidad del río
que defiende esta ciudad
niega a tu gallardo brío
que sepas su voluntad
y entiendas su desvarío.
No puedo reconocer
tu gente el muro y defensa,
ni sus desinios saber.

REY. ¡Que esté durmiendo a mi ofensa
el desdén de una mujer!
¡Que por no casar conmigo,
me traiga desde mi tierra,
más que marido, enemigo,
a dar a sus muros guerra
y a sus soberbias castigo!
¡Que a mis ruegos tan extraña,
rompiendo a mi amor los lazos,
quiera ver en la campaña
al que tuviera en sus brazos!
¿Qué mal consejo la engaña?
¿Cuál de vosotros, soldados,
me dará arbitrio que sea
remedio de mis cuidados?

CARLOS. Si Vuestra Alteza desea
ver mis brazos empleados
y el alma de aqueste brío,
yo pasaré a nado el río,
y sabré lo que allá pasa,
hasta meterme en su casa,
si acepta el servicio mío.

REY. ¿Quién eres?

CARLOS. Soy un soldado
hoy a tu campo venido.

REY. Presencia tienes de honrado.

CARLOS. Soy hidalgo y bien nacido,
aunque nací desdichado.

REY. Pareces de Italia.

CARLOS. Soy
de Nápoles; aunque estoy
tal, que mi patria desamo.

REY. ¿Qué nombre?

CARLOS. Carlos me llamo,
que a honrar este nombre voy.

REY. ¿Por qué dejaste tu tierra?

CARLOS. Por medrar algo en la guerra,
porque me faltó favor
para las letras, señor.

REY. Justa ocasión te destierra.

GUARÍN. Yo también era estudiante,
y estaba muy adelante,
y por servirte he venido
con Carlos.

CARLOS. Mi amigo ha sido
en fortuna semejante.

REY. ¿Qué nombre tienes?

GUARÍN. Señor,
¿qué importa el nombre, si ignoran
del hombre el justo valor?
Cuando los muchachos lloran,
te lo dijeran mejor;
que ese nombre tengo, en fin,
y el eco de camarín;
si un niño llorando está,
señor, ¿no dice: gua, gua?
Pues yo me llamo Gua-rín.

REY. Hombre pareces de humor.

GUARÍN. Si de humor, señor, naciera,

(1) Así en el original. Hartzenbusch enmendó "Dafne", que parece acertada enmienda.

no tuviera este valor;
hongo sospecho que fuera,
porque es la humedad mayor.

CARLOS. ¡Calla, Guarín, en buen hora!
Ten respeto a un rey.

GUARÍN. La guerra
es libre; déjame agora.

REY. ¡Valor el soldado encierra!

CAPITÁN. Tu crédito le mejora.

REY. A buena suerte he tenido
que haya este hidalgo venido
a servirme. Carlos, oye:
para que mejor se apoye
lo que hacerme has prometido,
¿cómo el río pasarás?

CARLOS. Con esta espada en la boca
y este corazón, no más;
allá haré lo que me toca,
que esto después lo sabrás.

REY. Si nadas bien, ¡buena traza!

CARLOS. El mar es pequeña plaza.

GUARÍN. Seguro podrá pasar,
como le dejes llevar
a Guarín por calabaza.

REY. Pues retira el campo mío.
Tú, con animosos brazos,
rompe las ondas del río.

CARLOS. Con mil círculos y lazos,
bordar su campo confío.

REY. Vamos, que tu vuelta espero;
tú, el premio esperar podrás.

(Vase el REY *y su gente.)*

CARLOS. Guarín, desnudarme quiero
ropilla y calzón no más.

GUARÍN. ¡Tú eres lindo majadero!
¿Veniste por nadador,
o a ser soldado, señor?
La ropilla sola basta,
porque si alguien te contrasta
tengas defensa mayor.

CARLOS. Bien dices; porque desnudo,
menos podré pelear.

GUARÍN. Que has de volver temo y dudo.

CARLOS. Quisiera el bordón llevar,
que me sirviera de escudo.
¿Dónde está?

GUARÍN. Guardado está.

CARLOS. ¡No se pierda!

GUARÍN. No podrá,
que a tus espaldas le até.

CARLOS. Guárdale bien.

GUARÍN. ¿Para qué?

CARLOS. Por el honor que me da.

GUARÍN. ¿Honor te ha dado un bordón
que te dió públicamente
palos en tal ocasión?

CARLOS. Sí, que en un hijo obediente,
las armas de hidalgo son.
¿Con la espada no le dan
al que arman caballero,
cuando a ceñírsela van?
Pues lo mismo considero
en los que viéndome están.
Toma, y aguarda, y adiós.

GUARÍN. El te guíe, y a los dos
nos vuelva a juntar aquí.

CARLOS. ¡Río: a César veis en mí,
y yo, mi remedio en vos!

(Vanse, y sale la REINA *y* ROSELA.)

REINA. Mientras la gente se ordena
del nuevo ejército mío,
salgo, Rosela, a este río
a pisar la blanca arena,
así por tratar contigo
cosas de tanta importancia,
como por ver la arrogancia
del campo de mi enemigo.
Entre aquesas soledades
que estas arboledas forman,
adonde mejor informan
las almas de sus verdades,
quiero que sepas mi intento
en el dilatar mi estado,
por si acaso me has culpado
en razón del casamiento.

ROSELA. Inclita reina María,
sangre del claro Bohemundo,
que puedes serlo del mundo,
como lo fuiste de Hungría:
conozco tu entendimiento,
tu varonil proceder;
pero no puedo entender
qué te mueva a tal intento.
Filiberto es rey y mozo,
tan gallardo y envidiado,
que a muchas hubiera dado
su amor amoroso gozo;
de su ingenio hay clara fama;
de sus hechos, mil historias;
de sus armas, mil victorias;
mil versos de que te ama.
Pues ¿qué es esto?

REINA. No lo sé;

contrarias estrellas son
que gobiernan mi razón
donde menos razón fué.
Comencé a negar, Rosela;
de negar, di en porfiar;
de porfiar, en tratar
su embajador con cautela.
Cuando una mujer porfía,
no le preguntes por qué,
porque te dirá que fué
por tema o por fantasía.
Tras esto, si era afición
y no interés en el Rey,
no ha guardado bien la ley
de su misma obligación;
y, pues las armas tomó,
¿cómo me podré rendir,
si Alemania ha de decir
que con ellas se casó?
Por eso me he prevenido;
que si fuese su mujer,
siempre me querrá tener
como a mujer que ha vencido.
Quisiera yo que esperara
con paciencia mi rigor;
mas, cuando no sufre amor,
en otro interés repara.
No me verá Filiberto,
si puedo y si tengo vida,
ni casada, ni vencida.

ROSELA. No sé si aciertas.

REINA. Yo acierto.

ROSELA. Contempla que eres mujer.

REINA. Ya lo sé; mas es muy llano
que si él fuera Octaviano,
sabré yo Cleopatra ser.
Mis estados hacen gente,
la que basta tengo aquí;
para no sufrir, nací,
imperio de hombre insolente.
Mujeres habrán reinado
sin casarse.

ROSELA. Eso es enojo.

REINA. Si ha sido aquel vano antojo
de Semíramis culpado,
yo me guardaré de ser
la causa de mi ruina;
que la que al amor se inclina,
no es reina, sino mujer.
Calor excesivo hace;
el río, amiga, provoca;
la sombra de aquella roca
y el laurel que a sus pies nace,
me obliga a bañarme; ven
y ayúdame a descalzar.

ROSELA. Los pies te quieres bañar,
mas no el corazón.

REINA. También.

ROSELA. ¿Para qué quieres templanza
donde jamás hubo fuego?

REINA. Por este desasosiego
que de su enojo me alcanza.
¿Cerraste la puerta?

ROSELA. Sí;
con el jardín bate el río,
que va creciendo.

REINA. Confío
que no se alabe de mí
el soldadillo arrogante.
Entrate en esa arboleda;
que como el agua va queda,
tendré su espejo delante.

(Vanse, y sale CARLOS *con la espada desnuda, y mojado, como que sale del río.)*

CARLOS. Por la parte que he pasado
bate el río con el muro,
y puesto que estoy seguro,
parece que estoy cerrado.
Esta pared es jardín:
bien lo muestran sus almenas,
de diversas plantas llenas,
que enredan hiedra y jazmín.
¡Qué edificio tan real!
¡Qué de rejas y ventanas,
donde el sol, por las mañanas,
llama su vidrio y cristal!
Palacio debe de ser
de algún húngaro famoso.
¡Qué corredor tan vistoso,
para no ser visto y ver!
¡Qué torres tan bien labradas!

(Mira hacia el vestuario.)

¡Ah, cielos! Dos bultos veo;
mas parece, y aun lo creo,
lienzo de ninfas pintadas
que, dejando las alcobas
de cristal del manso río,
salen de su centro frío
cubiertas de verdes ovas.
¡Cielos! Movimiento veo,
que para que el tiro goce,
así el cazador conoce
si es la caza o el deseo.

Lavándose está los pies
una bellísima dama.
Olmos, cuya verde rama
corona de Hércules es,
animad mi atrevimiento;
así os vistáis de hojas nuevas.
Mas ya el príncipe de Tebas
se ofrece a mi pensamiento.
Que ésta es Diana, sin duda,
y seré yo como él
si me transforma en laurel
porque la he visto desnuda.
El marfil, cristal, el hielo,
menos blanco y terso es;
tal deben de ser los pies
con que el alba pisa el cielo.
¿Hay mármol en fuente alguna
de más limpia perfección?
O blancos jazmines son,
o son los pies de la luna.
Alzó el rostro, ¡santo cielo,
qué hermosura celestial!
Castigo me espera igual,
pues ya me convierte en hielo.
En mi vida tu rigor
supe, amor, ni tus efetos,
que aunque es mal para discretos,
yo era ignorante de amor.
Agora sabré lo que es,
y pienso decir a voces:
¡Amor, rendísteme a coces,
pues me has muerto con los pies!
Mas trueca el efeto luego,
pues por los pies es verdad
que suele entrar la humedad,
y tú quieres que entre el fuego.
Sintiéronme. Huyendo van.

(Hablan dentro.)

REINA. ¡Huye, Rosela! ¡Ay de mí!
ROSELA. ¿Viéronte?
REINA. Pienso que sí.
CARLOS. Abriendo una puerta están.
REINA. Cierra presto.
CARLOS. Ya se entraron.
Dueños de esta casa son.
Con la mucha turbación
una liga se dejaron.
¡Oh, gran ventura! Alzaréla.
Verde es, ¡por Dios!, quien alcanza
en tanta dicha esperanza,
¿qué mal suceso recela?
¡Oh, pies! Ya que huyendo vais,
dejarme prenda es exceso,
pero como me habéis preso,
vuestros grillos me dejáis.
Ya no podré defenderme
de vuestros hermosos brazos,
que, pues me habéis puesto lazos,
sin duda queréis cogerme.
Verde prenda que ceñistes
aquella columna hermosa,
decidme, ¿quién es la diosa
cuyo mármol blanco vistes? [muro
Mas, ¡por Dios!, que sobre el
de aquella almena se han puesto.

(Asómanse en lo alto la REINA *y* ROSELA.*)*

REINA. Yo estoy ya resuelta en esto.
CARLOS. No sé si estoy muy seguro.
ROSELA. ¿Qué importa que te haya visto?
REINA. ¡Pensar que no tengo honor!
CARLOS. Sol, a cuyo resplandor
indignamente resisto:
¡qué bien haces de salir
y enjugarme este vestido!
¡Pero estás tan encendido
que me podrás consumir!
Pon los rayos soberanos
en toda el agua que ves;
agua soy; baña tus pies,
o, por lo menos, tus manos.
REINA. Hombre, ¿quién eres?
CARLOS. Un hombre.
REINA. ¿Cómo estás así mojado?
CARLOS. Porque este río he pasado.
REINA. ¿A qué efeto?
CARLOS. A ganar nombre.
REINA. ¿Eres Filiberto?
CARLOS. No.
REINA. Pues ¿quién?
CARLOS. Un soldado suyo.
REINA. Pues ¿qué es el intento tuyo?
CARLOS. Cumplir lo que él me mandó.
REINA. ¿Qué te ha mandado?
CARLOS. Saber
lo que la Reina de Hungría
intenta.
REINA. ¡Brava osadía!
Valor debes de tener.
CARLOS. Si antes que pasara el río,
qué había de ver supiera
lo que he visto en su ribera,
otro valor fuera el mío.

REINA. ¿Qué has visto?
CARLOS. Dos blancas lunas,
y, sin ser Hércules yo,
junto al mar que me anegó
dos imposibles colunas.
REINA. ¡Mientes!
CARLOS. Aun bien que esta prenda
te dirá si la dejaste
cuando huyendo me llevaste
el alma por ella en prenda.
REINA. ¡Soldado!
CARLOS. ¡Hermosa señora!
REINA. Tu ventura y tu valor
fuerzan a tenerte amor.
CARLOS. ¡Ay, Dios, engáñasme agora!
REINA. ¿Eres caballero?
CARLOS. Sí.
REINA. Venme aquesta noche a hablar.
CARLOS. ¿Por dónde tendré lugar
para hablarte?
REINA. Por aquí.
CARLOS. ¿Prenderásme y mandarás
que me maten?
REINA. No lo creas.
CARLOS. Mas si matarme deseas,
muerto estoy; ya no podrás.
REINA. Véndeme esa liga.
CARLOS. Harélo,
que es despojo, y soy soldado.
REINA. ¿Qué quieres?
CARLOS. Lo que me has dado
y te dió de gracia el cielo.
REINA. Dos mil escudos te doy
por ella, y los echaré
por esta almena.
CARLOS. Yo sé
que en buena opinión estoy.
Menos que por lo que ví,
si diez mil mundos me dieses,
no hayas miedo que tuvieses
lo que pretendes de mí.
REINA. Pues ven a verme, y yo haré
que vaya un barco por ti,
a media noche.
CARLOS. Eso sí,
¡vive el cielo!, que vendré.
REINA. Pues él irá con secreto
y te volverá a llevar.
CARLOS. ¡Animo!, tengo que dar
a tan grande hazaña efeto
aunque me quites la vida.
Mas ¿podrá venir conmigo
cierto soldado, mi amigo?
REINA. No hay ocasión que lo impida.
CARLOS. ¿Quién eres?
REINA. Ya lo sabrás.
ROSELA. Vete, que siento ruido;
gente del fuerte ha salido.
REINA. Soldado, no esperes más.
Echate al agua.
CARLOS. A Dios queda.

(Vase CARLOS, *y dicen dentro: soldados, y disparen un tiro.)*

SOLDADO 1.° ¡Alerta, que hay una espía!
SOLDADO 2.° Este del agua salía;
haced que volver no pueda.
REINA. ¿Tiráronle?
ROSELA. ¿No lo ves?
Disparáronle una pieza,
pero bajó la cabeza.
REINA. Hombre que me vió los pies
y que fué tan atrevido
que hasta aquí pudo llegar,
o le tengo de matar,
o le he de hacer mi marido.

(Vanse, y sale ALEJANDRO *y* MARCELA *forcejeando.)*

MARCELA.

Suelta, Alejandro, la cadena; mira
que es mucho atrevimiento.

ALEJANDRO.

Suelta, hermana,
y advierte que me vas moviendo a ira.

MARCELA.

¿Quién sufrirá tu condición tirana?
¿Cómo las joyas quieres tú quitarme?
¿Eres ladrón?

ALEJANDRO.

¡Qué resistencia vana!
¡Vive Dios, que por sólo despicarme,
mi propia madre desnudara ahora!

MARCELA.

¿Y a mí que te ha faltado de robarme?
Fiero rigor en tus entrañas mora;
no tienes más piedad que un indio, un moro.
El oro suelta (1); tu opinión desdora;

(1) Así en el original. Hartzenbusch enmendó: "tu desenfreno".

y para que tú juegues no hay tesoro
en Florencia, en San Marcos de Venecia.

ALEJANDRO.

Calla, hermana Marcela, y suelta el oro;
menos pierdes en esto, no seas necia,
que por esto te sufro yo otras cosas
de un loco amor que nuestro honor desprecia.
Súfreme, pues te sufro tus viciosas
costumbres.

MARCELA.

¿Yo viciosas? ¿Estás loco?

ALEJANDRO.

Sí que tener galán son virtuosas.
Súfreme que yo juegue mucho o poco,
Marcela, pues te sufro a Doristeo.

MARCELA.

¡A qué furor y rabia me provoco!

(Sale AURELIO.)

AURELIO.

¿Qué es esto, hijos, en que siempre os veo?
¿Qué tienes, Alejandro, con Marcela?

MARCELA.

Hablarte claro, padre mío, deseo.
Estas son las costumbres que en la escuela
de buenas compañías ha estudiado
quien para tus agravios se desvela.
¿No le ves? De jugar viene picado,
y, como si yo fuese una ramera,
la cadena del pecho me ha quitado.

AURELIO.

Hijo, Alejandro, cuando yo no fuera
tu padre, por ser viejo, merecía
que un bárbaro respeto me tuviera.
Robásteme mi trigo el otro día;
anteanoche rompiste el escritorio,
y sacaste el dinero que tenía.
La herida de Tristán y la de Honorio
me cuestan más de siete mil ducados,
que esto es a todo Nápoles notorio.
Sin esto, a mil tratantes y agraviados
contento con mi hacienda por momentos.
Todos están de tu rigor cansados.
¿En qué piensan parar tus pensamientos,
si ya robas en público a tu hermana?
Estos exceden ya de atrevimientos.

ALEJANDRO.

Padre, no más que si esa barba cana
fuera de plata, como lo parece,
hoy os la hurtara, por jugar mañana.

AURELIO.

¡Traidor! Tu desvergüenza me enloquece!
¿No basta que mi herencia has destruído?
Al paso de mi amor tu maldad crece;
el cielo me castiga de ofendido,
de ver que a Carlos desterré sin culpa;
Carlos, que ejemplo de obediencia ha sido.

ALEJANDRO.

Padre, ninguno en Nápoles me culpa,
si no sois vos, pues dicen que os imito;
que basta a mis locuras por disculpa.
Si mozo fuisté loco y solicito,
pareceros a vos, como hijo vuestro,
con justa causa vuestra hacienda os quito.
Si es cuerdo Carlos, claramente os muestro
que soy más hijo vuestro que fué Carlos,
pues fuistes mozo, jugador y diestro.
A los padres debemos imitarlos:
si yo os imito, estad agradecido.

AURELIO.

Tales hijos, ¿quién quiere desearlos?
¿Yo he sido loco y jugador he sido?
¿Esto escucho?

MARCELA.

Señor, no llores, mira
que hasta el temor a Dios tiene perdido.

AURELIO.

¡Plegue a Dios que no incite más su ira!
Esto con tiernas lágrimas le ruego.

ALEJANDRO.

Que llore un viejo, a mí nunca me admira.
Son niños ya; los niños lloran luego.

AURELIO.

Entre el mucho dinero que perdiste,
también perdiste la vergüenza al juego.
Dale el oro, Alejandro.

MARCELA.

No pudiste
decir cosa más loca.

ALEJANDRO.

Adiós te queda.

AURELIO.

¿De qué montañas ásperas naciste?

ALEJANDRO.

No me asga nadie.

MARCELA.

¿Que esto decir pueda
un hombre con sentido?

AURELIO.

Aguarda un poco.

ALEJANDRO.

El buen hijo a su padre en vida hereda.

MARCELA.

No le incites, señor.

AURELIO.

Aguarda, loco.

(Vanse, y salen el REY FILIBERTO, CARLOS *y gente.)*

REY. Muy agradecido estoy
de las nuevas que me das.
Mis brazos, Carlos, te doy.
CARLOS. No puedo obligarte más
que con darte cuanto soy.
Un César quisiera ser,
un Horacio en defender,
un Mucio en saber morir,
un Scévola en resistir
y un Alejandro en vencer;
en la espada, un Escipión;
en la lealtad, un Zopiro;
en la fe, un Efestión;
en alta mar, Cinegiro,
y por la tierra, Milón.
REY. Carlos, aunque el premio es cor-
te hago mi capitán; [to,
por envidias, me reporto.
CARLOS. Tus enemigos verán
si para servirte importo.
REY. Denle una jineta luego.
CAPITÁN. Aquí está.
CARLOS. Beso tus pies,
que como cansado llego,
bien es que bordón me des
adonde tenga sosiego.
¡Guarín!
GUARÍN. Señor.
CARLOS. Ya me arrojo
a tus brazos.
GUARÍN. Vesme aquí.
CARLOS. ¿Cómo estás?
GUARÍN. Lleno de enojo,
hecho cuaresma por ti,
viéndote echar en remojo.
¡Bravo nadador te has hecho!
Otros llevan en el pecho
calabazas por firmeza.
CARLOS. Y yo ¿dónde?
GUARÍN. En la cabeza.
CARLOS. Que ya estoy loco sospecho.
Tráeme luego aquel bordón
de mi padre.
GUARÍN. ¿Para qué?
CARLOS. Ya lo verás.

(Vase GUARÍN.)

REY. Con razón,
Carlos amigo, te honré.
CARLOS. Grandezas de reyes son.
REY. Si a la envidia no temiera,
diferente premio fuera
el que diera a tu valor.

(Sale GUARÍN.)

GUARÍN. Aquí está el bordón, señor.
CARLOS. Darte más honra quisiera.
Quita el hierro a la jineta,
y en este palo le encaja.
GUARÍN. Quitéle.
CARLOS. Pon. Tuerce. Aprieta
REY. ¿Tiene este palo ventaja?
CARLOS. Tiene una virtud secreta.
REY. ¿Es de algún árbol precioso,
aromático, oriental?
CARLOS. Era de un tronco famoso
de donde soy natural,
y en serlo soy muy dichoso.
Palo, si a quien palos da,
por la afrenta, le dan hierro,
vengado mi pecho está,
pues con este hierro os hierro,
pues por vos acerté ya.
Pero pienso que le abona
lo que mi amor pretendió,
por ser de vos tal persona,

que pues un Rey me le dió,
no es hierro, sino corona.
Y esta borla es bien que pueda
honrar quien de vos lo queda;
pero dirán muchos malos
que por encubrir mis palos
os quiero vestir de seda.
Ya con borla estáis mejor,
que aunque sois arma, sois ciencia,
pues en facultad de amor,
el maestrescuela obediencia
os da el grado de doctor.

REY. Carlos, cuéntame el estado
de la Reina, mi enemiga.

CARLOS. Estás muy acompañado.

REY. Dejadnos solos.

CAPITÁN. ¡Que siga
tanto la suerte a un soldado!...

(Vanse y queda solo el REY *y* CARLOS.)

CARLOS. Generoso Filiberto,
cuyos abuelos invictos
dieron más nombre que a Grecia
el gran Alejandro y Pirro:
a saber de tus contrarios
los encubiertos desinios,
con esta espada en la boca
me arrojé al agua vestido.
A la orilla contrapuesta
llegué con mayores bríos
que por llegar a su lumbre
iba el amador de Abido.
Tomé puerto entre unas cañas
que a unos álamos sombríos
cubrían los verdes troncos
cuyos pies bañaba el río.
Detúveme contemplando
la fertilidad del sitio;
vi los muros que le cercan,
las torres y los castillos.
No hay foso, ni contrafoso,
por la parte que te digo,
sino jardines y peñas
y un espléndido edificio;
de suerte que por combate
es imposible camino
tomar esta gran ciudad;
hambre es forzosa, y partido.

REY. ¿Que no sientes en sus muros
flaqueza, ni hay un portillo,
ni donde batirlo pueda,
si no es desde el mismo río?

CARLOS. Yo, por más que la miré,
sola una flaqueza he visto,
que agora sabrás, señor.

REY. Ya te escucho.

CARLOS. Y yo prosigo:
Al pie de un verde laurel,
a un pardo peñasco asido,
que bien lo está con las peñas
quien lo fué a tantos suspiros,
vi dos gallardas mujeres
entre dos arroyos limpios,
como pintan a Diana
en el huerto de Calisto.
Lavaba la una de ellas
unos pies adonde quiso
mostrar la naturaleza
las manos de su artificio;
vi dos columnas de mármol,
que lo que estaba ceñido
del agua parecía nieve;
lo que estaba dentro, vidrio.
Lavábase, y de lo alto
bajaba el cristal rompido,
como cuando se tornea
blanca plata o marfil liso;
porque parecían pedazos
del mismo mármol bruñido,
y que las enflaqueciesen
me pesaba, ¡por Dios vivo!

REY. No las pintas, Carlos, mal;
mira que por los oídos
corre peligro el deseo.

CARLOS. ¿Y en los ojos no hay peligro?

REY. ¿Qué peligro? Por los tuyos
trocara entonces los míos,
aunque esas pellas de nieve
de fuego me hicieran tiros.

CARLOS. Apenas, Rey de Bohemia,
las dos sienten el ruido...

REY. ¿Qué ruido? ¿No podías
irte allegando quedito?

CARLOS. Donde hay guerra, ¿no ha de haber
voces?

REY. Voces hay, y gritos.

CARLOS. Pues la de mis pensamientos
alzó sus ojos divinos;
vióme, y a los pies mojados
dejó caer los vestidos,
y por el jardín se entraron.

REY. ¡Bueno quedaste!

CARLOS. Perdido.
La mano bella cogió
las medias y zapatillos;

mas cayósele esta liga,
para mis locos sentidos;
en esta cárcel los tengo,
con esta prisión los ligo,
y no es perdida esperanza.
REY. Cuéntame eso.
CARLOS. Perdón pido
al secreto y al amor,
pues lo manda el dueño mío.
Salieron a unas almenas,
de la puerta frontispicio,
y desde allí me llamaron.
REY. ¡Caso, por Dios, peregrino!
CARLOS. Quisieron saber quién era;
dije que de su enemigo
era un soldado, y mi intento,
ver la calidad del sitio.
Dábanme dos mil ducados
por la liga, y yo replico
que por menos que su dueño
era el mundo precio indigno;
mandáronme que esta noche
las viese, cuando su frío
manto cerrase sus ojos,
rosas, claveles y lirios,
que una barca vendría aquí.
REY. ¿Piensas ir?
CARLOS. Es desatino;
pero estoy determinado;
y más dije: que un amigo
me había de acompañar.
REY. Gran ventura te ha ofrecido
el cielo, Carlos, o acaso
tu muerte.
CARLOS. ¿Quién te lo ha dicho?
REY. Esa es la Reina, sin duda;
pero advierte que he nacido
rey y que tengo el valor
que nació también conmigo.
Yo he de acompañarte, Carlos.
CARLOS. Mire Tu Alteza...
REY. Ya miro
que hay peligro temerario,
y que es muy cierto el peligro.
Pero oblíganme dos cosas;
porque sin ser conocido
puedo, Carlos, ver y hablar
la enemiga que conquisto;
y pues ya tu amigo soy,
no cumplo la ley de amigo
si en el peligro te dejo.
CARLOS. ¡Viva tu fama mil siglos!
No te quiero replicar,
porque embarcado contigo
podrás decir al barquero
lo mismo que César dijo.
REY. Vamos a esperar la barca,
que si sucede lo mismo,
yo te haré mi general.
CARLOS. ¡Fortuna, apriesa subimos!;
aunque en la puerta del cielo
de letras de oro está escrito:
"Dios ensalza al que es humilde,
y al soberbio da castigo".

(Vanse. Entran DORISTEO *y* ALEJANDRO.)

DORISTEO.

Menos furia, Alejandro, que soy hombre
que no me quedaré como Filipo,
con las deshonras que le habéis dejado;
que si os salís en Nápoles agora
con todo lo que hacéis, la causa ha sido
no haber hallado un hombre que os castigue.
Fiad que no juntéis mi mal suceso
a unas travesuras. ¿Qué os enfada
de mí, que me llamáis tan a lo bravo
y dais señales de querer matarme?
¡Como si yo pudiese persuadirme
que no se ha de cansar de vos el cielo
alguna vez, de tantas que os avisa!

ALEJANDRO.

Si hubiera de trataros como a muchos
que he castigado a sombras de la noche,
no fuera aquí de vos tan bien tratado;
mas como os he tenido por amigo
y por hombre que haréis esas palabras
tan obras como suenan, he querido
hablaros en razón y con prudencia,
aunque os parezca a vos que tengo poca.
¿Qué tenéis con Marcela?

DORISTEO.

Solamente
casarme con Marcela he pretendido;
si no la igualo en calidad, yo creo
que en hacienda, Alejandro, la aventajo,
que vos habéis la hacienda destruído.

ALEJANDRO.

Que está mi padre pobre por mi causa
os confieso muy claro, Doristeo,
y tanto, que no puede aquesta noche
daros dos mil ducados, si se vende,
de más de ochenta mil con que le hallaron

mi juego y mis desgracias algún día.
Una de dos: o vos, desde este punto,
no habéis de entrar jamás por nuestra calle,
o habéis de ser marido de Marcela
con sólo el manto que la cubre agora.

DORISTEO.

Dadme un día de término.

ALEJANDRO.

¿De término?

DORISTEO.

Pues ¿no es término honrado, y sólo un día?
¿No he de dar a mis deudos cuenta de esto?

ALEJANDRO.

Yo me contento.

DORISTEO.

Pues el cielo os guarde;
y tú guarda de casarte ahora,
porque tu pobre hacienda verás luego
pasar desde tu casa a la del juego.

(Vanse, y sale el REY, CARLOS *y* GUARÍN.*)*

REY. ¿Retiró la barca?
CARLOS. Ya
de este sitio la apartó.
REY. Bien su palabra cumplió.
¿Guarín, dónde está?
GUARÍN. Aquí está.
REY. En fin, ¿no se puede hacer
este negocio sin ti?
GUARÍN. Vuestro peligro temí.
REY. ¿Y ya no le puede haber?
GUARÍN. Pues ¿quién, si yo os acompaño,
que soy el valor del mundo,
que soy Hércules segundo,
os puede hacer algún daño?
¿Es de corcho aquesta espada?
¿Soy de natas, o qué soy?
Que me atrevo, como estoy...
REY. Di, adelante.
GUARÍN. A no hacer nada.
REY. En los peligros, Guarín,
no es defensa el buen humor.
GUARÍN. Llegando a veras, señor,
y dando a las burlas fin,
es soltar de una leonera
dos leones africanos,
verme la espada en las manos:
todo un ejército altera.
En lo que ahora hay criado,
para matar yo, no hay gente;
no hay injerto de valiente
como estudiante y soldado.
REY. ¿Juegas las armas?
GUARÍN. Muy bien.
REY. Mucho tardan.
CARLOS. Ya vendrán.
REY. Si no es que trazando están
cómo la muerte nos den.
¿Qué armas juegas?
GUARÍN. Siete espadas,
si me entran el seis y el as.
REY. Con esas armas darás
cincuenta y cinco estocadas.
¿Qué más juegas?, que dos solos
toman bien la espada y daga.
GUARÍN. ¡No quiera Dios que tal haga!
REY. ¿Pues qué?
GUARÍN. Dados, truco y bolos.
REY. Menos sabrás de montante.
GUARÍN. Ese sé yo bien meter,
que al reñir suelo poner
cinco o seis calles delante.
REY. ¡Buen compañero traemos!
CARLOS. La puerta abren al jardín;
desvíate allí, Guarín;
ten cuenta en tanto que hablemos.
GUARÍN. Allí me hallarás sentado.

(Salen la REINA *y* ROSELA.*)*

REINA. Cierra sin hacer ruido.
ROSELA. Gente suena.
CARLOS. Aquí ha venido,
señora, vuestro soldado.
REINA. ¿Venís solo?
CARLOS. Ya os previne
de que un amigo vendría.
REINA. Que nos sentemos querría.
REY. Dios, Carlos, nos encamine,
que en grave peligro estamos.
CARLOS. Esa señora entretén.

(Siéntanse a parlar CARLOS *y la* REINA, *y el* REY *y* ROSELA, *y* GUARÍN *se echa a dormir.)*

GUARÍN. ¡Por Dios, que me suena bien
el airecillo en los ramos!
¿Musiquitas para mí?
Pues búrlese como quiera,
que si calo la visera
y corre este fresco ansí,
no hay niño en cuna que duer- [ma

como yo, ¡viven los cielos!,
sin que me despierten celos
de Belisa ni Belerma.
No hay ánima que esté firme;
quedo (1) airecillo sonó,
porque no he menester yo
perejil para dormirme.
Porfía mata a venado;
rendíme; Carlos, ¡adiós!

REY. Envidia tengo a los dos.
ROSELA. ¿Y vos quién sois?
REY. Un soldado
que a aquesta aventura viene
con Carlos.
ROSELA. ¿Carlos quién es?
REY. Un capitán.
ROSELA. ¿Y después?
REY. Opinión, señora tiene
de caballero.
REINA. En efeto,
procedéis como hijodalgo.
CARLOS. Si soy algo, por vos valgo.
REINA. Y como galán, discreto.
CARLOS. A lo menos, conoced
que me he fiado de vos.
REINA. Confieso, hidalgo, por Dios,
que me habéis hecho merced.
¿Cómo llegaste?
CARLOS. Mojado,
aunque enjuto el corazón
del fuego de la afición
que vuestros ojos me han dado.
REINA. ¿Luego afición me tenéis?
CARLOS. ¡Ay, que no sé lo que vi!
REINA. Yo, sí, pues por este "sí",
adonde estoy me tenéis.
¿Hombre se puede alabar
que me vió?
CARLOS. ¿Pensáis que sé
quién sois?
REINA. ¿Qué ventura fué
la que te dió aquel lugar?
¿Qué estrella tu bien procura,
o mi daño procuró,
que para verme te dió
lugar y tiempo y ventura?
CARLOS. Hasta el fin no he querido
este bien agradecer,
porque ventura de ver
muchos hay que la han tenido.
¿Qué me sirve que yo vea
lo que vi en este jardín,
si no llega el bien al fin
que en el principio desea?
Saber quisiera qué ha sido
la causa que os ha obligado;
que amar, muchos han amado,
pero pocos han sabido.
REINA. La coyuntura es ventura.
CARLOS. Decid quién sois, y sabré
si, teniéndola, podré
gozar de la coyuntura.
REINA. Si yo te digo quién soy,
luego a matarte me obligo.
CARLOS. Pues decidme lo que os digo,
que alegre en mi muerte estoy.
Demás que ¿cómo podéis
matarme?
REINA. Podrá mi gente.
CARLOS. Pues con eso solamente,
lo que sois dicho me habéis.
Vos sois la Reina de Hungría.
REINA. ¿Haré señal? (¿Qué he de hacer?)

(Levántase y hace CARLOS *a la* REINA *un gran acatamiento.)*

CARLOS. Pues sois reina, aunque mujer,
viva yo, dulce María.
Aunque, echándonos al río
yo y el soldado que veis,
si lo que decís hacéis,
daréis el golpe en vacío.
REINA. Detente, y dime tu nombre.
CARLOS. Carlos.
REINA. Pues, Carlos, detente,
que ese corazón valiente
también es de rey, si es de hombre.
¡Vive Dios!, que no ha nacido
quien a mí me pueda ver,
sin ser...
CARLOS. ¿Qué es lo que ha de ser?
REINA. Treinta veces mi marido.
CARLOS. Si mis humildes despojos
no alcanzan a tal grandeza,
por lo que vi, Vuestra Alteza
me mande sacar los ojos.
Páguenlo, pues tienen culpa
de ver vuestros rayos bellos;
mas el mismo bien de vellos
es de esta culpa disculpa;
que cuando pudiera ser,
por igual, vuestro marido,

(1) Así en el original. Hartz. enmendó "cuando".

soy del Rey favorecido,
que ya os llama su mujer.
Sírvole, su sueldo tiro;
no hay remedio.

REINA. (*Ap.*) ¿Qué es aquesto?
¿Un hombre me ha descompuesto?
¿Hombre me cuesta un suspiro?
¿Yo hablo en cosas de amor?
¿Yo hallé un hombre a mi gusto?
¿Que hombre me vea es justo,
sin ser del mundo el mejor?
Yo le haré rey, ¡vive el cielo!;
¡yo le igualaré a quien soy!

CARLOS. Baste.

REINA. A matarme voy;
mal estimas mi buen celo.

CARLOS. ¡Señora!...

REINA. Rosela, ven.

REY. Aguarda, señora mía,
que de mi parte os querría
hablar ahora también.

REINA. ¿Qué queréis?

REY. ¿Por qué olvidáis
a Filiberto y queréis
que guerra os haga? ¿No veis
en el engaño en que estáis?
Amadle, y palabra os doy
que en vuestra vida habéis visto
hombre más noble y bienquisto.

REINA. Mas ¿quién eres tú?

REY. El mismo soy.
Y, ¡por Dios, que si no fuera
por Carlos, que en la barquilla
volviérades a la orilla
donde mi campo os espera!

REINA. Pues, ¡por Dios, que si no fuera
por Carlos y su afición,
que os pusiera en la prisión,
donde mi gente os espera!
Vaya con Dios Vuestra Alteza,
y haga la guerra en buen hora,
que yo tengo gente agora
que guardará mi cabeza;
y despídase de ser
mi marido eternamente.

REY. ¡Señora, espera, detente!

REINA. No me puedo detener.
Con esta barca vendrás
a verme, cuando quisieres,
haciendo como quien eres,
y con tu Carlos no más;
que si intentases traición,
cuatro mil hombres esperan
una seña, [con] que hicieran
mil pedazos tu escuadrón.

(*Vanse la* REINA *y* ROSELA.)

REY. ¡Ay, Carlos! (1) ¿Qué es aques- [to?

CARLOS. Ya lo ves: la Reina es,
que porque le vi los pies,
hoy en sus manos me ha puesto.

REY. El alba se está riendo
de estos disparates, Carlos;
los pájaros, sin llamarlos,
que nos vamos van diciendo.
Llama a Guarín, y partamos.

CARLOS. ¿Guarín?

GUARÍN. ¿Moricos a mí?

CARLOS. ¡Tente!

GUARÍN. Que muy bien los vi
salir de entre aquestos ramos.

CARLOS. ¡Vuelve en ti, necio!

GUARÍN. ¡Señor!

CARLOS. Mira que el barco se acosta.

GUARÍN. ¿No era mejor una posta?

REY. La cama fuera mejor. [dado!
¡Qué bien, Guarín, me has guar-

GUARÍN. ¡Oh, qué bien que lo has oído!

REY. ¿Cómo?

GUARÍN. Mientras he dormido,
cien moros he degollado.

CARLOS. El barquero acosta el barco.
¿Vas enojado conmigo?

REY. No, Carlos, que soy tu amigo;
con mucho gusto me embarco.
Muriéndome voy de celos.

CARLOS. ¡Ay, bellísima María!

GUARÍN. ¡Ay, cama vellosa mía,
que toda la lana es pelos!

ACTO TERCERO

(*Sale* DORISTEO *y* MARCELA.)

MARCELA. ¿Que estás dudoso respondes?

DORISTEO. ¿Parécete gran rigor?

MARCELA. ¿De esa manera a mi amor
y voluntad correspondes?

DORISTEO. Marcela, ningún agravio
has de presumir de mí,
porque te respondo aquí

(1) Así en el original; Hartzenbusch enmendó, sin gran necesidad: "¿Hay tal? ¡Carlos!"

como hombre discreto y sabio.
Tú eres mujer bien nacida;
no hay casa de más nobleza
en Nápoles; tu belleza,
si no es vista, es pretendida.
Casados, es justa ley
sustentar casa que iguale
al tronco de donde sale
familia que tuvo un rey.
Alejandro ha destruído
vuestra hacienda; estás sin dote,
para que Nápoles note
de quien sol y ejemplo ha sido,
lo que a malas lenguas queda;
tú pobre y yo más, ¿no ves
que es mirarnos a los pies
para deshacer la rueda?
Bien parecerá, ¡por Dios!,
el ver una gran señora,
aun recién casada ahora,
con una doncella o dos!

MARCELA. Si me tuvieras amor
y no te hubieras mudado,
como ya me lo han contado,
tú respondieras mejor.
Los hombres presto olvidáis,
cansados de pretender,
con gustos de otra mujer,
aquello que no gozáis.
Esta será la ocasión
más que el no ver mi pobreza,
pues bastaba mi nobleza
y mi virtud y opinión
para dote a un rey del mundo,
que la virtud es tesoro
de más estima que el oro,
y yo en mi virtud le fundo.
Quien tiene amor, no repara
en lo que dirá la gente;
amor con inconveniente
sus flacas fuerzas declara.
Cuando con una doncella
me vieran, dime, en la calle,
en honesto traje y talle,
¿qué dijeran de mí y de ella?
No, a lo menos, que algún hom-
me vió galas desiguales, [bre
ni pasó de estos umbrales
menos que con este nombre.
¡Tú testigo si en tu vida
una mano me has tocado!
Dame un lienzo que te he dado,
o habrá alguno que le pida,
que una gota que va en él
de la sangre de esta mano
pudiera hacerte, ¡villano!,
noble, como el dueño de él,
y no quiero que lo seas.

DORISTEO. ¡Detente, Marcela mía!

MARCELA. Tuya no, desde este día,
que sólo hacienda deseas.
Vete con Dios de esta casa,
que ya te aborrezco.

DORISTEO. Advierte...

(*Sale* ALEJANDRO.)

ALEJ. ¿Qué hacéis los dos de esta suerte?

DORISTEO. Oye, y sabrás lo que pasa.

ALEJ. No hay qué saber. Yo te di
para responderme un día
de término, y hoy podría
decir que ha un mes.

DORISTEO. Es así.

ALEJ. Pues ¿cómo no sólo pasa
la calle tu atrevimiento,
sino que sin casamiento
entraste en aquesta casa?
¿Animóte la pobreza
a que ha venido por mí?

DORISTEO. Vine a responderte a ti,
que no a ofender su nobleza.

ALEJ. Pues ¿cómo a cabo de un mes?

DORISTEO. He tenido que pensar
que ya me quiero casar.

MARCELA. ¡No quiere, que es interés!,
y también ha de engañarte
luego que salga de aquí.

DORISTEO. Antes vengo a dar el sí
de la suya y de mi parte.

MARCELA. De la mía ya es mentira,
que yo aborrezco al villano.

ALEJ. ¿Qué te debe?

MARCELA. Ni una mano.

DORISTEO. ¡Mi bien, lo que dices mira!

MARCELA. ¿Mi bien? Ya es tarde ese bien;
hasme tratado muy mal,
y eres tú mi desigual
para igualarme también.

DORISTEO. ¡Lo que es la mujer airada!

ALEJ. ¿Sabes, Doristeo, quién es
la que fué por interés
de tu infamia despreciada?
Lo que de Francia le toca,
sangre de rey le acompaña;
por lo que tiene de España,

no pienso que tiene poca;
que de un sobrino del rey
es biznieto el padre mío.
Por mi loco desvarío
y el querer vivir sin ley,
es pobre, mas es quien es.
Y pues que no te has casado
y en esta casa has entrado,
saldrás en ajenos pies.

DORISTEO. A la defensa me obligas.

(Meten mano a las espadas.)

ALEJ. ¡Muere, infame!
DORISTEO. ¡Muerto soy!
MARCELA. ¿Qué has hecho?
ALEJ. A una iglesia voy.
MARCELA. Pues ¿qué he de hacer?
ALEJ. Que me sigas.
MARCELA. ¿Y aquel viejo padre mío,
no le prenderán también?
ALEJ. ¡Ay, Marcela! Dices bien.
Llevarle en hombros confío,
porque dirán que es culpado
y pagará por los dos.
Padre, yo entraré por vos
y no os dejaré del lado.
Si hasta aquí mi vida fué
cifra de hazañas tan feas,
hoy seré segundo Eneas
de la casa que abrasé.

(Vanse, y sale FILIBERTO, CARLOS, GUARÍN *y* SOLDADOS.)

REY. Conocida tu ascendencia,
pues tienes sangre real,
de mi campo en la presencia
hoy te he de hacer general.
CARLOS. ¡Oh, humilde y santa obediencia!
¡Beso mil veces tus pies!
REY. Deja la jineta, pues,
y denle luego un bastón.
CARLOS. Guarín, oye una razón.
GUARÍN. En alto lugar te ves.
Ya, Carlos, no seré yo
tu privanza.
CARLOS. Mi Guarín,
siempre mi amor te estimó.
GUARÍN. ¿Qué es lo que mandas, en fin?
CARLOS. Con este palo me dió
mi padre Aurelio.
GUARÍN. Es ansí.
CARLOS. Pues córtale por aquí,
y hazme del medio un bastón.
GUARÍN. ¡Válate Dios, por bordón,
lo que se sirven de ti! [cho
¿De qué huevos se habrán he-
más guisados que de un palo
de un viejo mal satisfecho,
que por un hijo tan malo
puso al bueno en tal despecho?
Ya nos sirvió de jineta,
ya es bastón de general.
CARLOS. Parte que bien interpreta
que a la mano celestial
mi obediencia ha sido aceta.
Y mostraré, pues me honra
en el oficio segundo
el que primero deshonra,
que de un palo mismo el mundo
hace la infamia y la honra.
REY. ¿Por qué no tomas bastón?
CARLOS. Ya, señor, se fué a cortar
de la jineta, en razón
de que en cualquiera lugar
piense que unos mismos son.
REY. Tu humilde pecho me obliga
a que te levante al cielo.
CARLOS. Y a mí, tu valor, que siga
del águila tuya el vuelo,
que al sol los rayos mitiga.

(Sale GUARÍN.)

GUARÍN. Este es el bastón, señor.
CARLOS. Recíbale por favor
de tu mano generosa.
REY. En la tuya belicosa
estará, Carlos, mejor.
Quedemos solos.
CAPITÁN. ¡Soldados,
retírense!
CAPITÁN 2.° Bien podrán,
por no ver tan mal pagados.
¡General a un capitán!
Mas toda la guerra es dados.

(Vase el CAPITÁN *y su gente, y quedan solos el* REY *y* CARLOS.)

REY. ¿Qué hay de la Reina?
CARLOS. Señor,
pregúntalo a tu valor.
REY. ¿Responde a tu carta?
CARLOS. Sí.

REY. ¿Y qué te dice de mí?
CARLOS. Tú lo entenderás mejor.
Toma, y lee.
REY. Pues confía,
que soy tu amigo.
CARLOS. Señor...
REY. Detente, que el cielo guía
los pasos de aqueste amor.
La firma dice "María".

(Lee.)

"Mi desasosiego crece
mientras más te voy tratando,
y es porque ya me enloquece
que esté tu Rey deseando
lo que imposible parece.
Si quieres servirme a mí,
ven público a la ciudad.
Haréte abrir." ¿Dice así?
CARLOS. Todo, señor, es verdad;
mas no que he dicho que sí .

(Torna a leer.)

REY. "Podrásme tú defender
del Rey, con la gente mía,
y yo luego podré hacer
de un soldado, un rey de Hungría,
de quien me llamen mujer."
Carlos, gran cosa te ofrece
la fuerza de tu fortuna.
CARLOS. Señor, a mí me parece
que en tu sol mi humilde luna,
con la luz que le da, crece.
Y paréceme también
que aunque mil reinos me den
no dejaré tu servicio.
REY. Es de tu nobleza indicio.
¿Quieres a la Reina bien?
CARLOS. Señor, llegado a pensar
que no sabiendo quién era,
la di en el alma lugar,
aquel amor persevera,
que no me puede culpar.
Pero después que entendí
que era la Reina, no creas
que a tu ofensa me atreví.
REY. Carlos, yo quiero que seas
hoy juez de ella y de mí.
CARLOS. ¿Cómo, señor?
REY. Oye atento:
si porque viste sus pies
intenta tu casamiento
la que a un rey y a muchos es
como dura roca al viento,
porque así piensa que muda
de su vergüenza la duda,
¿parécete a ti que es bien
que me case yo con quien
fué vista de otro desnuda?
CARLOS. Señor, si te importa tanto
Hungría y su Reina bella,
diré, aunque te cause espanto,
lo que siento de ti y de ella.
Perdona si me adelanto.
Ella es honesta señora;
si la ha visto el rojo Apolo
en cuantos círculos dora
y tú en la nobleza sólo,
desde el ocaso al aurora,
razón será que os juntéis;
que si el haberla mirado,
como ya los dos sabéis,
a los dos causa cuidado,
fácil remedio tenéis.
REY. Pues ¿hay remedio?
CARLOS. Matarme;
que yo te ofrezco esta vida,
sólo por desobligarme
de la merced recibida
con que has intentado honrarme.
Que, muerto yo, bien podrá
casar la Reina contigo
y tú con ella, pues ya
no vive aquel enemigo
que tanta vergüenza da.
Y no tienes que pensar
si es injusto o no es injusto,
pues queriéndote obligar
fuí a quitarte el mayor gusto
y a hacerte el mayor pesar.
REY. Carlos, pues no soy contigo
Alejandro, ni tú Apeles,
no lo seas tú conmigo,
mas da al amor los pinceles
por que pinte un gran amigo.
Aunque juzgaste y creíste
lo que por ti presumiste
de un rey poderoso y mozo,
pues no te doy lo que gozo,
no me des tú lo que viste.
Antes, pues yo he comenzado
a ponerte en el lugar
que esta ventura te ha dado,
desde aquí me quiero honrar
de haberte, Carlos, honrado.
Matarte no es cosa igual

ni a mi nombre ni a mi ley;
honrarte es cosa real;
que más es hacer un rey
que matar a un general.
  Vete en buen hora y corona
tus sienes de ese laurel,
pues mi voluntad te abona;
que, para ponerte en él,
le quito de mi persona.

CARLOS. ¡Oh, Alejandro sin segundo!
La tierra es bien que me des
de esos pies, que en razón fundo
que es el mundo, si tus pies
merecen pisar el mundo.
  La fama en su anfiteatro
del último Tile a Batro
y de Poniente a Levante,
diga, ensalce, escriba y cante
ese nombre que idolatro.
  Si te parece mejor,
tomaré tan alto estado;
que el poder de más valor
es el hacer de un criado
un absoluto señor.
  Pero la traza has de darme;
que sin tu gusto no hay cosa
que pueda en el mundo honrarme.

REY. Vete, y di a la Reina hermosa
que determinas dejarme.
  Ordena su campo y gente,
pon casa a tu honor decente,
y acabado de trazar
me has de enviar a llamar
por criado o por pariente;
  porque a la Reina dirás
que aquí tienes tus criados,
y llevaré algunos más,
que juntos y disfrazados
en tu servicio tendrás.
  Y si amor tanto la apremia
que con casarte le premia,
haré paces con María,
y dejándote en Hungría
daré la vuelta a Bohemia.

CARLOS. Yo parto, y te avisaré.

REY. Dios te encamine.

CARLOS. Y te dé
la vida que te deseo.

REY. ¡Buen Carlos!

CARLOS. Si rey me veo,
yo vendré a besarte el pie.

(Vase CARLOS.)

REY.

No sé quién ama donde no es querido,
siendo todo el amor un instrumento
que, destemplado su divino acento,
disuena a la razón, como al oído.
  ¿Qué consonancia harán amor y olvido,
la fuerza y el desdén, si el fundamento
de amor es un igual consentimiento
de las dos voluntades admitido?
  Ya no quiero querer lo que solía:
ni de amor las tormentas, ni las calmas;
hoy toma puerto la esperanza mía.
  Quien no ha vencido no pretenda palmas,
que consiste de amor el armonía
en la correspondencia de las almas.

(Sale un CAPITÁN, *que trae preso a* ALEJANDRO.)

ALEJ. Con menos fuerza podéis
llevarme.

CAPITÁN. Para un ladrón
no hay respeto.

ALEJ. No hay razón
para que así me tratéis.

REY. ¡Hola! ¿Qué es esto?

CAPITÁN. Aquí está
Su Majestad. Gran Señor,
este traidor.

ALEJ. No es traidor,
aunque desdichado es ya;
  y en la presencia de un Rey,
tratadme bien, Capitán,
que todos los que aquí están
saben que es injusta ley.

REY. Quedo, ¿dónde le lleváis?

CAPITÁN. A ahorcarle.

REY. ¿Eres soldado?

ALEJ. No, señor, que hoy he llegado
a este arrabal donde estáis.

REY. ¿Qué ha hecho?

CAPITÁN. Un hombre mató.

REY. ¿Por qué?

ALEJ. Yo te lo diré.

REY. Habla.

ALEJ. A este campo llegué
hoy, cuando el alba salió,
  con un viejo, padre mío,
y una hermana.

REY. ¿Dónde vas?

ALEJ. Buscando un hombre no más,
que en tu campo hallar confío.
  Desde Nápoles salí.
Llegóse cierto soldado

a esta mujer; mal criado,
cuanto en mi vida le vi;
  pues sin respetar un viejo
cuyas canas y valor
pudieran servir, señor,
a tu Supremo Consejo,
  y un mozo, que aunque yo soy,
como muchos que aquí están
pudiera ser capitán,
esta palabra te doy,
  y una dama que, en honesta
y aun en hermosa podría,
junto a la Reina de Hungría,
parecer noble y compuesta,
  dió en que había de llevalla
adonde gusto le diese.
Si es bien que la defendiese
o consintiese gozalla
  dilo tú, pues eres Rey,
y Dios te puso en lugar
que a todos has de juzgar
con igual derecho y ley.

REY. Soltadle, y dadle su espada.

ALEJ. ¡Eres Rey!

REY. Traed la mujer
y el viejo. ¿A quién vas a ver
con tan áspera jornada?

ALEJ. Ya te dije que a un hermano.

REY. ¿Sírveme aquí?

ALEJ. Sí, señor.

REY. ¿Es hombre de algún valor?

ALEJ. Tú sabrás el de su mano;
  que el de su sangre, yo sé
que no habrá, después de ti,
un hombre tan noble aquí.

REY. Yo me huelgo que aquí esté.

(Sale MARCELA, AURELIO, *el* CAPITÁN *y gente.)*

CAPITÁN. Besad los pies a su Alteza.

AURELIO. Dad a este viejo, señor,
los pies; será su valor
corona de mi cabeza.

MARCELA. Si estáis mejor informado,
glorioso Alejandro nuevo,
invicto César mancebo,
de las prendas de mi estado;
  de la sinrazón y agravio
de un hombre, y la obligación
de un noble, pues cosas son
tan dignas de un Rey tan sabio;
  si en vos la benignidad
como el valor resplandece,
y un peregrino merece
de vuestras manos piedad,
  dadme a mi hermano, pues es
la culpa de aquel soldado;
no por mí, por este honrado
viejo que llora a esos pies.
  Anticiparéis su muerte
si a su hijo se la dais,
y a mí en los dos me quitáis
lo que mi estado os advierte.
  Y si el morir es forzoso,
matadme, señor, a mí,
que es el verme sola aquí
tormento más riguroso.
  Que si un padre y un discreto
hermano guarda no fué,
cuando sin ellos esté,
¿cómo me tendrán respeto?

REY. Señora, cuando no hubiera
de vuestra parte razón,
vuestra honesta información
en vez de razón sirviera.
  Yo entiendo la que tenéis,
y así, le di libertad
conociendo la verdad
antes que vos la informéis.
  Muy discreto fué el soldado,
no en lo que quiso intentar;
pero en dejarse matar
de un hidalgo tan honrado,
  pues con eso lo quedó;
y si viviera, era cierto
el ser con infamia muerto,
por la maldad que intentó.
  Dícenme que habéis venido
aquí a buscar a un hermano,
que por lo que en esto gano
le estoy muy agradecido.
  Y entre tanto que le halláis,
tendréis, como de soldado,
un alojamiento honrado
en el campo donde estáis.
  Huéspeda mía seréis.

(Levántanse.)

MARCELA. Mi padre, señor, podrá
responder, pues aquí está,
a la merced que me hacéis.

AURELIO. Cuando no hubiera vivido
más que para ver, señor,
un Rey de tanto valor,
dichosa mi vida ha sido.
  Caballero noble soy;

trabajos me han puesto ansí,
desde que un hijo perdí,
por quien donde veis estoy.
Mas no que merezca ser
huésped de un Rey, ni aun criado;
sólo os doy este soldado,
que no tengo qué ofrecer
para reconocimiento
de esta merced otra cosa,
y porque en mi edad briosa
tuve algún conocimiento
de las armas que seguí
con Carlos, delfín de Francia,
si aquí os fuere de importancia
podréis serviros de mí,
que estas canas respetadas
os allanarán la tierra;
porque un gobierno en la guerra
vale más que mil espadas.

ALEJ. Lo que mi padre ha ofrecido
es cuanto os podemos dar.

REY. No me han dejado lugar
de mostrarme agradecido.

ALEJ. Id a Hungría conquistando,
que la iréis toda rindiendo
con este mancebo hiriendo
y este viejo gobernando.

REY. De todos contento estoy.
Venid conmigo.

MARCELA. Hoy el cielo
ha dado a mi mal consuelo.

AURELIO. Señor, vuestra hechura soy.

REY. ¡Por cuán extraño camino
me ha robado el corazón
la extremada perfección
de este rostro peregrino!
En mi vida mujer vi
que obligase a mi respeto
ni hiciese mayor efeto
que se ha conocido en mí.
Humillé la majestad,
porque como la hermosura
su mismo hacedor figura,
obliga y fuerza a humildad.
Por esta vez dejo a Hungría;
que esta rara perfección
viene a famosa ocasión
para olvidar a María.

(Vanse y sale la REINA *y* ROSELA.*)*

ROSELA.

¿Si habrá mudado intento?

REINA.

Yo sospecho
que la amistad del Rey le habrá mudado.

ROSELA.

Siendo el amor que te mostró tan grande,
paréceme imposible que le mude
en espacio tan breve, por lo menos.

REINA.

Según es Carlos, aunque humilde en prendas,
en pensamientos de lealtad altivo,
aunque se muera del amor que tiene,
y aunque se pierda con perder mi Estado,
respetará la fe de Filiberto.

ROSELA.

Bien le desvía el Rey con obligarle.

REINA.

¿Qué cargo tiene?

ROSELA.

General le ha hecho.

(Sale el SECRETARIO.*)*

SECRETARIO.

Carlos está, señora, sobre el puente.
¿Mandas echarlo, o que se vuelva Carlos?

REINA.

Mando que Carlos entre muchas veces.

SECRETARIO.

Entre, señora, muchas veces Carlos.

(Vase.)

REINA.

¿Qué te parece?

ROSELA.

Que, pues viene público,
habrá dejado al Rey, y será cuerdo;
porque un reino es mejor, cierto y seguro
que un gobierno de un campo sospechoso.

SECRETARIO.

Ya Carlos está aquí.

REINA.

Salíos afuera.

(*Sale* CARLOS *y* GUARÍN.)

CARLOS.

Dame tus pies.

REINA.

Si no te doy mis brazos,
es porque temo, Carlos, que has venido
a disculparte y no a aceptar mi oferta.

CARLOS.

Engáñate, señora, el pensamiento.
Del Rey vengo, señora, despedido.
Ya dejé su bastón, y su gobierno
dió al conde Anselmo, y a servirte, es justo
que no es nuevo en la guerra ganar sueldo
de diferente rey, con su licencia,
del que servido fué por algún tiempo.

REINA.

¿Y serásme leal?

CARLOS.

Amor lo diga.

REINA.

¿Ya no me habláis, Guarín?

GUARÍN.

Soy muy discreto,
y sé las leyes de la cortesía.
Dame esos pies, y sabe, invicta Reina,
que cuatro cosas a silencio obligan:
la Iglesia, la presencia de los reyes,
cuando hablan los mayores y los sabios
y cuando dos amantes se requiebran.

REINA.

Pues ¡cuáles son aquí los dos amantes?

GUARÍN.

Carlos.

REINA.

¿Y quién?

GUARÍN.

Dos deditos de licencia.

REINA.

Yo te la doy, con que de mí no digas.

GUARÍN.

Pues mal se hará la boda sin la novia,
despidamos al cura y convidados.
Mas ¿no sabes que cuentan de los indios
que, para no cansar a sus caballos,
caballeros en ellos, a sus casas
llevan la leña encima de sus hombros?
Si vas sobre tu fama, ¿de qué sirve
llevar de amor la leña en la cabeza?
¿No ves que es fuerza lastimar tu fama,
pues así como así llevas la leña?

REINA.

¿Luego yo quiero a Carlos?

GUARÍN.

Un poquito.
Y ¡vive Dios!, que aciertas, gran señora,
porque donde es casamentero el cielo
jamás se ha errado casamiento alguno.
Pastor era Galerio y Viriaro,
y fueron grandes reyes y monarcas.
Carlos es caballero, descendiente
de la Casa Aragón y la de Francia;
él te viene a servir; pero advirtiendo
que amor suele también ser carnicero,
merced tienes de hacerme, como Reina,
porque soy de esta pierna el contrapeso.

REINA.

Pues ¿qué pretendes tú?

GUARÍN.

Yo te confieso
que no soy bueno para cosas graves;
porque si acaso fuese presidente
de tu Real Consejo, y por la calle
viese pasar un tamboril y flauta
tocando, acaso, un sonecillo alegre,
¡vive Dios!, que saltase de la silla
o hiciese con los pies el toqueado.
Empléame en oficio conveniente.

REINA.

Guarín, yo quiero darte mis leones.
Mi leonera tendrás.

GUARÍN.

¿Cuántos son?

REINA.

Siete.

GUARÍN.

Si yo hubiera quitado a Vuestra Alteza
del heroico lugar que tiene agora
o muértole a traición su mismo padre,

no me podía echar más a galeras.
¡Qué cosa, para mí siete leones,
que me suelo espantar de dos mosquitos!
¡Oh, bellísimo oficio! Por ¡mi vida!
¿pensaste acaso que era yo profeta?

ROSELA.

Vuelve, Guarín, que burla mi señora.

GUARÍN.

¿Que burla? Linda cosa si me hiciera
sobrestante mayor de sus cocinas,
o que guardara yo siete bodegas;
pero ¿siete leones?

REINA.

En fin, Carlos,
¿ya vienes a servirme?

CARLOS.

Aquí me tienes.

REINA.

¿Defenderásme del cruel bohemio?

CARLOS.

Tú lo verás; mas sólo te suplico
que licencia me des para que traiga
la casa que en el campo me servía.

REINA.

Yo gusto que te sirvan tus criados.
Parte, Guarín, y sus criados vengan.

CARLOS.

Guarín, ya sabes lo que está tratado.

GUARÍN.

Déjame hacer. Pero, por Dios, te ruego
que temples de la Reina el pensamiento;
porque siete leones no se pueden
entregar a un cristiano temeroso
de Dios y de las gentes.

CARLOS.

Ten cuidado,
que has de contar al Rey lo que ha pasado.

(Vase GUARÍN.)

REINA. Carlos, notable alegría
me da el verte.
CARLOS. Pues en mí,
¿cuál será, viéndome aquí,
la que siente el alma mía?
REINA. Creo que he de aventurarme
a hacerte dueño de todo.
CARLOS. Si el amor te ha dado el modo,
bien puede amor levantarme.
REINA. Hoy has de comer conmigo
en público, y te ha ver
mi gente, aunque venga a ser
más envidia en mi enemigo;
y al fin de aquesta comida
te he de poner el laurel
de mis reinos, y con él...
CARLOS. Dilo, ansí Dios te dé vida
que alcance a ver en tus brazos
tus biznietos.
REINA. He de ser,
con mil firmas, tu mujer,
y quizá serán abrazos.
CARLOS. Abra el alma tus mercedes
tal puerta en su mismo centro,
que ellas y tú quepáis dentro,
aunque en el mundo no puedes.
Hagan fiestas mis oídos,
como aquel día los ojos,
que mirando tus despojos
fueron ellos los rendidos.
REINA. Querido Carlos, no es
tiempo de hacerme colores,
porque me saldrán mayores
si me tratas por los pies.
CARLOS. A lo menos, decir puedo
que por los pies os así,
porque no os fuistes de mí,
y, en fin, si con vos me quedo.
El juego de tal ventura
brújula del alma es,
el conocer por los pies
de una Reina la figura.
Jugando en tal alto puesto
bien sé que puedo envidiar,
pues esos pies me han de dar
la mano, y con ella el resto.
De pies nació mi ventura
para que diga después
que los que nacen de pies
la suelen tener segura.
REINA. Ven. Trataremos los dos
que mi reino te reciba.
CARLOS. ¡Vivas mil años!
REINA. Y viva
mi Carlos.
CARLOS. ¡Guárdete Dios!

(Vanse y salen MARCELA *y* FILIBERTO.)

REY. No te mueva admiración
una cosa tan posible.
MARCELA. ¿Por qué no, si no es razón?
REY. Amor no tiene imposible,
y es regla sin excepción.
MARCELA. Una persona real
ame su igual.
REY. ¿No es igual
a aquello que obliga amor?
MARCELA. Yo no os merezco, señor,
aunque es regla general,
que bien sé, que un rey también
a querer está sujeto.
REY. ¿Eso es desdén?
MARCELA. No es desdén,
que a ser mi igual, os prometo
que os quisiera yo muy bien.
Pero creed que he tenido
por blasón, y justo ha sido,
que no me ha de tocar hombre
la mano si no es con nombre.
REY. ¿De marido?
MARCELA. De marido.
REY. ¿Y ya no podría ser
hacerte yo mi mujer?
MARCELA. Soy muy indigna de vos,
aunque sé que Amor es Dios,
y que es mayor su poder.

(Sale GUARÍN.)

GUARÍN. ¿Puédote hablar?
REY. Bien podrás.
GUARÍN. Por ti vengo, cuando menos,
y no hay en el mundo más.
REY. Como eso pueden los buenos.
GUARÍN. ¿Con dama, señor, estás?
REY. ¿No es hermosa?
GUARÍN. A verla voy.
¿Qué es esto que viendo estoy?
REY. ¿De qué te admiras?
GUARÍN. No sé;
mas después te lo diré.
(O no es ella, o yo no soy.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es es-
¡Marcela, y en este puesto! [to?
Mas quiero disimular.)
REY. ¿Y cómo tengo de entrar?
GUARÍN. Señor, con vestido honesto,
y con algunos soldados,
que se han de llamar criados
de Carlos.
REY. ¡Notable empresa!
GUARÍN. Y servirle hoy a la mesa,
que es día de convidados.
REY. ¿Cómo?
GUARÍN. La Reina ha querido
que coma Carlos con ella.
REY. Favor de marido ha sido.
GUARÍN. Pienso que la Reina bella
le quiere hacer su marido.
REY. Vete, y di que parto luego.
GUARÍN. Yo debo de venir ciego:
Marcela se me antojó.

(Vase.)

REY. Parece que el veros dió
este hombre desasosiego.
MARCELA. Turbada estoy.
REY. Yo he de hacer
a la ciudad un camino,
y disfrazado ha de ser,
que son bodas, imagino,
que es el disfraz menester.
Vos, vuestro padre y hermano
conmigo habéis de venir.
MARCELA. Con ellos será muy llano.
REY. Los cuatro hemos de servir
a cierto napolitano
que es gran privado y amigo.
MARCELA. Pues yo los voy a llamar.

(Vase MARCELA.)

REY. Amor, tus banderas sigo,
que yo no voy a pelear
contra ti, sino conmigo.

(Vase el REY, *y salen la* REINA, [ROSELA] *y el* SECRETARIO.)

REINA. De la suerte que he trazado
la comida se ha de dar.
SECRETAR. No puede a nadie faltar
ni voluntad ni cuidado.
De todo serás servida.
REINA. Esté, como digo, junto,
y lo que es mi guardia a punto,
bien armada y prevenida.

(Sale ROSELA.)

ROSELA. Los músicos he llamado
por si quisieres danzar.
REINA. Podrán con la mesa entrar

en viniendo el convidado.
¿Cómo toma ya la gente,
Rosela, mi pretensión?

ROSELA. Armado está el escuadrón,
y de tu palacio enfrente;
tu guarda, en torno ha de estar
de la mesa; yo no creo
que, aunque hubiese mal deseo,
lo que pueda nadie mostrar.

(Sale CARLOS.*)*

SECRETAR. Carlos está aquí.

CARLOS. ¿No es hora
de venir el convidado?

REINA. Yo pienso que habéis tardado.

CARLOS. Antes no tardo, señora;
que se me ha puesto en la fren- [te
que lo que tardo eso vivo,
viendo un escuadrón altivo,
de tanta lucida gente,
en la plaza de Palacio.
Y si es que vengo a morir,
no me parece venir
a priesa, sino despacio.

REINA. Carlos, para darte muerte
bastaba un hombre.

CARLOS. Es así.

REINA. Que los muchos que hay aquí
vienen para defenderte;
que aunque todos son amigos,
la envidia de tu ventura
en la tierra más segura
puede engendrar enemigos.
Dénnos luego de comer;
la mesa junta sacad.

(Saquen la mesa y platos cubiertos, en que vengan retratadas algunas ciudades, y en otro plato, una corona de laurel y un cetro.)

CARLOS. Espere tu Majestad:
pues merced me quiere hacer,
que me sirvan mis criados.

SECRETAR. Cuatro o cinco están aquí.

REINA. Que entren a servir les di.

(Sale el REY, AURELIO, ALEJANDRO, MARCELA *y* GUARÍN.*)*

REY. Entrad en cuerpo, soldados,
y, por cosas que veáis,
no habléis palabra.

GUARÍN. ¡Señor!

CARLOS. ¿Qué quieres?

GUARÍN. Hazme favor
de oírme.

REY. ¿Qué os admiráis?

ALEJ. Callaremos, pues tú quieres
que callemos.

REY. No se excusa.

REINA. Y ¿en vuestra tierra se usa
servir también las mujeres?

CARLOS. ¿Qué me dices?

GUARÍN. Que aquí están
tu padre y tus dos hermanos.

CARLOS. ¡Ya los cielos soberanos
venganza en esto me dan!
Disimula.

GUARÍN. ¡Que me place!

CARLOS. ¡Hola! Aguamanos me dad;
presto, esa fuente tomad.

ALEJ. ¡El cielo estas cosas hace!
Aquí está, señor, la fuente.

(Tome ALEJANDRO *la fuente y llegue de rodillas.)*

CARLOS. Echa, aunque fuera mejor
que se lavara el traidor
y la diera el inocente.

REINA. ¡Qué maestresala tan viejo!

ROSELA. También será allá costumbre.

AURELIO. ¡Que vea en tan alta cumbre
mi no conocido espejo!

ALEJ. ¿Quieres más agua?

CARLOS. Echa más;
aunque más discreto fueras
si de los ojos la dieras
que de donde me la das.
Dad acá el paño, buen viejo.

AURELIO. Bueno solía yo ser;
pero víneme a perder,
gran señor, por mal consejo.

CARLOS. No me llames gran señor,
aunque el dolor te lo mande;
porque cuando soy más grande,
para ti soy el menor.
Si cuando tú me ofendiste,
del suelo te levanté,
¿en qué lugar te pondré
ahora que me serviste?

AURELIO. El paño te doy, señor,
que para mis ojos fuera
mejor, si enjugar pudiera,
no el llanto, sino el dolor.
Todos estamos aquí;
a todos nos trujo a verte
el cielo, en tan alta suerte.

*(*MARCELA *llega a coger las toallas con dos platos trincheros.)*

CARLOS. ¿Tú me sirves?
MARCELA. Señor, sí;
que pues yo fuí la ocasión
del mal que vino después,
que te sirva justo es.
CARLOS. ¿Comeremos?
REINA. Ya es razón.
CARLOS. ¿Qué se ha hecho Doristeo?
MARCELA. Matóle Alejandro.
CARLOS. ¡Bien!
MARCELA. Esa es causa también
de venir donde te veo.
REINA. Siéntate.
CARLOS. Ya estoy sentado,
y con harto sentimiento.
¿Qué es, gran señora, tu intento,
que de guardas me has cercado?
REINA. Aseguran tu persona,
hoy que comes con la mía.
CARLOS. ¿Qué he de comer?
REINA. ¿Qué? De Hungría
el laurel que hoy te corona.
En estos platos están
las ciudades retratadas
de que eres rey.
CARLOS. ¡Qué extremadas,
qué buen provecho me harán!
REINA. Este es, Carlos, el laurel,
y éste el cetro, que quisiera
que fuera del mundo.
CARLOS. Espera,
antes que me honres con él.
¡Guarín!
GUARÍN. Señor.
CARLOS. Del bastón
de general que te di,
corta un cetro.
GUARÍN. Harélo ansí.
REINA. Del bastón, ¿por qué razón?
CARLOS. Sabed los que estáis presentes
que este laurel, cetro y silla
me dió el cielo, que hoy ordena
premiar la obediencia mía.
Mi padre, que es aquel viejo,
porque tuve cierta riña
con Marcela, que es mi hermana,
me dió de palos un día.
Es mi hermana, la que veis,
de sangre tan clara y limpia,
que con lo mejor de Francia
es de Aragón y Castilla.
Cayó mi padre en el suelo,
la edad del tiempo vencida;
levantéle humildemente,
que es lo más que al cielo obliga;
besé el bordón, y en sus manos
le puse; mas, encendida
la fría sangre, desterróme
de su casa al mismo día;
pero, como muchos padres,
a quien amor desatina,
el hijo vicioso adoran
y al que los honra castigan.
Hurté el bordón, y salí
de Nápoles, con la mira
puesta en la guerra, que al hombre
levanta a mayor estima;
sólo llevando a Guarín,
porque servido me había
desde niño; ya lo veis,
que es Guarín la lealtad misma.
Sirviendo al Rey de Bohemia
(perdóneme que lo diga,
señor, Vuestra Majestad,
que el tiempo me necesita,
y me obliga su grandeza
a que mientras tenga vida
ensalce su nombre heroico,
que al cielo en grandeza imita,
porque como el hombre hace
y de la tierra los cría,
Vuestra Majestad, señor,
de muertos los resucita).
Servíle, y por galardón
de una hazaña bien sucinta
una jineta me dió
y una hermosa compañía.
Yo puse entonces el hierro
en aquella vara misma
con que mi padre me dió,
por más obediencia mía.
Después, para que pudiese
seguir la hermosa conquista
de la Reina, mi señora,
y con persona más digna,
a general me levanta.
Yo, del palo que servía
de jineta, hice el bastón,
por más obediencia mía.
Y este día venturoso
que nuestra Reina divina
me pone en tan alto estado
y el cetro a mi mano aplica,
del mismo bastón le hago,
por que el mismo palo sirva
de bastón, jineta y cetro

y más obediencia mía.
Y tú, mi hermano Alejandro,
causa de tantas desdichas
de mi padre y de mi hermana,
vuelve a tu nobleza antigua.
Veis aquí todos mis brazos.

AURELIO. Hijo, de las culpas mías
piden perdón estas canas.

REINA. Grave historia.

ROSELA. Peregrina.

REY. Hermosa Reina, yo soy
Filiberto.

REINA. Si tenía
guerra contigo y desdén,
hoy a justo amor me inclinas
por lo que has hecho con Carlos.

REY. Por ti, conmigo confirma
Carlos inviolables paces,
porque Marcela me obliga
a ser su esposo.

CARLOS. Señor,
el laurel que tengo, pisa.
Prometí besarte el pie.
Cumplirlo quiero.

REY. Desvía
para que Marcela llegue.

MARCELA. Yo soy de tu mano indigna.

CARLOS. Manda, señora, a Rosela
que a mi Alejandro reciba
por marido.

REINA. Ella es dichosa.
Dadle vuestra mano, prima.

GUARÍN. Eso sí. Cargar, cargar;
ándese entre ellos la jira,
y tire el pobre Guarín.
Todos de Guarín se olvidan.
Allá los siete leones
me darán su compañía.
Despedazarán mis carnes,
en mí vengarán sus iras.
Holgaránse algunas viejas;
lloraránme algunas niñas.

(Hace que se va.)

CARLOS. ¡Tente, Guarín! ¿Dónde vas?

GUARÍN. A la leonera me iba.

CARLOS. Diez mil ducados te doy
y una famosa alcaidía.

GUARÍN. ¿Por una vez, o de renta?

CARLOS. De renta.

REY. Y yo, treinta villas.

GUARÍN. Entróme treinta con rey,
gané diez mil, ¡brava dicha!

ALEJ. Aquí, senado, se acaba
(todos a sus padres sirvan)
La obediencia laureada
y el primer Carlos de Hungría.

FIN DE LA COMEDIA DE LA OBEDIENCIA LAUREADA
Y EL PRIMER CARLOS DE HUNGRÍA

LOS PELIGROS DE LA AUSENCIA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS DEL PRIMER ACTO:

Don Pedro.	Leonor, *esclava.*
Don Bernardo.	Ramiro, *criado.*
Don Félix.	Martín.
Don Sancho.	Alberto.
Doña Blanca.	Liseno.
Doña Inés.	

(*Salen* Don Pedro *y* Martín.)

Pedro. Qué, ¿la viste desa suerte?
Martín. Y de tal suerte la vi,
que a la vida aplausos di
y sátiras a la muerte.
Ella es la cosa más fuerte,
pues a vencer se aventura
la hermosura que procura
todas las cosas vencer;
gran muestra de su poder,
poder vencer la hermosura.
Pedro. Cuanto no fuere inmortal
está a la muerte sujeto.
Martín. ¡Qué necísimo conceto!
Pedro. ¿Qué dices?
Martín. Que es natural:
desde el hombre al animal,
morirá cuanto nació,
cuanto tiene vida.
Pedro. Y yo,
puesto que inmortal naciera,
por doña Blanca muriera.
Martín. ¿Luego no estás vivo?
Pedro. No.
Martín. Huiré de ti, si es así.
Pedro. No huyas, porque si estoy
muerto, lo que es Blanca soy;
porque Blanca vive en mí.
En fin, ¿tú la viste?
Martín. Vi
un cielo todo sereno,
un jardín de flores lleno,
donde la naturaleza,
en un vaso de belleza,
disfrazó dulce veneno.
Cuando con risa sutil
movió la voz celestial,
por un cielo de coral
vi una sierra de marfil.
Allí un alma, y aun dos mil,
se dejaran aserrar.
Pedro. ¡Qué bien la sabes pintar,
pues me parece que veo
entre su nieve el deseo,
si le dejaran llegar!
Mas ¿qué te dijo de mí?
Martín. No pudo hablarme, y habló
la risa en lengua que yo
cuanto me dijo entendí.
Luego, y no muy lejos, vi
a don Bernardo, su amante,
tan galán como ignorante.
Pedro. ¿Hízole favor?
Martín. Cerró
la reja tu amor, y vió
su desprecio en su semblante.
Pedro. ¡Ay, Martín! El ¿no porfía?,
pues en algo se ha fundado.
Martín. Ingratamente has pagado
la risa que te decía.
Pedro. ¡Ay, loca esperanza mía!
Martín. Si temes, ¿por qué no intentas
casarte?
Pedro. Cuanto me alientas
con sus favores, sus celos
me desmayan.
Martín. Con recelos
viles su firmeza afrentas.
Pedro. Si a don Sancho se la pido,
¿no me la podrá negar?
Martín. La bendición te ha de hurtar,
si tardas, este atrevido.
Mira que el mejor partido
es prevenir el suceso.

PEDRO. Si él se la pide, confieso
que don Sancho estime en más
a don Bernardo.
MARTÍN. Y ¿qué harás
entonces?
PEDRO. Perder el seso.

(Entre LEONOR, *esclava, con manto y sombrerillo sevillano, y por otra parte,* RAMIRO, *criado, cada uno con su papel.)*

LEONOR. ¿El seor don Pedro está aquí?
RAMIRO. ¿Está en casa el Veinticuatro?
MARTÍN. ¿No le ves, Leonor? Ramiro,
llegad, que aquí está mi amo.
LEONOR. Dios guarde tan lindo talle,
Veinticuatro, el más gallardo
que vió la insigne Sevilla
en su cabildo en mil años.
PEDRO. ¡Oh, morena de los cielos,
en cuyo color mezclaron
su ocaso oscuro Etiopía
y España su oriente claro!
¡Bien haya cuarenta veces
el buen gusto de aquel blanco
que se pagó de tu madre,
que por el que tiene vario
fué hermosa naturaleza!
LEONOR. Bien dices, porque jugaron
mis padres al ajedrez.
PEDRO. Hanme dicho que don Sancho
te quiere como a su vida.
LEONOR. Dice que soy su regalo.
PEDRO. Eres linda conservera.
¡Bien hayan, Leonor, tus manos!
Muestra, besártelas quiero.
LEONOR. Algo has visto.
MARTÍN. Con recato,
que aguarda Ramiro allí,
criado de don Bernardo.
LEONOR. Este papel te traía
del ángel que adoras tanto;
quisiera hablarte, y no puedo,
que está aquel hombre mirando.
PEDRO. Muestra, morena divina,
muestra.
MARTÍN. No vendrá muy blanco,
si ha rato que le traía.
LEONOR. ¿Qué le parece al lacayo?
MARTÍN. Yo, porque guisas lo digo.
LEONOR. Si guiso, también me lavo.
MARTÍN. Y más que escribir se puede
con el agua de tus manos.
LEONOR. Oiga el señor estornudo.
MARTÍN. Antes de hacerlo me guardo
porque no te corras, perla,
con dos erres.
LEONOR. ¡Si me abajo
por la chinela!
MARTÍN. ¡Detente!
PEDRO. ¡Basta, necio!
MARTÍN. Angel tiznado,
mi amo dice que basta.
PEDRO. Sol, eclipsados los rayos,
toma este bolsillo, y vete,
que me espera aquel criado.
Con Martín responderé.
LEONOR. ¡Vivas, don Pedro, más años
que en una ciudad pequeña
la enemistad de dos bandos
y el pícaro por el agua
de la mar!
MARTÍN. Quedo y reparo.
LEONOR. Tome.
MARTÍN. Bofetón con guante
de ámbar es favor, no agravio.
PEDRO. ¿Qué manda vuesa merced?
RAMIRO. De mi señor don Bernardo
es este papel.
PEDRO. Veréle,
que agora estoy ocupado,
y responderé después.
RAMIRO. ¡Guárdeos Dios!
PEDRO. Solos quedamos,
y cargados de papeles.
Martín, tu consejo aguardo.
¿Cuál dellos leeré primero?
MARTÍN. Barajémoslos entrambos.
Mas lee el de doña Blanca,
porque el de ese necio honrado,
si viene con pesadumbre,
no te agüe el gusto.
PEDRO. Es engaño;
mejor es leer el suyo,
porque después, si hay enfado,
doña Blanca me le quite.
MARTÍN. Bien dices.
PEDRO. La nema rasgo.

(Lee:)

"Desconfiado de mi corto merecimiento, no he querido aventurar mis esperanzas a los favores de doña Blanca, en competencia de quien tiene tantos, sino la vida a mis recelos y disgustos, y, por excusar los que me da v. m., le suplico sea servido de venir esta tarde al cam-

po de Tablada, donde me hallará esperándole sin más armas que la espada y la capa."

¡Extraño papel!

MARTÍN. Extraño.

PEDRO. Bien hice en verle primero,
pues en el de Blanca espero
dulce remedio a su daño.

(Lee:)

"Licencia me ha dado mi padre para ír esta tarde a Triana, por ser viernes del Espíritu Santo. Hasta el río llegaré en un coche con doña Inés, mi prima. Podréis, señor mío, entrar al descuido en el mismo barco, donde podré hablaros, y, ¡ay, Dios!, si fuera tan ancho Guadalquivir que nunca llegáramos a Triana."

MARTÍN. ¿Qué sientes?

PEDRO. ¡Estoy sin mí!

MARTÍN. ¡Qué bien hiciste en guardar
tal placer a tal pesar!

PEDRO. ¡Qué confusión!

MARTÍN. ¿Cómo ansí?

PEDRO. Por una parte el honor
al desafío me llama,
y por otra, de mi dama
me está llamando el amor.
¿Qué haré? Mas ¿qué puedo hacer?
Pues ¿he de perder mi gusto?
El honor dice que es justo,
y amor, que no puede ser.
Pierdo en aquesta ocasión,
Martín, la que me ofrecía
mi buena dicha este día.
Por otra parte, es razón
dar al honor su lugar.
Pero ¿cuándo le tendré,
si ha de presumir que fué
desprecio el no la buscar?
Voy al río, que a este necio
bastará enviarle un recado
de que hoy estoy ocupado
y que su papel desprecio,
y que mañana saldré...
pero ocasión le daría
a pensar que es cobardía
lo que amor de Blanca fué.
¿Qué decís, honor? Dirá
que es justo. Dejadme, amor,
que está en el campo el honor.
Dejadme, que parto ya.
Pero si vengo a perder
esta ocasión, honor mío,
por un necio desafío,
después, ¿qué habemos de hacer?
Voy a Triana, Martín;
pero no, que está empeñada
toda mi honra en Tablada
y soy caballero, en fin.
¡Ah, qué cruel confusión:
que adore yo una mujer
que esta tarde puedo ver,
y que pierda la ocasión!
¡Que me hallase este hombre aquí!
¡No hubiera después llegado!
Rompo el papel. De turbado
el de mi Blanca rompí.
Vengaréme en el infame
que entero quedar pensó.
¡Mal agüero, pero yo
haré que bueno se llame
matando a quien me ha quitado
ver tan de cerca los cielos
de tus ojos, con sus celos,
y dél quedaré vengado!
Parte, Martín, a buscar
entre los barcos a Blanca.

MARTÍN. ¿Qué diré?

PEDRO. Que se me arranca
toda el alma de pesar.
Di que Sevilla mandó
que en cabildo nos hallemos
los que este oficio tenemos
cuando su papel llegó,
porque de Su Majestad
una cara se ha de ver
esta tarde.

MARTÍN. ¿Que has de hacer
tan loca temeridad?

PEDRO. No lo excuso, y no te asombres,
que este necio honor sin ley
es un tirano, aunque rey,
de las vidas de los hombres.

(Vanse y digan dos BARQUEROS, de Sevilla, dentro:)

BARQ. 1.° Aquí, señor caballero,
que él sólo falta. Aquí, aquí.

(Sale ALBERTO, criado, de camino.)

ALBERTO. En toda mi vida vi
tal grandeza, o verla espero.

BARQ. 2.º Aquí, que ya nos partimos.
Aquí, hermosas. Entren, vamos.
ALBERTO. Qué bien vestidos de ramos
con sus dorados racimos,
en vez de toldos están
los barcos, ¡oh, gran Sevilla!,
como cisnes, por la orilla,
las alas abriendo van.
Oye, arráez, salga afuera,
que tengo que hablarle un poco.
BARQ. 1.º Ya la blanca arena toco
de la mojada ribera.
¿Qué manda el seor forastero?
ALBERTO. Ese barco he menester
para Sanlúcar.
BARQ. 1.º Ayer
me habló cierto caballero.
¿Es su criado?
ALBERTO. No; fué
por ver hoy la bizarría
de Sevilla.
BARQ. 1.º Al fin del día,
si él gusta, le serviré.
ALBERTO. Quede ansí; pero esta tarde
le ha de traer por el río
que de su hermosura y brío
hacen las damas alarde,
y todo entrará en la cuenta.
BARQ. 1.º ¿Pasaré esta gente?
ALBERTO. Sí,
como luego vuelva aquí.

(Vase, y salga DON FÉLIX, *caballero de la corte, de camino.)*

FÉLIX. ¡Qué mal quien ama se ausenta!
Vine de Madrid, posé
en una casa vecina
al jardín de Falerina,
que más encantada fué,
donde la ventana opuesta
a la de una hermosa dama
fué deste incendio la llama,
y yo, materia dispuesta.
Señas hice, aunque entendidas,
a traición disimuladas,
que mientras más declaradas
fueron menos acogidas.
Pagáronme con cerrar
muchas veces la ventana,
que tantas, tarde y mañana,
dió mi amor en porfiar.
Ha llegado la ocasión
de partirme, y voy de suerte
que de mi vida a mi muerte
habrá poca dilación.
Alberto, ¿qué haces aquí?
ALBERTO. El barco que he concertado
aguardo con el cuidado
de tu partida.
FÉLIX. ¡Ay de mí!
ALBERTO. ¿De qué es la pena?
FÉLIX. No sé.
ALBERTO. ¿Sientes partirte?
FÉLIX. ¿Pues no?
ALBERTO. ¿Qué ocasión jamás te dió
quien siempre de mármol fué
más firme que las colunas
de su casa, que con necios
suspiros, por sus desprecios,
el claro viento importunas?
Si amaras a doña Inés
como a doña Blanca, creo
que hicieras mejor empleo,
por lo que entendí después.
FÉLIX. ¿Cómo?
ALBERTO. Un día que la vi
sola y a hablarla llegué,
como yo lo imaginé,
que te adora conocí.
Pero ya son disparates
estas cosas para quien
se va a las Indias, ni es bien,
señor, que de amores trates.
Que quien ha de gobernar
una provincia ha de ser
tan prudente, que aun del ver
honesto se ha de guardar.
Sé ambicioso, sé arrogante,
hurta, roba, come, bebe,
juega, sé avariento, debe,
ten entrañas de diamante;
que con sólo ser honesto,
aunque lo finjas, serás
respetado, porque es más
que ser diablo manifiesto.
FÉLIX. Bien dices; pero en mis años
no te espantes que el amor
ejecute su rigor,
solicite sus engaños.
En las Indias podré ser
virtuoso, pues que ya
toda la virtud está
en no tratar de mujer.
Con esto seré estimado;
que como amor es flaqueza,
el que en ser flaco tropieza,

¿cómo ha de ser respetado?
Cierto que tiene razón
el mundo en tener en poco
el que es con mujeres loco,
puesto que muchos lo son.
Pero, bien examinada,
Alberto, naturaleza,
en estimar la belleza
¿cómo puede ser culpada?
Pero de un coche se apean
dos damas.

ALBERTO. Por la esclavilla
son como flor de Sevilla
las que tus ojos desean.
¡Vive Dios, que es Blanca!

FÉLIX. ¡Ay, cielo!
¿Al partir, esta piedad?
Pero diré que es crueldad,
si aumenta el mal que recelo;
que no es, al que está abrasado
de calentura, favor
darle agua, si el calor
ha de quedar aumentado.
Ellas deben de querer
pasar, Alberto, a Triana.
¡Oh, hermosura sevillana,
en agua te vengo a ver!
Pondré cera en mis oídos,
taparme los ojos quiero,
pues por sirenas espero
pasar mis cinco sentidos.

(Salen DOÑA BLANCA, DOÑA INÉS *y* LEONOR, *mulata.)*

BLANCA. ¡Agradable vista!

INÉS. ¡Hermosa!
Parece un jardín el río.

FÉLIX. ¡Ay, hermoso desdén mío!
¡Ay, mi partida forzosa!
¿Cómo hacer merced a quien
está expirando? Me has dado
el bien de haberte mirado,
si cuando me parto es bien.

BLANCA. Parecen verde carrera
de árboles, por el cristal
del agua.

INÉS. Armada real
cubre su blanca ribera.

BLANCA. ¡Ay, Inés; el forastero
de Madrid, necio y cansado!

INÉS. No le muestres, prima, enfado,
pues sabes que yo le quiero.

BLANCA. Mal gusto.

INÉS. Si a ti te agrada
don Pedro, juzga por ti,
que también me enfada a mí,
como don Félix te enfada.

BLANCA. Don Pedro quiéreme bien,
y éste no te quiere, prima.

INÉS. Pues, Blanca, su amor estima,
si yo estimo su desdén.
De pensar, vengo a turbarme,
que se debe de partir.

BLANCA. Pues, Inés, déjale ir,
y dejará de mirarme.

FÉLIX. A tan grande atrevimiento,
el campo me da ocasión.

INÉS. Ser cortés de una razón
no ofende tu pensamiento.
Escucha este hombre, por mí.

BLANCA. ¿Qué es, señor, lo que queréis?

FÉLIX. Que a quien se parte escuchéis.

BLANCA. Ya lo habéis dicho.

FÉLIX. Es así;
pero si la dilación
del hablar en la partida
me puede alargar la vida,
no es bien perder la ocasión.

BLANCA. Si os pudiera agradecer,
desde que en Sevilla estáis,
que con gusto me miráis,
lo hubiera dado a entender;
pero no pudiendo ser
vuestro amor agradecido,
perdonaréis lo que he sido
descortés en la ventana;
mirad si quien es tan llana
os puede haber ofendido.
Confieso que merecéis
amor, por vuestra persona,
que buena presencia abona,
lo que vos de vos sabéis.
Mas vos también conocéis
que soy mujer de valor,
pues os consta de mi honor
a un padre noble sujeto;
y basta, si sois discreto,
deciros que tengo amor.
Que no os dijera, recelo,
lo que a muchos he negado;
pero, viéndoos abrasado,
os quise curar con hielo.
Mirar con honesto celo
puede un hombre, hasta saber
si le han de corresponder;
mas ¿cuál hombre cuerdo y grave
quiere bien, después que sabe

que no le pueden querer?
FÉLIX. Ya que tantos desengaños
combaten mi pensamiento
con sentencia tan cruel
para tan breve proceso,
turbado y loco de amor,
enamorado y suspenso,
indicio de que he perdido
las esperanzas y el pleito,
dice amor (1), dulce señora,
que de vuestra boca apelo
a vuestros tiernos oídos,
oidores de su consejo.
Oigan en apelación,
y si me condenan ellos,
quejaréme a vuestros ojos,
más piadosos, por ser cielos.
Pero si los dos jueces
de esos labios, en su acuerdo,
me han dicho que amáis un hombre,
siendo vos quien sois, ¿qué espe-
Otras mujeres, amando, [ro?
olvidan por hombres nuevos,
y si no olvidan, no tienen
puerta con llave en el pecho.
Pero vos, cuando llegáis
a decir "un hombre quiero",
llevóse el alma tras sí
la puerta del pensamiento.
Entre muros de diamante
estará cerrado y preso,
con ser cosa que hizo Dios
más alta que el mismo cielo.
Con esto, os diré quién soy,
mi jornada y mis deseos,
para que os quede memoria,
pues no os queda sentimiento.
Yo soy don Félix Manrique,
que por pobre caballero
vine a servir a la corte,
último y noble remedio.
Dióme un príncipe su casa,
grande por todo y de aquellos
en quien los reyes se miran,
cual suele un hombre a un espejo.
Mas yo, temiendo que tiene
la fortuna ciertos tiempos
en que le da una locura
de deshacer cuanto ha hecho,
pedí al príncipe que digo
me hiciese algún bien de presto,
porque no hay firme criado,
si se muda la del dueño.
Corre una nave la mar
con más ricos paramentos
que un enjaezado caballo,
cuando lleva en popa el viento;
duerme el piloto mayor,
y luego los pasajeros,
olvidados de que van
fuera del propio elemento.
Levántase un huracán,
en un instante deshecho;
dan voces: "¡amaina, vira!";
vanse a pique, no hay remedio;
ahóganse los culpados,
y piérdense a vueltas dellos
los inocentes también,
porque sus cómplices fueron.
Di prisa a mi pretensión;
dióme en Indias un gobierno,
hice galas y partime
murmurado de mil necios.
Murmuren cuanto quisieren,
que no tengo por discreto
el hombre, si no es premiado,
que se envejece sirviendo.
Dijo un sabio que en palacio,
aunque esto lo dijo en griego,
con simiente de esperanzas
sembraba canas el tiempo.
Llegué, hermosa doña Blanca,
a Sevilla, al mismo centro
de la nobleza, al valor
del mundo, al humano cielo;
acerté a tener posada,
por mi dicha no lo creo,
enfrente de la alta casa
que de tu hermosura es templo.
Dél venías la mañana
que te vieron mis deseos,
coronada de más rayos
que ilustra el oriente Febo;
pues, como vi tanto sol,
tantos diamantes tan bellos,
tantas perlas, oro y plata,
admirado dije a Alberto:
"¡Qué presto habemos llegado
a las Indias, pues tan presto
nos abrasa tanto sol
y tales riquezas vemos!"
Fuí continuando tu vista,
y vi el ejemplo más cierto,

(1) Hartzenbusch, en lugar de estas dos palabras escribió "oídme".

pues vine a ser indio tuyo,
sol que me abrasa con hielo.
Tú pensabas que cerrando
tus ventanas y tu pecho
me dabas causa a dejar
el curso de mis intentos,
y engañóse tu desdén,
que yo pensaba, en abriendo,
que amanecía tu sol,
y en cerrando, que era puesto;
y si en abriendo cerrabas,
pensaba yo que era invierno,
y que eran breves los días,
pues faltaba el sol tan presto;
cuando en cerrar la ventana
tardabas, decía yo luego:
"Hoy es verano en Sevilla:
¡terrible calor ha hecho!"
Con esto y otras locuras
llegó de partirme el tiempo
al gobierno, y hoy me parto.
¡Oh, amor, piadoso tercero,
que me ha dado este lugar
para que parta contento
de que sepas el estado
de mi vida y mi deseo!
No respondas, que me voy
adonde tu injusto ceño
no se vengue de mis ojos
viendo lágrimas en ellos.
Palabra te doy de amarte,
vivo, muerto, libre, preso,
en tierra, en mar, en España,
en las Indias, en el reino
de Chile, donde me lleva
mi fortuna, y donde pienso
hacerte un ídolo de oro
donde idolatren mis celos,
y diré en el mar del sur:
"Blanca, pues no te merezco,
que dejo la blanca aurora
y al polo Antártico vengo,
donde a lo menos tu sol,
ya que no muero partiendo,
templará en el mar sus rayos,
pues hay todo un mar en medio".

BLANCA. ¡Extraño galán!

INÉS. No sé
por qué te parece extraño,
si de ti procede el daño
con que tan loco se fué.

BLANCA. Pues ¿qué quisieras?

INÉS. Que dieras
lugar a que yo le hablara.

BLANCA. ¿Quién, doña Inés, sospechara
que tan mal gusto tuvieras?

INÉS. Todas las que sois queridas,
burla injustamente hacéis
de aquello que no queréis.

BLANCA. Mucho de quien soy te olvidas.
Y el señor gobernador,
que a Chile va con su vara,
mal en Sevilla quedara
a tratar cosas de amor.
Y si él me quería a mí,
mejor es que no le veas,
si injustamente deseas
a quien no te quiere a ti.

(Salen DON SANCHO, *su padre* [*de* BLANCA], *y* LISENO, *criado.)*

LISENO.

Aquí está doña Blanca, mi señora.

SANCHO.

¿Vienes ya de Triana?

BLANCA.

No he pasado,
que como el sol no es tan furioso agora,
la playa me sirvió de verde prado.

SANCHO.

Templadamente los cristales dora
del aurífero Betis, coronado
de tantos barcos, que a la opuesta frente
sirven de calle y de portátil puente.
Estos viernes son justas devociones;
mas pasadas por agua no son tales,
que se suelen perder las oraciones
y ser mentira las que son mentales.
Yo presumo que en tales ocasiones
menos se sirve a Dios.

BLANCA.

No las iguales;
que por una que venga de ese modo,
tampoco es justo que lo culpes todo.

SANCHO.

Conduce un barco aquí, Liseno, luego,
para que pase Blanca con su prima.

INÉS.

En otro río, en otro mar me anego,

de un imposible que a morir me anima.
Fuése a otro polo el sol, dejóme el fuego,
y aunque abrasarse el corazón estima,
quedara alegre, aunque expirando estaba,
con que supiera el sol que yo le amaba.

(Sale MARTÍN, *disfrazado de ciego, con un muchacho o perrillo atado en un cordel.)*

MARTÍN. ¡A qué mal tiempo he llegado,
si en tan cruel ocasión
no me vale la invención
con que vengo disfrazado!
Pues dejar de hablar no puedo
a doña Blanca, ¿qué haré?
¿Si llegaré? ¿Si podré
vencer de don Sancho el miedo?
Que es hombre que si entendie- [se
que ando de Huete a Alcalá...
Pero ellos me miran ya;
ciego y rezo, aunque me pese.
¿Hay quien me mande rezar?
Aunque ciego, todavía
dejo cierta celosía
por donde pueda mirar;
que, mientras no sé si soy
conocido destas dueñas,
dejo un ojo haciendo señas,
como quien juega al rentoy.
¿Hay quien me mande rezar
la oración del Justo Juez,
de los mártires de Fez,
de Santelmo para el mar,
de la vista de Lucía,
de la Magdalena el llanto
y del Espíritu Santo,
hoy, en su bendito día?
BLANCA. Prima, ¿no es éste Martín,
del Veinticuatro criado?
INÉS. ¿A qué vendrá disfrazado?
MARTÍN. Del santo fray Juan Guarín
me manden rezar la historia.
SANCHO. Las voces que aquestos dan,
me matan.
BLANCA. Oye, galán:
¿tiene, acaso, en la memoria
la de san Nofre?
MARTÍN. He compuesto
muchas. Llégueseme acá,
y cierta cosa sabrá
que le importa.
BLANCA. Diga presto.
MARTÍN. Hoy, don Bernardo ha enviado
al Veinticuatro un papel
de desafío, y por él
salió al campo y le ha buscado.
Los dos se han visto.
SANCHO. ¿Qué es eso?
MARTÍN. Y el santo que aquí llegó,
como a su contrario vió,
le dijo, con mucho seso:
"Enemigo Satanás,
¿qué me quieres esta tarde?"
No era el demonio cobarde,
y dijo: "Aquí lo verás".
Nofre, entonces, desnudando
la espada de la oración,
resistió la tentación,
diestramente peleando;
pero en aquesta pelea,
mucha gente que pasó,
que le venciese estorbó.
¡Plegue a Dios que por bien sea!
(Porque se han ido los dos
de Alfarache hasta San Juan,
adonde se matarán,
si no lo remedia Dios.)
Nofre bienaventurado,
ruega al Señor sin pasión
por quien dice esta oración,
que no por quien la ha pagado.
Líbrale de que le den
de palos y azotes fieros;
dale salud y dineros
y tu santa gloria, amén.

(Váyase y deténgase.)

BLANCA. Todo lo tengo entendido,
y el alma me ha traspasado.
Inés.
INÉS. ¿Prima?
BLANCA. Ya ha llegado
la desdicha que he temido.
El Veinticuatro salió
con don Bernardo, esta tarde,
al campo; amor no es cobarde,
ninguno el campo venció.
Lejos de Tablada van,
donde no impida la gente
su intento.
INÉS. Tu padre siente
que pesadumbre te dan,
y ha reparado en el ciego.
BLANCA. En la oración me contó
cuanto entre los dos pasó.
INÉS. Que te reportes te ruego.

BLANCA. ¡Ay, Inés, no puedo más!
INÉS. ¡Ah, buen ciego; ah, hermano, oíd!
Sordo se hace.
MARTÍN. Anda más,
que a la noche cenarás.

SANCHO.

Hija, ¿qué es esto? ¿De qué estás turbada?

BLANCA.

Una joya, señor, se me ha perdido.

SANCHO.

¿Por eso has de llorar? No importa nada.
Pero sospecho que otra cosa ha sido;
dime a mí la verdad.

BLANCA.

Si estoy culpada,
pensarás que tu honor está ofendido.

SANCHO.

Culpada tú, ¿de qué?

BLANCA.

De no haber dado
cuenta deste suceso a tu cuidado.
Pero, pues encubrirle fuera darte
más enojo después, escucha atento
para que pongas el remedio, en parte,
que sólo le ha de dar tu entendimiento:
don Pedro de Guzmán, por no cansarte,
pretende, esto es amor, mi casamiento,
cual sabes, Veinticuatro de Sevilla
y con nobles parientes en Castilla.
La misma pretensión dicen que tiene
don Bernardo también, que hoy desafía
a don Pedro, y con él al campo viene
con necia, aunque amorosa valentía.
Por la gente, sus vidas entretiene
hasta la noche el resplandor del día;
si vas y lo remedias, serás cuerdo;
si no, tú mismo juzga lo que pierdo.

SANCHO.

¿Quién te lo ha dicho?

BLANCA.

El ciego, que lo ha visto;
que locuras de amor las ven los ciegos.

SANCHO.

Por el peligro de mi honor resisto
mi condición a tus humildes ruegos;
Blanca, la fama de los dos conquisto;
que, como tiene amor caballos griegos,
no hay Troya firme, y más donde hay Elenas,
perdonen mi dolor las que son buenas.
Pero dime primero a cuál te inclinas.

BLANCA.

A ninguno, señor.

SANCHO.

Dilo, ¿qué aguardas?

BLANCA.

A don Pedro, señor.

SANCHO.

El tiene dinas
partes, y tú sin causa te acobardas.

BLANCA.

Mi honesto amor pacífico adivinas.

SANCHO.

¿Podré llegar a tiempo?

BLANCA.

Si no tardas.

INÉS.

¡Qué viernes tan cruel, Blanca, has tenido!

BLANCA.

¡Más que de Pascua, de Pasión ha sido!

(Vanse y salen DON BERNARDO *y* DON PEDRO.*)*

BERNARDO. La noche se va acercando,
lejos vamos de Sevilla
y sólo en su verde orilla
Betis nos viene escuchando.
Aquí, señor Veinticuatro,
lo comenzado podremos
acabar, pues que tenemos
desierto campo y teatro.
Y ojalá pudiera ser
que, como Roma, quisiera
vernos Sevilla.
PEDRO. Bien fuera
vuestro valor para ver.
Que no será vanidad,
sino justa valentía,
lo que en Roma permitía

su antigua gentilidad.
Yo he probado vuestro pecho,
y cierto que me ha pesado
de que, siendo tan honrado,
no esté de mí satisfecho.
Y como hombre que la espada
ha sacado ya con vos,
sin ventaja que en los dos
pueda ser considerada,
digo que si hidalgamente
me decís lo que habéis sido
de Blanca favorecido,
para que lo mismo os cuente,
y estáis en mejor lugar,
de servirla dejaré,
porque afición os cobré,
y os la quisiera mostrar,
desde que reñir os vi.

BERNARDO. Lo mismo me ha sucedido;
mas ¿tengo de ser creído?

PEDRO. Claro está.

BERNARDO. Pues digo así:
La más hermosa mañana
que nuestros ojos celebran
en el rigor del verano
y con más aplauso y fiesta,
en este famoso río,
que de la falda de tela
de la ropa de Sevilla,
de tantas ciudades reina,
con cuchillo de cristal
corta sobre blanca arena
este jirón de Triana,
reliquia de su grandeza,
vi en un barco a doña Blanca,
cuando la rubia madeja
sacaba el sol de las aguas,
mirándose el rostro en ellas.
Salió más presto aquel día:
debió de ser para verla
sin aguardar al aurora,
que en Blanca la vió más bella.
Hice, admirado de ver
su hermosura y gentileza,
al arráez de mi barco
que fuese en corso tras ella.
¡Oh, cuántas veces pensé
que si yo corsario fuera,
robara tal joya a España,
Paris de tan linda Elena!
Como iba enramado el barco,
parecíanme las selvas
que pinta Ovidio en Fenicia,
de ninfas desnudas llenas.
Acordábame de Europa,
y que si Júpiter fuera,
rompiera las blancas ondas,
nave animada por ellas.
Finalmente, doña Blanca
tomó puerto en una huerta,
no sé si sabré pintarla;
pero ¿quién habrá que sepa?
Llevaba un baquero azul,
brahón y manga francesa,
cubierto de plata y nácar,
cielo azul de blanca estrella;
un manteo de tabí
puesto en corto, y cortés era,
pues descubría, al descuido,
una argentada chinela;
cintas blancas le apretaban,
que si por dicha atormentan
deseos de un imposible,
pudieran servir de cuerdas;
eran, en fin, celosías,
asomándose por ellas
pies que pisaron más almas
que aquella mañana arenas.
Quise pintaros, don Pedro,
por los pies, como quien juega,
esta figura que vos
ya debéis de conocerla;
porque tratar de su rostro
fuera tomar sin destreza
claveles para pinceles,
y para tabla, azucenas.
Anduve de árbol en árbol,
como pájaro que llega
enamorado a la liga;
al fin pude hablarla y verla.
¿Son favores este gusto,
y que, viéndola en la iglesia,
a preguntas de mis ojos
me da en risa las respuestas?
Jamás se cansó de verme,
y recibió, cierta fiesta,
una rosa de mi mano,
con amorosa apariencia.
Atrevido fuí, y dichoso,
que a la misma primavera
di rosas, que agradecida
me pagó su boca en perlas.
Díjome una esclava suya
que le preguntó quién era:
quien quiere saber quién soy,
memoria le dan mis penas.

Este es, don Pedro, el estado
de mi amor; sobre estas prendas
le di a Blanca; agora vos
podéis referir las vuestras.

PEDRO. Yo quisiera, don Bernardo,
no daros pena, si fuera
posible en este concierto;
pero ya sabéis que es fuerza.
Y cuando la recibáis,
en pie se queda la queja,
en la cinta las espadas,
y la campaña desierta.
A la hermosa doña Blanca
vi, también en una huerta,
que en esto nos parecemos,
puesto que el fin no lo sea.
Los campos, fuentes y flores
notablemente conciertan
amores: debe de ser
que tiernamente deleitan.
Allí murmura el cristal,
allí el pájaro gorjea,
allí el aire entre las hojas
concertadamente suena;
allí un clavel carmesí
una boca representa
de rubí, y obliga al gusto
a imaginaciones tiernas;
allí la azucena blanca
parece una mano bella,
haciendo dedos las hojas,
cándidas, limpias y frescas;
en los olores también
Venus lasciva despierta,
porque el malo, aun a quien ama,
causa fastidio y tibieza (1).
Finalmente, yo la vi
con todas las excelencias
que vos la pintáis, si un ángel
puede pintarse en la tierra;
pero fuí más venturoso,
que, cubriéndose de negras
nubes a este tiempo el cielo,
vi más cerca sus estrellas.
La celeste artillería,
con ecos doblados truena,
fingiendo trémulos rayos
por las troneras abiertas.
Andaba a caballo yo
por una apacible senda,
pared de corales rojos;
dióme voces, llegué a ellas;
subió, ¡qué dicha! Ayudando
dos pajes, y media legua,
hasta San Juan de Alfarache
llevé más hermosa Elena.
Las criadas, dando voces,
seguirla también quisieran;
pero, rendidas, tuvieron
los árboles por cubierta.
Blanca, de mi cuello asida
y haciéndome con sus perlas
del tusón de amor, formando
de sus cabellos las piezas,
me dió lugar a decirle
cosas en amor tan nuevas,
que de llegar le pesara,
si descubrirse pudiera.
Salieron los labradores,
diciendo, al abrir la puerta:
"Señor, pues traéis al sol,
¿cómo permitís que llueva?"
Bajó Blanca, y al bajar
pasaron de la chinela
los ojos, que tempestades
ningún secreto respetan.
Desde este dichoso día
creció la correspondencia,
que, aunque comenzada en agua,
llegó a ser fuego por ella.
Yo la escribo, y me responde;
yo, por la noche, en su reja
la hablo, y su blanca mano
me fía en fe de que sea
su esposo; y porque no es justo
que desto tengáis sospecha, [crito
hoy me ha visto y hoy me ha es-
para que a los barcos venga,
donde, pasando a Triana,
hablarla más cerca pueda.
Si con esto no os parece
que yo la sirva y merezca,
aquí están nuestras espadas;
y remitiéndose a ellas
podréis, señor don Bernardo,
si amor las palabras quiebra,
probar la dicha, conmigo,
que no tuvisteis con ella.

(Saquen las espadas.)

BERNARDO. Si hasta agora por amor
reñía, agora, por celos
y envidia.

(1) Este verso y el anterior no parecen congruentes de lo que se viene tratando.

PEDRO. Saben los cielos
que os estuviera mejor.
BERNARDO. ¡ Matadme, por desdichado!
PEDRO. ¡ A lo menos, por romper
la palabra!
BERNARDO. ¿ Qué he de hacer,
celoso y desesperado?

(Salen MARTÍN *y* DON SANCHO.)

MARTÍN. Aquí se oyen las espadas.
SANCHO. Caballeros, respetad
mis años.
PEDRO. Tu autoridad
basta.
SANCHO. Y el ser tan honradas
que dan tal satisfacción
sosegando los aceros.
No pregunto, caballeros,
la causa desta cuestión,
sino a don Pedro suplico
se venga conmigo.
PEDRO. Iré
a serviros.
BERNARDO. Oíd, en fe
de quien sois, pues no replico
a la merced de llevar
al Veinticuatro con vos.
SANCHO. El no llevar a los dos,
es porque le quiero hablar.
BERNARDO. La causa desta cuestión
es vuestra hija. Mirad
que fundo esta libertad
en que pienso que es razón
que me la déis por mujer.
SANCHO. Yo os la diera, si no fuera
de don Pedro, a quien espera,
que esta noche lo ha de ser.
MARTÍN. ¡ Cerró la plana!
SANCHO. Venid,
señor don Pedro, conmigo.
PEDRO. Beso vuestros pies, y digo...
SANCHO. Ninguna cosa decid;
que desta suerte remedia
un padre honrado su honor,
antes que dé un loco amor
principio a alguna tragedia.
PEDRO. ¡ Ay, Martín!
MARTÍN. ¡ Calla, por Dios!,
que ya es Blanca tu mujer.
BERNARDO. ¡ Vive el cielo, que he de hacer
que no se junten los dos!

ACTO SEGUNDO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL:

DOÑA BLANCA.
DOÑA INÉS.
DON FÉLIX.
DON PEDRO.
DON BERNARDO.
LUCINDO.
ALBERTO.
RUFINO.
LEONOR.
MARTÍN.
EL EMPERADOR.

(Salen DOÑA BLANCA *y* DOÑA INÉS.)

BLANCA.

¡ Cuán bienaventurada,
Inés, puede llamarse
la que, casando por amores, tiene
tal dicha en ser amada,
que puede asegurarse
de que sola le goza y entretiene
aquel saber que viene
con el mismo deseo
que su esposo tenía
cuando la pretendía!
Después de tanta posesión, no creo
que tenga igual contento,
porque es cielo en la tierra el casamiento.
Tres años hace agora,
¡ ay, qué dicha la mía!,
que con el Veinticuatro estoy casada:
los mismos que me adora,
creciendo cada día
la fe con que me tiene asegurada.
Así de mí se agrada;
así me hace favores,
como cuando era amante.
¡ Ay!, vayan adelante
los regalos, los gustos, los amores,
que si falta contento,
es infierno en la tierra el casamiento.
Los hijos que he tenido,
hermosos como el dueño,
ángeles desta paz y fe segura
dice el amor que han sido,
que sin ellos es sueño,
quien casa por amor, tener ventura;
si la que tengo dura,
sin celos, sin agravio,
como en don Pedro espero,
tan noble caballero,
tan generoso, tan prudente y sabio,
no quiero más contento:
cielo en la tierra fué mi casamiento.

INÉS.

Con justa causa tienes,
Blanca, por gran ventura
casarte por amor y estar contenta;
pues no hay mayores bienes
que, con fe tan segura,
ver que en los brazos del amor se aumenta.
En vano el tiempo intenta
cansar de tu marido
el gusto con que agora
te regala y te adora,
sin que la posesión engendre olvido;
que está ya confirmada
la paz con sangre, y la lealtad jurada.
Amor dicen algunos
que se funda en temores
de perder o cansar lo que se ama;
¡qué necios, qué importunos,
qué cansados amores,
si el miedo, Blanca, su verdad infama!
Segura, honesta cama,
gustosa y limpia mesa
son amores perfetos,
no contentos secretos,
donde jamás el descontento cesa,
engañando y fingiendo,
celando el sol y la opinión temiendo.
Que no me sujetara,
por cuantos gustos creo
deste secreto amor por mal camino,
a la atrevida vara,
al ajeno deseo
y a los ojos de un bárbaro vecino.
¡Oh, estado venturoso!
¡Oh, santo casamiento!
¡Oh, Blanca venturosa,
que es mucho, siendo hermosa!
Prospere el cielo tan igual contento,
siendo, cual siempre ha sido,
galán de su mujer, cuerdo marido.

(Salen MARTÍN *y* LEONOR.)

LEONOR. ¡Siempre has de venir riñendo!
MARTÍN. El verte me quita el gusto.
LEONOR. Bien me pagas el disgusto
con que de verte me ofendo.
MARTÍN. ¿A quién anoche cantabas?
¿Piensas que no te escuché?
LEONOR. Por entretenerte fué,
pensando que me escuchabas.
BLANCA. ¿Qué es esto, Leonor?
LEONOR. Martín
y su mala condición.
INÉS. Celos presumo que son.
BLANCA. ¿Cuándo pensáis poner fin
con aqueste casamiento
a las pendencias y voces?
MARTÍN. Ya, por lo menos, conoces,
señora, mi pensamiento.
Pero, en esto del casar,
como hay tanto qué temer,
muy despacio se ha de ver
y muy tarde efetuar.
BLANCA. No tan tarde que no sea
de provecho.
MARTÍN. Así es verdad;
pero es bien que, de la edad,
la varonil se posea.
Casóse ayer un galán
con sesenta, a letra vista,
buen cristiano y calvinista,
sobre ser algo alazán;
los dientes habían dejado
su patria, y uno que había,
ermitaño parecía
de aquel lugar despoblado.
La novia, que por lo bayo
era requesón con miel,
llegábase cerca dél,
como si la diera un rayo.
No sé cómo sucedió
la borrasca levantada,
que el diente a la desdichada
en la boca le dejó.
Sacóle, y haciendo gestos
dijo, vuelta a la pared:
"Tómele vuesa merced,
que yo tengo doce déstos".
INÉS. Según eso, en buena edad
se ha de hacer.
MARTÍN. Cuando no fuerza
un mayorazgo por fuerza,
que si no...
INÉS. ¿Qué?
MARTÍN. Necedad.
BLANCA. ¿Quieres que hable, Martín,
al Veinticuatro y que os case?
MARTÍN. Deja que el verano pase,
que es el de Sevilla, en fin.
Allá el ivierno es mejor
este aforro de bayeta,
que entonces mi cuerpo aceta
la felpa de tu color.
LEONOR. Pícaro bufón, ¡si aquí
no estuviera mi señora!...

MARTÍN. Señor viene.

BLANCA. Y quien le adora,
por alma que vive en mí.

(Sale DON PEDRO.)

PEDRO.

Pasa la nave igual al pensamiento;
líquidos montes de salada espuma;
flecha del agua, de los vientos pluma,
rayo veloz del húmido elemento;
y en un instante el proceloso viento,
para que de las alas no presuma,
hace que la alta máquina consuma
toda su fuerza con rigor violento.
Lozano almendro esmalta la vestida
camisa, y en un punto el cierzo vierte
las flores por la tierra agradecida.
¡Oh humana condición, que nos advierte
que no hay seguro bien en esta vida,
porque se va camino de la muerte!

BLANCA. Viéndoos hablar entre vos,
bien mío, he estado suspensa.

PEDRO. Perdonad si os hice ofensa,
hermosa Blanca, ¡por Dios!,
que venía divertido.

BLANCA. Pues, mi señor, ¿qué tenéis?
¿Cómo no me respondéis?
Agüero mi gozo ha sido
de algún pesar que me espera.
¿Qué es esto? ¿Qué novedad
os obliga?

PEDRO. En la ciudad...
Pero no es justo que os quiera
dar disgusto, Blanca mía.
Después tenemos que hablar.

BLANCA. Mataréisme con callar.

PEDRO. Noche, amores tiene el día
en que decirlo os prometo.

BLANCA. ¿Cuándo habéis visto mujer
que del pesar o el placer
pueda sufrir el secreto?
No habéis sabido callar
el principio desta pena,
y yo, de sospechas llena,
¿podré a la noche esperar?
No, mi bien; no, mi señor;
que es matarme con sangría
aguardar al fin del día.
De un golpe será mejor.
¿Qué tenéis? ¿Qué ha sucedido?

PEDRO. Pues, Blanca, para mi muerte,
de procurador la suerte
en la ciudad me ha cabido,
y aunque la puedo trocar,
bien veis vos que no es razón
perder honor y opinión.

BLANCA. Agora os quiero abrazar,
que os prometo que pensé
que os había sucedido
alguna afrenta. ¿Eso ha sido?
¿Qué importa? Con vos iré
a la corte, al fin del mundo.

PEDRO. Ese es, Blanca, mi pesar;
que en no poderos llevar
toda mi tristeza fundo.
No está ahora nuestra hacienda
para vivir como es justo
en la corte. Este disgusto
no será bien que os ofenda,
alma de mi propia vida,
que es echarnos a perder
vivir, no pudiendo ser,
con la ostentación debida.
Las cortes no durarán
tres meses, a lo que creo;
si más, siempre mi deseo
tuvo aceros de galán,
y él sabrá venir a veros:
postas hay, Sierra Morena
no es mar de peligros llena...
¿Lloráis, hermosos luceros?
Resistid, pues sois mi palma,
esta forzosa partida;
mirad que lloráis, mi vida,
y que es cada perla un alma.
No me engañaba en pensar
que la noche me ayudara,
que en los brazos, no en la cara,
se ha de decir el pesar.
Allí, señora, ayudados
de caricias amorosas,
tratáramos estas cosas
mejor que entre los criados.
Prima, Blanca está afligida
de que a la corte me voy;
habladla, que como soy
más parte en esta partida,
no me quiero enternecer.

INÉS. ¿Tan presto ha de ser, señor?

PEDRO. No, Inés, que fuera rigor;
y también es menester
tiempo para prevenir
el camino.

INÉS. Así es razón,

que con menos prevención
no será justo partir.

PEDRO.
Dile que si yo pudiera
llevarla, como era justo,
que, para mi honor y gusto,
favor de los cielos fuera,
y nuestros hijos también
fueran desacomodados;
que fíe de mis cuidados
y de que es mi solo bien.
Y dile, si tanto amor
de mi tormento le avisa,
que no será tan aprisa
que no se temple el dolor.

(Vase.)

INÉS.
Bien pienso que has escuchado
lo que don Pedro quería
que te dijese.

BLANCA.
Inés mía,
yo me alabé de mi estado,
y la fortuna me oyó;
que en viéndome tan dichosa,
se me trocó por celosa
y por mujer se vengó.
Bien veo que no es razón
al Veinticuatro estorbar
que ocupe tan buen lugar
y de tanta estimación;
pero ausencia de su gusto
y soledad de mi bien,
razón será que me den
lágrimas, pena y disgusto.

INÉS.
Eso es forzoso; mas mira
que ha de ser con más templanza.

BLANCA.
¿Tan presto tanta mudanza?
Todo placer es mentira,
todo contento, pesar;
toda ventura, desdicha.

INÉS.
No hagas eso.

BLANCA.
Tanta dicha
fué para no la gozar.

(Vanse las dos.)

LEONOR.
¿Y vuesa merced también
ha de ir con él a Toledo?

MARTÍN.
Pues ¿cómo excusarme puedo,
Leonor y todo mi bien?
¡Ay, ay, ay!

LEONOR.
Si te empucheras,
¿qué haré yo, que estoy sin mí?
¡Ay, ay, ay!

MARTÍN.
Cuando creí,
Leonor, que mi oislo fueras,
voy condenado a no verte.

LEONOR.
Y yo ¿cómo quedaré,
celosa y sin ti?

MARTÍN.
Yo sé
que sabrás entretenerte.
¿Qué necesidad tenía
de pasar Sierra Morena
quien la tenía tan buena
en tu cara, Leonor mía?
Pero palabra te doy
de que no coma jamás
sin gana mientras estás
ausente; tan firme soy;
y no dormir en Castilla
menos que estando acostado,
si no es que me haya quedado
traspuesto en alguna silla.
A mujer de cuarenta años
no hayas miedo que la intente;
que más quiero dos de a veinte,
que es cuenta en que no hay enga-[ños.

LEONOR.
Pues yo te prometo aquí,
lacayo, luz destos ojos,
de excusar cuantos enojos
me puedan venir por ti;
que viendo que ausente estás,
de los que cantar me oyeren
tomaré cuanto me dieren,
sin ser descortés jamás.
Y con este sentimiento
tendré tanta soledad,
que a cualquiera voluntad
rendiré mi pensamiento.

MARTÍN.
¿Dasme esa palabra?

LEONOR.
Y dos.

MARTÍN.
¡Vivas mil años, amén!

LEONOR.
Adiós, mono.

MARTÍN.
Adiós, sartén.

LEONOR.
Adiós, pechiches.

MARTÍN.
Adiós.

(Vanse y salen DON FÉLIX *y* ALBERTO.*)*

FÉLIX.

Beso la blanca arena de tu playa,
¡oh, fin de España!, en que el tebano Alcides
las pirámides puso con que mides
del antiguo valor la mayor raya.
Por el hijo del Sol al indio vaya
quien de tus dulces márgenes despides,
si el mar con que del mundo le divides
su codicioso pecho no desmaya.

Por los peligros que pasando vienes,
ya que de todos a la orilla sales,
conozco, dulce mal, el bien que tienes.
Sean la pena y el descanso iguales;
que no puede alabarse de los bienes
quien no supo también sufrir los males.

ALBERTO. Agrádame el alegría
con que muestras el pesar
que te dió el pasar el mar.

FÉLIX. La muerte decir podría.
A Sanlúcar bendecía,
de cuya barra salí
cuando partimos de aquí.
¡Oh, mal haya, dulce España,
quien puede y en tierra extraña
se atreve a vivir sin ti!

ALBERTO. Pues el oro que has traído
¿no te ha obligado a consuelo
de haber mudado aquel cielo
adonde habemos nacido?

FÉLIX. Ya de las penas me olvido
que el adquirille me cuesta.
Tierra es, Alberto, dispuesta;
pero cuesta tanto ya,
que no pienso que le da,
sino pienso que le presta.

ALBERTO. ¿Cómo va de pensamiento?
¿Resucitó la memoria
de aquella pasada historia?

FÉLIX. De eso nació mi contento.
De esta vez, Alberto, intento
servir a aquella divina
mujer, pues el oro inclina,
a quien le quisiera dar
cuanto ha pasado la mar
desde que el oro camina.

ALBERTO. ¡Notable imaginación!
¿Que no la acaben tres años,
tratos y reinos extraños?

FÉLIX. Tú me diste la lición.
Dijiste que a mi opinión
convenía en el gobierno
no ser a mujeres tierno;
y como a nadie he mirado,
estáse vivo el cuidado
con esperanzas de eterno.

ALBERTO. ¿Qué? ¿Ahora la quieres bien?

FÉLIX. Más que cuando me partí.
Fué pintura al olio en mí
su hermosura y su desdén.
Un barco fleta, y prevén
lo que habemos de llevar,
que con gusto de llegar,
Sevilla, donde porfío,
más siento pasar tu río
que todo el pasado mar.
Veré, Blanca, tu hermosura
con galas y variedad,
de que traigo en cantidad
esto que el mundo procura.
Y pues no hay cosa segura
del alto poder del oro,
toma un alma de tesoro,
pues sirviéndote diré
con el oro y con la fe
que te adoro y que te adoro.
Agradece esta fineza
de venir como partí,
que quiero comprar tu sí
con un alma de riqueza.
Dame, Blanca, tu belleza;
no correspondas ingrata,
y recibe de quien trata
servirte con tal lealtad
mil Indias de voluntad,
que valen más que de plata.

(Vanse, y salen DON PEDRO, *de camino;* DOÑA BLANCA *y* DOÑA INÉS.)

PEDRO. Pues ya llegó la ocasión
de partirme, Blanca mía,
y sabes que honor tan justo
hoy a los dos nos obliga,
a ti para no sentir
tan de veras mi partida,
y a mí para que me aparte
sin la muerte de tu vista,
mira tus obligaciones
y por nuestros hijos mira;
aunque era bien excusado
que tales cosas te diga.
Pero, pues estamos solos,
aunque el alma me lastimas,
y yo las espuelas puestas,
oye un secreto, mi vida:
he sido cuerdo en callar
una pesadumbre mía,
o porque no la tuvieses
siendo tu inocencia indigna,
o porque un marido cuerdo
no debe, si serlo estima,
despertar con locos celos
una voluntad dormida.
No te los pido, mis ojos;
sólo decirte querría

que haya recato en tu casa,
digo, Blanca, en tu familia,
y que muestren como tuyas
tus puertas y celosías
que hay dentro personas muertas
que defienden honras vivas.
Confiésote que he querido
vender aquesta esclavilla,
no porque me da ocasión
a sospecha ni malicia,
mas porque algunos recaudos
siendo galán me traía,
y me parece dispuesta,
si algún interés la inclina.
Dile yo ciertos escudos,
que todo fué niñería;
pero con mano dotora
a traición los recibía.
Esto me daba cuidado,
que por lo demás es limpia,
canta bien, tañe mejor,
y extremadamente guisa.
Aquel necio don Bernardo...
No sé a fe cómo te diga
lo que he sufrido y callado,
pues aun te sirve y te mira.
No es esto cosa que importe,
pero que importar podría,
que mal respeta la espalda
quien la cara solicita.
Yo he dicho más que pensaba;
no te enojes, por mi vida,
si te hablo como galán,
pues sabes tú que me inclina
amor, no desconfianza,
que si un marido confía,
como galán te he querido,
y así es bien que me permitas
el partir desconfiado,
no de tus prendas divinas,
sino del atrevimiento
deste mozo que te mira.
Cierra, mis ojos, tu puerta,
luego que la noche avisa,
que a quien la tiene cerrada
jamás sucedió desdicha.
Echa la cubierta al coche
cuando salieres a misa,
y el manto al rostro en la iglesia,
pues por difunto suspiras;
que si un ausente lo está,
acertarás si imaginas
que yo lo estoy en tu ausencia,
aunque no porque me olvidas.
Con esto, quédate adiós,
segura de que camina
un hombre que va sin alma
adonde el honor le guía.
Viviré, Blanca, en Toledo
con tal verdad, que los días
pasaré sólo en leer
los amores que me escribas,
y desvelado las noches,
pensando las que tenía
en tus brazos con las prendas
que nuestra amistad confirman.
No te desvelen cuidados,
ni de mi ausencia te aflijas,
confiando en la lealtad
a tus virtudes debida;
que yo volveré más firme
que voy, para que recibas
en tus brazos quien merece
tal firmeza en tal desdicha.

BLANCA.
Después de haberte mostrado,
don Pedro, mi sentimiento
desde que supe tu intento,
alma apenas me ha quedado.
Bien sé que vas confiado
de lo que dejas en mí,
pues me conoces, y ansí
no tengo que encarecer
que, puesto que soy mujer,
para ser tuya nací.

El haberme prevenido,
pues que disculpas te dan
las licencias de galán,
no el respeto de marido,
vano advertimiento ha sido,
y más nombrando a quien sabes;
que aunque mi lealtad alabes,
será amándote más cierta,
pues desde el alma a la puerta
te llevas, Pedro, las llaves.

Quien dices que me ha mirado,
que yo creo que es ansí,
no habrá visto cosa en mí
que pueda haberlo obligado.
Yo, a lo menos, no he pensado
que nadie me tenga amor,
ni cuando salgo, señor,
que alguno en verme repara,
porque pienso que en la cara
traigo escrito tu valor.

Cuánto mejor te pudiera
prevenir mi voluntad,

en la ausencia y soledad
que de mis brazos espera.
Como un hombre considera
que no hay honor que perder
cuando nos quiere ofender
de hacernos ofensas gusta;
¡mal haya la ley injusta
que no le puso en mujer!
En fin, a Toledo vas,
donde ya me pone miedo
la hermosura de Toledo
y la discreción, que es más.
Pero pienso que tendrás
respeto a mi obligación,
que quiero, en esta ocasión
que no la tienes de mí,
tener, don Pedro, de ti
tan justa satisfacción.
Fuera de que es calidad
el acordarse tu honor,
que vas por procurador
de Cortes desta ciudad.
Enfrena tu voluntad
hasta que el oficio acabes
con honra y virtud, pues sabes
que la merced de los reyes
asienta por justas leyes
mejor en los hombres graves.

PEDRO. Blanca, tú quedas segura,
y de ti lo voy también.
Quédate con Dios, mi bien,
y lo que digo procura.
Dame esos brazos.

(MARTÍN, *dentro.*)

MARTÍN. ¡Jo, jo!

PEDRO. ¿Qué es esto?

MARTÍN. ¡Tente, Mendoza!
Que con el vicio retoza.

PEDRO. Blanca, ya el coche llegó;
ya los pajes y la gente
se están poniendo a caballo;
cuanto con la lengua callo
el alma, mis ojos, siente.
Vuelve a abrazarme.

MARTÍN. ¡Arre allá
con el estribo! ¡Oxte, puto!

BLANCA. Vísteme el alma de luto,
que ya el corazón lo está.

(Sale MARTÍN *con botas y fieltro.)*

MARTÍN. Ya, señor, te está esperando
el coche.

PEDRO. ¿Subieron ya
los pajes?

MARTÍN. Sevilla está
tu buen gusto celebrando.
En tan vistosa librea,
todos a caballo están;
yo tengo un macho alazán
que respinga y corcovea
sólo en tocar el arzón.

PEDRO. Las gracias trueca en endechas.

MARTÍN. Con las orejas tan drechas
me está mirando a traición,
que pienso que aquesta noche
las tuvo con bigotera.

PEDRO. Ya, Blanca, la gente espera.

BLANCA. Adiós, mi bien.

PEDRO. Llega el coche.

BLANCA. Martín.

MARTÍN. Señora.

BLANCA. Servid
de lo que os toca y no más.

MARTÍN. ¿De mí sospechosa estás?

BLANCA. Esto que os digo advertid,
que el traerme a mí papeles
cuando Pedro me sirvió
esta sospecha me dió.

MARTÍN. Trátame bien, como sueles,
que si los llevé galán,
no los llevaré marido.

BLANCA. Ahora bien: esto te pido.

MARTÍN. Plegue a Dios que el alazán
me arrastre en Sierra Morena
si le nombrare mujer,
ni vuelva jamás a ver
la puerta de Macarena.

(Vanse, y salen RUFINO, *huésped;* DON FÉLIX *y* ALBERTO.)

FÉLIX. ¿Qué me contáis?

RUFINO. Esto pasa.

FÉLIX. ¿Blanca, huésped, se casó?

RUFINO. Con don Pedro de Guzmán,
que va por procurador
de Cortes hoy a Toledo.

FÉLIX. Bien me dijo el corazón,
Alberto, este mal suceso.

ALBERTO. ¡Calla, don Félix, por Dios,
que antes te ha venido bien!

FÉLIX. ¿Bien dices en tanto amor?

ALBERTO. Pues, si la hallaras doncella,
no era fuerza, aunque razón,
casarte, siendo quien es?

FÉLIX. ¿Y no me fuera mejor
que perderla, pues ya tiene
dueño de tanta opinión,
que hasta el otro mundo llega
la fama de su valor?

ALBERTO. No, por Dios, pues que se ausen-
y he visto en su casa yo [ta,
a su prima doña Inés
haciéndome señas hoy,
y tan llena de alegría,
que tengo imaginación
que a Blanca no le ha pesado.

FÉLIX. Si Blanca me aborreció,
¿de qué quieres que se alegre?

ALBERTO. ¡Qué poco entiendes, señor,
esto de venir de Lima!

FÉLIX. No lo fué de mi prisión.
Daréle cuanto he traído
por un cabello, un favor,
de aquellas hermosas manos.

ALBERTO. ¿A quién, señor, no rindió
la viva fuerza del oro,
y más cuando ayuda amor?

FÉLIX. Bien dices. Algo merezco
sin el oro, ¡por quien soy!
Ausente está su marido,
o tenga valor o no,
que una desdicha no topa
cuando llega hasta el honor
en los méritos del dueño,
sino en que tuvo ocasión.
Pintar la desdicha a Apeles
Alejandro le mandó,
y pintándola sin ojos,
le preguntó la razón.
Porque no sabe a quién da,
dijo el célebre pintor,
pinté la Desdicha ciega;
que si viera, cierto estoy
que no diera al virtuoso,
ni al sabio, ni al que guardó
su honor, porque los tuviera
en alta veneración.

ALBERTO. Escucha, que está en la reja
doña Inés, y me llamó;
llega tú, que, por ventura,
Blanca estará con temor.

FÉLIX. ¿Hay dicha cómo la mía?
Rufino.

RUFINO. Señor.

FÉLIX. Adiós,
que tengo que hacer.

RUFINO. Ya entiendo.

(DOÑA INÉS, *en alto.*)

FÉLIX. Alba de mi claro sol,
¿podré hablaros?

INÉS. Con recato,
que ha poco que se partió
don Pedro. Seáis bien venido.

FÉLIX. Sí seré, pues hallo en vos
un ángel que ha de guiarme
al cielo de mi afición.

(*Salen* DON BERNARDO *y* LUCINDO.)

BERNARDO.

Hoy se partió don Pedro, como digo,
y el campo me dejó desocupado,
si bien, Lucindo, un imposible sigo,
y alas de cera opongo al sol airado.
Mientras me acerco, a más rigor me obligo;
pero estoy de su luz enamorado,
y quiero en ella arder, pues es consuelo
que siendo vida el sol, muero en el cielo.
Matando en Túnez Carlos Quinto a un moro,
le dijo, atravesado de la lanza:
"Ninguno ha muerto aquí con más decoro,
ni mayor honra de su muerte alcanza".
Lo mismo digo yo, si el sol que adoro
me mata, con la vida, la esperanza;
que si por ser de un rey es honra y fama,
a las manos del sol, mayor se llama.

LUCINDO.

¿En tantos años, don Bernardo, vive
de Blanca aquel antiguo pensamiento?

BERNARDO.

Este mi amor, como es verdad, recibe
con el tiempo veloz mayor aumento.
Lo que en la arena la memoria escribe,
deshace el agua o desparece el viento;
mas lo que en mármol conservar procura,
como es tan duro, eternamente dura.

LUCINDO. Parece que está en la reja
hablando un hombre.

BERNARDO. Sí, está.
¡Y después Blanca tendrá
de mi atrevimiento queja!

LUCINDO. Años ha que vi en Sevilla
este hidalgo forastero.

BERNARDO. Pienso que es un caballero
que vino aquí de Castilla.
Pasaba con un gobierno

a Indias; dióme cuidado
entonces...
INÉS. Gente ha llegado.
LUCINDO. Paréceme que a lo tierno
le dice amores a Inés,
¿y tráesme a ser su amante?
BERNARDO. Ninguna sombra os espante,
que éste ya sé yo quién es.
Mañana se irá de aquí.
INÉS. Don Félix, Blanca os adora;
don Pedro se parte agora,
vos la gozaréis por mí;
que quiero que me debáis
el fin de vuestro deseo.
FÉLIX. Si en tanta dicha me veo,
hoy la posesión tomáis
de más de treinta mil pesos.
INÉS. Otra mi codicia ha sido.
(Loca estoy, pues he fingido
de un ángel tales excesos.)
Venid cada noche aquí,
que yo os abriré la puerta.
FÉLIX. Veré la del cielo abierta,
y vos, un esclavo en mí.
INÉS. No habéis de ver dónde entráis,
que sin luz la habéis de ver.
FÉLIX. Sin luz, ¿cómo puede ser
donde tanto sol gozáis?
Que os prometo que llegó
donde su antípoda fuí,
que el del cielo, para mí,
nunca alegre amaneció.
Yo vendré, pues vos queréis
que a Blanca, sin verla, vea.
INÉS. (Vos veréis quien os desea,
y a quien no pensáis veréis.)
Adiós.
FÉLIX. A Blanca decid
que le traigo un alma de oro.
INÉS. Vos sois su mayor tesoro.
BERNARDO. En lo que pasa advertid.
LUCINDO. ¡Ah, Bernardo!, ¿dónde tiene
el honor seguridad?
BERNARDO. ¿Hay tanta facilidad?
Mas seguirle me conviene;
ver dónde posa y quién es.
FÉLIX. Estos nos miran.
ALBERTO. Sí harán,
que un forastero galán
los ojos lleva en los pies.
BERNARDO. ¡Bueno, el Veinticuatro parte!
Ojos, ¿es esto verdad?
¿En tan santa honestidad
halló amor industria y arte
para combatir a quien,
ni doncella, ni casada,
ha dado a mi amor entrada
la puerta de su desdén?
¡Ah, Lucindo! Un forastero
que mañana se ha de ir,
¿qué no podrá conseguir?
LUCINDO. El es galán caballero,
y vendrá cargado de oro.
BERNARDO. La vida le ha de costar,
que yo tengo de guardar
del Veinticuatro el decoro.
Don Pedro, en esto me fundo:
que lo que no es para mí,
no ha de ser, fuera de ti,
de ningún hombre del mundo.

(Vanse, y salen DON PEDRO, *de negro, y* MARTÍN.)

PEDRO.

Por aquí dicen que el divino Carlos,
el César de Alemania, español Júpiter,
que con mejores águilas se adorna,
el alto alcázar de la iglesia torna.
Aquí la quiero hablar, besar su mano,
por la merced del hábito, que dice
el duque de Alba que me ha hecho agora,
y admirar su grandeza soberana,
ilustre honor de tanta monarquía.

MARTÍN.

Aún no has querido descansar un día.
¿Qué te parece esta ciudad insigne?

PEDRO.

Que puede hacer a Tebas competencia;
que es un famoso monte de edificios,
en eterno cimiento fabricados;
que es madre de las armas y las letras,
donde florece agora Garcilaso,
divino Arquipetrarca del Parnaso.
¡Ay, si tuviera yo su vivo ingenio,
la constante dulzura de sus versos,
que no son versos donde no hay dulzura:
cómo escribiera yo, cómo cantara,
esposa de mis ojos, tu hermosura,
y al Apolo mayor desafiara!

MARTÍN.

Olvídate, por Dios, siquiera un hora;
perdone este consejo mi señora,
que me pesa de verte tan perdido.

PEDRO.

Antes no siento que perdí el sentido.

(Sale acompañamiento y el EMPERADOR *detrás.)*

MARTÍN.

El César viene.

PEDRO.

Aquí, al pasar, le espero.

EMPERADOR.

¿Quién sois?

PEDRO.

Don Pedro de Guzmán me llamo,
que, como Veinticuatro de Sevilla,
en estas Cortes a serviros vengo.

EMPERADOR.

Desde Túnez, de vos noticia tengo.

PEDRO.

A Vuestra Majestad, en la jornada
de Viena serví.

EMPERADOR.

Ya se me acuerda
lo que de vos me dijo el duque de Alba,
y no es justo que estéis sin premio alguno,
aunque sea al principio destas Cortes,
pues ya tenéis servido el merecerle.
¿Sois casado?

PEDRO.

En Sevilla estoy casado
con doña Blanca de Mendoza, hija
de don Sancho de Córdoba.

EMPERADOR.

No es justo
daros cargos de guerra, sino honraros
de una encomienda, la primera que haya;
pues del hábito os hice gracia entonces,
quede a vuestra elección el escogerla.

PEDRO.

El de Santiago, gran señor, os pido.

EMPERADOR.

Sois soldado; su espada habéis querido.

PEDRO.

Por la ciudad, señor, tengo que hablaros.

EMPERADOR.

Pues acudid mañana al duque de Alba.

PEDRO.

El cielo os guarde, como España pide,
para que vuestras águilas divinas
lleguen volando a los remotos Chinas.

(Entrese el EMPERADOR.*)*

¿Hay tal benignidad, hay tal modestia?

MARTÍN.

¡Por Dios, que obliga el César a adoralle!
¡Qué presencia real! ¡Qué lindo talle!
Beso la tierra en que las plantas puso,
y dóite el parabién del lagartazo
que ha de cruzarte desde brazo a brazo.
¡Pesia tal! Si volvemos a Sevilla
con el santo remiendo colorado,
¡vive Dios, que has de honrar aquel cabildo,
aunque él está de tal nobleza honrado,
y que me he de poner alguna cosa
que parezca a manera de encomienda!

PEDRO.

¿Estás loco, Martín?

MARTÍN.

Pues ¿no se ponen
una capa, unas calzas desechadas,
sin que por ello prendan ni castiguen?
Pues la primera cruz que tú deseches,
por hábito me pongo en todo un lado,
y un rétulo que diga: "Desechado".

PEDRO.

Mira que si en la corte das en eso,
te graduarán de loco.

MARTÍN.

¿Y será malo
comer entre señores de regalo,
decirles pesadumbres y frialdades,
y sacarles vestidos y doblones?
¿Es mejor estudiar altas razones,
celebrar las hazañas de sus padres,
imprimir sus grandezas cada día
y morirse de hambre entre paredes?

PEDRO.

Martín, sin memoriales no hay mercedes.

MARTÍN.

Quien calla y sirve, dicen que harto pide.
¡Dichoso el lisonjero o maldiciente
coronista de vicios de señores,
que no le cuesta nada aquella prosa,
"más helada que nieve Galatea"!
Pero, en efeto, lo que fuere sea.
Con bien llegamos. ¡Lindo agüero ha sido!

PEDRO.

Voy a escribir a Blanca mi fortuna.

MARTÍN.

Y yo a Leonor, sartén de mi deseo,
que de tu cruz he sido el cirineo.

(Vanse, y sale DON FÉLIX *con espada y broquel.)*

FÉLIX.

¡Oh, noche, que por sendas mal formadas
huyendo vienes del ligero día,
que desde el indio, por incierta vía,
te sigue, las espaldas enlutadas!
Esconde tus estrellas argentadas
para que llegue a ver la prenda mía,
que de mi atrevimiento desconfía,
las luces de sus ojos adoradas.
Hoy, con tu negra máscara pretende
la hermosura encubrir, por quien suspira
el alma que en su puro rayo enciende.
Más tiene amor mi dicha por mentira;
que no basta que goce lo que entiende,
pues no goza del bien quien no le mira.

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. ¡Ah, caballero!
FÉLIX. ¿Quién es?
LEONOR. Una esclava vuestra soy.
FÉLIX. Yo lo soy vuestro, y estoy,
en fe de serlo, a esos pies.
LEONOR. Tenéos, Félix, tenéos.
Entrad y venid tras mí.
FÉLIX. ¿Por adónde?
LEONOR. Por aquí.

(Salen DON BERNARDO *y* LUCINDO, *y otros dos que acompañen, con armas.)*

BERNARDO. ¡Abriéronle!
FÉLIX. Entrad, deseos.
LUCINDO. Entró; ¿qué hay más que aguardar?
BERNARDO. Aguardar, Lucindo, importa
a que salga.
LUCINDO. ¿Para qué?
BERNARDO. Para no quitar la honra
al dueño de aquesta casa.
¡Oh, mujer fácil y loca!
¿Será verdad que aquí entró,
Lucindo, un hombre a estas horas?
LUCINDO. No, sino el alba que andaba
entre las coles de Coria.
Yo, ¡por Dios, que, cuanto a mí,
que sacara el hombre agora
de los brazos desta infame,
que a tal marido deshonra!
BERNARDO. Seremos, de esa manera,
si la casa se alborota,
nosotros quien la infamamos.
LUCINDO. ¡Basta; paciencia te sobra!
BERNARDO. ¿No has visto un hombre, Lucindo,
que en alguna cosa topa,
y con el dolor no habla,
que el mismo mal le reporta?
Pues de esa manera estoy;
pase el dolor, que si goza
desta mujer esta noche,
yo sé que no venga otra.
¿Qué haré para no sentir?
LUCINDO. Irte a casa, pues que cobras
seso donde otros le pierden.
BERNARDO. Oye una invención famosa:
yo llego y llamo. ¡Ah de casa!
LEONOR. ¿Quién es?
BERNARDO. Dile a mi señora
doña Blanca que me envía
desde Adamuz, por la posta,
don Pedro con esta carta.
LEONOR. Venid mañana.
BERNARDO. No es cosa
que se pueda dilatar.
LEONOR. Duerme.
BERNARDO. Pues la carta toma.
LEONOR. Salid de presto, ¡por Dios!,
que doña Blanca se enoja
de que hayamos respondido;
y si a la reja se asoma,
ha de ver abrir la puerta.

(Sale DON FÉLIX.*)*

FÉLIX. ¿Qué bien, qué gusto, qué gloria,
como sea de la tierra,
sin sobresalto se goza?
BERNARDO. Teneos a la justicia.
FÉLIX. Tenido soy.
BERNARDO. ¿Cómo nombran
a vuesa merced?

FÉLIX. Don Félix
Manrique.
BERNARDO. ¿En qué entiende?
FÉLIX. ¿Importa?
BERNARDO. Diga.
FÉLIX. Vengo de un gobierno.
BERNARDO. ¿Y gobiérnanse las honras
de tan nobles caballeros
con salir a tales horas?
Venga a la cárcel.
FÉLIX. Señores,
¡por Dios, que no descompongan
tantas honras de una vez,
si el ser quien soy les provoca!
Yo traigo treinta mil pesos:
en ellos mañana pongan
los deseos y las manos,
pues es la distancia corta,
que mi posada es aquélla,
donde ayer a una fregona
o mulata desta casa
oí cantar cuatro coplas
de un romance de Castilla,
y así la voz me aficiona,
que confieso mi flaqueza;
ella me abrió, y estas bodas
he celebrado esta noche;
que ni he visto a su señora,
ni la conozco, ni quiero.
BERNARDO. ¿Hombre de vuestra persona
se prenda de una mulata?
FÉLIX. La voz, ¿a quién no enamora?
¿Es mejor un ruiseñor
que una negra ruiseñora,
y está en los grandes palacios
en jaulas que el oro adorna?
Demás que aquesta esclavilla
es, por lo moreno, hermosa,
tanto, que el sol de su ama
le puede servir de sombra.
BERNARDO. Ahora bien; pues si es ansí
que esta morena cantora
os obliga con sus gracias
y os rinde con sus lisonjas,
aquí podéis escoger,
señor, una de dos cosas;
porque no somos justicia,
sino deudos a quien toca
la honra del Veinticuatro.
FÉLIX. Decid.
BERNARDO. Consentir que os rompam
dos balas el pecho aquí,
de aquella armada pistola,
o dar palabra que luego
que amanezca, pues no estorban
negocios ni obligaciones
vuestra partida forzosa,
os partiréis de Sevilla;
que si el Veinticuatro torna
con bien, yo sé que la esclava
quedará libre y sin costas.
FÉLIX. Señores, si he de morir,
justo parece que escoja
el partirme de Sevilla;
pero un hombre que negocia
su plata, tenga dos días.
BERNARDO. No le han de dar ni dos horas.
FÉLIX. Basta; yo doy la palabra.
BERNARDO. Y yo fío, que os importa
la vida el no la quebrar,
que haréis las palabras obras;
porque en la contratación,
en la plaza y en la lonja,
os darán de puñaladas.
FÉLIX. Aquí se acabó mi historia.
Blanca, no temo mi muerte;
temo que pierdas la honra
del Veinticuatro y la tuya;
que mi vida poco importa.

ACTO TERCERO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL

DON BERNARDO.
DON SANCHO.
DON PEDRO.
DON FÉLIX.
DOÑA BLANCA.
DOÑA INÉS.
MARTÍN.
LEONOR.
LUCINDO.

(DON FÉLIX y ALBERTO, *de camino.*)

FÉLIX. Con haber pasado, Alberto,
al claro Guadalquivir,
pienso que he tomado puerto;
aunque ¿dónde puede ir
un hombre después de muerto?
Temiendo el justo castigo
de un poderoso enemigo,
de todo mi bien me alejo.
¡Ay, Blanca, que no te dejo,
pues que te traigo conmigo!
¡Ay, celestial hermosura!,
¿de qué sirvió la ventura
de gozarte, aunque sin verte?

¿Cómo he temido la muerte?
¿Quién la vida me asegura?
Que si tengo de morir
a las manos de tu ausencia,
no la pudiendo sufrir,
mejor fuera en tu presencia,
que no el alma dividir.
La que entre los dos había,
¿cómo, señora, podía
dividirse sin la muerte,
que, en fin, no tengo de verte?

ALBERTO. Mira que se pasa el día,
y habemos de caminar
como si quieres llegar
a Córdoba aquesta noche.

FÉLIX. Gente se apea de un coche.

ALBERTO. Ya tendrás con quién hablar;
que aquesta imaginación
loco te quiere volver.
¿Si son damas?

FÉLIX. Hombres son.

(Salen DON PEDRO, *de camino, con un hábito de Santiago, y* MARTÍN.)

PEDRO. Di que me den de comer.

FÉLIX. ¡Qué gentil disposición!

MARTÍN. Ya lo tendrá aderezado
ese galgo que salió
rayando el alba.

PEDRO. Hanme dado
aires de Sevilla.

MARTÍN. ¿Y yo,
soy barro?

PEDRO. Bien seáis hallado.

FÉLIX. Y vos, señor, bien venido.
¡Lindo talle!

ALBERTO. ¡Maravilla!

PEDRO. ¿De dónde bueno?

FÉLIX. He salido
esta noche de Sevilla.

PEDRO. Fuérades mejor servido
si fuérades hacia allá.

FÉLIX. Bésoos las manos.

PEDRO. Comed
conmigo.

FÉLIX. Pártome ya.

PEDRO. Hacedme tanta merced,
que pienso que a punto está.

FÉLIX. Voy con alguna tristeza.

PEDRO. Así la divertiréis.
Martín, da prisa.

MARTÍN. Ahora empieza
a asar el perro.

FÉLIX. Tenéis
escrita en vos la nobleza.
Perdonad, si no recibo
la merced. Yo voy sin mí,
y de tanto bien me privo,
que desde Sevilla aquí
no he comido, ¡por Dios vivo!

PEDRO. Por eso me habéis de hacer
esta merced y favor.

FÉLIX. Ya me es fuerza obedecer.

PEDRO. Mas qué, ¿son lances de amor?

FÉLIX. ¿En qué lo echastes de ver?

PEDRO. Voy también enamorado,
puesto que voy más contento.

FÉLIX. Yo dejo el bien que he gozado.

PEDRO. Yo voy a gozarle, y siento
el veros ir lastimado.
Que a cuantos veo quisiera
repartir de mi alegría,
y que ningún hombre hubiera,
como es tan grande la mía,
que sin tenerla estuviera.
Alegraos, que donde vais
otro sujeto hallaréis,
pues no es propio el que dejáis.

FÉLIX. Mis tristezas ofendéis
con pensar que me alegráis.

PEDRO. ¡Por Dios, que gusto de oíros,
en parte!; que es tal mi amor,
que estoy para osar pediros,
mientras con tanto rigor
dáis por Sevilla suspiros,
me contéis vuestro suceso;
porque, como quiero bien,
que os agradezco os confieso
esa fineza.

FÉLIX. Es por quien
merece mayor exceso.

PEDRO. Mientras nos dan de comer
podremos entretener
el tiempo en nuestros amores.

FÉLIX. Vuestros corteses favores
me obligan a obedecer.

PEDRO. También yo sé que quien ama,
para contar de su dama
la privanza o el desdén,
cuando no hay hombres a quién,
a las mismas piedras llama.

FÉLIX.

Yo soy un caballero de Castilla,
que don Félix Manrique me apellido;
para pasar el mar vine a Sevilla

con un gobierno, que mi muerte ha sido:
un ángel, de los hombres maravilla,
con dulces ojos cautivó mi olvido;
mi amor le dije, y respondió que amaba;
así era firme, y obligada estaba.
  Partíme triste, y por sus ojos juro,
porque a no ser verdad no los jurara,
que en tres años mi amor vivió tan puro
como si la sirviera y la gozara;
volví cargado de oro, y no seguro,
que por poco la vida me costara;
porque, alterado el mar, vi su elemento
mojar el sol y penetrar el viento.
  Entre el ¡bota a babor!, ¡alarga! y ¡vira!,
rasgándose las jarcias y motones,
pensaba yo en pederla. ¿A quién no admira
que tenga amor tal fuerza en sus pasiones?
Con esta imagen, ídolo y mentira,
volvió a correr con nuevas guarniciones
el caballo del mar, cisne de pino,
por nubes de agua, el líquido camino.
  Llegué a Sevilla haciendo confianza
del oro que adquirí para servilla;
hallé que era casada, y mi esperanza,
muerta en los brazos de la misma orilla;
pero desta tormenta fué bonanza
su marido, que, fuera de Sevilla,
dió lugar a mi nuevo pensamiento,
y el oro, a mi valor, merecimiento.
  Fiada, pues, en una prima suya,
abrió su puerta y pecho, y fuí dichoso;
mas ¿qué alegría, amor; qué gloria tuya,
trágico fin no la cubrió celoso?
Salgo a la calle; aquí no sé si arguya
que era galán o deudo, que curioso
la rondaba la calle escura y sola,
un bravo que me apunta una pistola.
  Fuera temeridad sacar la espada
entre bocas de fuego y mucha gente;
diles para disculpa, mal pensada,
que entré no por amor, que fué accidente,
porque oyendo cantar en mi posada,
que estaba de su ilustre casa enfrente,
una esclava, le dije, aficionado,
que trocase a un vestido mi cuidado.
  Esta dije que vi; pero quisieron
que les diese palabra que me iría
de Sevilla, y la di, porque dijeron
que antes saliese que saliese el día.
Fuíme a Sanlúcar, donde al fin me dieron
cartas en tal pesar tanta alegría,
que he estado cuatro meses como preso
llorando celos y perdiendo el seso.
  Dos noches, en el tiempo que refiero,
vine a verla secreto y disfrazado
en hábito de pobre marinero,
donde también la he visto y la he gozado;
mas la segunda, el necio caballero,
que debe de vivir desesperado,
con otros tres, me dió tantas heridas,
que me matara, a no tener dos vidas.
  Mirad, señor, si es justa mi tristeza;
mirad si siento mi desdicha en vano
por la más alta y celestial belleza
que puso el cielo en alma y cuerpo humano.
El deciros quién es no era nobleza;
que, en fin, sois caballero sevillano;
basta, sin ofender las cosas dichas,
haber sido cortés de mis desdichas.

PEDRO. Por cierto que me ha pesado,
don Félix, vuestro suceso,
y que de oíros confieso
que he quedado aficionado.
  Fuera de la obligación
en que pone vuestro talle,
y puesto que el nombre calle
vuestra mucha discreción,
  de la dama referida,
os querría suplicar
que no os vais con tal pesar
a pasar tan triste vida.
  Yo soy hombre poderoso
en Sevilla, y, como veis,
mancebo, con quien podréis
vengaros de ese celoso.
  Volved conmigo a Sevilla,
y gozad esa mujer,
que a sus ojos lo ha de ver
el necio que os acuchilla.
  ¿Está ahora en la ciudad
su marido?
FÉLIX. No, señor.
PEDRO. Pues ¡cuánto os será mejor
que ir con tanta soledad,
  volver donde la gocéis,
y veréis también mi dama,
que por dicha, por la fama
de hermosa la conocéis.
  Tendréis dos grandes terceros
en los dos, y en mí un amigo
del alma.
FÉLIX. A vuestros pies digo
que sois de los caballeros
  de Sevilla ilustre honor.
PEDRO. Yo me llamo don Martín

de Silva; soy hombre, en fin,
desta condición y humor,
que daré vida y hacienda
a un forastero, y no quiero
que, por verle forastero,
ningún cobarde le ofenda.
Vamos con secreto allá,
hasta que sepa quién es.

FÉLIX. Déjame echar a esos pies.

PEDRO. El silencio importa ya.
Un caballo tomaré,
que traigo aquí, regalado,
y, por entrar disfrazado,
coche y gente dejaré.
No comamos, que no quiero
que éstos sepan dónde voy.

FÉLIX. Loco de contento estoy.
Sois Silva, que basta.

PEDRO. (Hoy muero.
No sé cómo, de turbado,
acierto a hablar.) Solamente
es fuerza que, de mi gente,
llevemos aquel criado.
Martín.

MARTÍN. Señor.

PEDRO. Oye aparte.
A mí me han muerto, Martín.

MARTÍN. ¿Qué dices?

PEDRO. Que hoy es mi fin.

MARTÍN. Desde que vi desnudarte,
algún mal imaginé.

PEDRO. Cosas de tu ama son.

MARTÍN. ¡Qué necia imaginación!

PEDRO. Si lo fué, yo lo sabré.
Dame el caballo y ensilla
tu mula.

MARTÍN. Pues, ¿sin comer?

PEDRO. Sí; que éste no ha de saber
quién soy, aquí ni en Sevilla.
Don Martín de Silva he dicho
que me llamo; mira bien
no yerres.

MARTÍN. Algún vaivén
te ha desquiciado el capricho.

PEDRO. ¡Vive Dios, que me ha ofendido
Blanca!

MARTÍN. ¡Miente, vive Dios,
quien lo dice!

PEDRO. ¡De los dos
tomaré venganza!

MARTÍN. ¿Ha sido
verdad, o imaginación?

PEDRO. Verdad.

MARTÍN. ¿Cómo puede ser
que tan principal mujer
se atreviese a tu opinión,
y más teniendo experiencia
tú de sus costumbres graves?

PEDRO. Calla, necio, que no sabes
los peligros de la ausencia.

MARTÍN. Siendo así, ¿qué hará Leonor?
¡Vive Dios, que he de matalla!

PEDRO. Ensilla el caballo, y calla.

MARTÍN. Yo voy.

PEDRO. Don Félix.

FÉLIX. Señor.

PEDRO. Poneos a caballo luego,
mientras me sacan el mío.

FÉLIX. En vuestras manos confío
mi vida.

ALBERTO. ¡Que estés tan ciego
que te vuelvas!

FÉLIX. ¿Qué aventuro?

ALBERTO. Algún desdichado fin.

FÉLIX. Pues, necio, ¿con don Martín
de Silva no voy seguro?

(DON PEDRO, *solo.*)

PEDRO. Pensamiento desdichado,
solos quedamos: pensemos
qué venganza tomaremos
del honor que me han quitado.
Pero, ¿si me han engañado?

(*Saque unas cartas.*)

Cartas de Blanca, salid,
y lo que sabéis decid;
traiciones son sus favores;
amor, sus falsos amores
que los rompa permitid.

(*Rómpalas.*)

¡Oh, qué mal hice en romper,
no sabiendo la verdad,
el libro de su lealtad!
Volverlas quiero a coger.
Aquí dice: "Tu mujer".
¡Oh, qué bien están rompidas
mentiras tan bien fingidas
y tan engañosa fe!
Pues ¡más que letras rasgué
tengo de quitarle vidas!
¿Es posible que paciencia
tengo en tanta desventura?
Bien temí, de tu hermosura,

los peligros de la ausencia.
Pues ¿no ha de haber diferencia
de mujeres principales
a aquellas que no son tales?
Sí ha de haber; esto es amor,
que, amando cualquier temor,
hace las cosas iguales.
Perdóname, Blanca mía,
que no ofenden tu inocencia
los peligros de la ausencia,
por más que el honor porfía.
Engaños hay cada día
que engendran estos recelos;
guarden tu vida los cielos,
que no es de maridos sabios
querer gradüar de agravios
las licencias de los celos.
Mas, ¿cómo me persuado
con tanta facilidad?
Sí, porque su honestidad
merece crédito honrado.
Pero si antes de casado
me quiso, fácil sería;
mucho yerra, aunque confía,
doncella que se enamora,
pues vengo a pensar agora
la liviandad que tenía.
Pero no haya más cuidados,
que hasta confirmar indicios
es suspender los juicios
prudencia de los casados.
Mas, casos tan declarados,
con señas, prima, posada
y competidor, ¿no es nada?
¡Muera Blanca, y muera en mí,
que aun quisiera desde aquí
llevar desnuda la espada!

(Vase, y salen Don Bernardo *y* Doña Blanca.*)*

Blanca.

Es mucho atrevimiento.

Bernardo.

No os parezca que soy tan atrevido
que lo imposible intento;
que si hasta aquí vuestra virtud lo ha sido,
ya por vicio me anima,
que no se ha de estimar quien no se estima.

Blanca.

Pues ¿qué lenguaje es ése
con mujer de mis prendas? ¿Estáis loco?

Bernardo.

Por mucho que lo fuese,
a no ser vuestro crédito tan poco,
no creáis que llegase
a estado que el respeto me faltase.
Pero cuando una dama
de vuestras prendas, Blanca, y nacimiento
se aventura a su fama,
disculpa todo ajeno atrevimiento,
pues no es tan justa cosa
ser cruel para mí quien es piadosa...
¿Es mejor caballero
que yo don Félix? ¿Esto puede el oro?
¿Esto el ser forastero?
¿No ha tres años, y más, que yo os adoro?
Y, después de casada,
de mí habéis sido honestamente amada.
¿No he tenido respeto
al Veinticuatro, sin osar hablaros,
mirándoos sólo a efeto
de daros a entender que quiero amaros,
sin premio ni esperanza,
hasta que he visto en vos tan gran mudanza?
Pues ¿qué locura ha sido
entrar en vuestra casa desta suerte?

Blanca.

El ver que habéis perdido
el seso, don Bernardo, me divierte,
en lástima tan justa,
que apenas ya mi agravio me disgusta.
¿Qué don Félix es éste?
¿Qué forastero y oro? Id en buen hora,
y no aguardéis que os cueste
la vida la locura con que agora
de aquesta casa en mengua
infama mi valor vuestra vil lengua.
¡Inés, prima, criados!

(Salen Doña Inés *y* Leonor.*)*

Inés.

¿Tú das voces, señora? Pues ¿qué es esto?

Blanca.

¿Caballeros honrados
hacen estas locuras? ¡Salid presto!
Mas yo la culpa he sido
de que fuérades vos tan atrevido;
que si yo hubiera dado
cuenta a don Pedro deste pensamiento,
ya hubiera castigado

con la espada tan loco atrevimiento.
Pero él vendrá a Sevilla,
acabadas las Cortes de Castilla. *(Váyase.)*

INÉS.

Pues ¿cómo habéis llegado,
don Bernardo, a esta casa descompuesto?
¿De dónde habéis tomado
tan gran atrevimiento? ¡Salid presto!

LEONOR.

¿Quieres que llame gente?

BERNARDO.

¡Paso, señora; Inés, detente!

INÉS.

Que no hay detenimiento.
Salga vuesa merced.

BERNARDO.

Oíd, os ruego.

INÉS.

¡Salid! Salga al momento,
o, ¡por el agua de la mar, que luego,
aunque mujer me mira,
saque las armas que nos dió la ira!

BERNARDO.

Yo no he sido atrevido
con doña Blanca, ni jamás perdiera
el respeto debido
al valor desta casa, si no viera
entrar en ella un hombre,
de quien ya sabe que le dije el nombre.
En esta misma puerta,
por muerto le dejé con mil heridas.

INÉS.

¡Ay, triste! ¡Yo soy muerta!

LEONOR.

Disimula, señora.

INÉS.

No me pidas,
en tanto mal, que calle.
¿Hombre a esta puerta?

BERNARDO.

Y hombre de buen talle.

INÉS.

Idos, ¡por Dios!, agora,
que esas cosas no son de caballero.

LEONOR.

¿A ver a mi señora
hombre del mundo?

BERNARDO.

Indiano y forastero;
no os hagáis inocentes.
¡Ay del honor de los que están ausentes;

INÉS.

Lástima os he tenido.

LEONOR.

¿Hay testimonio igual?

INÉS.

¡Está sin seso!

BERNARDO.

De no le haber perdido;
pero no os espantéis, si ha sido exceso,
viendo que en una casa
tan principal, tan grande infamia pasa.
Por lo menos me vengo
en que a don Félix le quité la vida;
y pues venganza tengo
de don Pedro también Blanca, perdida,
y él sin honra, ¿qué aguardo?
¡Hoy, Blanca, te aborrece don Bernardo!
Hoy te deja, hoy te infama,
hoy te desprecia, y del haberte amado
se arrepiente y desama.
Tu fácil hermosura, ¿a qué ha llegado?
A venderse por precio
del oro indiano a un forastero necio.
¡Vive Dios, de no amarte
eternamente, por tan gran bajeza!
No supiste guardarte
del oro, aunque de amor tanta belleza
libraste muchas veces;
no sé si eres mujer, mujer pareces. *(Vase.)*

LEONOR.

¿Qué te parece desto?

INÉS.

Estoy sin mí, Leonor.

LEONOR.

¡Todo se sabe!

INÉS.

En confusión me ha puesto
que doña Blanca, una mujer tan grave,
inocente, padezca;
no hay pena que mi culpa no merezca.
Mas ¿qué mayor castigo
que ser don Félix muerto? ¡Ay, vida mía!
¡Murió! Yo soy testigo,
pues no le he visto más desde aquel día
en cuya noche triste
tantas espadas a la puerta oíste.
¿Qué haré, que como loca
quisiera dar mil voces? Justamente
su muerte me provoca,
y el ver que doña Blanca esté inocente.
¡Oh, cuántos males nacen
de un yerro, amor, que tus locuras hacen!
¡Maldito sea el deseo
que me obligó para intentar el daño
que en esta casa veo,
pues ha de resultar de un necio engaño
su perdición y mía!
¡Mal haya, ausencia, quien de ti se fía!

(Salen DON PEDRO *y* MARTÍN.)

PEDRO. Bien queda trazado ansí,
y don Félix, con secreto,
encerrado hasta la noche.
MARTÍN. No llegues con tal silencio.
LEONOR. ¡Ay, señora, mi señor!
Voy a decirlo corriendo.
INÉS. ¿Es don Pedro?
PEDRO. ¡Prima mía!
INÉS. Pues ¿vos tan solo? ¿Qué es esto?
PEDRO. Por ver a Blanca, he dejado
coche y gente.
INÉS. ¿Venís bueno?
PEDRO. ¿No lo veis?
MARTÍN. ¿Para Martín
no hay algún poco de pecho?
INÉS. ¿Cómo estás? ¿Cómo has venido?
MARTÍN. ¿Cómo estoy? ¿Cómo he venido?
Cuanto a estar, estoy en casa;
cuanto a venir, de Toledo.
PEDRO. (Temblando estoy de pisar
los infames aposentos
teatro de mi deshonra.)

(Salen BLANCA *y* LEONOR.)

BLANCA. ¿Tu señor? ¿Qué dices?
LEONOR. Creo
que te parece imposible.
LEONOR. Blanca viene.
BLANCA. ¡Mi don Pedro!
¡Mi bien! ¿Con silencio tanto?
PEDRO. Blanca, por verte más presto
dejé en Peñaflor mi gente.
BLANCA. ¡Cuál me ha tenido este tiempo
tu ausencia! ¡Ay, queridos brazos!
Que siglos ha que carezco
deste descanso, que solos
sois mi verdadero centro.
PEDRO. ¿Quién se ha visto en tal estado?
BLANCA. Perdona, mi dulce dueño,
que por miraros la cara
no os había visto el pecho.
PEDRO. ¡Si tú me le vieras, Blanca!
BLANCA. Por muchos años y buenos.
¡Qué bien os está la cruz!
PEDRO. La que de mi estado tengo
no puede estarme más mal.
Esta, Blanca, me dió en premio
de mis servicios el César;
presto encomendar espero,
mas no mi honor a quien ya
en tal deshonor le ha puesto.
MARTÍN. Si ya has rezado a la cruz
de mi señor, y merezco
tu favor, pues tienes dos,
que me des un pie te ruego,
que yo te le volveré.
BLANCA. ¡Oh, Martín, alza del suelo!
MARTÍN. No me mandes levantar
sin que me tapes primero
la boca con un chapín.
BLANCA. Levántate. ¿Vienes bueno?
MARTÍN. Bueno y discreto, señora;
que he aprendido a ser discreto
en la corte.
BLANCA. Dices bien,
porque no hay mejor maestro.
¿Qué hay de nuevo por allá?
MARTÍN. Hay nuevo, ser todo nuevo,
y es tanta la novedad,
que apenas hay hombre viejo.
BLANCA. ¿Guardásteme la palabra?
MARTÍN. Señora, agravio me has hecho
y a don Pedro, mi señor.
BLANCA. Una ausencia toda es celos.
¿Hay mujeres muy hermosas?
MARTÍN. Muchas; pero fué tan cuerdo
tu esposo, que a los demás
ha quedado por ejemplo.
En hacer joyas y galas
para ti pasaba el tiempo,

y en estudiar tus papeles,
y luego escribirte versos.

BLANCA. No me ha enviado ninguno.

MARTÍN. Teme que no has de entenderlos;
como a lo moderno escribe...

BLANCA. Señor don Pedro, ¿qué es esto?
¿Suspenso y recién llegado?

PEDRO. No estoy, mis ojos, suspenso;
y si lo estoy es del gusto
de verte.

BLANCA. Venid, que quiero
enseñaros vuestros hijos,
pues no preguntáis por ellos.
Ven, Inés, a sacar ropa
limpia al Veinticuatro.

INÉS. Temo
de su tristeza algún mal.

(Vanse BLANCA *y* DOÑA INÉS.)

LEONOR. ¿Cómo no habla, mancebo?

MARTÍN. Señora Leonor, no hablo
por tres cosas.

LEONOR. Diga presto.

MARTÍN. La primera, porque estoy
sin gusto. ¿Entiende?

LEONOR. Ya entiendo.

MARTÍN. La segunda, por faltarme
voluntad.

LEONOR. Así lo creo.

MARTÍN. La tercera...

LEONOR. No la diga,
que viene muy majadero
de la corte.

MARTÍN. Si lo fuí,
lo que llevaba me vuelvo.

PEDRO. ¿Tampoco tú disimulas?

MARTÍN. ¡Vive el cielo que no puedo!
¡Morir tiene aquesta galga!

PEDRO. Habla bajo, y entra dentro;
no entiendan como culpados,
que cualquiera movimiento
presumen que es el castigo.

MARTÍN. Voy.

PEDRO. Perdido estoy, ¡ay, cielos!

PEDRO.

¡Oh, ausencia, quién pintara lo que siente
de tu traición! ¡Oh, madre del olvido,
en quien perdió su honor el más valiente
y se alabó que le venció el vencido!
En ti padece el príncipe excelente
la vil murmuración, y es ofendido
el ministro, de sátiras injustas,
de santas obras y costumbres justas.

En ti se desvergüenzan los criados
del dueño más ilustre y poderoso;
róbanse las haciendas, los estados,
y el más pagado amor duerme celoso.
En ti yacen por tierra derribados
los altos edificios, y en el foso
de la mayor ciudad las hierbas nacen
que, prado verde, las ovejas pacen.

Por ti falta a su honor la recogida
doncella y el más firme y leal amigo;
la muerte es una ausencia de la vida,
y tú, de todos el mayor castigo.
No tienes rostro, aunque eres homicida;
eres espaldas toda, pues contigo
perdí mi honor, que si por ti no fuera
ni Blanca me olvidara ni ofendiera.

¿En cuál prisión de Argel, en cuáles baños
del turco más feroz, en cuál infierno
puede haber confusión, puede haber daños
que igualen juntos mi dolor eterno?
Casa de deshonor, casa de engaños,
falta de honestidad y de gobierno,
que a las más viles en bajeza excedes,
yo lavaré con sangre tus paredes.

Si pudieran hablar, ¿qué me dijeran
de infamias, desatinos y locuras?
Ya pienso que hablan, pero bien pudieran
destos pintados cuadros las figuras.
Todas me infaman, y mi pecho alteran;
pues morirán también, aunque seguras;
porque no ha de quedar, aunque pintado,
testigo de su afrenta al que es honrado.

Morirá doña Inés, pues será cierto
ser cómplice con Blanca en el delito;
merezca pena igual quien le ha encubierto;
que ni disculpa ni perdón permito.
La esclava infame en el proceso abierto
ya tiene el nombre y el castigo escrito.
¡Oh siempre no excusados enemigos,
del bien azares y del mal testigos;

Blanca, entre estas sentencias, ¿cuál te espera?
Aquí mi necio amor tiene la espada.
Su deslealtad, su infamia considera,
y que me tiene el alma lastimada.
Haz cuenta, amor, que matas una fiera,
no aquella Blanca que de ti fué amada;
no mires su hermosura, huir procura,
que ha hecho mil cobardes la hermosura.

No te acuerdes, memoria, de los gustos;
sólo me representa los agravios;
mira el honor, que en tiempo de disgustos

no miran gustos los que nacen sabios.
Es discreción en casos tan injustos
abrir los ojos y cerrar los labios.
¡Hijos!, no detengáis mi empresa honrada;
mas ayudadme a desnudar la espada.

(Vase, y salen Don Bernardo *y* Don Sancho.)

Bernardo. ¿Fuera de Sevilla a mí?
En confusión me habéis puesto.
Sancho. Sabréis, don Bernardo, presto
para lo que os traigo aquí.
Bernardo. Yo pienso que desta vez
desdichas me vuelven loco.
Sancho. Alejémonos un poco
de la puerta de Jerez,
porque quiero que en Tablada
sepáis el intento mío.
Bernardo. ¿Parece que es desafío?
Sancho. Sí es, pues saco la espada.
Bernardo. Pues ¿vos para mí, señor,
que tan vuestro siempre he sido?
Sancho. Vos me tenéis ofendido.
Bernardo. ¿Yo?
Sancho. Vos, pues, y en el honor.
Bernardo. Mirad que os han engañado.
Sancho. Engaño o no, sacaréis
la espada, y luego veréis
cómo muere el que es honrado.
Bernardo. Mirad que os tengo respeto,
y que parece muy mal
en edad tan desigual.
Sancho. No os tengo por tan discreto
que me aconseje con vos;
Sacad, Bernardo, la espada,
porque mi honra agraviada
ya se queja de los dos:
de mí, porque no os he muerto;
de vos, pues no os defendéis.
Bernardo. ¿La causa no me diréis
que os fuerza a tal desconcierto?
Sancho. Mi hija Blanca me ha escrito
que la habéis solicitado
en ausencia de don Pedro,
y con testimonios falsos,
a imitación de Tarquino,
aquel infame romano
de quien se queja la sangre
de Lucrecia al cielo santo.
No sois vos tan poderoso
que me sea necesario
juntar mis deudos; que yo
para castigaros basto.
Y porque buenos jueces
han de ser de muchos años,
me manda el honor a mí,
y aun el cielo, castigaros.
Hoy entrastes en su casa,
y porque su pecho casto
para el vuestro deshonesto
halló en su virtud reparo,
entre mil infamias necias
le dijistes que habéis dado
la muerte a un cierto don Félix,
caballero castellano
que con el oro de Chile
venció su honor, reparando,
como buen amigo ausente,
la honra del Veinticuatro.
Yo soy su suegro y soy padre
de doña Blanca. Entretanto
que viene, su honor me toca,
que no al galán, don Bernardo,
que defender y ofender,
como tan grandes contrarios,
son como decir y hacer,
que no comen en un plato.
¿Paréceos que tengo causa
bastante para mataros?
¿No es mejor que yo me pierda,
que he vivido tantos años,
que no don Pedro, a quien dió
un hábito de Santiago
el César, y a quien su esposa
aguarda abiertos los brazos?
¿No es mejor que sus tres hijos
gocen? ¿Qué aguardáis? Ya esta-
donde pondrá la verdad [mos
lo que faltaren mis manos.
Bernardo. Tened el valiente acero
y las palabras, don Sancho,
pues venís como júez,
y la ley se os ha olvidado,
de oír las partes primero
que déis la sentencia.
Sancho. Estando
tan cierto de lo que digo,
ninguna respuesta aguardo.
Bernardo. Si os probase que es verdad
que éste don Félix ha entrado
de noche en casa de Blanca,
con tres testigos o cuatro,
¿quedaréis contento?
Sancho. No,
porque de falsos hay tantos,
que no está seguro un hombre

aunque tenga órdenes sacros.
BERNARDO. ¿Y si vos los conocéis
y os muestran que fué tan claro
como el sol?
SANCHO. Si los conozco
y verdaderos los hallo,
antes que venga don Pedro
pondré sus hijos en salvo,
y ésta en el cuello de Blanca;
que nací Córdoba y Haro.
BERNARDO. Así lo creo de vos,
y venid conmigo.
SANCHO. Vamos.
Ya voy turbado de ver
que aquéste no se ha turbado.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Pero ¿de qué me acobardo?
¿No es Blanca mi hija? Sí.
Pues no hay que temer agravio.

(Vanse, y salen DON PEDRO *y* MARTÍN.)

PEDRO. Ensilla presto, Martín.
MARTÍN. Discreto ha sido el enredo.
PEDRO. Pues ¿cómo ausentarme puedo
y dar a mi intento fin,
si no es con esta invención
para que don Félix venga
y el justo castigo tenga
Blanca de tan vil traición?
MARTÍN. Mira que sale.

(Salen DOÑA BLANCA *y* DOÑA INÉS.)

BLANCA. Señor,
pues ¿sin descansar siquiera
una noche, y la primera
que os merece tanto amor,
os volvéis de aquesta suerte?
PEDRO. ¿No habéis, señora, sentido
cómo en Carmona ha reñido
mi gente y que ha dado muerte
Mendoza a Vasco, aquel paje
que vuestro padre me dió?
BLANCA. ¿Que Mendoza le mató?
PEDRO. (¡Oh, infamia de tu linaje!
Presto se dirá de mí
que de veras te maté.)
En fin, sobre el juego fué.
Como yo no estaba allí,
hanle preso y embargado
el coche y cuanto traían,
dos cargas en que venían
las galas que os he sacado:
dos cadenas de diamantes
y dos joyas. ¡Presto, ensilla!
¡Que por venir a Sevilla
y por abrazaros antes
que supiésedes de mí,
esto me haya sucedido!
MARTÍN. Ya está todo prevenido.
PEDRO. Adiós, adiós.
BLANCA. ¡Ay de mí!
¿Qué desdicha es ésta, Inés?
INÉS. ¡Dejar solos los criados
y el juego!
BLANCA. Más desdichados
sucesos temo después.
Poco amor me ha parecido.
INÉS. Mañana podrá volver.
BLANCA. Ausencia y propia mujer,
¡qué presto engendran olvido!
INÉS. Pues ¿ha de perder su hacienda
y dejar preso a Mendoza?
BLANCA. Quien ama, Inés, y no goza,
algo tiene que le ofenda.
En mal punto fué a Toledo.
Su discreción y hermosura
le ha puesto en esta locura.
INÉS. Amor, Blanca, todo es miedo.
Pero no hay de qué temer,
que el Veinticuatro te adora.
BLANCA. Inés, de ausencia de un hora (1)
Pedro venía a abrazarme,
y de tanto tiempo agora (2)
ha vuelto para dejarme.
Tú verás cómo ha traído
alguna mujer.
INÉS. No creo,
de la virtud que en él veo,
en tanto amor tanto olvido,
y un hombre que allá trató
cosas de tanta importancia...
BLANCA. No hay lealtad donde ha distancia.
Pedro vino y me abrazó,
los brazos, Inés, caídos,
y un hombre que en los abrazos
tiene caídos los brazos,
lejos tiene los sentidos.
Sin esto, no preguntó
por sus hijos, ni aun hablaba
en la cruz que le adornaba

---

(1) Falta el último verso de esta redondilla.
(2) Falta un verso, antes o después de éste para la redondilla.

el pecho que me negó.
Como eso en ausencia pasa;
de que yo presumo, Inés,
que fué a traer la de Uclés
y dejar la de su casa.
Si ya no es uso andaluz
de los nobles que prefieres
el no abrazar sus mujeres
por respeto de la cruz.

INÉS. Diciendo estás desatinos.
Entrate, Blanca, a acostar,
haré la casa cerrar.

BLANCA. ¿Agora nuevos caminos?
Que por más que amor intente,
y tú mis celos reportes,
no se acabaron las Cortes,
pues está don Pedro ausente.
Y mi temor se resuelve,
que en la corte se ha quedado;
que no puede haber llegado
quien cuando llega se vuelve.
El cielo me dé paciencia,
pues pude y no le seguí;
que entonces no conocí
los peligros de la ausencia.

(Vase.)

INÉS. Tales mis desdichas fueran.
Mañana vendrá su esposo,
que presto a un pecho celoso
vanas sospechas le alteran.
¡Ay de males incurables,
yerros de locas mujeres!

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. ¿Sola estás?

INÉS. Leonor, ¿qué quieres?

LEONOR. Nuevas te traigo notables.
Con invenciones de amor,
que siempre se vale dellas,
hoy dijo aquí don Bernardo
que Blanca a don Pedro afrenta.

INÉS. Si entró don Félix aquí,
y piensa que habló con ella,
habiendo estado conmigo,
¿cúya ha sido la cautela?
¿Qué te espantas que lo diga?

LEONOR. Con ese engaño se ciega;
pero en decir que mató
a don Félix, cosa es cierta
que miente, pues está vivo
y a tu puerta haciendo señas.

INÉS. Ciertas fueron las heridas;
que el no llegar a la reja
en tanto tiempo, Leonor,
claro está que fué por ellas.
¡Qué ventura fué tan grande
para verle en esta pena
no estar don Pedro en Sevilla!
Baja, Leonor, a la puerta;
iréme yo a disfrazar.

LEONOR. Mata las luces y entra
a fingirte doña Blanca.

INÉS. Antes de abrirle, ten cuenta
no sea alguna invención.

LEONOR. No me tengas por tan necia.

(Vanse, y salen DON PEDRO *y* MARTÍN.*)*

PEDRO. ¡Qué bien le traigo engañado!

MARTÍN. Haciendo piernas pasea
la puerta de nuestra casa,
y a las rejas hace señas.
Bien dijistes que era Blanca,
y te confieso que apenas
lo creo y lo estoy mirando.

PEDRO. Martín, este necio llega
a su muerte, y no es sin culpa,
que aunque en ausencia me ofenda,
no ha de ignorar de qué suerte
tales casas se respetan.
Cuando con Leonor, mi esclava,
bajos amores tuviera,
le diera la misma muerte.
Siempre tengo de las puertas
llave para mí. Esta traigo.
¡Ay dél si por ellas entra!

MARTÍN. Pienso que abrirle no quieren,
que a nosotros vuelve.

PEDRO. Vuelva,
que aunque el honor me da prisa,
dice amor que me entretenga.

(Sale DON FÉLIX.*)*

FÉLIX. ¿Es don Martín?

PEDRO. ¿No le veis?

FÉLIX. No me abren porque piensan
que he muerto de las heridas,
pues las señas no aprovechan.
¿Conocéis aquella casa?

PEDRO. ¡No, por Dios, y es cosa nueva,
habiendo nacido aquí!

FÉLIX. Fingiréis no conocerla.

Dile palabra a su dueño
de guardar secreto, y fuera
bajeza decir el nombre.
Mas guardarme no es bajeza,
que si no he de venir solo,
nadie en el mundo pudiera
como vos acompañarme,
ni ser mi amparo y defensa.
Si llega nuestra amistad
a que podáis conocerla,
veréis la más bella dama
que hay en Sevilla, y si llega
a más el conocimiento,
he de hacer que os entretenga
una prima tan hermosa,
tan gallarda, tan discreta,
que a no estar con doña Blanca,
un ángel os pareciera.
¿Nombréla? ¡Sí! ¡Vive Dios!
No importa, que no se quiebra
la palabra con descuido.
Vuelvo a verla, estad alerta,
que me va en vuestro cuidado
estar seguro con ella
y no menos que la vida.

PEDRO. ¿Puede haber cosa como ésta?
Martín, yo pierdo el juicio.

MARTÍN. No me espanto que le pierdas,
porque quien pierde la honra
no es bien que sentido tenga.

PEDRO. Ya estoy probando la espada,
como instrumento que templa
la honra en que ha de cantar
tan miserables endechas.
Déjame, amor, que pareces
un demonio que me tienta,
si puede haberle piadoso
y estorbar cosas mal hechas.
¡Mal hechas dije! ¡Estoy loco!
¡Calla, que abrieron la puerta!

(Sale LEONOR.)

LEONOR. ¿Sois vos don Félix?

FÉLIX. Yo soy.

LEONOR. ¿Cómo ha sido tanta ausencia?

FÉLIX. Poca salud fué la causa.

LEONOR. Sabe Dios lo que me pesa.
A linda ocasión venís,
que don Pedro es ido fuera.

FÉLIX. Pues ¿ha venido don Pedro?
¿Cosa que éste mismo sea
que viene conmigo aquí?
Mas ¡qué cobarde sospecha,
si éste es don Martín de Silva!

LEONOR. Entrad.

FÉLIX. Entro.

MARTÍN. Entró tras ella.

PEDRO. ¿Cerraron?

MARTÍN. Sí.

PEDRO. Mas ¿qué importa?

MARTÍN. Señor, un instante espera
para que los halles juntos;
aunque ¡vive Dios!, que tiembla
el alma, de imaginar
tan lastimosa tragedia.
Quiero tanto a mi señora,
que una merced te quisiera
pedir.

PEDRO. ¿Cómo?

MARTÍN. Que me mates,
por no verlo. Dame. Prueba
la espada en mí.

PEDRO. ¡Quita, infame!
¡Abierto está! ¡Sígueme!

MARTÍN. ¡Entra!

(Vanse, y salen DON BERNARDO, DON SANCHO *y* LUCINDO.)

SANCHO. De lo que dices me admiro.

LUCINDO. Pues tened por evidencia
que por esta puerta entró
y que le dimos en ella
mil heridas.

SANCHO. Ya, Bernardo,
sé que mi deshonra es cierta;
pero yo tengo de hablar
con doña Inés.

BERNARDO. Fué tercera
destos amores su prima,
y negarálos por fuerza.

(DON PEDRO, *dentro.)*

PEDRO. ¡Abre, infamia de mujeres,
que en vano la puerta cierras
de aqueste aposento infame,
que si de diamantes fuera
le hiciera a coces pedazos.

SANCHO. La voz de don Pedro es ésta.

BERNARDO. Pues don Pedro está en Sevilla,
ya no importan diligencias.

PEDRO. ¡Abre, infame!

SANCHO. ¿Con mi hija
hay en el mundo quien pueda

hablar con tales palabras?
¡Mataréle!

BERNARDO. ¡Tente!

LUCINDO. ¡Espera!

(Sale DON PEDRO *con la espada desnuda.)*

PEDRO. ¿Quién va?

SANCHO. Señor Veinticuatro,
¿vos tratáis desta manera
a Blanca?

PEDRO. Si es Blanca infame,
¿no es justo que se parezcan
mis palabras a sus obras?

SANCHO. ¿Infame la más honesta
y virtuosa mujer
del mundo?

PEDRO. Harto bien se muestra
cerrada en un aposento
con un hombre.

BERNARDO. Desta prueba
no tienes que replicar.

SANCHO. Primero que yo lo crea
lo he de ver con estos ojos.

PEDRO. Será para defenderla.
Pues vete, y los que contigo
vienen; que si el mundo fuera,
no me han de impedir matarla.
Criado, a la puerta queda
con dos pistolas armadas.

(Sale DOÑA BLANCA *en manteo y ropa.)*

BLANCA. ¿Qué es esto?

SANCHO. Mi hija es ésta.
¿Cómo dices que cerrada
y con un hombre la dejas?

BLANCA. Acostada oí tus voces.
¿Hoy no te fuiste? ¿Qué piensas
de mi virtud y lealtad?

PEDRO. ¡Cielos! ¿Qué locura es ésta?
¿Por dónde has salido, infame?

SANCHO. Quien así trata a las buenas
por sus celosos antojos,
no merece que lo sean.

PEDRO. Martín.

MARTÍN. Señor.

PEDRO. ¿Por dónde
salió esta mujer?

MARTÍN. ¿Qué es della?

BLANCA. Aquí estoy.

MARTÍN. ¡Válgame Dios!

BLANCA. Y después dél, mi inocencia.

PEDRO. ¡Romperé las puertas!

SANCHO. ¡Rompe!

(Salen DOÑA INÉS *y* DON FÉLIX.)

FÉLIX. Pues ya no tengo defensa,
don Pedro, contra tu engaño,
pague mi vida la deuda
de la ofensa que te hice.

PEDRO. ¡Cielos! ¿Qué mujer es ésta?

INÉS. Félix, no soy doña Blanca,
sino su prima, que ciega
de tu amor, te di a entender
que entrabas de noche a verla.

PEDRO. No te disculpes, Inés,
que aunque mil muertes me dieras,
como esté inocente Blanca,
por noble y honrada quedas.
A sus pies pido perdón.

FÉLIX. Y yo, señor, de ofenderla,
castigo.

BLANCA. A los dos perdono
con dos condiciones.

PEDRO. Sean
como de tu hermosa mano.

BLANCA. Que se case, la primera,
don Félix con doña Inés.

FÉLIX. Eso, señora, ya es fuerza.

BLANCA. La segunda, que don Pedro
no se vaya, cuando vuelva
de las Cortes otra vez,
sin que en mis brazos le vea.

SANCHO. Justo será que los dos
consientan las dos sentencias.

BERNARDO. Dellas seremos testigos.

MARTÍN. Y a mí, que guardé la puerta,
¿qué me darán?

INÉS. A Leonor.

MARTÍN. Paso, y descártome della.

PEDRO. Aquí se acaban, senado,
Los peligros de la ausencia.

COMEDIA FAMOSA

DE

EL PERRO DEL HORTELANO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DIANA, *Condesa de Belflor.*
LEONIDO, *criado.*
EL CONDE FEDERICO.
ANTONELO, *lacayo.*
TEODORO, *su secretario.*
MARCELA.
DOROTEA.
ANARDA, *de su cámara.*
OTAVIO, *su mayordomo.*
FABIO, *su gentilhombre.*
EL CONDE LUDOVICO.
FURIO.
LIRANO.
TRISTÁN, *lacayo.*
RICARDO, *Marqués.*
CELIO, *criado.*
CAMILO.

ACTO PRIMERO

(Salen TEODORO, *con una capa guarnecida, de noche, y* TRISTÁN, *criado. Vienen huyendo.)*

TEODORO. ¡Huye, Tristán, por aquí!
TRISTÁN. ¡Notable desdicha ha sido!
TEODORO. ¿Si nos habrán conocido?
TRISTÁN. No sé; presumo que sí.

(Váyanse, y entre tras ellos DIANA, *Condesa de Belflor.)*

DIANA. ¡Ah, gentilhombre, esperad,
teneos, oíd! ¿Qué digo?
¿Esto se ha de usar conmigo?
Volved, mirad, escuchad.
¡Hola!, ¿no hay aquí un criado?
¡Hola!, ¿no hay un hombre aquí?
Pues no es sombra (1) lo que vi,
ni sueño que me ha burlado.
¡Hola! ¿Todos duermen ya?

(Sale FABIO, *criado.)*

FABIO. ¿Llama vuestra señoría?
DIANA. Para la cólera mía,
gusto esta flema me da.
Corred, necio, enhoramala,
pues merecéis este nombre,
y mirad quién es un hombre
que salió de aquesta sala.

(1) En el original, "hombre", por errata.

FABIO. ¿De esta sala?
DIANA. ¡Caminad,
y responded con los pies!
FABIO. Voy tras él.
DIANA. Sabed quién es.
¿Hay tal traición, tal maldad?

(Sale OTAVIO.)

OTAVIO. Aunque su voz escuchaba,
a tal hora, no creía
que era vuestra señoría
quien tan a prisa llamaba.
DIANA. ¡Muy lindo Santelmo hacéis!
¡Bien temprano os acostáis!
¡Con la flema que llegáis,
qué despacio que os movéis!
Andan hombres en mi casa
a tal hora, y aun los siento
casi en mi propio aposento;
que no sé yo dónde pasa
tan grande insolencia, Otavio;
y vos, muy a lo escudero,
cuando yo me desespero,
¿ansí remediáis mi agravio?
OTAVIO. Aunque su voz escuchaba,
a tal hora, no creía
que era vuestra señoría
quien tan a prisa llamaba.
DIANA. Volveos, que no soy yo;
acostaos, que os hará mal.

(Sale FABIO.)

OTAVIO. Señora...

FABIO. No he visto tal;
como un gavilán partió.
DIANA. ¿Viste las señas?
FABIO. ¿Qué señas?
DIANA. ¿Una capa no llevaba
con oro?
FABIO. Cuando bajaba
la escalera...
DIANA. ¡Hermosas dueñas
sois los hombres de mi casa!
FABIO. A la lámpara tiró
el sombrero, y la mató;
con esto, los pasos pasa,
y en lo oscuro del portal
saca la espada y camina.
DIANA. Vos sois un lindo gallina.
FABIO. ¿Qué querías?
DIANA. ¡Pese a tal!
¡Cerrar con él y matalle!
OTAVIO. Si era hombre de valor,
¿fuera bien echar tu honor
desde el portal a la calle?
DIANA. De valor aquí, ¿por qué?
OTAVIO. ¿Nadie en Nápoles te quiere,
que mientras casarse espere,
por donde puede te ve?
¿No hay mil señores que están,
para casarse contigo,
ciegos de amor? Pues bien digo,
si tú le viste galán,
y Fabio tirar, bajando,
a la lámpara el sombrero.
DIANA. Sin duda fué caballero,
que, amando y solicitando,
vencerá con interés
mis criados. ¡Qué criados
tengo, Otavio, tan honrados!
Pero yo sabré quién es.
Plumas llevaba el sombrero,
y en la escalera ha de estar;
ve por él.
FABIO. ¿Si le he de hallar?
DIANA. ¡Pues claro está, majadero!
Que no había de bajarse
por él cuando huyendo fué.
FABIO. Luz, señora, llevaré. *(Vase.)*
DIANA. Si ello viene a averiguarse,
no me ha de quedar culpado
en casa.
OTAVIO. Muy bien harás,
pues cuando segura estás
te han puesto en este cuidado.
Pero aunque es bachillería,
y más estando enojada,
hablarte en lo que te enfada,
esta tu injusta porfía
de no te querer casar
causa tantos desatinos,
solicitando caminos
que te obligasen a amar.
DIANA. ¿Sabéis vos alguna cosa?
OTAVIO. Yo, señora, no sé más
de que en opinión estás
de incasable, cuanto hermosa.
El condado de Belflor
pone a muchos en cuidado.

(Sale FABIO.*)*

FABIO. Con el sombrero he topado,
mas no puede ser peor.
DIANA. Muestra. ¿Qué es esto?
FABIO. No sé;
éste aquel galán tiró.
DIANA. ¿Este?
OTAVIO. No le he visto yo
más sucio.
FABIO. Pues este fué.
DIANA. ¿Este hallaste?
FABIO. ¿Pues yo había
de engañarte?
OTAVIO. Buenas son
las plumas.
FABIO. El es ladrón.
OTAVIO. Sin duda, a robar venía.
DIANA. Haréisme perder el seso.
FABIO. Este sombrero tiró.
DIANA. Pues ¿las plumas que vi yo,
y tantas que aun era exceso,
en esto se resolvieron?
FABIO. Como en la lámpara dió,
sin duda se las quemó,
y como estopas ardieron.
¿Icaro al Sol no subía,
que abrasándose las plumas
cayó en las blancas espumas
del mar? Pues esto sería.
El sol, la lámpara fué;
Icaro, el sombrero, y luego
las plumas deshizo el fuego,
y en la escalera le hallé.
DIANA. No estoy para burlas, Fabio;
hay aquí mucho que hacer.
OTAVIO. Tiempo habrá para saber
la verdad.
DIANA. ¿Qué tiempo, Otavio?

OTAVIO. Duerme agora, que mañana
lo puedes averiguar.
DIANA. No me tengo de acostar,
no, ¡por vida de Diana!,
hasta saber lo que ha sido.
Llama esas mujeres todas.
OTAVIO. Muy bien la noche acomodas.
DIANA. Del sueño, Otavio, me olvido,
con el cuidado de ver
un hombre dentro, en mi casa.
OTAVIO. Saber después lo que pasa
fuera discreción, y hacer
secreta averiguación.
DIANA. Sois, Otavio, muy discreto,
que dormir sobre un secreto
es notable discreción.

(Sale FABIO, DOROTEA, MARCELA, ANARDA.*)*

FABIO. Las que importan he traído;
que las demás no sabrán
lo que deseas, y están
rindiendo al sueño el sentido.
Las de tu cámara solas
estaban por acostar.
ANARDA. De noche se altera el mar
y se enfurecen las olas.
¿Quieres quedar sola?
DIANA. Sí.
Salíos los dos allá.
FABIO. ¡Bravo examen!
OTAVIO. Loca está.
FABIO. Y sospechosa de mí. *(Vanse.)*
DIANA. Llégate aquí, Dorotea.
DOROTEA. ¿Qué manda su señoría?
DIANA. Que me dijeses querría
quién esta calle pasea.
DOROTEA. Señora, el marqués Ricardo,
y algunas veces el conde
Paris.
DIANA. La verdad responde,
de lo que decirte aguardo,
si quieres tener remedio.
DOROTEA. ¿Qué te puedo yo negar?
DIANA. ¿Con quién los has visto hablar?
DOROTEA. Si me pusieses en medio
de mil llamas, no podré
decir que, fuera de ti,
hablar con nadie los vi
que en aquesta casa esté.
DIANA. ¿No te han dado algún papel?
¿Ningún paje ha entrado aquí?
DOROTEA. Jamás.
DIANA. Apártate allí.
MARCELA. ¡Brava inquisición!
ANARDA. Cruel.
DIANA. Oye, Anarda.
ANARDA. ¿Qué me mandas?
DIANA. ¿Qué hombre es este que salió?
ANARDA. ¿Hombre?
DIANA. De esta sala; y yo
sé los pasos en que andas.
¿Quién le trajo a que me viese?
¿Con quién habla, de vosotras?
ANARDA. No creas tú que en nosotras
tal atrevimiento hubiese.
¿Hombre para verte a ti
había de osar traer
criada tuya, ni hacer
esa traición contra ti?
No, señora; no lo entiendes.
DIANA. Espera, apártate más;
porque a sospechar me das,
si engañarme no pretendes,
que por alguna criada
este hombre ha entrado aquí.
ANARDA. El verte, señora, ansí,
y justamente enojada,
dejada toda cautela,
me obliga a decir verdad,
aunque contra el amistad
que profeso con Marcela.
Ella tiene a un hombre amor,
y él se le tiene también;
mas nunca he sabido quién.
DIANA. Negarlo, Anarda, es error.
Ya que confiesas lo más,
¿para qué niegas lo menos?
ANARDA. Para secretos ajenos
mucho tormento me das,
sabiendo que soy mujer;
mas basta que hayas sabido
que por Marcela ha venido;
bien te puedes recoger,
que es sólo conversación,
y a poco que se comienza...
DIANA. ¿Hay tan cruel desvergüenza?
¡Buena andará la opinión
de una mujer por casar!
¡Por el siglo, infame gente,
del Conde, mi señor!...
ANARDA. Tente,
y déjame disculpar;
que no es de fuera de casa
el hombre que habla con ella,
ni para venir a vella
por esos peligros pasa.

DIANA. ¿En efeto, es mi criado?
ANARDA. Sí, señora.
DIANA. ¿Quién?
ANARDA. Teodoro.
DIANA. ¿El secretario?
ANARDA. Yo ignoro
lo demás; sé que han hablado.
DIANA. Retírate, Anarda, allí.
ANARDA. Muestra aquí tu entendimiento.
DIANA. Con más templanza me siento,
sabiendo que no es por mí.
Marcela.
MARCELA. Señora.
DIANA. Escucha.
MARCELA. ¿Qué mandas? (Temblando llego.)
DIANA. ¿Eres tú de quien fiaba
mi honor y mis pensamientos?
MARCELA. ¿Pues qué te han dicho de mí,
sabiendo tú que profeso
la lealtad que tú mereces?
DIANA. ¡Tú lealtad?
MARCELA. ¿En qué te ofendo?
DIANA. ¿No es ofensa que en mi casa,
y dentro de mi aposento,
entre un hombre a hablar contigo?
MARCELA. Está Teodoro tan necio,
que dondequiera me dice
dos docenas de requiebros.
DIANA. ¿Dos docenas? ¡Bueno, a fe!
Bendiga el buen año el cielo,
pues se venden por docenas.
MARCELA. Quiero decir que, en saliendo
o entrando, luego a la boca
traslada sus pensamientos.
DIANA. Traslada, ¡término extraño!
¿Y qué te dice?
MARCELA. No creo
que se me acuerda.
DIANA. Sí hará.
MARCELA. Una vez dice: "Yo pierdo
el alma por esos ojos";
otras: "Yo vivo por ellos;
esta noche no he dormido,
desvelando mis deseos
en tu hermosura". Otra vez
me pide sólo un cabello
para atarlos, por que estén
en su pensamiento quedos.
Mas ¿para qué me preguntas
niñerías?
DIANA. Tú, a lo menos,
bien te huelgas.
MARCELA. No me pesa,
porque de Teodoro entiendo
que estos amores dirige
a fin tan justo y honesto
como el casarse conmigo.
DIANA. Es el fin del casamiento
honesto blanco de amor.
¿Quieres que yo trate desto?
MARCELA. ¿Qué mayor bien para mí?
Pues, ya, señora, que veo
tanta blandura en tu enojo
y tal nobleza en tu pecho,
te aseguro que le adoro,
porque es el mozo más cuerdo,
más prudente y entendido,
más amoroso y discreto
que tiene aquesta ciudad.
DIANA. Ya sé yo su entendimiento,
del oficio en que me sirve.
MARCELA. Es diferente el sujeto
de una carta, en que le pruebas,
a dos títulos tus deudos,
o el verle hablar más de cerca,
en estilo dulce y tierno,
razones enamoradas.
DIANA. Marcela, aunque me resuelvo
a que os caséis cuando sea,
para ejecutarlo hay tiempo,
no puedo dejar de ser
quien soy, como ves que debo
a mi generoso nombre;
porque no fuera bien hecho
daros lugar en mi casa.
(Sustentar mi enojo quiero.)
Pues que ya todos lo saben,
tú podrás con más secreto
proseguir este tu amor,
que en la ocasión yo me ofrezco
a ayudaros a los dos;
que Teodoro es hombre cuerdo
y se ha criado en mi casa,
y a ti, Marcela, te tengo
la obligación que tú sabes,
y no poco parentesco.
MARCELA. A tus pies tienes tu hechura.
DIANA. Vete.
MARCELA. Mil veces los beso.
DIANA. Dejadme sola.
ANARDA. ¿Qué ha sido?
MARCELA. Enojos en mi provecho.
DOROTEA. ¿Sabe tus secretos ya?
MARCELA. Sí sabe, y que son honestos.

(Háganle tres reverencias, y váyanse.)

DIANA *sola.*

Mil veces he advertido en la belleza,
gracia y entendimiento de Teodoro,
que, a no ser desigual a mi decoro,
estimara su ingenio y gentileza.
Es el amor común naturaleza,
mas yo tengo mi honor por más tesoro;
que los respetos de quien soy adoro,
y aun el pensarlo tengo por bajeza.
La envidia bien sé yo que ha de quedarme;
que si la suelen dar bienes ajenos,
bien tengo de que pueda lamentarme.
Porque quisiera yo que, por lo menos,
Teodoro fuera más, para igualarme,
o yo, para igualarle, fuera menos.

(Sale TEODORO *y* TRISTÁN.)

TEODORO. No he podido sosegar.
TRISTÁN. Y aun es con mucha razón,
que ha de ser tu perdición,
si lo llega a averiguar.
Díjete que la dejaras
acostar, y no quisiste.
TEODORO. Nunca el amor se resiste.
TRISTÁN. Tiras, pero no reparas.
TEODORO. Los diestros lo hacen ansí.
TRISTÁN. Bien sé yo que si lo fueras,
el peligro conocieras.
TEODORO. ¿Sí me conoció?
TRISTÁN. No, y sí;
que no conoció quién eras,
y sospecha le quedó.
TEODORO. Cuando Fabio me siguió,
bajando las escaleras,
fué milagro no matalle.
TRISTÁN. ¡Qué lindamente tiré
mi sombrero a la luz!
TEODORO. Fué
detenelle y deslumbralle;
porque si adelante pasa,
no le dejara pasar.
TRISTÁN. Dije a la luz, al bajar:
"Di que no somos de casa",
y respondióme: "Mentís";
alzo, y tiréle el sombrero;
¿quedé agraviado?
TEODORO. Hoy espero
mi muerte.
TRISTÁN. Siempre decís
esas cosas, los amantes,
cuando menos pena os dan.
TEODORO. Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,
en peligros semejantes?
TRISTÁN. Dejar de amar a Marcela,
pues la Condesa es mujer
que, si lo llega a saber,
no te ha de valer cautela
para no perder su casa.
TEODORO. ¿Y no hay más sino olvidar?
TRISTÁN. Lecciones te quiero dar
de cómo el amor se pasa.
TEODORO. Ya comienzas desatinos.
TRISTÁN. Con arte se vence todo.
Oye, por tu vida, el modo
por tan fáciles caminos.
Primeramente has de hacer
resolución de olvidar,
sin pensar que has de tornar
eternamente a querer;
que si te queda esperanza
de volver, no habrá remedio
de olvidar: que si está en medio
la esperanza, no hay mundanza.
¿Por qué piensas que no olvida
luego un hombre a una mujer?
Porque pensando volver
va entreteniendo la vida.
Ha de haber resolución
dentro del entendimiento,
con que cesa el movimiento
de aquella imaginación.
¿No has visto faltar la cuerda
de un reloj y estarse quedas,
sin movimiento, las ruedas?
Pues de esa suerte se acuerda
el que tiene las potencias,
cuando la esperanza falta.
TEODORO. Y la memoria ¿no salta
luego hacer mil diligencias,
despertando el sentimiento
a que del bien no se prive?
TRISTÁN. Es enemigo que vive
asido al entendimiento,
como dijo la canción
de aquel español poeta;
mas por esto es linda treta
vencer la imaginación.
TEODORO. ¿Cómo?
TRISTÁN. Pensando defetos,
y no gracias; que, olvidando,
defetos están pensando,
que no gracias, los discretos.
No la imagines vestida
con tan linda proporción
de cintura, en el balcón,

de unos chapines subida:
toda es vana arquitectura;
porque dijo un sabio un día
que a los sastres se debía
la mitad de la hermosura.
Como se ha de imaginar
una mujer semejante
es como un disciplinante
que le llevan a curar.
Esto sí, que no adornada
del costoso faldellín.
Pensar defetos, en fin,
es medicina aprobada.
Si de acordarte que vías
alguna vez una cosa
que te pareció asquerosa,
no comes en treinta días,
acordándote, señor,
de los defetos que tiene,
si a la memoria te viene,
se te quitará el amor.

TEODORO. ¡Qué grosero cirujano!;
¡qué rústica curación!
Los remedios, al fin, son
como de tu tosca mano.
Médico empírico eres;
no has estudiado, Tristán.
Yo no imagino que están
desta suerte las mujeres,
sino todas cristalinas,
como un vidrio, transparentes.

TRISTÁN. Vidrio, sí, muy bien lo sientes,
si a verlas quebrar caminas.
Mas, si no piensas pensar
defetos, pensarte puedo;
porque ya he perdido el miedo
de que podrás olvidar.
¡Pardiez!, yo quise una vez,
con esta cara que miras,
a una alforja de mentiras,
años cinco, veces diez;
y, entre otros dos mil defetos,
cierta barriga tenía
que encerrar dentro podía,
sin otros mil parapetos,
cuantos legajos de pliegos
algún escritorio apoya,
pues, como el caballo en Troya,
pudiera meter los griegos.
¿No has oído que tenía
cierto lugar un nogal
que en el tronco un oficial
con mujer e hijos cabía,
y aún no era la casa escasa?
Pues de esa misma manera,
en esta panza cupiera
un tejedor y su casa.
Y queriéndola olvidar,
que debió de convenirme,
dió la memoria en decirme
que pensase en blanco azahar,
en azucena y jazmín,
en marfil, en plata, en nieve,
y en la cortina que debe
de llamarse el faldellín,
con que yo me deshacía.
Mas tomé más cuerdo acuerdo,
y di en pensar como cuerdo
lo que más le parecía:
cestos de calabazones,
baúles viejos, maletas
de cartas para estafetas,
almofrejes y jergones,
con que se trocó en desdén
el amor y la esperanza,
y olvidé la dicha panza
por siempre jamás amén.
Que era tal, que en los dobleces,
y no es mucho encarecer,
se pudieran esconder
cuatro manos de almireces.

TEODORO. En las gracias de Marcela
no hay defectos que pensar;
yo no la pienso olvidar.

TRISTÁN. Pues a tu desgracia apela,
y sigue tan loca empresa.

TEODORO. Toda es gracias, ¿qué he de hacer?

TRISTÁN. Pensarlas hasta perder
la gracia de la Condesa.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. Teodoro.

TEODORO. (La misma es.)

DIANA. Escucha.

TEODORO. A tu hechura manda.

TRISTÁN. (Si en averiguarlo anda,
de casa volamos tres.)

DIANA. Hame dicho cierta amiga,
que desconfía de sí,
que el papel que traigo aquí
le escriba. A hacerlo me obliga
la amistad, aunque yo ignoro,
Teodoro, cosas de amor,
y que le escribas mejor
vengo a decirte, Teodoro.
Toma, y lee.

TEODORO. Si aquí,
señora, has puesto la mano,
igualarle fuera en vano,
y fuera soberbia en mí.
Sin verle, pedirte quiero
que a esa señora le envíes.
DIANA. Lee, lee.
TEODORO. Que desconfíes
me espanto. Aprender espero
estilo, que yo no sé,
que jamás traté de amor.
DIANA. ¿Jamás, jamás?
TEODORO. Con temor
de mis defectos, no amé;
que soy muy desconfiado.
DIANA. Y se puede conocer
de que no te dejas ver,
pues que te vas rebozado.
TEODORO. ¿Yo, señora? ¿Cuándo, o cómo?
DIANA. Dijéronme que salió
anoche acaso, y te vió
rebozado el mayordomo.
TEODORO. Andaríamos burlando
Fabio y yo, como solemos,
que mil burlas nos hacemos.
DIANA. Lee, lee.
TEODORO. Estoy pensando
que tenga algún envidioso.
DIANA. Celoso podría ser.
Lee, lee.
TEODORO. Quiero ver
este ingenio milagroso.

(Lea.)

"Amar por ver amar, envidia ha sido,
y primero que amar estar celosa
es invención de amor maravillosa
y que por imposible se ha tenido.
De los celos mi amor ha procedido,
por pesarme que, siendo más hermosa,
no fuese en ser amada tan dichosa
que hubiese lo que envidio merecido.
Estoy, sin ocasión, desconfiada;
celosa, sin amor, aunque sintiendo:
debo de amar, pues quiero ser amada.
Ni me dejo forzar, ni me defiendo;
darme quiero a entender, sin decir nada:
entiéndame, que puede; yo me entiendo."

DIANA. ¿Qué dices?
TEODORO. Que si esto es
a propósito del dueño,
no he visto cosa mejor;
mas confieso que no entiendo
cómo puede ser que amor
venga a nacer de los celos,
pues que siempre fué su padre.
DIANA. Porque esta dama sospecho
que se agradaba de ver
este galán, sin deseo,
y viéndole ya empleado
en otro amor, con los celos
vino a amar y a desear.
¿Puede ser?
TEODORO. Yo lo concedo;
mas ya esos celos, señora,
de algún principio nacieron,
y ese fué amor; que la causa
no nace de los efectos,
sino los efectos de ella.
DIANA. No sé, Teodoro; esto siento
de esta dama, pues me dijo
que nunca al tal caballero
tuvo más que inclinación,
y en viéndole amar, salieron
al camino de su honor
mil salteadores deseos
que le han desnudado el alma
del honesto pensamiento
con que pensaba vivir.
TEODORO. Muy lindo papel has hecho.
Yo no me atrevo a igualarle.
DIANA. Entra y prueba.
TEODORO. No me atrevo.
DIANA. Haz esto, por vida mía.
TEODORO. Vueseñoría con esto
quiere probar mi ignorancia.
DIANA. Aquí aguardo. Vuelve luego.
TEODORO. Yo voy.
DIANA. Escucha, Tristán.
TRISTÁN. A ver lo que mandas vuelvo
con vergüenza de estas calzas,
que el secretario, mi dueño,
anda salido estos días;
y hace mal un caballero,
sabiendo que su lacayo
le va sirviendo de espejo,
de lucero y de cortina,
en no traerle bien puesto.
Escalera del señor,
si va a caballo, un discreto
nos llamó, pues a su cara
se sube por nuestros cuerpos.
No debe de poder más.
DIANA. ¿Juega?

TRISTÁN. ¡Pluguiera a los cielos!;
que a quien juega nunca faltan
de esto o de aquello dineros.
Antiguamente los reyes
algún oficio aprendieron,
por si en la guerra o la mar
perdían su patria y reino
saber con qué sustentarse.
Dichosos los que pequeños
aprendieron a jugar,
pues en saltando, es el juego
un arte noble, que gana
con poca pena el sustento.
Verás un grande pintor,
acrisolando el ingenio,
hacer una imagen viva,
y decir el otro, necio,
que no vale diez escudos;
y que el que juega, en diciendo
"paro", con salir la suerte,
le sale a ciento por ciento.

DIANA. En fin, ¿no juega?

TRISTÁN. Es cuitado.

DIANA. A la cuenta, será cierto
tener amores.

TRISTÁN. ¿Amores?
¡Oh, qué donaire! ¡Es un hielo!

DIANA. Pues un hombre de su talle,
galán, discreto y mancebo,
¿no tiene algunos amores
de honesto entretenimiento?

TRISTÁN. Yo trato en paja y cebada,
no en papeles y requiebros.
De día te sirve aquí.
Que está ocupado sospecho.

DIANA. Pues ¿nunca sale de noche?

TRISTÁN. No le acompaño, que tengo
una cadera quebrada.

DIANA. ¿De qué, Tristán?

TRISTÁN. Bien te puedo
responder lo que responden
las mal casadas en viendo
cardenales en su cara
del mojicón de los celos:
"Rodé por las escaleras".

DIANA. ¿Rodaste?

TRISTÁN. Por largo trecho,
con las costillas conté
los pasos.

DIANA. Forzoso es eso,
si a la lámpara, Tristán,
le tirabas el sombrero.

TRISTÁN. (¡Oxte, puto! ¡Vive Dios
que se sabe todo el cuento!)

DIANA. ¿No respondes?

TRISTÁN. Por pensar
cuándo; pero ya me acuerdo.
Anoche andaban en casa
unos murciélagos negros;
el sombrero les tiraba;
fuése a la luz uno de ellos,
y acerté, por dar en él,
en la lámpara, y tan presto
por la escalera rodé,
que los dos pies se me fueron.

DIANA. Todo está muy bien pensado;
pero un libro de secretos
dice que es buena la sangre
para quitar el cabello
(de esos murciélagos digo),
y haré yo sacarla luego,
si es cabello la ocasión,
para quitarla con ellos.

TRISTÁN. ¡Vive Dios que hay chamusquina,
y que por murciegalero
me pone en una galera!

DIANA. ¡Qué traigo de pensamientos!

(Sale FABIO.)

FABIO. Aquí está el Marqués Ricardo.

DIANA. Poned esas sillas luego.

(Sale RICARDO, *Marqués, y* CELIO.)

RICARDO.

Con el cuidado que el amor, Diana,
pone en un pecho que aquel fin desea,
que la mayor dificultad allana,
el mismo quiere que te adore y vea,
solicito mi causa, aunque por vana
esta ambición algún contrario crea
que dando más lugar a su esperanza
tendrá menos amor que confianza.

Está vueseñoría tan hermosa,
que estar buena el mirarla me asegura;
que en la mujer, y es bien pensada cosa,
la más cierta salud es la hermosura;
que en estando gallarda, alegre, airosa,
es necedad, es ignorancia pura
llegar a preguntarle si está buena,
que todo entendimiento la condena.

Sabiendo que lo estáis, como lo dice
la hermosura, Diana, y la alegría,
de mí, si a la razón no contradice,
saber, señora, cómo estoy querría.

DIANA.

Que vuestra señoría solemnice
lo que en Italia llaman gallardía,
por hermosura, es digno pensamiento
de su buen gusto y claro entendimiento.
Que me pregunte cómo está..., no creo
que soy tan dueño suyo que lo diga.

RICARDO.

Quien sabe de mi amor y mi deseo
el fin honesto, a este favor se obliga.
A vuestros deudos inclinados veo
para que en lo tratado se prosiga;
sólo falta, señora, vuestro acuerdo,
porque sin él las esperanzas pierdo.
Si como soy señor de aquel estado,
que con igual nobleza heredé agora,
lo fuere desde el Sur más abrasado
a los primeros paños del aurora;
si el oro, de los hombres adorado,
las congeladas lágrimas que llora
el cielo, o los diamantes orientales
que abrieron por el mar caminos tales
tuviera yo, lo mismo os ofreciera;
y no dudéis, señora, que pasara
adonde el sol apenas luz me diera,
como a sólo serviros importara;
en campañas de sal, pies de madera,
por las remotas aguas estampara
hasta llegar a las australes playas,
del humano poder últimas rayas.

DIANA.

Creo, señor Marqués, el amor vuestro,
y, satisfecha de nobleza tanta,
haré tratar el pensamiento nuestro
si al Conde Federico no le espanta.

RICARDO.

Bien sé que en trazas es el Conde diestro,
porque en ninguna cosa me adelanta:
mas yo fío de vos que mi justicia
los ojos cegará de su malicia.

(Sale TEODORO.*)*

TEODORO.

Ya lo que mandas hice.

RICARDO.

Si ocupada
vueseñoría está, no será justo
hurtarle el tiempo.

DIANA.

No importara nada
puesto que a Roma escribo.

RICARDO.

No hay disgusto
como, en día de cartas, dilatada
visita.

DIANA.

Sois discreto.

RICARDO.

En daros gusto.
Celio, ¿qué te parece?

CELIO.

Que quisiera
que ya tu justo amor premio tuviera.

(Vase RICARDO.*)*

DIANA. ¿Escribiste?
TEODORO. Ya escribí,
aunque bien desconfiado;
mas soy mandado y forzado.
DIANA. Muestra.
TEODORO. Lee.
DIANA. Dice así:

(Lee.)

Querer por ver querer, envidia fuera
si quien lo vió, sin ver amar, no amara,
porque antes de amar no amar pensara,
después no amara, puesto que amar viera.
Amor, que lo que agrada considera
en ajeno poder, su amor declara;
que como la color sale a la cara,
sale a la lengua lo que al alma altera.
No digo más, porque lo más ofendo
desde lo menos, si es que desmerezco
porque del ser dichoso me defiendo.
Esto que entiendo solamente ofrezco;
que lo que no merezco, no lo entiendo
por no dar a entender que lo merezco.

Muy bien guardaste el decoro.
TEODORO. ¿Búrlaste?
DIANA. ¡Pluguiera a Dios!
TEODORO. ¿Qué dices?
DIANA. Que de los dos,

el tuyo vence, Teodoro.

TEODORO. Pésame, pues no es pequeño
principio de aborrecer
un criado el entender
que sabe más que su dueño.
De cierto rey se contó
que le dijo a un gran privado:
"Un papel me da cuidado,
y si bien le he escrito yo,
quiero ver otro de vos,
y el mejor escoger quiero".
Escribióle el caballero,
y fué el mejor de los dos.
Como vió que el rey decía
que era su papel mejor,
fuése, y díjole al mayor
hijo, de tres que tenía:
"Vámonos del reino luego,
que en gran peligro estoy yo".
El mozo le preguntó
la causa, turbado y ciego,
y respondióle: "Ha sabido
el rey que yo sé más que él".
Que es lo que en este papel
me puede haber sucedido.

DIANA. No, Teodoro; que aunque digo
que es el tuyo más discreto,
es porque sigue el conceto
de la materia que sigo.
Y no para que presuma
tu pluma, que si me agrada
pierdo el estar confiada
de los puntos de mi pluma.
Fuera de que soy mujer
a cualquier error sujeta,
y no sé si muy discreta,
como se me echa de ver.
Desde lo menos aquí
dices que ofendes lo más,
y amando, engañado estás,
porque en amor no es ansí;
que no ofende un desigual
amando, pues sólo entiendo
que se ofende aborreciendo.

TEODORO. Esa es razón natural.
Mas pintaron a Faetonte
y a Icaro despeñados,
uno, en caballos dorados,
precipitado en un monte,
y otro, con alas de cera,
derretido en el crisol
del sol.

DIANA. No lo hiciera el sol
si como es sol, mujer fuera.
Si alguna cosa sirvieres
alta, sírvela y confía,
que amor no es más que porfía;
no son piedras las mujeres.
Yo me llevo este papel,
que despacio me conviene
verle.

TEODORO. Mil errores tiene.

DIANA. No hay error ninguno en él.

TEODORO. Honras mi deseo. Aquí
traigo el tuyo.

DIANA. Pues allá
le guarda, aunque bien será
rasgarle.

TEODORO. ¿Rasgarle?

DIANA. Sí,
que no importa que se pierda
si se puede perder más.

(Váyase.)

TEODORO. Fuése. ¿Quién pensó jamás
de mujer tan noble y cuerda
este arrojarse tan presto
a dar su amor a entender?
Pero también puede ser
que yo me engañase en esto.
Mas no me ha dicho jamás,
ni a lo menos se me acuerda:
"Pues ¿qué importa que se pierda,
si se puede perder más?"
Perder más, bien puede ser,
por la mujer que decía:
"Mas todo es bachillería",
y ella es la misma mujer.
Aunque no, que la Condesa
es tan discreta y tan varia,
que es la cosa más contraria
de la ambición que profesa.
Sírvenla príncipes, hoy,
en Nápoles; ¡que no puedo
ser su esclavo! Tengo miedo;
que en grande peligro estoy.
Ella sabe que a Marcela
sirvo, pues aquí ha fundado
el engaño, y me ha burlado.
Pero en vano se recela
mi temor, porque jamás
burlando salen colores;
y al decir con mil temores (1)

(1) En el original, "colores", por errata.

que "se puede perder más",
¿qué rosa, al llorar la aurora,
hizo de las hojas ojos,
abriendo los labios rojos,
con risa, a ver cómo llora,
como ella los puso en mí,
bañada en púrpura y grana,
o qué pálida manzana
se esmaltó de carmesí?
Lo que veo y lo que escucho
yo lo juzgo, o estoy loco:
para ser de veras, poco,
y para de burlas, mucho.
Mas teneos, pensamiento,
que os vais ya tras la grandeza,
aunque si digo belleza,
bien sabéis vos que no miento;
que es bellísima Diana
y en discreción sin igual.

(Sale MARCELA.)

MARCELA. ¿Puedo hablarte?
TEODORO. Ocasión tal
mil imposibles allana;
que por tí, Marcela mía,
la muerte me es agradable.
MARCELA. Como yo te vea y hable,
dos mil vidas perdería.
Estuve esperando el día
como el pajarillo solo,
y cuando vi que en el polo
que Apolo más presto dora
le despertaba la aurora,
dije: "Yo veré a mi Apolo".
Grandes cosas han pasado;
que no se quiso acostar
la Condesa hasta dejar
satisfecho su cuidado.
Amigas que han envidiado
mi dicha, con deslealtad
le han contado la verdad;
que entre quien sirve, aunque veas
que hay amistad, no la creas,
porque es fingida amistad.
Todo lo sabe, en efeto;
que si es Diana la luna,
siempre a quien ama importuna.
Salió y vió nuestro secreto;
pero será, te prometo,
para mayor bien, Teodoro;
que del honesto decoro
con que tratas de casarte,
le di parte, y dije aparte
cuán tiernamente te adoro.
Tus prendas le encarecí,
tu estilo, tu gentileza,
y ella entonces su grandeza
mostró tan piadosa en mí,
que se alegró de que en ti
hubiese los ojos puesto,
y de casarnos muy presto
palabra también me dió
luego que de mí entendió
que era tu amor tan honesto.
Yo pensé que se enojara
y la casa revolviera,
que a los dos nos despidiera
y a los demás castigara.
Mas su sangre, ilustre y clara
y aquel ingenio, en efeto,
tan prudente y tan perfeto,
conoció lo que mereces.
¡Oh, bien haya, amén, mil veces
quien sirve a señor discreto!
TEODORO. ¿Que casarme prometió
contigo?
MARCELA. ¿Pones en duda
que a su ilustre sangre acuda?
TEODORO. Mi ignorancia me engañó;
que, necio, pensaba yo
que hablaba en mí la Condesa.
De haber pensado me pesa
que pudo tenerme amor,
que nunca tan alto azor
se humilla a tan baja presa.
MARCELA. ¿Qué murmuras entre ti?
TEODORO. Marcela, conmigo habló;
pero no se declaró
en darme a entender que fuí
el que embozado salí
anoche de su aposento.
MARCELA. Fué discreto pensamiento
por no obligarse al castigo
de saber que hablé contigo,
si no lo es del casamiento;
que el castigo más piadoso
de dos que se quieren bien
es casarlos.
TEODORO. Dices bien,
y el remedio más honroso.
MARCELA. ¿Querrás tú?
TEODORO. Seré dichoso.
MARCELA. Confírmalo.
TEODORO. Con los brazos,
que son los rasgos y lazos

de la pluma del amor;
pues no hay rúbrica mejor
que la que firman los brazos.

(Sale la CONDESA.*)*

DIANA. Esto se ha enmendado bien;
agora estoy muy contenta,
que siempre a quien reprehenden
da gran gusto ver la enmienda.
No os turbéis ni os alteréis.

TEODORO. Dije, señora, a Marcela
que anoche salí de aquí
con tanto disgusto y pena
de que vuestra señoría
imaginase, en su ofensa,
este pensamiento honesto
para casarme con ella,
que me he pensado morir,
y dándome por respuesta
que mostrabas en casarnos
tu piedad y tu grandeza,
dile mis brazos. Y advierte
que si mentirte qusiera,
no me faltara un engaño;
pero no hay cosa que venza
como decir la verdad
a una persona discreta.

DIANA. Teodoro, justo castigo
la deslealtad mereciera
de haber perdido el respeto
a mi casa y la nobleza
que usé anoche con los dos;
no es justo que parte sea
a que os atreváis ansí;
que en llegando a desvergüenza
el amor, no hay privilegio
que el castigo le defienda.
Mientras no os caséis los dos,
mejor estará Marcela
cerrada en un aposento,
que no quiero yo que os vean
juntos las demás criadas
y que por ejemplo os tengan
para casárseme todas.
¡Dorotea! ¡Ah, Dorotea!

(Sale DOROTEA.*)*

DOROTEA. Señora.

DIANA. Toma esta llave,
y en mi propia cuadra encierra
a Marcela, que estos días
podrá hacer labor en ella.
No diréis que esto es enojo.

DOROTEA. ¿Qué es esto, Marcela?

MARCELA. Fuerza
de un poderoso tirano
y una rigurosa estrella.
¡Enciérrame, por Teodoro!

DOROTEA. Cárcel, aquí no la temas,
y para puertas de celos
tiene amor llave maestra.

(Váyanse las dos; queden la CONDESA *y* TEODORO.*)*

DIANA. En fin, Teodoro, ¿tú quieres
casarte?

TEODORO. Yo no quisiera
hacer cosa sin tu gusto;
y créeme que mi ofensa
no es tanta como te han dicho;
que bien sabes que con lengua
de escorpión pintan la envidia,
y que si Ovidio supiera
qué era servir, no en los campos,
no en las montañas desiertas
pintara su escura casa:
que aquí habita y aquí reina.

DIANA. ¿Luego no es verdad que quieres
a Marcela?

TEODORO. Bien pudiera
vivir sin Marcela yo.

DIANA. Pues dícenme que por ella
pierdes el seso.

TEODORO. Es tan poco,
que no es mucho que le pierda;
mas crea vueseñoría
que aunque Marcela merezca
estas finezas en mí,
no ha habido tantas finezas.

DIANA. Pues ¿no le has dicho requiebros
tales que engañar pudieran
a mujer de más valor?

TEODORO. Las palabras poco cuestan.

DIANA. ¿Qué le has dicho? ¡Por mi vida!
¿Cómo, Teodoro, requiebran
los hombres a las mujeres?

TEODORO. Como quien ama y quien ruega,
vistiendo de mil mentiras
una verdad, y ésa apenas.

DIANA. Sí, ¿pero con qué palabras?

TEODORO. ¡Extrañamente me aprieta
vueseñoría: "Esos ojos,
le dije, esas niñas bellas,
son luz con que ves los míos,

y los corales y perlas
de esa boca celestial..."

DIANA. ¿Celestial?

TEODORO. Cosas como éstas
son la cartilla, señora,
de quien ama y quien desea.

DIANA. Mal gusto tienes, Teodoro;
no te espantes de que pierdas
hoy el crédito conmigo,
porque sé yo que en Marcela
hay más defectos que gracias,
como la miro más cerca.
Sin esto, porque no es limpia,
no tengo pocas pendencias
con ella; pero no quiero
desenamorarte de ella,
que bien pudiera decirte
cosas; pero aquí se quedan
sus gracias o sus desgracias,
que yo quiero que la quieras
y que os caséis en buen hora.
Mas pues de amador te precias,
dame consejo, Teodoro,
ansí a Marcela poseas,
para aquella amiga mía
que ha días que no sosiega
de amores de un hombre humilde;
porque, si en quererle piensa,
ofende su autoridad,
y si de quererle deja,
pierde el jüicio de celos;
que el hombre, que no sospecha
tanto amor, anda cobarde,
aunque es discreto con ella.

TEODORO. ¿Yo, señora, sé de amor?
¡No sé, por Dios, cómo pueda
aconsejarte!

DIANA. ¿No quieres,
como dices, a Marcela?
¿No le has dicho esos requiebros?
Tuvieran lengua las puertas,
que ellas dijeran...

TEODORO. No hay cosa
que decir las puertas puedan.

DIANA. ¡Ea!, que ya te sonrojas,
y lo que niega la lengua
confiesas con los colores.

TEODORO. Si ella te lo ha dicho, es necia.
Una mano le tomé,
y no me quedé con ella,
que luego se la volví.
¡No sé yo de qué se queja!

DIANA. Sí, pero hay manos que son
como la paz de la iglesia,
que siempre vuelven besadas.

TEODORO. Es necísima Marcela.
Es verdad que me atreví,
pero con mucha vergüenza,
a que templase la boca
con nieve y con azucenas.

DIANA. ¿Con azucenas y nieve?
Huelgo de saber que tiempla
ese emplasto el corazón.
Ahora bien: ¿qué me aconsejas?

TEODORO. Que si esa dama que dices
hombre tan bajo desea,
y de quererle resulta
a su honor tanta bajeza,
haga que con un engaño,
sin que lo conozca, pueda
gozarle.

DIANA. Queda el peligro
de presumir que lo entienda.
¿No será mejor matarle?

TEODORO. De Marco Aurelio se cuenta
que dió a su mujer, Faustina,
para quitarle la pena,
sangre de un esgrimidor.
Pero estas romanas pruebas
son buenas entre gentiles.

DIANA. Bien dices, que no hay Lucrecias,
ni Torcuatos, ni Virgilios
en esta edad, y en aquélla
hubo Faustinas, Teodoro,
Mesalinas y Popeas.
Escríbeme algún papel
que a este propósito sea,
y queda con Dios. ¡Ay, Dios!

(Caiga.)

Caí. ¿Qué me miras? Llega,
dame la mano.

TEODORO. El respeto
me detuvo de ofrecella.

DIANA. ¡Qué graciosa grosería,
que con la capa la ofrezcas!

TEODORO. Ansí, cuando vas a misa,
te la da Otavio.

DIANA. Es aquélla
mano que yo no le pido,
y debe de haber setenta
años que fué mano, y viene
amortajada por muerta.
Aguardar quien ha caído
a que se vista de seda,

es como ponerse un saco
quien ve al amigo en pendencia,
que mientras baja, le han muerto.
Demás que no es bien que tenga
nadie por más cortesía,
aunque melindres lo aprueban,
que una mano, si es honrada,
traiga la cara cubierta.

TEODORO. Quiero estimar la merced
que me has hecho.

DIANA. Cuando seas
escudero, la darás
en el ferreruelo envuelta,
que ahora eres secretario,
con que te he dicho que tengas
secreta aquesta caída
si levantarte deseas.

(Váyase.)

TEODORO.

¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo,
si miro que es mujer. Diana hermosa
pidió mi mano, y la color de rosa
al dársela, robó del rostro el miedo.
Tembló; yo lo sentí; dudoso quedo.
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa,
si bien, por ser la empresa tan dudosa,
niego al temor lo que al valor concedo.
Mas dejar a Marcela es caso injusto;
que las mujeres no es razón que esperen
de nuestra obligación tanto disgusto.
Pero si ellas nos dejan cuando quieren
por cualquiera interés o nuevo gusto,
mueran también como los hombres mueren.

ACTO SEGUNDO

(Salen el CONDE FEDERICO *y* LEONIDO, *criado.)*

FEDERICO. ¿Aquí la viste?

LEONIDO. Aquí entró
como el alba por un prado,
que a su tapete bordado
la primera luz le dió.
Y, según la devoción,
no pienso que tardarán,
que conozco al capellán,
y es más breve, que es razón.

FEDERICO. ¡Ay, si la pudiese hablar!

LEONIDO. Siendo tú su primo, es cosa
acompañarla forzosa.

FEDERICO. El pretenderme casar
ha hecho ya sospechoso
mi parentesco, Leonido,
que antes de haberla querido,
nunca estuve temeroso.
Verás que un hombre visita
una dama libremente
por conocido o pariente,
mientras no la solicita;
pero en llegando a querella,
aunque de todos se guarde,
menos entra, y más cobarde,
y apenas habla con ella.
Tal me ha sucedido a mí
con mi prima la Condesa;
tanto, que de amar me pesa,
pues lo más del bien perdí,
pues me estaba mejor vella
tan libre como solía.

(Sale el MARQUÉS RICARDO *y* CELIO.)

CELIO. A pie digo que salía,
y alguna gente con ella.

RICARDO. Por estar la iglesia enfrente,
y por preciarse del talle,
ha querido honrar la calle.

CELIO. ¿No has visto por el Oriente
salir serena mañana
el sol con mil rayos de oro,
cuando dora el blanco Toro
que pace campos de grana?,
que así llamaba un poeta
los primeros arreboles,
pues tal salió, con dos soles,
más hermosa y más perfeta,
la bellísima Diana,
la Condesa de Belflor.

RICARDO. Mi amor te ha vuelto pintor
de tan serena mañana,
y hácesla sol, con razón,
porque el sol en sus caminos
va pasando varios sinos,
que sus pretendientes son.
Mira que allí Federico
aguarda sus rayos de oro.

CELIO. ¿Cuál de los dos será el Toro
a quien hoy al sol aplico?

RICARDO. El, por primera afición,
aunque del nombre se guarde;
que yo, por entrar más tarde,
seré el signo del León.

FEDERICO. ¿Es aquél Ricardo?
LEONIDO. El es.
FEDERICO. Fuera maravilla rara
que de este puesto faltara.
LEONIDO. ¡Gallardo viene el Marqués!
FEDERICO. No pudieras decir más,
si tú fueras el celoso.
LEONIDO. ¿Celos tienes?
FEDERICO. ¿No es forzoso?
De alabarle me los das.
LEONIDO. Si a nadie quiere Diana,
¿de qué los puedes tener?
FEDERICO. De que le puede querer,
que es mujer.
LEONIDO. Sí, mas tan vana,
tan altiva y desdeñosa,
que a todos os asegura.
FEDERICO. Es soberbia la hermosura.
LEONIDO. No hay ingratitud hermosa.
CELIO. Diana sale, señor.
RICARDO. Pues tendrá mi noche día.
CELIO. ¿Hablarásla?
RICARDO. Eso querría,
si quiere el competidor.

(Salen OTAVIO, FABIO, TEODORO, *la* CONDESA, *y detrás,* MARCELA, DOROTEA, ANARDA, *con mantos; llegue el* CONDE *por un lado.*

FEDERICO.

Aquí aguardaba, con deseo de veros.

DIANA.

Señor Conde, seáis muy bien hallado.

RICARDO.

Y yo, señora, con el mismo, agora
a acompañaros vengo y a serviros.

DIANA.

Señor Marqués, ¿qué dicha es ésta mía?
¡Tanta merced!...

RICARDO.

Bien debe a mi deseo
vueseñoría este cuidado.

FEDERICO.

Creo
que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO.

Háblala, no te turbes.

FEDERICO.

¡Ay, Leonido!
Quien sabe que no gustan de escuchalle,
¿de qué te admiras que se turbe y calle?

(Todos se entren por la otra puerta, acompañando a la CONDESA, *y quede allí* TEODORO.)

TEODORO. Nuevo pensamiento mío,
desvanecido en el viento,
que con ser mi pensamiento,
de veros volar me río;
parad, detened el brío,
que os detengo y os provoco,
porque si el intento es loco,
de los dos lo mismo escucho,
aunque donde el premio es mucho
el atrevimiento es poco.
Y si por disculpa dais
que es infinito el que espero,
averigüemos primero,
pensamiento, en qué os fundáis.
¿Vos a quién servís amáis?
Diréis que ocasión tenéis,
si a vuestros ojos creéis;
pues, pensamiento, decildes
que, sobre pajas humildes,
torres de diamante hacéis.
Si no me sucede bien,
quiero culparos a vos;
mas teniéndola los dos,
no es justo que culpa os den;
que podréis decir también,
cuando del alma os levanto
y de la altura me espanto
donde el amor os subió,
que el estar tan bajo yo
os hace a vos subir tanto.
Cuando algún hombre ofendido
al que le ofende defiende,
que dió la ocasión se entiende
del daño que os ha venido.
Sed en buen hora atrevido,
que aunque los dos nos perdamos,
esta disculpa llevamos:
que vos os perdéis por mí
y que yo tras vos me fuí,
sin saber adónde vamos.
Id en buen hora, aunque os den
mil muertes, por atrevido,
que no se llama perdido
el que se pierde tan bien;
como otros dan parabién

de lo que hallan, estoy tal
que de perdición igual
os le doy, porque es perderse
tan bien, que puede tenerse
envidia del mismo mal.

TRISTÁN. Si en tantas lamentaciones
cabe un papel de Marcela,
que contigo se consuela
de sus pasadas prisiones,
bien te le daré sin porte,
porque a quien no ha menester,
nadie le procura ver,
a la usanza de la corte.
Cuando está en alto lugar
un hombre, y ¡qué bien lo imitas!,
¡que le vienen de visitas
a molestar y enfadar!
Pero si mudó de estado,
como es la fortuna incierta,
todos huyen de su puerta,
como si fuere apestado.
¿Parécete que lavemos
con vinagre este papel?

TEODORO. Contigo, necio, y con él
entrambas cosas tenemos.
Muestra, que vendrá lavado
si en tus manos ha venido.

(Lea.)

"A Teodoro, mi marido."
¿Marido? ¡Qué necio enfado!
¡Qué necia cosa!

TRISTÁN. Es muy necia.

TEODORO. Pregúntale a mi ventura
si, subida a tanta altura,
esas mariposas precia.

TRISTÁN. Léele, por vida mía,
aunque ya estés tan divino,
que no se desprecia el vino
de los mosquitos que cría;
que yo sé cuándo Marcela,
que llamas ya mariposa,
era águila caudalosa.

TEODORO. El pensamiento, que vuela
a los mismos cercos de oro
del sol, tan baja la mira,
que aun de que la ve se admira.

TRISTÁN. Hablas con justo decoro.
Mas ¿qué haremos del papel?

TEODORO. Esto.

TRISTÁN. ¿Rasgástele?

TEODORO. Sí.

TRISTÁN. ¿Por qué, señor?

TEODORO. Porque ansí
respondí más presto a él.

TRISTÁN. Ese es injusto rigor.

TEODORO. Ya soy otro, no te espantes.

TRISTÁN. Basta, que sois los amantes
boticarios del amor,
que, como ellos las recetas,
vais ensartando papeles,
récipe, celos crueles,
agua de azules violetas.
Récipe un desdén extraño,
sirupi del *borrajorum,*
con que la sangre *templorum*
para asegurar el daño.
Récipe, ausencia tomad,
un emplasto para el pecho,
que os hiciera más provecho
estaros en la ciudad.
Récipe de matrimonio;
allí es menester jarabes,
y, tras diez días suaves,
purgalle con antimonio.
Récipe, *signus* celeste,
que *Capricornius dicetur,*
ese enfermo, *morietur,*
si no es que paciencia preste.
Récipe, que de una tienda,
joya o vestido *sacabis*
con tabletas *confortabis*
la bolsa que tal emprenda.
A esta traza, finalmente,
van todo el año ensartando;
llega la paga, en pagando,
o viva o muera el doliente,
se rasga todo el papel.
Tú la cuenta has acabado,
y el de Marcela has rasgado
sin saber lo que hay en él.

TEODORO. Ya tú debes de venir
con el vino que otras veces.

TRISTÁN. Pienso que te desvaneces
con lo que intentas subir.

TEODORO. Tristán, cuantos han nacido
su ventura han de tener;
no saberla conocer
es el no haberla tenido.
O morir en la porfía,
o ser conde de Belflor.

TRISTÁN. César llamaron, señor,
a aquel duque que traía
escrito, por gran blasón:
"César, o nada", y en fin,

tuvo tan contrario el fin,
que al fin de su pretensión
escribió una pluma airada:
"César, o nada dijiste,
y todo, César, lo fuiste,
pues fuiste César y nada".

TEODORO. Pues tomo, Tristán, la empresa,
y haga después la fortuna
lo que quisiere.

(Salen MARCELA *y* DOROTEA.)

DOROTEA. Si a alguna
de tus desdichas le pesa
de todas las que servimos
a la Condesa, soy yo.

MARCELA. En la prisión que me dió
tan justa amistad hicimos.
Y yo me siento obligada
de suerte, mi Dorotea,
que no habrá amiga que sea
más de Marcela estimada.
Anarda piensa que yo
no sé cómo quiere a Fabio,
pues de ella nació mi agravio,
que a la Condesa contó
los amores de Teodoro.

DOROTEA. Teodoro está aquí.

MARCELA. ¡Mi bien!

TEODORO. Marcela, el paso detén.

MARCELA. ¿Cómo, mi bien, si te adoro,
cuando a mis ojos te ofreces?

TEODORO. Mira lo que haces y dices,
que en palacio los tapices
han hablado algunas veces.
¿De qué piensas que nació
hacer figuras en ellos?
De avisar que detrás de ellos
siempre algún vivo escuchó.
Si un mudo, viendo matar
a un rey, su padre, dió voces,
figuras, que no conoces,
pintadas sabrán hablar.

MARCELA. ¿Has leído mi papel?

TEODORO. Sin leerle, le he rasgado,
que estoy tan escarmentado
que rasgué mi amor con él.

MARCELA. ¿Son los pedazos aquéstos?

TEODORO. Sí, Marcela.

MARCELA. ¿Y ya mi amor
has rasgado?

TEODORO. ¿No es mejor
que vernos por puntos puestos
en peligros tan extraños?
Si tú de mi intento estás,
no tratemos de esto más,
para excusar tantos daños.

MARCELA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que estoy dispuesto
a no darle más enojos
a la Condesa.

MARCELA. En los ojos
tuve muchas veces puesto
el temor de esta verdad.

TEODORO. Marcela, queda con Dios.
Aquí acaba de los dos
el amor, no el amistad.

DOROTEA. ¿Tú dices eso, Teodoro,
a Marcela?

TEODORO. Yo lo digo;
que soy de quietud amigo
y de guardar el decoro
a la casa que me ha dado
el ser que tengo.

MARCELA. Oye, advierte...

TEODORO. Déjame.

MARCELA. ¿De aquesta suerte
me tratas?

TEODORO. ¡Qué necio enfado!

(Váyase.)

MARCELA. ¡Ah, Tristán, Tristán!

TRISTÁN. ¿Qué quieres?

MARCELA. ¿Qué es esto?

TRISTÁN. Una mudancita.
Que a las mujeres imita
Teodoro.

MARCELA. ¿Cuáles mujeres?

TRISTÁN. Unas de azúcar y miel.

MARCELA. Dile...

TRISTÁN. No me digas nada,
que soy vaina de esta espada,
nema de aqueste papel,
caja de aqueste sombrero,
fieltro de este caminante,
mudanza de este danzante,
día de este vario hebrero,
sombra de este cuerpo vano,
posta de aquesta estafeta,
rastro de aquesta cometa,
tempestad de este verano,
y, finalmente, yo soy
la uña de aqueste dedo,
que, en cortándome, no puedo
decir que con él estoy.

(Váyase.)

MARCELA. ¿Qué sientes de esto?
DOROTEA. No sé,
que a hablar no me atrevo.
MARCELA. ¿No?
Pues yo hablaré.
DOROTEA. Pues yo no.
MARCELA. Pues yo sí.
DOROTEA. Mira que fué
bueno el aviso, Marcela,
de los tapices que miras.
MARCELA. Amor, en celosas iras,
ningún peligro recela.
A no saber cuán altiva
es la Condesa, dijera
que Teodoro en algo espera,
porque no sin causa priva
tanto estos días Teodoro.
DOROTEA. Calla, que estás enojada.
MARCELA. Mas yo me veré vengada;
ni soy tan necia que ignoro
las tretas de hacer pesar.

(Sale FABIO.*)*

FABIO. ¿Está el secretario aquí?
MARCELA. ¿Es por burlarte de mí?
FABIO. Por Dios, que le ando a buscar,
que le llama mi señora.
MARCELA. Fabio, que sea o no sea,
pregúntale a Dorotea
cuál puse a Teodoro agora.
¿No es majadero cansado
este secretario nuestro?
FABIO. ¡Qué engaño tan necio el vuestro!
¿Querréis que esté deslumbrado
de lo que los dos tratáis?
¿Es concierto de los dos?
MARCELA. ¿Concierto? ¡Bueno!
FABIO. ¡Por Dios,
que pienso que me engañáis!
MARCELA. Confieso, Fabio, que oí
las locuras de Teodoro;
mas yo sé que a un hombre adoro
harto parecido a ti.
FABIO. ¿A mí?
MARCELA. Pues ¿no te pareces
a ti?
FABIO. Pues ¿a mí, Marcela?
MARCELA. Si te hablo con cautela,
Fabio; si no me enloqueces,
si tu talle no me agrada,
si no soy tuya, mi Fabio,
máteme el mayor agravio,
que es el querer despreciada.
FABIO. Es engaño conocido,
o tú te quieres morir,
pues quieres restituir
el alma que me has debido.
Si es burla o es invención,
¿a qué camina tu intento?
DOROTEA. Fabio, ten atrevimiento
y aprovecha la ocasión,
que hoy te ha de querer Marcela
por fuerza.
FABIO. Por voluntad
fuera amor, fuera verdad.
DOROTEA. Teodoro más alto vuela.
De Marcela se descarta.
FABIO. Marcela, a buscarle voy.
Bueno en sus desdenes soy:
si amor te convierte en carta,
el sobrescrito a Teodoro,
y en su ausencia, denla a Fabio;
mas yo perdono el agravio
aunque ofenda mi decoro,
y despacio te hablaré,
siempre tuyo, en bien o en mal.

(Váyase.)

DOROTEA. ¿Qué has hecho?
MARCELA. No sé; estoy tal
que de mí misma no sé.
¿Anarda no quiere a Fabio?
DOROTEA. Sí quiere.
MARCELA. Pues de los dos
me vengo, que amor es Dios
de la envidia y del agravio.

(Salen la CONDESA *y* ANARDA.*)*

DIANA. Esta ha sido la ocasión;
no me reprehendas más.
ANARDA. La disculpa que me das
me ha puesto en más confusión.
Marcela está aquí, señora,
hablando con Dorotea.
DIANA. Pues no hay disgusto que sea
para mí mayor agora.
Salte allá fuera, Marcela.
MARCELA. Vamos, Dorotea (1), de aquí.
¡Bien digo yo que de mí
o se enfada o se recela!

(Váyanse MARCELA *y* DOROTEA.*)*

---

(1) El original dice "Teodora", por errata.

ANARDA. ¿Puédote hablar?
DIANA. Ya bien puedes.
ANARDA. Los dos que de aquí se van,
ciegos de tu amor están.
Tú en desdeñarlos excedes
la condición de Anajarte,
la castidad de Lucrecia,
y quien a tantos desprecia...
DIANA. Ya me canso de escucharte.
ANARDA. ¿Con quién te piensas casar? (1)
¿No puede el Marqués Ricardo,
por generoso y gallardo,
si no exceder, igualar
al más poderoso y rico?
¿Y la más noble mujer
también no lo puede ser
de tu primo Federico?
¿Por qué los has despedido
con tan extraño desprecio?
DIANA. Porque uno es loco, otro necio,
y tú, en no haberme entendido,
más, Anarda, que los dos.
No los quiero porque quiero;
y quiero porque no espero
remedio.
ANARDA. ¡Válgame Dios!
¿Tú quieres?
DIANA. ¿No soy mujer?
ANARDA. Sí, pero imagen de hielo,
donde el mismo sol del cielo
podrá tocar y no arder.
DIANA. Pues esos hielos, Anarda,
dieron todos a los pies
de un hombre humilde.
ANARDA. ¿Quién es?
DIANA. La vergüenza me acobarda
que de mi propio valor
tengo. No diré su nombre:
basta que sepas que es hombre
que puede infamar mi honor.
ANARDA. Si Pasife quiso un toro,
Semíramis un caballo,
y otras los monstruos que callo,
por no infamar su decoro,
¿qué ofensa te puede hacer
querer hombre, sea quien fuere?
DIANA. Quien quiere, puede, si quiere,
como quiso, aborrecer.
Esto es lo mejor. Yo quiero
no querer.
ANARDA. ¿Podrás?
DIANA. Podré;
que si cuando quise amé,
no amar, en queriendo, espero.

(Toquen dentro.)

DIANA. ¿Quién canta?
ANARDA. Fabio, con Clara.
DIANA. ¡Ojalá que me diviertan!
ANARDA. Música y amor conciertan
bien. En la canción repara.

(Canten dentro.)

¡Oh, quién pudiera hacer; oh, quién hiciese
que en no queriendo amar aborreciese!
¡Oh, quién pudiera hacer; oh, quién hiciera
que no queriendo amar aborreciera!

ANARDA. ¿Qué te dice la canción?
¿No ves que te contradice?
DIANA. Bien entiendo lo que dice;
mas yo sé mi condición.
Y sé que estará en mi mano,
como amar, aborrecer.
ANARDA. Quien tiene tanto poder,
pasa del límite humano.

(TEODORO, *entre.*)

TEODORO. Fabio me ha dicho, señora,
que le mandaste buscarme.
DIANA. Horas ha que te deseo.
TEODORO. Pues ya vengo a que me mandes;
y perdona, si he faltado.
DIANA. Ya has visto estos dos amantes,
estos dos mi pretendientes.
TEODORO. Sí, señora.
DIANA. Buenos talles
tienen los dos.
TEODORO. Y muy buenos.
DIANA. No quiero determinarme
sin tu consejo. ¿Con cuál
te parece que me case?
TEODORO. Pues ¿qué consejo, señora,
puedo yo en las cosas, darte,
que consisten en tu gusto?
Cualquiera que quieras darme
por dueño será mejor.
DIANA. Mal pagas el estimarte
por consejero, Teodoro,
en caso tan importante.
TEODORO. Señora, ¿en casa no hay viejos
que entienden de casos tales?

(1) En el original, "se piensa".

Otavio, tu mayordomo,
con experiencia lo sabe,
fuera de su larga edad.

DIANA. Quiero yo que a ti te agrade
el dueño que has de tener.
¿Tiene el Marqués mejor talle
que mi primo?

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Pues elijo al Marqués. Parte
y pídele las albricias.

(Váyase la CONDESA.)

TEODORO. ¿Hay desdicha semejante?
¿Hay resolución tan breve?
¿Hay mudanza tan notable?
¿Estos eran los intentos
que tuve? ¡Oh, sol, abrasadme
las alas con que subí,
pues vuestro rayo deshace
las mal atrevidas plumas
a la belleza de un ángel.
Cayó Diana de su error.
¡Oh, qué mal hice en fiarme
de una palabra amorosa!
¡Ay, cómo entre desiguales
mal se concierta el amor!
Pero ¿es mucho que me engañen
aquellos ojos a mí,
si pudieran ser bastantes
a hacer engaños a Ulises?
De nadie puedo quejarme
sino de mí; pero, en fin,
¿qué pierdo cuando me falte?
Haré cuenta que he tenido
algún accidente grave,
y que mientras me duró
imaginé disparates.
No más; despedíos de ser,
¡oh, pensamiento arrogante!,
conde de Belflor; volved
la proa al antiguo margen.
Queramos nuestra Marcela;
para vos Marcela baste;
señoras busquen señores,
que amor se engendra de iguales.
Y pues en aire nacistes,
quedad convertido en aire,
que donde méritos faltan,
los que piensan subir caen.

(Sale FABIO.)

FABIO.

¿Hablaste ya con mi señora?

TEODORO.

Agora,
Fabio, la hablé, y estoy con gran contento,
porque ya la Condesa, mi señora,
rinde su condición al casamiento.
Los dos que viste, cada cual la adora;
mas ella, con su raro entendimiento,
al Marqués escogió.

FABIO.

Discreta ha sido.

TEODORO.

Que gane las albricias me ha pedido.
Mas yo, que soy tu amigo, quiero darte,
Fabio, aqueste provecho; parte presto
y pídelas por mí.

FABIO.

Si debo amarte
muestra la obligación en que me has puesto.
Voy como un rayo, y volveré a buscarte
satisfecho de ti, contento de esto,
y alábese el Marqués, que ha sido empresa
de gran valor rendirse la Condesa.

(Vase FABIO, *y sale* TRISTÁN.)

TRISTÁN. Turbado a buscarte vengo.
¿Es verdad lo que me han dicho?

TEODORO. ¡Ay, Tristán! Verdad será,
si son desengaños míos.

TRISTÁN. Ya, Teodoro, en las dos sillas
los dos batanes he visto
que molieron a Diana;
pero que hubiese elegido
hasta agora no lo sé.

TEODORO. Pues, Tristán, agora vino
ese tornasol mudable,
esa veleta, ese vidrio,
ese río junto al mar,
que vuelve atrás, aunque es río;
esa Diana, esa luna,
esa mujer, ese hechizo,
ese monstruo de mudanzas
que sólo perderme quiso
por afrentar sus victorias,
y que dijese, me dijo,
cuál de los dos me agradaba,
porque sin consejo mío
no se pensaba casar.
Quedé muerto y tan perdido,
que no responder locuras
fué de mi locura indicio.

Díjome, en fin, que el Marqués
le agradaba, y que yo mismo
fuese a pedir las albricias.

TRISTÁN. ¿Ella, en fin, tiene marido?

TEODORO. El Marqués Ricardo.

TRISTÁN. Pienso
que a no verte sin juicio,
y porque dar aflicción
no es justo a los afligidos,
que agora te diera vaya
de aquel pensamiento altivo
con que a ser conde aspirabas.

TEODORO. Si aspiré, Tristán, ya expiro.

TRISTÁN. La culpa tienes de todo.

TEODORO. No lo niego, que yo he sido
fácil en creer los ojos
de una mujer.

TRISTÁN. Yo te digo
que no hay vasos de veneno
a los mortales sentidos,
Teodoro, como los ojos
de una mujer.

TEODORO. De corrido,
te juro, Tristán, que apenas
puedo levantar los míos.
Esto pasó, y el remedio
es sepultar en olvido
el suceso y el amor.

TRISTÁN. ¡Qué arrepentido y contrito
has de volver a Marcela!

TEODORO. Presto seremos amigos.

(*Sale* MARCELA.)

MARCELA.

¡Qué mal que finge amor quien no le tiene!
¡Qué mal puede olvidarse amor de un año,
pues mientras más el pensamiento engaño,
más atrevido a la memoria viene!
Pero si es fuerza, y al honor conviene,
remedio suele ser del desengaño
curar el propio amor amor extraño;
que no es poco remedio el que entretiene.
Mas ¡ay!, que imaginar que puede amarse
en medio de otro amor, es atreverse
a dar mayor venganza, por vengarse.
Mejor es esperar que no perderse;
que suele alguna vez, pensando helarse
amor, con los remedios encenderse.

TEODORO. Marcela.

MARCELA. ¿Quién es?

TEODORO. Yo soy.
¿Así te olvidas de mí?

MARCELA. Y tan olvidada estoy,
que a no imaginar en ti,
fuera de mí misma voy.
Porque si en mí misma fuera,
te imaginara y te viera,
que, para no imaginarte,
tengo el alma en otra parte,
aunque olvidarte no quiera.
¿Cómo me osaste nombrar?
¿Cómo cupo en esa boca
mi nombre?

TEODORO. Quise probar
tu firmeza, y es tan poca
que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleó
tu cuidado en un sujeto
que mi amor sustituyó.

MARCELA. Nunca, Teodoro, el discreto
mujer ni vidrio probó.
Mas no me des a entender
que prueba quisiste hacer.
Yo te conozco, Teodoro;
unos pensamientos de oro
te hicieron enloquecer.
¿Cómo te va? ¿No te salen
como tú los imaginas?
¿No te cuestan lo que valen?
¿No hay dichas que las divinas
partes de tu dueño igualen?
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
Turbado, Teodoro, vienes.
¿Mudóse aquel vendaval?
¿Vuelves a buscar tu igual,
o te burlas y entretienes?
Confieso que me holgaría
que dieses a mi esperanza,
Teodoro, un alegre día.

TEODORO. Si le quieres con venganza,
¿qué mayor, Marcela mía?
Pero mira que el amor
es hijo de la nobleza;
no muestres tanto rigor,
que es la vengaza bajeza
indigna del vencedor.
Venciste; yo vuelto a ti,
Marcela, que no salí
con aquel mi pensamiento;
perdona el atrevimiento
si ha quedado amor en ti.
No porque no puede ser
proseguir las esperanzas
con que te pude ofender;
mas porque en estas mudanzas

memorias me hacen volver.
  Sean, pues, estas memorias
parte a despertar la tuya,
pues confieso tus victorias.

MARCELA. No quiera Dios que destruya
los principios de tus glorias.
  Sirve, bien haces; porfía,
no te rindas, que dirá
tu dueño que es cobardía;
sigue tu dicha, que ya
voy prosiguiendo la mía.
  No es agravio amar a Fabio,
pues me dejaste, Teodoro,
sino el remedio más sabio,
que aunque el dueño no mejoro,
basta vengar el agravio.
  Y quédate adiós, que ya
me cansa el hablar contigo;
no venga Fabio, que está
medio casado conmigo.

TEODORO. Tenla, Tristán, que se va.

TRISTÁN. Señora, señora, advierte,
que no es volver a quererte
dejar de haberte querido.
Disculpa el buscarte ha sido,
si ha sido culpa ofenderte.
  Oyeme, Marcela, a mí.

MARCELA. ¿Qué quieres, Tristán?

TRISTÁN. Espera.

(Salen la CONDESA *y* ANARDA.)

DIANA. ¿Teodoro y Marcela aquí?

ANARDA. Parece que el ver te altera
que esos dos se hablen así.

DIANA. Toma, Anarda, esa antepuerta,
y cubrámonos las dos.
Amor, con celos despierta.

MARCELA. ¡Déjame, Tristán, por Dios!

ANARDA. Tristán a los dos concierta,
  que deben estar reñidos.

DIANA. El alcahuete lacayo
me ha quitado los sentidos.

TRISTÁN. No pasó más presto el rayo
que por sus ojos y oídos
  pasó la necia belleza
de esa mujer que le adora.
Ya desprecia su riqueza,
que más riqueza atesora
tu gallarda gentileza.
  Haz cuenta que fué cometa
aquel amor; ven acá,
Teodoro.

DIANA. Brava estafeta
es el lacayo.

TEODORO. Si ya
Marcela a Fabio sujeta
  dice que le tiene amor,
¿por qué me llamas, Tristán?

TRISTÁN. Otro enojado.

TEODORO. Mejor
los dos casarse podrán.

TRISTÁN. ¿Tú también? ¡Bravo rigor!
  Ea, acaba, llega, pues;
dame esa mano, y después,
que se hagan las amistades.

TEODORO. Necio, tú me persuades.

TRISTÁN. Por mí, quiero que le des
  la mano esta vez, señor.

TEODORO. ¿Cuándo he dicho yo a Marcela
que he tenido a nadie amor,
y ella me ha dicho...?

TRISTÁN. Es cautela
para vengar tu rigor.

MARCELA. No es cautela, que es verdad.

TRISTÁN. Calla, boba. Ea, llegad.
¡Qué necios estáis los dos!

TEODORO. Yo rogaba, mas, ¡por Dios,
que no he de hacer amistad!

MARCELA. Pues a mí me pase un rayo.

TRISTÁN. No jures.

MARCELA. Aunque le muestro
enojo, ya me desmayo.

TRISTÁN. Pues tente firme.

DIANA. ¡Qué diestro
está el bellaco lacayo.

MARCELA. ¡Déjame, Tristán, que tengo
que hacer!

TEODORO. ¡Déjala, Tristán!

TRISTÁN. Por mí, vaya.

TEODORO. Tenla.

MARCELA. Vengo,
mi amor.

TRISTÁN. ¿Cómo no se van,
ya que a ninguno detengo?

MARCELA. ¡Ay, mi bien; no puedo irme!

TEODORO. Ni yo, porque no es tan firme
ninguna roca en la mar.

MARCELA. Los brazos te quiero dar.

TEODORO. Y yo a los tuyos asirme.

TRISTÁN. Si ya no era menester,
¿por qué me hiciste cansar?

ANARDA. ¿De esto gusta?

DIANA. Vengo a ver
lo poco que hay que fiar
de un hombre y una mujer.

TEODORO. ¡Ay, qué me has dicho de afren- [tas!
TRISTÁN. Yo he caído ya, con veros,
juntar las almas contentas,
que es desgracia de terceros
no se concertar las ventas.
MARCELA. Si te trocare, mi bien,
por Fabio, ni por el mundo,
que tus agravios me den
la muerte.
TEODORO. Hoy de nuevo fundo,
Marcela, mi amor también;
y si te olvidare, digo
que me dé el cielo en castigo
el verte en brazos de Fabio.
MARCELA. ¿Quieres deshacer mi agravio?
TEODORO. ¿Qué no haré por ti y contigo?
MARCELA. Di que todas las mujeres
son feas.
TEODORO. Contigo, es claro.
Mira qué otra cosa quieres.
MARCELA. En ciertos celos reparo,
ya que tan mi amigo eres,
que no importa que esté aquí
Tristán.
TRISTÁN. Bien podéis por mí,
aunque de mí mismo sea.
MARCELA. Di que la Condesa es fea.
TEODORO. Y un demonio para mí.
MARCELA. ¿No es necia?
TEODORO. Por todo extremo.
MARCELA. ¿No es bachillera?
TEODORO. Es cuitada.
DIANA. Quiero estorbarlos, que temo
que no reparen en nada,
y aunque me hielo, me quemo.
ANARDA. ¡Ay, señora, no hagáis tal!
TRISTÁN. Cuando queráis decir mal
de la Condesa y su talle,
a mí me oíd.
DIANA. ¿Escuchalle
podré desvergüenza igual?
TRISTÁN. Lo primero...
DIANA. Yo no aguardo
a lo segundo, que fuera
necedad.
MARCELA. Voyme, Teodoro.

(Váyase, con una reverencia, MARCELA.)

TRISTÁN. ¡La Condesa!
TEODORO. ¡La Condesa!
DIANA. Teodoro.
TEODORO. Señora, advierte...
TRISTÁN. El cielo a tronar comienza.
No pienso aguardar los rayos.

(Vase TRISTÁN.)

DIANA. Anarda, un bufete llega;
escribiráme Teodoro
una carta de su letra;
pero notándola yo.
TEODORO. Todo el corazón me tiembla.
¿Si oyó lo que hablado habemos?
DIANA. Bravamente amor despierta
con los celos a los ojos.
¡Que aqueste amase a Marcela,
y que yo no tenga partes
para que también me quiera!
¡Que se burlasen de mí!
TEODORO. Ella murmura y se queja.
Bien digo yo que en palacio,
para que a callar aprenda,
tapices tienen oídos
y paredes tienen lenguas.

(Sale ANARDA, *con su bufetillo pequeño y recado de escribir.)*

ANARDA. Este pequeño he traído
y tu escribanía.
DIANA. Llega,
Teodoro, y toma la pluma.
TEODORO. Hoy me mata o me destierra.
DIANA. Escribe.
TEODORO. Di.
DIANA. No estás bien
con la rodilla en la tierra.
Ponle, Anarda, una almohada.
TEODORO. Yo estoy bien.
DIANA. Pónsela, necia.
TEODORO. No me agrada este favor
sobre enojos y sospechas,
que quien honra las rodillas
cortar quiere la cabeza.
Yo aguardo.
DIANA. Yo digo ansí.
TEODORO. Mil cruces hacer quisiera.

(Siéntese la CONDESA *en una silla alta. Ella diga y él vaya escribiendo:)*

"Cuando una mujer principal se ha declarado con un hombre humilde, eslo mucho el término de volver a hablar con otra; mas quien no estima su fortuna, quédese para necio."

TEODORO. ¿No dices más?
DIANA. Pues ¿qué más?

El papel, Teodoro, cierra.
ANARDA. ¿Qué es eso que haces, señora?
DIANA. Necedades de amor llenas.
ANARDA. Pues ¿a quién tienes amor?
DIANA. ¿Aún no le conoces, bestia?
Pues yo sé que le murmuran
en mi casa hasta las piedras.
TEODORO. Ya el papel está cerrado;
sólo sobrescrito resta.
DIANA. Pon, Teodoro, para ti,
y no lo entienda Marcela,
que quizá le entenderás
cuando despacio le leas.

(Váyase, y quede solo, y entre MARCELA.*)*

TEODORO. ¿Hay confusión tan extraña?
¡Que aquesta mujer me quiera
con pausas como sangrías,
y que tenga intercadencias
el pulso de amor tan grandes!
MARCELA. ¿Qué te ha dicho la Condesa,
mi bien, que he estado temblando
detrás de aquella antepuerta?
TEODORO. Díjome que te quería
casar con Fabio, Marcela,
y este papel que escribí
es que despacha a tu tierra
por los dineros del dote.
MARCELA. ¿Qué dices?
TEODORO. Sólo que sea
para bien. Y pues te casas,
que de burlas ni de veras
tomes mi nombre en tu boca.
MARCELA. Oye.
TEODORO. Es tarde para quejas.

(Vá'yase.)

MARCELA. No, no puedo yo creer
que aquesta la ocasión sea.
Favores de aquesta loca
le han hecho dar esta vuelta;
que él está como arcaduz,
que cuando baja, le llena
del agua de su favor,
y cuando sube, le mengua.
¡Ay de mí, Teodoro ingrato,
que luego que su grandeza
te toca alarma me olvidas!
Cuando te quiere, me dejas;
cuando te deja, me quieres;
¿quién ha de tener paciencia?

(Sale el MARQUÉS *y* FABIO.*)*

RICARDO.

No pude, Fabio, detenerme un hora.
Por tal merced le besaré las manos.

FABIO.

Dile presto, Marcela, a mi señora
que está el Marqués aquí.

MARCELA.

Celos tiranos,
celos crueles, ¿qué queréis agora
tras tantos locos pensamientos vanos?

FABIO.

¿No vas?

MARCELA.

Ya voy.

FABIO.

Pues dile que ha venido
nuestro nuevo señor, y su marido.

(Vase MARCELA.*)*

RICARDO.

Id, Fabio, a mi posada, que mañana
os daré mil escudos y un caballo
de la casta mejor napolitana.

FABIO.

Sabré, si no servillo, celebrallo.

RICARDO.

Este es principio sólo, que Diana
os tiene por criado y por vasallo,
y yo por sólo amigo.

FABIO.

Esos pies beso.

RICARDO.

No pago ansí; la obligación confieso.

(Sale la CONDESA.*)*

DIANA.

¿Vueseñoría aquí?

RICARDO.

Pues ¿no era justo,
si me enviáis con Fabio tal recado,

y que después de aquel mortal disgusto
me elegís por marido y por criado?
Dadme esos pies, que de manera el gusto,
de ver mi amor en tan dichoso estado,
me vuelve loco, que le tengo en poco,
si me contento de volverme loco.
¿Cuándo pensé, señora, mereceros,
ni llegar a más bien que desearos?

DIANA.

No acierto, aunque lo intento, a responderos.
¿Yo he enviado a llamaros, o es burlaros?

RICARDO.

Fabio, ¿qué es esto?

FABIO.

¿Pude yo traeros
sin ocasión agora, ni llamaros
menos que de Teodoro prevenido?

DIANA.

Señor Marqués, Teodoro culpa ha sido.
Oyóme anteponer a Federico
vuestra persona, con ser primo hermano
y caballero generoso y rico,
y presumió que os daba ya la mano.
A vuestra señoría la suplico
perdone aquestos necios.

RICARDO.

Fuera en vano
dar a Fabio perdón, si no estuviera
adonde vuestra imagen le valiera.
Bésoos los pies por el favor, y espero
que ha de vencer mi amor esta porfía.

(Váyase el MARQUÉS.*)*

DIANA.

¿Paréceos bien aquesto, majadero?

FABIO.

¿Por qué me culpa a mí vueseñoría?

DIANA.

Llama luego a Teodoro. ¡Qué ligero
este cansado pretensor venía
cuando me matan celos de Teodoro!

FABIO.

¡Perdí el caballo y mil escudos de oro!

(Váyase FABIO, *y quede la* CONDESA *sola.)*

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? ¿Ya no tenía
olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres?
Pero responderás que tú no eres
sino tu sombra, que detrás venía.
¡Oh, celos!, ¿qué no hará vuestra porfía?
Malos letrados sois con las mujeres,
pues jamás os pidieron pareceres
que pudiese el honor guardarse un día.
Yo quiero a un hombre bien; mas se me [acuerda
que yo soy mar, y que es humilde barco,
y que es contra razón que el mar se pierda.
En gran peligro, amor, el alma embarco;
mas si tanto el honor tira la cuerda,
¡por Dios, que temo que se rompa el arco!

(Sale TEODORO *y* FABIO.*)*

FABIO. Pensó matarme el Marqués;
pero, la verdad diciendo,
más sentí los mil escudos.
TEODORO. Yo quiero darte un consejo.
FABIO. ¿Cómo?
TEODORO. El Conde Federico
estaba perdiendo el seso
porque el Marqués se casaba.
Parte, y di que el casamiento
se ha deshecho, y te dará
esos mil escudos luego.
FABIO. Voy como un rayo.
TEODORO. Camina.
¿Llamábasme?
DIANA. Bien ha hecho
ese necio en irse agora.
TEODORO. Una hora he estado leyendo
tu papel, y bien mirado,
señora, tu pensamiento,
hallo que mi cobardía
procede de tu respeto;
pero ya que soy culpado
en tenerle, como necio,
a tus muchas diligencias,
y ansí a decir me resuelvo
que te quiero, y que es disculpa
que con respeto te quiero.
Temblando estoy, no te espantes.
DIANA. Teodoro, yo te lo creo.
¿Por qué no me has de querer,
si soy tu señora y tengo
tu voluntad obligada,
pues te estimo y favorezco
más que a los otros criados?

TEODORO. Ese lenguaje no entiendo.
DIANA. No hay más que entender, Teodoro,
ni pasar el pensamiento
un átomo de esta raya;
enfrena cualquier deseo,
que de una mujer, Teodoro,
tan principal, y más siendo
tus méritos tan humildes,
basta un favor muy pequeño
para que toda la vida
vivas honrado y contento.
TEODORO. Cierto que vueseñoría,
perdóneme si me atrevo,
tiene en el juicio, a veces,
que no en el entendimiento,
mil lucidos intervalos
para que pueda ser bueno.
Haberme dado esperanzas,
que en tal estado me han puesto,
pues del peso de mis dichas
caí, como sabe, enfermo
casi un mes en una cama
luego que tratamos de esto.
Si cuando ve que me enfrío
se abrasa de vivo fuego,
y cuando ve que me abraso
se hiela de puro hielo,
dejárame con Marcela.
Mas viénele bien el cuento
del *Perro del hortelano.*
No quiere, abrasada en celos,
que me case con Marcela;
y en viendo que no la quiero,
vuelve a quitarme el juicio
y a despertarme, si duermo.
Pues coma, o deje comer,
porque yo no me sustento
de esperanzas tan cansadas,
que, si no, desde aquí vuelvo
a querer donde me quieren.
DIANA. Eso no, Teodoro; advierto
que Marcela no ha de ser.
En otro cualquier sujeto
pon los ojos, que en Marcela
no hay remedio.
TEODORO. ¿No hay remedio?
Pues ¿quiere vueseñoría
que si me quiere y la quiero,
ande a probar voluntades?
¿Tengo yo de tener puesto
adonde no tengo gusto
mi gusto por el ajeno?
Yo adoro a Marcela, y ella
me adora, y es muy honesto
este amor.
DIANA. ¡Pícaro, infame,
haré yo que os maten luego!
TEODORO. ¿Qué hace vueseñoría?
DIANA. Daros, por sucio y grosero,
estos bofetones.
TEODORO. Tente.

(Sale FABIO *y el* CONDE FEDERICO.)

FEDERICO. Bien dices, Fabio, no entremos;
pero mejor es llegar.
Señora mía, ¿qué es esto?
DIANA. No es nada: enojos que pasan
entre criados y dueños.
FEDERICO. ¿Quiere vuestra señoría
alguna cosa?
DIANA. No quiero
más de hablaros en las mías.
FEDERICO. Quisiera venir a tiempo
que os hallara con más gusto.
DIANA. Gusto, Federico, tengo,
que aquéstas son niñerías.
Entrad y sabréis mi intento
en lo que toca al Marqués.

(Váyase DIANA.)

FEDERICO. *(Ap.)* Fabio.
FABIO. Señor.
FEDERICO. Yo sospecho
que en estos disgustos hay
algunos gustos secretos.
FABIO. No sé, por Dios; admirado
de ver, señor Conde, quedo
tratar tan mal a Teodoro:
cosa que jamás ha hecho
la Condesa, mi señora.
FEDERICO. Bañóle de sangre el lienzo.

(Váyanse FEDERICO *y* FABIO.)

TEODORO.

Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres,
amor, que tengan desatinos tales?
Si así quieren mujeres principales,
furias las llamo yo, que no mujeres.
Si la grandeza excusa los placeres,
que iguales pueden ser en desiguales,
¿por qué, enemiga, de crueldad te vales,
y por matar a quien adoras mueres?
¡Oh, mano poderosa de matarme,

quién te besara entonces, mano hermosa,
agradecido al dulce castigarme!
No te esperaba yo tan rigurosa;
pero si me castigas, por tocarme,
tú sola hallaste gusto en ser celosa.

(*Sale* TRISTÁN.)

TRISTÁN. Siempre tengo de venir
acabados los sucesos;
parezco espada cobarde.
TEODORO. ¡Ay, Tristán!
TRISTÁN. Señor, ¿qué es esto?
¡Sangre en el lienzo!
TEODORO. Con sangre
quiere amor que de los celos
entre la letra.
TRISTÁN. ¡Por Dios,
que han sido celos muy necios!
TEODORO. No te espantes, que está loca
de un amoroso deseo;
y como el ejecutarle
tiene su honor por desprecio,
quiere deshacer mi rostro,
porque es mi rostro el espejo
adonde mira su honor,
y véngase en verlo feo.
TRISTÁN. Señor, que Juana o Lucía
cierren conmigo por celos
y me rompan, con las uñas,
el cuello que ellas me dieron;
que me repelen y arañen,
sobre averiguar por cierto
que les hice un peso falso,
vaya: es gente de pandero,
de media de cordellate
y de zapato frailesco;
pero que tan gran señora
se pierda tanto el respeto
a sí misma, es vil acción.
TEODORO. No sé, Tristán; pierdo el seso
de ver que me está adorando
y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo,
ni de Marcela, y si dejo
de mirarla, luego busca,
para hablarme, algún enredo.
No dudes; naturalmente,
es del hortelano el perro:
ni come, ni comer deja;
ni está fuera, ni está dentro.
TRISTÁN. Contáronme que un doctor,
catedrático y maestro,
tenía un ama y un mozo
que siempre andaban riñendo;
reñían a la comida,
a la cena, y hasta el sueño
le quitaban con sus voces,
que estudiar no había remedio.
Estando en lección un día,
fuéle forzoso, corriendo,
volver a casa, y entrando
de improviso en su aposento,
vió al ama y mozo acostados,
con amorosos requiebros,
y dijo: "Gracias a Dios,
que una vez en paz os veo".
Y esto imagino de entrambos,
aunque siempre andáis riñendo.

(*Sale la* CONDESA.)

DIANA. Teodoro.
TEODORO. Señora.
TRISTÁN. (¿Es duende
esta mujer?)
DIANA. Sólo vengo
a saber cómo te hallas.
TEODORO. Ya lo ves.
DIANA. ¿Estás bueno?
TEODORO. Bueno estoy.
DIANA. ¿Y no dirás:
"a tu servicio"?
TEODORO. No puedo
estar mucho en tu servicio,
siendo tal el tratamiento.
DIANA. ¡Qué poco sabes!
TEODORO. Tan poco,
que te siento y no te entiendo,
pues no entiendo tus palabras,
y tus bofetones siento.
Si no te quiero, te enfadas,
y enójaste si te quiero;
escríbesme, si me olvido,
y si me acuerdo, te ofendo;
pretendes que yo te entienda,
y si te entiendo, soy necio.
Mátame, o dame la vida:
da un medio a tantos extremos.
DIANA. ¿Hícete sangre?
TEODORO. ¿Pues no?
DIANA. ¿Adónde tienes el lienzo?
TEODORO. Aquí.
DIANA. Muestra.
TEODORO. ¿Para qué?
DIANA. Para que esta sangre quiero.

Habla a Otavio, a quien agora
mandé que te diera luego
dos mil escudos, Teodoro.

TEODORO. ¿Para qué?

DIANA. Para hacer lienzos.

(Váyase la CONDESA.)

TEODORO. ¿Hay disparates iguales?

TRISTÁN. ¿Qué encantamentos son estos?

TEODORO. ¡Dos mil escudos me ha dado!

TRISTÁN. Bien puedes tomar, al precio,
otros cuatro bofetones.

TEODORO. Dice que son para lienzos,
y llevó el mío con sangre.

TRISTÁN. Pagó la sangre, y te ha hecho
doncella por las narices.

TEODORO. No anda mal agora el perro,
pues, después que muerde, halaga.

TRISTÁN. Todos aquestos extremos
han de parar en el ama
del doctor.

TEODORO. ¡Quiéralo el cielo!

ACTO TERCERO

(Salen FEDERICO *y* RICARDO.)

RICARDO. ¿Esto viste?

FEDERICO. Esto vi.

RICARDO. ¿Y que le dió bofetones?

FEDERICO. El servir tiene ocasiones,
mas no lo son para mí;
que el poner una mujer
de aquellas prendas la mano
al rostro de un hombre, es llano
que otra ocasión puede haber.
Y bien veis que lo acredita
el andar tan mejorado.

RICARDO. Ella es mujer, y él criado.

FEDERICO. Su perdición solicita.
La fábula que pintó
el filósofo moral
de las dos ollas, que igual
hoy a los dos la vistió:
era de barro la una;
la otra, de cobre o hierro,
que un río, a los pies de un cerro
llevó con varia fortuna.
Desvióse la de barro
de la de cobre, temiendo
que la quebrase, y yo entiendo
pensamiento tan bizarro
del hombre y de la mujer,
hierro y barro; y no me espanto,
pues acercándose tanto,
por fuerza se han de romper.

RICARDO. La altivez y bizarría
de Diana me admiró,
y bien puede ser que yo
viese y no viese aquel día.
Mas ver caballos y pajes
en Teodoro, y tantas galas,
¿qué son, si no nuevas alas?
Pues criados, oro y trajes
no los tuviera Teodoro
sin ocasión tan notable.

FEDERICO. Antes que de esto se hable
en Nápoles, y el decoro
de nuestra sangre se ofenda,
sea o no sea verdad,
ha de morir.

RICARDO. Y es piedad
matarle, aunque ella lo entienda.

FEDERICO. ¿Podrá ser?

RICARDO. Bien puede ser;
que hay en Nápoles quien vive
de eso, y en oro recibe
lo que en sangre ha de volver.
No hay más de buscar un vago,
y que le despache luego.

FEDERICO. Por la brevedad os ruego.

RICARDO. Hoy tendrá su justo pago
semejante atrevimiento.

FEDERICO. ¿Son bravos estos?

RICARDO. Sin duda.

FEDERICO. El cielo, ofendido, ayuda
vuestro justo pensamiento.

(Salen FURIO, ANTONELO *y* LIRANO, *lacayos, y* TRISTÁN, *vestido de nuevo.)*

FURIO.

Pagar tenéis el vino, en alboroque
del famoso vestido que os han dado.

ANTONELO.

Esto bien sabe el buen Tristán que es justo.

TRISTÁN.

Digo, señores, que de hacerlo gusto.

LIRANO.

¡Bravo salió el vestido!

TRISTÁN.

Todo aquesto
es cosa de chacota y zarandajas,
respecto del lugar que tendré presto:
si no mudan los bolos la fortuna,
secretario he de ser del secretario.

LIRANO.

Mucha merced le hace la Condesa
a vuestro amo, Tristán.

TRISTÁN.

Es su privanza;
es su mano derecha, y es la puerta
por donde se entra a su favor.

ANTONELO.

Dejemos
favores y fortunas, y bebamos.

FURIO.

En este tabernáculo sospecho
que hay lágrima famosa y malvasía.

TRISTÁN.

Probemos vino greco, que deseo
hablar en griego, y con beberlo basta.

RICARDO.

Aquel moreno, de color quebrado,
me parece el más bravo, pues que todos
le estiman, hablan y hacen cortesía.
Celio.

CELIO.

Señor.

RICARDO.

De aquellos gentileshombres,
llama al descolorido.

CELIO.

¡Ah, caballero!
Antes que se entre en esa santa ermita,
el Marqués, mi señor, hablarle quiere.

TRISTÁN.

Camaradas, allí me llama un príncipe;
no puedo rehusar el ver qué manda.
Entren y tomen siete u ocho azumbres,
y aperciban dos dedos de formache,
en tanto que me informo de su gusto.

ANTONELO.

Pues despachad a prisa.

TRISTÁN.

Iré volando.
¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

RICARDO.

El veros entre tanta valentía
nos ha obligado, al conde Federico
y a mí, para saber si seréis hombre
para matar un hombre.

TRISTÁN.

(¡Vive el cielo,
que son los pretendientes de mi ama,
y que hay algún enredo! Fingir quiero.)

FEDERICO.

¿No respondéis?

TRISTÁN.

Estaba imaginando
si vuestra señoría está burlando
de nuestro modo de vivir, pues ¡vive
el que reparte fuerzas a los hombres,
que no hay en toda Nápoles espada
que no tiemble de sólo el nombre mío!
¿No conocéis a Héctor? Pues no hay Héctor
adonde está mi furibundo brazo;
que si él lo fué de Troya, yo de Italia.

FEDERICO.

Este es, Marqués, el hombre que buscamos.
Por vida de los dos, que no burlamos,
sino que, si tenéis conforme al nombre
el ánimo y queréis matar un hombre,
que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTÁN.

Con doscientos escudos me contento,
y sea el diablo.

RICARDO.

Yo os daré trescientos,
y despachalde aquesta noche.

TRISTÁN.

El nombre
del hombre espero, y parte del dinero.

RICARDO.

¿Conocéis a Diana, la Condesa
de Belflor?

TRISTÁN.

En su casa tengo amigos.

RICARDO.

¿Mataréis un criado de su casa?

TRISTÁN.

Mataré los criados y criadas,
y los mismos frisones de su coche.

RICARDO.

Pues a Teodoro habéis de dar la muerte.

TRISTÁN.

Eso ha de ser, señores, de otra suerte;
porque Teodoro, como yo he sabido,
no sale ya de noche, temeroso,
por ventura, de haberos ofendido.
Que le sirva estos días me han pedido:
dejádmele servir, y yo os ofrezco
de darle alguna noche dos mojadas,
con que el pobrete, *in pace requiescat,*
y yo quede seguro y sin sospecha.
¿Es algo lo que digo?

FEDERICO.

No pudiera
hallarse en toda Nápoles un hombre
que tan seguramente le matara.
Servilde, pues, y así, al descuido, un día
pegalde, y acudid a nuestra casa.

TRISTÁN.

Yo he menester agora cien escudos.

RICARDO.

Cincuenta tengo en esta bolsa; luego
que yo os vea, en su casa de Diana,
os ofrezco los ciento y muchos cientos.

TRISTÁN.

Eso de muchos cientos no me agrada.
Vayan vueseñorías en buen hora,
que me aguarda Mastranzo, *Rompe-muros,*
Mano de Hierro, Arfuz y *Espanta-diablos,*
y no quiero que acaso piensen algo.
Decís muy bien. Adiós.

FEDERICO.

¡Qué gran ventura!

RICARDO.

A Teodoro contadle por difunto.

FEDERICO.

El bellacón, ¡qué bravo talle tiene!

(*Váyase* FEDERICO, RICARDO *y* CELIO.)

TRISTÁN.

Avisar a Teodoro me conviene;
perdone el vino greco, y los amigos:
a casa voy, que no está de aquí muy lejos.
Mas éste me parece que es Teodoro.

(*Sale* TEODORO.)

Señor, ¿adónde vas?

TEODORO.

Lo mismo ignoro.
Porque de suerte estoy, Tristán amigo,
que no sé dónde voy, ni quién me lleva.
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,
que al sol me dice que la vista atreva.
¿Ves cuanto ayer Diana habló conmigo?
Pues hoy, de aquel amor se halló tan nueva,
que apenas jurarás que me conoce,
por que Marcela de mi mal se goce.

TRISTÁN.

Vuelve hacia casa, que a los dos importa
que no nos vean juntos.

TEODORO.

¿De qué suerte?

TRISTÁN.

Por el camino te diré quién corta
los pasos dirigidos a tu muerte.

TEODORO.

¿Mi muerte? Pues ¿por qué?

TRISTÁN.

La voz reporta,
y la ocasión de tu remedio advierte:
Ricardo y Federico me han hablado,
y que te dé la muerte, concertado.

TEODORO.

¿Ellos a mí?

TRISTÁN.

Por ciertos bofetones,
el amor de tu dueño conjeturan,
y pensando que soy de los leones
que a tales homicidios se aventuran,

tu vida me han trocado a cien doblones,
y con cincuenta escudos me aseguran.
Yo dije que un amigo me pedía
que te sirviese, y que hoy te serviría,
donde más fácilmente te matase,
a efecto de guardarte, de esta suerte.

TEODORO.

¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase
la vida y me sacase de esta muerte!

TRISTÁN.

¿Tan loco estás?

TEODORO.

¿No quieres que me abrase
por tan dulce ocasión, Tristán? Advierte
que si Diana algún camino hallara
de disculpa, conmigo se casara.
Teme su honor, y cuando más se abrasa,
se hiela y me desprecia.

TRISTÁN.

Si te diese
remedio, ¿qué dirás?

TEODORO.

Que a ti se pasa
de Ulises el espíritu.

TRISTÁN.

Si fuese
tan ingenioso que a tu misma casa
un generoso padre te trajese,
con que fueses igual a la Condesa,
¿no saldrías, señor, con esta empresa?

TEODORO.

Eso es sin duda.

TRISTÁN.

El conde Ludovico,
caballero ya viejo, habrá veinte años
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre,
que era sobrino de su gran maestre;
cautiváronle moros de Biserta,
y nunca supo de él, muerto ni vivo.
Este ha de ser tu padre, y tú su hijo,
y yo lo he de trazar.

TEODORO.

Tristán, advierte
que puedes levantar alguna cosa
que nos cueste a los dos la honra y la vida.

TRISTÁN.

A casa hemos llegado; adiós te queda,
que tú serás marido de Diana
antes que den las doce de mañana.

(Váyase TRISTÁN.)

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio
a tanto mal, pues el amor bien sabe
que no tiene enemigo que le acabe
con más facilidad que tierra en medio.
Tierra quiero poner, pues que remedio,
con ausentarme, amor, rigor tan grave;
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.
Todos los que llegaron a este punto,
poniendo tierra en medio te olvidaron,
que en tierra, en fin, le resolvieron junto.
Y la razón que de olvidar hallaron,
es que amor se confiesa por difunto,
pues que con tierra en medio le enterraron.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. ¿Estás ya más mejorado
de tus tristezas, Teodoro?
TEODORO. Si en mis tristezas adoro,
sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar
de la enfermedad que tengo,
pues sólo a estar triste vengo
cuando imagino sanar.
Bien hayan males que son
tan dulces para sufrir,
que se ve un hombre morir
y estima su perdición.
Sólo me pesa que ya
esté mi mal en estado
que he de alejar mi cuidado
de donde su dueño está.
DIANA. ¿Ausentarte? Pues ¿por qué?
TEODORO. Quiérenme matar.
DIANA. Sí harán.
TEODORO. Envidia a mi mal tendrán,
que bien al principio fué.
Con esta ocasión te pido
licencia para irme a España.
DIANA. Será generosa hazaña
de un hombre tan entendido;

que con eso quitarás
la ocasión de tus enojos;
y aunque des agua a mis ojos,
honra a mi casa darás.
Que desde aquel bofetón,
Federico me ha tratado
como celoso, y me ha dado
para dejarte ocasión.
Vete a España, que yo haré
que te den seis mil escudos.

TEODORO. Haré tus contrarios mudos
con mi ausencia. Dame el pie.

DIANA. Anda, Teodoro, no más;
déjame, que soy mujer.

TEODORO. Llora; mas ¿qué puedo hacer?

DIANA. En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Espera... Vete...
Oye...

TEODORO. ¿Qué mandas?

DIANA. No, nada;
vete.

TEODORO. Voime.

DIANA. Estoy turbada.
¿Hay tormento que inquiete
como una pasión de amor?
¿No eres ido?

TEODORO. Ya, señora,
me voy.

DIANA. ¡Buena quedo agora!

(Vase TEODORO.)

¡Maldígate Dios, honor!
Temeraria invención fuiste,
tan opuesta al propio gusto.
¿Quién te inventó? Mas fué justo,
pues que tu freno resiste
tantas cosas tan mal hechas.

(Sale TEODORO.)

TEODORO. Vuelvo a saber si hoy podré
partirme.

DIANA. Ni yo lo sé,
ni tú, Teodoro, sospechas
que me pesa de mirarte,
pues que te vuelves aquí.

TEODORO. Señora, vuelvo por mí,
que no estoy en otra parte.
Y como me he de llevar,
vengo para que me des
a mí mismo.

DIANA. Si después
te has de volver a buscar,
no me pidas que te dé;
pero vete, que el amor
lucha con mi noble honor,
y vienes tú a ser traspié.
Vete, Teodoro, de aquí;
no te pidas, aunque puedas;
que yo sé que, si te quedas,
allá me llevas a mí.

TEODORO. Quede vuestra señoría
con Dios. *(Vase.)*

DIANA. ¡Maldita ella sea,
pues que quita que yo sea
de quien el alma quería!
Buena quedo yo sin quien
era luz de aquestos ojos;
pero sientan sus enojos:
quien mira mal, llore bien.
Ojos, pues os habéis puesto
en cosa tan desigual,
pagad el mirar tan mal,
que no soy la culpa de esto.
Mas no lloren, que también
tiempla el mal llorar los ojos;
pero sientan sus enojos:
quien mira mal, llore bien.
Aunque tendrán ya pensada
la disculpa para todo;
que el sol los pone en el lodo,
y no se le pega nada.
Luego bien es que no den
en llorar; cesad, mis ojos;
pero sientan sus enojos:
quien mira mal, llore bien.

(Sale MARCELA.)

MARCELA. Si puede la confianza
de los años de servirte
humildemente pedirte
lo que justamente alcanza,
a la mano te ha venido
la ocasión de mi remedio,
y poniendo tierra en medio,
no verme, si te he ofendido.

DIANA. De tu remedio, Marcela,
¿cuál ocasión?, que aquí estoy.

MARCELA. Dicen que se parte hoy,
por peligros que recela,
Teodoro a España, y con él
puedes, casada, enviarme,
pues no verme es remediarme.

DIANA. ¿Sabes tú que querrá él?

MARCELA. ¿Pues pidiérate yo a ti,
sin tener satisfación,
remedio en esta ocasión?
DIANA. ¿Hasle hablado?
MARCELA. Y él a mí,
pidiéndome lo que digo.
DIANA. ¡Qué a propósito me viene
esta desdicha!
MARCELA. Ya tiene
tratado aquesto conmigo,
y el modo con que podemos
ir con más comodidad.
DIANA. (¡Ay, necio honor!, perdonad,
que amor quiere hacer extremos.
Pero no será razón,
pues que podéis remediar
fácilmente este pesar.)
MARCELA. ¿No tomas resolución?
DIANA. No podré vivir sin ti,
Marcela, y haces agravio
a mi amor, y aun al de Fabio,
que sé yo que adora en ti.
Yo te casaré con él,
deja partir a Teodoro.
MARCELA. A Fabio aborrezco; adoro
a Teodoro.
DIANA. (¡Qué cruel
ocasión de declararme!
Mas teneos, loco amor.)
Fabio te estará mejor.
MARCELA. Señora...
DIANA. No hay replicarme.

(Váyase la CONDESA.*)*

MARCELA.

¿Que intentan imposibles mis sentidos,
contra tanto poder determinados?
Que celos poderosos declarados
harán un desatino, resistidos.
Volved, volved atrás, pasos perdidos,
que corréis a mi fin precipitados;
árboles son amores desdichados,
a quien el hielo marchitó floridos.
Alegraron el alma las colores
que el tirano poder cubrió de luto;
que hiela ajeno amor muchos amores.
Y cuando de esperar deba tributo,
¿qué importa la hermosura de las flores,
si se perdieron esperando el fruto?

(Sale el CONDE LUDOVICO, *viejo, y* CAMILO.*)*

CAMILO. Para tener sucesión,
no te queda otro remedio.
LUDOVICO. Hay muchos años en medio,
que mis enemigos son.
Y aunque tiene esa disculpa
el casar en la vejez,
quiere el temor ser juez,
y ha de averiguar la culpa.
Y podría suceder
que sucesión no alcanzase,
y casado me quedase.
Y en un viejo, una mujer
es en un olmo una hiedra:
que, aunque con tan varios lazos,
la cubre de sus abrazos,
él se seca y ella medra.
Y tratarme casamientos
es traerme a la memoria,
Camilo, mi antigua historia,
y renovar mis tormentos.
Esperando cada día,
con engaños, a Teodoro,
veinte años ha que le lloro.

(Sale un PAJE.*)*

PAJE. Aquí, a vuestra señoría
busca un griego mercader.

(Sale TRISTÁN, *vestido de armenio, con un turbante graciosamente, y* FURIO, *con otro.)*

LUDOVICO. Di que entre.
TRISTÁN. Dadme esas manos,
y los cielos soberanos,
con su divino poder,
os den el mayor consuelo
que esperáis.
LUDOVICO. Bien seáis venido.
Mas ¿qué causa os ha traído
por este remoto suelo?
TRISTÁN. De Constantinopla vine
a Chipre; de ella, a Venecia,
con una nave cargada
de ricas telas de Persia.
Acordéme de una historia
que algunos pasos me cuesta,
y con deseo de ver
a Nápoles, ciudad bella,
mientras allá mis criados
van despachando las telas,
vine, como veis, aquí,
donde mis ojos confiesan
su grandeza y hermosura.

LUDOVICO. Tiene hermosura y grandeza
Nápoles.
TRISTÁN. Así es verdad.
Mi padre, señor, en Grecia
fué mercader, y en su trato,
el de más ganancia era
comprar y vender esclavos;
y así, en la feria de Azteclias
compró un niño, el más hermoso
que vió la naturaleza,
por testigo del poder
que le dió el cielo en la tierra.
Vendíanle algunos turcos,
entre otra gente bien puesta,
a una galera de Malta,
que las de un bajá, turquescas,
prendieron en Chafalonia.
LUDOVICO. Camilo, el alma me altera.
TRISTÁN. Aficionado al rapaz,
compróle y llevóle a Armenia,
donde se crió conmigo
y una hermana...
LUDOVICO. Amigo, espera,
espera, que me traspasas
las entrañas.
TRISTÁN. (¡Qué bien entra!)
LUDOVICO. ¿Dijo cómo se llamaba?
TRISTÁN. Teodoro.
LUDOVICO. ¡Ay, cielo, qué fuerza
tiene la verdad de oírte!
Lágrimas mis canas riegan.
TRISTÁN. Serpolitonia, mi hermana
y este mozo (nunca fuera
tan bello), con la ocasión
de la crianza, que engendra
el amor, que todos saben
se amaron desde la tierna
edad, y a dieciséis años,
de mi padre en cierta ausencia,
ejecutaron su amor,
y creció de suerte en ella
que se le echaba de ver,
con cuyo temor se ausenta
Teodoro, y, para parir,
a Serpolitonia deja.
Catiborratos, mi padre,
no sintió tanto la ofensa
como el dejarle Teodoro.
Murió en efeto de pena,
y bautizamos su hijo,
que aquella parte de Armenia
tiene vuestra misma ley,
aunque es diferente iglesia.
Llamamos al bello niño
Terimaconio, que queda
un bello rapaz agora
en la ciudad de Tepecas.
Andando en Nápoles yo,
mirando cosas diversas,
saqué un papel en que traje
de este Teodoro las señas,
y preguntando por él
me dijo una esclava griega
que en mi posada servía:
"¡Cosa que ese mozo sea
el del Conde Ludovico!"
Dióme el alma una luz nueva,
y doy en que os he de hablar,
y por entrar en la vuestra
entro, según me dijeron,
en casa de la Condesa
de Belflor, y al primer hombre
que pregunto...
LUDOVICO. Ya me tiembla
el alma.
TRISTÁN. Veo a Teodoro.
LUDOVICO. ¿A Teodoro?
TRISTÁN. El bien quisiera
huirse, pero no pudo.
Dudé un poco, y era fuerza,
porque el estar ya barbado
tiene alguna diferencia.
Fuí tras él, asíle, en fin;
hablóme, aunque con vergüenza,
y dijo que no dijese
a nadie, en casa, quién era,
porque el haber sido esclavo
no diese alguna sospecha.
Díjele: "Sí, yo he sabido
que eres hijo, en esta tierra,
de un título, ¿por qué tienes
la esclavitud por bajeza?"
Hizo gran burla de mí,
y yo, por ver si concuerda
tu historia con la que digo,
vine a verte, y a que tengas,
si es verdad que éste es tu hijo,
con tu nieto alguna cuenta,
o permitas que mi hermana
con él a Nápoles venga,
no para tratar casarse,
aunque le sobra nobleza,
más porque Terimaconio
tan ilustre abuelo vea.
LUDOVICO. Dame mil veces tus brazos,
que el alma, con sus potencias,

que es verdadera tu historia
en su regocijo muestra.
¡Ay, hijo del alma mía,
tras tantos años de ausencia,
hallado para mi bien!
Camilo, ¿qué me aconsejas?
¿Iré a verle y conocerle?

CAMILO. ¿Eso dudas? ¡Parte, vuela,
y añade vida en sus brazos
a los años de tus penas.

LUDOVICO. Amigo, si quieres ir
conmigo, será más cierta
mi dicha; si descansar,
aquí aguardando te queda,
y dente, por tanto bien,
toda mi casa y hacienda,
que no puedo detenerme.

TRISTÁN. Yo dejé, puesto que cerca,
ciertos diamantes que traigo,
y volveré cuando vuelvas.
Vamos de aquí Mercaponios.

FURIO. Vamos, señor.

TRISTÁN. Bien se entrecas
el engañifo.

FURIO. Muy bonis.

TRISTÁN. Andemis.

CAMILO. ¡Extraña lengua!

LUDOVICO. Vente, Camilo, tras mí.

(Váyanse el CONDE *y* CAMILO.)

TRISTÁN. ¿Trasponen?

FURIO. El viejo vuela,
sin aguardar coche o gente.

TRISTÁN. ¿Cosa que esto verdad sea,
y que éste fuese Teodoro?

FURIO. Mas, si en mentira como ésta
hubiese alguna verdad...

TRISTÁN. Estas almalafas lleva,
que me importa desnudarme
por que ninguno me vea
de los que aquí me conocen.

FURIO. Desnuda presto.

TRISTÁN. ¡Que pueda
esto el amor de los hijos!

FURIO. ¿Adónde te aguardo?

TRISTÁN. Espera,
Furio, en la choza del olmo.

FURIO. ¡Adiós!

(Váyase FURIO.)

TRISTÁN. ¿Qué tesoro llega
al ingenio? Aquí debajo
traigo la capa revuelta,
que como medio sotana
me la puse, porque hubiera
más lugar en el peligro
de dejar en una puerta,
con el armenio turbante,
los hopalandas gregüescas.

(Salen RICARDO *y* FEDERICO.)

FEDERICO.

Digo que es éste el matador valiente
que a Teodoro ha de dar muerte segura.

RICARDO.

¡Ah, hidalgo! ¿Así se cumple entre la gente
que honor profesa y que opinión procura,
lo que se prometió tan fácilmente?

TRISTÁN.

Señor...

FEDERICO.

¿Somos nosotros, por ventura,
de los iguales vuestros?

TRISTÁN.

Sin oírme,
no es justo que mi culpa se confirme.
Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,
que ha de morir por esta mano airada;
pero puede ofender vuestro decoro
públicamente ensangrentar mi espada.
Es la prudencia un celestial tesoro,
y fué de los antiguos celebrada
por única virtud; estén muy ciertos
que le pueden contar entre los muertos.
Estáse melancólico de día,
y de noche cerrado en su aposento;
que alguna cuidadosa fantasía
le debe de ocupar el pensamiento.
Déjenme a mí, que una mojada fría
pondrá silencio a su vital aliento,
y no se precipiten de esa suerte,
que yo sé cuándo le he dar la muerte.

FEDERICO.

Paréceme, Marqués, que el hombre acierta.
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.
No dudéis, mataréle.

RICARDO.

Cosa es cierta.
Por muerto le contad.

FEDERICO.

Hablemos paso.

TRISTÁN.

En tanto que esta muerte se concierta,
¿vueseñorías no tendrán acaso
cincuenta escudos?; que comprar querría
un rocín que volase el mismo día.

RICARDO.

Aquí los tengo yo. Tomad, seguro
de que en saliendo con aquesta empresa
lo menos es pagaros.

TRISTÁN.

Yo aventuro
la vida, que servir buenos profesa.
Con esto, adiós; que no me vean procuro
hablar, desde el balcón de la Condesa,
con vuestras señorías.

FEDERICO.

Sois discreto.

TRISTÁN.

Ya lo verán al tiempo del efeto.

FEDERICO.

¡Bravo es el hombre!

RICARDO.

Astuto e ingenioso.

FEDERICO.

¡Qué bien le ha de matar!

RICARDO.

Notablemente.

(Sale CELIO.)

CELIO.

¿Hay caso más extraño y fabuloso?

FEDERICO.

¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? ¡Detente!

CELIO.

Un suceso notable y riguroso
para los dos. ¿No veis aquella gente
que entra en casa del Conde Ludovico?

RICARDO.

¿Es muerto?

CELIO.

Que me escuches te suplico.
A darle van el parabién, contentos,
de haber hallado un hijo que ha perdido.

RICARDO.

Pues ¿qué puede ofender nuestros intentos
que le haya esa aventura sucedido?

CELIO.

¿No importa a los secretos pensamientos
que con Diana habéis los dos tenido,
que sea aquel Teodoro, su criado,
hijo del Conde?

FEDERICO.

El alma me has turbado.

RICARDO.

¿Hijo del Conde? Pues ¿de qué manera
se ha venido a saber?

CELIO.

Es larga historia,
y cuéntanla tan varia, que no hubiera,
para tomarla, tiempo ni memoria.

FEDERICO.

¿A quién mayor desdicha sucediera?

RICARDO.

Trocóse en pena mi esperada gloria.

FEDERICO.

Yo quiero ver lo que es.

RICARDO.

Yo, Conde, os sigo.

CELIO.

Presto veréis que la verdad os digo.

(Váyanse, y salgan TEODORO, *de camino, y* MARCELA.)

MARCELA. En fin, Teodoro, ¿te vas?
TEODORO. Tú eres causa de esta ausencia,
que en desigual competencia
no resulta bien jamás.
MARCELA. Disculpas tan falsas das
como tu engaño lo ha sido,
porque haberme aborrecido

y haber amado a Diana,
lleva tu esperanza vana
sólo a procurar su olvido.

TEODORO. ¿Yo a Diana?

MARCELA. Niegas tarde,
Teodoro, el loco deseo
con que perdido te veo
de atrevido y de cobarde.
Cobarde, en que ella se guarde
el respeto que se debe,
y atrevido, pues se atreve
tu bajeza a su valor,
que entre el honor y el amor
hay muchos montes de nieve.
Vengada quedo de ti,
aunque quedo enamorada,
porque olvidaré vengada,
que el amor olvida ansí.
Si te acordares de mí,
imagina que te olvido,
porque me quieras, que ha sido
siempre, porque suele hacer
que vuelva un hombre a querer,
pensar que es aborrecido.

TEODORO. ¡Qué de quimeras tan locas
para casarse con Fabio!

MARCELA. Tú me casas, que al agravio
de tu desdén me provocas.

(Sale FABIO.*)*

FABIO. Siendo las horas tan pocas
que aquí Teodoro ha de estar,
bien haces, Marcela, en dar
este descanso a tus ojos.

TEODORO. No te den celos enojos,
que han de pasar tanto mar.

FABIO. En fin, ¿te vas?

TRISTÁN. ¿No lo ves?

FABIO. Mi señora viene a verte.

(Salen la CONDESA, DOROTEA *y* ANARDA.*)*

DIANA. ¿Ya, Teodoro, de esta suerte?

TEODORO. Alas quisiera en los pies,
cuanto más, señora, espuelas.

DIANA. ¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?

ANARDA. Todo está aprestado y junto.

FABIO. En fin, ¿se va?

MARCELA. ¿Y tú me celas?

DIANA. Oye aquí aparte.

TEODORO. Aquí estoy.

(Aparte los dos.)

A tu servicio.

DIANA. Teodoro,
tú te partes; yo te adoro.

TEODORO. Por tus crueldades me voy.

DIANA. Soy quien sabes, ¿qué he de ha- [cer?

TEODORO. ¿Lloras?

DIANA. No, que me ha caído
algo en los ojos.

TEODORO. ¿Si ha sido
amor?

DIANA. Sí debe ser;
pero mucho antes cayó,
y agora salir querría.

TEODORO. Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no.
Sin ella tengo de ir;
no hago al serviros falta,
porque hermosura tan alta
con almas se ha de servir.
¿Qué me mandáis? Porque yo
soy vuestro.

DIANA. ¡Qué triste día!

TEODORO. Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no.

DIANA. ¿Lloras?

TEODORO. No; que me ha caído
algo, como a ti, en los ojos.

DIANA. Deben de ser mis enojos.

TEODORO. Eso debe de haber sido.

DIANA. Mil niñerías te he dado,
que en un baúl hallarás.
Perdona no pueda más.
Si le abrieres, ten cuidado
de decir, como a despojos
de victoria tan tirana:
"¡Aquéstos puso Diana
con lágrimas de sus ojos!"

ANARDA. Perdidos los dos están.

DOROTEA. ¡Qué mal se encubre el amor!

ANARDA. Quedarse fuera mejor.
Manos y prendas se dan.

DOROTEA. Diana ha venido a ser
El perro del hortelano.

ANARDA. Tarde le toma la mano.

DOROTEA. O coma, o deje comer.

(Sale el CONDE LUDOVICO *y* CAMILO.*)*

LUDOVICO.

Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, a un hombre de mis años
para entrar de esta suerte a visitaros.

DIANA.

Señor Conde, ¿qué es esto?

LUDOVICO.

Pues ¿vos sola
no sabéis lo que sabe toda Nápoles,
que en un instante que llegó la nueva
apenas me han dejado por las calles,
ni he podido llegar a ver mi hijo?

DIANA.

¿Qué hijo, que no te entiendo el regocijo?

LUDOVICO.

¿Nunca vueseñoría de mi historia
ha tenido noticia, y que ha veinte años
que enviaba un niño a Malta, con su tío,
y que le cautivaron las galeras
de Alí Bajá?

DIANA.

Sospecho que me han dicho
este suceso vuestro.

LUDOVICO.

Pues el cielo
me ha dado a conocer el hijo mío,
después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA.

Con justa causa, Conde, me habéis dado
tan buena nueva.

LUDOVICO.

Vos, señora mía,
me habéis de dar, en cambio de la nueva,
el hijo mío, que sirviéndoos vive,
bien descuidado de que soy su padre.
¡Ay, si viviera su difunta madre!

DIANA.

¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO.

No, señora, no es Fabio, que es Teodoro.

DIANA.

¿Teodoro?

LUDOVICO.

Sí, señora.

TEODORO.

¿Cómo es esto?

DIANA.

Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.

LUDOVICO.

¿Luego es aquéste?

TEODORO.

Señor Conde, advierta
vueseñoría...

LUDOVICO.

No hay que advertir, hijo,
hijo de mis entrañas, sino sólo
el morir en tus brazos.

DIANA.

¡Caso extraño!

ANARDA.

¡Ay, señora! ¿Teodoro es caballero
tan principal y de tan alto estado?

TEODORO.

Señor, yo estoy sin alma, de turbado.
¿Hijo soy vuestro?

LUDOVICO.

Cuando no tuviera
tanta seguridad, el verte fuera
de todas la mayor. ¡Qué parecido
a cuando mozo fuí!

TEODORO.

Los pies te pido,
y te suplico...

LUDOVICO.

No me digas nada,
que estoy fuera de mí, ¡Qué gallardía!
Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!
¡Qué bien que te escribió naturaleza,
en la cara, Teodoro, la nobleza!
Vamos de aquí, ven luego, luego toma
posesión de mi casa y de mi hacienda.
Ven a ver esas puertas coronadas
de las armas más nobles de este reino.

TEODORO.

Señor, yo estaba de partida a España,
y así, me importa...

LUDOVICO.

¿Cómo a España? ¡Bueno!
España son mis brazos.

DIANA.

Yo os suplico,

señor Conde, dejéis aquí a Teodoro,
hasta que se reporte, y, en buen hábito,
vaya a reconoceros como hijo,
que no quiero que salga de mi casa
con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO.

Habláis como quien sois; tan cuerdamente.
Dejarle siento por un breve instante.
Mas porque más rumor no se levante,
me iré, rogando a vuestra señoría
que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA.

Palabra os doy.

LUDOVICO.

Adiós, Teodoro mío.

TEODORO.

Mil veces beso vuestros pies.

LUDOVICO.

Camilo,
venga la muerte agora.

CAMILO.

¡Qué gallardo
mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO.

Pensar poco
quiero este bien, por no volverme loco.

(Váyase el CONDE *y lleguen todos los criados a* TEODORO.)

FABIO. Danos a todos las manos.
ANARDA. Bien puedes, por gran señor.
DOROTEA. Hacernos debes favor.
MARCELA. Los señores que son llanos
conquistan las voluntades.
Los brazos nos puedes dar.
DIANA. Apartaos; dadme lugar.
No le digáis necedades.
Déme vuestra señoría
las manos, señor Teodoro.
TEODORO. Agora esos pies adoro,
y sois más señora mía.
DIANA. Salíos todos allá,
dejadme con él un poco.
MARCELA. ¿Qué dices, Fabio?
FABIO. Estoy loco.
DOROTEA. ¿Qué te parece?
ANARDA. Que ya
mi ama no querrá ser
El perro del hortelano.
DOROTEA. ¿Comerá ya?
ANARDA. Pues ¿no es llano?
DOROTEA. Pues reviente de comer.

(Váyanse los criados.)

DIANA. ¿No te vas a España?
TEODORO. ¿Yo?
DIANA. ¿No dice vueseñoría
"Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no"?
TEODORO. ¿Burlas de ver los favores
de la fortuna?
DIANA. Haz extremos.
TEODORO. Con igualdad nos tratemos,
como suelen los señores,
pues todos lo somos ya.
DIANA. Otro me pareces.
TEODORO. Creo
que estás con menos deseo.
¿Pena el ser tu igual te da?
¿Quisiérasme tu criado?
Porque es costumbre de amor
querer que sea inferior
lo amado.
DIANA. Estás engañado,
porque agora serás mío,
y esta noche he de casarme
contigo.
TEODORO. ¿No hay más que darme?
Fortuna, tente.
DIANA. Confío
que no ha de haber en el mundo
tan venturosa mujer.
Vete a vestir.
TEODORO. Iré a ver
el mayorazgo que hoy fundo,
y este padre que me hallé,
sin saber cómo o por dónde.
DIANA. Pues, adiós, mi señor Conde.
TEODORO. Adiós, Condesa.
DIANA. Oye.
TEODORO. ¿Qué?
DIANA. ¿Qué? Pues ¿cómo a su señora
así responde un criado?
TEODORO. Está ya el juego trocado,
y soy yo el señor agora.
DIANA. Sepa que no me ha de dar
más celitos con Marcela,
aunque este golpe le duela.
TEODORO. No nos solemos bajar

los señores a querer
a las criadas.

DIANA. Tenga cuenta
con lo que dice.

TEODORO. Es afrenta.

DIANA. Pues ¿quién soy yo?

TEODORO. Mi mujer.

(Váyase.)

DIANA.

No hay más que desear. Tente, fortuna,
como dijo Teodoro. Tente, tente.

(Salen FEDERICO *y* RICARDO.)

RICARDO.

¿En tantos regocijos y alborotos
no se da parte a los amigos?

DIANA.

Tanta
cuanta vueseñorías me pidieren.

FEDERICO.

De ser tan gran señor vuestro criado
os las pedimos.

DIANA.

Yo pensé, señores,
que las pedís (con que licencia os pido),
de ser Teodoro Conde, y mi marido.

(Váyase la CONDESA.)

RICARDO.

¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO.

¡Estoy sin seso!

RICARDO.

¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!

(Sale TRISTÁN.)

FEDERICO.

Veisle. Aquí viene.

TRISTÁN.

Todo está en su punto.
¡Brava cosa que pueda un lacaisero
ingenio alborotar a toda Nápoles!

RICARDO.

Tente, Tristán, o como te apellidas.

TRISTÁN.

Mi nombre natural es quita vidas.

FEDERICO.

¡Bien se ha echado de ver!

TRISTÁN.

Hecha estuviera
a no ser Conde, de hoy acá, este muerto.

RICARDO.

Pues ¿eso importa?

TRISTÁN.

Al tiempo que el concierto
hice por los trescientos solamente,
era para matar, como fué llano,
un Teodoro criado; mas no Conde.
Teodoro Conde es cosa diferente,
y es menester que el galardón se aumente;
que más costa tendrá matar un Conde
que cuatro o seis criados, que están muertos,
unos de hambre, y otros de esperanzas,
y no pocos de envidia.

FEDERICO.

¿Cuánto quieres,
y mátale esta noche?

TRISTÁN.

Mil escudos.

RICARDO.

Yo los prometo.

TRISTÁN.

Alguna señal quiero.

RICARDO.

Esta cadena.

TRISTÁN.

Cuenten el dinero.

FEDERICO.

Yo voy a prevenillo.

TRISTÁN.

Yo a matalle.
¿Oyen?

RICARDO.

¿Qué, quieres más?

TRISTÁN.

Todo hombre calle.

(Váyanse, y entre TEODORO.)

TEODORO. Desde aquí te he visto hablar
con aquellos matadores.

TRISTÁN. Son los dos necios mayores
que tiene tan gran lugar.
Esta cadena me han dado,
mil escudos prometido
porque hoy te mate.

TEODORO. ¿Qué ha sido
esto que tienes trazado,
que estoy temblando, Tristán?

TRISTÁN. Si me oyeras hablar griego,
me dieras, Teodoro, luego,
más que estos locos me dan.
¡Por vida mía, que es cosa
fácil de greguecizar;
ello, en fin, no es más de hablar;
mas era cosa donosa
los nombres que le decía:
Azteclas, Catiborratos,
Serpolitania, Jipatos,
Atecas, Filimoclía,
que esto debe de ser griego,
como ninguno lo entiende,
y, en fin, por griego se vende.

TEODORO. A mil pensamientos llego
que me causan gran tristeza;
pues si se sabe este engaño,
no hay que esperar menos daño
que cortarme la cabeza.

TRISTÁN. ¿Agora sales con eso?

TEODORO. Demonio debes de ser.

TRISTÁN. Deja la suerte correr,
y espera el fin del suceso.

TEODORO. La Condesa viene aquí.

TRISTÁN. Yo me escondo, no me vea.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. ¿No eres ido a ver tu padre,
Teodoro?

TEODORO. Una grave pena
me detiene, y, finalmente,
vuelvo a pedirte licencia
para proseguir mi intento
de ir a España.

DIANA. Si Marcela
te ha vuelto a tocar al arma,
muy justa disculpa sea.

TEODORO. ¿Yo Marcela?

DIANA. Pues ¿qué tienes?

TEODORO. No es cosa para ponerla
desde mi boca a tu oído.

DIANA. Habla, Teodoro, aunque sea
mil veces contra mi honor.

TEODORO. Tristán, a quien hoy pudiera
hacer el engaño estatuas,
la industria, versos, y Creta,
rendir laberintos, viendo
mi amor, mi eterna tristeza,
sabiendo que Ludovico
perdió un hijo, esta quimera
ha levantado conmigo,
que soy hijo de la tierra,
y no he conocido padre
más que mi ingenio, mis letras
y mi pluma. El Conde cree
que lo soy, y aunque pudiera
ser tu marido, y tener
tanta dicha y tal grandeza,
mi nobleza natural
que te engañe no me deja,
porque soy, naturalmente,
hombre que verdad profesa.
Con esto, para ir a España
vuelvo a pedirte licencia,
que no quiero yo engañar
tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA. Discreto y necio has andado:
discreto, en que tu nobleza
me has mostrado en declararte;
necio, en pensar que lo sea
en dejarme de casar,
pues he hallado a tu bajeza
el color que yo quería,
que el gusto no está en grandezas,
sino en ajustarse al alma
aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo,
y porque Tristán no pueda
decir aqueste secreto,
hoy haré que cuando duerma
en este pozo de casa
le sepulten.

TRISTÁN. *(Detrás del paño.)* ¡Guarda afuera!

DIANA. ¿Quién habla aquí?

TRISTÁN. ¿Quién? Tristán,
que justamente se queja
de la ingratitud mayor
que de mujeres se cuenta,
pues siendo yo vuestro gozo,
aunque nunca yo lo fuera,
¿en el pozo me arrojáis?

DIANA. ¿Qué, lo has oído?

TRISTÁN. No creas

que me pescarás el cuerpo.

DIANA. Vuelve.

TRISTÁN. ¿Que vuelva?

DIANA. Que vuelvas.
Por el donaire, te doy
palabra de que no tengas
mayor amiga en el mundo;
pero has de tener secreta
esta invención, pues es tuya.

TRISTÁN. ¿Si me importa que lo sea,
no quieres que calle?

TEODORO. Escucha,
¿Qué gente y qué grita es ésa?

(*Salen el* CONDE LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO, CAMILO, FABIO, ANARDA, DOROTEA, MARCELA.)

RICARDO. Queremos acompañar
a vuestro hijo.

FEDERICO. La bella
Nápoles está esperando
que salga junto a la puerta.

LUDOVICO. Con licencia de Diana,
una carroza te espera,
Teodoro, y junta, a caballo,
de Nápoles la nobleza.
Ven, hijo, a tu propia casa,
tras tantos años de ausencia.
Verás adonde naciste.

DIANA. Antes que salga y la vea,
quiero, Conde, que sepáis
que soy su mujer.

LUDOVICO. Detenga
la fortuna, en tanto bien,
con clavo de oro la rueda.
Dos hijos saco de aquí
si vine por uno.

FEDERICO. Llega,
Ricardo, y da el parabién.

RICARDO. Darle, señores, pudiera
de la vida de Teodoro,
que celos de la Condesa
me hicieron que a este cobarde
diera, sin esta cadena,
por matarle, mil escudos.
Haced que luego le prendan,
que es encubierto ladrón.

TEODORO. Eso no, que no profesa
ser ladrón quien a su amo
defiende.

RICARDO. ¿No? Pues ¿quién era
ese valiente fingido?

TEODORO. Mi criado, y por que tenga
premio el defender mi vida,
sin otras secretas deudas,
con licencia de Diana,
le caso con Dorotea,
pues que ya su señoría
casó con Fabio a Marcela.

RICARDO. Yo doto a Marcela.

FEDERICO. Y yo
a Dorotea.

LUDOVICO. Bien; queda
para mí, con hijo y casa,
el dote de la Condesa.

TEODORO. Con esto, senado noble,
que a nadie digáis, se os ruega,
el secreto de Teodoro,
dando, con licencia vuestra,
del *Perro del hortelano*,
fin la famosa comedia.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE "EL PERRO DEL HORTELANO".

COMEDIA FAMOSA

POR LA PUENTE, JUANA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

Don Diego, *galán*.
El Marqués de Villena.
Don Fernando.
Benito, *labrador*.
Esteban, *gracioso*.
El Regidor.
Juana.
Doña Antonia, *dama*.
Inés, *criada*.
Criados.
Músicos.

ACTO PRIMERO

(Salen Juana *y* Benito.*)*

Benito.
Templad, señora, el dolor,
que no estáis en tierra extraña.

Juana.
¡Ay, huésped! Que no hay montaña
como una ausencia de amor,
donde el claro resplandor
del sol nunca ha hecho espejos
la plata de sus reflejos,
o donde la arena abrasa
a la soledad que pasa,
estar el alma tan lejos.
¡Triste de mí! Que el criado
que fué a buscar al ausente,
que os he dicho tiernamente
que es dueño de mi cuidado,
cobarde desesperado
no ha vuelto, y aunque temer
no pude venirme a ver
en más desdichas que estoy,
soy mujer y sola voy,
que basta decir mujer.
Desta forzosa partida
no me puedo arrepentir,
porque fué forzoso huir
para no perder la vida;
pero sola y afligida,
lejos de mi patria amada,
¿qué podré hacer, desdichada?;
que nunca mujer ninguna
venció su adversa fortuna,
de lo que quiso apartada.
Seguí a un noble caballero
con quien me pensé casar;
fuéme forzoso dejar
la patria, que agora espero.
Fiéme de un escudero
de mi casa, y no volvió;
el que amaba y se partió
no sabe que estoy aquí.
¡Mirad qué será de mí,
él huyendo, ausente yo!
Como dió el Emperador
al Rey francés libertad,
partirse en paz y amistad
de Madrid con tanto amor
me ha dado, huésped, temor
que no se fuese tras él
a Francia, aunque pienso que él
mejor con Carlos se iría,
donde esperan cada día
la portuguesa Isabel.

Benito.
Dicen que a Sevilla viene,
adonde se ha de casar.
Si allá le vais a esperar,
mucha paciencia os conviene.
Mi casa, Leonarda, tiene,
gracias a Dios, don estéis.
Mejor es que aquí esperéis,
que, pasando cada día
gente de la Andalucía,
nuevas de don Juan tendréis.
No os vais a perder así;
porque jamás la hermosura

pudo caminar segura,
que lleva peligro en sí.
Conmigo estaréis aquí,
y con mi hija, que os ama.
Buena mesa y limpia cama
no os falta; tened paciencia.

JUANA. Si no hay tan secreta ausencia
que no la sepa la fama,
temo con justa razón
que en tan público lugar
me pueda la gente hallar;
que he salido de León.

BENITO. ¿Para qué, señora, son
los ejemplos que han dejado
muchos que se han disfrazado
en hábitos diferentes,
que en mayores accidentes
vida y honor han gozado?

JUANA. Vamos donde el tiempo baje
mi flaqueza y mi locura,
por ver si mudo ventura
con la mudanza del traje;
que no hay más cruel linaje
del mal que abatirse en él;
pues, en mi suerte cruel,
pienso que, siendo Leonarda,
ser mujer no me acobarda,
y soy la misma Isabel.

(Vanse. Salen DOÑA ANTONIA *y* DON DIEGO.)

DIEGO. Esto, mi señora, es ruego.
No tengo más que advertiros.

ANTONIA. Que se ofrezca en qué serviros
estimo, señor don Diego.

DIEGO. Pero sin que os cause pena.

ANTONIA. Pues ¿de qué tenerla puedo?

DIEGO. Hoy me dicen que a Toledo
llega el Marqués de Villena,
porque ya en Sevilla queda
casado el Emperador.
Hacedme aqueste favor
de que yo servirle pueda;
que quiero servir aquí,
inclinado a esta ciudad,
después que la libertad,
patria y amistad perdí.

ANTONIA. Es Toledo lo mejor,
y el ser mi patria me engaña;
que bien sé yo que en España
hay otras de igual valor,
y no he podido vivir
en la propia que dejastes.
Mucho en venir acertastes
adonde os podrán servir;
que sabe honrar calidades,
estimar merecimientos,
conocer entendimientos
y agradecer voluntades.
El Marqués es señor mío,
y mi hermano don Fernando
le sirve, un mozo que cuando
conozcáis su talle y brío
le cobraréis afición.

DIEGO. ¿Es mozo el Marqués también?

ANTONIA. Mozo galán, y de quien
se tiene satisfacción
para la paz y la guerra.

DIEGO. El apellido me ha dado
inclinación y cuidado
después que dejé mi tierra.

ANTONIA. ¿Sois Pacheco?

DIEGO. Y deudo suyo,
aunque nacido en León.

ANTONIA. Desdichas del tiempo son,
de vuestra persona arguyo,
toda virtud y valor.

DIEGO. Siempre la fortuna es ciega.

ANTONIA. Desde que os hablé en la Vega,
os cobré notable amor.

DIEGO. Mil veces los pies os beso.

ANTONIA. Vos merecéis afición.

DIEGO. Haréisme decir que son
mis buenas dichas exceso
de las malas que he pasado.

ANTONIA. ¿Qué rumor es éste, Inés?

(Sale INÉS.)

INÉS. ¡Ay, mi señora! El Marqués
ha visitarte ha llegado.

ANTONIA. Salid a ese corredor,
por que cuando pase os vea.

DIEGO. Temor llevo de que sea
ausencia muerte de amor.

(Vase. Sale el MARQUÉS *y* DON FERNANDO *y* ESTEBAN *y* CRIADOS.)

ANTONIA. De príncipes tan humanos
es esta grandeza igual.

MARQUÉS. La hermosura celestial
rindió Césares romanos.
Llegad, Fernando; abrazad
a vuestra hermana.

FERNANDO. Señor,
como el vuestro no hay amor,
que es de mayor calidad.

ANTONIA. ¿Viene vuestra señoría
con salud?
MARQUÉS. Quien llega a veros,
muy mal podrá responderos,
porque es la vuestra la mía.
ANTONIA. ¿No habláis, Esteban?
ESTEBAN. No tengo
prosa de ausencia estudiada,
y os hallo a vos bien tocada,
con que muy contento vengo;
que la mujer aquel día
que no hay disgusto o desdén,
se lleva en tocarse bien
la salve y el alegría.
Cuando no está el frontispicio
de una mujer adornado,
el moño bien asentado
y cada cosa en su quicio;
cuando es jaspe de culebra
a las diez de la mañana,
o anda el diablo en Cantillana,
o a la semana se quiebra.
MARQUÉS. No le ha quitado el humor
la jornada de Sevilla.
ESTEBAN. Quién vió del Betis la orilla
y a Carlos emperador
casarse con Isabel,
¿qué contento no traerá?
MARQUÉS. ¿No preguntáis cómo está
Fernando?
ANTONIA. Yo sabré dél
más despacio la jornada.
La vuestra quiero saber,
si lo puedo merecer,
por ausente y desvelada.
MARQUÉS. Ya sabes, hermosa Antonia,
cómo fué preso el de Francia
en Pavía, y remitido
a Madrid, Corte de España.
El ejército imperial,
terror por estas batallas
de los confines del mundo,
glorioso yace en Italia.
Yo, que venir a Toledo,
adonde tengo mi casa,
deseaba, como quien
ha días que della falta,
después que en su santa iglesia
rendí las debidas gracias,
vine a verte, hermosa Antonia,
a quien en (1) ausencia larga
debes oírme, así vivas,
estas amorosas ansias:
en palacio largos días,
tristes noches en la cama,
y en cuidados siempre tristes,
imaginaciones varias.
Poco gusto con amigos,
ninguno en fiestas y galas;
desconfianzas de ausencias
y temores de mudanza;
faltas del bien que tenía,
que toda la ausencia es faltas;
pensamientos de tu olvido
y memorias de tus gracias.
Con esto pretendo, Antonia,
supuesto que no me pagas,
que conozcas que me debes,
que para mis penas basta;
porque a quien el bien desea,
cualquiera breve esperanza,
mientras dura, le da vida,
y mientras vive, le engaña.
ANTONIA. En cuantas cosas como éstas
dice vuestra señoría,
ninguna como este día
mentiras tan bien dispuestas:
ansias, fatigas, temores,
memorias y soledades,
como son nuevas verdades
quieren parecer amores.
Mas yo los conoceré
en que le quiero pedir
una merced, por decir
que les di crédito y fe.
Un caballero leonés
me pide que le reciba
en su servicio.
MARQUÉS. Así viva,
que puede ser él marqués,
y yo su criado el día
que sois vos quien lo ha mandado.
Entre yo a ser su criado.
ANTONIA. ¡Qué discreta cortesía!

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO. Don Diego Pacheco está
gran señor, a vuestros pies.
MARQUÉS. Si es Pacheco y es marqués
yo puedo servirle ya.
Alzad del suelo. No a mí,
pedid las manos a Antonia.
ANTONIA. ¡Jesús! Esta ceremonia
no ha de permitirse aquí.

(1) Hartzenbusch enmendó "que al fin de".

Volved al Marqués, don Diego.

DIEGO. Déme vuestra señoría
las manos.

MARQUÉS. Desde este día,
que me recibáis os ruego,
don Diego, en vuestro servicio.

ESTEBAN. ¡Cuál anda el pobre criado,
vergonzoso y bazucado!
¡Querrán que pierda el juicio!

MARQUÉS. Ahora bien; ya que es forzoso,
mi camarero seréis.

DIEGO. En mí un esclavo tendréis.

FERNANDO. ¡Buen camarero!

ESTEBAN. ¡Famoso!

MARQUÉS. Aunque es volverme a partir,
me voy con vuestra licencia.

ANTONIA. Vengada estoy de mi ausencia;
mas quiero veros salir.

(Vanse el MARQUÉS *y* ANTONIA *y* FERNANDO.)

ESTEBAN. Oye, señor camarero.

DIEGO. ¿Mandáis algo?

ESTEBAN. Dar indicio
de ofrecer a su servicio
cuanto soy y cuanto espero.
Vuesa merced ha venido
a una casa de las grandes
de España. No habrá más Flandes
de cómo será servido.

DIEGO. ¿Quién duda que será gente
de gran ingenio y valor?

ESTEBAN. Es mayordomo mayor
un hidalgo impertinente.
Guarda su hacienda al Marqués
y no se pierde la suya.
Ni dé, ni tome, ni arguya
con él, antes ni después.
El hermano desta dama
que aquí la salva le hizo,
sirve de caballerizo.
Buen hijo y de buena fama.
Y aunque ella es la discreción
y el Marqués de amor se abrasa,
me juran que por su casa
nunca pasó Salomón.
Caballo tiene el Marqués
que me ha dicho en puridad
que sabe más, y es verdad;
pero es gallardo y cortés.
De lo que es el secretario,
no sé qué pueda decir;
déste le conviene huir,
porque es discreto ordinario.

DIEGO. ¿Qué es ordinario y discreto?

ESTEBAN. La gente más enfadosa
del mundo, y más peligrosa;
que, de uno y otro conceto,
son mártires todo el día
de su mismo entendimiento,
sin discrepar un momento
de aquella filatería.
Huya déstos, que es crueldad
sufrir su conversación,
que matan con discreción
como otros con necedad.
Aunque para otros efetos
le hable y le tenga en pie,
cuando más seguro esté
le dirá treinta sonetos.
Sabe un poco de latín,
que de pensarlo me angustio,
con que dice que Salustio
fué sastre, y Julio, rocín.
Peca en peregrinidad,
propio ingenio de español,
sabiendo que se honra el sol
de ser todo claridad.
Murióse en esta jornada
el camarero, a quien hoy
sucede, y palabra doy
que era, en menear la espada,
la misma destreza el hombre.
Los demás oficios son
buena gente y de opinión,
que no es bien que aquí los nombre.
Los pajes, si a luz los saco,
el mejor de veintidós
yo soy, y soy, ¡vive Dios!,
un grandísimo bellaco.

DIEGO. Señor Esteban, yo quedo
contento y agradecido
de que me haya recibido
el de Villena en Toledo.
Sabré con la información
que sólo he de ser amigo
de don Fernando.

ESTEBAN. Testigo
soy de su buena intención.
Antiguamente hubo un dios
de la amistad.

DIEGO. ¡Qué discretos
pajes!

ESTEBAN. Y éste sus precetos
redujo también a dos.

DIEGO. ¿Cuáles son? Porque de hoy más
esos dos precetos sigo.

ESTEBAN. Defender siempre al amigo
y no ofendelle jamás.

DIEGO. Ahora bien: desde hoy os quiero
por maestro. A ver la casa
voy.

ESTEBAN. Por sus cimientos pasa
Tajo, humilde prisionero
de la casa de Villena,
del gran Pacheco y Girón.
De lo que es conversación,
no tengáis, don Diego, pena,
que yo soy lindo fistol,
y os enseñaré en Toledo
gustos que gocéis sin miedo,
claros como el mismo sol.
No doncellas, que después
dan burlas y piden veras;
que en habiendo zurcideras
engañarán a un francés.
No casadas; de sus brazos
para siempre me despido,
donde a un puntapié el marido
hace la puerta pedazos.
Viudazas; viudazas, sí;
que debajo del decoro
monjil y diamantes y oro,
que no está el difunto allí.
Verdad es que aquesta Inés
de doña Antonia me trae
sin seso, pero no cae
con el debido interés.
Y aunque el Marqués, mi señor,
gusta de mis desatinos,
el gastar por los caminos
ha menester más favor. [juego,
Juega el hombre. Cuando hay
¿qué hacienda no se aventura?

DIEGO. Aquí la tiene segura,
siendo amigo de don Diego.

ESTEBAN. Soy su esclavo.

DIEGO. Pues conmigo
venga, y verá lo que pasa.

ESTEBAN. No habéis menester en casa
más que a Esteban para amigo.
Soy el alma del Marqués.

DIEGO. Pues temo que se condene.

ESTEBAN. No hará; que Villena tiene
llena el alma de quien es.

(Vanse. Salen JUANA, *de labradora, y* BENITO.)

BENITO.

Esta es, señora, la imperial Toledo
que el Tajo de cristal a sus pies viene,
y parece que en sombras se detiene.

JUANA.

No sé cómo este monte no se espanta
de sí mismo y mirar grandeza tanta,
en esa luna líquida que tiene
por grillos de sus pies.

BENITO.

De Cuenca viene
Tajo a prendelle con cadenas de oro.
Nunca su nombre ilustre mudó el moro.
Es su iglesia mayor imagen viva
del cielo, que al gobierno sucesiva,
de Pedro reconoce solamente.

JUANA.

Sus damas, caballeros y su gente
me han obligado el gusto de manera
que en tan noble ciudad vivir quisiera,
aunque fuera sirviendo en este traje,
que ya no puede haber cosa que baje
mi fortuna a lugar más abatido.
Temo que un hombre bárbaro, ofendido,
me busque y halle, y si escondida quedo,
Benito, en este traje y en Toledo,
muy ajustado viene con mi intento,
teniendo con quietud gusto y contento.

BENITO.

El Regidor, que en nuestra aldea tiene
hacienda, me parece que os conviene.
Su hija doña Antonia es la más bella
dama de este lugar; si estáis con ella,
no os hará falta discreción ninguna.
Con esto burlaréis vuestra fortuna
y veréis un ingenio soberano.

JUANA.

No hubiera para mí remedio humano
como vivir donde decís agora,
y más si es tan discreta esa señora.
Vamos; sabré, señor, adonde vive,
que dichosa seré si me recibe.

BENITO.

Eso es muy fácil, porque me ha pedido
que le busque una moza labradora;
mas no podréis, porque me acuerdo agora
que había de lavar y amasar.

JUANA.

Digo

que a lavar y a amasar también me obligo,
si me agrada esa Antonia.

BENITO.

Hay otro enredo:
que un mozo de los bravos de Toledo
es su hermano también; mas no os dé pena,
que pienso que está ausente el de Villena,
y es su caballerizo.

JUANA.

Que esté ausente
o presente, ¿qué importa? Cuando intente
algún atrevimiento, ¿soy yo boba?
¿No le sabré pagar con una escoba,
y si jugar quisiere de otra pieza,
rompelle con un plato la cabeza?

BENITO.

¿Y cómo has de llamarte?

JUANA.

¿Cómo? Juana.
Tú el arca, huésped, me traerás mañana,
y al Regidor dirás que soy de Olías.

BENITO.

Por el secreto que en mi pecho fías,
te ofrezco eterno amor.

JUANA.

Vamos, que creo
que voy abriendo mi puerta a mi deseo;
y cuando llego a ver en tal bajeza
mi valor, mi persona y mi nobleza,
pienso que no le dejo cosa alguna
que me pueda vengar de mi fortuna.

(Vanse. Salen ANTONIA *y* DON DIEGO.)

ANTONIA. No entráis con malos alientos
de servir y de medrar.
DIEGO. Señor que llega a fiar
amorosos pensamientos,
ya dice que sus intentos
muestran indicios de amor,
de hacer merced y favor.
ANTONIA. Vos le tenéis merecido;
pero para mí no ha sido
sino desprecio y rigor.
DIEGO. Señora, yo entré a servir
a un príncipe que en grandeza
igualaba a su nobleza;
no tengo más que decir.
Siéndome forzoso huir
de mi patria, hallé mi amparo
en vos, que fué mi reparo;
y era justo, Antonia bella,
que la luz de tal estrella
me guiase a sol tan claro.
Desde que en la Vega os vi
y atrevido llegué a hablaros,
propuso el alma adoraros,
y puso su centro allí;
que de mi patria salí,
como quien ya se destierra,
para servir en la guerra
a Carlos; pero ya estoy
donde asegurando voy
las desdichas de mi tierra.
Y luego, aquel mismo día
que el Marqués me recibió,
al momento me habló
en el amor que os tenía,
con que así como decía
su pensamiento, iba el mío
desechando el mucho brío
con que os amaba y quería.
Venció el amor y el temor,
y di la esperanza al viento.
(¡Vive Dios!, que en esto miento,
que nunca la tuve amor,
y del que tengo en rigor
me está matando en ausencia.
¡Ay, mi Isabel! ¿Qué paciencia
podré pedir a los cielos,
que con amor siempre hay celos,
y con celos no hay paciencia?)
Dióme las joyas que os di,
tabíes y primaveras,
que os trujese, y tan de veras
en su amor le conocí,
que de su casa salí
prometiendo la mudanza;
que desde la confianza
que hizo de mi valor,
salió dueño mi temor
y despidió la esperanza.
ANTONIA. Don Diego, desde aquel día
que el Marqués me quiso bien,
no le traté con desdén,
y su amor entretenía;
pero como presumía
de mi amor lo que es razón,
temblaba de mi opinión;
y así, del mundo me guardo,

y a un príncipe tan gallardo
no le he mostrado afición.
Si vos me queréis, yo haré
que el Marqués no se disguste
de que os quiera, y antes guste
de que yo la mano os dé;
que de su grandeza sé
que ha de volver por mi honor.
Siempre fué casto su amor,
que son, donde no se alcanza,
principios de la esperanza
pensamientos de señor.

DIEGO. Vos lo decís harto bien,
pero yo lo haría muy mal
si a dueño tan principal
le fuera traidor también;
y aunque no lo diga bien,
tengo, Antonia, por muy cierto
que tendrá el odio encubierto;
y señores con enojos,
más despiden con los ojos
que con rigor descubierto.
Hacer que el Marqués lo quiera
no tengo por imposible,
si él se promete posible
lo que por su boca espera;
quereldo, pues persevera
en amaros, que es rigor
casarle, si os tiene amor;
que no estará bien casado
marido que fué criado
donde hubo galán señor.

(Vase. Salen el REGIDOR *y* JUANA.*)*

REGIDOR. Pienso que te ha de agradar,
que yo lo estoy por extremo,
la criada que ha traído,
Antonia, nuestro casero.
Llegad, no estéis temerosa;
conoced a vuestro dueño.

JUANA. Dadme, señora, las manos.

ANTONIA. ¡Qué linda persona! Cierto
que te agrada con razón.

BENITO. En toda la Sagra, creo
que no hay moza de su talle,
brío, limpieza y aseo.

ANTONIA. ¿Cómo os llamáis?

JUANA. ¿Yo, señora?

ANTONIA. Vos, pues.

JUANA. A servicio vuestro,
Juana.

BENITO. Sí, señora: Juana,
que era mi padre su abuelo;
murió, y huérfana quedó;
a fe que viene de buenos.
Crióla el cura, su tío,
hasta grande, y los mancebos
del lugar son con las mozas
como los tordos, que en viendo
colorear, mal maduras,
las guindas, andan en celo
hasta que las dan picada,
si se descuidan los dueños.
Por eso la traigo acá.

ANTONIA. Hiciste como discreto,
que Juana es gallarda moza,
dispuesta y de lindo cuerpo.
¿Y el sobrenombre?

JUANA. De Illescas.

BENITO. Sí, señora; que su abuelo
se llamó Pedro de Illescas,
y Juan de Illescas, el viejo,
fué tío de Alonso Aguado;
que, señora, el parentesco
de los Illescas no es
la alcuña de mi abolengo.

ANTONIA. ¿Qué haciendas sabéis hacer?

JUANA. Las que por allá sabemos:
lavar, masar y hacer red.

ANTONIA. Del buen talle me contento;
regalar quiero a Benito.

REGIDOR. Y yo también darle quiero
un vestido que se ponga
las fiestas.

BENITO. Los pies le beso.

(Vase ANTONIA *y el* REGIDOR.*)*

JUANA. ¿Oye, tío? Traiga el arca.

BENITO. Al otro mercado vuelvo.

JUANA. Si allá viniere mi primo,
diga que estoy en Toledo.

(Vase BENITO.*)*

Sale la nave próspera y bizarra
de Flandes con inquietas banderolas,
y sin temor de caminar a solas,
las áncoras del puerto desamarra.
Entra en el golfo, deja atrás la barra,
el mar se altera y en dos horas solas
les deja el viento entre las pardas olas
como granizo helado o verde parra.
Mas siendo entonces su furor ensayos,
viendo que sale el sol y hay mar bonanza,

en ánimo se truecan sus desmayos.
Así, viendo del cielo la mudanza,
adoro los celajes de sus rayos;
viendo el temor, alivio la esperanza.

(Sale INÉS.)

INÉS. ¿Sois vos la recién venida?
JUANA. ¿Y vos quien sirve esta casa?
INÉS. Soy quien se huelga de veros
tan compuesta y aliñada;
que la que se fué tenía
el traje como la cara.
Vos seáis muy bien venida.
JUANA. Vos seáis muy bien hallada.
INÉS. Vos habéis tenido dicha
y elección muy acertada;
a casa venís que creo
que os hallaréis bien pagada
del trabajo y del servicio.
JUANA. ¿Es de condición muy brava
la señora doña Antonia?
INÉS. Es un ángel, una santa;
a nadie, en toda su vida,
dijo una mala palabra;
casa, en fin, donde no hay
señora mayor, que basta
para que puedan vivir
con libertad las criadas.
JUANA. Cierto que lo tengo a dicha,
ya que salgo de mi casa.

(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO. Inés.
INÉS. Señor.
FERNANDO. Esa ropa
viene de larga jornada.
INÉS. Gracias a Dios que ya tengo
quien me ayude a jabonarla.
FERNANDO. ¿Quién?
INÉS. Juana, recién venida.
FERNANDO. ¡Por Dios, que es tan buena Juana
que puede lavar al rey!
JUANA. ¿Quién es éste?
INÉS. Hijo de casa.
JUANA. ¿De casa, o del Regidor?
INÉS. Del Regidor. ¡Qué ignorancia!
JUANA. Como yo vengo de Olías,
no sé de Toledo nada.
Señor, aquí, ya lo veis,
vengo a servir.
INÉS. Perdonalda,
que no sabe más agora.
JUANA. La ropa mande sacarla,
que quien allá lava anjeo
tendrá por guantes la holanda.
FERNANDO. Si las almas se vistieran
camisas, bella aldeana,
lavar tus manos pudieran
las camisas de las almas.
JUANA. ¡Ay, lo que ha dicho, señor!
¡Hola, Inés! ¿Usase en Francia
traer las almas camisas?
INÉS. Dícelo porque le agradas,
que son encarecimientos
de verte las manos blancas.
JUANA. Como yo vengo de Olías,
no sé de Toledo nada.
FERNANDO. A ver, Juana, estas patenas.
¡Bravos corales y sartas!
JUANA. Hágase allá; ya lo entiendo;
¿piensa que soy ignoranta?
FERNANDO. ¡Que diese naturaleza
a tal hermosura y gracia
tan rústico entendimiento!
Oye, espera, tente, para.
JUANA. Estése quedo, señor.
FERNANDO. ¡Qué arisca que es la villana!
JUANA. ¿Yo morisca? ¡Malos años!
Cristiana vieja, y muy rancia.
FERNANDO. Que no digo sino arisca.
JUANA. Pregunte en toda la Sagra
qué gente son los Illescas.
INÉS. No sé quién ha entrado en casa.

(Sale ESTEBAN.)

ESTEBAN. ¿Está don Fernando aquí?
FERNANDO. ¿Qué hay, Esteban?
ESTEBAN. Que te llama
el Marqués, mi señor.
FERNANDO. Voy.
(Vase.)

ESTEBAN. Mira que en el patio aguarda.
Pues, Inés, ¿no hay más hablar?
Toda la lealtad se acaba
en habiendo ausencia.
INÉS. Yo
no hablo a quien no me habla.
ESTEBAN. Hablar y abrazar, Inés.
INÉS. ¿Qué me trae de la jornada?
ESTEBAN. ¿Es poco traerme a mí?
INÉS. Es, de la jornada, nada.
JUANA. (Por dondequiera que voy,

hallo amor. ¡Brava abundancia!
No pienso que hay en el mundo
otra cosa más usada.
Los retirados y graves,
¿de qué se admiran y espantan,
si ignoran cómo nacieron?
Es temeraria ignorancia:
así se conserva el mundo.)

ESTEBAN. ¿Quién es aquesta villana,
de tan lindo talle y brío?

INÉS. Salga fuera noramala
y no sea bachiller,
que es recién venida a casa.

ESTEBAN. Labradora de sentidos,
pespuntadora de entrañas,
ojos de brillante espejo,
que en mirando le retratas;
linda del cabello al pie;
honra ilustre de la Sagra,
por el delantal famosa,
y por el sayuelo hidalga,
¿labras vidas, o heredades?
Que pienso que tus pestañas
son agujas de tus ojos,
pues que con sus niñas labras.
Vuelve esa cara. ¡Ay, qué linda!
¡Vive Dios, que tiene estampa
de coger almas con queso,
como eres toda de nata!

INÉS. ¿Esto sufro?

JUANA. Diga, Inés,
¿es también hijo de casa
este señor barbipollo?

ESTEBAN. ¿Esto le parece falta?
¿Es mejor cuatro bigotes
en cuyas espesas ramas
haya soto de conejos?
Porque yo no sé que valgan
más que para ser escobas,
barrer y regar la cara.

JUANA. Como yo vengo de Olías,
no sé de Toledo nada.

INÉS. ¡Señor viene!

JUANA. A la cocina.

INÉS. Sube esa escalera, Juana.

ESTEBAN. Juana me ha muerto, señores;
reñí con ella sin armas.
¡Qué virotazo me ha dado!

(Vase.)

INÉS. ¡Ah, traidor! ¿Así me pagas
tanto amor, tanta amistad?
Juana, ¿es ésta buena entrada?

JUANA. No temas, Inés, que soy
un cuerpo que anda sin alma,
una cifra no entendida,
una escritura borrada;
una sombra que anda en pena,
y una pena en sombras tantas,
que sólo un sol que está ausente
puede, con su lumbre clara,
descifrarle y darle vida,
gloria, gusto y esperanza.

INÉS. No te entiendo.

JUANA. Ni es posible.

INÉS. Loca me pareces, Juana.

JUANA. Como yo vengo de Olías,
no sé de Toledo nada.

ACTO SEGUNDO

(Salen DON DIEGO *y el* MARQUÉS.*)*

DIEGO.

Las fábulas de Ovidio a pensar llego,
en lo que vienes refiriendo agora.

MARQUÉS.

Desde ese corredor mire, don Diego,
a Venus transformada en labradora;
parece el agua entre sus manos fuego,
baña el Tajo cristal y ella le dora:
que si a sus manos cándidas se atreve,
las doradas arenas vuelve nieve.
Muchas veces, don Diego, entretenido,
mirando el Tajo, que mi casa baña,
he visto damas, músicas he oído,
que es en Toledo la mejor de España;
pero en el instrumento referido,
la labradora, que sirena engaña,
con voz tan celestial cantó de suerte
que estatua de sus manos me convierte.

DIEGO.

Mujer de tales prendas y tal brío,
¿lava de la manera que refieres,
con instrumento tan helado y frío?
Me obliga a que presuma que la quieres.

MARQUÉS.

El talle, el aire, el gusto, el modo, el brío
dan sangre y calidad a las mujeres;
no hay en el gusto más razón que el gusto,

que aquello es justo con que yo me ajusto.
Conviene la igualdad al casamiento,
a los estados, no a los accidentes.

DIEGO.

Amor es un primero movimiento
que nace de igualar inconvenientes;
bien pueden confirmar el casamiento
dos personas de estados diferentes.
Mas ¿qué quieres hacer?; que si te agrada,
mejor es pobre y fácil que endiosada.

MARQUÉS.

¡Estebanillo, Esteban!

(Sale ESTEBAN.)

ESTEBAN.

Señor.

MARQUÉS.

Dame
un arcabuz: salir al Tajo quiero.

ESTEBAN.

¿Quieres, señor, que alguna gente llame?

DIEGO.

El desengaño, con la vida, espero.

(Vase ESTEBAN.)

MARQUÉS.

Cuando viéndola cerca me desame,
más contento tendré que considero.

DIEGO.

Las distancias desmienten a los ojos;
no son de tu valor claros despojos.

(Sale ESTEBAN.)

ESTEBAN.

Aquí está el arcabuz.

MARQUÉS.

Toma, don Diego,
ese arcabuz.

DIEGO.

Dos bandas de palomas
andan por esas peñas, aunque luego
del verde monte suben a esas lomas.

MARQUÉS.

Vamos a ver si en tal desasosiego
se templará la llama de mi fuego (1).

(Vanse. Salen JUANA *e* INÉS *y los* MÚSICOS.)

INÉS. Pon la ropa en ese suelo,
que aquí habemos de bailar.
JUANA. No me mandes alegrar,
que más cuidado recelo.
INÉS. Deja agora tus tristezas,
que los músicos se irán.
JUANA. Otro día volverán.
INÉS. ¡Qué cansada estás, si empiezas!
No te entiendo: una vez eres
entendida y cortesana,
y otra, rústica villana.
JUANA. Soy de tornasol, ¿qué quieres?
INÉS. Que mudes de tornasol.
JUANA. No ha de tener mi tristeza
en ningún color firmeza,
hasta que torne mi sol.
INÉS. ¡Qué sol ni qué disparate!
Ponte aquesas castañuelas.

(Salen el MARQUÉS *y* DON DIEGO *y* ESTEBAN.)

ESTEBAN. Quita al halcón las pihuelas,
será del viento acicate;
que de palomas fregonas
he visto una banda allí.
MARQUÉS. ¿Quieren bailar?
DIEGO. Señor, sí.
JUANA. Mira que hay muchas personas.
¡Hola, Inés! Dime quién es
el de la banda y cadena.
INÉS. Es el marqués de Villena.
JUANA. ¡Vaya por Dios! ¿El Marqués?
Toquen y vaya de joya.
MARQUÉS. Ya no lleva aqueste río
nieve pura y cristal frío,
sino reliquias de Troya.

(Los MÚSICOS *cantan y bailan:)*

"Por el río de mis ojos
nadando quiero pasar,
las olas de mis enojos
dicen que me han de anegar.
Cuando el ausencia porfía,
¿quién vencerá su aspereza?

(1) Falta dos versos a esta octava.

Nadando va mi tristeza;
por llegar a su alegría,
y nunca puede alcanzar
mis deseados despojos,
las olas de mis enojos
dicen que me han de anegar."

MARQUÉS. ¡Hay tal nadar y tal brío,
tales olas, tal donaire!

ESTEBAN. Si esto nada por el aire
con tales brazos y brío,
¿qué nadará por la tierra?

MARQUÉS. Quedaos vosotros aquí.

JUANA. ¡Hola! ¿Viene el Marqués?

INÉS. Sí.

ESTEBAN. Si él la tira, no la yerra.

MARQUÉS. Por el alto corredor,
de donde veo este río,
vi, labradora, ese brío,
que en dama fuera mejor.
Cuanto me agradaste allá
lo confirmé aquí, de suerte
que sin seso vengo a verte.

JUANA. Inés, burlándose está.

INÉS. Claro es eso.

MARQUÉS. Vete, Inés,
con mis criados un poco.

INÉS. Sí haré, que he visto aquel loco.
Juana, entretén al Marqués.

MARQUÉS. ¿Juana, en efeto, os llamáis?

JUANA. Para lo que le cumpliere.

MARQUÉS. Del nombre, Juana, se infiere
la gracia con que matáis;
porque al revolver la luz
de esos ojos, no hay despojos
que no maten vuestros ojos.

JUANA. Aténgome al arcabuz.

MARQUÉS. ¿Y de dónde sois?

JUANA. No sé
si se lo diga.

MARQUÉS. Decid.

JUANA. Al gigante de David
quite vuesasté la ge.

MARQUÉS. ¿De Olías sois?

JUANA. Acertó.
¿Han vido? ¿Quién se lo dijo?

MARQUÉS. Amor, que en tus ojos fijo,
luz de tu patria me dió.
Puede ser que la belleza
supla un rudo entendimiento.
(De que me agrade me afrento,
que es en un noble bajeza.)

JUANA. Quedo, quedo, que no es tanta
la ignorancia.

MARQUÉS. ¿De qué modo?

JUANA. Bien, señor, lo alcanzo todo,
y la corte a nadie espanta.
Yo no volviera por mí,
como vuestra ofensa fuera
del entendimiento afuera:
por mi entendimiento, sí.
El exterior (1) aposento
afrenta quien le desalma;
y así, es volver por el alma
defender mi entendimiento.

MARQUÉS. ¿Cómo hablaste rudamente,
y agora con discreción,
pues ya tus palabras son
en estilo diferente?

JUANA. Soy de un lugar rudo parto;
pero para juegos breves
tengo...

MARQUÉS. ¿Qué?

JUANA. Dos treinta y nueves,
y el que yo quiero descarto.

MARQUÉS. No es mala la fullería.
¿De suerte que el juego entablas
en dos lenguas y en dos hablas?

JUANA. Como me sucede al día (2),
que en cierto mal importuno,
aunque no es para villanas;
tengo el gusto con cuartanas,
huelgo dos y callo el uno.

MARQUÉS. No sé si puedo entender,
de tu estilo y tu presencia,
que es segura tu inocencia.

JUANA. Pues ¿en qué lo echáis de ver?

MARQUÉS. Ahora bien: espera aquí.

JUANA. ¡Esto me faltaba agora!

MARQUÉS. Don Diego, esta labradora
me tiene fuera de mí.
Háblala y di que me vea,
que quiero mudarla el traje.
Tú, Inés, vete, y ese paje
viento de sus pasos sea.
Esto, sin réplica.

INÉS. Adiós.

MARQUÉS. No le digas a tu ama
palabra.

INÉS. ¡Qué mala fama
tenemos!

MARQUÉS. Hablad los dos.

(Vanse.)

---

(1) Hartzenbusch corrigió "interior".
(2) Hartzenbusch: "Me sucede como haría".

DIEGO. Discreta y bella serrana,
el Marqués manda que os hable.
JUANA. ¿El Marqués a mí? ¿Por qué?
Idos con Dios, y dejadme.
DIEGO. ¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?
JUANA. Ojos, ¿sufrís que me engañe
la imaginación? ¿Qué es esto,
don Juan?
DIEGO. ¿Tú en aqueste traje?
JUANA. Siguiéndote, señor mío.
DIEGO. Habla, pues, no te recates;
no nos vean abrazar,
que demostraciones tales
arguyen conocimientos,
dicen amistades grandes.
JUANA. Con el nombre de Leonarda
peregriné los umbrales
que hay desde León a Olías;
allí paré, y a buscarte
envié a Leonardo, y viendo
que en diluvios de pesares
fué cuervo, salí yo misma.
DIEGO. Bien dices; la oliva traes
en esa amorosa boca;
dame, reina de las aves,
la paz en el arco hermoso
de los divinos celajes
que en tus ojos amanece;
que yo, por lo que tú sabes,
iba por servir a Carlos,
que en Italia, Francia y Flandes
tiene guerras de envidiosos
de sus blasones esmalte.
Serví con nombre fingido
a un príncipe que en la sangre
y valor no reconoce
al macedonio Alejandre.
Don Diego Pacheco soy,
aunque soy don Juan del Valle,
como tú Leonarda agora,
doña Isabel de Nevares.
Mas, ¡ay de mí!, que no hay dicha
segura por todas partes,
que para comprar placeres
es la moneda pesares.
Quiere el Marqués, mi señor,
que en sus amores te hable,
que su voluntad te diga,
que su tercero me llame.
Señora de mi señor
quiere que pueda llamarte,
que como el sol, aunque tenga
oscuras nubes delante,
por entre pardos resquicios,
con rayos dorados sale.
Así el sol de tu nobleza,
por entre toscos celajes,
descubre los rayos bellos
de tu generosa sangre.
No sé qué habemos de hacer.
JUANA. Agravio, don Juan, me haces
en no confiar de mí
lo que las mujeres valen
en las adversas fortunas,
que son diamantes amantes.
Las entrañas de los montes
no crían tan duros jaspes.
¿Qué bronce, como su pecho,
corresponde incontrastable
a los golpes de la lanza?
¿Ni qué firmeza (1) tan grande
como una mujer que quiere?
Vete, y dile que no trate
de vencer con intereses
Ledas firmes, nobles Dafnes.
Y pues le sirves y puedes
entrar a verme y hablarme,
no quiero que aquí nos vean,
aunque el dejarte me mate.
¡Adiós, mi sola verdad!
DIEGO. Adiós, destas venas sangre,
alma deste firme pecho,
vive en sus brazos constante.

(*Vase* DON DIEGO. *Sale* ESTEBAN.)

ESTEBAN. ¿Fuése don Diego?
JUANA. Ya es ido.
ESTEBAN. No le he contado al Marqués
que te había conocido,
Juana, temiendo después
tu desengaño y mi olvido.
Entre los puros cristales
que de arenas de oro al Tajo
cubren peñas desiguales,
con rostro sereno y bajo,
lavaba el amor pañales.
Ya riendo, ya llorando,
ya torciendo, ya contando,
a Inés sus pasados cuentos,
camisas y pensamientos,
vide a Juana estar lavando.
Con más belleza y traición

(1) Enmienda de Hartzenbusch. El texto decía: "¿Qué ferocidad".

que pasando el mar Europa,
entre canción y canción
acepillaba la ropa
con el dichoso jabón.
Las manos, de blancas natas,
de lavar y ser ingratas,
no se quejaban a Inés,
viendo que estaban los pies
en el río y sin zapatas.
El agua, en cercos y enredos,
se los lava y se los besa,
y como se estaban quedos,
¡quién fuera arena traviesa
que le anduviera en los dedos!
Juana, el rostro levantando,
miróme y fuíme acercando,
de suerte que mi intención
dije con el corazón,
y díjela suspirando.
Tú, pues, que mi muerte tratas
con tus ojos homicidas,
con que el alma me arrebatas,
di, Juana, ¿por qué me olvidas?;
di, Juana, ¿por qué me matas?

JUANA. Esteban, yo soy amiga
de Inés, y no es bien se diga
que le he sido desleal;
mira que le pagas mal
lo que te quiere y te obliga.
Vete a servir a tu dueño,
que de no hacerla traición
mi palabra y fe te empeño,
y, fuera desta ocasión,
otro amor me quita el sueño.
Cojo la ropa, y adiós.

(Vase JUANA.*)*

ESTEBAN. ¡Juana, Juana! ¡Mala tos
te la quite! Fuentes, ríos,
ayudad mis desvaríos,
que quiero quejarme en vos.
¡Ea, ninfas de Helicona!,
hoy tenéis nueva corona
de laurel, que en vuestro polo
muere amando un paje Apolo
por una Dafne fregona.

(Vase. Salen ANTONIA *y* DON FERNANDO.*)*

ANTONIA. ¿De esa manera lo dices?
¿Tú eres hombre de valor?

FERNANDO. Prueba, Antonia, que es amor,
porque no te escandalices.

ANTONIA. Sí; pero un hombre, Fernando,
de tu obligación es justo
que ponga en sujeto, el gusto,
digno de sus ojos.

FERNANDO. Cuando
viene amor por accidente,
no se le da a la elección
voto, como en la razón,
que es calidad diferente;
y, Antonia, yo me resuelvo
en que me muero por Juana.

ANTONIA. Tienes alma tan tirana,
que las espaldas te vuelvo.

(Vase.)

FERNANDO. No digas tal que es locura;
aunque ya tan necia vienes,
que puedo pensar que tienes
envidia de su hermosura.

(Sale DON DIEGO.*)*

DIEGO. En vuestra busca, Fernando,
vengo con grande contento.

FERNANDO. Pedidme albricias a mí,
pues que mi gusto es el vuestro.

DIEGO. Hallé una joya perdida.

FERNANDO. Por muchos años y buenos.
Pues venís con tanto gusto,
no era de pequeño precio.

DIEGO. Era un hermoso diamante;
sortija de un casamiento
que podrá ser que algún día...

FERNANDO. Enseñádmele.

DIEGO. No puedo,
que le he dejado a guardar;
mas enseñarle prometo.
¿Qué hacíais?

FERNANDO. Aquí estaba
dando esperanzas al viento
y riñendo con mi hermana.

DIEGO. Son diferentes efetos.

FERNANDO. Quiero enseñaros la causa.
Juana.

(Sale JUANA.*)*

JUANA. Señor.

FERNANDO. Dadme luego
un jarro de agua; las manos
manché de tinta escribiendo.

JUANA. Voy por fuente, agua y toalla.

(Vase.)

FERNANDO. ¿Qué os dicen mis pensamientos?
¿Ríñeme bien doña Antonia?

¿Haréis burla de mí y dellos?
DIEGO. ¿Burla? ¿Por qué? Si no he visto
más airoso talle y cuerpo
que el de aquesta labradora,
aunque perdone Toledo.
FERNANDO. Para que me deis disculpa
os la enseño; que no quiero
que la alabéis.
DIEGO. Bien seguro
podéis estar de mis celos.

(Sale JUANA *con agua y toalla y fuente.)*

JUANA. Bien puede vuesa merced
lavarse, que viene fresco
Tajo, bañado de plata,
desde el aljibe riendo.
DIEGO. (Mal podré tener paciencia,
pues a cuantas partes llego
hallo quien quiere a Isabel:
si en León, ¡airados cielos!,
por dama airosa y gallarda;
por labradora, sirviendo.
¿A cuál hombre dió el amor
tanta manera de celos?)
FERNANDO. Echa nieve de esas manos
para que temple mi fuego.
JUANA. ¿Nieve soy yo? Guadarrama
soy, nube o helado cierzo.
FERNANDO. ¿Parécete que un desdén
no tiene fuerza de hielo?
JUANA. Yo no entiendo aquesas cosas.
FERNANDO. Yo sí, Juana; que me muero
por esas niñas hermosas.
Echa más agua.
JUANA. Estaos quedo.
Pues que ya os habéis lavado,
tomad la toalla luego,
que me aguarda a quien le pesa.
DIEGO. Y de suerte que sospecho
que estoy rogando a mis ojos
no crean lo que están viendo.

(Sale INÉS.)

INÉS. ¡Con qué espacio, Juana, estás!
Déjasme a mí...
JUANA. ¿Que te dejo?
INÉS. ¡Cuánto hay que hacer hoy en ca-
JUANA. ¿Piensas, Inés, que me huelgo [sa!
de estar aquí?
FERNANDO. Deja, Inés,
que la conozca don Diego,
que le he dicho sus donaires.
JUANA. ¿Las ignorancias que tengo
llama donaires, señor?
INÉS. Con ese entretenimiento
se hará muy bien la comida.
Vendrá señor, y tendremos
pesadumbre por tu gusto.

(Vase.)

JUANA. Ya, señor don Diego, quedo
para que os burléis de mí;
que ha dado a mi costa en esto
don Fernando, mi señor.
DIEGO. ¿Burlas, Juana? No lo creo.
De veras habla Fernando,
y que tú respondes pienso
con las mismas a su amor.
JUANA. ¿Qué es amor?
DIEGO. Amor es fuego.
JUANA. ¡Fuego de Dios en amor!
¿Eso quiere un hombre cuerdo
que tenga mujer ninguna?
DIEGO. Luego tampoco, sospecho,
sabrás qué es celos.
JUANA. Yo no.
DIEGO. Celos son bastardo efeto
de amor. Celos es locura
en que da el entendimiento.
Celos es desamor propio;
celos es vivir temiendo
que aquello que un hombre adora
quiere o mira a otro sujeto
por ausencia o por mudable
condición.
JUANA. ¿Celos es eso?
Pues, don Diego, en vuestra vida
los tengáis; que son de necios.
Tened amor, y no más,
que vuestros merecimientos
son tales, que, por mi voto,
no tenéis de qué tenellos.
DIEGO. Con esas seguridades
nos engañan por momentos
las mujeres.
JUANA. ¿Qué mujeres?
Porque en eso hay más y menos.
FERNANDO. Cese, don Diego, por Dios,
la plática; que sospecho
que os debéis de enamorar.
DIEGO. Que ya lo estoy os confieso.
¿Quiéreos mucho?
FERNANDO. ¿Qué es querer?

Tiene de diamante el pecho;
tiene de mármol el alma;
tiene el corazón de acero.

DIEGO. Pues yo pensé que os quería.

FERNANDO. Vamos, y os iré diciendo
los lances que me han pasado.

DIEGO. Muriéndome voy de celos.

(Vanse, y queda JUANA.)

JUANA.

Cuando el sujeto que se quiere y ama
muestra tibieza y vive sin cuidado,
es darle celos la razón de estado
de amor que más provoca, incita y llama.
Canta con celos en la verde rama
del olmo el ruiseñor, que vió en el prado
a quien sigue su prenda enamorado,
y más cuando ella finge que desama.
Contenta estoy con poca diligencia
en ver que despertaron mis desvelos
al dueño de mi amor, por competencia.
Muera a cuidados; mátenle recelos;
porque cuando hay tibieza por ausencia
el remedio mejor es darle celos.

(Sale ANTONIA.)

ANTONIA. Huélgome de hallarte aquí;
que a solas hablar deseo
contigo.

JUANA. Que tienes creo
la satisfacción de mí
que siempre te merecí.

ANTONIA. La satisfacción me obliga
a que mi pasión te diga.
Escúchame, Juana.

JUANA. Escucho.

ANTONIA. El amor me obliga mucho.

JUANA. Tu criada soy y amiga.

ANTONIA. Quiero un secreto pedirte.

JUANA. Aquí a tu servicio estoy.

ANTONIA. Tengo un mal, Juana, en que doy,
difícil de persuadirte (1)
que es un infierno de fuego.
¿Conoces este don Diego,
amigo de don Fernando?

JUANA. Agora estaban hablando
los dos, y se fueron luego.

ANTONIA. Ese, de cuanto hay en mí
es dueño que adoro y quiero.

(1) Falta un verso a esta quintilla.

JUANA. ¡Ah, celos, qué mal agüero
fué alabarme de que os di!

ANTONIA. Agora (1) has de hacer por mí.
¿Sabes su casa?

JUANA. ¿No es
en la casa del Marqués?
¡Ay, ingrato dueño mío! *(Ap.)*
Que es la que cae hacia el río,
adonde me lleva Inés.

ANTONIA. Es casa tan conocida,
que no la puedes errar.
Un papel le has de llevar,
Juana, que le va la vida
a mi esperanza perdida.

JUANA. ¿A quién, señora?

ANTONIA. A don Diego.

JUANA. Pensé que al Marqués.

ANTONIA. Y luego,
de mi parte le dirás...

JUANA. Basta; no me digas más.

ANTONIA. Esto, mi Juana, te ruego.

JUANA. Eso, mi ama, haré yo
(aunque de muy mala gana).

ANTONIA. Pues entra, y daréte, Juana,
el papel.

(Vase ANTONIA.)

JUANA. ¡Qué presto halló
castigo quien se burló!
Paciencia para sufriros,
amor. ¡Ay, tristes suspiros!
Celos, no costéis tan caros,
que cuanto me agrada el daros
me entristece el recibiros.

(Vase. Sale el MARQUÉS *y* DON DIEGO.)

MARQUÉS. ¡Buena respuesta has traído!

DIEGO. No he visto tal condición.

MARQUÉS. Siempre esta resolución
gente rústica ha tenido.

DIEGO. Con sus iguales se entienden;
que indignas de prendas tales,
de los hombres principales
bravamente se defienden.
Tus razones la cansaron;
tus promesas la ofendieron;
tus dádivas no rindieron,
ni tus dichas alcanzaron.
Finalmente, he sospechado
que vencer esta mujer

(1) Quizá deba decir "Aquesto".

más difícil ha de ser
que romper un monte helado.

MARQUÉS. Mira, don Diego; quien ama
no se ha de cansar tan presto.

DIEGO. Antes bien, a un pecho honesto
obliga cuando desama.

MARQUÉS. Si aquesta mujer me amara
al instante que me viera,
por mucho que la quisiera,
por mujer vil la dejara.
Vuelve a hablarla, que rogando
y prometiendo ha de ser
conquistar una mujer;
que no huyendo y despreciando.
Háblala de parte mía,
y no te canses de hablar;
que no se ha de conquistar
una mujer en un día.

(Vase.)

DIEGO. ¡Por qué de partes me asalta
la fortuna! ¿Qué paciencia
ha de tener mi prudencia
o qué desdicha me falta?
Si no es dejando esta tierra,
¿cómo he de poder vivir?
Pienso que he de proseguir
de Carlos Quinto la guerra.
Pasarme a Italia es mejor,
pues tan mal nos va en España.
No podré si me acompaña
en cualquiera parte amor.
Pero, cansado y ausente,
¿quién me lo puede estorbar?

(Sale JUANA.*)*

JUANA. Dicha he tenido en hallar
a mi enemigo presente.
¡Que esté solo y en tal puesto!
Mas burlóse amor conmigo:
¡qué tarde se halla un amigo,
y un enemigo qué presto!

DIEGO. ¿Quién es?

JUANA. La que ya no es.

DIEGO. ¡Oh, qué gracia!

JUANA. ¿Es mucha?

DIEGO. Es tanta,
que por mujer no me espanta.
En fin, ¿buscas al Marqués?

JUANA. ¿Qué Marqués?

DIEGO. El que está aquí
y despreciábasle allá.

JUANA. Este papel te dirá
si vengo a buscarte a ti.

DIEGO. ¿Papel para mí? ¿De quién?

JUANA. De tu dama.

DIEGO. Tú lo eras,
antes que a buscar vinieras
a quien te obliga tan bien.

JUANA. Dejémonos de porfías.
Toma el papel.

DIEGO. ¿Tienes seso?

JUANA. Toma y responde.

DIEGO. Confieso
las obligaciones mías.
Pero en poniendo los pies
adonde estás, se acabaron,
pues, en efeto, buscaron
livianamente al Marqués.
¡Qué presto que te mudaste!
Yo debía hacerlo así,
pues para venir aquí
a doña Antonia burlaste.
Yo aseguro que dirías
que traerías el papel,
para negociar con él
lo que para ti querías.
Y aun le harías escribir
lo que ella no imaginaba,
porque si al Marqués amaba
pudiera tu amor decir
que a un tiempo engañaba a tres
y aun a cuatro, pues amando,
tú engañabas a Fernando,
a mí, a Antonia y al Marqués.

JUANA. ¿Ha dicho vuesa merced?

DIEGO. Poco para tal traición.

JUANA. Pues oiga, por caridad;
pues callé mientras habló.

DIEGO. ¿Yo qué tengo que escuchar?

JUANA. ¡Qué malas señales son
el meter el pleito a voces!
Calle, pues callaba yo.
Doña Antonia, mi señora,
me ha contado la afición.
Que vuesa merced la olvida
por el Marqués, su señor.
Cómo la quiso en llegando
a Toledo, y que los dos
se hablaron algunas veces
en dulce conversación.
Pero que después, sirviendo,
el respeto le guardó
que debe un buen escudero
"que non sabe mentir, non".

Si es vuesa merced marqués,
pues por él le dejo yo,
este marqués he buscado,
éste fué a quien tuve amor,
y éste es a quien ya no quiero;
y así con gran devoción,
le hago una reverencia,
dejo el papel, y me voy.
Si le he dado pesadumbre,
diga, dándome perdón:
"Mensajero sois, amigo;
non merecéis culpa, non."

DIEGO. Tente, escucha.

JUANA. ¿Que me tenga?
Déjeme ir, que por Dios
que es poca el agua del Tajo
para que lave su error.

DIEGO. Oye, Isabel.

JUANA. ¿Qué Isabel?

DIEGO. La que adoro.

JUANA. Juana soy.
Suélteme.

DIEGO. Tente.

JUANA. El vestido
que mi desdicha me dió.

(Sale el MARQUÉS.)

MARQUÉS. ¿Qué es esto?

DIEGO. Que no hay remedio
que te quiera esta mujer.
Demonio debe de ser.

JUANA. A no estar vos de por medio,
nos matábamos aquí
como cochinos. ¡Pardiez!

MARQUÉS. ¿Tú en mi casa?

JUANA. Alguna vez
este corredor subí.
Y no he tenido advertencia
de entrar acá, hasta que agora
el mandallo mi señora
me dió ocasión y licencia.
Vengo a buscar a Fernando,
que le queremos cortar
unas camisas; y al dar
el primer paso, temblando,
sale estotro escuderón
y dice que yo he de ser
vuestra mujer. ¡Qué mujer!
Las de mi patria no son
mujeres para Girones,
ni Villenas ni Pachecos,
son de Illescas y Mazuecos,
Toribios, Sanchos y Antones.
Quédese, señor, con Dios;
que el escudero algún día
me pagará la porfía
que hemos tenido los dos.
Yo le cogeré en mi casa.

DIEGO. Pues yo, ¿qué ofensa te he hecho?
Bien sabes, Juana, mi pecho.

JUANA. Ya sé todo lo que pasa.

MARQUÉS. Juana, yo estimo tu honor.
Si don Diego te habló en mí,
la culpa tuve, que fuí
quien le declaró mi amor.
Entra, que quiero mostrarte
mi casa, y darte un regalo.

JUANA. A fe, que no fuera malo
dar celos a Durandarte;
pero soy mujer de bien,
y por esto me voy luego.

MARQUÉS. Tente, detenla, don Diego.

DIEGO. Tente, escucha.

JUANA. ¿Vos también?
Pues por vos me voy mejor.

DIEGO. Oye una palabra, Juana.

JUANA. ¿Vos a mí?

MARQUÉS. Fuerte villana;
ya es tema lo que fué amor.

(Vanse. Salen ANTONIA *y* ESTEBAN.)

ANTONIA. Tanto olvido en el Marqués
no debe de ser sin causa.

ESTEBAN. Con esta joya me envía.
Así todos me olvidaran.

ANTONIA. Memoria quiero y no joyas.

ESTEBAN. Desa manera se llaman.
El que regala, se acuerda;
el que olvida no regala.

ANTONIA. ¿No ver ni hablar es regalo?

ESTEBAN. Como a mí me regalaran,
más que nunca me quisieran.

ANTONIA. Pedir al galán la dama
algo de su gusto es cosa
que obliga a servirla y darla.

ESTEBAN. Sí; que una dama, a un galán
que truchas le presentaba,
le pidió un trucho una vez
diciendo que le cansaban
las truchas hembras; y el triste
anduvo cuatro semanas
buscando un trucho varón.

ANTONIA. ¿Y hallóle?

ESTEBAN. Dos trujo en agua,

y dijo que las guardasen,
porque después en la casta
el macho conocería
viendo la trucha preñada.
Pero ¿qué me quieres dar
y contaréte la causa
del descuido del Marqués?

ANTONIA. Una cadena mañana.

ESTEBAN. ¿Mañana?

ANTONIA. Pues ¿es muy tarde?

ESTEBAN. No, Antonia; mas pues aguardas
a mañana, yo también
quiero aguardar a mañana.

(Vase.)

ANTONIA. ¡Lindo bellacón te has hecho!
¡Inés, Inés!

(Sale INÉS.)

INÉS. ¿Qué me mandas?

ANTONIA. ¿Vino Juana?

INÉS. Ya ha venido.

ANTONIA. ¿Qué hay de mis sucesos, Juana?

(Sale JUANA.)

JUANA. Malas nuevas.

ANTONIA. ¿Cómo así?

JUANA. Hallé aquel hombre en la sala,
di el papel, tomó el papel,
y a las primeras palabras
cruzó la cara a las letras.

ANTONIA. ¿Cómo? ¿A las letras la cara?

JUANA. Rasgándole en mil pedazos,
y diciendo: "Si vuestra ama
porfía, iréme a la guerra,
que favor y merced tanta
como me hace el Marqués,
con traiciones no se pagan.
Hoy me ha dado mil escudos
y un caballo, que envidiaran
los del sol, a no ser de oro;
que vale a peso de plata."
Con esto me despedí,
pero diciéndole airada:
"Cuando los hombres no quieren,
notables achaques hallan".

ANTONIA. No te escucho más.

JUANA. Espera.

ANTONIA. No quiero escucharte nada;
que no escucha libertades
quien tiene sangre en el alma.

(Vase.)

JUANA. ¿Qué dices de aquesto, Inés?

INÉS. ¿Qué quieres que diga, Juana?

JUANA. Dichoso es este don Diego.
Todas le quieren.

INÉS. Bien basta
por ejemplo doña Antonia.

JUANA. ¡Ay, quién de ti se fiara!

INÉS. ¿Tienes tú, Juana, también
tu poco de amor?

JUANA. Estaba
segura, y diéronme celos.

INÉS. ¡Qué mala pedrada!

JUANA. ¡Mala!
Yo tengo, Inés de mis ojos,
dos vestidos en el arca,
y quiero que los saquemos,
porque me dicen que bajan
estas tardes a la Vega
muchos galanes y damas.
Allí quiero ver mis celos,
y tú sabrás quién los causa.
Sabrás tú mi pensamiento,
y yo sabré quién me mata.
Pero esto, con gran secreto.

INÉS. En razón de secretaria,
soy dinero de avariento,
soy noche, bosque y montaña,
soy pobre humilde que asiste
a donde señores hablan.
Soy libro que no se vende,
que es la cosa que más calla;
y, para decirlo en breve,
soy necesidad honrada.

JUANA. Pues tomaremos dos mantos
con ricas ropas y sayas;
que quiero ver un secreto,
si el que dices me acompaña.

INÉS. Está segura de mí.

JUANA. Quiero ver si un hombre habla
con una mujer que temo.

INÉS. ¿Y luego?

JUANA. Sacarle el alma.

ACTO TERCERO

(Salen INÉS *y* JUANA, *con mantos.)*

INÉS.

Esta es la Vega de Toledo, Juana,
que doña Juana fuera bien llamarte.

No acabo de mirarte y de admirarte.
¡Qué lindo talle y qué persona tienes!

JUANA.

Cuando me muero yo, ¿de burlas vienes?
¡Ay, Inés; esto hacen galas y oro!
No hay cosa que les dé mayor decoro
que vestir ricamente a las mujeres.
Cuando estas graves y damazas vieres,
atribuye a las galas la hermosura.

INÉS.

Si ellas no tienen la primer ventura,
que es el nacer hermosas, no lo creas,
por más diamantes que en sus cuellos veas.
¿Es posible que tú villana fuiste?

JUANA.

Tú misma agora, Inés, te respondiste.
Pues ¿yo te he parecido gran señora
con las galas, naciendo labradora?

INÉS.

Mi ama es ésta, cúbrete.

JUANA.

No acierto;
que es de mis celos la ocasión advierto.

(Salen DOÑA ANTONIA *y una* CRIADA.)

ANTONIA.

Aquí quiero sentarme; que esta tarde
hace la Vega su vistoso alarde
de la hermosura y galas de Toledo.

JUANA.

Inés, que nos conozcan tengo miedo.

INÉS.

Pues no lo tengas, porque estás de suerte
que yo me admiro cuando llego a verte.

CRIADA.

Bellas damas. Parecen forasteras.

ANTONIA.

¡Ah, señoras hermosas!

INÉS.

¿Qué te alteras?

ANTONIA.

¿Quiérennos dar de tanto sol un rayo?

JUANA.

Vuesa merced lo pida al mes de mayo.

ANTONIA.

¿Son de Toledo?

JUANA.

¿Para qué le importa?

ANTONIA.

¡Qué bravos filos! ¡Bravamente corta!

JUANA.

Pues advierta que somos sevillanas.

ANTONIA.

Quite dos letras, y serán villanas.

JUANA.

¿Si nos ha conocido?

INÉS.

Calla, necia.

JUANA.

Y ella, que tanto del valor se precia,
enséñenos la cara, por su vida,
porque viene muy larga y mal prendida.

ANTONIA.

Esa culpa será de las criadas.

JUANA.

¿Criadas tiene?

ANTONIA.

Muchas; tan honradas
que pueden ser sus amas.

JUANA.

No lo crea,
y mire ese galán que la pasea.

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO.

Al campo saco las tristezas mías
por ver si las venciese en desafío.

JUANA.

Inés, éste es aquel ingrato mío.

INÉS.

¿Luego don Diego fué quien te dió celos?

ANTONIA.

¡Ah, don Diego, llegad!

DIEGO.

Inmensa dicha.

¿Vos en la Vega?

JUANA.

¿Qué mayor desdicha?

INÉS.

Pues ¿tú de mi señora estás celosa?

JUANA.

Di en esta necedad.

ANTONIA.

Menos dichosa
me prometí la tarde; pues os veo,
no tengo qué pedir a mi deseo,
aunque correspondéis ingratamente.

DIEGO.

¿Cómo queréis que sin temor intente
serviros, si el Marqués os quiere tanto?

JUANA.

Estoy, Inés, por descubrir el manto
y hacer un desatino.

INÉS.

Espera un poco.

JUANA.

No hay celos cuerdos, si el amor es loco.

(Salen el MARQUÉS *y* ESTEBAN.*)*

MARQUÉS. ¿Es aquél don Diego?
ESTEBAN. El es,
y no está mal ocupado.
INÉS. Juana, el Marqués ha llegado.
JUANA. ¿Qué habemos de hacer, Inés?
INÉS. Que si has visto lo que quieres
nos vamos a casa luego.
MARQUÉS. ¿Quién hablará con don Diego?
ESTEBAN. No sé; pero dos mujeres
bizarras están allí.
ANTONIA. Venid, don Diego, hasta el río;
por ingrato, os desafío,
ya que a la Vega salí.
DIEGO. ¿Qué mayor satisfacción
os puedo dar que el Marqués?
ANTONIA. No hay satisfacción después
que me habéis muerto a traición;
ni es el reñir excusado.
DIEGO. Si es desafío español,
¿quién ha de partir el sol,
si llevo el sol enojado?

(Vanse los dos.)

MARQUÉS. Dé vuesa merced lugar,
señora tapada, a ver
si tan bizarra mujer
tiene más con qué matar
que con tal donaire y brío.
JUANA. ¡Esto es bueno para mí,
llevándome el alma allí
aquel enemigo mío.
ESTEBAN. Suplico a vuesa merced
se quite la sobrevaina
y no dé heridas con vaina.
INÉS. Allá, paje, entretened
con mujeres enfaldadas
vuestra cansada persona.
ESTEBAN. ¿Y no puede ser fregona
alguna de las tapadas?
MARQUÉS. Merezca, no por quien soy,
sino sólo en cortesía,
ver amanecer el día.
JUANA. Con tanta desgracia estoy,
que no puedo responderos.
MARQUÉS. ¿La quietud habéis perdido?
Decid quién os ha ofendido.
Si en algo puedo valeros,
os podéis valer de mí.
JUANA. Podéis hacerme merced
de dejarme.

(Hace que se va.)

MARQUÉS. Detened
el paso, que habéis de oír,
pues matáis.
JUANA. ¿Tan de repente?
¿Parézcoos bien?
MARQUÉS. Y muy bien.
JUANA. ¡Que cuanto los hombres ven
quieran bien tan fácilmente!
MARQUÉS. Yo a nadie quiero.
JUANA. Mirad
qué condición es la vuestra,
si bien ponéis en la nuestra
antojos de liviandad,
pues hoy en sola una casa
queréis bien a dos mujeres.
MARQUÉS. Mujer notable, ¿quién eres?
¿Dos mujeres?
JUANA. Eso pasa;

y tan desiguales son,
que son señora y criada.

MARQUÉS. Por Dios, que estáis engañada.

JUANA. Pero tenéis condición
de señor, que harto y cansado
de la perdiz, apetece
la vaca; y así parece
que os da doña Antonia enfado,
y Juana os regala el gusto.

MARQUÉS. ¡Vive Dios que he de saber
quién eres!

JUANA. Una mujer.
Hacerme fuerza no es justo.

ESTEBAN. Oye, señora tapada,
menos desdenes.

INÉS. Ataje
la manopla, señor paje,
o habrá coz y bofetada.

ESTEBAN. Eres haca, que no creo
que eres mujer; pero advierte
que soy paje de alta suerte,
y que en señoras me empleo.
No tuve sarna en mi vida,
ni he tomado punto a media.

INÉS. Bien la condición remedia;
que desde Adán procedida
tienen sarna original.

ESTEBAN. ¡Vive Dios que te he de ver!

INÉS. Mire que hay una mujer
que no le ha querido mal,
y no quiero que me afañe.

ESTEBAN. ¿Qué importa, si la aborrezco?

(Descúbrese INÉS.)

INÉS. Pues yo soy, y quien merezco,
perro, que tu amor me engañe.

ESTEBAN. ¡Vive el cielo, que es Inés!
¿Hay tal cosa? ¡Tente, para!

INÉS. No pienso dejarte cara.

MARQUÉS. ¿Qué es eso, Esteban? ¿Quién es?

ESTEBAN. Inés, señor, disfrazada.

MARQUÉS. ¿Y tú, quién eres, mujer?

JUANA. Si Inés se ha dejado ver,
¿de qué sirve estar tapada?
Juana soy. Cáteme aquí.

MARQUÉS. ¿Qué dices? ¿Hay cosa igual?
¡Ay, donaire celestial,
a matar sales aquí!
¿Tú eres labradora?

JUANA. Pues
anda acá, Inés, no nos riñan.

MARQUÉS. ¿Desta manera se aliñan
villanas?

JUANA. Anda acá, Inés.

MARQUÉS. Espera: en mi coche irás.

JUANA. ¿Qué coche, ni qué cochino?
¿Queréis torcer el camino,
ya me entendéis lo demás,
y zamparme en vuestra casa?

INÉS. Vamos, Juana.

JUANA. Inés, camina.

(Vanse JUANA *e* INÉS.)

MARQUÉS. Labradora peregrina,
si tosco sayal me abrasa,
¿qué sirven almas de seda?
¿Has visto, Esteban, mujer
más bella?

ESTEBAN. No puede ser
que ser más hermosa pueda.

MARQUÉS. ¿Hay tan notable invención
de enamorar y matar?

ESTEBAN. ¡Que no puedas conquistar
su villana condición!

MARQUÉS. Si enamorarme pretende
desta suerte, ¿qué he de hacer?
Algo hay en esta mujer
que se mira y no se entiende.

(Vanse. Salen ANTONIA *y* DON DIEGO.)

ANTONIA. Del haberme acompañado
estoy muy agradecida
de mi esperanza perdida,
por el engaño pasado.

DIEGO. No hay amor desengañado
que quiera más, si no alcanza
a entretener la esperanza,
con que me obliga a creer
que no hay distancia en mujer
del amor a la mudanza.
Pues para no ser ingrato
a la merced que me hacés,
pedid licencia al Marqués,
y veréis que no dilato
el casarme, siendo ingrato
al favor que me otorgáis;
que si licencia alcanzáis,
al mismo punto veréis
que la posesión tenéis,
sin que esperanza tengáis.

(Vase.)

ANTONIA. Perdida esperanza mía,
¡albricias, que ya os hallé!

(Sale JUANA.)

JUANA. Cuando don Diego se fué,
¿quedas con tanta alegría?
¿Qué habéis tratado los dos?
ANTONIA. ¡Ay, Juana! Mi casamiento.
JUANA. Muy justo fué tu contento;
yo se lo pediré a Dios.
ANTONIA. Yo te prometo casar
con un oficial honrado.
JUANA. En fin, ¿queda concertado?
ANTONIA. No falta más de tratar
mi dicha con el Marqués;
yo le voy a hablar, que es justo
que esto sea con su gusto;
lo demás sabrás después.

(Vase.)

JUANA. Aquí se acabó mi vida,
aquí dió fin mi tragedia;
aquí, en sombra mi esperanza,
con triste luto y sangrienta,
dió fin al acto postrero;
no hay que aguardar, pues ya que-
todo abrasado el teatro, [da
y la campaña desierta.
Aquí fué Troya, aquí mi suerte ordena
que tenga vida yo para más pena.
¡Oh, cuántas veces, amor,
te dije yo que tuvieras
más respeto a la razón!
Mas tú, ¿qué razón respetas?
¿Quién dijera que don Juan
pagar ingrato pudiera
tan grandes obligaciones,
tanto amor, tantas finezas?
¡Ah, nunca yo te amara ni te viera,
alma de mármol, corazón de piedra!
¿Qué habemos de hacer? Morir
y no aguardar a que vean
mis ojos lo que ya saben;
pues sea mi muerte ausencia.
¿Volveremos a la patria?
No, que hay venganzas en ella
de quien traté con desprecio
por amar quien me desprecia.
¡Ah, cielos! ¿Quién podrá tener paciencia?
Que en infinito amor no hay resistencia.

(Sale INÉS.)

INÉS.

¿De qué das voces, Juana?

JUANA.

De desdichas. Inés, adiós te queda;
que, puesto que villana,
cubre tosco sayal alma de seda.
Yo voy por mis vestidos:
por dicha, los que ves fueron fingidos.

INÉS.

¿Adónde vas? Detente.

JUANA.

Por la puente de Alcántara, a esas peñas
desesperadamente.

INÉS.

Tu tristeza conozco por las señas.
Más que pareces, eres.

JUANA.

¡Ay, hombres, deshonor de las mujeres!
Pues ¿cuál no fuera buena,
si no nos encantaran el oído?

INÉS.

Dime, por Dios, tu pena.

JUANA.

No quieras más de que mi historia ha sido
confusa Babilonia.
Don Diego se ha casado con Antonia.

INÉS.

¿Casado?

JUANA.

Allá en el río
debieron de tratarlo aquesta tarde.
Voime, voime; no fío
de mis ojos paciencia tan cobarde.
¿Qué aguardo? ¡Fuego, fuego!
Antonia se ha casado con don Diego.

(Vase.)

INÉS.

Fuése desesperada.

(Sale ANTONIA.)

ANTONIA.

¿Qué es esto? Dime, Inés.

INÉS.

Agora creo
que la villana honrada,
celosa espía fué de su deseo.

ANTONIA.

¿Cómo celosa?

INÉS.

Juana
está sin seso desde ayer mañana.
Sin duda no es grosera,
con el traje que trae de labradora;
que tener no pudiera
tales vestidos, a no ser señora,
de que iba ayer cargada
y anduvo por la Vega disfrazada.
Celos son de don Diego,
porque hoy en la Vega le has hablado.

ANTONIA.

Agora sí que llego
a creer el respeto mal guardado;
mil sospechas tenía:
tal vez me hablaba bien, y tal fingía.
¡Que no la detuvieras!

INÉS.

Agora sale: síganla, ¿qué esperas?

ANTONIA.

¿Qué haré?

INÉS.

Que consideres...

ANTONIA.

¡Qué cobardes nacimos las mujeres!
¿Si se va con don Diego?

INÉS.

¿Pues eso dudas?

ANTONIA.

Siempre amor es ciego.
Sólo para engañarme
trató del casamiento: todo ha sido,
con palabras, burlarme.

(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO.

¿Qué es esto, doña Antonia?

ANTONIA.

Que se ha ido
la infame labradora,
y mis vestidos se ha llevado agora.

FERNANDO.

¿Juana con malas manos,
teniéndolas tan buenas?

INÉS.

¡Linda flema!

FERNANDO.

Pensamientos villanos;
que diera yo, para vencer su tema,
más joyas que ha llevado,
sólo porque escuchase mi cuidado.
Pienso que solamente
pudiera ser bastante esta bajeza
para que el fuego ardiente
que ha encendido en mi pecho su belleza
sus rigores templara.
¿Tan malas manos con tan linda cara?

ANTONIA.

Mientras que das al viento
exclamaciones vanas y amorosas,
seguirla quiero.

FERNANDO.

Intento
que se ajuste a mis penas, tan forzosas,
que pienso que la lleva
un falso amigo que no sale a prueba.

ANTONIA.

Yo quiero acompañarte.

INÉS.

Sin duda que los dos pasan la puente.

ANTONIA.

Daré a mi padre parte.

FERNANDO.

De ninguna manera. Brevemente
saquen el coche, hermana.

ANTONIA.

¡Ay, ingrato don Diego!

FERNANDO.

¡Ay, bella Juana!

(Vanse. Salen el MARQUÉS, DON DIEGO, ESTEBAN *y los* MÚSICOS.)

MARQUÉS. Llegue la barca a la orilla.
DIEGO. Ya va llegando la barca.
MARQUÉS. A la isla pasar quiero,
que el Tajo aprisiona en plata.
¿Los músicos?
DIEGO. Ya han venido.

Gran gente la puente pasa;
todos son de Andalucía.
La barca toca a la playa.

MARQUÉS. Entren todos. ¡Buena viene!

(Vese una barca muy compuesta y enramada.)

Como en Sevilla la enraman,
mas no de naranjos verdes,
para pasar a Triana
tantas damas y galanes,
viernes de entre Pascua y Pascua.
Quédate, Esteban, aquí
por que si don Pedro baja,
digas que pase a la Isla,
y vendrá por él la barca.
Cantad por el río vosotros;
que hace linda consonancia
el viento por esos olmos,
por esas peñas el agua.
Moved a espacio los remos.
¿Aquélla no es Juana? Juana,
¿dónde vas?

(Sale JUANA.)

JUANA. ¡Cielos!, ¿qué es esto?
Dentro de una barca pasan,
don Juan y el Marqués, el río.

MARQUÉS. Acosta, acosta, no vayas
tan aprisa; dad la vuelta.
¡Juana, Juana!

JUANA. ¿Quién me llama?

MARQUÉS. ¡Vive Dios, que es ocasión,
don Diego, para llevarla
donde no la valgan bríos
ni condiciones villanas!
El Marqués soy. ¡Llega, llega!

DIEGO. (¡Ay, Dios! ¿Si podré avisarla?
¿Con qué ocasión le diré
el peligro que la aguarda?)

JUANA. (Esta es famosa ocasión
para que tome venganza
de don Diego.) ¡Ah, seor Marqués!
¿Quiere llevarme?

MARQUÉS. Entra, salta.

DIEGO. Señores músicos, ¿saben
la letra que ahora se canta:
"Por la puente, Juana, que no por
[el agua..."?

MÚSICOS. Sí, sabemos.

DIEGO. Sepan que es
al propósito extremada.

JUANA. Muy bien entiendo a don Diego,
mas soy mujer y agraviada;
hoy me vengo de sus celos.
Entro.

MARQUÉS. Pues moved las palas,
y vosotros id cantando
eso de la "puente Juana".

(Cantan.)

"Por la puente, Juana, que no por el agua..."

(Vanse, y queda ESTEBAN.)

ESTEBAN. Partieron. No hay blanco cisne
que con las cándidas alas
rompa el cristal como el barco:
cercos de frígida plata;
donde no hay agua, no hay fiesta.
¡Cómo vuelan y se apartan
unas olas de otras olas!
Fiestas aquellas se llaman.
Con todo, me ha dado pena
que Juana con ellos vaya:
casta ha partido, mas creo
que no volverá tan casta.
Don Fernando y doña Antonia
son los que del coche bajan.
¿Adónde bueno, señores?

(Salen FERNANDO y ANTONIA.)

FERNANDO. ¡Oh, Esteban! Viene mi hermana
a buscar por esta puente,
donde las mujeres lavan,
aquella Juana fingida,
que con sus rudas palabras
era ladrona famosa.

ESTEBAN. ¿Ladrona? Mucho te engañas,
si por dicha no lo dices
porque lo fué de las almas.

ANTONIA. Si me lleva mis vestidos,
¿será, por ventura, honrada?

ESTEBAN. No sé; pero, si ella hurta,
sus ojos son llaves falsas.
Con el Marqués pasa el río,
como otra Elena, robada;
que como en marqués hay mar,
en mar de marqués se embarca.
Aquel barco con Elena
tiene al toro semejanza,
si no lo es don Diego.

ANTONIA. ¿Quién?

ESTEBAN. El que a los dos acompaña.

ANTONIA. ¿Pues va allí don Diego?

ESTEBAN. Sí.

Y porque vuelve la barca
por don Pedro y no ha venido,
dadme licencia que vaya
a ver estos desposorios.

ANTONIA. No se harán, si la villana
no me vuelve mis vestidos.

ESTEBAN. Entrad, si queréis hallarla.

ANTONIA. ¿Quieres, Fernando?

FERNANDO. ¿Pues no?
Acosta; que de una falsa
amistad tengo una queja,
y pienso así averiguarla.

ESTEBAN. Entren, y verán la isla
mejor del Tajo, y a Juana,
que, pudiendo por la puente,
quiso pasar por el agua.

(Vanse. Salen DON DIEGO *y el* MARQUÉS.)

MARQUÉS.

¿No desembarca Juana?
¿Cómo ha venido con tan gran tristeza?

DIEGO.

Volvió nieve la grana
que esmalta de su rostro la belleza,
luego que tus amores
turbaron, con el miedo, sus colores.

MARQUÉS.

¿Pues de qué tiene miedo?

DIEGO.

De haberse puesto en tal peligro.

MARQUÉS.

¿Y fuera
más justo que en Toledo,
de la manera que la vi, sirviera?
¿No ha sido más dichosa?

DIEGO.

Está, de verse indigna, temerosa.

MARQUÉS.

Mira, don Diego: el día
que un hombre a una mujer le dice amores,
cesó la cortesía
y el respeto debido a los señores,
porque sujeto queda
a que tratarle mal, si quiere, pueda.
Juana será estimada
de ti y de mí, y de todos mis criados
servida y regalada;
la primavera destos verdes prados,
de flores guarnecidos,
envidiarán la tela a sus vestidos.
Sus joyas serán tales
que se conozca en ellas mi deseo;
no ha de traer corales
más que en su rostro.

DIEGO.

De tan alto empleo,
¿qué menos su belleza
pudo esperar, señor, de tu grandeza?

MARQUÉS.

Entretén esa gente,
mientras que voy, don Diego, a persuadilla;
que ver cuán tristemente
sale del barco a la arenosa orilla,
vergonzosa y cobarde,
muestra que se arrepiente; mas ya es tarde.

(Vase.)

DIEGO. Desdichas que habéis llegado
a tal extremo conmigo,
que vengo hasta ser testigo
de mi deshonra, forzado.
¿A cuál hombre en tal estado
habéis puesto, como a mí,
pues pudiendo hablar aquí,
por el honor que me toca,
me cierra él mismo la boca,
ingrata Isabel, por ti?
Si agora al Marqués hablara
y quién era le dijera,
claro está que quien es fuera
y su nobleza mostrara.
Claro está que la dejara;
pero si yo la advertí,
cuando en la puente la vi,
y ella, a mi pesar, entró,
bien sabe que le estimó
y que me aborrece a mí.
Cuando, por que me entendieses,
desentendida tirana,
dije: *¡Por la puente, Juana!*,
para que el peligro vieses,
¿era honor tuyo que fueses
por el agua a darme enojos?
Fuertes fueron tus antojos;
que los hombres advertidos
pueden disculpar oídos,

mas no lo que ven los ojos.
Perdiendo el juicio estoy,
no de verme despreciado,
sino de llegar a estado
que deje de ser quien soy.
¿Cómo mil quejas no doy,
de tanto agravio, a los cielos?
¡Qué buen pago a mis desvelos,
hasta cerrarme los labios!
Mas bien es que sufra agravios
quien tuvo paciencia en celos.
¡Ya le tomará las manos!
¡Ya le dirá amores tiernos!
¡Qué de maneras de infiernos,
qué de agravios inhumanos!
¿Cuándo inventaron tiranos
tormentos de más rigores
que ver que tú le enamores
y él te diga amores ya?
¿Amores dije? ¡Ojalá
que fuera decirla amores!
Pensamientos me han venido
de echarme, desesperado,
Tajo, en ese espejo helado,
de abrasado y de corrido.
Defiende, agravio, el sentido;
que como amor es furor,
no sabe tener valor.
Advierte que un hombre honrado,
después de estar agraviado,
no es justo que tenga amor.

(Salen DON FERNANDO, ANTONIA *y* ESTEBAN.)

ESTEBAN. Aquí está sólo don Diego.
ANTONIA. ¿Pues solo en esta ocasión?
ESTEBAN. Que le habléis con discreción,
y no con enojo, os ruego;
que estará cerca el Marqués.
FERNANDO. Don Diego, ¿qué soledad
es ésta?
DIEGO. Si la amistad
para tales tiempos es,
dejad a un hombre afligido,
en lugar de acompañarme;
que estoy cerca de matarme,
de una mujer ofendido.
FERNANDO. ¡Mujer! ¿Aquí no sois vos
el dueño de quien decís?
DIEGO. Pues ¿a vengaros venís
de mis agravios los dos?
Escondéos conmigo aquí,
que viene huyendo de un hombre;
que el respeto de su nombre
me obliga a tratarla así.
ESTEBAN. Bien será que no nos vea,
supuesto que es el Marqués;
que tiempo tendrá después
doña Antonia, si desea,
vengar sus celos.
ANTONIA. Aquí
hay árboles más espesos.
DIEGO. Presto veréis mis sucesos,
qué agravios pasan por mí.

(Escóndense, y salen el MARQUÉS *y* JUANA.)

JUANA. No tiene el mundo poder.
Advierta vueseñoría
que es injusta su porfía.
MARQUÉS. ¿No eres mujer?
JUANA. Soy mujer.
MARQUÉS. ¿Eres labradora?
JUANA. No.
MARQUÉS. ¿Pues quién?
JUANA. No quiero decillo.
MARQUÉS. Pues ¿qué intentas?
JUANA. Encubrillo.
MARQUÉS. ¿Hasta cuándo?
JUANA. ¡Qué sé yo!
MARQUÉS. ¿Sabes dónde estás?
JUANA. Muy bien.
MARQUÉS. ¿Quién te ha de valer?
JUANA. Mi honor.
MARQUÉS. Es necedad.
JUANA. Es valor.
MARQUÉS. Soy quien soy.
JUANA. Y yo también.
MARQUÉS. Amor me obliga.
JUANA. Y a mí.
MARQUÉS. ¿De quién?
JUANA. De quien me burló.
MARQUÉS. ¿Es hombre rústico?
JUANA. No.
MARQUÉS. ¿Pues es caballero?
JUANA. Sí.
MARQUÉS. ¿Tiene calidad?
JUANA. Y mucha.
MARQUÉS. ¿Es mi igual?
JUANA. No es vuestro igual.
MARQUÉS. ¿Es principal?
JUANA. Principal.
MARQUÉS. Declárate más.
JUANA. Escucha.
Señor Marqués de Villena,
invictísima corona
de Girones y Pachecos,
cuyas hazañas heroicas

escribe en papel la fama,
que no hay tiempo que las borra;
que son diamantes las letras,
y bronce eterno las hojas:
yo soy de León de España,
que justamente se honra
de aquellos primeros reyes
que de la nobleza goda
quedaron para castigo
de los bárbaros, que agora
sólo viven por reliquias
de las pasadas historias (1).
Neutrales están mis deudos:
que quiera a don Juan me estorban.
Había llegado el mes
que prados y campos borda:
aquéllos visten de nieve,
éstos de flores y rosas;
bajaban los arroyuelos
a guarnecer con las olas
de pasamanos de plata
las márgenes arenosas.
Yo, con ocasión injusta
de enfermedades que toman
más la ocasión que el acero,
tal vez voluntades mozas,
a hablar a don Juan salía
para excusar mi deshonra,
que quiere amor que el deseo
a la razón se anteponga.
Supo don Sancho estos días (2),
y una mañana lluviosa,
que para que no saliera
parece que el alba llora,
llegó más presto; ¡ay de mí!,
que aún me matan sus congojas;
que celos madrugan mucho,
porque duermen pocas horas.
Salió de unos verdes ramos,
y asiéndome de la ropa,
que no del alma, a escucharle
mis pies turbados reporta;
oigo amorosas razones,
si puede ser que las oiga
quien mirando a quien le habla
está pensando otra cosa;
pero cuando, ya atrevido,
más intenta que razona,
puse mi rostro en defensa
con palabras afrentosas;
que los hombres atrevidos,
cuando a su gusto se arrojan,
para entrar a sus deseos
tienen por puerta la boca.
En este tiempo, don Juan
con espacio libre asoma;
que quien anda de ganancia,
no le despiertan congojas.
Luego que mira el suceso,
como es razón, se alborota;
pierden el color entrambos;
yo entonces, el alma toda.
Así toros de Jarama
alzan las frentes celosas,
vierten por la boca espuma,
fuego por los ojos brotan;
así en el arena escarban,
brío enamorado cobran
y los llama al desafío
la palestra polvorosa,
como sacan las espadas
don Juan y don Sancho, y doblan
las capas, que al brazo envuelven;
mi presencia los provoca.
El estar favorecido,
que pienso que en esto importa,
dió más ventura a don Juan,
que olvidados tienen poca.
Ibale mal a don Sancho:
yo, como algunas personas
que están viendo a los que juegan,
que del uno se aficionan,
deseaba que ganase
don Juan, esperando, ¡ay loca!,
más desdichas de barato
que estos olmos tienen hojas.
Cayó don Sancho, y don Juan
luego la mano me toma
y a un pueblo suyo me lleva.
No hay secreto que se esconda:
huye a la justicia un día,
sígole yo, triste y sola,
luego con un escudero,
que en Olías me despoja
de joyas y de consuelos,
y con engaños me roba;
mudo el traje, y en Toledo
sirvo humilde labradora,
donde me veis y decís
que mi talle os aficiona;
decís que me hable don Diego,
a quien doña Antonia adora,

(1) Faltan versos que completen el sentido de este pasaje.

(2) No se dice quién es este Don Sancho; constaría en el pasaje omitido antes.

esta dama toledana
que era entonces mi señora:
ese don Diego es don Juan,
que deste nombre se adorna
por serviros y encubrirse:
tanto el peligro le exhorta,
de celos desatinados.
Para vengarme a mi costa
entré en la barca esta tarde,
confianza peligrosa,
pero justa, en la nobleza
de vuestra persona heroica,
que no ha de degenerar
de sus magnánimas obras,
sino ayudarme a cobrar,
como quien es honra y gloria
de Villenas y Girones,
mi ser, mi vida y mi honra;
por título, por señor,
por grande, por hombre sobra;
pues soy mujer, y mujer
que os ha contado su historia.

MARQUÉS. Cuando no fuerais mujer
de tan notoria nobleza,
por el talle y la belleza,
mi favor debéis tener:
yo os he de favorecer;
que os debo, y es cosa llana,
el volver por tan liviana
causa, en mi noble opinión,
como tener afición
a una rústica villana.
Bien el alma me decía,
pues se ha visto en el efeto,
que había mayor conceto
donde la vuestra vivía.
Tendréis este mismo día
a don Juan. ¡Hola, criados,
gente!

JUANA. Estarán descuidados.

MARQUÉS. ¡Hola, Esteban!

(Sale ESTEBAN.)

ESTEBAN. Aquí estoy.

MARQUÉS. Llama a don Diego.

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO. Yo soy
dueño de tantos cuidados.

MARQUÉS. ¿Estábades escondidos?

ESTEBAN. Sí, señor; porque obligaba
la desdicha de don Juan.

DIEGO. Confiado en la palabra
que has dado a doña Isabel,
llego a tus pies.

MARQUÉS. No te engañas.

DIEGO. ¿Cómo me puedo engañar,
cuando aquí me desengañas
con tu divino valor?

MARQUÉS. Esteban, testigos llama
de la palabra y la fe
que, por más fuerza jurada,
quiero que quede a Isabel.

(Salen DON FERNANDO *y* ANTONIA.)

FERNANDO. Aquí estamos yo y mi hermana,
que con otro pensamiento
que nos dió bastante causa,
pasamos sin su licencia.

ANTONIA. Señor, cuanto amor engaña,
tu misma disculpa tiene,
que para mayores basta.

MARQUÉS. Pues si sabéis ya los dos
las historias y desgracias,
que os habrá movido el pecho,
de don Juan y desta dama,
hasta acabarlas del todo
tendrán mi amparo en mi casa,
y con veinte mil ducados
de dote quiero pagarla
la confianza que tuvo.

JUANA. Fué muy justa confianza
en tan divino valor.

DIEGO. Y aquí, *Por la puente, Juana,*
da fin, en servicio vuestro;
dadnos perdón de las faltas.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA
"POR LA PUENTE, JUANA".

PORFIANDO VENCE AMOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El REY DE HUNGRÍA.
ALEJANDRO.
CARLOS.
ARMINDO.
FABIO.
OTAVIO.
FELINO, *labrador.*
ALBANO.
LUCINDA.
LEONARDA.
CELIA.
INÉS.

JORNADA PRIMERA

(*Sale* ALEJANDRO, LEONARDA *y* ARMINDO.)

ALEJ. Pensaba yo que el amor
en méritos consistía.
LEONARDA. Pensó bien vueseñoría,
si tuviera vista amor.
ALEJ. Decís bien, pues le habéis pues-
en quien no le mereció. [to
LEONARDA. Basta que le tenga yo
para saber que es honesto.
ALEJ. Querer a Carlos os culpa,
aunque viva amor sin ley.
LEONARDA. Basta que le quiera el Rey
para que tenga disculpa.
ALEJ. El Rey le quiere, engañado
de lisonjas y de estrellas.
LEONARDA. Con lo mismo pueden ellas
haber mi amor obligado.
ALEJ. ¿Qué ciencia vuestro conceto
de sus partes pudo hacer?
LEONARDA. Todas las que puede haber
en un amable sujeto.
ALEJ. ¿Tiene Carlos parte alguna
más que fortuna y privanza?
LEONARDA. Quien por méritos la alcanza,
poco debe a su fortuna.
ALEJ. De tantos que os estimaban
hacéis injusta elección.
LEONARDA. Cuando no fuera razón,
mis pretensiones bastaban.
ALEJ. ¿De suerte que está fundado
este amor en interés?
LEONARDA. Comenzó; pero después
sus partes le han aumentado.
ALEJ. Si vos me queréis, también
podré yo favoreceros.
LEONARDA. ¿Cómo puedo yo quereros,
queriendo y diciendo a quién?
ALEJ. Si la mudanza es mejor,
¿cómo puede ser culpable?
LEONARDA. ¿Y qué mujer, si es mudable,
merece en el mundo honor?
Y porque tengo temor
de que hablar con vos me vea,
me voy; que no es bien que crea
que le doy celos con vos.
Dios os guarde.
ALEJ. Guárdeos Dios.
LEONARDA. Para que de Carlos sea.

(*Vase* LEONARDA.)

ARMINDO. ¿Agora estarás contento,
que Leonarda te ha escuchado?
ALEJ. Nunca más desesperado
se ha visto mi pensamiento.
Propuse a Carlos, pensando
que negara su afición,
su estado, honor y opinión,
y su respeto mirando,
y díjome, sin vestir
su jazmín sólo un clavel,
que tenía puesta en él
la esperanza de vivir,

y que le había obligado
lo que Carlos merecía
y lo que el Rey le quería,
para volver a su estado;
y que de tanta privanza
no debía cosa alguna
al favor de su fortuna
quien por su virtud la alcanza;
que, fuera de ser verdad
que sus pretensiones fueron
las que la causa le dieron
de admitir su voluntad,
el ser amable sujeto
aumentó después su amor.
Necio sufrí su rigor;
mi agravio callé, discreto;
mas, ¡viven los altos cielos,
loca Leonarda, atrevida,
que me ha de costar la vida,
o que he de vengar mis celos!
Dos envidias tengo en mí:
de su amor y su privanza;
entrambas piden venganza.

ARMINDO. Detente, que viene aquí,
escuchando pretendientes;
que tiempo habrá de buscar
el modo, el tiempo, el lugar
en que la venganza intentes.

(Salen CARLOS, LUCINDA, FABIO *y* INÉS, *criados, y acompañamiento.)*

CARLOS. ¿Tan gran señora en mi audien-[cia?

FABIO. Grandes negocios la obligan.

LUCINDA. Vueseñoría me dé
la mano.

CARLOS. No lo permita
la pretensión del favor:
antes vos honrad la mía
con darme a besar la vuestra.

LUCINDA. Quien pretende y solicita
vuestra gracia, más desea
verdades que cortesías;
y advertid, Carlos, que temo
vuestra mano desde el día
de aquel río del olvido
para vos, pues se os olvida.

(Hablan aparte CARLOS *y* LUCINDA.)

ALEJ. Armindo, ¿qué te parece
del modo con que se humillan
tales señoras a Carlos?

ARMINDO. ¿Qué quieres, si Carlos priva?
La república del mundo,
la de los cielos imita.
¿A los santos no rogamos
para que ellos a Dios pidan
lo que habemos menester?
¿Pues de qué, señor, te admiras
que imite la tierra al cielo
y que ruegue a los que privan?

ALEJ. Sí; pero estoy envidioso,
y en el cielo no hay envidia.

ARMINDO. Dejarla, o satisfacerla.

ALEJ. ¿Ves esta torre que aspira
a medir la frente al sol?
Pues hoy, con fatal ruina,
ha de venir a la tierra.

ARMINDO. ¿Con qué?

ALEJ. Con una mentira.

(Vanse ALEJANDRO *y* ARMINDO.)

CARLOS. ¿Pues para mí memoriales?

LUCINDA. A quien tiene tan perdida
la memoria, son forzosos.

CARLOS. Quien sirve, señora mía,
no es libre; y aquí en palacio,
aunque es verdad que cautivan
grillos y cadenas de oro,
tan dulcemente nos quitan
el tiempo y la libertad,
que antes se acaba la vida
que gocemos sin descanso
un día, de tantos días.

LUCINDA. ¿Un hora puede faltar
para hacer una visita?
Ahora bien: Carlos, leed
el memorial.

CARLOS. Holgaría
que fuese cosa en que yo,
con Su Majestad, os sirva.
(Lee:) "Lucinda, amante de Car-[los,
al rey amor le suplica
que el que le debe y le niega
le mande pagar.—Lucinda."
¡Qué gracioso memorial!
¿Este negocio tenía
vueseñoría en palacio?

LUCINDA. Una mujer noble y rica,
con un hermano en la guerra
que su obligación olvida,
¿qué tiene que pretender,
sino casarse ella misma
con quien tan bien lo merece?

¿Qué responde amor?
CARLOS. Replica
que, para daros respuesta,
pide el término de un día,
y que Fabio os llevará,
que es persona fidedigna,
decretado el memorial.
LUCINDA. Yo me voy, agradecida
a la esperanza, que ya
cuanto pretendo confirma.
FABIO. ¿Y ella trae algún despacho?
INÉS. No soy de las que anticipan
la voluntad a los hombres;
miro después que me miran,
hablo después que me hablan,
quiero después de querida;
que no soy como mi ama,
que de la primera vista
de Carlos anda en los aires.

(Vanse LUCINDA *y* INÉS.)

FABIO. ¡Notable bellaquería
tienes escrita en los ojos!
CARLOS. Fabio.
FABIO. Señor.
CARLOS. ¡En mi vida
vi más gracioso donaire!
El memorial contenía
que le pagase el amor
que dese río en la orilla
la debo desde una tarde
que con otras damas iba
y las traje a la ciudad.
FABIO. Es altamente nacida
esta señora.
CARLOS. ¿Qué importa,
si por esa razón misma
no merece que la engañe,
porque imposible sería
querer, queriendo a Leonarda?
FABIO. Leonarda, señor, es digna
de tu amor; pero los hombres
no son doncellas que libran
su honor a sus casamientos,
y, como pollas, se crían
para solamente un gallo.
Del hombre la bizarría
es ser galán para todas,
a la linda, porque es linda;
a la sabia, porque es sabia;
a la limpia, porque es limpia;
todas merecen amor,
que una sola es bobería,
como no pasen, se entiende,
desde treinta y siete arriba.

(Sale el REY.)

REY.

Carlos.

CARLOS.

Rey invictísimo.

REY.

No tengo
otro mayor descanso en mis cuidados,
cuando contigo a conferirlos vengo,
que verlos, si no en todo remediados,
en parte, de su pena remitidos
y a mejor esperanza levantados.

CARLOS.

Siempre están mis deseos prevenidos
a tu servicio, como dueño solo
del alma, que gobierna mis sentidos.
Unico rey, como en el cielo Apolo,
das luz a todo el orbe de mi vida.
Su movimiento es tu dorado polo.

REY.

La guerra, a los confines reducida
de Hungría, por el conde mi cuñado,
primero ejecutada que temida,
siendo ambición de dilatar su estado,
pide tan grave y breve resistencia,
que quede arrepentido y castigado.
¿Quién te parece a ti que con prudencia
gobernará el bastón desta jornada?

CARLOS.

Señor, aunque es tan alta preeminencia,
fialde a mi juicio y a mi espada,
que amor me enseñará lo que hacer debo,
pues quien sirve con él no yerra en nada.

REY.

No es tu valor a mi experiencia nuevo;
mas no querrá mi amor sufrir tu ausencia,
y aunque importara tanto, no me atrevo.

CARLOS.

Tanto favor, señor, me da licencia
a pedirte humillado que permitas
que vaya a hacer al conde resistencia.

REY.

En vano la jornada solicitas;
que no sientas mi ausencia me entristece.

CARLOS.

Reconozco mercedes infinitas,
pero el deseo de servir merece
perdón, si amor es culpa.

REY.

Dime, Carlos,
¿quién de los caballeros te parece
mejor para el bastón?

CARLOS.

Puede envidiarlos
el águila dorada en su defensa,
y los mayores reyes estimarlos;
mas cuanto a mí, sin que reciba ofensa,
el de mayor valor que tiene Hungría...

REY.

Míralo bien.

CARLOS.

Que es Alejandro piensa
el de más experiencia y gallardía;
es gran soldado el Duque generoso.

REY.

La buena dicha capitanes cría.

CARLOS.

Alejandro merece ser dichoso
por sangre, por virtud y por la espada.

REY.

¿Cuándo no fuera el nombre victorioso?
No quiero yo contradecirte en nada,
¿pero no era mejor el Conde Otavio?

CARLOS.

Será mejor si a ti, señor, te agrada.
Otavio es valeroso, cuerdo y sabio.

REY.

Sea Alejandro, Carlos, si tú quieres.

CARLOS.

Recibiera, señor, tu gusto agravio,
pues a mi humilde voto le prefieres.

REY.

Parte, y al Conde le dirás mi intento.

CARLOS.

Es justa cosa que del Conde esperes
lograr en esta empresa el pensamiento.

(Vase CARLOS, *y sale* ALEJANDRO *por la otra parte.)*

ALEJ. Notablemente se esfuerza,
señor, la guerra del Conde.
REY. A su intención corresponde
la deslealtad y la fuerza.
Al Conde Otavio le doy
el cargo desta jornada.
ALEJ. De su prudencia y su espada,
señor, satisfecho estoy.
REY. Carlos el bastón pedía;
mas no se le concedí
por no apartarle de mí.
ALEJ. ¿Carlos?
REY. Pues bien, ¿no podía
Carlos llevar el bastón
desta empresa?
ALEJ. ¡Quién pudiera
hablar!
REY. Pues ¿no mereciera
Carlos en esta ocasión
lo que el más noble de Hungría?
ALEJ. Mil cosas, señor, están
escondidas, que saldrán
descubiertas algún día.
El vivir de engaños llenos
los reyes, causa también
que todo lo que no ven
lo ven con ojos ajenos:
de aquí nace no poder
remediar lo por venir,
porque ven por el oír,
oyendo lo que han de ver.
A Carlos habéis criado,
y tenéisle tanto amor,
que es imposible, señor,
que viváis desengañado.
Pero porque cumpla yo
con la lealtad que he nacido,
que no le enviéis os pido
a esta guerra.
REY. ¿Por qué no?
¿Haos dicho la envidia acaso
que no hay en Carlos valor?
ALEJ. Yo cumplo en esto, señor,
mi obligación, y así paso
a negocios diferentes.
REY. No se ha de quedar ansí.
ALEJ. Es bajeza, y más en mí,

hablar mal de los ausentes.
REY. Aun no son las suspensiones
entre iguales cortesía;
porque es matar con sangría
ir suspendiendo razones.
Decid, pues, lo que pensáis
de Carlos; pero advirtiendo
que se ha de probar, sintiendo
que en el honor le tocáis.
ALEJ. ¿Qué hay que deciros, señor?
Carlos con el Conde os vende,
y con el bastón pretende,
no la ambición deste honor,
sino entregalle la tierra,
y el Conde le ha prometido
su hija.
REY. Mucho el oído
de un hombre como vos yerra
en dar crédito a la envidia.
Y no me habléis más en esto,
que pienso que el alto puesto
os desvanece y fastidia,
en que veis a Carlos.
ALEJ. Yo
no os lo pensaba decir,
temiendo el veros sentir
su agravio, que el vuestro no.
REY. Pues ¿cómo queréis que crea
de Carlos tal deslealtad?
ALEJ. Como puede ser verdad.
REY. No es posible que lo sea.
ALEJ. ¿No están las historias llenas
de traidores alevosos?
REY. También lo están de envidiosos
de las privanzas ajenas.
ALEJ. A quien le engaña mil veces
disculpa en su daño amor.
REY. Y creer luego, es error
en los reyes y los jueces.
ALEJ. ¿Si una carta se cayó
en una visita a Carlos
del pecho, por sacar dél
de cierta dama un retrato,
que cuanto digo confirma,
será verdad?
REY. En llegando
a la prueba de los ojos,
¿cómo puede haber engaño?
ALEJ. ¿Es ésta su firma?

(Muéstrale una carta.)

REY. Sí,
ésta es su firma, Alejandro.
La letra, no; porque es cifra.
ALEJ. Yo amaba a Carlos, y tanto
como vos; pero de celos
desta dama, y con cuidado
de mi vida, saber quise
de la cifra el desengaño,
y hallé, señor, quien me dió
este traslado: tan raros
ingenios hay en los hombres.

(Muéstrale otro papel.)

REY. El viene. Las cartas guardo;
que vos y yo las veremos
con secreto y con espacio.

(Salen CARLOS, *el* CONDE OTAVIO *y* FABIO.*)*

CARLOS.

Aquí está el Conde Otavio.

REY.

Ya presumo
que Carlos os ha dicho lo que os quiero.

OTAVIO.

Yo cuanto puedo responder resumo
en que serviros con el alma espero.

REY.

El conde Vincislao, fundando en humo
de su ambición y de su intento fiero
las esperanzas desta injusta guerra,
quejas da al cielo y rayos a la tierra.
Juntad la gente que en tan larga copia
levaron la pasada primavera
mis capitanes; que la empresa propia
os llama alegre, y victorioso espera.

OTAVIO.

Aunque pareec a mi humildad impropia
esta arrogancia, haré que la bandera
de vuestras armas la celeste parte
haga temblar adonde reina Marte.
De turcos dicen que se vale el conde
vuestro cuñado, en el confín de Hungría;
pero yo los haré volver adonde
la Escitia helada el mismo fuego enfría.

REY.

Otavio, la promesa corresponde
a vuestra generosa valentía.
Venid los dos conmigo.

ALEJANDRO.

¡Cosa rara:
aun no ha mirado a Carlos a la cara!

(Vase el REY *con* ALEJANDRO *y* OTAVIO.)

FABIO. Si el Rey te diera el bastón
de aquesta empresa, no hubiera
cosa que más te subiera
a la estrellada región.
Pero el tenerte afición,
de tanto honor te desvía.

CARLOS. Pedíle con osadía,
y él con amor le negó;
que parece que entendió
lo que a Leonarda quería.
Cuya ausencia me matara;
con tanto extremo la adoro;
pero el honor es decoro
que en ningún amor repara.

FABIO. Hoy, que nunca yo pasara
por la calle de Lucinda,
con dulce risa me brinda.
Llego a ver lo que me manda;
que una mano tierna y blanda
no hay corazón que no rinda.
Díjome: "Aquel tu señor
mal despacha memoriales";
y encendiendo dos corales
salió con hachas de amor.
Pierdo entonces el temor,
y digo: "Yo le traeré
a veros". ¿Cómo diré
que perlas mostró la risa?
Pero guardólas a prisa,
y sin ellas me quedé.
Finalmente, aunque Leonarda
te rinda, es justo, señor,
ser más cortés de tu amor
con quien tu favor aguarda.
A tu persona gallarda
se inclinan cuantas te ven
discreto y galán también;
pero el ser favorecido
del Rey la más parte ha sido
para que te quieran bien.
Las gracias de Efestión
Alejandro las hacía.
La aurora en que viene el día
bostezos de Febo son.
De un príncipe la afición
es pragmática inviolable;
que como él de un hombre hable
y le acredite su gusto,
a todos, señor, es justo
que les parezca admirable.

CARLOS. ¿De manera que el favor
me ha dado merecimiento?

FABIO. Es de tus partes aumento
el tenerte el Rey amor.
¿Qué ingenio no hará mayor
su afición, qué gentileza,
qué virtud, gracia y destreza?

CARLOS. Sí; pero en toda ocasión
ha de dar más opinión
la verdad que la grandeza,
si bien le debo al favor
cuanto presumen de mí.

FABIO. Esto considero en ti,
sin ofender tu valor.

(Sale ALEJANDRO.)

ALEJ. Carlos, el Rey, mi señor,
me dió agora este papel.
No sé lo que viene en él,
que él le escribió y le cerró,
y dárosle me mandó.

CARLOS. Turbado me habéis con él.
¿Su Majestad, de su mano?

ALEJ. El mismo, ¿de qué os altera?

CARLOS. Nunca del daño que espera
teme el corazón en vano.
Vile aquí menos humano,
y no entiendo la ocasión.

FABIO. Si los reyes hombres son,
lee, señor, no te asombres,
que no siempre están los hombres
de una misma condición.

(Lee CARLOS.)

CARLOS. "Carlos, ved en qué lugar
de los que cerca tenéis
de la corte, estar queréis,
que tengo cierto pesar
que me importa averiguar
de cosas poco fieles.
Dad al Duque los papeles
y salid dentro de un hora."
No pido, Alejandro, agora
que el secreto me reveles,
que sería disparate;
ni me causa alteración
esta notificación,
ni que el Rey tan mal me trate.
La envidia que me combate
ha ejecutado la ira.

Sólo el crédito me admira
que ha dado su Majestad
contra mi limpia verdad
en favor de la mentira.
Decilde que mi inocencia
saldrá a cumplir el destierro,
aunque por ajeno yerro,
con humildad y paciencia.
Que la segura conciencia
no puede temer castigo.
Y a vos solamente os digo
que me pesa cuanto puede,
de que el Rey mi señor quede
en poder de mi enemigo.
Que quien me ha puesto con él
porque envidia le obligó
desta suerte, pienso yo
que no le será fiel.
¡Oh envidia, fiera cruel!
¡Oh Rey, al sol semejante;
que cuando con luz constante
mayor claridad enseña,
le cubre nube pequeña
que se le ponga delante!
¡Qué firmeza tan extraña
a mi privanza le dió!
¡Qué día me amaneció!
¡Qué noche me desengaña!
Tal el sol las nubes baña
en oro cuando amanece;
tal al mediodía crece,
y al declinar de la tarde
llama la noche cobarde,
que en su lugar aparece.
Duerme el pájaro escondido
entre las hojas y ramas,
cuando en desmayadas llamas
parte el sol medio dormido.
Llega el alcotán al nido,
y arrojando al aire incierto
el mal tejido concierto,
las pajas de sangre baña.
Esta es, envidia, tu hazaña,
y yo, el pajarillo muerto.
Ve, Fabio, y con esta llave...

ALEJ. No la deis, que hay más rigor:
vuestra casa un senador
visita. Es negocio grave
que el Rey solamente sabe.
Voy a tomar los papeles.
Dios sabe que estos crueles
términos...

CARLOS. No lo digáis;
que mi obediencia afrentáis.
Y, pues los amigos fieles
se conocen en la ausencia,
hablad al Rey bien de mí.

ALEJ. Harélo, Carlos, así,
con justa correspondencia.
Dadme los brazos.

CARLOS. Paciencia,
y obedecer al poder.

(Vase ALEJANDRO.)

FABIO. ¿Qué es lo que piensas hacer?

CARLOS. Partirme, Fabio, a la aldea,
luego que a Leonarda vea,
a morir y a no la ver.

(Sale LEONARDA *y* CELIA.)

LEONARDA. Dicha he tenido en hallarte;
que hoy tengo necesidad
de hablar a su Majestad.

CARLOS. Pues bien podré yo ayudarte.
Hoy desterrado se parte
Carlos, Leonarda, a una aldea.
Desgraciada es bien que sea
la verdad, porque es hermosa;
que ser la envidia dichosa
debe de ser porque es fea.
Que salga dentro de una hora
me manda el Rey, de la corte.
Tú, de mis desdichas norte,
como de mi noche aurora,
por cuanto el alma te adora,
pues es forzoso partirme,
vive en mis fortunas firme;
que en tanto podrá durar
la vida que has de animar
cuanto gustes de escribirme.

LEONARDA. Hasme dejado de suerte
con la nueva que me has dado,
que ya mi vida ha tocado
los umbrales de la muerte.
Vengo a hablar al Rey, y a verte,
y hallo en todo tal mudanza,
que de tu desconfianza
y del pasado favor
del Rey, a sólo mi amor
viene huyendo la esperanza.
¡Oh, Carlos!; ¿qué valimiento
de la envidia se escapó?
¿Qué virtud no derribó,
qué verdad, qué entendimiento?
No por mis negocios siento

tu caída, aunque mujer
sin favor puede temer;
pero por verte afrentar,
que no puede haber pesar
como dejarte de ver.
¿Quién pensara que pudiera
olvidarte el Rey ansí,
y que su amor, contra ti,
crédito a la envidia diera?

CARLOS. Sol el Rey; palacio, esfera,
sube terrestres vapores
a sus claros resplandores,
y aunque él padece desmayos,
tal vez que se engendran rayos
dan en las torres mayores.
Pero mirándolo bien,
¿qué envidia tanto alcanzó,
que la verdad padeció
más que el primero desdén?

LEONARDA. Parte, y los cielos te den,
Carlos, igual la paciencia;
que de mi correspondencia
seguro puedes estar
que no habrá roca en el mar
como yo seré en tu ausencia.

CARLOS. Ansí lo creo de ti,
sino es que ya mi fortuna
no me deje parte alguna
que me defienda de mí.
¿Piensas escribirme?

LEONARDA. Sí,
que si no ¿quién viviría?

CARLOS. Pues adiós, Leonarda mía.

CELIA. ¿No me hablas, Fabio?

FABIO. Estoy
tan triste, que apenas soy,
Celia, el Fabio que solía.
Mira a Carlos, cómo está
llorando.

CELIA. Y tú a mi señora;
qué tiernas lágrimas llora;
qué perlas al lienzo da.

CARLOS. Acabó la envidia ya
conmigo.

LEONARDA. Y aun con los dos.
Pero la verdad con vos,
hará vitoria el agravio.
Adiós, Carlos.

CELIA. Adiós, Fabio.

CARLOS. Leonarda, adiós.

FABIO. Celia, adiós.

(Vanse todos. Sale LUCINDA *y* INÉS.)

LUCINDA.

Pues nos ofrece la ocasión espacio,
la causa te diré de mi tormento.

INÉS.

Erraste en ver a Carlos en palacio.

LUCINDA.

No me deja vivir mi pensamiento.
Cuando la luz del único topacio
el celeste zafir cubre sangriento,
comienza mi dolor, hasta que vuelve
y el manto de la noche se resuelve.
Y cuando por las aguas reverbera
temo los rayos de la blanca aurora.

INÉS.

Común sentencia ha sido, y verdadera,
que el mal, comunicado se mejora.

LUCINDA.

Estaba la florida primavera
dando colores a la verde flora,
cuando salí, más libre y más lozana
que por abril la cándida mañana.
Daba ocasión ese pequeño río,
espejo de los árboles que baña,
que antes de ser cristal líquido y frío,
capa de plata fué de su montaña;
que con otras amigas de igual brío,
a quien el tiempo y lo bizarro engaña,
andábamos mirando en sus riberas
hacer el agua con el aire esferas.
Todas por los enfaldos descubrían
ricos manteos, que de rizas telas
con las flores del prado competían:
lirios, jazmín, azahar, rosas y espuelas;
ya por blancas arenas imprimían
breve cárcel del pie, negras chinelas,
cuyas cintas, o ya lazos los nombres,
son liga de los ojos de los hombres,
cuando Carlos, ¡ay, Dios!, como si fuera
de los dioses alguno que pintaba
la fabulosa edad, a la ribera
en su carroza como el sol bajaba.
Paró en nosotras la inquietud ligera
de los caballos, porque claro estaba
que a mujeres, y solas, no podía
Carlos negar lo que a su edad debía.
Habló cortés, en fin, y la carroza
para pasar el río nos ofrece;
con que las más traviesas alboroza,

y ver la opuesta margen les parece.
Así la libertad el tiempo goza
y lo que no se tiene se apetece.
Entré también, aunque callando estaba,
y presumo que fué porque miraba.
Pisan las ruedas la menuda arena,
y los caballos, que a la orilla aspiran,
al son del agua, que batida suena,
pedazos de cristal al aire tiran.
Pero que fuese traza o fuese pena,
ya con turbado anhélito respiran,
y tropezando la portátil casa,
ni atrás se queda, ni adelante pasa.
Parando, pues, hicimos aposento
sobre el cristal del arenoso río,
donde el donaire, el uno y otro cuento
dió licencia al favor, despejo al brío.
Parecióme que Carlos, más atento
que a las demás, miraba tierno el mío,
porque es en la mujer la confianza
jurisdicción que cuanto mira alcanza.
Mientras otros caballos añadieron,
de sí misma cayó la noche helada,
y las estrellas contra mí salieron;
de Carlos, por su culpa, enamorada,
sus manos a la vuelta se atrevieron;
no diré yo que estando descuidada,
que aunque vieron mis ojos que me asían,
no quise yo que viesen lo que vían.
Dejéme asir la mano; poco digo:
dejéme asir el alma, y en un punto
a puros pensamientos me persigo,
y lo mismo que ignoro me pregunto:
¿Iba Carlos en sí? Yo no conmigo;
que amor, para abrasarme, todo junto
el fuego elemental tomó del cielo,
y para Carlos la región del hielo.
Llegamos juntos; que no fué posible
que nos dejase Carlos; yo, perdida,
busqué a mi necio amor sueño imposible;
de varios pensamientos combatida,
con este dulce mal, fuego apacible
y tierna inclinación, con alma y vida,
como la flor del sol le voy siguiendo,
y como ella las hojas, almas tiendo.
No hay fiesta, no hay carrera, plaza o calle,
parte, lugar o campo donde asista
en que falte Lucinda, aunque obligalle
no puede tanto amor, tanta conquista.
Hoy fuí, para vivir, resuelta a hablalle.
Cortés le hallé al favor, dulce a la vista;
mas no quiere entender mi pensamiento
ni yo desengañar mi sufrimiento.

(Sale Rutilio.)

Rutilio. Bien me puedes por el porte
desta carta dar tus manos.
Lucinda. ¿De mi hermano son?
Rutilio. ¿Por quién
pidiera favores tantos?
Pero la guerra extranjera
no iguala a la de palacio.
Lucinda. ¿Por qué causa?
Rutilio. Porque el Rey
dicen que destierra a Carlos,
sin saberse la ocasión.
Lucinda. Sí se sabe; porque tanto
favor y amor, ¿quién pudiera
sino la envidia acabarlos?
Cosa imposible parece
que a Carlos, laurel sagrado,
en tempestades de envidia
pudiesen tocar los rayos.
¿Qué arquitectura del mundo
tendrá los extremos altos
seguros de su violencia?
¿Qué bronce, qué duro mármol?
¿Qué mar tranquilo y dormido
no despiertan los contrarios
golpes de los vientos fieros,
que no respetan peñascos?
Pero ¿por ventura es nueva
de las que el vulgo, inclinado
a novedades inventa,
siendo hermafrodita parto
de la envidia y la malicia,
que va siguiendo los pasos
de la virtud como sombra?
Rutilio. ¿Cómo puede ser engaño,
si a su puerta vi, señora,
su carroza y sus criados
que se parten a una aldea?
Lucinda. ¿Tan apriesa?
Rutilio. Pues ¿qué espacio
dió jamás al que derriba
el poder, estando airado?
Lucinda. Bien dices; que la fortuna,
sube a un hombre paso a paso,
y la envidia, como a vidrio,
de un golpe le hace pedazos.
Voy a ver si a Carlos veo,
para que los dos partamos
este golpe de fortuna,
él sufriendo y yo llorando.

(Vanse los tres. Salen Felino, *labrador, y* Albano, *criado de* Carlos.)

FELINO.

¿Que Carlos, mi señor, viene al aldea,
y de asiento decís? ¡Para bien sea!

ALBANO.

Esta mañana amaneció, Felino,
bien seguro de hacer este camino,
y en un instante, como suele el cielo
teñir el rostro del sereno velo
de pardas nubes, me llamó turbado,
y me dijo que el Rey le había mandado
que se fuese al lugar que de la corte
estuviese más cerca, y éste elige.
"¿Qué casa quieres que te lleve?", dije.
Y él me mandó que cuanto pueda acorte
la ostentación, y que prevenga casa
como para quien ya la vida pasa
sin más cuidado que pasar la vida.

FELINO.

El alcalde tenía prevenida
una danza de mozas del aldea;
pero pues viene triste, que no sea
hasta que mude el tiempo la fortuna.
Mas ¿no pondremos colgadura alguna
en estos aposentos?

ALBANO.

Solamente
poned sillas y camas.

FELINO.

Y ¿qué gente
trae de sus criados?

ALBANO.

No ha querido
que venga nadie.

FELINO.

¿Qué suceso ha sido
el que a tanta tristeza le ha obligado?

ALBANO.

A Fabio solamente lo ha contado.

FELINO.

Ya suena el coche, y aunque triste sea,
Carlos, nuestro señor, honre su aldea;
que ya yo sé que cosas de la corte
nunca las guía más seguro norte.

(Sale CARLOS, *de camino.)*

CARLOS.

Vuélvanse todos luego, que no quiero
que aquí me sirvan más que Albano y Fabio.

FELINO.

¡Qué triste viene!

CARLOS.

Porque ya no espero
tener contento en tan injusto agravio.

FELINO.

Mirando tu tristeza, señor nuestro,
tu mano pido con temor.

CARLOS.

No muestro
la más pequeña parte de mi pena.
¿Estáis bueno, Felino?

FELINO.

El veros triste
nos quita la salud, que en vos consiste.
Que ya os daban, señor, la enhorabuena
los campos esmaltándose de flores;
silencio tienen ya los ruiseñores,
y hasta los aires callan por las ramas
destos blancos jazmines olorosos,
verdes mirtos y pálidas retamas;
mudos los arroyuelos sonorosos,
atrás la plata líquida retiran,
tan tristes ya, que por cantar suspiran.

CARLOS.

Pues no es razón que desa suerte sea,
que no es para tristezas el aldea;
más para sólo divertir cuidados
en puras fuentes y en amenos prados.

(Sale FABIO.)

FABIO.

Ya, señor, no será nuestra venida
para tan triste y solitaria vida.
Ya parece que el cielo nos ayuda
y la fortuna de semblante muda.

CARLOS.

¿Qué dices, Fabio; mi fortuna puede
mudar semblante?

FABIO.

¿Hay cosa que más ruede?

Entré por nuestra ya corte aldeana,
y veo un coche, y gente cortesana
apearse a una casa prevenida,
y del rústico dueño recibida
veo una dama, dando a un escudero
la blanca mano; pluma en el sombrero,
brazo en el manteo, las virillas
pidiéndoles licencia a las orillas
para salir brillando por los bajos.
Los ojos, que caminan por atajos,
del chapín al cabello se pasean;
mas no es posible que la faz le vean,
que unas delgadas tocas la encubrían,
por donde mil relámpagos salían.
Dos carros largos a este punto llegan,
y a los criados rica ropa entregan:
colgaduras, estrados, sillas, camas.
Llego a saber quién son las dichas damas,
si se quedan o pasan adelante,
y díjome un anciano escuderante
que vienen a vivir a nuestra aldea.

CARLOS.

Es imposible, Fabio, que eso sea.

FABIO.

¿Lo que he visto, señor, es imposible?
¿No es este sitio alegre y apacible
para gozar la verde primavera?
Obligación te corre, aunque no fuera
sino por ser deste lugar el dueño,
a hacerle una visita.

CARLOS.

Dese empeño
nos ha sacado, pues a vernos viene.

FABIO.

Ella es, ¡por Dios! Alguna causa tiene.

(Sale LUCINDA, *de camino, y* INÉS *y acompañamiento.)*

LUCINDA. Seguro vueseñoría
desta visita y de verme
estaría en su lugar.
CARLOS. Apenas los ojos pueden
determinarse a creer
lo que imposible parece.
¿Es Lucinda?
LUCINDA. Pues ¿quién fuera
sino yo, Carlos, quien viene
a teneros compañía
en la soledad presente?
CARLOS. ¿Aquí venís a vivir?
LUCINDA. ¿No es justo que quien os tiene
tanto amor, en las desdichas
y en los destierros lo muestre?
Persuadieron mis tristezas
a mis deudos y a mi gente
que la soledad del campo
para vivir me conviene,
y sois vos mi soledad;
porque solamente os quiere
el alma por compañía.
FABIO. Responde.
CARLOS. ¡Oh, Fabio! ¿Qué quieres,
que estoy pensando en Leonarda?
FABIO. No hayas miedo que ella piense
en ti, porque es el olvido
la sombra de los ausentes.
LUCINDA. Carlos, amigos fingidos
son para tiempos alegres.
Quien acompaña en los tristes
de verdadero se precie.
Parte las penas amor
cuando la causa padece,
haciendo menos el mal
si entre dos almas se siente.
Luego que supe que el Rey,
por envidiosos aleves,
os desterraba a estos campos,
determiné de ponerme
en manos de la fortuna
que persigue injustamente
vuestra virtud, Carlos noble,
después de haber muchas veces
con lágrimas consultado
mi honor y estado, que suele
ser este justo temor
rémora que a amor detiene.
No os enojéis si por dicha
mi atrevimiento os ofende:
al César mi hermano sirve,
no hay ocasión de temerle;
tened un vasallo más
y un amigo que os consuele.
Vivir quiero en esta aldea
en tanto que el Rey os vuelve
a su gracia; que yo gusto
de que con vos me destierre.
Esto es amor, que si acaso
ser pagado no merece,
por lo menos, estimarle,
de justicia se le debe.
CARLOS. Ha sido resolución
tan notable, y de tal suerte,

me habéis, señora, obligado,
que para satisfacerle
a vuestro amor parte alguna,
no tengo vida, aunque fuese
tan inmortal como el alma.
Lo que siento solamente
es la descomodidad
que agora mis cosas tienen
para poderos servir.

LUCINDA. ¿Eso os da pena? Tenedme
por mujer determinada.
Que no puede encarecerse
acción alguna de cuantas
a los mortales suceden,
como que lleguen amando
a este punto las mujeres.
Quereros, Carlos, privando
con el Rey, llevar la gente
como piedra imán tras vos,
miraros el que pretende
como a deidad, y sacando
los futuros contingentes
por la brújula del rostro,
si son azares o reyes,
no es amor, sino interés.
Agora que humildemente
os ha puesto la fortuna
adonde ninguno os quiere,
grave ejemplo de los hombres,
que los pueblos desvanecen,
quiero yo, Carlos, seguiros,
y cuando todos os dejen,
quebrar los ojos al tiempo,
rasgar hojas a sus leyes,
para que los hombres libres
sepan que hay mujeres fuertes
venciendo con la constancia
la naturaleza débil.
Los hábitos de la aldea
vestiré rústicamente
por luto de vuestras dichas,
que en desgracia del Rey mueren.

CARLOS. Apenas acierto a hablar.

FABIO. Inés, ya sé yo que vienes
por tu ama, y no por mí;
que bien se ve que no eres
tan loca que acompañaras
a quien ya desfavorece
la fortuna, que en el mundo
no hay más de ¡viva quien vence!

INÉS. Confieso que soy su sombra.
Mas, fuera desto, me debes
dejar la corte con gusto,
Fabio, de venir a verte;
que me ha pegado mi ama
su locura.

CARLOS. Gente viene.
Ponte la toca en el rostro.

LUCINDA. Hombre de palacio es éste.

(Sale ARMINDO, *de camino.)*

ARMINDO. ¿Está aquí Carlos?

CARLOS. ¡Oh, Armindo!
¿Dónde bueno? Que no suelen
visitar los cortesanos
los que sus lugares pierden.
Del pulso de la fortuna
son médicos excelentes;
mas no curan de caídas,
que no quieren, o no pueden.
¿Cómo está el Duque, tu dueño?

ARMINDO. Ya le dieron tus papeles,
y contra su voluntad,
Carlos, en tu pleito entiende.

CARLOS. ¿Qué pleito?

ARMINDO. No sé, por Dios.
El me mandó que te diese
un recado de su parte
y te diga cuánto siente
estos enojos del Rey:
que te manda, por que abrevie,
que no salgas desta aldea
hasta que otra cosa ordene.
¡Pena de la vida, Carlos!

CARLOS. Ella será ya tan breve,
que saldré por fuerza della.
Di que Carlos obedece
cuanto manda la fortuna.
¿Qué hay de mi casa?

ARMINDO. No pienses
en que ya la tienes, Carlos.

CARLOS. ¿Pues fuí yo traidor?

ARMINDO. No creen
en la corte menos causa;
y aunque es la jornada breve,
vuelvo, porque soy mandado.

CARLOS. Pues déjame responderle.

ARMINDO. No tengo licencia, Carlos.

(Vase.)

FABIO. Fuése.

CARLOS. Extraños accidentes.
Sin casa y sin honra estoy.

LUCINDA. No estás, que honra y casa tienes:
honra en tu inocencia, y casa

CARLOS. — en la mía, que ya puedes
mandar como propia tuya.

CARLOS. Mis ojos te lo agradecen
enternecidos, Lucinda.

LUCINDA. ¿Qué jaspe, qué bronce fuerte
no enternecen tus desdichas?
Oro y joyas, Carlos, vienen
en esos cofres, que bastan,
por agora, a entretenerte.
Voy a enviártelos.

CARLOS. Oye.

LUCINDA. ¿Eso me dices?

CARLOS. Detente.

LUCINDA. Es detener nueve cielos
sobre los dorados ejes,
una cometa volante
que a soplos del sol se enciende;
un rayo, que rompe nubes
por las regiones celestes;
un mar, que sube a dar voces
donde las estrellas duermen,
y una mujer con amor,
que ningún peligro teme;
porque quien ama no estima
ni la vida, ni la muerte.

JORNADA SEGUNDA

(Sale CARLOS *solo.)*

CARLOS.

Desiertas soledades,
riberas apacibles,
a quien la vida desterrado ofrezco,
pobladas de verdades,
supuesto que insufribles
a quien padece como yo padezco:
¿por qué culpa merezco
del Rey, que me ha criado,
la ausencia y la desgracia,
que en vida de su gracia
me tiene en tanto olvido sepultado?
¡Oh, qué tristes memorias,
presentes penas y pasadas glorias!
Y tú, Leonarda hermosa,
que vives descuidada
del aumento que has dado a mi tristeza,
¿por qué tan rigurosa
me dejas, olvidada
de que iguala mi amor a tu belleza?
¿Es ésta la firmeza?,
¿son éstos los amores?,
¿son éstas las promesas
con lágrimas impresas,
entre tantos regalos y favores,
en mi rostro al partirme,
ni hay palabra en mujer, ni ausencia firme?
Aquí puedo ofenderte
con Lucinda, amorosa,
y no te ofendo yo, ni amor lo quiera;
tú sí, que de tal suerte
procedes rigurosa,
que sola mi verdad no te ofendiera.
Aires desta ribera,
que con lascivos giros
parece que a las flores
queréis hurtar colores:
llevad en vuestras alas mis suspiros;
mas detened el vuelo,
que si fuego partís, volveréis hielo.
De púrpura vestido
el claro sol se ausenta;
todo descansa, cuanto vive y siente;
las pajas de su nido
el pájaro calienta,
hasta la risa del dorado Oriente;
despéñase esta fuente
de aquella nieve pura,
y duerme en este prado;
que sólo mi cuidado
el privilegio de la noche escura
no goza, ni se olvida,
¡oh perezosa muerte!, ¡oh larga vida!

(Sale FABIO.*)*

FABIO. ¿El haberme detenido
tendrás, señor, por agravio?

CARLOS. Bien vengas, amigo Fabio;
que basta que hayas venido
para que mi mal reporte.
Deja disculpas y di
qué hay en la corte de mí,
pues que vienes de la corte.

FABIO. ¡Por Dios, señor, que si fuera
de la Escitia o la Etiopia,
que pienso que menos copia
de malas nuevas trujera!
¡Válame Dios, qué mudanza
hace en el mundo el favor!
No sé quién tiene, señor,
en su favor esperanza.
De cuantas cartas llevé,

no traigo respuesta alguna.
¡Ansí en la adversa fortuna
se guarda amistad y fe!
El amigo más amigo,
apenas me conoció;
que algún día le vi yo
preciarse de igual conmigo.

CARLOS. ¡Qué bien mi mal se remedia,
sin esperanza ninguna!

FABIO. ¿Sabes cómo es la fortuna?
Como un baile de comedia:
ella toca, y bailan todos;
ya están aquestos aquí,
y ya los otros allí,
mudándose de mil modos.
Donde aquél tiene la cara,
éste las espaldas tiene;
uno para y otro viene,
y hasta el fin ninguno para.
Nadie tiene lugar cierto
donde le piensa tener,
porque todo viene a ser
desconcertado concierto:
aquí dos bailando están,
y cuando suelen volver
el rostro, ya la mujer
baila con otro galán;
el que en este sitio estaba,
ya no está: que siempre vi
andar de aquí para allí,
hasta que el baile se acaba.
¿Quién piensas que agora es
el que más con el Rey priva?

CARLOS. Será Alejandro.

FABIO. Ansí viva,
que pienso que en sólo un mes
se ha mudado toda Hungría;
no hay cosa con cosa ya.

CARLOS. Eso, Fabio, claro está.
Dime de la prenda mía,
que es lo que me importa a mí,
que esotro ya se perdió.

FABIO. Fuí a verla, señor; mas yo
no la vi.

CARLOS. ¿Qué?

FABIO. No la vi.

CARLOS. ¿Cómo no?

FABIO. Porque con ella
Alejandro de visita
estaba, que solicita
su favor Leonarda bella.
Hablé con Celia, señor,
quejándome del agravio,
pero respondióme: "Fabio,
todo esto puede el favor.
Mi señora ha menester
a Alejandro; no te espantes
de mudanzas semejantes,
si culpas el ser mujer,
viendo que a Carlos olvida;
porque la necesidad
es la mayor tempestad
que tiene el mar de la vida.
Y para ejemplo te basta
si diez años firme estuvo;
que porque nunca la tuvo
fué Penélope tan casta;
que no tiene punto fijo,
en el amor, quien la tiene.
Esto que ves le conviene;
que bien sabes tú que dijo
un poeta de la inmensa
copia en que al mundo fatigan
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa.
Con todo, aguardé, señor,
a que Alejandro se fuese;
entré, y como ella me viese,
mudó semblante y color.
Hinqué la rodilla y di,
besándole, tu papel;
abrió entonces el clavel,
y, a lo real, dijo ansí:
"Yo le veré".

CARLOS. ¿Qué me dices?

FABIO. ¿Qué te tengo de decir?

CARLOS. ¡Qué dilatado morir!
¡Oh ausencias, siempre infelices!
"¡Yo le veré!"

FABIO. Y aun mintió,
que pienso que no le ha visto.

CARLOS. Si esta desdicha resisto,
¿qué bronce fué como yo?

FABIO. ¿Quieres más, que unas perrillas
que otras veces me halagaban,
me mordían y ladraban,
como estaba de rodillas,
cuyas voces, al bajar,
sentidas de dos lebreles,
apenas de sus crueles
dientes me pude librar?
Si son los favores sueños
verás en efetos tales,
pues siguen los animales
los semblantes de sus dueños.

CARLOS. No te acierto a responder.

FABIO. Yo, finalmente, celoso,
dejo el noturno reposo
y vuelvo a su puerta a ver
si la noche conformaba
con el día, y veo, señor,
de su familia el rumor,
porque de visita estaba,
de noche como de día,
Alejandro con Leonarda.
Coche a dos puertas le aguarda,
y de la propia desvía:
invención que viene a ser
o cubierta, o desatino,
por que piensen que al vecino
le visitan la mujer.

CARLOS. ¿Duró mucho estar allí?

FABIO. Toda la noche duró;
que al Duque se le pasó
más brevemente que a mí.

CARLOS. ¡Que toda la noche hablasen!

FABIO. Fué tal la conversación,
que abrió la aurora el balcón
y les dijo que callasen.

CARLOS. No más. Perdí en este punto
rey, patria, vida y honor.
¿Hay tal liviandad?

FABIO. Señor,
una cosa te pregunto:
Si te dejan los amigos,
¿es mucho que una mujer?

CARLOS. Fabio, hoy la tengo de ver:
sean mis ojos testigos
de tan claro desengaño.

FABIO. ¡Qué locura!

CARLOS. No lo es;
que no quiero que después
el alma se llame a engaño.

FABIO. No sé nada. Tú verás
el peligro a que te pones.

(*Sale* LUCINDA *y* INÉS.)

LUCINDA. Las pasadas ocasiones,
¿quién duda que priven más?

CARLOS. Lucinda viene. No estoy
para hablar con ella, Fabio:
entretenla, que a mi agravio
todo el sentimiento doy.
Y advierte que he de partir
al anochecer.

(*Vase* CARLOS.)

FABIO. Yo creo
que este tu loco deseo
nos va llevando a morir.
Señora mía.

LUCINDA. ¡Oh, mi Fabio,
con qué pena te esperé!
¿Qué traes de la corte?

FABIO. Erré
el rumbo del astrolabio,
y heme pensado perder:
apenas un hombre vi
que se acordase de mí.

LUCINDA. ¿Ni mujer?

FABIO. ¿Pues qué mujer?

LUCINDA. ¡Donaire tienes!

FABIO. ¿Donaire?

LUCINDA. Pues negar una verdad
a quien la sabe, es crueldad,
y a quien la ignora, desaire.
Si todos aquestos días
Carlos suspirando pasa,
y ni en el campo ni en casa
pueden diligencias mías
alegrarle, ¿qué ocasión,
si no amoroso accidente,
turba un ánimo valiente?

FABIO. Sí, porque de burlas son.
La gracia del Rey, la corte,
los amigos y la hacienda,
todo perdido, sin prenda
que para su vida importe,
si no eres tú, que piadosa
hasta en su necesidad
muestras generosidad;
porque, en fin, es cierta cosa
que es último bien del hombre
la mujer que tiene amor,
pues no hay muerte, ni temor,
ni peligro que la asombre;
con hazañas inmortales
dais a las plumas sujeto.
¡Qué bien os llamó un discreto
los divinos animales!

LUCINDA. Menos retórica, Fabio.
Cartas llevaste; yo sé
para quién.

FABIO. Que las llevé
es verdad, mas no en tu agravio.
Todas eran para amigos,
si amigos se llaman ya.

LUCINDA. Cosa que tan clara está,
no quiere muchos testigos,
no es lealtad, ni discreción,
lo que es público, encubrir.

FABIO. ¿Cómo eso sabéis decir

para engañar a traición?

LUCINDA. ¿Quieres que te dé a entender
que Carlos quiere otra dama?

FABIO. ¿Cómo?

LUCINDA. En que a mí me desama;
que esto no pudiera ser
sin estar enamorado
y la memoria perdida,
pues con la hacienda y la vida
tengo a Carlos obligado.

FABIO. Desamarte es imposible,
ni querer otra mujer.

LUCINDA. Sí quiere.

FABIO. No puede ser.

LUCINDA. Sí puede.

FABIO. Ya estás terrible.
¿Carlos ingrato contigo?

LUCINDA. Mujeres con celos, Fabio,
por averiguar su agravio,
buscan su mismo castigo.
No hay oro ni diligencia
que perdonen. Yo he sabido
cuanto has hecho.

FABIO. ¡Si he tenido
más que para dar, licencia,
recados y cartas, plega...!

LUCINDA. Deja, Fabio, de plegar,
que una sombra te vió entrar
en cierta casa.

FABIO. ¿Quién niega
que en una y mil entraría?

LUCINDA. Pero, ¿ya qué me acobarda?
Carlos muere por Leonarda.
¿Quieres más?

FABIO. (Menos querría.)
¿Qué Leonarda?

LUCINDA. Una de oro.
¡Qué necedad preguntarme
quién es, viendo declararme!

FABIO. Yo pregunto lo que ignoro.
¡Ah!, sí, la Marquesa. Pues
¿por fuerza había de entrar
por Carlos?

LUCINDA. No hay que negar.

FABIO. Digo, con perdón de Inés,
que allí requebrar solía
a Celia, cierta doncella;
y entré, no, por Dios, a vella,
sino porque allá tenía
ciertas valonas que hacer.

INÉS. ¿Cómo respondes ansí,
Fabio, delante de mí?

FABIO. ¿No tengo de responder
la verdad, si está inocente
Carlos?

INÉS. ¿Cuando estoy delante
es buen término de amante
decirme tan libremente
que sirves otra mujer?

LUCINDA. Déjale, Inés; que mi necio
amor merece el desprecio
en que ya me vengo a ver.
¿A quién no hubiera vencido
mi término? ¿Qué crueldad
mi amorosa voluntad
pagara con tanto olvido?

FABIO. Escucha.

LUCINDA. Déjame, Fabio.

FABIO. Oye, Inés.

INÉS. Déjame, necio.

LUCINDA. ¡Qué ingratitud!

INÉS. ¡Qué desprecio!

LUCINDA. ¡Qué mal término!

INÉS. ¡Qué agravio!

(Vanse las dos.)

FABIO. Esto es bueno para ir
a la corte Carlos hoy.
Por dondequiera que voy
deben de hacerme seguir.
Estorbaré la jornada
diciéndole que ha sabido
la causa de tanto olvido
Lucinda, desengañada.
Que no hay desengaño sabio.
Mas ¿quién será poderoso
a persuadir un celoso
cuando quiere ver su agravio?

(Vase. Salen LEONARDA, ALEJANDRO, ARMINDO *y* CELIA.)

ALEJ. Para no veros de día
es causa la ocupación.

LEONARDA. Mis días las noches son,
en viendo a vueseñoría.

ALEJ. Tengo mil cosas que hacer;
creed que estoy disculpado.

LEONARDA. Entre tantos, ¿mi cuidado
qué lugar puede tener?

ALEJ. El alma, Leonarda hermosa,
donde los otros no llegan.

LEONARDA. Si la entrada no le niegan.
¿Quién es como yo dichosa?
Siéntese vueseñoría.
Dame, Celia, una almohada.

ALEJ. ¡Oh pena bien empleada,
que a tanta gloria se fía!

(Siéntense y hablen quedo.)

CELIA. A fe que toman despacio
la noche.

ARMINDO. Viene perdido
el Duque, y hará, atrevido,
dos mil faltas en Palacio.
Y hablando en mí, Celia mía,
¿cómo lo estaré por vos?

CELIA. Haréis falta al Rey.

ARMINDO. ¡Por Dios,
que si lo fuera de Hungría,
que hasta los mismos diamantes
de la corona quitara
para daros!

CELIA. Cosa rara.
Usanse ya los amantes,
Armindo, más mercaderes.

ARMINDO. ¿Cómo?

CELIA. Compran más barato.

ARMINDO. ¿Tal se ha encarecido el trato
del amor de las mujeres?

CELIA. Si todo lo viene a ser,
no te espantes.

ARMINDO. No me espanto
de que se encarezcan tanto,
siendo tanto menester.

ALEJ. ¿Los músicos han venido?

ARMINDO. Sí, señor.

ALEJ. ¿Cantarán?

LEONARDA. Sí.

ALEJ. Cantad, mientras lloro aquí
mal pasado y bien perdido.

(Cantan:)

MÚSICOS. "No estuvo bien en lo cierto
quien llamó muerte a la ausencia,
que no ha menester paciencia
un hombre después de muerto."

ALEJ. Buena, aunque antigua.

LEONARDA. Extremada.

ALEJ. Bien entonces se escribía.

LEONARDA. ¿Y ahora no?

ALEJ. La poesía
está ya tan levantada,
que no hay hombre que la alcan-[ce.
Ella viene a ser, en fin,
romance como latín
y latín como romance.

(Ruido dentro.)

LEONARDA. ¡Hola! ¿Qué ruido es éste?

(Un ESCUDERO, CARLOS *y* FABIO, *como de camino.)*

ESCUDERO. ¡Ténganse, pues!

CARLOS. ¿Por qué causa?
Si está aquí el Duque, no es justo
que a nadie estorbéis la entrada.

ALEJ. Armindo, ¿qué es eso?

ARMINDO. Un hombre
que entró por fuerza en la sala.

LEONARDA. ¿Por fuerza? ¿Qué es lo que di-[ces?

ALEJ. ¿Es de casa?

ARMINDO. No es de casa.

ALEJ. ¿Quién eres, hombre?

CARLOS. Alejandro,
Carlos soy; ¿de qué te espantas?

ALEJ. Carlos, ¿tú estás en la corte?

CARLOS. Viendo que mis cosas andan
tan remisas y secretas,
y que quien hable me falta
al Rey por mí, y que tú eres
la puerta para su gracia;
sabiendo que cada día
vienes a ver a Leonarda,
vine a su casa a buscarte
y suplicarte que hagas
lo que yo hiciera por ti
si la fortuna contraria
te pusiera en mi caída
y estuviera en mi privanza.
Habla al Rey, así te quiera
con tal firmeza esta dama,
que no te desprecie, ausente;
que no te olvide, aunque caigas.
Dile que me dé los cargos
que la envidia me levanta,
que no es justo que sin ellos
padezca mi honor infamia;
dile que yo le he servido
con tal lealtad...

ALEJ. Carlos, basta,
que ya sé yo a lo que vienes
y los negocios que tratas.
Si el Rey, porque te ha criado,
sólo que vivas te manda
en una aldea a tu gusto,
mientras no tienes su gracia,
mucho atrevimiento ha sido,
y fuera cosa excusada,
venirme a buscar aquí;
que no es audiencia esta casa
para negociar en ella;
pero, ya que te declaras,
habla a Leonarda, y advierte

que mires cómo la hablas,
porque ha de ser sin ofensa
de mi persona y su fama;
que ella me hablará por ti,
y yo, por ella, mañana
al Rey, que destos enojos
él solo sabe la causa.
Con esto me voy, más cuerdo
en irme, y con más templanza,
que tú en entrar con tan poca
modestia y con furia tanta.
Señora Leonarda, yo
diré al Rey lo que me manda
vueseñoría; que es justo
servirla, aunque celos hagan
atrevimientos que piden
más lástima que venganza.

(Vase con todos.)

LEONARDA. Apenas estoy en mí.
De tal manera me espanta
esta locura que has hecho.

CARLOS. Con razón locura llamas
este frenesí de amor;
pero, si mejor reparas
en la ocasión que me has dado,
culpa tu injusta mudanza.
No quiero decir aquí
que cuando en la gracia estaba
del Rey, me tuviste amor;
que como en el mundo pasan
estas cosas cada día,
fueran mis quejas cansadas;
ni menos que en mi partida,
con lágrimas, y que falsas,
juraste lo que has cumplido
con tal firmeza y constancia;
pero que llegues a ser
tan libre, siendo, Leonarda,
quien eres, que no respondas,
descortésmente, a mis cartas,
que no responder a quien
escribe, o es arrogancia,
o necedad; que el honor
también se funda en palabras.
Desesperación ha sido
entrar cuando el Duque estaba
contigo, mas fué mil veces
consultada con el alma.
No negarás, por lo menos,
lo que he visto.

LEONARDA. Carlos, calla;
que tales atrevimientos
son para mujeres bajas.
Múdase tu estrella, siendo
parte del cielo tan clara,
y tu influencia en su velo
fija con clavos de plata;
múdase un rey, que aunque es hombre,
tiene, como las campanas,
metal de divinidad,
con lo humano en partes varias;
múdanse los más amigos,
que siempre te acompañaban;
múdase, con todo el vulgo,
el aplauso de tu patria;
muda, inconstante, la luna
tres veces al mes la cara:
en niña, en moza y en vieja,
creciendo y menguando el agua;
múdanse los campos verdes,
de flores en pura escarcha,
cuando pestañas de hielo
guarnecen las esmeraldas
de los ojos de la aurora,
y el mar, que con arrogancia,
cuando más humilde duerme,
turbulento se levanta,
y otra vez el que del cielo
con las puntas de las gavias,
barrenando pardas nubes,
las estrellas desencaja;
no sufriendo galeones,
se deja pisar de barcas,
¿y quieres que una mujer,
por naturaleza flaca,
por escuchar peligrosa,
por hablar ocasionada,
esté firme, cuando en ti
cielo y tierra se barajan?
Vuelve, Carlos, a la aldea;
sufre tu fortuna, y calla,
que derriba los soberbios
y los humildes ensalza.

(Vase.)

CARLOS. ¿Soy yo quien aquesto sufre?
¿Soy yo por quien esto pasa?
¿Esto vi y esto escuché?

FABIO. Oye, Celia, y no te vayas.

CELIA. ¿Qué me quieres, hablador?

FABIO. Aun no he dicho una palabra,
¿y hablando te canso ya?

CELIA. Tú, Fabio, aun callando, hablas.

(Vase.)

FABIO. Señor, vámonos de aquí.
CARLOS. Vamos, que temo que haga
algún disparate.
FABIO. Mira
que el tiempo te desengaña;
sal desta casa, en que ya
hasta los perros nos ladran;
despídete para siempre
desta puerta, que de España
aquella cerrada imite
por donde salió la Caba.
CARLOS. Déjame hablar con las rejas.
FABIO. ¿Pues qué quieres?
CARLOS. Ablandallas.
FABIO. Mira que estás en la calle,
y que alguna gente pasa.

(Salen LUCINDA *y* INÉS, *con sombreros, capas y espadas.)*

INÉS. Admira tu atrevimiento.
LUCINDA. No hay cosa más atrevida
que amor: ni estima la vida,
ni escucha al atrevimiento,
ni permite a la razón
el feudo del señorío,
ni el imperio al albedrío:
tales sus efetos son.
INÉS. Sí; pero de noche aquí,
y con armas, ¿qué has de hacer,
cuando fuesen menester?
LUCINDA. Reñir.
INÉS. ¿Eso dices?
LUCINDA. Sí.
Dos cosas que no ejercitan
las mujeres, a los hombres
las sujetan, y los nombres
que ellos adquieren las quitan,
que las letras y armas son;
que si éstas nos enseñaran,
yo sé que no se alabaran
de la injusta sujeción.
Como tan determinadas
y tan discretas nos vieron,
los hombres nos escondieron
las ciencias y las espadas.
Nuestra ignorancia y temor
en este engaño tropieza,
pues nos dió naturaleza
mayor ingenio y valor.
INÉS. Dos hombres están allí.
LUCINDA. En las rejas de Leonarda
hay un hombre, y otro aguarda.
¿Si es Carlos?
INÉS. Pienso que sí.
FABIO. Señor.
CARLOS. ¿Qué quieres?
FABIO. Advierte
que vienen por esta parte
cuatro hombres. Si es a buscarte,
sentencia ha sido de muerte,
que otros dos están allí.

*(*ARMINDO *y tres* CRIADOS; *con máscaras, broqueles y espadas.)*

CARLOS. Estos con máscaras vienen.
FABIO. El luto en las caras tienen,
y debe de ser por mí.
¿Seis hombres?
ARMINDO. Ejecutad
lo que Alejandro os mandó.
CRIADOS. ¡Muera Carlos!
LUCINDA. Eso no.
INÉS. ¡Qué ciega temeridad!
LUCINDA. Reñid, Carlos, que aquí están
dos hombres a vuestro lado.
ARMINDO. Otros dos se le han juntado.
LUCINDA. Llama esa gente, Tristán,
y disparen las pistolas.
ARMINDO. ¿Pistolas? ¡No aguardo más!
CARLOS. Síguelos, Fabio, pues vas
dando en las espaldas solas.
FABIO. Di a Tristán que no dispare,
que no será menester.

(Entranse* CARLOS *y* FABIO, *acuchillándolos; quedan allí* LUCINDA *y* INÉS, *y pónese* LEONARDA *en la ventana.)

LUCINDA. Agora, Inés, ¿para qué?
INÉS. De aquella reja te llaman.
LEONARDA. Una palabra.
LUCINDA. ¿Quién es?
LEONARDA. Soy la marquesa Leonarda.
LUCINDA. Pues, si acaso me queréis
preguntar lo que esto ha sido,
por vos, mi señora, fué.
Cuatro máscaras hirieron
a Carlos.

(Vuelven CARLOS *y* FABIO.)

CARLOS. ¡Qué de tropel!
¿Huyeron?
FABIO. Los tres, que el otro
pagó, señor, por los tres.
CARLOS. ¿Dístele?
FABIO. No, sino el alba.

¿Iba yo a tratar con él
algún casamiento, acaso?
¡Vive Dios, que le pegué,
uñas arriba de puño,
estocada tan cruel,
que no ha menester ensalmo!

CARLOS. A dicha tengo que esté
aquel hidalgo en la calle.

FABIO. ¡Por Dios, que riñó muy bien!
Y que lo de las pistolas
digo la primera vez
que vuelva a sacar la espada.

CARLOS. Parece que habla también
con él Leonarda en la reja.

FABIO. ¡Por Dios, que cantan a tres
los galanes desta casa!

CARLOS. Escucha.

LUCINDA. Nunca pensé
que esto usárades con Carlos.

FABIO. Por ti vuelve.

LEONARDA. Si después
que Carlos, por lo que él sabe,
perdió la gracia del Rey,
mis pretensiones me obligan
a lo que vos no sabéis.
¿Para qué queréis que quiera
a quien ya no puede ser
de provecho ni de gusto?

LUCINDA. A la fe que sois mujer
de las de "¡viva quien vence!"
Yo sé quien le quiere bien;
que dice, aunque os pese a vos,
mas celos no los tendréis,
que viva quien lo merece.

CARLOS. Si se pudiera creer,
Fabio, que estaba Lucinda
adonde este hidalgo ves,
y si una mujer pudiera
tanta destreza tener
en las armas, y en el alma
con un hombre tanta ley,
me persuadiera su voz.

FABIO. Si se suelen parecer
los rostros, la voz no es mucho.

LUCINDA. En fin, ¿que vos no queréis
a Carlos?

LEONARDA. Fuera locura.
Allá le puede querer
esa dama que decís.

LUCINDA. Notable merced me hacéis.

LEONARDA. Caballero, adiós.

INÉS. ¿Que aquesta
le amaba por interés?
¡No tuviera qué tirarle!

LUCINDA. Yo le agradezco el desdén.
Vamos de aquí.

CARLOS. Caballero,
un instante os detened.
Yo soy Carlos, a quien vos
tan obligado tenéis;
deseo saber quién sois,
por poder agradecer
la merced que me habéis hecho.

FABIO. Vos también me haced merced
de lo mismo, porque quiero
ser vuestro amigo fiel,
aficionado de veros
jugar espada y broquel;
que, dejando que los dos
dos Héctores parecéis,
aquello de las pistolas
es milagroso arancel
para dar miedo, si hay muchos.

CARLOS. ¿No merezco que me habléis?

FABIO. ¿Ni a mí?

LUCINDA. Yo soy el duque
de Orliens.

CARLOS. El duque de Orliens
está en Francia.

FABIO. ¿Y vos, por dicha,
queréis ser también francés?

INÉS. El marqués de Brandemburque
me llamo.

FABIO. No hay tal marqués
en la corte.

CARLOS. Yo los sigo
y tengo de conocer,
por cierta sospecha.

FABIO. Y yo,
porque me doy a entender
que este marqués Brandemburque
tiene bostezos de Inés.

(Vanse. Salen por la otra puerta LUCINDA *y* INÉS.*)*

LUCINDA. Ya no hay que dude o que crea,
que si buscando mi norte
fuí con celos a la corte,
infiernos llevo al aldea.
¡Qué bien dijo en tus engaños,
amor, aquel entendido,
que un hombre que está perdido
no ha menester desengaños!
Pues si de un hombre el valor
aun no los quiere tener,
¿qué harán en una mujer

tus desengaños, amor?
¡Ay, tema o locura mía!
¿Por qué quien tiene esperanza,
en tanto que el bien no alcanza,
muy justamente porfía?
Pero yo, desesperada,
¿qué fin o qué fundamento
le doy a mi pensamiento,
de Carlos desengañada?
Esperanzas me tenían
engañada en su desdén;
pero, no esperando el bien,
sólo los locos porfían.

INÉS. Si desta manera vas,
señora, por el camino,
tú harás algún desatino.

LUCINDA. Ya no puede serlo más.
¿Cuál piensas que, desto, ha sido
mi sentimiento mayor?
Ver que Carlos tenga amor
donde ha sido aborrecido.
¿Es posible que hay mujer
que a Carlos aborreció?
¿Cómo lo que quiero yo
puede nadie aborrecer?
Esto lloro, y esto siento;
esto, cielos, me atormenta;
ésta es la mayor afrenta
de mi honrado pensamiento.
No que conmigo, cruel,
no me quiera bien sintiera;
mas que él a Leonarda quiera
y que no le quiera a él.
Mujer, ¿dónde están tus ojos,
tu gusto, tu entendimiento,
que tanto merecimiento
tratas con tantos enojos?
¿Eres piedra, eres figura
de mármol? ¿Quién te engendró?
¡Oh, que sin alma te dió
el cielo tanta hermosura!
¿Cómo fuiste tan cruel?
Que Carlos, Leonarda, es tal,
que a no parecer tan mal,
te fuera a rogar por él.
Vuelve por tu entendimiento,
Leonarda; quiérele bien,
para que tenga también
disculpa mi pensamiento.
¡Oh, si aquesto conocieses!
No digan que quiero yo
hombre que no mereció
que tú también le quisieses.
Si es condición de mujer
querer lo que ve querido,
¿cómo, siendo aborrecido,
no te puedo aborrecer?

INÉS. Tú vas perdiendo el juicio.

LUCINDA. ¿Agora lo ves?

INÉS. No sea,
pues ya llegas al aldea,
que des de tu amor indicio.

(Salen CARLOS *y* FABIO.)

CARLOS. Muy de mañana llegamos.

FABIO. Ya la aurora soñolienta
con hurtada plata argenta
puntas de flores y ramos;
ya los dormidos pastores
salen del aldea al prado,
y las voces del ganado
espantan los ruiseñores.

CARLOS. ¿Son hombres o son mujeres
aquellos bultos?

FABIO. No sé.

CARLOS. Dicha, en mi desdicha, fué
de mis enemigos fieros,
Fabio, triunfando venir
y a tiempo volver que crea
Lucinda que del aldea
no pude anoche salir;
pues dormirá descuidada.
¿Si acaso no ha sido cierta
mi sospecha, que a su puerta,
con la luz más declarada
del alba, los bultos son
dos mujeres?

FABIO. Llego a ver
lo que comienza a temer
no sin causa el corazón.
¿Qué gente?

LUCINDA. ¿Es Fabio?

FABIO. ¡Señora!
Carlos, Lucinda está aquí.

CARLOS. ¿Lucinda? En mi vida vi
tan de mañana el aurora.
¿Adónde desta manera?

LUCINDA. A recibiros salía.

CARLOS. Pues ¿con tanta valentía?

FABIO. ¿Qué la miras? Ella era,
por la tribuna de Dios,
que te ha cogido con queso.

CARLOS. ¿Tanto exceso?

LUCINDA. No es exceso,
Carlos, que viendo que vos

ibades a la ciudad,
sin despediros de mí,
el peligro conocí;
que en tanta dificultad
no hay sueño que me reporte,
y así, salí con el día
a ver si mi sol venía
del oriente de la corte.
Dicen que el aurora hermosa,
cuando el sol tarda y no viene,
en los brazos le detiene
enamorada y celosa;
y dije, viendo que dora
el cielo tanto arrebol:
"Poco tardará mi sol,
pues no le quiere la aurora;
que yo le agradezca es justo
el bien de verle salir,
que quien le deja venir
ocupado tiene el gusto.
Cuando el sol en el León
toca por el julio ardiente,
campos, flores, prados, gente,
incendios de fuego son;
y ya tan poco le duele,
que haciendo burla le aguarda.
Gran milagro que en Leonarda
el sol y el León se hiele.

FABIO. Por qué camino te dió
a entender que el nombre sabe.

CARLOS. No tiene pleito tan grave
mayor defensa que yo.
Por no daros pena fuí
a la corte, donde hablé
a Alejandro, a quien hallé
donde alguna vez me vi.
No soy Dario ni Pompeyo,
ni soy Jerjes, ni soy Mario,
mas no soy, si no soy Dario,
de nacimiento plebeyo.
Cuando por la puerta entré,
de la fortuna despojos,
bañé con agua los ojos.

FABIO. ¿Disimulas?

CARLOS. Doyte el pie.

FABIO. ¡Oh, ejemplo de intentos vanos!
¿Qué habrá que no desengañes?
¿Que tú los ojos te bañes
cuando Alejandro las manos?
Lave, pues, sus falsos tratos;
que he pensado muchas veces
que para malos jueces
dejó la fuente Pilatos.
Yo no vi su testamento,
que soy del nuevo, señor;
pero sé que un grande autor
lo dice en cierto comento.

LUCINDA. A quien no quiere entender
y se piensa disculpar,
tan claro se puede hablar,
que no se tema ofender.
Ya no queda qué perder
ni qué aventurar por ti.
Carlos, a la corte fuí,
y donde venden engaños,
vuelvo con mil desengaños
en todo, si no es en mí.
A la puerta de Leonarda,
que ya digo claro el nombre,
te vi con el gentilhombre
que las espaldas te guarda.
Dícenme que es muy gallarda,
y yo lo sé de tus quejas
cuando ablandaban sus rejas;
pero no era menester,
pues que lo puedo saber
de que por ella me dejas.
Dirás que el merecimiento,
Carlos, de Leonarda es más;
pero negar no podrás
que no tiene entendimiento,
y es evidente argumento
de necedad conocida
ver que por otro te olvida
y a tu valor le prefiere;
que mujer que no te quiere
no puede ser entendida.
Tienes de la vida pena,
Carlos, y a la corte vas;
señal que la quieres más
o vives con alma ajena;
pero aunque el Rey te condena
vuelve a escuchar sus desdenes,
pues sin vida vas y vienes;
que estando sin ella ya,
ni el Rey ni el mundo podrá
quitarte lo que no tienes.
Sin alma hermosas mujeres,
no merecen cuerdo amor;
gusto tienes de escultor;
que un mármol bien hecho quieres.
Mas porque no consideres
que te estorbo, yo me iré,
y a Alejandro le daré
las gracias de darte celos,
vengando con tus desvelos

los agravios de mi fe.
Mejor supe yo guardarte
de quien te quiso ofender,
con alma y vida, y mujer,
maté quien vino a matarte.
Pues ninguna cosa es parte
para que me quieras bien,
vida los cielos te den,
que con esta cortesía,
yo te dejo mi porfía
y me voy con tu desdén.

(Vase.)

CARLOS. Lucinda, Lucinda.
FABIO. Fuése.
CARLOS. Llama a Inés.
FABIO. Escucha.
INÉS. A Celia
que le escuche.
FABIO. Oye a mi amo.
INÉS. Oigale Leonarda, bestia.

(Vase.)

FABIO. Sin bestia le puede oír.
CARLOS. ¿Es posible que yo sea
hombre noble y bien nacido
y que una mujer me venza
en término y cortesía,
que me quiera y la aborrezca,
y que yo, bárbaro amante,
a quien me aborrece quiera?
¿Que sea tal mi crueldad,
y que tan ingrato sea
que a quien me da vida mate,
y a quien me defiende ofenda?
¿Tengo entendimiento? No,
porque si yo le tuviera,
despreciara a quien, ingrata,
por Alejandro me deja,
porque cuando fuera el mismo
que las historias celebran,
aún no tuviera disculpa.
FABIO. Señor, procurad la enmienda
y querer bien a Lucinda;
que como dijo un poeta,
olvidar era querer,
y olvidarás como quieras.
CARLOS. Quiero mucho, y danme celos.
FABIO. Malditos los celos sean,
que a los enfermos de amor
las calenturas aumentan.
Sangran a un amante helado,
y hasta que con su lanceta
le pican celos el alma
no le pone amor la venda.
Mira que tantos desprecios
son de quien eres afrenta.
CARLOS. Antes por no ser quien fuí
esa mujer me desprecia;
ya no soy; otro soy ya,
y como no soy quien era,
aborréceme Leonarda.
FABIO. Prueba a aborrecerla, prueba.
Parte del fin tiene ya
el que una cosa comienza.
Mas dime cómo se quiere.
CARLOS. Pensando en la gentileza,
hermosura y discreción
de una mujer.
FABIO. Luego es fuerza
que también por lo contrario
lo que piensas aborrezcas.
No imagines en sus gracias,
imagina en su soberbia,
su interés y su mudanza.
CARLOS. Ahora bien; aunque me muera
tengo de sacar del alma
esta dulce, hermosa fiera,
este veneno endiosado,
esta confección compuesta
con hechizos de palabras,
de oro, esmeraldas y perlas.
Amores voy a decir
a Lucinda, Fabio.
FABIO. Aciertas.
CARLOS. Mas no sé si he de saber.
FABIO. Sí sabrás, si a verla llegas
agradecido a su amor.
CARLOS. Aunque necedad parezca,
ponte allí enfrente, que quiero
como esto, por ser por fuerza,
enseñarme a requebrarla.
FABIO. Eres tú como un poeta
que en un velador ponía,
escribiendo una comedia,
un verdugado y un moño
para escribir coplas tiernas.
Pero ¿qué has hallado en mí?
CARLOS. Señora, el alma.
FABIO. Bien entras;
mas no pases adelante,
que dirán, si me requiebras,
que fué tuya la hermosura,
aunque yo la dama fea

que dicen que se usa agora.

CARLOS. Ahora bien; locura es ésta.
Ya lo veo; loco estoy.
Mas ¡vive Dios!, que aunque ven-
a sacarme el alma misma, [ga
que ha de salir de mis venas
este hermoso basilisco.
Hoy toda mi gente sepa
que es Lucinda tu señora.

FABIO. ¡Vítor Lucinda!

CARLOS. Me alegras.

FABIO. ¡Cola Leonarda!

CARLOS. Me gustas.

FABIO. Pues ¡viva Lucinda! y ¡muera
Leonarda!

CARLOS. ¡Viva Lucinda!,
responded, montes y selvas,
y ¡muera Leonarda! ¡Ay, Dios,
que voy muriendo por ella!

JORNADA TERCERA

(Sale LUCINDA *sola, en hábito de labradora.)*

LUCINDA.

Selvas, que un tiempo fuistes
aumento a mis tristezas;
en cuya soledad viví muriendo;
de mis historias tristes,
por estas asperezas,
tapices vuestros árboles haciendo.
Tú, fuente, que corriendo
de aquellas nieves frías,
te apresurabas tanto
que a competir mi llanto
parece que en las peñas te rompías:
oíd cuánta mudanza
un firme amor, por no mudarse, alcanza.
Carlos, enternecido
de mis obligaciones,
que nunca el premio a las verdades tarda,
ha puesto en justo olvido
las necias sinrazones,
celos y ingratitudes de Leonarda.
Ya me sigue o me aguarda.
¡Oh selvas amorosas!:
creced el verde manto.
¡Oh fuentes!: si a mi llanto
bajastes destas peñas presurosas,
agora con más prisa
tropezaréis en vuestra misma risa.
Aquí, desde que rubio,
al cuello destos montes,
se cuelga el sol como cadena de oro
y en dorado diluvio
baña los horizontes
de nuestro polo espléndido tesoro,
hasta que el dulce coro
de las aves sepulta
en silencio la noche
y su enlutado coche
el color de las cosas dificulta,
me está diciendo amores
y me corona de diversas flores.
Con esto ya no siente
del Rey y de la corte
el destierro cruel, la injusta ausencia.
Ya no hay cosa que intente,
ni gracia que le importe,
ni en Carlos habla, ni en pedir sentencia.
De sola mi presencia
Carlos está contento.
Vencióle mi firmeza;
que quien tiene nobleza
y con ella valor y entendimiento,
¿cómo puede, querido,
dejar de amar y ser agradecido?

(Sale INÉS.*)*

INÉS. Con alboroto gozoso
toda la aldea, contenta,
fiestas hace, honor intenta
al nacimiento dichoso
de Carlos, su dueño, y tuyo.
El monte, el arroyo, el ave,
todo parece que sabe
que es el regocijo suyo.
Está el prado tan lozano
con su capa de colores,
que parece que las flores
vienen desde el pie a la mano.
Los mozos bailando a coro,
por dondequiera que vuelvas,
hacen retumbar las selvas
con los relinchos sonoros.
Tus puertas, como las suyas,
de flores han coronado,
porque al venidero estado
feliz agüero atribuyas.
Pero ¿qué te estoy contando?
si él viene también con ellos,
a los bosques los cabellos
de los árboles cortando.

¡Quién pensara que olvidara
Carlos sus penas por ti!

LUCINDA. Viendo tal firmeza en mí
volvió fortuna la cara.

(Sale FELINO, SIRENA, ALCINDO, *labradores, y los* MÚSICOS, *y* CARLOS *y* FABIO.)

MÚSICOS. "Las sierras eran altas
y malas de subir.
Los caños corren agua
y dan en el toronjil."

FELINO. ¡Pardiez!, amo y señor nuestro,
que nos debéis grande amor.

CARLOS. Amigos, todo el mayor
que puede mi alma os muestro.

SIRENA. Contéis desde aqueste abril
mil años.

ALCINDO. ¿Mil? Dos mil sean.

FELINO. Justamente en vos se emplean.

FABIO. "Y dan en el toronjil."

LUCINDA. Entre tantos parabienes,
¿no tendrá lugar el mío?

CARLOS. Y entre los pies de ese brío
toda mi esperanza tienes.
Llega, Lucinda gentil,
por que con tiernos abrazos
me den parabién tus brazos.

FABIO. "Y dan en el toronjil."

CARLOS. Vivo ya tan olvidado,
con el amor que te tengo,
de la corte, que no vengo
mañana ni tarde al prado
que no me admire de mí,
burlando el encantamiento
en que tuve el pensamiento
cuando en la corte me vi;
y en llegando a imaginar,
señora, lo que te debo,
vuelvo a admirarme de nuevo,
y no con poco pesar,
de la ingratitud pasada.

LUCINDA. Ya, Carlos, te perdoné
el día que vi mi fe
agradecida y pagada
de tu nobleza gentil.

INÉS. Y tú, sobre tanto agravio,
¿no nos dices nada, Fabio?

FABIO. "Y dan en el toronjil."

CARLOS. Labradores de mi aldea:
ya no soy quien ser solía.
Celebrad la prenda mía,
que el alma agradar desea.
Bailes, juegos, versos, fiestas,
músicas, voces, ruido,
sean río del olvido
estre estas verdes florestas
de la corte, a quien se rinda
la envidia, que si hace allí
corte el Rey, también aquí
está su reina Lucinda.
¡Ea!, sentaos en la hierba;
tengamos con igualdad
asiento, que la verdad
a su llaneza reserva.
Inventa, Fabio, algún juego.

(Siéntanse.)

FABIO. Es cosa vieja inventar
juegos.

SIRENA. Cantar y bailar
no es viejo. Invéntale luego,
que no cansa lo que es gusto.

INÉS. En la boca puesto un palo
hay un juego; pero es malo,
que lo honesto sólo es justo.

FABIO. Jugó un galán ese juego,
algo de nariz cumplido;
tenía su dama asido
el palo con gran sosiego,
para que él se le quitase,
y nunca se le quitó.
Como el juego se acabó
y esto a un amigo contase,
el amigo le reñía
no haber la ocasión gozado
por cobarde o por turbado,
a quien, triste, respondía:
"¿Qué queréis? Soy infeliz;
no pude aunque lo intentaba,
pues cuantas veces llegaba
me estorbaba la nariz."

CARLOS. Quejarse della fué justo.

FABIO. Es la envidia tan avara,
que aún hay quien tenga en su cara
enemigos de su gusto.

FELINO. Gente parece que suena.

SIRENA. Estos de la corte son.

LUCINDA. No vienen sin ocasión.

CARLOS. Por Dios que me han dado pena.

(Levántanse todos. Sale un SECRETARIO *y* GUARDAS.)

GUARDAS. Aquí, señor, está Carlos.

SECRET. Estar sentado en la tierra
es señal de tu caída.

CARLOS. Estoy, Secretario, en ella

como quien ya la fortuna
sola esta parte me deja,
como a los que entierran vivos.

SECRET. Pienso, Carlos, que a las piedras
diera sentimiento el veros,
conociendo la grandeza
en que os vistes algún tiempo.

CARLOS. Si pasáis por esta aldea
acaso, hacedme merced
que regalaros merezca
sólo un día, y por que hablemos
de algunas cosas que puedan
no servir de memoriales
al Rey en mi larga ausencia,
sino de consuelo mío.
Y si la venida vuestra
se dirige a mi persona,
aquí estoy, que no me altera
novedad en mi fortuna
ni desdicha en mi bajeza.

SECRET. El Rey me ha mandado, Carlos,
que con estas guardas venga
por vos. Aquí traigo un coche.
La causa en sí la reserva;
que yo soy tan vuestro amigo,
que, a saberla, os la dijera
si aventurara la vida
poneros en resistencia.
¿Qué decís?

CARLOS. Que me esperéis
a que dos palabras sean
como testamento mío
de mi amor, no de mi hacienda,
con aquella labradora;
que bien sé yo que me lleva
la envidia a que en el teatro
de mi fortuna me vean
ella y la falsa amistad,
aunque están entrambas ciegas.
¿Dais licencia?

SECRET. Y para iros
quisiera daros licencia.

CARLOS. Oye, Lucinda.

LUCINDA. Presumo
que mis desdichas comienzan;
que ya me lo ha dicho el alma
anticipando las nuevas.

CARLOS.

Yo voy donde me lleva mi fortuna,
Lucinda mía, sin saber su intento.
¿Quién duda que no habrá desdicha alguna
mayor que de perderte el sentimiento?
Que bajarme del cerco de la luna
donde me puso algún merecimiento
no fué más novedad que su mudanza,
y de la envidia natural venganza.

Llevo en los ojos el perder tus ojos;
llevo el no te pagar lo que te debo.
Aquí mostró la envidia sus enojos,
nuevo tirano de tormento nuevo.
Cuelgue en su infame templo mis despojos.
Ríndome a su poder, que no me atrevo
a resistir la pena de perderte,
mayor que mi caída y que mi muerte.

Mis pocos bienes y esta pobre aldea,
que sólo de mi hacienda me ha quedado,
de tanta obligación memoria sea,
por que la tengas del amor pasado.
Como mereces tu persona emplea;
pues no te merecí por desdichado.
Que ya, por lo demás, ¿qué mejor suerte
que acabar mis desdichas con mi muerte?

LUCINDA.

Carlos, bien sabes tú que te he querido
con la verdad de mi constante pecho;
que amigo sólo en tu fortuna he sido.
Pienso que el tuyo queda satisfecho;
que puesto que tan poco te he servido,
lo que es el alma, cuanto pudo ha hecho.
Parte seguro donde el cielo quiere,
que no serás el que primero muere.

Nací para ser tuya eternamente,
y con la misma fe morir deseo;
que no es posible que consuelo intente
quien hizo en tu valor tan alto empleo.
Mi grande amor lo que me ofreces siente;
habló por ti el dolor, que yo no creo
que fué el amor, que amor sólo me diera
la causa de morir cuando él muriera.

Si viviere en mis ojos alegría
ni más consuelo que un eterno llanto,
éste de mi dolor último día
la vida acabe, que aborrezco tanto.
Agora sí que la desdicha mía
y tu envidia cruel mostraron cuánto
pueden contra el amor, pues nos dividen.

SECRET.

¡Con qué tiernos suspiros se despiden!

CARLOS. Fabio.

FABIO. Señor.

CARLOS. Pon a punto
lo que fuere necesario.

FABIO. Estoy sin alma, señor.
CARLOS. Adiós, mis pobres vasallos,
adiós para siempre. Adiós,
verde selva, ameno campo;
aunque se va vuestro dueño,
no seáis al nuevo ingrato,
pues la primavera os queda.
Floreced fértiles, dando
flores que a sus pies debéis
para que gocen sus manos.
Antes decid que en mi ausencia
se acuerde que en vuestros ramos
aprendistes los amores
y envidiastes los abrazos.

(Vanse CARLOS, FABIO *y los demás.)*

INÉS. Alza los ojos, señora,
y no te entristezcas tanto;
que prevenir las desdichas
hace mayores los daños.
Por ventura quiere oír
el Rey la culpa de Carlos,
y entendida su inocencia
castigar a los contrarios.
LUCINDA. ¡Ay de mí! Que bien creyera
que la fortuna, mudando
condición, si no remedio,
diera alivio a mis cuidados
si fuera por Carlos sólo.
Pero yo deshago cuanto
solicita su inocencia.
Siempre fué consejo sabio
que se aparten los dichosos
de los que son desdichados.
¿Qué será lo que el Rey quiere?
¿Qué resolución hallaron
los jueces de la envidia
en la sala de Alejandro?
Ahora bien; ya fué mi estrella
amar a Carlos. ¿Qué aguardo?
¿Qué importa perder lo menos
donde se ha perdido tanto?
¿Para qué quiero la vida
sin Carlos? A morir vamos
donde muriere, y acabe
la fortuna con entrambos.
Con él la envidia, conmigo
amor, que es amor bastardo
el que viendo los peligros
detiene el cobarde paso.
Cuando Carlos no me quiso,
sin duda estaba informado
de que era yo desdichada,
y que era consejo sabio
que se aparten los dichosos
de los que son desdichados.
Todo esto le ha sucedido
por mí; pero yo me parto
a morir con él, contenta,
que he vencido porfiando.
Sepa Carlos, sepa el mundo,
que muero por desengaño
de que hay constantes mujeres
a quien piensa lo contrario.
Vamos a la corte, Inés,
de mis desdichas teatro,
porque fuera quedar viva
hacer a Carlos agravio.
Será mi muerte un ejemplo
sangriento en tan triste caso,
viendo morir los dichosos
por los que son desdichados.

(Vanse las dos. Salen el CONDE OTAVIO, ALEJANDRO *y el* REY, *con acompañamiento.)*

REY.

Las paces confirmadas con el conde
mi hermano, en fin, os agradezco, Otavio.

OTAVIO.

En todo a vuestro gusto corresponde,
galán, soldado y consejero sabio.

ALEJ.

¿Qué es esto, cielo, el Rey de mí se esconde?
¿Qué mayor desengaño de mi agravio?
¿Con Otavio secretos que me niega?
Pensando voy que el desengaño llega.
Fabrica sobre débil fundamento
quien de mentiras, ambiciones fía.
Así las esperanzas lleva el viento,
así de la venganza llega el día:
no perdonaba el Rey un pensamiento,
átomo de su misma fantasía,
sin partirle conmigo, y ya me encubre
lo que apacible al Conde le descubre.
Sin esto, venir hoy acompañado
sin saber la ocasión, hasta la puerta
de la ciudad, justo temor me ha dado
de que fué mi malicia descubierta.
Bien puede un testimonio dilatado
algún tiempo tener la prueba incierta;
pero después él mismo rompe el velo,
quita las nubes y descubre el cielo.

REY.

No entienda el Duque, Otavio, cosa alguna
de lo que el conde mi cuñado escribe.

OTAVIO.

No tuvo, gran señor, culpa ninguna
Carlos, que ausente y desterrado vive.

REY.

Por saber lo que escribe me importuna.
Tanto temor de la verdad recibe.
Disimulad y habladme de la guerra.
¿En fin, queda pacífica la tierra?

OTAVIO.

Puestos, como te dije, frente a frente
los dos fuertes ejércitos, lucidos
de armas, valor y número de gente,
del río, aunque pequeño, divididos,
cuyo cristal, entonces transparente,
en vez de verdes árboles vestidos
de ramas y hojas, retrataba sumas
de árboles hombres, y de ramas plumas.
Ya pasaban en tropas los caballos,
dividiendo las aguas con los pechos,
rompiendo arenas los herrados callos,
y habiendo en qué nadar, delfines hechos,
cuando reconocerse sus vasallos
y de la injusta guerra satisfechos,
paró las armas. Tanta fuerza tiene.

REY.

Y para tú también, que Carlos viene.

(Sale el SECRETARIO, CARLOS *y* FABIÓ, *y detrás* LUCINDA *y* INÉS.)

CARLOS. Pues ¿aquí su Majestad?
FABIO. Echemos por otra parte.
SECRET. No, Carlos, que a recibirte
con toda la corte sale.
LUCINDA. Inés, el Rey viene aquí.
INÉS. Para prenderle o matarle
mucha fiesta me parece.
CARLOS. Fabio, ¿qué haré?
FABIO. Preguntarme
que harás, es muy lindo agora,
que el mismo Rey viene a darte
los brazos.
REY. Carlos, ¿qué temes?
FABIO. Aquí pudieras cantarle:
"Témome, buena cara,
que no me quieres".
REY. Llega, Carlos, a abrazarme,
que en honra de tu inocencia
yo propio salgo a buscarte.
¿Qué desconfías? ¿Qué aguardas?
CARLOS. Señor, quien se ve delante
del juez cuando pensó
que quería sentenciarle,
y con la imaginación
por el cuello miserable,
anticipado el temor
pasaba el cuchillo infame,
no es mucho que esté supenso
viendo, señor, que le hacen
las honras que vos me hacéis
con diferente semblante.
¡Cuánto va de muerte a vida!
Bien pudiera yo ausentarme,
bien pudiera defenderme,
que fuera yerro notable;
pero más quise morir
que dar indicio tan grave
de la culpa que no tuve.
REY. Carlos, yo tengo que hablarte
con el Conde Otavio. Vamos.
OTAVIO. Bien podéis los brazos darme,
Carlos, como a quien se alegra
de vuestro bien.
CARLOS. Son bastantes
pruebas deste sentimiento
las pasadas amistades.
ALEJ. Dadme los brazos a mí,
Carlos, que también me cabe
gran parte deste suceso,
que no he sido poca parte
para que su Majestad,
después de tantos pesares,
os restituya a su gracia,
que a fuerza de importunarle
vuestros antiguos servicios
merecen honras iguales.
FABIO. Tal te dé Dios la salud.
CARLOS. Yo tengo por fe constante
que sois vos por quien me ha hecho
su Majestad honras tales.
OTAVIO. ¡Oh!, cómo el pueblo se alegra
de ver que a tu lado pase
Carlos, señor.
(Dentro:) ¡Carlos vítor,
y muera la envidia infame!
REY. Es el triunfo de José
cuando salió de la cárcel.
(Dentro:) ¡Carlos vítor!

FABIO. Carlos vítor
van diciendo por las calles.

(Con acompañamiento le lleve el REY *a su lado, y quede allí* LUCINDA *con* INÉS.)

LUCINDA. Si suele un grande placer
y una súbita alegría
quitar la vida, la mía
¿qué otro fin puede tener?
De pensar que puede ser
por no morir, me retiro.
¡Ay, cielos! Si aquí no expiro
el alma tengo de acero,
pues cuando muerto le espero
César triunfando le miro.
No de otra suerte que a quien
desde tormenta a bonanza
pasó la muerta esperanza
puedo darme el parabién.
Pero pensando también
en que mudando lugar
Carlos se puede mudar
por no venir a perder
la vida, es dicha tener
en tal placer tal pesar.
Carlos a este triunfo atento,
ya sin memoria ninguna,
como muda de fortuna,
mudará de pensamiento.
Su sobrina en casamiento
le dará el Rey; esto es cierto.
La misma dicha me ha muerto,
pues otros suelen dejar
la vida en medio del mar,
pero yo, llegando al puerto.

INÉS. Cuando del cielo recibes,
señora, tanto favor,
¿tienes el mismo temor
y con más tormento vives?
Ingratamente procedes,
que no es razón presumir
en lo que está por venir,
que sin los méritos quedes;
¿que amando en baja fortuna
a Carlos tal premio esperan?

LUCINDA. La mar y la tierra alteran
las mudanzas de la luna.
Y es mi desdicha inconstante
tan cobarde al bien presente,
que la he temido creciente
más que la temí menguante.
Porque a poder presumir
que otra mujer le gozara,
sospecho que me pesara
de ver a Carlos vivir.
¿Este no es Fabio?

(Sale FABIO.)

FABIO. En extremo
me alegro de verte aquí.

LUCINDA. ¿Qué sabes, Fabio, de mí,
que mil desventuras temo
después que en tanta grandeza
has visto a Carlos?

FABIO. Señora,
Carlos te estima y te adora.
Tu discreción, tu belleza,
tu virtud, tu grande amor,
es la grandeza en que está;
que respecto desto es ya
sombra del Rey el favor
y el aplauso de la corte.
Y aunque de mí te escondías,
le dije que le seguías
como la imán sigue al Norte,
y dijo: "¿Ves la grandeza
en que el Rey me ha puesto ya?
Pues sin Lucinda será
aunmento de mi tristeza.
Búscala, y dile que aquí
procure andar encubierta;
pero de mi alma cierta,
que ha de vivir sola en mí".
Y calló, porque mandó
el Rey que saliese a dar
audiencia, por contentar
al pueblo, que la pidió;
que con mejores alientos
sirven y guardan su ley
cuando con prudencia el Rey
tiene los pueblos contentos.
Tú, pues que Carlos lo está,
alégrate de que el cielo
quiere premiar tu buen celo.

LUCINDA. ¿Que Carlos se acordará,
Fabio, del amor pasado?

FABIO. ¿Habíase de olvidar
tan presto?

LUCINDA. Un alto lugar
Fabio, un diferente estado
no sólo presumo yo
que esta enfermedad padece;
pero pienso que aborrece
a quien humilde le vió.
Huyen de ver la grandeza

los que la vieron sin don;
que le parece que son
testigos de su bajeza.

FABIO. Pues Carlos siempre fué más;
que los que antes fueron buenos
no pueden venir a menos.

LUCINDA. Ahora bien; tú le dirás
que yo andaré en este traje
oculta, por que ninguna
fortuna de la fortuna
en que le miro me baje,
y tú buscarme podrás,
que no saldré desta puerta
de palacio.

FABIO. Así encubierta
mejor, señora, estarás,
en rústica transformada.
Mira en qué te sirvo yo.

LUCINDA. Que le digas... Pero no,
no le digas, Fabio, nada,
que no le puedes decir
más que Carlos entender
de verme por él perder,
de verme sin él morir.

FABIO. Servidor, señora Inés.

INÉS. Ya hablas a lo sublime.

FABIO. Pues ¿hay cosa que yo estime
como tus...?

INÉS. ¿Qué tus?

FABIO. Tus pies.
Soy mortal apasionado
de pies por cierta receta,
y tanto, que a ser poeta,
te los hubiera glosado.

(Vase FABIO.)

LUCINDA.

Sale la nave, y sale la esperanza,
que para el golfo desde el puerto alienta;
con su peso, en las ondas se sustenta,
y cuantas deja atrás, tantas alcanza.
El piloto, que sabe la mudanza,
la vista por las nubes alimenta,
y con temor del golfo y la tormenta
le pesa de mirar tanta bonanza.
Así mis bienes, si es razón llamallos
bienes, en duda, amor, de merecellos,
salen, y la esperanza, a acompañallos.
Afligeme el temor de estar sin ellos,
porque toda la gloria de gozallos
disminuye la pena de perdellos.

(Salen LEONARDA, CELIA *y un* ESCUDERO.)

LEONARDA. ¿Que vos le visteis salir
a Carlos a dar audiencia?

ESCUDERO. Cualquiera tiene licencia
de hablar, y Carlos de oír.

INÉS. Esta es Leonarda, señora.

LUCINDA. ¿Qué quiere Leonarda aquí?

INÉS. Ver a Carlos.

LUCINDA. ¡Ay de mí!

LEONORDA. Si yo pudiera pensar,
y tan adivina fuera,
Celia, que Carlos volviera
a ocupar este lugar,
no hubiera usado con él
de término tan ingrato.

CELIA. Amor, aunque falte el trato,
vivirá, señora, en él,
que apenas le mirarás
tierna, cuando vuelva luego
más obediente que al fuego
la cera.

LEONARDA. En lo cierto estás;
que el grande amor que me tuvo,
¿cómo se pudo acabar?

CELIA. Estuvo para expirar
de amor. Impaciente estuvo.

LEONARDA. Apenas le habré mirado
con los ojos que yo miro,
cuando con tierno suspiro
reciba el amor pasado.
¿No has visto, Celia, matar
con breve soplo una vela,
cómo por el humo anhela
volver al mismo lugar?
Pues así cuando amor llama
la muerta correspondencia,
por el humo de la ausencia
se vuelve a encender la llama.
Que cuando un amante ciego
olvida viendo el rigor,
sopla la ceniza amor
y vuelve a encenderse el fuego.
Mirad vos si hay por aquí
paje que pueda avisalle,
que lo que tardo en hablalle
tarda en perderse por mí.

ESCUDERO. Aquí están dos labradoras.
Deben de ser negociantas.

LEONORDA. Amigas, ¿de dónde bueno?

LUCINDA. Somos, señora, del valle,
tierra del señor don Carlos.
Venimos della esta tarde

sabiendo que su merced
del Rey y él hicieron paces,
para que mos dé favor
contra un mozo que mos trae
sin joicio con un preito;
mas no podemos habralle,
porque en viendo los porteros
gente deste humilde traje,
no hay dimuños más soberbios.
¡Bien haya Dios, que de balde
deja entrar a cuantos quieren
a pedirle y a rogarle!
Pensando estoy muchas veces,
cuando pregunte a los tales:
"¿Por qué no dejaste entrar
a la mujer miserable,
al pobre, al soldado roto
que trae de Italia o Flandes
los servicios por arrobas,
como por onzas la sangre?",
qué le podrán responder.

LEONARDA. ¿Qué pleito es ese tan grande
que traéis con ese mozo?
Que gustaré de escucharle,
porque tenéis buena gracia.

LUCINDA. Hasta agora no se sabe,
que aún está mi preito en duda.

LEONARDA. Pues, por mi vida, contadme
la causa, porque os conviene
hablar persona tan grave.

LUCINDA. Si ella primero me dice
quién es, y puedo fiarme
de su mercé, irá de preito;
aunque ya ciertos mensajes
llevan al alma los ojos,
nacidos de vuestro talle,
de que sois una señora
que dicen que le dejastes
luego que el Rey le dejó.

LEONARDA. Eso, amiga, no te espante;
que es la costumbre del mundo
desamparar los que caen
y seguir a los que suben.

LUCINDA. Pues personas hay que saben
andarse con los caídos,
sin que el mundo se lo mande.
Pero, en efeto, ¿quién sois?

LEONARDA. Soy quien hará, como hable
una palabra con Carlos,
que ese vuestro pleito alcance
sentencia en favor.

LUCINDA. ¡Malaño!
Sois su quillotra, que el valle
atronaba con suspiros,
por la mañana y la tarde,
como borrico en las eras,
diciendo mil necedades
de una Leonarda.

LEONARDA. Esa soy.

LUCINDA. Yo le vi llamaros ángel,
con otras borracherías.
Allá tenemos un sastre
que suele cantar de noche
seguidillas y romances,
y le daba muchas cosas
que de Leonarda cantase.

LEONARDA. Celia, ¿no lo dije yo?
Pero no se desbarate
el pleito.

LUCINDA. Es cuento muy largo,
y estoy temiendo que os canse.
Haced cuenta que os quería
un mozo, y que por dejalle
vos por otro, que era entonces
más valido, o vos más fácil,
se fué también él con otra
que andaba, por obligarle
a su amor, de rama en rama,
de flor en flor, de olmo en sauce,
de una peña en otra peña,
como dicen los cantares;
pero como el dicho mozo
volvió a ser lo mismo que antes,
también habéis de hacer cuenta
que venistes a rogarle.
La querida con quillotros,
que no sé cómo los llame,
porque dos que se conocen
presto vuelven a juntarse,
con este miedo, y sin vida,
vino a ver. Mas perdonadme,
que pienso que queda mucho. (1)

LEONARDA. Pues ¿en qué se funda el pleito?
Porque es la historia notable.

LUCINDA. Carlos lo ha de sentenciar;
hablalde por mí, que él sale.

(CARLOS, *tomando memoriales, y* ALEJANDRO *y* FABIO.)

CARLOS. ¿Vueseñoría negocia
conmigo?

ALEJ. Lo que fué antes,
no es mucho que agora sea;
porque como yo quedase

(1) Falta un verso asonante en "ae".

en vuestra ausencia a suplir
los papeles y la llave,
agora que habéis venido,
y es justo que el Rey me mande
que os la vuelva, vuelvo yo
a ser vuestro negociante.

CARLOS. ¿Qué pide vueseñoría
al Rey?

FABIO. (¡Que este Ulises hable!)

ALEJ. Una plaza en su Consejo.

FABIO. (¿Plaza? Bien dice; y cortalle
en ella con una sierra
la flauta de los gaznates.)

CARLOS. Yo hablaré a su Majestad.

ALEJ. El cielo, Carlos, os guarde.

(*Vase* ALEJANDRO.)

FABIO. (De ti, aunque es dificultoso;
mas para Dios todo es fácil.)

LEONARDA. Señor Carlos.

CARLOS. ¿Quién es?

LEONARDA. Yo.
¿Así quien ama se olvida?

CARLOS. La diferencia de vida,
en los ojos la causó.
Señora Leonarda, ¿adónde?

LEONARDA. A daros el parabién.

CARLOS. ¿Tanta merced, tanto bien?

LUCINDA. Inés, ¿así le responde?

INÉS. Advierte, señora mía,
que es audiencia donde está.

LUCINDA. Si desta suerte la da
a quien negarla debía,
¿qué dejará para quien
tiene tanta obligación?

CARLOS. Estimo, como es razón,
vuestro alegre parabién.

LEONARDA. Que sin vida me ha tenido
la pena de vuestra ausencia.

CARLOS. Veros hoy en esta audiencia,
claro desengaño ha sido.

LEONARDA. Siempre a Alejandro rogaba
que al Rey hablase por vos.

CARLOS. Y se ha lucido, ¡por Dios!,
la pesadumbre que os daba.

LEONARDA. Que nos debéis, Carlos, creo
este puesto a mí y a él.

CARLOS. La noche que os vi con él
conocí vuestro deseo.

LEONARDA. ¡Qué cuidado me habéis dado
después que de aquí partistes!

CARLOS. Las cartas que me escribistes
me han dicho vuestro cuidado.

LEONARDA. No me han dado más lugar
mis pretensiones aquí.

CARLOS. Mira, Fabio, por ahí
si hay quien quiera negociar.

FABIO. No, señor.

LEONARDA. Una merced
me haced.

CARLOS. Servicio, señora.

LEONARDA. Una pobre labradora
encomendada tened,
que por ser de vuestra aldea
me ha puesto en obligación.

CARLOS. Véngame a hablar, que es razón
que yo os sirva, y que ella vea
que sois vos su protectora.

LEONARDA. ¡Ah!, labradora, llegad
y con su excelencia hablad.

LUCINDA. Dios se lo pague, señora.

CARLOS. ¿Qué es lo que queréis?

LUCINDA. Aquí
aparte se lo diré.

CARLOS. ¡Lucinda!

LUCINDA. ¡Carlos!

CARLOS. No sé
cómo he de vivir sin ti.
Conozco que fué piedad
del cielo que mi inocencia
se viese restituída;
mas dame notable pena
vivir sin ti, y acordarme
de la vida de la aldea.
¡Ay, queridas soledades,
fuentes claras, verdes selvas!
¿Qué se han hecho aquellas horas?

LUCINDA. ¿Cómo quieres que te crea,
si te veo con Leonarda
tan tierno, que en mi presencia...?

CARLOS. No prosigas, que me agravias;
mira que mi amor se queja,
y si piensas que te olvido
por verme en esta grandeza,
harás que la deje, loco,
y que contigo me vuelva.
Díjome el Rey, en secreto,
que mi destierro y ausencia
nació de una firma falsa
que con mi nombre supuesta
hizo escribir Alejandro.
Bien pienso que se te acuerda,
a la puerta de Leonarda,
la noche de la pendencia:
murió Armindo, de la herida
que le diste, y la conciencia

le obligó a dejar escrito
que de cierta cifra y della
fué, por Alejandro, autor.
Sin esto, como la guerra
cesó, del Conde, en las paces
quedó más cierta la prueba
por la relación de Otavio.

LEONARDA. ¿Tanto tiene que hablar, Celia,
esta villana con Carlos?

CELIA. Tiene tan graciosa lengua,
que, como ya gran señor,
gustará de hablar con ella.

LUCINDA. ¡Quién dijera que a Leonarda
desta manera tuviera,
cuando yo fingí que herido,
Carlos, llegaste a su puerta,
para probar si te abría,
y se quitó de la reja
con tal crueldad!

CARLOS. ¿Qué castigo
no ha tenido la soberbia?
Mas retírate, mi bien,
y aguárdame, que el Rey llega,
con Otavio y Alejandro.

(Sale el REY, OTAVIO *y* ALEJANDRO.)

REY. Siendo la prueba tan cierta,
¿qué disculpa podéis darme?

ALEJ. Que lo que Armindo confiesa
es que él escribió la carta,
pero engañóme con ella;
que yo, por seros leal,
la tuve por verdadera;
pero, pues yo me engañé,
aquí tengo la cabeza,
y estoy a los pies de Carlos.

REY. Pues él os dé la sentencia.

CARLOS. Llegando a que estén, señor,
estas cosas descubiertas,
sea el perdón de Alejandro
el triunfo de mi inocencia.
El a mis pies, yo a los vuestros,
os pido por la primera
merced su vida.

REY. No a mí:
a ti la vida agradezca.

ALEJ. A entrambos, más admirado
de la virtud y prudencia
de Carlos que de los hechos
de Alejandro, Pirro y César.

REY. Carlos, yo tengo tratado
casarte, y quiero que sea
mi sobrina Rosimunda
quien tus virtudes merezca.
Hoy escribiré a mi hermano.

LEONARDA. Una palabra quisiera
hablar a tu Majestad.

REY. Decid.

LEONARDA. Puesto que se emplea
Carlos en tan gran señora
como quien es sangre vuestra,
amor que estima su gusto
altos imperios desprecia;
éste me tiene, y yo sé
que, puesto que os obedezca,
no será con voluntad.

REY. ¿Qué es esto, Carlos?

CARLOS. Que fuera
verdad, señor, si Leonarda
cuando mi fortuna adversa
me puso en tan bajo estado
como agora me quisiera
que en alto lugar me mira,
pues le debo esta fineza
a su interés, no a su amor.

LEONARDA. ¿Quién imaginar pudiera,
mirando vuestra caída,
que diera, Carlos, tal vuelta
con vos la fortuna varia,
que desde aquella bajeza
volviérades donde estáis?

CARLOS. ¿Quién sabe si la inocencia
sufre por cuenta del cielo
los testimonios y afrentas?
Y nadie en el mundo ignora
que la amistad verdadera
no la próspera fortuna,
sigue la fortuna adversa.
Pero ya es tiempo, señor,
que vuestra Majestad sepa
que una dama, en sangre ilustre,
y fénix en su firmeza,
cuando todos me dejaron
ella sola fué a mi aldea
y acompañó mi destierro.
Con su favor y su hacienda
viví, que si no...

REY. Detente.
Obligaciones son esas
que no las pienso impedir;
antes bien, si aquí la viera...

CARLOS. Aquí está, señor.

REY. ¿Quién es?

CARLOS. Esta labradora. Llega,
llega, Lucinda.

LUCINDA. Señor,
en mis fortunas se prueba
que por que más que los desdenes
fin dichoso le defiendan,
porfiando vence amor.
REY. Dalde la mano, Condesa,
a Carlos, mi Condestable;
y si hay castigos que premian,
pues la queréis, Alejandro,
dalde a Leonarda la vuestra.
FABIO. ¿Y a Fabio, no le darán
con Inés alguna renta?
Príncipe, dadme favor.
CARLOS. No le pidas en tu tierra
si no es pidiendo al senado
por el autor y el poeta,
perdón con toda humildad.
Demos fin a la comedia.

LA PORFÍA HASTA EL TEMOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Don Lope.	El Infante.	Don Juan.
Guzmán.	Doña Leonor.	Tibaldo.
Hernando.	Teodora.	Don Pedro.
Laura.	Aldana.	El Rey.

Repesentóla Roque de Figueroga.

JORNADA PRIMERA

(Salen Don Lope, *con banda;* Guzmán *y* Hernando.*)*

Lope. Dejadme. ¿Qué me queréis?
Guzmán. Que te vuelvas a la cama,
que su mismo ser desama
quien tal hace.
Lope. No me déis
consejos en mal que yo
le padezco solamente.
Guzmán. Ajeno es el accidente,
pero la experiencia no.
Lope. ¿Has querido bien?
Guzmán. Señor,
con un alma racional,
del tributo natural
de los impulsos de amor
muy pocos se han escapado.
Lope. ¿Y tú?
Hernando. En mi vida he querido
más de aquello que he sabido
que no me ha de dar cuidado.
No se alabarán los ríos
de que han visto en sus corrientes
mis lágrimas inocentes,
ni el aire suspiros míos.
Lope. De muy discreta entereza
te alabas. Avergonzado
estoy de haber sustentado
tan mala naturaleza.
¿Qué le dejas a una fiera,
incapaz de un alma noble?
Lo inanimado de un roble,
¿qué menos sentir pudiera?
¿Qué tiene que agradecer
a su natural injusto
el que nació sin el gusto
de amar y de apetecer?
Vete y no asistas mi culpa
en esta flaqueza mía,
que juzgas a sangre fría
y no me hallarás disculpa.
Vete de aquí.
Hernando. Ya me voy.

(Vase.)

Lope. Aprende a querer, bestial,
y no extrañarás el mal
de que yo muriendo estoy.
¿Que tanto has querido?
Guzmán. Tanto,
que me he visto (1), por celoso,
mal premiado y bien quejoso,
convertido en tierno llanto;
y he llegado a tal extremo,
que si tuviera el amor
potestad de inquisidor,

---

(1) En el original, "me hizo"; Hartzenbusch, "me han visto".

yo pudiera, por blasfemo
de su ley, estar quemado.
Pero tal estoy conmigo,
que siempre observante sigo
los preceptos que me ha dado.

LOPE. ¿Elegiste buen sujeto
para estar tan bien perdido?

GUZMÁN. Con estarlo he respondido
que es para mí el más perfeto.

LOPE. Ansí me parece a mí,
que la mayor perfeción
es de la que hace eleción
un amante para sí.
Mas ¿qué haré yo, que adoré
un sol dividido en dos,
con quien parece que Dios
en mí acrecentó la fe
de su mismo resplandor,
discurriendo en la hermosura
de una angélica criatura
la perfeción del criador?
¿Qué haré cuando a dos estrellas
de un cielo estoy inclinado,
tan fijas en mi cuidado
cuando siempre hermosas ellas?
¿Qué haré sin poder vivir,
asido siempre al tormento
de mi mismo sentimiento?

GUZMÁN. Amar callando, y sufrir,
porque es fuerza en tal rigor
olvidar o padecer;
que tú puédesla querer,
pero no infundirla amor.
De tu Leonor la crueldad
solicita tus enojos,
y tienes puestos los ojos
en dos soles sin piedad.
Que adoras de mármol frío
una estatua helada advierte,
para sólo aborrecerte
con alma y sin albedrío.
Y en mí no nace, señor,
mi pena de tu apetito;
eres hombre, y no es delito
porfiar teniendo amor.
Nace de ver murmurada
en el lugar tu porfía,
siendo en él la sangre fría
de mil necios ponderada.
Que hay [quien] con ardientes [labios,
vida ociosa y mal segura
acreditarse procura
con las culpas de los sabios.
Y como siempre has vivido
en opinión de prudente,
murmuran públicamente
el querer aborrecido
y el porfiar despreciado.

LOPE. ¿Qué importa si han murmurado
con la culpa que he nacido?
Con su mala inclinación
pueden, Guzmán, reprobar;
pero no me han de quitar
la gloria de mi elección.
Que, como es el fin incierto,
no me debo más a mí
que emplear mi gusto ansí
y padecer si no acierto.
Y aunque a morir me condena,
que está haciendo, te prometo,
la dignidad del sujeto
consuelos para mi pena.
Y pienso esperar penando,
perseverando y sufriendo,
por granjear padeciendo
lo que no merezco amando.
Y lo que siento no es ver
malograda mi esperanza,
sino saber que otro alcanza
más ventura en menos ser.
Y cuando llego a pensar
que goza ya venturoso
la gracia, por más dichoso,
si no por más desear,
turbado el entendimiento
y los sentidos en calma,
en las batallas del alma
se pierde el conocimiento.

(Sale LAURA, *hermana de* DON LOPE.)

LAURA. ¿Qué desórdenes, hermano,
son estos? Si el accidente
de una calentura ardiente
se trata ansí, caso es llano
que dirá que así os hiere.
Perdone vuestra prudencia,
que es locura esta dolencia
que en vos afligirnos quiere.
Baste, hermano, la inquietud;
volved a la calma.

LOPE. Laura,
mejor ansí se restaura,
con mi gusto, mi salud;
que, en vivas llamas deshecho,
salgo a descansar aquí,

supuesto que es para mí
campo de batalla el lecho.
Respire, Laura, mi aliento;
que un espíritu afligido,
cuando está más recogido,
hace mayor su tormento.
Calentura que está asida
al alma con el rigor
de exhalaciones de amor,
mal curada y bien sentida,
no pide, hermana, lugares
que son tan ocasionados
para meditar cuidados
multiplicando pesares.

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. El infante don Fernando
entró en casa; ya, señor,
pasa dese corredor,
por tu salud preguntando.

LOPE. ¡Bravos extremos de amor
hace el Infante conmigo!
Con igualdades de amigo
me ha tratado, y su favor,
con una y otra fineza,
se acrecienta cada día.

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. ¡Esta es mucha valentía!

LOPE. Aliéntame vuestra Alteza
con sus favores, de suerte
que puedo bizarrear
contra lo que no es llegar
a ver el rostro a la muerte.
Que casi no fuera en mí
cualquier mal sin mejoría
delito de grosería,
favoreciéndome ansí.

INFANTE. Vos sabéis agradecer
mucho más que yo obligar.

LOPE. Esto es, gran señor, pagar
lo que debo a vuestro ser;
que haciendo grandezas tales
beneficios y favores,
lisonjean los dolores
y disminuyen los males.

INFANTE. ¿Cómo, hermosa Laura, estáis?

LAURA. Como yo también, señor,
participo del favor
con que a todos nos honráis,
con salud y agradecida,
vuestros favores gozando,
voy cada día aumentando
esperanzas de más vida.

INFANTE. El más cuerdo reprobar
los descuidos del no hacer,
dicen que es encarecer
disimulando el culpar;
y siendo ansí, yo me doy
por culpado y entendido
del descuido que he tenido,
cuando en vuestra gracia estoy.

LOPE. Y vos me veis en mi casa,
dando con este blasón
envidia y admiración,
¿en qué puede ser escasa
la merced que me habéis hecho?
¿Qué secreto habéis, señor,
reservado en el favor
que me hace vuestro pecho?
¿Qué veces habéis jugado
cañas, que yo no haya sido
por vos mismo el escogido
para darme vuestro lado?
Si persona [se] ha propuesto
para casos de importancia
en Castilla, Roma y Francia,
honrándome siempre en esto,
habéis, con el Rey, señor,
favorecido la mía,
dando muestras cada día
de más fe y de más amor.
Y al dudar y al resolver
vuestros casos (1), siempre ha sido
observado y admitido
mi gusto y mi parecer.
Y esta verdad conocida,
juntamente puede Laura
decir que con vos restaura
esperanzas de más vida;
que como es mi hermana y es
quien desea mis aumentos,
hace de vuestros intentos
particular interés.

INFANTE. ¡Por vida del Rey, mi hermano,
que si de Aragón tuviera (1)
la corona, que pusiera
su poder en vuestra mano!

LOPE. Sólo en una niñería,
que ha tocado en extrañeza,

---

(1) En el original, "lazos". Hartzenbusch, "vuestra Alteza".

(1) En el original, "que si Aragón hubiera", por errata notoria.

puedo estar de vuestra Alteza
quejoso.

INFANTE. ¡Por vida mía,
que he de saber en qué ha sido!

LOPE. Vuestra Alteza dé licencia
a Laura, que en su presencia
no pienso que es permitido.

LAURA. Laura, gran señor, la espera.

(Vase.)

INFANTE. Darla es en mí obedecer.
Yo tomara no saber
lo que es, por que no se fuera.

HERNANDO. También podremos nosotros
irnos, pues Laura se va
y los deja.

GUZMÁN. Claro está.

(Váyanse.)

INFANTE. Esperad fuera vosotros.

LOPE. Aquí tiene vuestra Alteza
en qué sentarse.

INFANTE. Sí haré,
si vos os sentáis.

LOPE. No sé
que sea tanta la flaqueza
de mi mal que me permita
tan osado atrevimiento,
demás de que si me (1) siento,
vuestro valor se limita.

INFANTE. Sin ninguna enfermedad
os podéis sentar conmigo,
que sois Cardona y mi amigo,
que es segunda calidad.
Sentaos, don Lope.

LOPE. Señor,
muy bien podré hablar en pie.

INFANTE. Sentaos, que me enojaré.

LOPE. Si la obediencia es mejor
en un vasallo, no quiero,
si bien parezco imprudente,
las culpas de inobediente
incurrir.

INFANTE. La mía espero.

LOPE. Con las mercedes, señor,
que digo que he recibido,
y refiero agradecido,
se ha acrecentado mi amor,
pero también mi cuidado
por una acción natural
que de mi pecho leal
vuestra Alteza ha recatado.
Y como las voluntades
son todas filosofías,
escudriñan niñerías
de diversas calidades.
Imposible es, gran señor,
según la naturaleza
que nos muestra vuestra Alteza,
que viva falto de amor;
y siendo esto así verdad,
con causa me da cuidado
haber de mí recatado
su amorosa voluntad.
Y como estas cosas son
las que más cerca de sí
trae el alma, y puede en mí
engendrar satisfación
el verme favorecido
de su pecho, a quien me ofrezco,
presumo que desmerezco
todo lo que no he sabido. (1)

INFANTE. Mas, pues que sé conocer
que es causa deste temor
la estimación de mi amor,
os quiero satisfacer.
No sólo al rigor esquivo
de un ángel vivo inclinado,
pero nací destinado
a vivir libre y cautivo,
cursando penas y enojos,
reducido el cautiverio
de mi vida al breve imperio
de dos bellísimos ojos.
Por reducir su extrañeza,
con recato he prometido
no decir el nombre.

LOPE. Ha sido
acción muy de vuestra Alteza.

INFANTE. Y mi palabra os empeño,
don Lope, que no es temor
el no deciros mi amor,
sino por callar el dueño.

LOPE. Lo que yo saber quería
es el amor, no el sujeto,
por poder hablar inquieto
en cierta desorden mía.
A estar sin él vuestra Alteza,
fuera el decir lo que siento

(1) En el original, "demás de que yo siento": errata evidente.

(1) Faltan versos antes de estos que debe decir el Infante, aunque en el original sigue hablando Lope.

cogerle el entendimiento,
o traición con mi flaqueza.
Y, pues sabe qué es querer,
para penar y sentir,
porfiar sin conseguir,
y servir sin merecer,
como amante, señor, pido
que escuches piadosamente
la causa de un accidente
que me tiene sin sentido.

INFANTE. Discreción fué examinar,
don Lope, mi amor primero;
que un amante verdadero,
sintiendo, sabe escuchar.
Y a no ser de los que amor
a su esclavitud condena,
supiera escuchar la pena,
mas no juzgar el dolor.

LOPE. El día que en Zaragoza,
al dichoso nacimiento
de Carlos, vuestro sobrino,
celebró fiestas el reino,
al principio de unos toros
asistí, para hacer tiempo
para jugar unas cañas,
en que fuistes cuadrillero.
En una ventana estuve,
cerca de otra donde el cielo
puso en epiciclo breve
deste su esférico asiento
dos soles en blanca aurora
vestidos de rayos negros:
piadoso luto, sin duda,
por los amantes que han muerto.
Rayos de luz fulminaban
tan vivos en mis deseos,
que eran los átomos almas,
y espíritus sus reflejos.
Animadas sus acciones,
animosamente hirieron
mis ojos, porque tenían
más almas que movimientos.
De suerte estaban conformes
en la hermosura del cuerpo
lo descuidado en lo airoso,
y en lo hermoso, lo compuesto,
que para ser su belleza
un divino atrevimiento,
tuvo amagos de deidad
la humanidad del sujeto.
Sabiamente discurría
de la fiesta los sucesos,
exhortación apacible
que hizo mi entendimiento.
Tan sin mí quedé, señor,
después que la vi, que creo
que sólo ya vive en mí
la vida de mis deseos;
y ansí conformado tanto
mi gusto y mis pensamientos,
que aquello que no es quererla
es lo que de mí aborrezco.
Y de aquí puede inferirse
mi pena, pues no granjeo
un minuto de esperanza,
con dos años de desvelos.
Referir a vuestra Alteza
las diligencias que he hecho
es cansarle, acrecentando
memorias a mis tormentos;
y, al fin, yo muero de amores
tan sin ventura, que pienso
que nace de mi desdicha
lo imposible del remedio.
Y para disculpa mía
diré, señor, por quién muero,
que es tal, que vengo a tener
en lo dañoso el consuelo:
doña Leonor de Moncada,
a quien don Juan de Acebedo
presumo que tiene dada
palabra de casamiento,
es por quien vivo, señor,
tan sin salud, que pretendo
que pasen por muerte injusta
las desdichas que padezco.
Y vuestra Alteza perdone
el decirle mis desvelos,
que dichos y perdonados,
al sentirse serán menos.

INFANTE. Semejantes ocasiones
son el crisol destos tiempos
donde se afinan y apuran
los amigos verdaderos.
Por la santísima cruz
que a esta espada toco y beso,
que no han de quedar amores
tan bien sentidos sin premio,
y que, ya que yo en los míos,
por desgraciado, no puedo,
que me he de vengar en ser
poderoso en los ajenos.
¿Quieres, don Lope, que trate
con ella tu casamiento?

LOPE. Su sangre dice que sí,
y mi amor que sea luego.

Pero advierta vuestra Alteza
que está don Juan de Acebedo
tan bienquisto con el Rey,
que es justo que reparemos
en no hacerle algún pesar.

INFANTE. Su Majestad tiene puesto
el cuidado en otras cosas
de más importancia, y quiero
remediar tus inquietudes;
y así, procura estar bueno,
que has de lograr por mi causa
tus amorosos deseos;
porque una de dos, don Lope:
supuesto que aquí no hay medio,
o tu esposa ha de ser ella,
o la has de gozar sin serlo. *(Vase.)*

LOPE. Beso tus pies cien mil veces.

(Sale GUZMÁN.)

GUZMÁN. Contento quedas.

LOPE. Haz luego
que me ensillen un caballo
a la jineta, que tengo
mas vida, más esperanza,
más salud y más consuelo.

GUZMÁN. ¿Hase rendido aquel monstruo
de crueldad?

LOPE. No; pero creo
que ha de rendirla el Infante.
¿Qué dices tú, según esto?

GUZMÁN. Que a lo que ella se inclinare
es a lo que yo me atengo.

LOPE. Ven, que aunque no dices mal,
que ignoras he visto en esto
lo que es en todo el favor
de un poderoso resuelto.

(Vase, y sale DOÑA LEONOR *y* TEODORA.)

LEONOR. Este es mi gusto, Teodora.

TEODORA. Con eso me has avisado
que no es para disputado,
y más éste que está ahora
fundado en tu voluntad.

LEONOR. Está tan bien empleada,
que aun para escucharte nada
no me deja libertad.
Que es don Lope de Cardona
noble y rico, te confieso,
y que puede ser por eso
dignamente su persona
estimada y preferida;
pero cuando un corazón
tiene ya su inclinación
ajustada y corregida
con la fuerza de su estrella,
le suena mal y le ofende
todo lo que no pretende
que se constituya en ella.
Don Juan de Acebedo es pobre,
y por tal le he conocido;
pero tan suya he nacido,
que le falte, o que le sobre,
que si Fernando me diera,
por amorosa elección,
la corona de Aragón,
claramente le dijera
que soy de don Juan, Teodora.

TEODORA. ¡Linda cosa es el reinar!

LEONOR. Linda también el estar
casada a gusto.

(Sale ALDANA, *escudero viejo.)*

ALDANA. Señora,
el señor don Juan.

LEONOR. Tomad.

TEODORA. Eso sé yo que hará Aldana
de muy bonísima gana.

ALDANA. Si tomo o no, cristiandad
es tomar lo que me han dado;
que tengo herederos yo,
y ninguno granjeó
a Dios por desperdiciado.

TEODORA. Sois un tan santo varón,
que con vos pienso que está
congregado también ya
el estilo tomajón.

ALDANA. Mande vuesancé a Teodora
que me deje.

LEONOR. Déjale.

TEODORA. ¿Qué le digo yo?

ALDANA. ¡No sé!
Satiricas.

TEODORA. ¡Ay, señora!
Satirica me ha llamado.

LEONOR. Pagados estáis los dos.

TEODORA. Sea por amor de Dios,
Nicudumus congregado.

(Salga DON JUAN DE ACEBEDO.)

JUAN. El no pedir para entrar
licencia, es información
donde mi satisfación

pretende calificar
la dichosa suerte mía.

LEONOR. Siendo tan dueño de todo,
fuera en lo injusto del modo
sobrada la cortesía;
porque es un error vicioso
que pida el que puede dar.

JUAN. Ya doy, pero es qué envidiar
al mundo. El más venturoso
de aquellos que han ajustado
sus obras con su deseo,
que puede conmigo creo
tenerse por despreciado.
A su Majestad pedí
para casarme licencia,
y estimando la obediencia,
aunque era forzosa aquí,
de suerte habló en la elección,
que pudiera darme celos,
a no tener mis desvelos
conocida su intención.
Los infantes don Fernando
y doña Clara nos da
por padrinos.

LEONOR. Eso es ya
comenzar acreditando
nuestro honor.

JUAN. De mis aumentos
dice que tendrá cuidado;
y con esto y haber dado
fin dichoso a mis intentos,
ni a él le queda más qué hacer,
ni a mí más qué desear;
porque si juntara el mar
con la tierra su poder,
y con rayos fulminantes
el sol, padre de la vida,
a mis manos reducida
la inmensidad de diamantes
que engendra, hermosea y toca,
no compitieran aquí
con las dos letras de un "sí"
de tu hermosísima boca.

LEONOR. Tan divinamente hacéis
lisonja a mi dignidad,
que acreditáis, por verdad,
aquello que encarecéis.
Pero, si honrarme queréis
en esta ventura nuestra,
decid sólo que soy vuestra,
y ansí me encareceréis.

ALDANA. El infante don Fernando
viene a hablar a vuesancé.

LEONOR. ¿Qué me quiere a mí?...

ALDANA. No sé.

LEONOR. ¿Infante?

ALDANA. Estoy temblando,
sólo de oirle, no más;
porque hay fama en Aragón
que es el Infante un Nerón,
que es un Nerón, un Caifás;
que tiene su voz airada
tan poquito de alleluya,
que cada palabra suya
parece una bofetada.

JUAN. El Rey le habrá dicho ya
que ha de ser nuestro padrino:
que a esto vendrá imagino.

LEONOR. Lo que es presto se sabrá.

JUAN. ¿Iréme?

LEONOR. Impórtame a mí,
que nunca buenas han sido
las visitas de un marido
sin la posesión de un "sí".

JUAN. Quiero, pues, si es importante,
dueño mío, a vuestro honor,
esconderme. Este favor
perdonara yo al Infante.

(Escóndese DON JUAN, *y sale el* INFANTE *y* CRIADOS.*)*

LEONOR. Sea, señor, vuestra Alteza
mil veces muy bien venido
a honrar mi casa, que ha sido
propia acción de vuestra Alteza.

INFANTE. Yerro será preguntar.
por salud tan conocida.

LEONOR. La que tengo está ofrecida
solamente a desear
felices siglos, señor,
de vida en que vuestra Alteza (1),
con el laurel vencedor;
que su espíritu valiente
ardiente cometa es ya,
pues amenazando está
las regiones del Poniente.

INFANTE. Ya me obligáis a tener,
con tan heroico decir,
deseos de conseguir
lo glorioso del hacer.
Y cuando de parte mía
se acreciente nuestra fe,
bien podré decir que fué
de un ángel en profecía.

---

(1) Falta un verso a esta redondilla.

LEONOR. ¡Divino encarecimiento!
INFANTE. Pasa del límite humano
vuestra belleza, y en vano
la discurre el pensamiento
en menos estimación;
y por que podáis creer
mi voluntad y tener
entera satisfación
de mí, a solas, si gustáis,
quiero hablaros.
LEONOR. (No imagino
que es intención de padrino
la que le mueve.) Que os vais
manda el Infante.
TEODORA. Venid,
escudero diamantino.
ALDANA. Taravilla de molino,
vamos.
TEODORA. Gaitero del Cid,
entrad el primero vos.
ALDANA. Diréselo a mi señora,
en apodando, Teodora.
TEODORA. Sea por amor de Dios.

(Vanse los CRIADOS, *y quedan el* INFANTE *y* DOÑA LEONOR, *y está* DON JUAN *escondido detrás del paño.)*

JUAN. Presto, corazón inquieto,
de tantas dudas saldrás;
escuchemos, y sabrás
la causa deste secreto.
Y advierte, pues me condenas,
que, dudosos los agravios,
no es de corazones sabios
anticiparse a las penas.
INFANTE. Habiendo considerado
de vuestra ilustre ascendencia
el valor y la excelencia
con que siempre ha conspirado
en la sangre de Moncada
memorias a lo futuro,
vuestros aumentos procuro,
por no veros mal casada.
Y así, de mi mano quiero
daros esposo que aumente
de vuestra estirpe excelente
el blasón más verdadero.
De don Lope de Cardona
os traigo ofrecido un "sí",
y en él un alma.
JUAN. ¡Ay de mí,
muerto soy!
INFANTE. De su persona
no tengo más qué informar,
después de haberla nombrado,
y de su hacienda habrá dado
la voz común del lugar
general satisfación,
y su calidad se abona
con el nombre de Cardona,
que es el mejor de Aragón.
En el perdido color
del rostro habéis respondido
que no admitís por marido
al que os propongo.
LEONOR. Señor,
la causa de hallarme aquí
de vuestra Alteza obligada,
estando imposibilitada
de hacello, me ha puesto ansí.
Y como en el alma está
determinado otro dueño,
y este voluntario empeño
corre por su cuenta ya,
con este color envía
a decir a vuestra Alteza
que su amorosa entereza
sirva por disculpa mía.
INFANTE. Cuando las culpas son tales,
pocas disculpas lo son.
LEONOR. Siempre es fácil el perdón
en pechos tan liberales.
INFANTE. Despreciar un casamiento
por sí tan calificado
y por mi gusto tratado,
es parte de atrevimiento.
LEONOR. Si antes de haber elegido
propusiera vuestra Alteza
de don Lope la nobleza,
concedo que hubiera sido
atrevida grosería
no obedecer, claro está;
pero, siendo de otro ya,
discúlpeme el no ser mía.
INFANTE. Cuando son tan desiguales
las partes, con la mudanza
fácil disculpa se alcanza.
LEONOR. Las de mi esposo son tales,
que, a no tener Aragón
Rey legítimo, él lo fuera
juntamente, si se diera
el reino por elección.
Y cuando en mi esposo vea
menos partes mi valor,
ya es conmigo la mayor
el querer yo que lo sea;

que aunque yerre la elección,
no importa, si yo me ajusto,
que en los imperios del gusto
nunca fué ley la razón.

INFANTE. También en los del poder
es ley que está derogada
cualquiera dicha fundada
en firmeza de mujer.
Y podrá ser que se tuerza
a rogar el despedir,
que tal vez suele suplir
por la voluntad la fuerza.
Y advierta, justo o injusto,
el que se quiere casar,
que manos sé yo cortar
que se dan contra mi gusto.

(Vase, y sale DON JUAN.*)*

JUAN. Juntos el bien y el pesar,
¿por quién pudieran venir?
¡Cielos!, ¿qué haré? Morir,
pues que no puedo matar.
¡Ah, respetos naturales
de los que llegan a ser
idólatras del poder
con las personas reales!
¡Cómo enfrenáis el rigor
de una paciencia ofendida!

LEONOR. Si hasta aquí he sido querida,
desde aquí empieza mi amor.
Y si él funda su poder
en que deje de casarme,
yo sé querer sin mudarme,
y despedir sin temer.

JUAN. Sólo en estar yo seguro
en tu amor consiste ya
mi suerte.

LEONOR. Antes faltará
el resplandor claro y puro
del sol, en la esfera el fuego,
vivirá un cuerpo sin alma,
y el mar, con eterna calma,
dará a su inquietud sosiego,
que apartar pueda de mí
la amenaza más impía,
ni la más necia porfía,
el alma que ya te di.
Y algo tiene de inorante
quien nuestros gustos limita,
si es un rey quien facilita
y quien lo estorba un infante.

JUAN. Déjame besar tus pies,
admiración desta edad.

LEONOR. En teniendo voluntad,
todo es fácil.

JUAN. Ansí es.
Lo que importa es abreviar
con el Rey el casamiento;
que ejecutando el intento,
menos habrá qué estorbar.

LEONOR. Ese parecer apruebo.

JUAN. Diréle a su Majestad
que importa la brevedad,
sin decir que no me atrevo;
que si para amedrentar
corta manos el Infante,
como verdadero amante
me sé yo determinar.

(Vanse.)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

JORNADA SEGUNDA

(Salen TIBALDO *y* DON PEDRO *con memoriales en las manos, y* DON LOPE DE CARDONA, GUZMÁN *y* HERNANDO.*)*

LOPE. Esto es decir lo que siento.

TIBALDO. Sí, pero estotro es sentir
la pena del sentimiento,
y habemos de proseguir
don Pedro y yo nuestro intento;
porque no es ley, ni razón,
que un infante de Aragón,
que había de darme a mí
ejemplo, atropelle ansí
nuestra honrosa estimación.

LOPE. Saber, señores, quisiera
los agravios que os ha hecho
el Infante.

TIBALDO. A Dios pluguiera
que los pudiera mi pecho
ocultar, que yo lo hiciera.
Yo, señor don Lope, tengo
una hija por casar,
cuyo estado le prevengo,
si bien, por no la apartar
de mis ojos, la detengo.
Y con tanta tiranía
solicita cada día
el Infante su hermosura,
que ha de impedir su ventura

y ha de acabar con la mía.
Anoche, en mi casa entró,
y, a no hacer de la virtud
defensa, imagino yo
que lograra su inquietud
la torpeza que intentó.
Y así, humildísimamente,
pido en este memorial
al Rey que, pues es prudente,
mitigue el fuego bestial
desta juventud ardiente;
que si él, como superior,
no remedia con valor
semejante desventura,
ni habrá doncella segura,
ni padre que tenga honor.

PEDRO. Estando ayer en la puente
del río, viendo cambiar
visos de cristal luciente,
porque no volví, al pasar
divertido en su corriente,
del caballo se apeó
y, forcejeando conmigo,
en el río me arrojó:
crueldad que, aun para castigo
de muchas culpas que yo
cometido hubiera allí,
era muy grande.

LOPE. Es así,
y confieso que tenéis
razón; pero que escuchéis
sólo un consejo de mí
os pido: Del poderoso
que ha de quedarse en su ser,
es el quejarse dañoso,
pues se queda en su poder
por enemigo forzoso.
Y cuando la acusación
no descompone, no es sabio
quien declara su pasión,
pues no remedia el agravio
y descubre la intención.
Y, finalmente, señores,
de las personas reales,
solicitar los favores,
sentir por propios los males
y no decir los errores.

TIBALDO. De suerte me ha convencido
vuestra señoría, que quiero
que este memorial, rompido,
pueda decir por entero
que callo y sufro, ofendido;
que si el Príncipe, enojado
se ha de quedar en su estado,
no quiero darle motivo
a proseguir, vengativo,
lo que ha de dejar, cansado.
Y para no aventurarme
a más peligro, me voy.

PEDRO. Yo, no; que para quejarme
quizá hallaré, donde estoy,
quien procure apadrinarme.

TIBALDO. Mirad que me ha reducido
en más años mi experiencia.

PEDRO. Yo he de quejarme, ofendido.

TIBALDO. Pues tened después paciencia,
si os viereis arrepentido.

(*Vase* TIBALDO.)

PEDRO. Don Juan de Acebedo viene,
y éste es el que agora tiene
del Rey la gracia adquirida.

(*Sale* DON JUAN.)

JUAN. ¿Quién hay más aquí que pida
audiencia al Rey?

PEDRO. Quien previene
justas quejas de su Alteza,
si no es que son de un tirano
monstruo de naturaleza.

JUAN. Su Majestad es cristiano,
y a su virtud y grandeza
sé que no ha de anteponer
su sangre, que sabe hacer
justicia, y en aceptar
personas, ni perdonar,
otro Trajano ha de ser.
Entrad.

PEDRO. Hanme aconsejado
que no pida al Rey justicia:
que muchos han acusado
del Infante la malicia,
y sin ella se han quedado.

JUAN. ¡Cualquiera que dice!

LOPE. Yo
lo he dicho.

JUAN. ¿Y en qué fundó
vuestra señoría el decir
que el Rey ha de consentir
ajenas culpas? Quien dió
motivo a ser castigado,
de sí mismo degenera,
y no ha de ser reservado;
que la virtud verdadera

hace al príncipe estimado.
Y, con perdón de su Alteza,
la mejor naturaleza
se adquiere por bastardía,
cuando obra la tiranía
en el ser de la grandeza.

LOPE. ¿Luego el Infante es tirano?

JUAN. En un príncipe cristiano,
tiranía viene a ser
todo lo que es ofender
sin dar la causa; y su hermano
no ha de querer que se entienda
que por sí le ha de dejar
que a ningún vasallo ofenda,
pudiendo facilitar
con el castigo la enmienda.

LOPE. (Este habla apasionado:
sin duda alguna ha sabido
lo que el Infante ha intentado,
y a sombras deste ofendido
pretende quedar vengado.)
Defender yo la intención
del Infante, no es razón,
si causa ajenos pesares;
pero en las reglas vulgares
son los reyes la excepción.
Y si es que puede el Infante
venir a reinar, no es justo
que mude el tiempo inconstante
a su poder el disgusto
de acusación semejante.
La más saludable acción
es no hacer contradición
alguna del poderoso.

JUAN. (Este habla malicioso,
y responde a mi intención;
pero no se ha de casar
con doña Leonor, o a mí
la vida me ha de costar.)
Su Majestad viene allí;
venid, si os queréis quejar.

LOPE. Mejor lo mirad primero.

JUAN. Fiscalizar culpas quiero
de un poderoso atrevido,
que un infante distraído
merece un rey justiciero.

(Vanse DON JUAN *y* DON PEDRO.)

LOPE. Medios parecen cristianos
los que quieren deshacer
agravios; pero tiranos
cuando pretenden hacer
enemigos dos hermanos.

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. Este hombre que estaba aquí
con don Juan, ¿adónde va?

LOPE. Irá a quejarse de mí;
solamente sé que hará
mal en disgustarte a ti.

INFANTE. Pasando ayer por la puente
del río, ese majadero,
ese grosero imprudente,
por no quitarse el sombrero,
al ruido de mi gente
se hizo desentendido,
y yo, don Lope, ofendido,
en el río le arrojé,
donde de su culpa fué
castigado y ofendido.

LOPE. Pagó muy bien su pecado.

INFANTE. A la orilla salió a nado,
si bien el agua, suspensa,
sintió celebrar la ofensa
de un hombre tan mal criado.
Y si se viene a quejar,
bien se puede recelar
de mí con nuevos temores,
que en palacio hay corredores
donde no importa el nadar.
Don Juan de Acebedo creo
que apadrina su intención.

LOPE. No es posible.

INFANTE. Allí le veo
con él; y ésta es la ocasión
que ha mucho que yo deseo:
porque si castiga aquí
en éste que yo ofendí
las quejas por su interés,
callará don Juan después
las que ha de tener de mí.
Y aun puede, con lo que digo,
pensar que le soy amigo,
mi condición conocida,
pues le enseño en otra vida
la imagen de su castigo.

LOPE. Si por mi causa, señor,
te apasionas desta suerte,
padezcamos yo y mi amor,
y no te enojes.

INFANTE. Advierte
que perderás mi favor
y la privanza que alcanzas.
Pon en mí tus confianzas,
y calla.

LOPE. Ansí lo he de hacer,

si por tu mano he de ver
logradas mis esperanzas.

(Vanse. Salen GUZMÁN *y* HERNANDO.)

GUZMÁN. ¿Dónde vas? ¿Estás en ti?
¿Quieres llegar donde está
el Rey?
HERNANDO. Pues ¿qué importará?
¿No es más Jesucristo?
GUZMÁN. Di
otra verdad menos clara,
Hernando.
HERNANDO. Pues si en el templo
de Dios, sin dar mal ejemplo,
de rondón y cara a cara
entro hasta el altar mayor,
donde está por asistencia
su divina providencia,
¿por qué he de entrar con temor
adonde está un rey, que sé
que está sujeto, y con miedo,
a un panarizo en un dedo,
a un sabañón en un pie?
GUZMÁN. Como los reyes humanos
han de hacer introdución
por sí de su estimación,
para hacerse poderosos,
han menester conservar
esa humana idolatría.
HERNANDO. No es burla; un dedo daría
por poderme transformar
en lacayo de comedia.
GUZMÁN. ¿Por qué?
HERNANDO. Por sólo pegarme
con el Rey, y no quitarme
de su lado en hora y media.
La cómica caridad
de un poeta no está escrita,
pues la estimación limita
de la mayor majestad.
Y, como importe a la trama,
hará, sin razón ni ley,
que juntos lacayo y rey
se acuesten en una cama.
Pero, pregunto: ¿estará
en su aposento baldío
el Rey como yo en el mío,
Guzmán, si se rascará?
GUZMÁN. Notable imaginación.
Según mueven a respeto,
pienso que tienen boleto
contra toda comezón.
Siempre pienso que estarán,
según imagino, Hernando,
del bien público tratando.
HERNANDO. ¡Pluguiera al cielo, Guzmán,
qeu algún poeta me honrara
con sus entrañas piadosas,
que de más de cuatro cosas
importantes le avisara.
GUZMÁN. ¿Qué has de decir tú que impor- [te?
HERNANDO. Darle un modo liberal
de una expulsión general
de figuras de la corte.
GUZMÁN. Despoblado quedaría
el lugar.
HERNANDO. Notablemente.
GUZMÁN. ¿Y adónde había esa gente
de irse a vivir?
HERNANDO. A Turquía.

(Haya dentro ruido, y diga DON LOPE:)

LOPE. Deténgase vuestra Alteza.
GUZMÁN. ¡Válgate Dios!
HERNANDO. ¿Qué te ha dado?
GUZMÁN. El Infante ha despeñado
un hombre, y fué de cabeza
desde aquellos corredores
al patio.
HERNANDO. Y tal estoy yo,
que al golpe, Guzmán, que dió
sirven de ecos mis temores.
GUZMÁN. No temas; en salvo estamos.
HERNANDO. Si a su mala inclinación
le ha cuadrado la invención,
nosotros también volamos.
GUZMÁN. Pues ¿qué habemos hecho?
HERNANDO. Entiendo
que un travieso natural
se pica en haciendo mal,
como el que juega, perdiendo.
GUZMÁN. ¡Qué bríos tan importantes
para un hecho valeroso!
HERNANDO. Soy un hombre temeroso
de Dios y de sus Infantes.

(Sale el REY *y* DON JUAN DE ACEBEDO *y acompañamiento.)*

REY. Mirad, don Juan qué ruido
es ése, y quién ha causado
las voces que allí se han dado.
JUAN. Sin decirle lo que ha sido,
he de ponerle delante
de los ojos la impiedad,

el rigor y la crueldad
de las manos del Infante,
que esta culpa ha de excusar
las que temo contra mí.

(Vase.)

HERNANDO. ¿Qué me costara a mí aquí,
Guzmán, el arrempujar
a su Majestad?

GUZMÁN. Muy poco;
porque eso era dar indicio
de haber perdido el juicio,
y te tuvieran por loco.

HERNANDO. Grandes preeminencias tiene
la locura.

GUZMÁN. Disculpadas,
para no ser castigadas.
¡Quedo, que el Infante viene!

HERNANDO. ¡Ah, quién pudiera aquí ser
ahora, sin peligrar,
loco para arrempujar
y no para padecer!

(Sale DON LOPE *y el* INFANTE.)

LOPE. Su Majestad está aquí,
y pienso que has hecho error
en fiarte del color
de su rostro.

INFANTE. Si nací
tras su dicha, porque en él
se infundió el alma primero,
cuando sea justiciero,
¿en qué me ha de ser cruel
a mí?

GUZMÁN. ¡Extraña tembladera!

HERNANDO. Déjame, Guzmán, temblar,
que no es quien quiera bajar
al patio sin escalera.
Demás de que soy mortal,
y no nací con valor
a prueba de corredor,
y pienso que huele mal.

GUZMÁN. ¿Has dado alguna ocasión?

HERNANDO. No, ni tal el cielo vea;
pero puede ser que sea
cruel por su devoción.

INFANTE. Cartas de su Santidad
me dicen que ha recibido
vuestra Majestad.

REY. Y han sido
dignas de su cristiandad.
Al parabién que le dí
de su creación me responde
de suerte que corresponde
al gusto que en él sentí.

(Sale DON JUAN *al paño.)*

JUAN. Por aquí saldrá mejor.

REY. ¿No está bueno vuestra Alteza?
A negar el rostro empieza
su verdadero color.
Don Lope.

LOPE. Señor.

REY. ¿No está
con diferente semblante
que otras veces el Infante?

LOPE. Nadie, señor, lo sabrá
mejor que su Alteza.

INFANTE. Yo
no siento en esta ocasión
ninguna indisposición.

HERNANDO. Todo está en el que voló.

(Sacan en brazos a DON PEDRO *herido, y sale* DON JUAN.)

JUAN. Hasta que haya vuelto en sí
procurad no le mover.

LOPE. Esto se pudiera hacer
sin sacarle por aquí.

REY. ¿Qué es esto, don Juan?

JUAN. Señor,
a este hombre desdichado...

REY. Don Juan confuso y turbado
y el Infante sin color...
Tuya ha sido esta impiedad,
de que dan información
del uno la turbación
y del otro la piedad.
Y no quiero darme yo
por entendido hasta ver
lo que en esto puedo hacer.

LOPE. Desde el corredor cayó
al patio, haciendo a porfía
apuestas de ligereza.

HERNANDO. Con el peso de su Alteza
hacia abajo la tenía.

REY. Téngase mucho cuidado
con él, si no es muerto ya.

INFANTE. Uno sé yo que lo está
en la fe de mi cuidado.
Don Juan se me atreve a mí.
¡Vive Dios que ha de vengarme
su vida.

JUAN. Por declararme

estoy reventando aquí.
Discretamente pudiera
conocer su Majestad
el dueño desta crueldad.

REY. Vuestra Alteza le ha de hacer
por mí a don Juan un favor.

INFANTE. Supuesto que yo, señor,
nací para obedecer,
mande vuestra Majestad
lo que fuere de su gusto,
que en serville en todo es justo

HERNANDO. ¡Guarda la vuelta! Humildad
de hombre que estrella un cristia- [no,
furia será, detenida
con serenidad fingida
en tempestad de verano.

REY. Padrino quiero que sea
vuestra Alteza de don Juan.

GUZMÁN. ¡Gran favor!

HERNANDO. Para un caimán,
no fué la sierpe Lernea
tan mala para padrino.

INFANTE. (A fin de disimular,
me importa no replicar.)
Sólo a obedecer me inclino.

REY. Bien podéis dalle al Infante
las gracias por el favor.

JUAN. Lo que le debo, señor,
sabe el cielo. (¿Hay semejante
desventura? ¿Qué haré?
¿Diré que lo siento? No,
que es aventurarme yo,
y quizá le obligaré
en la gloria que pretendo
dando gracias por agravios:
cuerda elección de los sabios,
que han merecido sufriendo.)
Por merced tan señalada,
espero con pecho humano
de vuestra Alteza la mano
(que quisiera ver cortada).

INFANTE. (Escucha sin alterarte,
ya que el Rey tan cerca está:
tu vida consiste ya
solamente en no casarte;
y aunque a la iglesia contigo
vaya a un mismo tiempo, allí
saldrá de tu boca el sí
y de mi mano el castigo;
que de ti, si allá te guía
tu error, podrán sospechar
que te llevaste a enterrar
en hombros de tu porfía.)

JUAN. (¡Ah, rigor tan inhumano.)

INFANTE. (Habla bajo, o ¡vive el cielo
que dé contigo en el suelo
en presencia de mi hermano!)

JUAN. (Mira...)

INFANTE. (Aquí no hay que argüir,
que está ya echada la suerte;
y una de dos, resolverte
a no casarte, o morir.)

JUAN. (También se ha de resolver
vuestra Alteza a imaginar
que me ha de poder matar
y no me ha de convencer.
Que estoy tan enamorado,
que en trance tan peligroso
más quiero morir dichoso
que vivir desesperado.
Y quédale, en tanto mal,
por recurso a mi valor
el ser en todos, señor,
la defensa natural.)

INFANTE. (¿Contra mí te haces fuerte?)

JUAN. (Culpa en esto tu crueldad,
que no hay tan firme amistad
que rinda el pecho a la muerte.
Y a ofensa tan declarada
me debo yo resistir,
si es el dejarme morir
humildad desesperada.)

INFANTE. (Al fin te hallas poderoso.)

JUAN. (Si has de procurar matarme,
todo lo que es ampararme,
de mí es lo menos dañoso.
Y finalmente, señor,
mi defensa es permitida,
que el imperio de la vida
no conocer superior.)

REY. Siempre don Juan se ha precia- [do
de ser muy agradecido.

JUAN. Tanto me ha favorecido
su Alteza, que me ha obligado
a vivir más cuidadoso
de lo que hasta aquí pensé.

INFANTE. Lo que he dicho cumpliré.

JUAN. Y yo, lo que en mí es forzoso.

REY. Abrevia tu casamiento;
que, según lo has deseado,
todo aquello que has tardado
te ha servido de tormento.

JUAN. Impórtame dar primero
cuenta a vuestra Majestad
de cierta dificultad,
en que su favor espero.

INFANTE. (¡Que éste a mí para enemigo
no me tema! ¿Hay tal rigor?)
REY. Si es que le importa a tu honor
el secreto, ven conmigo.

(Vase el REY *y* DON JUAN.)

LOPE. ¿Qué dice don Juan?
INFANTE. Que quiere
casarse sin mi licencia;
pero sufra con paciencia
el daño que le viniere;
que en tan baja grosería
su muerte me ha de vengar.
HERNANDO. Voime de aquí, que es azar.
LOPE. Pues, señor...
INFANTE. ¡Por vida mía,
que no me contradigáis
en el hacer ni el decir!
Esta noche ha de morir,
y ahora quiero que vais
a ver si habla con mi hermano
en secreto.
LOPE. Ya, señor,
estoy de mi loco amor
quejoso.
INFANTE. Deste villano
vengo el atrevido intento
y la culpa que ha tenido
en poner aquí el herido,
delante del Rey.
HERNANDO. Sangriento
está el Infante, Guzmán.
GUZMÁN. Oye y calla.
HERNANDO. Sólo iré
a nuestra parroquia.
GUZMÁN. ¿A qué?
HERNANDO. A que doblen por don Juan.

(Vanse, y detiene el INFANTE *a* HERNANDO.)

INFANTE. Espera tú.
HERNANDO. ¿Yo?
INFANTE. Sí.
HERNANDO. ¡Buena hacienda habemos hecho!
El no queda satisfecho
y quiere acabar en mí.
INFANTE. ¿Qué estás temblando? ¿Qué es
¡Poco tienes de valiente! [eso?
HERNANDO. Diez años ha justamente,
señor, que no me confieso.
INFANTE. ¿Cuántas veces has reñido?
HERNANDO. Nunca he tenido, señor,
pendencia de corredor,
y toda mi vida he sido
devoto de los infantes,
y que pienso certifico
que es el menor infantico
más que cuarenta elefantes.
INFANTE. ¿De dónde eres?
HERNANDO. Del lugar
que vuestra Alteza mandare,
que nunca mi madre pare
donde sepa que ha de dar
disgusto a ningún Infante,
porque, a saberlo, se iría
a parir a Berbería.
INFANTE. ¡Graciosísimo ignorante!
¿Qué juzgas tú?
HERNANDO. Señor, sí.
INFANTE. ¿Qué es lo que juzgas?
HERNANDO. No sé,
pero yo respondo en fe,
y doy por sabido aquí
todo lo que puede ser,
que como suele cansar
a muchos el preguntar,
me adelanto a responder.

(Sale DON LOPE.)

LOPE. Con su Majestad está
hablando en la galería,
pero yo, señor, querría
que primero...
INFANTE. ¡Baste ya,
don Lope, o me enojaré!
Armado esta noche espero
a las diez en el terrero.
LOPE. En todo obedeceré.
INFANTE. Eso te importa, y callar,
que aquí mi parte ha de ver
el castigar y el vencer,
y a tí te toca el gozar.

(Vase.)

LOPE. ¡Ay, Guzmán! Sin alma quedo.
¿Qué corazón de diamante
se holgará de que el Infante
mate a don Juan de Acebedo?
Y bien sé que de aquí saco
para mí lo más dañoso,
que el rayo del poderoso
siempre hiere en lo más flaco.
GUZMÁN. Sólo a ti te hace favor

el Infante, y sólo creo,
según su condición veo,
que esto no es virtud ni amor.
Y tengo por medio sabio
no introducirte en su amor,
si lo que ahora es favor
viene a ser después agravio.

LOPE. No sé qué pueda aspirar,
Guzmán amigo, el Infante
conmigo para adelante
a algún fin particular.
Y caso que en su interés
esto se pueda fundar,
ahora lo he de estimar
y castigarlo después.
Que aunque estimo y agradezco
los consejos que me das,
si fuesen ciertos, verás
que a la defensa me ofrezco.

(Vanse, y salen DOÑA LEONOR *y* TEODORA.)

LEONOR. ¡Oh, lo que tarda don Juan!
Ya, Teodora, no hay paciencia
para esperar, si licencia
para casarse le dan.
En mi corazón están
dos contrarios porfiando,
porque cuando estoy pensando
que don Juan ha de ser mío,
de mi suerte desconfío
y vengo a morir dudando.
Acto tirano e injusto
es cierto que viene a ser
el quitarle a una mujer
en los del amor el gusto.
Sólo a quererle me ajusto;
déjamele, cruel Infante,
y aqueste amor no te espante,
porque de modo le adoro,
que sólo en el mío ignoro
el de pasar adelante.
Sólo a don Juan he querido,
y a don Lope aborrecí,
que desde que a don Juan vi
otro dueño no he tenido,
y como el alma ha sabido
que en mí es la pena mayor
que la causa del dolor,
juzgado el rigor del mal,
me reparte, liberal,
tanta pena a tanto amor.

TEODORA. Gracias al cielo, señora,
que se acabó el lamentar;
ya vuelve el sol a enjugar
el rocío del aurora.
Don Juan está en casa.

LEONOR. Ahora
sí que está, Teodora mía,
en su centro mi alegría,
porque a mil siglos de ausente
amanece en nuevo oriente
el aurora deste día.

(Sale DON JUAN DE ACEBEDO.)

JUAN. ¿Quién, hermoso dueño mío,
duda que me habéis culpado
todo el tiempo que he tardado
en veros; pero yo os fío
que a fundarse mi tardanza
en menos que haceros mía,
en vano me detendría
del Rey la menor privanza.
De nuevo dice el Infante,
mi bien, que me ha matar,
o que no me he de casar.

LEONOR. ¿Y vos?

JUAN. Que el cielo es bastante
solamente a deshacer
mi ajustado pensamiento,
porque en este casamiento
está de mi vida el ser.
Dice que el sí de mi boca
y de su mano el castigo
se han de encontrar.

LEONOR. ¡Ay, amigo!,
ya parece que me toca
en el alma el sentimiento;
que en un verdadero amor,
nunca examina el temor
si es verdadero el intento.
¡Vive el cielo soberano,
que había el mundo de ver
el valor de una mujer
contra un príncipe tirano,
y que ha de dar, si tal es
que borra mis dichas todas,
el tálamo de mis bodas
triste sepulcro a los tres!

JUAN. A su Majestad le he dado
cuenta ya de su intención,
y sabe su inclinación
de un hombre que ha despeñado.
Y él dice que quiere ser
el padrino, y que esta noche

disfrazado y en un coche
os quiere venir a ver
y a conferir vuestro gusto
con mi dicha; que esto alcanza
de los reyes la privanza,
y todo parece injusto.
Lo que a vos más os agrada
le podéis decir, y adiós.

LEONOR. Diréle que tengo en vos
toda el alma transformada,
que sois a quien solamente
está ofreciendo mi vida
la fe de un alma rendida
y un corazón obediente,
y que de suerte se muestra
a mi ser el vuestro unido,
que pienso que no he nacido
para lo que no es ser vuestra.

JUAN. De suerte debéis hacer
lisonjas para agradar,
que pienso que he de ignorar
el modo de agradecer.

(Vase DON JUAN, *y sale* ALDANA.)

ALDANA. Señora, mientras ha estado
el señor don Juan aquí,
ha estado abajo...

LEONOR. ¡Ay de mí!

TEODORA. ¡Miren qué flema!

ALDANA. Un criado
de don Lope de Cardona
esperando a que se vaya,
como puesto en atalaya.

TEODORA. Hecho está, Aldana, una mona.

LEONOR. Mirad si tras él se va,
que estoy temiendo algún daño.

ALDANA. Antes, si yo no me engaño,
parece que viene acá.

LEONOR. ¿Es éste?

ALDANA. Señora, sí.

(Sale GUZMÁN.)

GUZMÁN. Esto que parece ahora
atrevimiento, señora,
virtud viene a ser en mí.
Determinado el Infante
sale esta noche a matar
a don Juan, y el estorbar
que salga es tan importante,
que está pendiente su vida
de que vos se lo aviséis;
y adiós, que si le queréis,
basta quedar advertida.

LEONOR. Esperad, que sale ya
este diamante a premiaros.

GUZMÁN. Si no fué culpa avisaros,
con el premio lo será.
Y aunque estéis agradecida,
no me deis, señora, nada,
que virtud interesada
pocas veces fué creída.

(Vase GUZMÁN.)

LEONOR. ¡Ay, Teodora, muerta quedo!

TEODORA. Y a mí también me ha dejado
el corazón tan turbado
que de espanto hablar no puedo.

LEONOR. ¿Cómo podré resistir
del Infante este rigor?
Que soy mujer con amor,
y si muere, he de morir.
Dime, Teodora, un engaño
por donde en tanto rigor,
sin perder yo de mi honor,
le pueda escuchar el daño.

TEODORA. Con el Rey ha de venir
el Infante, y será bien
fingir con don Juan desdén
si quieres verle vivir,
pues entre tanto el Infante
mudará de parecer.

LEONOR. ¿Despreciar he de poder,
Teodora amiga, a mi amante?
Pero perdone mi engaño
si mi desengaño siente,
pues lo hago solamente
por evitarle otro daño.

TEODORA. El Rey viene ya.

LEONOR. ¡Ay de mí!
¡Qué notable confusión!

(Sale el REY *y* DON JUAN *y acompañamiento.)*

REY. Mucho estimo esta ocasión.

JUAN. Yo siempre os he de servir.

LEONOR. ¡Tanta merced, gran señor!
¿Cuándo pensó ver mi casa
el bien que por ella pasa?

REY. Su dueño tiene valor
para mayores mercedes;
y a apadrinar he venido
el dueño que has elegido,
y dalle la mano puedes,

y puedes estar contenta
con tan noble pensamiento,
porque su honor y su aumento
lo tomo yo por mi cuenta.

LEONOR. ¿Quién es el dueño, señor,
que decís?

REY. El me ha contado
lo que le habéis estimado,
y don Juan tiene valor
para poder merecer
ser vuestro. A esto he venido.

LEONOR. Muy engañado ha vivido,
porque aunque pudieran ser
cosas que tan justas son,
la misma razón defiende
que el ajeno amor depende
de la propia inclinación;
y no sólo no la tengo
al amor que don Juan muestra,
pero en sus engaños diestra,
de sus rigores me abstengo.

REY. Don Juan, ¿qué es esto?

JUAN. Señor,
pensé...

REY. Que errastes es llano,
pues me trujistes en vano
a lo que no imaginé.
Y nunca la autoridad
de vuestro Rey empeñéis
en cosas que no sabéis
que son muy cierta verdad.

JUAN. Señor...

REY. Quedaos.

JUAN. Sabe Dios
que agora...

REY. Que os quedéis digo,
que venís ciego conmigo,
y no he de volver con vos.

(Vase el REY, *y queda* DON JUAN *a un lado, suspenso.)*

TEODORA. ¡Ay, señora, que se va!

LEONOR. Tiene amor y está ofendido;
no hayas miedo.

TEODORA. El ha creído
la injuria; muriendo está.

LEONOR. Del Rey fué consejo sabio,
Teodora, el dejarle aquí
para que procure en mí
hacer ajeno el agravio.
¡Triste de la que ofendió
fingiendo, cuando está amando!
¡Aun lo que está imaginando
estoy padeciendo yo!

JUAN. Lo imaginado es lo cierto;
todo ha sido aprehendido
de un espíritu dormido
y de un corazón despierto.
¿Miente el sentido que aquí
me dijere que no es sueño
decir que ha de ser su dueño
don Lope? Pero ¡ay de mí!
Sentidos, cierto ha de ser
el dueño, pues ha nacido
sin ventura el ofendido,
y es la que ofende mujer.
¿Por dónde [le] he de empezar
a decir mi sentimiento,
si aún no quiere lo que siento
creer por no me matar?
¡Mujer... que no sé que darte
otro atributo peor!

(Sale GUZMÁN *alborotado.)*

GUZMÁN. Con don Lope mi señor
viene el Infante.

LEONOR. El librarte,
bien mío, importa.

JUAN. ¡Ah, traidora!
¿Agora conmigo humana?
Don Lope es tu bien, tirana,
y mira cuál son agora
tus pensamientos traidores:
que porque no me halle aquí
y tenga celos de mí
me cohechas con amores.

LEONOR. Tu vida consiste ya,
señor, sólo en esconderte.

JUAN. Si va conmigo la muerte,
también la he de hallar allá.

LEONOR. ¡Huye, señor, ay de mí,
que te vienen a matar!

JUAN. ¡Qué más dicha que acabar,
sólo por no verte así!
Entren, que aquí me hallarán
determinado a perderme.

(Salen el INFANTE *y* DON LOPE.)

LEONOR. (De mi industria he de valerme
para librar a don Juan.)
Según vuestra Alteza ha sido
estos días deseado,
del alma ha sido llamado
para ser muy bien venido;

porque he mudado, señor,
de gusto y de parecer,
y empecé a reconocer
mi ventura en su favor.
Y esto sirva de avisaros,
señor don Juan, que no entréis
en mi casa, pues sabéis
que vendréis sólo a cansaros.
El tiempo que supe amar
supe también defender,
y ya forzoso ha de ser
el despedir y olvidar
para que quede excluído,
al mismo tiempo que ha entrado
un esposo apadrinado,
un amante aborrecido.

LOPE. Hombre que ha llegado a oír
tan gran favor de tu boca,
si con la suya no toca
tus pies, no sabe sentir.

INFANTE. Agora sí me tendrán
mis sentidos persuadido,
viendo a don Lope elegido,
y despreciado a don Juan,
que en sólo haberos hallado
en su amor arrepentida
ha consistido su vida,
y ansí, no hay que dar cuidado,
que a más vida le condeno,
si su pena se acrecienta,
solamente porque sienta
el verte en poder ajeno.
Ya que estáis desengañado,
aquí ¿qué tenéis que hacer?

JUAN. Vamos, alma, a padecer
lo que habemos ignorado.

(Vase DON JUAN.)

LEONOR. (La industria ha sido cruel,
al paso que conveniente.
A padecer lo que siente
se va mi vida con él.)
Esto basta por ahora
por principio de mi amor,
que es ya muy tarde, señor.

LOPE. En todo os debo, señora,
el mostrarme agradecido.

INFANTE. Y yo obedezco, y me voy.

(Vanse el INFANTE *y* DON LOPE.)

LEONOR. ¡Teodora, sin alma estoy!

TEODORA. ¡Lindamente lo has fingido!

LEONOR. ¡Qué puede encubrir mi fe
con tan notable desvío!
¡Pero vivid vos, bien mío,
que yo os desengañaré!

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

(Sale LAURA *y* HERNANDO.)

LAURA. ¿El Infante?

HERNANDO. Y en señal
de que viene, estoy turbado,
que es como haberme soltado
a mí una furia infernal;
que dicen, dando querellas,
deste infeliz, no te asombres,
que ha muerto seiscientos hombres,
diez viudas y seis doncellas.

LAURA. Espera aquí.

HERNANDO. En mi flaqueza
es impropio.

LAURA. Aquí has de estar,
que nunca para estorbar
hizo falta la nobleza.
Desquitar quiere en mi honor
lo que por don Lope hace,
y ansí, no me satisface
su mal inclinado amor.

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. Si cuando llegué a pensar
que no os pude merecer
me pudiera yo abstener
de padecer y penar,
que excusara sabe Dios
lo que siento y lo que digo;
pero ya puedo conmigo
mucho menos que con vos.
Tirano hermoso, al rigor
de un continuo desear,
¿cuándo te podrá obligar
tanto sufrir?

HERNANDO. Sí, señor.

INFANTE. ¿Cuándo sabrás conocer
la humildad con que te adoro,
pues sólo contigo ignoro
la fuerza de mi poder?
Por don Lope he procurado

acreditar mi intención,
y tanto con mi pasión
he padecido y callado
en esta amorosa parte
en que mi temor me abona,
que aun por tercera persona
te obligo, por no cansarte.
Pero, Laura, tanto amor
suele tal vez, ofendido,
desquitar lo que ha sufrido
en no sufrir.

HERNANDO. Sí, señor.
(La vida tengo atrancada.
¡Ah, quién tan dichoso fuera
que en Laura se convirtiera,
para no negarle nada!
Que, según estoy temblando,
agora quisiera ser
Laura para prometer,
y al cumplir volverme Hernando.)

LAURA. (En no despreciar su amor
hago por don Lope aquí,
pues me queda libre a mí
la defensa de mi honor.)
Cuanto vuestra Alteza ha hecho
por don Lope está admitido,
estimado y conocido
en la lealtad de mi pecho;
pero no puedo, señor,
mientras no diere mi hermano
a doña Leonor la mano
dispensar ningún favor;
porque estoy tan ofendida
de los disgustos que siente,
que en sentirlo solamente
traigo el alma divertida;
y ansí puedo prometer
seguramente por mí
que al dar la mano y el sí
sabré estimar y querer.

HERNANDO. No pudo hablar Cicerón
mejor con ningún Infante.

INFANTE. El ser verdadero amante
se viera en mi corazón,
si aquí enseñarle pudiera.
Si en eso mi dicha está,
don Lope se casará.

(Sale DON LOPE *y* GUZMÁN.)

LOPE. De mí están hablando; espera.

INFANTE. Doña Leonor despidió
a don Juan, y él excluído,
quedó don Lope admitido;
pero ya quisiera yo,
según agradar deseo,
que volviera a no querer,
sólo a fin de merecer
la esperanza que hoy granjeo.
¿Posible es que se han de ver
a un mismo tiempo casado
don Lope y mi amor premiado?
¡El juicio vengo a perder!

LOPE. Este es, Guzmán, el temor
de tu buen entendimiento.
La mira fué de su intento,
la pretensión de este amor.
A Laura quiso agradar
favoreciéndome a mí,
que cuando quejas le di
de no me comunicar
su dama, y me respondió
que era a fin de no ofendella,
fué sin duda porque en ella
tengo tanta parte yo.
¿No me bastaba, Guzmán,
el venir desengañado
de que soy el desdichado
y el venturoso don Juan?
¡Vive Dios!...

GUZMÁN. Sólo te pido
que procures, como sabio,
el remedio de tu agravio,
sin darte por entendido.
Ya te han visto.

LAURA. Con licencia
de vuestra Alteza, me voy.

(Vase.)

INFANTE. Vuestro hasta la muerte soy.

LOPE. ¡Ay, honor! ¡Tened paciencia!

INFANTE. ¿Quién duda que ya vendrás
de ver a doña Leonor
muy contento?

LOPE. Sí, señor.

INFANTE. Triste parece que estás.
¿De qué vienes ofendido?
¿Qué tienes? ¿Quién te ha enojado?

LOPE. El presumir engañado
que era yo el favorecido.
Y como ya vuelvo a ser
el mismo que ser solía,
vuelve en la tristeza mía
la causa del padecer.
En fe de la que pudiera

tener quien vió despedir
a don Juan, quise seguir
mi suerte, y a Dios pluguiera
que no la hubiera creído;
que es el tormento doblado
del que se juzga estimado
y se halla aborrecido.
Alegre entré a visitar
la causa de los desvelos
que me han de acabar. ¡Ah, cielos,
qué imprudente porfiar!
Y apenas, señor, me vió,
cuando dijo envuelta en llanto:
"¿Para qué te cansas tanto,
si tengo otro dueño yo?
No conquistes por poder
lo que ha de ser voluntad,
que es tirana potestad
rendir por fuerza el querer.
Deja a un alma que se ofende
que goce lo que desea,
que el que estorba y no granjea,
con baja intención pretende."
Y tan tiernamente hablaba
en su estorbada afición,
que al salir cada razón,
una lágrima encontraba.

INFANTE. ¿Pues a qué fin despidió
a don Juan, si le quería?

LOPE. La causa, señor, sería
el daño que le excusó,
y pues ya quiso, señor,
mi suerte que ella adorase
a don Juan, o que ocupase
todo su ser en su amor,
determínome a dejarla,
que es vil acción estorbar
gustos que no he de gozar
cuando el hacerlo es cansarla.
Y suplico a vuestra Alteza,
de su parte y de la mía,
que anteponga en su porfía
su piedad y su grandeza.
Que está tan enamorada,
que esto me importa.

INFANTE. Eso no.
Ya es tarde, que tengo yo
mi autoridad empeñada;
y me tienen de cumplir
lo que me han hecho creer,
que le importa a mi poder
no dejarte arrepentir;
que dirán, y con razón,
no que estás arrepentido,
sino que yo no he podido
ver lograda mi intención.

LOPE. Vuestra Alteza advierta...

INFANTE. Es ya
muy tarde para advertir.
En lo que fuere pedir
que os case, todo se hará;
pero en lo contrario no,
pues no quedo satisfecho
del engaño que me ha hecho,
don Lope, en tanto que yo
no os case y me satisfaga,
si no es que en esta porfía
el mismo cielo me envía
a decir que no lo haga.

HERNANDO. Guzmán.

GUZMÁN. ¿Qué hay, amigo Hernando?
¿Tenemos nuevos temblores?

HERNANDO. Estos ya no son temores.
Pero estoy considerando
que ha de ser en nuestro daño
el replicar si le casa;
que hay corredores en casa,
y ha de hacer el cabo de año.

INFANTE. Tú, con tu imaginación,
discursos haciendo estás;
pero esta noche saldrás
de toda esta confusión.
A doña Leonor, te he dado
palabra que has de gozar,
y tengo de porfiar
hasta ver tu amor premiado.
Yo propio vendré a llevarte
esta noche donde seas
el venturoso, y poseas
deste bien la mayor parte;
y pues en este interés
me he puesto sólo por ti,
cásate agora por mí
y arrepiéntete después.

(Vase.)

LOPE. De confuso, no he sabido
contradecir su maldad.
Mucho me debéis, lealtad.
Mucho por vos he sufrido.
Bien claro me informa aquí
de su intención inhumana:
por pretender a mi hermana
porfía en casarme a mí.
¿Qué haré en tan grande rigor

cuando un Infante me incita?
Mi voluntad facilita
y contradice mi honor.
¿Qué haré?

GUZMÁN. Ajustarte de suerte
con tu misma inclinación,
que ni pueda su intención
apremiarte ni ofenderte.
Con cuanto hacer pretendiere
calla y síguele el humor,
y procura tú, señor,
deshacer lo que él hiciere.

LOPE. A tu parecer me ajusto,
porque es prudente y me agrada,
sin contradecille en nada
no he de hacer cosa a su gusto.

GUZMÁN. Dios te vuelva a tu sosiego
y nos dé gusto a los dos.

HERNANDO. Y no sea más, ¡plega a Dios!,
de como yo se lo ruego;
que de suerte me aniquilo
viendo este Infante Nerón,
que hace mi corazón
cabriolas en un hilo;
y como espero en mi fin,
tan asustado y deshecho,
pienso que traigo en el pecho
el alma de un volatín.

(Vanse. Salen DON JUAN, *y* TEODORA *con un papel, y* ALDANA.*)*

JUAN. ¿A mí papel?

TEODORA. Sí, señor.

JUAN. ¿De doña Leonor a mí?
Mira bien si estás en ti.

TEODORA. Si estuvieras en su amor,
te vieras tan adorado,
tan adorado y querido,
que hubieras agradecido
lo que hasta agora has dudado.
Abrele, y verás hablar
lágrimas de una mujer.

JUAN. ¿Quién duda que traes poder
para volverme a engañar?
Sirena en voz de tercera,
mensajera cautelosa
de aquella tirana hermosa,
sierpe en flores, alma en cera.
Si con otro nuevo intento
vuelves a engañarme a mí,
¿para qué te importa a ti
que pierda mi entendimiento?
Déjame en paz padecer
ignorancias de mi engaño,
que si es renovar el daño
porque no deje de ser,
vuelve y dí, que bien podrás,
piadosa en males ajenos,
que ni puedo esperar menos,
ni es posible sentir más.

TEODORA. Mira, señor, que es disculpa
de su amor este papel.

JUAN. ¿Qué puede decir en él
que me disculpe su culpa?
¿No soy a quien despidió
diciendo que le cansaba,
y que a don Lope estimaba?
¡Mal haya quien se fió
de sus fingidos amores,
que si yo fuera prudente
y amara engañosamente,
no sintiera sus rigores!

TEODORA. Y aquí ¿qué sentirá agora
quien te está escuchando así,
cuando tiene el alma en ti
aquel ángel que te adora?
¡Bien le pagas el estar
traspasada de dolor:
hasta que pueda en su amor
volverte a desengañar!
Tantas lágrimas vertía
su amoroso sentimiento,
que las tiene por sustento
y las llora noche y día.

ALDANA. Puede Teodora decillo
con justa conciencia ahora,
que está loca mi señora,
y no come por un grillo.
Y decir puedo, en verdad,
que para hacella sorber
dos huevos es menester
juntarse la vecindad.
Certifico a vuesancé...

TEODORA. Callad, Aldana.

ALDANA. ¿Aun aquí
me perseguís?

JUAN. ¡Ay de mí!
¿Si es verdad? ¿Si lo creeré?
Pues ¿cómo tan rigurosa
me echó de su casa a mí?

TEODORA. Entonces sola la vi,
cuerda, amante y amorosa.
Mediante aquella crueldad
vives hoy; porque a matarte
entró el Infante, y el darte

muestras de tanta piedad,
fué por templar el rigor
de aquel resuelto homicida.
¡Mira si el darte la vida
con una crueldad fué amor!

JUAN. Dame el papel.

TEODORA. Solamente
dice que conmigo vengas,
sin que un punto te detengas.

JUAN. (No es posible que esta gente
me engañe; pues el leer
excuso, y no me resisto.)
Vamos, que le doy por visto,
y le quiero obedecer.

TEODORA. Su incredulidad me humilla.
Venció un amor verdadero.

ALDANA. No lo quiero, no lo quiero;
échamelo en la capilla.

(Vanse, y sale DOÑA LEONOR.)

LEONOR. Paciencia, corazón mío,
que presto, si puede ser,
me veréis satisfacer
al dueño de mi albedrío.
Pulsad con menos temor,
supuesto que vos sabéis
que sin culpa padecéis
en la causa del dolor.
Su vida y su amor lo fueron;
y como viva don Juan,
fácil remedio tendrán
desdenes que no lo fueron.
Dejad que él pene también,
si engañado está mejor,
pues con capa de rigor
le dió la vida un desdén.
Y al fin, librándole yo,
quedar puede en su cuidado,
de una vez desengañado,
y vivir dos veces, no.
Ya parece que al ruido
de sus pasos suspendéis
la alteración y os movéis
más manso y menos sentido.
Esperad contra mi daño,
corazón, el fin dichoso,
en un desdén amoroso
y en un poderoso engaño.

(Salen TEODORA *y* ALDANA.)

TEODORA. ¿Qué queréis?, ¿llegar primero?
¿Habéisos arregostado
al diamante que os han dado?

ALDANA. ¿Queréis vos llegar?

TEODORA. Sí, quiero.

ALDANA. Ya viene el señor don Juan.

TEODORA. ¿Hay tan gran bellaquería?

LEONOR. Sólo a ti, Teodora mía,
mis deseos te darán
las albricias merecidas.
¿Viene don Juan?

TEODORA. Sí, señora;
y ya está en casa.

LEONOR. ¡Ay, Teodora!
A ser dueño de dos vidas,
te diera la una a ti.

TEODORA. Vos mismo os habéis burlado,
hipócrita embalsamado.

ALDANA. Notable susto la di.

LEONOR. Haz que enciendan luces luego,
que es tarde.

TEODORA. Por ellas voy.

LEONOR. Lo mismo que pido, soy,
si nace la luz del fuego.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Si un tiempo, señora, entré
a veros más satisfecho,
fué la causa haberme hecho
atrevido con mi fe.
Y aunque me han asegurado
que el mismo amor me tenéis,
a saber lo que queréis
vengo confuso y turbado;
que fuera un error nacido
de mis locos pensamientos
volver con atrevimientos
donde salí despreciado.

LEONOR. Si quieres resucitar
mis ya sentidos enojos,
ver lágrimas en mis ojos
y en éstos cifrado un mar;
si quieres ver reducida
mi desventura a tus labios,
mi tormento a tus agravios,
y a tus disgustos mi vida;
si un alma quieres hacer
que esté sin culpa, y en pena
propia una desdicha ajena
y una virtud padecer,
muéstrate desconfiado,
cuando yo por ti me muero;
que en decir que no te quiero
lo hallarás todo cifrado.

(Sale TEODORA *con dos bujías.)*

TEODORA. ¡Ay, triste de mí, el Infante!
LEONOR. ¡Que porfíe desta suerte
en solicitar mi muerte!
Ponle esas luces delante,
mientras se esconde don Juan.
Esto importa, mi señor,
a tu vida y a mi honor.
¡Triste yo, que te verán!
JUAN. ¿Que otra vez me he de escon- [der?
LEONOR. Que tengas paciencia pido,
que aunque me mate, he nacido
para tuya, y lo he de ser.

(Escóndese DON JUAN, *y sale el* INFANTE, DON LOPE, GUZMÁN *y* HERNANDO.)

INFANTE. Desta suerte, se mejora.
LOPE. Que no porfíes quisiera,
si no quiere.
INFANTE. Aunque no quiera,
será tu mujer ahora.
¡Mal conoces mi porfía!
Sólo impedirla podrá
el cielo.
HERNANDO. Aflojando va.
INFANTE. Esta noche, Laura mía,
daré fin a mis cuidados.
HERNANDO. ¿No es gustoso lo que pasa?
Todos tiemblan en la casa,
y nos reciben turbados.
INFANTE. No vengo aquí a probar
si es tu intención mala o buena,
porque nunca me dió pena
lo que puedo remediar.
Nadie palabra me ha dado
que no me la haya cumplido;
y en esto, si me has rompido
alguna, me he declarado.
¿Dijísteme que querías
a don Lope?
LEONOR. Sí, señor.
INFANTE. ¿Quién te lo mandó?
LEONOR. Mi amor.
INFANTE. Pues ¿a qué fin desvarías
el intento y las razones?
Si le quieres, ¿en qué dudas?
Y si no, ¿por qué te mudas
de otro amor?
LEONOR. (¡Qué confusiones!
Otra vez quiero fingir,
que viene determinado.)
JUAN. ¡Que sea tan desdichado
que esto haya venido a oír!
LEONOR. En haber dado a entender
a don Lope que tenía
otro dueño, prueba hacía
de su amor y su saber;
pero confesando aquí
lo que declaré primero,
digo que a don Lope quiero.
INFANTE. ¿Serás suya?
LEONOR. Señor, sí.
INFANTE. Míralo bien.
LEONOR. ¿Qué he de hacer?
INFANTE. ¿Qué dices?
LEONOR. Que es mi marido.
JUAN. Mucho es ya para fingido.
¿Si me engaña esta mujer?
INFANTE. Encerrad esos criados
en sus aposentos presto.
TEODORA. ¡Ay, triste de mí! ¿Qué es esto?
HERNANDO. A ser de los encerrados,
yo escogiera haciendo el buz
para este breve destierro
por compañera de encierro
a la del brío andaluz.
TEODORA. ¡Ah, señora!
GUZMÁN. Ya es en vano.
ALDANA. Gritad vos si os aprovecha,
porque yo de mi cosecha
me suelo acostar temprano.

(Vanse HERNANDO, TEODORA, GUZMÁN *y* ALDANA.)

INFANTE. Aquí no ha de haber testigos,
porque demás de no ser
para nada menester,
no excusados enemigos
dicen que son los criados
los que no verlos desean,
y aquí quiero yo que sean
enemigos no excusados.
Don Lope se ha de quedar
aquí esta noche.
LEONOR. ¿Qué haré?
INFANTE. Que mañana yo traeré
quien os pueda desposar.
LEONOR. El llevarle con prudencia
es aquí lo más seguro,
que agora sólo procuro
librarme de su impaciencia.
Si resisto, ha de intentar
con violencia persuadir
mi intención, y ha de salir
don Juan, y le han de matar.

Y si con este cruel
los dos criados se van
de don Lope, yo y don Juan
nos avendremos con él.

INFANTE. Yo propio os he de dejar
encerrados a los dos.
¿Dónde está la llave?

LEONOR. ¡Ay, Dios,
qué notable porfiar!
Siempre, como cuidadosa,
la traigo, señor, conmigo.

(Dásela.)

INFANTE. Don Lope, si eres amigo,
ya te dejo con tu esposa.

LEONOR. Estos criados no es bien
que se nos queden aquí.

INFANTE. Sí es; que me importa a mí
que aquí se queden también.

LEONOR. Juzgando su intento voy,
y lo pienso remediar.

INFANTE. De Laura voy a cobrar
lo que a don Lope le doy.

(Vase.)

LEONOR. De ti solamente espero
ahora en tal confusión,
por tu noble inclinación,
el remedio verdadero.
Su Alteza, inconsiderado,
que te cases te aconseja,
y para esto te deja
dentro mi casa encerrado.
¿Quieres ver el desengaño
de que no puedes casarte
conmigo, sin deshonrarte
tú mismo, ciego en tu daño?
A estas horas, escondido
está don Juan donde estás.

(Saca a DON JUAN.)

Discurre tú en lo demás,
pues eres bien entendido.

LOPE. Cumplido tienes conmigo.
Dices muy bien; ya lo veo,
y lo que ahora deseo
es no casarme contigo.

JUAN. Señor don Lope, éstos son
lances que el amor ordena.

LOPE. Casaos muy en hora buena
con ella, que no es razón
que, pues el cielo os ha hecho
aquí el venturoso a vos,
que yo, en ofensa de Dios,
os quite vuestro provecho.

JUAN. Muy bien mostráis el valor
que en vuestro ser se atesora.

LOPE. Perdone mi gusto ahora,
que más importa mi honor.
Vuestro casamiento os pido
que abreviéis.

JUAN. Harélo ansí,
que ya no saldré de aquí,
señor, sin ser su marido,
que de vos aconsejado
ya no tengo que esperar.

(Saca HERNANDO la cabeza.)

HERNANDO. ¿El no se quiere casar?
¡Pues morirá despeñado!

LOPE. ¿Qué llave me podrá abrir
si el Infante la llevó?

LEONOR. Puerta al jardín tengo yo
por donde podáis salir.

LOPE. Pues como franca me deis
la puerta en esta ocasión,
yo renuncio mi elección,
porque con ella os caséis.

JUAN. De pechos tan liberales,
¿qué amistad no se aficiona?

LEONOR. Eres el mejor Cardona
que vió el tiempo en sus anales.

(Vanse, y salen el INFANTE y LAURA.)

LAURA. Pues ¿cómo es esto, señor?
¿En mi casa a tales horas?

INFANTE. Eso es decirme que ignoras
los extremos de mi amor.
En casándose tu hermano
me dijiste que darías
remedio a las ansias mías.

LAURA. ¡No se entiende!

INFANTE. Ya es en vano
el quererte resistir,
que ésta es ya deuda debida,
si ha de seguirse en la vida
al prometer el cumplir.
Con su esposa queda ya,
tan seguro, que esta llave
sin alma y sentido sabe
que en su misma casa está.
Y esto ha de ser, Laura mía.

LAURA. Repórtese vuestra Alteza,
y no pierda a mi nobleza
la debida cortesía.
¡Que vive el cielo que vea
mi corta vida arrojada
a los filos de su espada
en una hazaña tan fea!
El que amando es poderoso,
no ha de intentar atrevido;
que el poder está excluído
en cualquier acto amoroso.
Y de mi parte me incito
en esta injusta violencia
a una noble resistencia
contra un villano apetito.
Demás de que en este error
está la injuria aprobada,
pues que me deja encerrada
la defensa de mi honor.

INFANTE. ¿Puedo yo temer? ¿No estoy
conmigo? Lo mismo fuera
si aquí don Lope estuviera.

(Salen DON LOPE, GUZMÁN *y* HERNANDO.)

LOPE. ¿Qué es esto?

INFANTE. ¡Perdido soy!
¿Cómo tan presto has dejado
a tu esposa?

LOPE. ¿Y tú, señor,
cómo estás aquí?

LAURA. ¡Ah, traidor!

HERNANDO. ¡Pescólo!

GUZMÁN. ¡El está turbado!

INFANTE. El sobresalto sabía
que a Laura le había de dar
el no venirte a acostar,
y yo a avisarla venía
por quitarla de cuidado.

LOPE. Muy bien se entiende, señor,
la voluntad y el amor
que vuestra Alteza ha mostrado.

HERNANDO. Con dos sentidos le dió.
La malicia está entendida.

INFANTE. Dime ahora tu venida,
que eso sólo espero yo.

LOPE. Con decir que hallé escondido
a don Juan en su aposento,
declaro el honroso intento
con que vengo arrepentido
de haber querido casarme
con mujer que pretendía
injustamente ser mía,
sólo con fin de afrentarme.
Y, finalmente, salí
por una puerta que hallé,
tan falsa como la fe
con que había entrado allí.
Que, a tan buen tiempo, señor,
para conocer mi daño,
que agradecí el desengaño
no perdiendo de mi honor.
Porque si después de estar
casado yo lo supiera,
aunque vuestra Alteza fuera,
le había yo de matar.
Que los que nobles nacimos,
no tenemos en nosotros
mayor infamia por otros
que aquella que consentimos.
Pero mal he puesto aquí
la figura en vuestra Alteza,
que de su heroica grandeza
nunca esperé ni creí
que me pudiera ofender,
y es una culpa viciosa
del ingenio hablar en cosa
que está tan lejos de ser.

INFANTE. (Si es que mi culpa ha entendido,
con agudo entendimiento
me ha castigado el intento.)
Yo estoy, don Lope, ofendido,
y tengo de porfiar
en la venganza del hecho;
que no estaré satisfecho
hasta volverme a vengar;
porque la injuria ya es mía,
y ha de correr por mi cuenta
la venganza desta afrenta.

LOPE. Sí; pero es ya tu porfía
en vano para conmigo.

INFANTE. ¡He de matar, vive Dios,
a don Juan, y una de dos:
o quedarte, o ser mi amigo!

LOPE. No pienso contradecir
tu gusto, señor, en nada.

INFANTE. Pues vamos, que ya está echada
la suerte, y ha de morir.

LOPE. Parte volando, Guzmán,
y dile al Rey que, arrogante
y resuelto, va el Infante
a darle muerte a don Juan.

GUZMÁN. Yo voy.

INFANTE. ¿Vienes?

LOPE. Señor, sí.

(Vanse, y queda LAURA.)

LAURA. ¡Válgame Dios! ¿Dónde irán,
que el uno y otro se van
sin decirme nada a mí?
Parece que va mi hermano
muy confuso, y que el Infante
lleva turbado el semblante.
¡Ay, cielos, que es inhumano!
De sus arrogantes furias
temo algún fin riguroso;
que es don Lope valeroso
y no ha de sufrir injurias.
La disculpa que le ha dado
bastante fué; pero no,
que el uno se suspendió
y el otro quedó turbado.
Y ¡triste yo! ¿Qué he de hacer
sin poder remediar nada,
cuando quedo condenada
a penar y padecer?
Seguirlos será locura;
llamar a quien vaya, error,
que a enojos de tal valor
ningún medio se aventura.
Y he de sentir y esperar
ya que no puedo poner
en la fuerza del temer
lo fácil de remediar.

(Sale DON LOPE, *el* INFANTE *y* HERNANDO, *de noche, con espadas y broqueles.)*

INFANTE. ¡Brava oscuridad!
LOPE. ¡Terrrible!
INFANTE. No he visto en toda mi vida
noche de estrellas vestida
más fea y desapacible.
Cerca está la puerta ya.
LOPE. Entrar, pienso que es error
sin alguna luz, señor.
INFANTE. Bien dices. ¿Quién la traerá?
LOPE. ¿Eres tú?
HERNANDO. ¿Qué es lo que quieres?
LOPE. Vuelve, y de casa, volando,
trae una linterna, Hernando.
(Tarda lo más que pudieres.
Esto hago, porque espero
que haciendo gente vendrá
el Rey, y librar podrá
a aquel pobre caballero.)
INFANTE. ¿Qué iglesia es ésta?
LOPE. San Juan;
y aquí enterraron, señor,
el hombre a quien tu rigor
dió muerte.
INFANTE. ¡Cuál estarán
sus huesos!
LOPE. ¡Válgame el cielo;
qué inhumana inclinación!
Que no tiene el corazón
como los demás recelo.
INFANTE. Dime, don Lope, ¿has tenido
algún temor en tu vida?
LOPE. Y tal que no se me olvida.
INFANTE. ¿Hombre eres tú que has temido?
¿Qué dices?
LOPE. Digo, señor,
que un bulto espantoso vi
una noche, y que temí.
INFANTE. Por cierto, ¡gentil temor!
¡Vive Dios, que estoy corrido,
don Lope, de haberle dado
seguramente mi lado
a un corazón que ha tenido
temor. ¿Qué puede enviar
contra mí el cielo, aunque sea
de un muerto la imagen fea,
para poderme espantar?
¿De un espíritu valiente
se ha de decir tal bajeza?
LOPE. Considere vuestra Alteza
que es visto muy diferente
que imaginado.
INFANTE. El temer
es acto de cobardía.
LOPE. En la mayor valentía
del mundo puede caber
mi temor.
INFANTE. No puede, y digo
que bajamente sintiera
de mí mismo si temiera,
llevándome a mí conmigo.
Y me pesa que los dos
estemos argumentando
en cosa tan vil.

(Dentro, DON PEDRO.)

¿Fernando,
Infante?
INFANTE. ¡Válgame Dios!
¿Quién llama?
LOPE. Algún retraído
será que nos ha escuchado;
que dos veces que han llamado
dentro de la iglesia ha sido.
INFANTE. Parece muy penetrante
esta voz, que al corazón

se va. ¡Extraña confusión
me causa en el alma!

(Dentro, DON PEDRO.)

¿Infante?

LOPE. Yo quiero saber, señor,
quién es.

INFANTE. Llamáronme a mí,
y quiero, don Lope, aquí
examinar mi valor.
Hombre, sombra imaginada,
¿qué quieres? ¿Adónde estás?

PEDRO. *(Dentro.)* ¡No vayas a donde vas!

INFANTE. Pues ¿qué te importa a ti?

PEDRO. *(Dentro.)* Nada.

INFANTE. ¿Cómo quieres que te crea
sin verte? Si acaso eres
espíritu y salir quieres,
sal, para que yo te vea;
que en cualquier forma podrás
decirme tu pensamiento;
porque hasta saber tu intento
no volveré paso atrás.

LOPE. ¿Quién era?

INFANTE. No es nadie.

LOPE. Mira...

INFANTE. No hay que mirar lo que veo,
solamente es lo que creo,
que lo demás es mentira.
Alguno nos escuchó
y me ha querido engañar.

LOPE. Que dejes de porfiar
es lo que quisiera yo;
que quizá el cielo te envía
con este aviso a decir
que dejes de proseguir
esta obstinada porfía
en que ha dado tu impiedad.

INFANTE. ¡Por el cielo soberano,
que si me vas a la mano,
que has de perder mi amistad!

(Sale HERNANDO *con una linterna.)*

HERNANDO. Ya la linterna está aquí.

LOPE. ¡Ah, mal haya tu venida
tan presto, contra la vida
de don Juan!

INFANTE. Dámela a mí,
y aquí puedes esperarte.

LOPE. ¡Señor!

INFANTE. Yo solo he de entrar,
que también te he de mostrar
mi valor en esta parte.

LOPE. Ya, señor, he prometido
no replicar. ¡Esto es hecho!
Don Juan, sabe Dios que he hecho
todo aquello que he podido.

INFANTE. ¡Bravo acierto fué tomar
la llave; esto sí es tener
animo para emprender
y valor en porfiar.
En la linterna se ha muerto
la luz, y otra viene allí
que podrá dármela a mí.
Ya llega. Notable acierto.

(Sale DON PEDRO, *el muerto, con sangre en el rostro, embozado y con una linterna en la mano.)*

Hidalgo, por cortesía,
os suplico, si gustáis,
que esperéis, y me encendáis

(Va pasando sin parar.)

esta luz. ¡Qué grosería!
¿Ni responder ni esperar?
Advierta cualquiera que es
que nunca el más descortés
me dejó de respetar,
y he de castigalle el modo,
y con su luz conocello.

(Descubre el INFANTE *a* DON PEDRO, *que va rebozado, y cae el* INFANTE *al suelo y él se va.)*

¡Válgame Dios!

LOPE. ¿Qué es aquello?

HERNANDO. Que dió en el suelo con todo.

LOPE. Sin pulsos está. ¡Ah, señor!
Abre esa puerta volando,
y trae una luz, Hernando.

HERNANDO. ¡Ya voy perdiendo el temor!

LOPE. ¡Ah, señor!

INFANTE. ¿Quién me ha llamado?

LOPE. Don Lope soy.

INFANTE. ¡Ay, amigo,
disculpado está conmigo
el temor que te he culpado;
que ya al pensar que el más fuerte
temerá no me resisto.

LOPE. ¿Qué es lo que te ha dado?

INFANTE. He visto.
al hombre a quien di la muerte.

LOPE. Pues no porfíes, señor,
y vuélvete.

INFANTE. Agora sí;
que sólo ha durado en mí
la porfía hasta el temor.

(Salen DOÑA LEONOR, DON JUAN, TEODORA *y* ALDANA.)

JUAN. ¿Adónde está aquí el Infante?
INFANTE. ¿Quién lo pregunta?
LOPE. Aquí están
doña Leonor y don Juan.
INFANTE. Porfié como ignorante.
No queráis saber agora
más de que soy vuestro amigo,
y así, solamente os digo
que os caséis muy en buen hora.
LEONOR. Siempre de tu gran valor
lo esperé.
JUAN. Y yo, aunque temía.
INFANTE. Mucho más que a mi porfía
le debéis a mi temor.

(Sale GUZMÁN.)

LOPE. ¿Viene el Rey?
GUZMÁN. Ya viene allí.
LOPE. Aunque algo tarde ha llegado,
todo está ya prevenido. (1)

(Salen el REY *y todos los más que puedan.)*

REY. ¿Es don Lope?
LOPE. Señor, sí.
No se dé por entendido
vuestra Majestad, que ya
su Alteza, señor, está
en su intento arrepentido.
REY. ¿Qué hace vuestra Alteza aquí?
INFANTE. Hanse de casar, señor,
don Juan y doña Leonor;
y como me toca a mí
el ser padrino, he querido,
para avisar a mi hermana.
saber si ha de ser mañana.
REY. Que vos, don Juan, hayáis sido,
gustando mi hermano dello,
el dichoso, estimo yo.
JUAN. La vida, señor, me dió
entonces no parecello.
INFANTE. Yo, don Juan, que causa fuí
del disgusto que has tenido,
perdón humilde te pido
de haber porfiado ansí.
Y Laura le dé a mi amor,
que a más virtud me acomodo,
porque tenga fin en todo
La porfía hasta el temor.

FIN

(1) "Prevenido" no rima con "llegado"; quizá sea "preparado".

LA PORTUGUESA, Y DICHA DEL FORASTERO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

Don Juan de Silva.
El Conde Leonardo.
Otavio.
Celia, *dama.*
Fabia, *criada.*
Riselo.
Un Criado.
Don Félix.
Beltrán, *lacayo.*
Libio, *criado.*
Don Pedro de Aragón, *viejo.*
Lisarda, *dama.*
Inés, *criada.*
Fineo, *criado.*
Estacio, *escudero.*
Bernal, *cochero.*

JORNADA PRIMERA

(Salen Don Juan de Silva, Otavio *y el* Conde Leonardo.*)*

Juan. Esto mi hermana responde.
Conde. ¿Sabe quién soy?
Juan. Pienso yo
que lo sabe.
Conde. ¿Y respondió
de esa suerte?
Juan. Señor Conde,
en voluntad de mujer
no hay más razón que su gusto:
sea justo, o no sea justo,
sólo su gusto ha de ser.
A Celia dió nacimiento
la India de Portugal,
el bárbaro natural
imprimió su pensamiento,
si bien vino niña a España
y en la corte se crió,
donde mi padre murió
sin premio de alguna hazaña,
pero con bastante hacienda;
por quien, o por la hermosura,
desvanecida procura
que el mismo sol la pretenda.
Y pues que, siendo su hermano,
que es tan vana y loca os digo,
no queráis mayor testigo.
Conde. Conquisté su gusto en vano,
más ciego de su hermosura,
don Juan, que de su interés;
que mi calidad no es
lo que su interés procura;
porque la mayor riqueza
para mí, y era razón,
con su mucha discreción,
calificó su belleza.
Pensé llevar de Madrid
mujer a Nápoles.
Juan. Fuera
vuestra, como yo pudiera:
mi buen intento advertid.
Y, para satisfación
de que no ha sido en mi mano,
no me ha de llamar su hermano
quien pierde tal ocasión.
Mas ya os digo que esto ha sido
loco desvanecimiento,
pues no ha sido casamiento
jamás de Celia admitido,
ni hay orden para estimar
muchos que fuera razón.
Conde. Es muy justa pretensión.
No quiero yo porfiar,
sino sólo suplicaros

que me tengáis por muy vuestro.
JUAN. De la voluntad que os muestro
podéis, Conde, aseguraros
si se ofrece en qué serviros.

(Vase el CONDE.*)*

OTAVIO. Corrido el napolitano,
dejó de ser cortesano
en cansaros, persuadiros
y daros más relación
de su valor.
JUAN. Bien pudiera
Celia, cuando le admitiera,
disculpar su presunción.
¡Caso extraño! ¡Que no fuese
(como pensé que sería)
el llamarse señoría
ocasión que le admitiese!
Que por la misma razón
de su desvanecimiento,
era aqueste casamiento
la más honrada ocasión.
Mas siendo napolitano,
digo yo que no querría
aparecer señoría
traducida en castellano.
No sé qué tengo de hacer.
No hay sujeto en que emplealla;
pues casarme, hasta casalla,
ya veis que no puede ser.
OTAVIO. Gran dote y grande hermosura
tantos pretendientes hace,
que el no resolverte nace
de estar de los dos segura.
Bien piensa Laurencia ser
vuestra mujer.
JUAN. Sí lo fuera
si Celia pensar quisiera
en ser de alguno mujer.
Mas, mientras no se casare,
no hay que disponer de mí.

(Vanse. Salen CELIA, *dama, y* FABIA, *criada.)*

CELIA. ¿Fuése ya?
FABIA. Señora, sí.
CELIA. Mientras mi hermano pensare
que por su gusto ha de ser
el estado que ha de darme,
será cansarse y cansarme.
FABIA. Bien puedes agradecer
el novio que hoy te traía.
CELIA. ¡Ay, Fabia!, que ya le ví,
y sólo mi gusto en mí
es la mayor señoría.
FABIA. Tengo por cuerda mujer
la que muy despacio mira
qué estado toma, y me admira
el ligero proceder
de muchas, que, sin mirar
más de que marido sea,
a quien menos las desea
dan este nombre y lugar,
de que resulta después
tanto disgusto.
CELIA. Yo creo
que tiene culpa el deseo,
que en muchas tan fácil ves.
No sé si es prudencia en mí
o presunción portuguesa,
aunque presumo que cesa
de haberme criado aquí;
pues ya se me acuerda apenas
la patria, y Madrid lo es mía.
Mas no pienso que podría,
si viese estas plazas llenas
(como de frutas lo están)
de maridos a vender
comprar uno.
FABIA. ¿A qué mujer
un casamiento dirán
que no la perturbe el seso?
CELIA. Mi hacienda, Fabia, ha causado
pensar despacio mi estado;
este temor te confieso:
que no pienso que por mí
andan estos pretensores
fingiendo celos y amores.
FABIA. La mayor riqueza en ti
es, señora, tu belleza.
CELIA. No debes de saber, Fabia,
cuánto a la virtud agravia
tal vez la naturaleza.
La doncella más hermosa
y de más virtud, sin dote,
no hayas miedo que alborote
la juventud codiciosa.
Pues, ¡por Dios que he de ser
esta vez quien ha de dar [yo
en escoger y en dejar.
FABIA. ¿Que nadie te agrada?
CELIA. No;
porque, como yo pensara
lo que los hombres, también
lo mirara menos bien,

y después mal lo mirara.
¡Ay, divina libertad
de un hombre! Si se casó,
no por eso se obligó
a sola una voluntad.
Para una triste mujer
son las muertes las espadas:
ellas son las obligadas
a no queridas, querer.
Pues si, por dar alma y oro,
me espera Argel tan tirano,
déjeme mi necio hermano
buscar a mi gusto el moro.

FABIA. Bien dices; pero no es bien
que de todos digas mal.

CELIA. Fabia, yo no digo tal.

FABIA. Dicen ya que tu desdén
se ha vuelto descortesía,
pues por quitarte el sombrero
el más galán caballero,
le das con la celosía.
Déjate servir y ver;
que nadie quiere obligarte
a quererle por mirarte,
ni hayas de ser su mujer.
¿Toda una corte de España
no tiene un hombre a quien mires
con más gusto?

CELIA. No te admires
de verme necia y extraña,
con tanta hacienda, que quiero
emplearla en buena parte.

FABIA. Si tu gusto ha de casarte,
que serás dichosa espero.

(Salen RISELO *y* UN CRIADO.)

RISELO. ¿No está en casa?

CRIADO. Con Otavio
dicen que salió.

(Vase el CRIADO.)

CELIA. ¡Oh, Riselo!
¿Buscáis a don Juan?

RISELO. El cielo
guarde, para eterno agravio
de la envidia, esta hermosura.

CELIA. Ya no hay veros.

RISELO. El temor,
Celia, de vuestro rigor
vanas defensas procura;
mas, en fin, la de no ver
obliga a no desear.

CELIA. Quien ama, no ha de excusar
el sufrir ni el padecer.

RISELO. Padecer por vos, señora,
era justo pensamiento,
si hubiera agradecimiento.

CELIA. Mucho el amor se desdora
con pedir satisfación.

RISELO. Pues ¿qué ha de hacer el que quie- [re?

CELIA. Morir.

RISELO. ¡Qué crueldad!

CELIA. Quien muere,
¿qué querrá más galardón?

RISELO. Muriendo por vos, es justo;
pero, siendo tan esquiva,
dadme licencia que viva,
aunque muerto en vuestro gusto.
Que es fuerte caso, si alguno
las edades monstro esperan,
querer que todos os quieran
y no querer a ninguno.

CELIA. Pues os habéis retirado,
otra será la ocasión;
que nunca los hombres son
tan firmes en un cuidado.
¡Por mi vida! ¿Adónde amáis?
¿Cómo os va? ¿Qué pretendéis?

RISELO. Donaire, Celia, tenéis;
hasta en las burlas matáis.
¿Yo querer? ¡Guárdeme el cie- [lo!

CELIA. Pues ¿en qué os entretenéis?

RISELO. Los días, ya lo sabéis.

CELIA. ¿Qué, por vida de Riselo?

RISELO. Alguna conversación,
juego, o Prado, o la Comedia,
que de dos horas y media
es notable suspensión.

CELIA. ¿De noche?

RISELO. Aquesta pasada,
a ver unas damas fuí.

CELIA. ¿Y miento yo?

RISELO. No por mí,
que era de un galán posada,
a quien tengo obligación;
pero fué tan desdichado,
que halló otro galán sentado,
en baja conversación.

CELIA. ¿Qué es baja?

RISELO. Las almohadas.
Pero quiéroosle pintar,
porque las pueda excusar
de estar tan bien empleadas.
El era un mozo, en edad,

que dicen que tiene el medio,
y el medio también, señora,
en la proporción del cuerpo;
el rostro modesto y grave,
limpio sin cuidado el pelo;
que hurtar galas a mujeres
hace los hermosos feos.
Un calzón de espolín de oro,
verde mar, harto bien hecho,
con botones de diamantes.

CELIA. ¿Muy finos?

RISELO. No los entiendo,
porque he tenido muy pocos,
y porque hay pocos que dellos
sepan la verdad; mas sé
que, tocándose en el cielo
la naturaleza un día,
se le quebró el grande espejo,
y que todos los pedazos,
que por el suelo cayeron,
son agora los diamantes
que tienen en tanto precio.

CELIA. ¡Curiosa imaginación!

RISELO. Medias y ligas, no pienso
que es, pintarlas, de importancia;
pero bien las merecieron
gentiles piernas y pies.

CELIA. ¿Mas que traía coleto,
pues hablas del calzón sólo?

RISELO. Ambar y oro no quisieron
dar lugar al cordobán,
como suelen muchos necios
estar con oro y con ámbar
cubierto el entendimiento.
Esto, sobre tela rica;
el jubón, el ferreruelo,
de los que inventó la envidia
de vuestros ricos manteos,
con catorce guarniciones;
en las plumas del sombrero,
una rosa de diamantes.

CELIA. ¿Eran también del espejo
de la gran naturaleza?

RISELO. No sé, ¡por Dios!; mas sospecho
que los llamaron brillantes
nuestros poetas modernos.
Espada, daga y cadena...

CELIA. No más que saber deseo
si ese cuerpo está con alma.

RISELO. Cada parte de su cuerpo,
más de mil almas tenía;
que era gracioso y discreto.

CELIA. ¿Quién es, en este lugar,
tan divino caballero?

RISELO. En este lugar no es nadie,
que tiene el suyo más lejos.

CELIA. Fabia.

FABIA. Señora.

CELIA. Sin duda
que es aqueste el forastero
que nos contó Feliciana.

FABIA. Ni aun él pudiera, sin serlo,
parecer tan bien a todos.

RISELO. Lo muy visto, siempre es menos.

CELIA. ¡Caso extraño! ¡Que no voy
a visitar donde luego
del forastero no hablen!
Pues en la corte no creo
que se echan de ver los hombres,
porque es un mar tan soberbio,
que mil príncipes anega.
Si voy a misa, allí tengo
mil nuevas de su persona;
tanto, que casi confieso
deseo de verle, Fabia.

FABIA. Milagro de tus desprecios.

RISELO. Perdona, si te he cansado
con tan necia relación;
pues te di satisfación
de tu gusto y mi cuidado;
y mira cuándo tendré
para parecer, licencia,
en presencia, si en ausencia
piensas que me falta fe.

CELIA. Cuando quisieres, Riselo;
mucho te quiere don Juan.

RISELO. ¡Qué bien con su amor tendrán
mis esperanzas consuelo! *(Vase.)*

CELIA. Enfado y gusto me ha dado
la relación.

FABIA. No sé yo
cómo, señora, te dió
a un tiempo gusto y enfado.

CELIA. Enfado, porque este necio
me venga ahora a alabar
lo que podría causar
en mí amor, y en él desprecio,
y gusto, porque me ha dado
deseo de verle ya;
y así verás que me da
a un tiempo gusto y enfado.

(Salen DON JUAN DE SILVA *y* OTAVIO.*)*

JUAN.

Mucho puede en el mundo la hermosura.

OTAVIO.

Breve tirano la llamaron.

JUAN.

Quiero
pensar, Otavio, que es mayor ventura
el oro en que dotar a Celia espero.
¿Ves esta juventud que la procura?
Pues más tienen los ojos al dinero.

OTAVIO.

Advierte que está aquí.

JUAN.

¡Celia!

CELIA.

¿Qué vienes
tratando con Otavio?

JUAN.

¿Celos tienes?

CELIA.

¿Tenerlos de tu amor pudiera el mío?
¿Qué has hecho esta mañana?

JUAN.

Con enfado
de tantos novios...

CELIA.

Ya de ti me río.

JUAN.

Consultaba los álamos del Prado,
y admirando surtir del centro frío
roto cristal en perlas dilatado,
ya viéndole volver haciendo esferas
para exceder las márgenes primeras,
cuando veo subir un mozo airoso,
tan bien puesto a caballo...

CELIA.

Ya te aguardo:
pintándole a caballo en un famoso
bayo andaluz, si no alazán gallardo.

JUAN.

¿En qué opinión me tienes?

CELIA.

De celoso.

JUAN.

Pues si sabes que todo me acobardo,
cuando te encareciere alguna cosa
has de pensar que es por extremo hermosa.

CELIA.

Más que quieres decir que un forastero
que anda en este lugar a la carrera,
subió en ese castaño, o ese overo,
por dar envidia a la del sol ligera.

JUAN.

¿Quién te lo ha dicho?

CELIA.

¿Luego es esto?

JUAN.

Hoy quiero,
siendo en mi condición la vez primera,
alabarte sus partes, admirado
que de su nombre te hayan informado.

OTAVIO.

Madrid, aunque es un mar, también se ad-
cualquiera novedad algunos días. [vierte

JUAN.

Si le has visto, no quiero entretenerte
en los pinceles de aficiones mías.

CELIA.

No le he visto, por Dios.

JUAN.

Pues, desa suerte,
si de mi gusto lo que sabes fías,
bien te podré decir que ningún hombre
he visto más galán y gentilhombre.
En un overo, como tú dijiste...

CELIA.

¿Hay cosa igual? ¿Luego acerté el overo?

JUAN.

Siempre te burlas.

CELIA.

Tú la culpa fuiste.

JUAN.

Salió, Celia, galán...

CELIA.

¿El forastero?

JUAN.

El forastero, pues.

CELIA.

Prosigue. Y viste
con novedad caballo y caballero;
que tú, cuando te agrada alguna cosa,
vano, presumes de poeta en prosa.

JUAN.

Deja las burlas con que siempre tienes
armado el arco del desprecio injusto
con mil flechas de bárbaros desdenes;
que ya para pintarle estoy sin gusto.

CELIA.

¿Pues quieres tú, si enamorado vienes
y yo estoy de otra cosa con disgusto,
que contigo, don Juan, no me entretenga?

OTAVIO.

Dejad el forastero, vaya o venga.

JUAN.

No le quiero dejar, que me he corrido.
¿Tráigole acaso yo porque me agrada?
Digo, pues, enojado, que vestido
al uso de Madrid, la bien formada
persona con gracioso movimiento,
le dió al caballo, y el caballo al viento. (1)
La carrera veloz juzgando poca,
el fuerte overo, de arrogancia lleno;
el breve mar de la fogosa boca,
bañó (2) de espuma la ribera al freno.
Bien pensé yo que las arenas toca
el pie veloz, imitador del trueno,
pero no que pudieran verle apenas,
si fueran tantos ojos como arenas.
Pasó con aire más que halló en el Prado,
porque llevó tras sí todo el que había,
pues el olmo más alto, ya copado
más de piedra que de hojas parecía.
El overo andaluz, que ya parado
sobre los pies, apenas se movía,
parece que decía, con bufido
espumoso: "Yo soy el que ha corrido".
Llegué contento, y dije al caballero
lo que supe mejor, y a su posada
le acompañé; y, hablando del overo,
me le ofreció con voluntad pagada;
en fin, me hizo apear, entré primero,
supe quién era y que su casa honrada
tenía en Zaragoza, con blasones
del timbre de los nobles Aragones.
Hablamos en espadas; trujo un paje
dos negras, que tomamos los dos luego,
y aunque de punto mi arrogancia baje
y me digas que de afición me ciego,
sólo permitiré que le aventaje
don Luis Pacheco, o ya se funde el juego
en práctica o teórica, pues puede
decir que al arte en la destreza excede.
Vinieron unas damas, que ha rendido
su talle en el lugar tantas, que intento
contarle los instantes que ha tenido
al tiempo, en tantos años, si las cuento;
sacaron ciertas rifas, yo he perdido,
y con haber perdido, estoy contento
sólo en pensar que me ha ganado un hombre
tan discreto, galán y gentilhombre.
Que, si él vive en Madrid, seré su amigo,
a fe de portugués, con mucho gusto;
y no para tratar bodas contigo,
que ya conozco que te doy disgusto;
mi voluntad le casará conmigo
en amistad con lazo eterno y justo.
Esta es la historia, Celia, del overo
en que bajaba al Prado el forastero.

(Vase.)

CELIA. ¡Buen enojo!
OTAVIO. Con razón.
CELIA. ¿Fuiste tú con él, Otavio?
OTAVIO. ¿Cuándo cesará el agravio
de tu esquiva condición?
Que yo fuí, Celia, con él,
y aun no es encarecimiento
lo que dice.
CELIA. Ya su intento
conozco.
OTAVIO. ¿Qué entiendes dél?
CELIA. Que, viéndome tan extraña,
que a ninguno destos quiero,
ya se mete a ser tercero,
y con palabras me engaña.
¿Dónde vive el forastero?
OTAVIO. Vive en la calle del Prado,
donde hay un balcón dorado
y debajo aquel letrero
que dice: "Casa...
CELIA. ¿De quién?

(1) Faltan dos versos a esta octava.
(2) En el original, "vano", por errata.

OTAVIO. de posadas".
CELIA. Pues ¿no tiene casa?
OTAVIO. Si a la corte viene
sólo a ver, ¿quieres que estén,
para un mes o dos, mejor
que donde hay comodidad?
CELIA. ¿Un mes?
OTAVIO. No lo sé, en verdad;
mas pienso que tiene amor
allá en su tierra, y que aquí
no tiene qué pretender;
que sólo ha venido a ver.
CELIA. *(Ap.)* Pues hoy ha de verme a mí.
OTAVIO. ¿Qué dices?
CELIA. Que si supiste
cómo es su nombre.
OTAVIO. Recelo
que era don Félix. El cielo
te guarde.

(Vase.)

FABIA. ¡Oh, qué mal hiciste!
CELIA. Haz poner el coche luego.
FABIA. ¿Para qué?
CELIA. Ya lo sabrás.
FABIA. Yerras, si es que a verle vas.
CELIA. Ni lo afirmo, ni lo niego.
Curiosidad, que en mujer
tiene la fuerza que sabes,
ha obligado a muchas graves,
no digo a amor, sino a ver.
FABIA. Cuando disculpas se dan,
ya es principio.
CELIA. No lo creas,
ni que amar hombre me veas,
destos que vienen y van.
Aquí hay hartos caballeros.
FABIA. Ya sé que son generosos;
mas suelen ser más dichosos...
CELIA. ¿Quién, Fabia?
FABIA. Los forasteros.
CELIA. Pues ¿qué razón puede haber?
FABIA. Pienso que es porque se van;
que los que en Madrid están,
siempre se pueden querer.
CELIA. Mis desprecios pagar quiero
con ser curiosa este día.
FABIA. Guárdate, señora mía,
del gavilán forastero.

(Vanse. Sale DON FÉLIX, *de galán, de camino, y* BELTRÁN, *criado.)*

FÉLIX. ¿Están todos prevenidos?
BELTRÁN. Bien puedes partir, si quieres;
que no es poco que lo estén.
FÉLIX. ¿Sienten partirse?
BELTRÁN. No sienten
sino el rigor con que mandas
que a la partida se apresten,
estando tan descuidados.
FÉLIX. No será mucho que piense
que eres quien lo siente más;
porque este lugar contiene
todo cuanto tú deseas:
juego, amigos y mujeres.
BELTRÁN. En verdad que no te hallabas
tan mal, que no me dijeses
más de una vez su alabanza,
y que donde viven reyes,
allí han de vivir los hombres.
FÉLIX. No pocos pienso que mueren;
a todos la corte agrada,
pues de varias partes vienen
a poblar su confusión,
con intentos diferentes;
con esto se labran casas,
como que un arca previenen
a los diluvios del mundo.
BELTRÁN. Así a muchos les parece
que se han de acabar los montes,
pues no es posible que lleguen,
con los pinos que se cortan,
más que a seis años o siete.
FÉLIX. Lucida cosa es Madrid.
Como en su ceniza el Fénix,
él se renueva en sus casas.
BELTRÁN. Sí; pero no se le niegue
a Zaragoza, tu patria,
una grandeza eminente
de ciudad ilustre y noble.
FÉLIX. Conozco que la engrandecen
muros, edificios, río,
templos, armas, letras, leyes,
linajes y antigüedades;
pero no sé qué se tienen
este lugar, este mar,
donde, cantando, suspenden
tantas sirenas las almas.
BELTRÁN. Por cierto que era excelente
su manera de vivir,
a no ser vida tan breve.
Apenas por la mañana
los carros que llevar suelen
las reliquias de la noche
perfuman el aire alegre.

cuando, a dos vueltas que dais,
ya vuelve el sol a ponerse,
y toda su confusión
en mudo silencio vuelve.
Pues ver mil coches de día,
del Prado armados bajeles;
mil oficios, mil ociosos,
pleitos, voces, mercaderes,
todo a las diez recogido,
es cosa que me enloquece.
No sé adónde hay para tantos
ni camas donde se acuesten,
ni brazos que los recojan;
todos, en efecto, duermen,
y vuelven a levantarse.

FÉLIX. Gallardamente parece
esa vanidad, Beltrán.
Yo te digo que quien puede
vivirla, nació dichoso.

BELTRÁN. No me espanto que le muestres
amor, a tu edad conforme;
de mí sí que no te aleje
de sus peligros, primero
que entre sus ondas te anegues.
Acá vinieron tres damas
a buscarte.

FÉLIX. ¿Qué me quieren?

BELTRÁN. Saber si tienes dineros.

FÉLIX. ¿Sienten mi partida?

BELTRÁN. Sienten que no tienes qué las dar.

FÉLIX. ¡Bravamente se defienden
del tiempo en Madrid las damas!

BELTRÁN. Las galas las favorecen.
Visten bien, hablan mejor,
y con melindres y afeites
van y vienen al Jordán.

FÉLIX. Tarde es ya. ¿Cómo no vienen
estos hombres? Que no hay cosa
que más, Beltrán, desespere
que detener al que parte.

BELTRÁN. Voy a ver quién los detiene.

(Vase.)

FÉLIX.

Hermosa variedad, centro de España,
casa del sol, que la gobierna y dora;
de tanta tierra y mar legisladora
cuanta en sus pies en oro y perla baña.

Dulce veneno, que la edad engaña
y el occidente junta con la aurora:
tanto siento de vos partirme agora,
que parece que voy a tierra extraña.

Pero si la razón os considera,
en tanta confusión, llena de engaños,
tendrá por dicha que dejaros quiera.

Yo vuelvo a prevenir mayores daños;
que no era bien que vuestro Argel tuviera
cautivo el tiempo de mis verdes años.

(Sale BELTRÁN.)

BELTRÁN. ¡Oh, qué cuento tan gracioso!

FÉLIX. ¿Viene esa gente, Beltrán?

BELTRÁN. Dos..., no sé qué diga, están,
en traje bizarro, airoso,
limpio y con notable olor,
a la puerta, preguntando
por ti.

FÉLIX. ¿Por mí?

BELTRÁN. Y en llegando,
la de más talle, señor,
se quedó muerta, de ver
que te partes.

FÉLIX. ¿Muerta?

BELTRÁN. Sí.

FÉLIX. ¿Entran?

BELTRÁN. Pienso que así
te podrás entretener,
mientras los muleros vienen.

FÉLIX. Di que entren.

BELTRÁN. Ya se han entrado.

(Salen CELIA y FABIA, con mantos.)

FÉLIX. ¡Gentil tallazo!

BELTRÁN. Extremado.
No sé, ¡por Dios!, qué se tienen
las mujeres de Madrid.

FABIA. (¿No hablas?

CELIA. Estoy turbada.

FABIA. ¿Agrádate el hombre?

CELIA. Agrada.)

FÉLIX. Mis señoras, advertid
que sin razón os tapáis
de un hombre que ya se parte.

FABIA. (Si no piensas destaparte,
vámonos.)

FÉLIX. ¿Por qué calláis?
¿Es desconfianza vuestra,
o provocar mi osadía?

CELIA. No nace la cobardía
que mi encogimiento os muestra
de esas sospechas; que creo
que supiéramos los dos,
hablar yo, responder vos.

FÉLIX. Pues hablemos.
CELIA. No, que os veo
muy de camino; que ha sido,
puesto que en mi vida os vi,
cosa, aunque tan nueva en mí,
que en el alma la he sentido.
FÉLIX. ¿Sin haberme visto, estáis
con sentimiento?
CELIA. No sé
si os vi cuando imaginé
que sois tan bueno, que os vais.
Siempre se está lo que ofende,
siempre se va lo que agrada.
FÉLIX. Quien gusta de hablar tapada,
matar a traición pretende.
Corre la negra cortina
al sol, que es cosa tirana
que una débil sombra humana
cubra una luz tan divina.
La estrella que resplandece
por esa nube, me abrasa;
que, como sus sombras pasa,
parece sol que amanece.
No penséis que os lisonjeo;
que, sin veros, ¡caso extraño!,
con que os he visto me engaño
y como vista os deseo.
No sé yo quién deseara
cosa que visto no hubiera;
pero vos sois de manera
que imaginaros bastara.
Traslúcense por aquí
del alma dulces engaños;
linda cara y pocos años.
¿No es así? Decid que sí.
Si ser vuestras partes bellas
por una estrella recelo,
no es mucho, antes bien, que el cie-
se aceche por las estrellas. [lo
Un arco sólo mostráis,
indicios de un solo amor;
sacad los dos, que es mejor
que dos amores tengáis.
Que dos se pagan, en fin,
y uno solo causa pena.
¡Por mi vida que eres buena!
Descúbrete, serafín.
Y si vienes por tu gusto,
mira en esta voluntad
lo que en tanta brevedad
te pareciere más justo.
Yo me voy; mira qué quieres.
Habla, o mándame callar.
CELIA. Conmigo no habéis de hablar
como con otras mujeres;
que lo soy muy principal,
y sois el hombre primero,
no quiero decir que quiero,
pero que no quiero mal.
¿Por qué os vais?
FÉLIX. Porque me llama
un padre que desatina;
porque quiere a una sobrina
suya, rica y bella dama,
a que no me aplico bien,
sólo por ser casamiento.
Escribe este sentimiento;
y no ha querido también
enviarme qué gastar,
con que me voy más a prisa;
que me ha dejado en camisa
este bendito lugar.
Entré con dos mil ducados,
que he gastado en sólo un mes,
mas liberal y cortés,
que fueron bien empleados.
Mirad cómo cuenta os doy,
sin saber quién sois.
CELIA. Yo os quiero
pedir, como a caballero
de quien satisfecha estoy,
que os quedéis aquí por mí.
FÉLIX. ¿Cómo puedo obedeceros,
ya con tan pocos dineros,
que ellos me sacan de aquí?
CELIA. Concertemos ocho días.
¿Cuánto por ellos queréis?
FÉLIX. Presumo que burla hacéis
destas necedades mías.
CELIA. Esta joya es de valor
de seis mil reales. Tomad.
FÉLIX. Vuestra liberalidad
hoy vuelve por el honor
de todo aqueste lugar,
donde se suele decir
que está de asiento el pedir,
y en relaciones el dar.
No la tomo, aunque bien creo
que de veras la ofrecéis.
CELIA. Suplícoos que la toméis,
y no agraviéis mi deseo.
FÉLIX. Con ella quiero quedarme
por serviros. Descubrid
el rostro.
CELIA. Eso no. Advertid
que podéis verme y hablarme

esta noche, en un jardín
de mi casa, con secreto.

FÉLIX. Que os sirvo en esto os prometo,
pues por vos me quedo, en fin,
sin saber a qué me quedo,
ni quién sois.

CELIA. Aquí vendrán
por vos.

FÉLIX. Síguelas, Beltrán.

CELIA. Eso no.

FÉLIX. Pues ¿cómo puedo
estar seguro de vos?

CELIA. Digo que por vos vendrán.
Adiós, don Félix galán.

FÉLIX. Hermosa tapada, adiós.

BELTRÁN. Descubra vuesa merced
tantico la faz.

FABIA. Allá
esta noche me verá,
y entonces le haré merced.

(Vanse las dos.)

FÉLIX. Despide esa gente luego.

BELTRÁN. ¡Qué graciosa necedad!
¿Luego esto ha de ser verdad?

FÉLIX. ¿No hay, Beltrán, secreto fuego?
¿No hay minas?, ¿no hay basi-
[liscos?

BELTRÁN. ¿Luego me das a entender
que quieres esta mujer?

FÉLIX. Si los más ásperos riscos,
si el mar más fiero y cruel
pasar por ella pensara...

BELTRÁN. ¡Cómo se te ve en la cara
que eres lindo moscatel!

FÉLIX. ¿Qué hombre mozo, Beltrán,
no probara esta aventura?

BELTRÁN. A cosa que no es segura,
nunca los discretos van.
¡Plega a Dios que no haya allá
quien nos pague de contado
haber en su casa entrado!

FÉLIX. Ya lo dije.

BELTRÁN. Bien está.

FÉLIX. Despide luego esa gente.

BELTRÁN. Siempre mira, el que es discreto,
el fin de cualquiera efeto,
antes que el principio intente.
Si esta mujer es doncella,
que bien se puede seguir
de verla, ¿qué has de decir,
si te cogiesen con ella?
Si es, como pienso, casada,
¿a qué peligro te pones?
Si es viuda, ¡qué ocasiones
de un galán y de una espada!
Que, como en efeto cría
la soledad mal humor,
hállanse mucho mejor
con alguna compañía.
Pues ser libre, no lo creo;
porque, como libre fuera,
se descubriera, y viniera
a ejecutar su deseo.
¿Y qué te puede importar,
de botas y plumas llenos,
una mujer más o menos?

FÉLIX. Beltrán: servir y callar.

BELTRÁN. Yo digo que es justa cosa,
y la obediencia, virtud;
pero tenga yo salud
como es necedad famosa.

(Vanse. Salen CELIA *y* FABIA *en casa.)*

CELIA. ¿Fué el escudero?

FABIA. Ya fué;
y aunque es tanta su inocencia,
no le faltó su malicia,
admirado de que quieras
hablar un hombre de noche;
mas díjele que Florela
había de estar acá,
y que era su amada prenda,
y cosas de matrimonio.

CELIA. Sabe el cielo que me tiembla
el corazón, de pensar
el peligro que me espera,
si no me sucede bien.

FABIA. ¡Ah, señora, qué flaqueza
tan grande para venganza
de los hombres que desprecias!
Vuelve en ti.

CELIA. Pienso que estoy
arrepentida. ¡Oh, soberbia
presunción, a qué has traído
mi ignorancia y mi venganza!
¡Qué locura fué la mía!
¿Qué vi en un hombre que apenas
puedo decir que le vi?
¿Qué conformidad de estrellas
pudo ser la de los dos,
que él, sin verme, aquí se queda,
y yo, de verle una vez,
me parto a buscar mi afrenta?
¿Cómo podremos hacer,
Fabia, para que no venga?

FABIA. Decirle que te han sentido,
y que se vaya a su tierra,
porque le quieren matar.

CELIA. Bien dices, porque se vuelva;
pero haz cuenta que ya es ido:
¿no es lástima que éste sea
de otra mujer en el mundo,
ni que otros brazos le tengan?
¿Has visto más lindo talle,
más blandura y dulce lengua,
en cuantos hombres has visto?
¿Más bizarría y limpieza,
más gracia, más aire y brío?

FABIA. No sé, Celia, cómo pueda
pensar que eres tú la misma
que, arrogante de tus prendas,
tales crueldades has hecho.

CELIA. ¿Qué es esto?

FABIA. Será que llegan.

CELIA. No sé qué tengo de hacer;
que el arrojarme resuelta
fué sólo saber que se iba:
tanto puede la tristeza
de un imposible en mujer.

FABIA. Yo le diré que se vuelva.

(Salen DON FÉLIX *y* BELTRÁN, *de noche.)*

FÉLIX. En dejándome el criado,
perdí el tiento.

BELTRÁN. Las tinieblas,
con miserere y azotes
suele celebrar la Iglesia.

FÉLIX. Yo no sé por dónde voy.
¿Esta es sala, o cuadra?

BELTRÁN. Espera.
Por aquí siento...

FÉLIX. ¿Qué sientes?

BELTRÁN. Gente que a los dos se acerca.
¡Oh, si fuera la cocina!

CELIA. Háblale; no te detengas.

FABIA. ¿Es don Félix?

FÉLIX. Sí, mi bien.

FABIA. No soy yo quien os desea,
sino quien viene a deciros
que os volváis, porque no os vean,
que está nuestra casa en arma.

FÉLIX. ¡Gentil necedad es ésa!
Habiéndome detenido
vuestro dueño, o vuestra dueña,
¿no podré hablarla?

FABIA. No sé.
(Señora, a hablarle te llega;
que se ha enojado de ver
lo que le di por respuesta.

CELIA. ¿No ves que tiene razón?
Déjamele hablar siquiera,
que algo se ha de hacer por él.)
Don Félix.

FÉLIX. Hermosa estrella
de la noche en que me veo,
¿qué resolución es ésta?

CELIA. Con lo poco que habéis visto,
veréis que honor se profesa
en esta casa y quién soy.

FÉLIX. No sé quién sois; mas pudiera
saberlo deste recato,
cuando no de su grandeza.

CELIA. La novedad se ha sentido.
Si no os vais, mi muerte es cierta.

FÉLIX. ¿Para eso hicisteis que hiciese
una cosa tan mal hecha
como dejar mi jornada?

CELIA. Pues bien: ¿un día os altera
que perdéis por una dama?
¿De qué gigante que fuerza
las doncellas me librasteis?
¿Qué guante de la leonera
habéis sacado por mí?
¿Qué moro muerto en la guerra?
Si hoy perdisteis la jornada,
mañana podréis hacerla.

FÉLIX. No me pesa de perder
la jornada, aunque me fuera
la vida; de que digáis
partíos mañana me pesa.
Pero, pues soy desdichado,
no por lo menos lo sea
en que no me deis la mano;
merezca yo merecerla
por el día que he perdido.

CELIA. No sé; tomad, que me tiembla
de vos el alma.

(Dale una mano.)

FÉLIX. ¿Es posible,
mano hermosa (aunque no pueda
decir blanca, que no os veo),
que vuestro dueño me deja
partir con tanta crueldad?
Pues mi boca os enternezca.

(Bésale la mano.)

CELIA. ¡Jesús! ¿Besástela?

FÉLIX. No;

ella a sí misma se besa,
pues es traidora a mi boca.

(Don Juan de Silva, *dentro.*)

Juan. ¿Qué oscuridad es ésta?
¡Hola! ¿No hay aquí una luz?
Celia. ¡Ay, triste!
Félix. Quien fuere, sea.

(*Saca la espada.*)

Celia. No saquéis, señor, la espada.
Félix. Si sacan luz, será fuerza,
o sea marido o padre.
Beltrán. ¿Yo no lo dije?
Fabia. ¿Qué esperas?
Ya no hay remedio, si no es
que en tu aposento le meta.
Celia. Ponle detrás de mi cama.
Félix. ¿No es mejor que me defienda?
Celia. No, señor; esto es mi honor.
Félix. Pues si es vuestro honor, yo muera.
Beltrán. ¿Y a mí, dónde ha de llevarme?
Fabia. Venid conmigo a la celda
de un cierto galán sardesco.
Beltrán. ¿No hay bodega?
Fabia. No hay bodega.

(*Vanse los dos tras* Fabia, *y sale* Lucio, *criado, con una bujía encendida, y* Don Juan *detrás, con broquel y capa de noche.*)

Lucio. No ha sido nuestro descuido.
Celia. Don Juan, norabuena vengas.
Ya salía yo a tus voces.
Juan. ¿Sin luz una casa, Celia?
Celia. Yo te juro que mañana
estos necios y estas necias
sepan cómo han de servir.
Juan. Yo sabré reñirlos. Entra,
que traigo que te contar
de otro novio que nos ruega
con más de cien mil ducados:
hombre de oficio y nobleza,
y no mal talle.
Celia. ¿Los años?
Juan. El treinta y nueve confiesa.
Celia. Añádele diez.
Juan. Tendrá
punto menos de cincuenta.

(*Sale* Fabia.)

Celia. Fabia, en gran peligro estás.
Fabia. Dios sabe lo que me pesa.
Mas bien le puedes echar.
Celia. No sé. Del alma quisiera.

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* Don Félix *y* Beltrán.)

Félix.

Detente, blanca aurora,
mientras que salgo desta casa vivo.

Beltrán.

Ya parece que dora
su plata el sol.

Félix.

De mi suceso escribo
la tabla por milagro.

Beltrán.

Ya no pensaba verte,
y cuando me llamaron donde estaba
escondido, a mi muerte
dispuse el corazón que me animaba,
la tuya presumiendo.

Félix.

Lo que ha pasado (1) yo te iré diciendo,
que son cosas notables.
Postas a Zaragoza tomo luego.

Beltrán.

Camina, pues.

Félix.

No hables,
Beltrán, palabra hasta Aragón te ruego.

Beltrán.

Pues ¿dejas esta dama?

Félix.

Huyendo voy de lastimar su fama.

Beltrán.

¿Quién es?

Félix.

No lo he sabido,
ni señas de su rostro puedo darte.

(1) En el original, "he pensado".

BELTRÁN.

Oscura dicha ha sido.
Postas, señor, y a Zaragoza parte.

FÉLIX.

¡Ay, no vista belleza!
La que habéis de temer (1) me da tristeza.

(Vanse. Salen DON JUAN *y* OTAVIO.)

JUAN.

Mucho habéis madrugado.

OTAVIO.

No mucho, pues que vos estáis vestido;
pero tuve cuidado,
y sospeché que fuérades partido.

JUAN.

Dos leguas son; no importa.

OTAVIO.

No hay con ardiente sol jornada corta.

JUAN.

Mal gusto, Otavio, fuera,
casándose dos príncipes de España,
no ver el Pardo, esfera
que el sol Felipe de sus rayos baña,
y más que allá tenemos
donde una noche o dos nos alojemos.

(Sale CELIA.)

¿Mi hermana levantada
tan de mañana? Celia mía, ¿qué es esto?

CELIA.

El saber tu jornada,
el sueño y la salud me han descompuesto.

JUAN.

No es ausencia dos días.

CELIA.

¿Mayor ausencia en tanto amor querías?

JUAN.

Tu cuidado he sentido,
y aun a saberle quise levantarme.

CELIA.

Llamar a Fabia ha sido
causa de despertarte y desvelarme.

JUAN.

Tampoco yo dormía;
como inquietud a donde estás sentía.
Otavio y yo nos vamos.
Mira qué mandas.

CELIA.

Que te guarde el cielo.

JUAN.

Lo que anoche tratamos
causa debe de ser de tu desvelo.
Pues aunque un siglo aguarde,
no será sin tu gusto.

(Vanse.)

CELIA.

Dios te guarde.
¿A quién ha sucedido
la desdicha que a mí? Mas no me espanto:
justo castigo ha sido.
Pero ¿por qué razón me aflijo tanto,
Félix, si a amarme vienes,
que es ofender los méritos que tienes?
No quiero yo más dicha
que tenerte por dueño, señor mío;
que llamarla desdicha
fué de mi honor disculpa y desvarío;
que no se llama culpa
la que ese talle y discreción disculpa.
Más quiero yo quererte
que el remedio mayor para mi estado;
bien se ve que mi suerte
a tus brazos llevó mi honor forzado;
pues yo te despedía,
y ella en mi propia cama te escondía.
Amor trujo a mi hermano
para que te pusiese en mi aposento;
vengado se ha el tirano
de mi loco arrogante pensamiento.
Mas, si yo te merezco
gozar, mi bien, el daño te agradezco.
Tarda Fabia, que ha ido
a saber cómo estás. Pero no tarda:
ya siento que ha venido.

(Sale FABIA.)

¿Qué tristeza es aquesta? Espera, aguarda.
¿No hablas? ¿Qué has hallado?

(1) En el original, "tener".

FABIA.

Antes, Celia, no hallé sino cuidado.

CELIA.

¿Qué dices? ¿Que no hallaste...?

FABIA.

¿De qué sirve que en tanta desventura
tiempo y palabras gaste?

CELIA.

¿Estaba otra mujer con más ventura
aguardando, por dicha,
aquel hermoso autor de mi desdicha?

FABIA.

Señora, a su posada
llegué con tu papel, y me dijeron...

CELIA.

Ya estoy toda turbada.

FABIA.

Que Beltrán y don Félix se partieron
a Zaragoza.

CELIA.

¡Ay, triste!

FABIA.

Esto es sin duda.

CELIA.

¡Por mi muerte fuiste!

FABIA.

En postas, por más prisa,
dicen que van.

CELIA.

El bien en postas vuela.
Por más que nos avisa
vuestra maldad, traición, arte y cautela,
¡ay, hombres desleales!,
no nos pueden mover ejemplos tales.
¿Qué haré?

FABIA.

Temo tu vida.

CELIA.

Ya no la temas, que temer no es justo,
en vida tan perdida,
ni deshonra, ni muerte, ni disgusto.
Cierta será la mía.
¡Malhaya la mujer que en hombres fía!
¿Esto ha sido nobleza?
Traidor don Félix, ¿tú Aragón naciste?

FABIA.

Reprime la tristeza,
que está Riselo aquí.

CELIA.

Pues vete, ¡ay, triste!,
que hablar quiero a Riselo.

FABIA.

Tu jüicio y tu vida guarde el cielo.

(Vase. Sale RISELO.)

RISELO. Viendo pasar de camino
a tu hermano con Otavio,
mi amor perdido, y no sabio,
a verte y cansarte vino.
Perdona mi atrevimiento.
CELIA. ¡Ay, Riselo, a qué ocasión
te trujo, en tanta pasión,
mi cuidado y pensamiento!
¿Dónde te dijo que iba?
RISELO. Al casamiento, o me engaña,
de los príncipes de España:
del sol, que mil siglos viva,
con la luna, que ha de dar
de su luz tales estrellas,
que puede la menor dellas
nuestro hemisferio alumbrar.
CELIA. ¿Podré fiarme de ti?
RISELO. Siempre me has desestimado.
CELIA. Pues sabe que te ha engañado.
RISELO. ¿Don Juan engañado a mí?
CELIA. Don Juan es ido a Aragón.
RISELO. ¿A qué va a Aragón don Juan?
CELIA. Mis desdichas te dirán
la ocasión, porque lo son:
anoche mató a mi puerta
un hombre don Juan, por mí;
no porque ocasión le di,
que de todo estaba incierta,
y tú de experiencia sabes
mi desdén.
RISELO. ¡Válgame el cielo!
CEEIA. Esto ha pasado, Riselo;
porque de cosas tan graves
sólo a ti se puede dar
parte y valerse de ti.
RISELO. Para servirte nací.

Segura puedes estar
que no hay hacienda ni vida
que no aventure.

CELIA. Al partir,
me comenzó a persuadir,
por verme tan afligida,
que me partiese a Aragón,
donde estaría segura,
excusando, por ventura,
alguna injusta prisión.
Y porque vivir sin él,
muerto mi padre, en la corte
era caminar sin norte
y con fortuna crüel,
querría partirme luego,
mas sin decir que me voy.
Mujer soy, sin dueño estoy:
que me acompañes te ruego;
que el premio, si puede ser,
yo seré, siendo, Riselo,
tu mujer, pues quiere el cielo
que venga a ser tu mujer.

RISELO. Es tan justa obligación
el servirte, Celia hermosa,
que, como cosa forzosa,
no pide satisfación.
Y cuando alguna pidiera,
¿qué mayor que acompañarte?
Porque el verte y el hablarte,
la mayor del mundo fuera.
¿Cuándo quieres partir?

CELIA. Luego.

RISELO. ¿Cómo?

CELIA. Disfrazada iré;
que desta suerte podré
caminar con más sosiego.
Sé la lengua portuguesa,
que en el Oriente aprendí,
donde sabes que nací.

RISELO. De que me adviertas me pesa;
que no pudiera nacer
el Sol sino en el Oriente,
cuya luz y rayo ardiente
me pudo el alma encender.

CELIA. En forma de portuguesa,
no darán señas de mí.
Entra, que fío de ti
esta bien nacida empresa.
Sacaré joyas y plata,
la que fuere menester.

RISELO. En fin, ¿serás mi mujer?

CELIA. Siempre el tiempo verdad trata:
él te dirá la verdad.

RISELO. Nadie la dirá mejor.

CELIA. (Disculpad, honra y amor,
tan ciega temeridad.
No piense de tanta dicha
alabarse el forastero;
que le mataré primero,
y será mayor desdicha.

(Salen LISARDA, *dama, y* DON PEDRO DE ARAGÓN, *viejo, su tío.)*

PEDRO.

Deja, sobrina, la tristeza, y mira
que no puede tardar Félix, si acaso
no se perdió la carta en que le escribo
que venga a ser testigo del recibo;
fuera de que en la corte y sin dinero,
¿cómo puede vivir un caballero?
Es el dinero el alma de la corte;
sin ella viven los que no le tienen,
y más aquellos que de fuera vienen.
Tú serás su mujer, Félix te adora.

LISARDA.

Dicen que es una Circe encantadora
la vida de la corte, y ya lo creo,
pues don Félix, ingrato a mi deseo,
sin ocasión, en ella se entretiene.

PEDRO.

Pues no escribe, no dudes de que viene.

LISARDA.

Antes debe de estar bien descuidado,
de amigos y de damas regalado;
que todos son sirenas del oído,
en que debe de estar entretenido.
Yo conozco a mi primo; no me digas
que viene a Zaragoza, que es la cosa
que debe de tener más olvidada.

PEDRO.

Antes no quiero yo, sobrina amada,
que pienses que te engaño y entretengo.
Un hombre propio haré (1), si hoy no viene.

LISARDA.

Si quieres tú que consolada espere,
hazme tanto favor.

(1) Hartzenbusch enmendó, sin razón bastante: "un propio le enviaré, si hoy no viene".

PEDRO.

Espera un poco,
que ya yo sé que amor, o cuerdo, o loco,
cuanto más tiene de esperar contento,
tanto tiene de menos sentimiento.

(Vase DON PEDRO.)

LISARDA.

Amé desde el principio de mi vida,
Félix, tus altos méritos, guiada
de aquella luz que el alma enamorada
a tu dulce prisión llevó rendida.
Contigo, el sol me amaneció, vestida
desta verde esperanza dilatada,
contigo, hasta bajar la noche helada
para volverte a ver entretenida.
Ya con tu ausencia, todo me acobarda;
ningún remedio de tus manos viene
a contar la esperanza que te aguarda.
Morir y no tenerla me conviene;
que más mata esperar el bien que tarda,
que padecer el mal que ya se tiene.

(Sale BELTRÁN.)

BELTRÁN. Detente un poco, por Dios,
mientras albricias te pido.
LISARDA. Seas, Beltrán, bien venido.
BELTRÁN. ¿Qué miras, si somos dos?
LISARDA. Como niño busco en vano
por quien el alma suspira,
que el espejo en que se mira
tienta detrás con la mano.
¿No viene mi bien?
BELTRÁN. Ya viene;
que yo he querido ganar
las albricias, por hurtar
las esperanzas que tiene.
LISARDA. No me puedo persuadir
a que no viene mi bien.
BELTRÁN. Digo que viene también.
LISARDA. Pues iréle a recibir.
BELTRÁN. ¿De qué tal sospecha tienes?
Ya viene, a fe de español.
LISARDA. De que se queda mi sol,
y tú como sombra vienes.
La noche sucede al día.
BELTRÁN. Este mismo le verás.

(Sale DON FÉLIX.)

FÉLIX. ¡Ay, prima! Que sufrir más
parece descortesía.

(Abrázanse.)

LISARDA. Despacio me has de abrazar;
que también mata el placer,
si el lugar que ha de tener
tiene ocupado el pesar.
Y aunque el amor, siempre loco,
quiere a tus brazos llevarme,
ya viene el alma a avisarme
que me vaya poco a poco.
FÉLIX. Yo, por lo menos, no puedo
sufrir tanto, y en mis brazos
confirmo esperados lazos,
contra la opinión del miedo (1).
Y aun pienso que este contento
a tu rostro me obligara,
si el respeto no templara
la fuerza al entendimiento.
LISARDA. ¡Qué olor traes de Madrid!
No sé cómo te abracé.
FÉLIX. A esa gente que dejé,
lo que os he dicho advertid.
LISARDA. ¿No respondes? Mal indicio.
FÉLIX. Estoy, prima, con cuidado.
BELTRÁN. Las postas se han despachado.
Ir y venir es su oficio.
FÉLIX. ¿Qué tengo que responder,
si ya celosa te veo,
en agravio del deseo
con que te he venido a ver?
Ver la corte un caballero
es fuerza en cualquiera parte
de España, aprendiendo el arte
de serlo el más verdadero.
Esto en un mes aprendí,
esto he visto y esto sé;
vi su estilo, aunque no fué
gran novedad para mí.
Y pienso que en mis acciones
se verá, si es de importancia.
LISARDA. Por lo menos, la elegancia
de tus discretas razones.
Gastar en Madrid un hombre,
en un mes, dos mil ducados,
son indicios extremados
que aprendió el arte y el nombre.
¡Bravos maestros tuviste!
Alguno sería mujer.
Presto se ha echado de ver
lo que en la corte aprendiste,
que bien se pagan también.
FÉLIX. No fueron mal empleados:
con amigos y criados

(1) En el original, "mundo", por errata.

se luce en la corte bien.
Y heme admirado de ti
que por culpa se me dé;
porque, mientras más gasté,
más presto a verte volví.
Porque, mientras más durara
el dinero, claro está
que más estuviera allá
y más en volver tardara.

LISARDA. ¡Qué linda traza de amores!
¡Qué bien tu ausencia me pintas,
con razones tan distintas,
de regalados favores!
¿De suerte que en el dinero
estuvo el volverme a ver?
Si aquesto fuiste a aprender,
tú vienes gran caballero.

FÉLIX. Si yo te abrazo y te doy
nuevas, Lisarda, de mí,
y tú, desdeñosa, aquí
no ves que muriendo estoy,
¿qué tengo de hacer? ¿Llorar,
dormir en la calle, hacer
locuras?

LISARDA. Como a mujer
me comienzas a tratar;
que basta haberlo tratado
para haberme aborrecido,
pues es antes de haber sido,
como si hubiera pasado.

FÉLIX. Si tales muestras me das,
eso di que es ser mujer,
y que ocasión puede ser
para no serlo jamás.
Una lista quiero darte
del dinero que gasté,
por que sepas cómo fué,
a quién le di y en qué parte.

LISARDA. No, primo; esas bizarrías,
cosas de la corte son.
No pido tanta razón
a prendas que no son mías,
ni os quiero yo dar aquí,
por recién venido, enojos.

(Vase llorando.)

BELTRÁN. Las manos lleva en los ojos.
¿Cómo la dejas ansí?

FÉLIX. Pues ¿qué la tengo de hacer?
¿No ves que ya me ha tratado
como si hubiera llegado
a ser mi propia mujer?
¡Oh, Madrid! ¡Qué libertad,
qué gusto! Aquí nunca fuí
más de un hombre que nací
en esta insigne ciudad;
allá, con ser forastero,
fuí mirado y admirado;
más que he querido, he gozado.

BELTRÁN. Traslado a nuestro dinero.
¡Pesia tal! Con los dos mil
¿qué no pensabas hacer?

FÉLIX. ¿Y quién te ha dado a entender
que allá no es precio muy vil?

BELTRÁN. No lo creas, que también
falta por allá dinero.
Dime tú que un forastero
obliga a quererle bien,
porque no se ha de alabar
y se ha de partir mañana;
que ésta es la razón más llana
de lo que puede gozar.
Y, fuera de aquella triste
que aquella noche burlaste,
dime tú: en Madrid ¿qué hallaste,
o qué sin pagar comiste?

FÉLIX. Muchos se me aficionaron.
Désa lo estuviera yo,
y el peligro me ausentó
della.

(Salen INÉS, *criada;* FINEO, *escudero, y otros criados.)*

INÉS. ¿Decís que llegaron?

FINEO. Aquí están.

INÉS. ¡Señor!

FINEO. ¡Señor!

FÉLIX. Todos sean bien hallados.
¿Cómo estáis?

INÉS. Por tus criados,
viéndote, responde amor.
Danos los brazos, Beltrán.

BELTRÁN. Vengo ya gran cortesano.

INÉS. ¿De un mes?

FINEO. Es negocio llano.
Así vuelven los que van.

INÉS. ¿Qué traes de allá?

BELTRÁN. No sé.
Interés, poca verdad
y en hablar, más libertad.

INÉS. ¡Medrado vienes, a fe!
¿Eso se vende en Castilla?

BELTRÁN. ¿No ves que me estoy burlando,
y más de la corte hablando
y de aquella insigne villa?

INÉS. A la fe, quien va de acá,
Beltrán, mal acostumbrado,
no traerá más que ha llevado.
BELTRÁN. ¿Tan malo fuí?
INÉS. Claro está.

(Sale DON PEDRO DE ARAGÓN.)

FINEO. Señor viene.
PEDRO. En fin, yo he sido
el postrero que ha gozado
tus brazos.
FÉLIX. Aún no he llegado.
PEDRO. Mejor dirás: "no he partido",
según te hallabas allá.
¿Qué has hecho a tu prima, di,
que está llorando?
FÉLIX. De mí
quejosa o celosa está
PEDRO. ¿Tú no ves que es todo amor?
¿Cuándo te quieres casar?
FÉLIX. Dame un poco de lugar
para prevenir, señor,
las cosas que he menester.
PEDRO. Respuesta doncella ha sido.
Pues tú, para ser marido,
¿qué prevención has de hacer?
FÉLIX. Galas no puedo excusar,
casa y libreas.
PEDRO. Yo quiero
salir a todo.
FÉLIX. Primero
querría desenojar
a Lisarda.
PEDRO. Y es razón.
Ven conmigo.
FÉLIX. Si me pide
celos, la boda despide,
porque muy cansados son.

(Vanse los dos.)

INÉS. ¡Ah, señor Beltrán!
BELTRÁN. ¿Qué manda?
INÉS. ¡Qué espetado me recibe!
BELTRÁN. Así por allá se vive,
así se negocia y anda.
INÉS. ¿No trae rizos de allá,
ni vocablos exquisitos?
BELTRÁN. Esos son cuatro mocitos,
que a cinco no llegan ya.
Pero, en el mundo, no creo
que haya más valor que allí.
¡Qué graves personas vi,
en cuanto pide el deseo!
¡Qué entendimientos tan claros,
qué amistades, qué lealtades!
INÉS. ¿Lealtades en amistades?
¡Gran cosa, milagros raros!
Ese bien basta que tenga.
BELTRÁN. Aunque no falta castigo.
Quien escoge infame amigo,
tómese el mal que le venga.
Dejando pueblos en Francia,
¿tienes ahí cualquier ropa?
Porque es llegar viento en popa.
INÉS. Habrá notable fragancia.
Veraste en agua de azahar,
que ya está puesta a cocer;
que todo es bien menester,
viniendo de ese lugar.
BELTRÁN. Pagaréte en cien mil cosas.
INÉS. Los ausentes sois ingratos.
BELTRÁN. Ven, y daréte zapatos,
cintas y cosas famosas.

(Vanse. Salen DON JUAN *y* OTAVIO.)

JUAN. ¿Por qué te volviste?
OTAVIO. Fué
forzoso el volverme luego.
JUAN. Perdiste, Otavio, de ver
los reales casamientos
de los príncipes de España.
OTAVIO. De mis negocios me quejo,
que no me dieron lugar.
JUAN. Recibióme bien don Diego,
y pude esperar dos días,
si bien en todos no tengo
nuevas de mi casa, Otavio.
OTAVIO. Ya mi descuido confieso,
que no he visitado a Celia.
JUAN. No gastéis en cumplimientos
conmigo, Otavio, palabras.
OTAVIO. ¿Hubo algún nuevo suceso?

JUAN.

Por no mover, como era justo, a España
con este regocijo,
al príncipe su hijo,
que fué de su modestia heroica hazaña,
casó Felipe, Otavio, donde sabes,
huyendo al monte las siniestras aves.
No la voz infeliz, se oyó ninguna;
salió Venus hermosa,
bañada en pura rosa,

llevando de la mano a la fortuna;
amor, a la esperanza y al deseo,
vestido de francés el Himeneo.
  Dábase priesa a derribar el día
de su dorado coche
la venturosa noche,
que escurecer al mismo sol quería;
porque con Isabel imaginaba
que se paraba el sol, que la envidiaba.
  Pintarte los vestidos, no me atrevo;
que, haciendo esfera el Pardo,
en Felipe gallardo
se vió cifrado el resplandor de Febo;
y a su hermosura es bien que le anticipe,
pues se deja mirar la de Felipe.
  La divina Isabel, no sólo rama,
mas todo el Lirio de oro,
de aquel francés tesoro
que gastó los diamantes a la fama,
bordada de sus mismas luces bellas,
fué campo celestial de sus estrellas.
  Las damas, que quisiera referirte,
suspenden mi memoria;
ni puedo a tanta gloria
con relación tan rústica subirte;
que podía su sol, por atrevidos,
mi lengua castigar y tus oídos.
  Allí se descogió la primavera,
allí todas las flores
realzaron sus colores,
si no con luces de la octava esfera;
y como el Pardo fué cielo en el suelo,
hubo más sol estando pardo el cielo.
  Corrida Venus que lo fuesen todas,
envidiosa asistía,
y el niño Amor hacía
varios conciertos de felices bodas,
y en los casados, por mayores palmas,
casábales los ojos y las almas.
  Andaban por el aire Cupidillos
jugando con espadas
en tarjetas doradas,
pintadas de leones y castillos,
y las del otro bando en real decoro (1).
  Tendido en sus arenas Manzanares,
esforzó sus corrientes,
y con varios presentes,
himnos, epitalamios y cantares,
sus ninfas celebraron este día,
y el monte en dulces ecos respondía.
  Una casa de luces y cristales,
entre jardines puesta,
era el Pardo floresta
de dioses y de estrellas celestiales,
diciendo de Isabel: "Mil años goces
la paz y la esperanza", en altas voces.
  Bajó la noche, Otavio, finalmente,
donde tuvo el deseo,
con lazos de Himeneo,
un bien que se esperaba como ausente.
¡Plegue al cielo que España presto vea
el dulce fruto que a los dos desea!

OTAVIO. No me pudieras decir
cosa de mayor contento.
JUAN. ¿Qué es esto, Otavio? A mi casa,
después de esta ausencia llego,
¿y no me recibe nadie?
¡Hola, criados! ¿Qué es esto?
Decid que aquí estoy a Celia.

(Salen FABIA, LIBIO *y* ESTACIO, *muy tristes.)*

¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?
Pues ¿salís y no me habláis?
¿Qué novedad, qué suceso,
con descoloridos rostros
en mi presencia os ha puesto?
¿Está mi hermana indispuesta?
¿Quién en mi casa se ha muerto?
Hablad. ¿Qué me ha sucedido?
¿Por qué me tenéis suspenso?
FABIA. Señor: Celia, mi señora,
no está en casa.
JUAN. ¿Cómo es esto?
LIBIO. Ni en Madrid está, señor.
JUAN. ¡Ni en Madrid! ¿Qué es esto, cie-[lo?
¡Con esta daga os haré
que digáis la verdad, perros!
ESTACIO. Señor, no sabemos más
de que aquí vino Riselo,
y que los dos en un coche
salieron con gran silencio,
y que le hicieron volver.
JUAN. Llamadme luego al cochero.

(Sale BERNAL, *cochero.)*

LIBIO. Aquí viene.
JUAN. Pues, Bernal,
¿esta lealtad te merezco?
BERNAL. Si me dice mi señora
que vaya a Atocha, ¿yo puedo
adivinar lo que intenta?

(1) Falta un verso después de éste.

JUAN. ¿Pues fué a Atocha?
BERNAL. Fué; mas luego
que en la reja se apearon,
que me volviese dijeron,
porque habían de volver
con las hijas de don Pedro;
y, tomándola la mano
Riselo, se entraron dentro.
JUAN. Cerca, sin duda, tenían
con lo que los dos se fueron.
¡Traidor Riselo! ¿Tú a mí?
Y tú, ¡ingrata!, ¿cómo has hecho
desprecio de todo el mundo,
para dar en tal desprecio?
Yo te casara con él,
aunque era pobre.
OTAVIO. No acierto
a daros, en tanto mal,
consuelo alguno.
JUAN. ¿Consuelo?
¿Adónde le puede haber,
si no es en partir tras ellos
en las postas de mi honor
y de mi agravio en el viento?
BERNAL. Señor: Decio me contó
que con el coche vinieron
a Madrid; en un caballo
conoció al traidor Riselo,
camino de Zaragoza,
y una dama, que sospecho
que sería mi señora,
un blanco rebozo puesto,
con un sombrero de plumas.
JUAN. Ellos son, Otavio; hoy quiero
hacer prueba de tu amor.
OTAVIO. No te dejaré, si entiendo
perder mil veces la vida.
JUAN. Salid todos de aquí presto,
¡perros!, que quiero poner

(Vanse los criados.)

a la casa infame fuego,
donde para mi deshonra
se hicieron estos conciertos.
OTAVIO. Don Juan, no es tiempo de voces;
de sólo remedio es tiempo.
JUAN. ¡Celia ingrata, al fin mujer!
Advierta el hombre discreto
que de su sombra se fía
que ara el mar y siembra el viento.

(Vanse. Salen RISELO, *de camino, y* CELIA, *de portuguesa.)*

RISELO. Solamente una mujer
engañara a un hombre así,
para que se viese en mí
lo que más podéis hacer.
Que de querer a creer
hay diferencia tan poca,
que luego a querer provoca;
pero tenéis condición
que aún no sabe el corazón
las mentiras de la boca.
A Zaragoza he venido,
de mi amor tan engañado
cuanto estuve confiado
de que no hubieras mentido.
Traidor a don Juan he sido,
pues no está don Juan aquí;
del crédito que te di,
tan arrepentido estoy,
que no te dejo y me voy
porque ya le obligo así.
Estás en un reino extraño,
adonde te has de perder;
que siendo sola, y mujer,
¿qué más claro desengaño?
Ya no puede ser el daño,
de lo que ha sido, mayor.
Que no fuí amigo traidor,
necio, sí, decir podrán;
y aunque me mate don Juan,
quiero defender su honor.
CELIA. Riselo, para tener
un hombre de su afición
la justa satisfación,
hay poco que agradecer.
Amar es obedecer,
y padecer, y sufrir:
esto se llama servir,
esto amar, esto obligar;
que amor no se ha de quejar,
aunque se viese morir.
Advertida la razón
por que vine a esta ciudad,
ni la mía es libertad,
ni la tuya fué traición.
Cumple con la obligación
que tienes de caballero,
como en tu nobleza espero;
que cuando sepas mi historia
te dará mi amor memoria
de amigo el más verdadero.
La casa que ves aquí
es, en aquesta ciudad,
de notable calidad:

su blasón lo dice así.
De lo que has de hacer por mí
no te arrepientas, Riselo;
que, fuera de que tu celo
presto se ha de conocer,
Celia será tu mujer,
si quieren don Juan y el cielo.

RISELO. Vuelves de nuevo a engañarme.
Mucho fías de mi amor;
mas yo quiero, por tu honor,
a perderme aventurarme.

CELIA. Finge, Riselo, matarme
en este portal, y en viendo
que desciende gente, huyendo
a la posada te irás;
que después, de mí sabrás
lo que fuere sucediendo.

RISELO. Locura es obedecerte.
Saco la daga.

CELIA. Yo, agora
me quejaré.

RISELO. ¡Aquí, traidora;
aquí te daré la muerte!

CELIA. ¡Jesú, nome de Jesú!
¡Que me mata este vilão!

RISELO. ¡Muere, infame!

CELIA. ¡Compaixão!

RISELO. Ya vienen.

CELIA. Pues huye tú.

(Dentro, DON PEDRO.*)*

PEDRO. ¡Hola, criados!

FINEO. ¿Señor?

PEDRO. ¡Que matan una mujer!

CELIA. ¡Aquí del rey!

RISELO. ¿Hay que hacer
otra cosa?

CELIA. Huir.

RISELO. ¡Oh, amor!

(Vase. Salen DON PEDRO, LISARDA, BELTRÁN, *y* CRIADOS, *con espadas desnudas.)*

PEDRO. ¿Qué es aquesto?

CELIA. ¡Aquí del rey!

LISARDA. Una mujer es, señor.

FINEO. ¡Oh, cómo corre el traidor!

LISARDA. ¿Estáis herida?

CELIA. Naon sey.
Ollay por o derradeiro.

BELTRÁN. Que la miren por detrás.

PEDRO. ¿Quién eres y adónde vas?

CELIA. ¡Jesú! Contar vos lo queiro.

LISARDA. ¡Qué linda cara y persona!

PEDRO. Cuando mujer no obligara,
Lisarda, la buena cara
cualquiera desgracia abona.

CELIA. Ya que vine a vosas maos (1),
por sorte, siñor vello,
e de vos, fermosa dama,
depende hoje o bem que espero,
despois de tan varios casos,
tantos acontecimentos,
que naon sey si vivo ou morro,
taes saudades padezco.
Sabei que eu sou portuguesa,
de Coimbra sou, bem creo
que lo dice miña fala,
miña ventura a lo menos.
Naon sey falar castillano;
perdonaime, que bein vexo
que naon serey entendida
entre tantos desconcertos.
Eu vivía en miña terra;
miño pay, que vos prometo
que era home muito grave
por fidalgo e christiaon vello,
foise a pelejar coos mouros;
morreu e ficou entre elos.
Choray, ollos; choray tanto,
que descanséis miño peito.
Eu, triste, ¿qué fiz entaou?
Cuidar da facenda presto,
e vivir con mais recato
deos homes, de engaños cheos.
Menina sen pay nen may;
mais amor, amor, que ha feyto
mayores males no mundo
que tudos cuatro elementos,
fiz que este home que de aquí
fugiendo se vai tan cedo,
con dos mil feyticeirías,
vencese meus pensamentos.
A vountade rendida,
tudo foy a o mar correndo:
siso, razón, honra e vida,
que naon so o entendimento.
Deume a entender que en Italia
vivir seguros podemos
do os parentes de meu pay,
muyto honrados cabaleyros;
que collese as miñas joyas,

(1) Hartzenbusch puso en regular portugués esta relación y otras de Celia. Nosotros sólo enmendamos los que parecen errores de la imprenta.

e que en chegando a otro reino,
conmigo se casaría;
naon lo fizo el can judeo,
que hoje en aquesta ciudad
ou fose arrepentimento,
que sempre consigo trae
aquelo que foy mal feyto,
miñas joyas me pedíu
para dexarme; ¡qué intento
de home fidalgo!, e sacou
da vaina o cobarde ferro;
eu que o vi, espallando voces,
e queixumes a os ceos,
porque as pedras que me ouviran
ajudasen meos desejos.
Foy socorrida de tudos
os que escutáis meu tormento;
que si naon, ficara morta;
e de finollos vos pezo
ampareis ua moller,
pois ja remedio naon teño,
sinaon chorar e morrer,
pidiendo mía morte a Deus.

PEDRO. ¡Extraña lástima!

LISARDA. Extraña;
y que a grande compasión
me ha movido el corazón.

PEDRO. Tú, Lisarda, la acompaña;
tú la ampara, tú la anima;
no se pierda, que es piedad
justa en tanta soledad,
que hasta las piedras lastima.
¡Ea, Inés; ea Fineo!
Todos la habéis de alegrar.
Beltrán, aquí has de mostrar
tu buen humor.

(*Vase.*)

BELTRÁN. ¿Qué deseo
no tiene ya granjeado?
Estad cierta que seréis
tan regalada, que estéis
sin género de cuidado,
y que si el hombre parece
sólo un día en la ciudad,
tendrá, de tan gran maldad,
el castigo que merece.

LISARDA. ¿Cómo es, portuguesa amiga,
el nombre?

CELIA. Miña señora, [agora
Constanza. (*Ap.*) (Que es bien que
constante en todo me diga.)

LISARDA. Venid conmigo, Constanza.

CELIA. ¿Sois casada?

LISARDA. Aún no lo estoy;
pero ya tan cerca estoy,
que es posesión la esperanza.

CELIA. ¿Sois filla do siñor vello?

LISARDA. Es don Pedro, mi señor,
mi tío.

CELIA. Voso valor
tendrá o vello por espello.

LISARDA. Con su hijo está tratado
mi casamiento.

CELIA. (*Ap.*) (¡Ay de mí!)
¿Naon está feyto?

LISARDA. No, y sí. [do.)

CELIA. (*Ap.*) (A ver mi muerte he llega-
¿Qué nome tein voso esposo?

LISARDA. Don Félix.

CELIA. ¡Vállame Deus!
¿E saon os méritos seus
dignos para serlo voso?

LISARDA. Presto, amiga, le verás.
Ven conmigo.

CELIA. (*Ap.*) (En él veré
mi muerte. Triste, ¿qué haré?
¡Morir me falta no más!)

(*Vanse todos y queda* BELTRÁN.)

BELTRÁN. No he visto en toda mi vida
más bella mujer. ¡Qué cara!
Nunca Troya se abrasara,
ni fuera España perdida
por la celebrada Elena
y por la bella Florinda,
si vieran cosa tan linda
y de tantas gracias llena.
¡Oh, portuguesa del cielo,
pegado me ha el dios machín
con el medio celemín!
Celazos de Inés recelo;
pero ¿qué se me da a mí?
Ellas, si quieren, ¿también
no nos dan perros? Pues bien...

(*Sale* DON FÉLIX.)

FÉLIX. ¡Oh, Beltrán! ¿Qué haces aquí?

BELTRÁN. Ha sucedido una cosa
que no hay encarecimiento
con que pueda exagerarla.

FÉLIX. Si es de Lisarda, son celos;
si es de mi padre, son voces.

BELTRÁN. Del blanco has dado muy lejos.

En este portal, un hombre,
con villano atrevimiento,
quiso matar, por robarla
ciertas joyas y dineros,
a una bella portuguesa,
como un ángel, y acudiendo
tu padre, Lisarda y todos,
él se huyó, y ella, sin miedo,
les ha contado la historia,
que es un gracioso suceso,
y la han recibido en casa.

FÉLIX. Justa piedad.

BELTRÁN. Yo me huelgo;
porque, después que nací,
no vi unos ojos tan bellos,
tal gracia, donaire y brío.

FÉLIX. Pues me das, Beltrán, deseo
de ver esa portuguesa,
con tanto encarecimiento.

BELTRÁN. Pues no le tengas, que ya
en el corazón la tengo,
y la acoto para mí.

FÉLIX. Ve, por tu vida, allá dentro,
y haz que, con algún achaque,
la pueda ver.

BELTRÁN. Iré, cierto
que no me la quitarás.

(Vase.)

FÉLIX. ¿Yo, Beltrán? No eres mal necio.

Memorias de Madrid: pues no pudistes
conservar en el bien que me quitastes,
¿qué me queréis, pues sólo me dejastes
la pena del cuidado que me distes?

Paso los días y las noches tristes
con tanta soledad, que si culpastes
mi breve ausencia, ya de mí os vengastes
en que conmigo a mi pesar venistes.

Yo vengo de Madrid enamorado,
pensando que Aragón me diera puerto,
de un gusto oculto y de un hablar turbado.

No sé lo que gocé, pero sé cierto
que, si es mayor el bien imaginado,
más me pudo matar que descubierto.

(Sale CELIA.)

CELIA. (¿Qué mujer se ha visto, amor,
en el trance que me veo?
Este es don Félix; ¿qué aguardo?
Ya estoy en el mar, ¿qué temo?
Aquí sólo hay cielo y agua.
O morir, o ver el puerto;
que quien se embarcó, ya supo
a qué peligro se ha puesto.)

FÉLIX. (Si es ésta aquella mujer,
claro está, ¡notable aseo
en tal traje! La hermosura,
donde quiere tiene imperio.)
¿Sois vos a quien os quería
matar un hombre? Por cierto
que él lo mereció mejor,
pues no lo estaba de veros.
Llegaos más. ¿De qué os teméis?
Llegaos más.

CELIA. Sinor, non temo;
que en perdendo o bein mayor,
tudos os males saon menos.

FÉLIX. ¡Oh, qué gracia; oh, qué donaire!
¿Sabéis quién soy?

CELIA. ¡Praza a Deus
que naon lo hobera sabido! (1)

FÉLIX. ¿Por qué razón?

CELIA. Porque veño
desde miña terra aquí.

FÉLIX. Alzad los ojos del suelo.

CELIA. Tan mal con eles estou,
que en o chao quisiera verlos.

FÉLIX. Harto mejor estuvieran
por estrellas en el cielo.

CELIA. ¿Requiebriños? ¡Oh qué boo!
Eu teño tan mal conceto
do os homes, que o uir falar
de amores me day tormento.

FÉLIX. Como ese hombre os engañó,
pensáis que todos tenemos
una misma condición.

CELIA. Eso non cuidáis que es cierto;
tudos soys uno soomente,
uno tudos, y así creo
que ahora, falando con vos,
falo a aquel de quien me quexo.

FÉLIX. Yo no os hubiera ofendido,
si a tanto merecimiento
me trujera mi ventura.

CELIA. O mismo hobérades feyto.

FÉLIX. Ahora bien: dejaos servir,
y veréis cuán verdadero

---

(1) Hartzenbusch modificó estos versos así:

FÉLIX. ¡Oh, qué donaire! ¿Sabéis
quién soy yo?

CELIA. ¡Prouvera a Deus
que não o houvese sabido!

me halláis, y cuán diferente
del que os hizo tal desprecio;
que os juro que he visto en vos
tanta belleza, que creo
que tomáis en mí venganza
de los delitos ajenos.

CELIA. ¿Alleos saon os delitos?
¡Ficay en bora! Non queiro
que me volváis a matar.

FÉLIX. Aunque no queráis, soy vuestro.
Dadme una mano.

CELIA. ¿Ua mao?
Que vos cortara prometo
la vosa, a ter ua faca.

FÉLIX. ¡Bravo rigor! ¿Qué os han hecho
mis manos, para cortarlas?

CELIA. Tiraila.

FÉLIX. Yo iré siguiendo
vuestra luz.

CELIA. ¡Aquí del rey!

FÉLIX. ¡La portuguesa me ha muerto!

JORNADA TERCERA

(Salen DON JUAN DE SILVA *y* OTAVIO.)

OTAVIO. Bien parece esta ciudad
de Augusto César grandeza.

JUAN. Si venciera mi tristeza
con su pompa y majestad,
fuera más notable indicio
de su valor, y más cierto,
cuanto es más dar alma a un muerto
que labrar un edificio.
¡Ay Zaragoza, si en ti
hallase puerto a mi honor,
como le tuvo el traidor
que viene huyendo de mí,
daría eterna alabanza
a los fueros de Aragón!
Que tomar satisfación
no se ha de llamar venganza.

OTAVIO. ¿Acuérdaste, por ventura,
de aquel galán forastero,
el que corriendo el overo,
que en bronce o en plata pura
esculpirse mereció,
te agradó de tal manera?

JUAN. Bien me acuerdo.

OTAVIO. ¿Pues no era
desta ciudad?

JUAN. Pienso yo
que Zaragoza decía;
mas del nombre no me acuerdo.
¡Qué galán, qué noble y cuerdo,
y qué ilustre parecía!

OTAVIO. Pues don Félix de Aragón
nos dijo que se llamaba.

JUAN. No poco nos importaba
su amparo en esta ocasión.
Bien arrepentido estoy
de no haberle dado, Otavio,
mi casa.

OTAVIO. Para este agravio,
de que yo testigo soy,
¿no basta ser caballero?

JUAN. ¡Quién le hubiera aposentado,
para tenerle obligado!

OTAVIO. Que hará lo que es justo espero,
si te vales dél, don Juan.

JUAN. Preguntaremos por él.

OTAVIO. ¿Qué se pierde, en tan crüel
fortuna?

JUAN. Aquí nos dirán,
por ser armas de Aragones
las desta famosa casa,
dónde vive.

OTAVIO. Gente pasa.
Pregunta, y no te apasiones;
que el cielo te ha de ayudar.

(Salen ESCUDEROS, *y* LISARDA, *con manto, e* INÉS *y* BELTRÁN, *detrás, con una almohada.)*

JUAN. Esta dama ilustre y bella
presumo que viene a ella.

OTAVIO. Y te comienza a mirar.

JUAN. No es culpa la cortesía.

LISARDA. ¿Mandáis algo, caballero?

JUAN. Mi señora, a un escudero
vuestro preguntar quería
por don Félix de Aragón.

LISARDA. Esta es su casa, aquí vive.

JUAN. Ya toda el alma apercibe
indicios de obligación.

LISARDA. No soy su mujer, que soy
su prima.

JUAN. De cualquier modo,
me toca ser vuestro todo;
que tan obligado estoy.

LISARDA. Beltrán, ¿dónde está mi primo?

BELTRÁN. Allá en el Aseo quedó.

LISARDA. ¿Queréis que le diga yo
alguna cosa?

JUAN. Lo estimo
como es razón.
LISARDA. ¿Qué diré?
JUAN. Que vino a buscarle agora
don Juan de Silva, señora.
LISARDA. De todo le advertiré.
Guárdeos el cielo.
JUAN. Y a vos
os haga tan venturosa
como sois cortés y hermosa.

(Vanse LISARDA *y su gente y queda* BELTRÁN.)

BELTRÁN. ¿No me conocen?
JUAN. Por Dios,
que pienso que os vi en Castilla.
BELTRÁN. Allá fuí con mi señor.
¡Linda tierra!
JUAN. La mejor
del mundo.
OTAVIO. La ilustre villa
de Madrid es paraíso.
BELTRÁN. Merced del sol que le da,
con que son las flores ya
gala, hermosura y aviso.
Voy a dejar la almohada
y a buscar a mi señor.
JUAN. ¡Brava prima!
BELTRÁN. La mejor
de Aragón, si está templada.
JUAN. ¿Vive con don Félix?
BELTRÁN. Sí;
que están ya medio casados,
porque hay gentiles ducados
que el viejo le tiene aquí.
Mas cánsase en porfiar;
don Félix no la apetece.
JUAN. Pues a fe que lo merece.
BELTRÁN. Sangre no es buena de amar,
que es querer una sangría.
Ríome de los casados
que veo siempre emprimados:
"primo mío, prima mía";
y luego, tíos los suegros.
O lo hacen de avisados,
por no parecer casados,
o son de casta de negros.
¡Oh! Bien haya un labrador,
pues palabra no ha de haber
sin mujer: "¡Hola!, mujer,
mujer".
OTAVIO. No le falta humor.
BELTRÁN. Desde la boda están fijos
en marido y en mujer;
y así, se viene a saber
que fueron suyos los hijos.

(Vase.)

JUAN. Si no fuera mi tristeza
tan cruel, Otavio amigo,
mucho acabara conmigo
desta mujer la belleza.
Pero ¿cómo la aspereza
de mi mal dará lugar
para ver, ni para hablar?
Que asentar no puede ser
la guarnición del placer
en la tela del pesar.
No he visto cosa, en mi vida,
que por los ojos se entrase
al alma, ni la obligase
tan presto a querer rendida;
mas como aquel homicida
de mi honor la tiene llena
de venganzas, él ordena
que no quepa en mi memoria
cosa que parezca gloria,
ni pueda faltarme pena.
Vamos a ver si, por dicha,
le hallamos por la ciudad;
porque será novedad
que ayude el cielo su dicha.
OTAVIO. Dicha será tu desdicha;
cobrar la perdido, sobra.
JUAN. Importa ponerlo en obra;
que cuando dicha haya sido
que se cobre lo perdido,
nunca la opinión se cobra.

(Vanse. Salen CELIA *y* DON FÉLIX.)

FÉLIX. Pues dime en qué te ofendí,
para que de mí te quejes.
CELIA. Ya te digo que me dejes;
que saben que estás aquí.
FÉLIX. ¿Cómo hablas nuestra lengua
tan bien en tan pocos días?
CELIA. Porque en las desdichas mías
fuera temeraria mengua
faltarme ingenio.
FÉLIX. Constanza,
yo te adoro.
CELIA. Ya te entiendo.
FÉLIX. Pues advierte que me ofendo
de tu desprecio y venganza.

CELIA. ¿Pues qué culpa tengo yo?
FÉLIX. No más de haber parecido
a una mujer que he querido.
CELIA. ¿Esa es culpa?
FÉLIX. ¿Luego no?
CELIA. ¿En qué puedo parecella?
FÉLIX. En el hablar; que en la cara
no lo sé.
CELIA. ¡Quién tal pensara!
Pero ¿hay más de enronquecella?
Hoy quiero hartarme de nieve.
FÉLIX. ¿Nieve a nieve, qué ha de hacer?
CELIA. Dejasteis vos la mujer,
dichoso en tiempo tan breve,
como ya me habéis contado,
¿y queréisme agora a mí
porque la parezco?
FÉLIX. Sí;
que de allá vine hechizado.
La dicha de aquel favor,
tan grande la imaginé,
como a oscuras la gocé,
que vine muerto de amor.
Como ciego que escuchando
el ruido de una fiesta,
de lo que estará compuesta
está dentro imaginando,
de su mismo sentimiento,
y dice: "esto es oro y plata",
y en los colores dilata
la vista al entendimiento;
que si entonces la cobrase,
a lo que no vió diría:
"esto fué lo que yo vía",
y su opinión confirmase,
así yo, que ciego vi
de noche tanta ventura,
imaginé la hermosura
que ahora descubro en ti;
y digo: "Estos son los ojos
que entonces imaginé;
ésta aquella boca fué,
y éstos, los demás depojos".
Tanto, que aunque estás aquí,
allá debiste de estar,
pues no pude imaginar
más gloria que miro en ti.
CELIA. ¿De suerte que yo he de ser
la que vos imagináis?
Pues en verdad que os cansáis;
que no me habéis de coger.
Cuando por Madrid pasaba,
estaba todo alterado,
de que un hombre había gozado
una mujer que le amaba,
y que, por irse el cruel,
se había muerto.
FÉLIX. ¡Ay, Dios! Si fuí
el que la ocasión le di.
¿Era honrada?
CELIA. Y mejor que él.
Y aun decían que señora,
y que su hermano tenía
un hábito.
FÉLIX. Ella sería.
CELIA. ¿Lloráis?
FÉLIX. La memoria llora.
Vete. Pero no, detente;
mal consejo me engañó.
Consuélame.
CELIA. ¿También yo?
Vos lo sentís tiernamente.
FÉLIX. Sí. Dame esos brazos luego.
CELIA. ¡Qué lindas impertinencias!
¿Estas son las penitencias
que hacéis los hombres? ¡Oh fuego!
¡Fiaos, señoras mujeres!
FÉLIX. Si es muerta, ¿qué puedo hacer?
CELIA. Morir.
FÉLIX. ¿Morir?
CELIA. O perder
el seso.
FÉLIX. Sí haré, si quieres.
Pero por ti, vida mía.

(Sale LISARDA.)

LISARDA. ¡Harto bien!

(Habla portugués, disimulando.)

CELIA. Tiraibus lá.
Ollay, señora, que fa
con aquesta zumbería.
LISARDA. Quedo, quedo, ya es en vano;
que no quiero que me des
disculpas en portugués
y celos en castellano.
Pues que le sabéis hablar,
habladle siempre.
CELIA. Non sey.
Si una cousiña faley,
iso non era falar.
LISARDA. ¿Cousiña es tener aquí
a Félix conversación?
FÉLIX. Notable es tu condición,
mayormente contra mí.

LISARDA. No importa. Yo quitaré
la causa.

FÉLIX. Si la quitares,
yo te haré tantos pesares
que en los ojos te los dé.

CELIA. ¡Ea, non breguéis por mí

FÉLIX. ¿Tú me riñes?

LISARDA. Yo te riño.

CELIA. E Lisarda un angeliño;
eu, moller que vine así.
Daica as maos, que sabe Deus
cuánto o siento.

FÉLIX. Por tomar
tu mano, la quiero dar.

LISARDA. Suelta.

CELIA. Naon mais, ollos meus,
que naon ye la culpa súa.
Fácele mimos, señora.

LISARDA. ¡Para eso estoy agora!

CELIA. ¡Jesú, qué moller tan crúa!

LISARDA. Yo le diré lo que pasa
a mi tío.

FÉLIX. Bien harás.
Tente, espera; ¿dónde vas?

CELIA. A las facendas de casa;
que as lembranzas de aquel ben,
que me da tantas saudades,
faz que vosas amistades
tiernas lágrimas me den.

(Vase.)

FÉLIX. Lisarda: mejor sería,
pues que te soy importuno,
hacer elección de alguno
de los muchos que a porfía
te sirven en Zaragoza.
Yo llevo mal tu rigor.

LISARDA. ¿Qué extranjero embajador
tantas libertades goza
como un hombre que no quiere?
Vete con Dios, que yo soy
mujer que pondré desde hoy
el remedio que pudiere.

FÉLIX. Los celos anticipados
al casamiento, no son
indicios de condición
pacífica entre casados.
Sufrirlos, no me lo mandes.
Cuando mi padre me dé
pesadumbre, yo sabré
pasarme a Italia, o a Flandes.

(Vase.)

LISARDA. ¿Qué aguarda ya mi locura,
entre tantos desengaños?

(Sale BELTRÁN.*)*

BELTRÁN. ¿Qué has hecho a don Félix?

LISARDA. ¿Yo?

BELTRÁN. El va tan desesperado,
que no quiso responderme.

LISARDA. Tendrá por notable agravio
que no le dejen gozar
de Constanza.

BELTRÁN. Yo me espanto
que creas...

LISARDA. ¿Qué he de creer,
sino lo que estoy mirando?

BELTRÁN. ¿Quieres que te dé un consejo?

LISARDA. Ya le tengo imaginado:
saldrá Constanza de aquí,
si lo estorba el mundo.

BELTRÁN. Paso;
que más fácilmente puedes
poner remedio a tu daño.

LISARDA. ¿Cómo?

BELTRÁN. Yo pierdo el juicio
por Constanza, y he pensado
que casándola conmigo
no hay más fuerte desengaño.
Yo la pondré donde Félix
no pueda verla.

LISARDA. Si trato
el casamiento y lo sabe...

BELTRÁN. Tratarlo y ejecutarlo.

LISARDA. ¿Hablaréla?

BELTRÁN. Bien podrás.

LISARDA. Yo la daré mil ducados;
pero has de guardarla dél.

BELTRÁN. Tú verás cómo la guardo.
Ni el sol ha de entrar a verla.

LISARDA. Mirad que hay sinos tan malos,
que entra el sol a sus cabezas.

BELTRÁN. Debe de ser en verano;
mas yo tengo un guardasol,
a prueba del sol de hogaño,
que ni el oro ni el poder
se atreverán a pasarlo.

(Vanse. Salen DON FÉLIX *y* DON JUAN.*)*

FÉLIX.

Agravio me habéis hecho.

JUAN.

En vuestra casa

os he buscado: así mi amor estima
vuestro valor.

FÉLIX.

Que se mostrase escasa,
fué no saber quién sois.

JUAN.

¡Qué hermosa prima
tenéis en ella!

FÉLIX.

Esta ciudad abrasa,
y sólo para mí parece enima;
porque, como a casarme no me animo,
a veces soy marido, a veces primo.
A mi casa venid; honradla agora.

JUAN.

Si os hubiera servido con la mía...

FÉLIX.

Agravio es ése, de quien tanto adora
el valor, la amistad y cortesía.

JUAN.

No viene para fiestas el que llora
casos de honor; y traigo compañía.

FÉLIX.

Veros en Aragón, me ha dado pena.

JUAN.

Que está la honra en voluntad ajena.
¡Ah cielo! ¡Ah ley del mundo, que ignorante
puso el honor en la mujer! Yo vengo
buscando una mujer.

FÉLIX.

Causa bastante
para perder el seso.

JUAN.

No lo tengo.
Pérfido corazón, alma diamante
en este pecho mísero sostengo,
pues me dura la vida.

FÉLIX.

Mucho alcanza,
con vivir, la paciencia y la esperanza.

JUAN.

¡Que deje una mujer, para casarse,
títulos, caballeros, gente noble,
y que venga en un bárbaro a emplearse,
con más distancia que de un pino a un roble!
Ya ¿de quién puede un hombre confiarse,
si toda la amistad es trato doble?
¡Oh, terrible pensión de la hermosura,
que aun del amigo no has de estar segura!
Entra el amigo en una casa, y mira,
no el caballo, la joya, ni la espada;
no la pintura, que la vista admira,
ni la cama riquísima bordada;
que mira la mujer, luego suspira:
ésta quiere tener, ésta le agrada,
y sin respeto de que es prenda ajena,
quiere hacer mala la que nace buena.
¡Miseria extraña, bárbaro apetito!
En fin, mi amigo la llevó robada,
y dicen que a Aragón; aquí permito
licencia a mi defensa en vuestra espada.

FÉLIX.

Si el agresor de tan cruel delito
está en esta ciudad, por la sagrada
imagen del Pirámide, que adoro,
que ha de morir como en la plaza el toro.
Ya conocéis aragoneses: creo
que me podéis fiar estas verdades.

JUAN.

No le disteis lugar a mi deseo
de proseguir las hechas amistades.

FÉLIX.

Fué causa de venirme un necio empleo,
aunque no puedo decir de voluntades,
por la posta a Aragón, cuyo suceso
traigo en el alma, en mi pesar, impreso.
Las botas puestas, una hermosa dama,
que tapada no he visto mujer fea,
partir impide, y a su casa llama,
porque de noche quiere que la vea;
cual pajarillo, voy de rama en rama
al blanco cebo, que picar desea,
métenme a escuras, y atrevido y ciego,
de cuadra en cuadra, a su aposento llego.
Háblame arrepentida, ¡extraño caso!,
y que me vaya dice yo sin vella;
su mano beso, y al mover el paso,
a voces oigo preguntar por ella;
túrbanse todos, yo delante paso,
saco la espada, por morir con ella;
pero, por más secreto, a su aposento
una criada me conduce a tiento.

Apenas yo detrás estaba puesto
de las cortinas de una cama, cuando
entra con ella un hombre; aquí protesto,
que fué milagro el esperar callando:
"Siéntate, dice, y no te enojes desto";
y así, sentados en la cama, hablando,
que era testigo, fabriqué en mi idea
de lo que no es razón que nadie vea.
En fin, yo me engañé; que un casamiento
de un hombre rico y viejo le propone;
ella le niega, él deja el aposento,
y a acostarse en el suyo se dispone;
vienen criadas con igual contento,
con ellas se destoca y descompone,
sin que pudiese yo de ningún modo
ver una parte, aunque esperaba el todo.
Acuéstase, en efecto; sacan luego
solícitas criadas las bujías;
yo, viéndola ya sola, a hablarla llego;
mas ella impide las razones mías;
con lágrimas intenta mi sosiego,
que pudieran mover las piedras frías;
pido licencia, y dice que no hay llave,
hasta que el curso de la noche acabe.
Yo, entonces, se la pido de que pueda
con una mano sola entretenerme,
y que el hablar siquiera me conceda.
En fin, la mano vino a concederme:
el pájaro en la liga más enreda;
y de suerte, don Juan, vine a perderme,
que, sin saber quién era o ser podía,
su marido juraba que sería.
¡Oh, terrible ocasión! Nadie se ponga
en confianza de su honor en ella;
que no hay cosa que tanto descomponga:
las mayores virtudes atropella.
Mas ya para que Febo se componga
le daba espejo la primera estrella,
cuando, a fuerza de tantos juramentos,
se cansó de sufrir sus pensamientos.
Apenas que salí, siéndome guía
una criada, cuando en postas salgo
yo de Madrid, y del oriente el día,
y como reo, de Aragón me valgo:
no quise dicha en que perder podía;
siendo la casa de hombre tan hidalgo,
que en lo poco que vi con luz prestada,
no estoy aquí seguro de su espada.

JUAN. ¡Extraño caso, por Dios!
Y de manera suspenso
me habéis tenido, que estoy
perdiendo de pena el seso,
viendo el peligro en que os visteis.

FÉLIX. Decidme: ese caballero
que os ha hecho tanto agravio,
¿qué señas tiene? Que creo
que aquí he visto un castellano,
galán, airoso y mancebo,
que vi en Madrid muchas veces.

JUAN. Esas señas; que no puedo
dároslas mayores yo.

FÉLIX. Aguardadme aquí, que presto
sabré su vida y milagros.

(Vase.)

JUAN. En vos está mi remedio.
¡Y cómo que está! Desdichas,
¿qué me queréis? ¿Qué es aquesto?
¿A quién habrá sucedido
caso tan extraño? ¡Ay, cielos!
Esta es mi hermana, y yo fuí
quien la dijo en su aposento,
sentado sobre su cama,
de aquel amante el deseo.
¿Si la enamoré? ¿Si tuve
culpa, cuando fuí tan necio
que alabé su talle y brío?
Que nunca el hombre discreto
alabó gracias de nadie
donde hay peligro tan cierto.
Mas ¿cómo, si éste la goza,
luego se va con Riselo?
¿Si estaba ya sin honor?
¿Qué me queréis, pensamientos,
que en tanta confusión el alma tengo,
que a no perder la vida, pierdo el seso?

(Salen OTAVIO y RISELO.)

RISELO. Ya os he dicho que soy hombre
que lo que he dicho sustento.

OTAVIO. A no habernos puesto en paz,
mataros fuera lo menos;
que ¡vive Dios que os llevara
a don Juan de Silva muerto,
cuando estuviera en Madrid!

RISELO. Poco a poco.

JUAN. ¿Qué es aquesto?

OTAVIO. Es Riselo, ¿no le ves?
Porque yo apenas le veo.
Que junto a la cruz del Coso
hablaba con un sargento,
cuando a un mismo tiempo saco
infamias, voces y aceros;

y, cierto, con él no pude
matarle; que no quisieron
algunos aragoneses.

RISELO. No, sino es yo; que no tengo
gana de morir agora
por lo que apenas entiendo.
Que antes pienso que he servido
a don Juan.

JUAN. Si me detengo,
traidor Riselo, en matarte,
es porque humilde te veo.
¿Dónde tienes a mi hermana?

RISELO. ¿Quieres escucharme?

JUAN. Quiero.

RISELO. Ella me envió a llamar,
y dijo que tú habías muerto
un hombre, y que la partida
al Pardo era fingimiento,
porque te ibas a Aragón,
y le dijiste, partiendo,
que luego fuese tras ti,
con joyas y con dineros;
que la acompañase yo,
ser mi mujer prometiendo,
en teniendo libertad;
creílo, y con ella vengo,
donde como portuguesa,
haciendo dos mil enredos,
se entró, y me dejó burlado,
en casa de un caballero,
por quien debió de venir.

JUAN. Quedo; dime el nombre presto.

RISELO. Un don Félix de Aragón.

JUAN. Todo cuanto dice, es cierto.
Don Félix se va de aquí,
y, sin saber que me ha hecho
esta afrenta, me ha contado
lo que sepulto en silencio
hasta que tome venganza.

OTAVIO. ¿Don Félix?

JUAN. ¿Cómo podremos
matarle en su misma casa?

OTAVIO. Don Juan: cuando me resuelvo
a lo que importa a mi honor,
nunca pienso en lo que pienso.
Vamos a matarle.

JUAN. Vamos.

RISELO. Vida y espada os ofrezco.

JUAN. Yo voy a vengar mi honor.

OTAVIO. Yo, tu amistad.

RISELO. Yo, mis celos.

(Vanse. Salen LISARDA *y* CELIA.)

LISARDA. Está atenta, que te importa,
a lo que te voy diciendo.

CELIA. Yo vos oxo e vos entendo.

LISARDA. Soy en las palabras corta.
Beltrán te quiere, y te pide
por mujer. Yo quiero darte
mil ducados de mi parte.

CELIA. ¡Ay, lo que se descomide
la fortuna con meu mal!

LISARDA. ¿De qué suerte?

CELIA. ¿Eu sou muller
que Beltrán ha de tener?

LISARDA. ¿No será Beltrán tu igual,
siendo muy hidalgo?

CELIA. ¿Quién?
Ora eu queiro falaros
verdade e desengañaros
de miño valor también.
Eu sou, por miña ventura,
filla de Vasco Coutiño,
marqués da Fror, e pay miño,
de que vos tanto asegura
a riqueza de os diamantes
que me furtaba aquel home.

LISARDA. ¿Qué dices?

CELIA. Este es meu nome.
Ollay si son semellantes
os marqueses e os vilaons.
Voime a chorar miña sorte
e a pedir que veña a morte
a acabar tantas paisaons.

LISARDA. Oye, escucha.

CELIA. Perdonaime,
que eu vo co estos enollos
a facer fontes meus ollos.
¡Mataime, penas, mataime!

(Vase.)

LISARDA.

Ya se van cada día
aumentando mis males y mis celos;
que la fortuna mía
ha dado en darme penas por consuelos,
pues donde alguno intento,
todo resulta en mí mayor tormento.
Sin duda, Félix sabe
la calidad de esta mujer. ¿Qué espero?

(Sale DON PEDRO.)

PEDRO.

Yo haré que no se alabe

don Félix, por la fe de caballero,
de la burla que intenta.
¿Así de un padre la palabra afrenta?
¿Qué es esto, qué ha pasado
contigo y aquese loco?

LISARDA.

No quisiera
que en esto hubieras dado,
pues casarme pudieras donde fuera
estimada, si es justo,
quien es tu sangre.

PEDRO.

¿Qué mayor disgusto?
Dícenme que te dijo
muchas malas palabras.

LISARDA.

Pues ¿qué importa?

PEDRO.

¿No es don Félix mi hijo?
Y tú verás.

LISARDA.

La cólera reporta,
y la hermosura culpa
que desta portuguesa le disculpa.
Aquí la hablaba agora
para casalla con Beltrán.

PEDRO.

¿Y quiere?

LISARDA.

Desespérase y llora,
diciendo que ya no hay más mal que espere.
En fin, se ha declarado,
con que mis celos pone en más cuidado.

PEDRO.

¿Cómo?

LISARDA.

Dice que es hija
del marqués de la Flor.

PEDRO.

¡Válgame el cielo!

LISARDA.

De ver tanta sortija
y tanta joya como trae, recelo
que es todo verdad pura.

PEDRO.

Mejor lo dice el talle y la hermosura.
Hoy tomaré venganza
de mi hijo crüel. Aquí la envía.

LISARDA.

Yo voy con esperanza
que te ha de lastimar la pena mía.
Ya sabes lo que pasa:
con sólo echarla, quietarés tu casa.

(Vase.)

PEDRO.

Cierto que la belleza,
la gravedad y el claro entendimiento
eran de su nobleza
y de su calidad cierto argumento;
mas ¿qué falta a su prima,
que, inobediente, Félix desestima?
Lo que estaba tratado
fué causa de perder mil ocasiones,
sin lo que me ha costado
tanto solicitar dispensaciones;
mas tengo confianza
que te ha de dar castigo mi venganza.

(Sale CELIA.)

CELIA. Donde vine a ver mi gloria
hallé tan pesado infierno,
que ya no me queda en él
esperanza de remedio.
Sólo un bien he negociado,
esto a mi fortuna debo,
que es quererme Félix bien,
sin saber nuestro suceso.
Mas los celos de Lisarda...;
pero dejemos los celos.
Don Pedro está aquí.

PEDRO. Constanza,
bien venida.

(Finge portugués.)

CELIA. ¡Siñor meu!

PEDRO. Menos reverencias ya.

CELIA. ¿Vos me quitáis o chapeo?
¡Jesú! ¿Qui é isto?

PEDRO. He sabido
tu hidalgo nacimiento:
mi hija me lo ha contado,
y aun me ha puesto en un deseo

justo del remedio tuyo.
CELIA. Falay, que bien vos entiendo.
PEDRO. Yo tengo necesidad,
en mi casa, de gobierno;
mi hijo no me obedece,
mi hacienda va destruyendo.
Estoy en edad bastante:
si es verdad, como lo creo,
que eres tan noble señora,
conque los dos nos casemos
queda todo remediado.
CELIA. (Tantos acontecimientos,
ya me vienen a sacar
del alma lo más secreto.)
De que eu fora ditosa,
craro está; mas vous y eu
naon nos podemos casar,
porque hay cierto parentesco.
PEDRO. ¿Parentesco?
CELIA. Ouí, siñor:
Ua noite que en silencio
toda a casa estaba, entrou,
foy amor, naon lo condeno,
por un ginela a cama,
apenas bullendo o vento,
donde durmendo me achou,
o voso fillo.
PEDRO. ¿Qué es esto?
CELIA. Naon valeron pregazaons,
naon lágrimas que choreu;
tuda a noite pelejamos;
era más forte: venceu;
o campo finco por ele;
pero foy con juramento
que eu sería muller súa.
PEDRO. ¿Hay más extraño suceso?
¿Por qué no te defendiste,
o morir?
CELIA. ¡Ay, siñor meu,
que u home, en tales facendas,
pelejara con los demos,
fará mimos a os diabros!
PEDRO. Ahora bien: yo soy más cuerdo
de lo que te he parecido,
tratando este casamiento.
Si es verdad que eres tan noble,
yo intentaré tu remedio;
pero, para que mejor
venga don Félix en ello,
y que yo pueda vengarme
de la burla que me ha hecho,
finge que eres mi mujer
y que es de los dos concierto,
hasta llegar la ocasión.
CELIA. Teu farey, siñor meu,
con desejo de agradarvos;
que la verdad de meu preito
Deus lo sabe, y otro naon.
PEDRO. Pues discreción y silencio.

(*Vase.*)

CELIA. No va sucediendo mal.
Ayudadme agora, cielos;
que en tanto amor, son los celos
un infierno celestial.
¡Qué bien al viejo engañé!
Mas, ¡ay, Dios!, ¿qué hará mi [hermano,
buscando por dicha en vano
el honor que le quité?
¿Qué se habrá dicho de mí?

(*Sale* BELTRÁN.)

BELTRÁN. (Aquí está Constanza. Creo
que sabe ya mi deseo.)
CELIA. (Mi pretensor viene aquí.)
BELTRÁN. ¿Hate dicho mi señora,
Constanza, mi pensamiento?
A cuenta del casamiento,
podemos tomar agora
cualque abrazo.
CELIA. ¡Tente, maon!

(*Dale un bofetón.*)

BELTRÁN. ¿A mí bofetón, mujer?
CELIA. ¿Moller eu?
BELTRÁN. Y lo has de ser.
CELIA. Falay con siso, villaon;
que eu son moller de siñor.
BELTRÁN. ¿El mozo?
CELIA. Naon.
BELTRÁN. ¿Quién?
CELIA. O vello.

(*Entrase grave* CELIA.)

BELTRÁN. La hermosura puede hacello.
¡Qué seso de hombre mayor!
Pero ¿qué puede tener
mujer que enamora a todos,
sin amor, de varios modos?
Pues causa debe de haber.
¿Hermosura? Claro está
que enamora la hermosura;

pero lo que el seso apura,
por otro camino va.
¡Bien haya un gallardo brío!

(Sale Don Félix.)

Félix. ¿Dónde me llevas, deseo,
ya que perdido te veo?
¡Ay del pensamiento mío!
¡Ay, dulce amor portugués!
Si tan tierno dicen que eres,
que a cuantos amas prefieres,
de cuantas naciones ves,
¿cómo me olvidas a mí?
¿Cómo tratas con rigor,
si eres amor, al amor?
Pues, Beltrán, ¿qué haces aquí?

Beltrán.

¿Cómo podré decirte el más extraño
suceso que se ha visto ni se ha oído?
¿Quién me dará, para tan alto engaño,
lengua veloz y espíritu atrevido?
¡Quién fuera embajador, no de tu daño,
sino del rey del alma y del sentido,
ya sabes que es amor, y quién pudiera
decirte el mal sin que el dolor sintiera!
Don Pedro de Aragón, don Pedro, digo;
aquel que te engendró; Félix, tu padre;
Félix, tu padre dije, tu enemigo,
te ha dado madre, si madrastra es madre.

Félix.

¿Qué dices?

Beltrán.

Lo que vi; yo soy testigo.

Félix.

¿Qué cosa quieres tú que más me cuadre?
Que si él se casa, morirá más presto,
y aunque es mal dicho, me resuelvo en esto.

Beltrán.

¿Sabes con quién, que estás tan atrevido?

Félix.

Yo no, Beltrán.

Beltrán.

Pues es la portuguesa.

Félix.

¿Constanza?

Beltrán.

¿Qué te admiras?

Félix.

Pues ¿qué ha sido
causa, en sus años, de tan loca empresa?

Beltrán.

Hay cosa que más haya persuadido
que la hermosura: dice que es marquesa
en Portugal.

Félix.

¡Ay, loco padre mío!
Aun fuera injusto en mí tu desvarío.
Si fuese esa mujer quien has pensado,
¿no fuera para mí mejor sujeto?
Pero no seré yo tan desdichado
que cosa tan mal hecha tenga efeto.
De Castilla he venido aficionado;
no sé cuál hombre noble, cuál discreto
en su corte no vive. Mas, paciencia;
que yo me vengaré con larga ausencia.
Ponte, Beltrán, al punto de camino.

Beltrán.

¿Aún no quieres saber en lo que para?

Félix.

¿En qué puede parar un desatino?

Beltrán.

Yo, remedios más fáciles buscara.

Félix.

Goce el donaire portugués divino
don Pedro, mi señor, mas no en mi cara;
que no quiero yo ver madre enojosa
la que pensé llamar querida esposa.
Constanza bella, cuya boca vierte
perlas del mar de amor, perlas tan bellas,
a la margen de rosa que por suerte
hoy goza quien será de nieve en ellas:
a Castilla me voy para no verte;
que lo que no conciertan las estrellas,
en vano piensa el pensamiento vano
que deje de salir incierto y vano.
Adiós, hermosos portugueses ojos
que, mal gozados, lloraréis mi ausencia.

Beltrán.

¿De esa manera sientes tus enojos?

Félix.

Pruebo, y no puedo hacerles resistencia;
dulce vitoria en bárbaros despojos,

con desigual injusta competencia,
le dan a tu hermosura mis desdichas.

BELTRÁN.

Vuelve a Madrid, que allí te ruegan dichas.

(Salen DON PEDRO, LISARDA, INÉS *y* CELIA, *con vestido castellano muy bizarro.)*

PEDRO. Aunque tu mucha hermosura
es de ti misma ornamento,
el vestido castellano
no ha sido de poco efecto.
Un ángel me has parecido.
CELIA. Os anges fincan a os ceos.
LISARDA. Tú, mi señora, también
parece que bajas dellos.
PEDRO. Aquí está Félix, sobrina.
FÉLIX. ¡Muerto soy! Beltrán, ¿qué es esto?
CELIA. *(Ap.)* Aquí está el ingrato mío.
¿Cómo tengo sufrimiento?
PEDRO. Félix.
FÉLIX. Señor.
PEDRO. ¿Has sabido
que me he casado?
FÉLIX. No creo
que quepa tal liviandad
en tan cuerdo entendimiento;
pero, porque en la ciudad
no me molesten tus deudos,
para partirme a Madrid
me dad licencia y dineros,
y goza de mi señora
muchos años.
PEDRO. Aún hay tiempo
para disponer de ti,
que has de cumplir el concierto.
Yo te doy justo castigo
de la burla que me has hecho;
que tales desobediencias
no me han de obligar a menos.
Llega y bésala la mano.
FÉLIX. De buena gana, por cierto;
que no quiero yo que digas
que en esto no te obedezco.
Dadme vuestra blanca mano.
PEDRO. Lo blanco excusa.
FÉLIX. Yo os beso,
por ver si con esta nieve
pudiese templar mi fuego.
CELIA. Eu, meu fillo, vos bendigo,

(Echale la bendición.)

e por vosa may me teño
de oxe para adiante.
FÉLIX. ¡Cielos! ¿Cómo soy tan necio
que no tomo deste agravio
hoy la venganza que puedo?
Sepa esta ciudad, y sepan
nuestros amigos y deudos,
que si un viejo fué tan loco,
yo, tan mozo, soy tan cuerdo.
Dame la mano, Lisarda;
casarme contigo quiero.
Ya soy tu marido.
LISARDA. Y yo,
quien por mi amor te merezco.

(Habla castellano.)

CELIA. Eso no. ¡Suelta la mano,
traidor don Félix!
FÉLIX. ¿Qué es esto?
PEDRO. Pues ¿tú de esa suerte hablas?
CELIA. Hablar y quejarme puedo.
Hasta aquí pudo tener
mi loco amor sufrimiento. (1)
FÉLIX. ¿Yo, Constanza, qué te debo?
CELIA. La vida, el honor y el alma.
PEDRO. Alguna desdicha temo.

(Dentro, DON JUAN.)

JUAN. ¡Aunque me cueste mil vidas!
OTAVIO. Entra sin temor.
JUAN. Ya entro.

(Salen DON JUAN, OTAVIO *y* RISELO, *empuñadas las espadas y terciadas las capas.)*

PEDRO. ¿En mi casa este ruido?
¿Hay mayor atrevimiento?
JUAN. Don Félix, ¿no me conoces?
FÉLIX. Don Juan de Silva, ¿qué es esto?
JUAN. Tú lo sabes, que en Madrid,
en casa de un caballero
como yo, entraste una noche
con tan loco atrevimiento
para quitarme el honor.
FÉLIX. ¿Yo? ¿Qué dices?
JUAN. Pues ¿en esto
puede haber duda, si tú
me lo has dicho?
FÉLIX. Yo confieso

(1) Falta un verso después de éste, que Hartzenbusch propone sea: "Pagad lo que me debéis".

que te conté que esa noche
tuve aquella dicha, y creo
que era en casa principal;
pero no fué conociendo
quién eras.

JUAN. Dame a mi hermana,
que esto ha de ser lo primero;
que luego verás, don Félix,
a quién este agravio has hecho.

FÉLIX. Si yo vi más a tu hermana,
el cielo permita...

RISELO. ¡Quedo,
que yo la truje a tu casa!

FÉLIX. ¿Tú a mi casa?

PEDRO. Caballeros,
yo estoy confuso de ver
tan espantosos sucesos.
La razón con que venís
en esta molestia ha puesto
la que tengo de quejarme.
Tú, don Félix, dales luego
lo que te piden.

FÉLIX. Señor...

RISELO. No hay que replicar en esto,
que todos os acordáis
que en este portal, fingiendo
querer matarla una tarde
(traza de su raro ingenio),
la defendisteis de mí.

PEDRO. Esa dama yo no niego
que la tenemos aquí;
pero es portuguesa, y pienso
que no será quien buscáis.

JUAN. Antes sí, porque la dieron
las Indias de Portugal
esa lengua y nacimiento.

PEDRO. Habla, Constanza.

CELIA. No soy
Constanza.

JUAN. Ni Celia quiero
que seas.

FÉLIX. Tened la daga;
yo soy su marido, haciendo
cuanto a escuras prometí
verdad a la luz del cielo.

PEDRO. Sí; pero estas amistades
se han de confirmar primero;
con que habéis de ser cuñado
de dos maneras.

JUAN. Ya entiendo;
y me tendré por dichoso
si, cobrando mi honor, llego
a merecer de Lisarda
la mano.

PEDRO. Si yo merezco
la vuestra, pondré en paz
esta casa y mis deseos.
El dote de mi sobrina,
señor don Juan, que os ofrezco,
es cincuenta mil ducados.

JUAN. El de Celia llega a ciento.

BELTRÁN. ¿Y qué le dan a Beltrán
por un año de requiebros?

LISARDA. Mil ducados, con Inés.

FÉLIX. ¿Non faláis?

CELIA. ¡Ay, feiticero!

FÉLIX. Aquí se acaba, senado,
la dicha del forastero.

FAMOSA COMEDIA

EL PREMIO DEL BIEN HABLAR

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

LEONARDA, *dama.*
DON JUAN DE CASTRO.
DON ANTONIO, *viejo.*
MARTÍN, *lacayo.*
DON PEDRO.
ANGELA, *dama.*
FELICIANO.
RAMIRO, *huésped.*
RUFINA, *esclava.*
CARRILLO (1), *criado.*

ACTO PRIMERO

(Salen LEONARDA, *dama, y* RUFINA.)

LEONARDA. ¿Doblaste el manto?
RUFINA. Ya vengo
de quitarte ese cuidado.
LEONARDA. ¿Dijiste, Rufina, a Hurtado
que a la tarde salir tengo?
RUFINA. Ya, señora, le prevengo
de que has de ver a doña Ana.
LEONARDA. ¡Qué de juventud liviana
que nos esperaba enfrente!
RUFINA. Servir pudiera de puente
desde Sevilla a Triana.
Mas, si en toda la ciudad
no hay tu talle, ¿qué te admira?
LEONARDA. Más presumo yo que mira
del oro la cantidad:
dineros son calidad,
dijo el cordobés Lucano;
porque esto de padre indiano
mueve más la juventud;
que a la nobleza y virtud,
pocos extienden la mano.
¿No estaba don Pedro allí,
aquel mi gran pretendiente?
RUFINA. Aquel necio maldiciente
de su hermano, entre ellos vi.
LEONARDA. ¡Lo que hablaría de mí
toda aquella mocedad,
con su necia libertad!
RUFINA. Allí estaba un caballero,
al parecer, forastero,
con más seso y gravedad.
LEONARDA. En ninguno reparé,
por si estaba allí mi hermano.
RUFINA. No estaba allí Feliciano,
que uno a uno los miré.
Pero el forastero fué
quien me pareció mejor.

(Dentro, ruido.)

LEONARDA. Parece que oigo rumor,
y cerca de nuestra casa.
RUFINA. ¿Cómo esto en Sevilla pasa?
¡Abre ese balcón, Leonor!

(Entren, las espadas desnudas y las capas revueltas, DON JUAN DE CASTRO *y* MARTÍN *su criado.)*

JUAN. ¡Entra, y dondequiera sea!
LEONARDA. ¡Jesús!
JUAN. No os alborotéis.
RUFINA. ¿Cómo no? ¿Qué pretendéis?
LEONARDA. ¿Quién habrá que aquesto crea?
¿Hasta mi estrado os entráis?
¡Hola!
JUAN. Si en venir huyendo
de la justicia os ofendo,
vuestro respeto agraviáis.

(1) En la lista de personajes le llama Camilo; pero en el texto Carrillo. Hartzenbusch conservó las dos formas.

Casa tan noble me ha dado
licencia, y no me engañé,
pues donde un ángel hallé,
¿quién duda que fué sagrado?
Mandad que cierren la puerta.

LEONARDA. ¡Rufina, corre!

RUFINA. Yo voy.

(Vase.)

LEONARDA. Menos alterada estoy;
que estuve, de veros, muerta.
No cierren la de la calle,
porque será dar sospecha.

JUAN. Que no fué cosa mal hecha
os dice mi traje y talle.

MARTÍN. Señora, si solo fuera
quien desta manera entrara,
no es mucho que os espantara
y mala sospecha os diera;
pero don Juan, mi señor,
abona el haber pisado
las barandas del estrado
de vuestro heroico valor.
Amparadle, pues oísteis
que su imagen os llamó.

(Sale RUFINA.)

RUFINA. Ya la gente que os siguió
no sabe por dónde fuisteis.
Toda, en efeto, se fué,
y la calle está segura.

JUAN. A tal templo de hermosura,
buscando amparo llegué.
Yo soy, gallarda señora,
como ya os lo dice el traje,
forastero de Sevilla,
corona de las ciudades
que en España, en toda Europa,
gobierna el rey, que Dios guarde;
que, como naturaleza,
es de todos patria y madre.
Nací en Madrid, aunque son
en Galicia los solares
de mi nacimiento noble,
de mis abuelos y padres.
Para noble nacimiento
hay en España tres partes:
Galicia, Vizcaya, Asturias;
o ya montañas se llamen...
¡Qué turbado estoy!, pues digo,
en ocasión semejante,
cosas que os importan poco.
No os espantéis; perdonadme,
que, por Dios, que no me turban
pendencias ni enemistades:
el templo, sí, y en su altar,
la belleza de su imagen.
¿Qué os importa a vos saber
que descienda de la sangre
del conde de Andrada y Lemos,
y que la causa dilate
de la presente desdicha,
que os ha obligado a escucharme
en vuestro mismo aposento,
donde el sol fuera arrogante?
Sabed que vine a Sevilla
huyendo, ¡mirad qué alarde
de fortuna!, porque a un hombre
castigué la lengua infame.
Hablaba mal de mujeres,
y yo, que he dado en preciarme
de defenderlas, no pude
sufrir que tan mal hablase.
Pasarme quise a las Indias;
que dos heridas mortales
ya le tendrán bien seguro
que mal de mujeres hable.
Llegué a Sevilla, y la flota,
como veis, aún no se parte;
entretanto me entretienen
caballeros y amistades.
Hoy vine a la Magdalena,
y como algunos hallase
a la puerta, me detuve;
que ellos gustaron de honrarme.
No salió mujer de misa
a quien un don Diego, un áspid,
helado para gracioso,
para hablador, ignorante,
no infamase en las costumbres,
no desluciese en el talle,
no afease en la hermosura,
no descubriese el amante.
Palabra no les decía
que el alma no me pasase;
que cuando se habla en corrillos,
no es afrenta que se hace
al ausente, que no la oye,
sino a los que están delante;
porque es tenerlos por hombres
que gustan de infamias tales,
y hablar mal de los ausentes
afrenta los hombres graves.
Salió una señora indiana,

con dueña, escudero y paje,
y en viéndolo, se tapó
dejando caer la margen
del manto al pecho, en lo negro
luciendo cinco cristales.
Como cuando el sol hermoso
por nubes opuestas sale,
así de sus ojos bellos,
luz por las puntas de Flandes.
Pero no templó su lengua;
que luego dijo: "¡Que trate
mi hermano, por interés,
con esta indiana casarse! [cho
Que, ¡vive Dios!, que me han di-
que vendió en Indias su padre
carbón, o hierro, que agora
se ha convertido en diamantes.
Que, puesto que es vizcaíno,
para el toldo que ésta trae,
son muy bajos sus principios.
¡Malhayan Indias y mares!"
Yo, no pudiendo sufrir
palabras tan desiguales
al valor de un caballero,
dije: "Vuestra merced hable
como quien es, que desdice
de las palabras el traje;
que es honrar a las mujeres
deuda a que obligados nacen
todos los hombres de bien,
por el primer hospedaje
que, de nueve meses, deben,
y es razón que se les pague.
Que, puesto que son las lenguas
espadas, para templarse
quiso Dios que las pusiesen
en los pechos de sus madres."
"¿Quién le mete en eso a él,
no conociendo las partes?",
respondió, descolorido.
Yo dije: "El ver que la infamen
sin dar ocasión y el ser
hombre, que basta a obligarme,
cuando no naciera noble."
Replicó: "Pues oiga y calle,
si no sabe quién soy yo,
y que no es bien que se case
mi hermano desigualmente."
Respondí yo: "Los que saben
que en Vizcaya a los más nobles
se les permite que traten,
con hábitos en los pechos,
no dicen razones tales;
y, sin conocerla, digo
que el ser mujer es bastante
nobleza, y que no es honrado
quien no las honra." "¡Dejadme!
—dijo entonces—. ¡Mataré
este necio, si es su amante!"
Repliqué: "No la conozco;
pero lo que digo baste
para hablar en su defensa.
Saca la espada, cobarde;
que donde palabras sobran,
temo que las obras falten.
¡Saca la espada! ¿Qué esperas,
pues no te detiene nadie?"
Pero, ¡vive Dios!, que apenas
las dos se vieron iguales,
cuando pienso que la indiana
vino en forma de algún ángel
y le derribó en el suelo,
sin que a tenerle bastasen
cuantas espadas y amigos
pretendieron ayudarle.
No espere mejor suceso
la lengua que las infame,
ni menos que vida y honra
quien las defienda y alabe.
Con esto quise tomar
la iglesia para librarme,
y, por la confusa gente,
tomé diferente calle;
al revolver de la esquina
vi estas casas principales,
juzgué por ellas el dueño,
es imposible engañarme.
Traigo una hermana conmigo,
a quien doy tantos pesares,
que este postrero, señora,
temo que su vida acabe:
esto solamente siento.
Hasta que la noche baje,
os suplico permitáis
que en vuestra casa me ampare,
para partirme a Sanlúcar,
donde a las Indias me embarque,
si podrán llevar el peso
de mis desdichas sus naves.
Que tan justa obligación
hará que el alma os consagre
la tabla deste milagro,
que con letras de oro en jaspe
diga que pudo, en Sevilla,
don Juan de Castro librarse,
con doña Angela, su hermana,

de dos peligros tan graves.
Y porque vea el pintor,
cuando la tabla señale,
cómo ha de poner la historia,
y pues sois la hermosa imagen,
ya me pongo de rodillas
para que así me retrate.
Que quien defiende a mujer,
bien es que piedad alcance.

LEONARDA. La ocasión en que os halláis
no da lugar a respuesta;
vuestro valor manifiesta
lo que hacéis y lo que habláis.
Esa mujer que obligáis,
yo soy, y palabra os doy
que mintió; porque yo soy
nieta de tan noble abuelo,
que, por bien nacida, al cielo
siempre agradecida estoy.
Es de mi padre el solar
el más noble de Vizcaya;
que a las Indias venga o vaya,
¿qué honor le puede quitar?
Si le ha enriquecido el mar,
no implica ser caballero.
Quiso honrar ese escudero
mi padre; mas no podrá,
que esa espada es lengua ya
con que digo que no quiero.
Eso de hierro y carbón
es lenguaje maldiciente;
pero yo quiero, aunque miente,
tener en esta ocasión
ese trato y opinión,
para que cuando le halle
en aquella misma calle
me sirva el hierro, en su mengua,
para cortalle la lengua,
y el carbón para quemalle.
Pienso que viene mi hermano.
Rufina, ¡escóndele presto!

JUAN. ¡Bien haya el cielo, que ha puesto
mi remedio en vuestra mano!

MARTÍN. Rufina, color indiano,
¿no hay bodega, o palomar?

RUFINA. El pajar te quiero dar,
y a tu amo, mi aposento.

MARTÍN. Si comen, ¿no habrá sustento?

RUFINA. ¿Ya no te llevo al pajar?

(Llévalos. Salen FELICIANO, DON PEDRO *y* CARRILLO.*)*

FELICIANO. Esto se ha de hacer así;
no hay sino armarnos de presto.

LEONARDA. ¿Dónde vas tan descompuesto?

PEDRO. ¿Sabes mi desdicha?

LEONARDA. Sí.

PEDRO. ¡Ay, Leonarda: que expirando
queda mi hermano don Diego!

LEONARDA. Quien, tan locamente ciego,
vivió siempre murmurando,
¿qué mucho que muera así?

FELICIANO. ¡Qué buen modo de consuelo!
Vamos de aquí.

PEDRO. Sabe el cielo
que reprensiones le di.
Mas era hermano mayor:
no me tocaba el castigo.

FELICIANO. Yo soy de don Pedro amigo,
y tuve a don Diego amor.
Si hablaba mal, sólo fué
de ruin gente, que la honrada
siempre fué dél respetada.

LEONARDA. ¿Eso dices?

FELICIANO. Esto sé.
Y, ¡vive Dios, que si esconde
la tierra este forastero,
que le he de matar!

PEDRO. No espero
que habemos de saber dónde;
que es Sevilla confusión.
Y si en monasterio está,
¿quién, Feliciano, podrá
matarle en esta ocasión?
Lo mejor será enviar
a Sanlúcar dos soldados,
para matarle pagados;
porque éste se ha de embarcar,
y no podrá conocellos.

FELICIANO. Vámosle a buscar agora,
que es lo que importa.

PEDRO. Señora,
pensé que esos ojos bellos
enterneciera la muerte
de don Diego, y tan airados
los hallo, que mis cuidados
crecen con rigor más fuerte;
que, por doblar mis enojos,
como a mi hermano un traidor,
me mata con más rigor
la espada de vuestros ojos.
Que, si no estáis ofendida...

FELICIANO. ¿De qué os aflige mi hermana?
¡No ha de amanecer mañana
este villano con vida!

(Vase. Sale DON ANTONIO, *padre de* LEONARDA.*)*

ANTONIO. ¿Dónde va tu hermano así?
LEONARDA. Allá, con sus amistades,
a ejecutar necedades
que te den cuidado a ti.
ANTONIO. Dicen que ha herido a don Die- [go
un forastero don Juan.
LEONARDA. Los dos a buscarle van:
uno, necio, y otro, ciego.
ANTONIO. Pues ¿qué quiere Feliciano?
¿Acabar mi vida ansí?
LEONARDA. Este don Pedro que aquí
trujo a mi pesar mi hermano,
queriendo que su mujer,
como se lo ha dicho, sea;
que en estas cosas se emplea.
ANTONIO. Algo le ha de suceder.
Siempre los malos sucesos
vienen por malos amigos;
no tiene un padre enemigos
como los hijos traviesos.
Matarán este don Juan,
¿quién lo duda? Es forastero.
LEONARDA. Es valiente caballero,
tendrá amigos, no podrán.
La causa de la cuestión
fué decir mal de mujeres
don Diego; pues ¿cómo quieres
que le ayude la razón?
ANTONIO. ¿Luego el don Juan defendía
las mujeres?
LEONARDA. Sí, señor.
ANTONIO. Ese hombre tiene valor.
No hay cosa, Leonarda mía,
más digna de un hombre honra- [do.
Ser quien le mató quisiera:
así en las venas se altera
el humor del tiempo helado.
Si supiera dónde estaba,
favor le diera, y dinero.
Propia acción de caballero.
¿Quién lo bien hecho no alaba?
Voy a buscar a tu hermano,
que es loco y rico.

(Vase. Sale RUFINA.)

RUFINA. Ya quedan
adonde hallarlos no puedan.
LEONARDA. Sólo temo a Feliciano.
¿Dónde pusiste al criado?
RUFINA. Martín, que aqueste es su nombre,
queda, por más tordo que hombre,
en el pajar enjaulado.
Pienso que ha de cantar bien,
porque aun apenas entró,
cuando de comer pidió.
LEONARDA. Haz que de comer le den;
que yo haré, con gran secreto,
la comida de don Juan.
RUFINA. Lástima los dos me dan.
LEONARDA. El caballero es discreto;
y que me ha puesto, Rufina,
en notable obligación.
RUFINA. Por ella obliga a afición,
y por la persona inclina.
Pidióme un libro.
LEONARDA. Hasme dado,
Rufina, grande contento:
hoy sabrá mi nacimiento;
que tú, sin mostrar cuidado,
le darás mi ejecutoria,
diciendo que aquí la hallaste
en un cofre mío.
RUFINA. Pensaste
una sutil vanagloria.
LEONARDA. Quiero que sepa que tengo
sangre de un señor de España.
RUFINA. Si la vista no me engaña,
a pensar que quieres vengo
ser con él más que piadosa.
LEONARDA. ¿No te parece que fuera,
quien a don Juan mereciera...?
RUFINA. Di lo demás.
LEONARDA. ¿Venturosa,
sin temer tormenta o calma?
Porque el bien hablar, Rufina,
es una señal divina
de la nobleza del alma.

(Vanse. Sale DOÑA ANGELA, *dama, y* RAMIRO, *huésped.)*

ANGELA. No sé cómo he de tener
paciencia en tan mal suceso;
que, si no es perder el seso,
no me queda qué perder.
HUÉSPED. ¿No pudiera suceder
el matar a vuestro hermano?
Que fuisteis dichosa es llano;
que en dos males es error
no agradecer el menor
y quejarse al cielo en vano.
ANGELA. Conozco que mayor mal,
huésped, suceder pudiera;
que esto no me sucediera,
fuera a mi inocencia igual.

¿Una mujer principal,
en tierra extraña, os admira
que sin amparo se mira?

HUÉSPED. No; me admira que os engaña
llamar esta tierra extraña.

ANGELA. ¿A qué mi remedio aspira?

HUÉSPED. En Sevilla estáis, no estáis
en algún monte desierto.
¡Ay del que cerca del puerto,
si ya no es muerto, miráis!
En mi casa no temáis
necesidad ni violencia.

(Dentro FELICIANO *y* DON PEDRO *y* CARRILLO.*)*

FELICIANO. ¿Quién ha de hacer resistencia,
adonde hay tanta razón?

HUÉSPED. Estos los parientes son.

ANGELA. Defienda Dios mi inocencia.

(Salen.)

FELICIANO. ¿Posaba don Juan de Castro,
huésped, en aquesta casa?

HUÉSPED Aquí posaba, señor;
que a mí me pesa en el alma.

FELICIANO. ¿Tiene aquí ropa, o criados?

HUÉSPED. No tiene más de esta dama.

FELICIANO. ¿Es acaso criada suya?

PEDRO. ¿Es su amiga, o es su hermana?

ANGELA. Hermana por sangre soy,
de buena sangre heredada,
que os suplico respetéis,
y amiga, porque se llama
la amistad que es verdadera
parentesco de las almas.
No fué por mí la cuestión,
ni he sido parte, ni causa
de vuestro disgusto y pena,
aunque la mayor me alcanza.
Los hombres, al fin son hombres,
por mayores males pasan.
¡Ay de las pobres mujeres
que los hombres desamparan!
Aquí sí que es el dolor,
y más cuanto más honradas;
porque es el mayor peligro
el honor, a quien le guarda.
Yo soy la muerta, yo sola
a quien destruyen y matan;
yo, ¡triste!, que aun el valor
en tal desdicha me falta,
entre vuestras armas sola,
mujer entre mil espadas:
dadme, señores, la muerte,
yo me confieso culpada;
que son sangre las desdichas,
y de deudo a deudo pasan.
Mi fortuna dió los filos
y le sacó de la vaina
el acero desta herida.
¿Qué aguardáis? ¡Tomad venganza!

PEDRO. ¿Qué os parece de este llanto?
¡Vive Dios! Si no mirara...

FELICIANO. Callad, don Pedro, por Dios;
que es bajeza esa palabra.
De lo que don Juan ha hecho,
¿qué culpa tiene su hermana?
¿Esta moza está en las tierras
donde, con violentas armas,
por una ofensa, un linaje,
mujeres y amigos matan?
Aunque esta señora fuera
culpada en esta desgracia,
¿no pudieran detener
la más violenta arrogancia
dos perlas de aquellos ojos?

PEDRO. ¡Buen amigo! ¡Linda traza
de vengar un muerto hermano!
Ven, Carrillo; que, si aguarda
mi agravio tiernos requiebros,
locas son mis esperanzas.

CARRILLO. Vamos por toda Sevilla;
déjale, que es una mandría.
Yo apostaré que a estas horas
le está ofreciendo su casa.
Vamos por los monasterios;
que, ¡por la tribuna santa,
que aunque esté en el refitorio,
le he de dar cuatro mohadas!

(Vanse los dos.)

FELICIANO. Señora, no tengáis pena;
que, aunque es bastante la causa,
por amigo de don Pedro
acompañé su venganza.
Que entré soberbio os confieso,
y, en viendo ese talle y cara,
amainé todas las velas.
Tengo sangre de Vizcaya:
lo que dijere una vez,
será firme y sin mudanza;
dadme licencia que os vea
y en esta ocasión os valga;
¡vive Dios!, que he de poner

un millón que hay en mi casa
por vuestro servicio, y luego
honor, sangre, vida y alma.

ANGELA. El cielo os pague el consuelo.

FELICIANO. ¿Vuestro nombre?

ANGELA. Angela.

FELICIANO. Basta.
No se engañó quien le puso.
¿Huésped?

HUÉSPED. ¿Señor?

FELICIANO. Dos palabras:
Con estos cincuenta escudos
regalaréis esta dama,
mientras que vuelvo a Sevilla.

HUÉSPED. ¿Cuándo volveréis?

FELICIANO. Mañana.

(Vase.)

HUÉSPED. Cincuenta escudos me dió.

ANGELA. Término de gente hidalga.

HUÉSPED. ¡Pesia tal! Es rico y noble.
Puede comprar a Triana.
Una hermana tiene, hermosa,
para quien su padre guarda
cien mil ducados de dote.

ANGELA. La fortuna, mi madrastra,
ha guardado para mí
cien mil penas y desgracias.

(Vanse. Salen DON JUAN *y* MARTÍN.*)*

JUAN.

¿Cómo pasaste a verme?

MARTÍN.

Con licencia
de la mulata, que es la quintaesencia
de toda la discreta picardía
que lo moreno desta tierra cría.

JUAN.

¿Has comido?

MARTÍN.

¿Qué dices? Treinta platos
me trujo esta princesa de mulatos;
y, sirviendo la paja de manteles,
comí mejor que en sillas ni doseles;
y, para postre, mano y paz de Francia,
que puesto que teniendo la fragancia
la limpieza, pastilla y no ser fea,
disimular pudiera la gragea.
¿Comiste tú?

JUAN.

Pedíle a la morena
un libro, por pasar mejor la pena
de tanta soledad; y ella, que ignora
qué historias salen en la corte agora,
en vez de tanta prosa, verso y fama,
me trujo la nobleza de su ama,
de mil colores y oro, y la he leído;
con que también estuve entretenido
como con los donaires del Parnaso,
del Orfeo, del nuevo Garcilaso.
Es tanta, finalmente, su belleza,
que puede competir con su nobleza.
Vino, Martín, tras esto la comida,
guisada de la dama defendida
con tal regalo, olor, gusto y aseo,
que sólo le ha faltado a mi deseo
el postre que te dió la mulatilla.

MARTÍN.

¡Qué bizarra es la gente de Sevilla!
¡Qué liberal, qué limpia y generosa!

JUAN.

¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

MARTÍN.

¿Cómo discreta? Cicerón, Cervantes
ni Juan de Mena ni otro después ni antes
no fueron tan discretos y entendidos.
Es una arpa templada en los oídos,
es sentencia en favor por el consejo,
consonancia en cristal de vino añejo,
son de doblón en mesa o plata doble,
cortés respuesta de persona noble,
ruido de arroyuelo ardiendo Febo,
soneto de don Luis, Séneca nuevo;
con hambre, los torreznos que se fríen;
con tercianas, las fuentes que se ríen,
o más sonoro que en la espalda suele,
de los que azotan, a quien no le duele,
o en un falso testigo o alcahueta
el eco de una solfa de baqueta;
pues en llegando a hablar de la hermosura,
Diana es fea, Filomena oscura,
la doncella de Francia y la doncella
de Dinamarca nones son con ella,
porque el sol es muy lindo, y nos enfada
por los caniculares, y ésta agrada.
Quedémonos aquí, pues has topado
las Indias sin la mar, que tú embarcado
irás a tu aposento con Leonarda,

y yo con la mulata, que me aguarda
en mi pajar sin largar las escotas;
porque si aquí se encierran treinta flotas,
¿qué es menester buscar mayor tesoro,
que aun esta esclava si la vendo es oro?

JUAN.

¡Cómo piensas, Martín, lo que has soñado!
¡Bien parece que en paja te has echado!

MARTÍN.

Sí; mas no la he comido; que me dieron
naranjas que la cólera rompieron,
un pernil con las hebras como grana,
que abriera a un hipocóndrico la gana
y, a estar hecha en figura más perfeta,
de un cardenal pudiera ser muceta
una ave enamorada.

JUAN.

¿Enamorada?

MARTÍN.

De tierna, derretida y bien asada.
Hubo su rabanito, oliva y queso
que pudieran venderme por el peso.
Con esto y diez tragadas de cazalla,
dije, poniendo aparte la toalla,
los ojos ya del buen licor testigos:
"Mulata, ¿dónde están los enemigos?"

JUAN.

¡Ay, Martín! ¡Cómo todo me alegrara
si en Madrid a doña Angela dejara;
pero ver que es mi hermana, y que afligida
ha de estar del peligro de mi vida,
no me permite gusto ni contento!

MARTÍN.

¡Quedo, que está Leonarda en tu aposento!

(*Salen* LEONARDA *y* RUFINA.)

LEONARDA. Habréis pasado muy mal
de aposento y de comida.
JUAN. No la he tenido en mi vida,
hermosa señora, igual.
LEONARDA. Dar un palacio real
a vuestro valor quisiera.
JUAN. Menos a mi intento fuera;
por ser de esclava le alabo;
que, siendo yo vuestro esclavo,
me disteis mi propia esfera.
Vine a mi centro en venir
donde vuestra esclava vive.
Parece que me apercibe
de que os tengo de servir.
Si aquí os puedo ver y oír,
toda mi ventura encierra,
todos mis males destierra,
porque después de no estar
en el cielo, no hay buscar
mayor descanso en la tierra.
Pero ¿qué ha de ser de mí,
ya que en tal lugar estoy,
si en siendo noche me voy
de aqueste día en que os vi?
Si tan presto el bien perdí,
fímera fué mi ventura.
No es bien el que poco dura,
mas ¿quién, señora, pensara
que mis contrarios vengara
vuestra divina hermosura?
Cuál es el muerto no acierto,
bella Leonarda, a juzgar;
si el no veros me ha de dar
la muerte, yo soy el muerto.
Pensé que llegaba al puerto
de mis desdichas, y llego
donde a la muerte navego
con tal tormenta y rigor,
que quiere anegar amor
el alma en un mar de fuego.
¿Qué hice yo a vuestros ojos,
qué vengan mis enemigos,
cuando los hice testigos
de mis lágrimas y enojos?
Juzgaréis que son antojos
decirme que me desalma
amor, que me tiene en calma;
pero vuestra discreción
sabe que la obligación
abre las puertas al alma.
Primero os amé que os vi.
¿Quién vió tan nuevo obligar?
Y no lo podéis negar,
pues sabéis que os defendí.
Mirad cómo merecí
favores antes de veros;
pero fué para perderos,
pues en viéndonos los dos,
no me defendí de vos,
aunque supe defenderos.
LEONORDA. Señor don Juan, si tenéis
determinado partiros,
mal podré yo persuadiros

contra lo que vos queréis;
y basta que me dejéis
con tantas obligaciones
sin decirme esas razones,
para más pena y dolor;
que no le detiene amor
a quien deja las prisiones.
Defenderme antes de verme
no fué amor, nobleza fué
o condición vuestra, en fe
de obligarme y conocerme;
pero si fué defenderme
nobleza, nobleza fué
el haberos defendido,
con que diréis, con razón,
que cumple su obligación
beneficio agradecido.
Vos os vais porque queréis,
y algún deseo lleváis,
pues porque queréis os vais
cuando quedaros podéis.
Al peligro anteponéis
el ángel que en la posada
debe de estar lastimada.
¡Mirad qué extraños desvelos,
que os estoy pidiendo celos
sin amor ni ser amada!
Dicen que la enfermedad
tiene la espada desnuda
cuando está la vida en duda;
y en mí el ejemplo mirad.
A matar la libertad,
la espada desnuda entrastes,
aunque piadosa me hallastes;
pero el efeto que hicistes
no os lo dije, pues os fuistes
con más prisa que llegastes.
Id en buen hora a buscar
esa dama venturosa,
que estará tan cuidadosa
como me habéis de dejar.
Mirad si queréis llevar
alguna cosa de aquí;
que os aseguro que fuí
dichosa en que luego os vais,
porque si más os tardáis
me llevárades a mí.

JUAN. Leonarda, si yo me voy
es por no daros enfado,
que del ángel lastimado
legítimo hermano soy;
y el favor que me dais hoy,
en el alma le imprimí.
Bien quisiera estarme aquí,
si tuviera atrevimiento,
porque este humilde aposento
fuera cielo para mí.
El cuidado de mi hermana
confieso que me le da.

LEONARDA. ¿Qué es vuestra hermana?

JUAN. No está
lejos, sabedlo mañana.

MARTÍN. ¿Para qué andáis por rodeos
donde se os ven los enojos,
pues por la boca y los ojos
andáis trocando deseos.
Pensad la partida bien;
que él se muere por no irse,
y tú, si puede decirse,
porque se quede, también.
Por lo menos, ya que fuese
prisión esta voluntad,
hasta saber la verdad
responde, aprueba y estése.
¡Ea! ¿Qué os estáis mirando?

JUAN. Por mí, yo me quedo aquí.

LEONARDA. Y yo, ¿qué diré de mí?

MARTÍN. Di que lo estás deseando.

RUFINA. Y él, ¿no tiene hermana allá?

MARTÍN. No, perra..., perla quería
decir, que tú lo eres mía.

RUFINA. Tu hermano ha venido ya.

LEONARDA. Salgamos del aposento,
y cierra tú.

JUAN. Adiós.

LEONARDA. Adiós.

RUFINA. En fin, ¿se quedan los dos?

LEONARDA. O es amor, o atrevimiento.

(Vanse. Queda LEONARDA *y sale* FELICIANO.)

FELICIANO. Leonarda, señora mía.

LEONARDA. ¡Cuánto me alegro de verte!;
que me has tenido con pena
de ver que tan loco fueses
a acompañar otro loco.
¿Qué ha sucedido, qué tiene?
¿Habéis hallado, por dicha,
al forastero valiente?
Mas ¿qué? ¿Le habéis muerto?

FELICIANO. Yo
soy el que vengo a la muerte.

LEONARDA. ¡Ay, cielos! ¿Estás herido?
¿Dónde? ¿Cómo?

FELICIANO. ¡Espera! ¡Tente!
Que es una herida invisible,

de que sola el alma muere.
LEONARDA. ¿El alma puede morir?
FELICIANO. ¿De amor, hermana, no muere?
LEONARDA. Pues ¿tú sabes qué es amor,
que con gusto indiferente
a ninguna quieres bien
y dices que a todas quieres?
FELICIANO. Como yo pienso, Leonarda,
que mi dinero pretenden,
guardo el alma y doy la bolsa,
que es lo que ellas apetecen.
Dijéronnos la posada
de aquel don Juan, y cual suelen
romper los aires los rayos
fuimos a cal de la Sierpe;
entramos, pensando hallar
prendas de don Juan, y enfrente
estaba un retrato suyo
con alma entre viva y nieve.
Una doña Angela, un ángel,
claro está, pues, lo parece,
con unas lágrimas tristes
que hicieran la noche alegre.
Las lágrimas te encarezco
para que por ellas pienses
cuál deben de ser los cielos
que tales lágrimas llueven.
Pero si llorando y tristes
nombre de cielo merecen,
¿qué serán con alegría
ojos que tal gloria tienen?
Abrió por medio un clavel;
¡ya quisieran los claveles
tomar las perlas que vi!,
y dijo en razones breves
la desdicha en que se hallaba.
Habléla yo tiernamente,
que no supo a tanto sol
el corazón defenderse;
pesó a perlas mis palabras,
enternecida de verme
de su parte en su desdicha,
que a veces, Leonarda, mueve
al llanto en las desventuras
el ver que alguno las siente.
Prometí darla favor;
don Pedro enojóse, y fuése,
y, aunque yo también me fuí,
diré la verdad: quedéme.
Di para regalos de hoy
cincuenta escudos al huésped
que llevaba en un bolsillo.
Con esto he venido a verte,
por que sepas que don Pedro
puede buscar quien le vengue,
porque yo pienso, Leonarda,
y ríñeme como sueles,
tener el ángel que digo
por mi dueño para siempre.
LEONARDA. Lo que yo pienso reñirte,
pues sabes que las mujeres
de ver otras en desdichas
se lastiman fácilmente,
es que a persona tan noble
esa miseria le dieses
cuando le dabas el alma.
FELICIANO. Razón, mi Leonarda, tienes;
mas ¿no ves que las que pesan,
por medio de los fieles,
a lo principal añaden
otra cosa diferente?
Así al alma puse el oro,
no porque valor hubiese,
pero por cumplir el peso,
aunque me pesa de verme
en peso tan desigual;
si bien es un tiempo aqueste
que a peso del oro hay almas,
y almas que por él se pierden.
Ya lo di, corrido estoy.
LEONARDA. Poco el oro me parece
para contrapeso de alma.
FELICIANO. No tuve más. ¿Qué me quieres?
LEONARDA. En tal ocasión, hermano,
y más si amor te enloquece,
era lo cierto decir,
como hombre cuerdo y prudente:
"Yo tengo en casa una hermana,
que en esta ocasión os puede
tener consigo entre tanto
que este negocio remedien
ruegos, dineros y amigos."
FELICIANO. ¿Luego si yo la trujese
la tendrías tú contigo?
LEONARDA. ¿Eso dudas? ¿Luego entiendes
que tengo el alma de piedra?
Iré por ella, si quieres,
y si hay lugar en tristezas,
le diré lo que mereces.
FELICIANO. ¡Ay, Leonarda de mis ojos!
A tus pies quiero atreverme
a pedirte que me obligues
y que esta dama consueles.
Haz poner el coche, y parte
a la calle, que parece
que, estando a los pies de un ángel,

entonces fué de la Sierpe.
Toma mi hacienda, mi vida,
como sola el alma dejes,
y esto porque no la tengo.

LEONARDA. Llama, Rufina, esa gente,
hoy que el ángel de mi hermano
al coche en oro convierte.

RUFINA. ¡Basta, que estáis dos a dos!

FELICIANO. ¡Ay, Angela, si te viesen
en esta casa mis ojos!

LEONARDA. ¡Ay, don Juan, cuánto me debes!

RUFINA. ¡Ay, Martín, si a mi color
tal San Martín le viniese!

ACTO SEGUNDO

(Salen Don Juan *y* Martín.)

MARTÍN.

Parece nuestra historia encantamiento.

JUAN.

No lo parece, sí lo es.

MARTÍN.

Al día
abre las puertas con dorado aliento
la bella aurora que las flores cría.

JUAN.

Estaba, como digo, en mi aposento,
cuando la noche el filo igual tenía
en la balanza con que pesa estrellas,
más triste que ella suele estar sin ellas.
Pensaba sólo en mi querida hermana,
cuando oigo abrir la puerta, y que Rufina
me dice que Leonarda, más humana,
hablarme en su aposento determina.
Voy tras la esclava como sombra vana,
mira tú con qué luz mi error camina,
y asido de su enfaldo a escuras llego
a la esfera bellísima del fuego.
Una bujía en una cuadra ardía,
y con vislumbre trémula enseñaba
lo que en la cuadra bien compuesta había:
que una cama de seda y oro estaba,
el ámbar de aire, en viento le servía,
que por las cuatro partes respiraba.
Allí yo te confieso que suspenso
llegar mi dicha por la posta pienso.
"¿Qué os detenéis?", me dice la mulata.
"Corred, cobarde, esa cortina luego."
Y descubriendo un cielo de oro y plata,
de una hermosa mujer me abrasa el fuego.
Yo, cuando pienso que Leonarda trata
de algún yerro de amor, que es siempre ciego,
conozco que es doña Angela, mi hermana,
y fuése en humo mi esperanza vana.
"¿Qué es esto, dije, dulce hermana mía?"
Y como con su rostro me juntaba,
sentí que huésped en la cama había,
que Leonarda de celos suspiraba.
Martín, yo te confieso el alegría
que ver mi hermana en tal lugar me daba;
pero que en parte me pesó, pues creo
que fuera más dichoso mi deseo.
Después de hablar con ella más de una hora,
le dije: "¿Cómo este lugar tomaste,
pues era de Leonarda, mi señora?
¿Tan presto el noble término olvidaste?"
"Mandóme, respondió, mudarle agora
para poder hablar cuando llegaste.
Pasa de la otra parte, por que puedas
agradecer lo que obligado quedas".
"Yo escucho desde aquí", dijo Leonarda;
y detúveme yo cobardamente;
pero ella, presumiendo de gallarda,
remitió su temor a su accidente.
Fingió que el animal, el que acobarda
más las mujeres, se atrevió a su frente.
Ya ves con qué donaire fingiría
el miedo que era entonces osadía.
Ya desvía las trenzas, ya la ropa,
ya del cuello los cándidos cambrayes,
ya se vuelve a cubrir con lo que topa,
mezclando alegre risa en dulces ayes.
Yo, viendo mi fortuna viento en popa,
le dije al corazón: "No te desmayes",
cuando la luz, a ruego suyo inclina,
aunque mulata su color, Rufina.
Sueltos en crespos rizos sus cabellos,
ondas de la tormenta del espanto,
puso risueña en mí los ojos bellos,
no siendo el animal que temía tanto.
Retrato el alma entre las luces dellos,
y finjo, por la colcha que levanto,
que pasa el animal, y que le veo.
¡Y era lo que pasaba mi deseo!
No ha visto el mismo amor desde que miente,
que desde que nació mentir sabía,
tan bien fingido espanto y accidente
más bien trazado para dicha mía;
y fuélo grande estar su hermano ausente,
porque a acostarse lo conduce el día,

que nos pudiera oír, mas la ventura,
cuando ella quiere, todo lo asegura.
El rostro bajo a la bordada orilla
de la cama, por ver si hallaba el rastro,
y hallé una desmayada zapatilla
que le faltaba el alma de alabastro.
Bien haya la limpieza de Sevilla,
porque, ¡por vida de don Juan de Castro!,
que el más grave señor hacer pudiera
la limpia zapatilla billetera.
Con esto, a mi aposento vuelvo y digo,
a mi fortuna mil requiebros tales,
que desde agora a no sentir me obligo
por tales bienes los mayores males;
No ha sido el sueño de mi bien testigo,
que apenas en los fúlgidos umbrales
del cielo puso el pie la blanca aurora,
cuando me halló como me ves agora.

MARTÍN.

¡Suceso extraño y último sosiego
de tu temor! Más breve fué mi historia.
Por la mulata a la cocina llego,
que andaba en esos pasos de tu gloria.
Dormía, echado en el umbral del fuego
un mastín que pudiera andar la noria.
Siento roncar, y paso a paso aplico
la humilde boca al temerario hocico.
Pero apenas la boca en él repara,
que olía a pepitoria y no a camuesas,
cuando ladrando me agarró la cara
y en los carrillos me estampó las presas.
Pues luego mi fortuna en eso para,
quiero correr, tropiezo en dos artesas
y doy en la espetera con la frente,
despertando los gatos y la gente.
Cuál me salta a la cara, cuál me agarra
por una pantorrilla; pierdo el tino,
muero en el puerto, y sin hallar la barra,
por embocar la puerta desatino.
¿Qué galgo con cencerro o con guitarra,
sacudiendo la cola, huyendo vino
por las Carnestolendas como salgo?
Las manos dejo, y de los pies me valgo.
Pero ya que salí de la cocina
huyendo del ladrante seguimiento,
por ir al aposento de Rufina
de las conservas hallo el aposento.
¡Oh, bien haya, don Juan, la luz divina,
de cuanto vive, lustre y ornamento,
pues con ella a tus ojos he llegado
oloroso, mordido y arañado.

JUAN. Gente suena, aquí te esconde
hasta que sepas quién es.
MARTÍN. ¿Tengo de hablarte después?
JUAN. Mi soledad te responde.

(Vase.)

MARTÍN. Muy bien te puedes estar,
que es Leonarda, mi señora.

(Sale LEONARDA.)

LEONARDA. Martín.
MARTÍN. Pareces aurora
en la luz y el madrugar.
Querrás andar en tu casa,
indiana en fin.
LEONARDA. Otro fin
me ha despertado, Martín,
que de hacienda de Indias pasa.
MARTÍN. Dígolo porque tenéis
fama de ser miserables
por los trabajos notables
que en tierra y mar padecéis.
Pero ¿qué te ha levantado?
LEONARDA. Un desasosiego injusto.
MARTÍN. ¿Es disgusto?
LEONARDA. No es disgusto;
que no hay gusto con cuidado.
MARTÍN. ¿No será pena de amor,
que dan gusto sus desvelos?
LEONARDA. No le puede haber con celos.
MARTÍN. De celos es la mayor.
Pero ¿celos tú? ¿De quién?
LEONARDA. Mis celos son testimonio
de que se ha vuelto demonio
mi amor.
MARTÍN. No lo entiendo bien.
LEONARDA. ¿Qué nombre le puedo dar
si tengo de un ángel celos?
MARTÍN. ¿De eso nacen tus desvelos?
LEONARDA. Si me ha querido engañar
don Juan, por haber pensado
que le he de ayudar mejor,
engáñase, que el amor
no paga bien, engañado.
Doña Angela no es su hermana.
MARTÍN. Es, ¡por Dios!, y no es razón
que juzgues de su intención
por una apariencia vana.
LEONARDA. Yo sé que su dama es,
y que lo quiere encubrir,
y a mí no me ha de mentir
por tan pequeño interés;

que me va la vida a mí
en tener mi libertad.
El sabe mi calidad:
tan buena como él nací.
Yo regalaré su dama;
no por eso ha de pensar
que es mejor aventurar
el crédito de mi fama.
Ella es muy linda, ¡por Dios!,
y en él muy bien empleada,
ya la he visto despojada.
Bien se pagaron los dos.
Hasta verla, tuve en duda
la voluntad y la vida;
desvelos me dió vestida;
celos me ha dado desnuda.
No es cosa para sufrir;
que celos antes de amor
es como necio acreedor
que firma sin recibir.
Di que no me hable más
en lo que habemos tratado.

MARTÍN. Si mi señor te ha engañado,
no vuelva a Madrid jamás.
Plega a Dios que un ignorante
me lea, ilustre señora,
en versos, versos un hora,
y un mal músico me cante,
y que algún falso deudor,
de estos mohatreros viejos,
por audiencias y consejos
haga pedazos mi honor.
Plega a Dios que sea creída
la primera información,
y quítenme la opinión,
que sin opinión no hay vida.
Que me vendan mis parientes
y me olviden mis amigos,
y que a mil falsos testigos
nazcan otros tantos dientes.
Que sirva a señor ingrato,
y si hubiere lugar, quiero
que me tire un candelero
a quien pidiere barato.
Que se aficione a capones
mi dama, por voces vanas,
y si tuviere tercianas
me curen por sabañones.
Que compita con bonete
y me atruene un bachiller;
que hable grueso mi mujer
y mi criado en falsete.
Que me ensucien una aldaba
cuando por llamar la tuerza,
y que me casen por fuerza,
que con voluntad bastaba.

LEONARDA. Ya te conozco, Martín.
Para tordo eres mejor.
Yo entendí que tu señor
miraba otro blanco y fin.
Lo dicho, dicho; no hay más.

MARTÍN. Oye, señora, detente.
Escucha.

LEONARDA. Vete, insolente.

(Vase.)

MARTÍN. ¿De esa manera te vas?

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO. ¿Qué es esto?

MARTÍN. ¡Perdióse todo!

FELICIANO. ¿Quién sois, y qué hacéis aquí?

MARTÍN. Señor, yo vine, yo fuí.

FELICIANO. Quien se turba de ese modo,
bien claro dice quién es.

MARTÍN. Soy cajero, y he vendido
unas randas que he traído,
como lo sabréis después.
Si algunas voces he dado,
por mi dinero será.

FELICIANO. Y la caja, ¿dónde está?

MARTÍN. Aquí enfrente la he dejado,
de donde agora pasé.

FELICIANO. ¿Y a quién las habéis vendido?

MARTÍN. Si a vuestra mujer ha sido
o a vuestra hermana, no sé;
y aquí estaba una esclavilla,
la cual Rufina se llama.

FELICIANO. No es mi mujer esa dama.

MARTÍN. Yo sé poco de Sevilla.

FELICIANO. ¿De qué nación?

MARTÍN. Turco soy.

FELICIANO. ¿Turco?

MARTÍN. Digo de Turín.

FELICIANO. ¿Piamontés?

MARTÍN. Sí, piamontín.
En grande peligro estoy.

FELICIANO. ¿De qué país del Piamonte?

MARTÍN. De Illescas.

FELICIANO. ¿De Illescas? ¿Cómo?

MARTÍN. Tal miedo de veros tomo,
porque yo soy de Belmonte.

FELICIANO. No me agradáis. ¡Ah, Leonarda!

(Sale LEONARDA.)

LEONARDA. ¿Es Feliciano?
FELICIANO. Yo soy.
MARTÍN. Gracias a los cielos doy;
nunca su socorro tarda.
¿A vuestra merced no he dado
unas randas, de que espero
en esta puerta el dinero?
LEONARDA. Unas randas le he comprado.
FELICIANO. Perdonad, hombre de bien.
MARTÍN. Las sospechas, caballero,
perdono, mas no el dinero.
FELICIANO. Pagaros quiero también.
Venid, amigo.

(Vase.)

LEONARDA. Martín,
escuchad.
MARTÍN. ¿Qué me mandáis?
LEONARDA. Que a verme siempre vengáis.
MARTÍN. Pensé que dábamos fin
a nuestros cuentos, por Dios;
pero más ventura fué,
pues descubierto podré
hablar, señora, con vos.

(Vase.)

LEONARDA.

A las perlas del alba descogían
pintadas hojas las abiertas flores
cuando en alegre paz dos ruiseñores
su nido sobre un álamo tejían.
Pero en el tiempo que coger querían
el fruto de sus cándidos amores,
llegaron otros dos competidores
que cuanto fabricaban, deshacían.
Las pajas de que ya vestido estaba
bañaron en cristal los arroyuelos
de una fuente que el álamo bañaba.
Así fueron mis ansias y desvelos
cuando pensé que nido fabricaba.
Tal fin promete amor: principio en celos.

(Sale DOÑA ANGELA.*)*

ANGELA. ¿Estás sola?
LEONARDA. ¿No lo ves?
ANGELA. Mi hermano, Leonarda mía,
a asegurarte me envía
para que de mí lo estés.
Suplícate que me des
crédito por desagravio
de tu amor, que no es tan sabio
amor, que a no ser su hermana,
fuera la riqueza humana
parte a sufrir un agravio.
Y mucho lo estoy de ti
en no haberte parecido
aquello mismo que he sido
desde el día en que nací.
¿Por qué presumes de mí
que si yo fuera su dama
aventurara tu fama
infamando tu nobleza?
Porque no hay mayor bajeza
que ser tercero quien ama.
Mas ¿de qué sirven rodeos?
Para más seguridad,
pagaré con voluntad
de tu hermano los deseos.
Amor de honestos empleos
no exceda ni te levante
más que a ser cortés amante.
Mira tú si puede haber,
para celos de mujer,
seguridad semejante.
LEONARDA. Doña Angela, en tiempo breve,
no puede haber mucho amor.
Esto ha sido, que el amor
se previene a lo que debe.
Cuando una mujér se atreve
a amar, mire los sujetos,
causa de iguales efetos;
que examinar el valor
antes de tener amor
es prevención de discretos.
Nunca aventuran la fama
tan presto nobles mujeres,
si como su hermana eres
fueras, Angela, su dama.
¿Qué nobleza no se infama
amando lo que es ajeno?
Ya tengo tu amor por bueno;
ya con mis celos acabo;
tu satisfacción alabo,
y mi sospecha condeno.
Si a mi hermano favoreces,
daré favor a tu hermano,
que ya sabe Feliciano
lo que vales y mereces.
La fortuna muchas veces
ofrece las ocasiones;
si a las Indias te dispones,
aquí es mejor que te pares
sin andar por altas mares
peregrinando naciones.

Aficionéme de ver
que sacase un caballero
en mi defensa el acero,
sólo porque soy mujer.
Angela, no he menester
dineros, sino contento;
ayuda mi pensamiento;
que fuera de mi nobleza,
no hay en las Indias riqueza
que iguale tu casamiento.

ANGELA. Yo, señora, haré tu gusto,
fuera de ser de mi hermano.

LEONARDA. Daba a don Pedro la mano,
no con pena ni disgusto;
pero ya querer es justo
a quien defiende mi honor.

(Sale RUFINA.)

RUFINA. Don Antonio, mi señor,
viene con don Pedro a hablarte.
Escóndete.

ANGELA. ¿Si es casarte?

LEONARDA. No hay obediencia en amor.

(Vase ANGELA. *Salen* DON ANTONIO *y* DON PEDRO.)

ANTONIO.

¿En tal peligro queda?

PEDRO.

No parece
que una hora pueda dilatar la vida.
Mengua el valor y el accidente crece.
Mi casa queda toda reducida
a sola mi persona.

ANTONIO.

Si en vos queda,
será más aumentada que perdida.

PEDRO.

Bastante hacienda y mayorazgo hereda
quien sólo quiere ser esclavo vuestro,
cuando esta dicha el cielo me conceda.

ANTONIO.

Vos conocéis el justo amor que os muestro.
Aquí está mi Leonarda, que en su gusto
sabéis, don Pedro, que se mueve el nuestro.
Leonarda, sin respuesta, sin disgusto,
hoy se ha de hacer este concierto; hoy quiero
que lo que quiero yo tengas por justo.
Es don Pedro tan noble caballero,
que quiero honrar mi casa de la suya.
Doyle, sin joyas tuyas, en dinero,
cuarenta mil ducados, aunque es tuya
mayor parte después; dale la mano,
para que la escritura se concluya.
Mayorazgo he fundado en Feliciano;
ya sabes que es razón; diez mil de renta,
gracias a Dios, le quedan a tu hermano,
que en la nobleza y las virtudes cuenta
tiene por dote de mayor decoro
lo que la vida y la opinión aumenta.

PEDRO.

Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,
¿no me basta saber que es prenda mía?
¿Qué valor en su pie merece el oro?

LEONARDA.

Estimo vuestra noble cortesía,
señor don Pedro, aunque yo estaba ajena
de que la dicha que decís tenía.
Esto sólo os respondo.

ANTONIO.

No condena
la vergüenza jamás estas acciones.
Vamos adentro, no la demos pena.

PEDRO.

No voy contento yo de sus razones.
Disgusto me parece que ha sentido.

ANTONIO.

Fingen disgusto en estas ocasiones.

PEDRO.

Poco dichoso con Leonarda he sido.

ANTONIO.

Aquel encogimiento fué forzoso.

PEDRO.

Aún no fuí de sus ojos admitido.

ANTONIO.

Vos lo seréis cuando seáis su esposo.

PEDRO.

Dadme licencia que después la vea.

ANTONIO.

Dueño sois desta casa.

PEDRO.

Venturoso,
padre y señor, quien tanto bien posea.

(Vanse los dos.)

LEONARDA. ¿Quién pensara que tan presto
tuvieran fin semejante
mis pensamientos altivos?
RUFINA. ¿Puede mi señor forzarte?
LEONARDA. Puede quitarme la vida.

(Salen DON JUAN *y* MARTÍN.*)*

JUAN. ¡Déjame, necio!
MARTÍN. ¿Qué haces?
JUAN. ¿Qué tengo de hacer? Morir.
MARTÍN. Pues ¿de esa manera sales?
LEONARDA. ¿Qué es esto, don Juan?
JUAN. Perderme.
LEONARDA. ¿Adónde vas?
JUAN. A matarme.
LEONARDA. ¿Por qué, señor?
JUAN. Por tu gusto.
LEONARDA. ¿Gusto, de qué?
JUAN. De casarte.
LEONARDA. ¿Oíste a mi padre?
JUAN. Sí.
LEONARDA. Pues ¿qué dijo?
JUAN. Que me mates.
LEONARDA. ¿Yo que respondí?
JUAN. Tibiezas.
LEONARDA. ¿Y don Pedro?
JUAN. Necedades.
LEONARDA. Sosiégate.
JUAN. ¿Cómo puedo?
LEONARDA. ¿Digo el sí?
JUAN. Bastó callarle.
LEONARDA. Necio estás.
JUAN. Soy desdichado.
LEONARDA. Y yo, mujer.
JUAN. Eso baste.
LEONARDA. Háblame bien.
JUAN. Estoy muerto.
LEONARDA. Escucha.
JUAN. ¿Qué he de escucharte?
LEONARDA. Eso es locura.
JUAN. Es por ti.
MARTÍN. Parecen representantes
que saben bien el papel.
LEONARDA. Martín, así Dios te guarde,
¿siente don Juan lo que dice?
MARTÍN. ¿Si lo siente? ¡Qué donaire!
Pues, vesle salir sin seso,
¿y preguntas disparates?
JUAN. ¡Ea, Martín! ¡A embarcar!
MARTÍN. ¿Cómo quieres que me embarque,
si he empleado mi dinero
en holandas y cambrayes?
Soy desta casa cajero.
Pesquéle quinientos reales
a Feliciano, y pretendo
tratar en Italia y Flandes.
JUAN. Digo que te embarques luego.
MARTÍN. ¿Dónde tengo de embarcarme?
JUAN. Dentro del mar de mis ojos.
MARTÍN. Notables sois los amantes.
JUAN. Mas no; que corre tormenta,
y era forzoso anegarte.
LEONARDA. Ve, Rufina, al corredor,
porque puedas avisarme;
tú, Martín, lince has de ser
en la puerta de la calle,
que quiero hablar libremente.
RUFINA. Yo voy.
MARTÍN. Y yo a ser alcaide.

(Vanse los dos.)

LEONARDA. Don Juan, las ingratitudes
ofenden las voluntades.
Mucho en poco tiempo debes
al alma que supo amarte.
¿Cuál hizo más de los dos?
¿Tú en quererme, o yo en dejarme
engañar de los requiebros,
cosa a los hombres tan fácil?
¿Qué mudanza has visto en mí?
¿Qué es lo que dije a mi padre?
¿Qué te obliga a hacer locuras?
¿Puede por fuerza casarme?
No puede, y más que te busca
Feliciano por mil partes,
obligado a defenderte,
por mi inclinación notable
a servicio de tu hermana.
Por Dios, don Juan, que repares
en la pena que me das.
JUAN. No sé cómo puedo hablarte,
con las desdichas presentes,
porque es razón que me alcancen,
que quien escucha oiga mal.
Lo que escuché fué bastante
para temer la caída
de mi fortuna mudable.
Si tu padre, prenda mía,

con resolución tan grande
quiere casarte, ¿qué importa
que tú con tu hermano trates
resistir la voluntad?

LEONARDA. No hayas miedo que me case
con don Pedro, don Juan mío,
que si de mi hermano sabes
que desea conocerte,
no será mi padre parte
para casarme por fuerza.

JUAN. ¡Qué notables tempestades
corre esta pobre barquilla
en dos tan breves instantes!
¿Es posible que en dos días
cosas por un hombre pasen
que aun en dos años parecen
imposibles de contarse?
Mil veces en mi aposento
pienso que puedo engañarme,
porque me niego a mí mismo
ser tan presto y ser verdades,
o, por lo menos, que duermo
y que sueño disparates,
por más que los nacimientos
conciertan las amistades.
Entré, señora, en tu cuadra;
vi con doña Angela un ángel,
y por unas celosías
de cabellos descuidarse
blanco marfil mal ceñido
de lágrimas orientales;
vi dos manzanas de nieve
escritas de azul esmalte,
y dije: "Bien haya el árbol
donde tales frutos nacen".
Luego vi encubrirse todo,
quedando sólo en cristales
unos rayos que tenían
breves grillos de diamantes.
Vine con esto más loco,
olvidéme de mis males;
que no esperados placeres
olvidan grandes pesares.
Prometíme de tener
dueño que el mundo envidiase:
rico, noble, hermoso, ilustre,
de alto valor, de alta sangre,
en pago de la defensa
y alabanzas inmortales;
que me deben las mujeres
honras, virtudes, linajes,
desde que ceñí la espada,
no sufriendo que afrentasen
mujer ninguna a mis ojos,
lo cual me ha costado cárcel,
heridas, perder la patria,
envidias, enemistades,
oficios, cargos, hacienda,
hasta que pude obligarte
con lo que sabes, señora,
que te ha obligado a ampararme.
Y apenas quise salir,
no a dejar mis soledades,
sino por ver si te vía,
cuando el sueño se deshace,
oigo decir que te casas,
y oigo decir que me maten.

LEONARDA. Don Juan, un hombre valiente
¿tan tiernos extremos hace?
Mirad que entrasteis muy bravo
para salir tan cobarde.
¿Qué seguridad queréis
para que con vos me case?

JUAN. Una firma suele ser
firmeza de amor constante.

LEONARDA. Voy a escribir un papel.

JUAN. ¿Y firmarásle?

LEONARDA. Esperadme.
Mal conocéis las mujeres
con amor.

JUAN. El cielo os guarde.

(Vase.)

Fortuna, que a Sevilla me trujiste
huyendo del rigor en que me hallaste,
en qué mar a las Indias me embarcaste
que con tal brevedad me enriqueciste?
Mas no es el fin del bien que le conquiste,
si de la posesión te descuidaste,
pues para más tristeza me alegraste;
que no hay alegre bien si el fin es triste.
No me des dichas para no gozallas;
no me des glorias para no tenellas,
ni el breve bien que en esperanzas hallas;
que no pudiendo asegurarse dellas,
parece que es más dicha no alcanzallas
que vivir con el miedo de perdellas.

(Al entrarse DON JUAN *sale* FELICIANO.)

JUAN. ¿Quién es? ¡Notable desdicha!

FELICIANO. ¿Qué es lo que mandáis aquí?

(Aparte.)

JUAN. Aunque temerla perdí,

muy breve ha sido la dicha.
Aquí no hay otro remedio
como decir la verdad;
que será temeridad
perder lo que hay de por medio.
¿Sois Feliciano?

FELICIANO. Yo soy.

JUAN. A vos os busco.

FELICIANO. ¿A qué efeto
me buscáis?

JUAN. Yo soy don Juan
de Castro y Portocarrero.

FELICIANO. ¿Sois el que a don Diego hirió?

JUAN. Soy el que ha herido a don Diego.

FELICIANO. Saco la espada.

JUAN. Esperad,
y sabréis a lo que vengo.

FELICIANO. Vos a matarme vendréis.

JUAN. Oídme, señor, os ruego,
dos palabras.

FELICIANO. Ya os escucho,
aunque es por cierto respeto.

JUAN. ¿Sabéis, que sí lo sabréis,
que reñimos bueno a bueno
don Diego y yo?

FELICIANO. Bien lo sé.

JUAN. Pues, según esto, ¿qué debo
entre caballeros nobles?

FELICIANO. De todo estoy satisfecho.

JUAN. Esto es cuanto a la herida,
porque a vos, que no a don Pedro
doy esta satisfacción.

FELICIANO. El término os agradezco.

JUAN. Donde he estado retirado,
ha un hora que me dijeron
que la señora Leonarda,
con noble y piadoso pecho,
trujo a doña Angela aquí.
Yo, como, en fin, forastero,
no conociendo las partes
con el honor que profeso,
por las tapias de la huerta
desamparé el monasterio,
y aventurando la vida,
a ver quien la trujo vengo.
Entré loco por la casa;
pero en sabiendo los dueños,
os pido humilde, que es justo,
perdón de mi atrevimiento.
Suplícoos que la amparéis
hasta que me vaya al puerto,
que en casa tan principal
pienso que la puso el cielo.
Con esto y vuestra licencia,
al monasterio me vuelvo,
y si saliere justicia,
cosa que volviendo temo,
las manos me han de valer,
que a los pies poco les debo.

FELICIANO. Puesto que yo soy amigo
de don Pedro y de don Diego,
lo soy más de la verdad
y del valor de los pechos.
A estas horas puede ser
que esté don Diego muriendo;
ya que por tan justa causa
en peligro os habéis puesto,
no habéis de salir de aquí,
porque no es justo, ni quiero,
si no es que yo os acompañe;
que si de Leonarda el celo
fué amparo de vuestra hermana,
también obligado quedo
por ella, por vos, por mí
y por Leonarda, a teneros
en mi casa, hasta que vais
seguro a Cádiz o al Puerto.
¿Haos visto alguno en mi casa?

JUAN. Ninguno.

FELICIANO. Pues mi aposento,
sin que lo sepa mi hermana
ni mi padre, daros quiero.

JUAN. Echaréme a vuestros pies.

FELICIANO. Aquél es el cuarto nuevo.
Esta es la llave. Tomad,
id a prisa; cerrad presto;
y advertid que hay una puerta
por donde, si no habláis quedo,
os puede escuchar mi hermana;
por eso andad con silencio,
que a sus aposentos sale.

JUAN. Mil años os guarde el cielo;
que desde hoy prometo ser
para siempre esclavo vuestro.

(Vase.)

FELICIANO.

¿Qué pudo imaginar mi pensamiento
que del alma viniese a la medida
como hallar a don Juan, en cuya vida
estriba de mi amor el fundamento?
Cuando temí para mayor tormento
mi muerte en el rigor de su partida,
de los cabellos la ocasión asida
dispone a dulce fin mi atrevimiento.

Ya estaba el alma sin tener sosiego,
vestida de mortal desconfianza;
pero valióme la esperanza luego.
Ella es el bien, mientras el bien se alcanza;
que como el árbol es materia al fuego,
así vive el amor con la esperanza.

(Sale LEONARDA.*)*

LEONARDA. Como mi hermano ha venido,
don Juan se escondió.
FELICIANO. Leonarda,
¿qué hay de nuevo?
LEONARDA. Que me aguarda
un mal también prevenido.
Con don Pedro está firmando
mi padre las escrituras.
FELICIANO. En voluntades seguras,
¿quién puede temer amando?
LEONARDA. Si tú no temes, yo sí,
que hacer este casamiento
estorba mucho tu intento.
FELICIANO. Leonarda, después que vi
a doña Angela, que adoro,
sin saber quién es don Juan,
mil pensamientos me dan,
cuyos efetos ignoro.
¿Quieres a don Pedro bien?
¿Quieres casarte?
LEONARDA. No hay cosa
cual una pregunta ociosa,
con que más penas me den.
FELICIANO. No te puedo encarecer
lo que me alegra escucharte,
porque a serlo, sólo es parte
querer tú ser su mujer.
Este ha de ser enemigo
de doña Angela, si muere
su hermano, pues quien lo fuere,
¿cómo puede ser mi amigo?
¿Tengo de tener cuñado
que a doña Angela persiga?
LEONARDA. Feliciano, amor te obliga
de un ángel bien empleado.
Por ti no quiero casarme;
que también a mí me dan,
sin conocer a don Juan,
pensamientos de guardarme.
Sin saber por qué, me guardo
de lo que los dos intentan.
FELICIANO. Por tu vida, que me cuentan
que es el hombre más gallardo
que ha venido de Castilla.
Que en un monasterio está
donde a visitarle va
lo más noble de Sevilla.
¿Quieres que vaya por él
para que a su hermana vea?
LEONARDA. Claro está que lo desea,
mas ¿cómo vendrás con él?
FELICIANO. En un coche, con recato.
Honor, no es esto ofenderos;

(Aparte.)

que antes es ennobleceros
lo que con Angela trato.
LEONARDA. Busca a mi padre, y dirás
esto que sabes de mí.
FELICIANO. Yo voy; advierte que aquí
esa palabra me das.
LEONARDA. De don Juan digo que soy,
si tú quieres que lo sea,
aunque nunca don Juan vea.
FELICIANO. Loco por Angela estoy.

(Vase.)

LEONARDA. Bueno es, ir por él agora,
y dentro de casa está.
Vivid, esperanza, ya.
¿Oyes, Rufina?

(Sale RUFINA.*)*

RUFINA. Señora.
LEONARDA. Abre ese aposento, y llama
a don Juan.
RUFINA. En él entré
denantes, y no le hallé;
hice despacio la cama
y, como vi que no vino,
fuíme.
LEONARDA. ¿Dónde puede estar?
Que, no habiendo otro lugar,
pareciera desatino.
¡Ay de mí, si se partió,
temiendo mi casamiento!
RUFINA. Pues él no está en mi aposento;
lo mismo imagino yo.
LEONARDA. El se fué desconfiado.
¿Qué haré? Muerta soy, ¡ay cielos!
¡Extraña fuerza de celos!
RUFINA. Si se fué, ¿qué te ha llevado,
que, los ojos de agua llenos,
haciendo extremos estás?

LEONARDA. Del alma lleva lo más,
del cuerpo lleva lo menos.

(*Salen* DOÑA ANGELA *y* MARTÍN.)

ANGELA. ¿Leonarda?
LEONARDA. ¿Angela?
ANGELA. ¿Qué es esto?
LEONARDA. Don Juan es ido. Estoy loca.
ANGELA. ¿Don Juan?
LEONARDA. Con causa tan poca,
que se echa de ver qué presto
olvida quien presto quiere.
MARTÍN. No era muy poco temer
ser de don Pedro mujer,
para que su muerte espere.
ANGELA. No me puedo persuadir
que me dejase mi hermano.
LEONARDA. Pues que te ha dejado es llano,
para dejarme morir.
MARTÍN. El no salió por la puerta.
LEONARDA. Sí, salió; que, siendo bien,
cuando se va no le ven.
MARTÍN. Tu hermano viene.
LEONARDA. ¡Estoy muerta!

(*Salen* FELICIANO *y* DON JUAN.)

FELICIANO. Angela: para alegraros,
os traigo lo más que puedo.
Dad los brazos a don Juan.
ANGELA. ¡Don Juan, mi hermano!
LEONARDA. ¿Qué es esto?
FELICIANO. En un coche, con amigos,
le saqué del monasterio.
ANGELA. ¿Cómo no hablas, hermano?
JUAN. Porque enmudece el contento
que viene sin esperanza.
Mucho a estos señores debo,
pues en tan grave desdicha
tanta merced nos han hecho.
¿Es la señora Leonarda?
LEONARDA. Yo soy, a servicio vuestro.
JUAN. No sólo os beso los pies:
la tierra que pisan beso.
LEONARDA. En extremo he deseado,
señor don Juan, conoceros;
que por allá habréis sabido
lo que a doña Angela quiero.
JUAN. Sé la merced que la hacéis,
digna de tan nobles pechos.
Ya mi desgracia supisteis.
Con razón temo a don Pedro,
que es quien pretende matarme.
(*Ap.*) Mas ya me ha muerto de ce-
[los.
LEONARDA. ¿Mataros? No lo creáis;
no matará, si yo puedo;
que hay muchos en esta casa
que pretenden defenderos.
JUAN. Como el señor don Antonio
le quiere para su yerno,
de que os doy el parabién,
con justa razón le temo.
LEONARDA. Pues no temáis; que he de ser,
aunque por padre le tengo,
de quien quisiere mi hermano,
que solamente obedezco.
FELICIANO. Yo te casaré, Leonarda,
y no será con don Pedro.
LEONARDA. Mil veces te doy los brazos,
y el pensamiento agradezco.
FELICIANO. ¿Parécete bien?
LEONARDA. Sí, hermano.
MARTÍN. Abrace vusté al cajero
de casa.
JUAN. Con mucho gusto.
MARTÍN. Randas y cambrayes vendo;
si hay bodas, no hay que sacar
de cal de Francos, que tengo
ciertas holandas, manteles,
más que el propio pensamiento.
Comencé sin una blanca,
y a la primer flota pienso
enviar cuarenta fardos,
y tres doblando el dinero,
cargados, naves que valgan
siete mil y cuatrocientos.
Luego compro mi lugar,
y en un coche me paseo;
miro grave y hablo culto,
y quito el sombrero a dedos.
Tres cosas hacen los hombres
y los levantan del suelo:
las armas, letras y el trato.
Armas no las apetezco,
viendo mil soldados mancos,
sopones de los conventos;
letras, no las aprendí;
trato, desde aquí comienzo.
Fortuna, pues eres dama,
cuatro moños te prometo
y diez naguas de algodón,
con que estés gorda tan presto
que encubras por lo estofado
las cantimploras del suelo.
RUFINA. Mi señor viene.
FELICIANO. Don Juan,

volveos al monasterio,
que sabéis que cada día
ir a buscaros prometo;
y fiad de esta palabra.

JUAN. Honráis un esclavo vuestro.
Adiós, señora Leonarda;
adiós, Angela.

ANGELA. Los cielos
os libren, don Juan.

LEONARDA. Y os guarden
para lo que yo deseo.

ACTO TERCERO

(Salen DON ANTONIO *y* FELICIANO.)

FELICIANO. Cuando don Pedro salía,
que por su causa no entré,
escuché que te decía
"padre y señor", con que fué
cierta la sospecha mía.

ANTONIO. Pues ¿qué sospechas?

FELICIANO. Sospecho
que habrás casado a Leonarda.

ANTONIO. Tratado está, no está hecho.
Como ser su esposo aguarda,
de tu amistad satisfecho,
entra por padre y señor,
más humilde que un deudor.
Porque cuantos se han casado,
de esta manera han entrado,
o sea interés, o amor.
Pero apenas pasa un mes,
cuando es suegro, y dél se afren-
y por cualquier interés, [tan,
entre las cosas le cuentan
que se aborrecen después.
Pésales de ver que vive,
como de heredar los prive,
y dicen que un siglo dura.

FELICIANO. Don Pedro a tanta ventura
justamente se apercibe.
Pero no se la darás,
a lo menos con mi gusto,
pues desobligado estás.

ANTONIO. ¿Has tenido algún disgusto
con don Pedro?

FELICIANO. ¿Yo? Jamás.

ANTONIO. Pues dóysela yo por ti,
cuya amistad con exceso
no es de gusto para mí,
¿y agora sales con eso?
¿No es tu amigo?

FELICIANO. Señor, sí.
Y a otros muchos preferido.

ANTONIO. No, Feliciano; los dos
habéis reñido. ¿Qué ha sido?

FELICIANO. Amigos somos, por Dios;
no habemos los dos reñido. [za?

ANTONIO. ¿Hay pendencia? ¿Hay amena-
¿Habló mal de ti en ausencia?
Que hay amigos de esa traza:
lisonjean en presencia
y murmuran en la plaza.
Por mujer debió de ser;
alguna te habrá quitado.
No niegues.

FELICIANO. Yo, ¿qué mujer?

ANTONIO. Pues ¿cómo hoy te causa enfado
lo que abonabas ayer?

FELICIANO. Porque mayorazgo era,
presumiendo que muriera
su hermano, y vive y está
fuera de peligro ya;
y que le dieras quisiera
mejor marido a Leonarda.

ANTONIO. ¿La palabra no se guarda?

FELICIANO. Digo, señor, que es muy justo;
pero el no ser con su gusto
me detiene y acobarda.

ANTONIO. Pues ¿qué gusto es menester?
¿Tengo yo de obedecer
a Leonarda, o ella a mí?
Yo le conocí por ti,
por ti será su mujer.
Galas y joyas previno,
de mi palabra fiado,
y cumplirla determino.

FELICIANO. Temor notable me ha dado...

ANTONIO. ¿De qué?

FELICIANO. De algún desatino.

ANTONIO. ¿Quién le ha de hacer?

FELICIANO. Mi hermana.

ANTONIO. ¿Tu hermana?

FELICIANO. Veraslo presto.

ANTONIO. Pues fúndese en ser liviana,
y tú necio y descompuesto,
y casaréme mañana.

FELICIANO. Pues has llegado a decir
disparate semejante,
no te quiero persuadir.

ANTONIO. ¡Salte allá fuera, ignorante!

(Vase.)

FELICIANO. No es ignorancia sufrir.
En gran confusión me siento:
don Juan está en mi aposento;
yo, por su hermana perdido,
y don Pedro, prevenido
al injusto casamiento.
¡Qué cortos plazos le dan
al alma, el bien cómo tarda!
Todos en peligro están;
mas, ¡ay, cielos!, si Leonarda
quisiera bien a don Juan...

(Salen DON JUAN, DOÑA ANGELA, LEONARDA *y* MARTÍN.)

LEONARDA. ¿Estarás muy triste aquí?
ANGELA. Agravias su voluntad.
JUAN. Confieso la soledad
del tiempo que estoy sin ti;
pero, luego que te veo,
vence la satisfación
cuanto a la imaginación
está pidiendo el deseo.
ANGELA. El cuarto de Feliciano,
de suerte compuesto está,
que en él consolar podrá
sus soledades mi hermano.
Tiene muy ricas pinturas
y escritorios excelentes.
JUAN. Son de unos ojos ausentes,
Angela, sombras oscuras.
Abrí la puerta, y pasé
al de Leonarda, que aquí
amanece para mí
el sol que anoche se fué.
¿Cuál hombre, de cuantos trata
favorecer la fortuna,
acostado vió la luna
en su círculo de plata?
¿No es verdad, Martín?
MARTÍN. Señor,
la luna es húmeda y fría,
y comparalla sería,
con Leonarda, poco amor.
Cada mes, su condición
hace trescientas mudanzas,
que para tus esperanzas
contrarios efetos son.
¿De qué le sirve crecer
a quien luego ha de menguar?
Quien cuartos pudo inventar,
¿pudo ser buena mujer?
Demás que fué gran bajeza
trocar en cuartos su plata
por premio, ofendiendo, ingrata,
su misma naturaleza.
El cerro del Potosí
ha hecho lo que ha podido;
que hablemos en él os pido,
y no haya cuartos aquí.
LEONARDA. ¿Cómo podré entretener
a don Juan, mientras se esconde?
MARTÍN. Lo que el amor te responde,
no quiero yo responder.
LEONARDA. Pero jugando o hablando
habrá de ser.
MARTÍN. Pues contemos
cuentos, porque no podremos
entretenernos bailando;
que, si no, yo y la mulata
hemos puesto un gateado,
que capona y rastreado
son cuartos, y estotro, plata.
JUAN. Si llega tan dulce día
que yo tenga libertad,
veremos tu habilidad.
LEONARDA. Pues comienza, Angela mía.

(Siéntanse los tres.)

ANGELA. Yo no sé cuento ninguno;
pero también entretienen
cosas varias, y así, os quiero
hacer de un pleito jueces.
Había un hombre de bien,
gran defensor de mujeres,
que tenía cierta hermana
que le acompañaba siempre.
Llamábase el hombre Otavio;
la dama, Olimpia; y dos veces
se vieron, por defenderlas,
cerca de prisión o muerte.
Defendió una dama un día,
y ella también le defiende;
enamóranse los dos,
los dos casarse pretenden.
El hermano de esta dama
vió a la hermana del ausente,
enamoróse también,
y ella dicen que le quiere.
En fin, por temor de Otavio,
a decirlo no se atreve.
Agora os ruego, señores,
que me digáis, ¿cómo puede
vivir Olimpia, si amor
difícilmente se vence?

LEONARDA. ¿Queréis que os responda yo?
ANGELA. Claro está que lo deseo.
LEONARDA. Pues haga Olimpia el empleo
a que Otavio la obligó,
pues que la enseña a querer,
y los hermanos trocados
quedarán en paz casados.
JUAN. ¿Qué puedo yo responder?
MARTÍN. ¡Brava cifra, pesia tal!
Qué enigma tan encubierta,
si la quiere descubierta
Leonarda, ¿qué dicha igual?
LEONARDA. Sí quiero; y le pediré
las albricias a mi hermano;
pero oye un sueño.
MARTÍN. En vano
sueñas; ya no hay para qué.
LEONARDA. La madre de las tinieblas,
en la silla de su imperio,
daba las puertas al huerto
y las llaves al secreto.
Estaban todas las cosas
en un profundo silencio;
hasta la envidia dormía:
no hay más encarecimiento,
cuando soñé que en un prado
estaba sola durmiendo,
a cuyas flores servía
de abanillo el manso viento,
y que vino un pardo azor,
de una águila negra huyendo,
que se amparaba en mis brazos,
y que por tenerle en ellos
desperté, y vi que me había
llevado del pecho abierto
el corazón con las uñas.
¿Qué podrá ser este sueño?
MARTÍN. Notables andáis de cifras.
Que no lo entiende os prometo
uno de aquestos que saben
castellano como griego.
Declaraos un poco más,
y lo que decís sabremos.
JUAN. Si te llevó el corazón,
paloma andaluz, durmiendo,
el pardo azor de Castilla,
hago testigo a los cielos
que te dejó toda el alma.
MARTÍN. ¡Oh, qué fin para un soneto!
Nueva manera de amor,
seguidillas en requiebros:
"Azor de Castilla,
paloma andaluz".
¡Quién los viera, madre,
comer alcuzcuz!
JUAN. Este está borracho ya.
MARTÍN. ¡Pluguiera a Dios!
LEONARDA. Di tu cuento.
ANGELA. ¡A gentil entendimiento
encomendado se ha!
MARTÍN. ¿Tan linda te ha parecido
la cifra que nos dijiste?
ANGELA. Yo me entendí.
MARTÍN. Sí, entendiste,
pues todos te han entendido.
JUAN. ¡Ay, mi Leonarda! Si viera
a doña Angela casada
con tu hermano, y que empleada
mi vida y alma estuviera
en tus méritos divinos,
¡qué vida fuera la mía!
La fuerza de esta alegría
hace pensar desatinos.
Esta ciudad generosa
fuera mi patria; saliera
al alba, pero no fuera
a buscar jazmín y rosa
al campo, sino a mi lado,
porque lo hallara en tu cara,
y yo en tus ojos hallara
luz serena y sol dorado.
Viera regalada mesa,
tan alegre, al medio día,
que de tanta dicha mía
aun a mí propio me pesa.
Cuando la noche en su abismo
cerrara el cielo español,
durmiera yo con el sol
antípoda de mí mismo.
¿Qué príncipe, qué señor
tan descansado viviera?
MARTÍN. ¡Por Dios, que no le dijera
tal requiebro un labrador!
JUAN. Pues ¿qué le puedo decir?
MARTÍN. Grosero amador estás:
aquí no has hablado más
que de comer y dormir.
JUAN. ¿Sabes tú más?
MARTÍN. Sí, en verdad.
JUAN. ¿Eres tú culto, por dicha?
MARTÍN. Eso fuera por desdicha,
que no por habilidad.
Dejo las cosas divinas,
a que un hombre está obligado,
después que se ha levantado;
ya, señor, las imaginas.

Pero, después de comer,
¿no era justo regalar
tu esposa y ver el lugar
que una mujer quiere ver?

JUAN. Bien es, Martín, que me riñas;
los deseos me engañaron.

MARTÍN. ¿Por qué piensas que llamaron
a las de los ojos niñas?
Porque fué su condición
ver cuanto pasa, y también
el desear cuanto ven;
que así las mujeres son.
Llevémosla a cal de Francos;
que mil mujeres ha habido
que, por no ver lo encogido,
no dan limosna a los mancos.
Llevémosla por el río,
en un encerado barco;
que una ventana con marco
hará triste el humor frío.
Vea el sábalo salir
del agua a la blanca arena,
de lama y de concha llena
y entre las redes bullir.
Vea cómo se alborota,
preso del cáñamo y plomo,
en otro elemento, y cómo
la ñudosa red azota.
Vaya en el coche también,
por el campo de Tablada;
que una mujer festejada
sabe que la quieren bien.
O a la comedia; que algunas
saben dejar los chapines,
si hay rótulos buratines
con su ramo de aceitunas.
Vaya a esas huertas vecinas,
vea frutas, corte flores;
que no todos los amores
se cubren con las cortinas.
Siempre fué mi parecer
que el que es discreto, don Juan,
nunca ha de ser más galán
que de su propia mujer.

(Sale RUFINA, *alborotada.)*

RUFINA. ¡Ay, señora! ¿Cómo estás
con descuido tan notable,
que tu hermano y mi señor
riñeron sobre casarte?
Jura que esta noche misma
ha de ser. Mira qué haces,
que están las joyas en casa,
ricas telas y diamantes,
y el sastre a la puerta, muerto
por dividir en mil partes
primaveras y tabíes.

MARTÍN. Ya no saldremos las tardes
por sábalos.

LEONARDA. Aún no puedo
mover la lengua.

JUAN. Ni hables,
pues has gustado, Leonarda,
de engañarme y de matarme.

LEONARDA. ¿Yo engañarte, mi señor?
¿Cómo puedo yo engañarte,
si me ha de costar la vida
el no sufrir que me case?

MARTÍN. Lo que más siento, Rufina,
es saber que el sastre aguarde
a echar por esos tabíes,
como por cerros y valles,
aquella santa tijera,
que tales milagros hace.
Cuando la perdida España
se ganó de los alarbes,
mandó Pelayo salir
a todos los oficiales;
que saldrían, respondieron,
de buena gana los sastres
a pelear con los moros,
cuando un pendón acabasen,
para que van allegando
pedazos chicos y grandes;
pero, con haber mil años,
no hay remedio que le acaben,
y puede llegar a Roma,
si los pedazos juntasen.

JUAN. Yo no sé mejor remedio:
di a tu hermano y a tu padre
lo que don Diego decía;
que si tal infamia saben,
y que por eso le hirieron,
no es posible que te casen.

LEONARDA. Eso ya estuviera hecho,
don Juan, si fuera importante;
mas, si llega a su noticia,
¿cómo no te persuades
que los han de hacer pedazos?

JUAN. Pues ¿qué importa que los maten,
a trueco de verte libre?

LEONARDA. Eso es locura.

JUAN. Pues dame
algún remedio, que muero,
más que nunca viva nadie.

RUFINA. ¡Tu padre!
LEONARDA. Escondeos los dos.
JUAN. ¿Quién habrá que no se canse
de tanto esconder?
ANGELA. Quien tiene
amor.
JUAN. No hay amor que baste.

(Vanse. Queda LEONARDA. *Sale* DON ANTONIO.)

ANTONIO. ¿Cómo, Leonarda, es posible
que a ver las joyas no sales,
siendo propio en las mujeres
con las galas alegrarse?
Mira que están los criados
de don Pedro para darte
tal presente, que es razón
que le agradezcas y alabes.
¿Qué es esto? ¿No me respondes?
LEONARDA. Señor, por no declararme,
no te respondo.
ANTONIO. Bien dices;
que, puesto que te declaras,
has de hacer mi voluntad.
Porque engendrarte y criarte
me ha dado este imperio en ti.
LEONARDA. ¿Hacen el alma los padres?
ANTONIO. No, sino el cuerpo; que el alma
Dios la infunde.
LEONARDA. Si en tres partes
se divide el alma, y una
es la voluntad, ¿no sabes
que no es tuya, sino mía?
Que aun Dios no quiso quitarme
la libertad, con ser Dios.
Fuera de esto, ¿no es bastante
que el bien que se da una vez
no fué de nobles quitalle?
Si el cuerpo me diste, ¿es bien
que como a dueño le mandes?
Ya es mío, pues me le diste.
Mira que es, en hombres graves,
pedir lo que dan, bajeza.
ANTONIO. ¿Hay libertad semejante?
Pues ven acá, que no quiero,
como era justo, enojarme.
¿Cuál es mejor casamiento:
que con extraño te cases,
o con el que más conoces?
¿No es mejor, hija, emplearte
en quien puedas tú decir,
por conocerle y tratarle,
que está dentro de tu casa?
LEONARDA. Suplícote que repares
en la palabra que has dicho.
ANTONIO. ¿Cómo?
LEONARDA. Yo quiero casarme
con quien en tu casa vive.
ANTONIO. Agora quiero abrazarte
y echarte mi bendición,
y a los dos, Leonarda, alcance.

(Vanse. Salen MARTÍN, DON JUAN *y* ANGELA.)

MARTÍN.

¿En efeto, nos vamos?

JUAN.

No es posible
aguardar a que venga el nuevo esposo.

ANGELA.

Culpo, don Juan, tu condición terrible.

JUAN.

¿Cuál hombre tan a prisa fué dichoso?

ANGELA.

Queriéndote Leonarda, es imposible
darle la mano.

JUAN.

Un padre es poderoso.

MARTÍN.

No hay padre en voluntades de mujeres.

JUAN.

¿Qué viento no mudó sus pareceres?

MARTÍN.

¿Y dónde quieres ir?

JUAN.

Quiero embarcarme,
pues fuera de peligro está don Diego.
Aquí puedes, doña Angela, esperarme,
que a despedirme de Leonarda llego;
que porque no es razón, quiero forzarme,
que se queje de mí. Tú parte luego,
y apercibe la ropa que trujiste.

MARTÍN.

Yo voy.

(Vanse los dos.)

ANGELA.

Yo quedo enamorada y triste.

Pasa la mar el mercader que aspira
a enriquecer, y por la extraña tierra,
de su querida patria se destierra;
ni el frío teme, ni el calor admira.
Del bien gozoso que su gloria mira,
en alta nave su riqueza encierra,
y sin temer del elemento guerra,
las ondas rompe, por llegar suspira.
Mas, cuando ya la patria se la daba,
corre tormenta en el vecino puerto,
y halló la muerte cuando no pensaba.
Así por este mar del mundo incierto,
contenta mi esperanza navegaba;
perdonóla la mar, matóla el puerto.

(Sale DON ANTONIO.)

ANTONIO. ¿Quién se queja y habla aquí?
ANGELA. Ya me ha visto, ¡qué desgracia!
ANTONIO. ¿Mujer de tan buena gracia,
en mi casa vive así?
¿Quién sois?
ANGELA. Señor...
ANTONIO. No os turbéis.
ANGELA. Señor, de vuestro valor
bien puedo fiar mi honor.
ANTONIO. Seguramente podéis. [mano.
ANGELA. Don Juan de Castro es mi her-
Por la herida de don Diego,
vino a su posada luego,
con don Pedro, Feliciano,
piadoso, me trujo aquí...
ANTONIO. Agora entiendo la historia.
ANGELA. *(Ap.)* Esperanzas de mi gloria,
¡paciencia, que ya os perdí!
ANTONIO. No de balde Feliciano
el casarse defendía
su hermana. ¿Y aquí os tenía?
ANGELA. No me ha tocado una mano.
ANTONIO. De tan principal mujer
estoy yo muy satisfecho. [cho?
Vuestro hermano ¿qué se ha he-
ANGELA. *(Ap.)* (¿Qué tengo de responder?)
A Sanlúcar fué, señor.
ANTONIO. *(Ap.)* Encerrarla quiero aquí.
ANGELA. ¿Qué quieres hacer de mí?
ANTONIO. Asegurar un temor.
No temáis; que en mi aposento
estaréis más recogida.
ANGELA. *(Ap.)* ¡Ay, esperanza perdida!
Cobrad vida y nuevo aliento.
ANTONIO. Entrad, que os quiero cerrar.
ANGELA. (Como no salga de aquí,
ya no es prisión para mí.)
ANTONIO. ¿Qué decís?
ANGELA. Que quiero entrar.

(Entrase.)

ANTONIO. ¡Por Dios, que no ha de salir
hasta que case a Leonarda!

(Sale RUFINA.)

RUFINA. Don Pedro, señor, te aguarda.
ANTONIO. Agora puedo decir
que está seguro mi intento;
pues, quitada la ocasión,
se pondrá en ejecución
de Leonarda el casamiento.

(Vase. Sale MARTÍN *con la ropa.)*

MARTÍN. ¿Puedo entrar?
RUFINA. Puedes entrar.
MARTÍN. Vengo, Rufina, ¡ay de mí!,
a despedirme de ti,
hechos los ojos un mar,
un mar de llanto y enojos.
RUFINA. Ya veo yo, Martín amigo,
la tormenta que contigo
están corriendo tus ojos.
MARTÍN. ¡Ay, ay, ay!
RUFINA. El ¡ay, ay, ay!
ha mucho que ya pasó.
MARTÍN. ¿No lloras, Rufina?
RUFINA. ¿Yo?
¿Acuérdase del cambray
con que pescó los quinientos?
Pues, dígame, ¿qué me dió?
MARTÍN. ¿Qué había de darte yo?
RUFINA. Por lo menos, los doscientos.
MARTÍN. Esos no te faltarán.
Pero mira que nos vamos.
RUFINA. Mujeres sólo lloramos
cuando se van los que dan.
MARTÍN. Sí, pero huélgome aquí
de que nacieras mulata;
que aunque no quieras, ingrata,
te pondrás luto por mí.
¡Que no te mueva a piedad
haber besado el mastín!
Eres su parienta, al fin:
usas la misma crueldad.
¿Cuál hombre pasó, en el mun-
la noche que yo pasé? [do,
De la cocina rodé

al sótano más profundo.
Tú sabes dónde dormí,
cercado, con mil cuidados,
de animales vidriados.

(Salen LEONARDA *y* DON JUAN.)

JUAN. El confiarme de ti
ha de ser para mi daño.
LEONARDA. No hayas miedo que lo sea.
JUAN. En fin, ¿quieres que te crea?
LEONARDA. Tú sabes que no te engaño.
JUAN. ¿Dónde doña Angela está,
Martín?
MARTÍN. ¿No está con Leonarda?
LEONARDA. Conmigo, no.
MARTÍN. Pues aquí
la dejé, mientras juntaba
la ropa.
JUAN. ¿Y tú no la has visto,
Rufina?
RUFINA. ¿No puede, en casa,
andar doña Angela libre?
MARTÍN. Si con Leonarda no está,
no hay aposento en que esté.
JUAN. Habla, Leonarda, ¿qué aguardas?
Hame llevado tu hermano,
como sabe que te casas,
a mi hermana. ¡Bueno quedo,
sin la suya y sin mi hermana!
¡Vive Dios que si esto fuese,
que pienso que tal infamia
me obligaría...!
LEONARDA. Don Juan,
paso, y con dignas palabras
de quien eres y quien soy.
JUAN. ¿Qué palabras hay honradas
donde no lo son las obras?
LEONARDA. Mira que conmigo hablas,
y que si eres defensor
de las mujeres, y tratas
mal mi respeto, diré
que las mujeres engañas.
JUAN. Leonarda: si esta traición
procede de vuestra culpa,
bien sabes que me disculpa
mi honor y buena opinión;
porque no será razón,
donde es la ofensa tan llana,
que tengas defensa humana,
pues muy atrevida quieres
que defienda las mujeres
y no defienda mi hermana.
¿Sería buena defensa
que, por defenderte a ti,
me hiciese tu hermano a mí
en el honor esta ofensa?
Cuando tú te casas, ¿piensa
que ha de merecer su mano?
Pues no quiera Feliciano
que vuestra casa alborote;
que aunque pobre, tiene en dote
ser quien es y yo su hermano.
Mi hermana ha de parecer;
porque en llegando a mi honor,
no hay hermosura ni amor
por quien le deje ofender.
No he defendido mujer
con más razón en mi vida.
Dámela, si eres servida:
basta que, de mí adorada,
quedes, Leonarda, casada,
no doña Angela perdida.
Mira tú si a tu hermosura
igual respeto he guardado,
pues la espada no he sacado
para hacer una locura.
¿Mi honor puesto en aventura,
y yo tan cuerdo y discreto?
Pondré la furia en efeto,
aunque le pese a mi amor;
que no es bien perder mi honor
por no perderte el respeto.
LEONARDA. Tente, espera; que no sé
que pueda haberte ofendido
Feliciano, y si esto ha sido,
satisfacerte podré.
Yo misma te vengaré;
yo seré tuya, si quieres;
no te vayas, no te alteres.
Angela me toca a mí,
porque he aprendido de ti
a defender las mujeres.
Si yo soy tuya, no es bien
que de mi hermano te quejes;
cuando la tuya le dejes,
conmigo quedas también.
Seré tuya, aunque me den
mil muertes. Cierra los labios,
mi bien; que los hombres sabios,
cuando se ven agraviar,
aunque mueran por callar,
no publican los agravios.
A mi padre, al mundo, al cielo
diré que soy tu mujer.
JUAN. Martín, ¿qué tengo de hacer

entre tanto fuego y hielo?
MARTÍN. ¿Qué puede darte recelo
en tanta seguridad?
JUAN. ¿No sería necedad?
MARTÍN. No, sino razón prudente;
que si alguna mujer miente,
veinte mil tratan verdad.
Aman, quieren y aventuran;
cantan, bailan y entretienen,
solicitan, van y vienen;
limpian, regalan y curan;
nuestro descanso procuran.
Por ellas hay tanta historia
que guarda eterna memoria.
La casa en que no hay mujer,
como limbo viene a ser:
ni tiene pena, ni gloria.
Lisonja te hago en decir
que las quieras y las creas,
porque yo sé que deseas
honrallas hasta morir.
Sin mujeres, no hay vivir;
que aun Dios vió que convenía
el darle su compañía.
Que el más valiente que ves,
llora, en naciendo, a sus pies,
pensando que las perdía.
JUAN. Ahora bien: aunque no tenga
en toda mi vida honor,
quiero que mi justo amor
espada y mano detenga.
Don Pedro a casarse venga,
tu palabra quiero ver;
que si supe defender
mujeres, en esta ofensa
será la mayor defensa
fiar mi honor de mujer.
Que sólo su defensor
aquel, puede ser llamado,
que su honor les ha fiado;
y su enemigo mayor,
quien no les fía su honor.
Yo pongo en ti mi esperanza,
que no es hacer confianza
de mujeres principales;
que hacerlas todas iguales
es la más necia venganza.
Cuanto les debo me acuerdo,
puesto que conozco ya
que algún maldiciente habrá
que no me tenga por cuerdo.
Con justa causa me pierdo
y me obligo a defendellas;
que más quiero yo, por ellas,
quedar contento en amallas
y engañado por honrallas,
que libre por ofendellas.

(Vase.)

MARTÍN. ¿Puede haber mayor valor?
LEONARDA. El verá si le hay en mí.

(Sale FELICIANO.*)*

FELICIANO. ¿Estaba don Juan aquí?
LEONARDA. Yo detuve su furor,
asegurando su honor,
por excusarte la muerte.
FELICIANO. ¿Cómo hablas de aquesa suerte?
LEONARDA. Pues ¿cómo tengo de hablarte,
si has querido aventurarte
a infamarme y a perderte?
FELICIANO. ¿Qué es lo que dices, Leonarda?
LEONARDA. Que, por no verte perder,
tengo de ser su mujer.
FELICIANO. Lo mismo pretendo. Aguarda.
LEONARDA. Ya la traición te acobarda.
¿No era al principio mejor?
¿A un hombre de tal valor
a su hermana le has quitado,
habiéndote confiado
liberalmente su honor?
FELICIANO. ¿Yo quitado? ¿Estás en ti?
LEONARDA. Di dónde la tienes, presto.
FELICIANO. En tu aposento la he puesto;
desde entonces no la vi;
y, sospechoso de mí,
don Juan se la habrá llevado.
Y, pues ya te has declarado,
yo le tengo en mi aposento;
porque solamente intento
verme de su hermana honrado.
LEONARDA. ¿Tú has escondido a don Juan?
FELICIANO. En mi cuarto le he tenido;
y él, a su hermana ha escondido
porque a don Pedro te dan:
que ya juntándose están
sus deudos para venir
a casarse.
LEONARDA. Tú has de ir
a darle satisfacción.
FELICIANO. Antes de hacerle traición,
quiero mil veces morir.

(Vase.)

LEONARDA. Pues, di, Martín: ¿a qué efeto
don Juan con esta mentira
culpa a mi hermano? ¿Eso mira
a mi defensa y respeto?
¿Cuál hombre noble y discreto
tal hubiera imaginado?
¿Dónde, Martín, la has llevado?
Tú la tienes, esto es cierto,
y que ha de costarte, muerto,
la vida que me has quitado.

MARTÍN. ¡Esto sólo me faltaba!

LEONARDA. ¿Dónde está? Dímelo presto;
que te sacaré los ojos,
si no me lo dices luego.

MARTÍN. Mira que nos ha engañado
Feliciano, y que es enredo;
que don Juan trata verdad.

LEONARDA. No lo creo.

MARTÍN. ¿No lo creo?
¡Plega a Dios, si la he llevado,
que vuelva a darme otro beso
el mastín de la cocina,
y que entre gatos y perros
pase otra noche tan mala!
Pero déjame entrar dentro,
que quiero hablar con don Juan.

LEONARDA. ¿Qué fin tendrán mis sucesos?

(Vase. Sale DON ANTONIO.)

ANTONIO. Paréceme que te burlas
de mi obediencia y respeto.
Tres recados te he enviado
de que ya viene don Pedro;
bien agradecida estás,
que aún sus joyas no te has pues- [to.
¿Qué tristezas son, Leonarda,
estas que afligen tu pecho?
¿No basta ser gusto mío?
¿No basta que yo lo quiero?
¿En qué andáis los dos hermanos?
¿Queréis acabarme presto?
¿No basta que diga un padre:
"dada la palabra tengo"?
No ha menester una hija
saber cuál hombre, cuál dueño,
su padre le quiere dar;
que hay tal diferencia en esto,
que ella escoge con los ojos,
y él con el entendimiento.
Sólo que te diga yo,
que sólo tu bien deseo:
"Cásate con quien hallares
dentro de aquel aposento",
basta para obedecerme
y para saber que acierto.

LEONARDA. Pues ésa es tu voluntad,
digo, señor, que obedezco.

(Vase. Sale DON PEDRO, *galán y acompañamiento.)*

PEDRO. Vengo a servirte y honrarme,
señor, con todos mis deudos.
Dame tus pies.

ANTONIO. Con los brazos
sale a recibirte el pecho.

PEDRO. ¿Adónde está Feliciano?
¡Qué poca ventura tengo!
¡No honrarme en esta ocasión!

ANTONIO. Yo y Feliciano tenemos
cierto disgusto.

PEDRO. ¿Soy yo
la causa? ¿No está contento
de ser mi cuñado? ¿Ya
este nombre y parentesco
le ha quitado el de mi amigo?

ANTONIO. Vais de la ocasión muy lejos.
Hele escondido una dama,
y con este pensamiento,
lo que siente por amor
no lo diré por respeto.

PEDRO. ¿Cómo no viene Leonarda?

ANTONIO. Entremos en su aposento,
que ya debe de aguardar.

(Alzan el tapiz y están de las manos DON JUAN *y* LEONARDA.)

ANTONIO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

JUAN. Es que estoy con mi mujer,
y de la mano la tengo.

PEDRO. Pues si la tienes casada,
¿cómo, don Antonio, has hecho
a un caballero esta burla?

ANTONIO. ¿Yo burla? ¡Viven los cielos
que ha de morir el traidor!

LEONARDA. Paso, señor; que no pienso
que se dejará matar.
Y yo disculpada quedo,
pues me mandaste casar
con quien en este aposento
hallase. Yo hallé a don Juan.
Lo que mandaste obedezco.

ANTONIO. ¿Hay tal maldad? ¡Feliciano!
¡Feliciano!

PEDRO. Si don Pedro

es el agraviado, él basta.

ANTONIO. Mi aposento me han abierto.

(Alzan por la otra parte el tapiz y véanse FELICIANO *y* DOÑA ANGELA *de las manos.)*

FELICIANO. Abríle yo con razón,
las tiernas voces oyendo
que mi mujer daba en él. [hecho?

ANTONIO. ¿Qué mujer? ¡Traidor! ¿Qué has

JUAN. Siendo la mujer mi hermana,
yo Castro y Portocarrero,
no hay que preguntar quién es.
Si la herida de don Diego
fué riñendo en ocasión
como honrado caballero,
y él me pudo herir a mí,
bien sabéis que no le ofendo;
pero si estáis ofendido...

PEDRO. Señor don Juan, yo no siento
más herida que perder
la esperanza y el deseo;
pero no se pierda todo;
dadme los brazos, que quiero
ser vuestro amigo y de todos.

JUAN. Honrad, señor, vuestro yerno,
que, aunque pobre, tiene sangre
del conde de Andrada y Lemos.

ANTONIO. Cien mil ducados de dote
os quiero dar, porque al premio
del bien hablar demos fin.

JUAN. No le deis sin que primero
salgan Martín y Rufina.

(Salen de las manos MARTÍN *y* RUFINA *vestidos de novios de graciosidad.)*

MARTÍN. Aquí, senado discreto,
están Rufina y Martín,
que nunca salgo de perros.

RUFINA. Yo he menester un padrino.

MARTÍN. A mis bodas, caballeros,
convido para mañana,
si es que antes no me arrepiento.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE "EL PREMIO DEL BIEN HABLAR"

QUIEN AMA, NO HAGA FIEROS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A DON JORGE DE TOBAR VALDERRAMA

ALCAIDE DE LA FORTALEZA DE COMPETA, Y OFICIAL PRINCIPAL DE JORGE DE TOBAR, SU PADRE, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, Y SU SECRETARIO DE ESTADO, CAMARA Y PATRONAZGO REAL DE CASTILLA

Por dos cosas principales se dirigen a los hombres que lo son, los cuidados de los estudios y los trabajos del ingenio: o por celebrar sus virtudes y dar (siendo tales los escritos) alguna inmortalidad a sus nombres, o porque a la sombra de su protección ellos la alcancen: en que parece que corre el interés de entrambos. Cansados están ya los oídos desta proposición en tantos libros; mas como es uno el intento, no es mucho que sean las razones identidades. Si yo quisiera celebrar las excelentes partes que en v. m. puso el cielo, así de su generoso nacimiento como de su natural valor, persona y cortesía, hiciera sospechosa la dirección de esta comedia, y fuera mayor que el presente el papel con que le envío; de suerte que me está más bien la segunda intención que la primera, poniendo a la sombra de la luz de su valor y entendimiento el discurso de esta fábula, tanto por honrarla de su favor cuanto por agradecer los que he recibido siempre del señor Jorge de Tobar, su padre, persona tan digna de la confidencia de los papeles de Estado y de mayores lugares, si a mayores puede aspirar la pluma, acompañada de tanta virtud y confianza en los reinos y sucesiones de tales príncipes, luciendo su verdad, integridad y celo entre los excelentes ministros que ha tenido esta Monarquía, dicha grande del imperio; pues cuando dijo Plinio que tenía necesidad de amigos la fortuna del príncipe, yo siempre entendí que hablaba de los ministros: fundamento de su conservación, en que está la dificultad, pues el suceder es por naturaleza. Alabo, entre otras partes, su cortesía, rara en los hombres de lugares eminentes, y no soy solo en estimar esta virtud con tanto extremo, pues escribiendo Cicerón por Marco Fabio a Celio, fiel mayor entonces, entre las partes de que le alaba, dice que era cortés y comedido. Yo, por lo que tengo advertida esta modestia suya tantos años, digo con Ovidio:

Huic igitur merituas grates ubicunque licebit,
Pro tam mansueto pectore semper agam.

Que mirando muchas veces a v. m. me parecía justamente que no podía ser de otro original tal ejemplo de modestia, afabilidad y cortesía: no menores causas que para amarle, para osar dirigirle esta imitación de un amante al uso de estos tiempos, la furia con que le ausenta la fuerza del agravio, y la invención con que le vuelve la tibieza que imagina, cuando con más paciencia no le llaman. Puede ser que este carecer de la posesión sea amor propio, por la falta que hace el deleite a la costumbre: así fué opinión de Aristóteles, que el hombre naturalmente con más afecto se ama a sí mismo. V. m. lea los que este discurso tiene, para que juntamente queden corregidos y honrados: lo primero con la lima de su gran juicio, y lo segundo con su nobleza y virtud, tan conocida y estimada, que sólo hablar en ella me pueden culpar por atrevimiento. Dios guarde a v. m. como deseo.

Su Capellán,

LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

DON FÉLIX, *caballero.*
GASTÓN, *su criado.*
LISARDO, *novio.*
EL CONDE OTAVIO.
MARCELO, *su criado.*
FINEO, *casamentero.*
DOÑA ANA, *dama.*
FLORA, *su madre.*
DOÑA JUANA, *dama.*
INÉS, *criada.*

ACTO PRIMERO

(Salen Don Félix *y* Gastón, *su criado.)*

Gastón. ¿Cuánto me has de dar por él?
Félix. Pesarle a plata es lo más.
Gastón. ¡Buenas albricias me das,
si es un pliego de papel!
Félix. Yo te doy lo que se lleva
desde Italia a aquí, Gastón.
¿Si tantas las leguas son,
qué quieres más que te deba
de traer este papel
de cuatro calles de aquí?
Gastón. ¿Luego no cuentas que fuí
con tal peligro por él?
Si la estafeta trajera,
sola una carta tomara
lo que de plata pesara,
o mayor porte quisiera.
Y cuando hay un sepancuantos
por quien piden tanta suma,
¿está el valor en la pluma,
peso que ha pesado a tantos,
o en la substancia, que obliga
al otro que le firmó?
Félix. Pues ¿heme obligado yo?
Gastón. Quien ama, a todo se obliga.
Dos cosas oí decir
a un cortesano hablador
que ha de hacer un amador.
Félix. ¿Y son?
Gastón. Gastar y sufrir.
Félix. Todo es malo; pero yo
de buena gana gastara.
Sufrir, no.
Gastón. Sufrir, repara,
que agravios y celos no.
Félix. Pues ¿qué?
Gastón. Las impertinencias
de una madre y de una tía,
que, enfadando noche y día,
acaban dos mil paciencias.
¿Has alguna vez tenido
dama con cuñado?
Félix. No.
Gastón. ¡Dichoso tú! Porque yo
desdichadísimo he sido
en materia de cuñados.
Félix. Amor es siempre importuno,
y querría que ninguno
se metiese en sus cuidados.
Todo estorba a los que quieren:
padres, hermanos, sobrinos,
hasta vecinos.
Gastón. ¿Vecinos?
Esos son los que refieren
toda una historia de amor;
que, no atendiendo a su casa,
ven lo que en las otras pasa.
Félix. Eso es general error.
Gastón. No se acostará un vecino
hasta ver al otro entrar
si allí se pensase helar.
Félix. De cualquier desgracia es dino.
Gastón. Yo conozco una mujer
adonde un galán hablaba,
que toda la noche estaba
a una ventana por ver
y por escuchar los toques,
y obligóle, descompuesta,
a traer una ballesta
y dispararle bodoques.
Mas ella, con la flaqueza
de escuchar, o la porfía,
cada noche se ponía
un caldero en la cabeza,
con que el galán que tiraba
hacía tanto ruido,
que despertaba al marido
y a la señora llamaba.
Félix. Yo, por ver caza tan nueva,
con arcabuz le tirara.
Gastón. ¡Qué importa! ¡También buscara
algún morrión a prueba!
Félix. Ahora bien: dame el papel.
Gastón. Mucho debes a doña Ana.
Félix. Ponte el vestido mañana
que me dió el Conde.
Gastón. Por él
te beso mil y quinientas
veces, como apelación,
manos que tan francas son.
Félix. Y boca y alma contentas.
Este papel, donde puso
las suyas.
Gastón. Vuélveste loco
con el favor.
Félix. Oye un poco,
que hasta verle estoy confuso.
(Lea.) "Mi bien."
Gastón. ¡Oh, qué linda entrada!
Félix. *(Lea.)* "Mi señor."
Gastón. Otro favor.
Félix. *(Lea.)* "Mi madre es mujer de honor,
yo en extremo recatada.

No habrá remedio de hablar
si no es con una invención."

GASTÓN. De oro es buena.

FÉLIX. En ocasión
que aquí no tiene lugar.

GASTÓN. A Garci-Sánchez pedía
un sacristán que le hallase
una invención que sacase
su manga de cruz un día;
pero viéndole el calzón
roto, y en pedir prolijo,
"Saca unas calzas, le dijo,
y será buena invención".
Y si tú la has de sacar,
regalo o vestido sea,
que a su madre, aunque áspid sea,
podrá templar y ablandar.

FÉLIX. *(Lea.)* "Y la invención me pare-
que te pongas de camino [ce
y te finjas su sobrino."

GASTÓN. ¡Oh, cuánto amor enflaquece!

FÉLIX. *(Lea.)* "Di que eres de la Monta-
que padres y señas van [ña,
en esa memoria."

GASTÓN. ¿Harán
los diablos esta maraña?
Pero cierta vieja un día
dicen que los engañó.

FÉLIX. Ponte de camino.

GASTÓN. ¿Yo?

FÉLIX. ¿Tienes botas?

GASTÓN. Sí tenía;
mas viendo que es el beber
camino más pasajero,
trocando cuero por cuero
dellas me deshice ayer.

FÉLIX. ¿Y fieltro?

GASTÓN. ¿Tan gran señor
te sueñas, que has de llevar
lacayo con fieltro?

FÉLIX. Es dar
a mi persona valor.

GASTÓN. No hay donaire para mí
como un lacayo en verano
con fieltro.

FÉLIX. ¡Tu blanca mano
estuvo, señora, aquí!
¡Mil veces beso el papel!

GASTÓN. El papel y los dichosos
se parecen.

FÉLIX. ¡Qué enfadosos
donaires! ¡Ya estás cruel!

GASTÓN. Sonle en todo muy parejos
los pobres, que ya son graves,
que el papel, si no lo sabes,
se hace de trapos viejos.
Bésale, que podrá ser
que haya estado en hospitales.

FÉLIX. Los tiempos no son iguales;
ya no es hoy lo que era ayer.

GASTÓN. Mas antes siempre es loquera,
porque todos locos son.

FÉLIX. ¡Qué linda fué la invención
del papel!

GASTÓN. ¡Nunca lo fuera!

FÉLIX. Ahora bien: cesa de hablar;
pongámonos de camino.

GASTÓN. ¿Tú qué has de ser?

FÉLIX. Yo, sobrino.

GASTÓN. ¿Y yo no he de emparentar?

FÉLIX. Si gustan con majaderos,
pues los hay de tu librea.

GASTÓN. ¿Huérfano quieres que sea?,
pero tuviera dineros
o estuviera en gran lugar,
de la fortuna accidentes,
que me salieran parientes
más que tiene arena el mar.

(Vanse, y salen DOÑA ANA, *dama, y* FLORA, *su madre, quitándose los mantos, y* INÉS, *criada.)*

FLORA. Toma esos mantos, Inés.

ANA. ¿De qué vienes tan mohina?

FLORA. Con el dedo se adivina
lo que con los ojos ves.

INÉS. Enfádanla parlatorios.

ANA. Pues eso no es culpa mía.

FLORA. Para doncellas se había
de dar licencia a oratorios.

ANA. ¿Es por aquellos corrillos
de galanes?

INÉS. Claro está.

FLORA. Basta, que eres blanco ya
destos locos mozalvillos.

ANA. ¿Espántaste de que miren
una mujer por casar?

FLORA. Mirar, no; mas remirar.

ANA. Pues ¿qué importa que remiren,
si yo no miro a quien mira?

FLORA. ¿Yo no te vi con el manto
hacer caireles?

ANA. Que tanto
me aprietes, madre, me admira.

FLORA. Una mujer ha de estar
en misa como una imagen,

por que con esto se atajen
los que la quieren mirar.

ANA. Madre, de mi parte es tal
la ofensa, que me la quita
el tomar agua bendita.

FLORA. ¡Fíngete muy venial!
Pues a fe que al bachiller
que agua conmigo tomó,
que quizá le diera yo
su necedad a entender.
¿En el agua santa hay hombre
que toque otra mano?

ANA. Espanta,
señora, el verte tan santa.

FLORA. ¿No quieres tú que me asombre
de que te dijese allí:
"Si esta agua ponzoña fuera,
tal unicornio la hiciera
epítima para mí"?

[INÉS.] ¿Unicornio?

ANA. ¿Eso te enfada?

INÉS. Díjolo por la blancura.

FLORA. ¿Blancura? Necedad pura.

ANA. Antes necedad aguada.

FLORA. Extraña cosa es un necio.

ANA. Antes cosa natural.

FLORA. Nombre tan universal,
me espanta y pone en desprecio.
Mil cosas son necesarias,
y a su tiempo las hallamos,
y aun a veces las buscamos,
y faltan en partes varias;
pero un necio, adondequiera
le hallaréis a todas horas.

ANA. Mucho tu opinión desdoras
en condición tan severa.

FLORA. Si en la calle, allí le halláis;
si en la iglesia, allí también;
si en la comedia...

ANA. ¡Oh, qué bien
su centro, madre, les dais!
Que como de ingenio son
las cosas que allí han de ver,
cualquiera quiere tener
de que le tiene opinión.

FLORA. ¿Adónde un necio no está?
¿En qué ocasión, en qué fiesta?

ANA. ¿Tanto un necio te molesta?

FLORA. Notable pena me da
que en cuanto se dice y trata
haya tanta cantidad.

ANA. ¿Qué quieres? La necedad
anda agora muy barata.

(Sale FINEO.)

FINEO. ¡Paz en esta casa sea!

FLORA. Bien venga el señor Fineo.
¿Qué tenemos de los novios?

ANA. (Este no dirá que es necio.)

FINEO. En verdad que con cuidado
diligencias voy haciendo
para que este serafín
tenga un rico casamiento.

FLORA. Ya le acaban las camisas.

FINEO. Córrome que trate deso.
Hágase nuestro negocio,
que después hay harto tiempo.

FLORA. Anda esta niña estos días,
sabe Dios cuánto lo siento,
con vaguidos de cabeza.

ANA. Del corazón, por lo menos.

FLORA. No se aplica a la labor.

ANA. Más me aplico a los deseos.

FLORA. Y no come por un pollo.

FINEO. ¿No la riñe?

FLORA. No hay remedio.

FINEO. Oiga lo que he negociado.

FLORA. Ya le escucho.

FINEO. Lo primero,
un mancebo de Granada
cierto amigo me ha propuesto;
es hijo de un veinticuatro.

FLORA. ¿Bueno, lindo?

FINEO. ¡Y cómo bueno!
Pero tiene un defetillo.

FLORA. En el "pero" vi el defeto.

FINEO. Es sordo.

ANA. ¡Ay, madre, Jesús!
¿Sordo?

FLORA. No te admires deso,
que antes dicen que el marido
fuera dichoso en extremo
siendo sordo, por no oír
tantas voces, tantos celos.

FINEO. No dicen que es mucho.

FLORA. ¿Cómo?

FINEO. Que bien entiende, en poniendo
una trompeta de plata
al oído.

ANA. ¡Lindo cuento!

FINEO. Otro me habló por un hombre
extranjero.

ANA. ¡Ay, no extranjero!

FLORA. ¿Por qué?

ANA. Porque pasa mal
la voluntad a otro reino.

FINEO. Por un famoso letrado,
me habló anteayer Filiberto.
ANA. ¿Tiene muy larga la barba?
FINEO. Mucho.
ANA. Pues váyase a un yermo.
FINEO. Es hombre tan gran letrado,
que entre sus libros suspenso,
por entender una ley,
tomó un orinal, y en medio
del verso, hallando el sentido,
dió con él sobre un *Digesto,*
y haciéndole mil pedazos,
dijo: *Sic intelligendum.*
ANA. Dios me libre desa gente.
No quiero libros, que quiero
hombre para mí con alma
y con libre entendimiento.
FLORA. Un mocetón es mejor:
o mocetón, o...
ANA. A lo menos,
conmigo hablará en romance,
que es lengua con que me entiendo.
¿Piensas tú que los que saben
letras todos son discretos?
Pues cree que hay en latín
muy gentiles majaderos.
FLORA. Eso sí; venga el perfil
de uno de aquestos mozuelos
que rizan los aladares
con molde a fuego.
FINEO. ¡Y qué fuego!
Ya dan muñecas también.
FLORA. Si lo son, no será nuevo.
FINEO. Si va a decir la verdad,
que otra vez te traté desto,
Lisardo me agrada mucho;
que es honrado caballero
y de razonable hacienda.
FLORA. Verle y hablarle deseo.
FINEO. Yo le traeré cuando gustes;
y voime.
FLORA. Guárdete el cielo.
INÉS. ¡Ah, señor Fineo!
FINEO. ¡Oh, Inés!
INÉS. ¿Tan coja soy, que no tengo
de hallar un marido yo?
FINEO. Tengo un honrado mancebo.
INÉS. ¿Oficial?
FINEO. No es oficial.
INÉS. Pues arrímole.
FINEO. ¿Tan presto?
INÉS. No quiero gente de leva
que se remita al paseo
y esto de andar a la droga,
sino marido de asiento.
FINEO. Calle, que yo la daré
para asiento un zapatero
que de estar en la banqueta
se le pega a los grigüescos.

(Vase.)

FLORA. En fin, doña Ana: Lisardo
me agrada, y verle pretendo.
ANA. No lo miras con los ojos.
FLORA. ¿No? Pues ¿con qué?
ANA. Con los dedos.
FLORA. Mira quién llama.
INÉS. Ya suben.
FLORA. ¿Y quién son?
INÉS. Dos forasteros.
Criado y amo parecen.
ANA. Entraréme en mi aposento.
FLORA. De forasteros, no importa.

(Salen de camino DON FÉLIX, *galán, y* GASTÓN, *graciosamente.)*

FÉLIX. Guarde vuestra vida el cielo.
¿Sois Flora, acaso?
FLORA. Yo soy.
FÉLIX. ¡Los brazos!
FLORA. Pues ¿a qué efeto?
FÉLIX. Yo soy don Juan.
FLORA. ¿Qué don Juan?
FÉLIX. Señora, un sobrino vuestro,
hijo de Alvaro Velarde
y de doña Juana Tello.
FLORA. Ya el alma me lo decía,
y con golpes en el pecho,
el corazón.
ANA. (Bien cayó.)

(Abrácense.)

INÉS. ¡Famosamente lo han hecho!
ANA. ¡Qué bizarro está don Félix!
INÉS. ¿Y Gastón, es barro?
FÉLIX. Vengo
con un disgusto notable.
FLORA. ¿Disgusto?
FÉLIX. Pasando el puerto
se le cayó una maleta
a este mozo, que es un necio,
donde traía las cartas
de mis padres.
FLORA. Mal suceso.

¿Venía otra cosa allí?
FÉLIX. No hará falta, aunque era lienzo.
FLORA. Porque vos sois carta viva,
porque retratada veo
a mi hermana en vuestro rostro.
FÉLIX. Cuando era yo más pequeño,
la parecí mucho más;
con la barba, más parezco
a mi padre.
FLORA. Así es verdad.
ANA. ¿No ves, Inés, el efeto
que hace la imaginación?
INÉS. Aquel socarrón contemplo,
en forma de montañés.
FLORA. Ahora bien, don Juan; ya es tiem-
que conozcáis vuestra prima. [po
FÉLIX. ¡Jesús, y qué ángel tan bello!
Dadme, señora, los brazos.
ANA. Y como Félix que quiero,
dártelos mil veces.
FÉLIX. Calla.
ANA. ¿Que calle?
FÉLIX. Importa.
ANA. No puedo.
GASTÓN. Y yo ¿a quién he de abrazar?
¿No tengo aquí parentesco
con nadie?
INÉS. Diga: ¿no viene
de su tierra más discreto?
GASTÓN. Por eso vengo a la corte,
por eso a la corte vengo,
a darme un filo rabioso
en tantos entendimientos:
porque dicen que hay aquí
unos ciertos discreteros
que hablan en jerigonza.
FLORA. Mi don Juan, entremos dentro,
que quiero que descanséis;
que en descansando hablaremos
de nuestras cosas un rato.
FÉLIX. Tía y señora, no vengo
tan a prisa; que en la corte
acomodarme pretendo,
si hubiese algún dueño tal.
FLORA. Hay aquí famosos dueños.
Ahora bien: yo tengo amigos,
tu buena gracia; yo espero
acomodarte. Entretanto,
aquí tendrás aposento.
¿Quién viene contigo?
FÉLIX. Un mozo
que saqué del campo.
FLORA. Haremos
diligencia para entrambos.
GASTÓN. Yo, señora, también vengo
a ser acá cortesano,
que diz cacá son discretos.
FLORA. ¡La simplicidad del hombre!
¡Ah, Montaña: a Dios le ruego
que no me muera sin verte!
GASTÓN. Vivirá siglos eternos.

(Al entrarse la madre, detiene DON FÉLIX *a* DOÑA ANA.)

FÉLIX. Aguarda.
ANA. Tengo temor.
FÉLIX. Ya no hay de qué; porque creo
que tengo lisonjeada
la fortuna y grato el cielo.
ANA. ¡Qué bien has disimulado!
FÉLIX. En tu casa, por lo menos,
estoy, y soy primo tuyo.
ANA. Haz cuenta, querido dueño,
que has hecho un engaño a Circe,
a Medea, a Ulises griego.
GASTÓN. ¿Y ella cómo está conmigo?
INÉS. Con nunca visto contento
de tenerte tan presente.
GASTÓN. Importa tanto, que creo
que no estando un hombre así,
un signo que anda paciendo
se le pondrá en la cabeza.
INÉS. ¿Luego no hay fe?
GASTÓN. De tinteros.
Que había de estar quien ama
siempre a la vista del pleito;
como mano de reloj,
sobre las letras del cerco,
dijo un sabio, y dijo bien,
pues de hora en hora acudiendo,
había de dar mil vueltas
desde los ojos al pecho.
INÉS. Mejor como el reloj mismo
hubiera dicho.
GASTÓN. ¿A qué efeto?
INÉS. Porque, con dar y dar siempre,
asegurará sus celos.

(Vanse, y salen FINEO *y* LISARDO.)

FINEO.

Habléla en vos, y estuvo agradecida;
que ya tenéis buena opinión con ella.

LISARDO.

No tuve amor, Fineo, ni en mi vida

pensé querer, forzándome mi estrella;
pero ver a doña Ana bien nacida,
virtuosa y rica, y, como veis, doncella
de tanta gracia y hermosura, ha hecho
un incendio la nieve de mi pecho.
No lo dudéis: tal gracia y hermosura
no ha menester más dote.

FINEO.

Así lo creo;
pero en aquesta edad será cordura
llevar el dote en ancas del deseo;
pasóse el tiempo, y la inocencia pura,
cuando nunca se vió mejor manteo
que de bayeta, o frisa, y que la grana
era la mayor gala cortesana.
Mal año; agora, en solas guarniciones
un dote de otro tiempo va cifrado,
y aquestas son las ciertas ocasiones
del honor mal perdido y peor guardado.
Lisardo, antojos son las aficiones;
amor a muchos se perdió casado:
venga el dinero luego, que en el mundo,
si no es lo principal, es lo segundo.

LISARDO.

Amor que sólo estima el bien que espera,
a la imaginación desnudo asiste.

FINEO.

Eso de amor es bárbara quimera;
si se resfría el trato, amor le viste.

FINEO.

Doña Ana, al fin, es única heredera.

LISARDO.

En eso no presumo que consiste;
porque es tan moza y tan gallarda Flora,
que se puede casar, si quiere, agora.
Pues que bueno será que el día primero
que riña con su yerno, os amenace.

LISARDO.

Cásese, para como el bien que espero
un día, un hora, un cuarto, un punto abrace.

FINEO.

¿Queréisla ver?

LISARDO.

La vida menos quiero.

FINEO.

Pues hoy serán las vistas, y amor trace
que se concluya, pues os viene al justo.

LISARDO.

No hay más riqueza que casar con gusto.

(Vanse, y salen DOÑA JUANA, *dama, y* MARCELO.)

JUANA. Dile al Conde tu señor
que yo estoy desocupada.
MARCELO. La carroza está parada,
aguardando ese favor.
JUANA. Pues pídele albricias dél,
si te parece que es grande.
MARCELO. Y aun haré que me las mande
antes que le advierta dél.

(Sale el CONDE.)

CONDE. Ya es tarde, que ya he subido.
MARCELO. Ya las albricias perdí.
CONDE. No harás, aunque al bien que vi
por mi hallazgo se las pido.
JUANA. ¿Tan perdido os presumís?
CONDE. Pues ¿no es encarecimiento
que sola en mi entendimiento
por luz del alma vivís?
JUANA. No tiene locura amor
como es el encarecer.
CONDE. Siendo locura el querer,
será el decirlo mayor.
JUANA. ¿Cómo habéis, hasta hoy, esta-
[do?
CONDE. Con esperanza de veros,
que no hay vivir sin teneros;
con esto engaño el cuidado.
Pero vos no habréis tenido
esa memoria de mí.
JUANA. No, porque no la perdí.

(Sale un ESCUDERO.)

ESCUDERO. Aquí, señora, ha venido
Flora, con su hija bella.
CONDE. ¿Estorbo yo?
JUANA. No, señor;
antes nos haréis favor,
y holgaréis de hablalla y bella;
que tiene, aunque en tierna edad,
un gallardo entendimiento.

(Salen FLORA *y* DOÑA ANA.)

FLORA. Volved el coche al momento.

JUANA. ¡Jesús, tanta brevedad!
FLORA. ¿No estáis sola?
CONDE. No seré
visita pesada yo.
JUANA. Eso aseguro.
FLORA. Yo, no.
Mas ¿quién es?
JUANA. Yo os lo diré:
el conde Otavio, si habéis
oído su gran valor.
FLORA. Que me perdonéis, señor,
os ruego.
CONDE. No merecéis
perdón, pues no habéis errado.
Por muy vuestro me tened.
FLORA. Hacéisme tanta merced,
que me habéis puesto en cuidado.
JUANA. ¡Jesús, niña! Llega acá,
veráte su señoría.
ANA. Vergüenza, señor, tenía.
CONDE. Bien de vuestra parte está,
pues que da rosas tan bellas
a esas mejillas hermosas.
¿Quién pensara que sus rosas
nacieran en las estrellas?
En verdad, señora Flora,
que es muy linda aquesta dama.
¿Qué nombre?
FLORA. Ana se llama.
CONDE. A nadie perdona agora.
MARCELO. Jugó el Conde, mi señor,
del vocablo. ¡Triste caso!
CONDE. Si el amor se topa acaso,
acaso he topado a amor.
Ferias, con vuestra licencia,
la quiero dar.
FLORA. Bien podéis;
mas no las que vos queréis,
que en éstas hay diferencia.
CONDE. ¿Pues tenéis qué me pedir?
FLORA. Sí, señor.
CONDE. ¡Dicha notable!
FLORA. ¿Dáisme licencia que hable?
CONDE. Dádmela vos para oír.
FLORA. De la Montaña ha venido
hoy un sobrino que tengo,
y pues a tal tiempo vengo,
que le recibáis os pido
en vuestra casa, señor.
CONDE. ¿Cómo se llama?
FLORA. Don Juan
de Velarde, y tan galán,
que merece este favor.
ANA. Yo también os lo suplico.
CONDE. Para terceros tan buenos,
o él había de ser menos,
o yo más noble y más rico.
ANA. Vos no podéis ser mejor;
él lo será a vuestro lado.
CONDE. Yo quiero ser su criado;
don Juan será mi señor.
JUANA. (No me agrada esta humildad.
Amor anda por aquí,
si no es que lo hace por mí,
sabiendo nuestra amistad.)
FLORA. Si vueseñoría quiere
verle, afuera le dejé.
CONDE. Mucho de verle holgaré.
JUANA. Llamalde, pues no hay que espere
mejor ocasión que agora.
(Celos, tened el rigor,
que no tengo tanto amor
para tenerlos de Flora.
Siempre al Conde le he mirado
con ojos de desigual.)
CONDE. (De un serafín celestial,
doña Ana es propio traslado.)

(Sale DON FÉLIX *y* GASTÓN.)

FÉLIX. Deme vuestra señoría
los pies.
CONDE. ¡Buen talle, por Dios!
No sé yo cuál de los dos
servir al otro podía.
Alzaos del suelo, don Juan,
que en mí tendréis un amigo.
FÉLIX. Afuera he sido testigo
desta merced.
CONDE. ¡Qué galán,
qué gentilhombre y bien hecho!
Buen primo tenéis, doña Ana.
ANA. ¿Paréceos bien?
JUANA. Cosa es llana.
CONDE. Doña Ana, me ha satisfecho.
JUANA. Don Juan es mozo galán.
(Si el Conde mira a doña Ana,
¡por vida de doña Juana,
que he de mirar a don Juan!)
CONDE. Flora me ha dicho las partes
que tenéis.
FÉLIX. Flora es mi tía,
y aun decir madre podía.
JUANA. (¡Oh, qué bien flechas repartes,
Amor, en toda ocasión!
Dale de doña Ana al Conde:

dejarásme las que esconde
don Juan en mi corazón.)

CONDE. De hoy más me podéis servir.
FÉLIX. Dichoso en extremo soy.
CONDE. Venid conmigo.
FÉLIX. Yo voy
adonde podré decir
que recibo nuevo ser.
CONDE. ¿Quién es este gentilhombre?
FÉLIX. Ya no ha de tener mi nombre:
sólo el vuestro ha de tener.
CONDE. Quiero a los dos recebiros.
FÉLIX. Téngolo a mucha ventura.
GASTÓN. Soy, señor, añadidura
de don Juan, para serviros.
CONDE. Hombre parecéis muy sano.
GASTÓN. Albricias os diera yo;
que un albéitar que me vió,
me halló manco de una mano.
CONDE. ¿Qué érades en vuestra tierra?
GASTÓN. Hidalgo no más.
CONDE. ¿No más?
GASTÓN. ¿Y es poco?
CONDE. ¿Bueno serás
para la guerra?
GASTÓN. ¿Qué guerra?
CONDE. La del servir.
GASTÓN. ¿Qué mayor?
CONDE. ¿Tu nombre?
GASTÓN. Gastón me llamo;
muy bueno para mi amo,
si es bueno ser gastador.
JUANA. Vamos al jardín, primero
que os vais.
FLORA. Tenemos que hacer.
JUANA. ¿Cuándo nos hemos de ver?
FLORA. Yo por momentos lo espero.

(Vanse, y quede DOÑA JUANA *sola.)*

JUANA.

Si en un carcaj dorado están metidas,
Amor, tus flechas, bien se ve que a tiento,
ciego, las sacas, con diverso intento
del que después se mira en las heridas.
Quitas, sin vista, diferentes vidas,
y como las esparces por el viento,
y el blanco no se ve del pensamiento,
por eso quieres, y por eso olvidas.
Tirando así, no hay alma que resista
las duras puntas de tus flechas fieras,
porque el mundo contigo se resista.
¡Oh, si con vista, dulce Amor, nacieras
y acertaras las almas con la vista!
Mas no fueras amor, si la tuvieras.

(Vase, y salen LISARDO, FINEO, INÉS *y* CRIADOS.)

FINEO. ¿Aún no han venido de fuera?
INÉS. No, señor; mas ya vendrán.
¿Es novio aqueste galán
que a mis señoras espera?
FINEO. ¿No se ve que novio es?
INÉS. Parécelo en el olor.
FINEO. ¿Huelen los novios?
INÉS. Mejor
los suelen oler después.
No tiene mala persona.
¿Son aquestos sus criados?
FINEO. Los mismos.
INÉS. Bien adornados:
cosa que no poco abona.
Que los criados, Fineo,
son portada del señor.
FINEO. Del coche es este rumor.
INÉS. Que vienen mis amas creo.

(Salen FLORA *y* DOÑA ANA.)

FLORA. Cansada vengo.
ANA. [Y] yo, pues;
pero a gran ventura tengo
la comodidad del premio.
FLORA. ¡Qué gallardo caballero!
Es muchacho el conde Otavio.
ANA. Todos te agradan; no creo
que has tenido quietos ojos.
FLORA. ¿A qué llamas ojos quietos?
ANA. Honestos quise decir.
FLORA. ¿Pues en qué no son honestos?
¿Es vengarte del sermón?
ANA. ¿Malicias?
FLORA. Yo las confieso.
FINEO. Aquí está el señor Lisardo.
FLORA. Por todo extremo me huelgo.
LISARDO. Pues holgaos con esa dama,
y será por todo extremo.
INÉS. ¡Espantosa necedad!
FINEO. ¡Vive Dios, que es buen agüero!
El casamiento se hará,
que ya el desposado es necio.
FLORA. Siéntese vuesa merced.
LISARDO. Sabe Dios lo que me siento.
INÉS. ¿Más que le mata el albarda?
FINEO. Más que no para hasta ciento.
FLORA. Mira qué buen talle tiene.

ANA. Hombre parece.
FLORA. No entiendo.
ANA. No importa.
FLORA. Pues ¿no te agrada?
ANA. Agora, señora, es presto.
¿No nos miran a nosotras
hasta el mismo pensamiento?
Pues también tenemos alma.
FLORA. Las hijas, los ojos ciegos,
han de querer lo que quieren
sus madres.
ANA. ¡Lindo consuelo
para quien ha de dormir
con un hombre tanto tiempo!
LISARDO. Turbado estoy, mas no es mucho:
tan cerca del sol me veo,
que bien puede por los ojos
cegarme el entendimiento.
Señora Flora, estas cosas
trató conmigo Fineo;
aquí no hay que tratar más
de firmar nuestros conciertos;
no quiero dote, que bastan
los grandes merecimientos
de doña Ana, mi señora.
FLORA. Mucho ese amor agradezco.
INÉS. Mi señor don Juan Velarde
ha venido, y mi contento.

(Sale DON FÉLIX *y* GASTÓN.)

FÉLIX. ¿Qué caballero es aqueste?
LISARDO. ¿Quién es este caballero?
FLORA. Este es don Juan, mi sobrino;
éste es, sobrino, mi yerno.
LISARDO. Téngame vuesa merced
por cuñado.
FÉLIX. ¿Qué es aquesto?
ANA. Quiere mi madre casarme;
que viene este majadero
a las vistas tan vistoso,
como allá dicen los ciegos.
FÉLIX. ¿Esto tenemos agora?
Señor Lisardo, tratemos
desto a solas vos y yo.
LISARDO. De buena gana. Fineo.
FINEO. ¿Qué dices?
LISARDO. Que no me agrada
aquesto del parentesco.
FINEO. ¿Con celos entras? No aciertas,
que las mujeres que vemos
con mal de madre preñadas,
hasta parir no hay remedio.
Ansí, tú si se casase
con celos, era muy cierto
que para toda la vida
fueras casado con celos.

(Vanse todos; queden DOÑA ANA, DON FÉLIX, GASTÓN *y* INÉS.)

FÉLIX. A buen tiempo, por Dios, Ana,
este parentesco has hecho.
¡Bien quedaré con ser primo
si este gallardo mancebo
con ser tu marido sale!
ANA. Mejor de mi amor lo pienso;
porque primero vendrá
todo el firmamento al suelo,
tendrá la envidia quietud,
paz la soberbia, honra el miedo,
sol la noche, amor templanza,
pena el bien, gloria el infierno,
que deje yo de ser tuya.
FÉLIX. Así de tu amor lo creo;
mas no temo tu firmeza,
sola mi desdicha temo;
y cuando esto desconciertes,
como es forzoso, no tengo
para qué vivir. ¿Qué piensas
que hay por segundo suceso?
ANA. ¿Qué puede haber?
FÉLIX. Este Conde,
que las dos me dais por dueño
desde que entré en su carroza,
privanza en criado nuevo.
Hasta que llegó a su casa
no cesó sólo un momento
de alabarme tu hermosura
desde la planta al cabello
y decirme que si gasta
su estado y el de sus deudos
has de ser suya.
ANA. ¿Qué dices?
FÉLIX. Que vengo perdiendo el seso.
ANA. Igual puedo yo perderle,
pues que de celos le pierdo
de doña Juana.
FÉLIX. ¿De quién?
ANA. De quien al Conde tu dueño
se pareció en la mudanza,
pues él la olvidó tan presto,
y ella por quererte a ti.
FÉLIX. ¡Con eso estaremos buenos!
ANA. Yo lo que no fueres tú,
por todo extremo aborrezco.

FÉLIX. Y yo lo que tú no fueres.
ANA. Ven al jardín, y hablaremos
mientras mi madre y Lisardo
hacen tan necio concierto.
FÉLIX. Si él sale con lo que intenta,
yo le tendré por discreto.

(Vanse.)

GASTÓN. ¿Cómo estamos ella y yo?
INÉS. ¿Y como le va de juego
a él?
GASTÓN. Jugando a la argolla
dijo que estaba Cisneros
cuando le llamó su amo,
y él respondió: "Yo voy luego,
que poco me falta ya;
va a doce, y dos bocas tengo."
¿Quién duda que los criados
del desposado moderno
tendrán a vuesta merced
llena la testa de viento?
¿Qué paje barbón la mira?
¿En qué lacayo gallego
ha puesto los ojidiablos?
INÉS. Cáigase un cesto de peros,
tengan dinero los sanos,
tengan salud los enfermos,
sepa bien el beber frío,
pasen mis años de ciento
cuando yo no fuere tuya.
GASTÓN. Pues voy contento con eso,
que como nunca decís
verdad en los juramentos,
al revés te vendrá todo.
INÉS. ¡Adiós, Durango!
GASTÓN. ¡Adiós, Duero!
INÉS. Leandro quise decir.
GASTÓN. Yo, Hero; mas ya no acierto,
que como no sé nadar,
siempre a la orilla me quedo.

ACTO SEGUNDO

(Salen el CONDE, LISARDO *y* MARCELO.*)*

CONDE.

Vos haréis como noble caballero
en dejar de casaros con doña Ana.

LISARDO.

Después que vi las sombras que os refiero,
propuse el fin a mi esperanza vana.

CONDE.

Yo la quise, Lisardo, y yo la quiero:
ya sabéis que el poder todo lo allana,
si bien guardando siempre su decoro.

LISARDO.

Ya sé la fuerza del valor del oro.
Es el oro, señor, la quintaesencia
del poder de la tierra; donde él toca,
no queda honor, edad, fuerza y prudencia;
uno vence, otro priva, otro provoca.
Allá tuve también otra advertencia
con que mi voluntad, o mucha o poca,
quedó, si no resuelta, al fin, templada.

CONDE.

¿Pues es más que de mí doña Ana amada?

LISARDO.

De aquel Osorio habréis la historia oído,
que vió caer el hombre cuarto a cuarto;
lo mismo a mi temor le ha sucedido,
con que de amor el pensamiento aparto.
Hase formado un hombre repartido
a mis ojos, de suerte que me parto
para siempre de en casa de doña Ana,
que no será temor ni sombra vana.

CONDE.

¿No me diréis quién hay que más la quiera?

LISARDO.

Satisfacer mis celos sólo puedo;
los vuestros no, pues basta que os refiera
que dividido deste intento quedo.
Querelda, Conde, o quien mi ausencia espera;
que de casarme, sosegado el miedo,
no me importa saber el más dichoso;
que no lo seréis vos, si estáis celoso.

(Vase; salen DON FÉLIX *y* GASTÓN.*)*

FÉLIX.

¿Era Lisardo éste?

CONDE.

El mismo era.

FÉLIX.

Pues ¿Lisardo contigo?

CONDE.

Hele quitado
su gusto de casarse.

FÉLIX.

Aunque él quisiera,
no pienso que quedara efectuado.
A Flora le pedí que deshiciera
lo que entre ellos estaba concertado,
por dar vida a tu amor.

CONDE.

Ya estaba muerto
a manos de ese bárbaro concierto.

FÉLIX.

Esto sé que me debes, y que hago
todo lo que es posible por tu parte,
y que con mil quimeras satisfago
esta objeción de no poder casarte.

CONDE.

Yo sé, don Juan, que con mi amor te pago,
y esperó en obras, que es razón pagarte,
el quitar a doña Ana el pensamiento
deste mal prevenido casamiento.
Y pues has comenzado en mi servicio
con tal felicidad para obligarme,
hoy has de hacer también un nuevo oficio.

FÉLIX.

Ya la dificultad está en mandarme.

CONDE.

Yo amaba a doña Juana.

FÉLIX.

Tuve indicio
bastante de ese amor.

CONDE.

Enamorarme
pudo doña Ana, y olvidarme della.

FÉLIX.

No fué accidente, sino ser más bella.

CONDE.

Para que doña Juana me dejase,
querría que tratases de servilla,
porque ocupada en ti se le olvidase.

FÉLIX.

Pues ¿cómo sabes que podré rendilla?

CONDE.

Si casarse contigo imaginase,
presumo que era fácil reducilla;
por lo menos, oyendo casamiento,
no hay mujer que no aplique el pensamiento.
Si te quieres casar, yo te prometo
dote que te enriquezca; si engañalla,
no siendo de tu gusto, hasta su efeto
podrás de mil promesas sustentalla.
Ya me entiendes, don Juan; tú eres discreto.
Si doña Juana ha dado en visitalla,
por ventura dé celos a doña Ana,
será mi pretensión incierta y vana.
Mas de tu año fingido entretenida,
o que fuese, pues puede, verdadero,
no habrá esperanza que mi gusto impida.

FÉLIX.

Ello no es fácil; mas servirte espero.

CONDE.

Yo sé que en esto me darás la vida.
Marcelo, ver aquella ingrata quiero.

MARCELO.

Ya tienes a la puerta la carroza.

CONDE.

Lo que amor teme, la esperanza goza.

(Vanse el CONDE *y* MARCELO.*)*

FÉLIX.

¿Qué te parece desto?

GASTÓN.

Que es forzoso
dar gusto al Conde.

FÉLIX.

Pues ¿querrá doña Ana,
después de ser tercero cauteloso,
que quiera, aunque lo finja, a doña Juana?

GASTÓN.

No hay discurso, señor, tan amoroso,
tan frágil es la condición humana,
que no importe tal vez darle a cautela

celos, que son de amor famosa espuela.
No siempre se ha de amar como tú quieres.

FÉLIX.

Cuando guardan lealtad, amor lo manda.

GASTÓN.

Yo conozco, señor, a las mujeres;
la que se queda atrás, con celos anda.
Sosiégala diciendo que te mueres;
si nunca amor sin celos se desmanda,
inquiétala, y obliga a mil desvelos,
que amor se hace gigante con los celos.

(Vanse, y salen DOÑA ANA *y* DOÑA JUANA.)

JUANA. Esta ha sido la ocasión,
doña Ana, de visitarte.
ANA. En fin, ya por esa parte
salgo de la obligación.
JUANA. Toda la tiene don Juan,
tu primo, a mi grande amor.
ANA. Pues ¿no es el Conde mejor,
más discreto y más galán?
JUANA. No me lo parece a mí.
ANA. En fin, ¿le obligaste?
JUANA. Ya
tan fuera del alma está
como yo lo estoy de mí.
Hazme tan grande placer,
¿placer dije?, bien dijera
mejor, de hacer que me quiera,
pues tú lo podrás hacer,
que, como tu sangre, en fin,
solicitarás mejor
el principio de mi amor
y de mi esperanza el fin.
ANA. Esta ha venido a matarme.
¡Ay, celos! ¿Qué me queréis?
¿No basta que me los deis,
amor, con desconfiarme,
sino que yo misma sea
quien me mate y solicite
mi muerte?
JUANA. Bien se permite
que en nuestra amistad se vea
esta fineza de amor.
ANA. Digo que yo le hablaré
para que estime tu fe
y conozca tu valor.
JUANA. Conoceré tu amistad.
ANA. Segurísima estar puedes.
JUANA. Harásme dos mil mercedes.
ANA. Y él ¿sabe tu voluntad?
JUANA. Mis ojos, que lenguas son
del alma, dicho le han
muchas veces a don Juan
la fuerza de mi afición.
ANA. Pues ¿va a tu casa?
JUANA. Acompaña
al Conde.
ANA. Será por verte.
¡Declarado se ha mi muerte!
¡Falso amor! ¡Traición extraña!
¡Ah, don Félix! ¡Cuántas veces
esto de tu amor temí!
¿Y él nunca te dijo a ti
lo mucho que tú mereces?
JUANA. Hasta agora me requiebra
con palabras generales.
ANA. Pues ya con principios tales
has cuenta que se celebra
tu dichoso casamiento.
JUANA. Ese es el fin a que aspiro.
Por lo imposible suspiro.
ANA. ¡Llevó mi esperanza el viento!
JUANA. El viene. ¡Ay, Ana, remedia
mi mal!

(Salen DON FÉLIX *y* GASTÓN.)

FÉLIX. Mi prima y señora.
ANA. ¿Qué podré callar agora,
que amor no acabe en tragedia?
Mira, primo, que está aquí
mi señora doña Juana.
FÉLIX. Con los rayos de doña Ana,
que me deslumbran, no os vi.
JUANA. Disculpado estáis, don Juan.
FÉLIX. Prima, aquí tengo que hablaros.
ANA. ¿Qué sirve buscar reparos,
si tantos celos me dan?
FÉLIX. Prima, el Conde mi señor,
que nunca mi señor fuera,
quiere que a su dama quiera,
para proseguir tu amor.
Que dice que doña Juana
no estorbará, entretenida,
su deseo, y que la vida
daré a su esperanza vana.
Paréceme obedecer,
como tú gustes, su gusto,
pues no te dará disgusto
lo que por burla ha de ser;
que pues de mí estás segura
que con el alma te adoro,
y de guardarte el decoro
nuevamente amor te jura,

no importará que la diga
dos fingidos disparates.

ANA. ¡Que desta suerte me trates!

FÉLIX. ¿Qué causa tu enojo obliga?

ANA. Pues tú, don Félix, a mí
¿hacer tercera me quieres
de tu gusto?

FÉLIX. Las mujeres
luego os alteráis así.
Yo sirvo al Conde, aunque soy
quien sabes. Tú lo trazaste,
y aunque en esto me obligaste,
por ti sin descanso estoy.
Ya es fuerza, no hay que enmen-
porque se suele decir [dar,
que cuando servir, servir,
y cuando mandar, mandar.
Esto el Conde me ha mandado.
Si paso porque te quiera,
por conservar la quimera
de la invención que has buscado,
pasa tú porque le diga
dos necedades agora
a esta engañada señora,
y que esta burla prosiga;
que todo ha de resultar
en tenerte más amor.

ANA. Antes será lo mejor,
pues yo te daré lugar,
que muy de veras la quieras,
que aunque dices que te burlas,
tal vez se comienzan burlas
que acaban en muchas veras.
Anda, Félix, vesla allí,
dile amores, haz tu gusto,
que no me dará disgusto
lo que te dé gusto a ti.
¿Para qué es bueno engañarme,
sino tratarme verdad?
Si la tienes voluntad,
¿de qué sirve atormentarme?
¿Hame de faltar a mí
algún gusto despreciado
donde poner el cuidado
que no halla lugar en ti?
¡Gracia tienes! Y ¡qué tal
chillarte, Félix, quisiera,
si esta dama no entendiera
que ya te quiero tan mal!
¿Qué me miras?

FÉLIX. ¡Qué extrañeza,
qué bárbara condición!
¡Con qué extraña imperfección
os hizo naturaleza!
¿No ves tú que es conservar
nuestro amor este cuidado?

ANA. ¡Lindo azúcar has buscado!
Pero no me has de engañar,
que está debajo el veneno.

FÉLIX. El Conde.

ANA. ¡A buena ocasión!

(Sale el CONDE.)

CONDE. ¿Tales mis venturas son,
aunque dellas vine ajeno,
señora?

ANA. Aquí, gran señor,
tenéis vuestra esclava. (Quiero
vengarme.)

FÉLIX. ¡De celos muero,
que son cuartanas de amor!
Que la piedad de los cielos,
viendo que era amor león,
por templar su condición
le dió cuartanas de celos.

CONDE. Deseoso me tenía
vuestra ausencia.

ANA. No se ve,
porque nunca donde hay fe
la presencia se desvía.

FÉLIX. Esta se quiere vengar
y al Conde favorecer.
Pues el reñir suele ser
recibir, doña Ana, y dar.
Demos todos, y el amor
ayude al que más pudiere,
que si yo vencido fuere,
al fin saldré del temor.
¿Qué soledad es aquésta?

JUANA. Faltar vuestra compañía.

FÉLIX. A llegar me detenía
la duda de esa respuesta.

JUANA. Quien puede estar tan seguro
de lo mucho que merece,
¿qué teme?

FÉLIX. Amor me enloquece;
sola mi muerte procuro.

ANA. Advierta vueseñoría
que doña Juana está allí
y murmurará de mí.

CONDE. Ya prevenido tenía
a don Juan que la enamore.

ANA. Con todo, llegalda a hablar.
¡Muérome por estorbar
que hablen.

FÉLIX. Por más que dore

doña Ana el favor que ha hecho
al Conde, no ha de poder
en muchos tiempos volver
como la tuve, a mi pecho.

CONDE. Pues, señora doña Juana,
¿ya tan olvidada?

JUANA. Creo
que os debe mayor deseo
la hermosura de doña Ana.
Con esto, no os espantéis
si me retiro de vos.

CONDE. En este jardín los dos
hablemos, si vos queréis,
porque tengo que contaros
un casamiento.

JUANA. Si fuese
con don Juan, y amor me diese
tanto bien...

CONDE. Quiero obligaros.
Habla entre tanto, don Juan,
con doña Ana en mi favor.

FÉLIX. Ya voy a hablarla, señor,
pues tanta ocasión me dan.

(Vanse el CONDE *y* DOÑA JUANA.*)*

ANA. Pensarás que estoy ya muerta
porque hablaste a doña Juana.

FÉLIX. Y tú, porque hablaste al Conde,
que debo de estar sin alma.

ANA. Si le hablé, señal sería
que tengo lengua.

FÉLIX. No habla
quien no la tiene, y a mí
no pienso yo que me falta.

ANA. ¡Qué le dirías de amores,
que de engañosas palabras,
qué de mentiras de hombres!

FÉLIX. La mentira, cosa es clara,
que nombre de mujer tiene.

ANA. La verdad es cosa llana,
que también tiene ese mismo.

FÉLIX. ¿Estás contenta?

ANA. Y pagada.

FÉLIX. En fin, gustas de perderme,
pero tú dirás qué ganas.

ANA. ¿Qué pierdo, si te he perdido?

FÉLIX. Tienes razón; poco o nada.

ANA. ¿Cómo sufres que al jardín
lleve un galán a tu dama?

FÉLIX. Como es tan grande mi amor,
no he sentido que se vaya.
Pero tú, ¿cómo le dejas,
si, como pienso, le amas,
que al jardín vaya con ella?
¿No ves que amor quiere guardas
y que de las ocasiones
resultan cosas extrañas?

ANA. Como es tan grande mi amor,
no he sentido que se vaya.

(Sale FLORA *quedo.)*

FÉLIX. ¡Qué mal término tuviste!

ANA. Pues ¿tú en mi término hablas?
¡Villano vil!

FLORA. ¿Qué es aquesto?

FÉLIX. ¡Tu madre, voyme!

(Vase.)

FLORA. ¿En qué andas?
¿Piensas que ya no lo entiendo?

ANA. Ven a matarme.

FLORA. ¿Tú tratas
de villano a don Juan?

ANA. Sí.

FLORA. ¿Sí dices?

ANA. ¿De qué te espantas?

FLORA. ¿No me he de espantar de ver
que le quieras bien, ingrata,
a Lisardo, al Conde, a todos
cuantos te quieren?

ANA. Acaba,
que todo es quimera tuya.

FLORA. ¿Quimera al querer le llamas?
En tanto pesar me huelgo,
que has descubierto la hilaza.

ANA. ¡Hilárasme tú mejor!

FLORA. ¡Basta, necia; necia, basta!

ANA. ¿Tan mal te parece a ti
que yo estuviera casada
con mi primo? ¿No es mi primo
don Juan hijo de tu hermana?
¿Pierde por su padre acaso?
¿No es Velarde? ¿No es Sarabia?
¿No le dieron, como a ti,
su principio las montañas
y de la dispensación,
si ese disparate entablas,
dos mil ducados, es barro?

FLORA. ¡Plega a Dios!...

ANA. ¡Tente, no hagas
disparates!

FLORA. Morderé.

ANA. No muerdas, puesto que rabias,
que porque salgas de pena,

si estas cosas te la causan,
yo quiero querer.

FLORA. ¿A quién?

ANA. A mi primo.

FLORA. ¡Oh fiera, oh falsa!

ANA. A Lisardo decir quise,
mas vase tal vez el alma
tras la lengua, porque amor
en cualquier cosa resbala.

FLORA. ¿Que tú a Lisardo querrás?

ANA. Señora, a Lisardo llama,
que hoy me casaré con él.

FLORA. ¿Cumplirás esa palabra?

ANA. Tú lo verás.

FLORA. Y tú en mí
tanto amor y afición tanta,
que hoy, hoy quiero que a la Puerta
de Guadalajara vayas
y saques por cuenta mía
dos joyas y cuatro galas.

ANA. Ya he sacado yo una joya.

FLORA. ¿Qué joya?

ANA. Cierta venganza.

(Vanse, y salen el CONDE *y* DOÑA JUANA.*)*

JUANA. Eso me parece bien.

CONDE. Cuando un hombre se declara
adonde debe respeto
por obligaciones tantas,
grande amor o gran flaqueza.

JUANA. Pues, Conde, ya que a la cara
de la verdad el rebozo
le quita tu amor, descansa
de mi temor y respeto.
Sirve y pretende a doña Ana,
que yo también quiero bien.

CONDE. Ahora sí que me tratas
como amigo; ahora sí
que la verdad se levanta
de la opresión en que estuvo;
Pero ¿sabré yo a quién amas?

JUANA. A quien para casamiento
me propones.

CONDE. ¡Cosa extraña!
¿A don Juan?

JUANA. A don Juan quiero,
que a un mismo tiempo tu alma
y la mía concertó
un amor y una mudanza,
porque yo quise a don Juan
y tú quisiste a doña Ana.

CONDE. ¡Gran bien me has hecho! En al-
te mando una joya rara [bricias
que de Italia me trajeron,
donde verás las tres Parcas
por cien diamantes más duras
que por las vidas que acaban.

JUANA. Ya sabe don Juan mi amor,
y yo le he dado esperanza.

CONDE. ¿Luego bien podré valerme
de ti para con doña Ana?

JUANA. Tú verás, si con don Juan
me ayudas para que salga
mi casamiento a luz presto,
lo que mi cuidado alcanza.

CONDE. ¿Puédome ya prometer
algún bien?

JUANA. Sirve y aguarda,
que hay ocasiones de amor
[en] que es buena la confianza.

(Vanse, y salen LISARDO, FLORA, DOÑA ANA *y* INÉS.*)*

FLORA.

Mucho, Lisardo, estimo tu venida.

LISARDO.

Agradeces mi amor injustamente.
Una gran voluntad, aunque ofendida,
vuelve con poca fuerza fácilmente.

FLORA.

Siempre fué la hermosura perseguida.
La justicia es mi hija, claramente
quiérenla todos, si igualmente pasa,
y ninguno la quiere por su casa.
El Conde nos promete mil quimeras,
y da como esperanza de casarse,
y esperanza, aun entera, y mil enteras,
pocas veces se ven ejecutarse.
Otros así; mas tú lo consideras,
y ella, pues es razón, debe excusarse.
Si nació para ti, ¿qué nos cansamos
cuando en un parecer los tres estamos?

LISARDO.

El Conde me llamó, díjome el Conde
mil invenciones y temores vanos.

FLORA.

¡Qué mal a su nobleza corresponde!
Mas tiene amor sin ojos y aun sin manos.

LISARDO.

Sin ojos, Flora, ceguedad responde;
así le pintan griegos y romanos;

pero sin manos no, que han de ser largas
para que pueda darle el oro a cargas.

FLORA.

Ahora vamos a hacer las escrituras,
y ruin sea esta vez por quien quedare.

LISARDO.

Vamos, que desta vez serán seguras,
como en el juramento se repare.

(Vanse los dos, y sale DON FÉLIX *y* GASTÓN.)

ANA.

¿Qué fin han de tener mis desventuras?
¿Pero qué desventura habrá que pare
si no es en mí?

FÉLIX.

¿Qué es esto, Inés?

INÉS.

¿Qué quieres?
El tiempo, el son, mudanzas, las mujeres.

FÉLIX.

¿Lisardo aquí otra vez?

INÉS.

¿Pues no lo miras?

GASTÓN.

Háblala, por tu vida, cuerdamente.

ANA.

¿Eres don Félix tú? ¿De qué te admiras,
pues ocasión me has dado suficiente?
¿Si tú a casarte en otra parte aspiras,
es milagro que yo lo mismo intente?
¿No sabes que no hay gustos ni placeres
que olviden la venganza en las mujeres?

FÉLIX. Prima, pero ya no prima,
y si prima, falsa, y tal,
que en mis bienes suena mal,
pues a dejarme se anima,
¿qué pecho habrá que reprima
la fuerza de tu mudanza,
que al honor y al alma alcanza?
¡Ah, cómo se echa de ver
que pasas, como mujer,
del amor a la venganza!
Si te dije que quería
de burlas a doña Juana,
porque eras mi luz, doña Ana,
como lo es el sol al día,
¿qué ofensa hacerte quería,
pues antes era defensa
del Conde, cuyo amor piensa
tu ingrato pecho pagar?
Pero quien quiere olvidar,
bien sabe fingir la ofensa.
¡Qué buena paga de amor!
¡Tarde y mal! Mas nunca el mal
llegó tarde. ¡Qué mortal
veneno! ¡Qué vil temor!
¿Yo ser a tu fe traidor?
¿Yo mudarme? Mas, ¿qué digo,
si tu esposo y mi enemigo
me han de vengar hoy aquí,
pues yo quedo muerto en ti
y él queda vivo contigo?

ANA. Poco a poco, que es locura
pensar que nadie ha de ser
tan suyo, que pueda hacer
desprecios a la ventura.
La voluntad más segura,
si es discreta y fué dichosa,
ha de estar más sospechosa,
que quien ama, no ha de amar
de burlas para matar
un alma, siempre celosa.
¿Qué querías que yo hiciera?
Si dices que has de querer,
¿puédote yo el alma ver?
¿Es tu pecho vidriera?
No hay burla más verdadera
que llegarse amor burlando;
que el amor lisonjeando
entra mejor sin recelo,
porque el trato es como anzuelo
que pesca el alma callando.
¿Había yo de aguardar
a lo que pudiera ser,
y que hablando de querer
te supieras tú guardar?
La ocasión ha hecho errar
muchos, que no lo creyeron,
que más santos que tú fueron;
luego, Félix, no presumas,
que te servirán las plumas
donde los otros cayeron.

FÉLIX. ¿Disculpas tu liviandad
con lo que está por venir?

ANA. Nunca ha sido el prevenir
a lo menos necedad.

FÉLIX. El mudar tu voluntad
bien se ve que no es honor.

ANA. El casarme, ¿qué mayor?
FÉLIX. ¿Tal dices? ¡Plega a los cielos
que nunca te falten celos
y siempre te sobre amor!
¿Hay tan grande libertad?
¿Esto se sufre a mis ojos?
ANA. Félix, con menos enojos,
que es ésa mucha amistad.
FÉLIX. ¿Fíaste de mi lealtad?
ANA. Ni aun de mí pienso fiarme.
FÉLIX. No has acertado en dejarme;
que en llegando a no querer,
¿qué piensas que puedo hacer
sino vengarme o matarme?
GASTÓN. Señor, ten, por Dios, cordura.
INÉS. Señora, ten más acuerdo.
ANA. ¡Déjame, necia!
GASTÓN. Señor,
advierte...
FÉLIX. ¡Déjame, necio!

(Sale FLORA.*)*

FLORA. ¿Qué es esto? ¿Otra vez pendencia?
FÉLIX. Hago al cielo juramento,
y a cuantas luces sagradas
son guarnición de sus velos,
a la patria en que nací,
a mis padres y a mis deudos,
a mis amigos...
FLORA. ¡Detente!
FÉLIX. ¡No me detengas!
FLORA. ¡Sí quiero!
ANA. ¿De qué historia de Zamora,
señor primo, sacó el reto?
FÉLIX. No importan burlas, doña Ana,
en verdaderos sucesos.
Lo que juro cumpliré,
si el mar, la tierra y el fuego,
y todos los vientos juntos
se me pusiesen en medio.
ANA. ¿Todos los vientos?
FÉLIX. Y todo
cuanto es poder y no es cielo,
de no verte eternamente
mientras en tu casa...
FLORA. Pienso,
don Juan, que te has vuelto loco.
FÉLIX. Pon, Gastón, mi ropa presto,
esos papeles recoge,
saca esas maletas luego.
Hoy me parto a la Montaña.
Déme el valle de Carriedo
en su suelo (1) sepultura,
lloren mis padres...
FLORA. ¿Qué es esto?
¿Adónde vas de ese modo?
¿Es justo que su remedio
quieras quitar a tu prima?
FÉLIX. Tía, ya no más, ya es hecho,
yo he llegado a declararme;
no te espantes, que estoy muerto;
cúlpate a ti, que formaste
la ingrata por quien me pierdo.
¿Para esto vine a la corte
y a tu casa, para esto?
¿Para esto me diste en ella
con tanto amor aposento?
¿Doña Ana se ha de casar?
Otra vez le ruego al cielo
que si volviese a tu casa
me pase...
GASTÓN. ¡Calla!
FÉLIX. ¡No quiero!
GASTÓN. ¿Voy a poner las maletas?
FÉLIX. Pues ¿eso dudas?

(Vase.)

GASTÓN. Harélo
con lágrimas de mis ojos.
ANA. El se fué.
FLORA. ¿Qué es esto?
GASTÓN. Celos.
Dame tus pies, y perdona
los pesares que te he hecho.
FLORA. Yo te perdono, Gastón.
GASTÓN. ¿Sábeslos todos?
FLORA. Sospecho
que no serán de importancia.
GASTÓN. Como me voy, me confieso.
Primeramente, una noche,
de tu despensa, ¡ya tiemblo!,
descolgué cuatro chorizos
y una pierna de carnero;
las tres azumbres de vino,
porque azotaron al negro,
yo me las bebí también.
FLORA. Camina, déjate deso.
GASTÓN. Echame tu bendición,
que espero, Flora, en el cielo
que has de obispar algún día.
FLORA. ¿Qué dices?
GASTÓN. Que siempre es bueno

(1) En el original dice, por errata, "sus seles". Hartzenbusch enmendó "sus simas". El valle de Carriedo no tiene simas.

recibir la bendición
de los que lo son por cierto,
aunque no sean obispos,
porque después pueden serlo.
A mi señora doña Ana
no hablo, porque la veo
con las manos en los ojos.
Tú, Inés, pues bien los merezco,
dame tus abiertos brazos.

INÉS. En fin, ¿te vas?

GASTÓN. ¿Cómo puedo
no irme?

INÉS. Dios te encamine.

GASTÓN. Y a ti te libre de perros.

FLORA. Alza los ojos, doña Ana;
alza los ojos del suelo.
¿Lágrimas tú?

ANA. Pues ¿qué quieres,
pues ya se va cuanto quiero?
Y cuando no fuera así,
¿a ser su sangre no debo
estas lágrimas?

FLORA. Yo digo
que no llores, que aún yo tengo
como cera el corazón;
pero que tengas consuelo,
que en haciéndose la boda
con la bendición del cielo,
querrás bien a tu marido,
como otras muchas lo han hecho.

ANA. Desconfío, madre mía.

FLORA. La cosa de más contento
en la mujer son las galas;
déstas dos mil te prometo.

ANA. Madre, las galas y joyas
no bastan, porque es lo menos
para pasar tanta vida
al lado de un hombre necio.

(Vanse, y salen el CONDE *y* MARCELO.*)*

CONDE. Dos cosas son bien notables.

MARCELO. La boda se vuelve a hacer,
y se va don Juan.

CONDE. No hables
jamás en loor de mujer,
porque todas son mudables.

MARCELO. Todas no, que hablas con ira;
que es lo más que dicen dellas
engaño, burla y mentira.

CONDE. Quien pone esperanza en ellas,
¿qué piensa, de qué se admira?
¡Qué bien dijo Sanazaro
que sembraba en el arena
y que araba el viento claro!

MARCELO. Más vale sola una buena
que el mundo.

CONDE. Es ejemplo raro.

MARCELO. Raro sin comparación.
Mas las que son, buenas son.

CONDE. Créolo. Estoy enojado.
Terrible ocasión me han dado,
y me hace hablar la ocasión.
Bien sé yo que una mujer
virtuosa puede ser
coro de una ciudad.
En muchas hay variedad.

MARCELO. Es que les falta el poder;
mas que vario un hombre sea,
¿no es fealdad?

(Sale DON FÉLIX, *de camino, y* GASTÓN.*)*

FÉLIX. Vueseñoría
me dé los pies, porque vea
que viene el mal en un día,
y que el bien siempre rodea.
Señor, mi padre me escribe
que queda para morir.

CONDE. Sola esa carta prohibe
el detenerse y sufrir
el alma el mal que recibe.

FÉLIX. Yo lo quisiera excusar;
pero mi pobre hacendilla
mal se podrá gobernar,
que costó mucho adquirilla,
y es un honrado solar.

CONDE. Haz que le den mil ducados.
Vente conmigo, don Juan.

(Vanse el CONDE *y* MARCELO.*)*

FÉLIX. Vivas los años doblados
de Néstor.

GASTÓN. ¡Por Dios, que van
los duelos con pan dorados!

FÉLIX. No hay, Gastón, sino partir.

GASTÓN. ¿No te alegra este dinero?

FÉLIX. Ya no estoy para sentir,
porque gozarlos no espero,
como el que quiere morir.

GASTÓN. ¡Mil ducados! ¿No estás loco?
¡Pese al alma de un judío!

FÉLIX. Ya todo lo estimo en poco;
pero partamos con brío.
¡Celos, yo mismo os provoco!

Que todo aqueste accidente
es hasta pasar la puente.

GASTÓN. La puente de amor son celos,
paga el portazgo en consuelos
y pasarás fácilmente.

FÉLIX. ¿Cómo tengo de poder
olvidar hoy, si amé ayer?

GASTÓN. ¡Tuviera yo mil ducados,
y una higa a los cuidados
de la más linda mujer!

(Vanse, y salen DOÑA ANA *y* LISARDO.)

ANA.

No tienes que cansarme,
que estoy ya con intento diferente.
Ya no quiero casarme.

LISARDO.

Ni yo estoy con paciencia suficiente
para tanta locura,
ni hay palabra en mujer ni fe segura.

ANA.

¿Quién dice que la tengas?
Vete, con Dios, Lisardo; vete luego,
y eternamente vengas
a esta casa.

LISARDO.

¿Qué honor, qué amor o fuego
en quien pone esperanza
en la esfera mayor de la mudanza?
¿Para qué me llamabas?
¿Yo no estaba de ti tan descuidado
como de mí lo estabas?
¿Para tanta deshonra me has llamado?
¿De qué estás ofendida?
Mas débeslo de estar de ser querida.
Basta que soy el coco
a cualquiera desdén de tus amantes.
Teniéndome en tan poco,
como se ve por burlas semejantes,
venga Lisardo, ¡ah, cielos!,
y a todos cause con casarse celos.
Concertemos, doña Ana,
que esto pase por burla y no de veras,
que yo vendré mañana
y otras mil veces que casarte quieras
a hacer el fingimiento
de aqueste mal logrado casamiento.

ANA.

Déjame, que estoy loca.

LISARDO.

¿De qué lo estás? Consuélate conmigo.

ANA.

Con el agua a la boca
me pides que hable.

LISARDO.

Que te dejo digo
por loca y por ingrata.
¡Mal haya, amor, quien con verdad te trata!

(Vase, y sale FLORA.)

FLORA.

¿Qué voces son aquéstas?

ANA.

Que he despedido, madre, el desposado
en medio de las fiestas,
y que se va de aquí desesperado.

FLORA.

¿Por qué?

ANA.

Porque no veo
el bien que adoro, el dueño que deseo.
¡Ay, madre, ay madre mía!
¿Cuánto estará de aquí? ¡Quién fuera un ave!
¿Qué leguas en un día
anda una posta? Pero ¡bien lo sabe
mi loco pensamiento,
que va tras él acompañando el viento!
¿Habrá mi bien parado?
¿En qué venta estará? ¿Si corre agora?

FLORA.

¿Que con vida he quedado
viéndote loca ya?

ANA.

Mire, señora,
don Juan es su sobrino,
¿qué culpa tuve yo, si a verla vino?

FLORA.

Acabóse. Esto es hecho.
Vente a acostar, muchacha, que estás loca.

ANA.

Lleno de fuego el pecho,
ya ni dormir ni descansar me toca.

FLORA.

Perdiendo estoy el seso.
¿Hay desdicha tan brava? ¿Hay tal suceso?

(Sale INÉS.)

INÉS. Apenas puedo, de risa,
darte un recado, señora.
FLORA. ¿Viene el Conde por ventura?
Buscaré donde me esconda.
INÉS. Que no es el Conde.
FLORA. Pues ¿quién?
INÉS. Dos hidalgos en dos postas.
FLORA. ¿Quién?
INÉS. Don Juan y su criado.
ANA. Toda el alma me alborotas.
FLORA. ¡Por el siglo de mi padre
que nos han de volver locas!
ANA. ¿Búrlaste, Inés?
INÉS. ¿Qué es burlarme?
Ya entran.

(Salen DON FÉLIX *y* GASTÓN, *en cuerpo.)*

GASTÓN. ¿De qué te enojas?
FÉLIX. ¡Jesús, Jesús! ¡Qué descuido!
¡Los papeles que me importan
honra y vida! Y, por lo menos,
¿dónde está mi ejecutoria?
FLORA. ¿Qué es esto, señor sobrino?
FÉLIX. Este demonio, que acorta
mi vida con sus descuidos.
ANA. Temblando me tiene toda.
FÉLIX. La ejecutoria olvidada,
que es todo mi amparo y honra,
me deja en el aposento.
¡Vive Dios!
GASTÓN. Tenle, señora.
FÉLIX. Estaba en Villacastín,
y con la ocasión forzosa
de ser el lugar behetría,
que noble o no tanto monta,
de mi ejecutoria trato
con tres o cuatro personas
que estaban en la posada,
y dice con linda sorna
el pícaro, el ganapán,
que se le olvidó.
GASTÓN. Reporta
la cólera.
FÉLIX. Pues ¡picaño!,
no se os olvida la bota
ni, para vuestros regalos
la bien prevenida alforja,
y mi ejecutoria sí.
FLORA. Ten la espada rigurosa.
GASTON. Llega tú, pues eres ángel,
si te acuerdas de la historia
del sacrificio.
ANA. No sé
si me conoce.
GASTÓN. Y te adora.
ANA. Viniendo de tanta ausencia
puede ser que no conozca
los que le habemos servido.
GASTÓN. ¿Ausencia llamas seis horas?
FLORA. Repórtate ya, sobrino,
que es ya tarde, y si alguien ronda,
pensará lo que él quisiere,
y es la vecindad de forma
que daremos que decir.
En fin, ¿tú vienes a posta,
digo, por la posta, en busca
de tu carta ejecutoria?
¡Ay, sobrino, cómo entiendo
que la causa desto es otra!
Pero, sea la que fuere,
achaque quieren las cosas.
FÉLIX. ¿Yo? ¡Plega a Dios!
FLORA. No lo jures.
FÉLIX. Tú verás si un ave torna
con más presteza que yo,
por más que los aires rompa,
si la ejecutoria veo.
FLORA. En noche escura y lluviosa,
no corras postas, sobrino;
sobrino, duerme y no corras.
Vente a descansar, que, en fin,
achaque quieren las cosas.

(Vase.)

FÉLIX. ¿No me hablas?
ANA. ¿Qué he de hablar?
¿Soy tu ejecutoria agora?
FÉLIX. Eres alma por quien vivo,
eres mi bien y mi gloria.
¿Casástete ya?
ANA. No sé.
FÉLIX. Si te llamabas mi esposa,
¿cómo te has casado? ¡Ay, cielo!
Venga el dichoso que goza
tus manos, deme la muerte,
si bien el gozarte sobra.
ANA. Y todo aqueso que dice,
¿lo dice la ejecutoria?

FÉLIX. Sí, mi bien.
ANA. ¡Válgame Dios,
qué hidalguía tan famosa!
Entra, Gastón, por la carta.
FÉLIX. ¿Qué carta?
ANA. De la memoria
se te olvida a lo que vienes;
achaque quieren las cosas.

(Vase.)

GASTÓN. ¡Brava vaya nos van dando!
FÉLIX. Voy a ver si la apasionan
unos deseos rendidos
por unos ojos que lloran.

(Vase.)

INÉS. ¿Y a él qué se le ha olvidado?
¿El escarpín?
GASTÓN. Una moza
que estaba en aquesta casa
a manera de pelota.
INÉS. ¿No es él hidalgo también?
¿No viene a buscar la joya
de su ejecutoria?
GASTÓN. Sí;
pero eres tú, y está rota.
Hagamos las amistades,
así en estrado y alfombra
te sientes, y a la ventana
tengas papagayo y mona.
INÉS. Digo que yo te perdono.
GASTÓN. Dame aquesa mano.
INÉS. Toca;
que cuando hay vergüenza en ellas,
achaque quieren las cosas.

ACTO TERCERO

(Salen LISARDO *y* DOÑA JUANA.*)*

JUANA. En fin, ¿que se fué don Juan?
LISARDO. Celos de mi casamiento,
aunque todo ha sido viento,
notable pena le dan.
JUANA. ¿Y que era primo y galán
de doña Ana?
LISARDO. Desta suerte,
don Juan al Conde divierte,
que cuanto trató contigo
fué engaño de falso amigo:
áspid, arsénico y muerte.
El áspid entre las flores
mata al villano inocente,
como en cristal el ardiente
arsénico a los señores;
la muerte, con sus rigores,
asalta con pies de lana
nuestra flaca vida humana:
tal vino a quitar la vida,
en tu hermosura escondida,
la variedad de doña Ana.
Yo, señora, arrepentido
de mi amor y su rigor,
quise conducir mi amor
a las aguas del olvido;
del tiempo que la he querido
pido a tu gracia perdón,
dando por satisfación
sus engaños tan mal hechos,
que todos los nobles pechos
de engañar fáciles son.
JUANA. Antes te quiero creer
que quererte.
LISARDO. La venganza
en amor todo lo alcanza.
JUANA. Venganza debe de ser.
LISARDO. Quise esta ingrata mujer,
que a don Juan tanto ha querido;
pero, el engaño entendido,
pago, señora, tu amor;
que la venganza mayor
es pasar de amor a olvido.
Yo la amaba con lealtad,
en tanto que me engañaba;
que, como verdad trataba,
juzgué su amor por verdad;
mas, viendo su falsedad
y de los dos el concierto,
quedó todo descubierto
y como loco mi amor;
que los celos son dolor
que hará dar voces a un muerto.
JUANA. Con celos nunca se olvida:
no es posible que lo estés.
LISARDO. Si es agravio, ¿tú no ves
que no hay cosa que más pida
venganza tan merecida?
JUANA. Si no van tus pensamientos
más que a la venganza atentos,
ni cases ni hagas mudanza;
que nunca por la venganza
son buenos los casamientos.

LISARDO. No tienes ya qué temer,
que son comenzar a amar,
señora, en otro lugar,
principios de aborrecer;
y en siendo tú mi mujer,
¿por qué ha de faltarme el trato
que a nadie ha salido ingrato?

JUANA. Porque aunque en mis brazos sea,
quien los que amaba desea
tendrá en el alma el retrato.
Tras esto, palabra di
de casarme con don Juan
al Conde.

LISARDO. Las que se dan,
bella doña Juana, así,
muy pocas veces las vi
llegar hasta el cumplimiento;
que basta ser casamiento
para empezar a mentir;
pues el eco ha de decir,
tras el casamiento, "miento". [me

JUANA. Ahora bien: yo he de informar-
desta ausencia y deste enredo,
donde verás lo que puedo,
en pudiendo asegurarme.

LISARDO. Mucho quisiera emplearme
en quien vengarme pudiera.

JUANA. En casa de Flora espera.

LISARDO. Celos: a muchos casáis;
pero no me arrepintáis,
pues es menos mal que muera.

(Vanse, y salen DON FÉLIX, DOÑA ANA, GASTÓN *y* INÉS.)

FÉLIX. No es de noble el castigar,
ni la venganza hidalguía.

ANA. Es mucha la ofensa mía.

FÉLIX. Quien no sabe perdonar,
no diga que es bien nacido.
Y yo ¿cuándo te agravié?

ANA. Cuando se atrevió tu fe
a solicitar mi olvido.

FÉLIX. Celos en gente discreta
siempre fueron disculpados.

ANA. Cuando son celos honrados,
¿de qué el alma se inquieta?

FÉLIX. ¿Hay celos sin honra?

ANA. Sí.

FÉLIX. ¿Cuáles?

ANA. Los que piensan mal
de una persona leal.

FÉLIX. Engáñaste.

ANA. ¿Cómo así?

FÉLIX. Porque no puede haber celos
que piensen bien, porque son
temor.

ANA. La satisfación
ha de quitar los recelos.
Y los celos han de ser
tales, que callarlos pueda
el que los tiene, y no exceda
del crédito que ha de haber
de las prendas del honor.

FÉLIX. Como no los has tenido,
culpas mi error.

ANA. Nunca ha sido
grande, sin celos, amor.

FÉLIX. Pequeño el tuyo sería,
por esa misma razón.

ANA. Celos tuve, pero son
como en causa tuya y mía.
Y bien te acuerdas que fueron
principio de nuestro daño.

FÉLIX. Ya, mi bien, el desengaño
de mis verdades te dieron.
¿A qué puede tu belleza
ni mi grande amor llegar,
que a obligarme a confesar
que tuve en volver flaqueza?
Al puerto, mi bien, llegué;
pero no pasé del puerto,
porque de tu olvido cierto,
en su nieve me abrasé.
Apenas a Guadarrama
vi la cumbre, cuando vi
mi cierta muerte, si allí
no hallaba paso mi llama.
Busqué el achaque que ves,
y el rostro vuelto a la torre,
dije a Gastón: "Pica, corre,
hasta que en Madrid estés;
que me dejo el alma allá",
ejecutoria del cielo,
y aun olvidada recelo,
pues en tu pecho lo está.
Ya vine, ya he confesado
que no he de vivir sin ti.
Gastón, ¿no es aquesto así?

ANA. ¡Qué buen testigo!

INÉS. Abonado.

GASTÓN. ¿Hay tachas qué me poner?

ANA. Más que cabellos.

GASTÓN. Señora,
cuanto don Félix te adora
ha confirmado el volver.
Desenójate, por Dios,

que ya bastan cuatro días
de vuestras melancolías;
¡ea!, ¿qué os miráis los dos,
si os morís por abrazaros?
Acerca a doña Ana, Inés,
y tú mueve ya los pies.

INÉS. Acabad de concertaros;
que don Félix dirá al Conde
que se volvió del camino
porque un hombre propio vino
en que su madre responde
que ya está su padre bueno.

ANA. ¡Pobre de cualquier mujer,
que siempre habemos de ser
vasos de vuestro veneno,
blanco de vuestros enojos
y centro de vuestros celos!

FÉLIX. Por eso os dieron los cielos
posesión de nuestros ojos,
llave de nuestros sentidos,
imperio de nuestros pechos,
dudosos o satisfechos,
amados o aborrecidos.

ANA. Yo te abrazo, y lo deseo.

FÉLIX. A no ser tan pertinaz...

GASTÓN. ¡Oh, gracias a Dios, que en paz
como gente honrada os veo!
Deme su merced a mí
los brazos.

INÉS. También le abrazo.

(Sale DOÑA JUANA.*)*

JUANA. ¡No me desagrada el lazo!

ANA. ¿Es la tal?

FÉLIX. Pienso que sí.

JUANA. Dícenme que estás ausente,
y ya tan presente estás,
que nunca te ausentarás
del bien que tienes presente.

FÉLIX. Dijéronte la verdad;
yo llego agora a Madrid.

ANA. Si os estorbo me advertid;
mas quiéroos dejar: hablad.

JUANA. Antes yo debo de ser
la que estorbo.

ANA. No lo creas.

(Vase.)

JUANA. Don Juan, bien venido seas.

GASTÓN. Esta nos echa a perder.

FÉLIX. No sé si soy bien venido.
Ya me quisiera tornar.

JUANA. ¿Cómo lo puede dudar
quien es tan bien recebido?

FÉLIX. ¿Es malicia?

JUANA. No lo sé
si pueden mentir los ojos.

FÉLIX. No es bien, señora, que enojos
aquel abrazo te dé.
¿Porque cuál recién venido
no lo merece?

JUANA. Es así,
pero al partirte de aquí
ni al venir le he merecido.
Al partir, por no saber
que de Madrid te partías,
y al volver, porque tenías
los brazos que vengo a ver.
De suerte que ni venido
ni partido te he gozado,
que a pecho tan apartado
nunca le hicieron partido.

FÉLIX. Yo soy lo que prometí,
y tú sin causa celosa.
Mi prima es deuda forzosa,
y cuando yo me partí
no me daban más lugar
ni me pude detener.

JUANA. Disculpas de aborrecer
nunca las admite amar.
Mas ya, don Juan, que has venido,
asegura mis temores,
pues las obras son amores
y la palabra te pido.

FÉLIX. En hablando al Conde haré,
con su licencia, que es justo,
señora mía, tu gusto,
porque su gusto no sé.
Que no querría que hubiese
reliquias de aquel amor
que te tuvo.

JUANA. ¡Qué temor
tan sin propósito es ése!
Adora el Conde en doña Ana;
casarse quiere con ella.

FÉLIX. ¿Qué dices?

JUANA. Que ya atropella
aquella arrogancia vana
con que fué Luzbel de sí,
y de sí mismo cayó.

FÉLIX. ¿Casarse el Conde?

JUANA. ¿Pues no?

FÉLIX. ¿Sábeslo?

JUANA. Digo que sí.

FÉLIX. Gastón.
GASTÓN. Señor.
FÉLIX. ¿Cómo había
doña Ana de recibirme?
¡Oh, qué mal hice en venirme!
¡No en balde se resistía!
Con el Conde está casada.
GASTÓN. El que quiere y se resiste
en otro gusto consiste.
FÉLIX. Que hallara, Gastón, mudada
una mujer en ausencia
de un año, y aun de un mes, vaya;
mas que mudado se haya
en seis horas, ¡no hay paciencia!
GASTÓN. ¿Seis dices? ¿De eso te espan-
Pues ¿tu ingenio no advina [tas?
que son casas de la China,
compuesta de piezas tantas
que en un hora un caballero
muda a otro barrio su casa?
Pues así esta gente pasa
su casa al barrio primero.
Preguntaron a un letrado
cómo firmeza tendría
una mujer, y aquel día,
después de haberlo estudiado,
dijo, mil libros leídos,
y advirtiendo en sus antojos:
"Como naciera sin ojos
y tapados los oídos".
FÉLIX. Ahora bien: hasta saber
si esto es así o no es así,
disimulemos aquí.
GASTÓN. Y aun mulos podemos ser.
FÉLIX. Doña Juana, si casada
doña Ana está con el Conde,
la misma razón responde
que está muy bien empleada.
Ello ha sido su ventura;
la mía contigo sea,
que es lo que el alma desea
y lo que mi honor procura.
JUANA. Agora sí que procedes
como hidalgo montañés,
y así, quiero que me des
los brazos que me concedes.
Ya por ser recién venido,
ya porque mi dueño eres.
FÉLIX. Por todo, pues tú los quieres.

(Abrácela, y sale DOÑA ANA.*)*

ANA. ¡Bien a fe!
FÉLIX. ¡Yo soy perdido!
ANA. Muchos años os gocéis.
JUANA. Para servirte serán,
que ya es mi dueño don Juan.
Y pues que ya lo sabéis,
voy a visitar a Flora.

(Vase.)

ANA. ¿Tienes vergüenza en la cara?
GASTÓN. Que viene el Conde repara.
ANA. ¡Esto me faltaba agora!

(Salen el CONDE *y* MARCELO.*)*

CONDE. ¿Tan presto vino don Juan?
FÉLIX. Para serviros, señor.
CONDE. ¡Oh, amigo! Todo es amor.
MARCELO. Y más que juntos están.
CONDE. ¿Si estarán...?
MARCELO. Disimulando
harás aquesto mejor.
CONDE. ¿Cómo te has vuelto?
FÉLIX. Señor...
MARCELO. ¿No ves que se está turbando?
FÉLIX. Una carta recibí
con un propio, en que ya estaba
mi padre bueno.
CONDE. Pensaba
no verte tan presto aquí.
FÉLIX. Los deseos de servirte
me han vuelto.
CONDE. Bien se parece.
MARCELO. Que lo agradezcas merece.
CONDE. Tengo, don Juan, que decirte
una grande novedad:
que me caso con doña Ana.
MARCELO. ¡Bien dicho!
FÉLIX. ¡Esperanza vana!,
¿qué aguardáis? Desesperad.
Huélgome yo de tener
tal señora.
CONDE. Yo pudiera
buscar mi igual; mas no hubiera
en todo el mundo mujer
de su virtud y valor.
Por señora la tened.
ANA. Por tal favor y merced,
beso vuestros pies, señor.
FÉLIX. Dadme, señora, las manos.
ANA. Alzaos, don Juan.
GASTÓN. ¿Qué es aquesto?
FÉLIX. ¡Ah, cielos!

ANA. ¡Venguéme presto!
FÉLIX. No eran mis recelos vanos.
CONDE. Vamos un poco al jardín.
ANA. Aquesta mano os aguarda.

(Déle la mano, y váyanse.)

FÉLIX. ¿Qué respeto me acobarda
de no procurar mi fin?
¿Cómo no digo, Gastón,
mis desventuras a voces?
GASTÓN. Ya lo que es poder conoces
y juntamente qué son
las mujeres. Si hay revuelta
de celos de su galán,
baile de a cuatro, que están
con otro hombre a cada vuelta.
FÉLIX. ¡Que no me digas consuelos,
que nunca los hombres sabios
los dan para los agravios,
que en los agravios no hay celos!
Daré voces.
GASTÓN. Oye un poco.
FÉLIX. Detenerme es desvarío.

(Sale FLORA.*)*

FLORA. ¿Qué es esto, sobrino mío?
FÉLIX. ¿Ya no lo ves? Estoy loco.
FLORA. Loco, sobrino, ¿de qué?
FÉLIX. ¿Quieres escucharme?
FLORA. Sí.
FÉLIX. Oye, por tu vida.
FLORA. Di.
GASTÓN. ¿Qué quieres hacer?
FÉLIX. No sé.
Yo soy, generosa Flora,
caballero de Granada.
Has de escucharme hasta el fin
sin responderme palabra.
Don Félix, es mi apellido
de Córdoba, y de la casa
de los marqueses de Priego,
que no menos que su hermana
fué mi madre, si bien era
natural, que no bastarda,
pero ser Córdoba, Flora,
por cualquiera parte, basta
para tener honra un hombre,
grandeza, opinión y fama.
Son los Córdobas, Cardonas
y Aragonés sangre clara, [de
donde hubo un hombre que el Gran-
por excelencia le llaman,
No quedé con mucha hacienda,
ser moderada fué causa
de venir a la ligera
a Madrid, centro de España.
Un hábito pretendía,
de mis aumentos trataba,
cuando amor en la Merced,
oyendo misa una Pascua,
me la hizo de que viese
la hermosura de doña Ana.
Vila, perdí los estribos
del sentido, llegué a hablarla,
turbéme, que si hay estrellas,
en un instante se ama.
Debióle de suceder
lo mismo, porque turbada
cogieron sus ojos rosas
de su bellísima cara.
Pregunté quién era y fuí
siguiéndola hasta su casa,
donde como flor del sol
hizo oriente sus ventanas.
Merecí que recibiese
mis suspiros sin palabras;
después escritas, después
dichas y después juradas.
Tras tanto después, que en fin
para más después guardaba
amor las penas de entonces,
me escribió, por darme entrada
en su casa, que fingiese
el venir de la Montaña
y llamarme don Juan, Flora,
de Velarde y de Sarabia.
Dije que era tu sobrino,
fingiendo que de tu hermana
las cartas se me perdieron
al pasar por Guadarrama.
Acomodásteme, Flora,
para mayor abundancia
de la propuesta invención
y de la fingida traza.
Con el conde Otavio, a quien
sirvo, como ella lo manda,
al cabo de mil sucesos
comienzan, Flora, mis ansias.
Que no hay fortuna de amor
sin principio de bonanza,
ni bonanza que no tenga
la tormenta a las espaldas,
que no las tiene seguras
aun de sí mismo quien ama.

Quiérese el Conde casar
con ella, y ventura tanta
no quiera Dios que la pierda
porque yo venga a inquietarla.
Cásese doña Ana, es justo;
que no es mucho que sus gracias
suban a ser señorías,
pues que son señoras de almas;
yo he puesto en razón mi amor,
y con algo de venganza,
que un pensamiento ofendido
todo es trazas y amenazas.
Quiero casarme contigo,
porque tus prendas son tantas,
tan claro tu entendimiento
y tu nobleza tan clara,
que no habrá quien no me estime
por prudente, que mi casa
ha menester tu gobierno,
y la del Conde te aguarda,
porque siendo suegros suyos,
haz cuenta, Flora, que mandas
su estado, y que él favorece
mis pretensiones honradas.
Esto te digo en secreto.
Allá contigo lo trata,
que yo sé que es tu remedio.

GASTÓN. ¿Qué has hecho?

FÉLIX. Buscar venganza
de una mujer que me ha muerto
con obras y con palabras.

(Vanse.)

FLORA. ¿Hay suceso ni le ha habido
que tenga comparación
con tan extraña invención?
Notable venganza ha sido.

(Sale DOÑA ANA.)

¿Hay mujer de tal ventura
si llega a efeto mi bien?

ANA. ¿Qué hay, señora?

FLORA. En tu desdén
mi dicha estuvo segura.
¡Bien haya el primero día
que amaste a don Félix!

ANA. ¿Qué?

FLORA. Ya sé quién es, ya lo sé,
y sé que no soy su tía.
Ya me ha dicho la invención;
celos son grandes parleros,
que son valientes de fieros,
puesto que cobardes son.
Ya sé que don Félix es
de Córdoba y de Cardona.

ANA. ¿Luego el ser quien es abona,
madre, la historia que ves?

FLORA. Por mi bien le aborreciste,
Ana, y al Conde miraste,
pues para ti padre hallaste
y a mí marido me diste.
Ya estamos los dos casados,
que él me tiene voluntad,
y no es, hija, liviandad,
sino partir los cuidados
del gobierno de la casa
y que asista un hombre en ella,
porque sin él la atropella
cualquiera viento que pasa.
¿Qué pícaro no se atreve
a una viuda, al fin sola,
pues por más que se acrisola
no cumple con lo que debe?
Tengo pleitos; es forzoso
un hombre que entienda en ellos.

ANA. ¡Saldrás fácilmente dellos
si los gobierna tu esposo!

FLORA. Son cosas muy fastidiosas
estas deudas de tu padre.
Hombre importa.

ANA. ¡Ay, madre, madre!
Achaque quieren las cosas.

FLORA. Sin esto, mi soledad
y el verme de noche aquí
con esclavos, es en mí
más que honor, temeridad.
Si quisiese algún ladrón
tomar esa poca plata,
de aquesta gente que trata
de escalar cualquier balcón
y dar garrote a una reja,
¿qué remedio nos quedaba?
Hija, la mujer más brava
es en fin humilde oveja.
No hemos de estar temerosas
que un bellaco nos taladre
las puertas.

ANA. ¡Ay, madre, madre!
Achaque quieren las cosas.

FLORA. Con esto, si viene aquí,
anímale al casamiento.

(Vase.)

ANA. Buenas noches, pensamiento;

que ya no hay luz para mí.
Mas ¿cómo pueden ser buenas
en las camas regaladas?
¡Que no hay blandas almohadas
cuando son duras las penas!
¿Hay desatino como éste?
¿Yo celosa? Al fin pensé
venganza que honrosa fué,
aunque la vida me cueste.
Pero don Félix ¿qué intenta
si con mi madre se casa?
Mas es por tenerme en casa,
que es potro en que me atormenta.
¿Querráme dar mala vida?
¿Padrastro me querrá ser?

(Sale Doña Juana.*)*

Juana. Bien puede un hombre temer
una mujer ofendida.
Y está muy cierto don Juan
que, entendida su invención,
me ha de dar más ocasión
que sus recelos me dan.

Ana. Esta es mi fiera enemiga,
aunque mi madre lo es más;
No pienso verla jamás,
que hasta el verla me fatiga.
Della comenzó mi daño;
ella causó mi dolor,
por ella entró con rigor
en mi alma el desengaño.
¡Dejad, engaños, mi pecho,
que ya la desconfianza
en mi perdida esperanza
tan grande escarmiento ha hecho!
Bien me pudiera casar
con Félix, mas temerosa
de vivir siempre celosa,
su placer llamo pesar.
Ya no se atreve mi pecho
a dar lugar a su amor,
porque es tanto mi temor
que huyo de mi provecho.
Decir pudiera mi engaño,
y dar mi amor a entender,
pero no quiero querer
con el miedo de mi daño.

(Vase.)

Juana. Doña Ana está recelosa;
ya no me habla, y de mí
se guarda, porque entendí
toda la historia amorosa.
Pues presto los dos verán
qué puede el agravio mío.
El Conde es éste, en quien fío
la venganza de don Juan.

(Salen el Conde *y* Marcelo.*)*

Conde.

Es medio acertadísimo, Marcelo,
el fingir que me caso con doña Ana.

Marcelo.

Es en mujeres el mejor anzuelo.
Ninguna deja de picar en vana.

Juana.

¡Oh, Conde, mi señor, guárdete el cielo!

Conde.

¿Adónde bueno, hermosa doña Juana?

Juana.

A daros parabién del casamiento,
que el pésame os viniera más a cuento.

Conde.

¿Es por la calidad?

Juana.

Ninguna os debe
una mujer hidalga y bien nacida,
y que por lo que tiene de ser rosa,
vino bien que naciese en Espinosa.
Mas si esta rosa, aunque tan linda fuese,
cogida al alba de extranjera mano,
¿sería bien que ya marchita y seca
a las vuestras viniese?

Conde.

¡Extraño caso!
Doña Juana, ¿qué dices? Si son celos
míos o de don Juan, ¿por qué me matas
y mi desdicha sin razón dilatas?

Juana.

Don Juan su primo, es su galán, de suerte
que casas con mujer que en tu criado
ha puesto hasta en las obras su cuidado.

CONDE.

¿De qué lo sabes tú?

JUANA.

De lo que he visto;
pues, fuera de señales evidentes,
le vi darle sus brazos.

CONDE.

¡Vive el cielo,
que no hay de quién fiar! ¿Qué haré, Marcelo?

MARCELO.

¿Quién te ha de aconsejar?

CONDE.

Vete, señora,
que yo sabré tomar venganza agora
del criado traidor que me ha ofendido.

MARCELO.

Agora, señor, pienso que escondido
estaría en su casa aquestos días,
y que fingió el camino para eso.

JUANA.

Así porque decir verdad profeso
como por lo que debo a tu persona,
quise desengañarte.

CONDE.

Agradecido,
de no te haber amado perdón pido.

(Vase DOÑA JUANA.)

MARCELO.

Siempre tuve, señor, este recelo.

CONDE.

Morir tiene este bárbaro, Marcelo.

(Sale FLORA.)

FLORA. Bueno será darle parte,
agora que solo está.
MARCELO. Su madre viene.
CONDE. No habrá
quien de matalle me aparte.
FLORA. A hablar a vueseñoría
vengo con mucho contento.
CONDE. Ese me falta, aunque intento
tener contento algún día.
FLORA. Quiero decirle un secreto,
como a mi yerno y señor.
CONDE. Como a tu amigo es mejor,
cuya lealtad te prometo.
Que eso de yernos es cosa
por celestial influencia
malquista con la paciencia
y con el gusto enfadosa.
Lo que es suegros y cuñados
es república insufrible.
FLORA. ¿Luego ya será imposible
que vivamos concertados?
CONDE. Pues ¿si tú me quieres dar
esa tu marchita rosa,
los Monteros de Espinosa,
¿cómo la podrán guardar?
No la guardaste o quisiste
no la guardar de su primo,
y a mi honor, que tanto estimo,
su deshonor ofreciste.
¡Pues vive Dios!
FLORA. ¡Qué engañado
de algunos celos estás!
CONDE. ¿Yo engañado?
FLORA. Aquí verás
la presunción que te han dado,
porque éste no es mi sobrino.
CONDE. ¿Y eso no es mucho peor?
FLORA. No, Conde, sino mejor.
Este caballero vino
de Granada a pretender
un hábito.
CONDE. ¿Qué amistad
me haces en dar calidad
a quien has dado mujer?
FLORA. No he dado tal.
CONDE. ¿Luego en él
no has a doña Ana empleado?
FLORA. No, pues tengo concertado
de casarme yo con él.
CONDE. ¿Tú con él?
FLORA. Pues ¿por qué no?
CONDE. ¿Engáñasme?
FLORA. Del concierto,
como a mi señor te advierto.
CONDE. Pues daré esta noche yo
porque se case contigo
seis mil ducados de albricias.
FLORA. Pues, Otavio, si codicias
ser tan liberal conmigo,
yo me contento con dos.

CONDE. No puede haber desengaño
que satisfaga mi daño
como casaros los dos.
Marcelo, ¿puedo creer
lo que dice Flora?
MARCELO. Sí.
Y él acierta en cuanto a mí
en tan prudente mujer.
CONDE. Cuál era de todo el mundo
el más discreto, quería
saber un rey, y aquel día
Dante, en las letras profundo,
le dijo que el más discreto
fué Demócrito, aquel sabio,
sin hacer a nadie agravio,
más prudente y más perfeto.
Y era porque se reía
de todo cuanto pasaba;
que si Heráclito lloraba,
fué necia filosofía.
Ciento y veinte años vivió
Demócrito con su risa;
el llorón se dió más prisa,
que a sesenta no llegó.
MARCELO. Pues ¿qué quieres ser agora?
CONDE. Un Demócrito de ver
que busque don Juan mujer
y que se le antoje Flora.
MARCELO. Esto de los casamientos
es cosa para reír,
y así se ven dividir,
como dicen, por momentos.
Eso te ha estado muy bien;
cásese Flora en buen hora.
CONDE. Entra a componerte, Flora,
y avisa a don Juan también;
que esta noche quedarán
firmadas las escrituras.
FLORA. Pues tanto honrarme procuras,
iré a avisar a don Juan,
y guarde el cielo tu vida.

(Vase.)

CONDE. Ya estoy, Marcelo, contento,
pues aqueste casamiento
toda mi sospecha olvida.

(Sale GASTÓN *y* DON FÉLIX.*)*

GASTÓN. ¿Perdiste el seso?
FÉLIX. No sé,
pero lo cierto sería
que entonces no lo tenía.
GASTÓN. ¡Desdicha notable fué!
FÉLIX. ¿No has visto luz desde lejos
que los ojos encandila,
porque parece que afila
en la vista los reflejos?
Pues viendo lejos, Gastón,
la luz de doña Ana bella,
de deslumbrado con ella
me puse en tal confusión.
GASTÓN. El Conde está aquí.
FÉLIX. Señor.
CONDE. Don Juan, si es éste tu nombre,
yo he sabido que eres hombre
de prendas y de valor.
Ya no hay de qué recatarte,
que Flora me ha dicho aquí
quién eres.
FÉLIX. Porque temí
aunque inocente enojarte,
le dije que era sobrino
del marqués de Priego.
CONDE. Aguarda.
FÉLIX. Ya sin razón me acobarda
la fuerza de mi destino.
Don Félix es, gran señor,
de Córdoba y de Cardona
mi nombre.
CONDE. Bien; tu persona
concierta con tu valor.
Eso me encubrió, pensando
que el decir tu calidad
torciera mi voluntad,
como ya se va trazando.
Dame esos brazos, que soy
primo tuyo.
FÉLIX. Tus pies beso,
que más honrado con eso
que de mis padres estoy.
Y pues que la fuerza es mucha
y el parentesco no es poco,
oye a un hombre de amor loco.
CONDE. Bien puedes hablar.
FÉLIX. Escucha.
Dos años ha, conde Otavio,
que sirvo a doña Ana hermosa,
y otros tantos que ella dice
que mi pensamiento adora.
El recato de su madre
nos dió, guardando su honra,
la invención para engañarla
que ya te ha sido notoria.
El servirte fué invención

para desvelar a Flora,
y el ausentarme, fué celos
por las concertadas bodas.
Tenerlos de doña Juana
tanto a doña Ana alborota,
que por ellos ha fingido
que te quiere bien. Perdona;
que no se agravia el valor
porque en otro su amor ponga
una mujer; que esas causas
o gusto o cielo las obra.
Creyendo tu casamiento,
fué tal mi llama celosa,
que por tenerla a los ojos
y atormentar su memoria,
con Flora quise casarme.

CONDE. ¿Das licencia que responda?

FÉLIX. Sí, señor; lo que quisieres.

CONDE. No es decente a tu persona
el casamiento que dices,
aunque la palabra rompas,
que bien sé que lo fingías,
primo don Félix con Flora,
como con doña Ana yo,
aunque en el valor me sobra.
Pero estoy casado ya,
y espero pronto la novia
más bella que ha visto el sol
desde que baña la aurora.
Liberal seré contigo,
porque quiero que dispongas
tú con el tuyo mi gusto,
Haz que nos las llamen. ¡Hola!,
estas damas. Tú, don Félix,
finge ser el novio agora.

MARCELO. Ya vienen todas, señor.

GASTÓN. Flora ha dejado las tocas,
y viene con lechuguillas.
No dudes que a venir sola,
tengo para mí que fuera
la más hermosa de todas.

(Salen LISARDO *y* FINEO *acompañando a* DOÑA ANA *y* DOÑA JUANA, *con vestidos enteros, y de la mano de* FINEO FLORA, *con lechuguillas y galas, y* INÉS *detrás.)*

LISARDO. Por padrino me traían
desta boda, pero ignoran
que estábades vos aquí
y en ocasión tan dichosa.

CONDE. Seréło de buena gana,
y vendrán a ser tres cosas,
casamentero y padrino
y velado, en una sola.
Comienzo por la primera.

GASTÓN. ¡Bravos pares de palomas!;
mas las unas son torcaces
y palominos las otras.

CONDE. Haced cuenta que echo suertes.
A doña Juana le toca
Lisardo. No hay replicar.

JUANA. Yo soy, señor, muy dichosa.

LISARDO. ¿Qué dicha como la mía?

CONDE. Doña Ana será mi esposa
si no hay nadie que lo impida.

FÉLIX. Yo lo impido, y que antepongas
mi amor al tuyo.

CONDE. ¿Hay testigos?

GASTÓN. Ya llegan tres por la posta,
pero todos con mil tachas.

CONDE. ¿Qué sabe Gastón?

GASTÓN. Que a solas
los he visto hablar mil veces.

CONDE. ¿Y Inés?

INÉS. Que doña Ana adora
a don Félix; que don Juan
es nombre que no le toca.

CONDE. Es verdad, porque es mi primo,
Córdoba, Aragón, Cardona,
Priego, Aguilar...

GASTÓN. Y Montilla,
¡pesie al alma de la loca!

CONDE. Diga su dicho Fineo.

FINEO. Diréle sólo en la loa
de las partes de don Félix,
que sé que son generosas.

CONDE. ¿Qué sabe Lisardo?

LISARDO. Sé
que si celos apasionan,
yo me vi muerto por él.

CONDE. La información va famosa.
Mas tomemos juramento
a doña Ana.

ANA. ¿Dónde agora
pondré la mano?

FÉLIX. En aquesta,
que la vuestra, esposa, os toma.

FLORA. Eso no, que has de ser mío.

FÉLIX. Tuyo soy, discreta Flora,
pues soy de tu bella hija.

CONDE. Flora, esto es hecho. Reporta
el pensamiento.

FLORA. Tú has hecho
esta invención.

ANA. ¿Yo, señora?

GASTÓN. Vuesa merced se desnude

las lechuguillas de novia,
pues ya no se hace el partido,
como juego de pelota,
y denme por novia a Inés.

INÉS. Inés se te rinde.

GASTÓN. Toca,
y sepa el señor senado
que aquí se acaba la historia
de *Quien ama, no haga fieros*
que a más venganza provocan.

QUERER LA PROPIA DESDICHA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

CLAUDIO CONDE, SU VERDADERO AMIGO

Siempre he tenido en la memoria aquellas palabras de Sócrates de las cuales, con razón, hace memoria Plutarco. "Que el amigo ha de ser como el dinero, que antes de haberle menester se sabe el valor que tiene." No me engañó a mí esta confianza en el que v. m. mostró, amigo *per tot discrimina rerum*, y en tantas adversidades; pues, creo que no tiene en su diálogos de amistad Luciano tan peregrinas fuerzas como han pasado por los dos en nuestros primeros años. Esta comedia, intitulada "*Querer la propia desdicha*", si no en la misma sustancia, por lo menos en el título, conviene con aquellos sucesos notablemente, cuando con tanto amor v. m. me acompañó en la cárcel, desde la cual partimos a Valencia, donde no corrimos menores peligros que en la patria, pagando yo a v. m. con sacarle de la torre de Serranos y de sentencia tan rigurosa la piedad usada conmigo en tantas fortunas, que si alcanzara a esta edad pudiera mejor que de Damón y Pitias hacer memoria de nosotros el Príncipe de la Retórica latina, y pedir el ilustrísimo marqués de Aitona con mayor causa el tercer lugar que deseaba Dionisio. Partimos antes de los primeros bozos a Lisboa, confirmando más nuestro amor, por opinión de Séneca, la necesidad y la semejanza donde embarcamos a la jornada que el rey Felipe II prevenía a Inglaterra entonces. No se pueden sin algún sentimiento traer a la memoria tantos y tan varios accidentes, porque dijo bien de la fortuna Ovidio: *et tantum constans in levitate sua est.* Los peligros, finalmente, de la guerra, de la mar y de tantas ocasiones, me obligaron a elegir, entre muchas, esta comedia, pues todas eran desdichas que yo quise, destierros que amaba y peregrinaciones que idolatraba una voluntad bárbara en años que el apetito loco pone los pies en el cuello de la razón prudente, y dirigida a v. m. para que se acuerde de que entre tantos príncipes, en tan numeroso ejército, generales, capitanes, galeones, armas, banderas, amigos y enemigos, fuimos siempre tenidos por hermanos, y que esta memoria está confirmada con el título de la sangre, para que no pueda borrarla el tiempo, que la distancia de las profesiones ni la mudanza de los estados no tienen fuerza en tan justas obligaciones, ni el reconocimiento de las mías puede faltar en mi pecho mientras tuviere vida. La de v. m. guarde Dios lo que yo deseo.

Capellán de v. m.,

Lope de Vega Carpio.

FIGURAS DE LA COMEDIA

Don Juan.
Angela.
El Rey.
Don Nuño.
Tello.
Doña Inés.
Celia.
Laurencio.
Otavio.

REPRESENTOLA RIQUELME

ACTO PRIMERO

(*Salen* Don Juan *y* Angela.)

Angela. ¿Más que os habéis olvidado
en esta ausencia de mí?
Juan. Eso fué lo que temí;
por la mano habéis ganado;
pero nunca me he acordado,
porque no fué menester,
aunque una vez pudo ser.
Angela. ¿Una? ¿Cómo?
Juan. Sí, por Dios;
desde apartarme de vos

hasta volveros a ver.
ANGELA. De mí bien seguro estáis
que nunca me habré olvidado.
JUAN. Cuando me hayáis engañado,
basta que vos lo digáis.
ANGELA. Vos sois el que me engañáis,
porque yo sé que mi amor
ha sido un despertador
que a todas horas me llama.
JUAN. Poco despierta quien ama
cuando se duerme el temor.
ANGELA. Ese temor faltaría
en vos, por ser yo quien soy;
en mí no, que siempre estoy
temiendo lo que solía;
que de la desdicha mía
bien puedo tener mudanza
en vuestro olvido.
JUAN. No alcanza
tal engaño a tal belleza;
que me faltara firmeza
si me sobrara esperanza.
Yo, que por allá temía,
señora, cuantos os ven,
mejor pudiera también
temer la desdicha mía.
Apenas amanecía
el sol con rayos dorados,
cuando mis bienes pasados
despertaron mis recelos,
mis recelos a mis celos,
mis celos a mis cuidados.
Y apenas los dos luceros
llamaban a las estrellas,
cuando igualaba con ellas
los temores de perderos.
Tanto deseaba veros,
con mil honestos abrazos
de amor, para siempre lazos,
que os pintó, fuera de sí,
el alma, y tan viva os ví,
que se burlaron mis brazos.
Estuve así divertido
de la manera que os veo,
tanto, que dije al deseo:
"¿Qué te enloqueces, perdido?";
él me respondió: "No he sido
tan loco; que no es tan poco
el bien que engañado toco,
pues goza, si bien me acuerdo,
lo que en la verdad el cuerdo
en los engaños el loco".
ANGELA. Quien eso sabe decir,
don Juan, ¿quién le ha de creer?;
pues no ha menester querer
quien sabe tan bien fingir.
Mas no me pesa de oír
lisonjas aunque me dañen,
mientras no me desengañen;
porque no hay mujer de bien
que si la engañan también
le pese de que la engañen.
Yo he vivido en vuestra ausencia
cual suele en la noche fría
pájaro que espera el día,
aunque con menos paciencia;
que cuando de la presencia
del sol que otros cielos dora
le trae nuevas el aurora,
salta, vuela, chilla y canta,
y con la dulce garganta
a los demás enamora.
Si el sueño me convidaba
al descanso, no dormía;
que a veros mi fantasía
en sí misma me llevaba.
Si el día me despertaba
de aqueste sueño despierto,
era el buscaros tan cierto,
que es buen testigo un retrato
que le tuvo más de un rato
por vivo, el alma, encubierto.
En fin, si hay más que querer,
mi entendimiento es culpado,
pues a entender no me ha dado
de qué suerte puede ser
lo que he sabido entender.
Es razón que el vuestro alabe,
que de amor humilde o grave
dicen, y se ve después,
que es necio con quien lo es
y sabio con el que sabe.

(Salen el REY *y* DON NUÑO.*)*

REY. ¿Vino don Juan de Cardona?
NUÑO. Aquí está don Juan, señor.
JUAN. Prospere el cielo el valor
de vuestra invicta persona.
La castellana corona
ponga su invencible espada
sobre la roja Granada
que sus fronteras molesta,
y alcance al Africa opuesta,
de sus agravios vengada.
REY. Angela, ¿tú estás aquí?

ANGELA. Trájome cartas don Juan.
REY. Cuidados deudos te dan,
como en Aragón a mí.
ANGELA. De su corona salí
para servirte en Castilla.
REY. De ella mereces la silla.
ANGELA. Veas, invicto señor,
a los pies de tu valor
desde Toledo a Sevilla.

(Vase.)

REY. En fin, don Juan, ¿cómo has hecho
esta jornada, que ha sido
para mí la que ha tenido
más cuidadoso mi pecho;
que bien estoy satisfecho
de tu jüicio, que en todo
tendrías el mejor modo
como el discurso mejor?
JUAN. Oye, invicto sucesor
del glorioso nombre godo:
Cuando la vecina noche
que de los indios despierta,
temerosa de sus reyes
llama a las claras estrellas
que le hagan compañía,
entré en la ciudad que César
dió nombre, y en quien el Ebro
trueca cristal por arena.
Informéme de las cosas
de Aragón, con advertencia
de que no diese el cuidado
de mi pensamiento muestra.
Pregunté por qué ocasión
no casaba a la princesa
el rey, pues que ya sus años
daban paso a su belleza.
Dijéronme que teniendo
tantos disgustos y guerras
Aragón, no era posible
tratar de bodas y fiestas.
Llegó el alba de otro día,
y como el cuidado vela,
con ella estaba vestido;
que no hay cuidado que duerma
después de haber visitado
el Atlante de la Reina
que vino primero a España
para serlo suya y nuestra;
ya entiendes que el Pilar digo,
sobre quien el cielo asienta
la Madre del mejor Hijo,
mejor que en basas de estrellas;
fuí a palacio, y a besar
la mano al rey, que con ella
honró mi boca, y mis manos
con sus brazos. Aquí llega
con algunas bellas damas
la bellísima princesa;
adoran al sol mis ojos,
pongo la rodilla en tierra;
levántame, por alzarme
a que la viese más cerca;
miro atento su hermosura;
no sé cómo la encarezca;
no quisiera enamorarte,
sólo casarte quisiera;
pues, por tu vida, señor,
y así Castilla la vea
pasar de un siglo a otro siglo,
que eran las damas tan bellas,
que bien pudieran lucir
a no estar en su presencia;
pero nunca en la del sol
han lucido las estrellas.
Allí doña Ana de Fox
mostraba en blanco la fuerza
del fuego entre tanta nieve,
pues rayos sus ojos eran.
En doña Beatriz de Castro
y en doña Juana de Urrea
se vieran como en Cleopatra
aquellas famosas prendas;
no despreciaba el color
doña Angela de Bolea,
que, afrentando el artificio,
se preciaba de morena;
a doña Juliana Enríquez
compuso naturaleza,
para dar ingenio al arte
de claveles y azucenas,
y doña Gracia, con tantas
acompañó su belleza,
que si es agravio alabarla,
el silencio la encarezca;
higas de cristal, con lazos
de nácar, en blanca tela,
jeroglíficos hacía
doña Hipólita Centellas;
y todas no la libraban,
con ser con malicia puestas,
ni del deseo de amarla
ni de la envidia de verla.
¿Mas de qué sirve pintarte
sus desiguales bellezas?,

pues bastará que imagines
tú mismo la diferencia.
No me dejaron partir
aquel día, ni siquiera
aunque a Barcelona dije
que pasaba, porque en ella
esperaba a don Beltrán
de Córdoba y de la Cueva,
que de Nápoles venía
con doña Juana, mi deuda;
tuve tal dicha en quedarme,
que, llamándome su alteza,
pude informarla de ti
con extremada cautela.
Oyó bien, y quien escucha
las alabanzas ajenas
no está lejos de estimar
al dueño de quien se cuentan.
Osé preguntar la causa
de tanta discordia vuestra,
y a todo me respondió
con extremada agudeza.
Díjele: "Todo se funda
en que vuestra alteza sea
ángel de paz, que la ponga
entre estas injustas quejas",
Y, sin responder palabra,
inclinando la cabeza,
con media risa en la boca,
mostró voluntad entera.
Yo no sé si fué artificio;
mas basta que lo parezca,
pues al partirse dejó,
tú puede ser que lo sepas,
caer un guante. Yo haciendo
que miro la gentileza
con que mujeres gallardas,
al partirse, dan la vuelta,
déjola entrar, y levanto
el guante de la más bella
mano, sin hurtarle a amor
la aljaba de cinco flechas;
envuélvole en este lienzo,
que a las tuyas le presenta
para que tengas la caja
de la joya que deseas.

REY. Discreto, don Juan, has sido
en todo lo que has tratado.
El no te haber estimado,
es no haberte conocido;
pero no sé, ni confío,
si lo es favor semejante,
que dejar caer un guante
más parece desafío.
Sin duda, descuido fué.

JUAN. Sí, pero no negarás
que es buen agüero, que es más
de que la mano te dé.

REY. Al contrario; pues es llano,
si el guante se le cayó,
que vengo a perderla yo,
si en él se entiende la mano.
Mas, porque es ingratitud
no premiar el buen deseo
que en tus pensamientos veo,
y en premio de tu virtud,
de la noble roja espada
de Santiago te honrarás
el pecho, si no es que más
queda de tu pecho honrada.

JUAN. Beso mil veces tus pies,
por tanta merced, señor;
que, en efecto, ese favor
como de tus manos es;
y a tan pequeño servicio,
la paga, con grande exceso.

REY. El buen fin de este suceso
se debe a tu buen juicio.
Vete agora a descansar,
y vendrasme a ver después.

JUAN. Otra vez beso tus pies.

REY. Mucho he gustado de hablar
con don Juan, que no le había
tratado.

NUÑO. Es hombre prudente.

REY. ¡Qué bien habla, qué bien siente!
Con despejo y gallardía,
ingenio y talle aficiona;
él muestra en todo valor.

NUÑO. Es rama, invicto señor,
de la casa de Cardona.
En cualquiera acción se puede
vuestra Majestad servir
de don Juan.

REY. Piénsole oír,
por que satisfecho quede
de su entendimiento.

NUÑO. Creo
que en todas materias sea
tal, que vuestra Alteza vea
que su servicio deseo.
Y si le recibe en él,
no tendrá mejor criado.

REY. Muy contento me ha dejado;
Haré desde hoy más por él.
¿Es rico don Juan?

NUÑO. Aquí
su mayor privanza viene.

(*Sale* TELLO.)

TELLO. Donde un hombre el amor tiene,
también es su centro allí.
Yo aseguro que don Juan,
si ya con Angela ha dado,
está, en mármol transformado,
en figura de galán.
Bien haya un humilde amor:
"¿Quiéresme?" "Sí." "Pues junte-
[mos
almas. ¿Cuándo nos veremos?"
"En saliendo mi señor."
Salió; júntanse, meriendan,
hablan, viven, ¡pese a tal!
y no hablarse por cristal
y advertir que no lo entiendan.
Es una muerte entre dos
y un hablar fuera de sí.
NUÑO. El Rey te llama.
TELLO. ¿Está aquí?
NUÑO. Aquí está.
TELLO. ¡Válgame Dios!
REY. Escúchame.
TELLO. Dame el pie.
REY. Levanta.
TELLO. A mirar tu cara,
como si el cielo mirara,
que en tu grandeza se ve.
REY. ¿De qué sirves a don Juan?
TELLO. De cochero le servía;
tuvo palabras un día
con un cierto don Tristán,
que tenía tres criados:
metió mano mi señor
para todos, que el valor
vale por muchos soldados;
yo, reconociendo el pan,
salto del coche, el azote
dejo, y del primer bote,
calvo al señor don Tristán.
Luego, al primero que embisto
doy un tanto, y al segundo,
de un cintarazo le tundo;
finalmente, yo resisto
toda una calle de gente.
Mi señor, agradecido,
puesto en silencio el ruido,
me dijo amorosamente:
"Tello, un hombre tan de bien
no quiero que sea cochero.
¿Sabes leer, lo primero?"
"Y aprendí a escribir también."
"Pues ¿cómo diste en el coche?"
"Era noble, y no sabía
cómo a caballo andaría
de día, y también de noche;
y con aquesta invención
hallé un eterno caballo,
donde parece que hallo
mi propia imaginación."
REY. Con engaño semejante
veniste a ser caballero
en figura de cochero.
TELLO. Díjole un representante
a César, en Roma, un día:
"Mientras un rey represento,
pienso que lo soy, contento
de mi propia fantasía."
Y así, yo, que eternamente
iba a caballo, señor,
caballeresco valor
tuve clavado en la mente.
REY. No es necio.
NUÑO. No le sacó
sin causa de aquel oficio
don Juan.
REY. Del humor da indicio,
que en el oficio adquirió.
TELLO. Hay hombres que en decir dan
que los cocheros es gente
diabólica e insolente,
y en un necio engaño están.
Los griegos y los troyanos,
los más valientes hacían
cocheros, porque tenían
riendas y armas en las manos.
Héctor y Aquiles tuvieron
cocheros de gran valor,
a quien Virgilio, señor,
y Homero mil honras dieron.
En su coche cada día
el sol el mundo rodea;
y basta que el sol lo sea
para honrar la cochería.
REY. O con los ojos le miro
que ya he mirado a don Juan,
o sus despejos me dan
gusto, o su donaire admiro.
Mira, Tello: toda acción
tiene de malos y buenos;
no por los daños ajenos
pierden los que buenos son.

Para lo que te he llamado
es sólo para saber
si tiene bien de comer
don Juan, o si está empeñado.

TELLO. Empeñado, no, señor;
que no tiene qué empeñar;
bien de comer, no es tratar
en materias de su honor,
no tiene bien de comer,
ni mal, y así es tan igual
que ni tiene, bien ni mal,
cosa que haya menester.
Es tan cuerdo y tan prudente,
que a nadie a entender lo da;
y, pues él contento está,
rico, sin duda, se siente.
Tiene criados honrados,
bien nacidos, bien vestidos
y siempre bien avenidos,
porque son tres los criados.
Pero puédese alabar
que jamás sacó fiado;
que, como es pobre honrado,
nadie le quiere fiar.
El coche que yo decía
tenía sus dos caballos,
que si quisiera casallos,
sin dispensación podía.
No eran parientes, y es claro
que todo estaba seguro;
que el uno era bayo oscuro,
y el otro era bayo claro.
Yo, que por ese lugar
teñidos mil hombres vía,
dije al bayo claro un día:
"Por Dios, que os he de ensuciar".
Hice un cierto cocimiento
que una vieja me enseñó,
lavé el caballo, y salió
carmesí como un pimiento;
y, por no dar que reír,
si éste del otro deshice,
dos saltambarcas les hice
con que pudiesen salir.

REY. El hombre es notable. En fin,
¿don Juan es pobre?

TELLO. En extremo.
Pero que lo sepa temo.

REY. No sabrá.

TELLO. Fuera mi fin;
que ya tú sabes, señor,
lo que la pobreza cría.

REY. ¿Cómo?

TELLO. Aquella fantasía
con que conserva su honor.

REY. Aguarda aquí. Nuño, ven.

NUÑO. Hazle bien, así los cielos
te guarden.

(Vanse.)

TELLO. Nunca los celos.
Pensé yo que hablaban bien.
Que, si no he mirado mal,
quiere Nuño a quien adora
don Juan.

(Salen DOÑA INÉS *y* CELIA.*)*

INÉS. ¿Que ha llegado agora?

CELIA. Y, con regocijo igual
a la pena de su ausencia,
le habló en aquesta ocasión
doña Angela de Aragón.

INÉS. Los celos me den paciencia.
Los cielos iba a decir,
y dije celos por cielos;
pues si la pido a los celos,
yo tengo bien que sufrir.

CELIA. Los celos dan impaciencia.

INÉS. Por mal agüero he tenido
haber, por yerro, pedido,
Celia, a los celos paciencia.

CELIA. Aquí está Tello.

TELLO. Señora.

INÉS. Tello amigo.

TELLO. A tu chapín
pongo mi boca, que, en fin,
la honra, la ilustra y dora.

INÉS. ¿Vienes bueno?

TELLO. No soy yo
quien tú deseas saber.
Don Juan viene bueno; ayer
de Zaragoza salió,
y hoy estamos en Toledo;
merced de postas, si postas
hacen merced de sus costas,
casi sin costillas quedo.
Y más abajo también
hay más mal del que se suena
en el aldehuela.

INÉS. Ajena
estaba de tanto bien.
¿Habló con su Majestad?

TELLO. Con su Majestad habló.
Mas no es eso, pienso yo,

lo que te mueve.

INÉS. Es verdad.
¿Habló con Angela?

TELLO. Aquí
en este punto llegué;
sólo con el Rey hablé;
digo, que el Rey me habló a mí.

INÉS. ¿No te hablaba en el camino
de su hermosura?

TELLO. ¿A qué efeto
a un hombre que es tan discreto
preguntas tal desatino?
Yo me voy a descansar;
que estas postas me han frisado,
con los golpes que me han dado,
todo el globo circular.
Mándame, fuera de ser
hombre de dos caras, algo,
que soy montañés hidalgo,
aunque fuí cochero ayer.
Mas no me desprecio de esto;
que si el gobierno tuviera,
yo sé que a ninguno diera,
sin examen, tan gran puesto.
¿Qué secretario ha callado
más secretos que un cochero?
¿Qué hielos sufrió en enero,
velando, el mejor soldado?
Ni ¿qué calor, si es Apolo
cochero canicular;
ni qué tempestad, ni mar
como con un fieltro solo?
¿Quién ha visto lo que vemos?
¿Quién calló lo que callamos?
Sin esto, aposento damos,
y en un desierto le hacemos.
¿Qué no ha visto un coche? ¿A quién
deben los secretos más?

(Sale NUÑO.)

NUÑO. Tello.

TELLO. Señor.

NUÑO. ¿Aquí estás?

TELLO. ¿Cómo puedo estar más bien?

NUÑO. El Rey, mi señor, me ha dado
este papel, que te dé
para don Juan; y, pues sé
que él gusta y tú eres honrado,
pídele albricias primero.

TELLO. Harélo, señor, ansí;
que el haber bien para mí
consiste en ser tú el tercero.
Voile a dar este papel.

NUÑO. Pienso que te ha de servir
de no tener que teñir,
porque es oficio crüel.

TELLO. ¿Acuérdasete del bayo
teñido de carmesí?

NUÑO. Perdido de risa vi
al Rey.

TELLO. Parto como un rayo.

NUÑO. Señora.

INÉS. Aquí he estado hablando
con Tello.

NUÑO. Es hombre de humor.
Hoy, con el Rey, mi señor,
ha estado bufonizando,
y en donaire le ha caído.

INÉS. ¿Mandáis en qué os sirva?

NUÑO. El cielo
os guarde.

INÉS. Guardas recelo.
Perdonad, si sois servido.

(Vanse.)

NUÑO.

Dulce fueras, amor, dulce y sabroso,
y lleno de placer en tus desvelos,
si no te dieran la pensión los cielos,
con que llegas a ser tan riguroso.
No fuera tu desdén dificultoso,
si sólo te quedaras en recelos;
mas cuando llegas a matar de celos,
no eres amor, sino traidor furioso.
Porque, siendo tus partes tan divinas,
que con el curso de los cielos vuelas,
admites impresiones peregrinas.
Mas bien haces, si temes y recelas;
porque dicen, amor, que no caminas,
si celos no te calzan las espuelas.

(Sale ANGELA.)

ANGELA. Amor bien agradecido,
creced, pues habéis llegado
a ser más bien empleado,
que fuistes aborrecido:
ya vuestro bien ha venido.
Temed, amad y estimad;
perdone la honestidad,
si siempre ha de estar segura;
que quien no pica en locura,
no pasa de voluntad.
Con justa causa os obligo,

amor, a salir de vos;
aunque, pues os llaman dios,
estaréis sin mí y conmigo.
Fácil esperanza sigo:
no diréis que a la mudanza
obliga lo que no alcanza,
pues con igual galardón,
no es mayor la posesión
que el fruto de la esperanza.
Don Juan os quiere y estima:
quered, amor, a don Juan,
si el mismo premio que os dan
a más lealtad os anima;
ninguna cosa os reprima
de este ilustre vencimiento;
yo os he dicho lo que siento:
no tenéis que replicar;
que basta que en tal lugar
hayáis puesto el pensamiento.

NUÑO.
Quien os oye hablar ansí,
¿qué tendrá ya que deciros,
si no son lenguas suspiros
y os lleguen a hablar por mí?
Y aunque el eco sólo oí,
basta la luz que me dais
de que de don Juan habláis
para entender el favor
que de abundancia de amor
con su nombre os regaláis.
Quitar el merecimiento
a don Juan, fuera querer
injusta causa poner
en vuestro conocimiento:
su talle, su entendimiento
obliga a tenerle amor;
pero no hacerle favor,
si al contrario viene a ser,
que haya en el mundo mujer
que escogiese lo mejor.
Yo seré el primer celoso
que haya dicho tal conceto,
pues un celoso, en efeto,
habla bien del que es dichoso;
y aunque de verme envidioso,
por aborrecerme estéis,
quitarme ya no podéis
la gloria de haberos visto,
con que al disfavor resisto
que con pesares me hacéis.
A un tiempo es bien que a los
amor y olvido nos den: [dos
a mí, por vos, parabién,
y por mí, el pésame a vos.
Efectos de un ciego dios,
cuyos extraños secretos
no alcanzan los más discretos,
ni saben cómo se causa
el producir de una causa
tan diferentes efetos.

ANGELA.
Agradezco, como es justo,
Nuño, tanta cortesía,
si ya sabéis que tenía
de amar a don Juan más gusto.
A no haberle puesto en él,
sois tan cuerdo y bien nacido,
que, de no haberle querido,
os quisiera como a él;
y sois tan gran caballero,
que, a no ser de él, vuestra fuera;
si no quisiera, os quisiera,
y no os quiero, porque quiero.

NUÑO.
Bien haya, señora, amén,
quien tan libre desengaña;
que siendo mal el que engaña,
el que desengaña es bien.
No le diré a mi esperanza
que la culpa habéis tenido,
pues ninguna se ha perdido
con tanta desconfianza.
Y pues sé que ya tenéis
amor a ese caballero,
pediros albricias quiero
del bien de lo que queréis.
Con una cruz de Santiago,
el Rey ha honrado su pecho,
de su valor satisfecho,
y de sus servicios, pago.
Informándose de mí,
hice el oficio que debo
a quien soy, que no me atrevo
a dejar de ser quien fuí.
Quiso saber si tenía
hacienda bastantemente,
porque estaba indiferente
viendo qué galán lucía.
Supo que no, y hoy le ha hecho
merced de seis mil ducados
de renta, que van librados
en la misma cruz del pecho.
De esto os doy el parabién,
y a mí también me le doy,
pues que sirviéndoos estoy
con las nuevas de su bien.
En esto puedo serviros,
y en no dejar de quereros;
que amores no son aceros,

y suspiros no son tiros.
De esto habéis de ser servida,
y de darme, sin querer,
licencia para tener
este amor toda mi vida.

(Vase.)

ANGELA. Nuevo estilo de obligar,
nuevo modo de querer.

(Salen DON JUAN *y* TELLO.*)*

JUAN. Sospecho que del placer
es grande amigo el pesar.
TELLO. ¿Por qué?
JUAN. Porque siempre veo
que andan juntos.
TELLO. Es verdad;
pero es como al amistad
el envidioso deseo.
JUAN. ¿Cómo?
TELLO. Que la envidia sigue
a la dichosa fortuna;
no porque amistad alguna
a andar juntos les obligue,
sino por hacerle mal.
JUAN. En fin, Angela, mi ausencia
hizo alguna diferencia,
por ser a todas igual.
¿Qué hacía don Nuño aquí?
Que, aunque no oí lo que hablaba,
bien eché de ver que estaba
favorecido de ti.
ANGELA. Hablas ya como quien tiene
las mercedes que te han hecho
en la hacienda y en el pecho.
JUAN. Conozco el bien que me viene
de esa hacienda y ese honor,
pero no para tener
más libertad en querer
y hablar con menos amor.
Y mi pecho y mi persona
no tienen necesidad
de otra mayor calidad
que de Córdoba y Cardona.
Y si faltarme Aragón
se puede decir de mí,
por eso le tengo en ti,
para tener perfección.
Y cuando no fuera tal
esta señal en mi pecho,
la que tú en el alma has hecho
ya fuera roja señal.
Vi a Nuño, y dime a entender,
notando su cortesía,
que alguna dicha tenía,
señora, que agradecer.
No es ofender tu valor
tener celos, sin que seas
culpada, ni es bien que creas
que es ser ingrato a tu amor.
Nace de propios desvelos
el llegarlos a sufrir;
y así, te quiero advertir
que hay dos maneras de celos:
unos, señora, que están,
cuando igualmente se ama,
en crédito de la dama,
y otros, que tiene el galán.
Pensar mal es ofender
el crédito, y es culpar
la dama; mas recelar,
con la fuerza del querer,
es humildad del galán;
porque se tiene por menos
que los que, de prendas llenos,
con el mismo intento están.
Ansí que no es bien que aquí
tu vana sospecha arguya
que es desconfianza tuya
lo que es humildad en mí.
ANGELA. Cuando culpado estuvieras,
el discurso te abonara.
Ya sé que el amor repara
en las cosas más ligeras.
Nuño me sirve, es verdad;
pero yo le he dicho aquí
que he puesto, don Juan, en ti
lo más de mi voluntad.
Díjome que era muy justo,
conociendo tu valor,
no desamparar tu amor,
y emplear tan bien mi gusto.
Y con mucho cortesía
se despide, y despidió
su esperanza, pues que yo
tan firme en ti la tenía.
Esto es cuanto a celos toca;
en lo demás, de tu bien
no te doy el parabién.
JUAN. Pues ¿qué ocasión te provoca?
ANGELA. No te quisiera yo más
de lo que eres para mí;
que hallaba humildad en ti,
y ya con menos estás.

JUAN. Eres la primer mujer
que le pesa de que sea
más rico el bien que desea.

ANGELA. No todas saben querer.
El poderoso no quiere
como el humilde.

JUAN. Es engaño.

ANGELA. Por lo menos, algún daño
de su grandeza se infiere.

JUAN. ¿Cómo?

ANGELA. Porque ha de querer
tener el imperio en todo;
y no quiere de ese modo
querer ninguna mujer.

JUAN. Mira que estás engañada;
porque, habiendo de servir,
el hombre ha de preferir
en todo a la prenda amada;
que no ha de ser la mujer
la que le sirva y regale.

TELLO. El Rey a esta cuadra sale.

ANGELA. Venme aquesta noche a ver
por las rejas que solías,
y toma aqueste listón
en este anillo, que son,
no riquezas, prendas mías.

JUAN. Como cometa ha salido
esta estrella de tu mano;
pero ya me das en vano:
de hoy más, que recibas pido.
Ya tengo con qué servirte.

ANGELA. Eso mismo te decía:
ya quieres con fantasía.

JUAN. Humilde quiero pedirte,
de esta necedad, perdón.

ANGELA. Quien piensa que puede dar,
él vendrá a quitar de amar
aquella satisfacción.
Si el Rey te conoce bien,
y has de llegar a subir,
yo creo que ha de venir
a pesarme de tu bien.

TELLO. Dame una suela primero
que te vayas.

ANGELA. Tello amigo.

TELLO. Por la prisa no te digo
lo que en otra parte espero.

ANGELA. ¿Vienes bueno?

TELLO. A tu servicio,
y advierte que no soy yo
a quien el Rey renta dió,
ni oficio ni beneficio;
que he sido tan desdichado
que no se acordó de mí
en su vida, y le serví,
cuando más mozo, soldado.
Y después, iba a decir,
en escribir, si yo fuera
quien sus grandezas pudiera
en algún arte escribir.

ANGELA. ¿Luego el Rey no se te inclina?

TELLO. ¿Cómo? Aunque llegue a sus pies.
Si vengo a ser al revés
del pobre de la Picina.
Pues no vemos entre cuantos
tienen salud este nombre;
aquél, por falta de hombre,
y yo, porque tengo tantos.

ANGELA. ¿Quieres que hable por ti?

TELLO. Angela, el ángel serás.

ANGELA. Tú lo verás; mas no más,
que ya viene el Rey aquí.

(Vase ANGELA, *y sale el* REY.)

REY. Don Juan.

JUAN. Señor.

REY. Hoy quería
tratar la paz de Aragón.

JUAN. Ya sabes mi obligación
y la justa lealtad mía.

REY. No codicio el casamiento
en el grado que la paz.

JUAN. Es aquel clima capaz
de cualquiera movimiento,
no dando satisfacción
a lo que imagino agravio.

REY. Por un tercero tan sabio
quiero obligar a Aragón.
Escribe al rey una carta
por mí; copiaréla yo.

JUAN. ¿Quién, gran señor, mereció
tanta merced?

REY. Porque parta
con ella don Nuño, o quien
nos pareciere mejor.

JUAN. Beso tus pies.

REY. Tu valor
me obliga a quererte bien.

JUAN. Torno otra vez a estampar
con mi boca indigna el suelo
que pisas.

REY. Basta, don Juan;
que no ha de haber cumplimientos
si habemos de ser amigos.

JUAN. Porque lo mandas no beso

otras mil veces la tierra.
¿Amigo yo? Esclavo vuestro,
vuestra hechura, vuestra sombra.
No sé qué diga, que veo
de mirarme en vuestra gracia,
de mi bajeza el extremo.
Mas como un claro cristal,
guarnecidos los extremos
de ébano y plata, y colgado
en un real aposento,
no pierde su claridad
porque en él se mire un feo
y le queda como el sol
la luz que tuvo primero,
ansí yo, viéndome en vos,
vuestra grandeza no ofendo,
pues tan espejo os quedáis,
tan rey, tan sol y tan bueno.

REY. Ya que esto sabes de mí,
y yo de tu entendimiento
que para todo accidente
serás, don Juan, de provecho,
dime, ¿qué hablabas aquí?
Y advierte, que es buen consejo,
decir la verdad al rey,
fuera de haberte dispuesto
con darte nombre de amigo.

JUAN. ¿Viste con quién?

REY. Desde lejos,
doña Angela de Aragón
me pareció.

JUAN. Aquí me pierdo.
¿Qué bien le dieron a pobre
que no tenga contrapeso?
El Rey la quiere.

REY. ¿Qué dices?

JUAN. Que ha días que con secreto
sirvo a doña Angela, y soy
tan pobre, que no me atrevo,
por ser, cual sabes, tan rica,
a pedirla en casamiento;
que como no tiene hijos
el duque, su padre, temo
que me la niegue.

REY. Sosiega,
sosiega, don Juan, el pecho,
que te he visto en las colores
que piensas lo que no pienso.
No la tengo voluntad,
aunque sus merecimientos
bien pudieran obligarme;
porque en otra parte he puesto
los ojos; y aun en la misma,
como piensas, te prometo
que los quitara, obligado
de lo mucho que te quiero.

JUAN. Señor, a tanta merced
y tanto favor, no tengo
para cada parte un alma,
pero...

REY. No más. ¿Qué era aquello
que te dió?

JUAN. Aquesta sortija
con este listón de celos.

REY. Dirás tú: "¿Por qué pregunta
el Rey, si no le va en esto
nada, tantas cosas?" Mira,
mira, don Juan; un enfermo
huelga de tratar con otro
del mismo mal el remedio
de su enfermedad, y así
me informo para sabello.
Yo quiero bien, y he tenido
aqueste amor en silencio.
Llégate más. Muchos días,
por el estado que tengo,
no lo sabe la ocasión,
si bien tal vez la dijeron
los ojos que la querían,
quiérolo decir, por dueño.
Mas como el mirar los reyes
sea en diversos sujetos
sólo para hacer merced,
no cayó en su pensamiento
que quería por amor
recibir la merced de ellos.
He tratado de casarme,
como ves, por ver si puedo
divertirme, y no aprovecha.
Finalmente, me resuelvo
a que sepa doña Inés
de Córdoba que la quiero.
Nombréla. Basta; no importa,
pues sabes todo el suceso,
y quiero que se lo digas,
como que yo me entretengo
honestamente en miralla,
entre tanto que tenemos
la respuesta de Aragón.
Mira cómo te encomiendo
cosas de gusto y amor,
que son los polos supremos
del entendimiento humano,
fiado en tu entendimiento.

JUAN. No excuso agora arrojarme
al suelo o al mar sin suelo

de tu grandeza y valor.
REY. Levantaos, Conde.
JUAN. No puedo,
turbado.
REY. Haránlo mis brazos,
esto os quiero y esto os debo.

(Vase el REY.)

JUAN. ¿Qué es esto, Tello?
TELLO. Señor,
fué opinión de cierto necio;
porque dice que le enfadan
de que lo diga un discreto,
que se tomaba del vino
la fortuna, cuando el tiempo
la convidaba a comer,
y que en estando, a los viejos
daba, sin saber a quién,
oficios, rentas, dineros,
y que ésta era la ocasión
que por cualquier descontento
se los quitaba después,
porque se los dió sin seso.
JUAN. Bien dicho, pues si probase,
y aun lo dispone el derecho,
algún hombre que el delito
perpetrase, que el exceso
del vino le había privado
de sentido, estaba absuelto
de la pena de la ley;
mas yo de otra suerte entiendo
el favor de Alfonso.
TELLO. ¿Cómo?
JUAN. Porque se ha fundado, Tello,
en buena correspondencia
de estrellas; porque sospecho
que se miraron de trino
allá nuestros nacimientos.
TELLO. En fin, tú tienes la espada
de Santiago en todo el pecho,
cosa que se da a tan pocos
sin muchos merecimientos;
seis mil ducados de renta
y un título.
JUAN. No me acuerdo
que dijese el Rey de adónde.
TELLO. ¿Tienes lugar?
JUAN. Yo no tengo
más lugar que aquel que ocupo
donde me llego y me siento.
TELLO. Pues ¿de quién has de ser conde?
JUAN. No lo sé, si no lo pienso.
TELLO. Luego eres conde de anillo,
como obispo. ¡Oh, qué remedio
se me ofrece!
JUAN. ¿Cómo?
TELLO. Escucha:
procurar que escriba luego
el título, y deja en blanco
dónde dice que te ha hecho
conde, que cuando él lo vea
pondrá de aquesto o de aquello.
JUAN. Bien dices; yo llevaré
la pluma, pues que ya tengo
oficio de secretario.
TELLO. Llévala de bronce o hierro,
por que te sirva de clavo
con que afirmes por lo menos
la rueda de la fortuna.
JUAN. Tello.
TELLO. Señor.
JUAN. No la temo,
porque si no ha sido nada,
como me estaba me quedo.

(Vanse.)

ACTO SEGUNDO

(Salen DON JUAN *y* DOÑA INÉS.)

INÉS. ¿Qué mayor desdicha mía?
JUAN. Lo que me dijo refiero.
INÉS. Excusar el ser tercero
pudiera vueseñoría.
JUAN. Al enojo culpa doy;
si por él me habláis ansí,
yo soy el mismo que fuí.
INÉS. Y yo, quien os quiere soy.
Y siéndolo, no es razón
tratarme de amor ajeno.
JUAN. Aquí la causa condeno,
pero no la ejecución.
Mandólo el Rey que por mí
os advierta de su amor;
hacedle aqueste favor.
INÉS. No para servirme ansí,
que al amor que os tengo yo
se debe mayor respeto.
JUAN. Que os le pagará prometo;
yo no puedo.
INÉS. ¿Cómo no?
JUAN. Porque de mí se ha fiado,

puesto que no fuera Rey,
sino amigo, que ésta es ley
de cualquier hidalgo honrado.
Fióme su pensamiento;
amadle si vos le amáis,
que con esto me obligáis.

INÉS. Más vuestro desprecio siento
que el dejarme de querer.

(ANGELA, *al paño.*)

JUAN. Yo os quiero.
ANGELA. ¿Qué es lo que veo?
JUAN. Mas no puede mi deseo
querer más contra el poder.
Hacedme este bien a mí
si me estimáis.
ANGELA. El la ruega.
INÉS. Lo que con razón se niega
a nadie ofende.
JUAN. Es ansí,
si en esto hubiera razón.
Y, por Dios, hermosa Inés,
pues sabéis que mi interés
no es más que sólo afición,
pues lo demás no lo estimo,
que tan justo amor paguéis.
INÉS. Sospecho que os atrevéis
en fe de mi deudo y primo.
¿Hay locura semejante?
Id con Dios, que venís ciego.
JUAN. Estad bien en lo que os ruego.
INÉS. Tengo el alma de diamante.

(*Vase.*)

JUAN. Pues con sangre en él imprimo
que es la que de mí tenéis.
ANGELA. "Sospecho que os atrevéis
en fe de mi deudo y primo."
JUAN. ¿Hay donaire semejante?
ANGELA. Quién duda que lo sería
la gracia con que os decía
"tengo el alma de diamante".
Ni con menos respondéis
a lo tierno de ser primo:
"pues con sangre en él imprimo
que es la que de mí tenéis".
JUAN. ¿Tenéisme a mí por tan ciego
que lo diría por mí?
ANGELA. ¿No le dijistes aquí
"estad bien en lo que os ruego"?
JUAN. Es verdad; pero no era
materia de propio amor,
ni al vuestro ni a mi valor
tan notoria ofensa hiciera.
ANGELA. Pues ¿cómo pueden venir
a propósito estas cosas
tan ciertas?
JUAN. Siendo forzosas
para quien llega a pedir.
ANGELA. ¿Vos a Inés?
JUAN. ¡Si yo os pudiera
satisfacer!
ANGELA. Hacéis bien;
que ni vos podéis también,
ni yo tampoco os creyera.

(*Sale el* REY.)

REY. Solos pienso ya que están.
JUAN. Vos sois el mayor testigo
de que os trato verdad.
ANGELA. Digo
que sois...
REY. ¿Qué es esto, don Juan?
JUAN. Aguardadme aquí que quiero
ver lo que me manda el Rey.
ANGELA. ¡Qué poco guardáis la ley
de amante y de caballero!
Pero ya la fantasía
os habrá mudado en todo.
REY. ¿Cómo te habló de ese modo
doña Angela?
JUAN. Porque había
hablado aquí con Inés
rogándola que te amase.
REY. No es mucho que sospechase.
JUAN. Quien ama, siempre lo es.
REY. Que tú amores la decías.
¿Y no la has desengañado?
JUAN. Sin razón has agraviado,
señor, las verdades mías.
Si perdiera a Angela bella,
alma por quien tengo vida,
vida al alma tan asida,
que quiero y muero por ella;
si pensara que jamás
la habían de ver mis ojos,
por celos, o por enojos,
que no hay que decirte más,
no le dijera el secreto
que tú me dijiste a mí.
REY. Todo lo creo de ti,
honrado, sobre discreto;
pero no es justo que des

pesadumbre a lo que quieres.
Yo conozco a las mujeres:
dila que yo quiero a Inés;
que aunque no me está muy bien,
te doy licencia que digas
mi secreto, pues la obligas
a que le guarde también.

JUAN. Antes tengo por mejor
irme yo, si eso la digo.

REY. Vete.

JUAN. Escucha a tu enemigo
satisfacción de tu amor.

ANGELA. ¿Qué me puedes ya decir?

JUAN. Su licencia el Rey me dió;
que no me atreviera yo
sin ella.

ANGELA. Ya quiero oír.

JUAN. El Rey y Nuño han tratado
casarle con doña Inés,
de secreto, que esto es,
mi bien, lo que la he rogado.
El agravio que hay aquí
es el romper el secreto;
pero lo que yo prometo,
soy tal, que lo cumplo así.

ANGELA. Esto ¿cómo puede ser,
si me quiere a mí y me adora?

JUAN. Despreciándole, señora,
pudo dejar de querer,
y, por hacerte pesar,
pretender a doña Inés;
esto, finalmente, es.
Aquí te puedes quedar,
no piense el Rey que tratamos
otra cosa.

ANGELA. Yo te creo.
Celos pican el deseo.

JUAN. ¿Estamos en paz?

ANGELA. Sí, estamos.

(Vase DON JUAN.)

REY. Pues, Angela, ¿cómo sientes
este pensamiento mío?
Juzgarásle a desvarío,
por muchos inconvenientes.

ANGELA. No, señor, porque es muy justo;
que casar a doña Inés
con don Nuño pienso que es
de tu gusto y de su gusto.

REY. ¿Cómo dices?

ANGELA. Pues ¿no es
don Nuño merecedor,
por sus partes, del valor
y gracias de doña Inés?

REY. ¿Quién te ha dicho que se casan?

ANGELA. Don Juan, y que ya traía
tu licencia.

REY. ¡Qué hidalguía!
Bien dijo, que mientras pasan
estas cosas con secreto,
aunque no vengan a ser,
no hay, Angela, qué temer.
¡Oh, cómo es don Juan discreto!
Basta, que aunque di licencia
para decirle mi amor,
buscó remedio mejor:
extraña y cuerda advertencia.
Angela.

ANGELA. ¡Señor!

REY. Advierte
que no digas que la caso.

ANGELA. No daré en mi vida un paso,
si no es para obedecerte.
Y logre el cielo la tuya.

REY. Yo haré tan grande a quien quieres,
que le envidien.

ANGELA. De quien eres
no hay valor que no se arguya.

(Vase.)

REY.

Poderosa potencia, entendimiento,
no por la general filosofía
que da a la majestad la monarquía,
que voy en diferente fundamento.
Pero, para rendir el pensamiento
e inclinar a su amor la fantasía,
como muestra el ejemplo de la mía,
¿quién tuviera tan presto atrevimiento?
Más quiero la razón que los antojos,
aunque la vista reine en los oídos;
que cuando al ver se rinden mil despojos,
con el divino oír quedan vencidos:
porque si el cuerpo escucha por los ojos,
el alma quiere ver por los oídos.

(Sale TELLO.)

TELLO. Aquí estaba el Rey; no sé
si me atreva a entrar. ¿Qué importa?
Si su grandeza reporta,
su benignidad se ve.
Rayos, como el sol, ofrecen
los reyes, cuando los miran;
mas ¿por qué causa me admiran,

si tanto a Dios se parecen?
¡Qué gran ser la monarquía!
Si fuera rey, no durmiera,
por no pensar que no era
rey el tiempo que dormía.
Con justos, con altos modos,
hizo Dios un rey, un hombre
que fuese igual en el nombre
y en la grandeza entre todos.
Ya me ha visto.

REY. Tello amigo,
¿cómo no nos vemos ya?

TELLO. Porque un rey, señor, está,
como es rey, sólo consigo.
Y he notado, o son antojos
de mi ignorancia fingidos,
que oye con otros oídos
y que ve con otros ojos.

REY. No te entiendo.

TELLO. Si ha de oír
un rey, es lo que otro oyó,
porque al rey se lo contó,
no porque lo oyó decir.
Si ha de ver, fuerza ha de ser
que es por lo que el otro vió.

REY. No te explicas.

TELLO. ¿Cómo no,
si es tan fácil de entender?
¿Anda el rey por la ciudad,
para ver, ni para oír?

REY. Ya te entiendo.

TELLO. Esto es decir
que está en duda la verdad.
Cierto emperador había
que tal vez se disfrazaba
y por la ciudad andaba,
donde él mismo oía y vía.
Murmuraban a un rey griego
una noche unos soldados,
por mil pantanos cargados
de un máquina de fuego,
y él, que iba entre ellos desnudo,
"Del cetro y la monarquía
murmuralde—les decía—;
mas no de mí, que os ayudo".

REY. Tello, ejemplos de tu mano
no pueden tener valor.

TELLO. Gran razón tienes, señor.
Hable del campo un villano.

REY. ¿Qué hay por allá, que también
informa algún desigual?

TELLO. Señor, decir mucho mal
y hacer siempre poco bien.
En estos dos polos solos
se mueve, aunque injusta ley,
una corte.

REY. Pues el rey
tiene diferentes polos.

TELLO. ¿Quién, señor?

REY. Premio y castigo,
para el malo y para el bueno.
¿Qué hay del Conde?

TELLO. Que anda lleno
de pena por ti, y consigo.
¿Llámasle conde, y no sabe
de qué?

REY. ¿No tiene de dónde?

TELLO. ¿Es conde el conde que esconde
el nombre, aunque ilustre y grave,
porque no tiene una casa,
un cortijo, ni un lugar
de que se pueda nombrar?

REY. ¿Que es tan pobre?

TELLO. Aquesto pasa.
Ayer labró, de madera,
una cochera, y decía
yo que llamarse podía
el conde de la Cochera.
Conde de anillo le has hecho;
llamarle pienso de Albania,
de Troya o de Caramania,
si no le ha de dar provecho.
El don mal calificado
que largos años espera,
es hermosura en ramera
y es ser capón y casado;
es un necio irremediable
en talle hermoso y galán,
es fuerza de ganapán,
y riqueza en miserable;
es donaire en quien jamás
ha sido bien escuchado,
y es ingenio en desdichado;
que no hay que decirte más.

REY. ¿Ereslo tú?

TELLO. Sí, por Dios.
Pues, sabiendo tú mi nombre,
¿no me haces hombre? Eres hom-[bre,
negociáramos los dos:
tú, fama, y yo, vida ansí.
Mas ya, para la que queda,
no me des nada que pueda
darme cuidado de mí;
que me fué tan importuna,
desde que nací, señor,
que no podrá tu valor

vencer mi baja fortuna.

REY. ¿Qué has pedido?

TELLO. Nada.

REY. Pues
¿de quién te quejas?

TELLO. Desdicha
de hombres de bien, mas por dicha
no me lo dieran después.

REY. Lo que tu fortuna impide,
nuestra grandeza no ofende.

TELLO. Supuesto que así se entiende,
quien sirve y calla, harto pide.

REY. Pide, Tello, y no te impida
la distancia de los dos;
que el mismo Dios, con ser Dios,
quiere que el hombre le pida.

(Vase.)

TELLO. Fuése, o grave, o enfadado.
¿Qué me canso? Yo he de ser
lo que he sido.

(Sale DOÑA ANGELA.*)*

ANGELA. No ha de haber
disculpa en amor culpado.

TELLO. (Esta es doña Angela.) El cielo
logre tanta perfección.

ANGELA. ¿Qué hay, Tello?

TELLO. Esta confusión,
este fausto, este desvelo.
¿No has visto, por el septiembre,
en aquel notable encuentro
del invierno y del otoño,
causar, desigual el tiempo,
destemplanza en los humores
y caer muchos enfermos?
Pues lo mismo nos sucede,
pasando de extremo a extremo,
desde pobres hasta ricos.

ANGELA. ¿Y cómo os va?

TELLO. Bien, con serlo;
pero como quien ayuna
mucho tiempo y con exceso,
después no puede comer,
así nos va sucediendo.

ANGELA. ¿Cómo está el Conde?

TELLO. ¿Qué conde?

ANGELA. Tu amo.

TELLO. Como no veo
de dónde, no sé qué diga.

ANGELA. Pues, di, Tello, ¿no le han hecho
más merced?

TELLO. Allá, en mi tierra,
tenía yo cierto deudo,
que comía carne en viernes,
perdiz, gallina y conejo,
con intención de estar malo;
esto de mi amo entiendo:
que es conde con intención
de tener de dónde.

ANGELA. Presto
le hará el Rey esa merced,
justa en tan gran caballero.
¿Qué casa tiene?

TELLO. Ya tiene
los primeros fundamentos:
mayordomo, secretario
galán, maestresala diestro
y su poquito, también,
de caballerizo.

ANGELA. El tiempo
es como una ardilla en jaula:
nunca para el movimiento.
¿Son buenos esos criados?

TELLO. De los cantores dijeron,
no porque sea verdad,
un donaire.

ANGELA. Ya le espero.

TELLO. Tiple, goloso; contralto,
loco; tenor, siempre necio;
contrabajo, bebedor.

ANGELA. ¡Qué disparate!

TELLO. En extremo;
que no hay cantor que no sea
un ángel.

ANGELA. Así lo creo.

TELLO. A esta traza, el vulgo dice:
maestresala, limpio y diestro;
mayordomo, miserable,
y secretario, discreto;
caballerizo, galán;
rapio rapis, despensero;
paje bellaco; lacayo,
gran bebedor; mal contento,
cochero; libre y sin alma,
y goloso, cocinero.

ANGELA. En fin, muda los estados,
las casas y los gobiernos
el tener.

TELLO. No hay más sustancia
ni calidad que el dinero:
hace sabios, hace honrados,
hace grandes los pequeños,
hace talles y hermosuras.

ANGELA. Sí, pero no hace discretos.

TELLO. ¡Oh, qué lindo! Dame tú

que un rico, aunque sea un necio,
diga una cosa común,
y verás criados, deudos
y amigos que en un aplauso
dicen que es cosa del cielo.
Dame tú que un pobre diga
algún donaire o concepto,
y verás que a los que escuchan,
la risa se vuelve en hielo.
Pero, dejando estas cosas,
enfadosas por lo menos
y cansadas por lo más,
¿cómo estamos en tu pecho?
Yo en el corcho, claro está,
de tus chapines, contento
de que el alma que te he dado
sirva de alcornoque en ellos.
¿Don Juan estará en la tuya?

ANGELA. No lo creas.

TELLO. Sí lo creo.

ANGELA. Tiene otro dueño.

TELLO. ¿Qué dices?

ANGELA. Que don Juan tiene otro dueño.

TELLO. ¿Quién?

ANGELA. Doña Inés.

TELLO. Celos.

ANGELA. No,
sino agravios que me ha hecho,
Pregúntalo a él y a todos.

TELLO. Si fuese verdad...

ANGELA. ¡Ay, Tello!
Así es amor inconstante.
Aquestos ojos le vieron
rogarla y decir, aquí,
mil amores y requiebros.

TELLO. ¿Esos ojos?

ANGELA. Estos ojos.

TELLO. ¿Cómo no le deshicieron
sus rayos?

ANGELA. Porque con agua
estaban los rayos muertos.

TELLO. ¿Luego has llorado?

ANGELA. ¿Es milagro?

TELLO. Sí, que en la esfera del fuego
es mucho engendrarse el agua.
Pero apostaré que fueron
las lágrimas del aurora.
¿Dónde lloraste, que quiero
ir a coger blanco aljófar?

ANGELA. Tello amigo, en este lienzo.

TELLO. Dámelo, así Dios te dé
lo mejor de mi deseo,
y te daré...

ANGELA. No prosigas.
Toma, Tello.

TELLO. A don Juan llevo
este lienzo de verdades
y este puñado de celos.

(Vase TELLO.)

ANGELA.

Celos que amor en las sospechas cría
son del temor una insufrible ausencia,
una solicitud y diligencia,
que mueve la turbada fantasía.
Son una indivisible compañía
celos y amor, y aun pienso que una esencia;
pero con esta sola diferencia:
que celos son la noche; amor, el día.
Forzosos celos son, no son violentos;
apenas nace amor, cuando los llama;
nadie puede entender sus movimientos;
ninguno, defenderse de su llama;
porque, si son los celos pensamientos,
¿quién puede no pensar perder lo que ama?

(Sale DON NUÑO.)

NUÑO. ¿Qué me puede suceder,
acabando de llegar,
si lo primero es hallar
cuanto deseaba ver?
Mal partir y buen volver
perdonan cuanto, partiendo,
estuve, ausente, sufriendo,
pues con estaros mirando
hallo más gloria llegando
que tuve pena partiendo.
Ya me doy la bienvenida
de tanta desconfianza;
que en amor que no se alcanza
es la esperanza perdida.
Y aunque, de verme, ofendida,
por aborrecerme estéis,
quitarme ya no podéis
la gloria de haberos visto.
Conque al disfavor resisto
que con pesares me hacéis.

ANGELA. No tengo por cortesía
el decir que me queréis,
don Nuño, y que os ofendéis
de la poca lealtad mía;
pues en este mismo día
sé cuán diferente estáis:
que a doña Inés deseáis,

y que tengo por muy cierto
que sabe el Rey el concierto
con que los dos os casáis.
Mas ¿de qué sirve, si a ella
pretendéis, don Nuño, aquí
decirme amores a mí
para casaros con ella?
Si es discreta como bella
y por mujer os la dan,
y dais poder a don Juan
que lo trate en vuestra ausencia,
a un tiempo es impertinencia
ser marido y ser galán.

(*Vase.*)

NUÑO. ¿Yo a don Juan, si llego agora
de Aragón? ¡Espera, tente!
Fuése. Celoso accidente
la obliga: a don Juan adora.
Don Juan, que la quiero ignora,
y tratará de casarme
con doña Inés, por pagarme
el amor que le he tenido,
o doña Inés me ha querido,
y le habló, por obligarme.
No supe jamás su amor.
Sin duda me quiere bien,
y a su primo habló también
para mostrarlo mejor.
Pues si ella me hace favor,
yo trato mi casamiento
y olvido su pensamiento;
que vengarse de un desdén
es de amor el mayor bien,
después del merecimiento.

(*Sale el* REY.)

REY. Seas, Nuño, bien venido.
NUÑO. Mil años te guarde el cielo.
REY. ¿Qué hay de Aragón?
NUÑO. Estas cartas.
REY. Aguarda mientras las leo.
NUÑO. (No sé si le hable al Rey
y le diga el pensamiento
de doña Inés. Bien será,
que bien merezco, por premio
de esta jornada, sus manos.
Pero será bien, primero,
el saber de doña Inés
si lo que me han dicho es cierto;
que no es discreto el que fía
en ilusiones de celos,
porque suelen, a los ojos,
transformar lo blanco en negro.)

(*Salen* DON JUAN *y* TELLO.)

JUAN. Aquí está el Rey.
TELLO. Y don Nuño.
JUAN. ¡Oh, Nuño!
NUÑO. ¡Don Juan!
JUAN. ¿Tan presto?
NUÑO. Llegué, vi, no negocié.
TELLO. La presteza con que has vuelto
te perdona el haber sido
César al revés.
REY. Yo creo
que se ha de hacer todo bien.
NUÑO. A tu Majestad confieso
que vine desconfiado.
REY. Amigo don Juan, ¿qué es esto?
JUAN. Aquel título, señor,
de que ya merced me has hecho.
REY. ¿Aún no le había firmado?
JUAN. No, señor.
REY. Muestra.
TELLO. (San Telmo,
San Blas, haced que lo vea.
Mas yo buscaré remedio.)
Mire vuestra Majestad
qué lindas letras.
REY. ¡Oh, Tello!
TELLO. Mire qué Alfonso tan digno
de este nombre, qué bien hechos
lazos y famosos rasgos;
pues este renglón tercero,
rey de Castilla y León;
pues más abajo...
REY. ¿Qué es esto
que viene en blanco?
JUAN. Señor,
los lugares que no tengo.
REY. Muestra la pluma.
TELLO. ¡Oh, qué lindo!
¿Qué te dice? Bien se ha hecho.
No hay cosa como la industria:
tanto puede como el tiempo.
REY. Yo he firmado. Ven conmigo,
Nuño; que despacio quiero
ver la carta, y que me digas
qué hay de lo exterior del pecho.

(*Vanse el* REY *y* DON NUÑO.)

TELLO. Mira presto lo que dice.
JUAN. Dejé, Tello, mucho blanco.

TELLO. No importa, que el Rey es franco.
JUAN. A mi humildad contradice
dejalle tanto lugar.
TELLO. Lee.
JUAN. No me atrevo.
TELLO. Prueba.
JUAN. "De Conde de Villanueva",
y en lo que viene a sobrar
de lo blanco del renglón,
"Duque de Arévalo" ha puesto.
TELLO. ¡Puto!
JUAN. Pues ¿tú descompuesto?
TELLO. Aquestas cosas no son,
señor, para hablar en seso.
Hoy, de locuras es día.
Alzaré a vueseñoría
y vuestra excelencia en peso.
JUAN. En la próspera fortuna,
se muestra el hombre prudente.
TELLO. Quien no la celebra y siente,
nunca Dios le da ninguna.
Salto y relincho a lo payo.
¡Ea! ¿Qué me das a mí,
que no poco te serví?
JUAN. A ser sol, te diera un rayo.
TELLO. En nuestra pobreza escasa,
bien la quisiera tomar,
para subirme a espulgar
a la azotea de casa.
Mas ya no quiero otro sol
que el tuyo. Desde hoy me nombra
tu sombra; estoy a tu sombra.
JUAN. El gabán de tornasol
y el vestido plateado
y cuatrocientos escudos
son tuyos.
TELLO. Quiero que des
a esta boca treinta pies;
hablen en tu loor los mudos.
¡Plega a Dios que nunca veas
la envidia!
JUAN. ¡Qué necio estás!
Que, si no la he de ver más,
muy poco bien me deseas.
Desdichado de aquel hombre
que nadie, Tello, le envidia;
porque donde no hay envidia,
ni hay bien, ni hay fama, ni hay
[nombre.
TELLO. ¿Quieres que te dé un consejo?
JUAN. ¿Tú a mí?
TELLO. De tanta importancia,
que te admire mi ignorancia;
tal vez el agua es espejo.
JUAN. Está bien dicho.
TELLO. Haz a todos,
en esta prosperidad,
buen rostro, y con humildad
les habla de varios modos.
Guarda de ser descortés,
que picarás en malquisto,
como algún soberbio he visto
que lo ha pagado después.
Buen hablar, buen responder
y hacer bien, el de alto vuelo,
es hacer más blando el suelo,
por si volviere a caer.
JUAN. Añado, por el consejo,
doscientos escudos más.
TELLO. La lección tomando vas;
soy charco, y sirvo de espejo.

(Salen INÉS *y* ANGELA.*)*

ANGELA. ¿Que, en efecto, no es verdad?
INÉS. ¿Yo con don Nuño?
ANGELA. Habla quedo,
que está aquí don Juan.
INÉS. No puedo.
JUAN. Justo parabién me dad
de la merced que me ha hecho
su Majestad. Duque soy
de Arévalo.
INÉS. Mil os doy,
y mil abrazos al pecho.
JUAN. A la merced que me hacéis,
¿qué respuesta puedo dar?
INÉS. ¿No le llegáis a abrazar?
JUAN. ¿No merezco que me deis
el parabién de este bien?
¿Tan presto mostráis tristeza?
Alzad, mi bien, la cabeza,
y daréos el parabién;
pues no me le queréis dar,
recibiréisle de mí.
ANGELA. No me habléis, don Juan, ansí
pues ya no me habéis de hablar.
JUAN. Injustos celos.
ANGELA. No son;
que abrazaros doña Inés
no es ocasión, pues no es
doña Inés vuestra ocasión.
Yo me entiendo.
JUAN. Y yo quisiera.
ANGELA. Vos lo sabréis algún día.
JUAN. Quien tan bien ama y porfía,

justo galardón espera.

ANGELA. Váyase vuestra excelencia,
que tendrá mucho qué hacer.

JUAN. Esto de aguar el placer
tiene amor por excelencia.
Voy a besarle la mano
al Rey, por esta merced.
Ven, Tello.

TELLO. Eso sí; tened
disgusto en amor tan llano.
Placeres de amor fingidos,
que siempre sois, advertid,
como vinos de Madrid:
aguados y mal medidos:

(Vanse TELLO *y* DON JUAN.)

INÉS. ¿De qué has quedado celosa?

ANGELA. ¿Yo celosa?

INÉS. Pienso yo
que aquel abrazo te dió
alguna ocasión miedosa.

ANGELA. No, Inés; desde aquí te doy
a don Juan, que yo aborrezco.

INÉS. Bien sé que a don Juan merezco
sin ti, por ser yo quien soy.
Ni quiero que tú me des
lo que yo merecer puedo,
si no es que ya tienes miedo
de que lo ha de ser después.

ANGELA. En tus méritos no toco.
Sólo te quiero avisar
que hago muy poco en dar
cosa que estimo en tan poco.

(Vase.)

INÉS. ¿Por eso te vas ansí?
Triste quedo, y con razón.

(Sale DON NUÑO.)

NUÑO. (Yo llego a buena ocasión,
ya que la ocasión perdí.)
Señora, dadme lugar;
amor que me dió ventura,
la esperanza me asegura...
(Apenas la puedo hablar.)
¿Qué mucho que esté turbado?
Que vergüenza o necedad
es fuerza o es propiedad
de cualquiera desposado.

INÉS. No entiendo lo que decís.
¿Cómo venís de Aragón,
que bien muestra esa razón
que de otro reino venís?

NUÑO. ¿Qué mejor puedo llegar
que hallando tanto favor?

INÉS. ¿En Angela, o en quién?

NUÑO. Si amor
la tuve, ya no hay que hablar.
Ni os dé doña Angela celos;
pues a ser vuestro marido
he sido tan bien venido
por voluntad de los cielos.

INÉS. ¿Mi marido?

NUÑO. ¿Luego no?

INÉS. ¿Quién os dijo esa mentira?

NUÑO. Angela.

INÉS. Mucho me admira,
pues fué sin saberlo yo.
Y así, no es descortesía
que os deje, don Nuño, aquí;
que yo he de ser de quien fuí,
o he de dejar de ser mía.

(Vase.)

NUÑO.

No hay cosa más sujeta a destemplanza
que es el sujeto de mujer: por puntos
mudan de parecer, viéndose juntos
la inconstante fortuna y la mudanza.
Glorioso aquí su ejemplo nos alcanza
con Grecias, Troyas, Romas y Saguntos;
que si de la fortuna son trasuntos,
donde hay alma no falta la esperanza.
El es un animal, necio o discreto,
de quien somos por fuerza tan amigos,
que es de su imperfección lo más perfeto.
Y aunque traigan sus gustos por testigos,
por lo menos, un hombre está sujeto
a mentiras, desgracias y enemigos.

(Salen el REY, DON JUAN *y* TELLO.)

REY. Basta, don Juan; no te quiero
tan humilde en lo que es justo.

JUAN. Quiero obedecer tu gusto.

REY. Más merced hacerte espero.

NUÑO. (Quisiera hablar a don Juan,
y, por el Rey, no me atrevo.
Pero ¿cuál engaño es mucho
adonde hay más de un galán?
Voime, corrido y turbado
de haber llamado mujer

a quien ya, con no lo ser,
me deja en tan bajo estado.
Pero dirá mi esperanza
que llamar no la quería
mujer, para serlo mía,
sino mujer en mudanza.)

(Vase.)

REY. Pide, don Juan; aquí estoy;
pide, no estés temeroso;
soy tu amigo y poderoso,
mira qué dos cosas soy.
¿Qué dudas de mí y de ti?
Amor, justa queja alcanza;
no haber en ti confianza
es faltar valor en mí.
Si es justo mi sentimiento,
deja que tenga valor,
pues dejo yo, por amor,
que tengas merecimiento.

JUAN. ¿Adónde hallaré cadenas,
esposas, eses y clavos
para confesar esclavos,
para darte a manos llenas
las almas que ya te debo?
Pues tantas veces me haces,
que pienso que me deshaces
por volverme a hacer de nuevo.
Lo que me has dado es de suerte
que para muchos bastara,
y que a Alejandro causara
nueva admiración el verte.
El cual, al que le pedía
dote para una doncella,
le dió la ciudad más bella
que en treinta reinos tenía,
y, viéndole como estoy,
le dijo: "Griego, ¿qué quieres?
Tú pides como quien eres,
y yo doy como quien soy".
Mas, para no te cansar
con prólogos, excusados
en rey y vasallo indigno,
entre señor y criado...

REY. Don Juan, añade entre amigos,
y di, que contento aguardo
lo que me quieres decir.

JUAN. La cifra de bienes tantos,
el epílogo, señor,
y el sello al favor pasado
es darme para mujer
a doña Angela, que igualo
ya en grandeza, desde el día
que debo el ser a tus manos;
háblala, si eres servido;
dile que gustas que, estando
tan iguales...

REY. No prosigas.
Allá viene. Aguarda un rato
detrás de aquella antepuerta.

JUAN. Tello, aquí nos escondamos
a esperar el mayor bien.

TELLO. ¿Qué tienes que estar dudando,
si te dió un lienzo de perlas,
en señal de este contrato?

JUAN. Bien dices; mas suele ser,
sin amor, fingido el llanto.

(Sale ANGELA.)

ANGELA. De las paces de Aragón
vengo a darte el parabién,
y de casarte, también.

REY. Cosas imposibles son;
pero vanse disponiendo.

ANGELA. El cielo te dé, señor,
lo mismo que tu valor
a voces le está pidiendo.

REY. Angela, tu buen deseo
recibo, y el parabién,
porque deseas mi bien
y porque en tu bien me empleo.
Y así, excusando de ser
casamentero enfadoso,
no quiero que estés suspensa:
yo trato y la mano pongo
en tu remedio.

ANGELA. Señor,
bien del pecho generoso
que debe al Duque, mi padre.

REY. Esto se resuelve todo
en que don Juan de Cardona
sea..., ¿qué dudo?, tu esposo.
Bien sé que en tratarte de esto
te doy más gusto que enojo,
y que, como a los que lloran
por algún caso forzoso
y tienen, con la vergüenza,
las lágrimas en los ojos,
tienes la risa en los labios,
y que el mismo "sí", amoroso,
por salir, rompe las perlas
de tu boca blanco adorno,
y entre ellas, como entre guijas
arroyuelo sonoroso,

deshaciendo está cristales
y apartando arenas de oro.
¿Qué dices?

ANGELA. Que te ha engañado
el amor que a don Juan tienes,
y que de su parte vienes
bienquisto y mal informado.
Cuando era pobre don Juan,
a don Juan, señor, quería:
partes humildes tenía
para marido y galán.
Pero, rico y gran señor,
pensará que me honra a mí,
que desde que soy quien fuí
tuve ese mismo valor.
Yo pensaba honrarle a él,
y que, honrado, me estimara;
mas ya no, porque pensara
que yo me honraba con él;
pues no he de tener marido
que piense que me honra a mí,
si por tu causa hoy le vi
diferente del que ha sido.
Tú bien lo puedes mandar;
mas yo, del poder forzada,
viviré tan mal casada,
que no me pueda alegrar.
Si de un casamiento igual
se engendra amor, yo no espero,
si tan desigual le quiero,
menos que amor desigual.
Si le causa maravilla
el ver mi resolución,
yo me volveré a Aragón,
y él se quedará en Castilla.
Con esto, y con tu licencia,
me voy, pidiendo perdón
a la justa obligación
de tu amor y tu prudencia;
a la cual suplico y pido
mire que es injusta cosa
a una mujer generosa
darle un forzado marido.
Y dígale que el amor
que le he tenido, tendré;
pero que no le querré
para que él me deje honor.
Y, pues su privanza es,
por su ingenio y su lealtad,
case vuestra Majestad
a don Juan con doña Inés;
que esto será más igual,
pues de su deudo se infiere;
que yo sé que ella le quiere
y que él no la quiere mal.

(*Vase.*)

REY. ¿Haslo oído?

JUAN. Ya lo oí,
aunque oírlo no quisiera.

REY. Yo he leído mil historias
y visto mil experiencias;
pero caso semejante
no sé, por Dios, cómo tenga
de haber sido ni de ser
verdad, en burlas ni en veras.
¿Hay locura semejante?
¿De suerte que porque seas
mayor que su estado, dice
que no es razón que te quiera?
No quiero agora quitarte
lugar para que lo sientas;
que yo sé cuánto, quien ama,
las soledades desea.
Ella ha querido probarte;
podrá ser que se arrepienta,
celosa de doña Inés,
a quien dice.

JUAN. No lo crea
vuestra majestad, señor.
Celos son.

REY. Cuando no fuera
tu amigo cual soy, don Juan,
aun no tuviera sospecha.
Yo quiero volver a hablarla.

JUAN. No, señor, porque quien niega
a tu majestad su gusto,
determinación le queda
para no hacerlo jamás.

(*Vase el* REY.)

¡Ay de mi esperanza muerta!
¡Ay de mis locos deseos!
¡Ay de mis queridas prendas!
¡Ay de mis pasadas glorias!
¡Ay de mis necias quimeras!
¡Ay de mis suspiros! ¡Ay
de mis celos!

TELLO. ¡Paso, espera,
que pienso que en portugués
cantas más ayes que letras!

JUAN. Tello, doña Angela ingrata
es mujer, pero es soberbia.
Mira por qué me aborrece,
mira por qué me desprecia:
porque soy más que ella, Tello;

Tello, porque soy más que ella.
¡Pues vive Dios que he de ser
aquello que de antes era.
Ya quiero ser pobre yo,
si ansí puedo merecerla.
¡Basta! Lo que tiene de ángel
ha hecho que Angela tenga
propia condición del cielo,
pues quiere que la merezca
con pobreza y con suspiros.

TELLO. Con suspiros y pobreza
suelen ser aborrecidos
cuantos aman y desean;
mas ¿cómo podrás ser pobre
y bajar desde excelencia
a la merced que tenías?

JUAN. Para bajar, ¿quién lo piensa?
Fortaleza es menester
para subir una cuesta;
para bajarla, ninguna.
Yo bajaré donde vea
doña Angela de Aragón
que, si por rico me deja,
me vuelva a querer por pobre.

TELLO. Mayor desatino intentas
que se ha visto ni se ha oído.

JUAN. ¿De qué sirve la riqueza,
sin Angela? ¿De qué sirven
los títulos, ni la renta?
No quiero, sin ella, Tello,
los estados donde llega
la rueda de la fortuna,
que por la inconstancia es rueda;
sin ellos podré vivir,
no podré vivir sin ella.
Angela es ángel, es móvil
y rige mis tres potencias:
por ella tienen acción
mis sentidos.

TELLO. Linda tema.
Ya te vas volviendo loco.

JUAN. Amor me manda y me fuerza
querer la propia desdicha
y temer la dicha ajena.

ACTO TERCERO

(Salen el REY *y* DOÑA INÉS.)

REY. Silencio engendra el recato,
y la grandeza, respeto.

INÉS. La indignidad del sujeto
tal vez favorece el trato.

REY. Por eso a don Juan mandé
que de mi amor te advirtiese.

INÉS. El causó que os respondiese,
señor, lo que injusto fué.

REY. Antes me parece justo,
queriendo bien a don Juan;
porque los reyes no dan,
con la voluntad, disgusto.
No la quiero yo forzada,
ni fuera, Inés, justa ley;
porque ha de estar, para un rey,
muy libre y desocupada.

INÉS El no saber, gran señor,
la merced que me habéis hecho
ocupó entonces mi pecho
de tan mal pagado amor.
Pero, pues vos me queréis,
yo me forzaré a olvidalle;
que en entendimiento y talle,
como en ser rey, le excedéis.

REY. No, Inés; no quiero aposento
de quien otro se ha de echar;
libre le quisiera hallar,
para entrar, mi pensamiento.
Que si encontrar a la puerta
otro hombre, o dentro de casa,
tanto ofende y tanto abrasa,
cuando la sospecha es cierta,
¿qué será en el mismo centro
del alma, al venirle a hallar?
Pues no se pueden matar
dos almas que se hallan dentro.
Si está la tuya ocupada
de la que don Juan te dió,
¿cómo quieres tú que yo
con ella saque la espada?
Un rey puede desterrar
de su tierra a quien le ofende;
de su casa, al que pretende
con modo injusto privar:
pero, aunque el cetro y la palma
le dé absoluto la ley,
¿cómo puede, Inés, un rey
sacar un alma de otra alma?

INÉS. Señor, con dificultad;
y es bien responderte ansí,
porque es muy justo que a ti
te trate siempre verdad.
Pero, en razón de haber sido
desleal a tu secreto
don Juan, no admito el conceto,

que nunca el alma he tenido.
La imagen, sí, retratada
de su persona, señor;
no el alma, que de su amor
nunca me he visto obligada.
Bien me pudiera vengar
con deciros que había sido
quien me persuadió, ofendido
de vuestros celos, y dar
ocasión a que con vos
cayese en desgracia justa;
mas no he de hacer cosa injusta,
que somos uno los dos,
aunque no en la voluntad;
y, pues que ya lo sabéis,
os suplico le obliguéis,
pues le igualo en calidad,
a que mi marido sea.

REY. Yo haré, Inés, lo que pudiere;
que si don Juan no te quiere,
alguna cosa desea.

(Vase INÉS.)

Yo he negociado muy bien,
ya que pretendí por mí,
pues el desengaño aquí
me mata más que el desdén.
Con lo que digo a quien quiero
me despacha a otro galán;
hago tercero a don Juan,
y de don Juan soy tercero.
¡Qué poco de la grandeza
se paga la voluntad!
Y más si la majestad
se ha rendido a la belleza.

(Sale DON NUÑO.)

NUÑO.

El está solo. ¿De qué sirve agora
diferir el lugar?

REY.

¿Qué hay, Nuño?

NUÑO.

Vengo
a suplicarte vuelvas por mi honra.

REY.

¿Qué dices, Nuño? ¿En cosa que es tan clara
pudo caer ni mancha, ni sospecha?

NUÑO.

Cuando me escuches más, sabrás la causa.

REY.

¿Quién, Nuño, a tu valor disgusto causa?

NUÑO.

Angela me contó que tú querías,
y lo trató don Juan, que me casase
con doña Inés de Córdoba, su prima,
luego que de Aragón vine a Castilla.
Yo, pensando que en esto me pagabas
y que de amor no injusto procedía,
que doña Inés secreto me tenía,
pediles parabién a mis parientes,
y escribilo también a los ausentes.
Llégola a hablar, como por cosa hecha,
y dice que no sabe de esto nada;
que celos de doña Angela, engañada,
la obligaron a tanto desatino.
Tú, gran señor, si puede haber camino
para que se lo mandes y ella entienda
que no ha de perder nada en ser mi prenda,
puedes volver por el honor de Nuño,
que desde tierna edad la espada empuño
en tu servicio, y este beneficio
es el premio mayor de mi servicio.

REY. Nuño, no puedo tan presto
prometerte que lo haré,
hasta que su pecho esté
más a quererte dispuesto.
Y así, es más justo que des
fin a tu intento amoroso;
que hay un hombre poderoso
que pretende a doña Inés.
Si puedes templar tu amor
y el pensamiento mudar,
procura, Nuño, olvidar;
que es grande el competidor.
Lo que Angela te decía,
agora con más razón,
que mudan la condición
siete veces en un día,
celos debieron de ser.
A olvidar te determina;
que, con celos, desatina
la más prudente mujer.

(Vase.)

NUÑO. ¡Oh, cuántas veces, queriendo
salir de una confusión,

más desatinadas son
las que la vienen siguiendo!
¿Si es el Rey quien quiere a Inés,
que dice que es poderoso?
O ser don Juan es forzoso,
pues su amor el mismo es.
Mandóme el Rey olvidar,
no es mucho en tanto poder.

(*Salen* DON JUAN, TELLO *y* LAURENCIO.)

JUAN. No me acabas de entender.
LAURENCIO. Es porque no quiero entrar.
TELLO. Mira que está Nuño aquí.
JUAN. ¡Nuño!
NUÑO. No me he descuidado,
si el parabién no te he dado.
JUAN. Satisfecho estoy de ti.

NUÑO.

Son tantas las mercedes que recibes
cada día del Rey, que por un año
te doy el parabién de las que faltan,
y al cabo de él comenzaré el que viene.

JUAN.

¿Qué te parece de esto?

TELLO.

Razón tiene.

NUÑO.

La alcaidía, don Juan, de Calatrava,
pienso que fué de todas la postrera.
De ésta te doy el parabién, por cosa
de tanta confianza como honrosa.
Pero apártate aquí.

JUAN.

¿Qué es lo que dices?

NUÑO.

La inconstancia, don Juan, de las mujeres,
tan parecidas siempre a la fortuna,
que no puede tener firmeza alguna
sabrás ya por ejemplos, por historias
que escribieron con sangre sus memorias.
Mas ¿para qué con prólogos? Te advierto
de lo que siempre fué tan claro y cierto.
Doña Angela ha tratado de casarme
con doña Inés; yo pienso que su intento
es de tu prima el noble casamiento.
Si la quieres, don Juan, si la pretendes,
dejaré de servirla y de estimarla;
que queriendo a doña Angela, no creo
que se queje mi honor de mi deseo.

JUAN.

Nuño, por esta roja cruz que al pecho
me honró más que los títulos y villas,
confianzas y oficios; que bien sabes
que el Rey no diera cruz a quien no fuera
muchos años soldado en la frontera,
que no he tenido a doña Inés, mi prima,
más voluntad de la que da la sangre,
y que puedes querella si es tu gusto.

NUÑO.

Guárdete el cielo, que de un gran disgusto
me has sacado con eso.

JUAN.

Pienso, Nuño,
que presto te podré llamar mi primo.

NUÑO.

Igual con el de Inés tu nombre estimo.

(*Vase.*)

LAURENCIO. Vuélveme agora a informar
de lo que tengo de hacer.
JUAN. Dejar las cartas caer
en acabando de entrar.
LAURENCIO. Fingiré que me he turbado
de ver al Rey.
JUAN. Dices bien.
TELLO. ¡Plegue al cielo que te den
el porte!
LAURENCIO. Ya va pagado.
TELLO. No intentes tan gran locura.
JUAN. Ven, Laurencio, que conmigo
entrarás donde te digo.
LAURENCIO. La entrada llevo segura;
Dios disponga la salida.
JUAN. No temas; tu César soy.
LAURENCIO. A ti del mar en que voy,
llevo la fortuna asida.

(*Vanse* DON JUAN *y* LAURENCIO.)

TELLO. Si eres áspid al consejo,
amorosa obstinación
de tu propia perdición,
hoy en las manos te dejo.
No puedo más; esto es
fuerza de amor invencible.

Mas ¿cómo será posible,
Tello, que lugar le des?
Tú naciste en la montaña;
Selaya sangre te dió;
pero no se diga, no,
de mí tan injusta hañaza.
Al Rey lo quiero contar.

(Sale el REY.)

REY. Confusa imaginación,
¿para qué vais a Aragón,
si allá no podéis parar?
Vuestro error me maravilla;
que si tan prendada está,
mal podréis vivir allá
dejando el alma en Castilla.

TELLO. Si alguna vez, magno Alfonso,
enterneció tus sentidos
la historia de algún suceso
visto, escuchado o escrito,
agora es justo, señor,
que tus piadosos oídos
inclinen el alma a un caso
de mayor lástima digno.

REY. ¿Tú hablas de veras, Tello?
¿Qué puede haber sucedido,
que es monstruo o fuerza de agravios,
si no es del cielo prodigio,
cuando la gente que trata
de burlas y desatinos?
¿Hablas de veras y en seso?

TELLO. Dices bien; y pues yo he sido
un reloj desconcertado,
tanto más lo que es confirmo.
El Duque don Juan, el Conde,
el que fué tu pecho mismo,
el secretario, el alcaide
de Calatrava, el que vino
a ser tan gran caballero
de tan humildes principios,
de amores de Angela loco,
viendo que es aborrecido
porque es rico y porque es grande,
ha dado en un bajo arbitrio
para ser pobre y perder,
en tu desgracia, el ser rico.

REY. ¡Cómo, Tello! ¿Qué me cuentas?

TELLO. Unas cartas ha fingido
que envía al rey de Granada,
diciendo con falso estilo
que enviando dos mil moros
les entregará el castillo
de la fuerte Calatrava,
dándole al criado aviso
que aquí las deje caer,
como que se le han perdido,
para que, viéndolas, creas
que es traidor.

REY. Necio camino,
Tello, de perder mi gracia,
pues yo pudiera, ofendido,
hacerle matar, que fuera
de su deslealtad castigo.

TELLO. En eso echarás de ver
cómo ha perdido el juicio,
o que estaba confiado,
del amor que le has tenido,
que sólo le quitarías
títulos, rentas y oficios,
para que quedase pobre.

REY. Tello, siempre he conocido
que tienes ingenio y honra.

TELLO. Soy como el sol, claro y limpio.

REY. ¿Eres, Tello, de Meneses?

TELLO. Desciendo, según me han dicho,
de la tortilla de huevos
que en aquel solar antiguo
cenaba el rey de León
la noche que halló sus hijos;
porque mi tatarabuela
me dicen que le previno
la sartén a la princesa,
en que después fueron fritos,
y agora los traen por armas
los de aquel linaje invicto.

REY. ¡Buen Meneses!

TELLO. De esta parte
soy Tello.

REY. De ti me fío
en el suceso más grave
que imagino que he tenido
después que de aqueste reino
el laurel de oro me ciño.
Pon la mano en esta espada.

TELLO. Tiemblo como aquel judío
que asió la barba del Cid.

REY. No hayas miedo.

TELLO. Eres benigno;
mas la ausencia te responde
con los ecos de Francisco.

REY. Jura a esta cruz que tendrás
secreto lo que me has dicho,
aunque veas que a don Juan,
como es razón, le castigo;
que yo por la misma juro,

aunque esta ofensa me hizo,
de no tocarle en la vida.

TELLO. En el principio del libro
de Job parece, señor,
que esa excepción has leído.
Juro en tu real espada
y en ese sagrado signo
de no lo decir jamás.

REY. Vete, hidalgo bien nacido,
que en saliendo con mi intento,
yo tendré cuenta contigo.

TELLO. Logren los cielos tus años,
y veas por muchos siglos
las dos barras de Aragón
al lado de tus castillos.

(Vase.)

REY.

Pasó Leandro el Abideno estrecho,
cortando montes al licor salado
con los brazos de amor, y el abrasado
Píramo se pasó, por Tisbe, el pecho.
El Ateniense, en lágrimas deshecho,
pide la estatua al popular senado;
Hércules, de sus fuerzas despojado,
mujer estuvo entre mujeres hecho.
Todos hallaron en amor disculpa:
piérdese el seso en él, la razón calma;
mas no don Juan, pues el honor le culpa.
Niéguele el tiempo de laurel la palma,
que de perder la vida amor disculpa,
pero no del honor, parte del alma.

(Sale ANGELA.*)*

ANGELA.

Amor, pues que desnudo
te pintaron, con ser la edad del oro,
para mostrar que pudo
tu fuego más que su mayor tesoro:
no te quiero vestido,
que amenazas desprecio, si no olvido.
Amaba yo segura
el divino valor de mi sujeto;
mas, puesto en tanta altura,
vendrá para el gobierno a ser discreto,
mas no para estimarme,
pues cuanto viene a ser vengo a humillarme.
Para los dos tenía
hacienda yo bastante; yo no quiero
su imperio y gallardía;
que aunque es verdad que, como amor primero,
me ha de costar la vida,
mi libertad la doy por bien perdida.

REY. Angela, con gran razón
puedo quejarme de ti,
pues en mi casa y en mí
has puesto tal confusión.
Y, debajo del secreto
que a un rey se debe guardar,
porque sabré castigar
cualquiera contrario efeto,
has de saber que ha perdido
don Juan, que yo tanto amaba,
el seso por ti, que estaba
de su voluntad asido.
Por haberle despreciado,
se ha fingido ser traidor,
aventurando su amor
todo el honor conquistado.
Tal modo de empobrecer,
sólo lo intentara un loco,
ni tener mi gracia en poco
por la más bella mujer.
Unas cartas ha fingido
que envía al rey de Granada,
dando ocasión a la espada
de un poderoso ofendido.
Mas él, que no se acordó
que yo matarle pudiera,
con que mejor te perdiera
que por grande te perdió,
quiere empobrecer ansí,
y quiere que ansí le quieras.

ANGELA. Bien fué menester que fueras
quien has sido para mí.
Necia he sido: soy mujer;
que la más prudente y cuerda
no es posible que no pierda,
tal vez por su mismo ser.
No sé por qué me han tenido
por discreta, pues que di
causa a don Juan con que a ti
y a mí nos haya perdido:
a ti, con ese desprecio,
y a mí, con perderte a ti.
Dos amores hay aquí:
uno loco y otro necio;
el loco es el de don Juan,
y el mío, el necio, señor;
al suyo, aunque es grande error,
por loco, perdón le dan;
pero al mío, con ser necio,
¿quién le querrá perdonar?

Que un loco bien puede dar
en hacer de un rey desprecio.
La mujer más entendida
y de más alto valor,
si hace un error, es error
que dura toda la vida.
Mas, si puede remediar
que esto adelante no pase
tu piedad con que me case,
luego me quiero casar; [cas
que más quiero, aunque le ofrez-
más castigos que le has dado,
que él me aborrezca casado,
que no que tú le aborrezcas.

REY. No llores, que yo te doy
palabra de no tocar
en su vida. Da lugar
a que parezca quien soy,
y, con debido secreto,
déjame trazar a mí
lo que se ha de hacer aquí.

ANGELA. Secreto y lealtad prometo.
Agora conozco y siento
cómo se llega a perder,
por soberbia, la mujer
que estima su entendimiento.

(Sale LAURENCIO.*)*

LAURENCIO. Por aquí dicen que entró.

REY. (Pienso que es éste el criado
a quien don Juan ha enviado,
como Tello me contó.)
¿Qué buscas? Pasa adelante;
no te turbes.

LAURENCIO. No pensé
que aquí te hallara; y si fué
yerro, señor, no te espante,
que voy de prisa a Granada,
y al Duque vengo a buscar.

REY. ¿A Granada?

LAURENCIO. Voy a dar...

REY. (Bien finge.)

LAURENCIO. Cierta embajada.

REY. ¿A quién?

LAURENCIO. A cierto don Juan,
que estaba cautivo allí.

REY. ¿Fué soldado?

LAURENCIO. Señor, sí.

REY. ¿Quién le tiene?

LAURENCIO. Reduán,
en Bibataubín alcaide.
Si mandas algo, hoy me voy.

REY. Vete, y di que bueno estoy,
si vieres al rey Benzaide.

(Vase.)

ANGELA. Una carta, de turbado,
se le cayó.

REY. En ésa estriba
lo que intenta: así le priva
de seso tu amor fundado,
en que por ti me desama.
Déjala.

ANGELA. Señor...

REY. Desvía,
que debe esta cortesía
un rey a una noble dama.

(Lea.)

"Al rey Benzaide, en Granada."

ANGELA. ¿Quiéresla leer?

REY. Espera.

(Lea.)

"Por agravios que me ha hecho
el rey Alfonso, aunque sea
traición, te quiero entregar
a Calatrava..."

ANGELA. No leas
tal desatino.

REY. ¿No ves
que es fingido lo que intenta?

(Lea.)

"Haz que traiga dos mil moros
un alcaide, que la fuerza
te quiero entregar."

ANGELA. Si sabes
su locura, no te muevas
a ira. Amor le ha engañado.

REY. ¿Oyes cosa como ésta?
Querer la propia desdicha,
¿de qué bárbaro se cuenta?

(Salen DON JUAN *y* TELLO.*)*

JUAN.

A pedirte, señor, licencia vengo;
que hoy me quiero partir a Calatrava,
donde noticia de un soldado tengo
que Benzaide su ejército aprestaba;
peligro correrá, si me detengo,
porque ya las banderas tremolaba
su alcaide Reduán, y las hileras
de moros coronaban las banderas,

al claro son de las sonoras cajas,
que por el Zacatín juntas salían.
Cobraban alma las campañas bajas,
y las montañas altas respondían;
ya sabes la arrogancia y las ventajas
con que el aire soberbio desafían.
Dame licencia que su orgullo ataje,
que es de Reduán soberbio y Bencerraje.

REY.

Ni al Bencerraje ni a sus cajas temo,
aunque atruene campañas y montañas;
ni a Benzaide, si fuera Polifemo:
más que a los vientos las tiernas cañas
temo un traidor, y temo con extremo
la fiera ingratitud de sus entrañas;
que merece temor el falso trato
de un hombre que es con su señor ingrato.
Ya no quiero que vais a Calatrava,
sino que os despidáis de la alcaidía,
y aun de esa cruz con que os honré: pensaba
que a mejores que vos honrar podía;
que cuando cruz y fortaleza os daba,
fiado en vuestra sangre, no sabía
que quien la fortaleza dió por oro
vendería la cruz también al moro.
Que caiga un hombre del supremo estado
en que le pone un rey, por envidiosos,
con cielo y tierra queda disculpado;
mas no si cae por hechos afrentosos
de donde estuvo puesto y levantado.
Pero no podéis ser de los quejosos
de la fortuna; que sin causa alguna
no ha derribado a nadie la fortuna.

JUAN.

Señor, yo os he servido, y si culpado
soy en alguna cosa, amor lo ha hecho.

REY.

Las llaves me volved, y de mi estado
no entréis más en la sala.

JUAN.

Habéis deshecho,
cómo pintor el lienzo que ha borrado,
la imagen que firmaba vuestro pecho.

REY.

No quiero imagen yo, si fuera Apeles,
que del pintor afrenta los pinceles.

(Vase.)

JUAN. ¿Sabes qué es esto?
ANGELA. No sé;
pero ¿no se ve bien claro?
JUAN. Pero ¿en qué duda reparo
cuando tan claro se ve?
De tu amor la culpa fué.
Mira lo que me has debido.
ANGELA. Yo no entiendo lo que ha sido;
pero sé que eres culpado,
pues a mí no me has ganado
después que al Rey has perdido.
JUAN. Por ganarte le perdí.
ANGELA. No tomaste buen acuerdo;
que no se tiene por cuerdo
hombre que se pierde ansí.
JUAN. Lo que sabe el Rey de mí,
que ya de mi perdimiento
estoy alegre y contento.
ANGELA. Pues, Duque, si alegre estás...
JUAN. No me llames Duque más;
ya de serlo me arrepiento.
TELLO. Mirad los dos cómo habláis,
que el primero que llamó
Argos al palacio, vió
bien el peligro en que estáis.
Los mármoles que miráis
son ojos, lenguas sus frisos.
JUAN. No importan ya tus avisos;
que en los hombres desdichados
corren apriesa los hados
y son los males precisos.

(Sale OTAVIO.)

OTAVIO.

Su majestad me manda, aunque me pesa,
de que vuestra excelencia, de mi boca
escuche, señor Duque, aquesta nueva:
cancele aquella cédula que dice
que de renta le da dos mil ducados,
y vuelva la merced de los sesenta.

JUAN.

Yo no me siento agora con dineros.
Id, señor, a mi casa y tomad luego
el menaje y la plata de servicio,
y por la buena nueva, esta cadena.

OTAVIO.

¿Esta nueva podéis tener por buena?

JUAN.

Esta es la nueva que mejor podía
llegar, Otavio, a la memoria mía.

OTAVIO.

Voy a decirlo así.

JUAN.

Decirlo puedes.
Desgracias quiero yo, que no mercedes.

(Vase OTAVIO.)

ANGELA. Lástima tengo de ver
que hayas el seso perdido.
JUAN. Nunca yo más cuerdo he sido
que cuando vuelvo a mi ser.
Una piedra ha de caer;
una llama ha de subir.
Yo vuelvo agora a vivir,
porque volver no pudiera
a ser lo que de antes era
si no volviera a morir.
ANGELA. Eso fuera bien pensado
si llegaras a ser mío.
JUAN. Bástame a mí el desvarío
del haberlo imaginado.
ANGELA. ¿Piensas que me has obligado?
JUAN. O venga dicha o desdicha,
yo tengo la suerte a dicha,
y esto tengo por mejor,
porque me manda mi amor
querer la propia desdicha.

(Sale DON NUÑO.)

NUÑO.

Pésame de que el Rey, don Juan, me haga
de aquestas malas nuevas mensajero.

JUAN.

Como de su rigor se satisfaga,
su hechura soy, lo que él quisiere quiero.

NUÑO.

Dice que de traidores no se paga.
Esto no entiendo yo; sólo refiero
lo que él me dijo, porque soy el ave
que no lo entiende, y lo que aprende sabe.
Los títulos de Conde y Duque os quita.

JUAN.

Hace muy bien su majestad en todo.

NUÑO.

Unas joyas que dió pide.

JUAN.

Permita
cobrarlas de mi hacienda.

NUÑO.

Es justo modo.
Un juez irá.

TELLO.

Pues, Nuño, solicita,
ya que todos estamos en el lodo,
que no me quite a mí mi hacienda pobre.

NUÑO.

Dame un papel porque por ello cobre.

TELLO.

Seis calzas, tres ropillas y dos capas,
tres coletos, dos gorras y un sombrero,
dos guitarras sin trastes ni sin tapas,
siete platos de plata y un salero,
un bodegón pintado y cuatro mapas,
tres maletas y aun catre, con un cuero;
cien barajas de naipes, dos broqueles,
tres hojas y un montante y seis picheles.

NUÑO.

Dámelo por escrito, que no creo
que se te perderá sola una gota.

TELLO.

En Zamora la vieja, aunque eso es feo,
en un rincón se me olvidó una bota.

NUÑO.

Don Juan, ya has conocido mi deseo.

JUAN.

A mí ninguna cosa me alborota.

NUÑO.

Perdona si te quito la excelencia,
que el Rey lo manda así. Presta paciencia.

(Vase.)

JUAN. Dueño de mis ojos,
Angela divina,
que de mil maneras
serlo merecías.
Angel de hermosura,
que la suya imitas;
ángel en las gracias,
que la tierra admiras;

si de sola el alma
quiere amor que admitas
los merecimientos,
y a ser cielo aspiras
de humanas riquezas,
me desnuda, y libra
la ley de tu gusto
por tu mano escrita.
Pobre queda el cuerpo,
poderosa y rica
el alma, que adora
la tierra que pisas.
No pensé que fueran
causas que ofendían
la verdad de amarte
con entrañas limpias;
mas luego, bien mío,
que tu amor me avisa
que de sólo amor
quiere que me vista,
y porque los hombres
que es la honra afirman
la mayor riqueza,
amor me la quita
con perderla toda,
quiere que te sirva,
y, siendo leal,
que traidor me finja;
y si esto es ser pobre,
la opinión lo diga,
que sin honra viven
en su tierra misma
los que ves más ricos,
puesto que se vistan
los indios diamantes
y el oro de Tíbar,
si no llevan honra;
por donde caminan
los señalan todos
y a veces los silban.
Vesme aquí tan pobre,
hermosa homicida,
que aun apenas soy
lo que ser solía.
Perdí de mi Rey
lo que más se estima:
el favor, la gracia
que con él tenía.
Perdí con mis deudos
lo que me servían;
que si bien no esperan,
el servir expira.
Perdí los amigos,
que no hay quien asista
con el que era grande
si el tiempo le humilla.
Perdí mis estados:
desde señoría
y excelencia grave,
a merced me inclinan.
Ni aun ésta merezco,
pues es de justicia
que a quien no las hace,
ni merced le digan.
Todo lo he perdido,
del cuerpo me quitan
la honra, y la hacienda
del alma me privan.
Angela, tus gracias,
si agora desvías
tus divinos ojos
de tantas desdichas,
desde aquí me parto
a acabar la vida,
si hay vida sin muerte,
y alma sin tu vista.
Montes de Toledo
en sí me reciban,
adonde en el Tajo
más altos se miran.
Llevarán mi llanto
sus corrientes frías
a la mar de España,
que no perlas finas;
hallaráme el sol
en la dulce risa
del alba, llorando
las desdichas mías,
y cuando se parta
a las playas indias,
a criar el oro
con la pena misma,
serán mis doseles
robustas encinas,
la hierba mi cama,
la muerte tus iras,
y diré contento
al fin de mis días
que me ha muerto un ángel
que me dió la vida.

ANGELA. Don Juan de mis ojos,
como de antes eras;
Córdoba y Cardona.
¿Qué mayor riqueza?
Ni conde ni duque
quieren que te quiera

mis firmes locuras,
mis locas firmezas.
A peso del alma,
nunca el amor pesa
ni las señorías
ni las excelencias,
ni es el oro el gusto,
como piensan necias.
Las riquezas grandes
son almas discretas,
y si justamente
decirse pudiera
de mitades de almas
el amor se engendra,
porque de esta suerte
se conoce y piensa
que el amor no tiene
corporal corteza,
no se hizo de oro,
de plata ni seda:
de mitades de almas
le hacen las estrellas.
No le dieron parte
a naturaleza,
porque se estimase
reservado en ella.
Tres suertes de bienes
por bien se celebran:
bienes naturales
son la gentileza;
los del cielo, gracias
que el cuerpo hermosean,
como voz, donaire
e ingenio en las ciencias;
los de la fortuna,
grandeza y riqueza,
éstos son más viles,
aunque más se precian.
De los tres primeros
tu alma compuesta,
agradó la mía
celestial belleza;
con los de fortuna
temí tu soberbia;
que el humilde en alto
nunca está sin ella;
tiene otro lenguaje
la pobre nobleza;
la nobleza rica
desatinos sueña.
Marido envidiado
yo bien le quisiera,
pero no malquisto
por soberbia necia.
Al que en alto miran,
envidiosos llegan
a quitar el clavo
que afirmó la rueda.
No te quiero en parte
que por horas tema
cuando el edificio
viene a dar en tierra.
Yo tengo, don Juan,
con que vivir puedas,
sin ser envidiado
ni envidiar grandezas.
Del duque mi padre,
el estado heredas,
y entonces por mí
serás excelencia.
Vamos a Aragón,
donde lo que dejas
te darán mis manos,
y a mi alma en ellas.
Yo te quiero solo,
porque no hay riquezas
como verte humilde;
mas quiero que entiendas
que no es sujetarte,
ni querer que tengas
el imperio de hombre
con menores fuerzas,
porque yo he de ser
la que más sujeta,
la que más rendida
viva a tu obediencia.
No quiero más gloria
que ver que amanezca
el alba en tus ojos,
y yo que me vea
estar a tu lado
alegre y contenta
de que un alma sola
dos cuerpos posea,
y en señal que digo
palabras tan ciertas,
mis brazos confirman
que ya soy tu prenda.

TELLO. Quedo, desviad los brazos,
que viene el Rey.

ANGELA. Cuando entienda
mi amor, no hay de qué se ofenda,
siendo tan castos abrazos.
El me mandó que te amase.

(Salen el REY, INÉS *y* CELIA.)

REY.
Ya te he dicho por qué intento,
doña Inés, tu casamiento.

INÉS.
Cuando contigo privase,
cuando fuese lo que fué.

REY.
Pues ¿no amabas a don Juan
por gentilhombre y galán
con tanta firmeza y fe?
¿En aquel tiempo no era
don Juan más que bien nacido?

INÉS.
El no ser ya lo que ha sido
me obliga a que no le quiera.

REY.
Extraño efecto en mujer,
extraña contrariedad,
que hoy no tenga voluntad
de lo que la tuvo ayer.

INÉS.
Señor, si yo le miraba
como tú, ¿de qué te admiras?;
pues los favores son iras
que tu majestad le daba.
No ve que su amor se acaba,
y el mío le maravilla.
Hízole igual a su silla,
y en un hora le ha deshecho,
y espántase que mi pecho
imite a un rey de Castilla.
Ayer le hiciste subir
donde el sol su carro encierra,
y hoy no le has dejado tierra
adonde pueda vivir,
¿y no quieres inferir
que una mujer pueda ser
mudable, si a tu poder
hace mayor repugnancia,
sabiendo que no hay distancia
desde mudanza a mujer?

REY.
Tienes razón; has vencido;
pero si ocasión me ha dado
don Juan, no queda probado
que don Juan no te ha ofendido.

INÉS.
¿Y no basta que haya sido
traidor?

REY.
No sé si es traidor;
pero tu amor lo es mayor,
porque si amor le tuvieras,
cuando en desdicha le vieras
mostrara tu fuerza amor.
Tú debes, Inés, de ser
de las de ¡viva quien vence!;
y así es bien que yo comience
a dejarte de querer;
porque es cierto que mujer
que deja a un hombre caído,
o en su vida lo ha querido,
o tiene, como tirano,
el amor en una mano
y en otra mano el olvido.
Angela, ¿aquí estás?

ANGELA.
Aquí
con don Juan hablando estoy.

REY.
Huélgome, a fe de quien soy,
de hallarte con él así,
y vengo a pensar de ti,
hallándote en este punto
con don Juan, y a él tan junto,
que, como noble mujer,
le acompañas hasta ver
adónde queda el difunto.
Inés no le quiere ya.

ANGELA.
No le habrá querido Inés,
que le quisiera después
que pobre y deshecho está.

INÉS.
Pues, Angela, ¿quién habrá
que quiera a quien ya cayó
en desgracia del Rey?

ANGELA.
Yo,
que de esa voz eco he sido;
que si cayó, yo he querido
darle la mano, y tú no.
Yo le quise con verdad,
y la verdad es tan fuerte,
que no la mata la muerte
ni la ofende la crueldad.
Subióle su Majestad
hasta el sol de los cabellos;
mas ya que le suelta de ellos,
por que no se haga pedazos
quiero ponerle mis brazos
para que caiga sobre ellos.

REY.
No digas, Angela, más,
que notablemente obligas;
pero yo no hay más que digas
si tan declarada estás.
Ni tú digas que caerás,
don Juan, cuando ya previene
amor la fuerza que tiene,
pues un ángel, como ves,
antes que en la tierras des
a tenerte en brazos viene.
Dichoso el hombre que ha sido
tan bien amparado aquí,
que no halla poder en mí
para vengarse, ofendido.
El castigo merecido,
cuando no, don Juan, la muerte,
fuera a la tierra ofrecerte;
mas ¿cómo tendré poder

para dejarte caer,
si un ángel quiere tenerte?
¿Tengo de quitarle yo
lo que él en sus brazos guarda?
¿Diré, si es ángel de guarda,
que soy rey? Por cierto, no.
Tu desdicha me obligó
en tanto enojo, pues viene
a hacer que la ira enfrene
ver que en ocasión tan alta
la que te tuvo te falta,
la que te dejó, te tiene.

(Sale DON NUÑO.)

NUÑO. Embajador de Aragón
dicen que esta tarde llega,
ya confirmadas las paces
que vuestras bodas conciertan.
Hasta la raya se obliga
el rey, con igual grandeza,
a traer la bella infanta
que ya de Castilla es reina,
para que hasta allí, señor,
tú vayas también por ella
y en Medinaceli se hagan
las bodas.

REY. Por tales nuevas,
Nuño, te doy cuatro villas.
Marqués te titulo de ellas.

NUÑO. Beso mil veces tus pies,
y mayor merced me hicieras
si por dicha...

REY. No prosigas
hasta que mi intento sepas.
Don Juan, de tu loco amor
harto disculpado quedas
con merecer, como he visto,
que doña Angela te quiera;
pero porque aventuraste
mi gracia tan sin prudencia
por ningún amor del mundo,
aunque mil vidas perdieras,
para castigar tu error,
hoy le quiero dar a ella
lo que te había quitado:
doña Angela lo posea.
Vuélvote tu hacienda toda,
los títulos y las rentas,
las mercedes y alcaidías.
Ella es condesa y duquesa;
ella es, don Juan, tu señora,
para que el imperio tenga,
y tú, castigo de haber
hecho a mi amor tal ofensa.
Quiero que a pedirle vayas
de rodillas por la tierra
la mano de ser tu esposa.

JUAN. Es muy justa tu sentencia.
Señora, aquí de rodillas
suplico a vuestra excelencia
me dé perdón y la mano.

ANGELA. Mil almas tener quisiera.

REY. Inés, dale tú a don Nuño
la tuya.

INÉS. Ya no por fuerza,
sino con gran voluntad.

TELLO. ¿Y para Tello, no queda
una mano por ahí?

CELIA. Aquí tienes la de Celia.

TELLO. Señor, ya tengo una mano;
¿hela de comer a secas?,
porque será para mí
mano de matar candelas.

REY. De Madrid, Tello, tendrás
el alcaidía en tenencia.

TELLO. Reformar pienso mil cosas.

JUAN. Aquí acaba la comedia.

NUÑO. *Querer la propia desdicha*
se intitula.

JUAN. No lo sea,
pues sabéis nuestros deseos,
para el autor y el poeta.

FIN DE LA COMEDIA "QUERER LA PROPIA DESDICHA"

LOS RAMILLETES DE MADRID

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Marcelo, *caballero.*
Fabio, *lacayo.*
Lisardo, *alférez.*
Fineo, *caballero.*
Rosela, *dama.*
Inés, *criada.*
Otavio, *viejo.*
Dominga, *labradora.*
Lidio, *paje.*
Lucindo.
Lauso.
Belisa, *dama.*
Clara, *criada.*
Liseo.
Celio.
La música.

ACTO PRIMERO

(Salen Marcelo *y* Fabio, *de camino.)*

Marcelo. ¿Hay gusto como llegar
un ausente a donde quiere?
Fabio. Conforme le sucediere,
y más en este lugar.
Marcelo. ¿Qué puedo, Fabio, temer?
¿No está Belisa segura?
Fabio. Si hay en la corte hermosura,
es la de aquesta mujer.
Marcelo. Pues ¿qué más seguridad?
Fabio. ¿Segura, y mujer hermosa?
Marcelo. Sí, porque en ella es forzosa
la arrogancia y gravedad
y la presunción de sí.
Menos segura es la fea,
que al primero que la vea
dirá mil veces que sí,
porque está desconfiada,
que si aquel galán se va,
en un año no hallará
otro que le diga nada.
Una hermosa, en confianza
de los que le han de querer,
por lo que ha de merecer
desestima lo que alcanza.
Fabio. ¿De manera que las feas
son fáciles?
Marcelo. Esto siento.
Fabio. Dichoso tu pensamiento,
que en tal belleza te empleas.
Marcelo. Mil gracias, Fabio, le dan
mis celos, celoso estuve,
del Alférez con quien tuve
tal pesadumbre en Milán.
Por él la guerra dejé,
y en la que me dieron celos,
por la piedad de los cielos
ya pongo en Madrid el pie.
Fabio. Sospechas me dió que había
aquel Alférez valiente
de procurar libremente
señor, tu muerte y la mía;
que, como buen escudero,
me afirmé con don Luis
cuando tras de aquel mentís
le diste con el sombrero.
En fin, ha sido cordura
dejar, Marcelo, a Milán
por Madrid, adonde están
las armas de la hermosura.
Esta es la casa en que vive
el dueño de tu cuidado.
Marcelo. ¡Oh edificio, el más honrado
que el tiempo en la fama escribe!
¡Oh caja de la belleza
de un ángel, cuyos umbrales
exceden los orientales
en resplandor y en riqueza!
¡Oh Puerta del Sol hermosa!

FABIO. Con su fruta y su pescado.
MARCELO. En cuyo alcázar dorado
Vive el aurora su esposa.
Aquí sí que menos vanas
fueran, con varias molduras,
las griegas arquitecturas
y las soberbias romanas.
Pero será la mayor
la firmeza de Belisa,
porque ya el alma me avisa
de la que tiene su amor.
Si has llorado, si has sentido
mi ausencia, bien te he pagado,
pues la he sentido y llorado
hasta perder el sentido.
FABIO. ¿No me dejarás a mí
hacer otra exclamación?
MARCELO. ¿Tienes a Inés afición?
FABIO. Participada de ti.
Cuando un amo quiere bien,
es descomunión, señor;
que todos tienen amor,
cuantos le tratan y ven.
Amor tengo, que es el tuyo
amor de participantes.
¡Oh, más que el sol rutilantes
umbrales oriente suyo!
¡Oh, casa de una platera
tan limpia en su proceder,
que sin plata puede hacer
las Indias en Talavera!
A tu espetera me inclino,
más que armería en Milán.
Por ti dijo el gran Liñán,
aquel ingenio divino:
"Tanto lustre y gracia reina
en lo que friega Inesilla,
que parece su vajilla
Talavera de la Reina".
MARCELO. Desvía, ignorante, y mira
que sale el sol.

(Salen BELISA *e* INÉS.)

BELISA. ¿Qué me cuentas?
¿Marcelo en Madrid?
INÉS. Si intentas
hacer la verdad mentira,
vuelve los ojos a ver
que aguarda abiertos los brazos.
MARCELO. Si puede justos abrazos
un ausente merecer,
hoy a tu pecho, mis ojos,
tras mil siglos de no verte,
para dar vida a mi muerte
y dar muerte a mis enojos...
¿Qué es esto? ¿Los brazos dejas
caer con tibieza tanta?
¿Ya mi presencia te espanta?
¿Ya de mi pecho te alejas?
¿No me abrazas?
BELISA. ¿Por qué no?
MARCELO. Pues, ¿con esa flojedad?
¿No sabes que a la amistad
estrecha el sabio llamó,
porque es de las almas lazo,
apretado de tal suerte,
que no le rompe la muerte?
BELISA. ¿Cómo ha de ser un abrazo?
Que yo no pienso, Marcelo,
que, para honesto, ha de ser
de otra suerte.
MARCELO. ¿A tanto arder,
tales efetos de hielo?
¡Basta! Engañado he venido.
BELISA. ¿Cómo te ha ido en Milán?
MARCELO. Tus mudanzas te dirán
de la suerte que me ha ido.
BELISA. Mucho me espanto de verte
sin acabarse la guerra.
MARCELO. El verte, no el ver mi tierra,
me trajo de aquesta suerte;
y una bien necia quistión
que con un alférez tuve,
donde sospecho que anduve
como era mi obligación.
BELISA. ¿Quistión con alférez?
MARCELO. Sí;
de que pudo resultarme
lo que me obliga a ausentarme.
BELISA. ¿Luego no ha sido por mí?
Ahora bien: ¿tienes salud?
MARCELO. Salud debo de tener,
si no la vengo a perder
en esta nueva inquietud.
Que, si te digo verdad,
apenas puede el deseo
persuadirse a que te veo,
viendo tanta novedad.
Que la hay en tu pensamiento,
ya no lo puedo dudar,
pues no te puedes forzar
a un forzoso cumplimiento.
Yo he venido, y no es razón
tenerte en pie desta suerte.
Basta el verte, y basta el verte

con salud y sin pasión.
Mira si me mandas algo,
aunque más ausente estoy
que en Milán; porque te doy
mi palabra, a fe de hidalgo,
de no rehusar cosa alguna
que de tu servicio sea.

BELISA. Así es razón que lo crea,
sin poner duda ninguna.
¿Mandas otra cosa?

MARCELO. No.

BELISA. Dios te guarde.

MARCELO. Y a ti.

FABIO. Inés.

INÉS. ¿Quieres algo?

FABIO. Que me des,
si soy tan dichoso yo,
los brazos, por bien venido.

INÉS. ¿Cómo te los puedo dar,
si el ejemplo he de imitar
de lo que has visto y oído?

FABIO. ¿Luego ya se ha declarado
el olvido de Belisa?

INÉS. Cuidado que vino a prisa,
con prisa fué descuidado.
¡Es gran bellaca el ausencia!

FABIO. ¿Hay alguna novedad?

INÉS. Un poco de voluntad,
ya casi correspondencia.

FABIO. ¿Mujer que quedó llorando,
tan presto se ha vuelto hielo?

INÉS. Fabio, el amor es buñuelo,
que ha de comerse abrasando.
Hiélase amor en ausencia.
Mudó Belisa galán.

FABIO. ¿Y tan adelante están?

INÉS. No hay sino prestar paciencia.
¿Mandas otra cosa?

FABIO. No.

INÉS. Dios te guarde.

FABIO. Pues ¿qué tienes,
donde tan seguro vienes?

MARCELO. ¡Ay! Que mi amor me engañó.

FABIO. "Una hermosa, en confianza
de los que la han de querer,
por lo que ha de merecer,
desestima lo que alcanza."
¡Qué te parece, si están
las hermosas más seguras!

MARCELO. ¡Pluguiera a Dios, desventuras,
que me matara en Milán
el alférez a quien di
con el sombrero en la cara,
antes que la tuya hallara
tan airada contra mí!
¿Qué dice Inés?

FABIO. Claramente
dice que hay otro.

MARCELO. ¿No engaña?

FABIO. No miente quien desengaña;
sólo quien engaña, miente.
¡Vive Dios, que la mujer
que dice luego: "Yo tengo
dueño; a no engañaros vengo",
que es de noble proceder!
Unas bellaconas que hay,
que en Madrid no pocas vi,
que toman deste el tabí,
de aquél el sutil cambray,
ya la joya, y ya el regalo,
y a todos dicen: "Vos sólo
sois mi dueño, sois mi Apolo",
quisiera ver en un palo,
o hacer fruta de sartén
de sus ánimas.

MARCELO. ¡Ay, Fabio!
¿Qué haré, con tan claro agravio?

FABIO. Consolarte.

MARCELO. Dices bien.
Pero ¿dónde está el consuelo?

FABIO. ¿Dónde? En cuatro mil mujeres.

MARCELO. ¿Que quiera, queriendo, quieres?

FABIO. De amor, al amor apelo.

MARCELO. Pues ¿dónde quieres que tope
quien pueda querer ansí?

FABIO. Pienso que una vez leí
en las *Rimillas* de Lope
que el querer olvidar era
el principio de olvidar.

MARCELO. Ya quiero.

FABIO. Ven a buscar
a quien quieras y te quiera.

MARCELO. ¿Dónde?

FABIO. En el Prado.

MARCELO. He pensado
que son verdes pensamientos.

FABIO. Bien dices, que es de jumentos
enamorarse en el prado.
Pues ir a la iglesia a ver
mujeres es gran maldad.

MARCELO. Injusta infidelidad
fué siempre, a mi parecer.

FABIO. Oyeme atento, así vivas.
Junto a la plaza Mayor
tiene Madrid una calle,
que la Imperial se llamó.

Trasladó la primavera
sus vestidos de color
a esta calle, y aun el año
todo el suyo trasladó;
que todos sus doce meses
la ofrecen, o hierba, o flor;
porque Madrid es tan fértil,
que las da a cualquier sazón.
Jardineros y aldeanas,
como cuadros de labor,
con mil varios ramilletes
componen hileras dos.
Allí trae sus macetas,
codicioso, el labrador
de Leganés, o Getafe,
Fuenlabrada, o Alcorcón.
Salen las hermosas damas
a ser deste campo el sol,
y en los ramilletes paran,
porque como abejas son.
La que es hermosa parece
entre las flores mejor;
la fea no desagrada:
tanto puede el buen olor;
las viejas hallan la ruda;
las niñas, la que tomó
el nombre de Valeriano,
el romano emperador;
las hechiceras, el maro,
y otras hierbas que sé yo;
el apio, las opiladas,
si un niño es opilación.
A este paso, los claveles,
la violeta, flor de amor;
el alhelí y el jazmín,
la azucena y girasol.
Madruga, señor, mañana;
que el campo siempre engendró
amores y pensamientos,
y ésta es notable ocasión,
pues no hay lugar en el mundo
que desde el alba a las dos
plante un jardín que a la tarde
es piedra, es lodo, y peor.
Escoge en sus ramilletes
alguna gallarda flor,
o alguna hierba que cure
esta tu necia afición.

MARCELO. Tu consejo aceto, Fabio.
Mañana al aurora voy
a ver esos ramilletes;
aunque es antigua opinión
que no cura amor con hierbas.
¡Dadme templanza y favor,
ramilletes de Madrid,
que me abraso de afición! *(Váyase.)*

(Salen el ALFÉREZ LISARDO, FINEO, *su amigo, y* CELIO, *criado.)*

ALFÉREZ.

Pienso que en ver mi casa os hice agravio;
tal es mi voluntad y lo que os debo.

FINEO.

Procedéis como amigo y como sabio,
y no es honrarme, en vos, Alférez, nuevo.

ALFÉREZ.

De ver mi hermana, de mi padre Otavio,
menos el gusto satisfecho llevo
que de veros contento y bueno.

FINEO.

Ausente
de vos, ¿qué bien habrá que me contente?
Vuelvo a daros mis brazos, y estad cierto
de que he sentido vuestra ausencia tanto,
que hasta tomar en vuestro pecho puerto,
mi sentimiento ha sido un mar de llanto;
y porque de teneros encubierto
el mío no se ofenda el cielo santo,
que estima la leal correspondencia,
oíd lo que ha pasado en vuestra ausencia.
El día que celebra a su Patrona,
Madre de la mejor madre del suelo,
esta famosa villa, que corona
sus armas con estrellas, como el cielo,
la rica plaza, que de ser blasona
fértil de cuanto al aire extiende el vuelo,
árboles crían o la hierba pace,
fuí a ver la fiesta que con luces hace.
Iban pisando la regada arena
tres o cuatro mujeres en manteo,
que cada cual pudiera ser sirena
en el golfo del mar Partenopeo;
la soberbia del oro, que encadena
tal vez los ojos a mayor deseo,
me llamó: me llego más atrevido,
que fuí por las mujeres recibido.
Cúpome la más bella y más discreta;
hablamos, no le fué desagradable;
que en tales noches, a la más inquieta
obliga el tiempo a libertad notable;
y esto de negociar sin estafeta,
sino que a boca se responda y hable,

abrevia dilaciones de tal modo,
que allí se ha de ganar o perder todo.
Prometíles ventanas y merienda;
vieron los toros, y esa noche tuve
puerta en su casa, no porque se entienda
que más que con los ojos me entretuve:
sólo me ha dado una esperanza en prenda,
que al cielo claro de su sol me sube,
si no pretende fácil engañarme
para después difícil despeñarme.
Así paso los días con papeles,
y las noches, con armas a su puerta,
hasta que con sus labios de claveles,
roja y blanca, la aurora al sol despierta;
pero, a no me matar celos crueles
de un cierto ausente, aunque con pena incierta,
no pienso que el estado de mis males
hallara bienes que llamara iguales.
Díjome una criada que tenía
correspondencia allá con un soldado,
primero amor de aquesta prenda mía,
que del duque de Sesa fué criado.
Mas, que desconfiada que vendría,
o agradecida a mi mayor cuidado,
le olvidaba por mí, cuyos desvelos
me matan, de su amor y de mis celos.

ALFÉREZ.

¡Pluguiera a Dios que yo de vuestra ausen-
os pudiera contar la misma historia! [cia
Y más que el asistir a su presencia
son actos para el fin de la vitoria:
Hace mi mal al vuestro diferencia,
por la distancia que hay de pena a gloria.
Vos, en casos de amor vivís dudoso;
yo, en los de honor, ni alegre ni dichoso.
Y para que sepáis con qué disgusto
vengo a Madrid, sabed que estando un día,
no lejos de Milán, el campo augusto,
salió de la española infantería
un cierto aplauso de contento y gusto
de hablar en la retórica y poesía;
porque suelen tal vez andar las musas
en las armas de pólvora confusas.
Yo discurrí por los que España goza,
como Gregorio Hernández, que al Parnaso
dió nueva luz; don Diego de Mendoza,
don Fernando de Acuña, y Garcilaso,
el muy discreto entre la gente moza,
dijo que el Ariosto sólo, el Taso,
eran poetas, porque desta ciencia
gozaba España estado de inocencia.
Yo dije que no solos los pasados,
en letras y en conceptos, excedían;
pero que ser del mundo celebrados
muchos de los presentes merecían.
Respondióme que legos engañados
de vulgares aplausos escribían,
y que eran gente sin dotrina alguna,
pobres en la virtud y en la fortuna.
"Muchos conozco yo muy principales,
le dije entonces, y es pasión muy necia
no honrar un español sus naturales,
pues a sí mismo en ellos se desprecia".
"Vos sois el necio, replicó; que tales
son con quien sus necedades precia".
"Mentís", le dije; y él me tira luego
el sombrero a la cara, vuelto en fuego.
Esto es decir verdad: sola una pluma,
del trencellín entonces desasida,
me tocó el rostro; y por decirlo, en suma,
le di, riñendo, una pequeña herida.
Si afrentan plumas, que lo estoy presuma
mi honor; mas la quistión controvertida,
él dicen que lo está cuantos Guzmanes
Aste alféreces tiene y capitanes.

FINEO.

Lisardo, nunca ofenden plumas viles,
mayormente de bárbaros sujetos,
o cortadas groseras o sutiles,
que todos para el mal nacen discretos.
Si fueras Héctor tú, si el griego Aquiles,
no pudieras salir con más efetos
honrado de suceso semejante.

ALFÉREZ.

Con esto, no pasamos adelante.

FINEO.

Pues ¿hízose amistad?

ALFÉREZ.

Partióse luego,
y no le he visto más.

FINEO.

No os dé cuidado.
Venid a ver el fénix de mi fuego,
único como yo, por abrasado,
que quiero que veais si amor es ciego.

ALFÉREZ.

Ya no es ciego el amor, sino vendado.
Decidme el nombre.

FINEO.

¿Si es Belisa, es bueno?

ALFÉREZ.

Está de gracias y excelencias lleno.

(Salen ROSELA, *dama, y* CLARA, *criada, con mantos, y ramilletes en las manos.)*

ROSELA. ¿Hay en el mundo jardín
como aquesta hermosa calle?
Digo que Valencia calle,
calle su azahar y jazmín.
CLARA. Y más si por serafín
deste paraíso estás.
Porque tan hermosa vas,
que parece que estas flores,
si no hurtaron tus colores,
confiesan que se los das.
ROSELA. ¿Hay tan lindos ramilletes?
¿Hay cuadros tan bien formados?
CLARA. Destos portátiles prados,
tanto gusto te prometes,
que habrán de ser alcahuetes
para salir cada día.

(Sale DOMINGA, *labradora, con un canastillo de flores.)*

DOMINGA. ¿Qué digo, señora mía?
¿No ha de llevar de mis flores?
Mas no las querrá menores
quien en su rostro las tiene;
porque parece que viene
vertiendo un jardín de amores.
¿Quiere el clavel carmesí?
Mas tiénele en las mejillas.
¿Quiere rojas maravillas?
¡Oh! Mayor las tiene en sí.
¿Quiere este vario alhelí?
Mas tendrá firme valor.
¿Quiere violetas de amor?
Pero ya con él vendrá.
¡Oh, juntas el cielo da
la belleza y el rigor!
ROSELA. Aldeana cortesana,
¿vendéis lisonjas, o flores?
DOMINGA. Vos, a lo menos, colores
en campos de nieve y grana.
ROSELA. Yo he comprado esta mañana
las flores que he menester.

(Salen MARCELO *y* FABIO.)

MARCELO. Aquestas deben de ser
las que denantes decías.
FABIO. No ha dado tan buenos días
como hoy el alba a las plantas.
MARCELO. Claro sol, que te levantas
en el jardín imperial
desta plaza universal:
que haya tantas no me espanto
hoy, que las alegras tanto
con esa luz celestial.
¿Dirélo desto?
FABIO. En llegando.
MARCELO. Si vuesa merced, señora,
es primavera y aurora
que flores anda buscando,
las abejas susurrando
vienen al alba por ellas;
pero, si miel forman dellas,
¿por qué vos de las que veis
al alma veneno hacéis
y le dais en dos estrellas?
Desde que entre flores vi
vuestra divina hermosura,
dije: "Aquí estará segura
la vida que yo perdí",
pues, como el áspid, aquí,
entre flores escondida,
me habéis quitado la vida.
Mas, tanto venís a honrarme,
que por el bien de matarme,
beso la mano homicida.
Mirad si de aquí queréis
algo en que serviros pueda,
aunque no es oro, ni es seda
lo que en estas tiendas veis:
mas, si oro o seda queréis,
no lejos de aquí, la Puerta
de Guadalajara abierta
tanto a mi crédito está,
que quererlo vos será
libranza acetada y cierta.
ROSELA. Yo os agradezco, señor,
la merced, como el cuidado;
pero yo vivo en estado
que se ofenderá mi honor
de tomar sola una flor.
Clara, vámonos de aquí.
MARCELO. Perdonad, si os ofendí.
ROSELA. Sois, como galán, cortés.
En fin, ¿volveréis después
a mi casa, labradora?
DOMINGA. No los tengo aquí, señora,
que yo soy de Leganés.
Pero palabra le doy

que puede honrar dos vergeles
con los tiestos de claveles
que agora criando estoy.

ROSELA. ¿Y podréis traerlos hoy?

DOMINGA. Hoy, no; mas será mañana.

ROSELA. Adiós, hermosa aldeana.

MARCELO. ¡Qué bellísima mujer!

FABIO. Puede en estos campos ser
Flora, Amaltea y Diana.

MARCELO. ¡Ah, labradora gentil!
¿Qué te dijo aquesta dama?
Ansí de rosa y retama
te enriquezca el verde abril,
que no me niegues quién es.

DOMINGA. Caballero, aquí llegó,
y de otras flores compró,
porque yo llegué después.
Mas díjome si tenía
seis macetas de claveles,
que transformar en vergeles
ciertos balcones quería.
Yo le respondí que sí,
y se los pienso llevar,
si no me falta lugar;
porque no los tengo aquí.

MARCELO. ¿Dónde vive?

DOMINGA. Que vivía
me dijo... Llegaos acá.

FABIO. ¿Al oído?

MARCELO. Bien está.
Yo la sé como la mía.

DOMINGA. —No me espanto que os agrade;
yo soy mujer, y la hermosa
me vuelve loca.

MARCELO. Es la cosa
que más rinde y persuade.
Tomad aqueste doblón,
y a la casa no volváis.

DOMINGA. Pues, ¿de mí qué receláis?

MARCELO. Basta; yo tengo ocasión.

DOMINGA. ¿Este es falso, o verdadero?
Que dan en la corte agora
metal que se sobredora,
a título de dinero.

FABIO. Malicias de Leganés.
¿Queréis por él veinte reales?

DOMINGA. ¿Tráelos ahí cabales?

FABIO. Sí.

DOMINGA. Pues volveré después.

(Vase.)

MARCELO. Fabio, la mujer es bella.
No lo dudes: no me acuerdo
de Belisa.

FABIO. ¿No te dije
que hay aquí hierbas del cielo?

MARCELO. Ramilletes de Madrid,
si tenéis estos remedios,
¿para qué van a Tesalia
por hierbas los hechiceros,
ni a los montes de la Luna?

FABIO. Yo apostaré que por eso
a la puerta de la cárcel
mandaron en cierto tiempo
que se vendiesen las flores.

MARCELO. Pues ¿es delito dar seso?

FABIO. ¡Pluguiera a Dios que prendieran
las muchas flores que vemos
andar agora en la corte!

MARCELO. ¿Flores de qué?

FABIO. Yo me entiendo
No quiero hacerme malquisto.

MARCELO. ¿Flores en la corte, necio?

FABIO. Pues cuando aquellos señores
los ramilletes prendieron,
un jeroglífico fué
de las flores deste tiempo.

MARCELO. Siempre en los grandes lugares
ha de haber grandes excesos.
Gracias al gobierno, Fabio,
que son los malos los menos.
Pero advierte que he pensado
que en esta mujer tenemos
contrahierba de Belisa.

FABIO. Es bella.

MARCELO. Escribirla quiero.
Tú llevarás el papel.

FABIO. ¿Cómo?

MARCELO. Fingiéndote luego
labrador de Leganés,
que eres marido diciendo
desta bella labradora.

FABIO. ¿Y dónde hallaré los tiestos
de los claveles que pide?

MARCELO. En Madrid, con el dinero.

FABIO. Voy.

MARCELO. Y yo voy a escribir.

FABIO. Tente.

MARCELO. ¿Quién viene?

FABIO. Sospecho
que es la mudable Belisa.

MARCELO. ¡Ay, Fabio! En mirarla, tiemblo.

(Salen BELSA *e* INÉS.*)*

BELISA. ¿Ya se acabaron las flores?

INÉS. Tarde llegas.
BELISA. ¿Tarde llego?
INÉS. Aunque, si árboles buscaras,
dos robles enfrente veo.
BELISA. ¿Es aquél Marcelo?
INÉS. El mismo.
BELISA. ¿Adónde bueno, Marcelo?
MARCELO. ¡Oh! ¿Mi reina entre las flores?
Pero, ¡por Dios, que soy necio!;
que quien es jardín mudable,
está bien en este puesto,
porque es jardín medio día
y el otro medio le vemos
campo inútil de pizarras.
Y ansí, vuestro pensamiento:
al alba es jardín de flores
y a la noche es campo seco.
¿Qué mandáis?
BELISA. Que os esperéis.
MARCELO. Sí esperara; pero temo
no dar celos a un galán,
ya que vos no me dais celos.
BELISA. ¿Qué galán?
MARCELO. Vos lo sabéis.
Y pues que dél no los tengo,
no es bien que de mí los tenga.
Dios os guarde.
BELISA. Oíd.
MARCELO. No quiero.
BELISA. Escuchad, por cortesía.
MARCELO. Tengo que hacer; luego vuelvo.
BELISA. Oye, Fabio; Fabio, escucha;
no seas como tu dueño.
FABIO. ¿Qué me mandas, que ando aquí
tan ocupado, que llevo
de mil regalos cargados
seis o siete esportilleros?
BELISA. ¡Válgame Dios!
FABIO. Valga y lleve.
No reñiremos por eso.
BELISA. ¿Qué huéspedes o parientes
tenéis en casa?
FABIO. Tenemos
una parienta, no más;
que para ti no hay secreto.
BELISA. ¿Parienta?
FABIO. Del corazón,
y como un ángel del cielo,
a la traza del romance:
manos blancas y ojos negros;
la ceja, con la pestaña,
son entre vaso revuelto,
molinillo y entorchado;
y por niñas, dos anzuelos.
Airosa como en Madrid,
discreta como en Toledo;
como en Sevilla, amorosa,
y con fe como en Marruecos.
Yo he comprado seis capones,
diez perdices, tres conejos,
un pernil de garrobillas
y dos piernas de carnero.
De las demás zarandajas,
por la prisa, no te cuento;
que hasta pasas de Corinto
para la ensalada llevo.
¿Qué mandas, que a buscar voy
un goloso cocinero
para cuatro platos dulces?
BELISA. Que os haga buen provecho.
¿Y es esta noche la fiesta?
FABIO. Esta y otras, porque creo
que es ginovesa de gusto,
y quieren estar de asiento.

(Vase.)

BELISA. ¿Haslo oído?
INÉS. Bien lo oí.
BELISA. ¿Qué dices?
INÉS. Que mudó presto
de amor aqueste galán.
BELISA. ¡Ay, Inés, el seso pierdo!
INÉS. ¿Cómo el seso? Pues ¿por qué?
¿No decías que Fineo
era tu gusto?
BELISA. Es verdad;
pero, como suele el fuego
estar, cuando no le buscan,
de la ceniza cubierto,
ansí lo estaba mi amor;
porque fué mi amor primero
Marcelo, que agora en mí
han descubierto los celos.
Tratéle mal, culpa tuve;
buscó Marcelo remedio;
hallóle, porque Madrid
es selva de encantamentos.
Matóme Fabio de envidia:
tú verás cómo me muero.
¡Qué bien la pintó el bellaco!
"Manos blancas y ojos negros,
airosa como en Madrid,
discreta como en Toledo;
como en Sevilla, amorosa,
y con fe como en Marruecos."

Esta noche, disfrazada,
iré a su calle, y si veo
que es verdad lo que éste dice,
puertas, rejas, aposentos,
cena, mujer y criados
han de rodar por el suelo.

INÉS. ¿Qué dices?

BELISA. Que soy mujer,
y que distancia ponemos,
desde resolver a obrar,
como desde el rayo al trueno.

(Salen ROSELA *y* CLARA, *en su casa.)*

CLARA. ¡Qué gentil talle tenía!

ROSELA. A lo menos, ¡qué cortés,
Clara, amores me decía!

CLARA. Intenté saber después
quién era y dónde vivía;
pero nunca me atreví.

ROSELA. Agrádanme, Clara, a mí
los hombres de aquella traza.

CLARA. ¡Que se vendan en la plaza
hombres también!

ROSELA. ¿Cómo ansí?

CLARA. Pues ¿no le hallamos en ella?

ROSELA. Sí, pero no le llevamos.
Porque eso fuera ir a ella
por flores, hierbas y ramos,
y con fruto volver della.

(Sale LIDIO, *criado.)*

LIDIO. Aquí trae un labrador
unos tiestos de claveles.

ROSELA. ¿Labrador?

LIDIO. Y hombre de humor.

(Sale FABIO, *de labrador.)*

ROSELA. Entre.

FABIO. ¿Qué villano Apeles
pudo retratar mejor?
¿Cuál de sus mercedes es
desta casa la señora?

ROSELA. Yo soy.

FABIO. Yo beso sus pies.
Soy de aquella labradora
del lugar de Leganés
su marido, con perdón;
que porque andaba ocupada,
en esta buena ocasión,
en hacer cierta colada,
me dió a mí la comezón
de traeros unos tiestos
de claveles, tan compuestos,
que a haber azucenas rojas,
dijérades, en las hojas,
que eran azucenas éstos.
No ha producido tan bellos
claveles, venid a vellos,
el instrumento de Dios;
pues, a no haber boca en vos,
no hubiera color como ellos.
Si os diera un hijo, no hiciera
más que en daros su hermosura.
El olor siento acá fuera.

ROSELA. ¡Qué inocencia!

FABIO. En sangre pura
los bañó la primavera.

ROSELA. ¿Eso pudo ser?

FABIO. Bien pudo;
que un día que hizo menudo
a las hojas se limpió,
de quien el clavel salió
teñido en sangre.

ROSELA. No es mudo.

FABIO. Esto dicen los poetas,
que son bravos tintoreros
de hacer rosas y mosquetas.

ROSELA. ¿Qué os he de dar?

FABIO. No hay dineros
para flores tan perfetas.
Y Dominga no me habló
en que los cobrase yo;
porque dice que los juego,
o topo algún diabro luego
destos que no dicen "no".
Ella vendrá por acá;
su merced se los dará.

ROSELA. ¿Tenéis hijos?

FABIO. Diez o doce.

ROSELA. ¿Tantos?

FABIO. Y aun así me goce,
que encinta Jimena está.
Que, como tan mal cenamos,
que es causa de no dormir,
bien desvelados estamos.
Mas yo tengo que os pedir
si hacia aquí nos retiramos.

ROSELA. ¿Cómo?

FABIO. De un galán novel
traigo aquí cierto papel
para dar a su quillotra;
que, escarmentado de otra...
¿Quiere ver lo que hay en él?

ROSELA. ¿Que sois alcahuete?
FABIO. No.
ROSELA. ¿Pues qué?
FABIO. Estafeta amorosa.
Cobro el porte, y pico.
ROSELA. Halló
en vos persona oficiosa.
FABIO. ¿Soy un mentecato yo?

(Lee la carta.)

"Por más acertado he tenido el deciros con atrevimiento que me habéis muerto, que el dejarme morir de cobardía."

FABIO. Hasta ahí no dice mal;
pero, ¿sabéis si la tal
es doncella o es casada?

([Sale] OTAVIO, viejo.)

ROSELA. ¿Leeré más?
OTAVIO. Cosa cansada,
atrevida y desigual.
CLARA. Tu padre.
FABIO. Guarda el papel.
ROSELA. ¿Con quién vienes enojado?
OTAVIO. Contigo.
ROSELA. Cosa cruel.
pues yo, ¿qué ocasión te he dado?
OTAVIO. Yo haré en mi casa un vergel
con que las mañanas tengas
más quietas y recogidas,
y a mediodía no vengas
con flores tan mal nacidas
que en buscallas te entretengas.
Entro, y hallo ramilletes
y claveles que has comprado;
¿no es mejor que te sujetes
al almohadilla, al estrado?
ROSELA. ¿Serán por dicha alcahuetes
los ramilletes, señor,
de la plaza de Madrid
para quitarte el honor?
OTAVIO. Buen hombre.
FABIO. Señor.
OTAVIO. Oíd.
FABIO. Temblando estoy de temor.
OTAVIO. ¿Sabréis un jardín hacerme
en un poco de corral
que tengo?
FABIO. Holgara de verme
libre en ocasión igual
y a serviros detenerme.
Soy de aquí, de Leganés,
y espero el agosto agora;
pero mi vecino Andrés,
que junto a mi casa mora,
bravo jardinero es.
Mañana le traigo aquí.
OTAVIO. Id con Dios, y haceldo ansí.
ROSELA. ¡Hola!
FABIO. Señora.
ROSELA. El papel
tomad.
FABIO. Quedaos vos con él.
ROSELA. Pues ¿era para mí?
FABIO. Sí;
de Marcelo, el caballero
que hoy en la plaza os habló,
soy lacayo o escudero,
y él para vos me le dió.

(Vase.)

OTAVIO. ¿Qué te dice el jardinero?
ROSELA. Como te ve con disgusto,
llevar quiere los claveles.
OTAVIO. Eso, no; que dellos gusto.

(Vase.)

ROSELA. Tú, por reñir, como sueles,
no miras justo ni injusto.
CLARA. ¿Qué tenemos?
ROSELA. Que el papel
es del galán que con él
hablamos hoy.
CLARA. ¿Y el villano?
ROSELA. Su lacayo.
CLARA. No era en vano
más moscón que moscatel.
¿Hate pesado?
ROSELA. En mi vida
pensé ser agradecida,
y agora lo pienso ser;
porque a ninguna mujer
le pesa de ser querida.

(Salen BELISA e INÉS, con capotillos y sombreros.)

INÉS. Mira que vienes a hacer
el mayor atrevimiento
que puedes contra tu honor.
BELISA. Amor no quiere consejo;
demás que yo quiero, Inés,

sin dar a entender que vengo
a su calle, ni a su casa,
saber lo que pasa dentro.

INÉS. Pues ¿no te ha de dar más pena?
¿No sabes que los discretos
nunca escuchan?

BELISA. Muy bien dices;
pero es el amor muy necio.
Aunque, si verdad te digo,
como ya por mí lo siento,
poco entendimiento tiene
quien no quiere bien, con celos.
Son celos despertador
del amor rendido al sueño,
que inquietan alma y sentidos
al continuo movimiento.
Dice la memoria a amor:
"Hasta tal hora me duermo",
y él, cuidadoso, a la misma
los celos le pone luego;
llega el punto, da la rueda
y quedan juntos, despiertos,
alma, potencias, sentidos,
levantándose al remedio;
porque en viendo que otro alcanza
el lugar que yo merezco,
poco entendimiento tiene
quien no quiere bien con celos.
Esta es la casa. ¡Ay de mí,
de mi Marcelo, o martelo,
y aun de mi martirio, o mar
donde me abraso o me anego!
Llama, llama.

INÉS. ¿Estás en ti?

BELISA. La noche, su manto negro
desguarnecido de estrellas
tiende en los hombros del cielo.
Ella nos cubre, no importa.

INÉS. Ya he llamado; y tan suspenso
está el aire, que responde
en lo más lejos el eco.

(Saca la cabeza FABIO.)

BELISA. ¿Suspenso?

FABIO. ¿Quién está ahí?

INÉS. Fabio, yo soy.

FABIO. ¿Quién diremos?

INÉS. Inés.

FABIO. ¿Qué Inés?

INÉS. La de antaño.

FABIO. ¿A tales horas? ¿Qué es esto?

INÉS Di a Marcelo que está aquí
Belisa.

FABIO. ¡Guarte acá, negro!
¡Vive Dios, que me matase!
Dile que se vaya luego;
que si lo sabe Cardenia,
tarde o nunca cenaremos.

BELISA. ¿Qué es esto, pícaro infame?
¿Sabes que soy yo quien llego
a tu puerta? ¿Qué Cardenia
es ésta? ¡Abre aquí, abre presto!

FABIO. ¿Cómo abrir? Cierro y me voy;
que están cenando, y yo tengo
a mi cargo la bebida.

INÉS. Fuése.

BELISA. Y yo me estoy muriendo.

(Dentro, FABIO.)

FABIO. Dice Cardenia que está
la bebida como un fuego.
Da prisa a la cantimplora.
Daca esas tortadas, Pedro.
¡Ea!, apercibe los postres.

BELISA. ¿Los postres? Pues sean mis celos.

INÉS. ¿Coces das?

BELISA. ¡Y he de romper
la puerta!

(Sale MARCELO.)

MARCELO. ¡Paso! ¿Qué es esto?

BELISA. Esto es honra.

MARCELO. ¿Quién es?

BELISA. Yo.

MARCELO. Pues ¿de cuándo acá tenemos
estos bríos?

BELISA. Desde agora.

MARCELO. Vete con Dios, que es mal hecho
que tú pierdas de quien eres
y yo pierda, por tus celos,
el crédito que tenía
con los padres y los deudos
desta dama que está aquí;
que han venido a los conciertos
del casamiento que trato.

BELISA. ¿Que tú tratas casamiento?

MARCELO. Como tú con quien te sirve.

BELISA. Pues ten, Marcelo, por cierto
que antes que llegue a mi casa,
me he de matar; porque creo
que mi llanto y tus agravios
servirán de lazo estrecho
al cuello que de tus brazos
pensó hacerle en algún tiempo.

MARCELO. No llores, Belisa mía,
que todo fué fingimiento
de Fabio para afligirte.
Entra, y verás en silencio
toda la casa; que ni hay
Cardenia, ni en mi deseo
alma y ojos más que a ti.
BELISA. ¿Que no hay nadie?
MARCELO. Entra tú a verlo.
BELISA. No, que me voy.
MARCELO. Oye, espera.
BELISA. No hay que esperar, porque quiero
con celos, y, en viendo amor,
de las ofensas me acuerdo.
MARCELO. Mal hice, gran necio fuí.
Pero, ¿quién amó discreto?
Ramilletes de Madrid,
a vuestras flores me vuelvo.

ACTO SEGUNDO

(Salen OTAVIO *y* ROSELA.)

ROSELA.

En fin, ¿a fabricar te determinas
este jardín en casa?

OTAVIO.

Tener quiero
para el abril y mayo clavellinas,
por que, del alba al resplandor primero,
no salgas a buscarlas a la plaza,
mientras honrarte de marido espero.
Ya vino el labrador, ya dió la traza,
y aun hoy presumo que traerá las flores.

ROSELA.

¡En qué cosas tu ingenio se embaraza!

OTAVIO.

Aquí, en la variedad de las colores,
la vista ocuparás por las mañanas:
son los gustos domésticos mejores.

ROSELA.

Si a la sentencia más común te allanas,
nunca el propio es mejor, aunque sea bueno.
¿Nunca has oído...?

OTAVIO.

¡Qué quimeras vanas!

ROSELA.

¿Más que la fruta del cercado ajeno?

OTAVIO.

Bien sé también que dijo Sanazaro
que era más agradable el campo ameno.
Pero con esto yo pondré reparo
a las mañanas que me causan celos;
que aquí saldrá también el sol tan claro.

(Sale CLARA.)

CLARA.

Aquí está Andrés.

OTAVIO.

Pues entre Andrés.

(Sale de jardinero MARCELO.)

MARCELO.

Los cielos,
señor, guarden tu vida largos años,
como a mis flores de aire, cierzo y hielos,
y esa hermosura, de la edad engaños,
logren, señora, en vos.

ROSELA.

Bien seáis venido.

MARCELO.

(¡Oh amor, qué atrevimientos tan extraños!)
Yo he buscado, señor, y prevenido
diversas flores, hierbas olorosas,
cuanto posible a mi memoria ha sido.
Aquí pondré las encarnadas rosas;
aquí, las manutisas naranjadas;
aquí, las valerianas amorosas,
con los lirios, que dan hojas de espadas,
el tilo, el hisopillo, las violetas
y las estrellamares turquesadas.
Pondré claveles rojos en macetas,
azucenas, narcisos y jacintos,
amarillas y cándidas mosquetas.
Ya en oro, en nieve, en sangre, en clavel tin-
debajo de las pálidas retamas, [tos,
los alhelíes, en color distintos;
sándalos, pajarillos, sietenramas
harán también igual correspondencia
a las tudescas, que parecen llamas.

OTAVIO.

¿Hallaremos jazmines de Valencia?

MARCELO.

Para Madrid son flores delicadas;
pero tendrán al hielo resistencia.

OTAVIO.

Yo pienso que serán las cuatro dadas.
Trazad los cuadros, mientras yo voy fuera.

MARCELO.

Hallaréis vuestras armas dibujadas.

OTAVIO.

¿No haremos una fuente?

MARCELO.

Si tuviera
noria, yo la formara tan curiosa,
que se parara el sol cuando corriera.

OTAVIO.

Pues yo la haré, por ver tan nueva cosa.

(Váyase.)

ROSELA. ¿Adónde pensáis fundar,
Andrés, aqueste jardín?

MARCELO. Aquí lo veréis; que, en fin,
de vos le pienso imitar.
Naranjos, por el azahar,
no pienso poner en él;
pondré, señora, un laurel
para tan justa vitoria,
si el fin de mi dulce historia
me coronare con él.
Oíd, pues, que voy plantando
el jardín de aqueste modo,
porque en vuestras partes todo
le voy, señora, imitando:
vuestra frente me está dando
coronas de rey hermosas;
vuestras mejillas, las rosas
estrellamares, o estrellas
vuestros ojos, y estas bellas
manos, mosquetas lustrosas.
Claro está que he de tomar
de vuestra boca el clavel:
habrá de coral plantel
como le tiene la mar;
con temor se ha de calar,
no quiero nieve pediros;
mas, si puedo persuadiros,
veréis crecer sus despojos
con el agua de mis ojos
y el aire de mis suspiros.
Quisiera también poner
algún cuadro de esperanza;
pero mi desconfianza
dice que se ha de perder,
pues sembrar y no coger
es perder tiempo y caudal;
pero ya piensa mi mal
hacer en este jardín
una fuente en un delfín,
que es de tormentas señal.
Dad vos licencia a mis ojos
para que, vueltos en fuentes,
fertilicen sus corrientes
las plantas de mis enojos.
Vuestros serán los despojos,
las labranzas serán mías;
y si, tras tantas porfías,
algún bien el alma alcanza,
será ejemplo mi esperanza
de lo que pueden los días.

ROSELA. ¿Qué es lo que decís, Andrés?
¿Cómo habláis tan cortesano?
¿Sois caballero, o villano?

MARCELO. El amor nunca lo es.
Con este disfraz intento,
y con honesta afición,
poner en obligación
vuestro libre pensamiento.
¿Aún no me habéis conocido?

ROSELA. ¿Sois Marcelo?

MARCELO. El mismo soy;
que tras mis engaños voy,
sin esperanza, atrevido.

ROSELA. Pues ¿qué habéis hallado en mí
para tal atrevimiento?

MARCELO. Pensar de mi pensamiento
que os puede obligar ansí.
Donde no tiene interés
lugar, la industria es el medio
mejor, si vos al remedio
queréis acudir después.
Dentro estoy de vuestra casa,
jardinero en ella soy.

ROSELA. Temblando, Marcelo, estoy;
todo me hiela y me abrasa.
Si os considero atrevido,
luego os miro enamorado;
si enamorado, arrojado,
y si arrojado, perdido.
Dejaros de agradecer
lo enamorado, no puedo;
lo atrevido, me da miedo,

aunque no es amar, temer.
Deseos tengo de amaros,
no os confieso poco en esto,
porque, siendo amor honesto,
fuera ingratitud culparos;
pero, cuando fuesen culpas,
es gran señal de querer
cuando busca una mujer,
al que se atreve, disculpas.
¿No fuera mejor pedirme
a mi padre, o a mi hermano?

MARCELO. ¿Hermano tenéis?

ROSELA. Tan vano,
que ha venido a persuadirme
que ha de ser la confusión
en que vuestro amor se acabe.

MARCELO. Si más vuestro padre sabe,
y siempre los viejos son
más astutos y advertidos,
y ya le tengo engañado,
¿qué teméis?

ROSELA. Que es un soldado,
no de los mal recebidos,
sino de mucha opinión,
ya en Flandes, y ya en Milán.

MARCELO. ¿En Milán?

(Salen el ALFÉREZ LISARDO *y* FINEO.*)*

ALFÉREZ. Pienso que están,
con esta nueva invención,
todos en casa ocupados.

FINEO. Bien hace en hacer jardín
vuestro padre, porque, en fin,
alivia grandes cuidados.
Y Rosela me parece
que a ver su principio está.

MARCELO. Por aquí este cuadro irá,
porque mejor vista ofrece.
De a seis pies serán mejores,
que el sitio no da lugar
a poderlos dilatar.

ROSELA. Haced las calles mayores.

MARCELO. (Una quisiera yo hacer,
y holgara de estar en ella.)

ALFÉREZ. Hermana.

FINEO. Rosela bella,
¿qué es aquesto?

ROSELA. Entretener
la tarde en verle trazar
aquestos cuadros a Andrés.

FINEO. ¿Es famoso?

ROSELA. El mejor es
que habemos podido hallar.

ALFÉREZ. Dejádmele hablar a mí,
que aun yo tengo gusto en esto.

FINEO. ¿Pensáis que es fuerte compuesto
de justas medidas?

ALFÉREZ. Sí;
que, como triangular
o exágono suele ser,
se puede un jardín hacer
como dispone el lugar.
¿Qué pensáis que es un jardín,
una planta o un pitipié
de un edificio?

MARCELO. (Yo entré
a buscar mi cierto fin.)

FINEO. Que natural, en soldados,
es trazar cuanto se ofrece.

ALFÉREZ. A todo allá nos parece
que venimos enseñados.

FINEO. Pues ¿qué dique o rebelín,
basamenta o contradique
queréis que agora se aplique
a los cuadros de un jardín?

ALFÉREZ. Calla: veréis lo que pasa.
Habéis de saber, Andrés...
¡Ay, cielos! Marcelo es.
¿Tú estás en aquesta casa?
¿Tú, vestido de villano,
con aqueste engaño aquí?

FINEO. ¿Qué es eso?

MARCELO. (¡Qué bien caí
de mi enemigo en la mano!)

ALFÉREZ. Hermana, desembaraza,
por tu vida, este lugar;
que solos hemos de estar
para comenzar la traza.

ROSELA. No hagas algo que se enoje
nuestro padre.

(Váyase.)

ALFÉREZ. No hayas miedo.
No sé cómo verte puedo
sin que a matarte me arroje.
Bien sé, traidor, que has venido
a lo mismo.

FINEO. ¿Qué es aquesto?

MARCELO. Escucha.

ALFÉREZ. Traigo dispuesto
el agravio, y no el oído.

MARCELO. Pues, ¿espada para quien
viene sin ella?

ALFÉREZ. ¿Quién duda

que traerás espada muda,
de las que responden bien?

FINEO. Póngome deste hombre al lado,
aunque no soy contra ti,
por que des, Lisardo, en mí,
como hombre noble y soldado;
no porque no es mi enemigo
éste que tuyo lo es,
pero porque no le des
sin armas.

ALFÉREZ. Lugar te pido
para matar un traidor
que con algún pistolete
eso mismo se promete,
en forma de labrador.

MARCELO. Que no le traigo es sin duda,
ni de matarte deseo,
puesto que agravio tan feo
a todo engaño me ayuda.
El haber entrado aquí
diré a aqueste caballero,
porque ni puedo, ni quiero
decirte la causa a ti.

FINEO. Sosegaos, ¡por vida mía,
Alférez!, que él me hablará.

ALFÉREZ. Conmigo, ¿qué no podrá
vuestro amor y cortesía?
Mas no he de poner la espada
en la vaina hasta saber
lo que éste pretende hacer;
pues es cosa declarada
que ha venido de Milán
sólo a matarme.

FINEO. No sé.
Apartaos; yo le hablaré.

MARCELO. ¡Buenos mis sucesos van!

Yo soy, ¡oh ilustre y noble caballero!,
pues que de hoy más os deberé le vida,
a quien Madrid Marcelo de Vivero,
por conocidas armas, apellida.
En medio del amor más verdadero
que cupo en alma de su ardor vencida,
me fuí a Milán, por ver tan variable
la condición de la mujer mudable.
Cuando la visitaba, la pesaba;
cuando faltaba un hora, me escribía;
cuando no la buscaba, me buscaba,
y cuando la olvidaba, me quería.
Si algún regalo o joya la enviaba,
sin descubrirla, a mi poder volvía.
Canséme, y fuíme a ver si, entretenido,
hallaba a un largo amor un breve olvido.
Sucedióme la historia con Lisardo
que habréis sabido ya; volvime a España,
y cuando abrazos, como ausente, aguardo,
de que a otro quiere bien me desengaña.
No me hallé para celos tan gallardo,
que no tengo en sufrillos buena maña:
dejé la empresa, y di en buscar un medio
que fuese, con amor, de amor remedio.
Vi del Alférez la famosa hermana,
entre las hierbas y diversas flores
que, sin sembrallas, ve toda mañana
en su plaza, Madrid, de mil colores;
díjele amores, fué esperanza vana;
pero, después de algún papel de amores,
con aquesta invención entré en su casa.

FINEO.

¿Esto es verdad, en fin?

MARCELO.

Sólo esto pasa.
Porque si ser hermana conociera
del Alférez, la calle no pasara;
porque, cuando agraviado me sintiera,
campos tiene Madrid, y él me buscara.
Si amáis su hermana, nunca el cielo quiera
que, debiéndoos la cosa que es más cara,
os quite vuestro gusto, pues ya intento
volverme a mi primero pensamiento.
Belisa, aquesta dama que os decía,
anoche me buscó, muerta de celos
de una Cardenia a quien querer fingía
por dar justa venganza a mis desvelos.
Decid a vuestro amigo...

FINEO.

(¡Ay, suerte mía!
Su enigma declararon mis recelos.)

MARCELO.

Que esté seguro, aunque no soy muy sabio,
de que no tengo que vengar mi agravio.

FINEO.

Alférez, retiraos aquí conmigo.

ALFÉREZ.

¿Qué dice ese hombre?

FINEO.

Más que yo quisiera.

ALFÉREZ.

¿Por qué razón?

FINEO.

Porque es quien yo temía,
y a quien Belisa tanto amor tenía.

ALFÉREZ.

¿Luego éste fué de quien tuviste celos?

FINEO.

Mayores son los que me ha dado agora
con decirme, Lisardo, que le adora
y que anoche, de celos, a buscalle
vino a su casa y que rondó su calle.

ALFÉREZ.

Pues, ¿no será mejor que le matemos?
Cerrad aquesa puerta.

FINEO.

Ya no es justo;
pues quien a otro sus secretos fía,
ya por amigo entonces le tenía.
Pues, ¿cómo queréis que mate un hombre
cuando ya de su amigo tengo nombre?

ALFÉREZ.

¿En la corte buscáis filosofías,
donde el vivir es la razón de estado,
con su comodidad más elegante?
Mas ¿cómo no pasáis más adelante,
en razón de mi casa y del vestido?
¿Puede negar ese hombre que ha venido
a matarme a traición?

FINEO.

El no sabía
que fuese vuestra casa.

ALFÉREZ.

¿A qué venía?
Porque también es cosa temeraria
disculpar una infamia tan contraria
a la verdad y a la razón.

FINEO.

Las cosas,
cuando son de creer dificultosas,
quitan a un hombre el gusto de decillas.
¿No os habéis de reír deste cuidado,
si os digo lo que aquí me ha dicho agora?

ALFÉREZ.

¿Qué puede ser?

FINEO.

Contóme que le dijo
en Italia un astrólogo famoso
que debajo de tal y de tal signo,
o tal y tal estrella que miraba
así, piramidalmente, esta casa,
había un gran tesoro que escondieron
de la expulsión de España los moriscos,
y por buscalle, cuando cave el huerto,
con vuestro padre ha hecho este concierto;
y él, como es avariento y viejo, quiere
partirle entre los dos, si pareciere.

ALFÉREZ.

La cosa más extraña y peregrina
me habéis contado, que creer pudiera,
si agora con mis ojos no la viera.
¡Que dé mi padre en esto! ¿Hay tal locura?

FINEO.

Pues advertid que el viejo no lo entienda.

ALFÉREZ.

La espada envaino, y voyme haciendo cruces.
[*Vase.*]

FINEO.

Cavad, Andrés, que ya tenéis licencia.

MARCELO.

Antes me vuelvo a mi jardín primero;
que ni peligros ni esperanzas quiero. [*Vase.*]

FINEO.

Yo he levantado una gentil quimera,
sólo por estorbar que éste no muera.
Mas deben de quererlo así los cielos,
pues yo le guardo y él me mata a celos. [*Vase.*]

(*Salen* BELISA *y* LISEO, *su hermano.*)

LISEO. Mal hiciste.
BELISA. No he podido
reportar mi necio amor.
LISEO. Siempre ha de ser el honor
a todo amor preferido.
BELISA. Amor, hermano Liseo,
es ceguedad de los ojos;
de la corta vista, antojos,
y de la larga, deseo.
Es luz que lejos engaña
al que peregrino va,
y es un enfermo que está

pidiendo lo que le daña.
Es amor una pasión
que pide, y yo ansí lo siento,
un divino entendimiento
para tener perfección.
No le vi tener en precio
de hombre que poco alcanzase,
ni discreto que olvidase
tan a priesa como un necio.
Con esto, que no es por dar
a mi ingenio vanagloria,
doy a amor en mi memoria
tanta fe como lugar.
Medio tratado tenía
de Fineo el casamiento;
mas mudó mi pensamiento,
con los celos de aquel día.
Habla con Marcelo, hermano;
cásame con él, ¡por Dios!;
que mejor entre los dos
quedará el concierto llano.
Es Marcelo caballero.

LISEO. ¿Ha mucho tiempo?

BELISA. No sé.
El nombre siempre lo fué.

LISEO. ¿De qué apellido?

BELISA. Vivero.

LISEO. Y yo salgo a la fianza.
Pero has de saber, Belisa,
que hay caballeros a prisa,
a quien el nombre no alcanza.
¿Quieres ver por qué en España
se pierden muchas ciudades?

BELISA. Entre muchas novedades,
nunca la vi más extraña.

LISEO. Es gallardo advertimiento
de un hombre de buen jüicio.

BELISA. Alabarle tú es indicio
de su buen entendimiento.

LISEO. Pues piérdense muy ligeros
los lugares sin recato
cuando los hombres de trato
se meten a caballeros;
que en cesando en un lugar,
lo que es la mercadería,
desde una casa vacía
hasta mil suelen quedar;
porque pueden enterrallo
y clamorear a pino,
en pasándose un vecino
desde la tienda al caballo.

BELISA. Pues ¿piensas que es dese modo
Marcelo?

LISEO. No lo sé yo.

BELISA. Tan noble, hermano, nació,
que, por su linaje todo,
es hidalgo desde Adán.

LISEO. ¿Que entonces hubo Viveros?

BELISA. A tan nobles caballeros,
este principio les dan.

LISEO. Ahora bien: a hablarle voy.
Recógete.

BELISA. Satisfecha
de tu amor, voy sin sospecha.

LISEO. Tu hermano y su amigo soy.

BELISA. Mi vida en tu mano he puesto.

LISEO. De las partes deste hidalgo,
hermana, al crédito salgo.
Con el "sí" volveré presto.

(Vase BELISA. *Salen* FINEO *y* CELIO.)

Fineo es éste.

FINEO. El hermano
está aquí de mi Belisa.

CELIO. Harto bien tu amor avisa
a lo cuerdo y cortesano.

FINEO. ¿Luego entiende mi afición?

CELIO. Pues ¿qué afición no se entiende?
El que ama, y el que pretende,
y el que teme, ciegos son.
Quien ama, poniendo fe;
quien pretende, porque espera;
quien teme, porque le altera
cualquiera sombra que ve.

FINEO. ¡Oh, Liseo!

LISEO. ¡Oh, mi Fineo!
¿Qué hay de bueno por acá?

FINEO. Veros, que ha mil tiempos ya
que en ninguna parte os veo.
¿Hay amor?

LISEO. No amé jamás.
Y ya pasó, si algo fué.

FINEO. ¿No jugáis?

LISEO. No tengo qué,
y hay muchos que saben más.

FINEO. ¿Vais a la comedia?

LISEO. No;
porque no me siento en parte
donde no traten del arte
que ha mil años que pasó.
Yo voy no más de a escuchar:
buena o mala, al fin se acaba.
Pero, ¿cómo me olvidaba,
viendo que os habéis de holgar,
de pediros que me deis
el parabién de una boda,

para que mi casa toda
con vuestra persona honréis?

FINEO. ¿Habéisos casado?

LISEO. No;
aunque en Madrid bien pudiera,
pues hay virtud que me diera
más honra que tengo yo.
Mirad qué prenda, en mi casa,
puede casarse también.

FINEO. Bien merece el parabién,
si vuestra hermana se casa;
que es un ángel en belleza,
y en ingenio singular,
quien más pudiera imitar
su pura naturaleza.
Pero ¿quién es el dichoso?

LISEO. Es Marcelo de Vivero:
un gallardo caballero,
un mancebo generoso,
bien visto en este lugar.

FINEO. Ya le conozco. (¡Ay de mí!)

LISEO. Belisa lo quiere ansí;
yo no lo pienso estorbar.

FINEO. Ni era, Liseo, acertado.
Casallos es lo mejor;
que donde es tercero amor,
lo más está concertado.
Marcelo se ajusta bien
a vuestro merecimiento.

LISEO. ¿Sentislo ansí?

FINEO. Ansí lo siento.
Conózcole, y sé también
que él y sus padres sirvieron
a la gran casa de Sesa.

LISEO. Buena ejecutoria es ésa.

FINEO. Los duques le ennoblecieron.
¿Habéisle hablado?

LISEO. A eso voy,
seguro de que seré
bien recebido.

FINEO. (¿Qué haré?
Por darme la muerte estoy.)

LISEO. ¿Mandáis algo?

FINEO. Dios os guarde.
Puertas de Belisa ingrata,
pues más que Anaxarte dura,
corresponde a mi esperanza
más firme que aquel mancebo
que de sus ventanas altas
colgó la vida, hoy seré
Isis de vuestras ventanas,
y ójala que vuelta en piedra
advierta Belisa el alma
de tu ingratitud, si al hielo
que tiene un infierno basta.
Si queréis enterneceros,
piedras, dinteles y jambas,
yo os diré toda mi historia,
bañando el papel en agua.
Oíd, rejas; oíd, balcones.

CELIO. ¿Qué es lo que dices? Repara
en la gente que te escucha.

FINEO. ¿Por qué me has muerto sin causa?
Quisísteme estando ausente
tu amor, Belisa, en Italia;
vino a España; al fin, me olvidas.
¡Oh, nunca viniera a España!
Pluguiera a Dios que el Alférez
a quien detuve la espada
le diera muerte aquel día
que entró aquel día en su casa.
Yo tuve la culpa, yo.

CELIO. Fineo, ya que las ansias
de tu amor a esto te obligan,
en otra parte las pasa.
Vamos a casa o al campo,
da voces en él, descansa;
pero aquí...

FINEO. Déjame, Celio,
pues me estorbas y me matas.
¿Qué casa o campo ha de haber
que me alivie en pena tanta,
si es todo para los tristes
duro campo de batalla?
¡Que librase yo a Marcelo
contra la amistad jurada
de un hombre como el Alférez!
¡Vive Dios que es justa paga
de mi necia cortesía!
Belisa, ya que te casas,
conoce que esto me debes.

(*Salen* MARCELO *y* FABIO.)

MARCELO. Aquí de Belisa tratan.

FABIO. Siempre trae en los oídos
el nombre amado quien ama,
como el que ha estado en la cárcel,
que por muchos días anda
oyendo el son de los grillos.

MARCELO. Fineo es éste.

FABIO. ¿Qué aguarda
a la puerta de Belisa?

MARCELO. ¿Cosa que fuese la causa
de los celos que he tenido?
Fineo.

FINEO. ¿Es Marcelo?

MARCELO. Abraza
el hombre, amigo Fineo,
que con mayor confianza
puedes de su obligación,
y conociendo que es tanta,
ocúpame en tu servicio;
que bien sé que es corta paga
la vida, el alma, la hacienda;
que la hacienda, aunque no iguala
a estas dos, tal está el mundo,
que el amigo que se halla
que la pierda por su amigo,
bien merece eterna fama.
Gasten versos los poetas
en su divina alabanza,
y para que sepas tú
si soy déstos, prueba el alma,
en la voluntad, la vida,
en la sangre y la esperanza,
en la hacienda; que de todas
puedes tener la que basta
para saber que sabré
hacer obras las palabras.

FINEO. A tantos ofrecimientos
para responder me faltan;
pero aseguraros puedo
de que en esa confianza
os diré que me ha pesado
de que fuese mi desgracia
tal que amase yo a la prenda
que es de vos tan estimada.
Quisiera no haber nacido
antes que ver que se casa
con vos, pesándome a mí;
que el amistad limpia y santa
en los bienes del amigo
se alegra, y ha de ser falsa
la mía forzosamente,
pues vivos celos me abrasan.

MARCELO. Ya os dije, como sabéis,
Fineo, en aquella casa
que amaba a cierta Belisa
antes que me fuese a Italia,
y que por hallar, volviendo,
de su amor tanta mudanza,
quise a Rosela, Rosela,
de aquel mi enemigo hermana.
Pero si vos la queréis,
haré tan poco en dejalla,
que no hablaré más en ella.

FINEO. ¿Yo a Rosela?

MARCELO. Imaginaba
que el amistad del Alférez
sería por esa causa;
que se usa en este lugar
andar siempre los que agravian
unidos con los que sufren.

FINEO. Mis desventuras, ¿qué aguardan
que no dicen la verdad?
¿Para qué mis celos callan?
¿Habéis topado a Liseo?

MARCELO. No.

FINEO. Pues a buscaros anda.
para casaros.

MARCELO. ¿Con quién?

FINEO. ¿Con quién? Con su bella hermana.

MARCELO. ¿Con Belisa?

FINEO. Con Belisa.

MARCELO. ¿Luego sois a quien amaba
mientras estuve en Milán?

FINEO. Soy a quien el tiempo engaña,
como a muchos que en mujer
han puesto sus confianzas.

MARCELO. Pues, ¡vive Dis!, que ha de ver
amor la mayor hazaña
de amistad que ha visto el mundo.
Yo no os podré dar palabra
de que no amaré a Belisa,
que es carácter en el alma;
mas si me busca Liseo
y este casamiento trata,
no me hallará, porque pienso
hacer a Irún mi jornada,
sirviendo al duque de Sesa,
que al gran príncipe acompaña
de Lerma y Denia, y con esto
yo os cumpliré la palabra.
Vos en mi ausencia podréis
volver, Fineo, a su gracia,
y ella, que al fin es mujer,
hallará bastante causa
para poderse mudar,
y más ella, que es tan varia
que no hay veleta en el mundo
que sepa tantas mudanzas.

FINEO. Eso no es justo.

MARCELO. Dejadme
aquí, enfrente de su casa,
que yo os hablaré despacio
antes que a Burgos me parta.

FINEO. Vamos, Celio.

CELIO. ¿Qué te ha dicho
Marcelo?

FINEO. Es historia larga.

(Vase.)

FABIO. ¿Qué hay de nuevo?
MARCELO. Que hoy me voy,
y a lo más largo mañana.
FABIO. ¿Dónde?
MARCELO. A Burgos, con el Duque.
FABIO. Esa sí que es buena traza
de olvidar. Vamos, señor,
a ver la ocasión más alta
que España y Francia han tenido,
juntándose España y Francia.
El de Sesa, mi señor,
con ostentación que iguala
al valor de sus abuelos,
sale de Madrid mañana.
Vamos a ver las entregas
de las estrellas trocadas
sobre las aguas del río,
último confín de España.
Ahórquese amor.
MARCELO. Ahórquese.
que yo dejaré en las aguas
del mar de España su fuego.
FABIO. Viva treinta veces Francia.

(Salen INÉS *y* BELISA.)

BELISA. A la voz nueva en mi oído,
salgo, conociendo, Fabio,
que es tuya.
FABIO. Si en él ha sido
tan dulce como en mi labio,
justa disculpa has tenido.
Va Marcelo, mi señor,
con su dueño a Burgos.
BELISA. ¿Cuándo?
FABIO. Hoy, pienso.
BELISA. Bravo rigor.
MARCELO. El tuyo me está forzando,
y un noble competidor.
BELISA. ¿En fin, vas a la jornada?
MARCELO. Con el duque a Burgos voy.
BELISA. Al duque estoy obligada,
pues por su excelencia estoy
de tu amor desengañada.
¿Has hablado con Liseo?
MARCELO. Sé que me andaba a buscar.
BELISA. ¿Y sabes mi buen deseo,
o para no te casar
tan de camino te veo?
MARCELO. Fineo es hombre de bien;
con él estarás mejor.
Yo, en fin, me voy.
BELISA. Haces bien.
MARCELO. Ni tú agradeces mi amor,
ni yo entiendo tu desdén.
El de Sesa me ha mandado
irle a servir.
BELISA. Obligado
estás; yo no te replico.
Solamente te suplico
te acuerdes que me has dejado.
MARCELO. Mientras yo tuviere vida,
la tuya segura quede,
y aunque el alma se divida,
con ella irás, que no puede
ser de los tiempos vencida.
Mira si en esta ocasión
en algo puedo servirte;
si a Francia llego, es razón
que pidas.
BELISA. Quiero pedirte...
MARCELO. ¿Qué, Belisa?
BELISA. El corazón.
MARCELO. Digo de otras niñerías:
bandas, estuches, espejos,
relojes...
BELISA. ¿Medir querías,
Marcelo, estando tan lejos,
las horas de tales días?
Vete, pues mi amor ignoras,
o tu engaño sobredoras,
dando al no poder sufrillas
relojes para medillas
cuando me quitas las horas.
Pues, espejos, ¿para qué?
Ya siempre en ti me miré,
luego estaba en tu presencia,
aunque es espejo la ausencia
donde la verdad se ve.
Pues estuches, ¿a qué efeto?
Yo no me pienso matar.
Lo que es randas, te prometo
que si las llego a asentar,
o me canso, o me inquieto
y maldigo a los primeros
que trataron de inventallas.
MARCELO. ¿Por qué?
BELISA. Por malos agüeros,
si me acuerdo al asentallas
que se hacen de majaderos.
Así, que no traigas nada,
ni aun a ti, si puede ser,
pues es lo que más me enfada;
y no hay para qué volver,
pues has de hallarme mudada.

(Váyase BELISA.)

MARCELO. Eso juro yo por Dios.
FABIO. Oye, ¿no hablamos los dos?
INÉS. ¿Qué quiere el que ya se va?
FABIO. ¿Qué te he de traer de allá?
INÉS. Mucho romadizo, y tos.
FABIO. Présteme para traello
su pecho, señora Inés;
verá lo que traigo dello.
Mas pues al confín francés
voy, como galgo, del cuello,
dígame cualque encomienda.
INÉS. Que a nadie le dé la paz,
aunque la costumbre ofenda.
FABIO. Yo le guardaré la faz,
a título de su prenda.
INÉS. Oye, si a Vizcaya va,
tráigame un poco de dicha.

(Váyase INÉS.)

FABIO. Nobleza y lealtad dirá.
MARCELO. ¿Hay más notable desdicha?
FABIO. Calla, que por bien será.
MARCELO. Bien o mal, yo he de cumplir
mi obligación, o morir.
FABIO. ¿Qué galas has de llevar?
MARCELO. ¿Si me llevan a enterrar,
qué me tengo de vestir?
FABIO. Deja locuras cansadas.
MARCELO. Yo me voy por mis jornadas
a la muerte.
FABIO. ¡Oh, moscatel!
¡Vivan Ana, y Isabel,
las dos estrellas trocadas!

(Salen LISARDO *y* ROSELA.)

ALFÉREZ. Debajo de juramento
te he contado lo que pasa.
ROSELA. ¿Que hay tesoro en nuestra casa?
ALFÉREZ. Con nuestro viejo avariento
este mancebo engañado
han hecho el concierto.
ROSELA. En fin,
fingen hacer un jardín
para tenerle cerrado.
ALFÉREZ. Quieren con esa invención
sacar el oro encubierto.
ROSELA. Pues ¿tú tiéneslo por cierto?
ALFÉREZ. Los moros de la expulsión
dicen que en España dejan
gran número de doblones,
porque no los corazones,
sino los cuerpos alejan.
Y pensando que algún día
los podrán volver a ver,
más los quieren esconder
que perderlos.
ROSELA. Ser podría.
Mas ¿dónde supo Marcelo
este secreto?
ALFÉREZ. En Milán.
ROSELA. Pocos secretos lo están,
Lisardo, al tiempo y al cielo.
Muy cierto debe de ser,
pues Marcelo se disfraza.
ALFÉREZ. Habrán buscado esa traza
por no darse a conocer.
Otra vez, Rosela mía,
te encomiendo este secreto.
Adiós.
ROSELA. No es hombre discreto
el que de mujer los fía.
¿Qué te parece de haber
fingido Marcelo amor
para encubrirse mejor?
CLARA. Que no seré yo mujer
si dél y del bellacón
que con los tiestos venía
no me vengare algún día.
ROSELA. ¿Hay más extraña invención?
Oro encubierto buscaba.
CLARA. Como Juan de Leganés
venía vestido Andrés
y las estrellas contaba.
ROSELA. Toma los tiestos, y así,
con los claveles los echa
por la ventana.
CLARA. ¿Aprovecha
de alguna venganza?
ROSELA. Sí.
Que de quien traición me hacía
y con engaños me abrasa,
no ha de quedar en mi casa
esperanza ni alegría.
La alegría en la color,
y la esperanza en lo verde,
para que jamás se acuerde
de su memoria mi amor.

(Sale OTAVIO.)

¿Es éste mi padre?
CLARA. El es.
ROSELA. Corrida estoy.
OTAVIO. ¿No ha venido
Andrés?
ROSELA. ¿Qué Andrés? ¿El fingido?
OTAVIO. Pues ¿era fingido Andrés?

ROSELA. Hazte de nuevas conmigo.
Ya sé todo lo que pasa.
OTAVIO. Pues ¿hay traición en mi casa?
ROSELA. Traición tratada contigo.
OTAVIO. ¿Conmigo?
ROSELA. Donaire tienes.
¿Si en forma de jardinero
entra en ella un caballero,
con ese descuido vienes?
OTAVIO. ¿Luego no es aqueste Andrés
de Leganés labrador?
CLARA. De Leganés es, señor;
pero es Juan de Leganés.
ROSELA. ¿Estáis los dos concertados
de fingir aqueste huerto
porque hay en él encubierto
casi un millón de ducados
que dejaron escondido
los moros de la expulsión,
y con disimulación
niegas que le has conocido?
OTAVIO. ¿Oro de moros aquí?
ROSELA. Aquí muy finos doblones.
OTAVIO. Basta; que las invenciones
son para engañarme a mí;
que sin duda el caballero,
contra su noble decoro,
pretendió buscar el oro.
Gran fuerza tiene el dinero.
No en balde el sol le escondió
en las venas de la tierra.
Pues si mi casa le encierra,
su labrador seré yo.
Hoy amanece la dicha
en ella; si acaso Andrés,
ese villano, o quien es,
me viene a buscar, por dicha,
en mi escritorio dirás,
Clara, que estoy. ¿Hay fortuna
como la mía, si alguna
pudo igualarle jamás?
No ha de quedar en mi casa
cueva o sótano; hasta el centro
se ha de abrir y buscar dentro.
¿Hay tal engaño? ¿Esto pasa?
¿En forma de labrador
venir a buscar dinero?
Pues perdonad, caballero,
que para el dueño es mejor.
¿Quién te lo ha dicho?
ROSELA. Mi hermano,
que allá lo supo en Milán.
OTAVIO. ¿Luego de concierto están?
ROSELA. No sé; mas será muy llano.
OTAVIO. Entrate, y pregunta allá
si ha venido Andrés.
ROSELA. Yo voy.
OTAVIO. Loco de contento estoy.

(Sale el ALFÉREZ.*)*

ALFÉREZ. Ya mi padre solo está.
De en casa del mercader
vienen por aquel dinero
de mis vestidos.
OTAVIO. No quiero
darlo; ni aun te quiero ver.
ALFÉREZ. ¿No me mandaste sacar
vestidos negros?
OTAVIO. Si tienes
oro, ¿qué buscando vienes?
Mejor los podrás pagar.
ALFÉREZ. Bien dices; que en el soldado
oro las heridas son,
pues es el de la opinión
más que el del sol estimado.
Esto traigo de Milán,
que soy tu hijo. Mas oro
que corra, ¿de qué tesoro?
OTAVIO. De los que en el huerto están.
¿Vienes tú con el soldado
que en forma de labrador
me engaña, a buscar mejor
el tesoro en él guardado,
y pídesme a mí dinero?
ALFÉREZ. ¿Quién te lo ha dicho?
OTAVIO. Tu hermana.
ALFÉREZ. La más cuerda, al fin de lana.
Advierte, por Dios.
OTAVIO. No quiero.

(Váyase.)

ALFÉREZ.

En la plaza da voces libremente,
y con su mano sus delitos firma;
falsa proposición delante afirma
del vulgo, que le escucha atentamente.
De una casada es loco pretendiente,
y en públicos lugares lo confirma;
en blanco ha dado a su enemigo firma,
o quiere, siendo infame, honrar la frente.
A todos sus criados dió la llave
de papeles ocultos que tenía;
imprimió su ignorancia el que no sabe.
De colores se viste en claro día

o, siendo mal nacido, ha dado en grave
quien su secreto de mujer confía.

(Salen MARCELO *y* FABIO.)

MARCELO. A Burgos llegado habemos.
FABIO. Famosa ciudad.
MARCELO. La silla
y cabeza de Castilla.
FABIO. La Corte en ella tenemos.
No falta señor o amigo.
MARCELO. Esta no puede llamarse
ausencia.
FABIO. No es ausentarse
traerse a Madrid consigo,
ver del rey tantos criados,
mercaderes y guanteros,
sastres y de otros oficios,
a quien no causa contento;
que de los de su persona
es infinito el proceso.
A los músicos de cámara
topé.
MARCELO. Por Dios, que me huelgo;
que decían que el mejor,
que el mismo Apolo era muerto.
FABIO. También he visto a Belardo,
que decían que por medio
se había quebrado un brazo,
y debió de ser del peso
de lo que tiene en las manos,
pues es más que todo el cielo
MARCELO. Hay en Madrid ciertos hombres,
Fabio, que sueñan despiertos.
Ellos se entienden.
FABIO. Mañana,
según se dice, saldremos;
que hoy ha salido la casa
de aquel príncipe supremo,
excelentísimo duque
de Lerma.
MARCELO. Pasa en silencio
tan alta grandeza, Fabio,
que ni romanos ni griegos,
desde César a Alejandro
tal ostentación hicieron,
de sola aquesta salida
puede escribir, te prometo,
un libro un historiador.
Dos horas enteras pienso
que tardó en pasar su casa.
¡Qué plata, qué reposteros,
qué orden, qué majestad!
FABIO. Vive Dios que estoy suspenso.
No pensé envidiar jamás
ser acémila yo, y creo
que lo fuera, por cubrirme
de plata y oro hasta el cuello.
Mañana dicen que vamos
a Quintanapalla.
MARCELO. Tengo
escrita, Fabio, a Belisa
una media carta en verso.
Tú has de ir por la posta allá.
Cien escudos te prometo
si antes de llegar a Irún
letra de Belisa veo.
¡Ea! ¿Qué me estás mirando?
FABIO. ¿Agora tenemos eso?
MARCELO. Esto has de hacer.
FABIO. Ahora bien;
por ir a Madrid me huelgo.
Mas porque de versos tratas,
hoy en un corrillo dieron
cuatro versos de una glosa
a estos altos casamientos.
MARCELO. ¿Tienes el papel?
FABIO. ¡Pues no!
MARCELO. Muestra.
FABIO. Lee recio.
MARCELO. Leo.

"Por una enigma tan alta,
triunfos España apercibe;
pues dando lo que recibe
le queda lo que le falta."

¡Brava, por Dios!
FABIO. Es notable.
MARCELO. Y el tercer verso imposible.
FABIO. Yo lo tengo por posible
a un ingenio razonable.
MARCELO. Pues yo la quiero glosar
mientras a Madrid te envío.
FABIO. Si la glosas, yo te fío
el premio.
MARCELO. Yo he de probar.
Busca posta, que en un día
has de ver a mi sirena.
FABIO. Dios me la depare buena,
como el médico decía.

ACTO TERCERO

(Salen BELISA *y* LISEO.)

BELISA. ¿Parécete que será
yerro que lo mire ansí?
LISEO. Basta, Belisa, que en ti
es lo más difícil ya
lo que en todas las mujeres
es más fácil.
BELISA. Desear
muchas casarse, hace errar
los más de sus pareceres.
Yo no quiero, en una cosa
que es para toda la vida,
ser necia o ser atrevida.
LISEO. Pues ¿qué serás, melindrosa?
BELISA. Los hombres podéis casar
más fácilmente, prometo,
porque si erráis, en efeto,
tenéis adonde apelar.
Pero una mujer, Liseo,
es infierno en su elección
que no tiene redención.
LISEO. Que has de enloquecerme creo.
Propóngote mil maridos,
y en llegando a ejecutallos,
todo para en despreciallos,
y todos se van corridos.
Pues quiero, hermana, que notes
que un loco en Toledo había
que tu condición tenía;
único en hacer virotes,
todo el día los labraba
dentro de aquella prisión,
y hasta dalle perfeción
los miraba y remiraba.
Deseaban mil criados
de señores que les diese
alguno, y como él le viese
perfeto por los dos lados,
poníale en las rodillas
cuando alargaban los brazos,
y haciéndole dos pedazos
arrojaba las astillas.
Así tú, con manos necias,
en teniendo en perfeción
un novio, sin discreción
le rompes y le desprecias.
BELISA. No me has comparado bien,
porque aquello fué locura
y esto es prudencia.
LISEO. Segura
estás que intento tu bien.
Si fué pasión por Marcelo,
ya se fué. ¿Qué puedo hacer?
Y ¿no ves que esto ha de ser
por disposición del cielo?
Con tantas faltas le nota
a todo novio tu intento,
que has hecho tu casamiento
como juego de pelota.
Di vale una vez, Belisa;
quiere un envite, y acaba.
BELISA. Aquel proverbio miraba:
"Con espacio, date prisa";
pero, pues tanta me das,
yo me resuelvo en Fineo.
LISEO. Con eso me voy; mas creo
que antes que salga dirás
que otras tantas faltas tiene
que los demás.
BELISA. Para mí,
yo se las doy desde aquí
pues que Marcelo no viene.

(Vase LISEO.)

Mujeres que a casar tan fácilmente
dais el oído sin mirar el daño
que os puede resultar de un hombre extraño,
¿cómo os podéis casar por accidente?
Si vuestra libertad eternamente
en dos letras de un sí cierra el engaño,
¿por qué con tanto ejemplo y desengaño
su mal ninguna en el ajeno siente?
Bien sé que dicen que es mortal disgusto
casar por amorosas fantasías,
y que el concierto es más seguro y justo.
Digan lo que quisieren sus porfías;
que la mujer que casa con su gusto,
por lo menos le tiene algunos días.

(Sale INÉS.)

INÉS. ¿Cómo albricias no me das?
BELISA. ¿Vino Marcelo?
INÉS. Su sombra.
BELISA. ¿Fabio?
INÉS. El mismo.
BELISA. Al fin se nombra
efeto del sol. ¿Qué hay más?
INÉS. ¿No has visto un Judas colgado
en una parroquia pobre?
Pues tal viene.
BELISA. ¡Ay! Entre y cobre
la vida que me han quitado.

(Sale FABIO, *con un sombrero francés, un fieltro viejo, unas botazas y un azote.)*

FABIO. Paz sea en aquesta casa.
INÉS. Y será la paz de Judas.
BELISA. Fabio.
FABIO. Pues ¿aún no te mudas,
siquiera a ver lo que pasa?
Tenemos ya novedad.
¿No te alegras de mirarme?
BELISA. ¿De qué tengo de alegrarme?
INÉS. Muy linda fiesta en verdad,
ver metido un salchichón
en un fieltro y un sombrero.
FABIO. Buenas albricias espero,
pues cuarenta leguas son
las que he venido hasta aquí
por arte del diablo.
BELISA. Muestra
la carta.
FABIO. Es desdicha nuestra
no hallar jamás gracia en ti.
BELISA. ¿Dónde queda tu señor?

(Abra.)

FABIO. Camina a Fuenterrabía,
y yo pienso que podría
por mí decirlo mejor.
Que cuatro postas arreo,
más que postas, melecinas,
me han dejado más ruinas
que al Romano Culiseo.

(Lea.)

"Belisa, yo voy sin ti,
pero con tantos cuidados,
que ellos me llevan a Burgos,
pues yo no siento los pasos.
Si creo que voy conmigo,
son ilusiones y engaños,
pues mientras más tierra piso
más atrás me voy quedando.
Desdichado por tu ausencia,
piso de Lerma los campos,
el primero que en el mundo
llegó a Lerma desdichado."
BELISA. No lo entiendo.
FABIO. Dice bien,
porque a príncipe tan alto
nadie le vió que no fuese
dichoso.
BELISA. Bien dicho, Fabio.

(Lea.)

"No sé qué traigo sin ti,
mas pienso que celos traigo,
infame para sufrillos,
terrible para nombrallos.
¿Qué importa que en Madrid que-
lugar donde salen tantos, [den,
si queda en él uno solo
que es causa de mis agravios?
Huélgome que es hasta Francia
la jornada que llevamos;
que quiero sacar de España
amor tan desatinado.
Traducir pienso en París
la historia de mis cuidados
de castellano en francés
por que no la entiendan tantos;
que aún hay en él hermosuras
que con firmeza han quedado
desde que lloró Belerma
un corazón tantos años."
No leo más.
FABIO. ¿Por qué no?
BELISA. Porque sólo le ha faltado
a cada copla de aquéstas
¡ay, ay, ay!
FABIO. Rigor extraño
BELISA. Pues, Fabio, si allí hay Belermas,
dile a tu dueño engañado
que en Madrid hay Durandartes
menos firmes y más sabios
que dan corazones de oro
con diamantes, que más años
duran, y con más provecho;
y si no, pide un traslado
al célebre don Luis
de Góngora, que guardado
dijo que tuvo Belerma
ese corazón siete años
envuelto en un paño sucio.
FABIO. Luego bien nos vendrá a entram-
¡ay, ay, ay! [bos
BELISA. A escribir voy.

(Vase.)

FABIO. Inés, ¿qué es esto?
INÉS. Es el diablo,
Fabio, que anda en Cantillana.
FABIO. Pues, Inés, exorcizallo
con el hisopo del cura
que fué sacristán de faunos.

(Salen Lucindo *y* Marcelo.)

Lucindo.

Desde Briviesca ha dado,
por traer algo su persona enferma,
la vuelta con cuidado
el duque excelentísimo de Lerma
a Burgos, donde queda
el príncipe, y por él vino el de Uceda.
Su Majestad, que estaba
yá de la reina despedida, vino
a Burgos, que animaba
paterno amor su gusto a este camino.
De un ángel en belleza
honra de la real naturaleza.

Marcelo.

En la Virgen que llaman
de Gamonal, vi despedir las damas.

Lucindo.

Quieren, doran, aman
su reina con razón.

Marcelo.

Las vivas llamas
del sol amoroso
llanto templara al caso lastimoso.
Besábanle la mano,
y ella en el cuello el brazo les ponía,
que el otro, aunque era en vano
el llanto a las estrellas suspendía
de aquel cielo sereno,
y un lienzo que de perlas quedó lleno.

Lucindo.

Desde Briviesca a Aranda,
della a Vitoria, y désta hasta Salinas,
cortas jornadas anda.

Marcelo.

¡Por Dios, que son, Lucindo, peregrinas
las costumbres y el traje
de Guipúzcoa!

Lucindo.

Esto llaman el Pasaje.
Desde aquí a Rentería
han de ir sus Majestades en su barca.
¡Qué brava infantería
tiene esta tierra!

Marcelo.

En cuanto el mundo abarca
no hay mejores soldados,
más prevenidos, ni más bien armados.
De todos los lugares
de la provincia salen compañías.

Marcelo.

Es justo que repares
que es cuidado también por muchos días
del virrey de Navarra.

Lucindo.

¡Qué brava soldadesca!

Marcelo.

¡Qué bizarra!

Lucindo.

En toda Italia y Flandes
es don Alonso Idiaquez celebrado,
por hazañas tan grandes,
que fué del rey Enrique siempre honrado,
del de Parma y de Fuentes,
que fueron capitanes excelentes.

Marcelo.

La tierra es paraíso,
y a la vista en extremo deleitosa.

Lucindo.

Entre montañas quiso
Naturaleza ser tan cuidadosa,
que son sus hermosuras,
más que humanas, angélicas criaturas.

Marcelo.

Ellas son los remeros
de aquestas barcas del Pasaje.

Lucindo.

¿Hay cosa
como ver cuán ligeros
conducen a la orilla venturosa
sus popas enramadas
de laureles y flores coronadas?

Marcelo.

Parece que se alarga
este brazo, que el mar tiene encogido,
por que con mano larga
reciba a su señor recién venido.

LUCINDO.

Como sus naturales,
se preciarán sus aguas de leales.

MARCELO.

Del duque de Pastrana
trae música el barco, vizcaína.

LUCINDO.

En lengua castellana
cantan.

MARCELO.

Del barco sale a la marina.

LUCINDO.

Ya de España el monarca,
con la reina, también entra en la barca.

(Si quisieren la podrán hacer, y dará vuelta con las dos personas reales sentadas, y toda cubierta de árboles; la música saldrá de vizcaínos, y el baile, de tres vizcaínas, con panderos, y un vizcaíno que las guíe.)

Sea bien venida
la reina linda,
sea bien venida;
venga el sol de España
muy en hora buena,
nora buena venga
la linda señora.
Sea bien venida
para ser aurora,
sea bien venida
de Francia dichosa.
Sea bien venida,
Guipúzcoa la adora;
sea bien venida,
provinciana toda,
que no vizcaína;
sea bien venida
la reina linda,
sea bien venida.
Filipe divino
venga norabuena;
los franceses lirios,
vengan norabuena,
junte a sus castillos,
venga norabuena;
que duren mil siglos,
venga norabuena;
mas no vizcaíno,
guipuzcoano sea;
venga norabuena,
norabuena venga,
venga norabuena.

(Muden el son a folías.)

Zure, vegi ederro
enel astaná
cativaturic nave
librea ninzaná (1).

(En bailando esta folía diga una: "Zatoz, zatoz", y respóndanle: "Zatoz, andrea, vay, vay, andrea, zatoz, enequin", y otra diga: "Vay, jauna" (2), y éntrense con regocijo. Salen ROSELA *y* OTAVIO.*)*

OTAVIO.

En tanto tiempo, ¿puede ser, Rosela,
no parecer Marcelo, muerto o vivo?
Sin duda, de tu hermano fué cautela.
Yo, como en bronce, en la memoria escribo
la ofensa vil del que una vez me engaña,
y para la venganza me apercibo.
¿Para qué vino este soldado a España?
¿Qué hace aquí?, pues ya sufrir no puedo
que tenga el ocio por heroica hazaña.
Si fué a Milán don Pedro de Toledo,
favor le diera yo con su excelencia.
La patria siempre dió pereza y miedo.
Débele de agradar la diferencia
de los gustos y amigos de la corte,
y no querrá sufrir su larga ausencia.

ROSELA.

¿Quién habrá que tu cólera reporte,
tan diferente de lo que él merece?

OTAVIO.

¿Qué tiene aquí que hacer que a nadie importe?
El venir de Milán nos encarece,
y viene con Marcelo por tesoro,
que en forma de villano se me ofrece.
No dudes tú de que han partido el oro.

---

(1) Hartzenbusch pone esta traducción:

Cara y ojos hermosos,
amada mía,
me tienen cautivo,
siendo libre.

(2) También traduce Hartzenbusch esto:

"Vente, vente. Vente, mujer. Sí, sí, mujer, vente conmigo. Sí, señor."

ROSELA.

Yo pienso que te engaña la codicia,
contra la gravedad de tu decoro.

OTAVIO.

Yo he entendido, Rosela, su malicia.
No será más mi hijo este soldado
que en la corte profesa la milicia.
De casarte, desde hoy tendré cuidado.
Tú sola eres mi hija.

ROSELA.

Guarde el cielo
tu vida.

OTAVIO.

Estoy contra tu hermano airado,
pues me engañó por su ocasión Marcelo.

(Váyase, y entre LISARDO.)

ALFÉREZ. ¿Dura, Rosela, en Otavio
el enojo sin razón?
ROSELA. Su avarienta condición
se lamenta de tu agravio.
Dice que trajiste aquí
a Marcelo, disfrazado,
y que el oro habéis sacado.
ALFÉREZ. ¡Bien se va luciendo en mí!
ROSELA. Dice que le habéis partido,
pues Marcelo no parece.
ALFÉREZ. Como eso, hermana, merece
el que tan cobarde ha sido,
que no le quitó la vida,
pues éste es aquel soldado
de quien estoy agraviado,
si le hay después de una herida.
Mas, ¡vive Dios, que yo sea
tan diligente en buscalle,
sin dejar plaza ni calle,
y alguna que más pasea,
que quede mi padre presto
de su error desengañado!
ROSELA. ¿Que fué Marcelo el soldado
que en tanto rigor te ha puesto?
ALFÉREZ. El mismo, por quien estoy
en confusión tan notable.
ROSELA. Ya es tiempo, Alférez, que hable,
pues tu misma sangre soy,
en otro agravio que a mí
me ha hecho también Marcelo.
ALFÉREZ. ¿Agravio a ti?
ROSELA. Quiso el cielo
defenderme.
ALFÉREZ. ¿Como ansí?
ROSELA. Saliendo cierta mañana
por flores a ese jardín
que con más razón pudieran
llamarle huerto pensil,
pues por él tienen más fama
ramilletes de Madrid
que el muro de Babilonia,
Marcelo me vió, y le vi.
Llegóse cortés a hablarme,
ofreciéndome servir
de aquella calle de flores;
no sé si le respondí.
En efeto, yo tenía
a Clara vuelta en Abril,
de retamas y de rosas,
con que a casa me volví.
A cierta hermosa aldeana
unos claveles pedí,
que, a la cuenta del suceso,
Marcelo debió de oír;
otro día, un cierto Fabio,
de la boca del rocín
en que anda este gentilhombre,
y como el hombre, gentil,
en traje de labrador,
aunque no le conocí,
me trajo los que esas rejas
adornan.
ALFÉREZ. ¡Bravo fingir!
ROSELA. Dióme un papel por engaño,
con ignorancia le abrí,
en que conocí su intento,
si bien con honesto fin.
Como mi padre trazó
este jardín, por asir
el cabello a la ocasión,
entró disfrazado aquí.
Lo que te ha dicho Fineo,
yo pienso que fué fingir,
que entraba a buscar tesoro,
para librarse de ti;
porque, en habiéndote visto,
cobarde, ha dado en huir,
dejando mi amor burlado.
ALFÉREZ. ¿Luego amor le tienes?
ROSELA. Sí.
ALFÉREZ. ¿Sí?
ROSELA. Pues ¿qué quieres que diga?
¿Téngote yo de mentir?
ALFÉREZ. Hago juramento al cielo
santo de no desceñir
la espada hasta que le halle;

que si le busqué por mí,
agora por ti me toca.
¿Tal maldad he de sufrir?
¿Dónde tienes el papel?

ROSELA. Aquí.

ALFÉREZ. Muestra. Si nací
con honra verás agora.

ROSELA. La que tengo vive en ti.

(Salen LUCINDO, MARCELO *y* LAUSO.)

LUCINDO. La glosa ha sido extremada.

MARCELO. Por estar ya de partida
no pudo ser más lucida,
más vista y más castigada;
que las musas con espuelas
nunca fueron de provecho.

LAUSO. ¡Cómo habláis de satisfecho!

LUCINDO. Todas éstas son cautelas
para pedirnos agora
lisonjas.

MARCELO. Tenéis razón,
pues hijas las musas son
del silencio y del aurora;
y aquí ni le puede haber,
ni hay mañana en que escribir.

LAUSO. ¿Queréis volverla a decir?

MARCELO. Siempre os quiero obedecer.
Por una enigma tan alta,
triunfos España apercibe,
pues dando lo que recibe,
le queda lo que le falta.
Propuso España una enima
de una estrella celestial
que un sol coronando anima
con una perla oriental
que el cielo por lumbre estima.
Francia, que la frente exalta
da triunfos y lirios de oro;
el blasón del sol esmalta
con darle otro igual tesoro
por una enigma tan alta.
Trocar quieren dos estrellas,
alegres, Francia y España,
yendo Júpiter por ellas,
y en el mar que a las dos baña
poner colunas tan bellas.
Alégrase cuanto vive
con las estrellas hermosas
que la blanca paz recibe,
y a las entregas dichosas
triunfos España apercibe.
No gozara del laurel
deste divino tesoro
a no tener para él
Ana celestial el oro
de lo que vale Isabel.
El mismo peso apercibe,
y en este cambio real,
donde la partida escribe
claro está que queda igual,
pues, dando lo que recibe,
llevan a Francia el aurora
que de Francia viene a España,
cuyos pies Madrid adora:
y así, España, en esta hazaña,
lo que le falta atesora.
Con esto a enigma tan alta
ha satisfecho Isabel,
que aunque su sol le hace falta,
en el que viene por él
le queda lo que le falta.

LUCINDO. Confieso sin invención
de envidia o lisonja vana,
que lo difícil allana
con toda satisfacción,
y que ese verso tercero
que imposible parecía
está más claro que el día.

LAUSO. Marcelo, un traslado quiero
para enviar a Madrid.

MARCELO. Vuestro es el papel y el dueño,

MARCELO. Fabio es éste. ¡Cielo!, ¿es sueño?
Por palacio os divertid,
pues hay un año que ver
en sólo un aparador
del duque; que con temor
de ausente, aguardo a saber
nuevas de Madrid.

LAUSO. No sé
si allá asegure un ausente.

(Vanse, y sale FABIO.)

FABIO. Dame tú los pies.

MARCELO. Detente.

FABIO. Pues ¿qué, quieres darme un pie
después de tanta porfía,
de tales postas causada,
que traigo desmantelada
a toda Fuenterrabía?

MARCELO. Cartas presto.

FABIO. Una dirás.

MARCELO. Si es de Belisa, ésa sobra.

FABIO. Paso, que rompes la obra.
Parece que loco estás.

MARCELO. Quien inventó las cubiertas
despacio debía de estar.

FABIO. Antes habían de usar
de ante o hierro, como puertas.
Ninguna cosa decía
un cortesano por ellas
que más bien a las doncellas
propiamente parecía.
Y ansí puede ser que tema
algún amante casado
que el sobreescrito quitado
se le den con otra nema.

MARCELO.

Fuego de Dios en ella y en mis ojos;
fuego de Dios en quien de ausencia fía.

FABIO.

Habla bajo de fuego con enojos,
que anda en esta jornada noche y día,
y no sabiendo que es de tus antojos,
la vizcaína gente, con porfía
de apagarle, cual suele cuando dura,
dirá en vascuence a voces: ¡ura, ura!

MARCELO.

Ura y agua, y cristal y nieve, y hielo,
y la cicuta más helada y fría,
y el alma de Belisa, en quien el cielo
puso la Citia donde el sol se enfría,
no me podrán templar ni dar consuelo;
tal es mi fuego y la desdicha mía.
Yo soy la esfera elemental; mi pecho
es la región adonde el rayo es hecho.

FABIO.

¿Para esto vine yo con tanta costa
rompiendo cinchas? ¡Bravo premio espero!

MARCELO.

Siempre vienen los males por la posta;
que nunca el bien se precia de ligero.

FABIO.

Pues ¿qué es esto? ¿Hay moros en la costa,
hay celos, hay galán?

MARCELO.

Fabio, yo muero.
Casada dice aquí que está Belisa.

FABIO.

¿Tan a prisa casada?

MARCELO.

Tan a prisa.

FABIO.

Vive Dios, que es picón y martelazo
para hacerte volver.

MARCELO.

No sé si el viento
corre el campo del mar en menos plazo
que yo a Madrid a ver su casamiento.

FABIO.

¿Y si en lugar del esperado abrazo
hallas el novio en el nupcial asiento,
que tan bien nos saldrá la diligencia?

MARCELO.

De imposibles se forma la paciencia.
Pues ya de las entregas pasó el día,
pedir licencia y que corramos quiero,
a ver si es la ocasión que yo temía.

FABIO.

¡Otra vez postas! ¡Bueno va el pandero!

MARCELO.

Montes de la Bureba, que la fría
Castilla dividís con hielo fiero,
¡cuán bien, pues nunca os viste hierba verde,
mi amor en vos las esperanzas pierde!
Creced, Ebro que vais a Zaragoza,
con mi amoroso llanto; y vos, ¡oh sierra
de Guadarrama!, que otro cielo goza,
abrid el paso a mi amorosa guerra.

FABIO.

Dejadme a mí pasar, montes de Poza,
a los nabos del alta Somosierra,
que al tiple del amor de aqueste loco
de posta en postillón los bajos toco.

(Salen FINEO *y* BELISA.)

FINEO. Estoy tan agradecido
a la merced que me has hecho,
que de que tenga mi pecho
sola un alma estoy corrido;
que quisiera que tuviera
tantas como tú me pones
deseos y obligaciones.

BELISA. Nunca, Fineo, pidiera
más de un alma a quien amara,

que es lo demás confusión.

FINEO. Juzga la buena intención,
y en el deseo repara.
A mis parientes he dado
cuenta deste casamiento,
y todos con gran contento
le han recebido y honrado.
Con tu licencia, vendrán
para hacer las escrituras.

BELISA. ¿Cuándo tantas desventuras
fin a mis penas darán?
Pero bien, alma ofendida,
podéis tener sufrimiento,
pues aqueste casamiento
ha de quitarme la vida.

(Sale LISEO.)

LISEO. Aquí, hermana, cierta dama
viene a darte el parabién,
y podrá darle muy bien,
pues la hermosura se llama,
bien de la naturaleza.

BELISA. ¿Es deuda vuestra?

FINEO. No sé.

LISEO. Quién era le pregunté,
ciego de tanta belleza,
a un escudero o criado
que del coche la sacó,
y "Rosela, respondió,
hija de Otavio".

FINEO. El cuidado
de su hermano habrá nacido,
que es el amigo mayor
que tengo.

BELISA. Vengóse amor
de mi mudanza y olvido,
pues ni olvido ni mudanza
puedo hallar contra Marcelo,
ni entre montañas de hielo
hallará mi amor templanza.

(Salen ROSELA *y acompañamiento.)*

ROSELA. A daros el parabién
vengo; mas con más razón
le da vuestra perfeción,
a quien os le da también.
Gozad del señor Fineo
y las prendas que aquí están
mil años, que sí serán,
si son las de mi deseo.
Debo a Lisardo mi hermano
el bien de veros.

BELISA. Dejad
cumplimientos y tratad
en estilo humilde y llano.
Esta es vuestra servidora.

FINEO. ¿No dejaremos, Liseo,
estas damas?

LISEO. Un deseo
tan tierno que nace agora
en los ojos de Rosela
me mandaba detener.

FINEO. Bien puede llegar a ser
mayor de lo que desea,
porque a fe que es casamiento
de más valor que pensáis.

LISEO. Si os caso y vos me casáis,
pagaréis mi pensamiento.

FINEO. Daréle un tiento a su hermano

(Váyanse LISEO *y* FINEO.)

BELISA. Mucho me huelgo de veros.

ROSELA. Yo tanto de conoceros,
que lo encareciera en vano.
Acertáis en la eleción
de Fineo de tal modo,
que en sus partes hay el todo
de vuestra imaginación.
Años ha que el amistad
que con mi hermano profesa
nos dice con voz expresa
su nobleza y su bondad.
Huélgome que vuestro empleo
acertase en su valor.

BELISA. Ya presumo que mejor
cupiera en vuestro deseo;
que de suerte le alabáis
que creo que habéis venido
celosa, y si aquesto ha sido,
a tan buen tiempo llegáis,
que os le alargo desde aquí.

ROSELA. ¡Ay, Belisa! No penséis
que habéis visto ni aun veréis
el fuego que vive en mí.
Confieso que tengo amor;
pero amor tan diferente,
que ingrato, traidor y ausente
le llora mi ciego error.
Y por que perdáis los celos
y agradezcáis la visita,
sabed que el alma me quita,
por el rigor de los cielos,
un mancebo, un caballero
que de la casa de Sesa
es hechura, aunque profesa

ser tirano, injusto y fiero.
Este que con invención
entró en mi casa a inquietarme,
puede, aunque ausente, matarme:
tales sus méritos son.
Mirad si estaréis segura
de quien agora sabéis
el nombre.

BELISA. ¿Qué me queréis,
desdichas? ¿Soy piedra dura,
soy diamante o soy mujer?
Esto me faltaba agora.

ROSELA. ¿Qué decís?

BELISA. Que sois, señora,
tan venturosa en querer
a Marcelo como yo.
Mas contadme cómo ha sido.

(Salen MARCELO *y* FABIO.)

FABIO. Atrevimiento has tenido.

MARCELO. Ninguno que amó temió.

BELISA. Esperad, que no sé quién
ha entrado en el aposento.

MARCELO. Yo soy.

BELISA. ¿Hay atrevimiento
como el tuyo?

MARCELO. El brazo ten,
porque, ¡vive, ingrata, el cielo,
que no has de casarte!

ROSELA. ¿Hay cosa
más extraña y espantosa?
Belisa, aquéste es Marcelo.

BELISA. Si estás loco, habrá muy presto
quien te encierre y te castigue;
pero basta que te obligue

(Sale LISEO.)

Rosela.

ROSELA. ¡Traidor!

LISEO. ¿Qué es esto?

FABIO. El diablo nos trajo acá.

MARCELO. ¡Oh, Liseo! En este punto
llego, y por vos le pregunto
a Belisa, que ya está,
según me dice, casada.

LISEO. Casada no; mas tratamos
casalla.

MARCELO. A buen tiempo entramos,
Fabio.

FABIO. Si hallamos posada.
Mas yo creo que tenemos
de ir a dormir al pajar.

LISEO. Conmigo habéis de cenar,
que convidados tenemos
los deudos del desposado.

MARCELO. Merced notable me hacéis.

LISEO. Pero la cena tenéis
de pagarnos de contado,
contándonos la jornada.

MARCELO. Como supiere lo haré,
y muy breve, aunque ella fué
grande, insigne y dilatada.
Como suele hacer los lejos
la pintura o perspectiva,
o como ciudad altiva
se ve en pequeños espejos,
al católico Felipe
y a la bellísima reina,
entrando en San Sebastián,
recibió gente de guerra
que de la misma provincia,
como al fin general della,
juntó don Alonso Idiaquez,
el que a Navarra gobierna.
Con bizarros capitanes
la lucida soldadesca
hizo salva al sol y al alba
en forma de escuadrón puesta.
Entró en la villa de noche,
cuyo castillo y sus piezas
pusieron al mar temor
y estremecieron la tierra.
Subió a verle una mañana,
y como entre sus almenas
le vió el mar, dicen que al muro
bajó humilde la cabeza,
y dijo: "para los mares
que tus pies, Felipe, besan,
yo soy una gota de agua,
cifra soy de tu grandeza.
Partióse a Fuenterrabía,
y de una barca pequeña
hizo el pasaje a la luna
y al sol una corta esfera;
mas deteniéndose en esto
nubes de envidia comienzan
a dar a la escura noche
mares de agua por estrellas,
de suerte que el sol de España
perdió el camino, y pudiera
perderse más si faltaran
dos ángeles que le cercan.
Toda la noche formaron
los coches por varias sendas

una ciudad del diluvio
entre arboledas y piedras.
A las once, en fin, entró;
la salva a las nubes vuela
a castigarlas con humo
lo que con las aguas pecan.
Hubo Consejo de Estado
por la mañana, y la puerta
se dió a los franceses franca,
que admiraron la grandeza
del duque y la ostentación
de aparadores y mesas,
porque fué todo el camino
tan grande, que se confiesan
vencidos Cleopatra, Antonio,
Jerjes, Alejandro y César.
El obispo de Bayona
y otra francesa nobleza
que a la luna el pie besaron
trataron de las entregas.
Mas su Majestad, que estuvo
hasta las doce con ella,
salió a cenar, con indicios
del dolor de tanta ausencia.
Partió a Burgos, y con él
fué el de Velada, Lisera,
Flores de Avila, Almazán
y el de San Román.

LISEO. ¡Qué pena
llevarían de sus galas!

MARCELO. Tiempo y ocasión les queda
para mostrallas en Burgos.
En fin, a las diez, la reina
partió a Irún, donde comió,
y se juntó la riqueza
de grandes títulos, guardas
y de la gente de guerra.

LISEO. ¿Quién fueron los que se hallaron
para acompañarla?

MARCELO. Tiembla
la imaginación, Liseo,
ansí por tanta grandeza
como porque justamente
todos formarán mil quejas;
mas remitiendo a los libros
que difusamente puedan
celebrarlos, oíd la cifra.

LISEO. Esa es disculpa y prudencia.

MARCELO. Cabeza desta jornada
era el gran duque de Uceda,
con poderes y recados
que trajo desde Briviesca,
príncipe que si la fama
contase sus excelencias
faltaría tiempo al tiempo
y a la edad plumas y lenguas.
Gorguerán pardo vistió,
cuajado de oro; no sepas
más de que tuvo el vestido
cuarenta libras de perlas.
Cien mil ducados valía
el cintillo.

LISEO. Bravas piezas.
¿Qué caballo?

MARCELO. Rucio; y tal,
que copete y clin pudieran,
como quisiera esconderse,
envolverle en blancas cerdas;
el obispo de Pamplona,
que acompañaba a la reina;
el almirante gallardo
y el galán duque de Cea,
cuyas galas son sus años,
que más se envidian y precian;
el duque de Sesa...

LISEO. ¿Paras?

MARCELO. En Sesa mi lengua cesa,
porque siendo dueño mío,
dirán que es de amor licencia;
mas tiempo me queda a mí
en que celebrarle pueda
sin que parezca lisonja.

LISEO. De mala gana le dejas.

MARCELO. Es puerto de mis fortunas,
y de mi remedio puerta
donde puso mi esperanza
con pluma de oro: "Aquí cesan".
Para el duque de Pastrana,
si tú no le conocieras,
hurtara flores el campo,
volvióse la silva en selva.
El duque de Peñaranda,
de cuyo padre se acuerdan
repúblicas en la paz,
ejércitos en la guerra;
el de Maqueda, de quien
dicen que el Africa tiembla;
mas viéndole tan galán
asegurará sus fuerzas.

LISEO. Bien.

MARCELO. El conde de Altamira,
hoy la puso en las estrellas,
y el mayordomo mayor
que la reina a Francia lleva,
duque de Monteleón.
Mas mirad, musas, que llega

el gran conde de Saldaña,
el rayo del sol de Lerma.
Dadme versos, dadme flores,
y vosotras, verdes vegas
de Osuna, alegraos de ver
que *Peña* tan *fiel* suceda
a tales padres y abuelos.

LISEO. ¿Qué galas?

MARCELO. Las que al sol cercan
cuando en el Oriente sale;
y el de la Laguna, Cerda,
que ya fué real corona;
el de Olivares no deja
pluma ni lengua a la fama,
con ser diamantes sus lenguas;
el de Povar, Mirabel,
Paredes y Santisteban,
Barajas, Arcos y Castro,
Camarasa y Siete Iglesias,
capitanes de las guardas
españolas y tudescas;
el conde de Villamor,
bizarro en cualquiera empresa;
Cantillana, que hasta Francia
llevó española firmeza;
el comendador mayor
de la gran cruz de Montesa,
y del Consejo de Estado,
el que mil reinos celebran.

LISEO. ¿Quién?

MARCELO. Don Agustín Mejía,
y del Consejo de Guerra,
don Diego Brochero, a quien
Malta con razón laurea;
don Pedro Pacheco, ilustre
e insigne en gobierno y letras;
don Fernando, el de Carrillo,
presidente en el de Hacienda;
Gil Ramírez de Arellano,
tan ilustre en la nobleza
como en letras y virtud,
y tan claro en todas ellas;
el gran padre confesor
a quien España venera
por único religioso;
tanto las honras desprecia,
al cuidado del alcaide
Francisco Márquez Gareta.
Todos confiesan que están
en obligación y deuda.

LISEO. ¿Lució mucho don Antonio
Portocarrero?

MARCELO. Pudiera
hacer competencia al sol.

LISEO. ¿Don Juan de Córdoba?

MARCELO. Llega
a tenerla de sí mismo
en única gentileza.

LISEO. ¿Don Diego Chacón?

MARCELO. Bizarro,
con don Juan de Saavedra,
que allí el galán se llamara
si antes el galán no fuera;
a don Francisco de Prado
dió su nombre flores bellas;
de don Vicente Zapata,
de don Francisco Brizuela,
de don Fernando Verdugo
y de otros mil, si me diera
licencia el tiempo, yo hablara;
mas será razón que sepas
que don Antonio Beforte,
que los archeros gobierna,
fué lucidísimo en todo,
que siempre en todo se extrema;
iba don Pedro Carrillo,
el de Pinto y Caracena,
don Antonio de Toledo,
y para cerrar la cuenta,
don Bartolomé Sarmiento;
y porque si algunos quedan
no presuman que es malicia,
les doy palabra que sean
bravamente celebrados.

LISEO. ¿Qué dices de las libreas?

MARCELO. Si en eso he de hablar, Liseo,
primero dará la rueca
del cielo la vuelta a un siglo,
mas por que la entrega entiendas,
sabrás que divide un río
a España y Francia, que encuentra,
bajando de las montañas,
la mar la llena marea.
Las dos orillas tenían
fabricada de madera
dos casas con mil pinturas,
y gradas en torno dellas;
con ricas tapicerías
estaban las dos compuestas,
y un dosel en cada una,
correspondiente a la puerta;
también en medio del agua
otras dos estaban hechas
a modo de cenadores
con mil colores diversas,
coronadas por lo alto

y a todas partes abiertas.
Dos barcas chatas había
que gobernaban dos cuerdas
que a este sitio caminaban
sin otros remos ni velas.
Bajaron, pues, los de España,
por su parte, con la reina,
y los de Francia, Liseo,
con la divina princesa;
trájola el duque de Guisa,
y acompañando a su alteza
mucha nobleza de Francia
y brava gente guerrera
que estaba en dos escuadrones
sobre una montaña puesta,
y en las orillas del río
a este tiempo las trompetas,
las cajas, las chirimías,
las dos naciones alegran.
Entraron en las dos casas,
y a las dos barcas por ellas,
donde, en la mitad del río,
se vieron reina y princesa.
Habláronse, no lo oí;
luego dicen que el de Uceda
hizo su razonamiento
de aquella famosa entrega,
a quien respondió el de Guisa
lo mismo, en lengua francesa.
Escribióse todo ansí,
y al despedirse la reina
le dió una cruz de diamantes
a la señora duquesa
de Medina; volvió al fin
la barca a Francia con ella,
yo fuí a llorar, y mirando
en España la princesa
serenísima a los ojos,
di otro sol que el agua templa,
andaba encima del río
la paz, divina doncella,
con una túnica roja
y azul a jirones hecha,
sembrada de lirios de oro
la parte azul; la sangrienta,
de castillos y leones,
y encima de sus cabezas
sembraba oliva y laurel,
clavellinas y azucenas
diciendo: "Filipe y Luis
vivan en paz, vivan; sean
Ana y Isabel sus lazos";
y luego rompiendo vieras
la superficie del agua
sacar la honrada cabeza
el claro río Behovia
revuelta en coral y perlas,
y que cercado de ninfas
españolas y francesas
todas respondieron: "Vivan,
que por muchos años sea".

(Sale el ALFÉREZ *metiendo mano, y* FINEO, CELIO *y* OTAVIO.)

ALFÉREZ. Ellos, traidor, vivirán;
pero tú es razón que mueras.
OTAVIO. Hijo, detente.
FINEO. Lisardo,
¿si a tu padre no respetas,
qué has de hacer con tus amigos?
MARCELO. Pues ¿cómo, Alférez, tú intentas
matarme sobre seguro?
ALFÉREZ. No son aquéstas las quejas
del agravio de Milán,
que ya satisfecho queda.
A mi padre le he contado
lo que me ha dicho Rosela.
En mi casa entraste; basta.
OTAVIO. ¿Era justo pretenderla
en forma de jardinero?
MARCELO. No conociendo las prendas
de vuestro valor y sangre,
amor me dió la licencia.
Ramilletes de Madrid,
buscando remedio en hierbas
de mudanzas de Belisa
a hacer jardines me enseñan;
luego que supe mi error
volví la espalda.
ALFÉREZ. No creas
que aquí valen las espaldas.
MARCELO. Nunca yo supe volverlas.
¿Sabéis que soy hombre noble?
OTAVIO. Muy bien.
MARCELO. Pues mi mujer sea
Rosela, y goce Fineo,
que es justo, a Belisa bella.
ALFÉREZ. Basta; yo envaino la espada.
Todos mis agravios quedan
satisfechos en tus brazos.
FABIO. Pues yo no envaino mis quejas.
LISEO. ¿Qué hay, Fabio?
FABIO. Aquí se ha contado
una relación moderna
de la jornada de Irún,

sin hacer memoria en ella
de los señores lacayos,
y así esta noche en la cena
la quiero hacer, porque hay
mucha nobleza gallega,
y no es justo que se calle.

Fineo. Aquí acaba la comedia,
a quien dió Madrid la historia
y ramilletes su *Vega*.

FIN

EL SABER PUEDE DAÑAR

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CARLOS, *galán*.
PRÍNCIPE DE FRANCIA.
DUQUE OCTAVIO.
PERSIO, *criado*
CAMILO, *criado*.
INÉS.
CELIA, *dama*.
ROSELA, *dama*.
TURÍN, *gracioso*.
RUGERO, *galán*.
LISENO, *criado*.
MÚSICOS.

ACTO PRIMERO

(*Salen* PERSIO *y* CAMILO, *las espadas desnudas;* CARLOS, *rebozado, con una pistola.*)

CAMILO. Decid quién sois, caballero.
CARLOS. Vuélvanse, hidalgos, y adviertan
que, si otra vez lo preguntan,
será plomo la respuesta.
PERSIO. Pues desembozaos el rostro.
CARLOS. Ya les digo que se tengan;
que he remitido a esta boca
que lo que preguntan sepan.

(*Sale el* PRÍNCIPE LUDOVICO.)

PRÍNCIPE. Caballero, deteneos.
El Príncipe soy.
CARLOS. Respeta
ese nombre toda Francia,

(*Desembózase.*)

cuanto más la hechura vuestra.
Carlos soy.
PRÍNCIPE. Carlos, ¿tú aquí?
CARLOS. Pues ¿no es más que vuestra Alteza
me lo pregunte a estas horas?
PRÍNCIPE. ¿Salías de aquella puerta?
CARLOS. Salía de aquella casa.
PRÍNCIPE. ¿Qué tienes, Carlos, en ella,
que para salir te han dado,
a tales horas, licencia?
Si no que entrabas agora,
que hace mayor la sospecha.
CARLOS. Tener, señor, amistad
con los nobles dueños de ella.
PRÍNCIPE. Pues ¿tan tarde los visitas,
y siendo cosa tan necia
entrar en casas honradas
con pistolas y rodelas?
¿Ese traje puede ser
para visitar doncellas
tan principales? ¿No sabes
que las personas discretas
no entran a hacer visitas
menos que estando compuestas,
y que se agravia una casa
principal entrando en ella
sin aquella compostura
con que al dueño se respeta?
Si yo, con el que se debe
a Aurelio, por ver a Celia,
pongo con temor los ojos
en los hierros de estas rejas,
¿cómo tú, Carlos, visitas
en forma que a las rameras,
que se pagan del ruido
de broqueles y escopetas,
dos damas de tal valor
como Celia y Rosela,
hijas de Aurelio y hermanas
de Rugero?
CARLOS. ¿No tuviera
para este traje, señor,
en esta casa licencia
ningún deudo a quien se trata

con amorosa llaneza,
mirando su calidad?
De donde es justo que infieras
que yo a Rugero visito,
tan descuidado de verlas,
que no las hablo de día,
aunque muchas veces pueda.
En aposentos de mozos,
así los amigos entran;
así en mi casa Rugero,
con públicas o secretas
armas, con que vamos juntos
a ver damas que no esperan
las visitas ensilladas,
ni las personas compuestas.
Verdad es que sus hermanas
me quieren bien; que conserva
amor no decir amores;
que cuando a decir se llegan,
se suele poner, señor,
la amistad en contingencia.

PRÍNCIPE. También suele ser mayor
si las almas se conciertan;
porque amor sobre amistad
tiene andadas muchas leguas
para llegar a los brazos.
Pero, teniendo por ciertas
las causas de hallarte aquí,
que no es posible que sea,
en casa tan principal,
para que me den sospecha,
valerme quiero de ti,
y que desde agora sepas
que adoro a Celia...

CARLOS. (¡Ay de mí!)

PRÍNCIPE. Y así, pues que sales y entras
con libertad, tú has de ser
por quien hablarla merezca.
Que pienso que aunque la miro,
o no lo entiende, o lo niega;
que hay mujeres que no creen
que el amor y la grandeza
no caben en un sujeto,
como si posible fuera
haber en nuestras pasiones
distintas naturalezas.
¿No harás aquesto por mí?

CARLOS. Por dos cosas no quisiera,
si me pudiera excusar
adonde tu imperio es fuerza:
la deslealtad a un amigo
en su honor es la primera;
la segunda, que me falta
para este oficio la ciencia.

PRÍNCIPE. Carlos, quien sirve, no ofende,
como a su dueño obedezca.
En lo demás, ¿quién no sabe
pedir de un papel respuesta?
Mañana hablaré despacio
contigo; con Dios te queda.
En fe de lo que me has dicho,
te dejo a la misma puerta.

(Vase.)

CARLOS.

Rompe el tridente azul rota barquilla:
las alas bate, de los vientos pluma,
y sin que el pescador traición presuma,
corre, sentada en el cristal la quilla.
Mas sale de una cala de la orilla,
donde estaba esperando mayor suma,
turco bajel, y levantando espuma,
las aguas con los remos acuchilla.
Así yo, ¡triste!, libre de recelos,
surcaba el mar, cuando corsario altivo
permitieron las iras de los cielos.
Sin libertad, sin esperanza vivo,
y atado al duro banco de los celos,
en la galera del amor cautivo.

(Sale TURÍN, *criado.)*

TURÍN. Desde la esquina, señor,
que, discreto, me detuve,
atento mirando estuve
en qué paraba el rigor
de esta belicosa gente;
pero luego presumí
que eran amigos.

CARLOS. Aquí
me hubieran, Turín valiente,
quitado todos la vida.
No faltara quien llevara
las nuevas.

TURÍN. Antes faltara;
porque, a no ser conocida,
como se echaba de ver
en tanta conversación,
yo llegara a la ocasión
que me hubieras menester.
Y vieras, si no valor,
mi lealtad hasta morir.
¿Quién eran?

CARLOS. Vióme salir
el Príncipe, mi señor,

y llegaron sus criados
a reconocerme. En fin:
supe, a mi pesar, Turín,
sus celos y sus cuidados,
y mis desdichas también.

TURÍN. Pienso que en la celosía
hacen señas.

CARLOS. Desconfía
de que remedio me den
favores en tanto mal.

TURÍN. Voy a ver quién anda en ella.

(CELIA, *dama, en la reja.*)

CELIA. ¿Es Turín?

TURÍN. ¡Hermosa estrella,
nuncio del alba oriental!

CELIA. ¿Es Carlos aquél?

TURÍN. ¿Pues quién?
Y ¡por Dios!, que está de suerte
que sólo el hablarte y verte,
de su mal último bien,
puede darle vida agora.

CELIA. Llámale.

TURÍN. Llega, señor.

CARLOS. ¿Es Celia?

TURÍN. ¿En el resplandor
no se conoce el aurora?

CARLOS. En las postreras desdichas
de mis pensamientos veo
tu esperanza y mi deseo,
tus favores y mis dichas.
Apenas pueden ser dichas
las fortunas que han pasado,
después de haberte dejado,
por mí; pero fué forzoso
que siendo aquí tan dichoso
fuese allí tan desdichado.
El Príncipe, que llegó
a consultar estas rejas,
me dió del hallarme quejas,
y satisfacciones yo.
Finalmente me mandó,
pues entrar aquí podía,
le sirviese, Celia mía,
de tercero de su amor.
Aquí hay poder y valor.
¿Qué puedo hacer si porfía?

CELIA. Carlos, amor ha sacado
un privilegio a sus celos
para engaños y desvelos,
no te llames desdichado,
pues con traerle engañado
y confiarte de mí;
pues ha de pasar por ti
lo que yo he de responder,
segura puedes tener
la voluntad que te di.
No respondas que es traición,
pues nunca en amor lo fué,
sino defenderme, en fe
de tu misma obligación.
Si al hacerle oposición
no puedes por ser criado,
porque palabra te he dado
de ser tuya, es ya tu honor
defenderme de su amor
para cuando estés casado.
Esto, no pudiendo ser
con armas, entra el engaño
para remediar el daño
que me puede suceder.
Si no he de ser su mujer
y tuya sí, ¿no es razón
que esto se llame traición?,
pues estás más obligado
que a la lealtad de criado
a tu honor y a mi opinión.
Entretenle con razones;
que señores resistidos
son siempre poco sufridos
de amorosas dilaciones;
sus mayores aficiones
llevan mal la resistencia;
tú fingirás diligencia
y él se cansará también;
que nunca se hallaron bien
la grandeza y la paciencia.

CARLOS. Mucho confío de ti.
Pero ¿mis celos podrán
sufrir que un hombre galán
te quiera, aunque sea por mí?
¿No he de hablarte por él?

CELIA. Sí.

CARLOS. Pues ¿no basta hablarte en él?

CELIA. En él sí, mas no por él.
Si de alabar nace amar,
mal le podrás alabar
estando celoso de él.

TURÍN. Señor, gran gente y rüido
de instrumentos.

CARLOS. ¿No será,
Turín, quien celos me da?

CELIA. Licencia, Carlos, te pido;
que si es un cierto galán
que da en servir a Rosela,

para vivir con cautela
desdichas consejos dan.

CARLOS. El alma te dejo aquí;
mira tú cómo la tratas.

CELIA. No queda en manos ingratas.

CARLOS. ¿Acordaráste de mí?

CELIA. No, porque es el acordarse
de aquello que se olvidó.

(Vase.)

CARLOS. ¡Fuése mi sol!

TURÍN. Y le dió
licencia de levantarse
al que ya por arreboles
nos visita sin dormir.

CARLOS. Dile que puede salir,
que ya se fueron mis soles.

TURÍN. Pues vámonos.

CARLOS. No querrán
los celos darme licencia;
que puede en mi competencia
haber tercero galán.

TURÍN. No, sino todo París.
Vente, señor, a acostar.

(Salen el DUQUE OCTAVIO, LISENO *y* MÚSICOS.)

OCTAVIO. Comenzad, y sin templar.

LISENO. Templado viene Amadís.
¿Tan cuidadosa, señor,
quieres que Rosela esté?
Deja que templen.

OCTAVIO. Yo sé
que la despierta mi amor.

MÚSICOS. Recordad, hermosa Celia,
si por ventura dormís,
que vida que ha muerto a un hombre
no es justo que duerma ansí.

CARLOS. ¿Y esto no es por Celia?

TURÍN. No,
por que este romance es viejo.

CARLOS. Si tomara tu consejo,
sin celos durmiera yo.

MÚSICOS. Abrid esas celosías,
ya que las puertas no abrís,
si no teméis que entre dentro
como sombra del que fuí.

TURÍN. Parece que dieron pie,
señor, a la celosía.

CARLOS. ¿Abrieron?

TURÍN. Y aun la del día,
que ya la noche se fué.

(ROSELA, *en la reja.)*

ROSELA. ¿Es el Duque?

OCTAVIO. Soy, mi bien,
quien no le tiene sin vos.

LISENO. Paso, que te escuchan dos.

CARLOS. ¿Era Rosela?

TURÍN. Pues ¿quién?

CARLOS. Con eso me voy.

TURÍN. ¿Había
de mentir Celia?

CARLOS. ¡Ay, Turín,
que principio, medio y fin
de una amorosa porfía
todo es celos y desvelos.

TURÍN. Sí; pero agravian la dama.

CARLOS. Miente quien sin celos ama,
porque no hay amor sin celos.

(Vanse.)

ROSELA. ¿Cómo habéis tardado tanto?

OCTAVIO. Porque andaba por aquí
el Príncipe.

ROSELA. No es por mí.

OCTAVIO. De cualquier sombra me espanto.

ROSELA. A Celia mira, y me pesa
por lo que me ha de estorbar.

OCTAVIO. ¿Quiérele Celia?

ROSELA. Es pensar
la más difícil empresa
que pudo hallar el poder.

OCTAVIO. El poder lo puede todo.

ROSELA. Si pudiera hallar el modo
de ser Celia su mujer.

OCTAVIO. Ese es mayor imposible
que querer Celia al Delfín.

ROSELA. Por dicha es honesto el fin;
porque amar lo que es posible
del estado de una dama
es del amor perfeción.

OCTAVIO. Nunca tan perfetos son
los deseos de quien ama.

LISENO. Señor, ¿no ves que es de día?

OCTAVIO. Si el sol me daba en la cara,
¿quién, Liseno, imaginara
que a las espaldas le había?
Señora, quedad con Dios,
que de la luz me recelo,
porque sólo desde el cielo
me retiraran de vos.

ROSELA. El mismo, señor, os guarde.

(Vase.)

LISENO. ¿Cómo te fué de favor?

OCTAVIO. Al más atrevido amor
harán los celos cobarde.
El Príncipe quiere aquí.
LISENO. ¿A quién?
OCTAVIO. Díceme Rosela
que a Celia, y será cautela
para desvelarme a mí.
LISENO. Mejor te guarden los cielos,
que es Rosela cautelosa.
OCTAVIO. Sabes que pienso, y es cosa
nunca dicha de los celos.
¿No has visto cómo el pincel
cuando no es la mano ingrata,
Liseno, un rostro retrata,
que le parece, y no es él?
Pues con semejanza igual
son, si lo pinta el honor,
celos retrato de amor,
y amor el original.

(Salen el PRÍNCIPE *y* CAMILO.)

PRÍNCIPE.

No he podido dormir.

CAMILO.

Tantos desvelos
son del poder injusta confianza.

PRÍNCIPE.

Amor me obliga a respetar dos cielos,
si por esencia no, por semejanza:
de Celia desamor, de Carlos celos,
no le dejan lugar a la esperanza,
pues no esperando el bien, ¿de qué te admira
si el sueño de los ojos se retira?

CAMILO.

Para tanto poder, ¿hay cosa alguna
que nombre de imposible tener pueda?

PRÍNCIPE.

Si un reino conquistara, de ninguna,
Camilo, mi valor dudoso queda;
ni al poder ni al valor, ni a la fortuna,
sino sólo al amor se le conceda
hacer que una mujer inaccesible
se humane, siendo ingrata, a ser posible.
No quiero yo con término violento
rendir la voluntad que no me estima,
si bien confieso que el desprecio siento,
aunque no es parte que mi amor reprima.

CAMILO.

Pues ¿qué es agora, gran señor, tu intento?

PRÍNCIPE.

Saber, Camilo, esta celosa enima,
y luego, blandamente porfiando,
vencer sirviendo y obligar amando.
Dios, que lo puede todo, hacer pudiera,
como rey de infinito poderío,
que el hombre más rebelde le quisiera;
mas no quiere forzar el albedrío;
pues si vemos que Dios por premio espera
de su amor otro amor, espere el mío;
que no es razón, si amor de amor se infiere,
que quiera un hombre lo que Dios no quiere.
Yo sé que hacer pudiera con violencia
que me quisiera Celia, mas no es justo;
que es mucha la distancia y diferencia
que tiene amor desde la fuerza al gusto.
Parecióme discreta diligencia
para excusar de Carlos el disgusto,
hacerle mi tercero, pues le obligo
en fe de ser criado y ley de amigo.
Porque si yo le fío mi secreto
y él me fuese traidor, está muy claro
que con justicia a mi rigor sujeto
quedaba Carlos sin humano amparo.

CAMILO.

Los celos te proponen un conceto,
no sé si tan discreto como raro;
pero, en fin, justificas de esa suerte
la causa que te da para su muerte.
¡Oh!, cuántos hombres que jamás pensaron
hacer ofensa al deudo y al amigo,
cuando de la ocasión cerca se hallaron
ni temieron la infamia ni el castigo.
Nobles mujeres que su honor guardaron;
es la ocasión tan bárbaro enemigo,
que le perdieron por hallarse en ella:
tanto puede vencer, tanto atropella.

(Salen CARLOS *y* TURÍN.)

TURÍN.

El Príncipe está aquí.

CARLOS.

Temblando llego.

PRÍNCIPE.

Carlos, ¿de dónde bueno?

CARLOS.

Haciendo estaba
a unos caballos mal.

PRÍNCIPE.

Honesto juego.
¿De dónde son?

CARLOS.

De España.

PRÍNCIPE.

¿Casta?

CARLOS.

Brava.

PRÍNCIPE.

Que no los hagas mal, Carlos, te ruego,
si el estilo común te disculpaba,
porque no lo merecen los caballos
de España.

CARLOS.

Hacerlos mal es enseñallos.
Un bayo, cabos negros, me trujeron,
que aunque mal enseñado a los borrenes,
le admiraron, señor, cuantos le vieron;
ninguno en tantos más hermoso tienes;
las crines, frente y cuello compusieron
de suerte...

PRÍNCIPE.

Picador, no amante vienes.
¿Quisieras tú pintármelos agora
de oro del sol, de plata de la aurora?
¿Quisieras tú decirme que pisaba
del elemento volador los fines,
y que las bajas nubes entoldaban
copiosa cola y esparcidas crines?
Dirás que pensamientos se llamaban
pies de hierro, toledos y jazmines...
Pues, Carlos, deja ya cosa tan fría,
para el tiempo en que estoy, a la poesía.
No hay cosa, si no es Celia, que me agrade;
de Celia me has de hablar, no de otra cosa,
o que me escuche bien o que se enfade,
que es plática más dulce y amorosa;
esto me cuenta, pinta y persüade;
háblame en que es discreta como hermosa,
dime que es toda cristalina, y dime
que no tengo más alma que me anime.
Este papel le he escrito, y éste quiero
que le lleves y des, Carlos, y advierte
que de tu buena dicha sólo espero
las nuevas de mi vida o de mi muerte.

CARLOS.

Celia es hija de un noble caballero
y su hermano mi amigo.

PRÍNCIPE.

De esa suerte,
podrás entrar y verla, hablarle y darle.

CARLOS.

Siento...

PRÍNCIPE.

¿Qué hay que sentir?

CARLOS.

Siento injuriarle
A traer la respuesta no me obligo,
pues no consiste en sólo mi deseo.

PRÍNCIPE.

Carlos, con sólo hacer lo que te digo
cumples conmigo, y lo que pienso creo.

CARLOS.

Yo debo obedecerte, aunque un amigo
quejoso ya de mis intentos veo.

PRÍNCIPE.

No hay de culparte ley, término o modo;
que el gusto del señor es sobre todo.

(Vanse el PRÍNCIPE *y* CAMILO.)

CARLOS. Acabando va conmigo
mi desdicha.

TURÍN. Ese papel
es la cosa más cruel
que ha podido usar contigo;
que haciéndote su tercero
te obliga a guardar lealtad.

CARLOS. Celos han sido.

TURÍN. Es verdad.
¿Qué has de hacer?

CARLOS. Dársele quiero

TURÍN. ¿Dársele?

CARLOS. Pues ¿qué remedio?
A su casa quiero ir;
que de dársele a morir
no hay más de este medio en medio

TURÍN. Si fuera tu discreción
menos que tu sentimiento,

dijera mi pensamiento,
señor, en esta ocasión.
Pero como son iguales,
¿qué te puede aconsejar
quien te mira fluctuar
entre pensamientos tales?
Dejar a Celia pudieras,
porque el no querer querer
el fin de amor suele ser,
o que otra dama quisieras.
Pero llevar los recados
del Príncipe sin desvelos,
con un linaje de celos
tan picantes y abrasados,
que en vez de olvidar serán
desesperación de amor,
porque entonces es mayor
cuanto más celos le dan.

CARLOS. Su casa es ésta, que quieren
mis desdichas inhumanas
que aun el verse sus ventanas
mis pensamientos alteran.
Tan cerca está de palacio,
que aun celos vengo a tener
que desde él la pueda ver.

TURÍN. Pues vete en celos despacio,
que pensarás, si esto pasa,
a traerte antojadizo,
que ha de hacer un pasadizo
desde palacio a su casa.

CARLOS. Tan confuso estoy, Turín,
que de confuso y de ciego
a tratar mis penas llego
sin imaginar el fin.
Esta es la causa, ¡ay de mí!,
no menos que de mi muerte.

TURÍN. Bien alegre viene a verte.

CARLOS. ¿Qué importa? ¡Ya la perdí!

(Salen CELIA *y* ROSELA.)

CELIA. Ya, Carlos, el corazón
me avisó de que venías.

CARLOS. Bien pudo, pues le tenías,
que es su propia condición.

ROSELA. Qué puntual es quien ama.
¿Ha de estar Celia sin él?

CARLOS. Quien le da no tiene de él
más del nombre que se llama.

CELIA. Pienso, Carlos, que no vienes
con gusto.

CARLOS. Y piensas muy bien,
en que se prueba también
que el mío en tu pecho tienes,
pues te ha dicho mi tristeza
tal, que no me da lugar
a que te puedan negar,
que siendo sol tu belleza,
descubrir es fuerza en mí
hasta el mismo pensamiento.

CELIA. ¿Qué es esto, Turín?

TURÍN. ¿Qué intento
te mueve a saber de mí
lo que Carlos, mi señor,
muere por decirte ya?

CELIA. Pues habla, Carlos, que está
en un cabello mi amor.

CARLOS. Quebraráse si está ansí.

CELIA. No hará, que le tengo yo.

CARLOS. Ya no podrás.

CELIA. ¿Cómo no?

CARLOS. Escucha la causa.

CELIA. Di.

CARLOS. El Príncipe...

CELIA. No prosigas,
que todo entendido está.

CARLOS. Culpada te sientes ya.

CELIA. Culpada en que tú lo digas.

TURÍN. Salí de notable trance,
que cuando el escucha oí,
de dos leguas presumí
que teníamos romance.

CARLOS. Déjame decir lo que es,
que aun entre gente vulgar,
cuando se comienza a hablar
es término descortés.

CELIA. ¿Qué me puedes tú decir
sin ser en ofensa mía?

CARLOS. Pues temes, algo recelas.

CELIA. No mi culpa, mi desdicha.

ROSELA. Menester habéis tercero,
porque en celosas porfías
se satisfacen mejor.

CELIA. La voluntad clara y limpia
ofendese fácilmente,
Rosela, de niñerías.
¿Puedo a un hombre poderoso
resistir?

CARLOS. No le resistas;
pero escucha lo que intenta.

ROSELA. Oye a Carlos, por tu vida.

CELIA. Ya le escucho.

CARLOS. Aquella noche
que el Príncipe, cuando iba
a salir, me halló en tu puerta,
aunque la disculpa mía

fué la amistad de tu hermano,
de suerte le desatina
de celos, que ha dado, Celia,
mientras no lo averigua,
en que yo le solicite,
presumiendo que me obliga,
como es verdad, a la lealtad,
y llega lo que imagina
a que te traiga un papel,
cuya respuesta confía
del amistad de los dos;
si bien el intento mira
a abrasarme y a quitarme
que desde aquí no te sirva;
lo cual es fuerza, que es dueño,
y no es justo que compitan
un pobre hidalgo y un rey,
pues de privanza me privan
dos cosas, ciertas entrambas:
la primera, que mi vida
corre peligro en sus celos;
la segunda, y la que estima
mi amor en más, es perderte,
porque si por él me olvidas,
como lo pienso y es justo;
si a su grandeza te inclinas,
¿qué será de mí?

CELIA. Respondo
que tu vida no podría
perderse en esta ocasión,
pues el secreto confirma
la lealtad de los presentes;
que yo te olvide, es mentira,
que miente tu pensamiento,
tu amor y tu fantasía,
y tu alma si lo dice,
a quien la mía, ofendida
de tal imaginación
desde aquí le desafía.

TURÍN. ¡Bravo reto! Mas ¿quién viera
a dos almas en camisa
con espadas y rodelas
en campaña o en campiña,
combatir de sol a sol?

CARLOS. Pues dime, señora mía:
cuando todo sea tan cierto,
como noble amante afirmas
y cumplas como quien eres
la palabra prometida,
¿qué haremos de este papel,
pues es fuerza que le escriba?

CELIA. ¿No has visto que los que labran
de aquel dibujo que imitan,
el papel en que le tienen
por todas las líneas pican
y puesto sobre la seda
por las señales se guían,
que figuran con carbón,
y lo que señalan pintan?
Pues respondes tú al papel
lo que quieres que le diga,
y trasladaréle yo
para que el papel me sirva
de dibujo, sin que exceda,
Carlos, de las letras mismas;
con que seremos los dos,
tú el que inventa y yo el que pinta.

ROSELA. Aquí no tendrás razón
si a tanta verdad replicas.

CARLOS. Yo lo confieso, Rosela,
con el alma agradecida,
y que picar el papel
divinamente se aplica,
dando papel tan picado
ventanas y celosías
para que mis celos, Celia,
puedan mirar lo que escriba.
Pero mira cómo pones
el negro carbón encima,
no se te encienda el papel.

CELIA. No hayas miedo, que la tinta
serán lágrimas entonces.

TURÍN. ¡Qué extraña bachillería!

(Sale RUGERO.)

CARLOS.

Tu hermano, Celia.

RUGERO.

¡Oh, Carlos! ¿Aquí estabas
y andábate a buscar desvanecido?

CARLOS.

Por ver si alguna cosa me mandabas,
a buscarte solícito he venido.

RUGERO.

Oyeme atento.

CARLOS.

¿Qué me mandas?

RUGERO.

Creo,
que tienes, como es justo, conocido,
años debe de haber, mi buen deseo.

CARLOS.

Prosigue, que esto es cosa tan segura
que por cristal el corazón te veo.

RUGERO.

Aunque nuestra amistad sencilla y pura
para los dos es tan segura cosa,
mi padre, con la edad, no se asegura.
Mis dos hermanas, cada cual hermosa,
por su camino, ya las ves presentes,
causan cuidado a su vejez celosa.
Y queriendo excusar inconvenientes,
me ha mandado decirte, y yo lo digo,
dos cosas, aunque juntas, diferentes.
Qué no entres más aquí, si yo te obligo,
sino que nos tratemos allá fuera,
sin ver con la verdad que eres mi amigo.
La otra, desigual de la primera,
es que si alguna de las dos te agrada,
luego te la dará, como ella quiera.
Esto para mostrar cuan estimada
es tu persona de él y el gran disgusto
de que te quite el murmurar la entrada;
pero mirar por nuestro honor es justo.

CARLOS. Rugero, con la llaneza
que sabéis, os visitaba,
y con respeto miraba
el valor, gracia y belleza
de estas damas, a quien hoy
vuestro padre me ha ofrecido
para honrarme, si ha sabido
de qué sangre en Francia soy.
Dos príncipes merecían;
pero ya que mi ventura
tan alto honor me asegura
que de mi humildad las fían,
dadme vos la que queráis,
pues cualquiera es la mejor.

RUGERO. Aunque es igual su valor
y tan cortesano andáis,
no neguéis la inclinación,
que es efeto natural.

CARLOS. ¿A quién dió juicio igual
tan honrada confusión?
En Venus, Palas y Juno
tuvo Paris que escoger;
y aquí todo viene a ser
Venus, pues que todo es uno.
No hubiera Paris ninguno
que aquí se determinara;
cada cual, única y rara,
dice que naturaleza
formó de su igual belleza
los dos ojos de su cara.
Como suelen dos figuras
salir de una misma estampa,
en su estampa el cielo estampa
sus dos raras hermosuras;
como quien de rosas puras
mira esmaltados rosales,
que, viéndolas tan iguales,
no sabe cuál corte, estoy
tan confuso, que las doy
por estrellas celestiales.
Que, supuesto que hay en ellas
algún lucero mayor
en belleza y resplandor,
todas, en fin, son estrellas;
y de estas damas tan bellas
que hoy tan descuidado vi,
digo y me despido ansí
para que os lo diga a vos:
que querré más, de las dos,
la que más me quiera a mí.

(Vase.)

RUGERO. ¿Qué os parece?

ROSELA. Dice bien
Carlos, al término atento
que debe a quien es.

RUGERO. Pues yo,
por su parecer y acuerdo,
os pregunto cuál le quiere.

CELIA. ¡Qué pregunta de discreto!

RUGERO. Pues ¿qué puedo hacer?

CELIA. Escucha,
que quiero darte un consejo.

RUGERO. ¿Cómo?

CELIA. Carlos es criado
del Príncipe, y es mal hecho
casarse sin su licencia.
Habla al Príncipe, Rugero;
di que conmigo le casas.

RUGERO. ¡Qué sutil advertimiento
para decir que le quieres
por término tan honesto!
Voyle a hablar.

CELIA. ¿Tan presto?

RUGERO. Sí.

CELIA. Pues ¿por qué?

RUGERO. Porque sospecho
que hiciera agravio el espacio
a quien respondió tan presto.

(Vase.)

ROSELA. Necia has estado, aunque agora
alabó tu entendimiento
mi hermano.

CELIA. ¿Por qué?

ROSELA. ¿No ves
que el Príncipe está tan ciego
que no ha de querer?

CELIA. Bien dices;
pero el peligro era cierto,
si yo no me anticipara,
pues que las dos proponiendo,
te casara a ti con él.

ROSELA. No se hiciera el casamiento,
porque no quisiera yo.

CELIA. Bien; pero hicieras con eso
que Carlos no entrara aquí,
siendo el casarse concierto:
y yo no vivo sin Carlos,
que muero si no le veo.

(Vanse. Salen el PRÍNCIPE, OCTAVIO *y* CAMILO.)

PRÍNCIPE. Dícenme que os ven allí
todas las noches, Otavio.

OCTAVIO. No pensando vuestro agravio,
pasos y tiempo perdí
en ganar la voluntad
de cierta dama que quiero.

PRÍNCIPE. Y yo os tengo por caballero,
que me diréis la verdad.
¿Cuál es, de las dos hermanas?

OCTAVIO. *(Ap.)* (Aquí he de hablar con cautela,
porque si digo a Rosela,
no siendo sospechas vanas,
me mandará que la deje.
A Celia será mejor,
pues que no la tengo amor,
cuando de Celia se queje.)

PRÍNCIPE. ¿Qué estáis pensando? ¿No soy
de quien os podéis fiar?

OCTAVIO. En que la puedo agraviar,
gran señor, pensando estoy;
pero mi justa lealtad
se rinde a vuestro valor:
a Celia sirvo, señor,
con honesta voluntad.

PRÍNCIPE. ¿A Celia? ¿Y os favorece,
Duque?

OCTAVIO. Que me escuche basta;
que una fe tan limpia y casta
correspondencia merece.

PRÍNCIPE. ¿Sabíades que la quiero,
y con toda el alma, yo?

OCTAVIO. No, señor.

PRÍNCIPE. ¿No, cierto?

OCTAVIO. No,
por la fe de caballero.

PRÍNCIPE. Pues, Duque, de aquí adelante,
ni la calle habéis de ver.

OCTAVIO. (¡Errastes, celos, por ser
bachilleres, lo importante!)

(Sale RUGERO.)

CAMILO. Rugero te quiere hablar.

PRÍNCIPE. Por lo que tiene de Celia,
me holgaré de verle.

CAMILO. Entrad.

RUGERO. Deme los pies vuestra Alteza.

PRÍNCIPE. ¿Qué se os ofrece, Rugero?

RUGERO. Señor, pediros licencia
para casar a mi hermana.

PRÍNCIPE. ¿A vuestra hermana? ¿Cuál de ellas?
Que pienso que tenéis dos.

RUGERO. A Celia, señor.

PRÍNCIPE. ¿A Celia?
¿Con quién?

RUGERO. Con Carlos, señor.

PRÍNCIPE. ¿Con Carlos? Pues ¿quién concierta,
Rugero, este casamiento?

RUGERO. Mi padre, que tiene de ella
el "sí".

PRÍNCIPE. Pues ¿pidióla Carlos
sin haberme dado cuenta?

RUGERO. No, señor; pero es mi amigo,
y codicio su nobleza;
que el amistad y la sangre
fácilmente se conciertan.

PRÍNCIPE. Tengo yo casado a Carlos
con vuestra hermana Rosela.
Decid esto a vuestro padre;
porque el Duque sirve a Celia,
y yo los pienso casar.
¡Hola! Los caballos lleva,
que me trujeron agora,
a Rugero.

RUGERO. Vuestra Alteza
me dé los pies.

PRÍNCIPE. Esto basta,
Rugero, para que sepa
Aurelio mi voluntad.

RUGERO. Como mandáredes sea,
pues tanta ventura ha sido
que Celia y Rosela tengan
maridos de vuestra mano,
que por mi padre y por ellas
os beso, invicto señor.

(Vase.)

PRÍNCIPE. Duque, perdonad; que es fuerza
que entretengáis esta gente,
en tanto que yo merezca
que Celia escuche mis ansias.
OCTAVIO. Pues ¿qué diré?
PRÍNCIPE. Que con ella
trato de casaros, Duque;
pero advertid que esto sea
sin que la veais ni habléis.
OCTAVIO. Sólo hablaré con Rosela.
PRÍNCIPE. Solamente para eso
os doy, Otavio, licencia.

(Salen CARLOS *y* TURÍN.)

CARLOS. Yo voy con harto temor.
TURÍN. Basta amar para que temas.
PRÍNCIPE. ¿Delante de mí te pones,
infame? Si no tuviera
respeto a que te ha criado
mi padre, el alma te hiciera
pedazos dentro del pecho.
OCTAVIO. Sosiéguese vuestra Alteza.
Por ventura, no es culpado
Carlos.
CARLOS. Pues, señor, ¿qué ofensa
en tu deservicio puede
haber hecho mi inocencia?
PRÍNCIPE. Pides a Celia a Rugero,
que aquí me pide licencia
para que os caséis los dos,
¿y estás inocente?
CARLOS. Advierta
vuestra Alteza que hoy me dijo
que me casase con ella,
o con Rosela, o no entrase
en su casa; porque llegan
los vecinos a poner
en su honor villanas lenguas.
Y en fe de que esto es verdad,
sea este papel la prueba,
respuesta del que me diste.
Pues, trayéndote respuesta,
¿cómo es posible casarme?
PRÍNCIPE. ¿Respuesta?
CARLOS. Sí, señor.
PRÍNCIPE. Muestra.

(Lee el papel.)

CARLOS. ¿Qué os parece de esto, Otavio?
OCTAVIO. Carlos, si a su hermano ciega
tu amor, libre está el Delfín:
él dijo que Aurelio intenta
casarte con Celia.
CARLOS. Duque,
si él os quitara a Rosela,
yo sé si tuviera culpa.
OCTAVIO. ¿No es quitármela si piensa
casarla con vos?
CARLOS. ¿Conmigo?
OCTAVIO. Con Rugero lo concierta.
En lo demás, perdonadme.
PRÍNCIPE. Yo he leído. Aquí te llega,
Carlos; verás lo que dice.
CARLOS. No quiero que me lo lea
vuestra Alteza; antes le ruego
que, para que yo no venga
a ser traidor a Rugero,
hombre que mi bien desea,
ni a mi honor, que basta haber
tratado casar a Celia
conmigo para que yo
el nombre de honrado pierda,
solicitando tu gusto.
PRÍNCIPE. ¡Qué honra, Carlos, tan nueva!
¿Porque trataron casarte,
sin que llegue a ser, te afrentas?
¿Qué hicieras a ser casado?
CARLOS. Servirte en cosas honestas
es, señor, mi obligación.
PRÍNCIPE. Creciendo vas mi sospecha.
El primer criado eres
que de las cosas secretas
del gusto de su señor
no quiere parte en saberlas.
CARLOS. Aquí tengo yo un hidalgo
en mi servicio, de prendas
seguras, y que en su casa
con libertad sale y entra,
de quien te puedes fiar.
PRÍNCIPE. ¿Sois vos?
TURÍN. Soy de vuestra Alteza
vasallo humilde.
PRÍNCIPE. ¿Tu nombre?
TURÍN. Turín, señor. Mi ascendencia
es tan noble, que de Adán
la traigo por línea recta.
PRÍNCIPE. ¿Tú sales y entras en casa
de Celia?
TURÍN. Privo con ella,
en razón del buen humor.
PRÍNCIPE. Si aquesta noche conciertas,
Turín, de Adán descendiente,
que me hable por sus rejas,
dos mil ducados te mando.
TURÍN. Pues tenlo por cosa cierta.
PRÍNCIPE. ¿Que tanto con ella puedes?

TURÍN. No es fácil, señor, la empresa;
pero, en fin, no es imposible
al ruego y la diligencia.
PRÍNCIPE. Hombre de bien me pareces.
TURÍN. No hay hombres que más lo sean
que los que son oficiales
del gusto.
CARLOS. ¿Qué has hecho, bestia?

(Vanse. Quedan solos TURÍN *y* CARLOS.*)*

TURÍN. Lo que tú, señor, me mandas.
¿No le dijiste a su Alteza
que despachase conmigo
las resistencias de Celia?
CARLOS. ¿Y piensas hablarla?
TURÍN. ¿Yo?
CARLOS. Grandes desdichas me cercan;
grandes fortunas me siguen;
hoy es forzoso perderla.
Tú, si algún papel, Turín,
a mi amada prenda llevas,
dámele a mí, que no son
entregas de fortalezas
para cometer traiciones;
que Celia quiere que crea
que ha sacado un privilegio
el amor para que puedan
usar, los que son queridos,
de todo engaño y cautela.
TURÍN. Dice bien, que es guerra amor,
y no es traición, en la guerra,
la celada por los bosques,
la engañosa diferencia,
mudándose los vestidos,
trocando en la mar las velas,
quitando las propias armas
y poniendo las ajenas,
encamisadas de noche,
minas debajo de tierra.
Y, por lo mismo, quien ama
sepa que tiene licencia
para usar en cualquier tiempo
engaños y estratagemas.
CARLOS. Si es derecho de las gentes,
Turín, la propia defensa,
Celia es ya mi propia vida,
y es justo que la defienda.
Vengan engaños e industrias;
que si la mayor nobleza
es la guerra, y se han usado
tantos engaños en ella,
sin tenerse por infamia,
donde el poder hace fuerza,
mejor podré yo valerme,
siendo en el Delfín violencia,
del privilegio de amor.
TURÍN. Todos los que amaren, sepan
que no incurren en traición;
guarde cada cual su hacienda.

ACTO SEGUNDO

(Salen TURÍN *e* INÉS, *criada.)*

TURÍN. Todo en el ánimo estriba.
INÉS. Yo soy cobarde, Turín.
TURÍN. Eres mujer, y hecha, al fin,
de materia fugitiva.
INÉS. ¿Qué es fugitiva, hablador?
TURÍN. De las espaldas naciste,
y por eso la volviste
al más mínimo temor.
INÉS. ¿Fingirme Celia y hablar
con un príncipe de Francia,
no es negocio de importancia?
TURÍN. Por eso nos han de dar
dos mil ducados, Inés,
que partiremos los dos;
y aunque lo entienda, por Dios,
que el peligro no lo es;
porque no es el engañado
algún hombre vil que luego
se venga, de enojo ciego.
INÉS. ¿Y no es nada un rey airado?
TURÍN. Por lo que un rey puede hacer,
Inés mía, no te aflijas;
que nunca con sabandijas
ejercitan el poder.
INÉS. Las águilas más reales
se abaten a liebres viles.
TURÍN. Siempre la espada de Aquiles
se preció de sus iguales.
Y un rey, para que te asombres,
más quiso escoger, de dos,
caer en manos de Dios
que en el poder de los hombres.
Y así, es justo reparar
que es mejor a toda ley
caer en manos del rey
que de hombre particular.
INÉS. ¿La ofensa en él no es mayor?
TURÍN. Sí; pero en mayor grandeza
halla perdón la flaqueza,

como en supremo poder.

INÉS. Yo te confieso que tengo
temeraria tentación.

TURÍN. Si a tomar con bendición
los dos mil ducados vengo,
nos podemos ir de aquí,
y casarnos luego, Inés.
¡Ea, mis ojos! No estés
dudosa.

INÉS. ¿Júraslo ansí?

TURÍN. Por esos claveles juro
ser tuyo, y maridalmente
tu diatribe eternamente.

INÉS. ¿Qué es diatribe?

TURÍN. Es algo oscuro;
pero después lo sabrás.
Vete a la reja, que es tarde,
porque el Príncipe no aguarde,
donde con él hablarás
melindrosa y cristalina,
envuelta en un tafetán,
como Celia y ella están;
que con una mantellina
engañaba la criada
a aquel galán que tenía
de la bella Estefanía,
que llamaron Desdichada.

INÉS. Yo voy por el tafetán,
y luego a la reja salgo.

(Vase.)

TURÍN. ¿Es barro, si a un pobre hidalgo
dos mil ducados le dan?
Si yo por mil mundos de oro
sangre alguna derramara,
ninguna disculpa hallara,
o si perdiera el decoro
a la majestad real;
mas por fingir que una dama,
siendo Inés, Celia se llama,
¿a quién le resulta mal?
Este es el francés Delfín.
Quien ama, todo es cuidado.

(Salen el PRÍNCIPE *y* CAMILO, *de noche.)*

PRÍNCIPE. Pienso que nos ha engañado,
Camilo amigo, Turín.

CAMILO. Es tan loco aquel desdén,
que no la podrá rendir;
y del hacer al decir
hay muchas leguas también.

PRÍNCIPE. ¿Quién va?

TURÍN. Quien está esperando
a vuestra Alteza, señor.

PRÍNCIPE. ¡Oh, Turín!

TURÍN. No hagáis rumor.
Id poco a poco llegando;
que si Celia no ha salido,
es imposible tardar.

PRÍNCIPE. ¿Que pudiste negociar
lo que Carlos no ha podido?

TURÍN. Este género de ciencia
quiere un poco de invención.
Celia me tiene afición,
y es mucha la indiferencia
de fiar de un hombre grave
estos negocios de amor;
porque se guarda el honor
de quien de sus leyes sabe.
Hacemos mucha ventaja
en ablandar asperezas,
porque siempre las flaquezas
se fían de gente baja.
Llega, señor, que ya siento
ruido en la celosía,
como a la risa del día
mueve a las flores el viento.

PRÍNCIPE. Dale lo que prometí,
Camilo, a Turín. Yo llego.

TURÍN. Haz que me despachen luego.

CAMILO. Yo lo haré, Turín, por ti,
trayendo carta de pago.

TURÍN. El ribete ofrezco y como.

CAMILO. Nunca de los pobres tomo;
de hacer bien me satisfago.

TURÍN. Si tienes quien no te quiera,
encárgame tu desdén,
y haré que te quiera bien,
si es piedra, si es mar, si es fiera.

CAMILO. De tu habilidad lo creo.
Ven mañana a verme.

TURÍN. Iré,
y un cuadro te llevaré
en que está cantando Orfeo.

CAMILO. Para mí no es menester.

TURÍN. En la ciudad de tomar
se ha mandado pregonar
que se llame agradecer.

(Vase. INÉS, *con un tafetán, a la reja.)*

INÉS. Sea, señor, vuestra Alteza
bien venido.

PRÍNCIPE. ¡Celia hermosa!

(Salen CARLOS *y el* DUQUE OCTAVIO.)

CARLOS. De su fuerza poderosa
tiembla, Otavio, mi firmeza;
y, más que de ser quien es,
de ser mi dueño.
OCTAVIO. Es verdad;
porque de vuestra lealtad
se puede quejar después.
CARLOS. Celoso estuve de vos;
pero ya, desengañado,
mi pecho os he declarado.
OCTAVIO. Carlos, sirviendo los dos
a Celia y Rosela, es justo
ayudarnos contra quien,
a fuerza de su desdén,
quiere ejecutar su gusto.
Esto, con justo respeto
de la majestad.
CARLOS. No fuera
justo que yo me atreviera,
ni en público ni en secreto,
a contradecir su gusto;
pero, siendo casamiento
mi intento, y su pensamiento,
por desigualdad, injusto,
no hace mi amor agravio
a la lealtad que le debo.
Dejando aparte que llevo
la razón, amigo Otavio,
de ser querido primero.
OCTAVIO. Bien decís. Llegad a hablar;
y, si no os puedo estorbar,
venga también lo que quiero.
Pues ya sabéis que es fingido
querer casarme el Delfín
con Celia.
CARLOS. Ya entiendo el fin
que en este engaño ha tenido;
que es impedir que Rugero
me case con Celia a mí.
¿Hay gente en la reja?
OCTAVIO. Sí.
CARLOS. ¿Gente aquí?
OCTAVIO. Mirad primero
que intentéis saber quién es.
¿Si es el Delfín?
CARLOS. ¿Pues aquí?
OCTAVIO. ¿Eso os maravilla?
CARLOS. Sí.
OCTAVIO. El poder y el interés
tienen notable amistad.
CARLOS. ¿Celia, interés?
OCTAVIO. Las criadas
allanan, Carlos, pagadas,
la mayor dificultad.
CARLOS. Retirémonos aquí,
y déme el cielo paciencia.
OCTAVIO. Aquí importa la prudencia.
¿Oís lo que dicen?
CARLOS. Sí.
INÉS. Iré adonde vuestra Alteza
me manda.
PRÍNCIPE. Con eso voy
contento a dormir, y doy
mil gracias a tu belleza
por la promesa, mi bien.
CARLOS. ¿Promesa?
OCTAVIO. Ya se ha quitado.
PRÍNCIPE. Camilo, el amor me ha dado
victoria de su desdén.
CAMILO. ¿Rindióse la fortaleza?
PRÍNCIPE. Ven, y sabrás que el poder
halla en cualquiera mujer
la puerta de la flaqueza.
CAMILO. De ésta, no lo imaginara.
PRÍNCIPE. Mañana he de ir a un jardín.

(Vanse los dos.)

CARLOS. ¡Aguarda, ingrata!
OCTAVIO. ¿A qué fin?
¿Tu loco amor no repara
en la locura que intentas?
CARLOS. Déjame, Otavio, vengar
mi noble amor.
OCTAVIO. No es lugar
la calle, por más que sientas,
para dar satisfación
a tu agravio; y, por ventura,
podrá ser que tu locura
causase tu perdición.
CARLOS. ¿Puédome yo más perder,
Otavio, de lo que estoy?
¿Ser menos de lo que soy,
con lo que he venido a ver?
Déjame que en estas rejas
dé voces, déjame hablar,
por lo menos suspirar,
para que entiendan mis quejas.
OCTAVIO. Suspiros siempre se han dado
para dar tiernos desvelos;
pero para pedir celos,
ningún hombre ha suspirado.
Dejad la reja y volvamos
a casa, y en vos también;
porque hablarlas ya no es bien,
ni es justo que nos pongamos

a averiguar este agravio
donde lo entienda Rugero.

CARLOS. Pues, Otavio, yo me muero;
yo pierdo la vida, Otavio.
Volver, ya no puede ser,
si allá no he de sosegar;
que, acabado de llegar,
sé que tengo de volver.
Idos vos, que yo no puedo
dejar de hablar a esta ingrata,
si la osadía me mata
o aquí me amenace el miedo.
Llamaré, no tiene duda.

OCTAVIO. Haréis mal, y no abrirán;
que a marido, y no a galán,
abre quien ya se desnuda.
No siendo mujer que ya
sepa los brazos del dueño
que aguarda, a pesar del sueño,
a ver si en la calle está.
Y no hay engaño en el mundo
que permita un caballero
tan noble como Rugero.

CARLOS. Pues yo, en que me mate fundo
mi venganza.

OCTAVIO. Es necedad.

CARLOS. ¿Por qué, si yo se lo digo?

OCTAVIO. Porque, siendo vuestro amigo,
cometeréis deslealtad.

CARLOS. Pues algo tengo de hacer
que me pueda sosegar.

OCTAVIO. Iros, Carlos, y pensar
que esta dama era mujer.

CARLOS. Si firmes no las hubiera,
de gran virtud y valor,
era el remedio mejor
que hallar mi agravio pudiera;
mas si por una mudable
hay mil firmes, ¿no es razón
que culpe su condición,
siendo su ser inculpable?

OCTAVIO. No estáis muy enojado.

CARLOS. ¿Cómo no?

OCTAVIO. Porque no hubiera
cosa que el respeto hiciera
para su virtud sagrado.
Que en no siendo firme alguna,
es condición de los hombres
que con generales nombres
lo paguen todas por una.

CARLOS. Nunca tan fuera de mí
pienso estar que ofenda a tantas
firmes, honradas y santas
por una que yo perdí,
y más que no me ha dejado
por quien vale más que yo.

OCTAVIO. ¿Disculpáisla?

CARLOS. ¿Por qué no?

OCTAVIO. Pues si no estáis agraviado
yo os dejo.

CARLOS. Hacedme un placer,
por vida del Duque.

OCTAVIO. ¿Cómo?

CARLOS. Por último acuerdo tomo
hablar hoy esta mujer.
Sacad la espada y fingid
que reñís conmigo.

OCTAVIO. Harélo,
si os sirvo, que ya recelo
lo que intentáis.

CARLOS. Advertid
que vais huyendo.

OCTAVIO. Sí haré,

(Riñan.)

si bien, aunque sea burlando,
me pesa.

CARLOS. Estoy aguardando
que huyáis, Octavio.

OCTAVIO. No sé.

CARLOS. Huid, que burlas no hacen
fe del valor.

OCTAVIO. Así es.

CARLOS. Hombres hay de tales pies
que huyen desde que nacen.

OCTAVIO. Yo huyo.

CARLOS. ¿Pues cuatro a uno,
perros?

OCTAVIO. ¿Eso más?

CARLOS. Huid,
traidores.

OCTAVIO. Carlos, decid
que no va huyendo ninguno.

(Vanse, y salen CELIA, ROSELA *y* RUGERO.*)*

RUGERO. Más confusión me ponéis.

CELIA. Pues ¿qué respuesta pretendes,
si nuestro disgusto entiendes?

RUGERO. ¿Al Príncipe os atrevéis,
a quien yo no pienso hablar?
Pues ¿casándoos de su mano
y aceptando vuestro hermano
lo que él nos puede mandar,
tú, Celia, al Duque desprecias,
y tú, Rosela, a mi amigo
Carlos?

ROSELA. Si verdad te digo,
pues tanto de ella te precias,
dile al Príncipe que mude
los mismos dos que nos da,
y que servido será
sin que nuestro dote ayude.
RUGERO. ¿Cómo mudar?
ROSELA. Dando a Carlos
a Celia, y al Duque a mí.
RUGERO. Muy claro habláis.
ROSELA. Para ti,
esto se llama mudarlos.
CELIA. Rosela dice muy bien.
¿Qué le va al Príncipe en eso?
ROSELA. Voces dan.
RUGERO. Bien divertido
ha rato que estoy atento;
porque no determinaba
si golpes de espada fueron.
Y agora a la puerta llaman.
CELIA. ¿Inés?
INÉS. ¿Señora?
CELIA. ¿Qué es eso?
INÉS. Carlos, que ha llamado tanto,
que, en efecto, le han abierto.
Desnuda la espada trae.
RUGERO. Voy a ver lo que es.
CELIA. No quiero
que salgas. Di que entre Carlos.
RUGERO. Déjame, pues.
INÉS. Ya está dentro.

(CARLOS, *la espada desnuda y la capa mal puesta.*)

CARLOS. Aparte quisiera hablarte.
RUGERO. Que vienes herido creo.
CARLOS. No vengo, sino cansado.
RUGERO. Pues vamos a mi aposento.
CARLOS. Vamos. Perdonad, señoras.
CELIA. Perdonad vos, que Rugero
no ha de salir de la sala;
que es Rugero hermano nuestro.
CARLOS. Señoras, tenéis razón;
sosegad el justo miedo,
que aquí diré lo que ha sido,
aunque, no entendiendo veros,
para daros esta pena
he entrado tan descompuesto.
Muy cerca de vuestra casa,
que, ya como esclavo vuestro,
vine a mirar estas rejas,
vi en ellas un hombre; llego
a reconocerle, salen
tres de una esquina y, poniendo
mano, los cuatro me aprietan,
con peligro manifiesto
de la vida, que me ha dado
la piedad sola del cielo;
que quererlo atribuir
al propio valor, no puedo;
porque valor para tantos
no le hay sin armas de fuego.
Entre tanta confusión,
oigo decir a uno de ellos:
"¡Ay, que me han muerto!", y en-
todos se retiran. Creo [tonces
que fué pena del herido,
que no del temor efecto.
En la voz y en el cuidado
de los que con él vinieron,
me pareció el duque Otavio.
¡Sería notable yerro
y eterna desdicha mía
si le hubiese herido o muerto!
Que, fuera de ser el Duque
mi grande amigo y mi deudo,
el Rey, el Delfín le estiman
por el mejor caballero
de los que hoy tiene París.
Hacedme merced, Rugero,
de sacarme de esta duda:
vaya un gentilhombre vuestro,
que sepa con discreción
si es el Duque; porque quiero,
si tan desdichado he sido,
entre las muchas que tengo,
pasarme a Italia o a España.
RUGERO. ¡Qué desdichado suceso!
CELIA. No será, por dicha, el Duque.
ROSELA. ¡Ay, Celia, que a mí me han muer-
RUGERO. No es este negocio, Carlos, [to!
para fiar del secreto
de un criado. Aquí esperad,
que yo lo sabré tan presto
cuanto requiere el cuidado
con que quedáis.

(*Vase.*)

CARLOS. ¿Con qué puedo
pagaros el que mostráis
de mi bien? Ya que Rugero
es ido, sabed que yo
quise, abrasado de celos,
por no morirme esta noche,
entrar de esta suerte a veros.

ROSELA. ¿No es muerto el Duque?

CARLOS. Sosiega,
hermosa Rosela, el pecho;
que locuras de un celoso
ni tienen razón, ni tiempo.
Y tú, en el poco que queda
para que vuelva Rugero,
oye las últimas quejas
que desesperado ofrezco,
Celia ingrata, a tus oídos.

CELIA. La causa, Carlos, espero
de la locura que dices,
tan inocente, que creo
que de tu ofensa no sabe
el nombre mi pensamiento.

CARLOS. Llegando, Celia, a estas rejas,
adonde mi loco amor
piensa que queda el olor
que de estar en ellas dejas,
no para decirte quejas,
sino tan tiernos amores
que mereciesen favores
en justas correspondencias,
cesando las competencias
de esperanzas y temores,
hallo en ellas al Delfín,
como tú sabes mejor,
y, agradeciendo su amor
tú, ingrata; tú, Celia, en fin;
tú, que un tiempo serafín,
desdenes fueron tus galas,
con mariposas te igualas,
pues a la luz del poder
diste tornos hasta hacer
cenizas tus bellas alas.
"Sea bien venido, oí,
su Alteza", cuando llegó,
cosa que escuchaba yo
cuando más dichoso fuí.
Lo demás no lo entendí;
pero bastóme entender
que ya le quieres querer.
¿Quién hubiera imaginado
que yo fuera desdichado
y que tú fueras mujer?
¡Ay, Celia, qué satisfecho
de tus palabras me vi!
¡Qué diamante presumí
era el alma de tu pecho!
¡Qué de cosas has deshecho
con tal determinación!
Pero dirás que es razón,
y yo, Celia, por venganza,
que fué injusta la mudanza
si fué justa la elección.
Mientras que no le quisiste,
osé competir con él;
querido, eso no, cruel.
Pues por él me aborreciste,
yo parto a Italia tan triste
de mi esperanza burlada,
en tus palabras fundada,
para no volver a verte,
que yo, el amor y la muerte
hacemos esta jornada.
Yo, celoso; amor, corrido;
la muerte, para quitarme
la vida, aunque de matarme
debo estar agradecido.
Voy tan fuera del sentido
como quien sin alma parte;
porque presente olvidarte
es aumentar mis desvelos;
porque hay de mi parte celos
y hermosura de tu parte.
Nadie presente olvidó
con celos, porque ha de ver,
y viendo no puede ser
que olvide quien tanto amó.
Mucho te adoraba yo,
como a olvidarte me obligo,
que si para mi castigo
tan viva te retraté
en el alma, ¿dónde iré
que no te lleve conmigo?

CELIA. Si tu pena no mirara,
esos celos de la reja,
como injusta y necia queja,
con risa los celebrara;
pero cuéstame muy cara
la burla, pues sin prudencia
tratas, Carlos, de tu ausencia;
y aunque sé que no ha de ser,
para el hombre es menester
mil vidas de resistencia.
¿Yo en la reja? ¿Yo al Delfín?
¿Qué dices, Carlos? ¿Qué tienes?
¡Qué mal informado vienes
de quien procura mi fin,
que debe de ser Turín,
pues a tus ojos les fías
esas locas fantasías
que me has venido a decir,
y no te puede mentir
al alma que allá tenías!
El Delfín no me rindiera,

Carlos, si fuera el Delfín
como Delfín serafín
y a toda Francia me diera.
Quien me estimara y quisiera
no diera crédito, no,
a quien así le engañó;
porque si no vienes loco,
¿cómo tienes en tan poco
una mujer como yo?
En el mar de mi valor,
cuando quien soy imagines,
no se han criado delfines,
sino ballenas de amor;
y tan llenas, que al mayor
del mundo llevan la palma;
estése la luz en calma
y los tornos que encareces;
que no se queman dos veces
las mariposas del alma.
Que soy mujer, es verdad,
pero tan firme mujer,
que ejemplo pudiera ser
de agradecida lealtad.
Respeto la majestad (1);
pero, Carlos, no te asombres,
que en mudar de pareceres,
hay hombres que son mujeres
y mujeres que son hombres.
Yo he sido, Carlos, leal;
ni al Príncipe hablé ni vi.

CARLOS. ¡Ay, cielos, si fuera así!
Mas yo lo vi, por mi mal.
Con un desengaño igual
¿quieres, Celia, que te crea?

ROSELA. Carlos, ya es cosa muy fea
sustentar un desatino.
Ni Celia a la reja vino
ni es posible que tal sea.

CARLOS. Pues ¿los ojos han mentido
después que Dios los crió?
¿Cuándo el testigo que vió
no fué, Rosela, creído?

ROSELA. Mil veces ese sentido
se engaña, y le desatinan
sombras que a creer se inclinan;
porque suelen los antojos,
siendo espejo de los ojos,
retratar lo que imaginan.

CARLOS. Está bien; yo lo confieso;
pero en una hora que habló
¿pude engañarme?

(1) Falta un verso a esta décima.

ROSELA. ¿Pues no?

CARLOS. Que estoy loco te confieso.

CELIA. Déjale, que ya es exceso
su locura y su porfía.

ROSELA. Rugero viene.

CARLOS. ¿Y podía
engañarse el ver y oír?

ROSELA. Suele la noche fingir
lo que desengaña el día.

(Sale RUGERO.*)*

RUGERO. ¡Albricias, Carlos!

CARLOS. El cielo,
amigo Rugero, os guarde.

RUGERO. Llegué a su casa del Duque,
dije que importaba hablarle
la vida de un grande amigo,
y en ver que no se enterasen
ni hubiese el común rumor
que suele en desgracias tales,
sosegué, Carlos, las penas;
espantóse que llegase
a tales horas, aunque él
comenzaba a desnudarse.
Díjele vuestro temor,
y respondió: "Aseguralde
a Carlos, porque el herido
no es de peligro notable
y es un gentilhombre mío."
Con esto, sin que aguardase
a ver quién era, partíme
tan contento como parte
quien trae nuevas de flota.

CARLOS. Que mil veces os abrace
me permitid, y con esto
será bien, porque es ya tarde,
pidiéndoos perdón, partir
donde mi fortuna sabe.

CELIA. Pues ¿no basta el desengaño?

CARLOS. Es por agora bastante.
Adiós, Rugero.

RUGERO. Adiós, Carlos.

CELIA. Ventura fué no matarle.

ROSELA. Del temor voy muerta yo.

CELIA. Y yo de que me levante
Carlos tan gran testimonio.

ROSELA. Celos dirán mal de un ángel.
Alguno engañarle quiso.

CELIA. Antes que se desengañe
me habrá muerto o me habrá puesto
en ocasión de dejarle.

(Vanse. Salen el PRÍNCIPE *y* CAMILO.*)*

CAMILO. Son las joyas que le das
conformes a su valor.

PRÍNCIPE. Si se las diera mi amor,
Camilo, valieran más.
Porque es menester que críes,
naturaleza, brillantes,
en la China más diamantes
y en Ceilán nuevos rubíes.
Y aun son cambios diferentes
en que ella recibe agravios
con las rosas de sus labios
y las perlas de sus dientes.

CAMILO. ¡Bravo pintor es amor!

PRÍNCIPE. ¿Estaba Carlos ahí?

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Sí, señor.

PRÍNCIPE. Carlos, vencí.
Turín fué bravo inventor.
Anoche con Celia hablé,
y hoy me prometió que iría
a un jardín donde podría
hablarme despacio.

CARLOS. Fué
empresa de tu valor,
y dices bien que venciste,
pues aun no llegaste y viste
cuando alcanzaste favor.

PRÍNCIPE. Palabra, Carlos, le dí
de casarte con Rosela,
su hermana.

CARLOS. Pienso que apela
al Duque Octavio de mí.

PRÍNCIPE. Visítale, Carlos, hoy,
Rosela apele o no apele.

CARLOS. Perder al Duque le duele.

PRÍNCIPE. Yo lo quiero, y soy quien soy.
Quédate, que ando juntando
joyas que a Celia le dé.

CARLOS. Siempre el dar dichoso fué.
Entra, señor, obligando,
verás que las almas robas.

PRÍNCIPE. Sí, mas con diversas tretas,
que se pagan las discretas
y se enamoran las bobas.

(Vanse los dos.)

CARLOS. Hoy hizo mi vida fin.
¡Y Celia quiere negar,
y esta tarde ha de ir a hablar
al Príncipe en un jardín!
¿Hay tal maldad?

(Sale TURÍN.)

TURÍN. Carlos es.
¿Era ya tiempo de verte?
¿Tanto Celia te divierte?
Desde hoy me pongo en los pies
las alas de aquel planeta
que es árbitro de la mar,
no des en imaginar
que te volverás poeta.

CARLOS. Hoy es llegado tu fin,

(Saca la espada.)

infame.

TURÍN. ¿Por qué, señor?
Mira que soy pecador.

CARLOS. Confiésate a Dios, Turín.

TURÍN. ¿No hay más de enviar a un hombre
como piedra al cuarto bajo?

CARLOS. Irás con menos trabajo.

TURÍN. Será infamia de tu nombre.
¿No sabes que desde el cielo
tardaría, al poder ser,
seis mil años en caer,
señor, una piedra al suelo
y que un alma en un instante
baja del suelo al infierno?

CARLOS. Vivir bien, si hay fuego eterno.

TURÍN. Mátame con un montante
y no con ese espetón,
que no me dará lugar
para que pueda llevar
de mis culpas contrición.
Pero dí, ¿por qué me matas?

CARLOS. ¿Por qué habló Celia al Delfín?

TURÍN. ¿Celia? Aquí sea mi fin
comido de garrapatas
si no era Inés, que, cubierta
de un tafetán de su ama
habló de Celia a la dama,
tanto el interés concierta
por pescar dos mil ducados,
de que le tocan los mil.

CARLOS. ¿Qué dices?

TURÍN. Que amor sutil
lleva los ojos tapados
cuando le guían los celos,
y si lo puedes saber,
tenme lástima y de ver
que estoy haciendo buñuelos
sirviéndome de sartén
los miserables calzones.

CARLOS. ¡Que dije tales razones
por tu ocasión a mi bien!

Por eso morir mereces.

TURÍN. No hay tal, porque las verdades
luego harán las amistades
que perdidas encareces.
Veslas allí, dónde vienen
a subir a la carroza;
llega a hablar; la ocasión goza,
que te han visto y se detienen.

CARLOS. Agradécelas la vida.

TURÍN. ¡Oh, interés, en qué me has puer- [to!

(Salen CELIA *y* ROSELA, *con sombreros y capotillos, y un* ESCUDERO.)

ROSELA. Aquí está, que no se fué.

CARLOS. A pediros perdón vengo,
Celia hermosa, de mi engaño.

CELIA. Quitad el estribo, Alberto.

(Van pasando de una puerta a otra, y CARLOS *tras* CELIA, *hablando.)*

CARLOS. Detente, señora mía.

CELIA. Diga ese paje a Rugero
que voy al campo.

CARLOS. ¿No escuchas
que desengañado llego
a que me perdones?

CELIA. ¡Hola,
cochero!

CARLOS. Aguarda.

CELIA. Cochero,
al campo, hacia los jardines.

CARLOS. Celia, dejarásme muerto.
Oye, mi bien, que ya sé
que fué engaño que le han hecho
al Príncipe.

CELIA. Por aquí
saldréis al campo más presto.

(Vanse las dos.)

CARLOS. Fuése Celia.

TURÍN. Está enojada.

CARLOS. Agora a matarte vuelvo.

TURÍN. No hayas miedo que me alcances.

(Vase.)

CARLOS. ¿En qué confusiones quedo?
Seguir quiero el coche. ¡Ay, Dios!
Sin ser Faetonte me atrevo
al carro del sol, ¿quién duda
que me mate por soberbio?

(Vase. Salen el PRÍNCIPE, OCTAVIO, CAMILO *y* PERSIO.)

PRÍNCIPE.

Mil siglos ha que tarda.

OCTAVIO.

Así los llama,
Príncipe invicto, quien espera y ama.

PRÍNCIPE.

No tuviera esperanza si no fuera
Celia quien prometió que aquí vendría.

CAMILO.

¿Por dicha vuestra Alteza ha errado el día?

PRÍNCIPE.

Camilo, yo sé bien lo que me dijo.

CAMILO.

Puede ser que Rugero no permita,
sin que él venga también, esta visita.

PRÍNCIPE.

Eso tengo por cierto,
y si Rugero viene, yo soy muerto.

OCTAVIO.

No piense vuestra Alteza en lo que espera,
que hace mayor la pena el pensamiento.

PRÍNCIPE.

¿Puedo yo no pensar en lo que siento?

OCTAVIO.

Mire de este jardín las claras fuentes,
divertiráse en verlas
distribuyendo su cristal en perlas;
mire con la violencia y dulce estruendo
que contra su elemento van subiendo,
enojándose el aire de que se entren
en la jurisdicción que no les toca.

PRÍNCIPE.

Todo a mayor memoria me provoca.

OCTAVIO.

Mire las varias de esta margen flores
pidiéndose prestadas las colores;
oiga las dulces aves
cómo trinan suaves
la solfa no aprendida.

PRÍNCIPE.

¿Es coche aquél? Escucha por tu vida.

CAMILO.

Es un carro de bueyes, que un villano,
con una vara en la grosera mano,
sobre su yugo puesta, rige y guía.

PRÍNCIPE.

También es carro en el que viene el día.

OCTAVIO.

De caballos, señor, que no de bueyes.

PRÍNCIPE.

Bueyes, Duque, sustentan a los reyes.
¿Qué haré yo que entretenga mi deseo?

OCTAVIO.

Preguntarnos, señor, alguna cosa.

PRÍNCIPE.

¿Cuál es la más odiosa?

CAMILO.

Un ignorante que de sí presume
y todos le aborrecen.

PRÍNCIPE.

¿Qué cosa más los hombres apetecen?

OCTAVIO.

La honra y buena fama.

PRÍNCIPE.

¿Quién duerme en mejor cama?

CAMILO.

Quien no sirve ni debe ni pretende,
habla de todos bien y a nadie ofende.

PRÍNCIPE.

¿Cuál hombre por su culpa es desdichado?

OCTAVIO.

El rico miserable que, forzado,
deja en su muerte lo que más quería,
a quien su vida más aborrecía.

PRÍNCIPE.

¿Quién es el rey?

CAMILO.

Un hombre semideo
que tiene de Dios sólo dependencia,
a quien todos le prestan obediencia
y es única justicia que el bien premia
y que castiga el mal.

PRÍNCIPE.

¡Brava academia
hacéis mi amor! ¿Aquélla no es carroza?

OCTAVIO.

Son, señor, arrieros
que llevan unos cofres y una moza.

PRÍNCIPE.

A mano izquierda digo.

CAMILO.

Los overos
conozco; Celia es, y ya se apea.

PRÍNCIPE.

Poneos aquí detrás, por que no os vea,
que a su tiempo saldré solo; no quiero,
si la sigue, dar celos a Rugero.

(Escóndense, y salen CELIA, ROSELA *e* INÉS.)

CELIA. Parecióme este jardín
a propósito, Rosela,
para templar en sus fuentes
el fuego de mi tristeza.

ROSELA. Por estar sola, acertaste,
aunque excusarlas pudieras,
pues que ya te hablaba Carlos.

CELIA. Sí, pero es justo que sienta
que no merece mi honor
que le agravien sus sospechas.

ROSELA. Ya te pedía perdón.

CELIA. Son de artillería piezas
los celos, que en disparando
se pueden entrar por ellas.

(Sale el PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. Seáis, Celia, bien venida.
Perdido estoy de esperaros.

CELIA. Y yo, señor, de miraros
estoy perdiendo la vida.

PRÍNCIPE. La palabra y fe cumplida
¿os ha dado tal temor?

CELIA. ¿Cuándo os he dado, señor,
la palabra que decís?

PRÍNCIPE. ¿Negáis cuando la cumplís
agradecida a mi amor?

CELIA. ¿Yo, señor, cuándo os hablé,
ni vos me hablastes ni vistes?

PRÍNCIPE. ¿Anoche no me dijistes,
cuando a la reja llegué,
"mañana al jardín iré
del Duque Octavio"?
CELIA. ¿Yo?
PRÍNCIPE. Sí.
CELIA. Ni os hablé, señor, ni os vi.
PRÍNCIPE. Cuando engaño pueda ser,
¿no puedo yo merecer,
Celia, este favor por mí?
CELIA. Aun no tengo ser, respeto
de lo que es digno de vos,
que os hizo, Príncipe, Dios
galán, gallardo y discreto;
pero mi honor, en efeto,
y de mi padre y mi hermano,
no están, señor, en mi mano,
aunque los puedo perder;
pero no lo pienso hacer
por ningún mérito humano.
PRÍNCIPE. Celia, pues me han engañado,
bien veréis que estoy corrido;
más después que habéis venido
mayor sospecha me ha dado.
Lo que habéis determinado
volvéis a negar por quien
por ventura queréis bien,
que cuando os hablé y os vi
yo sé lo que merecí
y vos lo sabéis también.
Toqué vuestra mano hermosa
con tanta facilidad
como aquí dificultad;
pero advertid una cosa:
que si no os tengo amorosa,
jamás os querré forzada;
pues de Carlos sois amada,
decidme si le queréis,
que con esto dejaréis
mi voluntad sosegada.
¡Por vida del rey!, que igual
juramento es nuevo en mí,
de que me sosiegue ansí.
CELIA. ¿No veis que estará muy mal,
a una mujer principal
a vuestros ojos decir
lo que es más justo encubrir?
PRÍNCIPE. Pues ¿cómo queréis que sea,
para que libre me vea
cuando estoy para morir?
Retiraréme obligado
si me decís la verdad,
que empeños de voluntad
no quieren gusto forzado.
¿Queréisle bien?
CELIA. Mi cuidado
sabréis luego en un papel.
PRÍNCIPE. Aquí servirá por él
este libro de memoria.
CELIA. Dádmele, que en breve historia
os diré lo que hay en él.
Pero no ha de ser aquí.
PRÍNCIPE. ¿Dónde?
CELIA. En la carroza.
PRÍNCIPE. Sea,
que como escrito lo vea,
yo me libraré de mí.
CELIA. Prometo decir allí
la verdad a vuestra Alteza;
porque aquí fuera bajeza.
PRÍNCIPE. Id en buen hora.
CELIA. Escapé
de gran peligro, y guardé,
Carlos mío, tu cabeza.

(Entrense las tres.)

PRÍNCIPE. ¡Camilo! ¡Octavio!
CAMILO. Señor.
PRÍNCIPE. ¿Oístes esto?
OCTAVIO. Aseguro
a vuestra Alteza que estamos
admirados de que pudo
sufrir tanta libertad.
PRÍNCIPE. Lo demás no fuera justo.
CAMILO. Sí fuera, pues prometió
venir y se va.
PRÍNCIPE. Yo cumplo
como quien soy.
OCTAVIO. Arrepintióse
si determinada estuvo.
PRÍNCIPE. Pedíle que me dijese
si quiere a Carlos, y puso
la vergüenza por defensa;
mas viendo que la importuno,
en un libro de memoria
jura escribirlo, y yo juro
de no importunarla más
si me abraso y me consumo.
CAMILO. Ya viene aquí su privanza.

(Sale INÉS.)

INÉS. Escribió, Príncipe augusto,
lo que le mandaste Celia.

(Dale el libro.)

PRÍNCIPE. Hízome notable gusto.

Tomad vos este diamante.

INÉS. Quede a los siglos futuros
eterna vuestra memoria.

PRÍNCIPE. Por poco me hablara en culto.
Pobre Carlos, si te quiere,
de matarte no me excuso.
Este libro es el proceso,
Celia le ha escrito, y yo juzgo.

OCTAVIO. Lee, señor, lo que dice.

PRÍNCIPE. Leo, pero no descubro
la verdad que yo esperaba,
pues dice en término oscuro

(Lea.)

"Pregúntasme si le quiero:
número cincuenta y uno".

OCTAVIO. ¿Qué quiere decir en eso?

CAMILO. Yo de ese número arguyo
los días que ha que le quiere.

PRÍNCIPE. ¿Burlas, Camilo?

CAMILO. No burlo.

PRÍNCIPE. ¿Qué dices, Otavio?

OCTAVIO. Digo
que todo el sentido dudo,
si en tan grande disparate
se puede poner alguno.
Ella se quiso escapar
de este peligro y no supo
mejor que con esta enigma.
Por más que intento discursos
no puedo dar en el blanco.

PRÍNCIPE. Si hay algún sentido oculto,
debe de ser el que entiendo.

OCTAVIO. ¿Cómo?

PRÍNCIPE. Su padre dispuso
el casamiento de Carlos;
y de lo que ya le culpo
se libra con la obediencia,
porque con su edad ajusto
el número de sus años,
que serán cincuenta y uno.

CAMILO. ¡Qué bien dice vuestra Alteza!

OCTAVIO. El sentido más seguro
me parece de esta enigma.

PRÍNCIPE. Pues ¿éste os agrada?

CAMILO. Mucho.

PRÍNCIPE. Lisonja, al fin, de criados;
que en diciendo el dueño suyo
una necedad, la aprueban
como por divino impulso.

(CARLOS *y* TURÍN.)

CARLOS. Si no habló con el Delfín
Celia, Turín, sino Inés,
¿cómo salieron las tres,
a mis ojos, del jardín?

TURÍN. Yo te diré la razón.

CARLOS. Buscarás otra mentira.

TURÍN. Que está aquí el Príncipe, mira.

PRÍNCIPE. Carlos, a buena ocasión.
Pero no vendrás por mí.

CARLOS. Como tu licencia tengo,
a ver a Rosela vengo.

PRÍNCIPE. ¿A Rosela?

CARLOS. Señor, sí.

PRÍNCIPE. Tenemos una cuestión
los tres sobre cierta enima,
pues toda París estima
tu ingenio y tu erudición.
Este libro de memoria
tiene dos versos, que han sido
de tan difícil sentido
que te darán fama y gloria
el declararle o decir
tu parecer.

CARLOS. ¿Yo, señor?

PRÍNCIPE. Pues ¿quién, en París, mejor?

CARLOS. En pretenderte servir...

PRÍNCIPE. ¿Conoces la letra?

CARLOS. Escrita
en barniz, ninguna forma
se conoce ni conforma
con lo que el papel la imita.

(Lea.)

"Pregúntasme si le quiero:
número cincuenta y uno."

PRÍNCIPE. No lo ha entendido ninguno.

CARLOS. Bien fuera saber primero
la causa de esta pregunta.

PRÍNCIPE. A una dama pregunté
si quería a un hombre, y fué
tan vergonzosa, que junta
los oráculos dudosos
que había en la antigüedad
con su necia voluntad.

CARLOS. En los casos amorosos
hay siempre motes, y enimas,
y empresas; y así es razón
estimar su discreción.

PRÍNCIPE. Dilo, pues, si tú la estimas.

CARLOS. Pregúntanle que si quiere
su galán, y dice aquí...

PRÍNCIPE. ¿Qué dice?

CARLOS. Que sí.

PRÍNCIPE. ¿Que sí?

Pues, Carlos, ¿de qué se infiere?
CARLOS. Cincuenta y uno, en guarismo,
dicen claramente "sí";
que una *ese* y una *i*
hacen el número mismo.
Pues *ese* e *i*, "sí" dirán;
y si lo dice, señor,
claro está que tiene amor
esa dama a su galán.
PRÍNCIPE. ¡Ea!, no hay más que saber.
Vamos de aquí.
CAMILO. Gran disgusto
lleva su Alteza.
PRÍNCIPE. ¿Y no es justo?
OCTAVIO. ¡Que lo pudiese entender!
PRÍNCIPE. Fué, Duque, para su daño:
Carlos ha de morir hoy.

(Vanse los tres.)

CARLOS. ¡En gran confusión estoy!
TURÍN. La culpa fué de tu engaño,
pues considerar debieras
que errabas en decir "sí".
CARLOS. No pensé que era por mí.
Pero, de tantas quimeras,
¡tú tienes culpa, Turín!
TURÍN. ¿Querrás volver a matarme?
CARLOS. Sólo puede consolarme
de haber venido al jardín
aquel libro de memoria,
que dejará eterno en mí
este soberano "sí";
porque con esta vitoria
ya no tengo que temer.
TURÍN. El Príncipe va enojado.
Sospecho que te ha causado
no poco daño el saber.
CARLOS. ¿Qué me puede resultar?
Pero el peligro responde
que hay ocasiones adonde
el saber puede dañar.

ACTO TERCERO

(Salen CARLOS *y* TURÍN.)

CARLOS. ¿Qué dices?
TURÍN. Que están aquí
dos damas que hablarte quieren.
CARLOS. Diles, Turín, que no esperen.
Demonios son para mí.
TURÍN. Pues, ¡por Dios, que se han en- [trado!
CARLOS. ¿No llamaron?
TURÍN. Señor, no.
CARLOS. ¿Y tapadas?
TURÍN. Pienso yo
que lo grave lo ha causado.
Ellas traen buen olor.
CARLOS. No verlas fuera más justo.
TURÍN. Háblalas, que para el gusto
es bravo despertador.
CARLOS. Diles que no se rebocen.
TURÍN. Graves son. Llega, si quieres;
que melones y mujeres,
por el olor se conocen.

(Salen CELIA *y* ROSELA, *con mantos, e* INÉS *detrás.)*

CELIA. ¿De cuándo acá recatado
el señor Carlos está?
TURÍN. Señoras, de cuándo allá,
que anda un poco disgustado.
ROSELA. ¿Son celos?
CARLOS. Y con razón,
señoras, debo tenellos.
CELIA. ¿Vos, celos?
CARLOS. No fuí por ellos,
que me dieron a traición.
TURÍN. Celos, y con mil desvelos;
que amor, como es accidente,
suele dar al más valiente
un cintarazo de celos.
CELIA. ¿Un hombre que es tan galán,
tiene tal desconfianza?
CARLOS. La mujer y la mudanza
en un maridaje están.
CELIA. No pensé que érades vos
de los que hablan de ellas mal.
CARLOS. ¿Yo mal, señoras? No hay tal,
que las respeto, ¡por Dios!
CELIA. ¿No es harto que un hombre di- [ga
que son mudables, aquí?
CARLOS. La que lo fué para mí,
a que lo diga me obliga.
CELIA. ¿No podría algún engaño
ser causa de esos enojos?
CARLOS. Si yo lo vi por mis ojos,
¿qué más claro desengaño?
CELIA. Como eso se suele ver,
que no es lo que se imagina.
CARLOS. Quien mira y no determina,
muy ciego debe de ser.
CELIA. ¿Qué viste, Carlos, que, en fin,
os fuerza a tal inconstancia?

CARLOS. Al mayor señor de Francia,
con mi dama en un jardín.

CELIA. ¿No podría ser que acaso
hubiesen entrado allí?

CARLOS. No fué acaso para mí,
sino muy terrible caso.

CELIA. Nunca un noble caballero
de su dama piensa mal.

CARLOS. Ni la mujer principal
olvida el amor primero.

CELIA. ¿Qué es lo que pensáis hacer,
si estáis ya desengañado?

CARLOS. Morirme desesperado;
que olvidar, no puede ser.

CELIA. Dos mujeres hay aquí
que entrambas os quieren bien.

CARLOS. Dios se lo pague, y también
me dé sufrimiento a mí.

CELIA. ¿Queréis que nos descubramos,
y diréis cuál os parece
mejor?

CARLOS. (Venganza me ofrece
amor. Celos, ¿qué aguardamos?)
Descubríos para veros;
mas para quereros, no.

CELIA. Quien de esta suerte os buscó,
Carlos, no quiso ofenderos.

ROSELA. Pues de mí, seguro estáis
de que no la acompañara,
si vuestra ofensa tratara.

TURÍN. Y vos, daifa, ¿no os quitáis
la sobrevaina?

INÉS. Aquí tienes,
Turín, tu esposa en agraz.

TURÍN. ¡Con qué desollada faz
a pescarme el alma vienes!

INÉS. Eres de mis ojos lumbre.

TURÍN. Lo de agraz estoy pensando.
¡Plegue a Dios que en madurando
no tengamos pesadumbre!

CARLOS. Conozco que fué fineza
el haber venido aquí,
y que, con verte, perdí
gran parte de mi tristeza.
¿Cuál hombre, lo que ha querido,
en su casa resistió?

CELIA. No haberte ofendido yo,
con libertad me ha traído.
Si el Príncipe me pregunta
si te quiero, y respondí
que sí, ¿qué quieres de mí?

ROSELA. Esto a los engaños junta,
Carlos, de Turín e Inés.

CARLOS. ¡Pluguiera a Dios que no hubieras
escrito, ni causa dieras
para tanto mal después!

CELIA. ¿Para qué tú declarabas
lo que ninguno entendía?

CARLOS. ¿Para qué? Yo no sabía
si era yo de quien hablabas.
Perdí, Celia, por saber,
al Príncipe, de tal modo,
que le desagrado en todo
y ya no me puede ver.
Con cuanto hago, le enfado;
ya no entro donde está,
y fuí, como sabes ya,
su valido el más privado.
Celoso estaba de mí,
pero no me aborrecía,
en tanto que no sabía
que era querido de ti.
No sé qué habemos de hacer.
¡Mal haya el saber, que ha sido
causa de haberme perdido!

ROSELA. A muchos daña el saber,
cuando es con bachillería.

CELIA. Y aunque sea con prudencia;
porque la envidia y la ciencia
tienen inmortal porfía.

ROSELA. Da el saber sin fundamento,
arrogancia y presunción.
Los sabios con discreción
humillan su entendimiento.

CARLOS. ¿De cuáles te he parecido?

ROSELA. No sé cómo responderte;
pero no quisiera verte,
por entendido, perdido.

CELIA. Oigo en la sala rumor.

CARLOS. Eso, alguna causa tiene.

TURÍN. ¡Por Dios, que dicen que viene
el Príncipe, mi señor!

CARLOS. ¿A mi aposento? ¿A qué efeto?

CELIA. ¿Hay por donde salir?

CARLOS. Sí.
Turín, ya sabes.

CELIA. Aquí
veré yo si eres discreto.

(Vanse las tres. Salen el PRÍNCIPE *y* CAMILO.)

CARLOS. ¿Vuestra Alteza en mi aposento?

PRÍNCIPE. Carlos, vengo a visitarte.

CARLOS. En mi muy humilde parte,
indigno, señor, me siento.
Pero de muchas maneras

hay visitas: de amistad,
de prisión, de enfermedad,
o precediendo primeras,
a los hombres que han tenido
oficio y cargo importante.

PRÍNCIPE. A ti, Carlos, por amante,
como tú dices, querido:
cargos que debo mirarlos.

CARLOS. ¿Yo, señor?

PRÍNCIPE. ¿Esto te admira?
Entra tú, Camilo, y mira
esos papeles de Carlos.
Hagámosle una visita,
que soy supremo jüez.

CARLOS. Podrás verlos de una vez,
si ese deseo te incita,
trayéndotelos aquí.
¡Turín!

TURÍN. ¿Señor?

CARLOS. ¿Qué hay de aquello?

TURÍN. Desapareció sin vello
más que yo, que sólo fuí
el que andaba la tramoya.

CARLOS. Entra y saca cuantas prendas
ser, Turín, de Celia entiendas.

TURÍN. Voy, señor. ¡Aquí fué Troya!

CARLOS. No dejes allá ninguna.

PRÍNCIPE. Hoy, Carlos, para conmigo,
con este blando castigo,
dió fin tu buena fortuna.
Quiero saber el estado
que con esta dama tienes.

CARLOS. Si como quien eres vienes,
ya no temo verte airado.

(Salen CRIADOS; TURÍN, *con unos papeles en una caja, y ellos, con un retrato de* CELIA *en un lienzo grande.)*

TURÍN.

Estos los trastos son de estos amores,
como quien muda casa.

PRÍNCIPE.

¡Buen retrato!
Si como la hermosura fuese el trato...
¡Gallarda es Celia!

CARLOS.

Temo, si la miras
y con tanta atención la consideras,
que es bastante a quitar mayores iras.

PRÍNCIPE.

¿Adónde nacen tan hermosas fieras?
Pero ¿qué viene aquí?

CARLOS.

Papeles vienen.

PRÍNCIPE.

¿Qué negocios tendrán?

CARLOS.

Amores tienen.

PRÍNCIPE.

¿Con cinta negra? ¡Bueno!

CARLOS.

Desde el día
que supe que tu Alteza la servía,
la puse negra y la quité la verde.

PRÍNCIPE.

¡Qué puntualmente!

CARLOS.

¿Qué se pierde?

TURÍN.

Ya, señor, que barajas los papeles,
mira si tomas de mi Inés alguno.

PRÍNCIPE.

Con tu licencia, Carlos, leamos uno.

(Lea el PRÍNCIPE.*)*

"Carlos mío: Yo estoy desatinada de verte celoso del Príncipe, tan inferior a tus partes como superior a tu nombre; yo le aborrezco galán cuanto le estimo señor. Si me respondieres, sea amores; porque, si no, él me pagará en desdenes lo que tú me dijeres de disparates."

CARLOS. No está en culto el papelillo.

PRÍNCIPE. ¡Pluguiera a Dios lo estuviera
para que no lo entendiera!

CAMILO. Que leas me maravillo.

(Lea el PRÍNCIPE.*)*

[PRÍNCIPE.]

"Esos cabellos corté para ti, porque hoy, tocándome, me parecieron bien, y luego quise fue-

se tuyo lo que me parece bien; no han sobrado al peine, como tú querías humilde; guárdalos, Carlos, que algún príncipe diera por ellos lo que yo te doy a ti por que los estimes."

¡En todo tengo de entrar!
Malilla debo de ser.
CARLOS. ¿Quieres dejar de leer?
PRÍNCIPE. Quisiera dejar de amar.
¿Dónde están estos cabellos?
CARLOS. Aquí están.
PRÍNCIPE. Que diera yo,
como Celia imaginó,
lo que ella dice por ellos.
¿Qué es eso de oro?
CARLOS. Una banda.
PRÍNCIPE. También tendrá su papel.
No más, que el amor crüel
tanto conmigo lo anda.
Por lo que en esto conciben
imaginar y envidiar,
que me hace enamorar
de papeles que a otro escriben.
Tomad aquese retrato
y llevalde a mi aposento.
CARLOS. Perdidísimo te siento.
PRÍNCIPE. Amo un corazón ingrato.
CARLOS. Me espanto de que no mandes
que con hachas le llevemos.
PRÍNCIPE. No son súbitos extremos,
sino sentimientos grandes.

(Vanse, llevando el retrato.)

TURÍN. ¡Bueno quedas!
CARLOS. Aun apenas
pienso que pasa por mí,
Turín, lo que he visto aquí,
si apenas se sienten penas.
¿Hase usado tal rigor?
TURÍN. Bravos, de celos efetos.
¡Que no haya celos discretos,
siendo tan discreto amor!
CARLOS. ¡Allá se lleva el retrato!
TURÍN. ¿Quién vió saquear los celos
al amor?
CARLOS. ¡Valedme, cielos!
TURÍN. ¡Vive Dios, que ha sido ingrato
al tiempo que le has servido!
¿No hay a apelar de este agravio?

(Sale el DUQUE OCTAVIO.*)*

CARLOS. Seas bien venido, Otavio.
OCTAVIO. No sé si soy bien venido.
Déjanos solos, Turín.
TURÍN. Aquí me voy a tomar
los polvos de estornudar.

(Vase.)

OCTAVIO. Tendrás desdichado fin.
CARLOS. La tristeza con que vienes
y el decirme que no sabes
si eres bien venido, Otavio,
me ha dado pena notable.
¿Es del Príncipe, por dicha?
OCTAVIO. Si no nos escucha nadie,
sabrás, Carlos, a qué vengo.
CARLOS. Seguro puedes hablarme,
aunque las paredes oyen,
por que los hombres se guarden.
OCTAVIO. Peor es un falso amigo
que dice lo que no sabe,
y lo que entre sí presume
publica por todas partes.
CARLOS. No serás tú de esos hombres.
OCTAVIO. Carlos, mandóme matarte
el Príncipe, con secreto,
que no quiero dilatarme
en prólogos excusados.
Conocerás, de avisarte,
cuán lejos estoy de hacello;
mas, por que no te matase,
si yo lo negaba, alguno
de mil que se persuaden
que basta, para ser justo,
que el poder lo injusto mande,
aceté el darte la muerte;
y como si te mirase
ya con la envidia que muchos,
que con tu virtud deshaces,
aprueban su injusto acuerdo;
que, a fe, que si freno hallasen
los que consultan lisonjas
y todo lo juzgan fácil,
que acertasen, Carlos, más,
y en lo más, menos errasen.
CARLOS. ¡Turbado estoy!
OCTAVIO. No te turbes,
pues tan buen amigo hallaste
para tan fuerte ocasión.
CARLOS. Ya no quiero que me abraces,
sino que me des tus pies.
OCTAVIO. Mejor es que te levantes
y, con toda brevedad,
de nuestro remedio trates;

que el mío es mayor peligro.

CARLOS. Di, Otavio, que me mataste;
que yo, en hábito seguro,
me iré a Alemania, o a Flandes,
donde no sepan de mí.

OCTAVIO. ¡Qué bien, Carlos, empleaste
tantos servicios!

CARLOS. Quisiera
de nuevo agora obligarle.
¡Que tanto pudiesen celos!

OCTAVIO. Dice que tú le engañaste,
y que, traidor, te castiga.

CARLOS. Bien puedo yo disculparme
como Adán, pues por saber,
vine a estado miserable,
dejando que Celia, Otavio,
que era justo que mostrase,
por privilegio de amor,
defenderme y engañarle.

OCTAVIO. Es menester que los dos
vamos juntos esta tarde,
en dos caballos, al campo,
sin escuderos y pajes,
por que yo pueda decir
que en él te maté, y tornarte
puedes a París de noche.

CARLOS. Ya los del Consejo salen.
Vamos a tomar caballos,
y el cielo, Otavio, te pague
esta vida que te debo;
porque yo no soy bastante,
aunque fuese esclavo tuyo.

OCTAVIO. Con saber me satisfaces,
Carlos, que te quiero bien.
Dios te libre.

CARLOS. Dios te guarde.

(Vanse. Salen el PRÍNCIPE *y* CAMILO.*)*

PRÍNCIPE. No soy amigo, Camilo,
de que en cosas de mi gusto
me digas si es justo o injusto;
que ese término y estilo
no es oficio de criado.

CAMILO. Porque te has de arrepentir,
señor, me atreví a decir
que habiéndole desterrado
asegurabas tus celos,
con menos culpa y rigor.

PRÍNCIPE. La sentencia fué de amor,
que es poderoso en los cielos.
Las más figuras que puso
la antigüedad en él fueron
los que por amor murieron:
de estas estrellas compuso
aquel manto celestial
la profunda astrología;
aquella filosofía
fué la más grave y moral.
Muera Carlos, por traidor.

CAMILO. Por saber muere, a lo menos.

PRÍNCIPE. Pues muera entre muchos buenos,
que ignorar fuera mejor.
Sea la esfinge de Tebas
hoy, Celia, para los dos.

CAMILO. ¡Lástima ha sido, por Dios!

(Sale PERSIO.*)*

PERSIO. ¡Dame albricias!

PRÍNCIPE. ¿De qué nuevas?

PERSIO. Inés aguarda en la sala.

PRÍNCIPE. Pensé que en Roan o en Blés.
Dila que entre, majadero.

PERSIO. Albricias quise primero.
Entra, Inés.

(Sale INÉS.*)*

INÉS. Dame tus pies.

PRÍNCIPE. ¿Qué milagro es éste, di?
Que me has dado qué pensar.

INÉS. Tus pies me manda besar
Celia, y te escribe.

PRÍNCIPE. ¿A mí?

INÉS. Sí.

PRÍNCIPE. ¿En qué negocio?

INÉS. El papel
es lengua de todo ausente.

PRÍNCIPE. Siempre la tengo presente.
Veré lo que dice en él.

(Lea el PRÍNCIPE.*)*

"Vuestra Alteza tiene ciertos papeles míos y un retrato. Dígame en la margen de éste a qué quiere feriármelos; que, aunque no son ganados en buena guerra, las obligaciones de mi honor me obligan a rescatarlos."

¡Camilo!

CAMILO. ¿Señor?

PRÍNCIPE. Al punto
lleve retrato y papeles
Inés.

INÉS. Con la fama vueles

de César y Aquiles junto,
por tal liberalidad.

PRÍNCIPE. ¡Ah! Persio, dárselos puede.

PERSIO. Ven, Inés.

PRÍNCIPE. ¡Por Dios, que excede
a toda temeridad,
lo intrépido, lo terrible
de esta mujer!

CAMILO. Bien pudiera
tu Alteza, a cosa que fuera
a sus desdenes posible,
feriar retrato y papeles.

PRÍNCIPE. No lo dije, porque quiero
verla, Camilo, primero;
que, como son tan crueles,
será bien, sin darle aviso.

CAMILO. El duque Otavio, señor.

PRÍNCIPE. Vete, que ya su color
muestra que no fué remiso
en obedecer mi gusto.

(Sale OCTAVIO.)

¿Qué hay, Otavio?

OCTAVIO. Ya, señor,
se ejecutó con rigor
tu gusto, justo o injusto.

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

OCTAVIO. Salimos al campo
en dos caballos, señor,
cuando ya en el mar de Atlante
los suyos bañaba el sol.
Díjele en París que había
visto en un jardín la flor
de Francia, en cierta madama,
de cuya conversación
quedé una tarde cautivo,
y que, teniendo temor
a ciertos hermanos suyos,
cuya valiente opinión
era conocida en Flandes
y en Alemania mejor,
confiaba de él mi vida,
si se ofreciese ocasión.
Díjome que llevaría,
que es la defensa mayor,
en un tahalí dos pistolas;
y, aunque entonces me pesó,
por que no entrase en sospecha,
que es profeta el corazón,
le dije que era acertado;
porque nunca defendió
la prevención de las armas
al que matan a traición.
Salió Carlos tan gallardo
y de tal disposición,
que no sé cómo no pudo
la estrella con que nació
librarle de este peligro,
pues que tanta perfección
en las letras y en las armas
liberalmente le dió.
Yace a legua de París
un bosque que fabricó
Dédalo naturaleza
para laberinto al sol:
ahí, la caza y las fieras,
la calandria y ruiseñor,
por verdes rejas le miran,
que por cielo abierto, no.
En la margen de un arroyo,
cuya verde guarnición
la primavera francesa
de lirios de oro vistió,
un castillo tiene, a quien
la puerta adorna el blasón
de mis nobles ascendientes;
y aquí llegamos los dos:
la dama que le decía,
fué un villano cazador
que, saliendo del castillo
luego que llegar nos vió,
haciendo blanco del pecho,
el polvo ardiente sembró
por el aire, y todo el plomo,
desde el pecho al corazón.
Cayó Carlos de la suerte
que, por loca presunción,
florido almendro en febrero
derriba cierzo veloz,
o como la hermosa garza,
herida del pardo halcón,
baja del aire a la tierra,
teñida en sangriento humor.
Fué a decir: "¡Traición, Otavio!",
cuando, rota la razón,
metió la muerte el cuchillo
entre la vida y la voz.
Eché el cuerpo en una acequia,
y de sepulcro y de honor
sirvieron, señor, las piedras
con que cubierto quedó.
Di al villano mil escudos,
mas con una condición:
que no parase hasta ver
tierra de puerto español.

Mas ¿qué suspensión es ésa?
Presumo, Delfín, ¡por Dios!,
que te ha pesado su muerte,
después de la ejecución.

PRÍNCIPE. El alma me has visto, Otavio.
Diera a París por no haber
muerto a Carlos. ¿Qué he de hacer?

OCTAVIO. Mozo tan gallardo y sabio,
no es mucho que te lastime.

PRÍNCIPE. ¡Oh, cómo ha sido mal hecho!
Lágrimas me pide el pecho;
ya como sombra le oprime.
¡Oh celos, fiero accidente!

(Vase.)

OCTAVIO. Aunque llorando se va,
no diré que vivo está,
por si finge o se arrepiente.
Ejecutan poderosos
su mudable condición,
y en un mismo tiempo son
vengativos y piadosos.
¿Qué piensan los ofendidos?
¿Qué intentan los agraviados,
si apenas están vengados,
cuando están arrepentidos?

(Vase. CELIA, ROSELA, INÉS *y* PERSIO, *con el cuadro del retrato.)*

PERSIO. Aguardé que anocheciese,
por no traer el retrato
en público.

CELIA. Ese recato
quiso el cielo que os debiese,
ya que tan grosera fuí
en pedírsele a su Alteza.

INÉS. Mucho de su gentileza
en esta acción conocí.
Estos, los papeles son.

CELIA. Ponlos, Inés, donde sabes.

ROSELA. Causa tienes por que alabes
el valor y discreción,
Celia, de su Alteza.

CELIA. Quedo
tan obligada, que ya
dos veces dueño será
de cuanto ofrecerle puedo.

PERSIO. Pagalde tan grande amor.

CELIA. Siempre ha sido de mí amado,
por las leyes de mi estado
y licencia de mi honor.
Esto, Persio, le diréis,
y el cielo os guarde.

PERSIO. Y a vos
os dé, hermosa Celia, Dios
lo mismo que merecéis.

(Vase.)

ROSELA. Pienso que de haber pedido
estas prendas te arrepientes.

CELIA. Por muchos inconvenientes,
forzoso, Rosela, ha sido.

(Sale RUGERO.)

RUGERO. ¿Quién, Celia, salió de aquí?

CELIA. Un pintor que me traía
ese retrato, que había
copiado, habrá un mes, sin mí,
por otro que vió pequeño.

RUGERO. Bien está.

CELIA. ¿Qué traes?

RUGERO. No sé.

CELIA. Pues no te agrada, no fué
diestro en el arte su dueño.
¿O lo causa el mal humor?

ROSELA. Es de la pintura el arte
tal, que una mínima parte
no alcanza el mayor pintor.

CELIA. Triste estás. Dime, ¿qué tienes?
¿Hante dado celos?

RUGERO. No.
Más causa me entristeció.

ROSELA. Perdido, Rugero, vienes.
¡No nos suspendas ansí!

RUGERO. No sé por dónde comience;
que, tanto el dolor me vence,
que aun no viene el alma en mí.
Pero ¡qué mucho, si ya
Carlos la llevó consigo!
¡Carlos, mi mayor amigo!
¡Carlos, que sin ella está!
¡Carlos, que era el mismo ser
del ser por quien era yo!

CELIA. ¿Carlos dices que murió?

RUGERO. No, que yo debo de ser.
Entré a buscarle, y estaban
sus criados dando voces:
ya tú las partes conoces
por donde a Carlos amaban.
Preguntéles la ocasión,
y su muerte me dijeron,
si bien en contarla fueron
de diferente opinión.

Pero lo cierto, que el mal
siempre es cierto, es que le han
traidores. [muerto

ROSELA. Será muy cierto,
pues era Carlos leal.
Pero ¿el Príncipe no manda
que se haga información?

RUGERO. Cuando es grave la ocasión,
la justicia a escuras anda.

ROSELA. Parte, hermano, ¡por tu vida!,
e infórmate bien del caso.

RUGERO. Voy, con tan helado paso,
que llevo el alma rendida.

(Vase.)

ROSELA. Habla, que Rugero es ido.
Vuelve en ti.

CELIA. Ya no podré;
y si vivo, no tendré
alma, vida ni sentido.
Pero, quién fué culpa, muera.
¡No es razón que viva más,
muerto Carlos!

ROSELA. ¿Dónde vas?

CELIA. ¡Voy a despeñarme!

(Al irse CELIA *salga* CARLOS *y le ponga la mano en el pecho.)*

CARLOS. Espera.

CELIA. ¡Jesús! ¿Es Carlos?

CARLOS. Yo soy.

CELIA. ¿No eres muerto?

ROSELA. ¿Es Carlos?

CELIA. Sí.

CARLOS. Pudiera serlo, por ti.
—No sé si seguro estoy.—

CELIA. Bien puedes. Habla.

CARLOS. Si Otavio
no fuera a quien le mandó
el Príncipe, de quien yo
supe tan injusto agravio.
El consejo, al fin, más sabio
fué que al Príncipe dijese,
luego que a verle volviese,
que en el campo me mató
con una bala, y que yo
de toda Francia me fuese.
Sin verte y ver a Rugero,
no quise. Dame tus brazos
con los últimos abrazos.

CELIA. ¿Qué dices?

CARLOS. Partirme quiero
donde no sepan que muero,
porque con menos violencia
se vengue de mi inocencia;
y tú no te ofendas de él,
que mal se guardó fiel
quien vive en eterna ausencia.
Es tan breve mi partida
como el peligro responde;
ni puedo decirte dónde,
que le va a Otavio la vida.
Quien queda, todo lo olvida,
de que más pena recibo,
de ver que me quedé vivo;
mas no vivo, muerto estoy,
pues para partirme estoy,
puesto ya el pie en el estribo.
No hay morir como partir
sin saber dónde parar,
pues ya no hay tierra ni mar
adonde pueda vivir.
Yo voy, en fin, a morir
con la pena de no verte,
con el dolor de perderte,
con la fe de no olvidarte,
y de celoso en dejarte
con las ansias de la muerte.
Si pudieras escribirme,
o yo escribirte pudiera,
vida de mi muerte fuera
el saber que estabas firme;
mas ni tú puedes decirme,
no sabiendo dónde vivo:
"Carlos, tus cartas recibo",
para volverme a escribir,
ni yo te puedo decir:
"Señora, aquesta te escribo"...
Tan mal a partirme acierto,
que piensa mi loco amor
que hubiera sido mejor
que Otavio me hubiera muerto.
No fué remedio el concierto,
si a la muerte me apercibo;
pues, en mal tan excesivo,
seguro puedo decir
que allá no podré vivir,
pues partir no puedo vivo.
Si tuviera confianza
de verte algún tiempo, creo
que entretuviera el deseo
la más pequeña esperanza;
mas fué para su venganza
un poderoso tan fuerte,
que me ha de llevar mi suerte

donde no sepas de mí,
ni yo, señora, de ti,
cuanto más volver a verte.

CELIA. Carlos, tú vive; que alcanza
tantas cosas el vivir,
que solamente el morir
es el fin de la esperanza.
Terrible fué la venganza
que toma el Príncipe así,
pues tú me matas a mí.
¡Quién presumiera que fuera
tal mi fortuna que hiciera
veneno, Carlos, de ti!
Dudar que he de ser quien soy
es cruel ingratitud.
De proseguir mi virtud,
Carlos, palabra te doy.
Para el peligro en que estoy,
vana fué mi diligencia.
No puedo hacer resistencia;
pero puedo asegurarte
que sabrá, Carlos, amarte,
mujer y firme en ausencia.
Mil veces solicité
de mi pecho asegurarte,
ya que prendas puedo darte,
si mi verdad no lo fué.
La misma fuí que seré,
o no seré; que el perderte
ya son principios de muerte,
con que no habrás menester
ni de mi vida saber,
ni yo de volver a verte.
Supremo ha sido el poder
que a los dos nos apartó,
porque no pudiera yo
otro ninguno temer;
mas no ha de poder hacer
que nuestras almas divida
tiempo, que todo lo olvida;
que aun morir será de suerte
que tú vivas con mi muerte
y yo muera con tu vida.

CARLOS. Dadme los brazos, y adiós.
¡Ea, Rosela!, ¿no llegas?

ROSELA. El alma y brazos son tuyos.

CARLOS. ¿Qué aguardas, hermosa Celia?

(Al abrazarse, entre INÉS.)

INÉS. ¡Ay, señora! De un caballo
agora el Delfín se apea,
que, con Camilo a las ancas,
llegó furioso a la puerta;
y, preguntando por ti,
sube sin pedir licencia.

CELIA. Métete, Carlos, detrás
de ese retrato. ¿Qué esperas?

CARLOS. En fe de imagen que es tuya,
le tomo por mi defensa.

(Salen el PRÍNCIPE *y* CAMILO.)

PRÍNCIPE. ¿Tanto alboroto por mí?
¿Soy áspid en verde hierba? [bra?
¿Soy dragón? ¿Soy alma en som-
¿Soy, por dicha, hermosa Celia,
como Roma le tenía,
anfiteatro de fieras?
¿No soy hombre? ¿A quién jamás
hice yo agravio ni fuerza?
A feriar vengo, señora,
este retrato y las prendas
que vos misma me pediste;
esto no ha sido violencia.
No os turbéis, pues no es razón,
sino hagamos estas ferias
para que yo aquesta noche
con más esperanza vuelva
de la que hasta agora tuve,
si fué justo que merezca
perdón quien de toda Francia
tiene la llave maestra.
Cortés llego a vuestra casa;
el rey no pide licencia,
que es privilegio del sol
que pueda entrar donde quiera.
Muy poco favor me hacéis.

CELIA. Confieso que fué imprudencia,
invictísimo señor,
alterarme, pues pudiera
confiarme, cuando os vi,
la naturaleza vuestra,
que entre deidad y ser hombre
compone humildad y alteza.
Mil veces honréis la hechura
que ser tan vuestra profesa.
Mirad, pues, cómo han de ser
las ferias para que de ellas
quede aquesta casa honrada;
que, como sabéis, hereda
Rugero a Aurelio, mi padre,
cuya espada, en tantas guerras
del vuestro bañada en sangre,
del tahalí bordado cuelga
entre enemigos despojos

que en su recámara enseñan,
aunque de armas, librería.
Lo que hacer Rugero deba
cuando se os ofrezca a vos,
que por vos la sangre vierta.

PRÍNCIPE. Yo, Celia, en ferias de amor
quiero que las mías sean
pagarme el que os he tenido.

CELIA. Soy contenta; ya están hechas.

PRÍNCIPE. Esto es cuanto a papeles.
Cuanto a cabellos y prendas
como bandas y otras cosas,
quiero que me deis licencia
para veniros a ver.

CELIA. Pues ¿quién, señor, os lo niega?

PRÍNCIPE. Bésoos mil veces las manos.

CAMILO. ¡Bien las ferias se conciertan!

ROSELA. ¿Qué pedirá, que le niegue?

PRÍNCIPE. Restan solamente, Celia,
las ferias de este retrato.

CELIA. ¿Y qué quiere vuestra Alteza?

PRÍNCIPE. Esas manos, con los brazos,
para que más firmes sean
estas nuevas amistades.

CELIA. Eso no es justo que tenga
efeto, pues yo no pude
obligar mi honor por fuerza,
que es siempre menor de edad.
Vuestra Alteza se divierta
de este pensamiento agora,
y fuera de él, mire y vea
lo que de mi casa quiere.

PRÍNCIPE. ¿Querré yo alguna cadena,
alguna joya o sortija?
Ahora bien, ¿estáis resuelta,
madama, a tratarme ansí?

CELIA. Si cosa posible fuera,
¿quién la pudiera negar?

PRÍNCIPE. ¿Luego de esa suerte queda
este retrato por mío?

CELIA. Como vuestra Alteza quiera,
se le llevarán mañana.

PRÍNCIPE. No quiero yo cosa vuestra,
pues la voluntad no es mía;
y por que nadie le tenga,
con rabia de despreciado
le he de hacer pedazos.

(Al darle, salga CARLOS.)

CARLOS. Tenga,
señor, tu Alteza las manos.

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

CARLOS. Quien para defensa
de su vida halló esta imagen.

PRÍNCIPE. ¡Jesús! ¿Eres Carlos?

CARLOS. Era
Carlos, cuando Dios quería.

PRÍNCIPE. ¿Hay tal maldad e insolencia?
¿Que no eres muerto?

CARLOS. Guardéme
para tu mano; que fuera
deshonor de mis pasados
el morir por mano ajena
y con fama de traidor.

CAMILO. Rugero y Otavio llegan.

PRÍNCIPE. Allí te retira, Carlos.

(Salen RUGERO, OCTAVIO *y* TURÍN.)

RUGERO. ¡Señor! ¿Aquí vuestra Alteza?
¡Tantas honras en mi casa!

PRÍNCIPE. Basta, Rugero, ser vuestra.

TURÍN. Señor, ya que os hallo aquí,
aunque de hallaros me pesa,
hacer que Otavio me diga
en qué parte muerto queda
Carlos, mi amado señor,
que dicen que en una selva
le mataron salteadores,
y aun no faltan malas lenguas
que dicen que está culpado,
si fueron celos de Celia.

PRÍNCIPE. Duque.

OCTAVIO. Señor.

PRÍNCIPE. ¿Qué hay de Carlos?
Dadnos de su vida cuenta.
¿Fuisteis con él?

OCTAVIO. Yo fuí,
y de un castillo a la puerta
que estaba en medio de un bosque,
con espantosa respuesta
le tiraron una bala.

PRÍNCIPE. Como tienen dependencia
los reyes de Dios, también
mentirles es grave ofensa.
Salid, Carlos.

CARLOS. Aquí estoy.

TURÍN. ¡San Blas! Que te atiente deja.
El es. ¿Qué lo estoy dudando?

PRÍNCIPE. Otavio, que Carlos quiera
vivir, es cosa forzosa
y naturaleza nuestra;
mas que yo matarle os mande,
y vos, con desobediencia,
le dejéis vivo, no tiene
disculpa.

OCTAVIO. Escuche tu Alteza:

cuando le dije su muerte,
¿no le pesó, y no quisiera
que fuera vivo?

PRÍNCIPE. Es verdad.

OCTAVIO. ¿No lloró?

PRÍNCIPE. Lloré de pena.

OCTAVIO. Pues como yo lo sabía,
y que en viendo que lo era
se había de arrepentir,
que era acción de su grandeza,
quise hacerle este servicio
para que me le agradezca
vuestra Alteza y toda Francia.

PRÍNCIPE. Que yo perdón os conceda
es justo, por tal disculpa;
mas cortalle la cabeza
a Carlos será forzoso,
por tantas desobediencias;
que aunque no sean traiciones,
hay muchas que lo parezcan.
Llévenle preso, y su alcaide
no quiero que Otavio sea,
porque buscará invención
para que Carlos no muera.

CELIA. Señor, si el matar a Carlos
es por interés de Celia,
dalde la vida por mí,
y acabaremos las ferias;
porque yo le estimo tanto
que seré como Lucrecia,
entrando con mi virtud
la venganza en competencia.
Alma de vida inmortal
es el honor que se venga;
veisme aquí sin voluntad,
ejecutad vuestra fuerza.

CARLOS. Eso no; yo he de morir
antes que sufrir tu afrenta.

CELIA. Yo quiero tu vida, Carlos.

CARLOS. ¿Qué importa que tú la quieras?

CELIA. Esto ha de ser.

CARLOS. No ha de ser.

PRÍNCIPE. Tan amorosa pendencia
un tercero ha menester.
Rugero.

RUGERO. Señor.

PRÍNCIPE. A Celia
demos a Carlos.

RUGERO. Palabra
digna de vuestra grandeza.

PRÍNCIPE. Otavio, por tanto gusto
como las fingidas nuevas
de Carlos quedando vivo,
le dé la mano a Rosela.

TURÍN. ¿Y para Turín, no hay nada?
¿No sobra una de aquellas
que pescan los holandeses?
La mano, salada o fresca,
toca, Inés.

CARLOS. ¡Viva el Delfín
de Francia!

PRÍNCIPE. Aquí dió el poeta,
senado, en vuestro servicio,
fin al ejemplo, en que prueba
que *el saber puede dañar,*
aunque imposible parezca.

SANTIAGO EL VERDE

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

BALTASAR ELISIO DE MEDINILLA

Ganó tanta fama Persio, no habiendo escrito más que aquel pequeño libro de sus sátiras, por opinión de Marcial y Quintiliano, que a muchos les ha parecido que la hallarían mejor por aquel camino que por el de otras empresas, diciendo bien, difíciles. Mas no es pequeño engaño creer que igualan la antigüedad, que apenas imitan, con libertades bárbaras, y siendo más lo que hablan que lo que escriben. Eurípides decía que si el hablar continuamente era prudencia, que mayor la tenían las golondrinas que los hombres: juicio cruel de algunos, y con extremo en los versificadores de estos años, cuyas plumas parecen a las de los virotes, que ellas no hieren, pero acompañan a las malas intenciones, y dan velocidad al hierro; y no lo es pequeño discurrir en esta materia quien desea huir del odio; pero como ni por bien ni por mal se adquiere más ventura con este género de impertinentes, que Liñán llamaba los *Impecables,* tal vez se deja llevar la queja de la ocasión, y a puros ruegos de la templanza se defiende la ofensa de la ira; pensión grande de los doctos, como V. m., que también ha empleado su virtuosa vida, desde sus tiernos años. Pero aunque lo sea, le deben consolar aquellas palabras de Aristóteles en el libro de buena Fortuna, que *nihil est melius intellectu, &, scientia præter Deum.* Toda diferencia de facultades abrió puerta a la invidia; el teólogo, el jurista, el filósofo y los demás padecen sus contrarios; pero no con la destemplanza que los poetas; debe de ser la causa que se les opone con antojos de mayor ignorancia la calumnia, porque desta facultad hay pocos que tengan las partes que se requieren, y en juntando consonantes, no sufren igualdad con el sol ni tienen por soberbia ser Icaros de sus rayos. Los que tienen natural, no tienen arte; los que tienen arte, no tienen natural, y si alguno entrambas cosas, o no las ejercita, o le parece que es mejor gastar el tiempo en alabarse a sí mismo que en escribir para que sepan lo que sabe. Había en Alemania un catedrático maldiciente de todo, que se llamaba Lázaro, y como jamás imprimía y siempre murmuraba, pusiéronle a la puerta de su escuela, de letras grandes: "*Lazare, veniforas*"; porque hasta dar a luz lo que se sabe no es justo desestimar lo que saben los otros. Que el poeta tenga infusión celestial necesariamente, no lo enseñó poco Cicerón, trayendo por testigos a Platón y a Demócrito: *Sæpe audiui Poetam bonum neminem sine inflamatiene animorum existere posse, &, sine quodum afflatu quasi furoris.* Hacer violencia a la naturaleza es tiranía del apetito, codicia de la fama y vanagloria del gusto. Baja comparación se ofrece, pero altamente significativa: aquel árbol ensebado que se pone en las fiestas es único ejemplo: trepan por él al tafetán algunos que desde la punta les enseña el aire, y con unos como grillos en los pies suben, sudan, resbalan, caen, cuál al principio, cuál a la mitad y cuál cerca del fin. Déstos, los primeros causan risa, los segundos, esperanza, y los terceros, admiración. Estados evidentes de la poesía, y que ya V. m. en su entendimiento habrá repartido entre los que conoce. Este premio, este palio alcanzó V. m. soberanamente, escribiendo aquel libro *Verè aureus, diserte, &, graphicè,* de la limpia Concepción de la Virgen, no resbalando por la materia deleznable que cubre a los importunos el pirámide de la fama, sino volando como águila caudalosa, y haciendo círculos generosos a su extremo. En tanto amor, en tanta amistad, no hay sospecha de lisonjas, ni lo que todos saben necesita de crédito. Mis comedias andaban tan perdidas, que me ha sido forzoso recibirlas como padre y vestirlas de nuevo, si bien fuera mejor volverlas a escribir que remediarlas. De las que lleva esta décimatercia parte cabe a V. m. la que se llama *Santiago el Verde,* imitando la estación que hace Madrid el primero día de mayo al Soto, donde el padre Manzanares, adornado de tantos coches, no envidia las altas ruedas del Tajo, las naves del Guadalquivir ni los naranjos de Guadalaviar. V. m. la reciba y lea, si no la vió representar, y se acuerde siempre que tiene en mí un verdadero amigo y Padre, que, como el cazador al pájaro, está mirando la destreza con que hace presa en el laurel que merecen tan pocos y pretenden tantos.

Capellán de V. m.,

Lope de Vega Carpio.

FIGURAS DE LA COMEDIA:

Celia.	Don Rodrigo.	Fabio.
Lisardo.	Teodora.	Liseo.
Don García.	Inés.	Los Músicos.
Pedro.	Lucindo.	Dos Caballeros.

Representóla Riquelme.

ACTO PRIMERO

(Salen Teodora *y* Celia, *con mantos.)*

Celia. Entre los bienes que tiene
la amistad, Teodora amiga,
es que el bien o el mal se diga,
que a ser más o menos viene.
El bien contado recibe
aumento, y el mal consuelo;
que por este don del cielo
se conserva cuanto vive.
¿Qué tienes, que tal tristeza
no ha sido sin ocasión?

Teodora. Es, Celia, la condición
de nuestra naturaleza
entristecernos sin causa,
o tan secreta la ofrece,
que el alma que la padece
no sabe de qué se causa.

Celia. Teodora, no es posible
que la tuya no la tenga,
si no es que procede y venga
de algún deseo imposible
que te obligue a no pensar
que de esa causa te viene.

Teodora. Quien niega el amor (1) que tiene,
Celia, no debe de amar.
Yo te amo, y pruebo ansí
que es en ti mi amor perfeto,
pues te descubro un secreto
que el alma me encubre (2) a mí;
y si al principio negué
la causa dél, no te asombre,
que por no saber el nombre
decírtelo dilaté.
No sé qué nombre le dar,
si es amor (3) o si es deseo,
si es curiosidad; que creo
que suele haberla en mirar.

Celia. Deseo debe de ser,
y, siendo el nombre mejor,
bien puedes llamarle amor,
y podréte yo entender.

Teodora. No es amor, aunque podría.

Celia. Confiesa, no seas pesada;
ni hay amistad recatada,
ni hay amor donde hay porfía.

Teodora. Los principios de una cosa,
¿son la misma cosa?

Celia. Sí.

Teodora. Pues principios hay en mí
de una pasión amorosa.

Celia. Quien en la entrada estuviese
de Madrid, ¿no estaba en él?

Teodora. Sí, mas no tan dentro dél
que en queriendo no saliese.
Ansí, en principios de amor,
aunque estoy, puedo salir.

Celia. La causa quisiera oír
para juzgarlo mejor.

Teodora. Posan de mi casa enfrente,
¡ay, Celia!, dos caballeros
de Granada, y los primeros
que he mirado atentamente.
El principal de los dos,
o me engaña alguna estrella
es una figura (4) bella,
digna del pincel de Dios.

Celia. Y esa manera de hablar,
¿no es amor?

Teodora. Debe de ser;
mas no hay señal de querer
tan cierta como negar.
Este desde mi ventana,
aunque escondida, estoy viendo,
hermosa (5) Celia, en abriendo

(1) En el autógrafo decía "dolor". Fué corregido por Lope.
(2) En el impreso, "niegue" por "niega".
(3) En el autógrafo, "cuidado".
(4) En el impreso, "pintura".
(5) En el autógrafo, "amiga".

las suyas por la mañana.
Allí le veo (6) vestir,
tan curiosa y limpiamente,
que aunque decírtelo intente
no te lo sabré decir.
También le veo comer,
hablar y andar (7) con amigos.

CELIA. Pocas cosas sin testigos
aquí se pueden hacer
respecto de las ventanas
y del curioso mirar.

TEODORA. Comenzáronme a engañar
ciertas esperanzas vanas
de hablar con él algún día,
y con aquesta ocasión,
abría de mi balcón
mil veces las celosías.
Mas no por hacer rüido
ni por toser levantó
jamás el rostro, ni yo
pude penetrar su oído.

CELIA. ¿Si es sordo el tal caballero?

TEODORA. Es tan bizarro (8) y galán
un pisador alazán
en que sale, que les quiero
echar (9) la culpa a los pies.

CELIA. En fin, ¿él no te ha mirado?

TEODORA. Mi estrella lo habrá causado,
y este caballo después.

CELIA. Si tiene estrella en la frente,
no es mucho (10).

TEODORA. Vengo a pesar
que es de bestias estorbar.

CELIA. Que vivas, Teodora, enfrente,
y que un mozo tan galán
no haya mirado al balcón;
él tiene la condición
de su caballo alazán.

TEODORA. ¿Cómo?

CELIA. Que siempre camina
boca abajo; pues si alzara
el rostro, cosa es muy clara
que te viera.

TEODORA. No imagina
cuando sale más que en sí,
en acomodarse bien
en la fila en que le ven
cuantos pasan por allí;
en componerse el sombrero,
el cuello (11) y barba.

CELIA. Tú amas
una imagen.

TEODORA. Bien le llamas,
imagen, un mármol quiero;
mas no para el daño aquí.

CELIA. ¿Cómo?

TEODORA. Que vi entrar un día
ciertas damas, Celia mía.

CELIA. ¿A ver ese hidalgo?

TEODORA. Sí.
Cubrióme un sudor mortal,
fuéme faltando el aliento,
y dije a mi pensamiento:
sin duda, es amor mi mal.
Lo que a solas ha pasado,
mejor es que tú lo sientas
que decírtelo.

CELIA. Tú intentas
un amor desatinado;
que al fin no puedes culpar
quien no sabe que le quieres.

TEODORA. Celia, aquellas dos mujeres
me hicieron enamorar.

CELIA. Nacerían tus desvelos
de aquellos celos también;
que nunca amor corta bien
si no se da un filo en celos.
Mas si codicias, Teodora,
ese caballero, yo
haré que te hable.

TEODORA. Eso no,
que algo mi opinión desdora.

CELIA. ¿Y siendo con mi opinión?

TEODORA. Eso mi gloria sería.

CELIA. Dime el nombre.

TEODORA. Don García.

CELIA. Ya he pensado la invención.
Aguarda aquí, que a escribir
voy un papel.

TEODORA. ¿A quién?

CELIA. Calla.

(Váyase CELIA, *y sale* LISARDO.)

LISARDO. Duro campo de batalla
es este amar y sufrir.
Alejandro no probó
la conquista de un desdén,
y por eso dicen bien

(6) En el autógrafo, "miro".
(7) En ídem, "jugar y hablar".
(8) En ídem, "brioso".
(9) En ídem, "poner".
(10) En ídem, "bien dices".
(11) En el autógrafo, "cabello".

que todo el mundo venció.
Pequeño mundo se llama
el hombre; así la mujer;
luego es el mundo vencer
la condición de quien ama (12).

TEODORA. Este es Lisardo, el hermano
de Celia, y mi aborrecido
galán.

LISARDO. ¿Teodora ha venido?
No se lamentaba en vano
éste, mi cobarde amor,
de Teodora, pues tenía
tan cerca la causa. El día
que vos nos hacéis favor,
Teodora, un jardín volvéis
toda esta casa, un Hibleo
huerto (13), donde a mi deseo
tantas flores ofrecéis.
Ya el alma me lo decía,
que por la casa os buscaba.

TEODORA. Y yo a Celia preguntaba
por vos, con menos porfía (14);
que sin jardines y flores
mucho deseo serviros.

LISARDO. No me dicen mis suspiros
que os debo (15) tantos favores;
que puesto que el alma en sí
como centellas los mueve,
dando en un pecho de nieve
vuelven helados a mí.
Este favor que me hacéis,
a mi hermana lo atribuyo,
y pues el favor es suyo,
el premio le pediréis;
que yo no tengo que daros
más almas de la que os di.

(Salen CELIA *y* INÉS.)

CELIA. Bien sabes.

INÉS. Señora, sí;
y que unos nuevos reparos
en las ventanas han hecho,
fuera de que enfrente son
de Teodora.

CELIA. Su balcón.
mira.

INÉS. Que he visto sospecho
ese hidalgo de Granada
que obliga su bizarría.

CELIA. El se llama don García.

INÉS. Ya estoy (16) de todo avisada.

CELIA. Toma el manto, y vete luego,
que está aquí mi hermano.

INÉS. Adiós.

(Váyase INÉS.)

CELIA. ¿Qué estáis hablando los dos?

LISARDO. Que favorezca le ruego
a Teodora mis deseos;
mas no los admite bien.

CELIA. ¿Querrá su injusto desdén
llevar de tu amor trofeos,
sin ver que estoy de por medio,
que he de sentir su rigor?

TEODORA. Celia, no es mal el de amor
que tiene cerca el remedio
si el estado de la dama
no tiene disposición.

LISARDO. Si mis pensamientos son
defensores de tu fama,
¿qué dilación puede haber?
A Celia trato casar,
a quien debes imitar
queriendo ser mi mujer.
Haremos dos casamientos
de dos tan grandes amigas.

TEODORA. Mucho estimo que me digas
tus honrados pensamientos.
¿Con quién a mi Celia casas?

LISARDO. Con un caballero noble
de Toledo.

TEODORA. Estimo al doble
si tan adelante pasas,
en vivir sin Celia aquí,
que a mí me quieras honrar
poniéndome en su lugar.
Oye aparte.

CELIA. Ya escribí
un papel a don García.

TEODORA. ¿Papel?

CELIA. Sí.

TEODORA. Pues ¿para qué?

CELIA. Luego el modo te diré.

TEODORA. ¿De qué parte?

CELIA. De la mía.
Vete hacia el jardín, que yo
echaré de aquí a mi hermano
y hablaremos.

TEODORA. El tirano

---

(12) En el autógrafo, "de una dama".
(13) En ídem, "campo".
(14) En ídem, "poesía"
(15) En ídem, "crea".
(16) En el autógrafo, "voy".

amor que nunca te dió,
Celia, pesadumbre alguna,
te enseñó lo que has de hacer.

(Vase TEODORA.*)*

CELIA. Hoy le tengo de poner
a los pies de la fortuna.

LISARDO. ¡Ay, Celia mía! ¿Qué dice
Teodora?

CELIA. Aparte me habló,
como viste, y me contó
que lo que más contradice
a darte gusto es pensar
que te burlas.

LISARDO. ¿Yo, muriendo
por ella?

CELIA. Que así lo entiendo
le dije.

LISARDO. Vuélvele a hablar.
Dile, hermana, cuánto ofende (17)
al cielo en hacer agravio
a su hermosura.

CELIA. El más sabio
amando menos se entiende.
Tu intento pase adelante (18).
Vete agora a pasear,
que despacio quiero hablar
a Teodora.

LISARDO. No te espante,
Celia, mi ignorancia amando,
porque no hay aborrecido
discreto.

CELIA. Hoy serás querido
amando (19) y importunando;
que el rogar y importunar
ablandar las piedras puede.

LISARDO. Como esta piedra lo quede,
mañana envío a avisar (20)
tu desposado a Toledo;
que si ha de llevarte allá,
Teodora me quedará,
con quien consolarme puedo.

CELIA. Yo no he visto a don Rodrigo;
pero te aseguro aquí
que no habrá consuelo en mí
para no vivir contigo.

LISARDO. Tú le verás que es gallardo
y que por fama te adora.

CELIA. A avisar voy (21) a Teodora.

LISARDO. Adiós, Celia.

CELIA. Adiós, Lisardo.

(Vanse, y salen DON GARCÍA *y* LUCINDO, *caballeros.)*

GARCÍA. ¡Bravas vitorias de amor
alcanzo en este lugar!

LUCINDO. Por lo que cuesta el favor,
de Pirro te he de contar
una sentencia, un primor.

GARCÍA. ¿Quién fué Pirro?

LUCINDO. Un fuerte griego
que a los romanos venció
dos veces a sangre y fuego;
mas tanta sangre perdió,
que dijo: "A los dioses ruego
no me den otra victoria,
pues, venciendo, vendré a ser
vencido."

GARCÍA. Pues con mi historia,
¿qué tiene Pirro que ver
ni la romana memoria?

LISARDO. ¿Vences damas?

GARCÍA. Cuantas quiero.

LUCINDO. Si cuesta tanto dinero,
tú vienes a ser vencido.

GARCÍA. En la sentencia he caído,
y ser el vencido espero.
¡Qué lindamente lo pescan
en Madrid!

LUCINDO. Diestras están
las que en este oficio dan.

GARCÍA. ¡Cuántas edades refrescan,
cuántas acabando van!
Pero pagarte la historia
con una fábula quiero,
digna de mayor memoria.

LUCINDO. Si es destas ninfas, ya espero.

GARCÍA. Y escrita en su honor y gloria.
Entróse en una despensa,
por un agujero estrecho,
una zorra: agora piensa
cuál puso barriga y pecho
de aquella abundancia inmensa.
Probó a salir; no cabía,
porque el haber engordado,
la puerta le defendía;
lloraba el placer pasado,
y el mal futuro temía.
A las que a verla vinieron

(17) En el autógrafo, "y dile cuánto le ofende".
(18) En ídem, "que el hombre más ignorante".
(19) En ídem, "rogando".
(20) En ídem, "llamar".

(21) En el autógrafo, "Yo voy a hablar".

consejo entonces pidió,
y dicen que la dijeron:
"Quien por estar flaca entró
adonde lugar la hicieron,
y ya, de gorda, no cabe,
vuelva a ayunar, y saldrá."
¿Vesla más hinchada y grave?
Pues ocasión llegará
en que este fausto se acabe.
Que aunque ahora coma y tome,
tiempo vendrá que la dome,
y amistad que la aconseje
que, si quiere salir, deje
lo que en la despensa come.

LUCINDO. Esa fábula viniera
a ún rico por malos medios
harto mejor, cuando espera,
en los últimos remedios,
enflaquecer, si él pudiera.
Con esto y con tarde oír
consejos, viene a morir
gordo en la ajena despensa;
porque tan tarde lo piensa,
que es imposible salir.

GARCÍA. Yo, en efeto, hasta volver
a Granada, he de gastar,
que no lo puedo excusar.

LUCINDO. La salud debes temer,
quiero decir, estimar;
y estimar también la hacienda.

GARCÍA. No doy con tal destemplanza
que ser pródigo me ofenda;
que tengo desconfianza,
y voy tirando la rienda.
No sus embelecos vanos
serán, en esta ocasión,
de mis dineros tiranos.

LUCINDO. Símbolo dicen que son,
de las mujeres, las manos.
Que quien las quiere tener
buenas y adobarlas trata,
como lo deje de hacer
dos días, la mano ingrata
se vuelve a echar a perder.
Tal es el humor extraño
destas damas a quien fías
tu hacienda con tal engaño
que no dándolas dos días,
pierdes el gasto de un año.

(Sale PEDRO, *criado, y después* INÉS.*)*

PEDRO. Espere vuesa merced,
y daréle este recado.

GARCÍA. ¿Qué es, Pedro?

PEDRO. Pienso que ha dado
algún pájaro en la red;
porque aquí, cierta fregona,
entre dueña y andadera,
con un papel, desde afuera,
pregunta por tu persona.

GARCÍA. ¡Bestia!, di que entre.

PEDRO. Ya voy (22).

INÉS. ¿Y dónde está don García?

PEDRO. ¿No le veis, guillota mía?

INÉS. ¿Sois vos, mi señor?

GARCÍA. Yo soy (23).

INÉS. A vos viene este papel.

GARCÍA. ¿De quién, reina?

INÉS. El lo dirá;
que pienso que hablar sabrá.

LUCINDO. Más que hay embeleco en él.

(Dale INÉS *un papel a* DON GARCÍA, *y léele.)*

GARCÍA.

(Carta.) "No pensaba (24) yo que los caballeros honrados, y forasteros, hablaban tan atrevidamente de las doncellas principales y vecinas suyas; la señora Teodora, que vive en frente de V. m., es doncella hijadalgo, tiene veinte mil ducados de dote; viviendo tan virtuosamente, no sé yo cómo V. m. la halla tantas faltas; enmiende las de la lengua, que podría ser que volviese a Granada con menos de la que trajo, y más bien enseñado, de la corte."

PEDRO. Guarda la cara.

GARCÍA. ¿Qué es esto?

LUCINDO. ¿Quién es aquesta Teodora?

GARCÍA. Quien oyo nombrar agora.

LUCINDO. ¡Por Dios! Confusión me ha puesto.

GARCÍA. Mas, sin duda que venís
errada, señora mía.

INÉS. ¿No os llamáis vos don García?

GARCÍA. Sí.

INÉS. Pues bien: ¿por qué fingís
no conocer a Teodora?

GARCÍA. ¿Quién este papel os dió?

INÉS. Cierta señora a quien yo
sirvo.

GARCÍA. ¿Y podré a esa señora

---

(22) En el autógrafo, "Ya entró".
(23) En ídem, "Soy yo".
(24) En ídem, "No pensé".

dar satisfación de mí?
INÉS. Es muy principal mujer;
pero bien podría ser
que la habléis.
GARCÍA. ¿Allá, o aquí?
INÉS. ¿Aquí? ¡Qué gracioso cuento!
Allá, y con mucho temor.
GARCÍA. Dad la traza.
INÉS. La mejor
es seguirme.
GARCÍA. Soy contento.
Este mozo irá con vos (25),
que él nos dirá vuestra casa.
INÉS. Venga.
PEDRO. Voy.

(Vanse INÉS *y* PEDRO.)

GARCÍA. De lo que pasa,
¿qué dices?
LUCINDO. Mira, por Dios,
que a gran peligro te pones.
Que como en este lugar
se usa tanto el murmurar,
y con tan malas razones,
esta señora doncella,
mal informada de ti,
podría tener allí
alguien que vuelva por ella.
GARCÍA. Lucindo: si a su balcón
he alzado el rostro, yo quiero
que me maten; y así, espero,
dándola satisfación,
darle también a entender
que he traído de Granada
una lengua muy honrada
para honrar cualquier mujer.
No soy yo de los mancebos
ociosos que andan aquí.
LUCINDO. Pienso que es mejor ansí,
si no son enredos nuevos
de alguna de aquestas damas;
pues dando satisfación
quedarás con opinión
de tratar bien de sus famas.
Porque, si no, vendrá a ser
que, de noche, alguna gente
vengar este agravio intente.
GARCÍA. ¿Cómo la podremos ver?
LUCINDO. Fingiendo alguna invención.
GARCÍA. ¡Vive Dios, que estoy corrido
que mujer haya tenido
de mí tan mala opinión!
Vamos, que será forzoso
dar satisfación igual;
porque sólo el decir mal
puede sufrirse a un celoso.
De mi lengua está ofendida,
y yo, no sólo lo estoy,
mas, por la fe de quien soy,
que no la he visto en mi vida.

(Vanse, y salen CELIA *y* INÉS.)

CELIA. ¿Que es tan galán don García?
INÉS. Señora, yo te prometo
que justamente Teodora
puso en él su pensamiento.
CELIA. Cuidadosa la escuchaba;
que siempre pone deseo
de la vista la hermosura (26).
INÉS. El es un hombre bien hecho,
de buen rostro y gentil aire,
linda proporción de cuerpo;
habla con cierta blandura,
que como dulce instrumento
lisonjea los oídos.
CELIA. Qué, ¿te pareció discreto?
INÉS. Pocas palabras le oí;
pero muestra entendimiento.
Reposado y substancial;
no como muchos que veo,
preciados de su romance,
que son todos sus conceptos
panderos que hacen ruido,
con dos cascabeles dentro.
El aposento es posada,
pero está limpio y compuesto,
y con extremado olor;
que oler bien un forastero
en posadas de Madrid
es, de ser limpio, argumento.
Unos damasquillos vi,
verdes, y nácares, creo,
y una imagen sobre uno
de mano de buen maestro;
ya entenderás: un retrato.
CELIA. ¿Retrato de dama, bueno,
de aquestos de en mi conciencia,
con la mano sobre el pecho?
INÉS. Lo mismo, y con buenas manos.
CELIA. Los pintores dan en eso

(25) En el autógrafo, "Vaya este mozo tras vos".

(26) En el autógrafo, "la alabanza".

por que, por lo menos, digan
que es de buena mano el lienzo.
¿La cama?

INÉS. ¡Gentil pregunta!
¿Dormí yo con él?

CELIA. Dejemos
de hablar en aquese hidalgo;
que dicen que es el deseo
enfermedad de los ojos.

(Sale FABIO, *criado.)*

FABIO. Aquí están dos forasteros,
que me preguntan por ti.

CELIA. ¿Por mí, Fabio? ¡Ay, Dios! Ya [temo
que no sea don Rodrigo.
¿Dicen que son de Toledo?

FABIO. Dicen que venden almizcle.
Sosiega el entendimiento,
que no es cosa que te importa.

INÉS. Que es don García, sospecho.

CELIA. Di que entren; y tú ten cuenta
si viene mi hermano.

(Salen DON GARCÍA, LUCINDO *y* PEDRO.)

LUCINDO. (Creo
que está la campaña sola.

GARCÍA. Y yo, que la dama veo.)

CELIA. ¿Son los que venden almizcle?

GARCÍA. No sé, ¡por Dios!, lo que vendo.
Aunque, si es la fama olor,
venderla pienso que puedo,
y satisfacer alguna
me ha dado este atrevimiento
de entrar donde no conozco.

INÉS. Y él diga, señor Gaiferos:
¿acompaña en este embuste
los galanes almizcleros? (27)

PEDRO. No trato de almizcle yo;
que hay mucho engaño en hacerlo.

INÉS. Pues ¿quién es?

PEDRO. Gato de Algalia.

INÉS. Y lo parece en el gesto.

PEDRO. Pues, si me viese las uñas,
daría al diablo el enredo
de hacerme sudar sin causa.

GARCÍA. Suspensa estáis (28). ¿Qué os han [hecho
mis palabras, o mis ojos?

CELIA. Miraba, en este silencio,
la fealdad de vuestra lengua
y el aire de vuestro cuerpo.
¿Sabéis, señor, cómo sois?
Como un bizarro instrumento
de ébano y marfil, labrado
de mano de un gran maestro,
y todo con cuerdas falsas,
pues la beldad que os dió el cielo,
siendo la lengua la voz,
disuena el honor ajeno.
Pues ¿cómo, señor, decid,
a instrumento tan bien hecho
le ponéis tan falsas cuerdas,
siendo vos hombre tan cuerdo?
¿Vos conocéis a Teodora,
sabéis su recogimiento?
¿Habéisla visto al balcón,
con ser enfrente del vuestro?
¿Qué papeles os buscaron (29),
qué rodelas? ¿Qué requiebros
habéis topado de noche?
Y, siendo vos caballero,
¿no os corría obligación,
cuando fuera verdad esto,
de hablar en defensa suya?

GARCÍA. Dicen que un hombre, riñendo,
si es animoso y galán,
se lleva los ojos luego,
y tras dellos la afición;
y no he querido, por esto,
interrumpir vuestra voz;
que es tan gallarda (30) en extre- [mo.
riñendo ahora conmigo,
que me lleváis, os prometo,
los ojos y la afición,
conque ya no me defiendo.
Mas, porque es justo, señora,
que entendáis que el instrumento
tiene las voces iguales
a la labor del maestro,
por esos hermosos ojos,
perdonad el juramento;
que al cielo quise jurar,
y halléme más cerca el vuestro;
que ni conozco a Teodora,
ni la he visto, ni aun sospecho
que he mirado a su balcón;
que, aunque soy mozo, me precio
de ser muy hombre de bien
y en mis costumbres muy viejo.
Aquí estoy, no en pretensiones,

(27) En el autógrafo, "almizcleños".
(28) En el impreso, "Suspenso estoy".
(29) En el autógrafo, "mostraron".
(30) En ídem, "que estáis hermosa".

sino en cuidado de un pleito
que me han puesto ciertas dudas
a un mayorazgo que tengo;
y, ¡vive Dios, que a saber
quién os ha dicho...!

CELIA. Teneos,
y perdonadme, que ya
estoy de vos satisfecha.
Y tanto, que me ha pesado
de que me haya sido el veros
de tanta satisfación.

LUCINDO. Si para testigo puedo
valer algo, siendo amigo,
los años que ha que profeso
la amistad de don García,
no he visto mozo tan cuerdo,
ni de lengua tan honrada.

CELIA. Digo, señores, que creo
que han engañado a Teodora,
y que ha sido fingimiento.
Y así, al señor don García
que me perdone le ruego
haberle escrito, atrevida.

GARCÍA. A mi fortuna agradezco
y al que deste testimonio
ha sido, señora, el dueño
haberme dado ocasión
para que viniese a veros,
y habéisme de dar licencia
que otras veces venga a hacerlo.

CELIA. Mucho quisiera serviros,
mas tengo notable miedo
a mi hermano; porque, al fin,
como a padre le respeto.
Trata de casarme ahora;
que para mi casamiento
tiene treinta mil ducados.

LUCINDO. ¡Qué bien informa en derecho!

CELIA. Verdad es que se pasea
de noche, entretenimiento
de mozo, y que a nuestra puerta
nos deja tomar el fresco,
como es uso de Madrid,
donde sentadas podemos
estar hasta media noche.
Gracias a Dios, coche tengo,
y al Prado voy muchas tardes.

GARCÍA. (Lucindo, por Dios, que temo (31)
que me ha cogido con liga.

LUCINDO. ¿Agrádate?

(31) En el autógrafo, "¡Por Dios, Lucindo, que pienso!"

GARCÍA. Por extremo.

LUCINDO. Pues yo he mirado en sus ojos
ciertos relámpagos tiernos,
señal de la tempestad
que forman las nubes dentro.
Conquista los treinta mil,
y a Granada llevaremos
un ángel de plata pura.

GARCÍA. Más precio sus ojos bellos
que cuanta plata han traído
las ondas del mar soberbio
por la canal de las Indias (32).

LUCINDO. A los treinta mil me atengo.) (33)

(Sale FABIO.*)*

FABIO. Señora, tu hermano viene;
aunque ciertos caballeros
le han detenido en la calle.

CELIA. Salid, señores, de presto,
que me pesará que os vea.
Lo que tratado tenemos
habrá esta noche lugar
para poder resolverlo.

GARCÍA. Yo volveré por aquí,
y, si disfrazado puedo,
os hablaré en cierta cosa
que importa a mis pensamientos.

CELIA. A la puerta me hallaréis.

INÉS. Dígame su nombre.

PEDRO. Pedro.

INÉS. Pues, Pedro, ¿vendrá esta noche?

PEDRO. Vendré, más cierto que un yerno,
cuando trata de casarse,
a la casa de su suegro.

(Vanse los tres; sale LISARDO.*)*

LISARDO. ¿Qué gente salió de aquí?

CELIA. Unos hombres que vendían
almizcle.

LISARDO. Pues ¿qué querían?

CELIA. Quiero adobar para ti
unos guantes y un coleto.
Como pasaban, llamé;
pero no me concerté.

LISARDO. Que me pesa te prometo.
Cuando olí su buen olor
entendí que era otra cosa.

CELIA. Tienes condición celosa.

(32) En el autógrafo, "por la canal de Panamá".
(33) En ídem falta este verso, sustituído por este otro:

LUCINDO. ¡Pesia tal! Versos tenemos.

LISARDO. Celoso soy de mi honor.
Y ahora, querida hermana,
que trato de casamiento,
importa el recogimiento.
CELIA. ¿Sabes algo?
LISARDO. Que mañana
podrá ser que venga aquí
tu esposo.
CELIA. No tan a prisa,
Lisardo.
LISARDO. Desto me avisa.
CELIA. (Por mi mal pienso que vi
el talle de don García,
y ha sido a fuerte ocasión.)
LISARDO. Yo te hice una traición,
si fué traición, Celia mía,
desear enamorar
a don Rodrigo de ti.
CELIA. ¿Tú traición, Lisardo, a mí?
LISARDO. Hice un retrato copiar,
del que acá tienes mejor,
y a Toledo le envié.
CELIA. Eso, más pienso que fué
quitarle aquel poco amor
que la opinión le habrá dado.
Si fueres casamentero,
retrata, hermano, el dinero:
di que es vivo, y no pintado,
si quieres enamorar,
y déjate de hermosura;
que el dote es la más segura,
de quien se quiere casar.
LISARDO. Por lo menos, Celia, ves
con qué diligencia intento
tu gusto y tu casamiento:
premio es razón que me des.
Pero estás tan descuidada
del mío, como se ve,
pues de lo que te encargué
no me has respondido nada.
¿Qué dice Teodora?
CELIA. Creo
que encubrir su voluntad
nace de su honestidad.
LISARDO. ¿Agradece mi deseo?
CELIA. Ya comienza a agradecer;
que el agradecer es ya
el primer paso que da,
para querer, la mujer.
LISARDO. ¡Oh, qué cadena te mando,
si me conquistas su amor!

(Sale FABIO.)

FABIO. Afuera te están, señor,
dos hidalgos aguardando.
LISARDO. Voy a ver lo que me quieren.
FABIO. Amigos pienso que son.
LISARDO. Pues, si lo son, no es razón,
Celia, que a la puerta esperen.

CELIA.

Amor, enfermedad de los sentidos,
fundada en tiernos, fáciles antojos,
¡qué presto satisfaces a los ojos
lo que pudo faltar a los oídos!
Algunos pensamientos, atrevidos
a darme más victoria que despojos,
dieron dulce principio a mis antojos
y entraron a robar, desconocidos.
Vienes y vas, amor, pero no eres
poderoso ni igual en tus extremos;
porque bien sabes que si matas, mueres.
Comienzas bien, pero tu fin tememos;
porque vienes, amor, cuando tú quieres,
y no te puedes ir cuando queremos.

(Sale TEODORA, *con manto.)*

TEODORA.

Paréceme que dices que te veo
muy a prisa estos días.

CELIA.

No es a prisa,
si mides a tu gusto mi deseo
y del suceso el corazón te avisa.

TEODORA.

¿Qué nuevas hay de mi dichoso empleo? (34)

CELIA.

Quítate el manto y dásele a Fenisa,
que no te has de ir tan presto.

TEODORA.

En fin, ¿qué ha sido
mi pensamiento, Celia?

CELIA.

Un bien fingido.

TEODORA.

¿Búrlaste?

---

(34) En el autógrafo, "¿Qué hay de mi nuevo y temerario empleo?"

CELIA.

Nunca yo burlarme suelo
con las veras, Teodora, y las amigas.
La vista te engañó, de aquel mozuelo
cruel, desde el sombrero hasta las ligas;
lo lejos te engañó.

TEODORA.

¡Válgame el cielo!

CELIA.

El cerca es el infierno.

TEODORA.

No me digas
que es don García fiero.

CELIA.

No lo digo;
mas fierísimo, sí.

TEODORA.

¿Burlas conmigo?

CELIA.

Mas, ya que el talle es tal, su entendimiento
lo mejora. ¡Por Dios, que es un caballo!
Es necio al óleo (35).

TEODORA.

¡Ay, loco pensamiento!

CELIA.

Cosa buena, Teodora, en él no hallo.
Llegó con un notable atrevimiento,
modo de hablar que de vergüenza callo;
y, cuando fuera como tú decías,
se va a Granada dentro de dos días.
Casado está, con hijos y cuidados (36).

TEODORA.

Más que se fuera (37) dentro de dos horas,
si es necio y feo por entrambos lados.

CELIA.

Presto la voluntad desenamoras.

(35) En el autógrafo, "olio".
(36) En ídem, este verso, entre líneas, pero de mano de Lope, y borrado, otro que en su lugar decía: "sus pleitos tiene todos acabados".
(37) En ídem, "vuelva".

TEODORA.

Yo, Celia, ¿qué papeles, qué recados,
qué promesas de amor, tal vez traidoras;
qué regalos, qué gustos, qué ternezas (38)
pasé con su merced en mis tristezas?
Estos no fueron más de pensamientos;
que hasta que el pajarillo está enjaulado,
ligero puede acuchillar los vientos,
y con el pico hurtar la plata al prado.
Cuando fuera su talle a mis intentos,
¿de qué me puede a mí servir, casado?
Es un casado sota que hace veinte
a quien espera carta diferente.
Hasta que venga carta que me cuadre,
descartaré dos mil. Váyase a priesa;
críe esos hijos; que le llamen padre
los ya crecidos, al poner la mesa;
los niños (39), "taita", en brazos de su madre;
que solamente, y con razón, me pesa
de que he pasado algunas noches malas.

CELIA.

¡Qué bien (40) que te aprovechas de las alas!
¡Fiad de amor, de celos, de desvelos (41),
de deseos que van por celosías!

TEODORA.

¿Qué deseos, desvelos o qué celos
no volverán mis esperanzas frías (42),
con tantos hijos, casamiento y duelos (43),
y el término de ausencia de dos días,
mal talle, corto ingenio y todo engaño?

CELIA.

¡Bien haya quien estima el desengaño!

TEODORA.

Pésame que por él fuí rigurosa
con tu hermano Lisardo.

CELIA.

A tiempo ha sido;
que puedes, siendo blanda y amorosa,
dejarle de tu amor agradecido.

(38) En el autógrafo, "¿qué gustos, qué requiebros, qué finezas?"
(39) En ídem, "tiernos".
(40) En ídem, "A fe".
(41) En el impreso, "Teodora, y sus desvelos".
(42) En el autógrafo, "qué celosías no se vuelven frías".
(43) En ídem, "con niños, casa. casamientos, duelos".

TEODORA.

¡Afuera, loca vanidad curiosa;
afuera, loco amor, de error vestido!
Hablemos a Lisardo.

CELIA.

Aquí venía.
(¡Qué bien que le he quitado a don García!)

(Salen DON GARCÍA, LUCINDO *y* PEDRO.)

GARCÍA. Yo vengo como sabéis.
LUCINDO. Pedro se ríe de vos.
PEDRO. Sí, río; porque, por Dios,
que los dos lo merecéis:
él, en rendirse tan presto,
y tú, en decir que acertó.
LUCINDO. Pues, dime, necio, ¿en qué erró?
¿No es justo amor, no es honesto?
¿No es mejor que se entretenga
en esta honrada ocasión,
que en baja conversación
a perder el tiempo venga,
el dinero y la salud?
PEDRO. Si ella es tal como se piensa,
y no se ha de hacer ofensa
a su honor ni a su virtud,
alabo su pensamiento;
pero si en esto hay engaño,
¿no ha de ser mayor el daño
cuanto es el atrevimiento?
LUCINDO. ¿No ves que se ha de casar,
que ya informados venimos?
PEDRO. Libres hoy amanecimos.
¿Quién nos quiere cautivar?
GARCÍA. Este necio es de opinión
que el casarse es cautiverio;
que no dice sin misterio
aquella bestial razón.
LUCINDO. No os espantéis, don García;
que de Leonida Espartano
cuentan que, al uso greciano,
se casó en Esparta un día,
y que a su mujer mirando
cierto amigo, muy pequeña
de cuerpo, con voz risueña,
dijo a Leonida, burlando:
"¿Qué pensábades hacer,
aunque es tan breve la vida,
cuando os casastes, Leonida,
con tan pequeña mujer?"
Y él respondió: "Deste error
nadie me debe culpar:
que en los males del casar,
quise escoger el menor".
GARCÍA. ¡Filósofo majadero!
PEDRO. Pues muchos debe de haber
dese mismo parecer;
y uno referirte quiero,
que en cierto libro he leído.
GARCÍA. ¿Sabes leer?
PEDRO. Bueno estás.
Y aun sé latín.
GARCÍA. Sí sabrás;
porque yo nunca he tenido
el saber latín, ni griego,
por hazaña, pues que es
lo mismo saber francés,
y lo sabe cualquier lego.
Mas dime, por vida mía,
tu cuento.
PEDRO. El sabio que digo
tenía un grande enemigo,
y una hija que tenía
dicen que casó con él,
y que a quien le reprendió
que a su enemigo la dió,
dijo: "Por vengarme dél".
GARCÍA. Si ese filósofo viera
que, ganando Federico
cierto lugar noble y rico,
dió licencia que pudiera
sacar cualquiera mujer
lo que pudiese llevar
a cuestas, y que en lugar
de hacienda, que suele ser
lo que más suele obligar,
sacaron, castas y honestas,
a sus maridos a cuestas,
¿qué dijera del casar?
PEDRO. A mi libertad apelo;
aunque ciertos licenciados
decían que los casados
estaban cerca del cielo.
GARCÍA. ¿Del cielo?
PEDRO. Sí, claro está,
si están en el purgatorio,
pues dél es caso notorio
que sólo al cielo se va.
GARCÍA. De necedades te deja;
que tú y quien lo dice así
sois unos necios.
PEDRO. De mí
has formado injusta queja.
Que yo tengo el casamiento
por cosa santa, y del tuyo,

que has de ser un santo arguyo,
si no es que se muda el viento;
que conozco sus mudanzas.

GARCÍA. ¿Es mejor, como decía
Lucindo, la bizarría
de aquestas damas roanzas,
que acabando de pelar
a un hombre, pieza por pieza,
pelándole la cabeza,
echan pelos a la mar?

PEDRO. ¡Oh, qué cuento te diré
de un corro de ciertas sotas,
que estando en risa y chacotas
—la casa yo me la sé—,
cierto parche se cayó,
y sobre cuál le traía
hubo tal grita y porfía:
"Vos le trajistes", "Yo no";
"Yo estoy como una manzana";
"Yo, limpia como un cristal";
"Marcia le trajo"; "No hay tal,
que dió a los pies de Diana",
que como cuatro garduñas,
con las garras de dos varas,
se hicieron quesos las caras,
y vivos rallos las uñas!

GARCÍA. ¡Maldito seas, amén!
¡Qué propia historia lacaya!

PEDRO. Alto, pues; sirve tu Maya;
¡plegue a (44) Dios que pare en bien!

GARCÍA. A la casa hemos llegado.
Inés está en el balcón.
Sin duda, aquesta ocasión
es premio de mi cuidado (45).

(Sale INÉS, *arriba.)*

GARCÍA. ¿Es Inés?

INÉS. ¿Pues no lo ven?
Sólo aguarda mi señora
que vengan; y está Teodora
con ella ahora también.
Voylas a avisar.

(Vase.)

GARCÍA. Lucindo,
a Teodora requebrad.

LUCINDO. El cuidado me dejad.

PEDRO. Y yo a mi lacaya (46) lindo.

GARCÍA. ¡Oh, si tuviésedes dicha
que esta Teodora os quisiese!

LUCINDO. Dejadme el cargo.

PEDRO. ¡Ah, si fuese
tan rica la sobredicha
como esotra de mi amo!

LUCINDO. Ya salen.

GARCÍA. Estad alerta.

(Salen TEODORA, CELIA *e* INÉS.)

CELIA. ¡Buen fresco corre a la puerta!

PEDRO. Saltando de ramo en ramo
vienen estas tortolillas.

TEODORA. Ya es verano.

CELIA. Saca, Inés,
dos sillas bajas, o tres.

INÉS. Ya voy.

PEDRO. Pues que piden sillas,
cierta será la jornada.

GARCÍA. Por aquí llegarme quiero.

CELIA. ¿Quién es?

GARCÍA. Aquel caballero.

CELIA. ¿Cuál? ¡Jesús!

GARCÍA. El de Granada.

CELIA. Daca esas sillas, Inés.

LUCINDO. A esotra parte me paso.

TEODORA. ¿Quién es?

LUCINDO. Soy galán acaso.

TEODORA. Y esotro hidalgo, ¿quién es?

LUCINDO. Es el señor don García,
vuestro vecino, que viene
a cierta satisfación.

TEODORA. Ya no hay nadie que se queje.

(Siéntese DON GARCÍA *con* CELIA, LUCINDO *con* TEODORA, PEDRO *con* INÉS.)

LUCINDO. Ansí se harán amistades
más presto.

CELIA. El venir a verme
esta noche os agradezco.

GARCÍA. Señora, si un accidente
quita a un hombre en un instante
la vida, y vemos que muere,
un accidente de amor
no pienso que es menos fuerte
que cuantos he dicho aquí (47)

(44) En el autógrafo, "¡Quiera".
(45) Faltan en ídem este verso y el anterior, sustituídos por estos otros:

INÉS. Son ellos.
PEDRO. Decir si son
no puede ningún criado.

(46) En el autógrafo, "pescada".
(47) En ídem están este verso y el que sigue sustituídos por éstos:

que cualquiera enfermedad
de las que peligro tienen.

para que de hacerlo deje.
Yo os vi, yo os amé, yo muero.

CELIA. Para verso de repente
a propósito venía.

GARCÍA. Antes amor decir puede
que fué imitación de César:
vine y vi, pero no viene
bien el decir que vencí,
pues he visto a quien me vence.
Vencido estoy; los despojos
son mil almas.

CELIA. ¡Que confiese
un hombre tener mil almas!

GARCÍA. Pocas dije, si se ofrecen
a los rayos celestiales
desos ojos.

CELIA. Mas no excede
el número a los sucesos;
que quien tantas damas tiene
ha menester muchas almas.

GARCÍA. ¿Damas yo?

CELIA. Quien vive enfrente
las ve entrar todos los días.

GARCÍA. Serán parientas del huésped.

CELIA. ¿Y es del retrato pintado (48)
también el huésped pariente?

GARCÍA. Acaso le han puesto allí.

CELIA. García, en palabras breves
os digo que si mi amor
ha de entablar lo que siente
con vos, no ha de haber retratos,
ni favores, ni papeles;
todo ha de venir primero
donde yo lo abrase y queme.

GARCÍA. ¿Cómo (49) os podré yo traer
esas prendas sin que encuentren
al dueño que vos tenéis?

CELIA. Ya llega Santiago el Verde,
estación que hace Madrid
a un soto, no más de a verse
todos juntos, como dicen
que verse en el valle tienen
de Josafat. Vos podréis
seguir el coche, y tenerme
un puesto entre aquellas zarzas
que mil parras entretejen
a envidia de los espinos
que en este tiempo florecen.
Allí tendremos lugar
de hablar más solos; que aqueste,
aunque es breve, pienso que es
más peligroso que breve.

GARCÍA. Sí; mas ¿que os puede importar
que tales prendas se os lleven?

CELIA. Los maestros de danzar,
antes que algún hombre enseñen
que danza mal, que lo olvide
solicitan y previenen (50).
Vos habéis querido antes
que yo a quereros comience;
quiero que del aire ajeno
ni aun un punto (51) se os acuerde.

GARCÍA. Iré, señora, a ese soto,
adonde enseñado quede
el arte nuevo de amar
que vuestro amor me promete.
No habrá carta de Granada,
perdonar pueden ausentes,
ni habrá favor de Madrid
que no se os rinda y sujete.

CELIA. Hablad paso, que Teodora
no duerme, aunque lo parece.

GARCÍA. Ni el hombre que está con ella;
que no es de los que se duermen.

PEDRO. En fin, Inés de mis ojos,
¿que vuesa merced no tiene
cosa que el alma le ocupe?

INÉS. Algunos necios me quieren;
pero doy en zahareña.

PEDRO. Los ojuelos me parecen
criminales al mirar.

INÉS. ¿Qué es criminales?

PEDRO. Que prenden.
Las fregonas de Madrid,
con sus rostros sin afeites,
son soplonas del amor
y de su alguacil corchetes.
Dame (52) esas manos, que quiero
mirar los puntos que tienen
para unos guantes de perro
vivo digo, y yo soy ése.

INÉS. Ten silencio, socarrado;
que si mi ama lo entiende
habrá esta noche melindre.

LUCINDO. Soy su amigo y su pariente.
Vine con él de Granada;
pero ni agora se vuelve
ni tiene acabado el pleito.

TEODORA. Yo sé que partirse quiere,

---

(48) En el autógrafo, "colgado".
(49) En ídem, "¿Dónde".
(50) En el autógrafo, "pretenden".
(51) En ídem, "paso".
(52) En ídem, "Muestre".

y que es antes de dos días.
LUCINDO. Quien eso os ha dicho, miente;
porque estamos más de espacio
de lo que a vos os parece
después que ama don García
vuestra amiga y la pretende
para el santo matrimonio.
TEODORA. Otro disparate es ése;
siendo casado, y con hijos.
LUCINDO. ¿Quién?
TEODORA. Don García.
LUCINDO. ¡Que intenten
hombres decir tales cosas!
TEODORA. Celia me lo dijo.
LUCINDO. Advierte
que a Celia la han engañado (53).
TEODORA. El engaño bien (54) se entiende.

(Levántase TEODORA.)

En fin, Celia, ¿tú me engañas?
¿Esto a mi amistad se debe?
¿Es ésta buena amistad? (55)
CELIA. ¿Qué dices?
TEODORA. Que tú me vendes.
CELIA. ¿Estás loca?
TEODORA. No estoy loca;
tú sí, que con pecho aleve
me quieres quitar la vida (56).
CELIA. ¿Esto mi amor se merece
por acudir a tu gusto?
TEODORA. ¿Tú a mi gusto?
CELIA. ¿Pues qué quieres?
Por ti hablé a don García.
GARCÍA. Por vos, no; que solamente
quiero yo a Celia; que a vos
no os he visto, que me acuerde.
TEODORA. ¿Dónde se sufre que digas,
para que de amarle deje,
que es casado?
GARCÍA. Y dijo bien;
que aunque la vida me cueste,
me pienso casar con Celia.
TEODORA. ¿Con Celia?
INÉS. Tu hermano viene.

(Salen LISARDO *y los* MÚSICOS.)

LISARDO. ¿Qué es esto? ¿Qué gente es ésta?
FABIO. Con tu hermana están; detente.
CELIA. Hermano, seas bien venido.
LISARDO. Celia, ¿qué alboroto es éste?
CELIA. Unos mozos que pasaban,
destos en hablar valientes,
tales cosas nos dijeron
sin hablalles ni ofendelles,
que a no llegar a este punto
estos señores, que tienen
los respetos como el talle...
LISARDO. Basta ansí; vuesas mercedes
lo han hecho como quien son.
GARCÍA. Yo os prometo que se acuerden
del castigo del hablar.
PEDRO. Yo le di cuatro cachetes
al uno dellos, que ahora
entrambas manos me duelen.
No puede un hombre de bien,
si no es en luna creciente,
dar de noche mojicón,
porque hay caras con juanetes.
LISARDO. En cortesía suplico
a vuesas mercedes que entren
a este patio, que está fresco.
¡Hola, Fabio! ¿Quedó nieve?
Baje Laurencia una caja.
Oirán cantar dulcemente
la divina consonancia,
que al mundo admira y suspende,
del nuevo Apolo, Juan Blas;
que aquestos señores vienen
conmigo del Prado agora,
donde vi parar las fuentes
y suspenderse los aires.
GARCÍA. Si pudiera detenerme,
recibiera esa merced.
PEDRO. Los criados, señor, beben
en ausencia de la sed
de sus amos; di que suenen
las divinas cantimploras.
GARCÍA. Irme es fuerza, no me esperen.
LISARDO. Pues adiós.
GARCÍA. Adiós, señores.
CELIA. Advertid que se os acuerde
del Soto de Manzanares.
MÚSICOS. Es villancico excelente.
LISARDO. Leandro y Fabricio, entrad.
CRIADO. El son brinda.
GARCÍA. Invidia tenme.

(Vanse todos; quedan DON GARCÍA, LUCINDO *y* PEDRO).

LUCINDO. ¿De qué?

(53) En el autógrafo, "que habrán a Celia engañado".
(54) En ídem, "ya".
(55) Este verso dice en el autógrafo "Ya sé toda la verdad".
(56) En el autógrafo, "mi bien".

GARCÍA. De notables dichas.
PEDRO. ¿Adónde?
GARCÍA. En Santiago el Verde.

ACTO SEGUNDO

(Salen DON RODRIGO *y* LISEO, *criado, de camino.)*

LISEO. No baja más presto el rayo.
RODRIGO. Es porque a mi centro voy.
LISEO. Buen día de amores hoy.
RODRIGO. ¿Cómo?
LISEO. Es primero de mayo.
RODRIGO. De los antiguos romances
con que nos criamos todos
lo he sacado.
LISEO. De mil modos
hace amor sus dulces lances
en este dichoso mes.
RODRIGO. Y aun es con harta razón,
porque la renovación
del año y del tiempo es.
El duro invierno encanece
el tiempo para los montes;
remata los horizontes
nieve que al sol escurece.
Visten de cristal los prados;
los arroyos se encadenan,
y ni murmuran ni suenan,
nuevos de mirarse helados;
y también los miran, mudos,
los pájaros, mal despiertos
en sus nidos descubiertos
en los álamos desnudos.
Mas sale el mayo galán
con su corona de flores,
renovando los colores
que vida a los campos dan.
Ríense los arroyuelos,
las aves cantan de ver
vestido el ramo que ayer
lo estaba de escarcha y hielos,
y todo comienza a amar,
porque también se renueva
la sangre en que amor se ceba.
LISEO. No has hecho poco en pintar
el tiempo en un mismo mes
en que él se pinta mejor,
y si es bueno para amor,
bien será que alegre estés
de que en el mejor del año
hallas dulce compañía.
RODRIGO. Si la soledad es fría,
a mal tiempo me acompaño.
Mejor en invierno fuera.
LISEO. Antes agora es mejor,
que ni hay frío ni calor;
y cuando culpa te diera
fuera en julio.
RODRIGO. No repares
con amor en tiempo.
LISEO. Bien;
pero yo no envidio a quien
se casa en caniculares.
Las cosas tienen sus días;
quiero decir, su sazón;
porque las mujeres son
como las tapicerías,
que no sirven en verano;
y si se pudiera hacer,
el doblar una mujer
sería consejo sano.
RODRIGO. La que yo quiero, Liseo,
puesto que nunca la vi,
será en todo tiempo en mí
un dulce e igual deseo.
Cuéntanme mil perfecciones.
LISEO. ¿Cómo le pueden faltar,
si entra al juego del casar
con tal runfla de doblones?
RODRIGO. La virtud se ha de estimar.
LISEO. Mal conoces el dinero;
pero yo le considero
del modo que suele estar
en un bien puesto aposento
colgado un espejo.
RODRIGO. ¿Y bien?
LISEO. Muchos entran, y aunque ven
todo aquel rico ornamento
y mil imágenes bellas,
luego al espejo se van,
y en él mirando se están
antes que miren en ellas.
Rico aposento en la dama
es la virtud, que aconsejo;
pero el dinero es espejo
que nos retrata y nos llama.
¿No te agrada?
RODRIGO. Nunca en mí
hiciera ese espejo efeto.
LISEO. ¡Oh novio santo y discreto!
Pues yo te digo que vi
muchos a quien el dinero,
aun después de estar casados,

hace vivir descuidados.
RODRIGO. Contradices, majadero,
tu misma comparación,
porque si el dinero fuera
espejo, alguno se viera
en él con mala opinión.
LISEO. Esa es la gracia que ven,
y dan a entender que no.
RODRIGO. Esta es la casa, que yo
la sé por las señas bien.
¿Qué gente sale de allá?
LISEO. Un pollino y moza son.
RODRIGO. ¿Si es merienda?
LISEO. La razón,
si bien el olor la da,
nos dará este gentilhombre.

(Sale FABIO, *criado.)*

RODRIGO. ¡Ah, hidalgo!
FABIO. Vaya esa plata
con cuidado. ¿Qué mandáis?
RODRIGO. ¿Es de Lisardo esta casa?
FABIO. Esta casa es de Lisardo.
RODRIGO. ¿Queda en ella?
FABIO. Esta mañana
fué con mi señora Celia
al Soto.
RODRIGO. ¿Hay tan gran desgracia?
¿Vendrá tan presto?
FABIO. A la noche;
que allá comen, y me aguardan
con el recado que ves.
RODRIGO. ¿Quién a los dos acompaña?
FABIO. No más que una amiga suya.
RODRIGO. ¿Es huerta, es casa?
FABIO. Es plaza,
donde hoy el verano alegre
corre sus toros y cañas.
Bien parecéis forastero,
pues no sabéis que se llama
Santiago el Verde este día,
en que las hermosas damas
y las que no son hermosas
van con espantosas galas
al Soto de Manzanares.
RODRIGO. Bien ha llegado la fama
en Toledo a mis oídos;
que no es tanta la distancia.
Hombre dicen que en Madrid,
con tan grandes voces habla
que suena el eco en Toledo.
Pero decidme de gracia,
como cuando piden algo
suelen decir en Italia,
¿queréisme guiar al Soto?
FABIO. ¿Quién sois? Porque vuestras ga- [las
y ese talle me han movido
a pensar si en nuestra casa
venís por la mejor prenda.
RODRIGO. Don Rodrigo soy de Lara,
a quien, si no se le mudan
la fortuna y la esperanza,
será de Celia marido.
FABIO. Que perdonéis mi ignorancia
con darme esos pies os ruego;
y creo que si llevara
al Soto de Manzanares
la misma Fénix de Arabia
no fuera de mis señores
con tanto gusto estimada.
Mil veces en hora buena
vengáis.
RODRIGO. Vuestra buena gracia
estimo por buen agüero
del gusto y bien que me aguarda.
FABIO. Si queréis algún caballo
para ir al Soto, jornada
a caballo, breve y corta,
y a pie polvorosa y larga,
harélo ensillar, que hay seis
que pueden tener las armas
del rey de España.
RODRIGO. Yo traigo,
por ser breve la jornada,
el mejor que allá tenía.
FABIO. Pues seguidme.

(Vase FABIO.)

LISEO. ¿Qué acobardas
las manos con este hidalgo?
RODRIGO. La cadenilla pensaba
darle; mas parece poco.
LISEO. Más poco, señor, es nada.
Dale, que cuando conocen
una condición avara,
criados informan mal.
RODRIGO. Bien dices. Daréle el alma;
pero no, que es ya de Celia.
LISEO. Pues dale un alma de plata.

(Vanse, y salen los que pudieren, bailando en rueda, con guirnaldas de flores, y los MÚSICOS, *cantando.)*

MÚSICOS. ¿Quién dice que no es éste

Santiago el Verde?

RUFINO. Dejadme decir a mí
la copla.

HOMBRE. ¡Qué lindo vino!

MÚSICO. ¿Eres poeta, Rufino?

RUFINO. No sé; presumo que sí.
A lo menos, lo deseo,
por ver cuánta estimación
tienen.

MUJER. Y tienen razón,
que muchos príncipes veo
preciarse de aquesta ciencia.

MÚSICO. ¿Es culpa suya el ser pobre
un poeta?

HOMBRE. Aunque le sobre,
es tanta su impertinencia,
que siempre se está quejando.

MÚSICO. Virgilio tuvo un millón.

HOMBRE. No todos Virgilio son.

MÚSICO. Cuando fuéredes contando
los príncipes que en España
son poetas, ¿qué riqueza
mayor?

HOMBRE. Cuando la pobreza
los poetas acompaña,
es porque ellos no lo son.
Yo conozco alguna pluma
que ha ganado una gran suma
de dinero y opinión.
Di la copla.

MÚSICO. Ya la digo,
aunque de improviso.

TODOS. Vaya.

MÚSICO. ¡Oh, mayo! Una musa maya
vaya sin vaya conmigo.
"Quien dice que esto no es
Santiago el Verde y sus flores,
no tenga dicha en amores,
cuéstele mucho interés,
corónese de ciprés
y no de arrayán alegre."

TODOS. Quien dice, etc.

MÚSICO. Qué graciosamente hacían
este baile en la comedia.

(Salen DON GARCÍA *y* LUCINDO.*)*

LUCINDO. Debe de haber hora y media
que por la puente venían.

GARCÍA. Pues ¿adónde se os perdieron?

LUCINDO. Es tanta la cantidad
de coches, que una ciudad
el Soto y el campo hicieron.
Suele el Soto y Vegallana
Manzanares dividir
como va Guadalquivir
entre Sevilla y Triana.
¡Cuánta merienda se ve
por estos bosques tendida!

GARCÍA. Tarde bien entretenida
para quien alegre esté.

LUCINDO. Alégrate, que no creo
que dejen de parecer
presto.

GARCÍA. Pedro es ido a ver,
en la voz de mi deseo,
si el coche ha pasado el río
y destotra parte está.

MUJER. La merienda llega ya.

HOMBRE. Tiempo es ya de beber frío.

MUJER. El de la nieve se apreste,
pues ya comienza el verano.

HOMBRE. Cantad, y todo cristiano
sobre la hierba se acueste.

(Vanse cantando los MÚSICOS.*)*

LUCINDO. ¿No te alegra y te entretiene
este regocijo aquí?

GARCÍA. Todo es pena para mí
mientras mi gloria no viene.

LUCINDO. Pues ¿no te deleita el ver
tantos coches tan bizarros,
tantos entoldados carros,
tanta gallarda mujer,
y más locas las riberas
del humilde Manzanares
que están los soberbios mares
con sus naves y galeras?
¿No ves entre estos pinos
cubiertos de blancas flores
tanta alfombra de colores
vistiendo rudos pollinos
que ayer con las aguaderas
traían el agua, y hoy pasan
ninfas de Madrid que abrasan
las aguas de sus riberas?
¿No ves convirtiendo en lago
a Manzanares cruel
de los que pasan por él
y tanto macho y cuartago
que con el árbol de Alcides
les hacen frenos y riendas,
y no ves tantas meriendas
en esas zarzas y vides;
tanta guitarra y pandero,

tanto sombrerillo y pluma,
tanto amante?

GARCÍA. Digo en suma
que no viendo el bien que espero,
todo cuanto miro aquí,
que en esta alegre ribera
celebra la primavera,
es infierno para mí.

(Sale PEDRO, *criado.)*

PEDRO. Ya no pensé que te hallara.
GARCÍA. ¿Cómo, Pedro?
PEDRO. Está de suerte
el campo, que ha sido el verte
milagro.
GARCÍA. ¿Y mi prenda cara?
PEDRO. Tu prenda cara, señor,
queda con Teodora allí.
GARCÍA. ¿Y su hermano?
PEDRO. No le vi.
GARCÍA. Teodora me da temor.
¡Oh, si pudieses llegar
y decirle que aquí estoy!
PEDRO. Aunque conocido soy,
por ti la tengo de hablar.
GARCÍA. ¿Cómo?
PEDRO. ¿Tienes un doblón?
GARCÍA. ¿Para qué?
PEDRO. ¡Gentil amante!
GARCÍA. No porque el doblón me espante,
mas por saber la invención;
que, aunque tu intento no sé,
es maliciosa esta dama.
PEDRO. Cuando piden a quien ama
no ha de decir para qué;
que ha de ser quien así está
reloj con estas señoras,
que ha de dar a todas horas
sin saber a quién se da.
GARCÍA. Toma, y Ulises te enseñe.
PEDRO. A Ulises puedo enseñar.
¿Adónde os tengo de hallar,
que no es justo que me empeñe
en tal peligro?
GARCÍA. Detrás
de aquel álamo que abraza
aquella vid.
PEDRO. ¡Linda traza!

(Vase PEDRO.)

LUCINDO. ¿Agora contento estás?
GARCÍA. Hasta verla estaré triste.
LUCINDO. Esta variedad que veo
el más ardiente deseo
gustosamente resiste.
GARCÍA. De todo estoy incapaz.
Trasladóse a un verde soto
la corte.
LUCINDO. ¡Bravo alboroto!

(Ruido dentro.)

(Dentro.) ¡Afuera, ténganse, paz!
LUCINDO. ¿Qué es aquello?
GARCÍA. Cuchilladas.
LUCINDO. ¡Qué notable gente acude!
GARCÍA. Con una que se desnude,
se sacarán mil espadas.
LUCINDO. Hacia aquí vienen bailando.
GARCÍA. Este regocijo es fiesta.
LUCINDO. Gente de pandero es ésta.
GARCÍA. Pues vámonos retirando.

(Apártanse, y salen cantando los MÚSICOS, *y una mujer bailando.)*

MÚSICOS.

"En Santiago el Verde me dieron celos.
Noche tiene el día; vengarme pienso.
Alamos del Soto, ¿dónde está mi amor?"

GARCÍA.

Esta seguidilla acabaré yo.

MÚSICOS.

"Álamos del Soto, ¿dónde está mi amor?
Si se fué con otro, moriréme yo."

GARCÍA. Mal agüero; pero vamos
al puesto que señalé.
LUCINDO. Yo te aseguro que esté
entre aquellos verdes ramos.

(Vanse DON GARCÍA *y* LUCINDO.)

MÚSICOS.

"Manzanares claro, no pequeño,
por faltarle el agua corre con fuego."

(Vanse cantando, y salen CELIA *y* TEODORA, *con capotillos.)*

TEODORA. ¿Qué es lo que vienes buscando?
CELIA. Ninguna cosa, Teodora.
TEODORA. Parece que vas agora

con más cuidado mirando.
CELIA. La gente, y la variedad
de gusto.
TEODORA. Cuidados tienes.
CELIA. Celosa, Teodora, vienes.
Si hay celos, no hay amistad.

(Sale PEDRO *vestido de suplicacionero, con cesta y naipes.)*

PEDRO. ¿Quién compra suplicaciones?
CELIA. A ver, buen hombre; llegad.
PEDRO. Suplicaciones comprad.
TEODORA. ¿Ahora en eso te pones?
CELIA. No las ha nombrado bien,
porque quien ha de comprar,
el suplicar es rogar.
PEDRO. Rogar se compra también.
¿Conócesme?
CELIA. ¿Es Pedro?
PEDRO. Sí.
CELIA. ¿Cómo vienes deste modo?
PEDRO. Mi amo lo enreda todo.
CELIA. ¿Adónde está?
PEDRO. Vesle allí.
CELIA. No me digas más razones.
PEDRO. *A li bon intenditori,*
poque parole, señori.
¿Quién compra suplicaciones?

(Vase PEDRO.)

TEODORA. ¿Compraste?
CELIA. No me agradaron.
TEODORA. ¡Notable gente!
CELIA. Es el día
de más gusto y alegría.
TEODORA. El campo y el sol se honraron.
CELIA. ¡Ay! Una liga he perdido.
TEODORA. ¿Adónde?
CELIA. Pienso que allí.
Espérame un poco aquí.

(Vase CELIA.)

TEODORA. El campo es ladrón florido,
y querrála para hacer
más flores de su color.
¡Ay, si vinieras, amor!
Sin celos no puede ser,
que, como al correr los velos
al sol la tiniebla fría
sucede la noche al día,
siguen al amor los celos.
Celos tengo, y con razón,
de Celia, pues me ha engañado,
puesto que ha disimulado
mi lealtad y su traición.
Agradóle don García
y quísole para sí;
mas luego que le entendí,
se aumentó la pena mía,
y le quiero mucho más.

(Salen LISARDO, DON RODRIGO, LISEO, INÉS.)

INÉS. Aquí, señor, las dejé.
LISARDO. Teodora, ¿dónde se fué
Celia, que tan sola estás?
TEODORA. Cierta joya que ha perdido
volvió a buscar por el prado.
LISARDO. Con la joya que ha llegado
puede ponerla en olvido.
TEODORA. ¿Es aquéste el caballero
con quien la quieren casar?
RODRIGO. Las manos le podéis dar,
que ver por mi dicha espero
tan presto enlazar las mías.
TEODORA. No soy la novia, señor,
aunque agradezco el favor.
LISARDO. ¡Qué deslumbrado venías!
RODRIGO. Perdonad a mi deseo,
y pasará mi afición
a su justa obligación,
pues en esta casa os veo.
LISARDO. ¿Cómo casa? ¿Estás en ti?
Mira que estás en un prado.
RODRIGO. Como bestia me he casado
si ahora me caso aquí.
LISARDO. Si te turbas con su amiga,
pienso que te has de morir
con la novia.
RODRIGO. De venir
me ha pesado, aunque me obliga
deseo de ver la cara
de quien ha de ser mi esposa
LISARDO. ¿No es galán, Teodora hermosa,
nuestro novio? En él repara.
TEODORA. Celia ha tenido ventura;
que un marido forastero
llega a las veces tan fiero,
y con tan mala figura,
que suele bañar en llanto
los ojos de una mujer.
LISARDO. ¿Si le ha visto y quiere hacer
Celia melindre y espanto?
¿Cuánto va que se ha escondido?

TEODORA. Pues no viene, eso será.
LISARDO. Véngale a ver, y sabrá
que tiene galán marido.
TEODORA. Buscarla será mejor.
LISARDO. Que se esconde sospechamos
vuestra esposa entre estos ramos.
RODRIGO. Por ser de los ramos flor.
LISARDO. Que la vamos a buscar
dice Teodora.
RODRIGO. Y es justo.
LISARDO. Aquí esperad.
RODRIGO. Con el gusto
que amor obliga a esperar.

(Vanse LISARDO, TEODORA *y* INÉS; *quedan* DON RODRIGO *y* LISEO.)

LISEO. Melindre quiere tener
Celia.
RODRIGO. ¿Melindre en la corte?
Mas bien es que se reporte
mi esposa en dejarse ver,
que lo que se ha de comprar
se ha de mirar poco a poco.

(Apártense a un lado, y salen DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO *y* CELIA.)

GARCÍA. Estoy por tus ojos loco.
CELIA. Estas prendas me has de dar.
RODRIGO. ¡Bravas damas y galanes!
LISEO. Hoy es el bosque de amor.
RODRIGO. Será de Celia rigor
con desdenes y ademanes
huir de que yo la vea.
LISEO. Búscala tú, que es razón.
RODRIGO. Campo y bodas.
LISEO. Pues ¿qué son?
RODRIGO. Plegue a Dios que por bien sea.

(Vanse DON RODRIGO *y* LISEO.)

GARCÍA. Este naipe es un retrato
de cierta dama; ya es muerta.
CELIA. ¿Muerta?
GARCÍA. Sí; que está olvidada,
y ausente lo mismo fuera.
CELIA. ¡Buena cara, por mi vida!
GARCÍA. Era un poquito morena,
pero con lindas facciones.
CELIA. ¿Lindas?
GARCÍA. Pues ¿deso te pesa?
CELIA. Lo moreno viene aquí;
lo lindo, allá se le queda;
mas basta que tú lo digas
para que yo te lo crea.
GARCÍA. ¿Celos?
CELIA. ¿Yo celos? ¡Temprano!
¿Qué cintas verdes son éstas?
GARCÍA. No sé, ¡por Dios! Disparates
que vienen a que los veas.
Estos son dos papelillos
de cierta dama burlesca,
destas que venden el gusto.
PEDRO. Sí; que amor tiene taberna
donde alguno se emborracha.
LUCINDO. Yo pienso que Pedro acierta;
que destos ramos sin duda
muchos las llaman rameras.
CELIA. Leer quiero este papel.
GARCÍA. Por tu vida, no le leas;
mira que el tiempo se pasa.
CELIA. También se pasa la pena.

(Lee el papel.)

"Quien pasa dos días sin visitarme, pasará muchos sin verme, pues bien sabe vuesa merced que me tenía ociosa y enamorada; luego que vi tan recia la tempestad, me prometí la serenidad que veo, porque de los amores y las cañas, las entradas. Si vuesa merced no se atreve a venirme a ver a mi casa, déme licencia que yo vaya a la suya; que las mujeres, cuando queremos, también sabemos ser hombres."

GARCÍA. No leas, Celia querida,
cosas tan viles como éstas,
y que en efeto pasaron
antes que yo te quisiera.
Echale agora en la manga
y allá sabrás lo que queda;
mira que me tienes muerto
con soledades y ausencias.
Dime alguna cosa tuya,
que estas cosas no vinieran
a tus manos sin tu gusto;
pero, al fin, si me confiesas
de pensamientos pasados,
allá llevas las ofensas.
CELIA. Entibiado me has el gusto
con estas cosas; mas eran,
como tú dices, en tiempo
que no me ofendes con ellas.
GARCÍA. No, Celia, no vienes tú
como quien ama de veras;
algo traes de mudanza;

que en tus rejas y en tus puertas
más amorosa escuchabas
mis enamoradas quejas.
Esto tenéis las mujeres:
obligáis hasta que os quieran,
y en viendo que sois queridas,
no hay nieve que se os parezca.
Habla, por Dios, que me matas.

CELIA. ¿Qué quieres, mi bien, que pueda
decirte tan desdichada
mujer, que mañana espera
un hombre que menee el labio
para que su dueño sea?
¿Parécete que ésta es causa
de tibieza y de tristeza?

GARCÍA. De tristeza, sí, mis ojos;
no de tibieza, que hiela
el alma que amor abrasa.

(Sale INÉS, *alborotada.)*

INÉS. ¡Ay, señora, corre, vuela,
que ha llegado don Rodrigo!
El y tu hermano rodean
el bosque para buscarte.

CELIA. ¿Era sin causa mi pena?

GARCÍA. No era tu pena sin causa.
Mi muerte verás con ella.
¿Qué piensas hacer?

CELIA. Salir
de presto donde me vea.

GARCÍA. Aguarda.

CELIA. ¿Qué he de aguardar?

GARCÍA. Aquí hay un coche en que puedas
venirte conmigo.

CELIA. ¿Adónde?

GARCÍA. Donde el jüez de la iglesia
nos dé las manos.

CELIA. ¡Ay, Dios,
quién pudiera!

GARCÍA. Quién quisiera
has de decir, Celia mía.

CELIA. Tú no sabes bien las prendas
de mi hermano y de mi casa,
y quedar en Madrid, fuera
dar ocasión a quien vive
de matar honras ajenas.

GARCÍA. Mi bien; un discreto dijo
que aquellos sucesos eran
como muertos por desgracia,
que, por que todos los vean,
los ponen en unas andas
y a la noche los entierran.

CELIA. ¿Quieres tú que esté mi honra
en la plaza, y que al fin sea
como muerta por desgracia?

GARCÍA. ¿Qué importa, si en mí se entierra?

CELIA. Hasta aquí llegó, García,
quererte.

GARCÍA. Dame, siquiera,
una mano, pues has sido
la causa de mis tristezas:
tú me enviaste a llamar,
y yo en mi vida te viera;
tú me has dado la ocasión.

CELIA. ¡Ea, pues! Mi mano es ésta.

GARCÍA. Acordaos, ingrata mano,
destas lágrimas.

INÉS. A priesa,
señora.

CELIA. Adiós, don García.

(Vase CELIA.*)*

PEDRO. Bueno, por mi vida, quedas.
Y tú, Inés, ¿esperas novio?

INÉS. Pedro, no es tiempo de quejas.
Suelta la mano.

PEDRO. ¡Ay, Inés!
Deste mordiscón te acuerda.

(Vase INÉS.*)*

GARCÍA. Pedro, ¿qué es aquesto?

PEDRO. Así,
la mano desta soleta,
y con el sacabocados
le dejé la boca impresa.

GARCÍA. ¡Oh, quién hablara a Teodora,
por quien más se abrasa Celia!

PEDRO. Pues eso no os dé cuidado,
que todavía me quedan
algunas suplicaciones.

GARCÍA. Parte, y dila que la espera
don García entre estas parras
que por estos olmos trepan.

PEDRO. Yo voy; esperadme aquí.

(Vase PEDRO.*)*

LUCINDO. Huélgome que ánimo tengas.

GARCÍA. Amor es como la luz,
que da a entender que se esfuerza
cuando más se va acabando;
y así yo, cuando ya llega
el postrer punto que espero,
saco fuerzas de flaquezas.

(Vanse, y salen CELIA *y* INÉS.*)*

CELIA.

¿Hay desdicha mayor?

INÉS.

Si tú sabías
que tu hermano, señora, te casaba,
¿para qué le buscabas y escribías?

CELIA.

Pensé la dilación que me aguardaba;
mas quise acrecentar las glorias mías,
cuando para Teodora le buscaba.
Ya le vi, ya le quise, y ya lo pago,
pues ha de ser, Inés, mi eterno estrago.

INÉS.

Que luego olvidarás, con nuevo dueño.

CELIA.

No olvidaré en mi vida a don García.

INÉS.

Así lo dicen todas; pero es sueño:
las firmezas de amor duran un día.

CELIA.

¡Ay, cómo siempre en término pequeño
le desparece amor! Desdicha mía
fué conocer un hombre tan gallardo.

INÉS.

¿Si es aqueste que viene con Lisardo?

(Salen LISARDO, TEODORA, FABIO, DON RODRIGO *y* LISEO.)

LISARDO.

Está de suerte el Soto, con la gente
que hoy le celebra, que se habrá perdido.

RODRIGO.

Los árboles exceden la corriente,
que el Nilo enturbia.

INÉS.

¡Qué galán vestido!
El talle ya es razón que te contente.

CELIA.

No tan presto al amor vence el olvido.

TEODORA.

Aquí está Celia.

LISARDO.

Hermana, ¿dónde estabas?

CELIA.

Donde no imaginé que me buscabas.
Sentada a las orillas dese río,
por donde amenos olmos le hacen calle,
me holgaba de mirarle con el brío
que suele julio, con calor, quitalle.

RODRIGO.

¿Qué te parece el nuevo dueño mío?

LISEO.

Que tiene bello rostro y lindo talle.

LISARDO.

Este es tu esposo.

RODRIGO.

Dadme vuestras manos.

LISARDO.

Términos excusemos cortesanos.

CELIA.

No os espante, señor, de que turbada
me sienta al veros el primero día,
en campo abierto, sola y descuidada.

RODRIGO.

Tal vez amor al campo desafía;
para matarme a mí sacó la espada
en este campo, aunque es vitoria mía,
pues siendo vuestros ojos salteadores,
salió a robarme y me mató de amores.
Un Ovidio este bosque me parece,
este día famoso de Santiago
de bellísimas ninfas se guarnece;
mucho en su variedad me satisfago.
Mas como Venus clara resplandece
cuando en el Occidente cubre el lago
del ancho mar el sol: sois vos con ellas
lucero entre bellísimas estrellas.

CELIA.

Mirad, señor, que aunque ese ingenio invidio,
que también os diré que andaba solo
entre los bosques, como pinta Ovidio,
desafiando al Amor el rubio Apolo.

LISARDO.

A mí me dan las fábulas fastidio,

aunque las selvas son su centro y polo.
Tratemos de otra cosa, pues ofrece
llaneza el campo.

RODRIGO.

Un ángel me parece.
Aquí sobre estas hierbas nos sentemos,
a ver hechos ciudad los verdes prados.

LISARDO.

Y vos y yo mis quejas trataremos;
que andan mis pensamientos mal pagados.

CELIA.

Inés, ¿qué haré?

INÉS.

Dejar de hacer extremos.

CELIA.

No puede amor, ni pueden mis cuidados;
que pienso que me mira don García
detrás de alguna verde celosía.

INÉS.

Pues a fe que merece el toledano
tenerle amor.

LISARDO.

Llamad quien cante un poco.

FABIO.

Aquí viene Fenisa y Feliciano.

LISARDO.

Hoy, el más cuerdo, en este bosque, es loco.
Oír música grave (57) es cuento llano;
que de ver tantos bailes me provoco
a suplicaros.

TEODORA.

No, por vida mía.

LISARDO.

Pues no consiente gravedad el día,
las dos os levantad.

CELIA.

La compostura
solía ser, hermano, tu consejo.

LISARDO.

En el estado, sí.

(57) Hartzenbusch enmendó "eleva" sin necesidad.

RODRIGO.

De mi ventura,
si lo dejáis por mi ocasión, me quejo.

CELIA.

Como vos me ayudéis, iré segura
con tal maestro.

RODRIGO.

Las excusas dejo;
que todo es campo.

INÉS.

A fe que tiene brío.

CELIA.

¿Qué baile cantarán?

TEODORA.

El desafío.

(Cantan los MÚSICOS, *y bailan* LISARDO, DON RODRIGO, TEODORA *y* CELIA.)

(Letra.) "Una niña desdeñada,
ingrata consigo misma,
orilla de Manzanares,
valiente a Amor desafía.
Los dos salieron al campo,
cuando el alba se reía
de ver huyendo la noche,
que por unos montes iba.
Pensó Amor que venía sola,
y la traidora traía
otras dos niñas con ella,
que mataban con la vista.
Pasó Amor la flecha al arco;
la niña muerta de risa,
con un arco de sus ojos
volvió la flecha en ceniza."

LISARDO. A abrazaros me adelanto,
de haberos visto contento.

(Sale PEDRO, *de suplicacionero.)*

PEDRO. Temeraria empresa intento;
por un loco lo soy tanto.
Si hablando están divertidos,
quiero llegarme a Teodora.
¡Ce, Teodora, mi señora!
¡Que ciegue amor los sentidos
de mi ánimo en tal porfía!

TEODORA. ¿Es Pedro?

PEDRO. Y el de Urdemalas.

Mas ya ventura señalas
a mi señor don García.
Entre aquellas zarzas queda,
muerto por verte y hablarte.
Si pudieses escaparte
sin que nadie verte pueda,
darásle vida; que allí
todo hoy sin comer bocado,
celoso y desesperado,
está muriendo por ti.

TEODORA. ¿Por mí? Pedro, si verdad
me dijeras, yo te diera
una cadena.

PEDRO. No fuera
mentirte buena amistad.

TEODORA. ¡Ay, alma! Crédito dalde.

PEDRO. Bien me lo puedes creer.
¿Piensas tú que soy mujer,
para que mienta de balde?

(Vase PEDRO.)

TEODORA. Vete, que ya voy tras ti.
Inés, que digas te ruego
a Celia que vuelvo luego,
si preguntare por mí.

(Vase TEODORA.)

RODRIGO. Yo he venido, como veis,
Lisardo, a vuestro concierto,
por ver a Celia, tan cierto,
como por las cartas veis.
Después de vista lo afirmo
con nuevas obligaciones.

LISARDO. Y yo las satisfaciones
que tengo de vos confirmo.

RODRIGO. ¿Cómo queréis que esto sea?

LISARDO. Habiendo vos de posar
en mi casa habrá lugar
para que aquesto se vea.

RODRIGO. La merced, Lisardo, aceto;
que ya como hermano soy
vuestro huésped.

LISARDO. Y yo estoy
seguro del mismo efeto.

CELIA. Inés, ¿adónde se fué
Teodora?

INÉS. ¿No viste aquí
a Pedro?

CELIA. ¿Pues vino?

INÉS. Sí.

CELIA. ¿Hablástele?

INÉS. No le hablé;
porque él hablaba al oído
a Teodora, y la llevó.

CELIA. Bien imaginaba yo
la contrahierba de olvido
en esta enemiga mía,
que con él se fué a hablar.

INÉS. Si tú te quieres casar,
¿qué culpas a don García?

CELIA. ¡Ay, Inés! Tienes razón;
pero es justo sentimiento
de mi injusto casamiento
mudar tan presto afición.
¿No aguardaras sólo un día?

INÉS. Amor quiérese vengar
de presto.

CELIA. ¡Que fuese a hablar
Teodora con don García!
Entrambos toman venganza
de mí, que a entrambos ofendo:
a Teodora, pues emprendo
contradecir su esperanza,
cuando se puede excusar,
y a don García, en casarme
al fin. Quiero aventurarme
a seguirlos y a estorbar
que no hablen.

INÉS. Mucho emprendes.
Mira que el valor ofendes
de que te sueles preciar.

CELIA. Esta es la prueba mayor;
que nadie, aunque haya desvelos,
hasta que lleguen los celos
conoce si tiene amor.

(Vase CELIA.)

LISARDO. Trataremos nuestras cosas
como a los dos esté bien.

RODRIGO. Será fuerza que lo estén,
y allanar las más forzosas.
Demás que no he de salir
un punto de vuestro gusto.

LISARDO. Con vida y casa, y es justo,
siempre os tengo de servir.
¿Dónde están Celia y Teodora?

INÉS. Al coche pienso que van.

LISARDO. Pues solas pienso que están,
tratarán a solas ahora
de vuestra persona y talle.
Recoge, Fabio, la gente,
que se va el sol diligente.

FABIO. ¡Hola, Juan! Voy a avisalle
que llegue a esta orilla el coche.

(Vanse LISARDO, INÉS *y* FABIO.)

LISEO. Contento vas.

RODRIGO. ¡Ay, Liseo,
si pudiese mi deseo
dejar de ser esta noche!

LISEO. Cólera de un desposado
pienso que es el desear,
pues ha de tener lugar
casado para cansado.

(Vanse, y salen TEODORA, DON GARCÍA, PEDRO *y* LUCINDO.)

TEODORA. Bien presumo que te obliga
el sentimiento presente
de que Celia se te casa.

GARCÍA. No quiere amor que te niegue,
ni el tiempo, ni el ser quien soy,
la verdad, que trato siempre.
Yo dije a Celia favores,
porque me engañó de suerte
que entendí que eran verdades
cuantas me dijo, hasta verme
en el estado que ves.
No fué agraviarte sin verte,
y sin saber que tú fuiste
la causa de que la viese.
Ella se casa y me deja,
y pudiera, de tenerme
por marido, honrarse tanto
como del que a serlo viene.
Quise volverme a Granada,
y acordéme que las leyes
de amor dan licencia a un hombre
de que, ofendido, se vengue.
Yo quiero, Teodora hermosa,
si tú a mí me lo concedes,
quererte y vengarme.

TEODORA. Mira
que antes que a tratar comiences
dese amor y esa venganza
será muy justo que pienses
si puedes salir con todo.

LUCINDO. Si tú el amor agradeces
de don García, ¿qué dudas,
pues él te estima y te quiere,
de que los dos os venguéis?

TEODORA. Quien ama, ¡qué fácilmente
se persuade! Yo quiero
quererte y quiero creerte;
que por engaños de Celia
miré a Lisardo.

GARCÍA. Tú eres
mi solo bien. Estas zarzas
dan lugar a que aposentes
los brazos adonde el alma.

TEODORA. Yo los doy, si allá la tienes.

(Abrázanse, y sale CELIA, *y velos abrazados.)*

CELIA. ¿Hay tan gran facilidad?
Los hombres, ¿por qué encarecen
los engaños de su amor,
pues cuando mayor le sienten,
buscan más presto el remedio?
¡Ah! ¡Mal hayan las mujeres,
que cuando cogen alguno
no le matan y le tuercen
el alma hasta hacer, vengadas,
que de celosos revienten!
¡Mal haya la que se fía
de sus engaños, que suelen
costar las honras y vidas,
que ellos tan mal agradecen!
Que amor...

TEODORA. Celia viene,
y resultará, de verme,
alguna gran pesadumbre.
Mejor será que te deje.
Quédate adiós, y a la noche
no permitas que te espere
más de las horas que digo.

(Vase TEODORA.)

GARCÍA. El alma me llevas.

CELIA. Tenme
por la más cuerda mujer
que es posible encarecerte,
pues he podido mirarte,
villano mozo, insolente,
en brazos de mi enemiga
sin llegar, y como suele
ligero perro en el campo
coger la tímida liebre,
despedazar a Teodora
con las manos y los dientes.

GARCÍA. ¡Oh, qué gracia tan cansada!
¿De manera que tú quieres
estar en brazos de un hombre,
y que yo, por tus desdenes,
me vaya a ser ermitaño?

PEDRO. ¿Y tan mal comen y beben
los ermitaños agora,
que en la corte se entretienen?

LUCINDO. No tienes, Celia, razón;
que pues tú dices que emprendes
casarte, ya don García
disponer de su amor quiere.

CELIA. Sí; pero no con Teodora.

GARCÍA. ¿Por qué no?
CELIA. Porque me ofende
Teodora, con ser mi amiga.
En Madrid sobran mujeres;
enamórate, García,
pues ya lo quiso mi suerte,
que no te vea, ni oiga;
y no es bien que me atormentes
a los ojos con Teodora.
GARCÍA. Pues, si Teodora me quiere,
¿quieres tú que ande en Madrid,
donde amor se compra y vende,
a buscar una mujer
que me quiera tiernamente?
¿Quieres que ande con escalas
de noche a subir paredes?
CELIA. ¿Escalas? Eso era en tiempo,
si hay quien de aqueso se acuerde,
de Calixto y Melibea.
GARCÍA. Pues si tratan de intereses,
ya ves cuál me tienen pleitos.
Demás que tú no me puedes
pedir más obligaciones
que hablarte tan pocas veces.
CELIA. ¿No es obligación tocarme
una mano, y locamente
llegarme al rostro?
GARCÍA. Otras cosas
de más importancia suele
lavar en Madrid el río
al pasar de su corriente.
Lávate el rostro y las manos,
y harás que en ella se queden
mis atrevimientos locos.
CELIA. ¡Lindo, a fe! ¡Bravos desdenes!
Pegado te ha los donaires
Teodora. Pues oye: advierte
que fuertemente la quieras
y lo que has dicho sustentes;
porque si acaso, rendido
a alguna memoria, vuelves,
te he de hacer llorar seis años.

(Vase CELIA.*)*

GARCÍA. ¿Amenazas?... ¿Fuése?
LUCINDO. Fuése.
¿Ves si fué bueno el consejo?
GARCÍA. Celos es piedra en que quiere
amor quilatar el oro.
LUCINDO. No hayas miedo que te deje
esta mujer con Teodora.
GARCÍA. Más que siempre me atormente;
que en eso está mi descanso.
LUCINDO. ¿Qué aguardas?
GARCÍA. A sólo que entren
en el coche, para ver
si va dentro el novio.
LUCINDO. Advierte
que ya le toma la mano.
GARCÍA. Vengarse, Lucindo, quiere,
como ha visto que la miro.
LUCINDO. Pues finge que no lo sientes.
GARCÍA. ¡Los favores que le hace!
¡Plegue al cielo que te anegues,
coche, al entrar en el río!
PEDRO. Dicho y hecho.
GARCÍA. ¡Recogedme,
aguas, que a librarla voy!

(Vase.)

PEDRO. Echóse al agua.
LUCINDO. Ya quiere
salir con Celia a la orilla.

(Sale DON GARCÍA *con* CELIA *en brazos;* TEODORA, LISARDO, DON RODRIGO, LISEO, FABIO *y* INÉS.*)*

GARCÍA. De peligro como aqueste,
¿quién, si no yo, te librara?
CELIA. Mis brazos te lo agradecen,
cuando tú los estimaras.
RODRIGO. Mucho a este hidalgo se debe.
LISARDO. Si por él no hubiera sido,
cuanto bien tengo se pierde.
RODRIGO. Díganos vuesa merced
quién es, pues tan bien se debe
que le sirvamos.
GARCÍA. Señor,
aunque es traje diferente,
del oficio soy, señor;
mil remedios se me ofrecen:
maestro soy.
RODRIGO. ¿De las armas?
GARCÍA. No, señor; que solamente
coso y hago de vestir.
RODRIGO. Gallarda persona tiene.
GARCÍA. Pues sepa vuesa merced
que a quien el serlo pretende
le está muy bien el buen talle
y el vestir curiosamente;
porque al tomar la medida
a un príncipe, o si se ofrece
a alguna curiosa dama,
con buen talle a entrambos llegue;
demás que el oficio me honra,
que yo no a él.
RODRIGO. Puede hacerle

capitán su Majestad.
¿Quién son los que con él vienen?

GARCÍA. Oficiales míos son;
vizcaínos, buena gente.
Yo corto lo que ellos cosen.

LUCINDO. ¿Hay desatino como éste?

PEDRO. Sospecho que de turbado
se ha hecho sastre.

LUCINDO. Amor vence
el mayor entendimiento.

RODRIGO. Por servirle y por tenerle,
Lisardo, esta obligación,
quiero, si mi esposa quiere,
que el señor maestro haga
sus vistas.

GARCÍA. Yo vivo enfrente
de la señora Teodora.

RODRIGO. ¿Conócela? (58).

GARCÍA. Estoy de suerte
que no sé lo que responda.

RODRIGO. Para mañana se apreste,
pues que tendrá conocidos
los más ricos mercaderes.
Vamos al coche.

CELIA. Esté cerca,
por si otra vez se nos vuelve.

(Vanse; quedan DON GARCÍA, LUCINDO *y* PEDRO.)

LUCINDO. ¿Qué has hecho?

GARCÍA. Un sastre de amor
que anda en puntos de perderse.

LUCINDO. ¿Estás loco?

GARCÍA. Esa esperanza
llevo de Santiago el Verde.

ACTO TERCERO

(Salgan DON GARCÍA, LUCINDO *y* PEDRO.)

PEDRO. Esto he visto.

GARCÍA. Con razón,
Lucindo, el sentido pierdo.

LUCINDO. ¿Vos sois cuerdo?

GARCÍA. No soy cuerdo,
que los que aman no lo son.
En fin, ¿que viste sacar
las joyas?

PEDRO. Con estos ojos.

GARCÍA. ¿A qué pueden mis enojos
y sus mudanzas llegar?

PEDRO. En esa puerta, en efeto,
que llaman Guadalajara
y llamó "Guardalacara"
un escudero discreto,
Lisardo y el novio están
sacando telas, tabíes,
terciopelos, carmesíes,
pasamanos de Milán.
Yo vi rasos, verdemares,
y vi nácares. ¿Qué quieres
más de que ya las mujeres
se han convertido en altares?
¿Qué capilla, o yo me engaño,
tiene ornamentos mejores?
Ellas tienen sus colores
para las fiestas del año.
Que ya, para ser querida,
los hombres, ¡qué extraña cosa!,
no buscan la más hermosa,
sino la más bien vestida.
Con esto verás mujer
que con estas negras galas...

GARCÍA. Habla, Pedro, de las malas,
o procura enmudecer.
Que te daré, ¡vive Dios!,
una gentil cuchillada.

PEDRO. Loco está, todo le enfada.
Hablemos acá los dos.

LUCINDO. Antes en esto no es loco;
porque donde hay tantas buenas,
de tantas virtudes llenas,
dos malas importan poco.
Y creedme, don García,
que vos no os podréis quejar
sino de vos.

GARCÍA. ¿Qué es amar,
Lucindo, sino porfía?

LUCINDO. La mejor definición
de amor es ésa.

GARCÍA. Creer
palabras de una mujer,
me ha puesto en tal confusión.

LUCINDO. Quien pone en ellas firmeza,
ara el viento y siembra el mar.

GARCÍA. Bien las puede disculpar
su flaca naturaleza.
Un griego antiguo escribió
que a la vihuela de Apolo
saltó la prima, y al polo
a quejarse dél subió:
"Justicia, eternos jueces,

(58) El original decía "Con el cielo", errata evidente. Hartzenbusch la enmendó como se ha puesto.

dijo al trono de marfil;
que siendo la más sutil,
me toca Apolo más veces;
todos sus redobles son
en mi flaqueza, y no advierte
en tocar más la más fuerte,
pues menos toca el bordón.
O no tenga a razón poca,
cuando su canto celebre,
de que alguna vez me quiebre,
pues tantas veces me toca."
Dando con esto a entender,
comparación extremada,
que la cuerda más delgada
y sutil, que es la mujer,
pone un hombre tanto honor,
confianza, amor, verdad,
cuidado, gusto, lealtad,
recato, hacienda, valor,
que no es mucho, si la toca
tantas veces, que la pierda,
y, rota en partes la cuerda,
venga a parecernos loca.

LUCINDO. Ella habló como sutil
y de instrumento de Apolo;
que Séneca, que fué solo
en el aplauso gentil,
dijo que naturaleza
fué sabia en quitar poder
y fuerzas a la mujer;
porque a tener fortaleza,
no se pudiera vivir.

GARCÍA. ¿Qué importa, si en su hermosura
las dió la fuerza segura
con que nos pueden rendir?
Hércules, fuerzas tenía,
y como mujer hilaba,
porque una mujer que amaba
en mujer le convertía.
¡Ay, Dios! ¿Qué tengo de ha- [cer,
Lucindo, sin esperanza,
disculpando la mudanza,
que es débil cuerda en mujer?
Irme a Granada no puedo;
que mis negocios están
en estado que me dan,
si les vuelvo el rostro, miedo.
Pues ¿cómo podré sufrir
el ver a Celia casada?
Pero la invención pasada
será mejor proseguir,
sea o no sea locura.

PEDRO. ¿Cuál? ¿La del sastre, señor?

GARCÍA. Sí; que está desnudo amor,
y amor vestirse procura.

PEDRO. ¿A qué efeto?

GARCÍA. A entrar a ver
esta mujer que me mata.

PEDRO. Lucindo, ¡por Dios, que trata
mi amo echarse a perder!

LUCINDO. No lo intentes, don García,
que es desatino notable.

GARCÍA. Pues ¿cómo quieres que hable
a la ingrata prenda mía?
Dejadme ahora ser loco.

PEDRO. Dado que su sastre seas,
y que entres y que la veas,
que no es el peligro poco,
si te diesen a cortar
una tela, ¿qué has de hacer?

GARCÍA. ¿Hay más que echarla a perder
y allá volvella a comprar?

LUCINDO. ¡Muy buena ganancia es ésa!

PEDRO. ¡Lindo oficio!

LUCINDO. El arte alaba.

PEDRO. Será el sastre que cortaba
el paño y la sobremesa,
y decía: "¡Pesia tal,
qué linda tabla de paño!"

GARCÍA. Yo no siento que haya engaño
para remediar mi mal
como el de aquesta invención.

LUCINDO. Y el fin, ¿no se ha de mirar?

GARCÍA. Los que comienzan a amar,
como los valientes son.
Seguidme, que solamente
en su gusto amor repara;
porque si el fin se mirara,
no hubiera un hombre valiente.

(Vanse, y salga CELIA *sola.)*

CELIA. Amor, ¿en qué te ofendí,
que no me quieres dejar?
Si me fuerzan a casar,
¿qué se te da, amor, a ti?
¿Qué quieres, si no nací
para ser de don García,
con esa injusta porfía,
tan bárbara como tuya?
Pues el dejar de ser suya
consiste en que no soy mía.
Déjame, amor; que cuidados
imposibles no los precio.
No seas conmigo necio,
pues lo son los porfiados.

Cuatro requiebros pasados,
dos lágrimas y un papel,
¿qué importan, amor cruel?
No me mates, pues que miras
en las lágrimas mentiras
y fingimientos en él.
Demás, amor, que es locura
matarte, por lo imposible;
si te precias de invencible,
otras victorias procura.
Casada estaré segura,
si se vuelve don García
a Granada, aunque porfía
persuadirme con papeles;
que tú, con papeles sueles
quemar la nieve más fría.
Haz, amor, pues eres ciego,
aunque un papel me desmaya,
que a su Granada se vaya
y de Madrid salga luego;
no sean papeles fuego
de una casa tan honrada;
que no es bien, si estoy casada,
que quieras poner, amor,
color fingido a mi honor
con papeles de Granada.

(Sale Don Rodrigo.)

Rodrigo. Si, como yo, Celia hermosa,
soy un pobre mayorazgo,
aunque ya he dado en hallazgo
de ventura tan dichosa
como es tener por esposa
la hermosa prenda que adoro,
fuera Midas en tesoro,
o el persa Aquemenes fuera,
toda esta sala vistiera
de rubias láminas de oro.
Hoy, señora, os he sacado
diversas telas, que son
para vos, del corazón,
que a sus colores traslado (59).
Lisardo me ha reportado,
que, si no, diversas fueran;
mas no tales que pudieran
venceros en las colores,
si a sus primaveras, flores
las de los campos les dieran.
El oro es poco, y corrido
de no haber sido un tesoro;
porque quien es como un oro
guarnecerá su vestido.
Y, quedando guarnecido
del oro de su belleza,
será de tanta riqueza,
y diferencia en los dos,
que al vestido vistáis vos,
como a vos naturaleza.

Celia. Estoy muy agradecida
a la merced que me hacéis,
pues de favores queréis
dejarme tan bien vestida;
mas para toda la vida
yo tengo mejor vestido,
si habéis de ser mi marido,
que rasos ni telas de oro;
porque es el mayor tesoro
dueño gozado y querido.
Tratáis de honrarme, y ansí
me siento tan obligada.

Rodrigo. Para vos me dió Granada
el más rico carmesí;
Italia, rico tabí;
bizarras (60) telas, Milán.

Celia. En Granada siempre dan
colores al nombre iguales;
mas las de mercedes tales,
saliendo al rostro me van.
Y así, os suplico, señor,
licencia ahora me deis.

Rodrigo. Vos, señora, la tenéis,
con el porte de un favor.

Celia. ¿En qué os sirvo?

Rodrigo. Aunque el temor
me impide, una mano os pido.

Celia. Cuando seáis mi marido,
pues ya presto lo seréis,
de las dos escogeréis
la que fuéredes servido.

(Vase Celia, *y queda* Don Rodrigo.)

Rodrigo.

Amor, entre desdenes y favores,
me tienes en estado tan dudoso,
que no me falta, para ser celoso (61),
más que crédito dar a los temores.
Cuando miro de Celia los rigores,
estoy de los favores temeroso;

(59) Así en el autógrafo. En el impreso decía "su color retratado".

(60) En el impreso, "diversas".
(61) En ídem, "dichoso".

y cuando los favores animoso,
que son nublado, y sol, celos y amores.
Como se opone a su divina cara,
hasta que rompe sus oscuros velos,
y parece que el sol su curso para.
Así, por confusiones y desvelos,
hasta que el desengaño le declara,
se esconde amor, cuando le encubren celos.

(Salgan DON GARCÍA, LUCINDO *y* PEDRO, *de sastres.)*

GARCÍA. Aquí me dicen que está.
RODRIGO. ¿Es el maestro?
GARCÍA. Yo soy,
que de vos quejoso estoy.
RODRIGO. No tiene remedio ya
el daros aquesta obra;
perdonad; la culpa es vuestra,
pues sabéis la casa nuestra,
para acudir; basta y sobra,
ya que la vuestra no sabe
ninguno en casa.
GARCÍA. Teodora.
¿no la dijo?
RODRIGO. Esa señora
dijo que érades muy grave,
y no a propósito.
GARCÍA. Bien
me paga la vecindad,
y vos, con la voluntad
que os quise querer también.
La palabra me habéis dado;
mirad que sois caballero.
RODRIGO. Vino otro sastre primero,
con quien habemos sacado
los recados, que ya están
para que Celia los vea.
GARCÍA. Cuando mi zapato sea,
en lo que es vestir galán,
daré un ojo de la cara;
pues estos dos oficiales,
¿haylos en la corte iguales,
de corte, medida y vara?
Y por ti, menos haré (62)
la mitad.
RODRIGO. Yo no querría
pesadumbres.
GARCÍA. La porfía
cesará con que daré
al maestro veinte escudos.

(62) Estos dos versos dicen en el autógrafo:

Daça esa medida y vara,
que por lo menos haré.

RODRIGO. Como vos os obliguéis
a que no se queje (63), haréis
que quedemos todos mudos.
¿Cómo os llamáis?
GARCÍA. Justo.
RODRIGO. Nombre
notable en saste fué Justo.
GARCÍA. Antes porque visto al justo
es justo que así me (64) nombre.
Al justo se ha de pedir
lo que fuere menester,
a gusto se ha de comer
y justo se ha de vestir (65).
Y porque el vestir a gusto
también importa, es razón
ser justo, pues pocas son
las letras de gusto a justo.
Corre alguna injusta fama,
no en Madrid (66), donde hay maes-
tan hidalgos y tan diestros [tros
para vestir una dama
y un príncipe, que podrían
ser sus propios camareros,
y en todo tan verdaderos
que mil haciendas les fían.
De mí os sé decir que soy
el que dellos menos valgo,
y soy muy honrado (67) hidalgo
y en tal posesión estoy.
RODRIGO. ¿De dónde sois?
GARCÍA. Vizcaíno,
a vuestro servicio.
PEDRO. Y yo
¿soy barro, pues no nació
más noble hidalgo el tocino?
LUCINDO. Vuesa merced esté cierto
que le habemos de servir.
RODRIGO. Mi palabra he de cumplir,
pero con este concierto.
GARCÍA. Haré que a todo se allane.
RODRIGO. ¡Hola, Liseo!
LISEO. Señor.

(Salga LISEO.)

GARCÍA. Yo haré, no tengáis temor,

(63) En el impreso. "a desenojarle".
(64) En ídem, "me viene bien éste"
(65) En el autógrafo dicen estos dos versos:

al tiempo justo traer
y justamente vestir.

(66) En el autógrafo, "mas no aquí".
(67) En ídem, "y que soy muy bien".

que él no pierda y que yo gane.
RODRIGO. Di a mi esposa que está aquí
el maestro.
LISEO. ¿El de danzar?
RODRIGO. El de vestir.
LUCINDO. ¿Que a cortar
te atreves? ¿Estás en ti?

(Váyase LISEO.)

GARCÍA. Aquí no pienso hacer más
de tomalle la medida.
PEDRO. Ya viene.
GARCÍA. No vi en mi vida
tal gracia.
LUCINDO. Perdido estás.

(Salgan CELIA *y* INÉS.)

CELIA. Dícenme que estaba aquí
el maestro.
GARCÍA. Sí, señora.
CELIA. ¿Quién es?
GARCÍA. Yo vengo a serviros.
CELIA. ¡Jesús!
GARCÍA. Toda aquesta obra
don Rodrigo, mi señor,
me prometió.
INÉS. ¡Extraña cosa!
GARCÍA. Cuando quiso Manzanares
cubrir con humildes ondas
entre navíos de tierra (68)
vuestra dorada (69) carroza,
¿no os acordáis que os saqué
en brazos a la arenosa
playa de su verde orilla?
CELIA. Bien me acuerdo, y me alborota
el veros, porque el peligro
se me viene a la memoria.
GARCÍA. Que no hay peligro en quien ama
ni en la vida ni en la honra.
CELIA. A extraña cosa os pusistes.
GARCÍA. Por serviros fueran pocas
las hazañas de los griegos
sobre los muros de Troya.
CELIA. Salistes con vuestro intento.
GARCÍA. Y saliera de las rojas
llamas que a Mucio romano
dieron tan eterna loa.
CELIA. Sastre sois y historiador.
GARCÍA. Y sé de la sacra historia
que fué Dios mismo el primero
que cortó en el mundo ropas,
pues dice que a Adán y Eva
los vistió de pieles solas.
Mas dejando las divinas
por las humanas agora,
yo sé alguna, que es notable,
aunque aquí pocos la notan.
CELIA. Dejad historias, y haced
vestidos, que de una en otra
diréis alguna que os pese.
GARCÍA. De cierta mujer traidora
era la que yo decía;
que a un galán fué mentirosa,
y se casó con un hombre
que vino de Babilonia,
no más de porque le vió
con sus espuelas y botas.
CELIA. Notable historia.
GARCÍA. Es muy linda.
CELIA. ¿Y acabáronse las bodas?
GARCÍA. Si se hubieran acabado,
dijera al fin de la obra
el autor de aqueste cuento (70):
aquí gracia y después gloria.
RODRIGO. Dad por mi vida, maestro,
esa historia para coplas
a un ciego que la pregone
y a un necio que la componga.
GARCÍA. Ya, señor, la escribe un necio
y otro ciego la pregona.
RODRIGO. No sé cómo se consiente
que mil inventadas cosas
por ignorantes se vendan
por los ciegos que las toman.
Allí se cuentan milagros,
martirios, muertes, deshonras
que no han pasado en el mundo,
y al fin se venden y compran.
¿Pues qué si toman el nombre,
para que sean famosas,
de algún hombre conocido?
No hay muladar que no corran,
estando el otro inocente.
Ahora bien; medida toma
al vestido, y llevarán
las sedas a donde posas.
GARCÍA. Vuesa merced enderece
el cuerpo. ¡Gentil persona,
si no fuera tan gentil,

(68) En el impreso, "nieve", por errata.
(69) En el autógrafo, "gallarda".
(70) En el autógrafo, "el galán de aquesta dama".

que ya no hay fe que no rompa!
CELIA. ¿Parézcoos gentil?
GARCÍA. Y tanto,
que ya no hay turca ni mora
que me lo parezca más.
CELIA. Todo a un loco se perdona.
GARCÍA. ¿Está bien (71) de aqueste largo?
CELIA. Si es largo como la historia,
arrastrará por el suelo;
pero lo que arrastra honra.
GARCÍA. El ruedo, dieciséis (72) palmos;
la manga, entre larga y corta;
de la ropa condiciones
de cierta mujer hermosa,
larga en prometer palabras,
corta en cumplirlas con obras.
La cintura así se mide.
PEDRO. ¿No ves que la abraza agora?
GARCÍA. Al fin te tengo (73) en mis brazos,
deuda de mi amor tan propia.
CELIA. Calla, atrevido, que estoy
temblando.
LUCINDO. Invención famosa.
GARCÍA. ¿El cuello está bien así?
CELIA. ¿Volveréme a la redonda?
GARCÍA. No, que aun en tan breve ausencia
es la vuelta peligrosa.
Mostrad (74) los brazos. ¡Ay, Dios,
qué pido!
CELIA. La manga, corta,
al uso; mas no de suerte
que parezca vanagloria.
RODRIGO. Dan agora las mujeres
en traer muñecas gordas.
PEDRO. Darles sustancias y pistos.
GARCÍA. Esto es hecho.
CELIA. Yo estoy loca
de ver tu atrevido pecho.
GARCÍA. ¿Mi atrevimiento te enoja?
Pues más te queda por ver.
¿Dónde están las sedas?
RODRIGO. ¡Hola!
Dad las sedas al maestro.
GARCÍA. Martín, esas telas toma.
INÉS. ¿Y a mí, señor, no es razón
que me déis alguna cosa?
¿Tengo de salir ansí
a acompañar vuestra novia?

(71) En el autógrafo, "¿Agrádaos".
(72) En ídem, "catorce".
(73) En ídem, "En fin, estás".
(74) En ídem, "Dadme".

RODRIGO. ¿Qué quiere Inés que le dé?
INÉS. Un vestido que me ponga
en vuestras bodas, señor.
RODRIGO. Desde el chapín a las tocas
tendrá la señora Inés.
INÉS. Mil años goces tu esposa.
GARCÍA. ¿Para qué es bueno mil años?
Pues una mujer no es moza
de treinta.
PEDRO. Yo he visto algunas
que con un siete y tres sotas
descubren treinta, y el siete
entre las cartas arrojan;
y como si fueran niñas
juegan, triscan (75) y enamoran
mozuelos cuyos abuelos
las sirvieron (76) cuando mozas.
RODRIGO. Son cuerpos embalsamados.
PEDRO. Son muchachas a la sombra;
pero al sol vuélvenle sastre,
que les hace al rostro (77) alforzas.
RODRIGO. Diga, maestro, ¿qué varas
entrarán en saya y ropa
de Inés?
GARCÍA. Dilo tú, Martín;
que yo no visto personas
menos que Celia.
PEDRO. ¿Yo?
GARCÍA. Sí.
PEDRO. ¡Que gustes de aquestas cosas! (78)
Para ropa y saya a Inés
trescientas varas le importan.
RODRIGO. ¿Trescientas?
PEDRO. De pasamanos
¿es mucho?
RODRIGO. No digo agora
sino de seda.
PEDRO. De seda,
treinta varas son forzosas.
RODRIGO. ¿Treinta?
PEDRO. ¿No ha de ser holgado
para si después engorda?
RODRIGO. Cofrade sois del pendón.
PEDRO. Lléguese acá. No se corra,

(75) En el impreso, "buscan", por errata.
(76) En ídem, "tuvieron", por errata.
(77) En ídem, "mil".
(78) En ídem, estos versos dicen:

Martín, dilo tú,
que yo visto otras personas.
PEDRO. ¿Yo?
GARCÍA. Sí, acaba; ¿qué reparas?
PEDRO. ¡Que gustes de aquestas cosas!

que sin medida no es mucho
errar diez varas.

INÉS. Descoja
el pergamino.

(Saca PEDRO *una medida muy larga.)*

PEDRO. ¡Oh, qué tercios!
¡Bendígate Dios, cachorra!
Del cuerpo es esta medida (79).

INÉS. Mire que no quede angosta
la manga.

PEDRO. Yo se la haré
que pueda servir de alforja.

INÉS. Y el cuello ¿cómo ha de ser?

PEDRO. Que quede como una gola;
ora traiga lechuguillas,
ora se quede en valona (80).
La cintura, un poco estrecha.
Aquesos brazos desdobla.

INÉS. Velos aquí.

PEDRO. Bien están.

INÉS. Advierta cómo la aforra.

PEDRO. ¿Ha de haber trencillas?

INÉS. Sí.

PEDRO. Cien onzas (81) serán forzosas.

INÉS. Con tigres le daré yo.

PEDRO. Volveré después que comas,
a probártelo hilvanado (82).

RODRIGO. Vamos, maestro, que importa
que os deis prisa.

GARCÍA. Doyme tanta,
que hasta acabar esta obra
no tendrá sosiego el alma.

RODRIGO. Hacéisme una gran lisonja.

(Váyanse DON GARCÍA, DON RODRIGO, LUCINDO *y* PEDRO, *y queden* CELIA *y* INÉS.)

CELIA. No me he visto tan confusa
en toda mi vida, Inés.

INÉS. Como en el mundo se usa
tanto engaño, pienso que es,
si no es que el amor le excusa,
tan sastre como mi abuelo.

CELIA. Que ha sido invención recelo
para verme; mas el ver
que el oficio sabe hacer
me pone en mayor desvelo.

(79) En el autógrafo, "Enderece el cuerpo bien".
(80) En el impreso faltan estos cuatro versos.
(81) En ídem, "varas".
(82) Faltan estos dos versos en el impreso.

Por otra parte, imagino
que siendo oficial no hiciera
este loco desatino,
porque vergüenza tuviera.

INÉS. Pues yo a la opinión me inclino
de que es o ha sido oficial (83)
engerido en caballero.

CELIA. Talle de hombre principal
tiene.

INÉS. No será el primero
que habrá hecho engaño igual (84);
que muchos han engañado
mujeres de tu valor.

CELIA. Todo el amor ha quitado,
porque es sin medida amor,
y medida me ha tomado.

INÉS. Si este oficio no supiera,
¿cómo medida tomara,
cómo tus vistas hiciera,
cómo pergamino y vara,
cómo oficiales trujera?
No hay duda que es oficial,
y viéndote enamorada,
mujer rica y principal,
fingió ser noble en Granada.

CELIA. ¿Hay atrevimiento igual?
Querer quiero a don Rodrigo.

(Salga TEODORA, *con manto.)*

TEODORA. Ya que es cierto el casamiento,
me vuelvo a amistar contigo.

CELIA. Con injusto pensamiento
te has enojado conmigo.

TEODORA. No presumas que te hablara
si casada no te viera;
y pues ya tu intento para,
deja que la prenda quiera
que me ha costado tan cara.

CELIA. Yo, Teodora, haré muy poco
en dejarte un hombre tal (85),
pues a risa me provoco
de ver que siendo oficial
tuviese intento tan loco
que haciéndose caballero
quisiese casar conmigo,
y que ha de engañarte espero.

(83) Este verso y el anterior dicen en el impreso:

De aquesto que he visto infiero
que aquél ha sido oficial.

(84) Falta en el impreso este verso.
(85) En el autógrafo, "igual".

TEODORA. Fingiólo por don Rodrigo.
CELIA. Míralo muy bien primero,
que ahora ha venido aquí
y medida me ha tomado.
TEODORA. ¿Para tus vestidos?
CELIA. Sí;
pero en la seda ha cortado,
gracias a amor, que no en mí.
TEODORA. Que, en fin, ¿él se declaró
por oficial?
CELIA. Libremente,
como casada me vió.
TEODORA. Pues ¿cómo con tanta gente
le he visto a caballo yo?
CELIA. Como esos milagros hace
el engaño o el dinero,
si a mil faltando deshace (86).
¿Es mucho hacer caballero
a un hombre que no lo nace?
TEODORA. ¡Ay, Celia! No más engaños
de forasteros traidores;
no quiero más desengaños
ni casarme por amores,
ocasión de tantos daños.
Hazme placer (87) de tratar
con tu hermano el casamiento
que hasta aquí me dió pesar.

(Salgan LISARDO *y* FABIO.)

LISARDO. ¿Dónde queda?
FABIO. En su aposento.
LISARDO. No le vayas a llamar,
que acaso escribe a Toledo.
FABIO. Aquí están Celia y Teodora.
LISARDO. Con eso contento quedo.
CELIA. Este es mi hermano, y agora (88)
decirle tu intento puedo.
LISARDO. Honráis con mucha razón
Teodora, esta casa vuestra,
y más en esta ocasión.
TEODORA. A la antigua amistad nuestra
responde mi obligación.
LISARDO. Tengo a mi Celia casada
con un galán caballero.
TEODORA. Ella está bien empleada.

(86) Falta en el impreso este verso.
(87) En el impreso, "merced".
(88) Este verso y el anterior dicen en el autógrafo:

TEODORA. Admirado me ha el enredo.
¿Es Lisardo?
CELIA. Sí; y agora.

CELIA. Que ha de estar Teodora espero
más que envidiosa envidiada,
y casar juntas las dos.
LISARDO. Pues ¿con quién se ha de casar?
CELIA. Con vos.
LISARDO. ¿Conmigo?
TEODORA. Si vos
no amáis en otro lugar.
LISARDO. ¡Ni en otro mundo, por Dios!
CELIA. No te turbes, que ya tiene
Teodora resolución,
y a saber la tuya viene.
LISARDO. Quien sabe (89) mi pretensión,
¿qué dilaciones previene?
Yo soy suyo, y lo he de ser.
TEODORA. Yo quisiera merecer
tal marido y tal cuñada.
LISARDO. Ocasión tan deseada
bien me puede enloquecer.
Haremos dos casamientos
juntos que a la corte admiren.
CELIA. ¿Qué hay, Inés?
INÉS. Con mil contentos
te escucho.
CELIA. Aunque más suspiren (90)
mis pasados (91) pensamientos,
he de ser de don Rodrigo.
INÉS. ¿Aún piensas que es don García
aquel fingido enemigo...?
CELIA. Bizarro talle tenía.
No puedo acabar conmigo
aquella imaginación.
LISARDO. Así queda concertado,
y en prendas desta afición,
Fabio.
FABIO. Señor.
LISARDO. Con cuidado,
como pide la ocasión,
llama a Justo, sastre nuestro;
vístame de oro a Teodora.
TEODORA. ¿Qué Justo?
LISARDO. El hombre más diestro
que tiene la corte agora.
Es excelente maestro.
Saque telas y tabíes,
blancos, verdes, carmesíes;
robe esas tiendas un día,
mientras yo a la Platería
sus diamantes y rubíes.

(89) En el impreso, "sabiendo".
(90) En ídem, "me retiren".
(91) En ídem, "cobardes".

Guarniciones y labores
trazaréis juntas las dos;
vos casaréis las colores;
que yo, casado con vos,
sabré casar los amores.

CELIA. No quiero mayor ventura.
Vamos al jardín, en tanto
que viene el sastre.

TEODORA. Segura
voy que habéis de amarme cuan-
mi amor amaros procura. [to (92)

(Váyanse TEODORA *y* LISARDO *de las manos; quedan* CELIA *y* INÉS.)

INÉS. Ya como casados van.
CELIA. Las manos, Inés, se dan.
INÉS. Espántome de Teodora.
CELIA. ¡Qué presto que se enamora!
INÉS. Lisardo es mozo y galán,
y merece su favor.
CELIA. ¿Quién dijera a mi temor,
que estas quimeras dibuja,
que se volviera en aguja
tan fuerte flecha de amor?

(Váyanse; salga DON GARCÍA *y un* SASTRE.) (93)

SASTRE. ¿Cómo os podéis disculpar,
sabiendo que estos vestidos
acabo yo de sacar?
GARCÍA. Con que son de mí servidos,
y que lo pueden mandar.
SASTRE. Nunca vos habéis cortado
vara de seda en su casa.
GARCÍA. Ni en otra, ni aun lo he pensado.
SASTRE. Acá en la corte no pasa
por agravio; un hombbre honrado
y un oficial forastero
como vos, ha de vivir
muy humilde.
GARCÍA. Yo no quiero,
maestro, con vos reñir.
SASTRE. ¡Qué grave y qué caballero
se entró el señor a cortar (94)
las sedas que yo saqué!
GARCÍA. Enviáronme a llamar.
SASTRE. Saque la espada.
GARCÍA. Podré
mejor con ella cortar
que con las tijeras puedo,
que en mi vida las tomé,
porque la sangre que heredo
deuda de la espada fué,
que nunca vió el rostro al miedo.
¿Sois hidalgo?
SASTRE. Bien podéis
reñir conmigo.
GARCÍA. Es a efeto
de que un secreto guardéis.
SASTRE. Como hidalgo os lo prometo,
si sois más que dicho habéis.

GARCÍA.

Yo soy un caballero de Granada
que a ciertos pleitos en la corte asisto;
de casa y de familia tan honrada,
que en ella algunos títulos he visto.
Celia, de vos servida y de mí amada,
pues con tantos peligros la conquisto,
me quiso ver por fama de otra dama,
que amor asienta bien sobre la fama.
Vine a satisfacer un testimonio,
por ventura, invención, y hallé, informado
de su valor (95), hacienda y patrimonio.
Quedé para casarme aficionado.
Estaba desta dama el matrimonio
con otro caballero concertado,
que vino el día de Santiago el Verde,
bien negro para el alma que la pierde.
Por no ser conocido, el mismo día
fingí ser oficial, y para vella
tuve de hacer sus vistas osadía;
vistas para cegar si he de perdella;
sin medir el peligro que tenía
la medida he tomado a Celia bella,
tan logrados de amor los desvaríos,
que vi sus bellos brazos en los míos.
Las sedas truje, en fin, mas con intento
de buscaros (96) y, siendo tan honrado,
deciros, como veis, mi pensamiento,
de vuestro talle y término fiado;
y por que no se entienda lo que intento,
después que hayáis (97) las vistas acabado

(92) Estos versos dicen en el impreso:

CELIA. No quiero mayor ventura
si viene el sastre.
TEODORA. Segura
iré, Lisardo, entre tanto
que habéis de pagarme cuanto.

(93) Esta acotación dice en el autógrafo: "Entrense; y salgan Ricardo, sastre y don García).
(94) En el autógrafo, "tomar".

(95) En el autógrafo, "hermosura".
(96) En el impreso, "llamaros".
(97) En ídem, "en habiendo".

me las daréis, para que yo las lleve
y vista al mismo sol, si hay sol de nieve.
Con esto pasaré los tristes días
que he de estar en Madrid, pues sólo aguardo
verla casar, creciendo en mis porfías
los celos de un marido tan gallardo,
que entonces piensan las historias mías
declarar mis desdichas a Lisardo
diciéndole quién soy, y que en Granada
tiene una alma, una vida y una espada.
Pagaré las hechuras, y sin ellas
os daré una cadena que tenía
para la hermosa Celia, en cuyas bellas
manos, ¡ay, Dios!, mi boca puse un día.
Llevad las sedas o enviad por ellas.
Quien digo soy; mi nombre, don García.
Este, mi pensamiento, y esta historia,
principio de mi mal, fin de mi gloria.

SASTRE. Estoy con mucha razón
de escucharos admirado.
Casos de amor siempre son
notables.
GARCÍA. Yo os he fiado
por mercader de afición.
Las telas de mi secreto
cortad como os diere gusto.
SASTRE. Vestirle justo os prometo
y vestir a Celia al justo
vuestro amoroso sujeto,
que yo tengo las medidas
de otras ropas que le he hecho
y cuantas hoy trae vestidas.
GARCÍA. Estoy de vos satisfecho.
SASTRE. Perderé por vos mil vidas.
GARCÍA. Dios os guarde (98).

(Vase.)

SASTRE. ¿Quién dijera
que este hidalgo no era sastre?
Dicha ha sido, pues pudiera
sucederme algún desastre
con que de sastre saliera.

(Váyanse; salgan CELIA *y* LISARDO.)

LISARDO. Esto que te digo vi.
CELIA. Pienso que te has engañado.
LISARDO. A palacio descuidado
aquesta mañana fuí
porque daba el Duque audiencia;
y entre muchos caballeros,
de hábito, de los primeros
entró a hablar a su excelencia.
CELIA. ¿Nuestro sastre?
LISARDO. El mismo digo,
y vi que, cuando salió,
con ellos se paseó
y habló como yo contigo.
CELIA. ¿Justo, el que mis vistas hace?
LISARDO. Justo, el que tus ropas cose.
CELIA. ¿Y en qué paró?
LISARDO. Despidióse,
y como no satisface
a la opinión recibida
lo que puede ser engaño,
y un suceso, por lo extraño,
a curiosidad convida,
seguíle, y vi que subió
en el poyo del zaguán
en un caballo alazán
que Córdoba no le vió
mejor en la verde orilla
del claro Guadalquivir.
CELIA. Sólo te puedo decir
que me espanta y maravilla
que aquí de vestir me corte
y allá mude el mismo ser.
LISARDO. Como eso pueden hacer
los milagros de la corte.
Dos lacayos, cuatro pajes
le acompañaban. Llegué,
y al uno le pregunté,
viéndolos en buenos trajes,
con el sombrero en la mano:
"¿Quién es este caballero?"
y él me dijo: "Un forastero";
y luego, muy cortesano,
me contó cómo venía
de Granada, y pleiteaba
cierta hacienda, y se llamaba...
ya me acuerdo: don García.
CELIA. Mira, hermano, que sospecho
que serán muy parecidos.
LISARDO. Sí, porque cortar vestidos
como vemos que lo ha hecho,
y tener su tienda aquí
y ser caballero allá,
fuera de razón está;
mas ¡vive Dios!, que le vi.
CELIA. ¿Mirástele bien la cara?
LISARDO. Dos mil veces le miré,
y le fuí siguiendo a pie
y fuera adonde parara,

(98) En el autógrafo, "Quedad con Dios".

sino que se entró en Santiago
y a oír misa se quedó.

CELIA. El recelo que me dió
con la verdad (99) satisfago.
Sin duda que es quien decía,
y que amor, que es gran maestro
de enredos, hizo tan diestro
y atrevido a don García.
¿Hay tal disimulación?
¿Hay tal tomar de medida?

(Salgan DON GARCÍA, LUCINDO *y* PEDRO, *y* INÉS *con un jubón en las manos.)*

INÉS. Ya ha rato que está vestida.
GARCÍA. Probarle quiero el jubón.
CELIA. Ves aquí nuestro oficial.
LISARDO. Celia, aqueste mismo vi.
CELIA. Engáñaste.
LISARDO. O yo perdí
el seso.
CELIA. Miraste mal;
que sería parecido
a este hombre ese don García,
engaño que cada día
a muchos ha sucedido (100).
No, hermano.
LISARDO. Pues ¿quién será?
CELIA. El sastre que veis.
LISARDO. No quiero
porfiar. Yo voy a ver
tu esposo.

(Vase LISARDO.)

CELIA. Si él lo ha de ser.
Engaños de amor, ¿qué espero?
¿Está abotonado ya? [(101).
GARCÍA. Ya del todo está acabado.
INÉS. ¿Y el mío, está abotonado,
señor Pedro?

(99) En el autógrafo, "brevedad".

(100) En lugar de estos versos pone el impreso estos otros:

INÉS. Aquí con su hermano está.
Señora, el sastre está aquí.
LISARDO. ¿Que no es éste el que yo vi?
CELIA. No, hermano.
LISARDO. ¿Pues quién será?
CELIA. ¿Qué sé yo? El sastre.
LISARDO. No quiero.

(101) Después de este verso intercala el autógrafo este otro suelto, necesario para el sentido. Se conoce que se le olvidó a Lope completar la redondilla.

PEDRO. Ya lo está,
mas con botones de fuego.
INÉS. ¿Requebritos, sastre mío?
PEDRO. Ya es malo, en tiempo de frío.
GARCÍA. Pruébese el jubón, que luego
traerán la basquiña y ropa.
CELIA. ¿Qué he de probarme, embaidor?
GARCÍA. ¿Cómo embaidor?
CELIA. Y el mayor
que ha visto ni tiene Europa.
¿Qué es aquesto, don García?
¿Dónde va tu pensamiento
con aqueste atrevimiento?
Mira que este mismo día
te vió en palacio Lisardo
ir por detrás de San Juan
en un caballo alazán,
tan galán como gallardo.
Mira que me ha dicho aquí
cosas que me dan sospecha.
GARCÍA. Mujer de mentiras hecha,
tu engaño me ha puesto ansí.
Por poder entrar a verte
proseguí lo que turbado
le dije a tu desposado
para procurar mi muerte,
para destruir mi honor.
¿Qué piensas hacer de mí,
pues ha nacido de ti
la confusión de mi amor?
¿Yo no me estaba en mi casa,
di? ¿Para qué me escribías?
¿Por qué quererme fingías,
nieve que mi pecho abrasa?
¿Por qué me tomaste prendas
de mis pasados amores?
¿Por qué me hiciste favores
y llevaste el alma en prendas? (102)
Pues ¡vive Dios!, enemiga,
que me tengo de matar,
y que te he de deshonrar,
y hacer que un papel le diga
a don Rodrigo tu engaño.

(Hase de alborotar CELIA.)

Mas no haré; no tengas pena,
que habla el alma, loca y llena
de tu amor y de mi daño.
Yo me partiré a Granada;

(102) Faltan en el impreso los doce versos anteriores.

allá me pienso morir;
que pensar sin ti vivir,
ángel, es cosa excusada.

CELIA. ¡Qué bien engañan los hom- [bres!
¿Hay ruiseñor que así cante?
¿Hay hechizo semejante,
tales ansias, tales nombres?
"Yo me partiré a Granada;

(Fisgando.)

allá me pienso morir;
que pensar sin ti vivir,
ángel, es cosa excusada."
¡Ay, García: yo sería
tuya, si pudiese ser!

GARCÍA. ¿Quieres tú ser mi mujer?

CELIA. Quiero y no puedo, García.

GARCÍA. Pues vete, y déjame aquí.

CELIA. ¿Qué has de hacer?

GARCÍA. Trazas de amor.

CELIA. Salvo mi honor.

GARCÍA. Es tu honor
luz que resplandece en mí.

INÉS. ¡Ay, señora! ¡Don Rodrigo!

(Salga DON RODRIGO.)

RODRIGO. ¿Qué hay, maestro?

GARCÍA. Este jubón
truje a probar.

INÉS. ¿Y el moscón,
no prueba nada conmigo?

PEDRO. Los abanillos, por Dios,
faltan de asentar, Inés.

RODRIGO. ¿Probástele?

CELIA. Lindo es,
y entendámonos los dos,
porque es sastre liberal,
de que estoy agradecida,
porque no he visto en mi vida
tan excelente oficial.
Pensé yo que mentiría,
como lo suelen hacer,
pero he venido a saber (103)
que es verdad cuanto decía.

(Váyanse CELIA, INÉS, LUCINDO *y* PEDRO; *queden* DON GARCÍA *y* DON RODRIGO.)

RODRIGO. ¿No es muy gallarda mi esposa,
maestro?

GARCÍA. Muchas he visto
y muchas visto, y ninguna
tan bella me ha parecido.
Es un ángel, y creedme,
porque los sastres nacimos
con estrellas de pintores,
diferenciando el oficio
en que ellos hacen las caras
y nosotros los vestidos;
y así, sabemos (104) los cuerpos
proporcionados y lindos,
como el arte del pintor,
por sus líneas y artificios.

RODRIGO. Yo os he cobrado afición,
y quiero ser vuestro amigo.

GARCÍA. Pagáisme, señor, con eso
la afición que os he tenido;
pero pésame del nombre,
que el amigo leal y limpio
está obligado al honor
de su amigo.

RODRIGO. ¿Qué habéis dicho?

GARCÍA. ¿Si un hombre honrado supiese
de su amigo un gran peligro,
no le había de avisar?

RODRIGO. Claro está.

GARCÍA. Pues ya os aviso,
cumpliendo con serlo vuestro,
como hidalgo vizcaíno (105),
que erráis este casamiento;
no porque pueda deciros
de Celia falta ninguna,
sino que como la visto,
he hecho mil ricas galas
y tan costosos vestidos,
que en los de mi profesión
han bastado hacerme rico.
Estos no los dió uno sólo;
sospecho que cuatro o cinco
han tenido este cuidado.
Discreto sois: harto os digo.

RODRIGO. Y tanto, señor maestro;
que, como a su huésped dijo
el otro que comió mal,
pienso deciros lo mismo,
porque no pensé, ¡por Dios!,
que fuéramos tan amigos;
y esto lo echaréis de ver.
Mas creed que este consejo
de tal manera lo estimo
como os lo dirá el efeto
desta cadena.

(103) En el impreso, "entender".

(104) En el impreso, "sacamos".
(105) Faltan este verso y el anterior en el impreso.

GARCÍA. No soy
hombre que tales avisos
los digo por interés.
Lisardo viene: suplico
a vuesa merced no diga
cosa de cuanto he dicho;
que bien sabrá, si es discreto,
agradecer mi servicio
y repararse del daño.
Adiós (106).

RODRIGO. Yo quedo perdido.

¡Ah, Babilonia! ¡Cuán confusamente
cubres tu error con máquinas de engaños,
donde no puede (107) prevenir los daños
quien (108) en el alma los agravios siente!
La variedad (109) de lenguas y de gente
sobredora pacífica tus daños.
Dichoso el que sintió tus desengaños
antes que le saliesen a la frente.
No más, injusto (110) amor; no me defiendas
de aqueste laberinto la salida,
por más que hacerme bárbaro pretendas.
Animo, honor; la causa me convida (111);
porque es casarse mal, quien tiene prendas,
comprar una deshonra de por vida.

(Salga LISARDO.)

LISARDO. ¿Dónde bueno desta suerte?

RODRIGO. Si no me encontráis, os digo
que me voy sin despedirme.

LISARDO. Pues ¿cómo sin despediros?
Y ¿adónde vais?

RODRIGO. A Toledo.

LISARDO. ¿A qué efeto?

RODRIGO. Estando herido
prometí a Dios si sanaba
ser religioso francisco.
No me acordaba del voto,
que es de pechos como el mío,
pasada la tempestad,
poner el voto en olvido.
En llegando a esta casa,
se me acordó; Dios lo quiso;
consultélo con letrados,
y todos juntos me han dicho
que no me puedo casar.
¡Estoy que pierdo el jüicio!

LISARDA. Pues ¿no puede conmutarse?

RODRIGO. No hay orden.

LISARDO. Pues, don Rodrigo,
para no haber de casaros
no habéis de estar, por Dios vivo,
sólo un momento en mi casa.

RODRIGO. Lisardo, yo os certifico
que más que vos lo deseo.
Voy a buscar a Fabricio
para que saque mi ropa,
porque ya Liseo es ido
a buscarme un coche.

LISARDO. Adiós.

RODRIGO. Quedad con Dios.

(Vase.)

LISARDO. No se ha visto
tan gran deshonra. Me espanto
cómo he podido sufrirlo.
Por eso me di tal priesa
a echarle, que estoy corrido
de suerte que estuve a pique
de hacer algún desatino. (112)
¿Hay tal suceso? ¿Hay tal cosa?

(Salgan DON GARCÍA, CELIA, TEODORA *y* INÉS)

CELIA. Digo que viene nacido.

GARCÍA. Mal conoces mi destreza.

LISARDO. ¿Qué es eso, hermana?

CELIA. Ha traído
Justo el jubón, y me viene
como pintado.

GARCÍA. A quien visto,
de tal manera le asienta,
que parece que lo pinto.

CELIA. ¿De qué estás triste?

LISARDO. No sé.

TEODORA. Si es porque Teodora vino,
sabráse volver Teodora.

LISARDO. Es agravio conocido
decir que por vos lo estoy.

GARCÍA. ¿Soy por quien estáis mohino?

---

(106) Faltan en el impreso los doce versos anteriores. En lugar de ellos hay éstos:

Y que os sirváis os suplico
de mi persona y mi casa.
GARCÍA. Adiós.

(107) En el impreso, "pues no se pueden".
(108) En ídem, "del que".
(109) En ídem, "confusión".
(110) En ídem, "tirano".
(111) En el autógrafo, "la causa a la partida"; pero parece errata o descuido.

(112) En el impreso faltan estos tres versos anteriores, sustituídos por el que dice:

de lo que ha pasado aquí.

¿Era, por dicha, Lisardo,
alguno destos vestidos?

LISARDO. Más antes no servirán;
porque el señor don Rodrigo
se va a Toledo.

CELIA. ¿A Toledo?

LISARDO. En este punto me dijo
que estando herido hizo voto,
y que es forzoso cumplirlo.

CELIA. ¿De qué?

LISARDO. De ser religioso (113);
y es que por este camino
quiere romper los conciertos,
y estoy que pierdo el sentido;
porque sospecho que infames
alguna cosa le han dicho.

TEODORA. Siempre hay en los casamientos
envidiosos enemigos.
¿El, en efecto, se va?

CELIA. Vaya el necio, que yo he sido
muy venturosa en perderle.

LISARDO. ¡Ay, Celia! Yo me lastimo
de mi honor, y estoy en puntos
de matarle en desafío,
y aun dentro de su aposento.

GARCÍA. Si el honor que habéis perdido
con la opinión se remedia (114)
con dar a Celia marido,
yo conozco un caballero
que varias veces me ha dicho
que se casará con Celia,
de enamorado y perdido,
sin que le deis un escudo.

LISARDO. ¿Es bien nacido?

GARCÍA. Es tan limpio
como el sol. A mí me daba,
por que viniese a decirlo,
una joya de diamantes;
mas somos los vizcaínos
muy cortos para alcahuetes;
porque sé que deste oficio
hallara quien le matara,
cuando el recado me dijo.

LISARDO. ¿Y de dónde es?

GARCÍA. De Granada.

LISARDO. ¿Mozo?

GARCÍA. Mozo.

LISARDO. ¿Rico?

GARCÍA. Rico.

LISARDO. ¿Y qué nombre?

GARCÍA. Don García;
que, por serme parecido,
tenemos grande amistad,
y casi juntos vivimos.
Mil hombres, por él me tienen.

LISARDO. Celia, el hombre que yo he visto
es aqueste caballero
que quiere ser tu marido (115).

CELIA. Holgaríame de ver
hombre que nos ha traído
en aquesta confusión (116).

GARCÍA. Pues si en el traerle os sirvo,
aguardad (117) un poco aquí.

CELIA. (¿Hay hombre tan atrevido?
¡Cielos! ¿En qué ha de parar
tan confuso laberinto?)

(Salga DON RODRIGO.)

RODRIGO. Para partirme a Toledo,
licencia vengo a pediros,
y a lamentarme del daño
de haber a Celia perdido;
que alcanza toda mi casa,
deudos, parientes y amigos,
y que me deja tan triste (118)
que, a no pensar que me privo
del mundo, en la Religión,
hiciera mil desatinos.
Dame, Lisardo, esos brazos.

LISARDO. No estoy ya tan ofendido
como lo pensaba estar,
pues habiéndonos escrito
mil veces en los conciertos,
nunca me habéis advertido
del voto que me decís.
Pero quedemos amigos;
que al desposorio de Celia
para esta noche os convido.

RODRIGO. ¿Tan presto casada está,
pues apenas me despido (119),
cuando la tenéis casada?

(Salga FABIO, *criado.)*

---

(113) Faltan estos cuatro versos en el impreso, que se sustituyen por éstos:

TEODORA. ¿Pues a qué?
LISARDO. De religioso hizo votos.

(114) En el impreso, "restaura".

(115) En el impreso, "casar contigo".
(116) En ídem, "tan grande".
(117) En ídem, "esperadme".
(118) En ídem, "tiene de suerte".
(119) Aquí acaba el autógrafo. Pero en lugar de este verso y el anterior dice:

¿Celia se casa? ¿Con quién?
Pues apenas me despido...

FABIO. Aquí, señor, ha venido
un caballero galán,
que dice que es granadino,
y me pregunta por ti;
pero parece infinito
a Justo, el sastre de casa.

LISARDO. Celia, aqueste es tu marido.

(Salgan dos CABALLEROS, *de hábito, y* DON GARCÍA, *vestido muy galán, y* LUCINDO *y* PEDRO.)

GARCÍA. Dame, Lisardo, esos brazos.

LISARDO. ¿Qué es esto?

GARCÍA. Justo me ha dicho
la merced que me habéis hecho.

LISARDO. Pues ¿quién sois?

GARCÍA. Aquí conmigo
viene quien sabe quién soy.

CABALLERO. Para abonarlo y servirlo,
si es que no le conocéis,
los dos, Lisardo, venimos.

RODRIGO. ¿Qué es esto? ¿Qué engaño es éste?
Si es burla que habéis fingido,
mirad que me corro mucho
de que las uséis conmigo.

GARCÍA. Tan bueno soy como vos.
¡Paso, señor don Rodrigo!
Don García soy.

LUCINDO. Y yo
soy Lucindo, y soy su primo.

RODRIGO. ¿No me dijistes aquí
lo que sabéis?

GARCÍA. Yo os he dicho
que cuatro o cinco personas
dieron a Celia vestidos.

RODRIGO. Pues por eso fingí yo
lo del hábito francisco.

LISARDO. ¿Hay confusión semejante?
Pues, si vos queréis fingirlo,
¿qué culpa queréis echarle?

RODRIGO. Pues vos, tan noble y tan rico,
¿casáis con Celia, mujer
que la visten entre cinco?

GARCÍA. Dije verdad; pero son
solos mis cinco sentidos,
que me dieron esta traza.

RODRIGO. A la espada lo remito;
que, aunque no soy zamorano,
pienso retar esos cinco.

LISARDO. ¡Paso, que es ya mi cuñado
don García!

CELIA. Don Rodrigo,
servíos de no matar
a quien es ya mi marido.

RODRIGO. Que vos lo digáis, señora,
me basta, y yo soy su amigo;
y, pues no he llegado a novio,
seré su amigo y padrino.

LISARDO. Pues que sois tan liberal,
sedlo de Teodora y mío.

TEODORA. Es verdad que yo soy suya,
y con los brazos lo afirmo.

PEDRO. Y a Pedro, que para Inés
pidió tres mil molinillos,
¿no hay quien le dé alguna mano?

INÉS. Yo te la doy, sastre mío.

LISARDO. Vos os quedáis sin casar.

LUCINDO. Si no os casáis con Lucindo.

RODRIGO. Bien os puedo dar la mano.

LUCINDO. Bien podéis, pues es de amigo.
Con esto podemos dar
a nuestras bodas principio
y fin a *Santiago el Verde,*
escrita en vuestro servicio.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA
DE "SANTIAGO EL VERDE".

SERVIR A BUENOS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS DEL PRIMER ACTO:

El REY *de Francia.*
CÉSAR.
El CONDE ARNALDO.
CARLOS.
LISARDA.
CELIA, *criada.*
FÉNIX.
SILVIO, *villano.*
LAURA, *villana.*

ACTO PRIMERO

(Salen el REY LUDOVICO *y* CÉSAR.*)*

REY. Por eso, del alma sale,
César, a la lengua amor.
CÉSAR. No hay pena, invicto señor,
que con la de amor se iguale.
REY. Ni consuelo en su tristeza
como un amigo fiel,
para amor.
CÉSAR. Hablando en él
descansará vuestra Alteza.
REY. Cuanto os dijere, guardaldo
con llave en el corazón.
Es de mi mal la ocasión
su hija del conde Arnaldo.
CÉSAR. ¡Hermosa dama!
REY. Yo pienso
que estudió naturaleza
la estampa de su belleza,
no por instrumento inmenso
de aquel poder soberano,
mas, hablando a nuestro modo,
porque parece que en todo
puso cuidado su mano.
CÉSAR. Vuestra Alteza se rindió
justamente a la más bella
dama de París.
REY. Si en ella
el alma depositó
mis potencias y sentidos,
justos fueron los despojos,
pues el gusto de mis ojos
aprobaron mis oídos.
Para amar y no sentir,
hermosura puede haber;
mas, como es engaño el ver,
es desengaño el oír.
Esto, César, asegura
mi elección y pensamiento,
pues quiso su entendimiento
competir con su hermosura.
Y son los dos tan iguales,
que en la perfección que vieron,
su nombre a Fénix pusieron
los pinceles celestiales.
Mi pena es ver que su estado
no sé si dará lugar
a que pudiese intentar
lo que tengo imaginado.
Pienso que Fénix, que tiene
este nombre con razón,
conoce ya mi pasión:
tanto a declararse viene.
Y os juro que solicito
mi resistencia de forma,
que lo que la vista informa
aun apenas le permito;
pero, en llegando a mirar,
es amor tan bachiller,
que lo que piensa esconder
eso viene a declarar.
No sé si haberme entendido,
a Fénix, causa le ha dado
para haberse retirado,
por dicha mi engaño ha sido,
a una aldea donde tiene
hacienda el Conde.
CÉSAR. No hará,
que el tiempo ocasión le da.
REY. A veces, el Conde viene

a París, y le pregunto
cómo se halla, y muy gustoso
alaba un monte famoso
y, a su verde falda junto,
un río donde se mira
vanaglorioso de sí,
y que se entretiene allí:
pesca en uno, en otro tira.
Y aun me convida también
a pasar allí algún día,
lo que hoy acetar querría;
que si mis ojos no ven
a Fénix, no hay que pensar
que tenga el alma sosiego.

CÉSAR. Pues, señor, partamos luego,
con la ocasión de cazar,
donde, sin ser entendido,
la puedas hablar y ver.

REY. Sí; pero ¿cómo ha de ser?
Porque pienso que ha tenido
Lisarda, a quien yo servía,
celos de Fénix.

CÉSAR. ¿Lisarda,
olvidada, te acobarda?

REY. Amor, César, la tenía,
que Lisarda lo merece;
vi a Fénix, mudóse amor
de donde tuvo favor
adonde sin él padece.

(Salen LISARDA, *dama, y* CELIA, *criada.)*

LISARDA. No me dejan sosegar,
Celia, los celos.

CELIA. Advierte
que está aquí el Rey.

REY. ¿De qué suerte
puede venirse a causar
que en nombrando una persona
se ofrezca a la vista luego?

LISARDA. Menos satisfecha llego
después que el Rey se apasiona
tanto hablando en Fénix.

CELIA. Creo
que la debe de querer.

LISARDA. Así de amor suele ser,
Celia, inconstante el deseo.
Señor.

REY. Hablaros quería,
Condesa, y pienso que ha sido
mi amor el que os ha traído.

LISARDA. No fué sino dicha mía
el venir en ocasión
que vuestra Alteza me mande
en qué le sirva.

REY. Es tan grande
para mí la obligación
en que me pone, Lisarda,
vuestro favor, que aun por breve
ausencia, amor no se atreve,
y vuestra licencia aguarda.
Voy a cazar a una aldea,
que Arnaldo me ha convidado;
a un monte, a un ameno prado,
que un río humilde pasea
con pies de cristal, a quien
guarnece de varias flores,
cuyas distintas colores
en sus espejos se ven.
Yo, por llevar mis tristezas
adonde, huyendo de mí,
me olvide de que nací
sujeto a sus asperezas,
voy a no ser lo que soy,
algún día, en que descanse.

LISARDA. Que vuestra Alteza se canse,
culpa a los cuidados doy.
Que el peso de su pesar,
aunque estriba en su grandeza,
puede obligarle a tristeza.

REY. Voy, en fin, a descansar,
con divertirme, Lisarda,
lejos desta confusión.

LISARDA. Hacéis muy justa elección,
gran señor, si el Conde aguarda;
que es caballero entendido,
y ese río, monte y prado,
para que ajeno cuidado
ponga su vista en olvido;
porque el cetro, aunque es gigan-[te
el hombro de un rey francés,
el mundo de Hércules es,
que ha menester un Atlante.

REY. El cielo os guarde.

LISARDA. Y a vos
os dé lo que deseáis,
si está donde agora vais.

CÉSAR. Celosa queda, ¡por Dios!

REY. No importa que ya le den
de mi mudanza recelos,
porque nadie estima celos
adonde no quiere bien.

(Vanse.)

LISARDA. Declaróse mi desdicha;

pero a sufrirla me ayuda
ver que quien ya tiene tantas
no puede temer ninguna.
Celos son unas sospechas
que con temerosas dudas
muestran, del mal que se teme,
algunas luces confusas.
Pero, en llegando a mostrar
la verdad en que se fundan,
mudan el nombre en agravios,
desengañan y no turban.
Aún no han llegado los míos
a transformarse en injurias;
conservan nombres de celos,
que los desengaños buscan.
Estos solicita el alma,
mientras no vive segura
del amor del Rey, si bien
lo que me importa me culpa;
porque amor es locura
que más se aumenta mientras más [se cura.
Iré disfrazada a ver
si de Fénix la hermosura
lleva al Rey donde me mate,
porque no le valga excusa.
Quiero que mis propios ojos
con mi pensamiento cumplan;
que amor, cuando está perdido,
cuanto no mira, disculpa.
Quedaré desengañada,
y no en dudosa fortuna;
que mientras no hay desengaño,
anda la razón a escuras.
Si bien es remedio a veces;
que, aunque el amor lo procura,
es luz de noche, que lejos
ciega mucho y poco alumbra.
Mejor fuera hacer ausencia,
que no hay rigor que no sufra
ésta: mata amor sin ver,
ver y desengaños, nunca.
Porque amor es locura
que más se aumenta mientras más [se cura.

(Vase, y salen FÉNIX *y* CARLOS.)

CARLOS.

Gran ocasión ofrece,
hermosa Fénix mía,
la retirada vida de la aldea
a quien gozar merece
tu dulce compañía:
ni teme, ni pretende, ni desea
cosa que ver no sea
esos ojos hermosos
libres de los cuidados
que pueden dar mirados
de tiranos amantes poderosos;
porque las voluntades
tienen menos defensa en las ciudades.
Yo merecí, señora,
por años de quererte,
tus brazos, con palabra y fe segura,
que vuelvo a darte agora,
más firme hasta la muerte,
que el largo tiempo que en sí mismo dura;
rindióse tu hermosura
al nombre de marido;
no méritos: efeto
de un amor tan secreto,
que cuando le imagino divertido,
yo mismo estoy dudoso
si, siendo tu criado, soy tu esposo.
Verdad es que me ha dado
calidad diferente,
que a mi buena fortuna lo atribuyo,
el haberme criado
tan amorosamente
el Conde, mi señor y padre tuyo;
de que también arguyo
haberle sido ingrato
con estas deslealtades;
pero ¿qué voluntades
seguras estarán, de un largo trato?
Que ocasión y hermosura
obligan a traición la fe más pura.

FÉNIX.

Yo, Carlos, a culparte,
¿cómo puedo atreverme,
si en el mismo delito fuí culpada?
Verte, hablarte, tratarte,
bastantes a vencerme
si fuera nieve yo, si piedra helada,
y el ser también amada,
me sirvan de disculpa
de tu valor, pues creo
que no hubiera deseo
que se librara de la misma culpa;
que tus merecimientos
la dieron a mis nobles pensamientos.
Supuesto que el secreto
ha sido tan dichoso,
ya no temo la vida, ni la muerte:
el Conde tiene un nieto,
un niño tan hermoso,

que del remedio de los dos me advierte;
y él te quiere de suerte,
por haberte criado,
que pienso que me abone
y que mi error perdone;
mas cuando ni tu amor le dé cuidado,
ni el mío le resista,
del niño bastará la dulce vista.
La vida desta aldea
sólo ha sido mi vida.
¡Ay, si nunca a París volviese el Conde!
Que a quien sólo desea
gozarte, y atrevida
por esas selvas bárbaras se esconde,
no hay, Carlos mío, adonde
pueda con más secreto;
que quien de veras ama
la ocupación desama,
donde a la envidia puede estar sujeto:
que amor, si el bien alcanza,
busca la posesión, no la esperanza.

(Sale SILVIO, *villano.)*

SILVIO. Pienso que os habéis de holgar
de aquestas nuevas los dos:
no menos que el Rey, ¡por Dios!,
dicen que viene al lugar.
Iba a preguntar a qué,
y mil perros de traílla,
como voces de capilla,
agarrándome del pie,
respondieron que a cazar,
como algunos que murmuran,
que, mientras morder procuran,
no se cansan de ladrar.
¡Hoy, nuestro monte desuella!
CARLOS. ¿Luego adelante no pasa?
SILVIO. No pasa de vuestra casa,
pues ha de posar en ella.
FÉNIX. ¿Aquí el Rey?
SILVIO. Como lo cuento.
Si no lo queréis creer,
el Conde viene a poner
diligencia en su aposento.

(Sale el CONDE ARNALDO.)

CONDE. ¡Buen huésped nos ha venido!
Ya no hay más qué desear.
CARLOS. Silvio acaba de contar
la ventura que has tenido;
aunque tú la perdonaras.
CONDE. No hará noche el Rey aquí.

(Sale LAURA, *villana.)*

LAURA. ¿El Rey viene?
SILVIO. Laura, sí.
CONDE. Pues, Fénix, ¿en qué reparas?
FÉNIX. Voy, señor, a prevenir
lo que fuere menester.
CARLOS. Y yo, ¿qué tengo de hacer?
CONDE. Carlos, irle a recibir.

(Vanse, y queden los villanos.)

LAURA. A la fe, Silvio, ¡gran cosa!
¿Tú piensas hablarle?
SILVIO. ¿Pues?
¿No tengo boca?
LAURA. ¿No ves
que es cosa muy fecultosa,
que diz que cuantos le ven,
se turban luego, y él no?
SILVIO. Miraréle a los pies yo,
con que pienso hablarle bien.
Que mirar a un rey los ojos
es ver al sol, que deslumbra,
si no es a quien lo acostumbra;
porque, aunque es luz, causa enojos.
Díxome antiyer Benito,
que vino de la ciudad,
que es soberbia y necedad
mirarlos de en hito en hito;
porque, como son retrato
de Dios, quien va a negociar,
los reyes ha de mirar
con humildad y recato.
LAURA. ¿Tienes tú que hablar con él?
SILVIO. Yo, no; mas, si se ofreciese,
voto al sol, que me atreviese,
sin poner la vista en él.
LAURA. A la fe que has topetado
con él, si hablarle deseas.
SILVIO. No hayas miedo que me veas
atrevido ni turbado.
Poco a grandezas me inclina
la humildad de nueso trato.
Hoy, como ha de haber gran prato,
no salgo de la cocina.

(Salen el REY, CÉSAR, *el* CONDE *y* CARLOS.)

REY. Muy buena casa tenéis,
y toda aquesta campaña
que riega este manso río
me ha parecido extremada.
Como a la naturaleza,
nunca el artificio iguala;

más que los jardines cultos,
estas malezas agradan.
Hoy os he dado disculpa
de hacer en la corte falta.
¿Ha mucho que estáis aquí?
¿Tenéis aquí vuestra casa?

CONDE. Habrá un mes, o poco menos,
que a Fénix, por alegrarla,
truje, señor, de París.
Aquí vive y aquí pasa
en ejercicios del campo
las tardes y las mañanas.
Carlos.

CARLOS. Señor.

CONDE. Llama a Fénix.

REY. César, ya se alegra el alma,
ya se previenen los ojos,
como cuando sale el alba
abriendo la puerta al día
en celajes de oro y nácar;
las aves, que del ausencia
del sol quejosas estaban,
que gorjeando en los nidos,
lo que han de cantar ensayan;
y como los arroyuelos
cuajado cristal desatan,
y al nuevo calor del día
discurren líquida plata.
Así la lengua suspensa,
noche de ausencia tan larga,
al salir el sol de Fénix,
el silencio desenlaza.

(Sale FÉNIX.*)*

FÉNIX. Deme los pies vuestra Alteza.

REY. Hermosa Fénix. (¡Qué clara
se me ve el alma en los ojos!
Temo que a la lengua salga.)
¿Cómo os halláis en el campo?
¿Es posible que os agrada
esta soledad?

FÉNIX. Señor,
aunque parece que es tanta,
no falta en qué se entretengan,
como allá las esperanzas,
aquí todos los sentidos:
los ojos, en flores varias
cuyos aromas no envidian
a las orientales plantas;
los oídos, en las aves,
y el gusto, en la alegre caza,
de que hay tantas diferencias
por estas verdes montañas.
Son aquí los días mayores
que en París, con que es más larga
la vida corta en la corte.

REY. Para poco tiempo alaban
los sabios el campo, Fénix;
pero ya vuestra alabanza
me obliga a quererle ver,
quédese aquí comenzada
esta cuestión, que después
que vuelva quiero acabarla.
Dios os guarde y dé la dicha
que merecéis.

FÉNIX. Vuestras armas
respete el sol donde nace,
y como señor de Francia
lo seáis del polo opuesto.

REY. ¡Ay, César, de sola Arabia!
¿Dónde ha nacido tal Fénix?

CÉSAR. Tú quieres con justa causa
la que por única puede
ser el Fénix de su patria.

(Todos se van con el REY. [*Queden* LAURA *y* FÉNIX.]*)*

LAURA. A fe, señora mía,
que tu condición me espanta.
¿Toda esta grandeza dejas
por un monte y cuatro casas?
Dichosa quien vivir puede
en las Cortes.

FÉNIX. Mira, Laura,
pues sola tú de mi vida
fuiste y eres secretaria.
Tú que sabes mis desdichas,
si permite amor llamarlas
con este nombre, en agravio
de Carlos, que fué la causa;
tú que del ángel que fué
de mis amorosas ansias
fruto y consuelo, has tenido
el secreto y la crianza,
no creas que hay para mí
cortes, fiestas, joyas, galas
fuera de Carlos, que Carlos
es centro donde descansa
el alma como en su esfera
el fuego, el ave en las alas
del viento; sin esto, aquí
tengo el lugar que me falta
en París de hablarle y verle,
y sin la pensión que paga
amor a los celos, donde

hay tanta copia de damas.
LAURA. No te espante, Fénix bella,
que una grosera villana
se deje llevar los ojos
de un rey donde el cielo estampa
la imagen de su hermosura,
que para disculpa basta.
Ya sé yo que tus dos Carlos,
padre y hijo, se adelantan
a cuanto puede el deseo
de las grandezas humanas.

(Sale SILVIO.)

SILVIO. ¿Está aquí Fénix?
FÉNIX. ¿Qué hay, Silvio?
¿Cómo te has quedado en casa
y no fuiste a ver el Rey?
SILVIO. ¡Pardiez, Fénix! Como entraba
tanto aparato de cosas
de más gusto que la caza,
hice caza la cocina,
donde sus ministros andan
con instrumentos diversos
previniendo cosas varias
para la mesa del Rey:
unos calentando el agua,
y otros en el patio haciendo
oficio de cortesanas.
FÉNIX. ¿Cómo?
SILVIO. Pelan.
FÉNIX. ¿Tú lo sabes?
SILVIO. Oigo decir que a la traza,
que estos pollos y gallinas,
ellas con dulces palabras,
las bolsas y las cabezas;
pero advierte que una dama
que llegó en una carroza
con las cortinas cerradas,
bravo sombrero de plumas,
donde una toca de plata
sirve también de cortina,
por quien una mano blanca
para preguntar por ti
fué sumiller de la cara,
quiere verte con secreto.
FÉNIX. Algo me dejas turbada.
Dile que entre.
SILVIO. Entrad, señora.
FÉNIX. Linda presencia.
LAURA. Gallarda.

(Sale LISARDA *con un sombrero y ferreruelo y un velo.)*

LISARDA. Juzgaréis a atrevimiento
el haber venido ansí.
FÉNIX. Si os descubrís, será en mí
merced y agradecimiento.
LISARDA. Pienso que estos labradores
será gente sin sospecha.
FÉNIX. Podéis estar satisfecha,
y aun para cosas mayores.
LISARDA. Mi rostro es éste.
FÉNIX. Podré
decir que al aurora vi,
pues ella amanece ansí.
LISARDA. Por lágrimas lo seré.
FÉNIX. No, sino por los jazmines
y las rosas de la cara,
donde el sol a ver se para
tan celestiales jardines.
LISARDA. A vos os viniera bien,
Fénix, si la nieve pura
viera de vuestra hermosura.
FÉNIX. ¿Quién sois?
LISARDA. Presto sabréis quién.
Que como os habéis criado
en tanto recogimiento,
no me habréis visto. Mi intento
os debe de dar cuidado.
Soy la Condesa Lisarda.
FÉNIX. Señora, pues ¿vos ansí?
LISARDA. Traigo una tristeza en mí
que acabar mi vida aguarda.
Despacio quiero contaros
la causa en más soledad,
que como es de voluntad
no sale a cielos tan claros.
Tuve un alto pensamiento
que no me ha salido bien,
yo os diré después por quién.
FÉNIX. No sé si es atrevimiento;
pero viendo al Rey aquí,
y vuestro disfraz, Condesa,
será dueño desta empresa.
¿Es esto ansí?
LISARDA. Fénix, sí.
Huéspeda vuestra he de ser
esta noche.
FÉNIX. Respondiera
que a tal sol es corta esfera
casa que queréis hacer
Indias, aunque occidentales,
pues aquí de noche estáis,
pero cuando amanezcáis
las volveréis orientales.
LISARDA. Fénix, donde vos salís,

al sol no le aconsejara.
FÉNIX. No más, que es lisonja clara;
pero venís de París.
LISARDA. ¿Daisme palabra en efeto
de guardar secreto?
FÉNIX. Aquí
me suelo guardar de mí;
lo mismo a vos os prometo.
Aposento voy a hacer
donde estéis y donde hablemos.
LISARDA. El vuestro las dos tendremos;
hacedme, Fénix, placer
que merezca vuestra cama.
FÉNIX. Esa os daré, mas sin mí,
que en estando el Conde aquí
a su aposento me llama.
Entrad, no déis ocasión
a que os vean.
LISARDA. En vos fío,
Fénix, el remedio mío.

(Entrese LISARDA *con* SILVIO.)

LAURA. ¿Qué es esto?
FÉNIX. Celitos son,
que a nadie guardaron ley.
LAURA. ¿Conócesla?
FÉNIX. Como a mí.
No la conocer fingí.
LAURA. ¿De quién los tiene?
FÉNIX. Del Rey,
que me ha mirado en París,
solicitado y hablado,
y César me dió un recado
de su parte en San Dionís.
Causa de haberle pedido
al Conde que me trujese
a esta aldea, por que fuese
causa de más breve olvido.
Que tengo por cosa llana,
si no es que olvidada estoy,
que señores quieren hoy
y no se acuerdan mañana,
mayormente el que es supremo.
LAURA. Pues ¿qué pensó esta señora?
FÉNIX. Reinar.
LAURA. ¿Tanto el Rey la adora? (1)
FÉNIX. Pero lo que fuere sea;
yo la debo regalar.
LAURA. La corte se ha de mudar
poco a poco a nuestra aldea.

(1) Falta el último verso a esta redondilla.

Rey y reina están aquí
si ésta sale con la empresa.
FÉNIX. Ni la envidio ni me pesa:
Carlos es rey para mí.

(Vanse, y dicen dentro:)

CONDE.

¡Extraño caso!

CÉSAR.

Y lamentable fuera
a no haberle este hidalgo socorrido.

(Sale el REY, *descompuesto;* CARLOS, *con un venablo, y el* CONDE *y* CÉSAR.)

CONDE.

Herido va el caballo.

CÉSAR.

La carrera,
como las aves, por el aire ha sido.

CARLOS.

¿Siente algo vuestra Alteza?

REY.

Que sintiera
la escura noche del eterno olvido,
es sin duda, mancebo generoso,
a no ser por tu brazo valeroso.
Gracias a Dios, no tengo mal ninguno.

CARLOS.

Pues yo voy a avisar a vuestra gente,
por que no parta con la nueva alguno
que, necio, alborotar la corte intente.

(Vase.)

REY.

No ha llegado favor tan oportuno
en tanta confusión como el presente;
si no es por él, el jabalí me mata.

CÉSAR.

¡Bravo valor!

REY.

Un Hércules retrata.
¿Quién es este mancebo, Conde?

CONDE.

Un hombre

que tengo como a hijo y le he criado
desde niño, señor.

REY.

¿Cómo es su nombre?

CONDE.

Carlos, como mi hermano, se ha llamado.

REY.

Pues ¿qué es la causa de que así se nombre?

CONDE.

No hay causa más de habérmele dejado
cuando Ricardo inglés puso la planta
en la conquista de la tierra santa.

REY.

¿No volvió más?

CONDE.

Es fama que cautivo
quedó en Damasco, y otros dicen muerto.

REY.

¡Qué gallardo mancebo!

CÉSAR.

Por lo altivo
parece que el valor tiene encubierto.

REY.

No ha de quedar el bien que dél recibo
sin premio, Conde.

CONDE.

Pues tened por cierto
que es digno de cualquiera merced vuestra.

REY.

Dícelo el rostro, y el valor lo muestra.

(Vanse, y salen CARLOS *y* FÉNIX.)

¿Qué dices, Carlos, que tan alta suerte
te ha sucedido?

CARLOS.

Fénix de mis ojos,
si no es por este brazo, ya la muerte
pusiera su corona en sus despojos.

FÉNIX.

Pues ¿cómo sucedió?

CARLOS.

Mi bien, advierte
si el no te hablar en mí te causa enojos
cuando el tiempo me da lugar de hablarte.

FÉNIX.

¿No basta que hables tú para escucharte?

CARLOS.

Adelantóse el fuerte Ludovico,
generoso mancebo, rey de Francia,
que su valor al de Hércules aplico,
no fueron nuestros ruegos de importancia,
si bien le sigue el conde Federico
y tu padre también, corta distancia,
tras una fiera que por dicha hiciera
a Francia Venus si él Adonis fuera.

Síguela por un prado, en quien apenas
alazán español dobló las flores,
ni cortando cristales las arenas
se pudieron quejar de sus rigores;
pero al entrar por unas selvas llenas
de murtas y laureles vencedores,
sintió el venablo el jabalí, y airado
volvió feroz, del yerro provocado.

Las medias lunas de la boca envuelve
espuma y sangre, y con la ardiente punta
del diestro lado, rígido revuelve
y por el mismo al alazán se junta.
A herirle el Rey con el venablo vuelve,
aunque animoso, la color difunta;
pero la fiera el encendido hueso
aplica ansí, que le levanta en peso.

Asomóse a lo roto de la herida
parte de los ocultos intestinos,
y derribando al Rey, con presta huída
pasó de los laureles a los pinos.
Yo, viendo en tal peligro de la vida
al Rey, invoco, Fénix, los divinos
patrones de París, y diligente
me opongo, Marte, al animal ardiente.

Al bote del venablo vuelve airado,
dejando al Rey, y fiero me acomete;
yo, con izquierdo pie le espero osado;
rabioso, la victoria se promete,
cuando, por el acero ensangrentado
hasta el rebelde corazón se mete,
y vertiendo el espíritu espumoso
la tierra estampa con gruñir quejoso.

Un cuchillo de monte que pendía
de la pretina saco velozmente
de una vaina de tigre, que tenía
acero y marca de oficial valiente,

y al tiempo que los filos discurría
por el cerdoso cuello, de su gente
llegó gran copia, que dejé envidiosa
del valor que me das, Fénix hermosa.

FÉNIX. Ventura notable ha sido
y digna de tu valor.
Yo me voy, que este rumor
es de que el Rey ha venido.
Ya anochece; si pudiere,
esta noche te hablaré.

CARLOS. Paga mi cuidado.

FÉNIX. ¿En qué?

CARLOS. En que poco tiempo espere.

FÉNIX. En estando recogidos,
que presto será, mi bien.

(Vase.)

CARLOS. Plegue a los cielos que estén
como cansados, dormidos.

Esparcen la süave voz al viento
sonoros ruiseñores junto al nido
que de pajas y plumas han tejido
sirviéndoles los picos de instrumento,
cuando a la mira el cazador atento,
dispara con horrísono ruido
en círculo de plomo dividido
muerte veloz con breve sentimiento.
Así Fénix y yo, con voz süave
cantamos, libres de que el nido acierte
quien tiene obligación a honor tan grave;
pero temiendo de la misma suerte
que si el secreto nido el Conde sabe,
tendrá tan dulce vida amarga muerte.

(Sale SILVIO.)

SILVIO. Esta sí que es linda vida,
pesia al campo y su labranza:
pasear y hinchir la panza,
de ricas telas vestida.
¡Desdichado de quien nace
donde le mandan nacer!
A nadie dan a escoger:
Dios es quien hace y deshace.
Si yo escogiera, naciera
de un príncipe, y no villano.
Pero yo me quejo en vano;
que si, quien nace, escogiera,
¿cuál hombre quisiera ser
oficial, ni labrador?
¿Quién no se fuera señor?
Mas ¡lo que fuera de ver
todo un mundo de señores!:
señor a señor sirviera.
Pero ¿cómo se comiera,
si no hubiera labradores?
¡Oh, sabia naturaleza,
qué bien lo trazaste ansí!

CARLOS. ¿Qué hay, Silvio?

SILVIO. Hablar en que vi,
Carlos, la mayor grandeza
que este monte imaginó:
el Rey cenando, en efeto.

CARLOS. ¿Tú lo viste?

SILVIO. Con secreto.

CARLOS. ¿En efeto, el Rey cenó?

SILVIO. Y tan en efeto fué,
que se cenó veinte pratos,
sin dar un hueso a seis gatos
que le miraban en pie.
De las pollas y perdices
así el olor me provoca,
que lo que el Rey por la boca
cené yo por las narices.
Hablaron luego de vos.
No sé qué diabros hicistes,
que tal ocasión les distes.

CARLOS. Lo que hice debo a Dios.
Porque yo, ¿cómo pudiera
tener valor, ni ocasión?

SILVIO. Mostró el Rey tanta infición,
que yo presumí que os diera
alguna renta o castillo.
¿Cuánto va que antes de un mes
sois mosiur?

CARLOS. Puse a sus pies,
con un venablo y cuchillo,
la más indómita fiera
que por todo este horizonte
fué parto de selva o monte.

SILVIO. Tal servicio, premio espera.
Si os dan algo, como creo,
¿no me llevaréis allá?
Que, con lo que he visto acá,
ya tengo un alto deseo.

CARLOS. Díjome Fénix a mí
que estabas enamorado
de Laura.

SILVIO. No se ha engañado.

CARLOS. Pues ¿cómo saldrás de aquí?

SILVIO. Laura, señor, fué casada;
su marido le dejó
un niño, cuando murió:

de niños, no entiendo nada.
Tales son mis desaliños
para casados conciertos;
porque dicen que hay enjertos,
como de árboles, de niños.
Este muchacho que cría
es de otra cepa sarmiento,
y no quiero casamiento
como quinola con guía.

CARLOS. ¡Qué malicioso te has hecho!
¿No sabes que es de su esposo,
ya muerto, ese niño hermoso
a quien Laura daba el pecho,
y que por tal le ha criado?

SILVIO. Pues si le cría por tal,
quédese tal para cual;
que, aunque estoy enamorado,
no le quiero yo criar
a cuenta de mi deseo.

CARLOS. Cansado está el Rey, y yo creo
que ya se querrá acostar;
y el Conde, Silvio, también.

(Vase CARLOS.)

SILVIO. Señor amor, yo os confieso
que de saber, pierdo el seso,
que Laura me quiere bien.

Si es niño amor, no quiero que me nombre
entre los muchos que le están sujetos;
que, aunque villano, entiendo sus concetos,
y más si son concetos deste nombre.
Después de no ser justo que me asombre
que imiten a la causa los efetos;
que hay niños, cual retratos imperfetos,
que sólo ser parecen en ser de hombre.
Amor, como eres niño, siempre quieres,
teniendo con el tiempo iguales días,
mostrar en tus acciones que lo eres;
que, como en niños paran tus porfías,
con justa causa llaman las mujeres
las ofensas del hombre, niñerías.

(Sale LAURA.)

LAURA. ¿Eres tú, Silvio?

SILVIO. Pues ¿quién,
a tal hora, trasnochado,
puede andar con mi cuidado,
sino quien te quiere bien?
Agora trataba aquí
de tu virtud, y le daba
gracias a amor, que mostraba
tales efetos en mí.
Celoso estoy desta gente:
claro está que han de agradarte.

LAURA. No, Silvio; que en toda parte
mis ojos te ven presente.
En sus telas hallo yo
más locido tu sayal,
sino que me pagas mal.

SILVIO. ¿Yo, Laura mía?

LAURA. ¿Pues no,
si ha tanto que me entretienes,
sin querer matrimoñarte?

SILVIO. Cierta cosa ha sido parte,
que tienes y que no tienes,
pues tienes ese garzón
que no tienes para mí.

LAURA. Quien dice que quiere, ¿así
repara en esta ocasión?

SILVIO. Por reparar en quien pare.

LAURA. Tú no me tienes cariño.

SILVIO. Si no reparo en un niño,
¿en qué quieres que repare?
Dichosas sois las mujeres,
que claramente sabéis
que sois madres, si tenéis
hijos.

LAURA. El dimuño eres.
Vete acostar, Silvio, vete;
que mi señora me manda,
por el respeto del Rey,
recoger toda la casa.

SILVIO. Yo, Laura, soy malicioso.
Desde que vino esta dama
con tal secreto al aldea,
pienso que no fué sin causa.

LAURA. Pues ¿quién te mete en secretos?
Lástima tengo a quien anda
desvelado por saber
lo que no le importa nada.
Hay vecino que se está
de la noche a la mañana
en una ventana, al frío,
pudiendo estarse en la cama.
No seas, Silvio, de aquellos
que en estas cosas se cansan;
no mires en las ajenas,
pudiendo mirar tus faltas.
Esa dama que tú dices,
ha un hora que está acostada,
y, Silvio, nunca te metas
a estorbar personas altas;
que cuando estés más seguro,

podrá ser, si no te guardas,
que te den un beneficio.

SILVIO. Hablas cuerda y temes sabia.
¿Quién me mete a mí en las cosas
de los otros? Hasta el alba
no digo "esta boca es mía";
que a nadie vino desgracia
por acostarse temprano.

LAURA. Pues adiós, Silvio.

SILVIO. Adiós, Laura.

(Vase.)

LAURA. Basta que el Rey vino aquí
por Fénix, y hablarla trata
esta noche; porque César
la advierte y da la palabra
del estilo que merece
su calidad y su fama.
Fénix, discreta, me ha dicho
que, aunque tiene confianza
de quien es, teme que Carlos
se enoje y, con esta causa,
intente algún desatino,
y que cuando el Rey se valga
de la escuridad, a efeto
de entrar con secreto a hablarla,
yo le guíe al aposento
donde la Condesa aguarda,
averiguando sus celos
desengañar su esperanza.
Pero él viene.

(Salen el REY *y* CÉSAR, *de noche.)*

REY. Yo le he dado
la palabra de guardarla
el decoro que es razón.

CÉSAR. ¿Cuándo amor palabra guarda?

REY. Aquí es fuerza, porque a Fénix
yo no tengo de obligarla
más que al estado que tiene.

CÉSAR. ¿Quién va?

LAURA. Quedo.

REY. ¿Quién es?

LAURA. Laura.

REY. ¿Dónde está Fénix?

LAURA. Presumo
que con el Conde.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Si tarda
Fénix, bajará el aurora
del cielo las altas gradas,
con pies de rosa, envidiando
aquellas breves estampas
adonde pongo los ojos.
Aquí hay gente. Pues ¿quién anda
a tales horas aquí?

LAURA. Entrad, que tras esta sala
está la cuadra en que duerme.

REY. César, allá fuera aguarda.

CÉSAR. En el corredor espero.

CARLOS. No pienso que, si soñara,
pudiera ver tales cosas.
¿El Rey con César y Laura?
¡Y Laura guiando al Rey,
con tal despejo, a la cuadra
donde Fénix duerme, y Fénix
del concierto descuidada!
¿Qué haré? Mas ¿qué puedo hacer
que contra el poder me valga
de un Rey? ¡Ah. traidora Fénix!
Quiero alborotar la casa.
Mas ¿para qué? Que en sabiendo
que es una mujer liviana,
estorbar que no lo sea
no es honra, sino venganza.
Porque si la inclinación
de su liviandad declara,
lo más es el consentirla;
lo menos, ejecutarla.
¿Hay, Fénix, tal liviandad?
Mas quien a sangre tan clara
perdió el respeto conmigo,
¿qué hará con un rey de Francia?
Ya te he conocido, Fénix;
ya no por Fénix de Arabia,
única en ser casta al mundo,
sino por Fénix de infamia.
El hijo que de los dos
fué fruto, haré que mañana,
si puedo, no goces, Fénix;
que, si no me reportara,
diera voces que le dieran,
al Rey, de matarme causa.
Mas poco puede tardar
mi muerte, si ya te cansa
mi vida. ¡Ah, cruel fortuna!
¿Qué imaginación pensara
que hoy me dieras tanta dicha
en dar vida a quien me mata?
Libré al Rey, y el mismo Rey
me viene a quitar el alma;
porque no hay mayor tormenta
que después de gran bonanza.

No me pesa de haber sido
su remedio en tal desgracia;
porque el rey, después de Dios,
y después del rey, la patria.
El vive por mí; yo, no;
que quiere Fénix ingrata
que me mate un rayo fiero,
pues lo ha de ser su mudanza.

ACTO SEGUNDO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL:

El Rey.	Lisarda.
El Conde.	Laura.
Carlos.	Silvio.
César.	Carlos, *niño.*
Fénix.	Dionís.

(Salen el Rey *y* César.*)*

César. Vuestra Alteza esté contento,
que hoy a París ha llegado
Fénix.
Rey. Tan desconfiado
estoy de mi pensamiento,
que apenas me da alegría
nueva que tanta me diera,
César, cuando yo tuviera
la esperanza que solía.
César. ¿Pues no entró en aquella aldea
vuestra Alteza a verla?
Rey. Sí;
pero no hay bien para mí
que en esta empresa lo sea.
César. Pues ¿qué falta, en tanto exceso
de favor, que desear?
Rey. Nunca he tenido lugar
de contaros el suceso,
por quien mi esperanza vana
pienso que camina a tiento.
Metióme en un aposento
sin luz aquella villana,
y díjome: "Desde aquí
podéis con Fénix hablar;
pero no habéis de llegar,
que duerme su padre allí."
Yo, que sólo pretendía
guardar en mi voluntad
decoro a su calidad
y grave estilo a la mía,
díjele, menos turbado,
que "si hubiera luz, mi amor",
y respondióme, en favor
de mi esperanza y cuidado,
que estaba triste y celosa
de la condesa Lisarda.
Respondí: "Fénix gallarda,
un tiempo, Lisarda hermosa
fué más entretenimiento
que cuidado de mi amor;
que, en viendo vuestro valor,
llevó como pluma el viento.
Vos sois, Fénix, mi verdad."
Y, encareciendo mi fe,
partir con ella juré
el alma y la majestad.
Esto diciendo, sentí
llorar a Fénix, de celos.
¡Quién viera llover dos cielos,
César, de celos de mí!
Hizo amor, de sus enojos,
en aquella oscuridad,
para mayor tempestad,
agua, y rayos de sus ojos.
Si bien entonces quería
que llegase adonde estaba;
porque quien por mí lloraba,
poca defensa tendría.
Pero, helándome el temor
y obligándome el respeto,
más cobarde que discreto,
detuve el paso al amor.
En esto, el Conde, que estaba
cerca de allí, despertó,
y Laura, que presumió
que oyó que Fénix lloraba,
sacóme del aposento
a una cuadra, y fué a mirar
si el Conde volvía a llamar;
y entre tanto, César, siento
que, por de fuera a la puerta
se quejaba un hombre ansí:
"¡Fénix cruel!, ¿para mí,
tanta traición encubierta?
¿Tú a Carlos esta traición?
¿Eras tú la que decías
que por alma me tenías
en medio del corazón?
Conozco que el Rey merece
más que yo, que al fin es rey;
pero ¿qué razón, qué ley
disculpa a tu engaño ofrece?
Pues ya, señora, vivía
en fe de que era tu esposo.

dirás que fué poderoso,
y que es su amor tiranía.
Mientras, Fénix, padre tienes,
a quien el Rey respetara,
hoy tu liviandad declara
que a abrirle tus puertas vienes."
Mira, César lo que amor
puede hacer, pues dos celosos
nos hallábamos quejosos
y con un mismo temor.
Pero, como recibí
la vida, después de Dios,
de Carlos, fuí, de los dos,
el que más pena sentí.
En esto, Laura venía,
diciéndome que era fuerza
salir, y a salir me esfuerza;
que, por Carlos, no quería.
Salgo, en fin, y el mozo, osado,
de la espada prevenido,
"¿Quién va?", me dice, atrevido.
Yo respondo, reportado:
"Carlos, yo soy", y con esto
a mi aposento me voy,
donde hasta el aurora estoy,
afligido y descompuesto.
Y fueron justos desvelos,
pues entré con tanto amor,
César, a buscar favor,
y salí lleno de celos.

CÉSAR. Como Laura me avisó
que me quitase de allí,
a mi aposento me fuí:
por eso Carlos llegó.

REY. Mejor fué, pues he sabido
por quién tan mal me ha tratado
Fénix; si bien me ha pesado
que éste Carlos haya sido.
¿Qué haré, Cesar, que no es jus-
que compita un rey con él? [to
Sufrir es cosa crüel,
de los celos el disgusto.
Si es que Fénix le quería,
echarle de aquí no puedo,
sin gran nota, y tengo miedo
a que descubrir podría
al Conde mi pensamiento.
Pues matar a quien me dió
la vida, primero yo
dejaré mi loco intento;
porque, si el bien recibido
es deuda de un pecho honrado,
quien es rey, más obligado
nace a ser agradecido.

CÉSAR. ¿Quieres que yo te aconseje?

REY. Es el oficio mayor
del amigo.

CÉSAR. Pues, señor,
ni se vaya, ni se queje,
sino que, haciéndole bien
y pagándole el servicio
con un grande beneficio,
quedes libre dél también.

REY. ¿Cómo?

CÉSAR. A un tiempo puedes dalle
un título y casamiento,
que ayuda a este pensamiento
tener Carlos tan buen talle.
Fuera de cumplir también
con Fénix, si la acobarda
Lisarda, y dando a Lisarda
marido.

REY. Dices muy bien;
que si con Carlos la caso,
Lisarda tendrá remedio;
yo, sin que estén de por medio
los celos en que me abraso,
y Fénix, para quererme,
sin Carlos y sin Lisarda;
que Lisarda ya no aguarda
más desengaños que verme
de Fénix enamorado.
Tratarlo con ella quiero.

CÉSAR. Pues habla al Conde primero,
por que, del Conde abonado,
no repare la Condesa
en la calidad.

REY. No hará,
que el talle la obligará
a más difícil empresa.
Fuera de que habrá de ser,
y no lo que ella desea.

CÉSAR. Sí querrá, cuando le vea.

REY. No hay imposible al poder.

(Vanse, y salen el CONDE *y* FÉNIX.)

FÉNIX. Para quien quietud desea,
no cansa el campo jamás.

CONDE. Mejor en París estás,
Fénix, que en aquella aldea.
Demás que ya el Rey tenía
propósito de venir
por instantes a impedir,
ya tu quietud, ya la mía.
Que es bueno el campo confieso;

pero ya era corte allí,
y aquel gasto, para mí,
era, Fénix, grande exceso.
En vez de árboles y peñas,
hombres y coches había,
que de serlo descubría
apenas el monte señas.
Bien estás aquí. Yo voy
a ver al Rey, que no quiero
que él venga a verme.

(Vase.)

FÉNIX. ¿Qué espero,
cuando en tanta pena estoy?
Allá, por lo menos, vía
dos Carlos; aquí, no sé
si aun el uno ver podré:
tal es la desdicha mía,
después que el Rey me ha mira- [do;
aunque estoy arrepentida
de que Lisarda, ofendida
de celos, le haya engañado.
Pero, por librarme dél
en una ocasión tan fuerte,
lo tuve por mejor suerte;
ella, en fin, habló con él,
y se fué desengañada,
acompañando al aurora
con su llanto.

(Sale DIONÍS, *criado.)*

DIONÍS. Ya, señora,
la aldea mal enseñada
se va trasladando acá.
FÉNIX. ¿Cómo?
DIONÍS. Laura viene ya.
FÉNIX. Pídeme albricias, Dionís.
DIONÍS. Pues no viene sola.
FÉNIX. ¿No?
DIONÍS. Huésped trae.
FÉNIX. ¿Quién es?
DIONÍS. Un labrador que después
que nació he visto yo.
¡Villano tan agraciado!
FÉNIX. ¿Es Carlos, un hijo suyo?
DIONÍS. El mismo. Y parece tuyo,
en lo lindo y aseado,
si ya tuvieras marido.
FÉNIX. ¿Cómo tarda?
DIONÍS. Ya se apea
de un carro.
FÉNIX. En buen hora sea
ese labrador venido.
Vete, si tienes qué hacer,
que ya los siento llegar.
¡Qué bien, en tanto pesar,
me vino tanto placer!

(Vase DIONÍS *y sale* LAURA, *con un niño vestido de villano.)*

LAURA. ¿Podrán besarte la mano
dos huéspedes de una aldea?
FÉNIX. Laura, bien venido sea
amor en traje villano;
que, si pintan al amor
tan hidalgo en sus acciones,
ya quiere, para traiciones,
vestirse de labrador.
¿Dónde está el arco, mis ojos?
Pero en los mismos está.
No tiréis, porque no habrá
vidas que os dar en despojos.
LAURA. Parece que estás hablando
con Carlos.
FÉNIX. En él le veo;
a lo menos, el deseo
Laura, de verle engañando.
¿No dice un amante amores
a un retrato, viendo en él
la imitación del pincel
y el hurto de las colores?
Pues ¿cuánto serán mejores
a un retrato vivo en quien
las mismas gracias se ven?
Pues sólo falta al deseo
que a lo que veo y no veo,
crédito los ojos den.
Si a una copia, si a un traslado
se da fe, por ser igual
como al mismo original,
éste es Carlos retratado,
Carlos de Carlos traslado,
y mirándole, sospecho
que amor, con ingenio, ha hecho
que me parezca menor
para que quepa mejor
desde los ojos al pecho.
Laura, a mi esposo quisiera
traer por joya en mi cuello,
porque desde el pie al cabello
en cifra el alma le viera.
Mas ¿quién, si no amor, pudiera
hacer con estrechos lazos
que, dándole mil abrazos,
y de mil diamantes hecho,

sirva de joya a mi pecho
y de cadena a mis brazos?

LAURA. Dios sabe con el temor
que a tu casa le he traído;
que, como es tan parecido,
temo que diga tu amor.
Pero ¿cómo puede ser,
puesto que el Conde le vea,
que nuestro recelo crea
que le pueda conocer?
Que la justa confianza
que tiene de tu valor,
asegurando el temor,
deshace la semejanza.
Que, si yo te sirvo aquí,
disculpa también ha sido
haber a Carlos traído.
Mas, si te parece a ti,
mudémosle el nombre a Carlos;
que Carlos y parecido
a Carlos, verá que ha sido
Carlos retrato de Carlos.

FÉNIX. ¿Cómo le quieres llamar?

LAURA. Lauro, por Laura, es mejor.

FÉNIX. Carlos.

NIÑO. ¿Señora?

FÉNIX. Mi amor,
el nombre os quiero quitar:
Lauro os llamáis, ¿entendéis?
Mirad que sois Lauro ya.

NIÑO. Sí, señora; claro está.
Llamadme, y vos lo veréis.

FÉNIX. Carlos.

LAURA. No responde agora.

FÉNIX. Lauro.

NIÑO. ¿Señora?

FÉNIX. ¡Oh, qué bien!
¿Quién es vuestra madre?

NIÑO. ¿Quién?
Laura es mi madre, señora.

FÉNIX. Con esto, al temor restauro
confianza de que puedo
tenerle aquí.

NIÑO. No haya miedo
que yerre el papel de Lauro.

FÉNIX. Lauro, tan bien lo decís,
que viviréis desde agora
conmigo.

NIÑO. Diga, señora:
¿no meriendan en París?

FÉNIX. Sí, Lauro tiene razón.
Llévale, Laura; y advierte
que le enseñes de tal suerte
que no olvide la lición.

LAURA. Segura de Lauro estoy.

FÉNIX. Con él cesan mis enojos.

LAURA. Vamos, Carlos de mis ojos.

NIÑO. No Carlos, que Lauro soy.

(Vase.)

FÉNIX.

Amó la hermosa reina del Egipto
un caballo veloz, con que tuvieron
infamias las hazañas que pudieron
dejar su nombre en bronce eterno escrito.
Pasife, un toro amó, con infinito
deshonor, que las fábulas le dieron,
no porque fué verdad, pero quisieron
decir que amar indignos es delito.
Yo amé, yo erré. ¡Qué error tan disculpado
el de quererte yo, Carlos!, pues eres
del cielo copia, del amor traslado.
Tú me disculpa de mi error, si quieres;
que amar lo que merece ser amado
hace menor el yerro en las mujeres.

(Sale CARLOS.)

CARLOS.

Cuidados míos: muy a prisa intenta
un agraviado amor perder la vida,
tan triste, tan cobarde, tan perdida,
que apenas un cabello la sustenta.
A los agravios, la venganza alienta,
y en mí no quiere amor que yo la pida;
que aunque la causa del amor se olvida,
nunca se olvida del honor la afrenta.
Como infiernos de amor, en que amor pena,
son los celos, que salen a los labios
del fuego de que el alma vive llena.
Pues si infiernos de amor los llaman sabios,
¿qué nombre tiene amor para su pena,
después que se averiguan los agravios?

FÉNIX. Carlos mío, darme albricias
de la mejor nueva puedes,
que entre favores de entrambos,
a nuestra fortuna debes;
que como aquel ángel tuyo
gocé en la aldea dos meses,
sintiera agora, en París,
estar un hora sin verle.
A Laura le osé pedir
que en la ciudad me sirviese,

mudando el traje, que tanto
tus dulces prendas me vencen,
por que con esta ocasión
el bello niño trujese,
que, en forma de labrador,
por nuestra casa le tiene.
Mudéle el Carlos en Lauro
por que, como te parece,
no diese al Conde ocasión,
cuando tan cerca le viese...
¿Cómo es esto, señor mío?
¿Es posible que me muestres
el semblante triste, cuando
te vengo a hablar tan alegre?
¡Ay, mi bien! ¿Qué ha sucedido?
Porque no sin causa vienes
con tal tristeza a matarme;
que está mi vida o mi muerte
pendiente de tu alegría.
Habla, o mátame.

CARLOS. No intentes
que te hable, que aun no tengo
para poder responderte
aliento, Fénix, ni aun ojos
para mirarte.

FÉNIX. No sueles,
Carlos, por causa ninguna,
hablarme tú desa suerte.
¿Si se cansó la fortuna,
mi bien, de favorecerme?
¿Si ya mi padre ha sabido
que le infamé por quererte?
Dime presto. ¿Quién, o cómo
pudo a matarme atreverse?
Y si yo soy la ocasión,
mira que estoy inocente.
Mira que no es justo, Carlos,
que sufra yo tus desdenes;
porque es hacerme el agravio
de las comunes mujeres.
Mira que en firmeza eterna
soy el peñasco más fuerte,
que ha combatido la mar
cuando más soberbia crece.
Habla, señor.

CARLOS. ¿Qué palabras
me darán, ingrata Fénix,
agravios de amor y honor?

FÉNIX. ¿De amor y honor?

CARLOS. Cuando excede,
Fénix, a la lengua el alma;
que uno dice y otro siente.
Mas lo que puedo decirte
es que no puedo quererte,
cosa que juzgué imposible,
aunque mi vida pudiese
ser inmortal, como el alma,
de donde quiero que pienses
que he de sacarte, o matarme.
Y todo será tan breve,
que no pasarán dos días
que de tus ojos me ausente.
Y esto, Fénix, porque al Conde
es justo que le respete,
y que para tanta ausencia
le dé causas suficientes;
que por ti, desde aquel punto
que pude en los brazos verte
de otro hombre... ¡Oh lengua, ¿qué has dicho?
¡Oh lengua, qué fácilmente
resbalas! Pero ¿qué mucho
que mis agravios dijeses?
El entendimiento humano
es un reloj, a quien mueve
la memoria y voluntad,
que son las ruedas que tiene.
Es la lengua la campana,
por cuya causa acontece
que desconcertadas ellas,
la lengua se desconcierte.
Ya lo he dicho, y mis agravios
otra vez a decir vuelven
que has ofendido mi amor,
pues amante me aborreces,
y mi honor como marido,
pues a querer te resuelves
otro hombre, si bien mejor,
disculpa que no mereces,
pues amor y honor se quejan
de que su lealtad ofendes,
que para sentir agravios
también son hombres los reyes.
Que, en efeto, los agravios,
sean, Fénix, de quien fueren,
son, en fin, como las almas:
ni son hombres ni mujeres.

FÉNIX. Carlos, aunque yo te he dado
licencia para quererme,
por mi estrella o mi desdicha,
no para hablarme insolente.
Que en llegando a libertades
tan indignas de quien puede
igualar del rey la sangre,
pues de la suya desciende,
diré que eres mi criado,

porque si aquí no procedes
conmigo como quien soy,
y como dueño te atreves,
haréte quitar la tuya
aunque la vida me cueste.

CARLOS. Pues ¿quiéresme tú negar
lo que mis ojos...?

FÉNIX. Detente,
que te despeñan los ojos,
que tal vez como jüeces
por falsas informaciones
dan sentencias diferentes
de lo que fueran sabiendo
la verdad.

CARLOS. Cuando tú niegues
que no fué el Rey, es un hombre
el que en tu aposento, aleve,
entró aquella misma noche.

FÉNIX. Eso es verdad.

CARLOS. Pues ¿qué quieres?

FÉNIX. Que sepas que la Condesa
Lisarda, que vino a verle,
quiso averiguar sus celos,
y que yo, porque no hiciese
fuerza el poder a mi honor,
que determinado es fuerte,
fuí cómplice en el engaño.

CARLOS. El engaño bien se entiende
que es el que me has hecho, ingra- [ta;
ni pudo, sin que la viesen,
venir la Condesa aquí
ni, ya que vino, volverse.

FÉNIX. Mientras estaba cazando,
llegó aquí secretamente,
y con el alba salió;
pero agora me parece,
por el sentimiento injusto
con que mi firmeza ofendes,
que no son los celos míos
los agravios que encareces.
Ya entiendo lo que ignoraba:
vino la Condesa a verte
poniendo la culpa al Rey;
tú, viendo que el Rey la quiere,
estás muy desatinado;
pues, Carlos, ¿cuando previenes
ausencia por otras damas,
es bien que de mí te quejes
y que me pongas la culpa
si prendas del Rey pretendes?
Deja mi honor, que me cuestas
mucho para no tenerme
el respeto de criado
que a lo marido me pierdes.
Si quieres irte celoso
del Rey, ¿quién puede tenerte?
Carlos tengo aunque te vayas;
no hayas miedo que me queje
de no tener prenda tuya,
como se quejaba, ausente
Elisa Dido, de Eneas,
y cuando no la tuviese,
espada no ha de faltarme,
aunque para darme muerte
basta acordarme que fuí
mujer que pude atreverme
a querer hombre tan vil,
que ha pensado bajamente
que él merece que le ofendan
y que yo pude ofenderle.

CARLOS. Fénix, Fénix, amor mío,
señora mía.

FÉNIX. No pienses
engañarme con palabras
cuando con obras me ofendes.

(Vase.)

CARLOS.

¡Oh lágrimas de amor, dulce violencia!
¡Oh llanto poderoso! ¡Oh fuerte encanto!
¡Oh sirena fingida, a cuyo canto
calla el rigor y duerme la prudencia!

Contigo no hay valor, poder ni ciencia,
que puede tanto un amoroso llanto,
que el cielo, con poder y saber tanto,
no tiene para el llanto resistencia.

Pues siendo de mujer, celos y enojos
ni aun agravios sabrán mover el labio,
sino darle mil almas por despojos.

No se fíe el más cuerdo, honrado y sabio,
porque si espera ver llorar sus ojos
perdonará después cualquier agravio.

(Vase, y sale SILVIO, de camino.)

SILVIO. Esta, señor pensamiento,
es la corte de París;
aquí labrador venís
a ser cortesano a tiento.

No, corte, porque yo quiera
que esto me agradezcas ya;
vínoseme el alma acá,
que a fe que yo no viniera.

Huyóse Laura de mí;
que con aquesta mudanza

supo bien tomar venganza
de haberle negado un sí.
  Como si no fuese nada
el sí para un casamiento,
siendo el más fuerte instrumento
que deja el alma obligada.
  ¡Oh escritura, que después
hace arrepentir a tantos,
pues diciendo sepan cuántos
ninguno sabe lo que es!
  Mucho me debes, amor,
pues a la corte he venido
haciéndome prevenido
los avisos de un temor.
  Dicen que hay cosas aquí,
¡oh París! y que en ti caben,
que aborrecen los que saben
vivir y morir en ti.
  Aquí diz que la verdad
anda siempre rebozada,
la mentira declarada
y falsa la voluntad.
  Dicen que mueren de necios
los que son más entendidos,
por no sufrir atrevidos
y por no escuchar desprecios.
  Que con el pobre es cruel
la soberbia y la codicia;
que nunca alcanza justicia,
y que ella le alcanza a él.
  Que tiene el que es más leal
cara de pocos amigos,
y que hay muchos enemigos
para hacer y decir mal.
  ¡Oh Laura! Grande poder
el de tu hermosura ha sido,
pues a París me ha traído,
donde me temo perder.
  Aquí tengo de callar,
sufrir, engañar, fingir,
con quien se ríe, reír;
con quien llorare, llorar.
  Alabar al cuerdo, al loco,
al idiota, al incapaz;
que importa vivir en paz,
sufrir mucho y hablar poco.

(Sale LAURA, *en hábito de dama, y* DIONÍS, *criado.)*

DIONÍS. Después, Laura, que has mudado
el traje, tan linda estás,
que a cuantos te miran das
con tu descuido cuidado.
Yo estoy perdido por ti.
LAURA. Pues pregónate, que yo
del aldea truje un no
que en su aspereza aprendí.
  El hábito cortesano
no muda la condición.
DIONÍS. Paga, Laura, mi afición.
LAURA. Quedo, y sin tocar la mano,
  y vete con Dios, Dionís,
mira que Carlos te espera.
DIONÍS. ¿Esto poquito te altera?
¿A qué veniste a París?
LAURA. A no ver, como en mi aldea,
asnos, y hay muchos acá.
Vete, que te aguarda ya.
DIONÍS. ¿Que tal su aspereza sea?
  Voyme, y a la corte dejo
el cuidado de ablandarte.
LAURA. No será la corte parte
si con mi honor me aconsejo.

(Sale SILVIO.)

SILVIO. Todos estamos acá,
señora Laura.
LAURA. ¿Quién es?
SILVIO. Silvio, Laura, ¿no me ves,
o desconócesme ya?
LAURA. ¿Silvio?
SILVIO. Después que dejaste
la aldea en que te has criado,
hasta el hábito has mudado;
mas ¿qué mucho, si mudaste
  el alma con él también
y la has puesto en el criado
de Carlos?
LAURA. No has escuchado,
Silvio, mi respuesta bien.
  Pero, ¿a qué vienes acá
a decirme desvaríos
con unos celos tan fríos?
SILVIO. Pensé que pudiera allá
  vivir sin ti. Engaño fué,
pues no hay álamo en el prado
sin letras de mi cuidado
para que crezca mi fe.
  Jamás al alba salí
que hallase en todas sus flores
de tu rostro las colores,
ni manso arroyuelo vi
  que como tú se riese,
aunque a su puro cristal
diese la margen coral

y perlas la arena diese.
Todo fué tristeza y luto
dejándome tu rigor;
ni planta miré con flor
ni flor que esperase fruto.
En todo hallé soledad,
y como en nada te hallé,
determinéme a la fe
a venir a la ciudad.
Vesme aquí, Laura, ¿qué piensas
hacer de mí?

LAURA. Bien pudiera
agora, si yo quisiera,
vengarme de tus ofensas.
Pero quiero proceder
como mujer cortesana,
que no quiero ser villana,
aunque lo pudiera ser.
Yo soy toda la privanza
de Fénix; yo haré que estés
en su casa, o prueba un mes
hasta entender la mudanza;
que aquí podremos tratar
lo que nos esté mejor,
mas no has de ser labrador.

SILVIO. Ya sé que no hay que labrar
en los campos de la corte,
siempre estériles; mas dí,
¿qué puedo yo hacer aquí
que para vivir me importe?
¿Qué oficio tendré en su casa
del Conde?

LAURA. Si has de servir
a Carlos, no hay que pedir
oficio mientras se casa.
Mas, pues a la corte vienes,
entra con mucha humildad,
ganando la voluntad,
Silvio, pues ingenio tienes.
Que te quieran bien procura,
por bien hablado y bien visto,
que hacerse un hombre malquisto
es necedad y locura.
Con decir de todos bien,
hay correspondencia igual,
porque si tú dices mal,
de ti le dirán también.
Acompáñate con buenos,
y tú lo parecerás;
respeta al que sabe más
y alienta al que sabe menos.
No te metas en tu vida
a bachiller, porque es cosa
notablemente enfadosa,
cansada y aborrecida.
Nadie, en efeto, te arguya
aunque estén de infamias llenas,
de mirar casas ajenas,
sino de mirar la tuya.
Honrar mujeres codicia,
no lo desigual igualas,
de cortesía a las malas,
y a las buenas de justicia.
Que con estos documentos
segura vida tendrás.

SILVIO. ¿Tienes que decirme más?

LAURA. Que aquestos seis mandamientos
cifran dos.

SILVIO. Atento estoy,
que me debe de importar.

LAURA. No fiar, ni porfiar.

SILVIO. Esa palabra te doy.

(Vanse, y salen el REY, LISARDA *y* CÉSAR.)

REY. Siempre, Lisarda, he pensado
en tu remedio.

LISARDA. Yo lo creo,
gran señor, de tu deseo,
de tu amor y tu cuidado.

REY. Condesa, yo te he casado,
para sosegar mejor
a los que hablan en tu honor;
porque mirar por la fama
de lo que quiere quien ama
es el verdadero amor.
Pienso que conocerás
el dueño que darte quiero,
que es Carlos, un caballero,
que no hay que decirte más.
A tu estado añadirás
otro que yo quiero darte,
por pagarle y por pagarte
dos grandes obligaciones.

LISARDA. En muchas, señor, me pones
de servirte y de alabarte.
¿No es ese Carlos criado
de Arnaldo?

REY. Lisarda, no;
es criado el que sirvió,
pero no el que se ha criado.
Su hermano, al Conde le ha dado
por padre, en su larga ausencia:
mira tú si hay diferencia
y si esta verdad abona
en su gallarda persona

aquella ilustre presencia.
Débole a Carlos la vida,
débele Francia su rey:
mira tú si es justa ley
pagar deuda tan debida.
Si mi amor no se te olvida,
también obligada estás;
y de mí conocerás
si estimo este caballero,
que en darle lo que más quiero,
no puedo pagarle más.
De Alejandro se alabó
que dió su amada Campaspe,
con que en bronce, en oro, en jaspe
esta hazaña eternizó.
Lo mismo quiero hacer yo
para ganar mayor palma,
puesto que me deja en calma
perderte y ser mi homicida,
pues a quien me dió la vida,
no le doy menos que el alma.
LISARDA. Pues ha dicho vuestra Alteza
su razón, será razón
que yo le diga la mía.
Esté atento.
REY. Atento estoy.
LISARDA. Conozco que fuí culpada
en dejar que su afición
pudiese obligar la mía;
mas fué disculpado error,
porque tengo pensamientos
de tan noble presunción,
que a no imaginarme reina,
no estimara su valor.
Con esto y que vuestra Alteza
algunas veces me dió,
si no esperanzas, engaños,
creció mi satisfación.
En medio, pues, destas cosas,
que no quiero, gran señor,
traerlas a la memoria
para mayor confusión,
porque palabras y plumas
siempre el viento las llevó,
y requiebros y papeles
pienso que lo mismo son,
a Fénix vió vuestra Alteza,
y en Fénix su nombre vió,
conceto que trae consigo
para cualquiera ocasión.
Enamoróse, y confieso
que muy bien se enamoró;
que no tiene ley el gusto,
ni fuerza la inclinación;
llegó luego a mi noticia,
que no hay cosa más veloz
que una mala nueva al dueño,
y aun le avisa el corazón
—debe el avisado albricias
del mal a quien le avisó,
porque un daño prevenido
es, cuando llega, menor—;
supe también que a una aldea,
de temor, se retiró,
adonde fué vuestra Alteza
en forma de cazador.
Por averiguar mis celos
—del amor fuerte pensión,
mas no cuando son agravios,
que son infamia de amor—,
en una carroza parto;
digo a Fénix mi pasión,
dióme su aposento Fénix,
donde vuestra Alteza entró.
Lo que pasó, ya lo sabe.
Y antes que saliese el sol
vuelvo a París, y conmigo
mi desengaño volvió.
Cuesta mucho un desengaño,
y lo que aquél me costó,
quien ama y los ha tenido
sabrá el estado en que estoy.
Esto pasara en silencio
mi amor, por su propio honor;
que quien dice sus desprecios
afrenta su estimación;
pero, llegado el engaño
a tan extraño rigor
que vuestra Alteza me case,
sabiendo París quién soy,
con un criado de Fénix,
es tan grande sinrazón,
que dará lengua a las piedras,
y a la más cuerda, furor.
Si Carlos mató la fiera
que a vuestra Alteza sacó
del caballo, pague Fénix
lo que fué su obligación.
¿Qué culpa tiene Lisarda,
si por Fénix sucedió?
Porque yo, a la misma Fénix
tendría por deshonor
recebirla por criada,
no siendo su dueño vos;
que en sangre, en talle, en ingenio,
yo pienso que soy mejor,

no siendo vos el juez,
que tenéis mucha pasión.
Y con esto os desengaño,
porque primero que yo
sea de Carlos, ni Francia
juntos nos halle a los dos,
tendrán los cuatro elementos
paz en su disforme unión,
quietud las aguas del mar,
piedad la envidia feroz;
la ambición, descanso y gusto;
buena fortuna, el temor;
amor, paciencia, agraviado,
y los celos, discreción.
Case vuestra Alteza a Carlos
con Fénix, que yo le doy
palabra que calle Carlos
y que ella no diga "no";
que con esto y su licencia,
desengañada me voy;
y, si no manda otra cosa,
mil años le guarde Dios.

(Vase.)

REY. De mi paciencia me espanto.
El ser mujer, me disculpa.
CÉSAR. Vuestra Alteza tiene culpa
de haberla escuchado tanto.
Pero, pues tiene poder,
¿por qué se ha de resistir?
REY. Esto, César, es decir,
y no es el decir hacer.
Claro está que ha de ser fuerza,
si no fuere voluntad.
CÉSAR. El parecer liviandad,
a que se queje la esfuerza.
Pero, pues que celos son
de Fénix, oye y verás
cómo entre los dos pondrás
tan notable confusión,
que, si algún amor había,
cese para siempre en ellos.
REY. Si fuese sin ofendellos,
notable industria sería.

(Salen CARLOS, DIONÍS *y* SILVIO, *vestidos de lacayo.)*

CARLOS. El Rey me envía a llamar,
y llevo notable pena.
DIONÍS. Pues no pases desta sala,
que allí está hablando con César.
CARLOS. ¿Cómo, Silvio, entraste aquí?
SILVIO. Señor, por ver la grandeza
del palacio, que a su rey
ya le he visto en nuestra aldea.
CÉSAR. Allí está Carlos, señor.
REY. ¡Carlos!
CARLOS. Deme vuestra Alteza
los pies.
REY. Yo te debo, Carlos,
la vida: pagarte intenta
mi obligación.
CARLOS. Mi humildad
levantaréis de la tierra.
REY. He tratado con Arnaldo
casarte con la condesa
Lisarda, y como, señora,
por humilde te desprecia,
yo quiero que la enamores,
porque no hay más dulce fuerza
de conquistar voluntades;
porque yo sé de tus prendas
que rendirán cualquier dama,
por mucho que se defienda.
César te dará dineros,
joyas, caballos, libreas;
no quiero más de que pongas
tu persona y tu prudencia.
Esto ha de ser sin decir
que yo te mando que emprendas
servirla; que si lo dices,
perderás, Carlos, con ella,
mi gracia, y quizá la vida.
De día, galán, pasea
su calle, y de noche, armado,
ronda su puerta y sus rejas.
¿Hasme entendido?
CARLOS. Señor...
REY. No repliques. ¿A qué guerra
te envío yo, a qué peligro,
a qué difícil empresa?
¿A qué mar llevas armada
para poner mis banderas
en las más remotas playas?
CARLOS. Pluguiera a Dios que eso fuera,
que yo lo supiera hacer.
REY. Carlos, Carlos, esto es fuerza:
hacer lo que manda el rey
es ley de naturaleza.
Venid con César. Tú, luego,
sin que en palacio se entienda,
le darás diez mil escudos.

(Vase.)

CÉSAR. Ven, Carlos.
CARLOS. (El Rey ordena

mi muerte. Fénix la causa.
Al poder no hay resistencia.)

(Vase.)

SILVIO. ¿Qué lleva Carlos?
DIONÍS. No sé.
SILVIO. ¿Con el Rey lleva tristeza?
¡Válgame Dios! ¿Quién pensara
que en los palacios la hubiera?

ACTO TERCERO

(LISARDA y CARLOS, CELIA y SILVIO.)

LISARDA. Quise enviarte a llamar,
perdona haberte apeado,
Carlos, que me das cuidado,
para hablarte y descansar.
¿Para quién, Carlos, te armas?
¿Para quién la bizarría
de tantas galas de día;
de noche, de tantas armas?
¿Qué causa el día te doy,
que nunca esta calle dejas?
¿Qué les dices a mis rejas
cuando yo durmiendo estoy?
Un mes, y más, puede haber
que has dado bien qué decir;
Carlos, yo te quiero oír,
pues que tú me quieres ver.
Grandezas has descubierto
que dan a entender valor.
¿Eres algún gran señor
que anda en la corte encubierto?
Declara tu oculto nombre;
ya es ignorancia callar;
que tanto andar sin hablar,
Carlos, no es efeto de hombre.
Como a todos sospechoso,
puesto me has en confusión,
porque es tanta ostentación
digna de un rey poderoso.
Si es encogimiento, advierte
que ya me tienes aquí;
porque, reparando en ti,
ya no me pesa de verte.
Habla; licencia te dan
mi calidad y mi fama;
porque estás, Carlos, tan dama,
que vengo a ser el galán.
CARLOS. Señora, no sé qué os diga.
Sólo sabed que mi intento
es un nuevo pensamiento
que a lo que decís me obliga.
No sé yo cuál de los dos
está más confuso aquí:
vos, preguntándome a mí;
yo, respondiéndoos a vos.
Mirad, en tal contingencia,
qué podéis imaginar;
porque yo no os puedo hablar,
aunque vos me deis licencia.
Y así, la tomo de irme,
por no poder detenerme;
que hay a quien pesa de verme,
cuando vos gustáis de oírme.
Esta gala, este paseo
tiene tal competidor,
que es amor y no es amor,
es deseo y no es deseo,
es violencia y no es violencia,
es rigor y es amistad,
es fuerza y es voluntad,
es licencia y no es licencia.
Tiene el provecho en el daño,
y el remedio en el temor;
es favor y no es favor,
es engaño y no es engaño.
Conque no sabréis jamás
la causa, de mí a lo menos;
porque habéis de saber menos
mientras os dijere más.
LISARDA. ¿Vos queréisme bien?
CARLOS. No sé.
LISARDA. Pues ¿qué pretendéis?
CARLOS. Serviros.
LISARDA. Hablad.
CARLOS. No sé qué deciros.
LISARDA. Pues ¿por qué?
CARLOS. No sé por qué.
LISARDA. Sí, sabéis.
CARLOS. No puedo hablar.
LISARDA. ¿La razón?
CARLOS. Porque no puedo.
LISARDA. Descortés sois.
CARLOS. Tengo miedo.
LISARDA. ¿A quién?
CARLOS. Mándanme callar.
LISARDA. ¡Qué necedad!
CARLOS. Es por vos.
LISARDA. No me sirváis.
CARLOS. Yo quisiera.

LISARDA. No me miréis.
CARLOS. ¡Quién pudiera!
LISARDA. Pues idos.
CARLOS. Quedad con Dios.

(Vase.)

LISARDA. ¡Ah, gentilhombre!
SILVIO. ¿Soy yo?
LISARDA. Oídme.
SILVIO. ¿Yo? ¿Para qué?
LISARDA. ¿Servís a Carlos?
SILVIO. No sé.
LISARDA. ¿Sabéis lo que es esto?
SILVIO. No.
LISARDA. ¿Pues con él no entrastes?
SILVIO. Sí.
LISARDA. ¿Dónde estáis?
SILVIO. En su posada.
LISARDA. Algo sabréis.
SILVIO. No sé nada.
LISARDA. ¿De quién os teméis?
SILVIO. De mí.
LISARDA. ¡Qué necio que estáis!
SILVIO. Por vos.
LISARDA. ¿No pensáis hablar?
SILVIO. Soy firme.
LISARDA. ¿Qué aguardáis?
SILVIO. Licencia de irme.
LISARDA. Yo os la doy.
SILVIO. Quedad con Dios.

(Vase.)

LISARDA. ¡Ay, Celia! ¡Quién entendiera
lo que este Carlos pretende!
CELIA. Bien fácilmente se entiende
que éste hablara, si pudiera.
Teme el gran competidor
que tiene en el Rey.
LISARDA. No sé,
si ha un mes que el Rey no me ve,
de qué procede el temor,
cuya ingratitud ha sido
causa que de aquella historia
ya no haya en mi amor memoria
que no la sepulte olvido.
Reparando en Carlos bien,
hombre digno me parece
de amarle.
CELIA. Bien lo merece;
y el Rey, tu olvido también.
LISARDA. Si por él no se declara,
y Carlos tiene el valor
que muestra, tendréle amor.
CELIA. Señora, la causa es clara,
y que el no hablarte es por él.
LISARDA. Es ya su valor tan grande,
que, aunque el Rey no me lo man- [de,
pienso casarme con él.

(Vanse, y salen el REY y CÉSAR.)

REY.

Vano fué mi remedio.

CÉSAR.

No muy vano,
pues ya te mira con semblante humano
Fénix, que se mostraba tan airada,
y parece que Carlos no le agrada.
Sin esto, la Condesa, a Carlos mira.

REY.

Mi sufrimiento con los dos me admira;
mas tengo aquel servicio tan presente,
que no hay remedio que mi amor intente,
que siendo contra Carlos, le permita.
Carlos a la Condesa solicita,
mas no por eso Fénix le desprecia.
Mi voluntad, en porfiar tan necia,
estando aquesta noche desvelado,
un remedio me ha dado, que ha llegado
a ser como el enfermo que no duerme,
pensando en los remedios que ha de hacerme.

CÉSAR.

¿Y qué remedio ha sido?

REY.

Este es el Conde.
Oíd lo que le digo y me responde.

(Sale el CONDE.)

CONDE.

¿Qué es, señor, lo que manda vuestra Alteza?

REY.

Conde, la confianza en la nobleza
de vuestra sangre, a daros un cuidado
en que me va la vida me ha obligado.

CONDE.

¿La vida, gran señor? Guárdeos el cielo.
Mi sangre sabe Francia, y vos, mi celo.

REY.

Poned la mano, Conde, en vuestra espada.

CONDE.

No estaba en otra edad mal enseñada.

REY.

Jurad por ella de guardar secreto.

CONDE.

Y con pleito homenaje os lo prometo.

REY.

Yo caso a Carlos, el que habéis criado,
del servicio que vistes obligado.
Fáltale calidad, que darle quiero
diciendo vos, como de vos lo espero,
que es vuestro hijo, habido en otros años,
cuando de amor se sufren los engaños;
y esto a Fénix y a él para que puedan
decirlo a todos, pues hermanos quedan.

CONDE.

Cosa tan justa, justamente obliga
que ser hermanos a los dos le diga,
para que a Carlos calidad le sobre;
que si vos le casáis, no será pobre;
que en verle pasear a la condesa
Lisarda, que de verle no le pesa,
con tantas galas, bien imaginaba
que vuestra Alteza la ocasión le daba,
al pasado servicio agradecido.

REY.

Esto, con el secreto, Conde, os pido.

CONDE.

Voy a serviros, y a decirle a Fénix
lo que ha de serle de tan grande gusto;
y yo llevo, señor, el que es tan justo
de ver de vos a Carlos tan honrado.
Mi hijo es Carlos, pues que le he criado.

(Vase.)

REY.

¿Qué te parece desto?

CÉSAR.

Que en sabiendo
que son hermanos, cesará el quererse.
Podrá, sin esto, el casamiento hacerse
de la Condesa y Carlos, pues le has dado
calidad.

REY.

¿Quién hubiera imaginado,
si no un celoso, industria semejante?

CÉSAR.

No hay lince tan sutil como un amante.

(Vanse, y salen FÉNIX *y* CARLOS.*)*

FÉNIX. No hay cosa que más me admire
que ver que llegues a hablarme,
y que, de sólo mirarme,
el temor no te retire.

CARLOS. ¿No quieres que te hable y mire
un hombre que está inocente?

FÉNIX. ¡Cruel! ¡Que engañarme intente
tu lengua en cosa tan clara,
que cuando yo la ignorara,
me la dijera la gente!
¿Hay en París otro cuento,
si no tu amor? ¿Es la empresa
de servir a la Condesa
mi secreto pensamiento?
Bebes en su calle el viento;
no hay hombre que no te halle
en su reja, y en su calle,
y en verte se escandalice,
¿y lo que la calle dice
quieres tú que yo lo calle?
¡Extraño pago me has dado!
¡Cómo en esto he conocido
que eres hombre mal nacido!
Mal nacido y bien criado.
En fin, quedarás casado
con Lisarda; bien harás.
¡Qué buena me dejarás!
¡Qué bien que supe escoger,
ya que me quise perder!

CARLOS. ¡No más, mis ojos, no más!
No lloréis, que, ¡vive Dios!,
que no guarde ley al Rey;
porque no puede haber ley
que me obligue contra vos.
Sabed, mi bien, que los dos,
el Rey y César os digo,
han concertado conmigo
que sirva a Lisarda yo;
no con el alma, eso no;
no, Fénix; Dios me es testigo.
El fin que llevan es darte
de aborrecerme ocasión,

no sabiendo la razón
que a amarme debe obligarte.
No he querido declararte
el secreto; que, en efeto,
estoy al rigor sujeto
de su mano poderosa;
que de una mujer celosa
no se ha de fiar secreto.
  Pero, en viéndote llorar
y llamarme mal nacido,
máteme el Rey, pues ha sido
el que me pudo obligar,
Fénix, a hacerte pesar.
Que cuando la queja suya
a deslealtad lo atribuya,
no hay vida o perdón que pida;
que más que vale mi vida
pesa una lágrima tuya.
  Como caerse del cielo
la estrellas, así son
tus lágrimas. No es razón,
Fénix, que las goce el suelo.
Dame, en tanto mal, consuelo;
recoge, pues, las estrellas,
que lloras mi vida en ellas.
Mira que un niño que tienes
harás llorar, si a hacer vienes
que lloren niñas tan bellas.
  Dame esos brazos.

FÉNIX. Desvía.

CARLOS. ¿A mí me niegas los brazos?

FÉNIX. Sí diera, si fueran lazos.

CARLOS. Lazos fueron algún día.
Pues advierte, Fénix mía,
que por fuerza he de abrazarte.

FÉNIX. Sabré mil vidas quitarte.

CARLOS. No sabrás, porque te adoro.

FÉNIX. ¡No me pierdas el decoro,
que he de matarme o matarte!

(Sale el CONDE.*)*

CONDE. ¿Qué es esto, Fénix, qué es esto?
¿En qué los dos estos días
andáis con tantas porfías,
tú airada y tú descompuesto?

FÉNIX. ¿Yo, señor?

CONDE. Y tú también.
¿Es buena descompostura?

CARLOS. A quien servirte procura,
que le traten mal no es bien.
  Y, pues que nos has hallado,
señor, en esta pendencia,
quiero, si me das licencia,
decirte lo que ha pasado.
  Que por todo pasaré,
pero no por cosas bajas;
que reconozco ventajas
en la sangre, y no en la fe.
  Porque en verdad y lealtad
pienso que soy el primero
del mundo.

CONDE. Carlos, yo espero
de tan necia enemistad
saber la causa.

CARLOS. Es bastante
para irme o no vivir.
Da mi señora en decir
que un anillo de un diamante
  que le falta he sido yo,
señor, quien se le ha tomado,
pensamiento que le ha dado
desde que galán me vió.
  Y aunque le digo que el Rey
diez mil escudos en oro
me ha dado, contra el decoro
debido por justa ley
  a un hombre que tú has criado,
no es posible que me crea.

CONDE. Fénix, ¿de cosa tan fea
puede ser Carlos culpado?

FÉNIX. Si yo le veo servir
a Lisarda, ¿no es razón
que tenga esta presunción?

CARLOS. ¿Esto tengo de sufrir?
  Déme vuestra señoría
licencia, que un hora más
no he de estar en casa.

FÉNIX. Harás
una grande bizarría.
  Vete, pero no lo creo,
que te tiene el alma asida
Lisarda.

CONDE. Muy atrevida,
Fénix, con Carlos te veo;
  y yo sé que está inocente
y que tú engañada estás.

FÉNIX. Con las alas que le das,
¿qué cosa habrá que no intente?
  Déjale ir; ¿qué ha de hacer
Carlos aquí ya tan hombre?

CARLOS. Bien dice; que hasta mi nombre
debe ya de aborrecer.
  Dame licencia y la mano.
Guerras hay.

CONDE. Carlos, advierte

que ya me dais ocasión,
sin la que el tiempo me ofrece,
para que un secreto os diga
con que os tratéis de otra suerte
que hasta aquí os habéis tratado,
pues será tan igualmente
como merece el amor
que de justicia se debe
a la sangre.

FÉNIX. Estoy temblando.

CARLOS. Alguna desdicha teme
destas palabras el alma.

CONDE. Hoy la lengua se resuelve
a que del silencio antiguo
lazos tan injustos quiebre.
Otro respeto, otro amor
en vuestros pechos comience;
cese el nombre de criado;
Carlos es tu hermano, Fénix.
Fué prenda en mis verdes años
de una dama, a quien la muerte
llevó de su parto, honrando
el Arco, por quien le pueden
llamar Fénix desde entonces
en vez de mortal celeste.
Hermanos sois; ya lo he dicho
al Rey, porque el Rey le quiere
casar con Lisarda, a efeto
que sepa que la merece.
Que si por ser mi criado
para ser su esposo pierde,
siendo mi hijo don Carlos
la iguala, si no la vence.
Con esto os dejo a los dos,
porque abrazos tan alegres
no me enternezcan el alma,
como las memorias suelen.

(Vase.)

CARLOS.

¿Ha llegado al oído
de un hombre desdichado
nueva tan infeliz? Fénix, ¿qué es esto?

FÉNIX.

Carlos, pierdo el sentido,
que el corazón turbado
parece que en los ojos se me ha puesto.

CARLOS.

Quisiera, descompuesto,
decir y hacer locuras.
¿Yo soy, Fénix, tu hermano?
¡Ah, cielo soberano!
¿Qué puedo hacer en tantas desventuras
puesto que mi inocencia
disculpa tanto error con tu clemencia?
Perderte, esposa mía.
¿Esposa dije? Miento;
es fuerza, pues ya sé que eres mi hermana.
¡Oh, padre; qué alegría
qué gusto, qué contento
pensaste dar a mi esperanza vana!
Pues no será tirana
de mi amor la Condesa.
Mi ausencia es ya forzosa
de mi hermana y mi esposa,
aunque parece temeraria empresa,
pues si con ella quedo,
ni dejarla de amar ni amarla puedo.
De un ángel padre y tío,
¿qué puedo hacer? ¡Ay triste!
¡Oh, quién no hubiera sido tan dichoso!
¡Oh, extraño desvarío,
que apenas le resiste,
Fénix, el desengaño poderoso!
Amanecí tu esposo
y anochezco tu hermano.
¡Oh, fortuna terrible,
pues no será posible
si aquí me quedo resistirme en vano!
Fuerza será ausentarme,
que menos es perderte que casarme.
Adiós, Fénix querida,
adiós, hermana, por mi triste suerte.
La prenda de mi vida
en ti depositada
te queda por memoria de mi muerte.
Que la trates advierte
como de esposo muerto,
como de ausente prenda
el alma te encomienda
la fe primera del primer concierto;
que yo, donde estuviere,
te guardaré lealtad mientras viviere.

FÉNIX.

Si lágrimas, esposo,
iba a decir hermano,
no te espantes, que ha poco que lo eres,
pueden de mi amoroso
pecho, el rigor tirano
mostrar, no es justo que a la lengua esperes.
Yo quiero, si tú quieres,
que juntos nos acabe
una muerte dichosa.

Poco ha que fuí tu esposa;
que soy tu hermana amor apenas sabe,
pues ¿qué más dulce suerte
que con aquesta fe darnos la muerte?
Pero si aquella prenda
de los dos adorada
no puede quedar sola, y no te fías
de que tu amor no ofenda
la fe desengañada
con el trato amoroso que solías
pasar noches y días
tan cerca de mis brazos,
vete, Carlos, que es justo
no dar este disgusto
al cielo que hoy defiende tus abrazos;
vete, que sola ausencia
hace al amor tratado resistencia.
Que si el Rey porfiase
en darte a la Condesa,
por más que ser tu hermana y no tu esposa,
Carlos, imaginase,
el alma te confiesa
que muriera celosa y envidiosa.
Mas esta prenda hermosa,
este Carlos pequeño,
llévale allá contigo,
no ha de quedar conmigo;
siga las desventuras de su dueño,
por que tengas presente
a quien tan presto has de olvidar ausente.

CARLOS.

Desesperado intento.
¿Perdernos, Fénix, quieres
a los dos en un día?

FÉNIX.

¿Será justo
que un hombre de su aliento
se críe entre mujeres?
Suceda de una vez todo el disgusto.

CARLOS.

Mira que es caso injusto.

FÉNIX.

Sí, Carlos, mas forzoso;
que nuestro pensamiento
dirá mi sentimiento,
y quedará mi padre sospechoso;
y es quitarle la vida
si entiende que yo fuí tan atrevida.
Ven esta noche, hermano,
¡nunca yo lo dijera!,
de tu casa a la nuestra con secreto,
y con este villano
a la puerta me espera;
daréte el niño que nació sujeto
a tanto mal.

CARLOS.

¡Qué efeto
de un amor tan notable!

FÉNIX.

¡Qué desdicha perderte!

CARLOS.

¡Dejarte yo! ¡Qué muerte!

FÉNIX.

¡Qué estado entre los dos tan miserable!

CARLOS.

¡Loco estoy!

FÉNIX.

¡Yo perdida!

CARLOS.

¡Yo voy sin alma, Fénix!

FÉNIX.

¡Yo sin vida!

(Vanse, y salen LAURA *y* SILVIO.)

LAURA. ¿Eso es cierto?
SILVIO. Y es tan cierto,
que no hay otra cosa en casa,
y sin esto, que se casa,
y que hoy se firma el concierto.
LAURA. Muerta estoy.
SILVIO. Pues ¿tú, de qué?
LAURA. Yo me entiendo.
SILVIO. Pues ¿qué daño
os viene del desengaño?
LAURA. Ese, Silvio, yo le sé.
SILVIO. Si es su hermano natural
Cárlos de Fénix, no puede
quitarle su hacienda.
LAURA. Excede
otro mal del mayor mal.
Demás de que el casamiento
de la Condesa se hará,
con que Carlos quedará
rico, próspero y contento.
SILVIO. A la fe, Laura, que ha sido

fuerza decir la verdad,
pues dándole calidad
fué de Lisarda marido.
¡Oh, qué librea me espera
en las bodas, pesia tal!
¡No más aldea y sayal,
vida rústica y grosera!
Corte sí, corte es vivir,
bien vestir, mejor comer,
sin pensar en que ha de haber
ni mañana ni morir.
Aquí la vida es cometa,
resplandecer y pasar;
no más campos ni esperar
un astrólogo profeta
que imprimiendo necedades
en un pliego de papel
quiere gobernar por él
las suprêmas voluntades.
No quiero esperar un mayo
ni un planeta antojadizo
que disparando granizo
sea de mis viñas rayo.
Más quiero esperar aquí
traición y murmuración
que allá langosta y pulgón.
No me picaron a mí,
porque al que me murmurare,
le sabré sus faltas yo;
porque ninguno nació
sin alguna en que repare.
¿Para qué quiero que el cura
salga a conjurar nublados?
Que aquí, con menos cuidados,
la enemistad se conjura.

LAURA. ¡Ah, Silvio! Pues yo me acuer-
cuándo la corte infamabas, [do
y al que vivía llamabas
en la aldea sabio y cuerdo.
El agua dulce te ha hecho
mudar condición y gusto;
ya París te viene al justo;
ya tienes más blando el pecho.
¡Ah, Silvio! Que no has probado
aquello del memorial
del que por quererte mal
incita al mal informado.
Cuando la justicia veas
que el enemigo te envía,
por malicia y cobardía,
¿qué dirás de las aldeas?
Cuando veas que si vienes
con dineros hallarás
amigos; pero no más
de cuanto que darles tienes,
¿alabarás a París?

SILVIO. Pues ¿algo no ha de costar?

LAURA. Sí, pero es mucho pesar.

SILVIO. Laura, vosotras decís
que por tener hermosura
se ha de pasar cualquier cosa.
Mira tú por ser hermosa
lo que una mujer procura;
qué martirios no padece
una miserable cara,
hasta que en no serlo para,
y en mocedad envejece.
Una discreta llamaba
que era el agua su deleite,
testigo falso al afeite,
porque los dientes quitaba.
No tienes que predicarme;
yo soy cortesano ya.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. ¿Está aquí Laura?

LAURA. Aquí está.

CARLOS. Laura, solicita darme
la ropa que tienes mía.

LAURA. La ropa y el parabién
de que te casas también
con aquella señoría.
Muchos años conde seas
y hermano de mi señora,
aunque es parabién que agora
pienso que no le deseas.

CARLOS. Laura, que su hermano soy
de Fénix, aunque me admira,
es verdad; pero es mentira
que me caso, pues me voy.

LAURA. ¿Que te vas?

CARLOS. Sí, Laura, a España.
¡Ea, Silvio, si has de ir
conmigo, para partir
te apresta.

SILVIO. ¡Violencia extraña!
Cuando en toda la ciudad
se trata tu casamiento
¿te vas a España?

CARLOS. Este intento
nace de otra voluntad.

SILVIO. ¡Esperaba yo librea!

CARLOS. Pues de camino será.

(Vase.)

LAURA. ¿Ves cómo Carlos se va?

Es más segura la aldea.
SILVIO. Digo que tienes razón.
Adiós, Laura. Bien decís
los que vivís en París,
sus gustos mudanzas son.
LAURA. ¡Qué presto me olvidarás!
SILVIO. De ti no llevo cuidado,
que ya me habrás olvidado
antes que parta, y aun más.
LAURA. Dios te dé dicha en España,
Silvio.
SILVIO. Bien es menester.
En fin, me voy a perder.
LAURA. ¿Por qué?
SILVIO. Porque es tierra extraña.
LAURA. Extraña de tu país,
mas del mundo la mejor.
SILVIO. Bien me estaba labrador.
Adiós, Laura. Adiós, París.

(Vanse, y salen CÉSAR *y el* REY, *de noche.)*

CÉSAR. Próspero suceso ha sido.
REY. Resultaron dos efetos,
César, notables entrambos.
CÉSAR. Como de tu claro ingenio.
REY. Lisarda, desengañada
de mi voluntad, ha puesto
los ojos en Carlos. Fénix
ha mudado el pensamiento.
CÉSAR. Claro está que si Lisarda
tiene de Carlos por cierto
que es hijo del Conde Arnaldo,
tratará su casamiento,
porque tiene prendas Carlos
para ponerle deseo,
como con Fénix las tuvo
para abrasarte de celos.
REY. Díjome el Conde que estaban
tan admirados y atentos,
que apenas mostraron gusto
de saber que hermanos fueron,
y es que como no sospecha
lo que de Fénix sospecho,
piensa que esta admiración
nació del mismo suceso.
Por lo menos, yo he pagado
a Carlos lo que le debo
casándole con Lisarda,
y libre de celos puedo
seguir la empresa de Fénix,
que es el último remedio.
Esta es su casa del Conde;
como grave amante vengo
donde no puedo de día.
CÉSAR. Grande es tu amor.
REY. Es inmenso.
¿Qué hora será?
CÉSAR. Las once.
REY. ¡Que le sirva de consuelo
a un amante el ver de noche
las ventanas de su dueño!
CÉSAR. Como asiste el alma en él,
descansa más asistiendo
más cerca, señor, del alma.
REY. Notable desasosiego
en la hermosura de Fénix
padece mi entendimiento.
Yo pienso que si llegase
a saber lo que padezco,
que de otra suerte pusiese
a mis cuidados remedio.
No vivo, César, no vivo,
y te confieso que siento
que siendo quien soy me tenga
en un estado tan necio
terrible pasión de amor.
CÉSAR. Oye, señor, que han abierto
la puerta de aquel jardín
que sale al patio primero.
REY. Mujer parece quien sale.
CÉSAR. No es sin causa.
REY. A verla llego.

(Sale FÉNIX, *con el niño de la mano.)*

FÉNIX. Sola mi fortuna pudo
obligarme a lo que vengo;
pero perdiendo la vida,
¿qué mayor fortuna temo?
Allí están Carlos y Silvio.
Carlos mío, llega presto,
porque no es posible hablarte,
sabe Dios lo que lo siento.
El Conde me está esperando.
Aquí te doy cuanto puedo.
Este es Carlos, nuestro hijo.
Bien sabe, Carlos, el cielo
que la fe de ser tu esposa
obligó mi atrevimiento.
Soy tu hermana; así lo dice
nuestro padre; así lo creo.
Carlos, vuestro padre es Carlos.
Dadme los últimos besos.
Adiós, mis ojos, adiós,
Carlos, que me voy muriendo.

NIÑO. ¿Adónde me deja, madre,
que hace escuro y tengo miedo?
FÉNIX. Con vuestro padre, hijo mío.
Adiós, Carlos; que bien veo
que no me puedes hablar.

(Entrase FÉNIX.)

REY. ¿Qué es esto, César, qué es esto?
CÉSAR. Déjame llegar al niño,
no llore.
REY. ¡Extraño suceso!
CÉSAR. Venid conmigo, mis ojos.
NIÑO. ¿Es él mi padre?
REY. No creo
lo que estoy viendo.
CÉSAR. Señor,
no ha tenido buen efeto
lo que habemos intentado.
REY. Antes un milagro ha hecho
que ha sido, César, abrirme
del alma los ojos ciegos.
Pensaba yo que quería
Fénix a Carlos, haciendo
para que no le quisiese
invenciones que me han muerto,
pues he venido a saber
no sólo que se quisieron,
mas que según el testigo
se casaron de secreto.
¡Oh, qué ocasión de venganza
me había ofrecido el cielo
si no fuera yo quien soy
y debiera a Carlos menos.
Carlos, César, me ha servido.
Ya que he llegado a estar cierto
de que Fénix es tan suya,
ayudar a Carlos quiero.
Toma ese muchacho en brazos,
y el desengaño llevemos
de mi amor.
CÉSAR. Carlos, venid.
NIÑO. No, no, señor caballero,
que Lauro me ha de llamar
y no Carlos.
CÉSAR. ¿A qué efeto?
NIÑO. Porque si me llama Carlos
me conocerá mi abuelo.

(Vanse, y salen CARLOS *y* SILVIO, *de noche.)*

CARLOS. Silvio, en la corte has estado,
aunque en aldea nacido.
Pienso que habrás aprendido
a lo que estás obligado.
¿Sabes tus preceptos bien?
SILVIO. Ya sé que se han de encerrar
en ver, oír y callar,
Carlos, y en sufrir también.
CARLOS. El más importante olvidas.
SILVIO. ¿Cómo?
CARLOS. No te has de espantar
de cuanto vieres pasar,
porque a lo discreto midas
los sucesos de las cosas
a la multitud que encierra.
SILVIO. Ya sé yo que nunca yerra
quien sus fábulas hermosas
mira sin admiración,
porque es querer ignorancia
cifrar en corta distancia
cosas que tan grandes son.
Si viese en París, señor,
la cosa más imposible,
la juzgaría posible
a la dicha y al favor.
Aunque villano me coges,
ya ser cortesano emprendo;
las repúblicas entiendo
que son como los relojes;
que el mismo gobierno corre,
de las mismas ruedas hecho,
para el que se trae al pecho
que para el que está en la torre.
Sólo está la diferencia
en que cuesta más cuidado
el grande que el limitado,
más gobierno y más prudencia.
CARLOS. Según eso, y que ha lucido
en ese buen natural
la corte, a ocasión igual
mi crédito te ha traído.
Laura un muchacho ha criado
que has visto, no sin malicia.
SILVIO. Celos me dieron codicia
de averiguar su traslado.
No te espantes.
CARLOS. Ni era justo.
Yo vengo por él, que soy
su padre, y tú desde hoy
su ayo.
SILVIO. De serlo gusto,
y de estar desengañado
que Laura, en fin, te ha querido.
CARLOS. De Laura este niño ha sido,
y como tal le ha criado.

SILVIO. ¡Ah, Laura, qué bien se vía
que el palacio te agradaba!
¡Qué fingida me engañaba!
¡Y matrimonio quería!
CARLOS. Pues ¿cómo admirarte quieres?
¿No es lo que los sabios hacen?
SILVIO. Dos cosas desde que nacen
saben todas las mujeres.
CARLOS. ¿Y son?
SILVIO. Bailar y engañar.
CARLOS. Silvio, contra los precetos
hablas. Los tres más discretos
son ver, oír y callar.
¿Tú no lo dijiste ansí?
SILVIO. Sí dije.
CARLOS. Pues oye y calla.

(Salen un CAPITÁN *y dos* SOLDADOS *con arcabuces.)*

CAPITÁN. Aquí dicen que han de estar.
SILVIO. Gente viene.
CARLOS. Aquí te aparta.
CAPITÁN. ¿Qué gente?
CARLOS. Criados somos
del Conde.
CAPITÁN. ¿A estas horas andan
fuera de casa?
CARLOS. ¿Qué importa,
si es la puerta de su casa?
CAPITÁN. ¿Es Carlos?
CARLOS. El mismo soy.
CAPITÁN. Pues dadme, Carlos, las armas,
que os manda prender el Rey.
CARLOS. ¿A mí?
CAPITÁN. A vos.
CARLOS. ¿Por qué?
CAPITÁN. No mandan
los reyes dar la razón
por que prenden.
CARLOS. ¡Cosa extraña!
Entra, Silvio, y dile al Conde
que el Capitán de la guarda,
por orden del Rey, me prende.
SILVIO. Si has hecho cosa tan mala
que te cueste vida y honra,
saquemos, Carlos, la espada;
que es mejor honrosa muerte
que la vida con infamia.
CARLOS. Estoy inocente, Silvio.
SILVIO. Pues yo diré lo que pasa.
CARLOS. Sola esta espada he traído;
pues me la pedís, tomadla;
que quien con ella le sirve,
no pienso yo que le agravia.
CAPITÁN. Esto me ha mandado el Rey.
Vamos.
CARLOS. Sin duda es la causa
haber sabido que Fénix
es mi mujer y mi hermana.

(Vanse, y salen el REY, LISARDA *y* CÉSAR.*)*

REY. Mucho me agrada, Condesa,
tu intento, pero no creo
que podrá ya tu deseo
salir con tan justa empresa.
LISARDA. De haberte dicho me pesa
que pagando su afición
he tenido inclinación
a Carlos para casarme,
viendo que quieres negarme
cosa tan puesta en razón.
¿No es Carlos hijo del Conde
Arnaldo? Luego es mi igual,
porque con ser natural,
a su valor corresponde.
De aquí imagino que donde
hubo fuego, como en ti,
aún hay reliquias, que aquí
lo que es justo concedieras,
si envidia dél no tuvieras,
y agora celos de mí.
REY. Engañada estás, Lisarda,
y pésame que a tu boca
salga presunción tan loca.
LISARDA. Pues ¿qué es lo que te acobarda
para no casarme?
REY. Aguarda,
que muy presto lo sabrás.
CÉSAR. Señora, engañada estás,
porque si posible fuera,
el Rey a Carlos te diera,
aunque tú mereces más.

(Salen el CAPITÁN, SOLDADOS *y* CARLOS.*)*

CAPITÁN. Aquí, señor, he traído
de donde mandaste, preso
a Carlos.
REY. ¿Que allí le hallaste?
CAPITÁN. Sí, señor.
LISARDA. ¡Preso! ¿Qué es esto?
CARLOS. Aquí vengo, gran señor,
preso, aunque inocente vengo.
REY. ¿Inocente?
CARLOS. Ya sé yo

que están los hombres sujetos
a testimonios, a envidias
de enemigos y aun de deudos.
Algo te han dicho de mí,
que si me escuchas primero...

REY. No, Carlos; no quiero oírte;
yo sé la causa que tengo.

LISARDA. ¿Quiere decírmela a mí
vuestra Alteza? Esto le ruego
por todo el amor pasado.

REY. Lisarda, es cierto secreto
que he de decir a su padre,
y Carlos y yo sabemos.

CAPITÁN. ¿Dónde manda vuestra Alteza
que lleve a Carlos?

CARLOS. Hoy llego
de mi vida al postrer punto.

REY. Esté por agora puesto
en la torre de palacio.

(Salen el CONDE, FÉNIX, LAURA *y* CRIADOS.)

FÉNIX. Cuando esto parezca extremo
de amor, ser padre es disculpa.

CONDE. Fénix, temeroso llego.
Supe la prisión de Carlos,
y a vuestra Alteza confieso
que fué milagro en mis años
no quedarme entonces muerto.
¿Carlos preso a tales horas?

FÉNIX. Señor, como hermana puedo
decir que en toda mi vida
tuve mayor sentimiento.

REY. Y como Fénix, ¿quién duda
que lo habréis sentido?

CONDE. Creo
que estáis, señor, olvidado,
con los cuidados del reino,
no del servicio de Carlos,
sino de nuestro concierto.
¿Sabéis lo que me dijiste?

REY. Sí, Conde, todo lo entiendo;
sé que Carlos me ha servido,
y que la vida le debo.
Sé que os dije que gustaba,
para cierto pensamiento,
de que dijésedes, Conde,
que era Carlos hijo vuestro.

CONDE. Señor, aunque no es mi hijo,
que sepáis, y es justo, quiero
que por hijo de mi hermano,
en tal opinión le tengo.
Mi amor es notable a Carlos;
pero pues vos le habéis preso,
confesando que la vida
le debéis, yo me resuelvo
a ser su mismo verdugo.

REY. El delito, yo os confieso
que tiene alguna disculpa;
pero ya sabéis que debo
hacer justicia; soy Rey.

CONDE. Señor, si acaso merezco
por canas y por servicios
a vuestros padres y abuelos
saber lo que es, os suplico
me lo digáis.

REY. Antes pienso
haceros, Conde, jüez.

CONDE. Pues si lo soy, os prometo
que no tenga el padre alcalde,
pues no lo soy.

REY. Oídme atento.
Aquí se quejan que Carlos,
desleal, y de amor ciego,
con la hija de un amigo
se ha casado de secreto,
y que tiene della un hijo,
que fué testigo tan cierto,
que le he examinado yo.
¿Paréceos que es bien con esto
que porque me dió la vida
y lo sabe todo el reino
deje yo de hacer justicia?

CONDE. Señor, ¿siendo vos mancebo,
juzgáis delitos de amor
con tanto desabrimiento?
Ese rigor, esa furia,
dejadla para los viejos,
que ya con helada sangre
no saben que no lo fueron.
¿Quien puede ser ofendido
en el honor que a desprecio
tenga el dar su hija a Carlos,
mi sobrino y vuestro deudo,
que sabéis que lo soy yo?

REY. ¿Eso es ser jüez recto?
Más parecéis abogado.

CONDE. Pues, señor, cuando yo temo
que ha sido Carlos traidor,
o que a algún príncipe ha muerto,
veo un delito de amor,
¿qué he de hacer?

REY. César, traed luego
el testigo.

CÉSAR. Voy por él.

CONDE. ¿Qué testigo? Que os prometo

que yo en cosas naturales
del primer bozo me acuerdo;
nunca juzgo por las canas.

(Sale César *con el niño.)*

César. Aquí está el testigo.

Conde. El cielo
le guarde; ¡qué buen testigo!
Yo, a lo menos, ya estoy tierno,
y casi de verle lloro,
¿Es posible que tu abuelo
pide justicia de Carlos
mirando un ángel tan bello?

Rey. ¿Perdónaradeles vos,
buen Conde, si fuera vuestro?

Conde. Y pienso echarme a los pies
del ofendido soberbio.

Rey. Mirad lo que decís, Conde,
que es el niño nieto vuestro.

Conde. Pues, señor, lo dicho, dicho;
en los brazos me le llevo.

Rey. Carlos, vos sois condestable
de Francia. A Lisarda ruego
que trueque a Carlos por César.

Silvio. Pues yo con Laura me quedo,
ya que el niño tiene padre.

Lisarda. Lo que es tu gusto obedezco.

Carlos. ¿Quién podrá alabar, señor,
tu valor y entendimiento?

Fénix. Quien supiere cuánta dicha
fué siempre servir a buenos.
Con que la comedia acaba,
senado, a servicio vuestro.

LA VENGADORA DE LAS MUJERES

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A LA SEÑORA FENISA CAMILA

Desde que supe que querían imprimir *La vengadora de las mujeres*, que por ventura por este intento andaba perdida por la corte, previene dirigirla a v. m., como a persona a quien más justamente tocaba el título, pues ha vencido más mujeres con su hermosura que hombres han engañado con palabras de casamiento, lazo en que tan fácilmente caen. Y aunque yo estaba en sagrado, así por el oficio como porque en las ventanas de los años no alcanza el toro, quise hacer este gusto a v. m. por si pudiese persuadir su imaginación que fué el dueño de esta fábula. Vanidad es en una mujer despreciar los hombres, pues cuando Aristóteles dijo que la mujer le apetecía como la materia a la forma no pensó que era pequeño el encarecimiento. Mas responderá v. m. que Dios, habiéndole criado, le halló solo, y que le dió la mujer por compañía; de donde querrá inferir que él debe apetecerla y que ella puede huirle. El argumento es falso, porque saliendo del mismo, ha de volver a su primera causa, como a la mar los ríos. El solo, dijo el filósofo que era Dios o bestia; v. m. no puede ser lo primero: mire al peligro en que se pone con lo segundo; y si le ha de suceder lo que a Laura, que con todas sus letras, sus estudios, cuidados y melindres vino a querer sujeto, donde si la mentira del disfraz fuera verdad de la persona, más que de las mujeres, había sido la vengadora de los hombres, no intente por vanidad cosas que, no teniendo por fundamento la virtud, se oponen a la naturaleza. No ame v. m., pero no aborrezca; no diga bien de los hombres, pero no los infame; siquiera porque sus padres desearon que lo fuese, y les pesó de que naciese mujer: y aun a la misma naturaleza, que por su falta la hizo hombre imperfecto, título que dieron a la mujer tantos filósofos. Mas porque no parezca que, habiendo de ser esta carta dirección de esta comedia y, como en los libros se usa, primera en las licencias de las lisonjas (1), aseguro a v. m. que la tengo por hermosa y que la tendré por discreta si la veo de la opinión de Laura, con algún dichoso Lisardo que la merezca, porque la más pintada mariposa, sin que la busque la llama, se abrasa en ella; y nos han enseñado los ejemplos de las historias, así antiguas como modernas, notables castigos de semejantes libertades; por lo menos entran aquí los avisos de los poetas, y el de Horacio con Garcilaso cuando dijo:

En tanto que de rosa y azucena.

Porque v. m. podría aguardar a tiempo que los mismos de quien ahora se burla se burlasen de ella. Dios guarde a v. m. Capellán de v. m., *Lope de Vega Carpio*.

FIGURAS DE LA COMEDIA:

ARNALDO, *Príncipe.*	OTRO CRIADO.	LUCELA, *dama.*
ALEJANDRO, *Duque.*	LAURA, *Princesa.*	JULIO, *criado.*
AUGUSTO, *Príncipe.*	DIANA, *dama.*	LISARDO, *Príncipe.*
OCTAVIO, *criado.*		

REPRESENTÓLA LEÓN, E HIZO "LA VENGADORA" MARÍA DE ALCARAZ, FAMOSAMENTE.

(1) Hartzenbusch añadió aquí las palabras "hace estilo nuevo" sin decir por qué.

ACTO PRIMERO

(Salen LAURA *y* ARNALDO; LAURA *con una carta.)*

LAURA. Si sospechoso os dejé,
aunque no tendréis razón,
yo os daré satisfacción.
ARNALDO. Leed la carta.
LAURA. Sí haré.

[*Lee.*] "Bien sé que no hay en el mundo quien merezca el divino valor de la princesa Laura; mas suplico a vuestra Majestad no pierda por vecino lo que otros pretenden ganar por extranjeros. Mi embajador lleva poder para efectuar los capítulos que ofrezco. Guarde Dios a vuestra Majestad. — *Federico, príncipe de Transilvania.*"

ARNALDO. ¿Qué dice?
LAURA. Que no habéis sido
quien mi casamiento trata.
ARNALDO. De que a tantos seáis ingrata
estoy, hermana, ofendido.
A mí me es fuerza casaros;
sabe Dios si hacer quisiera
un hombre tal que pudiera
alabarse de igualaros.
Pero, pues no puede ser,
imaginad que es querer
darle un imposible nombre,
porque al imperio del hombre
se ha de rendir la mujer.
LAURA. Pensaréis que es arrogancia
dilatar mi casamiento,
porque a mi merecimiento
hay infinita distancia.
Engañáisos, porque soy
la misma humildad.
ARNALDO. Estoy
confuso, que despreciéis
todos cuantos hombres veis,
pues en la causa no doy.
Vos, gallarda; vos, discreta;
vos, con salud, ¿qué razón
os tiene a tal opinión
bárbaramente sujeta?
Si el haber tanto estudiado,
ocasión, Laura, os ha dado
para haceros singular,
es cansaros y cansar
vuestro ingenio y mi cuidado.
De donde vengo a entender
que, si esto de fama y nombre
hace tan soberbio al hombre,
será locura en mujer.
LAURA. Ni el haber tanto estudiado
a eso me ha desvanecido,
sino sólo que he querido
satisfacer mi cuidado:
los hombres aborrecer.
ARNALDO. Pues, decidme, ¿qué os han hecho?
LAURA. Ninguna cosa.
ARNALDO. Sospecho
que ocasión debe de haber.
LAURA. Si ponéis el pensamiento
en mi honor, es loco intento.
ARNALDO. Pues decidme la ocasión.
LAURA. Por volver por mi opinión,
os la diré; estadme atento.
Antes, generoso Arnaldo,
que a las artes liberales
diese principio, ni hubiese
ocasión para indignarme,
había dado en leer
los libros más principales
de historias y de poesías,
y de tragedias de amantes;
hallaba en todos los hombres
tan fuertes, tan arrogantes
tan señores, tan altivos,
tan libres en todas partes,
que de tristeza pensé
morirme, y dije una tarde
a una dama a quien solía
comunicar mis pesares:
"Filida, ¿qué puede ser,
que en cualquier parte que traten
de mujeres, ellas son
las adúlteras, las fáciles,
las locas, las insufribles,
las varias, las inconstantes,
las que tienen menos ser
y siguen sus libertades?"
"Eso, Filida me dijo,
Laura, solamente nace
de ser dueños de la pluma,
de cualquiera acción que hacen.
Por ellas no hay Roma o Grecia
ni Troya que no se abrase;
luego nos dan con Elena
y con el robo de Paris:
de todo tienen la culpa;
y los hombres, inculpables,
son los santos, son los buenos
y los que de todo saben."

Concebí tal ansia en mí,
que propuse, por vengarme,
de no querer bien a alguno
ni permitir que me hablen,
y, dándome a los estudios,
quedar suficiente y hábil
para escribir faltas suyas,
que algunas en ellos caben;
que ni ellos son todos buenos,
ni ellas todas malas salen;
por lo menos, a mi ejemplo,
escribirán por vengarse.
Si Semíramis valiente
venció tantos capitanes,
su hijo dicen que amó
solamente por quitalle
el laurel de la cabeza,
sin otras hazañas grandes
que hizo esta famosa reina.
Si Dido quiso matarse
por guardar su castidad,
que no la gozase nadie,
luego hay un hombre que diga
que se mató por vengarse
de los agravios de Eneas,
con quien fué huéspeda fácil.
Desde el principio del mundo
se han hecho tiranos grandes
de nuestro honor y albedrío,
quitándonos las ciudades,
la plata, el oro, el dinero,
el gobierno, sin que baste
razón, justicia ni ley
propuesta de nuestra parte;
ellos estudian y tienen
en las Universidades
lauros y grados; en fin,
estudian todas las artes.
Pues ¿de qué se queja el hombre
de que la mujer le engañe?
Si otra ciencia no le queda,
en todas las que ella sabe,
la mujer es imposible
que adquiera, tenga ni guarde
hacienda, abogando pleitos
ni curando enfermedades.
Pues en algo esta mujer,
si está ociosa, ha de ocuparse.
Dirán que en hacer labor;
no es ocupación bastante,
porque el libre entendimiento
vuela por todas las partes,
y no es el hacer vainillas
en holandas, ni en cambrayes
obscura filosofía;
ni el almohadilla lugares
de Platón, ni de Porfirio;
ni son las randas y encajes
los párrafos de las leyes.
En fin: para no cansarte,
yo quiero vengar, si puedo,
agravios, de aquí adelante,
de mujeres, pues lo soy,
y que este nombre me llamen.

ARNALDO. Pésame, Laura querida,
que tan sin causa aborrezcas
los hombres, que a ser te ofrezcas
su enemiga y su homicida:
a muchos costó la vida
amar, querer, defender
el honor y la mujer:
nació del hombre, y de modo
que es como parte del todo
que nos da principio y ser.
Muchos las han celebrado
en libros de verso y prosa,
y es, mi Laura, injusta cosa
que de uno te hayas cansado
que fué, amando, desdichado,
o en su ausencia o casamiento;
pero yo, que al tuyo atento,
aún no dispongo del mío,
perdóname, si porfío
en tan justo pensamiento.
Mira que el ser singular
puede un sabio, no un prudente;
que es término trascendente,
que desvanece hasta dar
en locura; y porfiar
contra lo justo no es justo.
No me des, Laura, disgusto;
que si aborrecerlos quieres
por vengar a las mujeres,
no tienen todas tu gusto.
Que te importa el ser casada,
Laura, para defender
el honor de la mujer;
dirás que estar obligada,
siendo de tu esposo amada,
dirás bien; pero si el nombre
de hombre infamas, porque asombre
esa locura en que das,
por lo menos no dirás
que fuiste mujer sin hombre.

(Vase.)

LAURA.

La envidia y las virtudes, abrazarse;
la verdad, con los tiempos, encubrirse;
dejar, quien habla mal, de arrepentirse,
y el poder ofendido, de vengarse;
un pobre que fué rico, de quejarse,
y un necio liberal, de consumirse;
un alto, de caer por preferirse,
y un bajo, de subir por humillarse.
Ser cuerdos en el loco los enojos;
de los que obraron bien, faltar los nombres;
sin sombra de disgustos los placeres;
ciegos los celos, y el amor con ojos,
veré primero que querer los hombres,
ni dejar de vengar a las mujeres.

(Sale JULIO *con un libro.)*

JULIO. Para mi honor y ejercicio,
andar con dificultades
es como tratar verdades
a quien miente por oficio.
¡Válgate Dios, por extraño
filósofo!
LAURA. Julio amigo.
JULIO. Al fin vine a dar contigo;
pero yo te desengaño
de que no daré en saber,
aunque tú la ciencia seas,
y presumo que deseas...
LAURA. ¿Qué, Julio?
JULIO. Echarme a perder.
Yo no tengo inclinación
a las letras, ¿qué me quieres?
LAURA. Si eras necio y sabio eres,
¿qué mayor transformación?
JULIO. Si fuera necio, no creo
que hacerme sabio pudieras;
que si ignorante dijeras,
fuera posible al deseo.
De un ignorante, en efeto,
hacer un sabio es posible;
pero es alquimia imposible
hacer de un sabio (1) un discreto.
LAURA. Pues ¿qué libros traes ahí?
JULIO. A Aristóteles traía;
que como yo le entendía,
ninguno me entienda a mí.
LAURA. ¿Luego tú no eres de aquellos
que se precian de saber

(1) Así en el original y en Hartzenbusch; pero parece evidente que debe decir "necio" y no "sabio".

lo que quieren entender?
JULIO. Por ser necio, fuera dellos;
pero tengo inclinación
más humilde, por no dar
risa a quien pueda notar
mi ignorancia, con razón.
Mas, dejando aparte el gusto
con que me haces estudiar,
¿cómo te va de casar?
¿Dijiste *sí?* Que es muy justo,
claro está que no lo excusa
tu singular parecer.
¿Podrélo saber?
LAURA. Si el ser
mujer, del rigor me excusa (1)
con que aborrezco el casarme,
también podrán ofenderme,
y muchos daños hacerme,
y por inútil dejarme.
A mi hermano dije aquí
que yo no me casaría.
JULIO. Pues ¿por qué, señora mía?
LAURA. Por temor.
JULIO. ¿Temor en ti?
LAURA. Mucho he leído, y estoy
con los hombres enojada.
JULIO. ¡Ah, cómo estás engañada!
LAURA. ¿Defiéndeslos?
JULIO. Hombre soy.
LAURA. No temas, Julio, que a ti
sólo tengo voluntad,
en tanta diversidad.
JULIO. ¿Por qué méritos a mí?
LAURA. Por hijo de una mujer
que me crió, y por criarte
conmigo.
JULIO. No sé en qué parte
escriben, y puede ser,
que le echaron a un león
un perro pequeño, y viendo
que al golpe del brazo horrendo
no mostraba turbación,
dejóle vivo, y con él
se crió; mas, cuando vió
que era grande, ensangrentó
las negras uñas en él.
LAURA. No hayas temor, Julio amigo:
que yo no quiero matar
los hombres: sólo vengar
mujeres.
JULIO. Lo mismo digo,

(1) Así en los textos; pero deberá leerse "acusa".

nueva gallarda amazona;
pero yerras en dejarte
de casar, porque el casarte
conviene a tu real persona.
Y, pues es aborrecer
al hombre tu pensamiento,
ejecuta el casamiento.

LAURA. Casada, ¿qué puedo hacer?

JULIO. ¡Pese a tal! Matalle a celos,
a enojos y a pesadumbres.

LAURA. No me han dado esas costumbres
ni esa inclinación los cielos.

JULIO. Alguna mujer a quien
un hombre hubiera ofendido,
con sólo hacerle marido
pudiera vengarse bien.
Pero cierto que si amor
enlaza dos bien casados,
que son bienaventurados.

LAURA. En fin: padre del honor
llamaron al matrimonio.

JULIO. Porque cubre en su nobleza
toda la humana flaqueza,
como es claro testimonio
ver con cuánta libertad
sale una mujer preñada,
sin temer, porque es casada,
ser vista de una ciudad.
Tras esto, cuanto los ojos
ven, tanto suelen pedir,
y todos han de acudir
a cumplille sus antojos;
como si de estar preñada
tuviese culpa el que lleva
la almendra verde, o la breva,
la torta o trucha empanada.

LAURA. Es común obligación,
Julio, porque el mundo aumenta.

JULIO. ¿Y no le aumenta a esa cuenta
lo que fué sin bendición?

LAURA. Ya respondes, ya parece
que sabes.

JULIO. Usase agora;
pero advierte, gran señora,
lo que tu estado merece,
y da este gusto a tu hermano.

LAURA. Sin duda que se le diera,
si la fama no corriera
en darme gusto a la mano.

JULIO. ¿Cómo?

LAURA. Sábese de mí
que a los hombres aborrezco.
y si me caso, merezco
cuantas venganzas en mí
hará mi esposo por ellos.

JULIO. ¡Ay, Laura!, que a muchas salva
amanecer, con el alba,
con unos ojuelos bellos,
a medio abrir, de dormidos,
mirando su resplandor
al marido, a quien amor
abre los cinco sentidos.
Y cuando el calor del sueño
las mejillas le ha enrojado,
y el labio, en carmín bañado,
está brindando a su dueño,
no creas que hay más venganza
que pagar censo al amor
sin la pensión del temor
que a los solteros alcanza.
Si amanece una mujer,
al lado de su marido,
el rostro desguarnecido
del pasamano de ayer,
los ojos en campo azul,
el rostro verde y sin toca,
las mejillas y la boca
de holandilla de baúl,
desconfíese, que es razón;
pero quien...

LAURA. Déjalo en "quien",
Julio, y a mi estudio ven.

JULIO. ¿Luego llamaré a lección?

LAURA. Llama a Lucela y Diana;
proseguiré lo que leo.

JULIO. Yo pienso que tu deseo
hará su esperanza vana.

LAURA. Sin hombres puede vivir
el mundo.

JULIO. Grande locura.

LAURA. ¿Qué dices?

JULIO. Que tu hermosura
te comienza a desmentir.

(Vanse, y salen LISARDO, *de camino, y* OCTAVIO, *criado.)*

LISARDO.

¿Eso responde?

OCTAVIO.

Pienso que pudieras,
si entraras en la corte disfrazado,
pues de ninguno conocido fueras.

LISARDO.

Quedarme en esta aldea fué acertado;

porque si la respuesta me trajeras
como yo imaginé, con más cuidado
y ostentación en la ciudad entrara.
¿Es Laura hermosa?

OCTAVIO.

Es peregrina y rara.
Mas todo lo deshace la locura
de aborrecer los hombres y casarse.

LISARDO.

¿Qué tema de mujer duró segura?

OCTAVIO.

De ésta puede temerse y recelarse.

LISARDO.

Yo pienso ver, Otavio, su hermosura.

OCTAVIO.

Bien puede vuestra Alteza disfrazarse
y atreverse a la corte del bohemio.

LISARDO.

Yo llevo, de humillarme, justo premio.
¿Al transilvano príncipe desprecias,
hermosa Laura?

OCTAVIO.

¿No será disculpa
no haberte visto?

LISARDO.

¡Ay, esperanzas necias!
Responderá que mi humildad me culpa.

OCTAVIO.

¿Qué le importa al valor de que te precias
esta arrogancia, si quien soy te culpa?
Gente camina en tropa.

LISARDO.

Todos creo
que llevan a la corte este deseo.

(Salen ALEJANDRO *y* AUGUSTO, *con dos* CRIADOS, *de camino.)*

ALEJANDRO.

Si no os hubiera hallado en el camino,
las nuevas me volvieran a Ferrara.

AUGUSTO.

Que lo mismo pudieran imagino,
Duque, si en el camino no os hallara.
¡Bravo desdén!

ALEJANDRO.

Extraño.

AUGUSTO.

Peregrino.
Dicen que es Laura en todas ciencias rara.

ALEJANDRO.

Pues ¿cómo ha dado en este pensamiento,
si le consta el valor del casamiento?

AUGUSTO.

Porque quiere escribir contra los hombres,
porque quiere vengar a las mujeres.

ALEJANDRO.

Augusto, si es discreta, no te asombres;
que tienen pensamientos bachilleres.

OCTAVIO.

¿Quién son estos señores?

CRIADO.

Son sus nombres
y sus estados, si saberlos quieres,
Alejandro, gran duque de Ferrara,
que sólo el nombre pienso que bastara.
El otro es el famoso y fuerte Augusto,
hijo del rey de Albania; hanse topado
en el camino y, con amor que es justo,
cortésmente los dos acompañado.

OCTAVIO.

¿A qué van a la corte?

CRIADO.

Un mismo gusto
presumo que los lleva, aunque engañado,
pues no quiere casarse la Princesa.

ALEJANDRO.

Digna parece de los dos la empresa.
Vos, por Augusto, a quien el nombre obliga,
y yo, por Alejandro.

AUGUSTO.

Juntos vamos
a conquistar tan bárbara enemiga,
aunque en tan alta empresa nos perdamos.

ALEJANDRO.

Pues este pensamiento se prosiga,

con la amistad y amor que profesamos,
y venza el que pudiere.

AUGUSTO.

Laura hermosa,
¡cómo naciste sabia y rigurosa!

(Vanse AUGUSTO, ALEJANDRO *y los* CRIADOS.)

OCTAVIO.

¿Oíste lo que dijo?

LISARDO.

Y que pretenden
servir los dos a Laura; mas yo creo
que la conquista que los dos pretenden
querrá guardar amor a mi deseo.

OCTAVIO.

En público, servir a Laura entienden.

LISARDO.

Yo, disfrazado; porque en Laura veo
ingenio que no puede ser vencido
sin amor, sin industria y sin vestido.

(Vanse, y salen LAURA, DIANA, LUCELA *y* JULIO.)

LAURA. ¿No venís más?
DIANA. No pudieron
Casilda, Fabia y Dantea.
LAURA. Asentaos por orden. Julio,
no llegue nadie a la puerta.
JULIO. Ya sé, señora, que soy
portero de esta academia,
aunque es vergüenza, siendo hom- [bre.
LAURA. ¿De qué es, Julio, la vergüenza?
JULIO. De que vengas a leer
a las damas de tu escuela
lecciones contra los hombres,
que os aman y reverencian,
y que yo, que al fin lo soy,
lo escuche y guarde la puerta.
LAURA. No te finjas querelloso;
yo sé, Julio, que te huelgas.
Oíd vosotras.
DIANA. Ya estamos
a tus lecciones atentas.
LAURA. Quedamos ayer, amigas,
en que a los hombres les ciega
lo que llaman hermosura,
bien de la naturaleza;
y como amor es deseo,
aqueste amor sólo muestran
por interés propio suyo;
dan, sirven y hacen finezas.
Repita Diana agora
la lección.
DIANA. Dijo su Alteza
que no era amor, ni le había,
el que los hombres nos muestran;
porque, queriéndose a sí,
era amor suyo, y es fuerza
su opinión, pues de quererse
a sí, nace que nos quieran.
Querer los hombres a quien
les hace gusto, y si piensan
que querer su mismo gusto
las mujeres agradezcan,
es disparate y locura;
de suerte que si es discreta
la mujer, hará lo mismo,
si su flaqueza o su estrella
la obligan a querer bien
a algún hombre.
JULIO. ¡Que yo tenga
en estas proposiciones,
siendo estudiante, paciencia!
¡Que sufra aquestas...! No sé
si lo diga. ¿Son doncellas?
¡Son diablos! ¿Hay tal maldad?
¡Que digan, y lo sustentan,
que no es amor el del hombre,
y que no hay hombre que tenga
amor, si no es a sí mismo!
¡Que gaste un hombre su hacienda,
su vida, su honor, sus pasos
por su no sé si es belleza,
que ellas saben si merecen
que en esta opinión las tengan,
y con saber que en el hombre
hay divinas excelencias,
nos desprecien de este modo!
DIANA. Finalmente, vuestra Alteza
dijo que no nos obliga
este amor, si somos cuerdas,
a agradecer a los hombres
más que a la naturaleza,
que esa obligación les dió.
LAURA. Adelante.
DIANA. Vuestra Alteza
dijo también que si alguno,
por amor, amar pudiera
o supiera amar el alma
y a sus tres nobles potencias,
por opinión de Platón,

porque el amor que desea
el cuerpo es amor bastardo;
que el legítimo no llega
a tocar cosas mortales
y que mañana perezcan.
Lo inmortal ama el amor,
de donde luego contempla
al Criador en la criatura,
de manera que se acerca
a aquel angélico amor,
fuego que abrasa y recrea
los espíritus celestes.

LAURA. Muy bien.

JULIO. (¡Muy mal!)

LAURA. Hoy quisiera
tener qué darte.

JULIO. (Pues déle
una estampa. ¿Hay insolencia
como esta nueva invención?)

LUCELA. Con tu licencia, no queda
probada aquella opinión.

LAURA. ¿De qué manera, Lucela?

LUCELA. Los filósofos antiguos,
sean de Italia, o de Grecia,
concedieron dos amores:
el que primero comienza
y el que, por llamar al otro,
llamaron correspondencia;
si sólo hubiera el amor
propio y solamente hubiera
quererse un hombre a sí mismo,
hasta su tiempo estuviera
engañado el mundo, y vemos
que nuestros sabios no llegan
a lo que aquellos antiguos:
ejemplo inefable sean
Aristóteles, Platón
y otros muchos que celebra
la fama.

LAURA. Aquí no es bien
con argumentos, Lucela,
responder a los maestros.

LUCELA. Mi señora: quien enseña,
a los discípulos debe
satisfacer.

LAURA. Oye y piensa
que si quien anda a aprender,
por ignorancia o soberbia,
anda a poner objeciones,
confundirá las escuelas,
y en su vida sabrá nada.

LUCELA. Saquemos un entinema,
si te parece, señora,
de toda esta controversia.

LAURA. No hay que sacar. Escuchad:
concédese a la que llega
a tratar del matrimonio,
que con gran recato advierta
en las partes de su esposo;
porque si la cama y mesa
aumenta amor en algunos,
en otros, enfado aumenta.
El más cuerdo se convierte
en un demonio, y apenas
se mira en la posesión,
cuando la mayor belleza
desprecia, deja y olvida
por la más necia y más fea;
que si la propia mujer
le sufre por santa y cuerda,
piensa cómo él es demonio.

JULIO. Camilo llama a la puerta,
y por fuerza quiere entrar.

LAURA. Pues dile que entre sin fuerza.

(Sale CAMILO, *criado.)*

CAMILO. El Príncipe me ha mandado
que te advierta que han venido
dos novios, que no han sabido
los muchos que has despreciado.
Es el duque de Ferrara,
Alejandro, el uno, y hombre
que de este polo, su nombre,
al contrapuesto no para.
Y el otro, señora, es
príncipe de Albania.

LAURA. Di
que ya voy.

CAMILO. Harélo así. [*Vase.*]

LAURA. Y tú, Lucela, después
repetirás la lección.

JULIO. (¿Hay locura semejante?
Entendimiento arrogante,
¿quién te dió tal opinión?)

(Vanse las tres, y salen LISARDO *y* OCTAVIO.)

OCTAVIO. Notablemente han entrado.

LISARDO. Muy conforme a su grandeza.

OCTAVIO. Pero ¿dónde va su Alteza,
de esta suerte disfrazado?

LISARDO. Calla, que hay un hombre aquí.

JULIO. (Aquestos son forasteros.)
¿Dónde bueno, caballeros?
¿Cómo se han entrado aquí?

LISARDO. Las pinturas nos llevaron
los ojos, los pies se fueron

tras ellos; si os ofendieron,
las faltas nos disculparon.

JULIO. ¿De qué nación?

LISARDO. Español.

JULIO. Bueno.

OCTAVIO. ¿Español te has fingido?

LISARDO. Sé bien la lengua. He querido
ver el palacio del sol
y ofrecer a Laura bella
algunos libros famosos;
que sus estudios curiosos
también me obligan a vella
y a ofrecerla lo que digo.

JULIO. Bien recibido seréis,
y si libros la traéis,
seréis su mayor amigo.
Mas ¿suénase por allá
que escribe contra los hombres
y que aborrece sus nombres?

LISARDO. En esa opinión está.

JULIO. ¿Habéis estudiado?

LISARDO. Soy
graduado en leyes.

JULIO. Bien,
que de ellas sabe también.

LISARDO. Por sola esta nueva, os doy
ese diamante.

JULIO. Yo os beso
las manos por tal merced,
y por vuestro me tened;
que honrar y servir profeso
a España toda mi vida,
por natural devoción.

OCTAVIO. (No hay tal duro corazón
que al dar, la puerta le impida.
¡Cómo le movió el diamante!)

JULIO. Los príncipes han llegado.
Aquí estaréis retirado,
mientras pasan adelante;
que yo haré que mi señora
os vea.

LISARDO. Aquí me retiro.

OCTAVIO. De ver tu intento me admiro.

LISARDO. Mi industria comienza agora.

(Salen ARNALDO, AUGUSTO, ALEJANDRO, LAURA, DIANA, LUCELA *y acompañamiento.)*

ARNALDO.

Aquí podréis tomar un rato asientos.

ALEJANDRO.

Las honras y mercedes recibidas,
nos dan a los demás merecimientos.

AUGUSTO.

Obligan almas y cautivan vidas.

ARNALDO.

Encubre, Laura, aquí tus pensamientos;
obligarásme, si el rigor olvidas;
que no merecen hombres de estos nombres
tratarlos mal como a comunes hombres.

ALEJANDRO.

Por cierto que es hermosa, y que me pesa
que de tal opinión esté infamada.

AUGUSTO.

Si no es difícil, no hay honrosa empresa.

LAURA.

Ya de tu imperio, callaré, forzada.
Escúchame, Diana: quien profesa
aborrecer los hombres, disculpada
con que vengar pretende las mujeres,
¿por qué los mira?

DIANA.

Escrupulosa eres.
Si vienen esos príncipes, ¿qué ofensa
se hace, en verlos, a lección ninguna
de las que nos has dado?

LAURA.

La defensa
de no hablar es no ver.

DIANA.

Cosa importuna.
¿No habla quien no ve?

LAURA.

Quien mira, piensa;
quien piensa, admite; y no hay mujer ninguna
que, si mira, no admita.

DIANA.

Un argumento
quiero ponerte.

LAURA.

Extraño pensamiento.

DIANA.

Si miro y pienso, y, porque pienso y miro,
amo lo que he mirado y he pensado,
bueno es lo que miré. Mas ¿qué me admiro,
si obliga, lo que es bueno, a ser amado?

LAURA.

No todo aquello por que yo suspiro
puede ser bueno, y más si me ha engañado
la apariencia del bien, pues dan veneno
tal vez en oro, que el mirar condeno.

ALEJANDRO.

No mira Laura a nadie.

AUGUSTO.

En eso veo
de su rigor la condición villana.

ARNALDO.

Habla, hermana; que pienso, y aun lo creo,
que murmuran de verte tan tirana.

LAURA.

No me puedo esforzar, aunque deseo
hablar, por darte gusto.

LISARDO.

Soberana
belleza adorna a Laura, si hay belleza
que no ofenda a tan bárbara aspereza.

OCTAVIO.

En fin, ¿te agrada?

LISARDO.

No diré que he visto
cosa que más mis ojos agradase,
menos sus rayos que del sol resisto,
y me pienso llegar, aunque me abrase.

OCTAVIO.

Ya se levantan.

LISARDO.

Si este bien conquisto
mi nombre haré que al de Alejandro pase.

ALEJANDRO.

No es justo, gran señora, daros pena.

LAURA.

Perdón os pido; no me siento buena.

(Vase.)

ARNALDO.

Laura después satisfará, señores,
lo que hoy le niega la primera vista.

ALEJANDRO.

Ver a su Alteza son grandes favores.
Dadme licencia que a su lado asista.

LUCELA.

¿Cuál de éstos es mejor?

DIANA.

Pues ¿hay mejores?
Laura el mirar por su opinión resista,
que yo quiero mirar, aunque la sigo.

LUCELA.

Y yo también, si la verdad te digo.

(Vanse, y quedan LISARDO, OCTAVIO *y* JULIO.*)*

JULIO. ¿Qué os parece?
LISARDO. Que es belleza
sin igual, pero ofendida
de aquel rigor, que corrida
tiene a la naturaleza.
Ser mujer y no querer,
contradice, aunque porfía
la humana filosofía.
JULIO. Bien sabe que la mujer
ha de apetecer el hombre
cual la materia a la forma,
y aunque en esto se conforma,
es con diferente nombre,
y tanta bachillería,
que no se deja entender.
Mas ya debe de volver.
LISARDO. ¡Dichosa la suerte mía!

(Sale LAURA.*)*

JULIO. Un español ha venido
sólo a verte, y yo te ruego
que le honres.
LAURA. ¿Estás loco?
JULIO. Tiene grande entendimiento.
LAURA. Pues ¿él viene a disputar
conmigo?
JULIO. Ese fuera exceso
digno de mayor castigo
que de aquel mozo soberbio
que pensó, con falsas plumas,
escribir su atrevimiento
en el papel de los rayos
del sol, y con cera el fuego.
Trae mil libros curiosos.

LAURA. ¡Ay, Julio, yo quiero vellos!
Llámale, llámale.
JULIO. Llega,
español.
LISARDO. Llegaré, ciego
de esos rayos, a besar
las estampas que en el suelo
imprimen tus pies.
LAURA. Alzaos.
¡Qué buen talle!
JULIO. No me acuerdo
que te oyese tal palabra;
de donde, señora, infiero
que mil cosas se aborrecen
que, tratadas...
LAURA. Calla, necio.
JULIO. Trata, ¡pese a tal, los hombres,
antes que digas mal de ellos.
LAURA. ¿Cómo os llamáis?
LISARDO. Yo, señora,
esclavo vuestro, primero,
y después, Lisardo.
LAURA. Bien.
JULIO. ¿Bien también? ¡Bueno va esto!
LAURA. ¿Cómo venistes aquí?
LISARDO. Aunque no soy sabio, intento
imitar sus opiniones.
Los más celebrados fueron,
por andar peregrinando
las partes del universo,
Aristóteles, Platón
divino, al fin, su maestro;
Sócrates, de quien Plutarco
fué historiador, y otros griegos
hicieron grandes viajes,
que no todos los sabemos
en la patria. Yo, señora,
peregriné varios reinos,
vi generosas ciudades,
comuniqué los ingenios
más famosos en Italia
y Flandes, de donde vengo.
En la corte de Bruselas
trataban dos caballeros,
un día, de tu valor,
en el palacio; escuchélos,
y entre las demás virtudes
tus estudios añadieron
en todas lenguas y ciencias.
Luego el alma al pensamiento
este deseo propuso,
y el pensamiento al deseo,
y así dije: "No he de ver
mi patria España, primero
que vea esta gran señora,
porque si a mi casa vuelvo
sin verla, no he visto nada,
y haré cuenta si la veo
que he visto al sol en sus rayos,
el fénix raro en su pecho,
la inteligencia en su rostro
que mueve el octavo cielo;
en la influencia de amor,
a Venus en el tercero,
y en la claridad, la luna
que ilustra al cuarto elemento."
Mas porque la ley de Persia
se cumpla en mí, que primero
que entraban a ver al rey,
que era pocas veces esto,
le daban algún presente,
dar a vuestra Alteza quiero
de los libros más curiosos
los que le agradaren.
LAURA. Cierto
que lo estoy, noble español,
de oíros hablar y veros.
¿Qué reino o ciudad de España
nombre y nacimiento os dieron?
LISARDO. Zaragoza, de Aragón.
LAURA. Ilustre ciudad y reino.
¿Padres?
LISARDO. Claro está, señora,
que tengo de honrarme de ellos
donde no soy conocido,
y así, los paso en silencio.
LAURA. ¿Traéis lista de los libros.
LISARDO. Sí, señora.
LAURA. Leed.
LISARDO. No quiero
cansaros con los comunes,
aunque clásicos y buenos,
pues todos los tendréis ya.
Fidoro.
LAURA. ¿Qué lengua?
LISARDO. Es griego
y traducido en latín
por el doctísimo Ismenio.
LAURA. ¿Qué escribe?
LISARDO. Las excelencias
del hombre en prosas y en versos.
LAURA. No tratéis más de ese libro,
dejadle, que no le quiero.
LISARDO. ¿Por qué?
LAURA. Por odiar los hombres.
LISARDO. ¿Algún agravio os han hecho?

LAURA. Leed adelante.
LISARDO. Arsindo.
LAURA. ¿Qué escribe?
LISARDO. Escribe el gobierno
del hombre a la imitación
de la economía.
LAURA. Y luego
tratará de las mujeres
y de aquel tirano imperio
con que las mandan los hombres.
Quemadle, que no le quiero.
LISARDO. Ebandro.
LAURA. ¿Qué trata?
LISARDO. Escribe
dos amores y dos Venus,
una divina, otra humana.
LAURA. Bueno, adelante.
LISARDO. Eracleo;
este escribe alquimia.
LAURA. Echadle
en un crisol en el fuego.
LISARDO. Fabio de Arcano.
LAURA. ¿Qué trata?
LISARDO. Magia natural.
LAURA. Bien puedo
leerle.
LISARDO. Seguramente.
Filópenes; de veneno.
LAURA. Señaladle, por si acaso
matar los hombres intento.
LISARDO. Paso, divina amazona;
tened más lástima de ellos.
Lauro.
LAURA. ¿Qué escribe?
LISARDO. Alabanzas
de las mujeres.
LAURA. Bien creo
que quien se llamaba Lauro
se precie de este argumento.
¿Qué nación?
LISARDO. Es español.
LAURA. ¡Oh, cuánto a España debemos
las mujeres!
LISARDO. Es verdad;
no hay nación que en mayor precio
las tenga, ni más las sirva.
El hombre que vale menos
gasta en vestir su mujer
más que en el dote le dieron.
Laurencio.
LAURA. ¿Qué escribe?
LISARDO. Trata
de cómo un hombre discreto
se ha de casar, y en qué edad.
LAURA. Señalad ese Laurencio.
LISARDO. Achiles Tacio.
LAURA. Dejadle.
LISARDO. Trata amores.
LAURA. Ya le tengo.
LISARDO. Lidio: historia de Lucrecia.
LAURA. Famoso; pero dejemos
la lista para después,
y escogeré los que fueren
a mi propósito.
LISARDO. Creo
que hallaréis cosas notables.
LAURA. ¿Queréisme servir? Que pienso
que para mi librería
y estar mi estudio compuesto
como merecen mis libros
y como honrallos deseo,
a propósito seréis.
LISARDO. Señora, si yo merezco
serviros, ¿qué mayor bien
pedirles puedo a los cielos?
Digo que quedo a serviros,
y que tan contento quedo,
que por no decir locuras
tan justas, no lo encarezco.
LAURA. Julio.
JULIO. Señora.
LAURA. Señala
dentro en palacio aposento
a Lisardo.
JULIO. El primer hombre
a quien tal merced has hecho.

(Vanse LAURA *y* JULIO.)

LISARDO. ¿Qué dices, Otavio?
OCTAVIO. Digo
que todo va sucediendo
mejor que lo imaginaste;
pero es locura en exceso
conquistar una mujer
hecha de aborrecimientos
de hombres, y con dos señores
(que la han de servir, haciendo
tan grandes ostentaciones)
por competidores.
LISARDO. Necio,
el peligro en las mujeres
no está en quien las mira lejos,
porque a quien se aleja más
sabes que le quieren menos;
por eso luego se olvidan

de los ausentes y muertos;
pero si un hombre se acerca,
guárdese el más casto pecho,
que no quemaron a Troya
desde las naves los griegos;
caballo preñado de hombres
puso a las murallas fuego;
que menos puede un gigante
fuera que un enano dentro.

ACTO SEGUNDO

(Salen Diana *y* Lucela.)

Diana. Hizo tan justa elección
en el español la Infanta,
por ser, como sabes, tanta,
Lucela, su discreción,
a darle el honroso oficio
de secretario, que ha dado,
contra el desdén profesado,
muestras de su buen jüicio;
porque no sé yo de quién
puede hacer más confianza.

Lucela. O en ti o en ella hay mudanza
de aquel injusto desdén;
digo injusto, pues lo es
aborrecer a los hombres.

Diana. ¡Ay, Lucela!, no los nombres
si lo ha de saber después;
que la temo de tal suerte,
que resisto sin razón
la forzosa inclinación
que de quererlos me advierte;
porque tú no habrás leído
que pueda posible ser
aborrecer la mujer
al hombre.

Lucela. Bien sé que ha sido
general efecto en Laura
tratar de nuestra defensa,
porque de esta suerte piensa
que su opinión se restaura;
mas tú, que, a mi parecer,
ya miras al secretario,
no firmarás lo contrario.

Diana. Dejara de ser mujer.
Pero está cierta, Lucela,
que pudiera ser que amara
si para encubrirlo hallara
algún engaño o cautela.
No he mirado al español
sin cuidado; pero creo
que si fuese mi deseo
un átomo de su sol,
Laura, con vista real
del águila más famosa
le viera, y aunque era cosa
justa, perfecta e igual
amar por honesto fin,
temerosa de perder
su gracia, no he de querer.

Lucela. Pues ¿qué pretendes, en fin?

Diana. Seguir su vana opinión.

(Salen Laura, Julio *y* Lisardo.)

Lisardo. Pues si es hombre ocasionado
la mujer, y le ha faltado
la perfección del varón,
como Aristóteles dice
en los físicos, señora,
¿cómo tu opinión agora
a la razón contradice?

Laura. Secretario, si llamó
el filósofo con nombre
a la mujer de ser hombre
y perfección le faltó,
ya, por lo menos, confiesa
que lo pudo ser.

Lisardo. Quedando
imperfecta, fué mostrando
que de hacer mujer le pesa.

Julio. Tienes razón, mi señora,
y parece que tú quieres
que haya mundo sin mujeres,
y tantas como hay agora.
Si las que nos han parido,
hombres parieran no más,
y no nacieran jamás
más mujeres que han nacido,
en justa razón me fundo,
términos son de argüir
que habíamos de parir
para conservar el mundo.

Lisardo. Julio, la filosofía
solamente dió a entender
la imperfección que en mujer
desde su principio había;
que no que naturaleza
siempre engendrara varón
para dar más perfección
al mundo, adorno y belleza.
Ella atiende a lo mejor;

por eso el hombre lo es,
saliendo mujer después,
como que fué por error
faltar a lo que pretende,
culpando los instrumentos
para obrar.

DIANA. Tus argumentos
Laura, mi señora, entiende,
y se burla de ti y de ellos,
pues esa misma razón
con que los hombres lo son,
le ha obligado aborrecellos.
Dime alguno que haya sido
sin mujer.

LISARDO. No puede ser.

DIANA. Pues confiesa que aquel ser
de mujer le han recibido.

LISARDO. No, Diana, que le tiene
del hombre; y esta cuestión
tratar en otra ocasión
con más decencia conviene.

LUCELA. Laura se ha de persuadir
y confesarse inferior.

LISARDO. Eso es, o tener amor
o, por lo menos, sentir
bien de los que le han tenido.

LAURA. ¿Yo amor, secretario? ¿A quién?

LISARDO. A un hombre.

LAURA. Dices muy bien,
si el hombre hubiera nacido;
mas mientras naturaleza
no hiciera por mi diseño
un hombre, es cosa de sueño
querer rendir mi firmeza.

LISARDO. Si le ha de hacer a tu gusto,
elige de los que están
en palacio.

LAURA. No tendrán
méritos, Lisardo, al justo.

LISARDO. Luego ¿como oro en crisol
quieres que venga a poner
ese imaginado ser?

LAURA. Eso quisiera, español.

LISARDO. ¿Y pensabas esperar
a que la naturaleza
pusiera tanta belleza
que te pudiera agradar,
a que el hombre se formara
y fuera creciendo así
hasta ser perfecto?

LAURA. Sí.

LISARDO. En buena edad te alcanzara.
Ahora, no en balde los sabios
hablaron de las mujeres
como sabes, pues tú quieres
satisfacer tus agravios
con tantas sofisterías
y opiniones singulares.

DIANA. Lisardo, cuando repares
en que ofenden las porfías,
repara en que has de tener
tres enemigos aquí.

LISARDO. Diana, no hay ser en mí
que no conozca su ser.

DIANA. Pues ¿qué pretendes?

LISARDO. No más
que argüir; que el argüir
no es lo mismo que sentir
la verdad.

LUCELA. Luego darás
más valor a la mujer.

LISARDO. En cuanto haberme rendido;
pues muchos sabios han sido
de ese mismo parecer.

LAURA. ¿Luego confiesas que aquello
que es más firme es lo mejor?

LISARDO. No, señora, que el amor
hizo que diese el cabello
Sansón a los filisteos.

LAURA. Y ese amor, ¿de qué nació?

LISARDO. De la hermosura que vió
para rendir sus deseos.

LAURA. Y esa hermosura ¿en qué estaba?

LISARDO. En mujer.

LAURA. Pues si era suya,
de aquesta fuerza se arguya
que al más libre sujetaba.

LISARDO. No confesaré yo tal,
que también mata el veneno,
y no por eso es más bueno,
sino una cosa mortal.

LAURA. Desigual comparación,
pues los venenos son feos,
y lo que rinde deseos
son belleza y perfección.

LISARDO. ¿Y una adelfa ponzoñosa,
no tiene alegre hermosura
cuando en hoja verde oscura
produce encarnada rosa?
¿Y una espada que despide
de su acero resplandor,
que al sol parece mejor
y con sus rayos se mide,
no mata, y es en razón
espada hermosa y dorada?

LAURA. Ni la adelfa ni la espada

matan con viva intención;
la mujer, sí; que al mirar,
cuando hay perfección allí,
lleva las almas tras sí,
y esto es rendir sin matar;
porque si mata el acero,
su hermosura ensangrentó;
la hermosura en mujer, no;
que rindió el alma primero.
Venenos los cuerpos matan,
el alma, no, y la mujer,
del alma los suele hacer.

JULIO. También los cuerpos maltratan
quitándoles la salud.

LISARDO. Eso sí; Julio defiende
nuestra parte.

JULIO. No se entiende
en ofensa a tu virtud.

LAURA. Venid vosotras conmigo.
Dejad a Lisardo aquí.

LISARDO. ¿Haste cansado de mí?

LAURA. Eres muy flaco enemigo.

LISARDO. Bien dices, rendido estoy.

DIANA. Quien rinde no está rendido.

LUCELA. ¿Qué dices?

DIANA. Que no ha querido
rendirse.

JULIO. ¿Dónde vas?

LAURA. Voy
a entretenerme al jardín.

DIANA. Venid conmigo, deseo
no os quedéis, porque no veo
de estos principios buen fin.

(Vanse las damas y JULIO.*)*

LISARDO.

¿Qué pretende mi loco pensamiento
volando al sol con alas atrevido?
Un loco amor que le ha desvanecido,
por su hermosura, en la región del viento.
Discúlpase de tanto perdimiento
con decir que es mejor morir perdido;
que ninguno murió por atrevido
sin fama de su mismo atrevimiento.
Mas ¿qué gloria, qué título, qué nombre
puedo esperar cuando me alienta el aura
de su favor, cuando el temor me asombre?
Pues es forzoso, si mi ser restaura,
ya que el ser aborrece por ser hombre,
dejar de ser para querer a Laura.

(Sale ALEJANDRO.*)*

ALEJ. A dicha notable tengo
hallarte en esta ocasión.

LISARDO. Aumentas mi obligación.

ALEJ. Lisardo, a pedirte vengo,
que, pues de aquesta cruel
sólo tú mereces nombre
de agradable, por ser hombre,
me des una parte de él.
Ya te dije habrá seis días
mi amor y mis pretensiones.

LISARDO. Quien no escucha tus razones,
¿cómo escuchará las mías?
No ha un instante que conmigo
se enfadó, sobre querer
ensalzar, siendo mujer
nuestro mayor enemigo,
y como réplicas son
forzosas en argumentos,
cansóse de mis intentos
y de mi justa opinión.
Bien pudiera defender
Laura, Alejandro, las bellas
mujeres, pues hay en ellas
muchas que lo pueden ser
por virtudes, por hazañas
y por otras mil razones;
pero no con opiniones
tan singulares y extrañas,
y dando en aborrecer
los hombres.

ALEJ. Esa victoria
me ha de dar corona y gloria,
que, al fin, es Laura mujer;
pero no sin tu favor,
porque yo, Lisardo, hallé
remedio para que esté
agradecida a mi amor.
Manda mi casa, mi estado,
tú eres el Duque, yo soy
tu esclavo.

LISARDO. Gracias te doy
del remedio que has hallado
más que del ofrecimiento,
porque hallar cómo vencer
esta invencible mujer
me ha dado mayor contento,
y pues que de mí te fías,
y te tengo de ayudar,
di cómo pudiste hallar
remedio en tan pocos días.
¿A qué Monte de la Luna,
a qué Tesalia has quitado
las hierbas, o quién te ha dado

conocimiento de alguna
que rinda su voluntad?

ALEJ. Viéndome yo, si el secreto
me guardas, como discreto,
en tanta dificultad,
supe que cierta mujer
hacer hechizos sabía,
tales que sólo podía
sus esperanzas vencer;
y viéndome tan ajeno
del remedio, que ya aguardo,
el antídoto, Lisardo,
hice del mismo veneno.
"Venza mujer a mujer,
dije, y lábrese un diamante
con otro, y Laura constante
comience a saber querer."
Consultéla, y pide, en fin,
una cinta de su frente,
u otra cosa solamente
que se dirija a este fin,
con tal que ha de haber tocado
su cuerpo o rostro.

LISARDO. No sé,
Duque, si crédito dé
como le da tu cuidado
al hechizo que refieres,
si bien he visto y leído
que han de esta suerte rendido
muchos hombres las mujeres;
pero si tan cierto estás,
prosigue, señor, tu intento,
que aunque es fuerte atrevimiento,
el rigor de Laura es más.

ALEJ. Faltan las cintas, que a ti
te será fácil entrar
donde las puedas tomar,
y dármelas luego a mí.

LISARDO. ¿Está el misterio en que toquen
su rostro?

ALEJ. No más.

LISARDO. Pues parte
y déjame.

ALEJ. Si a obligarte
puede ser que te provoquen
oro y diamantes, el suelo
que pisas haré cubrir.

LISARDO. Tú has de vencer.

ALEJ. O morir.

(Vase.)

LISARDO. Logre tu esperanza el cielo.
Extraña imaginación.
Querer vencer con hechizo
a Laura, que el cielo hizo
de tan fuerte condición.
Cintas pide; yo haré
que en otro sujeto pruebe
lo que puede y lo que mueve,
y que ella segura esté.
Este es Julio, en él quería
hacer aquesta experiencia,
porque contra toda ciencia
me valga la industria mía.

(Sale JULIO.)

JULIO. Yo pienso que he de pedir.
para dejar esta casa
licencia.

LISARDO. ¿Qué hay, Julio amigo?

JULIO. Los desatinos de Laura.

LISARDO. Habrá dicho en el jardín
excelencias y alabanzas
de las señoras mujeres,
y de los hombres infamias.

JULIO. Estábale yo diciendo,
dando materia las plantas,
que las unas con las otras
naturalmente se casan,
y cómo no daban fruto
las palmas enamoradas
de aquellos racimos de oro
sin la vista de otras palmas;
enseñábale las flores
que medran con las que aman,
las aves, que solas lloran
y que acompañadas cantan,
y viendo el agua a una fuente
díjele también que el agua
se casaba con la tierra,
y ella, entonces, enojada,
con el marfil de la mano
rompió la sonora plata
y bañóme rostro y cuello.

LISARDO. Si fuera, Julio, Diana,
hoy eras ciervo, y vivieras
las selvas.

JULIO. Aun bien que hallara
compañeros en mi mal,
que no siente su desgracia.
Pero ¿qué has hecho después
que te dejamos?

LISARDO. Pensaba
de Laura en las asperezas,
y por divertir el alma

a Aristóteles leía,
y hallé una cosa extremada.
Dice que el cuerpo que tiene
un niño, cuando se halla
de siete años, aquello
y otro tanto, sin que haya
más o menos, tendrá hombre.

JULIO. Si naturaleza falta,
hace un enano, o que sale
mal formado de la estampa,
¿hará lo mismo también?

LISARDO. ¿Quién lo duda?

JULIO. Cosa extraña;
los pintores dan, Lisardo,
a una figura gallarda,
tomando la simetría
del rostro, otros nueve, y hallan
que entonces está conforme
e igual el cuerpo a la cara.

LISARDO. Si nueve veces el rostro
forman el cuerpo, que basta
hacer que tenga esbelteza,
como dicen en Italia,
presto podremos saber
con demostración tan clara
si eres perfecto.

JULIO. ¿Qué quieres?

LISARDO. Medirte.

JULIO. Detente.

LISARDO. Aguarda,
que aquí traigo aquestas cintas,
prendas de una hermosa dama,
y te mediré con ellas.

JULIO. Siempre los hombres que andan
a saber curiosidades,
a cuantos tratan enfadan.

LISARDO. ¿Qué sabe el que no desea
hacer de las cosas raras
experiencia?

JULIO. Si midieras
un hombre que por la espalda
tuviera Sierra Morena
y en el pecho Guadarrama,
¿cómo pudieras saber
la verdadera distancia?

LISARDO. Déjame medir tu rostro
desde el cabello a la barba.

JULIO. Parece que me santiguas.

LISARDO. Estáte quieto y repara
en esta cuiriosidad.

JULIO. Un hombre se lamentaba
de que la naturaleza
así barbase las caras,
que hubiese de haber barberos.

LISARDO. Pues ¿no es gente que nos causa
gran limpieza, y que nos quita
cada vez que nos desbarba
diez años, al parecer.

JULIO. Es verdad; no se quejaba
sino de naturaleza.

LISARDO. ¿Luego era bien que criara
todos los hombres lampiños?

JULIO. Sólo eso para ser damas
falta a alguno; pero advierte
que la mayor arrogancia
de un hombre está en una silla
aguardando la navaja,
con un babador al cuello,
sin saber si el que le rapa,
perdiendo el jüicio entonces,
le cortará la garganta,
pues ver con cuánta crueldad
tuercen la boca, y la pasan
a otro lado, con tal gesto
que parece que regañan,
y tras esto, que después
la barba más estimada,
la que vió más bigotera,
gastó más tinta y más ámbar,
la lleven a la basura,
¿no es crueldad?

LISARDO. Mira que llaman
a la barba la hermosura
del hombre.

JULIO. Ahora bien: ¿qué hallas
de mi rostro? ¿Tengo nueve
desde el cabello a la planta?

LISARDO. No habrá pintor en el mundo,
Julio, que te ponga falta,
ni dama que no te quiera.

JULIO. Como yo mire a las damas
con telas y con cadenas,
ninguna me pondrá tacha.

LISARDO. Yo voy a buscar al Duque,
por que pruebe, y no con Laura,
en estas cintas su hechizo.
Mira, Julio, qué me mandas,
que tengo que hacer.

JULIO. El cielo
tan filósofo te haga
que venzas de Laura el pecho.

LISARDO. Ya he perdido la esperanza.

(Vase LISARDO; *salen* LAURA *y* ARNALDO.)

ARNALDO. Dame ese gusto, así vivas.

LAURA. Servirte, Arnaldo, deseo.
ARNALDO. Como las ninfas te veo
en Ovidio fugitivas.
Mira que es forzoso ya
hacer aquesta elección.
Príncipes gallardos son,
y todo este reino está
con amorosos deseos.
Augusto es muy gentilhombre,
y Alejandro, al de su nombre
vence en iguales trofeos.
Elige, hermana, y tendrás,
un esclavo en mí.
LAURA. Sí haré,
aunque no sé si podré,
si tanta priesa me das.
Prueben la espada y la pluma
esos príncipes, y quien
me pareciere más bien,
de ser mi esposo presuma.
ARNALDO. ¿Y qué han de hacer?
LAURA. Un torneo
de a caballo, no de a pie,
aunque en el de a pie se ve
cuanto imagina el deseo
en gala, en talle y en brío.
ARNALDO. Mil dificultades hallo
en torneos de a caballo.
LAURA. Yo lo imposible porfío,
y el de a pie, niños, mujeres,
lo pueden ejercitar.
ARNALDO. ¿Y en qué han de poder probar
la pluma como tú quieres?
LAURA. En un libro de alabanzas
de las mujeres.
ARNALDO. No seas
tan bárbara.
LAURA. Pues no creas
que tengan sus esperanzas
de otra suerte posesión.
ARNALDO. Ahora bien: voy, aunque siento
que sólo a tu casamiento
pretendes la dilación.

(Vase.)

LAURA. Enojado va mi hermano.
JULIO. Con razón.
LAURA. Julio, ¿aquí estás?
JULIO. Buenas dos pruebas les das;
probarán vencerte en vano.
¿Libros mandas escribir?
Diez años han menester,
si a Horacio se ha de creer,
que tantos suele pedir,
si bien hay hombres agora
de tanta sabiduría,
que escriben diez en un día,
y si de prosa en un hora.
Pero son, aunque lo pida
el vulgo, para quien vienen,
libros fimeras, que tienen
veinticuatro horas de vida.
LAURA. Julio, llámame a Diana.
JULIO. Voy a dalle el parabién
de que a querer hombre bien
tu pensamiento se allana.

(Vase.)

LAURA. De otra suerte lo dijeras
si supieras cuál estoy,
y la venganza que doy
a los hombres tan de veras.
Yo vine a sus manos fieras
cuando menos lo pensé;
no sé cómo me fié
de mi mayor enemigo;
pero si no fué castigo,
desdicha y venganza fué.
Quién me dijera que yo,
aunque es ley de Dios, amara
a mi enemigo, y buscara
el veneno que me dió;
quien menos lo imaginó,
es al fin quien me ha rendido,
y mayor venganza ha sido
que un hombre tan desigual
me ocasione a tanto mal
como por él me ha venido.
Pero primero que entienda
que le quiero, abrasará
el hielo, y el fuego hará
que el campo del mar se encienda.
Seré, por más que me ofenda
amor causándome enojos,
rendida sin dar despojos,
fortaleza sin mudanza,
deseo sin esperanza
y amor con vista y sin ojos.
¿Cómo podré defender
de las mujeres los nombres,
si de parte de los hombres
amor me quiere poner?
Diligencias puede hacer,
pero no me ha de rendir,

porque si un preso sufrir
puede un tormento, y negar,
yo sabré amar y callar,
y, a más no poder, morir.

(Sale DIANA.)

DIANA. Julio dice que tu Alteza
me llama.
LAURA. Quise, Diana,
tratar contigo de amor
sobre la lección pasada.
DIANA. Grande es, señora, su fuerza.
Pruebas con razones varias
que se puede resistir,
y alegas historias sacras,
con no menores discursos
de las que has leído humanas.
Así es verdad, pero advierte
que son tantas las contrarias,
y tienen tantos ejemplos
de su fuerza en cuerpos y almas,
que como no entra en defensa
de las mujeres que alabas
el amor de honesto fin,
contradecirte pensaba
cuando estuviéramos solas,
que bien sabes que quien ama,
para el casamiento, tiene
disculpa y aun alabanza.
Aristóteles, señora,
en los físicos, ¿no trata
de que la naturaleza
por el fin se mueve y llama
todas las cosas que miran
al fin, cosa necesaria?
Luego siendo el casamiento
el fin a que amor señala,
necesario es ver y oír.
LAURA. ¿Y si se trata, Diana,
en ausencia un casamiento?
DIANA. Ya, por lo menos, por fama
se oye, se ve y se desea,
y se enamora por cartas.
LAURA. ¿Y si lo tratan los padres?
DIANA. La imaginación le basta,
pues por lo que ha conocido,
lo no conocido trata,
como el filósofo dice.
LAURA. ¡Ay, Diana, si no amaras,
no respondieras ansí!
DIANA. Yo no amo, que tu gracia
estimo más que mi ser,
pero amara si te hallara
dispuesta, no digo a amar,
si es imposible en las causas
que das para no querer,
pero a confesar que es casta
la voluntad que ama, en fin,
que es ley divina y humana.
LAURA. Vencida de la razón,
ya estoy un poco más blanda;
ya no tengo aquel rigor.
DIANA. Gracias a los cielos, gracias
a tu ingenio, que al fin de él
ha nacido esta mudanza,
que te importa, si defiendes
a las mujeres que amparas,
amar los hombres.
LAURA. No sé;
amor, que los celos causa,
me ha de dar celos de todas.
Pues mira si podré amallas
en llegando a amar a un hombre.
DIANA. Pues ¿si amas a quien te ama,
¿qué celos puedes tener
de quien amas?
LAURA. Nadie paga
tan al justo, Diana amiga,
que de obra o de palabra
no dé celos.
DIANA. ¿Eso dices?
Como si quisieras hablas.
LAURA. Sí quiero.
DIANA. Válgame el cielo.
Dame la tierra que estampan
tus pies, por tanta merced
como me has hecho.
LAURA. Pues trata
tu amor conmigo, que quiero
como a toda mi privanza
decirte mis pensamientos.
En fin, ¿tú quieres, Diana?
DIANA. Sí, señora, soy mujer.
LAURA. ¿A quién amas?
DIANA. Amo, Laura,
al secretario Lisardo.
LAURA. ¡Ah, traidora! No aguardaba
más de saber que tenías
amor.
DIANA. ¿Luego tú no amas?
LAURA. No, enemiga, que esto ha sido
invención, por verte el alma.
Trata luego de olvidar
a Lisardo, que si hablas
más en su amor, no has de estar

en mi gracia ni en mi casa,
y aun haré echarte del reino.

DIANA. No pensé que me estimabas
tan poco.

LAURA. Vete de aquí.

DIANA. Yo me iré, pues tú lo mandas.

LAURA. Oye.

DIANA. ¿Qué quieres?

LAURA. ¿Lisardo
quiérete a ti?

DIANA. Ni aun levanta
los ojos para mirarme;
que este pensamiento anda
entre mis ojos y yo.

LAURA. ¡Vete!

DIANA. ¡Cuánto una apariencia engaña!
Díjele mi amor; erré.
Triste queda; voy turbada.

(Vase.)

LAURA.

¿Qué es aquesto? Lisardo se ha atrevido
a rendir mi opinión libre y gallarda,
y afligeme el amor, porque se tarda,
que es tirano que aflige resistido.
Síguele el corazón, y convencido,
rendido, es fuerza lo que al fin aguarda,
y aunque resista, el alma se acobarda,
y, enferma la razón, se da a partido.
Mas yo, que con mi espíritu peleo,
defiendo mi razón con mi disculpa,
y cuando ya se rinde mi entereza.
Antes quiero a las manos del deseo
morir del mal por encubrir mi culpa,
que buscar el remedio en mi flaqueza.

(Sale JULIO.*)*

JULIO. Basta, señora, que ya
se ha concertado el torneo.
Sólo en el libro el deseo
suspenso y confuso está.
Pero buscarán poetas
que escriban.

LAURA. Sí buscarán,
pero pocos hallarán,
si bien el nombre interpretas,
porque de ignorantes legos,
¿cómo se podrá fiar
competencia que ha de dar
a la fama tantos pliegos?
En lo que toca al torneo...

JULIO. Alejandro es más galán;
todos el premio le dan;
suyo ha de ser el trofeo.

LAURA. ¿Alejandro?

JULIO. Sí, señora.

LAURA. Pues ¿tiénesle inclinación?

JULIO. Sólo en su servicio son
mis pensamientos agora.

LAURA. No solías tú querer
a Alejandro.

JULIO. Así es verdad;
porque es ésta voluntad
acabada de nacer.

LAURA. Pésame que se la tengas.

JULIO. Aun con esta inclinación,
quieres tomar ocasión,
para decir que te vengas.
Pues, dime, ¿quién ha venido
como el duque de Ferrara?
En su persona repara.
¡Qué gallardo, qué lucido!
¡Qué lindo rostro, que talle,
qué discreción!

LAURA. Calla, necio;
si te compra amor con precio.

JULIO. ¿Por qué me mandas que calle?

LAURA. Porque te debe de haber
pagado para tercero.

JULIO. ¡Plega a Dios que si le quiero
más de por sólo querer
un hombre de tal valor,
ni él me ha dado cosa alguna,
que venga a tan vil fortuna
que me trate mal tu amor!

(Sale LISARDO.*)*

LAURA. ¿Este es Lisardo?

LISARDO. Quisiera
ser Virgilio, gran señora,
porque en tu alabanza agora
divinamente escribiera,
en justo agradecimiento
de haber rendido tu gusto
a lo que es tan santo y justo
como es ya tu casamiento.
Está toda la ciudad
contenta, y los pretensores,
llenos de celos y amores,
sin hallar dificultad
en pelear y escribir,
previniendo varias sumas
de dos maneras de plumas

para escribir y salir.
Yo, que tengo inclinación
a alguno, que no te digo
por galán y por amigo,
y de mi propia nación,
te suplico que me des
para el torneo un favor.

JULIO. Si es a quien yo tengo amor,
pondréme, Laura, a tus pies.
¿Es Alejandro ese hombre?

LISARDO. No es Alejandro.

JULIO. ¿Pues quién?

LISARDO. Agora no me está bien
que sepa nadie su nombre.
Esto a mi señora pido.

JULIO. El favor sólo ha de dalle
a Alejandro, pues su talle
le tiene bien merecido.
No hay caballero en la corte
como Alejandro.

LAURA. Ya estás
necio. No me trates más,
aunque la vida te importe,
de Alejandro, Julio, aquí,
y vete luego.

JULIO. Sí haré,
si te canso; mas yo sé
que te has de servir de mí,
y que, por ser el señor
que en todo a todos excede,
Alejandro sólo puede,
Laura, merecer tu amor.

(Vase.)

LISARDO.

Esta opinión de Julio, gran señora,
se funda en interés.

LAURA.

Mejor pudieras
culpar la tuya, pues se atreve agora
a lo que no pensé que te atrevieras.

LISARDO.

Si sé que aqueste príncipe te adora,
y es español, no digo que le quieras,
pero que tu favor sólo deseo
para que más galán salga al torneo.

LAURA.

¿Príncipe y español?

LISARDO.

Y que ha venido
sólo a servirte.

LAURA.

¿Público o secreto?

LISARDO.

Secreto, que en su amor siempre lo ha sido,
y yo por él lo mismo te prometo.

LAURA.

Pues ¿cómo aquestas nuevas me has traído,
si me conoces?

LISARDO.

¿Fuera yo discreto
si por otro interés que tu bien, sólo
solicitara amor al mismo Apolo?
Que de que goce España tal princesa
recibo yo la gloria que le alcanza
al buen vasallo que lealtad profesa.

LAURA.

Pues pierde para entrambos la esperanza;
que ni Ferrara me verá duquesa,
Nápoles reina, aunque su pluma y lanza
compitan en valor con las estrellas;
ni España, aunque su nombre ponga en ellas.
Ya sabes que entretengo de este modo
al rey mi hermano; si por dicha quieres
saber qué nombre ilustre me acomodo,
la Vengadora soy de las mujeres.
Con esto, secretario, he dicho todo
cuanto puedo decir; no hay más que esperes.

LISARDO.

¡Brava resolución!

LAURA.

De aquí adelante
me llama, aunque mujer, Laura diamante.
Y, porque cierta bachillera dama
en ti pone los ojos, está cierto
que si sé que la quieres, y te ama,
podrás llamarte en mi desgracia muerto.

LISARDO.

¿Dama me quiere a mí? ¿Cómo se llama?

LAURA.

Tú lo sabrás mejor; y yo te advierto
que si miras mis damas, este día
verás tu muerte y yo veré la mía.

LISARDO.

¡Plega a Dios, mi señora, que los cielos
me priven de la vista, si he mirado
dama de tu palacio! Y si recelos
te han engañado...

LAURA.

No me han engañado.
(Antes que tenga amor, me matan celos.)
¿Qué es esto, amor? Apenas engendrado,
ya sales por los ojos y la boca.
Mas ¿qué podrá el honor, la razón loca?

LISARDO.

¿Qué tiene Laura? ¡Cielos!, ¿qué es aquesto?
¿Cómo se turba Laura? ¿Quién me engaña?
¿Pensará pensamiento tan honesto
que soy yo aqueste príncipe de España?
De divinas colores se ha compuesto.
Pues si la nieve, de clavel la baña,
de estos vivos esmaltes y colores,
bien puede mi esperanza tomar flores.
¿Atreveréme a ser tan atrevido?
Mas no, que su vergüenza me ha engañado.
Si piensa en el castigo merecido,
en eso la divierte su ciudado.
Amor, si las colores de esto han sido,
no vais por flores a su hermoso prado;
que puede ser que por tan gran locura
en áspides las vuelva su hermosura.

LAURA.

Lisardo, yo he pensado que sería,
de esta dama que digo, atrevimiento.
Dame palabra que desde este día
no tendrás amoroso pensamiento.

LISARDO.

Mil palabras te doy, señora mía,
y no de aquellas que se lleva el viento;
que bien sé yo que, quien servirte debe,
ha de vivir más puro que la nieve.

LAURA.

No te quiero tan nieve, ni tan puro;
mas, si de casto amor quieres ejemplo,
mírame sólo a mí, que ser procuro
de honesta voluntad heroico templo.

LISARDO.

¿Que te mire me mandas? Yo te juro,
por esos ojos, que jamás contemplo
otra cosa que a ti.

LAURA.

¿Mis ojos juras?

LISARDO.

No ha sido error en cosas tan seguras.

LAURA.

¿En efecto, quedamos concertados
que has de mirarme a mí?

LISARDO.

Sí, mi señora.

LAURA.

Si una virtud nos lleva encaminados,
no hay que tener temor.

LISARDO.

¿Quién teme agora?

LAURA.

De Diana nacieron mis cuidados.
¿Tú no la quieres bien?

LISARDO.

El alma adora
esta honesta virtud.

LAURA.

Lisardo, advierte
que tengo de quererte, sin quererte.
Con esto excusarás de amar ninguna
de estas que mis lecciones aborrecen.

LISARDO.

Aunque fuera Diana aquella luna
en quien del sol los rayos resplandecen,
que no quiero más bien, ni más fortuna,
que saber que mis ojos te merecen.
Dame el favor que pido, que es mi amigo
este español.

LAURA.

Pues traéle aquí contigo.

LISARDO.

Harélo ansí, si me honras, Laura hermosa,
de este favor.

LAURA.

Por darte gusto quiero
darle esta banda de color celosa.

LISARDO.

Volverla verde, aunque es azul, espero.

LAURA.

Secretario, ya sabes que es la cosa
más valiente el callar.

LISARDO.

Morir primero.

LAURA.

Quien calla su ventura a su esperanza,
lo que jamás pensó, callando, alcanza.

(Vase LAURA.)

LISARDO. ¡Qué notables confusiones
son éstas! ¡Qué pensamientos!
¡Qué cifras! ¡Qué fantasías!
Amor vencedor, ¿qué es esto?
¿Qué dice Laura que tiene?
¿Si os ha engañado? ¿Si ha hecho
prueba de vuestro valor
con aquel sutil ingenio?
Burlas son, burlas han sido.
Volved, esperanza, al pecho;
no os vais; no subáis tan alto,
que os perderéis por el viento;
pues no os perdáis, aunque es justo;
mirad que dice el proverbio
que son las desconfianzas
efectos de los discretos.

(Sale OCTAVIO.)

OCTAVIO. ¿Podré hablarte?
LISARDO. Otavio mío,
tú vienes a lindo tiempo.
¡Alto! A prevenir caballos
y galas para el torneo.
Azules son las colores,
puesto que celos no tengo;
porque ya mis esperanzas
quieren disfrazarse en celos.
Pajes y lacayos viste;
que la estrella que deseo,
si sale a darnos favor,
nos vuelva a todos el cielo.
Tu vendrás vestido, Otavio,
que eres príncipe diciendo
de Portugal, en España,
por mi padrino y mi dueño:
así entrarás en palacio
como que asistes sirviendo
a Laura.
OCTAVIO. ¡Paso, señor,
paso! ¿Estás loco? ¿Qué es esto?
Antes de hablarte palabra,
me has dicho tantas, que creo
o que ya Laura te quiere,
o que ya has perdido el seso.
Lo que es prevenir caballos
y galas para el torneo,
es justo y digno de ti;
que entre tantos caballeros
no ha de faltar tu valor;
mas, ser yo príncipe, entiendo
que no es acuerdo acertado,
que haremos algún enredo
de que nos resulte daño.
LISARDO. Yo no te pido consejo,
sólo que calles te pido,
y que me sigas te ruego;
que son leyes del criado
la obediencia y el silencio.

ACTO TERCERO

(Salen JULIO *y* LAURA, *quitándose unas armas.)*

JULIO. Ya queda abierto el jardín;
bien puedes, señora, entrar.
LAURA. No me puedo desarmar
del todo.
JULIO. Venciste, en fin.
¡Qué bizarra que has andado!
LAURA. Guárdame, Julio, secreto.
JULIO. En un diamante, en efeto,
he visto al sol engastado.
¡Grande fué tu atrevimiento!
LAURA. Mayor fué mi obligación.
Aunque sepas la ocasión,
no sabrás mi pensamiento.
Y, así, has de tener paciencia.

(Vase.)

JULIO. Esta vez vi armada a Palas,
¡oh, Laura hermosa!, que igualas
en las armas y la ciencia.

(Sale DIANA.)

DIANA. ¿Quién es aquel caballero
que por el jardín entró?
JULIO. Lo mismo pregunto yo;
y responde el jardinero
que es del Príncipe criado (1).

(1) Verso suelto, entre dos redondillas.

DIANA. ¿Quién las llaves le daría?
JULIO. No sé más de que es galán.
DIANA. Yo sé que el precio le dan
de más fuerza y valentía;
pero no a Laura, si es,
como tú dices, criado.
JULIO. Antes pienso que le han dado
la victoria al ferrarés.
DIANA. ¿Quién? ¿A Alejandro?
JULIO. ¿Pues quién?
DIANA. Con el de lo blanco es risa.
JULIO. Voyme.
DIANA. ¿Y a qué, tan aprisa?
JULIO. Debes de quererle bien.
DIANA. Si es quien sospecho, es justo.
JULIO. ¿Quién piensas?
DIANA. Laura.
JULIO. ¿Qué dices?
¡Laura!
DIANA. No te escandalices.
JULIO. Daráse extraño disgusto,
si sabe que lo imaginas.
DIANA. Como se fué del balcón
a la primera ocasión,
y cerraron las cortinas,
creí que no estaba allí;
y agora, viéndola entrar,
acabé de confirmar
lo que entonces presumí.
JULIO. No creas que una mujer
emprendiera desatino
tan grande.
DIANA. Lo que imagino,
si no fué, pudiera ser;
que mil valientes mujeres
han hecho hazañas iguales.
JULIO. No quiero que las señales,
que basta que tú lo eres.

(Vase JULIO; *salen* LISARDO *y* OCTAVIO.)

LISARDO. ¡Hoy me quisiera matar,
vencido y desesperado! (1)
OCTAVIO. El de lo blanco, en efeto,
llevó el premio.
LISARDO. Estoy celoso
de verle entrar más airoso,
más galán y más discreto.
OCTAVIO. Mira que está aquí Diana.
LISARDO. Retírate, Otavio, allí.
Perdonadme, que no os vi;
lugar tendremos mañana.
Llámame su Majestad.
DIANA. Lisardo.
LISARDO. Diana hermosa.
DIANA. Yo lo fuera, a ser dichosa
en que tanta voluntad
fuera de ti conocida.
LISARDO. Otras veces, de esta culpa
te he dado a Laura en disculpa:
Laura, en fin, de mí servida,
que me manda no mirar
a otra dama que a su Alteza,
cuya virtud y nobleza
puedo honestamente amar.
DIANA. Amar y mirar, Lisardo.
LISARDO. Sí, con platónico amor.
DIANA. De aquel pasado rigor,
no menos soltura aguardo.
Será fuente detenida...
¡Oh, qué furiosa ha de ser
en comenzando a correr;
a querer y a ser querida!
Lisardo, a las ocasiones
es perderse el acercarse;
ya debe de rebelarse
Laura a (1) sus mismas lecciones.
¿Qué sirve quererse hacer
de tan varonil sujeto,
pues ha de ser, en efeto,
la mejor mujer, mujer?
¡Oh, cómo se ha conocido
que la mayor fortaleza
de la mujer es flaqueza,
y amor, el mayor olvido!
La más firme fué más vana;
la más grave, lisonjera;
la más dura fué de cera,
y la más cuerda, de lana.
¡Quién la vió dar cada día
preceptos contra los hombres,
dándoles infames nombres
de traidores a porfía!
¿Para qué fué tan tirana
de amor para honesto fin,
si había de ser, en fin,
la más honesta liviana?
Quiera y déjenos querer,
porque vea a quién le toca
la más principal, más loca,
y la de más ser, sin ser.

(Vase.)

(1) Faltan dos versos a esta redondilla.

(1) En el original, "en".

LISARDO. ¡Otavio, Otavio!
OCTAVIO. Señor.
LISARDO. ¿Qué has oído?
OCTAVIO. Lo que basta
para saber que contrasta
torres, como rayo, amor.
LISARDO. ¡Celosa parte Diana!
OCTAVIO. Laura viene.
LISARDO. Allí me espera.

(Sale LAURA.*)*

LAURA. Hablarte a solas quisiera.
LISARDO. Lugar tendremos mañana;
que el español viene aquí,
que hoy ha salido al torneo.
Llegue vuestra Alteza.
LAURA. Creo
que es diferente el que vi
y el que mi banda llevó
y hoy ha salido al torneo.
OCTAVIO. Miráis con otro deseo,
o lo estoy mirándoos yo.
LAURA. Caballero, si a una dama
es justo tratar verdad,
decidme quién sois; que, en veros,
justas sospechas me dais.
Lisardo dice que sois
príncipe de Portugal;
para vos pidió favores,
fiéme de su lealtad;
no se los di para vos,
bien me podéis perdonar,
que no os he visto ni es justo
dar prendas sin voluntad.
El caballero que vi
con mi celosa señal,
otra vez perdón os pido,
más es, que vos sois galán;
decidme, si lo merezco
por tener sangre real,
quién es Lisardo y quién vos.
OCTAVIO. Señora, a la majestad
de vuestra heroica persona
no puedo ser desleal.
Si vos me guardáis secreto,
sabréis quién soy.
LAURA. Si pensáis
que soy mujer, engañáisos,
aunque las pretenda honrar;
yo os juro de no decir
cosa de que os venga mal,
aunque me cueste la vida.
OCTAVIO. Pues ya es razón que sepáis
que éste es el gran Federico,
que habréis oído nombrar,
príncipe de Transilvania,
famoso por tierra y mar;
no Lisardo, ni español,
aunque español en amar;
que solos los españoles
aman con firmeza igual.
Salió de azul al torneo,
bien le vistes tornear,
bien vencer aventureros,
valiente como un Roldán;
pero está desesperado
de que perderos podrá,
pues le venció un caballero
que es como el sol celestial:
salió con rayos al campo
imposibles de mirar:
blancas armas, blancas plumas,
divisa de castidad;
y aunque éste no ha parecido...
LAURA. Basta, no me digáis más,
sino dejadme que le hable.
OCTAVIO. Los pies, señora, me dad.

(Vase.)

LAURA. Lisardo, ya se ha partido
el caballero español.
LISARDO. Y yo vuelvo a ver mi sol
más claro y más atrevido.
LAURA. ¿Por qué no viste el torneo?
LISARDO. Soy un caballero honrado;
vime pobre y obligado
de mi valor y deseo,
y, de envidia, no he querido
ver tanto galán.
LAURA. Yo fuera
quien diera, si lo supiera,
con que salieras lucido.
LISARDO. Beso la tierra que pisas.
Pero ¿quién te agradó más?
LAURA. ¿Son celos?
LISARDO. Tú lo sabrás.
LAURA. Oye, español, sus divisas.
LISARDO. Pues ¿no me dirás primero,
pues le has hecho tal favor,
qué has sentido del valor
del español caballero?
LAURA. Después, Lisardo, sabrás
cuanto se encubre en los buenos;
oye agora lo que es menos,
mientras que sabes lo más.

Después que Arnaldo en el supremo asiento
ocupó su lugar y yo en el mío,
con alas de oro, por el manso viento
la fama de que soy el precio envío,
al aplauso templado el instrumento,
entró Alejandro con gallardo brío:
Alejandro, gran duque de Ferrara,
que el sol a verle en su balcón se para.
Con calzas verdes, armas blancas lleva;
pendiente al hombro, un verde manto obscuro
con mil hiedras de aljófar, labor nueva,
de quien, si álamo no, firme fué muro,
con los padrinos, y el aplauso eleva
el vulgo, ya de su valor seguro,
en un caballo, de los vientos pluma;
de la crin al codón, rico de espuma.
Afirmóse en el sitio ya dispuesto,
y entró con más soberbias que ventajas
el príncipe de Nápoles al puesto,
las altas piezas de la vista bajas,
fuerte caballo, de color honesto,
danzando al son de las templadas cajas;
manto, penacho y calzas carmesíes,
sembrado de granadas de rubíes.
Siguióle Enrique, de Campania conde,
en un rucio rodado corpulento,
que a las trompetas con gemir responde,
celoso de seguirlas por el viento;
su pensamiento un negro manto esconde,
aunque quiso decir su pensamiento,
pues entre mil estrellas circunstantes
se mostraba una luna de diamantes.
El alemán gallardo Lucidoro
entró arrogante, de leonado y plata,
en un melado que del carro de oro
del sol, para vencer al sol desata,
y con igual belleza que decoro,
la rienda a un bayo florisel dilata,
de pardo y naranjado, tan gallardo,
que todo a la inquietud parece pardo.
Aquí llegó Rodulfo Palatino,
al son de la baqueta levantando
un overo español, cuyo camino
parece que en el aire va buscando;
otra vez a la tierra más vecino,
parece que en el agua va nadando;
calzas, plumas y manto negro lleva:
de algún antiguo amor, tristeza nueva.
Entre otros muchos, para no cansarte,
bizarro, tu español la plaza mide,
sobre color azul, al mismo Marte,
que a la esfera del sol rayos despide
un tostado alazán; como con arte
naturaleza a círculos divide,
y en los matices que uno en otro embebe,
sobre negro color, manchas de nieve.
Mi banda vi que el pecho le partía;
que, si como era azul, fuera dorada,
la elíptica del sol viera aquel día,
de más vivas estrellas matizada;
el alazán, tan a compás venía,
que al tiempo de asentar la planta herrada,
dijeras cada vez que en alto vuela
que tomaba consejo con la espuela.
Describirte el valor con que, arrogante,
cuando le obliga la señal, que en ristre,
convertido en un monte de diamante,
pasó la lanza de la cuja al ristre,
serán las luces que sustenta Atlante
querer que a cierto número registre;
muchos venció, gloriosa estaba España
de verle ya señor de la campaña,
cuando, sin otra música ni trompa,
padrinos, prevención, nombre ni fama,
hizo que la de todos interrompa
un caballero, que el mejor se llama;
todo de blanco, la soberbia pompa
mostró, en servicio de su casta dama;
hasta el caballo blanco, y por los fines,
lazadas blancas sobre ricas crines.
Sobre las armas, una esfinge bella,
cuya letra decía: "Yo me entiendo",
llevaba airoso, aunque cifrado en ella
cuanto el casto color iba diciendo;
entró en el campo con tan buena estrella
que, a su español y a los demás venciendo,
quedándose primero en la victoria,
de todos se llevó la palma y gloria.
Yo, entonces, la opinión de que no pueden
quererse bien los hombres puse en duda;
porque, si las virtudes tanto exceden,
confesaré que su valor se muda.
De hoy más, conmigo acreditados queden;
y más cuando tu ingenio les ayuda;
que eres, Lisardo, tal, que es bien que esperes
que se rinda el valor de las mujeres.

LISARDO. Laura, de tu relación
quedo celoso, de suerte
que con disfrazada muerte
me has engañado a traición;
el español, con razón
puede estar desesperado,
pues habiendo levantado
sus esperanzas al cielo,
quedó como suele al hielo

arroyo por verde prado.
Ese blanco caballero
que dices que te agradó,
diré que a mí me venció,
pues por él de celos muero;
pero ya deberle quiero
que te obligase a querer.
Mas ¿qué no podrá vencer
hombre que tan arrogante
pudo ablandar el diamante
de tan valiente mujer?
En fin, ¡oh Laura!, estarás,
si no tierna, agradecida
de verte de hombre querida,
que no quisiste jamás;
esto me consuela más,
ya que desdichado fuí,
pues es fuerza que de mí
y del alma que te adora
tengas lástima, señora,
porque la tengan de ti.

LAURA. Menos ternura, Lisardo.
¡Flaqueza en ti! ¿Qué es aquesto?
¿Yo amor? ¿Qué dices? ¿Tan pres-
[to?
Pues ves cuanto mi honor guardo;
si sabes que me acobardo,
no digas que yo he querido
blasonar de lo que he sido,
sabiendo cuánto es mejor
vivir sin tener amor
que cautivar mi sentido.
Habla, pues.

LISARDO. Fáltame aliento.

LAURA. ¿Tú tienes celos de ti?

LISARDO. De mí, Laura, no los tengo.

LAURA. El caballero que dices,
no vendrá más; esto es cierto.
¿Qué hay de la lección primera?

LISARDO. Agora que te contemplo,
como mandaste, y te miro
cuanto honestamente debo,
si de segunda lección
te parece que ya es tiempo,
aquí me tienes, que el alma
me sirve de libro abierto.

LAURA. Pasar adelante puedes
del mirar, si bien honesto.

LISARDO. ¿A qué, Laura?

LAURA. A desear.

LISARDO. Segunda lección, deseos;
a la tercera, esperanzas;
¿adónde diréis que llego?
Pero ya sabes, señora,
que, si no es habiendo puesto
término al deseo, puede...

LAURA. No lo digas, ya te entiendo.
Desea no desearme.

LISARDO. Para un estudiante nuevo
es ésta buena lección.
Que vuelvo atrás te confieso,
y de aprender desconfío.

LAURA. Pues desea que lleguemos
a declararnos los dos.

LISARDO. ¿Y qué me darás si vengo
a desear declararme?

LAURA. ¿Es poco lo que prometo?

(Sale DIANA *al paño.)*

DIANA. Esto va perdido ya.

LISARDO. No es poco, pero deseo...

LAURA. Míralo bien.

LISARDO. Una mano.

LAURA. Que me has de perder sospecho.

DIANA. ¡Linda cosa es estorbar
a dos amantes con celos!
Tu hermano, señora mía,
viendo acabado el torneo,
dice que abrevien el libro
los pretendientes, creyendo
que tú, por tu dilación,
le pides de tantos pliegos.

LAURA. ¡Y plega a Dios que tus ojos,
Diana, se pleguen presto!
¿Hay tal modo de matarme?
Vete, Lisardo, que quiero
descomponerme con ésta.

LISARDO. Mira que importa el silencio.

(Vase.)

LAURA. Tú, Diana, no venías
a traerme ese recado.

DIANA. Y no te habrás engañado.

LAURA. Pues, bien, ¿qué es lo que querías?

DIANA. Como me has dado, señora,
lecciones de aborrecer,
las quisiera de querer
para querer desde agora;
que ya pienso que podrás
pues ya quieres bien.

LAURA. Yo, ¿a quién?

DIANA. A Lisardo quieres bien,
honestamente no más.

LAURA. ¿Yo a Lisardo?

DIANA. Pues, si no,

déjamele a mí querer;
que aun no le dejas volver
la libertad que me dió.

LAURA. Que te quiera.

DIANA. Si él me quiere,
¿será mucho...?

LAURA. Eso es mentira.

DIANA. Ya tu lenguaje me admira.

LAURA. Digo que por mí se muere,
y que, por saber quién es,
correspondo a un justo amor;
que yo sé que su valor
me disculpará después.
Y cuando llegue a decir
quien es de mi calidad
que tiene amor, es maldad
quererlo contradecir.
Diana, en resolución,
yo amo; deja de amar,
que no es éste tu lugar.

DIANA. Soy tu igual.

LAURA. Tienes razón;
pero con la diferencia
de mi parienta y mi dama.
Ama, pues hay tantos; ama,
que de hoy más tienes licencia.
Mira, y no me des enojos,
si amar tu gusto desea,
como a Lisardo no sea,
que te sacaré los ojos.

(Vase.)

DIANA. ¿Hay semejante rigor?
¿Hay locura semejante?
Pero ¿qué firme diamante
no vuelve de cera amor?
¡Ay de mí! ¡Perdí mi bien,
perdí toda mi esperanza!

(Sale LUCELA.*)*

LUCELA. ¡Tú triste! ¡Tanta mudanza!
¿De quién te quejas?

DIANA. ¿De quién?
De Laura, Lucela, en fin
mujer; ama Laura ya;
declarada Laura está;
ya su desdén hizo fin.
Y para que lo confirmes,
Lucela, basta saber
que edificios de mujer
duran poco tiempo firmes.
¿Qué falta no les ponía?
¿Qué culpas no les hallaba?
Sus traiciones infamaba
Laura de noche y de día.
Pero ¿quién ha de creer,
aunque amor su ser restaura,
viendo tal ejemplo en Laura,
cosas dichas por mujer?
Ama, si quieres amar;
que ya nos dice que amemos,
como a su amor observemos
aquel sagrado lugar.
Ama desde hoy; mas sin pena,
pues ya quedan sus lecciones
cubiertas de mil borrones
y escritas en el arena.

(Vase.)

LUCELA. Dulces victorias de amor,
levantad blasones altos,
pues nunca se han visto faltos
de nobleza y de valor.
¿Para qué Laura blasona
y lo que enseña no hace,
y al amor que la deshace
hoy sus triunfos no perdona?
Ame, pues nació mujer,
pues que sólo por amar
han venido a sujetar
muchas reinas su poder.

(Vase; salen AUGUSTO, ALEJANDRO *y* ARNALDO *con acompañamiento.)*

AUGUSTO.

Ya que diste licencia que tan breve
el libro fuese, generoso Arnaldo,
conociendo de Laura el pensamiento,
manda que luego se presente el libro;
que aunque del precio estoy desconfiado,
no perderé en las letras, si en las armas
no tengo la ventura que merezco.

ARNALDO.

Para serviros, cuanto puedo ofrezco.
A Laura quiero hablar, y sepa Laura
que son injustas ya sus dilaciones.

ALEJANDRO.

Darás con obras alma à las razones:
más vale un libro solo, si ha cifrado
lo más que muchos sabios han escrito.

AUGUSTO.

De la hermosura de la bella Elena
dos mil libros, y más, escribió Dídimo;
pero cansados todos, y que fueran
más estimados cuando fueran menos,
siquiera porque son pocos los buenos.

ARNALDO.

Yo doy palabra que mañana, y antes,
si puede ser, pronuncie la sentencia;
que no se ofende en esto la excelencia
de la virtud, ingenio y gallardía,
piedad, valor, modestia y cortesía
de la mujer a quien se rinde el hombre:
antes es gloria de su mismo nombre.

ALEJANDRO.

Con esto quedas, Príncipe, advertido
de lo que más conviene a mi descargo.

AUGUSTO.

Prospérente los cielos.

ARNALDO.

Y levanten
vuestros heroicos hechos a las cumbres,
emulación de las celestes lumbres.

(Vanse AUGUSTO *y* ALEJANDRO; *sale* LAURA.)

LAURA. ¿Qué es lo que tratáis de mí?
ARNALDO. Laura, estos príncipes quieren,
de las causas que refieren,
hallar los premios en ti.
LAURA. ¿Han escrito?
ARNALDO. Ya han escrito.
LAURA. Presenten los libros.
ARNALDO. Creo
que dilatas su deseo.
LAURA. Di que a Penélope imito.
ARNALDO. ¿Quién lo duda, si deshaces
por la noche, Laura mía,
la tela que todo el día
con tanto artificio haces?
LAURA. Júntalos, que ya deseo
sacarte de ese cuidado.
ARNALDO. Voy, en tu amor confiado,
con ansias de ver tu empleo.

(Vase.)

LAURA. Ya se acerca, pensamiento,
sin poderse detener,
el decir que soy mujer
y que sus efectos siento.
¿Qué pretendo ya, qué intento,
cuando amor me castigó?
¡Qué necia pensaba yo
que sin el hombre pudiera
vivir de aquesta manera,
y al mejor tiempo faltó!
Perdonen las que lo son;
que no es esto hacer ofensa
a la primera defensa
que dió mi imaginación.
Defenderlas es razón,
yo las quiero defender;
mas no dejar de querer
al hombre, que sin el hombre
aun no está seguro el nombre
de esto que llaman mujer.

(Sale LUCELA *con un papel.)*

LUCELA. Por no hablarte en cosas mías
con enojo, este papel
te dirá lo que por él
tan al contrario entendías.
LAURA. ¿Pues tú me das memorial?
LUCELA. Y muchas, después, también,
para que, oyéndolas bien,
no salga el decreto mal.

(Lea LAURA:)

"Lucela, hija del conde Teodoro, dice que, por haber servido a vuestra Alteza cuatro años y haber seguido sus opiniones, no ha querido bien a nadie. Suplica a vuestra merced le dé una lección de querer, pues ya vuestra Alteza quiere."

LAURA. Pues ¿a quién quieres amar?
LUCELA. A Augusto.
LAURA. Pues, si es tu gusto,
habla norabuena a Augusto,
que no lo puedo estorbar.
LAURA. Páguete, señora, el cielo
tanto bien, tanto favor.

(Vase.)

LAURA. ¿Hay tal enredo de amor?
Mayor desdicha recelo.

(Sale DIANA *con otro papel.)*

DIANA. Si estás para decretar

este memorial agora,
hazme esta merced, señora,
pues tienes tiempo y lugar.

LAURA. ¿Has hablado con Lucela?

DIANA. Ni la he visto.

LAURA. Muestra, a ver.
Cosa que viniese a ser
algún engaño o cautela.

(Lea:)

"Diana, prima de vuestra Alteza, dice que, pues que vió tan imposible el amor de Lisardo, lo ha puesto en Alejandro. Pide y suplica a vuestra Alteza sea servida darle un pasaporte de querer; no se le antoje mañana otra cosa y pierda lo que ha querido tanto tiempo."

Basta, ¡villanas!, que hacéis
burla de mí. ¿Qué es aquesto?
¿Dos memoriales tan presto
como ya mi amor sabéis?
¡Vete, y no vuelvas aquí!
¿Hay tal burla? ¿Hay tal maldad?

DIANA. (Venguéme de la crueldad
con que se vengó de mí.)

(Vase DIANA; *sale* LISARDO.)

LISARDO. ¿Dónde me llevas, amor (1),
entre tantas esperanzas
de llegar al mayor precio?
¡No me mates como a necio,
por injustas confianzas!
Aquesta es Laura divina.
Mal dije: humana es mejor,
pues ya, por serlo, a mi amor
piadosamente se inclina.

LAURA. ¿Es Lisardo?

LISARDO. El mismo soy,
que venía triste a verte,
sospechoso de mi muerte,
que pienso que ha de ser hoy.

LAURA. Por ti, Lisardo, padezco
notables persecuciones

LISARDO. ¿Para qué dabas lecciones?

LAURA. Para que ya te aborrezco,
pues tú también me das vaya.

LISARDO. No te enojes, que el amor
ningún trabajo o temor
le enflaquece o le desmaya.

(Sale JULIO.)

(1) Verso suelto entre redondillas. Debe ser primer verso de una perdida.

JULIO. Huélgome que estéis agora
juntas dos habilidades,
dos monstruos y dos ingenios,
en el mundo singulares;
dos ángeles, y no es mucho,
pues conviene con el ángel
el hombre, como sabéis,
en una de las tres partes.
Yo quiero bien, y, pues ya
dan licencia que se trate
en esta casa de amor,
dadme un remedio que baste
para no querer.

LAURA. ¿Por qué?
Si es amor para casarte,
Julio, lícito es amor.
Ama, que no es como de antes.

JULIO. Es muy forzoso olvidar.

LAURA. ¿Es en persona mudable?
¿Es en mujer imposible?
Quiere bien en otra parte.
Dime la causa.

JULIO. La causa
es tan fuerte, que me salen
colores al rostro, Laura,
y se me altera la sangre.

LAURA. ¿A quién quieres?

JULIO. Quiero a un hombre.

LAURA. ¡Jesús! El cielo te guarde
de dar en tan grande error.

JULIO. No ha sido en mi mano amarle.

LAURA. Julio, si amando a mujer
no es el amor medicable,
amando a un hombre, ¿qué esperas?

JULIO. Que algún escolar me saque
este espíritu del cuerpo.
¡Que ni que calle o que hable,
que esté velando o durmiendo,
de mis sentidos se aparte
Alejandro!

LAURA. ¿Quién, el Duque?

JULIO. ¡Que esto por un hombre pase!
¡Yo he de perder el juicio!

LAURA. Grande lástima.

LISARDO. Notable.
Pero aquí aparte me escucha
que de su remedio trate.
Alejandro me pidió
que unas cintas te tomase
para hechizarte con ellas;
yo, por no ver hechizarte,
si a otra persona engañaba,
quise que en Julio probase,

y, fingiendo que medía
su rostro, llegué a su carne;
dile las cintas, y ha hecho
la hechicera que le ame
Julio. No le digas nada
hasta el día de tus bodas,
así los cielos te guarden.

LAURA. Doy la palabra. Al fin, Julio,
dice el sabio Lusüarte
que, para olvidar a un hombre,
es menester que te bañes
dos veces en aguafuerte,
y que con sal y vinagre
te laves después muy bien,
y que cuatro noches andes
descalzo sobre garbanzos.

JULIO. ¿Estudiastes eso aparte?
¡Gentil decreto, en verdad!

LISARDO. Pues dime, Julio, ¿no sabes
que los mayores remedios
mayores dolores traen?

JULIO. ¿Haste desenamorado
de alguna ocasión bastante
con este récipe tú?
¿Por ventura te bañaste
con aguafuerte, que gasta
las piedras, y aun los diamantes?
Con sal y vinagre curan
los toros que vivos salen
de las garrochas del coso,
mas no a los pobres amantes.
Aún ya pisar los garbanzos
pudiera hacerlo, que un paje
que en penitencia le dieron
que en las suelas los echase
de los zapatos, echólos
cocidos, por no picarse.
¡Qué haré, triste, que me muero
por Alejandro!

LAURA. No hables
de esa suerte.

JULIO. ¿Qué he de hacer,
si no puedo, aunque me maten?
¡Pobre Julio! ¡Yo soy muerto!
¡No amara yo una comadre,
una vieja, una hechicera,
una tal con treinta parches,
una con papos de mona
que se pusiera el almagre
con la mano del mortero;
una setentona fácil,
teñida en cola de buey
los blancos caniculares!
¡Un hombre, un hombre! ¿Qué haré?

LAURA. Temiendo estoy que se mate.

LISARDO. Tu hermano viene. Después
intentarás consolarle.

(Salen ARNALDO, ALEJANDRO, AUGUSTO, LUCELA, DIANA *y acompañamiento.)*

ARNALDO. Laura.

LAURA. Señor.

LISARDO. Laura, mi muerte ha llegado.

LAURA. No temas.

LISARDO. Temo, señora,
aquel caballero fuerte,
blanco en que acertó mi muerte.

ARNALDO. Laura, no puedes agora
excusarte de pasar
por lo que tú misma quieres.

LAURA. ¡Bien vengaré las mujeres
si me obligas a casar!

JULIO. Pues ¿qué venganza mayor?

ALEJ. En esta proposición,
más muestras tu discreción
que en las pasadas rigor.

ARNALDO. Faltando, heroicos señores,
aquellos dos caballeros
blanco y azul, que primeros
se han de llamar vencedores,
pues no deben de querer
casarse, o ya lo estarán,
pues no parecen ni dan
para este caso poder,
Alejandro es el mejor,
y el que ha escrito en alabanza
de la mujer, cuanto alcanza
ingenio, industria y valor;
y así, con licencia mía,
puede merecer su mano.

ALEJ. Dichosa mi buena suerte;
voy por un premio tan alto
de mi amor y mis deseos.

LISARDO. Eso no, porque si el blanco
caballero no parece,
el azul la está esperando.

ARNALDO. Pues ¿quién es?

LISARDO. Yo soy.

ARNALDO. ¿Qué dices?

LISARDO. Que yo soy quien he ganado
el premio que está propuesto.

ARNALDO. Pues ¿cómo? ¿No eres Lisardo?

LISARDO. Para ganar esta empresa,
con ese nombre me llamo.

ARNALDO. Pues ¿quién eres?

LISARDO. Federico,

el Príncipe transilvano;
y porque veáis que fuí
el victorioso en el campo,
aquesta es la banda azul.

AUGUSTO. Valedme, industria. ¿Qué aguardo?
Federico, si el segundo
fuiste, por primero gano,
que soy aquel caballero
a quien todos llamáis blanco.
Bien sabéis que es Laura mía,
y que merezco su mano.

LAURA. Con mentira, no; que yo
por mostraros que ha llegado
el valor de las mujeres
al más victorioso lauro,
armada en blanco salí
a venceros y a mostraros
cómo salí con mi intento.

LISARDO. Das un imposible caso,
que no es casarte, señora;
y así, merezco tu mano
por el segundo lugar.

ALEJ. Ese le toca a Alejandro,
porque no has escrito el libro;
y yo en el libro he ganado
primero lugar a todos.

LISARDO. Antes yo, pues aquí hago
presentación del que agora
para su alabanza traigo;
que si la de las mujeres
con razones has probado,
yo presento un libro vivo,
que es Laura, en que estáis mirando
las virtudes y excelencias
y todo el valor cifrado
que hay en todas las mujeres.

ALEJ. Cuando se admita el engaño
con que procedes aquí,
es contra lo decretado
darte a Laura, porque fuiste
su criado o secretario,
y tercero de mi amor,
que en un caballero honrado
es afrenta.

LISARDO. A lo que dices
yo respondiera en el campo,
que nunca yo fuí tercero
ni de tu amor he tratado
con Laura.

ALEJ. Testigos tengo.

LISARDO. ¿Qué testigos, Alejandro?

ALEJ. Estas cintas que me diste
de Laura.

LISARDO. Pues has llegado
a tratar tu misma afrenta,
sabe, generoso Arnaldo,
que quiso hechizar a Laura,
y me pidió del tocado
cintas, para hacer con ellas
que le amase, pero en vano,
porque dándole estas cintas
que a Julio el rostro tocaron,
Julio ha estado por hechizos
de Alejandro enamorado.

JULIO. ¿Hay tal maldad? ¡Vive Dios,
que quiero desafiaros!,
mas pedir primero al rey
se duela de los trabajos
que he pasado amando a un hombre
sin saber cómo ni cuándo.
Dadme las cintas, que quiero
quemarlas, y lleve el diablo
cuantos se valen de hechizos;
que sólo han de ser amados
por sus méritos los hombres,
y el que fuere cojo o manco
o tuviere otros defectos,
que suelen ser tras los años,
hechice con el dinero,
que es el hechizo más sabio,
y ahorrará de guedejas,
bigoteras y estofados.

ALEJ. Bien pudieras, Federico,
excusar, siendo obligado
al secreto, por quien eres,
decirle oyéndole tantos;
pero yo te haré entender

(Va a meter mano.)

si los caballeros...

ARNALDO. Paso,
que si Laura tiene amor
al Príncipe transilvano,
no querrá verle en peligro
antes de verle en sus brazos.
Laura, ¿quiéresle?

LAURA. Sí quiero.

JULIO. ¡Oh, gracias al cielo santo
que confiesas que hombre quieres!

ARNALDO. Alejandro, si casaros
con Laura no fué posible;
Augusto, si os ha quitado
el premio por más ventura,
aquí os están esperando
Diana y Lucela.

ALEJ. Doy

a mi Diana la mano.
AUGUSTO. Y yo a Lucela.
JULIO. Y yo estoy
por impedir, como damo,
el matrimonio del Duque.
LAURA. Yo me he rendido, senado;
y pues vivir no es posible
sin los hombres, yo me caso;
no pierda la *Vengadora*
de las mujeres, pues tanto
cuanto aborrecerlos quise
tanto los estimo y amo.

FIN

LA MOZA DE CÁNTARO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El Conde.
Don Juan, *galán.*
Fulgencio, *galán.*
Don Diego, *galán.*
Don Bernardo, *viejo.*
Pedro, *lacayo.*
Martín, *lacayo.*
Lorenzo, *lacayo.*
Bernal, *lacayo.*
Doña María, *dama.*
Doña Ana, *viuda.*
Luisa, *criada.*
Leonor, *criada.*
Juana, *criada*
Un Alcaide.
Un Indiano.
Un Mesonero.
Músicos.

JORNADA PRIMERA

(Salen Doña María *y* Luisa, *con unos papeles.)*

Luisa. Es cosa lo que ha pasado
para morirse de risa.
María. ¿Tantos papeles, Lüisa,
esos Narcisos te han dado?
Luisa. ¿Lo que miras dificultas?
María. ¡Bravo amor, brava fineza!
Luisa. No sé si te llame alteza
para darte estas consultas.
María. A señoría te inclina,
pues, entre otras partes graves,
tengo deudo, como sabes,
con el duque de Medina.
Luisa. Es título la belleza
tan alto, que te podría
llamar muy bien señoría
y aspirar, señora, a alteza.
María. Lindamente me conoces;
dasme por la vanidad.
Luisa. No es lisonja la verdad,
ni las digo, ¡así te goces!
No hay en Ronda ni en Sevilla
dama como tú.
María. Yo creo,
Lüisa, tu buen deseo.
Luisa. Tu gusto me maravilla.
A ninguno quieres bien.
María. Todos me parecen mal.
Luisa. Arrogancia natural
te obliga a tanto desdén.
Este es de don Luis.
María. Lo leo
sólo por cumplir contigo.
Luisa. Yo soy de su amor testigo.
María. Y yo, de que es necio y feo.

(Lee:)

"Considerando conmigo a solas, señora doña María...."

(Rómpele.)

No leo.
Luisa. ¿Por qué?
María. ¿No ves
que comienza alguna historia
o que quiere en la memoria
de la muerte hablar después?
Luisa. Este es de don Pedro.
María. Muestra.
Luisa. Yo te aseguro que es tal,
que no te parezca mal.
María. ¡Bravos rasgos! ¡Pluma diestra!

(Lee:)

"Con hermoso, si bien severo; no dulce, apacible, vi rostro, señora mía; mentida vista, me miró vuestro desdén, absorto de toda humani-

dad, rígido empero, y no con lo brillante; solicito que el candor celeste clarifique vuestra faz; la hedomada pasada...”

(Rómpele.)

¿Qué receta es ésta, di?
¿Qué médico te la dió?

LUISA. Pues ¿no entiendes culto?

MARÍA. ¿Yo?
Habla de cerca de aquí (1).

LUISA. Hazte boba, por tu vida.
¿Puede nadie ser discreto
sin que envuelva su conceto
en invención tan lucida?

MARÍA. ¿Esta es lucida invención?
Ahora bien: ¿hay más papel?

LUISA. El de Don Diego, que en él
se cifra la discreción.

(Lee:)

“Si yo fuera tan dichoso como vuestra merced hermosa, hecho estaba el partido.”

MARÍA. ¿Qué es partido? No prosigo.

(Rómpele.)

LUISA. ¡Que nada te ha de agradar!

MARÍA. Pienso que quiere jugar
a la pelota conmigo.
Lüisa, en resolución,
yo no tengo de querer
hombre humano.

LUISA. ¿Qué has de hacer,
si todos como éstos son?

MARÍA. Estarme sola en mi casa.
Venga de Flandes mi hermano;
pues, siendo tan rico, en vano
penas inútiles pasa.
Cásese y déjeme a mí
mi padre, que yo no veo
dónde aplique mi deseo
de cuantos andan aquí
codiciosos de su hacienda;
que, si va a decir verdad,
no quiere mi vanidad
que cosa indigna le ofenda.
Nací con esta arrogancia;
no me puedo sujetar,
si es sujetar el casar.

LUISA. Hombres de mucha importancia
te pretenden.

MARÍA. Ya te digo
que ninguno es para mí.

LUISA. Pues ¿has de vivir ansí?

MARÍA. ¿Tan mal estaré conmigo?
Joyas y galas, ¿no son
los polos de las mujeres?
Si a mí me sobran, ¿qué quieres?

LUISA. ¡Qué terrible condición!

MARÍA. ¡Necia estás! No he de casarme.

LUISA. Si tu padre ha dado el sí,
¿qué piensas hacer de tí?

MARÍA. ¿Puede mi padre obligarme
a casar sin voluntad?

LUISA. Ni tú tomarte licencia
para tanta inobediencia.

MARÍA. La primera necedad
dicen que no es de temer,
sino las que van tras ella
pretendiendo deshacella.

LUISA. Los padres obedecer
es mandamiento de Dios.

MARÍA. ¿Ya empiezas a predicarme?

LUISA. Nuño acaba de avisarme
que estaban juntos los dos.

MARÍA. ¿Quién?

LUISA. Mi señor y don Diego.

MARÍA. ¿Qué importa que hablando estén,
si no me parece bien,
y le desengaño luego?

LUISA. ¿Y don Luis, no es muy galán?

MARÍA. Tal salud tengas, Lüisa.
Muchos se casan a prisa
que a llorar despacio van.

LUISA. Esta es dicha, y no elección,
que mirado y escogido
salió malo algún marido,
y otros de presto lo son.
Que si son por condiciones
los hombres buenos o malos,
muchas que esperan regalos
encuentran malas razones.
Pero en don Pedro no creo
que haya más que desear.

MARÍA. Sí hay, Lüisa.

LUISA. ¿Qué?

MARÍA. No hallar
a mi lado hombre tan feo.

LUISA. Mil bienes me dicen dél,
y tú sola dél te ríes.

MARÍA. Lüisa, no me porfíes,
que éste es don Pedro el Cruel.

LUISA. Tu desdén me maravilla.

MARÍA. Pues ten por cierta verdad

(1) Así en el original. Hartzenbusch enmendó así: “¿Habla de aciértame aquí?

que es rey de la necedad
como el otro de Castilla.

LUISA. Don Diego está confiado.
Joyas te ha hecho famosas.

MARÍA. ¿Joyas?

LUISA. Y galas costosas.
Hasta coche te ha comprado.

MARÍA. Don Diego de noche, y coche.

LUISA. De noche, un gran caballero.

MARÍA. Mas ¡ay, Dios!, que no le quiero
para don Diego de noche.
Otra le goce, Lüisa,
no yo. ¿De noche visiones?

LUISA. Oigo unas tristes razones.

MARÍA. Volvióse en llanto la risa.
¿No es éste mi padre?

LUISA. El es.

(Sale DON BERNARDO, *viejo, de hábito de Santiago, con un lienzo en los ojos.)*

BERNARDO. ¡Ay de mí!

MARÍA. Señor, ¿qué es esto?
¿Vos llorando y descompuesto
y yo no estoy a esos pies?
¿Qué tenéis, padre y señor,
mi sólo y único bien?

BERNARDO. Vergüenza de que me ven
venir vivo y sin honor.

MARÍA. ¿Cómo sin honor?

BERNARDO. No sé.
Déjame, por Dios, María.

MARÍA. ¿Siendo vos vida en la mía,
cómo dejaros podré?
¿Habéis acaso caído,
que los años muchos son?

BERNARDO. Cayó toda la opinión
y nobleza que he tenido.
No es de los hombres llorar,
pero lloro un hijo mío
que está en Flandes, de quien fío
que me supiera vengar.
Siendo hombre, llorar me agrada,
porque los viejos, María,
somos niños desde el día
que nos quitamos la espada.

MARÍA. Sin color y el alma en calma
os oigo, padre y señor;
mas ¿qué mucho sin color,
si ya me tenéis sin alma?
¿Qué había de hacer mi herma-[no?
¿De quién os ha de vengar?

BERNARDO. Hija, ¿quiéresme dejar?

MARÍA. Porfías, señor, en vano.
Antes de llorar se causa
la excusa; pero no agora;
que siempre quiere el que llora
que le pregunten la causa.

BERNARDO. Don Diego me habló, María;
contigo casarse intenta;
respondíle que tu gusto
era la primer licencia,
y la segunda del duque.
Escribí, fué la respuesta
no como yo la esperaba;
que darte dueño quisieran
estas canas, que me avisan
de que ya mi fin se acerca.
Puse la carta en el pecho,
lugar que es bien que le deba;
que llamarse deudo el duque
fué de esta cruz encomienda.
Vino a buscarme don Diego
a la plaza; nunca fuera
esta mañana a la plaza,
y con humilde apariencia
me preguntó si tenía,
aunque con alguna pena,
carta de Sanlúcar. Yo
le respondí que tuviera
a dicha poder servirle.
Breve y bastante respuesta.
Dijo que el duque sabía
tu calidad y nobleza,
que le enseñase la carta,
o que era mía la afrenta
de la disculpa engañosa.
Yo, por quitar la sospecha,
saqué la carta del pecho,
y turbado leyó en ella
estas razones, María:
"Quien tal mostró que tal tenga.
Muy honrado caballero
es don Diego; pero sea
el que ha de ser vuestro yerno
tal, que al hábito os suceda
como a vuestra noble casa."
Entonces don Diego, vuelta
la color en nieve, dice,
y de ira y cólera tiembla:
"Tan bueno soy como el duque."
Yo, con ira descompuesta,
respondo: "Los escuderos,
aunque muy hidalgos sean,
no hacen comparación
con los príncipes, que es necia.

Desdecíos o le escribo
a don Alonso que venga
desde Flandes a mataros."
Aquí su mano soberbia...
Pero prosigan mis ojos
lo que no puede la lengua.
Déjame, que tantas veces
una afrenta se renueva
cuantas el que la recibe
al que la ignora la cuenta.
Errado traigo, María,
el rostro con cinco letras.
Esclavo soy de la infamia,
cautivo soy de la afrenta.
El eco sonó en el alma;
que si es la cara la puerta,
han respondido los ojos
viendo que llaman en ella.
Alcé el báculo, dijeron
que lo alcancé; no lo creas;
que mienten al afrentado
pensando que le consuelan.
Prendióle allí la justicia,
y preso en la cárcel queda.
¡Pluguiera a Dios que la mano
desde hoy estuviera presa!
¡Ay, hijo del alma mía!
¡Ay, Alonso, si estuvieras
en Ronda! Pero ¿qué digo?
Mejor es que yo me pierda.
Salid, lágrimas, salid;
mas no es posible que puedan
borrar afrentas del rostro,
porque son moldes de letras
que, aunque se aparta la mano,
quedan en el alma impresas.

(Vase.)

LUISA. Fuése.
MARÍA. Déjame de suerte
que no pude responder.
LUISA. Ve tras él, que puede ser
que intente darse la muerte
viendo perdido su honor.
MARÍA. Dices bien; seguirle quiero;
que no es menester acero
adonde sobra el valor.

(Vanse, y salen DON DIEGO *y* FULGENCIO.)

FULG. La razón es un espejo
de consejos y de avisos.
DIEGO. En los casos improvisos,
¿quién puede tomar consejo?
FULG. Los años de don Bernardo
os ponen culpa, don Diego.
DIEGO. Confieso que estuve ciego.
FULG. Es don Alonso gallardo
y gran soldado.
DIEGO. Ya es hecho,
y yo me sabré guardar.
FULG. Un consejo os quiero dar
para asegurar el pecho.
DIEGO. ¿Cómo?
FULG. Que dejéis a España
luego que salgáis de aquí.
DIEGO. ¿A España, Fulgencio?
FULG. Sí,
porque será loca hazaña
que a don Alonso esperéis;
que, fuera de la razón
que él tiene en esta ocasión,
pocos amigos tendréis.
Toda Ronda os pone culpa.
DIEGO. Claro está. Soy desdichado,
pues el haberme afrentado
era bastante disculpa.
FULG. Mostraros la carta fué
yerro de un hombre mayor.
DIEGO. ¿En los lances del honor,
quién hay que seguro esté?
FULG. El tiempo suele curar
las cosas irremediables.

(Sale el ALCAIDE *de la cárcel, con barba y bastón.)*

ALCAIDE. Una mujer está aquí
que quiere hablaros.
DIEGO. Dejadme,
Fulgencio, si sois servido.
FULG. A veros vendré a la tarde.
ALCAIDE. Llegó a la puerta cubierta,
pedíle que se destape,
y dijo que no quería.
Parecióme de buen talle
y cosa segura; en fin,
gustó de que la acompañe
a vuestro aposento.
DIEGO. Que entre
la decid, y perdonadme;
que es persona principal
si es quien pienso.
ALCAIDE. En casos tales
se muestra el amor. Entrad.

(Vase; sale DOÑA MARÍA, *cubierta con su manto.)*

DIEGO. ¿Sola, mi señora, a hablarme,
y en parte tan desigual

de vuestra persona y traje?
MARÍA. Dan ocasión los sucesos
para desatinos tales.
DIEGO. Descubríos, por mi vida,
advirtiendo que no hay nadie
que aquí pueda conoceros.
MARÍA. Yo soy.
DIEGO. Pues ¿vos en la cárcel?
MARÍA. El amor que me debéis
desta manera me trae,
a que agradecida al vuestro
me fuerza a que me declare.
A pediros perdón vengo
y a que no pase adelante
este rigor, pues el medio
de hacer estas amistades
es el casarnos los dos;
que cuando a saber alcance
don Alonso que soy vuestra,
no tendrá de qué quejarse.
Con esto, venganzas cesan,
que suelen en las ciudades
engendrar bandos, de quien
tan tristes sucesos nacen.
Vos quedaréis con la honra,
que es justo, y que Ronda sabe;
satisfecho el señor duque,
desenojado mi padre,
y yo con tan buen marido
que pueda mi casa honrarse
y don Alonso, mi hermano.
DIEGO. ¿Quién pudiera, sino un ángel,
señora doña María,
hacer tan presto las paces?
Vuestro gran entendimiento
y divino en esta parte,
ha dado el mejor remedio
que pudiera imaginarse.
No le había más seguro,
y, sobre seguro, fácil,
para que todos quedemos
honrados cuando me case.
No será mucha licencia
que al altar dichoso abrace
sagrado de mis deseos,
donde está amor por imagen,
pues ya decís que sois mía.
MARÍA. Quien supo determinarse
a ser vuestra, no habrá cosa
que a vuestro gusto dilate.
Confirmaré lo que digo

(Al abrazarle, saque una daga y déle con ella.)

con los brazos. ¡Muere, infame!
DIEGO. ¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Traición!
MARÍA. ¿En canas tan venerables
pusiste la mano, perro?
Pues estas hazañas hacen
las mujeres varoniles.
Yo salgo. ¡Cielo, ayudadme!

(Vase, y sale FULGENCIO.*)*

FULG. Paréceme que he sentido
una voz, y que salió
esta mujer que aquí entró,
que no sin sospecha ha sido,
más turbada y descompuesta
que piden casos de amor.
No fué vano mi temor.
Don Diego, ¿qué sangre es ésta?
DIEGO. Matóme doña María,
la hija de don Bernardo.
FULG. ¡Alcaide, gente! ¿Qué aguardo?
Mas cosa injusta sería
ocasionar su prisión.
Esperar que salga quiero,
que esto ya es hecho.
DIEGO. Yo muero,
con razón, aunque a traición.
Muy justa venganza ha sido
por fiarme de mujer;
mas no la dejen prender.
FULG. Yo pienso que habrá salido.
Pero ¿por qué no queréis
que la prendan?
DIEGO. Ha vengado
las canas de un padre honrado.
Esto en viéndole diréis,
y que yo soy, cuanto a mí,
su yerno, pues se casó
conmigo, aunque me mató
cuando los brazos la di.
Con esto vuelvo a su fama
lo que afrentarla pudiera.
FULG. Toda la cárcel se altera.
Quiero buscar esta dama.

(Lleve FULGENCIO *a* DON DIEGO*; salen el* CONDE *y* DON JUAN, *galanes.)*

CONDE. Hermosa viuda, don Juan.
No he visto cosa más bella.
JUAN. Con razón, Conde, por ella
esos desmayos os dan.
CONDE. ¿Hay tal gracia de monjil?
Que es de azabache, repara,

imagen, menos la cara
y manos, que son marfil.

JUAN. Vos tenéis un gran sujeto
para versos.

CONDE. No he pensado
meterme en ese cuidado;
que pienso andar más discreto.

JUAN. ¿Cómo?

CONDE. Remitirme al oro,
que es excelente poeta.

JUAN. Dicen que es rica y discreta.
Guardadle más el decoro.

CONDE. ¿Fué vuestro criado allá?

JUAN. Con una criada habló,
y a estas horas pienso yo
que bien informado está.

CONDE. Mejor entre sus iguales
suele hablar más libremente
este género de gente.

(Sale MARTÍN.)

JUAN. ¿Qué hay, Martín? Contento sales.

MARTÍN. Servir al Conde deseo.

CONDE. Yo estimo tu buen amor.

MARTÍN. Hablé con Inés, señor,
como si fuera mi empleo.
Estando en larga oración
la retórica lacaya,
y ella a manera de maya,
serena toda facción,
díjela que me tenía
sin alma la bella Inés,
porque había más de un mes (1)
que sus chinelas seguía,
y que bailando en el río,
de la castañeta al son,
me entró por el corazón
y por toda el alma el brío.
Cuando ya la tuve tierna,
pregunté la condición
de su ama, y la razón
de estado que la gobierna.
Dijo que era principal,
con deudos de gran valor,
y que tenía su honor
desde que enviudó, cabal.
Que era rica y entendida,
y no de su casa escasa;
si bien no entraba en su casa
ni aun sombra de alma nacida.
Que el parecer recatada
era todo su cuidado,
y dijo que había estado
sólo dos meses casada,
porque su noble marido
de enamorado murió.

CONDE. No envidio la muerte yo,
la causa sí.

JUAN. Necio ha sido,
pues tanto tiempo tenía.

MARTÍN. Para edad y mucho amor,
toda la vida, señor,
remiten a un solo día.

CONDE. ¿Cómo trae tan pequeñas
tocas?

JUAN. Más hermosa está.

MARTÍN. Porque las largas son ya
para señoras y dueñas,
y las cortas en la corte
no se traen sin ocasión.

CONDE. ¿Qué ocasión dará razón
que para disculpa importe?

MARTÍN. Muriósele a una casada
su marido, y no quedó
muy triste, pues le envolvió
como si fuera pescada,
en un pedazo de angeo,
y sin que cumpliese manda,
con largas tocas de holanda
salió vertiendo poleo
en un reverendo coche.
Pero el muerto, mal contento,
del sepulcro a su aposento
se trasladó aquella noche
y díjole: "¿Vos holanda,
y yo angeo, picarona?
¿No mereció mi persona
una sábana más blanda?"
Esto diciendo, el difunto
en las tocas se envolvió
y el angeo le dejó,
ocasión desde aquel punto
con que sin tocas las veo,
y cuerdo temor ha sido,
porque no vuelva el marido
a dejarlas el angeo.

CONDE. Cuanto la licencia alargas
la obligación disimulas.

MARTÍN. Señor, en dueñas y en mulas
están bien las tocas largas.

CONDE. Mucha honestidad promete,

(1) Hartzenbusch enmendó así estos dos versos:

"sin alma, Leonor la bella;
que hacía un mes que la huella".

y es decoro justo y santo.
MARTÍN. Una viuda con un manto
es obispo con roquete.
Fuera de esto, aquel estar
siempre en una misma acción
no mueve la inclinación
que el traje suele obligar.
Ver siempre de una manera
a una mujer, es cansarse.
CONDE. Pues ¿puede el rostro mudarse?
MARTÍN. Pues ¿no se muda y se altera
mudando el traje, el semblante?
JUAN. Conde, Martín dice bien,
porque el variar también
da novedad al amante.
MARTÍN. De mi condición advierte
que me pudren las pinturas,
porque siempre las figuras
están de una misma suerte.
¿Qué es ver levantar la espada
en una tapicería
a un hombre que todo un día
no ha dado una cuchillada?
¿Qué es ver a Susana estar
entre dos viejos desnuda,
y que ninguno se muda
a defender ni a forzar?
Linda cosa es la mudanza
del traje.
CONDE. La viuda, en fin,
¿es conversable, Martín?
MARTÍN. No me quitó la esperanza
si entráis con algún enredo,
que dice que da lugar
que la puedan visitar.
CONDE. Yo le buscaré si puedo.
JUAN. Como visto no te hubiera,
fácil remedio se hallara.
CONDE. Si en que me ha visto repara,
fingirme, enojarla fuera.
Llama, que yo he prevenido
con que me pueda creer.
JUAN. No lo echemos a perder.
CONDE. No puedo estar más perdido.
MARTÍN. Ya te ha visto. A verte sale.
No le has parecido mal.
CONDE. ¿Hay jazmín, rosa y cristal
que a la viudilla se iguale?

(Salen DOÑA ANA, *viuda, y* JUANA, *su criada.)*

ANA. Novedad me ha parecido.
Vueseñoría perdone.
CONDE. No hay novedad que no abone
el deseo que he tenido
de serviros, si yo fuese,
para que no os cause enojos,
tan dichoso en vuestros ojos
que serviros mereciese.
ANA. Juana, sillas.
MARTÍN. No va mal,
pues piden sillas.
JUAN. Martín,
la viudilla es serafín
de perlas y de coral.
MARTÍN. ¿Agrádate a ti también?
JUAN. A esta pregunta responde
que está enamorado el Conde
y yo no.
MARTÍN. Dices muy bien.
ANA. ¿Quién es este caballero?
CONDE. Mi primo don Juan.
ANA. Señor,
perdonad.
JUAN. No ha sido error.
Hablad, que estorbar no quiero.
ANA. Vos no podéis estorbar,
ni aquí tendréis ocasión.
JUAN. No lo mandéis.
ANA. Es razón.
JUAN. No me tengo de sentar.
ANA. Ahora bien: yo no porfío.
JUAN. Decisme que necio soy.
CONDE. Oídme.
ANA. Oyéndoos estoy.
JUAN. Por lo mismo me desvío.
CONDE. Señora, aunque os he mirado
mil veces sin conoceros,
antes que viniera a veros
tuve de veros cuidado.
Vuestro esposo, que Dios tiene,
era mi amigo; jugamos
una noche; comenzamos
por una rifa, que viene
a ser como en los amores
la tercera que concierta,
o a lo menos que despierta
el gusto a los jugadores.
Perdió, picóse, sacó
unos escudos, y luego,
terciando mi primo el juego
cuatro sortijas perdió.
Mas vamos a lo que importa.
ANA. Esas sortijas eché
menos; pesadumbre fué,
tan mal amor se reporta,

porque vine a sospechar
que a alguna dama las dió.

JUAN. Bien la mentira salió.

MARTÍN. ¿Hay cosa como hacinar
las sortijas que faltaron?

JUAN. ¿Hay dichosos en mentir?

MARTÍN. A cuantas supe decir,
con el hurto me pescaron.
No he mentido sin que luego
no se me echase de ver.

CONDE. Así se vino a encender
con esta pérdida el juego,
que perdió seis mil ducados
sobre palabra segura
de que tengo una escritura.

ANA. Más enredos y cuidados
que días vivió conmigo
don Sebastián me dejó.
¿Seis mil ducados?

CONDE. Sí, yo
basto, que soy quien lo digo,
y los testigos presentes.

MARTÍN. Al firmarla estuve allí
tan presente como aquí.

JUAN. ¡Con qué desvergüenza mientes!

MARTÍN. ¡Qué gracia! El buen mentidor
ha de ser, señor don Juan,
descarado a lo truhán
y libre a lo historiador.

ANA. Pensé que vueseñoría
me venía a hacer merced.

CONDE. Que os he de servir creed,
que ésta fué la intención mía.
No os dé pena la escritura
puesto que fuese mayor,
que no tiene mal fiador
la paga en vuestra hermosura.

MARTÍN. ¿Hay oficial de escritorios
que encaje el marfil ansí?

JUAN. En amando, para mí
son los engaños notorios.

MARTÍN. ¿Amor se funda en engaños?

JUAN. Primero que el amor fueron,
pues desde que ellos nacieron
el mundo cuenta sus daños.

CONDE. Si yo, señora, creyera
cobrar la deuda de vos
sin conocernos los dos,
por otro estilo pudiera.
No vengo sino a ofreceros
cuanto tengo y cuanto soy,
con que pagado me voy,
y aun deudor de sólo veros.
Sólo os suplico me deis
licencia de visitaros,
si fuere parte a obligaros
confesar que me debéis
no dineros, sino amor.

ANA. Yo quedo tan obligada,
como deudora, y pagada
de vuestro heroico valor.

CONDE. Bésoos las manos.

ANA. El cielo
os guarde.

CONDE. ¿Vendré?

ANA. Venid.
¡Ah, señor don Juan, oíd!

MARTÍN. Cayó el pez en el anzuelo.

(Vase el CONDE.*)*

JUAN. ¿En qué os sirvo?

ANA. Bien sé yo
que todo aquesto es mentira.

JUAN. Y yo sé que el Conde os mira.
Esto de la deuda, no.

ANA. Mala entrada de galán,
entrar mintiendo.

JUAN. Señora,
mi primo, el Conde, os adora.

ANA. Id con Dios, señor don Juan;
que yerra el Conde en traeros.

JUAN. ¿Desacredítole yo?

ANA. Cuando el Conde me miró,
me dió ocasión de quereros.

JUAN. Aunque deudos, nos preciamos
mucho más de ser amigos,
aunque envidias y enemigos
no quieren que lo seamos.
Queredle bien, que merece,
señora, que lo queráis.

ANA. Lo que por él negociáis,
al Conde desfavorece.

JUAN. Voy, que en la carroza aguarda.
Dad licencia que os visite
y que yo lo solicite.

ANA. Si vuelve con vos, ya tarda.

JUAN. Tanto favor da a entender
que por él queréis honrarme.

ANA. Por vos quiero yo obligarme
para que me vuelva a ver.

JUAN. Todo se lo digo ansí.

ANA. Yo os tengo por más discreto.

JUAN. Volverá el Conde, en efeto.

(Vase DON JUAN.*)*

ANA. No sin vos, y con vos, sí.
JUANA. Mucho le has favorecido,
para ser la vez primera.
ANA. Cuando él me favoreciera,
mi favor lo hubiera sido.
Mas no me quiso entender;
tomó la amistad del Conde.
JUANA. Agora, tibio responde;
aún no ha llegado a querer.
ANA. Necio pensamiento mío,
que en tal locura habéis dado,
volved atrás, afrentado
de ver tanto desvarío.
¡Yo, que de tantos me río,
ruego, pretendo, provoco!
Pensamiento, poco a poco;
no diga el honor que pierdo
que sois con desdenes cuerdo,
ya que quisistes ser loco.
Dieron los ojos en ver,
puesto que en lugar sagrado,
al hombre más recatado
de mirar y de entender;
mas, ya que ha venido a ser
provocado a desafío,
responde tan necio y frío,
que me pide que a otro quiera.
¡Mirad quién tal os dijera
deste pensamiento mío!
En vano estoy descansando
con daros disculpa a vos;
mas tengámosla los dos:
vos, amando, y yo, pensando;
porque de pensar amando
lo que puede resultar,
viene el alma a sospechar
lo que imagino del ver,
porque no hubiera querer
si no hubiera imaginar.
Que no queráis os advierto
hombre tan fino y helado,
que por lo helado me ha dado
tristes memorias del muerto;
pero, si a cogerle acierto
con mirar y con rogar,
guárdese, pues, de llegar;
que, agraviada una mujer,
quiere hasta que ve querer,
por vengarse en olvidar.

(Vanse; sale un INDIANO, *de camino, y un* MOZO *de mulas.)*

INDIANO. Pasaremos de Adamuz,
si este recado nos dan.
MOZO. Por eso dice el refrán:
"Adamuz, pueblo sin luz".
Mas mira que desde aquí
comienza Sierra Morena.
INDIANO. Tú las jornadas ordena;
eso no corre por mí.

(Sale un MESONERO.)

MESONERO. Bienvenidos, caballeros.
INDIANO. Pues, huésped, ¿qué hay que comer?
MESONERO. Desde hoy al amanecer,
dos mozos, seis perdigueros
vienen con un perdigón,
de que estoy desesperado.
INDIANO. Para mí basta.
MESONERO. Ha llegado
a hurtaros la bendición
una mujer que le tiene.
INDIANO. Y cuando yo le tuviera,
por ser mujer, se le diera.
¿Viene sola?
MESONERO. Sola viene.
INDIANO. ¿Sola? ¿De qué calidad?
MESONERO. Pobre, y de brío, gallarda;
porque en un rocín de albarda,
el término perdonad,
como un soldado venía.
Ella propia se apeó;
le ató, y de comer le dió
con despejo y bizarría.
Volvíla a mirar, y vi
que un arcabuz arrimaba.
INDIANO. ¿Que es tan brava?
MESONERO. Aunque es tan brava,
os aseguro, de mí,
que más su cara temiera
que su arcabuz.
INDIANO. ¿Habéis sido
galán?
MESONERO. Bien me han parecido;
ya pasó la primavera,
y estamos en el estío:
así los años se van.
INDIANO. ¿Qué traje trae?
MESONERO. Un gabán,
que cubre el traje, no el brío;
un sombrero razonable,
todo de poco valor.
Al fin parece, señor,
de buena suerte y afable,
menos aquel arcabuz.

INDIANO. ¿Es ésta?
MESONERO. La misma es.

(Sale DOÑA MARÍA *en el hábito que se ha dicho.)*

MARÍA. Temerosa voy, después
que he entrado por Adamuz,
por ser camino real,
a que nunca me atreví;
si bien, desde que salí,
ha sido el ánimo igual
al peligro que he tenido.
¡Ay, padre, y cuánto dolor
me da el verte sin favor!,
si no es que el Duque lo ha sido.
Suelen faltar los amigos
en la mejor ocasión;
mas, ¡ay!, que sus años son
los mayores enemigos.
Los de mi hermano pudieran
suplir los tuyos, señor,
aunque no, para tu honor,
más que mis manos hicieran.
Yo cumplí su obligación;
mas defenderte no puedo,
por no acrecentar el miedo
de mi muerte o mi prisión.
Al fin, bien está lo hecho;
¿de qué me lamento en vano?
¡Traidor don Diego!, ¿a un ancia- [no
con una cruz en el pecho?
Así para quien se atreve
a las edades ancianas;
que es, atreverse a unas canas,
violar un templo de nieve.
Pero la mano piadosa
del cielo quiere que espante
a un Holofernes gigante
una Judith valerosa.
INDIANO. Como suelen los caminos
dar licencia a los que pasan,
para entretener las horas,
que por ellos son tan largas,
a preguntaros me atrevo
si lo ha de ser la jornada
o, por ventura, tenéis
cerca de aquí vuestra casa.
MARÍA. No soy, señor, desta tierra.
INDIANO. Como os vi sola, pensaba
que érades de alguna aldea
de aquesta fértil comarca.
MARÍA. No, señor; que yo nací
de esa parte de Granada,
y a servir en ella vine;
que cuando los padres faltan
en tierna edad a los pobres,
no tienen otra esperanza.
No se cansó mi fortuna;
pues cuando contenta estaba
del buen dueño que tenía,
persona de órdenes sacras,
le llevó también la muerte,
que para mayor mudanza
me dió ocasión, como veis.
INDIANO. ¿Y dónde vais?
MARÍA. Siempre hablaba
esta persona que digo,
con notables alabanzas,
de la corte y de Madrid.
Yo, pues, a quien ya faltaba
dueño, con algún deseo
que de ver grandeza tanta
nació con mi condición,
determiné de dar traza
de ir a servir a la corte.
Y, una vez determinada,
lo que viviendo tenía
el buen cura, que Dios haya,
para su regalo y gusto:
arcabuz, rocín de caza
y este gabán, tomé luego,
y voy con notables ansias
de ver lo que alaban todos.
MOZO. El camino de Granada
no es éste.
MARÍA. Decís muy bien;
mas vine por ver si estaba
en Córdoba un deudo mío.
INDIANO. ¡Determinación extraña
de una mujer!
MARÍA. Soy mujer.
INDIANO. Decís muy bien: eso basta.
Yo voy también a Madrid;
traigo jornada más larga,
porque vengo de las Indias;
que pocas veces descansa
el ánimo de los hombres,
aunque sobre el oro y plata.
Y si allí habéis de servir,
porque me dicen que tarda
el premio a las pretensiones
que la ocupación dilata,
casa tengo de poner:
si en el camino os agrada
mi trato, servidme a mí.
MARÍA. El cielo, por vos, me ampara.

Desde hoy soy criada vuestra;
y creed que soy criada
que os excusaré de muchas.

MOZO. Convertirse quiere en ama.

MARÍA. No habrá cosa que no sepa.

MOZO. Y yo salgo a la fianza;
que la buena habilidad
se le conoce en la cara.

INDIANO. Hanme dicho que en la corte
hay ocasiones que gastan
inútilmente la hacienda,
y yo querría guardarla,
que cuesta mucho adquirirla.

MARÍA. La familia es excusada
donde hay tanta confusión,
pues no le repara en nada.
Yo sola basto a serviros;
no habrá cosa que no haga,
de cuantas haciendas tiene
el gobierno de una casa.

INDIANO. Pues partamos, en comiendo,
y fiad de mí la paga.

MARÍA. ¡Ay, fortuna! ¿Dónde llevas
una mujer desdichada?
Pero no fueras fortuna,
a saber en lo que paras.

JORNADA SEGUNDA

(Salen DON JUAN *y el* CONDE.)

JUAN. Compiten con sus virtudes
sus gracias y perfecciones.

CONDE. ¡Que tantas persecuciones,
visitas, solicitudes,
celos, desvelos, requiebros
tengan por premio su olvido,
hasta verme convertido,
de Amadís, en Beltenebros!
¡No he visto tales aceros!

JUAN. Conde, no habéis de cansaros;
que el estado de estimaros
ya es principio de quereros.

CONDE. ¡A los principios me estoy,
al cabo de tres semanas!
¿Adónde, esperanzas vanas,
con este imposible voy?

JUAN. Todas son penas posibles,
pues que sin celos amáis.

CONDE. ¡Ay, ojos! Celos me dais,
aunque celos invisibles.
Quéjase de amor doña Ana,
y a mí no me tiene amor:
esto es celos, en rigor.

JUAN. ¿Por qué, si es sospecha vana?

CONDE. Es celos lo que imagino,
que no es celos lo que sé:
cosa que pienso que fué,
y que en mi daño adivino.

(Sale MARTÍN.)

MARTÍN. Por poco tuviera calma
la nave de tu deseo:
entro, y a doña Ana veo,
Venus de marfil con alma.
¿Cómo te podré pintar
de la suerte que la vi?
Cultas musas, dadme aquí
un ramo de blanco azahar
de las huertas de Valencia
o jardines de Sevilla.
Comience una zapatilla
de la Vera de Plasencia,
porque entremos por la basa
a esta columna de nieve,
argentado azul, pie breve,
que de tres puntos no pasa.

CONDE. ¿Tres puntos? Necio, repara..

MARTÍN. Pues lo digo, yo lo sé;
puntos son, que, de aquel pie,
los tomara por la cara.

JUAN. ¿Cómo lo viste?

MARTÍN. Un manteo
esta licencia me dió,
donde cuanto supo obró
la riqueza y el aseo.
Pero pidió los chapines,
porque mirarla me vió,
y entre las cintas metió
cinco pares de jazmines.

JUAN. De escarpines presumí,
según anda el algodón.

MARTÍN. Esos para gambas son;
que a cierta dama que vi
con cañafístolas tales,
que se pudiera, aunque bellas,
purgar su galán con ellas,
por drogas medicinales.
Pregunté si era importante
traer damas delicadas
las pantorrillas preñadas,
y, con risueño semblante,
me dijo: "No es gentileza;

pero cosa no ha de haber,
en una honrada mujer,
que se note por flaqueza".

CONDE. Linda disculpa.

JUAN. Extremada.

MARTÍN. La ropa de levantar,
con tanto fino alamar,
era una colcha bordada.
Finalmente, no quería
salir, por no verte así;
pero como yo la vi
que para ti se vestía,
por no estar siempre en el traje
de trágico embajador,
porfío, y saldrá, señor,
si la haces pleito homenaje
de sola conversación,
como quedó concertado.

CONDE. ¡Qué ejercicio tan cansado,
para mi loca afición!

JUAN. Música y versos quedaron
para esta noche de acuerdo.

CONDE. En tenerme por tan cuerdo,
muchos locos la engañaron.

(Sale DOÑA ANA *en hábito galán;* JUANA *y* MÚSICOS.)

ANA. No dirá vueseñoría
que no le fían el talle.

CONDE. Quien tan bien puede fialle,
agravio a los dos haría:
a vos, por seguridad,
y a mí, por justo deseo.
¡Gracias, amor, que en vos veo
señas de más amistad!

ANA. Siéntese vueseñoría,
que no le quiero galán
esta noche que nos dan
la música y la poesía
los sujetos que han de hacer
un rato conversación.

CONDE. Dice mi imaginación
que no quiere más de ver.

ANA. Señor don Juan, ¿no os sentáis?
¡Qué esquivo primo tenéis!

JUAN. La culpa que me ponéis,
para disculpa me dais.
Pero quiero obedeceros.

CONDE. Canten, y hablemos yo y vos.

ANA. Y los tres, porque los dos
no parezcamos groseros.

MÚSICOS. "¿De qué sirve, ojos serenos,
que no me miréis jamas?
De que yo padezca más,
y no de que os quiera menos."

ANA. No me agrada que a los ojos
llamen serenos.

CONDE. ¿Por qué,
si el cielo, cuando se ve
libre de azules enojos,
se llama así?

ANA. En una dama
no apruebo vuestro argumento,
si es el alma el movimiento
que a cuantos los miran, llama.
Y si al cielo, en su azul velo,
la serenidad cuadró,
al sol y a la luna, no;
que son los ojos del cielo;
porque éstos siempre se mueven.

CONDE. Perdonad a la canción
no ser de vuestra opinión:
tanto los versos se atreven.

JUAN. Díganse a varios sujetos,
como quedó concertado.

ANA. Comience el Conde.

CONDE. He buscado
en vuestro loor seis concetos.
Oíd.

ANA. No, por vida mía.
Escritos me los daréis.

CONDE. No sea, pues no queréis.

ANA. Emplead vuestra poesía
adonde más partes haya.

CONDE. Pues oíd, si sois servida,
un soneto a la venida
del inglés a Cádiz.

ANA. Vaya.

CONDE.

Atrevióse el inglés, de engaño armado,
porque al león de España vió en el nido,
las uñas en el ámbar, y vestido,
en vez de pieles, del Tusón dorado.
Con débil caña, no con fresno herrado,
vió a Marte, en forma de español Cupido,
volar y herir en el jinete, herido,
del acicate, en púrpura bañado.
Armó cien naves, emprendió la falda
de España asir por las arenas solas
del mar, cuyo cristal ciñe esmeralda.
Mas, viendo en las columnas españolas
la sombra del león, volvió la espalda,
tendidas (1) las banderas por las olas.

(1) Este mismo soneto se imprimió en la *Corona trágica* (Madrid, 1627), pero variando esta palabra por la de "sembradas".

JUAN. Levantó la pluma el vuelo.
ANA. Gran sujeto, a toda ley.
JUAN. ¡Qué bien pinta a nuestro rey!
ANA. Mejor le ha pintado el cielo.
MARTÍN. ¡Gran soneto!
CONDE. No le he dado,
porque no estoy dél contento.
Decid vos.
ANA. ¡Qué atrevimiento,
donde vos habéis hablado!
JUAN. Escuchad tales excusas.
ANA. Más que os ha de causar risa.
CONDE. Hablad, divina poetisa.
MARTÍN. Silencio, que hablan las musas.

ANA.

Amaba Filis a quien no la amaba,
y a quien la amaba, ingrata, aborrecía;
hablaba a quien jamás la respondía,
sin responder jamás a quien la hablaba.
Seguía a quien, huyendo, la dejaba;
dejaba a quien, amando, la seguía;
por quien la despreciaba, se perdía,
y al perdido por ella, despreciaba.
Concierta amor, si ya posible fuere,
desigualdad que tu poder infama;
muera quien vive, y vivirá quien muere.
Da hielo a hielo, amor, y llama a llama,
porque pueda querer a quien la quiere
y pueda aborrecer a quien desama.

CONDE. Vos os podéis alabar,
que nadie puede, señora.
ANA. ¿Hablará don Juan agora?
JUAN. Dejádmele imaginar.

Una moza de cántaro y del río,
más limpia que la plata que en él lleva,
recién herrada de chinela nueva,
honor del devantal, reina del brío;
con manos de marfil, con señorío,
que no hay tan gran señor que se le atreva,
pues donde lava, dice amor que nieva,
es alma ilustre al pensamiento mío.
Por estrella, por fe, por accidente,
viéndola henchir el cántaro en despojos,
rendí la vida al brazo transparente.
Y, envidiosos del agua mis enojos,
dije: ¿Por qué la coges de la fuente,
si la tienes más cerca de mis ojos?

ANA. Malos versos.
JUAN. No sé más.
ANA. ¿Un caballero discreto
escribe a tan vil sujeto?
No lo creyera jamás.
CONDE. Tiene doña Ana razón.
JUAN. Si hubiérades visto el brío
del nuevo sujeto mío,
la hermosura y discreción,
dijérades que tenía
tanta razón de querer,
que no supe encarecer
lo menos que merecía.
ANA. Si es disfrazar vuestra dama,
como suelen los poetas,
por tratar cosas secretas,
sin ofensa de su fama,
está bien; pero, si no,
bajo pensamiento ha sido.
JUAN. Ninguna cosa he fingido,
ni tengo la culpa yo;
porque no lejos de aquí
vive la hermosa Isabel,
por quien el amor crüel
hace estos lances en mí.
Sirve un indiano que viene
a la corte a pretender.
No sé qué puede querer
quien tanta riqueza tiene.
ANA. ¿A tal sujeto, tal fe?
JUAN. La que me ha muerto y rendido,
moza de cántaro ha sido,
moza de cántaro fué.
En él, este amor bebí,
todo me abrasó con él;
ella fué sirena, y él,
mar en el que me perdí.
Con él, veneno me ha dado,
con él me mató.
ANA. Si fuera
Martín quien eso dijera,
estuviera disculpado.
Pero un caballero, un hombre
como vos...
JUAN. No es elección
amor; diferentes son
los efectos de su nombre.
Es, desde el cabello al pie,
tan bizarra y aliñosa,
que no es tan limpia la rosa,
por más que al alba lo esté.
Tiene un grave señorío,
en medio desta humildad,
que aumenta su honestidad
y no deshace su brío.

Finalmente, yo no vi
dama que merezca amor
con más fe, con más rigor.

ANA. Advertid que estoy yo aquí,
y toca en descortesía
tan necio encarecimiento.

JUAN. Yo he dicho mi pensamiento
sin pensar que os ofendía.

CONDE. No os levantéis. ¿Dónde vais?

ANA. Corrida me voy.

JUAN. ¿Por qué?
Sin ofensa vuestra hablé.

ANA. Si cosas bajas amáis,
no las igualéis conmigo.

(Vase.)

CONDE. ¡Por Dios, que tiene razón!

MARTÍN. Cesó la conversación.

JUAN. ¿Porque lo que pienso digo?

CONDE. Decir que no visteis dama
como ella, ¿no ha sido error?

JUAN. ¿Error?

JUANA. Conde, mi señor,
entrad; mi señora os llama.

CONDE. Ella me quiere decir
que no os traiga más conmigo.

(Vase.)

JUAN. Si lo tienes por castigo,
no apelo de no venir.
Di al Conde que a verla fuí,
esta que a doña Ana enfada.

MARTÍN. Tú quieres lo que te agrada.

JUAN. Sí, Martín; mil veces sí.

MARTÍN. Pues quiérela, si la quieres;
que tal vez agrada un prado
más que un jardín cultivado,
y, al fin, todas son mujeres.

(Vanse; salen DOÑA MARÍA, *en hábito humilde, con chinelas y delantal, y el* INDIANO *con ella.)*

MARÍA. Advierta vuesa merced
que, si esto adelante pasa,
no estoy un hora en su casa.

INDIANO. (Pensamiento, detened
el paso, que hay honra aquí.)
Palabra, Isabel, te doy
que no seré, desde hoy,
importuno como fuí.
Desprecia, en fin, tu belleza
y ese donaire apacible;
que ya sé que es imposible
mudar la naturaleza.

(Vase.)

MARÍA. Tiempos, de mudanzas llenos,
y de firmezas jamás,
que ya de menos a más,
y ya vais de más a menos:
¿cómo en tan breve distancia,
para tanto desconsuelo,
habéis humillado al suelo
mi soberbia y arrogancia?
El desprecio que tenía
de cuantas cosas miraba,
las galas que desechaba,
los papeles que rompía;
el no hacer de quien pensase
que mi mano mereciese,
por servicios que me hiciese,
por años que me obligase.
Toda aquella bizarría
que como sueño pasó,
a tanta humildad llegó,
que por mí decir podía:
"Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy;
que ayer maravilla fuí,
y hoy sombra mía aun no soy."
Flores, que a la blanca aurora
con tal belleza salís,
que soberbias competís
con el mismo sol que os dora:
toda la vida es un hora;
como vosotras me vi,
tan arrogante salí;
sucedió la noche al día;
mirad la desdicha mía;
"aprended, flores, de mí".
Maravilla solía ser
de toda la Andalucía.
¡Oh maravilla! ¡Oh María!
Ya no soy lo que era ayer.
Flores, no deis a entender
que no seréis lo que soy,
pues hoy en estado estoy
que si en ayer me contemplo,
conoceréis por mi ejemplo
"lo que va de ayer a hoy".
No desvanezca al clavel
la púrpura, ni al dorado
la corona, ni al morado
lirio el hilo de oro en él.

No te precies de cruel,
manutisa carmesí,
ni por el color turquí,
bárbara violeta, ignores
tu fin, contemplando, flores,
"que ayer maravilla fuí".
De esta loca bizarría
quedaréis desengañadas
cuando con manos heladas
os viere la noche fría.
Maravilla ser solía,
pero ya lástima doy;
que de extremo a extremo voy
y desde ser a no ser,
pues sol me llamaba ayer
"y hoy sombra mía aun no soy".

(Sale DON JUAN.*)*

JUAN. Dicha he tenido, por Dios.
Isabel, ¿adónde bueno?
MARÍA. ¿Adónde bueno, Isabel?
Adonde hallase el requiebro.
¿Pensáis que no tengo yo
mi poco de entendimiento?
JUAN. Bien conozco que no ignoras;
tanto, que a veces sospecho
que finges lo que no entiendes.
MARÍA. Lo que no quiero no entiendo.
Pero a la fe que me admira
que un caballero tan cuerdo
y tan galán como vos
humille sus pensamientos
a una mujer como yo.
¿Sois pobre?
JUAN. Pues ¿a qué efeto
me preguntáis si soy pobre?
MARÍA. Porque si os falta dinero
para pretensiones altas,
no tengo por mal acuerdo
requebrar lo que a la cuenta
del entendimiento vuestro
os costará zapatillas,
ligas, medias y un sombrero
para el río, con su banda,
avantal de lienzo grueso,
chinelas, ya sin virillas,
que solía en otro tiempo
en los pies de las mujeres
la plata barrer el suelo.
Castañetas, cintas, tocas,
que para últimos empleos
de las damas, fondo en ángel,
no hay plata en el alto cerro
del Potosí, perlas ni oro
en los orientales reinos.
Más pienso que os costarían
las randas de un telarejo
que una legión de fregonas.
JUAN. No juzgaras mis deseos
por el camino que dices
si te dijera el espejo
el despejo de su talle.
MARÍA. ¿Espejo y despejo? Bueno.
Ya con cuidado me habláis,
porque, en efeto, os parezco
mujer que os puede entender;
pues yo os prometo que puedo.
Pero el estar enseñada
a oír vocablos groseros
de un indiano miserable:
"ve por esto, vuelve presto,
esto guisa, aquello deja,
¿limpiaste aquél ferreruelo?,
ve por nieve, trae carbón,
esto está sin sal, aquello
sin agrio, llama a este esclavo,
esto lava, y dame un lienzo.
¿Cómo gastas tanta azúcar?
Para madrugar me acuesto:
despiértame de mañana,
pon la mesa, luego vuelvo"
y otras cosas de este porte
me han quitado el sentimiento
de otras razones más grandes,
no porque no las entiendo.
En efeto, ¿qué queréis?
JUAN. Que me quieras, en efeto.
MARÍA. Bien aforrada razón,
y bien dicha para presto.
Bien digo yo que pensáis
que a mi corto entendimiento
importan resoluciones,
atajos y no rodeos.
Pues levantad el lenguaje,
que, como dicen los negros,
el ánima tengo blanca,
aunque mal vestido el cuerpo.
Habladme como quien sois.
JUAN. Yo, Isabel, así lo creo,
porque pensando en tu oficio
tal vez el respeto pierdo,
pero en mirando a tu cara
vuelvo a tenerte respeto.
Mas no te debe enojar
que te diga mi deseo,
que sólo son por el fin

todos los actos perfetos.
¿Qué dirás de este lenguaje?

MARÍA. Que aunque es el término honesto,
no me agrada la intención
de la suerte que la entiendo.
Conmigo, a lo que imagino,
tomáis la espada a lo diestro;
tiré, desviasteis, huí,
y acometiéndome al pecho,
herida de conclusión
formó vuestro pensamiento.
Pues no, mi señor, por vida
de los dos, porque no quiero
que asiendo la guarnición
engañéis mi honesto celo.
Esténse quedas las manos
y aun los pensamientos quedos;
que no seremos amigos
en no siendo el trato honesto.

JUAN. Cómo vas, Isabel mía.
¿Mía dije? ¡Ay, Dios, que miento!
Con pensar que por ser pobre
te sigo, te busco y ruego,
dilatas a mis verdades
el justo agradecimiento,
pues yo te juro, Isabel,
que, por quererte, desprecio
la más hermosa mujer,
donaire y entendimiento
que tiene aqueste lugar,
porque más estimo y precio
un listón de tus chinelas
que las perlas de su cuello;
más precio en tus blancas manos
ver aquel cántaro puesto,
a la fuente del olvido
pedirle cristal deshecho,
y ver que a tu dulce risa
desciende el agua riendo,
envidiosa la que cae
de fuera a la que entra dentro,
y ver cómo se da prisa
el agua a henchirle de presto
por ir contigo a tu casa
en tus brazos o en tu pecho,
que ver cómo cierta dama
baja en su coche soberbio
asiendo verdes cortinas
por dar diamantes los dedos,
y asomar por el estribo
los rizos de los cabellos
en las uñas de un descanso
que a tantos sirvió de anzuelo.
Yo me contento que digas,
dulce Isabel, yo te quiero,
que también quiero yo el alma,
no todo el amor es cuerpo.
¿Qué respondes, ojos míos?

MARÍA. Ojos míos, yo no puedo
responder ninguna cosa,
porque decís que son vuestros.
A lo de la voluntad,
pienso que licencia tengo,
y así, pues alma queréis,
digo, porque os vais con esto,
que el primer hombre sois vos
a quien amor agradezco.

JUAN. ¿No más, Isabel?

MARÍA. ¿Es poco?
Pues vaya por contrapeso
que no me desagradáis.

JUAN. ¿No más, Isabel?

MARÍA. ¿Qué es esto?
Conténtese, o quitaréle
lo que le he dado primero.

JUAN. ¿Podré tomarte una mano?
Aunque, por Dios, que la temo
después que la vi tan diestra
esgrimir el blanco acero.

MARÍA. Pues vos no me conocéis.
¡Por Dios, que algún hombre he [muerto
aquí donde me miráis.

JUAN. Con los ojos, yo lo creo.

MARÍA. Idos, que viene mi amo.

JUAN. ¿Dónde esta tarde te espero?

MARÍA. En la fuente, a lo lacayo.

JUAN. Logre tu donaire el cielo.

(Vase; sale LEONOR.)

LEONOR. Isabel.

MARÍA. Leonor amiga.

LEONOR. ¿Con éste hablabas?

MARÍA. ¿Pues bien?

LEONOR. ¿Qué se hizo tu desdén?

MARÍA. Un amor honesto obliga,
y te aseguro de mí
que es mucho tenelle amor.

LEONOR. Su talle, ingenio y valor
habrán hecho risa en ti.
Que lo merece confieso,
pero en la desigualdad
no puede haber amistad.

MARÍA. Los elementos por eso
no tienen paz y sosiego;
el agua a la tierra oprime,
el aire al agua, y reprime

la fuerza del aire el fuego.
Mas como él me quiere a mí,
no más de para querer,
¿qué pierdo en corresponder?

LEONOR. Mucho.

MARÍA. ¿Cómo?

LEONOR. Mucho.

MARÍA. Di.

LEONOR. Adora mi ama en él.

MARÍA. ¿Quién te lo ha dicho?

LEONOR. Lüisa,
y que solicita aprisa
su casamiento, Isabel.
Por eso, si no envidaste,
descarta, y quédate en dos.

MARÍA. ¿Sábeslo bien?

LEONOR. Sí por Dios.

MARÍA. Tarde, Leonor, me avisaste.
No porque pueda alabarse
del más mínimo favor,
sino por tenerle amor,
que no es fácil de olvidarse.
Necia fuí en imaginar
que un don Juan tan entonado
para mí estaba guardado.

LEONOR. Un hombre te quiero dar,
compañero de otro mío,
bravo, pero no cruel,
que puede ser, Isabel,
de cuantas profesan brío.
No pone codo en la puente
hombre de tales aceros,
ni han visto los lavaderos
más alentado valiente.
Ama en tu misma región.
¿Quién te mete con don Juanes?

MARÍA. ¿Tu ama trata en galanes?

LEONOR. De honesta conversación
de un Conde que la visita
le nacieron los antojos.

MARÍA. ¡Quién la ve tan baja de ojos
a la señora viudita!

LEONOR. Hermana, enviudó ha dos meses.
Viénele grande la cama.

MARÍA. Y en fin, ¿le quiere tu ama?

LEONOR. Como si juntos los vieses.

MARÍA. Ve por el cántaro y vamos
al prado.

LEONOR. A Pedro verás,
que se quedan siempre atrás
él y Martín de sus amos.

(Vase.)

MARÍA. A mis grandes desconsuelos
sólo faltaba este amor,
a este amor este rigor,
a este rigor estos celos.
No me bastaba tener,
para no ser conocida,
este género de vida,
sino a quien quiere, querer.
Pero ¿andaré en competencias?
Moza de cántaro, en fin,
cristalino serafín,
con vos será impertinencia.
Mejor es ser lo que soy,
pues que no soy lo que fuí.
"Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy."

(Vase; salen MARTÍN *y* PEDRO, *lacayos.)*

PEDRO. ¿Y que tiene tan buen talle?

MARTÍN. Esto me dijo Leonor,
y que es la moza mejor
que tiene toda la calle.
Es una perla, un asombro,
rinden parias a su brío
cuantas llevan ropa al río
y llevan cántaro en hombro.
Es mujer que éste don Juan,
primo del Conde, mi dueño,
pierde por hablarla el sueño,
desmayos de amor le dan.
De la suerte la pasea
que a la dama de más partes;
pero en estos Durandartes
poco el pensamiento emplea.
De noche la viene a ver,
y anda el pobre caballero
de su cántaro escudero,
sin dormir y sin comer.
Sirve a un caballero indiano
tan cuitado, que consiente
que vaya y venga a la fuente,
puesto que le culpo en vano;
porque pienso que ella gusta
de salir, por ver y hablar,
que a mozas deste lugar
mucho el salir no disgusta,
a jabonar y a lavar
a los pilares al río.

PEDRO. En fin, ¿es moza de brío
y que puede descuidar
de camisas y valonas
a un hombre de mi talante?

MARTÍN. Lleva, en saliendo, delante
más pretendientes personas
que un oidor o presidente.

PEDRO. Si yo la moza poseo
luego habrá despolvoreo
de todo amor pretendiente:
a ellos de cuchilladas
y a ella de muchas coces;
ya mi cólera conoces.

MARTÍN. No la has visto, y ya te enfadas.

PEDRO. Gente de un coche se apea.

MARTÍN. Con ellos viene don Juan.

PEDRO. Por vida del alazán
que no es la viudilla fea.

(Salen DOÑA ANA, JUANA *y* DON JUAN.)

JUAN. Por el coche os conocí,
y luego al Conde avisé,
que en la carroza dejé
harto envidioso de mí.
Vine a ver lo que mandáis,
que apearos no habrá sido
sin causa.

ANA. Causa he tenido,
que siempre vos me la dais.
Quiero venir a la fuente,
porque sé que es el lugar
adonde os tengo de hallar
y donde sois pretendiente.

JUAN. Buen oficio me habéis dado,
u de bestia u de aguador.

ANA. Conociendo vuestro humor,
señor don Juan, he pensado
venir por agua también.
Muestra ese búcaro, Juana.

JUAN. Dado habéis esta mañana
filos, señora, al desdén.

ANA. Deseando enamoraros,
moza de cántaro soy.
Por agua a la fuente voy.

JUAN. Teneos.

ANA. Quiero aguardaros.

JUAN. Es el cántaro pequeño;
templará poco el rigor.
a los enfermos de amor.

(Salen DOÑA MARÍA *y* LEONOR, *con sus cántaros.)*

MARÍA. Esto me dijo mi dueño,
que en el patio de palacio,
archivo de novedades,
ya mentiras, ya verdades;
como pasean despacio,
lo contaba mucha gente.

LEONOR. ¿Y que esa mujer mató
al que a su padre afrentó?
¡Bravo corazón!

MARÍA. Valiente.
Dijo que había perdido
la parte pesquisidor,
y que al rey nuestro señor,
cuya vida al cielo pido,
consultaron este caso,
y que no quiso que fuese
quien pesadumbre le diese.

LEONOR. ¿No fué la piedad acaso
si el padre estaba inocente?
¿Y nunca más pareció
esa dama que mató
al caballero insolente?

MARÍA. De eso no me dijo nada.
Yo estoy contenta de ver
que, en efeto, soy mujer,
que la hubiese tan honrada.

LEONOR. ¿Dijo el nombre que tenía,
que me alegra a mí también?

MARÍA. No sé si me acuerdo bien,
aunque sí, doña María.

MARTÍN. Aquí están dos escuderos
para las dos.

LEONOR. Isabel,
ese mozazo es aquel
que te dije.

MARÍA. ¡Oh, caballero!

MARTÍN. Llega, no estés vergonzoso,
llega y habla.

PEDRO. Estoy mirando
a Isabel, y contemplando
su talle y su rostro hermoso.
Téngame vuesa merced
por suyo desde esta tarde.

MARÍA. ¡Qué buen hombrón! Dios os guar-
[de.

PEDRO. Cayó la daifa en la red!
Ya está perdida por mí.

MARÍA. Con pocos de éstos pudiera
conducir una galera
a la China desde aquí
don Fadrique de Toledo.

PEDRO. Pido mano, doy turrón.

MARÍA. ¡Mas que lleva un mojicón,
hombrón, si no se está quedo!

PEDRO. Por el agua de la mar
que tiene valor la hembra.

MARÍA. Pues no sabe dónde siembra.

PEDRO. Al primer encuentro, azar.

Voto a tus ojos serenos,
Isabel, porque te asombres,
que me mate con mil hombres
y esto será lo de menos.
Ablándate, serafín.

MARÍA. Déjeme, no me zabuque.

PEDRO. Aquí en la esquina del Duque
hay turrón. Vamos, Martín.

MARTÍN. Vamos y gasta, que luego
estará como algodón.

PEDRO. Sí, mas coz y mordiscón;
parece rocín gallego.

(Vanse.)

ANA. Quedo, no os pongáis delante,
que ya he visto por las señas
que es aquella vuestra dama.

JUAN. Pues Leonor viene con ella,
¿quién duda que es Isabel,
fuera de que no tuviera
ninguna aquel talle y brío?

ANA. Disculpa tiene en quererla
el señor don Juan.

JUANA. La moza
en otro traje pudiera
hacer a cualquiera dama
pesadumbre y competencia.

JUAN. ¿Es todo por darme vaya?

ANA. Quisiera verla más cerca.
Dígale vuesa merced
que está aquí una dama enferma
que se le antoja beber
por la cantarilla nueva,
que no oirá de mala gana.

JUAN. Sólo por serviros fuera.

MARÍA. ¡Ay, Leonor!

LEONOR. ¿Qué?

MARÍA. Tu señora
y aquél, mi galán, con ella.

LEONOR. Parece que te has turbado.

MARÍA. Por poco se me cayera
el cántaro de las manos.

JUAN. Aquella señora os ruega
que la deis un poco de agua.

MARÍA. De buena gana la diera
a ella el agua, y a vos
con el cántaro.

JUAN. No seas
necia.

MARÍA. Llevádsela vos,
y de vuestra mano beba.

JUAN. Mira que en público estamos,
y las mujeres discretas
no hacen cosas indignas.

MARÍA. Iré, porque nadie entienda
que me da celos a mí.
Vuesa merced beba, y crea
que quisiera que este barro
fuera cristal de Venecia;
pero serálo en tocando
esa manos y esas perlas.

ANA. Beberé, porque he caído.

MARÍA. Si el agua el susto sosiega,
beba, que todos caeremos,
si no en el daño, en la cuenta.

ANA. Yo he bebido.

MARÍA. Y yo también.

ANA. Yo pesares.

MARÍA. Yo sospechas.

ANA. ¡Qué caliente!

MARÍA. Vuestra manos
de nieve servir pudieran.

ANA. Haz que llegue el coche.

JUAN. ¡Ah, Hernando!

ANA. Buena moza.

MARÍA. Buena sea
su vida. ¿No la acompaña,
mal galán? ¿Así se queda?

JUAN. A darte satisfacciones.

MARÍA. Estoy yo tan satisfecha,
que será gastar palabras.

JUAN. Mira, Isabel, que esto es fuerza,
y que bien sabe Leonor,
dejo aparte mi fineza,
que el Conde sirve a doña Ana.

MARÍA. Cántaro, tened paciencia.
Vais y venís a la fuente;
quien va y viene siempre a ella,
¿de qué se espanta si el asa
o la frente se le quiebra?
Sois barro; no hay que fiar;
mas ¿quién, cántaro, os dijera
que no os volviérades plata
en tal boca, en tales perlas?
Pero lo que es barro humilde
en fin por barro se queda.
No volváis más a la fuente;
de que estoy segura y cierta
que no es bien que vos hagáis
a los coches competencia.

JUAN. ¿Qué dices? Mira, Isabel,
que sin culpa me condenas.

MARÍA. Yo con mi cántaro hablo.
Si es mío, ¿de qué se queja?
Váyase vuesa merced,

mire que el coche se aleja.

JUAN. Iréme desesperado,
pues haces cosas como éstas,
sabiendo que Leonor sabe
que no es posible que quiera
eso de que tienes celos.

LEONOR. Necia estás. ¿Por qué le dejas
que se vaya con disgusto?

MARÍA. Leonor, el alma me lleva,
que los celos me han picado;
pero no seré yo necia
en querer desigualdades.
Aunque me abrase y me muera
no he de ver más a don Juan:
¡esto faltaba a mis penas!

LEONOR. ¡Buen lance habemos echado!
Tú desesperada quedas
y mi ama va perdida.

(Salen PEDRO *y* MARTÍN.)

PEDRO. Como dos soldados juegan,
perdí el turrón y el dinero.

MARTÍN. Cosas la corte sustenta
que no sé cómo es posible.
¿Quién ve tantas diferencias
de personas y de oficios,
vendiendo cosas diversas,
bolos, bolillos, bizcochos,
turrón, castañas, muñecas,
bocados de mermelada,
letüarios y conservas,
mil figurillas de azúcar,
flores, rosarios, rosetas,
rosquillas y mazapanes,
aguardiente y de canela,
calendarios, relaciones,
pronósticos, obras nuevas
y a don Alvaro de Luna
mantenedor destas fiestas?
Mas, quedo, que están aquí.

PEDRO. Oigan, ¿de qué es la tristeza?
¿No estaba alegre esta moza?
¡Qué pensativas están!

MARTÍN. Pienso que andaba don Juan
acechando una carroza!

PEDRO. ¿Quién te me enojó, Isabel,
que, con lágrimas lo pene,
hágote voto solene
que pueden doblar por él?
Vuelve, Isabel, esos ojos,
que no soy yo, por lo menos,
quien a tus ojos serenos
quitó lúz y puso enojos.
¿Quién tan bárbara y cruel
a tu hermosura atrevido
causa de tu enojo ha sido?
¿Quién te me enojó, Isabel?
No es posible que tuviese
noticia de mi rigor,
sin que luego de temor
súbitamente muriese.
¿Quien te enojó vida tiene?
¿Que donde estoy vivo esté?
Dime quién es, que yo haré
que con lágrimas lo pene.
Dime cómo y de qué suerte,
que le mate se te antoja,
porque en sacando la hoja
soy guadaña de la muerte.
Si el Cid a tu lado viene,
jigote de hombres haré,
y de que lo cumpliré
hágote voto solene.
Si yo me enojo en Madrid
con quien a ti te ha enojado,
haz cuenta que le ha tocado
la tumba en Valladolid.
Porque en diciendo, Isabel,
que he de matalle, está muerto;
no hay qué esperar, porque es cierto
que pueden doblar por él.

MARÍA. Ven, Leonor, vamos a casa.

LEONOR. Triste vas.

MARÍA. Perdida estoy.

PEDRO. ¿Así se va?

MARÍA. Así me voy.

PEDRO. Pues cuénteme lo que pasa.

MARÍA. No quiero.

PEDRO. Tendréla.

MARÍA. Tome.

PEDRO. ¡Ay!

MARTÍN. ¿Qué fué?

PEDRO. Tamborilada.

LEONOR. ¿Dístele, Isabel?

MARÍA. No es nada.
Pregúntale si le come.

JORNADA TERCERA

(Salen PEDRO, MARTÍN, BERNAL *y* LORENZO, *lacayos, y luego* DOÑA MARÍA *y* LEONOR.)

PEDRO. Fuera digo, no haya más.

LORENZO. ¡Ay, que me ha descalabrado!

MARTÍN. Con el cántaro le ha dado.
BERNAL. Lavado, Lorenzo, vas.
LORENZO. ¿Esto se puede sufrir?
PEDRO. Llévale a curar, Bernal.
LORENZO. ¡Vive Cristo, que la tal!...

(Ahora salen.)

MARTÍN. No lo acabes de decir.
PEDRO. No queda lacayo en ser
donde esta mujer está.
MARTÍN. ¡Bravas bofetadas da!
PEDRO. Dos mozas azotó ayer.
BERNAL. ¡Ea, ea, que no es nada!
MARÍA. ¡Pícaro! ¿Pellizco a mí?
¡Fuera digo!
LEONOR. ¿Estás en ti?
LORENZO. ¿A mí, Isabel, cantarada?
¡Voto al hijo de la mar!
MARÍA. Llegue el lacayo gallina.
PEDRO. Daga trae en la pretina.
MARÍA. Y aun enseñada a matar.
Llegue el barbado, y daréle
dos mohadas a la usanza
de mi tierra, por la panza,
y hará el puñal lo que suele.
LORENZO. Mataréla.
PEDRO. Estoy aquí
a pagar de mi dinero.
LORENZO. Pues con él haberlas quiero,
aunque es mujer para mí.
PEDRO. Miente.
LORENZO. Véngase conmigo.

(Vanse los lacayos, y quedan solas DOÑA MARÍA *y* LEONOR.*)*

LEONOR. ¡Buenos van, desafiados!
MARÍA. ¡Qué diferentes cuidados
me da, Leonor, mi enemigo!
LEONOR. ¿No le has visto más?
MARÍA. Ayer.
LEONOR. Alegre quisiera hallarte,
porque te alcanzara parte
de mi contento y placer.
Ya Martín se determina,
y nos queremos casar.
Mira que nos has de honrar
y que has de ser la madrina.
MARÍA. Estoy desacomodada
del indiano, que si no
yo lo hiciera. Aquí me dió
su casa una amiga honrada,
donde de prestado estoy.
LEONOR. Mi señora te dará
vestidos. Vamos allá,
que pienso que ha de ser hoy.
MARÍA. Tendré vergüenza de vella.
LEONOR. Anda, que te quiere bien,
y sé que tiene también
gusto de que hables con ella.
MARÍA. Vamos, y de aquí a tu casa
te diré lo que pasó
en el río.
LEONOR. No fuí yo;
que mujer que ya se casa
ha de mostrar más recato
del que solía tener.
MARÍA. Es achaque, voy por ver
aquel caballero ingrato.

Fuimos Teresa, Juana y Catalina
el sábado, Leonor, a Manzanares;
si bien yo melancólica y mohina
de darme este don Juan tantos pesares.
De tu dueño las partes imagina;
que cuando en su valor, Leonor, repares,
pesumirás que no me he vuelto loca,
que soy muy necia, o mi afición es poca.
Tomé el jabón con tanto desvarío
para lavar de un bárbaro despojos,
que hasta los paños me llevaba el río,
mayor con la creciente de mis ojos.
Cantaban otras con alegre brío,
y yo, Leonor, lloraba mis enojos,
lavaba con lo mismo que lloraba,
y el aire de suspiros lo enjugaba.
Bajaba el sol al agua transparente,
y el claro rostro en púrpura bañado;
las nubes ilustraba el occidente
de aquel vario color tornasolado,
cuando, despierta ya del accidente,
salió la ropa de uno y otro lado,
y viendo los extremos la torcimos
y a entapizar los tendederos fuimos.
Quedando, pues, por los menudos ganchos
las camisas y sábanas rendidas,
salieron cuatro mozas de sus ranchos,
en toda la ribera conocidas.
Luego, de angostos pies y de hombros anchos,
bigotes altos, perdonando vidas,
cuatro mozos. No hablé; que fuera mengua
estando triste el alma, hablar la lengua.
Tocó, Leonor, Juanilla el instrumento
que con cuadrada forma en poco pino
despide alegre cuanto humilde acento,
cubierto de templado pergamino,
a cuyo son, que retumbaba el viento,

cantaba de un ingenio peregrino
en seguidillas, con destreza extraña,
pensamientos que envidia Italia a España.
Bailaron luego hilando castañetas
Lorenza y Julia, y un galán barbero
que mira a Inés haciendo más corvetas
que el Conde ayer en el caballo overo.
¡Oh, celos! Todos sois venganza y tretas,
pues porque vi bajar el caballero
que adora de tu dueño la belleza,
no le quise alegrar con mi tristeza.
Entré en el baile con el aire y brío
que admirándose ninfas y mozuelos,
¡Vítor!, dijeron, celebrando el mío,
y era que amor bailaba con los celos.
Estando en esto el contrapuesto río
se mueve a ver dos ángeles, dos cielos
que a la casa del Campo, Dios los guarde,
iban a ser auroras por la tarde.
¿No has visto al agua al súbito granizo
esparcirse ganando en campo ameno,
o volar escuadrón espantadizo
de las palomas en oyendo el trueno?
Pues de la misma suerte se deshizo
el cerco bailador de amantes lleno
en oyendo que honraban la campaña
Felipe e Isabel, gloria de España.
¿No has visto en un jardín de varias flores
la primavera en cuadros retratada,
que por la variedad de las colores
aun no tienen color determinada,
y en medio ninfas provocando amores?
Pues así se mostraba dilatada
la escuadra hermosa de las damas bellas,
flores las galas, y las ninfas ellas.
Yo, que estaba arrobada, y que decía
a los reyes de España, Dios os guarde
y extienda vuestra heroica monarquía
del clima helado al que se abrasa y arde,
cuando veo que dice ¡Isabel mía!
a mi lado don Juan, y tan cobarde
me hallé a los ecos de su voz, que luego
fué hielo el corazón, las venas fuego.
Traidor, respondo, tus iguales mira,
que yo soy una pobre labradora;
y diciendo y haciendo, envuelta en ira,
sigo la puente, y me arrepiento agora.
Verdad es que le siento que suspira,
tal vez desde la noche hasta la aurora;
mas recelo, si va a decir verdades,
lo que se sigue a celos y amistades.

LEONOR. A mi casa hemos llegado;
después, que no puedo agora,
porque viene mi señora,
te diré lo que ha pasado
por los celos de los dos.

(Salen DOÑA ANA *y* JUANA.)

ANA. ¿Esta dices?
JUANA. Esta es.
MARÍA. Dadme, señora, los pies.
ANA. Isabel, guárdela Dios.
¿Qué se ofrece por acá?
MARÍA. Quiere hacerme su madrina
Leonor, que no me imagina
desacomodada ya.
ANA. ¿No está ya con el indiano?
MARÍA. No, señora.
ANA. Pues ¿por qué?
MARÍA. Cierto atrevimiento fué
de hombre al fin, pero fué en vano.
ANA. ¿Cómo, cómo por mi vida?
MARÍA. Pudiera estar satisfecho
de mi honor y de mi pecho:
de mi honor por bien nacida;
de mi pecho, porque habiendo
entrado por los balcones
una noche tres ladrones,
que ya le estaban pidiendo
las llaves, tomé su espada,
y aunque ya se defendieron,
por la ventana salieron,
y esto, a pura cuchillada.
Pero obligándole amor
lo que pudiera a respeto,
me llamó una noche a efeto
de no respetar mi honor.
Que le descalzase fué
la invención; llego a su cama,
donde sentado me llama,
y humilde le descalcé.
Pero echándome los brazos
tan descortés procedió,
que arrojarle me obligó
donde le hiciera pedazos.
Mas de aquellos desatinos
sus zapatos me vengaron,
cuyas voces despertaron
la mitad de los vecinos.
Y aunque culpando el rigor
poniéndose de por medio,
celebraron el remedio
para quitarle el amor.
ANA. Notable debes de ser.

Cierto que te tengo amor.
JUANA. Es el servicio mejor
y la más limpia mujer
de cuantas andan aquí.
Ruégala que esté contigo.
ANA. ¿No querrás estar conmigo,
Isabel?
MARÍA. Señora, sí.
ANA. ¿Qué sabes hacer?
MARÍA. Lavar,
masar, cocer y traer
agua.
ANA. ¿No sabrás coser?
MARÍA. Bien sé coser y labrar.
ANA. Pues esto será mejor.
Manto y tocas te daré.
MARÍA. Señora, yo no sabré
servir de dueña de honor.
Este es un hábito agora
de cierta desdicha mía
que vos sabréis algún día.
JUANA. Aquí está don Juan, señora.
JUAN. Siempre soy embajador:
el Conde os pide licencia,
y dice que de su ausencia
fué causa vuestro rigor.
Que tratáis tan mal su amor,
que ya toma por partido,
en la caza divertido,
solicitar a su daño
una manera de engaño
que a los dos parezca olvido.
A vos, excusando el veros,
y a él, señora, el cansaros;
pero no quiere engañaros
ni olvidarse de quereros;
visitaros y ofenderos
es fuerza para serviros,
esto me manda deciros;
mirad si le dais licencia,
que le cuesta vuestra ausencia
cuantos instantes, suspiros.
ANA. Vos venís en ocasión
que os he hecho un gran servicio,
a lo menos es indicio
de esta mi loca pasión;
mirad en qué obligación
os pone el haber traído
a mi casa quien ha sido
lo que tanto habéis amado,
que os quiero ver obligado,
pues no puedo agradecido.
Volved los ojos, veréis
a Isabel, que viene aquí
no para servirme a mí,
sino a que vos la mandéis.
Que no quiero que os canséis
en buscarla en fuente o prado.
Mirad si estáis obligado
y cómo he sabido hacer
que vos me vengáis a ver,
no como hasta aquí, forzado.
JUAN. De vuestra queja os prometo
que es el Conde, mi señor,
la causa, cuyo valor
únicamente respeto;
porque ¿cuál hombre discreto
no conociera y amara
de vuestra belleza rara
la divina perfección,
y el discurso a la razón,
y a vos el alma negara?
Con esto, la puse en quien
la misma desigualdad
disculpe la voluntad
para no quereros bien;
mas no me pidáis que os den
gracias de haberla traído
mis ojos, que antes han sido
para no poderla ver,
pues testigo habéis de ser,
y yo menos atrevido.

(Salen el CONDE *y* MARTÍN.)

CONDE. Tanto la licencia tarda,
que sin ella vengo a veros.
ANA. Conde, mi señor, disculpa
de ausencia de tanto tiempo.
Llega una silla, Isabel.
JUAN. Aquí me estaban riñendo
tu ausencia.
CONDE. Buena criada,
y nueva, que no me acuerdo
haberla visto otra vez.
ANA. Buena cara, gentil cuerpo.
¿No es muy linda?
CONDE. Sí, por Dios.
ANA. De que os agrade me huelgo;
que es ya dama de don Juan.
CONDE. Si es así el entendimiento,
disculpa tiene mi primo.
Verla más despacio quiero.
Pasad, señora, adelante.
¿De dónde sois?
MARÍA. No sé cierto

porque ha mucho que no soy.

CONDE. Partes en la moza veo
que en otro traje pudiera,
con el donaire y aseo,
dar, fuera de vuestros ojos,
a muchos envidia y celos.
Mi primo es tan singular,
que por bizarría ha puesto
las diferencias del gusto
en tan bajos argumentos.

MARÍA. A mí responder me toca,
perdóneme si me atrevo,
por el honor del fregado,
la opinión del lavadero,
del cántaro y el jabón,
que más de cuatro manteos
de éstos con esteras de oro
cubren algunos defetos.

ANA. Cásase Martín agora
con mi Leonor, y por eso
siente que vueseñoría
haga de don Juan desprecio.

JUAN. Dar en el pobre don Juan.

CONDE. Huélgome del casamiento,
y seréis vos la madrina,
porque ser padrino quiero.

ANA. No, señor, que es Isabel,
que pienso que ha mucho tiempo
que ella y Leonor son amigas.

CONDE. Pues tócale de derecho
ser el padrino a don Juan.

JUAN. Basta que estáis de concierto
todos contra mí. Pues, vaya,
que el ser el padrino aceto.

CONDE. ¿Cómo calla la madrina?

MARÍA. Señor, corto entendimiento
presto se ataja, y más donde
hay tantos y tan discretos.
Allá en mi lugar, un día
un muchacho en un jumento
llevaba una labradora,
y perdonad, que iba en pelo.
"Hazte allá, que le maltratas",
iba la madre diciendo,
y tanto hacia atrás se hizo
que dió el muchacho en el suelo.
Díjole: "¿Cómo caíste?"
Y disculpóse diciendo:
"Madre, acabóseme el asno".
Así yo, que hablando veo
a tan discretos señores,
hago atrás mi entendimiento,
hasta que he venido a dar
con el silencio en el suelo.

MARTÍN. Tome, lo que se han ganado.

MARÍA. Es el Conde muy discreto,
y la señora doña Ana
un ángel. Pues ¿yo qué puedo
decir que no sea ignorancia?

ANA. Ahora bien; señor, hablemos
de la ausencia destos días.
Ya me olvidáis, ya me quejo
de vos al pasado amor.

CONDE. Negocios son, os prometo,
que me han tenido ocupado
por un notable suceso.
Mató en Ronda cierta dama
Guzmán y Portocarrero,
cuyo padre con el duque
de Medina tiene deudo,
un caballero, su amante.

ANA. ¿Con qué ocasión? ¿Fueron celos?

CONDE. Desagraviando a su padre
de un bofetón, porque el viejo
no estaba para las armas.

ANA. ¡Gran valor!

JUAN. Valiente esfuerzo!
Diera por ver a esa dama
toda cuanta hacienda tengo.

MARÍA. *(Ap.)* Turbada estoy. Encubrir
puedo apenas lo que siento.

CONDE. Al fin perdonó la parte,
poniéndose de por medio,
entre deudos de unos y otros
muchos nobles caballeros.
Con esto me ha escrito el duque
por el mismo parentesco
alcance el perdón del rey,
lo que hoy, señora, se ha hecho.
Mándame también buscalla,
si entre tantos extranjeros
alguna nueva se hallase,
siendo esta corte su centro.
Mirad si estoy disculpado,
y porque me voy con esto,
vendré, señora, a la noche,
si me dais licencia a veros.

ANA. Id con Dios, volvé a la noche.

CONDE. Sí haré, encanto de Babel;
quedaos con vuestra Isabel,
que yo me voy en el coche.

(Vanse, y quedan DON JUAN *y* DOÑA MARÍA.*)*

JUAN. Alegre, Isabel, estás,
que ya el cántaro dejaste,

pues con la fe le mudaste
y con el alma, que es más.
Que desde que te la dí,
de cántaro la tenía;
pues pienso que se decía
este proverbio por mí.
Nunca quisiste trocar
cuando yo lo deseaba
al hábito que te daba
el que ya quieres dejar.
Si cuando yo te rogué
hábito honrado tomaras,
la voluntad disculparas,
que baja en tus prendas fué.
Si el venir aquí son celos,
pensando que así me guardas,
son, Isabel, sombras pardas
en ofensa de tus cielos.
¿Qué guarda de más valor,
Isabel, que tu hermosura,
si ella misma te asegura
que merece tanto amor?
Vive Dios, que te he querido
y te quiero y te querré
con tanta firmeza y fe
que vive mi amor corrido
de no vencer tu rigor,
siendo tú tan desigual.

MARÍA. Quien siente bien, no habla mal,
que para tener valor
para poder igualaros,
aunque de vuestro apellido
príncipes haya tenido
Italia y Francia tan raros,
sóbrame a mí el ser mujer;
pero si de vuestro engaño
a los dos resulta daño,
desengaño habrá de ser.
No estoy contenta de estar
donde con hacer mudanza
del hábito mi esperanza
aspire a mejor lugar.
Ni menos estoy celosa,
ni os guardo, aunque os he querido,
que en este humilde vestido
hay un alma generosa
tan soberbia y arrogante,
que el cántaro que dejé
un cielo en mis hombros fué
como el que sustenta Atlante.
Yo os quiero bien, aunque soy
de naturaleza esquiva;
pero hay otro amor que priva,
por quien os dejo y me voy.
No os dé pena, que os prometo
que no hay nieve tan helada;
pero he nacido obligada
a su amor y a su respeto.
No puedo hacer más por vos
que decir que os he querido;
en fe de lo cual os pido,
y del amor de los dos,
que una cosa hagáis por mí.

JUAN. ¿Cómo ausentarte, mi bien?
¿Después de tanto desdén,
esto merezco de ti?

MARÍA. No excuso, aunque lo sintáis,
este camino.

JUAN. Isabel,
¿qué dices?

MARÍA. Que para él
esta joya me vendáis.
Diamantes son; claro está
que justa sospecha diera
si a vender diamantes fuera
mujer que a la fuente va;
que con lo que ella valiere
podré a mi casa llegar.

JUAN. Cuando pensaba esperar,
quiere amor que desespere.
¡Notable desdicha mía!
¡Tristes nuevas! ¿Quién amó
con la fortuna que yo?
Mas ¿quién, si no yo, podía?
Tened la joya y la mano,
que entrambas diamantes son,
si es la mina un corazón
tan firme como tirano.
Que, cuando forzosa sea
vuestra partida, no soy
hombre tan vil.

MARÍA. Si no os doy
la joya, don Juan, no crea
vuestro pecho liberal
obligarme con dinero;
que, pues de vos no lo quiero,
bien creeréis que me está mal.
¡Oh, qué habéis imaginado
de cosas, después que visteis
la joya! Aunque no tuvisteis
culpa de haberlas pensado,
pues yo os he dado ocasión.

JUAN. Cuando yo, Isabel, pensara
tal bajeza, imaginara
prendas que más altas son,
de las que tenéis, bastantes

a abonaros; cuando fuera
hurto, mayor le creyera
si fueran almas diamantes.
Algo sospecho encubierto,
Isabel; y, en duda igual,
que sois mujer principal
tengo por mayor acierto.
Que desde el punto que os vi
con el cántaro, Isabel,
echó amor suertes en él
para vos y para mí.
Vos salisteis diferente
de lo que aquí publicáis,
y yo, sin dicha, si os vais,
para que yo muera ausente.
¿Quién sois, hermosa Isabel?
Porque cántaro y diamantes
son dos cosas muy distantes;
que hay mucha bajeza en él,
y en vos mucho entendimiento,
mucha hermosura y valor,
mucho respeto al honor,
que es más encarecimiento.
La verdad se encubre en vano;
que como el que ayer traía
guantes de ámbar, otro día
le quedó oliendo la mano.
Así, quien señora fué,
trae aquel olor consigo,
aunque del ámbar que digo
reliquias muestre por fe.

MARÍA. No os canséis en prevenciones,
que yo no os he de engañar.

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. ¿Cuándo piensas acabar,
Isabel, tantas razones?
Vente a vestir y a vestirme,
que mi señora te llama.
MARÍA. Voy a ponerme de dama.
JUAN. ¿Volverás?
MARÍA. A despedirme.

(Vanse LEONOR *y* DOÑA MARÍA, *y quede* DON JUAN.*)*

JUAN.

¿Qué confusión es ésta, que levanta
amor en mis sentidos nuevamente,
que a tales pensamientos adelanta
mi dulce cuanto bárbaro accidente?
Así el cautivo en la cadena canta;
así engañado se entretiene ausente
de vanas esperanzas que algún día
verá la patria en que vivir solía.
No con menos temor, menos sosiego,
tímido ruiseñor su esposa llama,
a quien el plomo, en círculos de fuego,
quitó la amada vida en verde rama;
que mi confuso pensamiento, ciego
en noche obscura, los engaños ama,
esperando que llegue con el día
la muerta luz de la esperanza mía.
Mas ¿cómo puede haber tales engaños,
cómo pensar mi amor que la belleza
no puede haber nacido en viles paños,
si pudo la fealdad en la nobleza?
Así, para mayores desengaños,
mostró por variedad naturaleza
de un espino la flor cándida, hermosa,
y vestida de púrpura la rosa.
Que darme yo a entender de la hermosura
que vi llevar un cántaro a la fuente,
por engastar el barro en nieve pura
del cristal de una mano transparente,
no pudo proceder de sangre obscura;
y nacer entendida, humildemente,
es vano error, pues siempre amando, veo
calificar bajezas el deseo.
Pues ¿quién será Isabel, locura mía,
con hermosura y prendas celestiales?
¡Oh!, ¿cuándo resistió tanta porfía
la bajeza de humildes naturales?
No ha de pasar, sin que lo sepa, el día,
industrias hay; y si, por dicha, iguales
somos los dos, como mi amor desea,
tu cántaro, Isabel, mi dote sea.
No te pienses partir, si por ventura
no lo quieres fingir para matarme;
que ya no tiene estado mi locura,
que yo pueda perderte y tú dejarme;
que si tienes nobleza y hermosura,
del cántaro por armas pienso honrarme,
que con el premio con que ya se trata,
amor le volverá de barro en plata.

(Vase, y salen MARTÍN *y* PEDRO.*)*

PEDRO. Martín, en esta ocasión
me habéis desfavorecido:
quejoso estoy y ofendido.
MARTÍN. Pedro, no tenéis razón;
que el Conde gusta que sea
padrino con Isabel.
PEDRO. Ensancharáse con él,
cuando a su lado se vea.

Yo sé que, si me casara,
padrino os hiciera a vos.

MARTÍN. Yo no pude más, ¡por Dios!

PEDRO. ¿Pedro también no la honrara?
¿No tengo cueras y sayos,
capas, calzas, que por yerro
quedaron en su destierro
vinculadas en lacayos?
Pues, por el agua de Dios,
aunque poca me ha cabido,
que yo soy tan bien nacido.

MARTÍN. ¿Quién pudiera, como vos,
honrarme con Isabel?

PEDRO. ¿Hay hidalgo en Mondoñedo
que pueda, como yo puedo,
volver la silla al dosel?

MARTÍN. Dejad el enojo ya,
y, pues que sois entendido,
decidme si acierto ha sido
casarme.

PEDRO. Pues claro está;
que es muy honrada Leonor,
aunque pide más caudal
la talega de la sal,
que anda el tiempo alrededor.
Mas, queriendo el Conde bien
a doña Ana, por Leonor
os hará siempre favor,
y ella ayudará también
de su parte vuestra casa.

MARTÍN. Pues con eso pasaremos.

PEDRO. ¿Quién queréis que convidemos?
No lo excusa quien se casa.
A Rodríguez, lo primero;
a Galindo y a Butrón,
a Lorenzo y a Ramón,
y a Pierres, buen compañero.
Haced llevar un menudo,
que no hay hueso que dejar.

MARTÍN. Eso es darles de cenar.

PEDRO. En esta ocasión, no dudo
de que tendrán los señores
arriba gran colación.

MARTÍN. Por allá, conservas son
y confites de colores.
Lobos de marca mayor
tendremos en cantidad.

PEDRO. Por eso es enfermedad
que no ha menester doctor.

(Vanse; salen DOÑA ANA *y* DON JUAN.*)*

JUAN. Yo pienso que es condición,
y no amor, vuestra porfía.

ANA. ¿Y quién sin amor podía
sufrir tanta sinrazón?

JUAN. No es sin razón la ocasión
que me fuerza a no querer
lo que del Conde ha de ser.

(Sale el CONDE, *y diga aparte, sin que le vean:)*

CONDE. Necios celos me han traído
de un deudo, amigo fingido,
y de una ingrata mujer.

JUAN. Cuando no os quisiera bien
el Conde, mil almas fueran
las que estos ojos os dieran.

ANA. ¡Oh, mal haya el Conde, amén!

CONDE. ¡Don Juan la muestra desdén,
y ella a don Juan solicita!

ANA. ¿Con oro en mármol escrita
tiene el amor una ley
que, como absoluto rey,
no hay traición que no permita?
Demás que esto no es traición;
que nunca yo quise al Conde.

CONDE. En lo que agora responde
conoceré su intención.

JUAN. Ninguna loca afición
que se haya visto ni escrito
ha disculpado el delito
del amigo; que el valor
es resistir al amor
y vencer al apetito.
Que yo con vos me casara
es sin duda, si pudiera.

ANA. ¿Y si el Conde lo quisiera,
y aun él mismo os lo mandara?

JUAN. Entonces es cosa clara;
mas cierta podéis estar
que no me lo ha de mandar.
Y así, me voy; que no quiero
dar a tan gran caballero
ni sospecha, ni pesar.

(Quiérese ir, y sale el CONDE *y deliéncle.)*

CONDE. Detente.

JUAN. Si habéis oído
lo que ya sospecho, aquí,
pienso que estaréis de mí
seguro y agradecido.

CONDE. Todo lo tengo entendido;
y si, por quereros bien,
trato mi amor con desdén,
doña Ana no ha sido culpa,
porque sois vos la disculpa,

y mi desdicha también.
Dice que sabe de mí
que os mandaré que os caséis:
dice bien, y vos lo haréis,
porque yo os lo mando así.
Que a saber, cuando la vi,
que os tenía tanto amor,
no la amara; aunque, en rigor,
fué engañado pensamiento
que, con tal entendimiento,
no escogiese lo mejor.

JUAN. Aunque a Alejandro imitéis
en darme lo que estimáis,
ni como Apeles me halláis,
ni enamorado me veis;
ni vos mandarme podéis
que sea lo que no fuí,
pues cuando pudiera aquí
ser lo que no puede ser,
no quisiera yo querer
a quien os deja por mí.

ANA. Quedo, quedo, que no soy
tan del Conde que me dé,
ni tan de don Juan que esté
menos contenta que hoy;
libre a mí misma me doy;
y daré luego, si quiero,
a un honrado caballero
mujer y cien mil ducados,
sin suegros y sin cuñados,
que es otro tanto dinero.

(Sale la boda; DOÑA MARÍA, *de madrina, y muy bizarra, y* LEONOR, *de la mano;* MARTÍN, PEDRO, LORENZO *y* BERNAL, *y otros lacayos, todos muy galanes, y* MÚSICOS *cantando.).*

MÚSICOS. "En la villa de Madrid,
Leonor y Martín se casan;
corren toros y juegan cañas."

MARTÍN. Mala letra para novios.

PEDRO. ¿Pues no os agrada la letra?

MARTÍN. Correr toros y casarme,
paréceme a los que llevan
pronósticos para el año
dos meses antes que venga.

CONDE. Gallarda viene la novia;
pero, quien no conociera
a Isabel, imaginara,
viéndola grave y compuesta,
que era mujer principal.

ANA. Juzgarse puede por ella
cuánto las galas importan,
cuánto adorna la riqueza.

CONDE. ¡Qué perdido está don Juan!

ANA. ¡Qué admirado la contempla!

CONDE. ¡Por Dios, que tiene disculpa
de estimarla y de quererla!;
que la gravedad fingida
parece tan verdadera,
que, a no conocerla yo
y saber sus bajas prendas,
hiciera un alto conceto
de su gallarda presencia.

JUAN. Amor: si en esta mujer
no está oculta la nobleza,
la calidad y la sangre
que por lo exterior se muestra,
¿qué es lo que quiso, sin causa,
hacer la naturaleza,
pues pudiendo en un cristal
guarnecido de oro y piedras,
puso en un vaso de barro
alma tan ilustre y bella?
Yo estoy perdido y confuso,
doña Ana, celosa de ella;
el Conde, suspenso, hurtando
a su gravedad respuesta.
Ella se parte mañana,
diamantes me da que venda;
¿qué tienen que ver diamantes
con la fingida bajeza?
Pues ¿he de quedar así,
amor, sin alma y sin ella?
¿No alcanza el ingenio industria?
¿No suele, en dudosas pruebas,
por las inciertas mentiras,
hallarse verdades ciertas?
Ahora bien: no ha de partirse
Isabel sin que se entienda
si en exteriores tan graves
hay algún alma secreta.
Conde: el más alto poder
que reconoce la tierra,
el cetro, la monarquía,
la corona, la grandeza
del mayor rey de los hombres,
todas las historias cuentan,
todos los sabios afirman,
todos los ejemplos muestran
que es amor; pues siendo así,
y que ninguno lo niega,
que yo por amor me case,
que yo por amor me pierda,
no es justo que a nadie admire,
pues cuantos viven confiesan
que es amor una pasión

incapaz de resistencia.
Yo no soy mármol, si bien
no soy yo quien me gobierna,
que obedecen a Isabel
mis sentidos y potencias.
Cuando esto en público digo,
no quiero que nadie pueda
contradecirme el casarme,
pues hoy me caso con ella.
Sed testigos que le doy
la mano.

CONDE. ¿Qué furia es ésta?

ANA. ¡Loco se ha vuelto don Juan!

CONDE. ¡Vive Dios, que si es de veras,
que antes os quite la vida
que permitir tal bajeza!
¡Hola, criados! ¡Echad
esta mujer hechicera
por un corredor, matadla!

JUAN. ¡Ninguno, infame, se atreva,
que le daré de estocadas!

CONDE. ¿Un hombre de vuestras prendas
quiere infamar su linaje?

JUAN. ¡Ay, Dios, su bajeza es cierta!
Pues calla en esta ocasión,
ya no es posible que pueda
ser más de lo que parece.

CONDE. ¿Con cien mil ducados deja
un hombre loco mujer
que me casara con ella
si amor me hubiera tenido?

MARÍA. Quedo, Conde; que me pesa
de que me déis ocasión
de hablar.

JUAN. ¡Ay, Dios!, ¿si ya llega
algún desengaño mío?

MARÍA. No está la boda tan hecha
como os parece, señor;
porque falta que yo quiera.
Para igualar a don Juan
¿bastaba ser vuestra deuda
y del duque de Medina?

CONDE. Bastaba, si verdad fuera.

MARÍA. ¿Quién fué la dama de Ronda
que mató, por la defensa
de su padre, un caballero,
cuyo perdón se concierta
por vos, y que vos buscáis?

CONDE. Doña María, a quien deben
respeto cuantas historias
y hechos de mujeres cuentan.

MARÍA. Pues yo soy doña María;
que, por andar encubierta...

JUAN. No prosigas relaciones;
porque son personas necias,
que, en noche de desposados,
hasta las doce se quedan.
Dame tu mano y tus brazos.

MARTÍN. Leonor, a obscuras nos dejan;
los padrinos son los novios.

ANA. Justo será que lo sean
el Conde y doña Ana.

CONDE. Aquí
puso fin a la comedia
quien, si perdiere este pleito,
apela a *Mil y quinientas:*
mil y quinientas ha escrito;
bien es que perdón merezca.

ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

PÁG.	COL.	LÍNEA	DICE	LÉASE
4	1	17	vienes!	viene!
22	1	44	Verso largo. Hartzenbusch suprimió el "yo".	
24	2	4	riamos;	ya más;
30	2	39	lado amanecer	lado todo amanecer
31	1	40	dará	dirá
37	2	8	se recela;	te recela;
38	1	última	mis	mil
39	2	13	junta	juntan
63	2	14	caballero?	caballero!
66	1	16	disimulado, bien	disimulado bien,
67	1	32	liciencia;	licencia.
67	1	33	estarás	Estarás
71	2	24	¡Buen talle!	¿Buen talle?
75	2	34	cadalso.	cadahalso.
82	2	5	vasallan	vasallos
91	1	38	El mar	La mar
137	1	7	comer	comen
140	1	1	más tiene	nos tiente
151	2	40	oro, Alejandro	oro a Alejandro.
155	1	30	Abido.	Abidos.
156	1	35	"sí",	"vi",
167	1	9	lo que pueda	lo pueda
185	2	14	y que te adoro.	y que te doro.
192	1	38	que el sol	que al sol
194	1	16	pederla.	perderla.
201	2	41	ha distancia.	hay distancia.
209	2	30	faltar la	saltar la
211	1	48	que puede;	quien puede;
213	1	18	paños	pasos
218	1	1	saco	jaco
248	2	35	ha	a
252	1	27	Este verso deberá leerse así: que vas abriendo puerta a mi deseo	
252	2	28	el amor y el	al amor el
310	2	47	calma	cama
318	2	31	en aceptar	en no aceptar
322	2	35	conocer	conoce
335	1	45	gente	tiempo
354	2	25	Muchos	Muchas
364	1	26	de aquel	del
368	2	9	quietarés	quietarás
414	2	16	año	amor
417	1	3	muchos tiempos	mucho tiempo
428	1	penúltima	Aragonés	Aragones
447	1	5	vos le	vos me
463	1	8	es de	es el
476	2	8	garrobillas	Garrobillas
487	1	antepenúltima	Isis	Ifis
511	1	22	alteran.	alteren.
512	1	4	no lo	no los
530	2	33	Carlos.	Camilo.
530	2	36	Camilo.	Carlos.
557	2	37	no pequeño,	río pequeño,
562	1	penúltima	estado,	estrado,
588	2	23	yerro	hierro

PÁG.	COL.	LÍNEA	DICE	LÉASE
639	2	6	elíptica	eclíptica
642	2	40	LAURA.	LUCELA.
652	2	13	Para edad	Poca edad
655	I	37	Mucho	Escucha
663	I	7	imagino	imaginó
666	I	45	¿Quién	¡Quien
666	I	48	él?	él.
667	2	37	salió la ropa	saqué la ropa
667	2	38	y viendo	y asiendo (Esta corrección parece evidente.)
668	I	21	ganando	el ganado
668		36	y que decía	les decía
670	I	3	pudiera	pudieran
673	2	antepenúltima	trato	trató
674	I	25	contenta que	contenta ayer que
674	I	38	toros y juegan	toros, juegan

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Diccionario de la Lengua Española, XV edición, 1925; rúst., 40 pesetas; pasta, 48,50.

Diccionario Manual e ilustrado de la Lengua Española, un tomo en 8.° menor, tela, 20 ptas.

Gramática de la Lengua Castellana, 4.°, rústica, 10 pesetas.

Compendio de la Gramática, destinado a la segunda enseñanza, 8.°, rúst., 2 pesetas.

Epítome de la misma *Gramática*, para enseñanza elemental, 8.°, rúst., 0,50 de peseta.

Prontuario de Ortografía castellana, 8.°, rústica, 0,75 de peseta.

Obras poéticas del Duque de Frías, 4.°, rústica, 10 pesetas.

Obras poéticas de don Juan Nicasio Gallego, 8.°, rúst., 5 pesetas.

El Fuero Juzgo, en latín y en castellano. Folio, rústica, 8 pesetas.

El Fuero de Avilés, por don Aureliano Fernández-Guerra, 4.°, rúst., 5 pesetas.

La sepultura de Cervantes, por el Marqués de Molíns, 8.°, hol., 3 pesetas.

Bretón de los Herreros. Recuerdo de su vida y obras, por el Marqués de Molíns, 8.°, rústica, 6 pesetas.

Cantigas de Santa María, de don Alfonso el Sabio. Dos tomos, pasta, 200 pesetas.

La Música de las Cantigas, estudio sobre su origen y naturaleza, con reproducciones fotográficas del texto y transcripción moderna, por don Julián Ribera. Tomo III de la obra anterior, 100 pesetas.

Estudio histórico y filológico sobre las Cantigas, por el Marqués de Valmar, 8.°, tela, 5 pesetas.

Antología de poetas hispanoamericanos, cuatro tomos; cada uno, 20 pesetas.

Obras de Lope de Vega. Tomos I a XV; folio, cada tomo, 20 pesetas.

Obras de Lope de Vega. Segunda serie, tomos I a V, 4.°; cada tomo, 10 pesetas; tomo VI, 20 pesetas.

Cancionero de Juan del Encina. Primera edición, 1496. Publicado en facsímile; un tomo en folio, 25 pesetas.

La tonadilla escénica, por José Subirá. Tomo I, en 4.° mayor, 15 pesetas.

Glosario sobre Juan Ruiz, por José María Aguado, 4.°, rúst., 20 pesetas.

Trabajos leídos en la Real Academia Española con ocasión de celebrar la "Fiesta del Libro Español", año 1926, 2 pesetas.

Discurso acerca de las obras publicadas por la Real Academia Española, leído en la "Fiesta del Libro Español", año 1928, por don Emilio Cotarelo y Mori, 10 pesetas.

Vocabulario de palabras usadas en Alava, por don Federico Baráibar, 4.°, rúst., 4 pesetas.

Vocabulario de refranes y frases adverbiales que juntó el Maestro Gonzalo Correas. Nueva edición, 4.°, rúst., 16 pesetas.

Memorias de la Real Academia Española. Tomos I a XIII, 4.°, rúst.; cada tomo, 10 pesetas.

Obras completas de Miguel de Cervantes Saavedra. Edición facsímile de las primitivas impresiones. Tomos I a VII, 8.°; en papel de hilo, cada tomo, 20 pesetas; en papel de algodón, 10 pesetas.

Diccionario de calígrafos españoles, por don Manuel Rico y Sinobas, con un apéndice, por don Rufino Blanco; un tomo en 4.°, 4 pesetas.

Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por don Francisco Rodríguez Marín; un tomo en 4.°, 5 pesetas.

Cancionero musical y poético del siglo XVII, recogido por don Claudio de la Sablonara y transcrito en notación moderna por don Jesús Aroca; un tomo en 4.°, 10 pesetas.

Shakespeare en España, por don Eduardo Juliá Martínez; un tomo en 8.°, 3 pesetas.

Shakespeare en España, por don Ricardo Rupper y Ujavari; un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Jornada de Carlos V a Túnez, por el doctor Gonzalo de Illescas, una peseta.

Aminta, fábula pastoril de Torcuato Tasso, traducida por Juan de Jáuregui, 1,50 pesetas.





